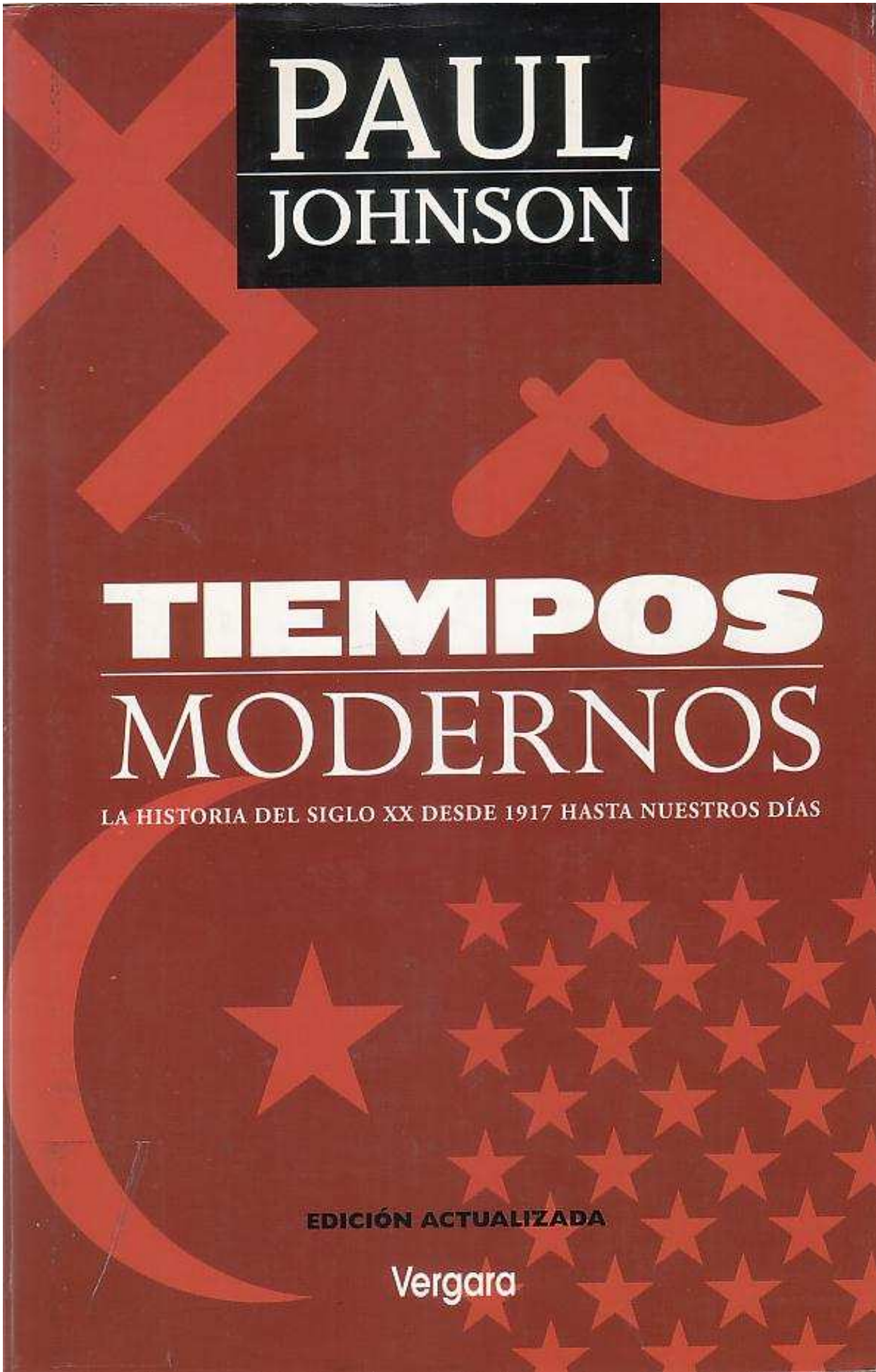




**PAUL
JOHNSON**

TIEMPOS MODERNOS

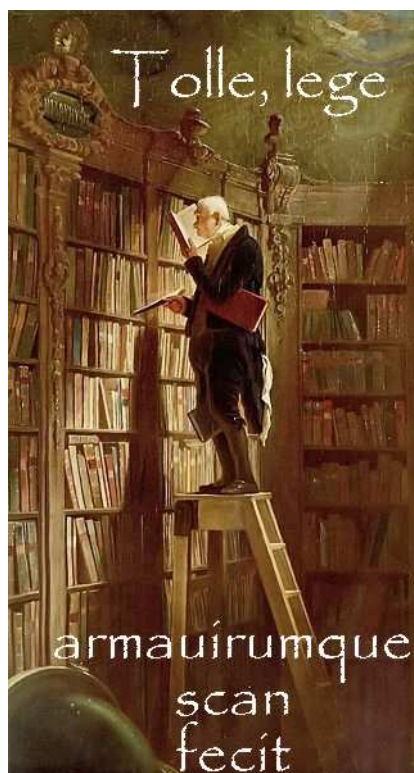
LA HISTORIA DEL SIGLO XX DESDE 1917 HASTA NUESTROS DÍAS

EDICIÓN ACTUALIZADA

Vergara

Paul Johnson

Tiempos modernos



Título original: *A History of the Modern World* Edición original: Weidenfeld and Nicolson Traducción: Aníbal Leal

Diseño de tapa: Raquel Cané

Diseño de interior: Cecilia Roust

© 1983 Paul Johnson

© 2000 Ediciones B Argentina, S.A.,

para el sello de Javier Vergara Editor

Paseo Colón 221, 6° - Buenos Aires (Argentina)

Printed in Spain

ISBN: 950-15-2093-5

Depósito legal: B. 10.705-2000

Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L. Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

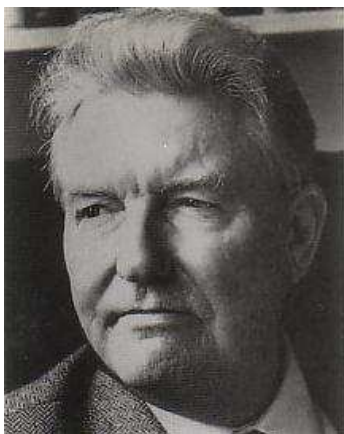
TIEMPOS MODERNOS

Paul Johnson comienza esta dramática reseña con el fin de la primera guerra mundial, que vio la destrucción del orden europeo tradicional, el triunfo de la nueva cosmología de Einstein, la influencia integral de la teoría de Freud, la creación del primer estado marxista y la génesis del fascismo.

El autor investiga la interacción de estas fuerzas durante los idílicos años veinte, los desesperados años treinta y la catástrofe de la segunda guerra mundial.

En el marco de una ingeniosa estructura organizativa, que asigna amplio espacio al incidente vívido y la anécdota reveladora, describe el ascenso de las dos superpotencias, trabadas en la guerra fría, la revolución en China, la descolonización de Asia y África y las trágicas secuelas de la independencia, la asombrosa recuperación de la democracia y el capitalismo en Europa Occidental, el ascenso de las economías empresarias del Pacífico encabezadas por Japón, la radicalización de América Latina, la expansión de la Unión Soviética como poder militar, la hegemonía de los Estados Unidos, la estrepitosa caída del comunismo al final de la década de los ochenta, el estallido de la guerra del Golfo y el fenómeno de la globalización.

En los albores de un nuevo milenio, esta edición actualizada del extraordinario bestseller de Paul Johnson aporta una mirada abarcadora sobre los hechos y personajes de un siglo que marcó a fuego la historia de la humanidad.



Paul Johnson nació en Gran Bretaña en 1928. Prestigioso periodista, fue durante seis años jefe de redacción de *The New Stateman*. Como autor se encuentra en la línea de esos historiadores de los dos últimos siglos para quienes escribir acerca de la historia no tiene sentido si no se incluyen revelaciones y juicios sobre el mundo que nos rodea. Entre sus libros de mayor éxito se encuentran: *El nacimiento del mundo moderno*, *Historia del cristianismo*, *Intelectuales*, *Historia de los judíos* y *Al diablo con Picasso*, todos ellos publicados con gran éxito por este sello editorial.

"Si usted desea conocer una interpretación del mundo en el siglo XX no hallará una más interesante que ésta."

—John Vincent, SUNDAY TIMES

"El más importante y sugestivo de los libros de Johnson."

—James Cameron, SPECTATOR

"Una realización sorprendente... Sin duda, esta obra está destinada a ser el manual para la comprensión de este siglo, y en gran medida podría ser la inspiración de una revolución de las actitudes, del pensamiento, de nuestra visión de la historia y de nosotros mismos."

—Bernard Levin, THE OBSERVER

Dedico este libro a la memoria de mi padre,
W. A. Johnson, artista, educador y entusiasta.

ÍNDICE*

1	Agradecimientos	11
1	Un mundo relativista	13
2	Las primeras utopías despóticas	71
3	Esperando a Hitler	137
4	Decadencia de la legitimidad	177
5	Una teocracia infernal, un caos celestial	223
6	La última Arcadia	255
7	El derrumbe	289
8	Los demonios	327
9	El momento culminante de la agresión	385
10	El fin de la vieja Europa	423
11	El año decisivo	461
12	Superpoder y genocidio	491
14	La generación de Bandung	573
15	Los reinos de Calibán	621
16	Experimentos con la mitad de la humanidad	667
17	El Lázaro europeo	705
18	El intento de suicidio de Estados Unidos	751
19	Los años setenta, una década colectivista	807
20	La recuperación de la libertad	855
	Notas	969
	Índice onomástico	1063

AGRADECIMIENTOS

Entre los muchos individuos e instituciones con los cuales estoy en deuda, deseo agradecer especialmente al American Enterprise Institute for Public Policy Research, de Washington, que me dispensó hospitalidad en la condición de estudioso residente; al doctor Norman Stone, que leyó el manuscrito y corrigió muchos errores; a Linda Osband, mi editora en Weidenfeld; a Sally Mapstone, lectora del manuscrito; y a mi hijo mayor, Daniel Johnson, que también trabajó en el manuscrito.

* La paginación corresponde al libro original [Nota del escaneador].

1 UN MUNDO RELATIVISTA

El mundo moderno comenzó el 29 de mayo de 1919, cuando las fotografías de un eclipse solar, tomadas en la isla del Príncipe, frente al África Occidental, y en Sobral, Brasil, confirmaron la verdad de una nueva teoría del universo. Durante medio siglo había sido evidente que la cosmología newtoniana, fundada en las líneas rectas de la geometría euclidiana y los conceptos de tiempo absoluto de Galileo, necesitaba una revisión importante. Había prevalecido más de doscientos años. Era el marco del Iluminismo europeo, de la revolución industrial y de la vasta expansión del conocimiento, la libertad y la prosperidad de la humanidad que caracterizaron al siglo XIX. Pero los telescopios cada vez más poderosos estaban revelando anomalías. Sobre todo, los movimientos del planeta Mercurio se desviaban cuarenta y tres segundos de arco cada siglo, con referencia a su comportamiento previsible de acuerdo con las leyes newtonianas de la física. ¿Por qué?

En 1905 Albert Einstein, un judío alemán de veintiséis años que trabajaba en la oficina suiza de patentes de Berna, había publicado un trabajo titulado: “Acerca de la electrodinámica de los cuerpos en movimiento”, que llegó a ser conocido como la teoría especial de la relatividad.¹ Las observaciones de Einstein acerca del modo en que, en ciertas circunstancias, las longitudes parecían contraerse y los relojes disminuir la velocidad de su movimiento, son análogas a los efectos de la perspectiva en la pintura. En realidad, el descubrimiento de que el espacio y el tiempo son términos de medición relativos más que absolutos puede compararse, por su efecto sobre nuestra percepción del mundo, con el empleo inicial de la perspectiva en arte, que sobrevino en Grecia durante las dos décadas de 500 a 480 a.C.²

La originalidad de Einstein, equivalente a una forma de genialidad, y la extraña elegancia de sus líneas argumentales, comparadas por los colegas con una manifestación del arte, suscitaron el interés cada vez más vivo del mundo. En 1907 publicó una demostración de que toda la masa tiene energía, condensada con la ecuación $E = mc^2$, considerada por una época posterior como el punto de partida en la carrera por la bomba A.³ Ni siquiera el comienzo de la guerra en Europa impidió que los científicos prosiguieran la búsqueda, promovida por Einstein, de una teoría general de la relatividad, que abarcara los campos gravitatorios y permitiera una revisión integral de la física newtoniana. En 1915 llegó a Londres la noticia de que Einstein lo había logrado. En la primavera siguiente, mientras los británicos preparaban una amplia y catastrófica ofensiva en el Somme, el documento fundamental atravesó de contrabando los Países Bajos y llegó a Cambridge, donde fue recibido por Arthur Eddington, profesor de astronomía y secretario de la Real Sociedad de Astronomía.

Eddington difundió el resultado obtenido por Einstein en un trabajo de 1918 destinado a la Sociedad de Física, y titulado: “La gravitación y el principio de la relatividad”. Pero en la metodología de Einstein era esencial la comprobación de sus ecuaciones mediante la observación empírica; el mismo Einstein ideó, con este propósito, tres pruebas específicas. La principal era que un rayo de luz que rozara la superficie del sol debía desviarse 1,745 segundos de arco, dos veces la desviación gravitatoria indicada por la teoría newtoniana clásica. El experimento implicaba fotografiar un eclipse solar. El más próximo correspondía al 29 de mayo de 1919. Antes de la

1 A. Einstein, en *Annalen der Physik*, 17, Leipzig, 1905, pp. 891 y ss.

2 Banesh Hoffman, *Einstein*, Londres, 1975, p. 78; John White, *The Birth and Rebirth of Pictorial Space*, Londres, 1967, pp. 236-273.

3 Hoffman, op. cit., pp. 81 y 82.

conclusión de la guerra, el astrónomo real, sir Frank Dyson, había conseguido del acosado gobierno la promesa de destinar 1.000 libras esterlinas para financiar una expedición que realizaría observaciones en Príncipe y Sobral.

A principios de marzo de 1919, la noche que precedió a la partida de la expedición, los astrónomos conversaron hasta tarde en el estudio de Dyson, en el Observatorio Real de Greenwich, diseñado por Wren en 1675-1676, mientras Newton aún trabajaba en su teoría general de la gravitación. E. T. Cottingham, ayudante de Eddington, que debía acompañarlo, formuló la terrible pregunta: ¿Qué sucedería si la medición de las fotografías del eclipse demostraba, no la deflexión de Newton ni la de Einstein, sino el doble de la deflexión de Einstein? Dyson dijo: “En tal caso, Eddington enloquecerá y usted tendrá que regresar solo a casa”. El cuaderno de notas de Eddington señala que en la mañana del 29 de mayo hubo una tremenda tormenta de truenos en Príncipe. Las nubes se dispersaron precisamente a tiempo para el eclipse, a la 1.30 de la tarde. Eddington dispuso de sólo ocho minutos para actuar. “No vi el eclipse porque estaba muy atareado cambiando las placas. Tomamos dieciséis fotografías”. Después, durante seis noches reveló las placas, a razón de dos por noche. Al anochecer del 3 de junio, después de haber dedicado el día entero a medir las placas reveladas, se volvió hacia su colega: “Cottingham, no tendrá que volver solo a casa”. Einstein había acertado.⁴

La expedición satisfizo dos de las pruebas de Einstein, reconfirmadas por W. W. Campbell durante el eclipse de septiembre de 1922. Hallamos un indicador del rigor científico de Einstein en el hecho de que se negó a aceptar la validez de su propia teoría hasta que la tercera prueba (el “cambio al rojo”) tuvo éxito. “Si se demostrase que este efecto no existe en la naturaleza”, escribió a Eddington el 15 de diciembre de 1919, “sería necesario abandonar la teoría entera”. En realidad, el “cambio al rojo” fue confirmado por el observatorio de Mount Wilson en 1923 y luego la comprobación empírica de la teoría de la relatividad se amplió constantemente; uno de los ejemplos más sorprendentes fue el sistema de lentes gravitatorias de los quásares, identificado entre 1979 y 1980.⁵ En el momento no dejó de apreciarse el heroísmo profesional de Einstein. Para el joven filósofo Karl Popper y sus amigos de la Universidad de Viena, “fue una gran experiencia, que ejerció duradera influencia sobre nuestro desarrollo intelectual”. “Lo que me impresionó más”, escribió más tarde Popper, “fue el claro enunciado del mismo Einstein en el sentido de que consideraría insostenible su teoría si no satisfacía ciertas pruebas [...] Era una actitud completamente distinta del dogmatismo de Marx, Freud, Adler y aún más de sus adeptos. Einstein estaba buscando experimentos fundamentales cuya coincidencia con sus predicciones de ningún modo demostraría su teoría; en cambio, como él mismo lo señalaría, una discrepancia determinaría que su teoría fuese insostenible. Por mi parte, yo pensaba que ésa era la auténtica actitud científica”.⁶

La teoría de Einstein y la muy difundida expedición de Eddington con el fin de comprobarla despertaron enorme interés en todo el mundo a lo largo del año 1919. Ni antes ni después ningún episodio de verificación científica atrajo tantos titulares o se convirtió en tema de comentario universal. La tensión se acentuó constantemente entre junio y el anuncio efectivo, durante una nutrida reunión de la Sociedad Real, en Londres, de que se había confirmado la teoría. A juicio de A. N. Whitehead, que estaba allí, fue como un drama griego:

Éramos el coro que comentaba el decreto del destino revelado en el desarrollo de un incidente supremo. Había cierta dignidad dramática en la escenografía misma: el ceremonial tradicional y, en el trasfondo, la imagen de Newton recordándonos que la más grande de las generalizaciones científicas ahora, por primera vez después de dos

4 Banesh Hoffman, *Einstein*, Londres, 1975, p. 78; John White, *The Birth and Rebirth of Pictorial Space*, Londres, 1967, pp. 236-273.

5 *Daily Telegraph*, 25 de junio de 1980; D. W. Sciama, *The Physical Foundations of General Relativity*, Nueva York, 1969.

6 Karl Popper, *Conjectures and Refutation*, Londres, 1963, pp. 34 y ss.; y Popper, *Unended Quest: an Intellectual Autobiography*, Londres, 1976, p. 38.

siglos, sería modificada: al fin había comenzado una gran aventura del pensamiento.⁷

A partir de ese momento, Einstein fue un héroe global, reclamado por las grandes universidades del mundo, el imán que atraía a las multitudes en todos los lugares en los que aparecía; cientos de millones de personas conocieron su rostro de expresión pensativa y fue el arquetipo del abstraído filósofo de la naturaleza. Su teoría ejerció una influencia inmediata y calibrarla fue cada vez más difícil. Pero debía ilustrar lo que Karl Popper denominaría más tarde “la ley de la consecuencia involuntaria”. Muchísimos libros trataron de explicar claramente de qué modo la teoría general había modificado los conceptos newtonianos que, en los hombres y las mujeres comunes, formaba la comprensión de su mundo y cómo funcionaba. El mismo Einstein lo resumió así: “En su sentido más amplio, el ‘principio de la relatividad’ está contenido en el enunciado: la totalidad de los fenómenos físicos tiene un carácter tal que no permite la introducción del concepto de ‘movimiento absoluto’; o, en forma más breve pero menos exacta: no hay movimiento absoluto”.⁸ Años más tarde, R. Buckminster Fuller enviaría al artista japonés Isamu Noguchi un famoso cable en que explicaba la ecuación fundamental de Einstein exactamente en 249 palabras, una obra maestra de la síntesis.

Sin embargo, a los ojos de la mayoría de la gente, para la que la física newtoniana, con sus líneas rectas y sus ángulos rectos, era perfectamente inteligible, la relatividad nunca fue más que una imprecisa causa de inquietud. Se entendía que el tiempo absoluto y la longitud absoluta habían sido derrocados; el movimiento era curvilíneo. De pronto, pareció que nada era seguro en el movimiento de las esferas. “El mundo está desquiciado”, como observara con tristeza Hamlet. Era como si el globo rotatorio hubiese sido arrancado de su eje y arrojado a la deriva en un universo que ya no respetaba las normas usuales de medición. A principios de la década de los veinte comenzó a difundirse, por primera vez en un ámbito popular, la idea de que ya no existían absolutos: de tiempo y espacio, de bien y mal, del saber y, sobre todo, de valor. En un error quizás inevitable, vino a confundirse la relatividad con el relativismo.

Nadie se inquietó más que Einstein por esta comprensión errada del público. Lo desconcertaba la publicidad implacable y el error promovidos aparentemente por su propia obra. El 9 de septiembre de 1920 escribió a su colega Max Born: “Como el hombre del cuento de luidas que convertía en oro todo lo que tocaba, en mi caso todo se convierte en escándalo periodístico”.⁹ Einstein no era judío practicante, pero reconocía la existencia de un Dios. Creía apasionadamente en la existencia de normas absolutas del bien y el mal. Consagró su vida profesional a la búsqueda no sólo de la verdad sino de la certidumbre. Insistía en que el mundo podía dividirse en las esferas subjetiva y objetiva, y en que uno debía formular enunciados precisos acerca de la porción objetiva. En el sentido científico (no filosófico) de la palabra, era determinista. Durante la década de los veinte consideró no sólo inaceptable sino repulsivo el principio de indeterminación de la mecánica cuántica. Durante el resto de su vida, hasta su muerte, en 1955, se esforzó por refutarlo y trató de aferrar la física a una teoría unificada. Escribió a Born: “Usted cree en un Dios que juega a los dados, y yo creo en la ley y el orden totales en un mundo que existe objetivamente y que, de un modo absurdamente especulativo, intento aprehender. Yo creo firmemente, pero abrigo la esperanza de que alguien descubrirá un modo más realista o más bien una base más concreta que la que me ha tocado en suerte hallar”.¹⁰ Pero Einstein no consiguió elaborar una teoría unificada, ni durante la década de los veinte ni después. Vivió para ver que el relativismo moral, a su juicio una enfermedad, se convertía en una pandemia social, así como vivió para ver que su fatal ecuación promovía el nacimiento de la guerra nuclear. Hacia el fin de su vida solía decir que había momentos en que deseaba haber sido un sencillo relojero.

El ascenso de Einstein a la altura de una figura mundial en 1919 es una notable ilustración de la doble influencia de los grandes innovadores científicos sobre la humanidad. Modifican nuestra

7 A. N. Whitehead, *Science and the Modern World*, Londres, 1925.

8 A. Einstein, *Out of My Later Years*, Londres, 1950, p. 41.

9 The Born-Einstein Letters 1916-1955, Londres, 1971.

10 *Ibid.*, p. 149.

percepción del mundo físico y acrecientan nuestro dominio de él. Pero también cambian nuestras ideas. El segundo efecto a menudo es más radical que el primero. Para bien o para mal, el genio científico gravita sobre la humanidad mucho más que los estadistas o los guerreros. El empirismo de Galileo creó, en el siglo XVII, el fermento de la filosofía natural que fue el origen de las revoluciones científica e industrial. La física newtoniana fue el marco del Iluminismo del siglo XVIII y por eso mismo contribuyó al nacimiento del nacionalismo moderno y la política revolucionaria. El concepto darwiniano de la supervivencia del más apto fue un elemento fundamental, tanto del concepto marxista de la guerra de clases como de las filosofías raciales que plasmaron el hitlerismo. Ciertamente, las consecuencias políticas y sociales de las ideas darwinianas todavía deben manifestarse, como veremos a lo largo de este libro. Del mismo modo, la reacción pública frente a la relatividad fue una de las principales influencias formadoras en el curso de la historia del siglo XX. Cumplió la función de un cuchillo, esgrimido inconscientemente por su autor, que ayudó a cortar las amarras tradicionales de la sociedad en la fe y la moral de la cultura judeocristiana.

La influencia de la relatividad fue especialmente intensa porque de hecho coincidió con la recepción pública del freudismo. Por la época en que Eddington comprobó la teoría general de Einstein, Sigmund Freud ya estaba en mitad de la cincuentena. Alrededor de principios del siglo había completado la mayor parte de su obra realmente original. *La interpretación de los sueños* había sido publicada en 1900. Freud era una figura conocida y controvertida en los círculos médicos y psiquiátricos especializados; había fundado su propia escuela y había mantenido una espectacular disputa teológica con su principal discípulo, Carl Jung, antes del estallido de la Gran Guerra. Pero sólo al finalizar la guerra sus ideas comenzaron a difundirse de manera generalizada.

La razón de este hecho fue la atención que la prolongada guerra de trincheras atrajo sobre los casos de perturbación mental provocados por el estrés: el “trauma de guerra” fue la expresión popular. Los respetados hijos de familias de militares, que se habían presentado como voluntarios, que habían luchado con notable gallardía y habían recibido numerosas condecoraciones, de pronto se derrumbaban. No podían ser cobardes y no estaban locos. Freud había ofrecido durante mucho tiempo, en el marco del psicoanálisis, lo que parecía ser una perfeccionada alternativa para los métodos “heroicos” de curación de la enfermedad; nos referimos a las drogas, la presión violenta o el tratamiento de electroshock. Esos métodos habían sido usados abundantemente, en dosis cada vez más elevadas, a medida que la guerra se prolongaba y en tanto que las “curaciones” mostraban efectos cada vez más breves. Cuando se aumentaba la corriente eléctrica, los hombres morían en el tratamiento, o bien se suicidaban para no continuar con el proceso, como víctimas de la Inquisición; la cólera de los parientes durante la posguerra ante las crueldades infligidas en los hospitales militares y sobre todo en la sección psiquiátrica del Hospital General de Viena, indujo al gobierno austríaco, en 1920, a organizar una comisión investigadora, que solicitó la opinión de Freud.¹¹ La controversia consiguiente, aunque no arribó a conclusiones definidas, aportó a Freud la publicidad mundial que necesitaba. Desde el punto de vista profesional, 1920 fue para él un año decisivo, pues se inauguró en Berlín la primera policlínica psiquiátrica, y su alumno y futuro biógrafo Ernest Jones inició la publicación del *International Journal of Psycho-Analysis*.

Pero incluso más espectacular, y a la larga mucho más importante, fue el súbito descubrimiento de las obras y las ideas de Freud por parte de los intelectuales y los artistas. Como Havelock Ellis dijo entonces, para gran indignación del maestro, Freud no era un hombre de ciencia sino un gran artista.¹² Después de ochenta años de experiencia, se ha demostrado que en general sus métodos terapéuticos son costosos fracasos, más apropiados para mimar a los desgraciados que para curar a los enfermos.¹³ Ahora sabemos que muchas ideas fundamentales del psicoanálisis carecen de base en la biología. Ciertamente, fueron formuladas por Freud antes del descubrimiento de las leyes de

11 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, ed. Lionel Trilling y Steven Marcus, Nueva York, 1961, pp. 493 y ss.

12 *Ibíd.* p. 493.

13 B. A. Farrell, *The Standing of Psychoanalysis*, Oxford, 1981; Anthony Clare, *The Times Literary Supplement*, 26 de junio de 1981, p. 735.

Mendel, la teoría de la herencia basada en los cromosomas, el reconocimiento de los errores metabólicos innatos, la existencia de las hormonas y el mecanismo del impulso nervioso, conceptos que en conjunto invalidan esas ideas. Como ha dicho sir Peter Medawar, el psicoanálisis es una corriente afín al mesmerismo y la frenología: incluye núcleos aislados de verdad, pero la teoría general es falsa.¹⁴ Más aún, como el joven Karl Popper observó acertadamente por entonces, la actitud de Freud frente a la prueba científica fue muy distinta de la de Einstein y más afín a la de Marx. Lejos de formular sus teorías con un alto grado de contenido específico que facilitara la comprobación y la refutación empíricas, Freud les confirió un carácter global y dificultó la verificación. Así, a semejanza de los partidarios de Marx, cuando se reunían pruebas que aparentemente las refutaban, modificaba las teorías para adaptarlas al nuevo material. De este modo, el cuerpo de conceptos freudianos se vio sometido a un proceso permanente de expansión y ósmosis, a semejanza de un sistema religioso en su período formativo. Como podía presumirse que sucedería, los críticos internos, por ejemplo Jung, fueron tratados como herejes, y los externos, del tipo de Havelock Ellis, como infieles. De hecho, Freud mostró signos del carácter de un ideólogo mesiánico en el siglo XX en su peor expresión, tales como la tendencia persistente a considerar a quienes discrepaban con él seres a su vez inestables y necesitados de tratamiento. Es así como el rechazo de la jerarquía científica de Freud por Ellis fue desechado como “una forma sumamente sublimada de resistencia”.¹⁵ “Me inclino”, escribió a Jung, poco antes de la ruptura entre ambos, “a tratar a los colegas que ofrecen resistencia exactamente como tratamos a los pacientes en la misma situación”.¹⁶ Dos décadas más tarde, el concepto que implica considerar que el disidente padece una forma de enfermedad mental, que exige la hospitalización compulsiva, habría de florecer en la Unión Soviética en una nueva forma de represión política.

Si bien la obra de Freud tenía escaso contenido científico auténtico, poseía cualidades literarias e imaginativas de elevado nivel. Su estilo en alemán poseía una seducción magnética y mereció que se le otorgara el más alto premio literario de la nación, el Premio Goethe de la ciudad de Francfort. Él traducía bien. La anglicación de los textos freudianos existentes se convirtió en una industria durante los años veinte. Pero la nueva producción literaria también se extendió, pues Freud permitió que sus ideas abarcaran un campo cada vez más amplio de la actividad y la experiencia humanas. Freud era gnóstico. Creía en la existencia de una estructura oculta del conocimiento que, mediante la aplicación de las técnicas que él estaba ideando, podía ser revelada bajo la superficie de las cosas. El sueño era su punto de partida. Según escribió, el sueño no estaba “construido de distinto modo que el síndrome neurótico. Como éste, puede parecer extraño e insensato, pero cuando se lo examina mediante una técnica que difiere un poco del método de la asociación libre utilizado en el psicoanálisis, uno pasa de su contenido manifiesto a su contenido oculto, o a sus pensamientos latentes”.¹⁷

El gnosticismo siempre atrajo a los intelectuales. Freud ofreció una variedad muy succulenta. Tenía un talento brillante para la ilusión y la imagería clásicas en un período en el que todas las personas educadas se enorgullecían de su conocimiento del griego y el latín. Percibió prontamente la importancia atribuida al mito por la nueva generación de antropólogos sociales como sir James Frazer, cuya obra *La rama dorada* comenzó a aparecer en 1890. El sentido de los sueños, la función del mito; Freud agregó a este poderoso brebaje una porción ubicua de sexo, el que, a su juicio, estaba en la raíz de casi todas las formas de conducta humana. La guerra había aflojado las lenguas en relación con el sexo; el período inmediato de posguerra presenció la aparición de la costumbre de la discusión de temas sexuales en los materiales impresos. Había llegado el momento de Freud. Además de sus dotes literarias, poseía algunas de las cualidades de un periodista sensacionalista. Era aficionado a acuñar neologismos. Podía crear un lema impresionante. Casi con la misma

14 P. B. Medawar, *The Hope of Progress*, Londres, 1972.

15 Jones, op. cit., p. 493.

16 Carta del 18 de diciembre de 1912. William McGuire, ed., *The FreudJung Letters*, tr. Londres, 1971, pp. 534-535.

17 Véase el ensayo de Freud “Psychoanalysis Exploring the Hidden Recesses of the Mind”, en el estudio de la *Encyclopaedia Britannica: These Eventful Years: the Twentieth Century in the Making*, 2 vols., Nueva York, 1924, ii pp. 511 y ss.

asiduidad que su contemporáneo más joven, Rudyard Kipling, incorporaba palabras y frases al idioma: “lo inconsciente”, “sexualidad infantil”, “complejo de Edipo”, “complejo de inferioridad”, “complejo de culpa”, “ego y superego”, “sublimación”, “psicología profunda”. Algunas de sus ideas más destacadas; por ejemplo la interpretación sexual de los sueños o lo que llegó a denominarse el “error freudiano”, eran atractivas en las conversaciones de salón de la nueva intelectualidad. Freud conocía el valor de los tópicos. En 1920, en la estela del suicidio de Europa, publicó su libro *Más allá del principio del placer*, que introdujo la idea del “instinto de muerte”, concepto que pronto se vulgarizó con la denominación de “deseo de muerte”. Durante gran parte de los años veinte, que asistieron a una nueva y brusca disminución de la creencia religiosa, especialmente entre las personas cultas, Freud se interesó en el análisis de la religión, a la que consideró un concepto puramente humano. En *El futuro de una ilusión* (1927) abordó los intentos inconscientes del hombre de aliviar el infortunio. Escribió: “El intento de conseguir una forma de protección contra el sufrimiento mediante una reelaboración ilusoria de la realidad es la empresa común de un número considerable de personas. Las religiones humanas tienen que ser clasificadas en el grupo de las ilusiones masivas de este tipo. No necesitamos aclarar que quien participa de una ilusión jamás le asigna este carácter”.¹⁸

Parecía la voz de la nueva época. No era la primera vez que un profeta en la cincuentena, durante mucho tiempo aislado, de pronto hallaba un público entusiasta en la dorada juventud. Lo notable del freudismo era su condición proteica y su ubicuidad. Parecía tener una explicación nueva y excitante para todo. Gracias a la habilidad de Freud para englobar las nuevas tendencias que se manifestaban en una amplia gama de disciplinas académicas, parecía que presentaba, con brillante desenvoltura y una confianza magistral, ideas que ya estaban medio formuladas en la mente de la elite. “Esto es lo que siempre pensé”, observó en su diario el admirado André Gide. A principios de la década de los veinte, muchos intelectuales descubrieron que durante años habían sido freudianos sin saberlo. La atracción era especialmente intensa en los novelistas, desde el joven Aldous Huxley, cuyo deslumbrante *Escándalos de Crome* fue escrito en 1921, hasta una figura sombríamente conservadora como Thomas Mann, para quien Freud era “un oráculo”.

La influencia de Einstein y Freud sobre los intelectuales y los artistas creadores fue aún mayor cuando el advenimiento de la paz los llevó a cobrar conciencia de que había sobrevenido, y continuaba desarrollándose, una revolución fundamental en el mundo de la cultura, en la que los conceptos de relatividad y freudismo parecían al mismo tiempo portentos y ecos. Esta revolución tenía profundas raíces en la preguerra. Ya había comenzado en 1905, cuando fue proclamada en un discurso público pronunciado con mucha lógica por el empresario Sergei Diaghilev, de los Ballets rusos:

Presenciamos el momento más grande de coronación de la historia, en nombre de una cultura nueva y desconocida, que será creada por nosotros y que también nos arrastrará. Por eso, sin miedo ni aprensión, elevo mi copa en un brindis por los muros ruinosos de los bellos palacios, así como por los nuevos mandamientos de una estética nueva. El único deseo, que un sensualista incorregible como yo puede expresar, es que la futura lucha no dañe las alegrías de la vida y que la muerte sea tan bella y esclarecedora como la resurrección.¹⁹

Mientras Diaghilev hablaba, se anunciaba la primera exposición de los fauves en París. En 1913 presentó en esa ciudad *La consagración de la primavera*, de Stravinsky; por entonces Schoenberg ya había publicado su obra atonal, *Drei Klavierstücke*; Alban Berg, su *cuarteto para cuerdas* (opus 3), y Matisse había inventado la palabra “cubismo”. En 1909 los futuristas publicaron su manifiesto y Kurt Hiller fundó su Neue Club en Berlín, centro del movimiento artístico que en 1911 fue denominado primero expresionismo.²⁰ Casi todas las grandes figuras creadoras de la década de los

¹⁸ Sigmund Freud, *The Future of an Illusion*, Londres, 1927, p. 28.

¹⁹ Citado por Richard Buckle, *Diaghilev*, Nueva York, 1979, p. 87.

²⁰ Walter Laqueur, *Weimar: a Cultural History, 1918-1933*, Londres, 1974.

veinte ya habían sido publicadas, exhibidas o representadas antes de 1914, y en ese sentido el movimiento moderno fue un fenómeno de la preguerra. Pero se necesitaban las desesperadas convulsiones de la gran lucha y el derrumbe de regímenes que ella desencadenó para conferir al modernismo la dimensión política radical que hasta ese momento le faltaba y el sentido de un mundo en ruinas sobre el que construiría otro nuevo. El acento elegíaco, incluso aprensivo, de Diaghilev en 1905, fue por lo tanto notablemente sagaz. No era posible separar los aspectos culturales y políticos del cambio, como tampoco pudo hacerse durante las turbulencias de la revolución y el romanticismo de 1790-1830. Se ha observado que James Joyce, Tristan Tzara y Lenin fueron todos exiliados residentes en Zurich en 1916, donde esperaban que llegase la oportunidad para cada uno.²¹

Finalizada la guerra, el modernismo vino a ocupar lo que parecía un escenario vacío, envuelto en una llamarada de publicidad. La noche del 9 de noviembre de 1918, un Consejo Expresionista de Intelectuales se reunió en el edificio del Reichstag en Berlín, y exigió la nacionalización de los teatros, el subsidio oficial a las profesiones artísticas y la demolición de todas las academias. El surrealismo, que podía haber sido concebido para conferir expresión visual a las ideas freudianas — aunque sus orígenes eran por completo independientes — tenía su propio programa de acción, lo mismo que el futurismo y el dadaísmo. Pero todo esto no era nada más que la espuma de la superficie. En el fondo, la desorientación en el espacio y el tiempo inducida por la relatividad y el gnosticismo sexual de Freud fueron las corrientes que parecieron expresarse en los nuevos modelos creadores. El 23 de junio 1919 Marcel Proust publicó *A la sombra de las muchachas en flor*, el principio de un amplio experimento de desarticulación del tiempo y de emociones sexuales subterráneas que vino a condensar las nuevas inquietudes. Seis meses más tarde, el 10 de diciembre, se le concedió el Premio Goncourt y el centro de gravedad de las letras francesas se apartó decisivamente de los grandes sobrevivientes del siglo XIX.²² Por supuesto, tales obras circulaban todavía sólo en el ámbito de una minoría influyente. Proust tuvo que publicar con fondos propios su primer volumen y lo vendió a un tercio del costo de la producción (incluso todavía en 1956, la obra completa *En busca del tiempo perdido* alcanzaba una cifra de venta inferior a 10.000 ejemplares anuales).²³ La obra de James Joyce, que también trabajaba en París, no podía ser publicada en las Islas Británicas. Su *Ulises*, terminado en 1922, tuvo que ser editado en una imprenta privada y pasó de contrabando las fronteras. Pero su significado no pasó inadvertido. Ninguna novela ilustró más claramente la medida en que los conceptos de Freud habían pasado al idioma de la literatura. Ese mismo año de 1922 el poeta T. S. Eliot, también un profeta recientemente identificado de la época, escribió que aquella obra había “destruido la totalidad del siglo XIX”.²⁴ Proust y Joyce, los dos grandes precursores y los modificadores del centro de gravedad, no tenían lugar uno para el otro en la *Weltanschauung* que, sin quererlo, compartían. Se conocieron en París el 18 de mayo de 1922, después de la primera noche de *Rénard* de Stravinsky, en una recepción ofrecida a Diaghilev y la compañía y a la que asistió Pablo Picasso, compositor y diseñador del mismo Diaghilev. Proust, que ya había insultado a Stravinsky, irreflexivamente llevó a Joyce a su casa en un taxi. El irlandés, borracho, le aseguró que no había leído ni una sílaba de sus obras y Proust, irritado, retribuyó el cumplido antes de llegar al Ritz, donde le servían la cena a cualquier hora de la noche.²⁵ Seis meses después había fallecido, pero no antes de que se lo aclamase como al intérprete literario de Einstein en un ensayo del celebrado matemático Camille Vettard.²⁶ Joyce lo desechó, en *Finnegans Wake*, con un retruécano: “*Prost bitte*”.

La idea de que escritores como Proust y Joyce “destruyeron” el siglo XIX, tal como Einstein y Freud lo estaban haciendo con las correspondientes ideas, no es tan fantasiosa como podría parecer.

21 No existen pruebas de que se encontraran. La conjunción crea el escenario para la obra de Tom Stoppard, *Travesties*, 1977.

22 George Painter, Marcel Proust, 2 vols., Nueva York, 1978, ii, pp. 293 y ss.

23 Theodore Zeldin, *France 1848-1945*, 2 vols., Oxford, 1977, vol. II, *Intellect, Taste, Anxiety*, pp. 370 y ss.

24 Citado en Lionel Trilling, *The Last Decade: Essays and Reviews*, 1965/1977, Nueva York, 1979, p. 28.

25 Painter, op. cit., II, p. 339.

26 Camille Vettard, “Proust et Einstein”, *Nouvelle Revue Française*, agosto de 1922.

El siglo XIX asistió a la culminación de la filosofía de la responsabilidad personal —la idea de que cada uno de nosotros es individualmente responsable de sus actos— que fue la herencia conjunta del judeocristianismo y el mundo clásico. Como habría de destacar Lionel Trilling al analizar el veredicto de Eliot acerca de *Ulises*, durante el siglo XIX era posible que un esteta como Walter Pater en su obra *The Renaissance* afirmase que la capacidad de “arder con una llama dura como una joya” equivalía al “éxito en la vida”. “En el siglo XIX”, escribió Trilling, incluso “una mente tan exquisita y objetiva como la de Pater podía sobrentender la posibilidad de pronunciar, en relación con la vida de un individuo, un juicio acerca del éxito o el fracaso”.²⁷ La novela del siglo XIX se interesaba esencialmente por el éxito moral o espiritual del individuo. *En busca del tiempo perdido* y *Ulises* señalaron no sólo la aparición del antihéroe sino la destrucción del heroísmo individual como elemento básico de la creación imaginativa y de una despectiva falta de interés en el equilibrio y los juicios morales. El ejercicio de la voluntad individual dejará de ser el rasgo más interesante de la conducta humana.

Esta actitud armonizaba cabalmente con las nuevas formas que se estaban plasmando. El marxismo, que ahora por primera vez ocupaba la sede del poder, era otra forma de gnosticismo que pretendía penetrar más allá del barniz percibido empíricamente de las cosas para llegar a la verdad oculta y más profunda. Con palabras que anticipan extrañamente el fragmento de Freud que acabo de citar, Marx había dicho: “El esquema definitivo de las relaciones económicas según se lo percibe en la superficie [...] es muy distinto y en realidad lo contrario del esquema esencial interno pero oculto”.²⁸ En la superficie, parecía que los hombres ejercían su libre albedrío, adoptaban decisiones y determinaban los hechos. En realidad, para quienes estaban familiarizados con los métodos del materialismo dialéctico, tales individuos, por poderosos que fueran, eran meros juguetes de la corriente, arrojados hacia aquí y hacia allá por los movimientos irresistibles de las fuerzas económicas. La conducta ostensible de los individuos simplemente disimulaba los esquemas de clase de los cuales ellos no tenían en absoluto conciencia y frente a los cuales eran impotentes.

Asimismo, en el análisis freudiano, la conciencia personal, que estaba en el centro mismo de la ética judeocristiana y era el motor principal de la realización individualista, se veía desechada como un mero recurso de seguridad creado colectivamente para proteger el orden civilizado de la temible agresividad de los seres humanos. El freudismo era muchas cosas pero, si tenía una esencia, ésta era la descripción de la culpa. “La tensión entre el áspero superego y el ego que le está sometido”, escribió Freud en 1920, “recibe en nosotros el nombre de sentimiento de culpa [...] La civilización se impone al peligroso deseo individual de agresión debilitándolo, desarmándolo y creando en el propio individuo una entidad que lo vigila, como una guarnición en una ciudad conquistada”. Por consiguiente, los sentimientos de culpa no eran expresión del vicio sino de la virtud. El superego o la conciencia era el elevadísimo precio que los individuos pagaban para preservar la civilización, y su costo, bajo la forma de sufrimiento, aumentaría inexorablemente al compás del progreso de la civilización: “La amenaza externa de infelicidad [...] ha sido trocada por una permanente infelicidad íntima, por la tensión del sentimiento de culpa”. Freud afirmó que se proponía demostrar que los sentimientos de culpa, que no respondían a ninguna forma de la fragilidad humana, eran “el problema más importante del desarrollo de la civilización”.²⁹ Podía suceder, como los sociólogos ya estaban sugiriéndolo, que la sociedad fuese culpable colectivamente, en cuanto creaba condiciones que hacían inevitable el delito y el vicio. Pero los sentimientos personales de culpa constituían una ilusión que era necesario rechazar. Ninguno de nosotros era individualmente culpable; todos éramos culpables.

Marx, Freud, Einstein, todos formularon el mismo mensaje durante la década de los veinte: el mundo no era lo que parecía. Los sentidos, cuyas percepciones empíricas plasmaban nuestras ideas del tiempo y la distancia, del bien y el mal, del derecho y la justicia, y la naturaleza del comportamiento del hombre en sociedad, ya no eran confiables. Más aún, el análisis marxista y el freudiano parecían minar, cada uno a su modo, el sentido muy desarrollado de responsabilidad

27 Trilling, op. cit., pp. 28-29.

28 Karl Marx, A contribution to the Critique of Political Economy, p. 20.

29 Sigmund Freud, Beyond the Pleasure Principle, 1920, pp. 70-81.

personal y de deber hacia un código moral establecido y objetivamente verdadero, que fue el centro de la civilización europea del siglo XIX. La expresión que la gente sacaba de Einstein, la de un universo en donde todas las expresiones de valor eran relativas, vino a confirmar esta visión —que desalentó y exaltó al mismo tiempo— de anarquía moral.

¿Acaso la “simple anarquía”, como dijo W. B. Yeats en 1916, no se había “abatido sobre el mundo”? A juicio de muchos, la guerra había sido la calamidad más grande desde la caída de Roma. Alemania, movida por el miedo y la ambición, y Austria, empujada por la resignación y la desesperación, habían deseado la guerra de un modo que no se manifestó en los restantes países beligerantes. La guerra señaló la culminación de la marea de pesimismo, que fue el rasgo más destacado de la filosofía alemana durante la preguerra. El pesimismo germánico, que contrastaba claramente con el optimismo basado en el cambio político y la reforma observados en Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, e incluso en Rusia durante la década que precedió a 1914, no era exclusivo de la intelectualidad y, por el contrario, se manifestaba en todos los planos de la sociedad alemana, sobre todo en la cumbre. Durante las semanas que precedieron al estallido de Armageddon, Kurt Riezler, secretario y confidente de Bethmann Hollweg, comentó por escrito el siniestro regocijo con que su jefe llevaba al abismo a Alemania y Europa. El 7 de julio de 1914 escribe: “El canciller espera que una guerra, sea cual fuere su desenlace, desemboque en la conmoción de todo lo que existe. El mundo actual es muy anticuado. Carece de ideas”. El 27 de julio comenta: “Una catástrofe que supera al poder humano se cierne sobre Europa y nuestro propio pueblo”.³⁰ Bethmann Hollweg había nacido el mismo año que Freud y se hubiera dicho que personificaba el “instinto de muerte”, frase que este último acuñó hacia finales de la terrible década. Como la mayoría de los alemanes cultos, había leído *Degeneración*, de Max Nordau, un libro publicado en 1895, y estaba familiarizado con las teorías acerca de la degeneración concebidas por el criminólogo italiano Cesare Lombroso. Con guerra o sin ella, el hombre protagonizaba una decadencia inevitable; la civilización enfilaba hacia la destrucción. Tales ideas eran usuales en Europa Central y preparaban el camino para la exclamación aprobadora que saludó la aparición de *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler, una obra que por razones fortuitas debía publicarse en 1918, una vez consumado el suicidio que había pronosticado.

Más hacia el oeste, en Gran Bretaña, Joseph Conrad (él mismo nativo de Europa Oriental) había sido el único escritor importante que reflejó este pesimismo y lo expresó en una serie completa de sorprendentes novelas: *Nostromo* (1904), *El agente secreto* (1907), *Under Western Eyes* (1911), *Victoria* (1915). Estos desesperados sermones políticos, disfrazados bajo la forma de novelas, predicaron el mensaje que Thomas Mann habría de pronunciar ante Europa Central en 1924 con *La montaña mágica*, y el propio Mann lo reconoció en el prefacio que escribió para la traducción alemana de *El agente secreto* dos años más tarde. A juicio de Conrad, la guerra no hacía más que confirmar el carácter irremediable del aprieto en que se encontraba el hombre. Desde la perspectiva que tenemos hoy en día, debe señalarse que Conrad es el único escritor importante de esa época cuya visión continúa siendo clara y válida en todos los detalles. Desechó el marxismo como una insensatez perversa que sin duda originaría una monstruosa tiranía; las ideas de Freud no eran más que “una suerte de exhibición mágica”. La guerra había demostrado la fragilidad humana, pero por lo demás no resolvería ni generaría nada. Los planes gigantescos de reforma, las panaceas, todas las “soluciones”, eran ilusorias. En una carta dirigida a Bertrand Russell el 23 de octubre de 1922 (Russell en ese momento ofrecía “soluciones” para *El problema de China*, su obra más reciente), Conrad insistió: “Nunca pude hallar en el libro o en la conversación de un hombre nada que me convenciera bastante como para enfrentar siquiera sea un momento la arraigada sensación de que la fatalidad gobierna este mundo habitado por el hombre [...] El único remedio aplicable por los chinos y por el resto de nuestra humanidad es el cambio de los sentimientos.

Pero cuando se repasa la historia de los últimos 2.000 años, no hay muchos motivos para esperar tal cosa, y eso pese a que el hombre ahora vuela [...] El hombre no vuela como un águila, vuela

30 Citado en Fritz Stern, *The Failure of Illiberalism*, Londres, 1972, “Bethmann Hollweg and the War”, pp. 77-118.

como un abejorro”.³¹

Al principio de la guerra, el escepticismo de Conrad había sido una actitud desusada en el mundo anglosajón. A juicio de algunos, la guerra misma era una forma de progreso, y H. G. Wells formuló su declaración en un atractivo volumen titulado *The War That Will End War*. Pero cuando llegó el armisticio, el progreso en el sentido en que lo entendían los victorianos, es decir como algo constante y casi inexorable, estaba muerto. En 1920 el gran erudito clásico J. B. Bury publicó un volumen titulado *The Idea of Progress*, proclamando el derrocamiento de la idea. “Una idea nueva usurpará su lugar como concepto matriz de la humanidad [...] ¿Acaso el progreso mismo no sugiere que su valor como doctrina es a lo sumo relativa y que corresponde a cierta etapa no muy avanzada de la civilización?”³²

Lo que destruyó la idea de un progreso ordenado, contrapuesto al progreso anárquico, fue la enormidad misma de los actos perpetrados por la Europa civilizada durante los cuatro años precedentes. Quien examinase los hechos no podía dudar de que había sobrevenido una degeneración moral inimaginable y sin precedentes. Mientras era secretario de Estado para la guerra (1919-1921), Winston Churchill escribió en una hoja con membrete de la Oficina de Guerra el siguiente mensaje:

Se acumularon todos los horrores de todos los tiempos, y no sólo los ejércitos, sino poblaciones enteras, fueron arrojados a ese abismo. Los estados participantes de elevada cultura creyeron —no sin razón— que estaba en juego su existencia misma. Ni los pueblos ni los gobernantes impusieron límites a los hechos que, según creían, podrían ayudarles a vencer. Alemania, que había desatado las fuerzas del infierno, se desenvolvía bien en ese ámbito de terror, pero fue seguida paso a paso por las naciones desesperadas y, en definitiva, vengadoras, a las que había asaltado. Todas las ofensas contra la humanidad o el derecho internacional fueron contestadas con represalias, a menudo en mayor escala y durante más tiempo. Ni treguas ni parlamentos atenuaron la lucha de los ejércitos. Los heridos morían entre las líneas; los muertos se descomponían en el suelo. Naves mercantes, barcos neutrales y barcos hospitales fueron hundidos en el mar y los que estaban a bordo fueron abandonados a su destino o murieron en el agua. Se realizaron los mayores esfuerzos para imponer la sumisión mediante el hambre a las naciones, sin importar ni edad ni sexo. La artillería destruyó ciudades y monumentos. Las bombas arrojadas desde el aire cayeron indiscriminadamente. Muchos tipos de gas venenoso asfixiaron o dañaron de manera irreparable a los soldados. Sobre los cuerpos se proyectó fuego líquido. Los hombres cayeron del cielo envueltos en llamas o se asfixiaron lentamente en los oscuros recesos del mar. La capacidad combativa de los ejércitos se vio limitada sólo por el número de hombres de los respectivos países. Europa y grandes extensiones de Asia y África se convirtieron en un dilatado campo de batalla, en el que, después de años de lucha, no sólo los ejércitos sino también las naciones se desintegraron y dispersaron. Cuando todo concluyó, la tortura y el canibalismo fueron los dos únicos recursos que los estados cristianos, civilizados y científicos se privaron de usar: en realidad su utilidad era dudosa.³³

Como Churchill observó acertadamente, los horrores que él enunció fueron perpetrados por los “estados muy cultos”; es más, por perversos que fueran, sobrepasaban el poder de los individuos. Es un lugar común considerar que los hombres son excesivamente implacables y crueles, por regla general no como consecuencia de la maldad, sino como secuela de la virtud ultrajada. Esta

31 Frederick R. Karl, Joseph Conrad: the Three Lives, Nueva York, 1979, pp. 737-738.

32 J. B. Bury, *The Idea of Progress*, Londres, 1920, p. 352; véase I. F. Clarke, *The Pattern of Expectation, 1744-2001*, Londres, 1979.

33 Citado por Martin Gilbert en R. S. Churchill y Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, 5 vols. (hasta la fecha) con volúmenes agregados, Londres, 1966, IV, pp. 913-914.

observación es mucho más aplicable todavía a los estados constituidos legalmente, que poseen toda la aparente autoridad moral de los parlamentos, los congresos y los tribunales de justicia. La capacidad de destrucción del individuo, por perverso que sea, es reducida; la del Estado, por bien intencionado que sea, resulta casi ilimitada. Si se expande el Estado, esa capacidad destructiva inevitablemente también crece *pari passu*. Como afirmó el pacifista norteamericano Randolph Bourne en vísperas de la intervención de 1917: “La guerra es la salud del Estado”.³⁴ Más aún, la historia demuestra dolorosamente que la virtud colectiva es mucho más ingobernable que la persecución individual de la venganza. Este aspecto fue bien comprendido por Woodrow Wilson, que había sido reelegido en 1916 sobre la base de un programa de paz y que advirtió: “Conduzcamos a este pueblo a la guerra, y olvidará que alguna vez hubo algo llamado tolerancia [...] El espíritu de la voluntad implacable se incorporará a todas las fibras de nuestra vida nacional”.³⁵

El efecto de la Gran Guerra consistió en aumentar, en proporciones enormes, la magnitud y, por lo tanto, la capacidad destructiva y la propensión a oprimir por parte del Estado. Con anterioridad a 1914, todos los sectores estatales eran pequeños, aunque la mayoría estaba creciendo, y algunos con gran rapidez. El área de la actividad real del Estado representaba del 5 al 10 por ciento del producto bruto nacional.³⁶ En 1913, el ingreso total del Estado (incluido el gobierno local) como porcentaje del PBN, se reducía al 9 por ciento en Estados Unidos. En Alemania, que desde los tiempos de Bismarck había comenzado a construir una formidable estructura de medidas de bienestar social, representaba el doble, es decir el 18 por ciento; y en Gran Bretaña, que había seguido el ejemplo de Alemania desde 1906, era el 13 por ciento.³⁷ En Francia, el Estado siempre había absorbido una porción relativamente elevada del PBN, pero fue en Japón y sobre todo en la Rusia imperial en donde el Estado asumió un papel completamente nuevo en la vida de la nación y penetró en todos los sectores de la economía industrial.

En ambos países, y en relación con los fines del imperialismo militar, el Estado estaba acelerando el ritmo de la industrialización para “alcanzar” a las economías más avanzadas. Pero en Rusia, el predominio del Estado en todas las áreas de la vida económica iba convirtiéndose en el hecho fundamental de la sociedad. El Estado poseía yacimientos petrolíferos, minas de oro y carbón, dos tercios del sistema ferroviario y miles de fábricas. Había “campesinos estatales” en los nuevos territorios del Este.³⁸ Incluso en los casos en que no era propiedad pública, la industria rusa dependía, en una medida excepcionalmente alta, de las tarifas aduaneras, los subsidios, las concesiones y los préstamos oficiales, o bien mantenía una relación de interdependencia con el sector público. Los nexos entre el Ministerio de Finanzas y los grandes bancos eran estrechos, y en los directorios se designaba a funcionarios civiles.³⁹ Además, el Banco del Estado, un departamento del Ministerio de Finanzas, controlaba a los bancos de ahorro y a las asociaciones de crédito, administraba las finanzas de los ferrocarriles, financiaba las iniciativas en el campo de la política exterior, se comportaba como regulador de la economía entera y, de manera constante, buscaba el modo de aumentar su poder y ampliar sus actividades.⁴⁰ El Ministerio de Comercio supervisaba a las asociaciones comerciales privadas, regulaba los precios y las utilidades, el empleo de las materias primas y los fletes e incluía a sus representantes en los directorios de todas las compañías por acciones.⁴¹ Durante su último período de paz, la Rusia imperial fue un experimento en gran escala de capitalismo colectivo oficial y, al parecer, tuvo mucho éxito. El hecho impresionó y alarmó a los alemanes; sin duda, el temor al rápido crecimiento de la capacidad económica (y por lo tanto militar) de Rusia fue el principal factor individual que decidió a Alemania a declarar la guerra

34 Randolph Bourne, *Untimely Papers*, Nueva York, 1919, p. 140.

35 Foster Rhea Dulles, *The United States Since 1865*, Ann Arbor, 1959, p. 263.

36 Cifra dada por Karl Deutsch, “The Crisis of State”, *Government and Opposition*, London School of Economics, verano de 1981.

37 W. W. Rostow, *The World Economy: History and Prospect*, University of Texas, 1978, p. 59.

38 Margaret Miller, *The Economic Development of Russia, 1905-1914*, Londres, 1926, p. 299.

39 Olga Crisp, *Studies in the Russian Economy Before 1914*, Londres, 1976.

40 G. Garvy, “Banking under the Tsars and the Soviets”, *Journal of Economic History*, XXXII, 1972, pp. 869-893.

41 Stephen White, *Political Culture and Soviet Politics*, Londres, 1979, p. 50.

en 1914. Como Bethmann Hollweg dijo a Riezler: “El futuro pertenece a Rusia”.⁴²

Cuando comenzó la guerra, cada país beligerante estudió ansioso a sus competidores y aliados, buscando aspectos de la administración e intervención estatal en la economía de guerra que pudieran ser imitados. Los sectores capitalistas, calmados por las enormes ganancias y sin duda inspirados también por el patriotismo, no formularon objeciones. El resultado fue una expansión cualitativa y cuantitativa del papel del Estado que nunca se revirtió del todo; aunque los arreglos en tiempos de guerra fueron, a veces, abandonados al llegar la paz, prácticamente en todos los casos se los fue adoptando otra vez, en general de manera permanente. Alemania dio el ejemplo: adoptó con rapidez la mayoría de los procedimientos estatales rusos que tanto la habían asustado en tiempos de paz y los aplicó con tan perfeccionada eficacia que, cuando Lenin heredó la máquina del capitalismo estatal ruso entre 1917 y 1918, a su vez buscó orientación en los controles económicos alemanes de tiempos de guerra.⁴³ A medida que la contienda se prolongó, que aumentaron las pérdidas y se acentuó la desesperación, los estados beligerantes cobraron un sesgo cada vez más totalitario, sobre todo después del invierno de 1916-1917. En Alemania, el fin del gobierno civil llegó el 9 de enero de 1917, cuando Bethmann Hollweg se vio obligado a aceptar la exigencia de la guerra submarina irrestricta. Perdió del todo el poder en julio y dejó al general Ludendorff y a los almirantes a cargo del Estado-Monstruo. El episodio señaló el verdadero fin de la monarquía constitucional, pues el káiser renunció a la prerrogativa de designar y despedir al canciller, debido a la presión de los militares. Incluso cuando todavía era canciller, Bethmann Hollweg descubrió que su teléfono estaba intervenido y, de acuerdo con la versión de Riezler, cuando oía el chasquido gritaba: “¿Quién es el *Schweinhund* que está escuchando?”.⁴⁴ Sin embargo, la intervención de los teléfonos era legal, de acuerdo con la legislación del “estado de sitio”, que autorizaba a los comandantes militares de área a censurar o clausurar los diarios. Asimismo, se permitió a Ludendorff arrear a 400.000 trabajadores belgas hacia Alemania, un episodio que anticipó los métodos soviéticos y nazis de utilización del trabajo esclavo.⁴⁵ Durante los últimos dieciocho meses de hostilidades, la elite alemana practicó con fervor lo que se denominó sin rodeos “socialismo de guerra”, en un desesperado intento por movilizar hasta el último gramo de esfuerzo productivo a favor de la victoria.

También en el Oeste el Estado absorbió codiciosamente la independencia del sector privado. El espíritu corporativo, siempre presente en Francia, se impuso a la industria, y reapareció la intolerancia patriótica jacobina. Oponiéndose a esta tendencia, Georges Clemenceau luchó con éxito en defensa de la libertad de prensa y, después que asumió el poder supremo, durante la agonía de noviembre de 1917, permitió ciertas críticas a su gestión. Pero los políticos como Malvy y Caillaux fueron arrestados y se prepararon largas listas de subversivos (el notorio “carnet B”), que después serían perseguidos, arrestados e incluso ejecutados. Las democracias anglosajonas liberales no se mostraron inmunes a estas presiones. Después que Lloyd George asumió el poder, durante la crisis de diciembre de 1916 se aplicaron todos los rigores de la conscripción y de la opresora Ley de Defensa del Dominio; la fabricación, el transporte y los suministros fueron movilizados con la dirección de juntas de guerra de carácter corporativo.

Aún más dramático fue el entusiasmo con que, cinco meses después, el gobierno de Wilson zambulló a Estados Unidos en el corporativismo de guerra. Por supuesto, los indicios se habían manifestado previamente. En 1909, Herbert Croly, en su libro *The Promise of American Life*, había anticipado que esa promesa podía cumplirse sólo si el Estado intervenía intencionadamente para promover una democracia más socializada. Tres años después, la obra de Charles Van Hise, *Concentration and Control: a Solution of the Trust Problem in the United States*, defendió la tesis del corporativismo. Estas ideas fueron la base del “nuevo nacionalismo” de Teodoro Roosevelt, conceptos incorporados y ampliados por Wilson para ganar la guerra.⁴⁶ Hubo una Administración

⁴² Stern, op. cit., p. 91.

⁴³ E. H. Carr, *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, 2 vols., Londres, 1952, II, p. 81.

⁴⁴ Diario de Riezler, 4 de agosto de 1917; Stern, op. cit., p. 118.

⁴⁵ Hajo Holborn, *A History of Modern Germany 1840-1945*, Londres, 1969, pp. 466, 454.

⁴⁶ Arthur M. Schlesinger, *The Crisis of the Old Order 1919-1933*, Boston, 1957, pp. 20 y ss.

de Combustibles, que impuso los “domingos sin gas”, una Junta de Política Laboral de Guerra, que intervino en las disputas entre obreros y patrones, una Administración de Alimentos dirigida por Herbert Hoover, que fijó los precios de los artículos, y una Junta de Navegación que botó cien barcos nuevos el 4 de julio de 1918 (ya se habían incautado más de nueve millones de toneladas, sometidas a su control operativo).⁴⁷ El órgano central era la Junta de Industrias de Guerra, cuyo primer logro fue la anulación de la Ley Antitrust Sherman, indicio seguro de corporativismo, y cuyos miembros (Bernard Baruch, Hugh Johnson, Gerard Swope y otros) dirigieron un jardín de infantes para beneficio del intervencionismo de la década de los veinte y el Nuevo Trato, que a su vez inspiraron la Nueva Frontera y la Gran Sociedad. El corporativismo de guerra de 1917 inicio una de las grandes corrientes permanentes de la moderna historia norteamericana, a veces subterránea y otras manifiesta en la superficie, que culminó en el amplio Estado de Bienestar que Lyndon Johnson promovió a fines de la década de los sesenta. John Dewey observó entonces que la guerra había debilitado los reclamos hasta ese momento irresistibles de la propiedad privada: “No importa cuántos entes especiales de control público se debiliten al desaparecer la tensión de la guerra, el movimiento jamás retrocederá”. Fue una predicción acertada.⁴⁸ Por la misma época, las nuevas leyes restrictivas, como por ejemplo la nueva Ley de Espionaje (1917) y la de Sedición (1918), a menudo fueron aplicadas de una manera despiadada: el socialista Eugene Debs fue condenado a diez años por un discurso antibélico y un hombre que se opuso al servicio militar recibió una condena de cuarenta años.⁴⁹ En todos los Estados beligerantes, y no sólo en Rusia, el año culminante de 1917 demostró que la propiedad y la libertad privadas tendían a mantenerse o a caer juntas.

De esta manera, la guerra puso de manifiesto tanto la impresionante rapidez con que el Estado moderno podía expandirse como el insaciable apetito que desarrolló en consecuencia, tanto por referencia a la destrucción de sus enemigos como al ejercicio de un poder despótico sobre sus propios ciudadanos. Cuando terminó la guerra, había muchos hombres razonables que advertían la gravedad de estos procesos. Pero, ¿era posible volver las agujas del reloj al punto que ocupaban en julio de 1914? Más aún, ¿alguien deseaba volverlas a ese punto? Europa ya había asistido en dos ocasiones a arreglos generales después de guerras largas y terribles. En 1648, los tratados que en conjunto formaron la Paz de Westfalia habían evitado la imposible tarea de restablecer el *status quo ante* y, en gran parte, se habían limitado a aceptar las fronteras políticas y religiosas creadas por una guerra de agotamiento. El arreglo no duró, aunque la religión cesó de ser un *casus belli*. El arreglo impuesto en los años 1814 y 1815 por el Congreso de Viena después de las guerras napoleónicas había sido más ambicioso y, en general, más eficaz. Su objeto consistió en restablecer, en la medida de lo posible, el sistema de las monarquías principales y secundarias de derecho divino que existían antes de la Revolución Francesa, como el único marco en que los hombres aceptarían las fronteras europeas en cuanto legítimas y duraderas.⁵⁰ El sistema funcionó, pues pasaron noventa y nueve años antes de que estallase otra guerra general europea; puede argumentarse que el siglo XIX fue el más estable y productivo en la historia entera de la humanidad. Pero quienes concertaron la paz en 1814-1815 formaban un extraño grupo: un núcleo de reaccionarios, entre quienes lord Castlereagh parecía una cabeza caliente y un revolucionario, y el duque de Wellington, un egregio progresista. Las suposiciones de trabajo de estos hombres se basaban en la denegación brutal de todos los movimientos políticos innovadores del cuarto de siglo precedente. Sobre todo, compartían creencias explícitas, casi sin mezcla de cinismo, en el equilibrio del poder y las esferas de interés convenidas, los matrimonios dinásticos, los acuerdos privados entre soberanos y caballeros, sujetos a un código común (excepto *in extremis*) y en la propiedad privada del territorio por la descendencia legítima. Un rey o un emperador privado de posesiones en una región de Europa podía ser “compensado”, como solía decirse, en otra región, al margen del idioma o la cultura de sus habitantes. Denominaban a este proceso una “transferencia de almas”, siguiendo en esto la expresión rusa

47 Dulles, op. cit., pp. 260-261.

48 John Dewey, “The Social Possibilities of War”, Characters and Events, 2 vols., Nueva York, 1929, II, pp. 552-557.

49 Dulles, op. cit., p. 262.

50 Véase Henry Kissinger, A World Restored: Castlereagh, Metternich and the Restoration of Peace, Londres, 1957.

utilizada en la venta de una propiedad con sus siervos, *glebae adscripti*.⁵¹

Tales opciones no estaban al alcance de los hacendados de la paz en 1919. Era inconcebible una paz de agotamiento, como la de Westfalia, basada en las líneas militares: ambas partes estaban bastante agotadas, pero una, a causa del armisticio, había conquistado una abrumadora ventaja militar. Los franceses habían ocupado todas las cabeceras de puente en el Rin hacia el 6 de diciembre de 1918. Los británicos aplicaban un bloqueo junto a la costa, pues los alemanes habían entregado sus flotas y sus campos de minas alrededor del 21 de noviembre. Por lo tanto, podía imponerse una paz por *diktat*.

Sin embargo, eso no significaba que los aliados pudiesen restablecer el antiguo mundo, aunque así lo hubiesen deseado. El viejo mundo estaba descomponiéndose, incluso antes de que estallase la guerra. En Francia, los anticlericales habían estado en el poder durante una década y la última elección celebrada antes de la guerra reveló un desplazamiento aún más acentuado hacia la izquierda. En Alemania, la elección de 1912 convirtió por primera vez a los socialistas en el principal partido. En Italia, el gobierno de Giolitti era el más radical en su historia como país unificado. En Gran Bretaña, el líder conservador A. J. Balfour describió su propia y catastrófica derrota de 1906 como “un débil eco del mismo movimiento que ha originado masacres en San Petersburgo, disturbios en Viena y desfiles socialistas en Berlín”. Incluso la autocracia rusa estaba tratando de tomar un aspecto liberal. Los Habsburgo buscaban ansiosamente nuevos apoyos constitucionales que los fortalecieran. En vísperas de la guerra, Europa estaba dirigida por presuntos progresistas inquietos que buscaban sinceramente satisfacer las nacientes expectativas, y, sobre todo, cultivar y apaciguar a la juventud.

Es un mito que la juventud europea fue cruelmente sacrificada en 1914 por viejos egoístas y cínicos. Los discursos de los políticos de la preguerra estaban atestados de invocaciones a la juventud. Los movimientos juveniles eran un fenómeno europeo, especialmente en Alemania, donde 35.000 miembros de los clubs *Wandervögel* organizaban marchas, tocaban la guitarra, protestaban acerca de la contaminación y el crecimiento de las ciudades y maldecían a los viejos. Los creadores de opinión como Max Weber y Arthur Moeller van den Bruck exigían que se entregase el timón a los jóvenes. La nación, escribió Bruck, “necesita un cambio de sangre, una insurrección de los hijos contra los padres, una sustitución de los viejos por los jóvenes”.⁵² En Europa entera, los sociólogos estudiaban asiduamente a la juventud para descubrir lo que pensaba y deseaba.

Y por supuesto, lo que la juventud deseaba era la guerra. La primera y mimada “generación joven” marchó entusiastamente a una guerra que sus mayores, casi sin excepción, aceptaron con horror y desesperación fatalista. La juventud de la clase media estructurada la consideró, por lo menos al principio, la guerra más popular de la historia. Se desprendieron de las guitarras y empuñaron los rifles. Charles Péguy escribió que él marchó con entusiasmo al frente (y a la muerte). Henri de Montherlant dijo que “amaba la vida del frente, el baño en lo elemental, el aniquilamiento de la inteligencia y el corazón”. Pierre Drieu la Rochelle afirmó que la guerra era “una maravillosa sorpresa”. Escritores alemanes jóvenes como Walter Flex, Ernst Würche y Ernst Jünger celebraron lo que este último denominó “el momento sagrado” de agosto de 1914. El novelista Fritz von Unger describió la guerra como un “purgativo”, el principio de “un nuevo entusiasmo por la vida”. Rupert Brooke afirmó que era “la única vida [...] una elevada emoción, distinta de todo lo que existe en el mundo”. A juicio de Robert Nichols era “un privilegio”. “Quien no lucha está muerto”, escribió Julian Grenfell (*Into Battle*), “y quien muere combatiendo ha crecido”. Los jóvenes italianos que entraron más tarde en la guerra exhibieron, en todo caso, un tono más lírico. “Ésta es la hora del triunfo de los más altos valores”, escribió un poeta italiano, “es la hora de la juventud”. Y no faltó quien se hizo eco: “Solamente los hombres pequeños y los viejos hombres de veinte querrán perderse esto”.⁵³

Hacia el invierno de 1916-1917 el ansia de guerra se había agotado. Cuando la lucha se prolongó

51 Harold Nicolson, *Peacemaking 1919*, Londres, 1945, p. 25.

52 Citado por Robert Wohl, *The Generation of 1914*, Londres, 1980, p. 44.

53 *Ibid.*, pp. 25 y ss.

indefinidamente, los jóvenes ensangrentados y desilusionados se volvieron disgustados y cada vez más coléricos hacia sus mayores. En todas las trincheras se hablaba de ajustar las cuentas a los “políticos culpables”, la “vieja pandilla”. En 1917, y todavía más en 1918, todos los regímenes beligerantes (con la única excepción de Estados Unidos) se vieron sometidos a una prueba que los llevó al borde de la destrucción; esto contribuye a explicar la desesperación y el salvajismo cada vez más acentuados con que hicieron la guerra. La victoria llegó a identificarse con la supervivencia política. Las monarquías italiana y belga y quizás, incluso, la británica, no se habrían mantenido en caso de derrota, y otro tanto puede afirmarse de la Tercera República francesa. Por supuesto, cuando llegó la victoria, todas parecieron bastante seguras. Pero, en realidad, ¿quién había parecido en otros momentos más seguro que los Hohenzollern, en Berlín? El káiser Guillermo II fue derrocado sin la más mínima vacilación el 9 de noviembre de 1918, apenas se advirtió que una república alemana podía obtener mejores condiciones de paz. Carlos, el último emperador Habsburgo, abdicó tres días después, y así terminó un milenio de matrimonios sensatos e inspiradas manipulaciones. Los Romanov habían sido asesinados el 16 de julio y fueron sepultados en una tumba anónima. De modo que las tres monarquías imperiales de Europa oriental y central, el trípode de legitimidad sobre el que había descansado el *ancien régime* tal como era entonces, desaparecieron en el plazo de un año. Hacia fines de 1918 había escasas posibilidades de restablecer sólo una de ellas y mucho menos las tres. Al margen de lo que pudiera valer, el sultanato turco también estaba acabado (aunque no se proclamó una república turca hasta el 1 de noviembre de 1922).

De un solo golpe, la disolución de estos imperios dinásticos y apropiadores abrió racimos de pueblos heterogéneos, que habían sido agrupados paso a paso y asegurados cuidadosamente a lo largo de siglos. El último censo imperial del imperio de Habsburgo demostró que estaba formado por una docena de naciones: 12 millones de alemanes, 10 millones de magiares, 8,5 millones de checos, 1,3 millones de eslovacos, 5 millones de polacos, 4 millones de rutenos, 3,3 millones de rumanos, 5,7 millones de serbios y croatas, y 800.000 ladinos e italianos.⁵⁴ De acuerdo con el censo imperial ruso, los grandes rusos formaban sólo el 43 por ciento de la población total;⁵⁵ el 57 por ciento restante estaba formado por pueblos sometidos: suecos y alemanes luteranos, lituanos ortodoxos, rusos blancos y ucranianos, polacos católicos, uniatos ucranianos, musulmanes shiítas, sunnitas y curdos de una docena de nacionalidades, e innumerables variedades de budistas, taoístas y animistas. Salvo el Imperio Británico, no existía otro conglomerado imperial que incluyese tantas razas diferentes. Incluso por la época del censo de 1926, cuando muchos de los grupos occidentales se habían separado, aún quedaban aproximadamente doscientos pueblos y lenguas.⁵⁶ En comparación, los dominios de los Hohenzollern eran homogéneos y monolingües, pero también ellos incluían enormes minorías de polacos, daneses, alsacianos y franceses.

Lo cierto es que durante el período de asentamiento en Europa Central y Oriental, entre los siglos IV y XV, y durante la fase intensiva de urbanización que se desarrolló desde principios del siglo XVIII en adelante, aproximadamente la cuarta parte del área había sido ocupada por distintas razas (incluso más de diez millones de judíos) cuya fidelidad había sido hasta entonces religiosa y dinástica más que nacional. Las monarquías eran el único y principal unificador de estas sociedades multirraciales, la única garantía (aunque a menudo bastante tenue) de que todos serían iguales ante la ley. Una vez desechado ese principio, ¿qué podía sustituirlo? Lo único disponible era el nacionalismo, y su subproducto de moda, el irredentismo, un término derivado del *risorgimento* italiano, que significaba la unión de un grupo étnico entero en un mismo estado. A esta palabra se agregaba ahora una nueva frase de la jerga, la “autodeterminación”, con la que se aludía a la modificación de las fronteras mediante el plebiscito, de acuerdo con las preferencias étnicas.

Gran Bretaña y Francia, los dos principales aliados occidentales, inicialmente no deseaban ni proyectaban promover una paz basada en la nacionalidad. Todo lo contrario. Ambas tenían imperios ultramarinos multirraciales y políglotas. Además, Gran Bretaña afrontaba un problema de

54 Profesor Carl Pribham y profesor Karl Brockhausen, “Austria”, en *These Eventful Years*.

55 Carr, op. cit., I, p. 254.

56 F. Lorimer, *The Population of the Soviet Union*, Ginebra, 1946, proporciona la lista completa, tabla 23, pp. 55-61.

irredentismo propio en Irlanda. En 1918 estaban gobernadas por ex progresistas, Lloyd George y Clemenceau, que en el sufrimiento de la guerra habían aprendido *Realpolitik* y habían adquirido un renuente respeto por los antiguos conceptos de “equilibrio”, “compensación” y cosas por el estilo. Durante las conversaciones de paz, cuando el joven diplomático británico Harold Nicolson destacó que era lógico que Gran Bretaña concediese la autodeterminación a los griegos de Chipre, fue refutado por sir Eyre Crowe, jefe del Foreign Office: “Tonterías, mi estimado Nicolson [...] ¿Está dispuesto a conceder la autodeterminación a la India, Egipto, Malta y Gibraltar? Si no está dispuesto a llegar tan lejos, no tiene derecho (sic) a afirmar que su posición es lógica. Si está dispuesto a llegar tan lejos, será mejor que regrese inmediatamente a Londres”.⁵⁷ (Podía haber agregado que en Chipre había una considerable minoría turca, y que por esa razón aún no había alcanzado la autodeterminación en la década de los ochenta.) De buena gana Lloyd George hubiera tratado de mantener unido el Imperio Austrohúngaro todavía en 1917, o incluso a principios de 1918, a cambio de una paz separada. Con respecto a Clemenceau, su meta principal era la seguridad francesa y, por eso mismo, deseaba recuperar no sólo Alsacia-Lorena (la mayoría de cuyo pueblo hablaba alemán), sino también el Sarre, y desgajar la Renania de Alemania para convertirla en un estado títere orientado por los franceses.

Más aún, durante la guerra, Gran Bretaña, Francia y Rusia habían firmado una serie de tratados secretos (con el propósito ulterior de inducir a otras potencias a unírseles) que contrariaban directamente los principios nacionalistas. Los franceses obtuvieron la aprobación rusa a la idea de una Renania dominada por Francia; en compensación, se le concedía a Rusia mano libre para oprimir a Polonia, de conformidad con un tratado firmado el 11 de marzo de 1917.⁵⁸ Según el Acuerdo Sykes-Picot de 1916, Gran Bretaña y Francia convenían en despojar a Turquía de sus provincias árabes para dividírselas entre ellas. Italia se vendió al mejor postor: según el Tratado Secreto de Londres, firmado el 26 de abril de 1915, se le otorgaba la soberanía sobre millones de tiroleños de habla alemana, y de los serbios y los croatas de Dalmacia. Un tratado con Rumania, firmado el 17 de agosto de 1916, le entregaba la totalidad de Transilvania y la mayor parte del Banato de Temesvar y la Bucovina, la mayoría de cuyos habitantes no hablaba rumano. Otro tratado secreto, firmado el 16 de febrero de 1917, cedió a Japón la provincia china de Shantung, hasta ese momento parte integrante de la esfera comercial alemana.⁵⁹

Sin embargo, en vista del derrumbe del régimen zarista y la negativa de los Habsburgo a firmar una paz por separado, Gran Bretaña y Francia comenzaron a alentar el nacionalismo y a convertir la autodeterminación en uno de los “fines de la guerra”. El 4 de junio de 1917, el gobierno provisional de Kerenski, en Rusia, reconoció la independencia de Polonia; Francia comenzó a formar un ejército de polacos y el 3 de junio de 1918 proclamó que la creación de un poderoso estado polaco era un objetivo principal.⁶⁰ Mientras tanto, en Gran Bretaña, el grupo de presión eslavófilo encabezado por R. W. Seton-Watson y su periódico, *The New Europe*, estaban impulsando eficazmente la división de Austria-Hungría y la creación de nuevos estados étnicos.⁶¹ Se promovieron actividades y se formularon promesas a muchos políticos eslavos y balcánicos exiliados, a cambio de la resistencia frente al “imperialismo germano”. En Medio Oriente, el arabófilo coronel T. E. Lawrence fue autorizado a prometer reinos independientes a los emires Feisal y Hussein como recompensa a la lucha contra los turcos. En 1917, la llamada “declaración Balfour” prometió a los judíos un hogar nacional en Palestina, con el fin de alentarlos a abandonar la causa de las potencias centrales. Muchas de estas promesas eran mutuamente incompatibles, además de contradecir los tratados secretos que aún estaban vigentes. En efecto, durante los dos últimos años de lucha desesperada, los británicos y los franceses emitieron desaprensivamente

⁵⁷ Nicolson, op. cit., pp. 200-201.

⁵⁸ Papers Respecting Negotiations for an Anglo-French Pact, Cmnd 2169, Londres, 1924, pp. 5-8.

⁵⁹ Para los tratados secretos, véase Nicolson, op. cit., pp. 108 y ss.; Howard Elcock, *Portrait of a Decision: the Council of Four and the Treaty of Versailles*, Londres, 1972, Capítulo 1.

⁶⁰ P. S. Wandycz, *France and Her Eastern Allies*, Minneapolis, 1962, pp. 11-14.

⁶¹ H. y C. Seton-Watson, *The Making of a New Europe: R. W. Seton-Watson and the last years of Austria-Hungary*, Londres, 1981.

títulos de propiedad que reunidos representaban una extensión mayor que el territorio disponible, de modo que se podía suponer que no sería factible convalidarlos a todos cuando llegase la paz, por dura que ésta fuese. Algunos de estos cheques con fecha adelantada rebotaron ruidosamente.

Para complicar más las cosas, Lenin y sus bolcheviques asumieron el control de Rusia el 25 de octubre de 1917 e inmediatamente tomaron posesión de los archivos diplomáticos zaristas. Entregaron copias de los tratados secretos a los corresponsales extranjeros y el 12 de diciembre el *Manchester Guardian* comenzó a publicarlos. Este paso estuvo acompañado por una vigorosa propaganda bolchevique destinada a fomentar las revoluciones comunistas en Europa mediante la promesa de la autodeterminación para todos los pueblos.

Las iniciativas de Lenin, a su vez, gravitaron profundamente sobre el presidente norteamericano. Woodrow Wilson ha sido ridiculizado durante más de medio siglo con el argumento de que su ignorante persecución de ideales imposibles impidió alcanzar una paz razonable. Esto es a lo sumo una verdad a medias. Wilson era un decano, un científico político, el ex presidente de la Universidad de Princeton. Tenía conciencia de su propia ignorancia acerca de los asuntos exteriores. Poco antes de asumir el cargo, en 1913, expresó a sus amigos: “Sería una ironía del destino que mi gobierno tuviese que ocuparse principalmente de los problemas exteriores”.⁶² Los demócratas no habían ganado la presidencia durante un período de cincuenta y tres años, y Wilson consideraba republicanos a los diplomáticos norteamericanos. Cuando estalló la guerra, Wilson insistió en que los norteamericanos fuesen “neutrales de hecho y de derecho”. Fue reelegido en 1916, sobre la base del lema: “Nos mantuvo fuera de la guerra”. Tampoco deseaba desmembrar el antiguo sistema europeo; preconizaba la “paz sin victoria”.

Hacia principios de 1917 había llegado a la conclusión de que Estados Unidos ejercería más influencia sobre el acuerdo definitivo como beligerante que como neutral y, en efecto, trazó una delgada línea divisoria de carácter legal y moral entre Gran Bretaña y Alemania; el empleo de submarinos por parte de Alemania violaba los “derechos humanos”; en cambio, el bloqueo británico violaba únicamente los “derechos de propiedad”, una falta menor.⁶³ Cuando Estados Unidos entró en la guerra, Wilson la impulsó vigorosamente, pero a sus ojos Estados Unidos no era un combatiente común. El país había entrado en la guerra, dijo en su mensaje de abril de 1917 al Congreso, “para reivindicar los principios de paz y justicia” y para promover “un concierto de paz y acción que en lo futuro garantice la observancia de estos principios”. Movido por el vivo deseo de encontrarse bien preparado para la concertación de paz, en septiembre de 1917 creó, bajo la dirección de su ayudante, el coronel Edward House, y del doctor S. E. Mezes, una organización de 150 expertos, conocida como “la investigación”, alojada en el edificio de la Sociedad Geográfica Americana de Nueva York.⁶⁴ El resultado fue que durante el proceso de paz la delegación norteamericana se convirtió en el grupo mejor informado y documentado, e incluso en muchos puntos fue a menudo la única fuente de información exacta. “Si el tratado de paz hubiera sido redactado exclusivamente por los expertos norteamericanos”, escribió Harold Nicolson, “habría sido uno de los documentos más sensatos y discretos jamás redactados”.⁶⁵

Pero el grupo de investigación se basaba en la suposición de que la paz sería un compromiso negociado y de que el mejor modo de obtener un resultado duradero era asegurar que se atuviese a la justicia natural y, por lo tanto, fuese aceptable para los pueblos afectados. El enfoque era empírico, no ideológico. Sobre todo en esta etapa, Wilson no veía con buenos ojos la Liga de las Naciones, una idea británica formulada por primera vez el 20 de marzo de 1917. Consideraba que el asunto provocaría dificultades con el Congreso. Pero la publicación por los bolcheviques de los tratados secretos, que ponía a los aliados de Estados Unidos bajo la peor luz posible, como depredadores de viejo estilo, dejó consternado a Wilson. El llamado de Lenin a favor de la autodeterminación general también contribuyó a forzar la mano de Wilson, pues consideró que, en su condición de custodio de la libertad democrática, Estados Unidos no podía ser aventajado por un

62 Peter A. Poole, *America in World Politics: Foreign Policy and Policymakers since 1898*, Nueva York, 1975, p. 39.

63 *Ibid.*, p. 46.

64 L. E. Gelfand, *The Inquiry: American Preparations for Peace, 1917-1919*, Yale, 1963.

65 Nicolson, op. cit., pp. 21-22.

régimen revolucionario que había asumido de manera ilegal el poder. De modo que se apresuró a redactar, y el 8 de enero de 1918 presentó públicamente, los famosos “catorce puntos”. El primero repudiaba los tratados secretos. El último contemplaba la creación de una liga. La mayor parte del resto incluía garantías específicas en cuanto a que, si bien debían devolverse los territorios conquistados, los vencidos no serían castigados con la pérdida de poblaciones y la nacionalidad sería el factor determinante. El 11 de febrero Wilson agregó sus “cuatro principios”, que ratificaban el último punto, y el 27 de septiembre coronó el conjunto con los “cinco aspectos específicos”, el primero de los cuales prometía justicia tanto a amigos como a enemigos.⁶⁶ El conjunto de veintitrés asertos fue formulado por Wilson independientemente de Francia y Gran Bretaña.

Llegamos ahora al centro del equívoco que destruyó cualquier posibilidad real de que el acuerdo de paz tuviese éxito y que, por lo tanto, preparó un segundo conflicto general. Hacia septiembre de 1918 fue evidente que Alemania, después de ganar la guerra en el Este, estaba en vías de perderla en el Oeste. Pero el ejército alemán, con nueve millones de hombres, aún se mantenía intacto y estaba retirándose ordenadamente de los territorios conquistados en Francia y Bélgica. Dos días después que Wilson publicara sus “cinco aspectos específicos”, el todopoderoso general Ludendorff asombró a los miembros de su gobierno cuando les dijo que “la condición del ejército exige un armisticio inmediato para evitar una catástrofe”. Debía constituirse un gobierno popular que se comunicara con Wilson.⁶⁷ El motivo de Ludendorff era, sin duda, conseguir que los partidos democráticos cargaran con la responsabilidad de entregar las conquistas territoriales de Alemania. Pero también resulta evidente que pensaba que los veintitrés puntos de Wilson eran, en conjunto, una garantía de que Alemania no sería desmembrada o castigada y que en cambio conservaría, básicamente intactos, su poder e integridad. Dadas las circunstancias, era todo lo que podía desear razonablemente; aún más, ya que el segundo de los catorce puntos, acerca de la libertad de los mares, implicaba la suspensión del bloqueo británico. Las autoridades civiles adoptaron la misma posición y el 4 de octubre el canciller, príncipe Max de Baden, inició negociaciones con vistas a un armisticio con Wilson sobre la base de sus declaraciones. Los austríacos, que se basaron en una suposición todavía más optimista, imitaron el ejemplo tres días después.⁶⁸ Wilson, que ahora disponía de un ejército de cuatro millones de hombres y que, según se creía universalmente, era todopoderoso, con Gran Bretaña y Francia bajo su firme dominio financiero y económico, respondió de manera favorable. Después de varios intercambios de notas, el 5 de noviembre propuso a los alemanes un armisticio sobre la base de los 14 puntos, sujetos únicamente a dos salvedades de los aliados: la libertad de los mares (aquí Gran Bretaña reservaba su derecho de interpretación) y la indemnización por daños de guerra. Sobre este acuerdo, los alemanes convinieron en deponer las armas.

Lo que los alemanes y los austríacos no sabían era que el 29 de octubre el coronel House, enviado especial de Wilson y representante norteamericano en el Supremo Consejo de Guerra Aliado, había celebrado una prolongada reunión secreta con Lloyd George y Clemenceau. Los jefes francés e inglés manifestaron todas sus dudas y reservas acerca de los pronunciamientos de Wilson y lograron que House las aceptara y que les diera después la forma de un “comentario”, cablegrafado inmediatamente a Wilson en Washington. Ese comentario, que nunca fue comunicado a los alemanes y los austríacos, de hecho anulaba todas las ventajas de los puntos de Wilson, en cuanto éstas afectaran a las potencias centrales. Sin duda, preanunciaba todos los lineamientos del ulterior Tratado de Versalles, que merecieron las más enérgicas objeciones, incluyendo el desmembramiento de Austria-Hungría, la pérdida de las colonias por parte de Alemania, la separación de Prusia por un corredor polaco y las reparaciones.⁶⁹ Lo que es todavía más notable, se basaba no sólo en la premisa de la “culpabilidad en la guerra” de Alemania (lo que se podía

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 31-33.

⁶⁷ Holborn, *op. cit.*, p. 502.

⁶⁸ Para las negociaciones del armisticio, véase Harold Temperley, *A History of the Peace Conference of Paris*, 4 vols., Londres, 1920-1924, I pp. 448 y ss.

⁶⁹ Con respecto al “Commentary”, véase C. Seymour, ed., *The Intimate Papers of Colonel House*, 4 vols., Londres, 1928, IV, pp. 159 y ss.

sostener que estaba implícito en los veintitrés puntos de Wilson), sino que giraba alrededor del principio de las “recompensas” a los vencedores y los “castigos” a los vencidos, una actitud que Wilson había repudiado de manera específica. Es cierto que durante las negociaciones de octubre, Wilson, que antes nunca había tenido que tratar con los alemanes, había llegado a adoptar frente a ellos una actitud cada vez más hostil. Sobre todo lo irritó el torpedeo del ferry civil irlandés Leinster, con la pérdida de 450 vidas, incluyendo muchas mujeres y niños, el 12 de octubre, más de una semana después del pedido alemán de armisticio. De todos modos, es extraño que aceptara el comentario y, por cierto, asombroso que no diese a entender nada a los alemanes. Por su parte, éstos se mostraron incompetentes al no solicitar que se les aclarasen algunos de los puntos, pues el estilo de Wilson, como dijo al gabinete A. J. Balfour, secretario británico de Asuntos Exteriores, “resulta muy impreciso. Es un retórico de primera clase y un pésimo redactor”.⁷⁰ Pero la responsabilidad principal de esta falla fatal de comunicación correspondió a Wilson. Y no fue un error por exceso de idealismo.

El segundo gran error, que agravó el primero y lo convirtió en catástrofe, tuvo que ver con la organización. No se asignó una estructura definida a la conferencia de paz. Simplemente se la inició; adquirió forma e impulso propios y, en el proceso, cobró un sesgo cada vez más antigermano, tanto por la sustancia como por la forma misma. Al principio, todos habían supuesto imprecisamente que los aliados acordarían entre ellos los términos preliminares, después aparecerían los alemanes y sus asociados, y se negociaría el tratado de paz. Esto es lo que había sucedido en el Congreso de Viena. De hecho, los franceses, siempre lógicos, elaboraron un programa de la conferencia basado en estos criterios, y el documento fue entregado a Wilson por el embajador francés en Washington el 29 de noviembre de 1918. Este documento tenía, además, el mérito de que estipulaba la anulación inmediata de todos los tratados secretos. Pero el fraseo irritó a Wilson y no se oyo hablar más del asunto. De esta manera, la conferencia se reunió sin haber acordado un programa de procedimientos y nunca lo tuvo.⁷¹ El *modus operandi* llegó a ser todavía más desordenado a causa de la decisión de Wilson de cruzar el Atlántico y participar en la reunión. Esto significó que el hombre presuntamente “más poderoso del mundo” ya no podía permanecer en reserva, como un *deus ex machina*, para dictaminar desde las alturas cuando los aliados se metían en un callejón sin salida. Al viajar a París, se convertía en un primer ministro semejante al resto y, en efecto, perdió tantas discusiones como las que ganó. Pero esta situación respondió, en parte, al hecho de que, a medida que se desarrollaron las negociaciones, el interés de Wilson se desplazó decisivamente de sus propios veintitrés puntos y los términos concretos del tratado a la concentración casi exclusiva en la Liga y su pacto. El proyecto de una nueva organización mundial, frente a la que había adoptado hasta ese momento una actitud escéptica, se convirtió para él en el propósito principal de la conferencia. Sus operaciones redimirían todas las fallas del mismo tratado. Esta actitud tuvo dos consecuencias lamentables. En primer lugar, los franceses consiguieron que se aceptaran condiciones mucho más duras, incluso una “gran” Polonia que dividió en dos a Prusia y arrebató a Alemania el cinturón industrial silesiano, la ocupación de Renania por los aliados durante quince años, y enormes indemnizaciones. En segundo lugar, se abandonó la idea de un conjunto preliminar de condiciones. Wilson estaba decidido a insertar el pacto de la Liga en el documento preliminar. Robert Lansing, su secretario de Estado, le advirtió que incluso ese acuerdo putativo era legalmente un tratado y que, por lo tanto, exigía la ratificación del Congreso. Como temía que se suscitaran dificultades en el Senado, Wilson decidió apuntar directamente al tratado definitivo.⁷² Por supuesto, hubo otros factores. El mariscal Foch, generalísimo francés, temía que el anuncio de las condiciones preliminares acordadas aceleraría la desmovilización de los aliados de Francia y, de ese modo, fortalecería la posición de Alemania en la etapa final. Y el acuerdo incluso entre los aliados parecía tan difícil en tantos puntos que todos temían la incorporación de nuevos negociadores hostiles, cuyas actividades frustrarían todo lo que se había conseguido hasta ese momento. De

70 Keith Middlemas, ed., Thomas Jones: Whitehall Diary, 1916-1925, Oxford, 1969, p. 70.

71 Nicolson, op. cit., pp. 83-84.

72 Con respecto a este episodio, véase la referencia de Robert Lansing, *The Peace Negotiations: a Personal Narrative*, Boston, 1921.

modo que se desechó la idea de la concertación de condiciones preliminares.⁷³

Por lo tanto, cuando finalmente se permitió a los alemanes acudir a París, descubrieron consternados que no estaban allí para negociar una paz, sino para que ésta se les impusiera, pues habían quedado reducidos a la impotencia al aceptar un armisticio al que ahora consideraban una estafa. Más aún, Clemenceau, para quien el odio y el miedo a los alemanes eran una ley natural, organizó la escena de la imposición del *diktat*. No había logrado que se aceptara una Alemania federada que revirtiese la obra de Bismarck, o la instauración de una frontera militar francesa en el Rin. Pero el 7 de mayo de 1919 se aceptó que presidiera la ceremonia en Versalles, donde Francia había sido humillada por Prusia en 1871, y donde la delegación alemana apareció finalmente, no como una parte negociadora, sino como un grupo de prisioneros convictos que venían a escuchar la sentencia. Al dirigirse al hosco plenipotenciario alemán, el conde von Brockdorff-Rantzau, eligió cuidadosamente las palabras:

Se encuentran ante usted los representantes acreditados de las potencias aliadas y asociadas, tanto las pequeñas como las grandes, que han librado sin pausa durante más de cuatro años la guerra implacable que se les impuso. Ha llegado la hora del importante arreglo de nuestras cuentas. Ustedes pidieron la paz. Estamos dispuestos a concederla.⁷⁴

Luego, dio un plazo para la aceptación lisa y llana o el rechazo. La amarga respuesta del conde fue leída sin ponerse de pie, una descortesía que irritó a muchos de los presentes y sobre todo a Wilson, que había llegado a adoptar una actitud cada vez más antigermana en el curso de la conferencia: “Qué modales abominables[...] Los alemanes son realmente un pueblo estúpido. Siempre equivocan la actitud [...] Éste es el discurso con menos tacto que he escuchado nunca. Pondrá contra ellos a todo el mundo”.⁷⁵ En realidad, no fue así. A. J. Balfour no objetó que Brockdorff permaneciera sentado. Dijo a Nicolson: “No lo advertí. Tengo por norma no mirar nunca a la gente cuando resulta obvio que se siente incómoda”.⁷⁶ Algunos británicos experimentaron sentimientos de compasión hacia los alemanes y después, hasta el 28 de junio, el día en que finalmente los alemanes firmaron, Lloyd George realizó grandes esfuerzos con el fin de atenuar la severidad de las condiciones, sobre todo en relación con la frontera germanopolaca. Temía que el problema pudiera provocar una guerra futura, como en efecto sucedió. Pero lo único que consiguió de Wilson y Clemenceau, que tenían una actitud hostil, fue un plebiscito en Alta Silesia.⁷⁷ De esta manera, los alemanes firmaron, “cediendo”, como dijeron, “a la fuerza abrumadora”. “Fue como si”, escribió Lansing, “se convocase a estos hombres a firmar su propia sentencia de muerte [...] Con los rostros pálidos y las manos temblorosas escribieron deprisa sus nombres y después fueron devueltos a sus respectivos lugares”.⁷⁸

El modo en que se impusieron las condiciones a los alemanes tendría un efecto calamitoso sobre su nueva república, como veremos más adelante. La intervención de último momento de Lloyd George en defensa de los alemanes también liquidó de hecho la *entente cordiale* y continuaría envenenando las relaciones anglofrancesas durante la década de 1940: un gesto pérfido que el general de Gaulle habría de arrojar con amargura a la cara de Winston Churchill en la segunda guerra mundial.⁷⁹ En su momento, muchos franceses creyeron que Clemenceau había concedido demasiado, y en todo caso él era el único político francés que podía concertar lo que a los ojos de los franceses era un arreglo excesivamente moderado e incluso peligroso.⁸⁰ Los norteamericanos

⁷³ Nicolson, op. cit., pp. 79-82.

⁷⁴ Elcock, op. cit., p. 241.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 242.

⁷⁶ Nicolson, op. cit., p. 270.

⁷⁷ Elcock, op. cit., pp. 270-289.

⁷⁸ Foreign Relations of the United States: Paris Peace Conference 1919, 13 vols., Washington D.C., 1942-1947, XI, p. 600.

⁷⁹ François Kersaudy, Churchill and de Gaulle, Londres, 1981.

⁸⁰ Elcock, op. cit., pp. 320-321.

estaban divididos. Algunos de los miembros de la distinguida delegación compartían el antigermanismo de Wilson.⁸¹ John Foster Dulles se refirió a “la enormidad del crimen cometido por Alemania”. El sinuoso coronel House contribuyó de manera decisiva a lograr que Wilson se olvidase de sus “puntos”. Robert H. Lord, el principal asesor de Wilson con referencia a Polonia, era después de Clemenceau el defensor más enérgico de una “gran Polonia”.⁸² Pero Lansing comprendió claramente que era un error fundamental impedir que los alemanes negociaran, y juzgó que Wilson había traicionado el fondo y la forma de sus principios.⁸³ Sus críticas constituyeron la razón principal del modo brutal en que Wilson lo despidió a principios de 1920.⁸⁴

La mayoría de los norteamericanos más jóvenes adoptó una actitud agriamente crítica. William Bullitt escribió a Wilson una carta feroz: “Lamento que usted no haya librado nuestro combate hasta el final y que tuviera tan escasa fe en los millones de hombres que, como yo mismo, en todas las naciones habían depositado su fe en usted [...] Nuestro gobierno ha de aceptar ahora la entrega de los pueblos maltratados del mundo a nuevas opresiones, a nuevos sometimientos y divisiones, es decir, un nuevo siglo de guerra”.⁸⁵ Samuel Eliot Morrison, Christian Herter y Adolf Berle compartían esta opinión. Walter Lippmann escribió: “En mi opinión, el tratado no sólo es antiliberal y una expresión de mala fe, sino que es sumamente imprudente”.⁸⁶

Muchos de estos jóvenes serían, más tarde, hombres influyentes. Pero quedaron relegados a un segundo plano por la intervención de un crítico todavía más vehemente, un miembro de la delegación británica que estaba en condiciones de asestar de inmediato un golpe devastador al tratado. John Maynard Keynes era un sagaz decano de Cambridge, un funcionario civil en tiempos de guerra y un representante del Tesoro en la Conferencia. No le interesaba la seguridad militar, ni las fronteras y los movimientos de la población, cuya importancia intrínseca y emocional subestimó de manera trágica. En cambio, poseía una profunda comprensión de los aspectos económicos de la estabilidad europea, un aspecto ignorado por la mayoría de los delegados. A su entender, una paz duradera dependería de la rapidez con que el acuerdo permitiera que se restablecieran el comercio y la manufactura, y creciese el empleo. En este sentido, el tratado debía ser un instrumento dinámico, no una forma de venganza.⁸⁷ En 1916, en un memorándum dirigido al Tesoro, sostuvo la tesis de que la indemnización de 1871, impuesta por Alemania a Francia, había perjudicado a los dos países y era la principal causa de la gran crisis económica de la década de 1870, que había afectado al mundo entero.⁸⁸ Creía que no debía hablarse de reparaciones o que, en todo caso, la pena máxima impuesta a Alemania debía ser de 2.000 millones de libras esterlinas: “Si se quiere ‘ordeñar’ a Alemania”, sostuvo en un trabajo preparatorio para la conferencia, “ante todo es necesario abstenerse de arruinarla”.⁸⁹ Con respecto a las deudas de guerra en las que todos los aliados estaban entrampados —y que presuntamente pagarían con lo que le sacaran a Alemania—, Keynes consideraba que era una actitud razonable de Gran Bretaña el hecho de anularlas. Esa generosidad alentaría a los norteamericanos a hacer lo mismo por Gran Bretaña; como Gran Bretaña recibiría en papel las sumas pagadas por los países continentales y tendría que pagar a Estados Unidos en dinero real, la anulación general de las deudas la beneficiaría.⁹⁰

Keynes deseaba que, además de limitar las reparaciones y anular las deudas de guerra, Wilson usara su autoridad y los recursos de Estados Unidos para promover un amplio programa de créditos que revitalizara la industria europea, un plan que en 1947-1948 habría de adoptar la forma del Plan

81 André Tardieu, *The Truth About the Treaty*, Londres, 1921, p. 287.

82 Elcock, op. cit., p. 310.

83 Paris Peace Conference, XI, pp. 547-549.

84 Lansing, op. cit., p. 3.

85 Paris Peace Conference, XI, pp. 570-574.

86 Walter Lippmann, carta a R. B. Fosdick, 15 de agosto de 1919, en *Letters on the League of Nations*, Princeton, 1966.

87 Howard Elcock, “J. M. Keynes at the Paris Peace Conference” en Milo Keynes, ed., *Essays on John Maynard Keynes*, Cambridge, 1975, pp. 162 y ss.

88 *Collected Writings of J. M. Keynes*, XVI Activities 1914-1919, Londres, 1971, pp. 313-334.

89 *Ibid.*, p. 375. (el documento se encuentra en pp. 334-383).

90 *Ibid.*, pp. 418-419.

Marshall. Lo denominó “un gran plan para la rehabilitación de Europa”.⁹¹ Convenció de las bondades de la propuesta a su jefe, el ministro de Hacienda, Austen Chamberlain, y en abril de 1919 redactó dos cartas que Lloyd George envió a Wilson. En la primera sostenía que “el mecanismo de Europa está atascado” y que la propuesta estaba destinada a destrabarlo; en la segunda, que “cuanto más postrado está un país y más se ha aproximado al bolchevismo, su necesidad de ayuda presumiblemente es mayor. Pero menos probable es que la iniciativa privada la suministre”.⁹² A juicio de Keynes, Estados Unidos estaba gozando de un “momento único” en los asuntos mundiales, y Wilson debía abstenerse de imponer las fronteras de la posguerra y la forma de la Liga, y en cambio debía emplear los suministros de alimentos y el poder económico norteamericanos para contribuir a la recuperación europea a largo plazo. Una Europa próspera tenía más probabilidades de olvidar los amargos recuerdos del pasado inmediato y de considerar, en perspectiva, las modificaciones de las fronteras que ahora estaban impregnadas de pasión.

Había mucha sensatez y cierta justicia en la opinión de Keynes, y sin duda acertaba en su juicio acerca del papel de Estados Unidos, tal como reconocen ahora algunos historiadores norteamericanos.⁹³ Pero Wilson, obsesionado por la Liga escasamente interesado en el renacimiento económico, desechó los alegatos de Lloyd George, y el Tesoro norteamericano se horrorizó ante las ideas de Keynes. Éste se quejaba de que los representantes de esa rama tenían “formalmente prohibido discutir con nosotros cualquiera de estos problemas, aun en el curso de una conversación privada”.⁹⁴ Cancelar las deudas de guerra estaba fuera de la cuestión. El disgusto de Keynes por los norteamericanos fue profundo: “Se les ofrecía la oportunidad de adoptar una visión del mundo amplia, o por lo menos humana, pero la rechazaron sin vacilar”, escribió a un amigo. Wilson era “el fraude más grande sobre la tierra”.⁹⁵ Se sintió incluso más horrorizado cuando leyó detenidamente el tratado y percibió aquello que, a su juicio, era el abrumador efecto acumulativo de sus cláusulas, sobre todo el de las referidas a las reparaciones. El “maldito tratado”, como lo denominó, era la fórmula del desastre económico y la guerra futura. El 26 de mayo de 1919 renunció a su cargo en la delegación británica. “¿Cómo puede pretender que yo”, escribió a Chamberlain, “continúe presenciando esta farsa trágica, tratando de poner los cimientos, como dijo un francés, *d’une guerre junte et durable?*”. Dijo a Lloyd George: “Me aparto de esta escena de pesadilla”.⁹⁶

El retiro de Keynes era perfectamente comprensible, pues el arreglo que no había podido impedir con su ingenio y su elocuencia era un hecho consumado. Pero lo que pasó a hacer agravó infinitamente los errores de juicio que él había diagnosticado con tanto acierto. Keynes era un hombre de dos mundos. Le agradaba el mundo de la banca y la política, donde sus cualidades le permitían florecer cuando lo deseaba. Pero también era un académico, un esteta y un homosexual, miembro tanto de la sociedad secreta de Cambridge denominada “los apóstoles”, como de su anexo y secuela, el grupo de Bloomsbury. La mayoría de sus amigos estaba formada por pacifistas. Lytton Strachey, el jefe oficioso del grupo de Bloomsbury, James (hermano de Strachey), David Garnet, Clive Bell, Adrian Stephen, Gerald Shove, Harry Norton y Duncan Grant.⁹⁷ Cuando se instauró la conscripción, algunos de estos hombres, en lugar de prestar el servicio militar, prefirieron comparecer ante los tribunales en la condición de objetantes de conciencia. Lytton Strachey compareció en un caso ampliamente publicitado, a sus propios ojos en un papel heroico. No aprobaba la incorporación de Keynes al Tesoro, pues entendía que era “trabajo para la guerra”, por mucho que la actividad fuese no beligerante. En febrero de 1916, Keynes encontró sobre su plato, durante el desayuno, una nota insidiosa de Strachey, el equivalente pacifista de una pluma blanca:

91 H. Roy Harrod, *Life of John Maynard Keynes*, Londres, 1951, p. 246.

92 Borradores en Lloyd George Papers, Beaverbrook Library (f/7/2/27 y f/3/34) citados en Elcock, “Keynes at the Paris Peace Conference”.

93 Véase, por ejemplo, Arthur Walworth, *America's Moment 1918: American Diplomacy at the end of World War One*, Nueva York, 1977.

94 Keynes, *Collected Writings*, XVI, p. 438.

95 Harrod, op. cit., p. 250.

96 Elcock, Keynes, p. 174; Harrod, op. cit., p. 253.

97 Paul Ley, “The Bloomsbury Group” en Milo Keynes, op. cit., p. 68.

“Estimado Maynard, ¿por qué todavía estás en el Tesoro? Tuyo, Lytton”. Cuando Duncan Grant, con quien Keynes mantenía relaciones, compareció ante un tribunal de Ipswich, Keynes lo defendió y exhibió su portafolios del Tesoro con el símbolo real para intimidar a los miembros del tribunal, que eran gente común del campo. Pero estaba avergonzado de las tareas que cumplía cuando se encontraba con sus amigos. En diciembre de 1916 le escribió a Grant: “Trabajo para un gobierno al que desprecio y persigo fines que, a mi juicio, son criminales”.⁹⁸

Keynes continuó trabajando en el Tesoro debido a un sentido residual de patriotismo, pero sus tensiones íntimas se acentuaron. Cuando la guerra odiada por él culminó en una paz que le pareció ofensiva, regresó a Cambridge con un colapso nervioso. Cuando se recobró, inmediatamente se dio a la tarea de escribir un ataque brillante y muy duro contra todos los procedimientos de la conferencia. Era una mezcla de verdades, medias verdades, errores de concepto y percepciones luminosas, salpimentadas con sardónicos bocetos descriptivos de los principales actores del drama. Fue publicado antes de terminado el año con el título de *Consecuencias económicas de la paz* y provocó sensación mundial. La obra es otra ilustración clásica de la ley de las consecuencias involuntarias. El motivo público que indujo a Keynes a escribir este trabajo fue alertar al mundo acerca de los efectos que se obtendrían imponiendo una paz cartaginesa a Alemania. Su motivo privado consistió en recobrar prestigio frente a sus amigos, atacando a un régimen político al que él había servido, con lo que había provocado la censura de este núcleo. Sin duda alcanzó las metas perseguidas. También llegó a ser una de las obras más destructivas del siglo, que contribuyó de manera indirecta y de varios modos a la guerra futura que el propio Keynes ansiaba impedir. Cuando a su debido tiempo llegó esa guerra, el joven historiador francés, Etienne Mantoux, señaló con dedo acusador la filípica de Keynes en un folleto titulado *La paz cartaginesa o las consecuencias económicas del señor Keynes*. Fue publicado en Londres en 1946, un año después de la muerte de Mantoux y el mismo año en que Keynes falleció de cáncer.

Según veremos, el efecto del libro de Keynes en Alemania y Gran Bretaña resultó acumulativo. Su efecto en Estados Unidos fue inmediato. Como ya se observó, la Liga de las Naciones no era idea de Wilson. Se había originado en Gran Bretaña. Más bien puede afirmarse que era hija del cerebro de dos excéntricos caballeros ingleses, cuya influencia bien intencionada pero dañina sobre los asuntos mundiales ilustra el concepto de que la herencia religiosa es mala consejera en política. Walter Phillimore, que a la edad de setenta y dos años presidía el comité del Foreign Office cuyo informe incluyó la propuesta (20 de marzo de 1918), era un jurista internacional y el autor de *Tres siglos de tratados de paz* (1917). Era también un conocido abogado eclesiástico, una figura digna de las novelas de Trollope, destacado en la Asamblea de la Iglesia, experto en legitimidad, rito, vestiduras y adornos eclesiásticos, además de alcalde de la umbrosa Kensington. Como juez había sido muy criticado por su severidad excesiva en casos sexuales, una actitud que no demostraba cuando trataba otros delitos. Sería difícil imaginar un hombre menos apropiado para elaborar reglas que resolviesen los problemas de la *Realpolitik* global, de no ser por la existencia de su aliado político, lord Robert Cecil, miembro tory del Parlamento y subsecretario de Estado para Asuntos Exteriores. Cecil reaccionó contra el escepticismo y el cinismo político de lord Salisbury, su padre y primer ministro, que había tenido que lidiar con Bismarck, y su reacción adoptó la forma del abordaje de los asuntos exteriores con una fuerte dosis de religiosidad. Era un abogado de quien su madre decía que “siempre tenía dos agravios y un derecho”. Había tratado de organizar la oposición a los castigos físicos en Eton. En su condición de ministro responsable del bloqueo, había detestado la idea de someter por hambre a los alemanes y por eso había abrazado con entusiasmo la idea de la Liga. Más aún, en agosto de 1918 escribió a su esposa: “Si no abrigase la esperanza de que [la Liga] fuera a crear un sistema internacional mejor, sería pacifista”.⁹⁹ Es importante comprender que los dos hombres más responsables por la formación de la Liga eran casi pacifistas que veían en ella no un instrumento para resistir a la agresión mediante la fuerza colectiva, sino un sustituto de dicha fuerza, que actuaba principalmente mediante la “autoridad moral”.

⁹⁸ Citas de *ibid.*, pp. 67, 69.

⁹⁹ Con respecto a Cecil véase Kenneth Rose, *The Later Cecils*, Londres, 1975, pp. 127-184.

La idea desagradó desde el principio a los expertos militares y diplomáticos británicos. El coronel Maurice Hankey, secretario del gabinete y el coordinador militar más experimentado, escribió lo siguiente:” [...] todos estos planes son peligrosos para nosotros, porque crearán un sentimiento de seguridad que es completamente ficticio[...] El único resultado será el fracaso y, cuanto más tarde en sobrevenir ese fracaso, más seguro es el hecho de que el país se adormecerá. Entregará una palanca muy sólida a los idealistas bien intencionados que existen en casi todos los gobiernos y que rechazan la idea de gastar en armamentos; con el transcurso del tiempo casi seguramente logrará que este país se vea sorprendido en una situación desventajosa”. Eyre Crowe observó, ásperamente, que “una liga solemne y un pacto” serían como cualquier otro tratado: “¿Qué nos garantiza que sus cláusulas no quedarán sin cumplirse, como sucede con tantos otros tratados?”. Por supuesto, la única respuesta era la fuerza. Pero Phillimore no había consultado a las fuerzas armadas y, cuando el almirantazgo se enteró del plan, afirmó que para ser eficaz necesitaría más y no menos buques de guerra.¹⁰⁰ Todas estas advertencias, formuladas en el instante mismo en que se concibió la Liga de las Naciones, se vieron sobradamente justificadas por su desalentadora historia.

Por desgracia, tan pronto como el presidente Wilson, fatigado de las negociaciones por el tratado, con la necesaria bocanada de *Realpolitik* amorala, se apoderó de la Liga y la convirtió en el vehículo de su propio y copioso fervor religioso, se desecharon las dudas. Más aún, su patrocinio del plan vino a privarlo de todos los méritos prácticos que podía haber tenido. Existe un mito histórico acerca de que las potencias europeas estaban desesperadamente ansiosas de crear la Liga como medio de hacer partícipe a Estados Unidos de un compromiso permanente que les ayudase a mantener la paz; se afirma que Wilson compartía este punto de vista y que éste se vio frustrado por el aislacionismo republicano. No es así. Clemenceau y Foch deseaban una alianza de seguridad mutua, con su propio plantel de planeamiento, del tipo que en definitiva se desarrolló en el Cuartel General Aliado, después de infinitos roces y retrasos, durante el último año de la guerra. En resumen, deseaban algo que se ajustase a los criterios que, más tarde, aparecieron en 1948-1949, bajo la forma de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Advertían que un sistema universal, al que pertenecerían todas las potencias (incluso Alemania) al margen de sus antecedentes y que garantizaría todas las fronteras, al margen de sus méritos, era una tontería. Estaban mejor informados que Wilson de la opinión del Congreso y sabían que existían escasas posibilidades de que ese cuerpo aceptara semejante monstruosidad. Sus metas eran limitadas e intentaron comprometer a Estados Unidos en etapas, como antes Francia había comprometido a Gran Bretaña. Deseaban, ante todo, que Estados Unidos aceptara una garantía del tratado, más que la afiliación a una liga.¹⁰¹

Esta era la posición del senador Cabot Lodge, líder republicano del Senado. Compartía el escepticismo de los expertos británicos y franceses. Lejos de adoptar una actitud aislacionista, era proeuropeo y creía en la seguridad mutua. Pero entendía que las grandes potencias no aceptarían, en la práctica, la obligación de ir a la guerra para imponer las decisiones de la Liga, pues las naciones evitaban la contienda, excepto cuando estaban en juego sus intereses fundamentales. ¿Cómo era posible que las fronteras fuesen garantizadas indefinidamente por algo o por alguien? Las fronteras reflejaban la existencia de fuerzas reales y cambiantes. ¿Estados Unidos iría a la guerra para proteger las fronteras de Gran Bretaña en la India, o las de Japón en Shantung? Naturalmente, no. Los acuerdos que Estados Unidos concertara con Gran Bretaña y Francia debían basarse en la adaptación mutua de los intereses vitales. En esas condiciones, el pacto significaría algo. Hacia septiembre de 1919, Lodge y sus partidarios, denominados los “Fuertes reservacionistas”, habían definido claramente su posición: ratificarían el tratado excepto en lo referente a la Liga; incluso aceptarían la afiliación norteamericana a la Liga si el Congreso se reservaba el derecho de evaluar

100 Acta de Hankey, 1916, Foreign Policy Committee 27/626/, FP (36) 2; memo de Crowe, 12 de octubre de 1916: acta del almirantazgo del 23 de diciembre de 1918 CAB 27/626/, FP (36) 2. Citado en Corelli Barnett, *The Collapse of British Power*, Londres, 1972, p. 245.

101 G. Clemenceau, *Grandeur and Misery of a Victory*, Londres, 1930; A. Tardieu, op. cit.

cada crisis que implicase el uso de fuerzas norteamericanas.¹⁰²

En esta coyuntura, los defectos de carácter y de criterio, e incluso el deterioro de la salud mental de Wilson, adquirieron una importancia decisiva. En noviembre de 1918 había perdido las elecciones celebradas en mitad del período, y con ellas el control del Congreso, incluido el Senado. Ésta era otra buena razón para abstenerse de concurrir personalmente a París; en su lugar, podía enviar una delegación bipartidista, o bien, si concurría, llevar consigo a Lodge y otros republicanos. En cambio, decidió ir solo. Cuando llevó a la guerra a Estados Unidos, había expresado en su alocución al Congreso, el 2 de abril de 1917: “Es necesario asegurar la democracia en el mundo”. Su popular obra, titulada *Historia del pueblo americano*, presentaba a la democracia como una fuerza religiosa, *vox populi vox dei*. Ahora explicó al Congreso que el viejo mundo estaba padeciendo un “perverso rechazo” de la democracia, de su “pureza y poder espiritual”. Aquí entraba Estados Unidos: “Sin duda, el destino manifiesto de Estados Unidos estriba en encabezar el intento de que este espíritu prevalezca”.¹⁰³ En esa obra, la Liga era el instrumento, y el propio Wilson, el agente, la expresión de la voluntad general.

No está muy claro de qué modo Wilson, el ultrademócrata, llegó a creerse el beneficiario de la *volonté générale* de Rousseau, un concepto que pronto sería vorazmente aprovechado por la nueva generación de dictadores europeos. Quizá debe verse la causa en su condición física. En abril de 1919 sufrió su primer ataque, cuando estaba en París. Se ocultó el hecho. Más aún, parece que el deterioro de su salud confirmó la creencia de Wilson en que su rumbo era el correcto, así como su decisión de evitar concesiones a sus críticos republicanos. En septiembre de 1919 traspasó el problema de la Liga desde el Congreso a todo el país, y en tres semanas recorrió casi trece mil kilómetros en ferrocarril. El esfuerzo culminó en un segundo ataque, sufrido en el tren el 25 de septiembre.¹⁰⁴ De nuevo se ocultó esto. El 10 de octubre sobrevino un tercer ataque, de extrema gravedad, que le dejó paralizado todo el lado izquierdo. Su médico, el almirante Gary Grayson, reconoció unos meses más tarde: “Su enfermedad física es permanente, desde el punto de vista mental está debilitándose poco a poco y no puede recuperarse”.¹⁰⁵ Pero Grayson se negó a declarar incompetente al presidente. El vicepresidente Thomas Marshall, un hombre irremediamente inseguro, conocido en la historia sobre todo por su observación: “Lo que este país necesita es un buen cigarro de cinco centavos de dolar”, rehusó ejercer presión en esta situación. El secretario privado, Joseph Tumulty, conspiró con el propio Wilson y con su esposa Edith para convertir a ésta en presidente, función que ella cumplió durante diecisiete meses.

Durante este extraño episodio de la historia norteamericana, mientras circulaban rumores acerca de que Wilson estaba afectado de sífilis terciaria y era un prisionero que aullaba y renegaba en un cuarto con barrotes, la señora Wilson, que había cursado sólo dos años en el colegio, redactaba órdenes a los ministros del gabinete con su letra enorme e infantil (“El presidente dice...”), los despedía y designaba, y falsificaba la firma de Wilson en los decretos. Ella, tanto como el mismo Wilson, fue la responsable del despido del secretario de Estado, Lansing (“odio a Lansing”, declaró la dama) y de la designación en su lugar de Bainbridge Colby, un abogado desconcertado y sin ninguna experiencia. Wilson podía concentrar la atención cinco o diez minutos seguidos. Hasta tuvo astucia suficiente para engañar a su principal crítico del Congreso, el senador Albert Fall, que se había quejado: “¡Tenemos el gobierno de las enaguas! ¡La señora Wilson es el presidente!”. Convocado a la Casa Blanca, Fall encontró a Wilson con una larga barba blanca, pero al parecer se mostraba vivaz (Fall estuvo con él sólo dos minutos). Cuando dijo: “Todos nosotros, señor presidente, oramos por usted”, Wilson replicó: “¿En qué sentido, senador?”, y se interpretó esto como prueba de que mantenía su espíritu agudo.¹⁰⁶

102 Henry Cabot Lodge, *The Senate and the League of Nations*, Nueva York, 1925.

103 R. S. Baker y W. E. Dodds, eds., *The Public Papers of Woodrow Wilson*, 6 vols., Nueva York, 1925-1927, VI, p. 215.

104 Para más detalles sobre los dieciocho últimos meses de mandato de Wilson, véase Gene Smith, *When the Cheering Stopped: the last years of Woodrow Wilson*, Nueva York, 1964.

105 Ibid., p. 153.

106 Ibid., pp. 107, 111-113, 126-128.

De esta manera, en una instancia crucial, Estados Unidos estaba gobernado, como sería el caso de Alemania en 1932-1933, por un titán enfermo y mentalmente disminuido, un hombre que se encontraba en el umbral de la eternidad. Si se hubiese declarado incapaz a Wilson, poca duda cabe de que un tratado enmendado habría merecido la aprobación del Senado. Dadas las circunstancias, con la pertinacia de los enfermos o los seniles, Wilson insistió en que el Senado debía aceptar todo lo que él reclamaba o nada: “O bien ingresamos sin temor en la Liga”, decía su último mensaje acerca del tema, “aceptando la responsabilidad y sin temer el papel del liderazgo que ahora representamos [...] o debemos retirarnos con la mayor elegancia posible del gran concierto de potencias que salvó al mundo”.¹⁰⁷

En esta lucha interna en un delicado equilibrio y donde las posibilidades ya estaban manifestándose contra Wilson, el libro de Keynes llegó con devastadora oportunidad. Confirmó todos los prejuicios de los que eran irreconciliables y reforzó las dudas de los “reservacionistas”; además, provocó la inquietud de algunos partidarios de Wilson. El tratado, que llegó al Senado en marzo, tenía que ser ratificado por una mayoría de dos tercios. La propuesta de Wilson fue derrotada claramente por 38 votos contra 53. Aún existía la posibilidad de que el texto enmendado por Lodge fuese aprobado y se convirtiera en el sólido cimiento de la política exterior de los tres gobiernos republicanos que siguieron. Pero con un celo destructivo, desde su lecho de enfermo, Wilson escribió a sus partidarios en cartas firmadas con una letra temblorosa y casi ilegible, pidiéndoles que votaran en contra. El texto de Lodge fue aprobado por 39 votos contra 35, es decir, 7 menos que los dos tercios necesarios. De los 35 votos negativos, 23 eran demócratas que obedecían las órdenes de Wilson. De este modo, Wilson, destruyó a su propio primogénito y aflojó así los lazos con Europa e incluso con los republicanos bien dispuestos. Disgustado, Lodge afirmó que la Liga estaba “tan muerta como el espectro de Marley”. “Tan muerta como Héctor”, dijo el senador James Reed. Warren Harding, el candidato presidencial republicano, en un gesto despectivo hacia el pasado de los demócratas, agregó: “Tan muerta como la esclavitud”. Cuando durante el otoño de 1920 los demócratas sufrieron una derrota abrumadora, se entendió que ese resultado encerraba el repudio a toda la política europea de Wilson. Desde la penitenciaría de Atlanta, adonde lo había enviado Wilson, Eugene Debs escribió: “En la vida pública de la historia norteamericana no hay un hombre que se haya retirado sufriendo un descrédito tan total, que haya sido rechazado de un modo tan agrio, o que haya sido acusado y repudiado de manera tan abrumadora como Woodrow Wilson”.¹⁰⁸

Así, Gran Bretaña y Francia quedaron con una Liga cuya conformación no deseaban, y el hombre que le había conferido esa forma se veía desautorizado por su propio país. De modo que tuvieron que soportar la peor de todas las situaciones posibles. La incorporación norteamericana a una Liga, de acuerdo con los criterios propuestos por Lodge, la habría transformado en una organización en general mucho más realista. Pero en el caso particular de Alemania, habría tenido una ventaja fundamental. Lodge y los internacionalistas republicanos creían que el tratado era injusto, en especial con Alemania, y más tarde o más temprano se habrían encargado de modificarlo. De hecho, el pacto de la Liga contemplaba específicamente esa contingencia. El artículo 19, a menudo omitido y finalmente desechado del todo, contemplaba la posibilidad de que “de tanto en tanto” la Liga recomendara la reconsideración de los “tratados que han llegado a ser inaplicables” y cuya “vigencia podría amenazar la paz del mundo”.¹⁰⁹ La presencia norteamericana en la Liga habría brindado mucho mayores posibilidades que durante la década de los veinte, para que Alemania obtuviese, apelando al debido proceso de la ley internacional, las modificaciones que durante los años treinta persiguió mediante la fuerza y obtuvo gracias a la cobardía.

La decisión de Wilson de buscar una solución propia de un jurista internacional para los problemas de Europa durante la posguerra, en lugar de una solución económica, sumada al colapso total de su política, dejó al viejo continente con una temible herencia de inflación, endeudamiento y

¹⁰⁷ Dulles, op. cit., p. 273.

¹⁰⁸ G. Smith, op. cit., p. 149; Robert Murray, *The Harding Era: Warren G. Harding and his Administration*, University of Minnesota, 1969, p. 91.

¹⁰⁹ Con respecto a la importancia del artículo 19, véase Nicolson, op. cit., pp. 73-75.

reclamos financieros contrapuestos. En general, el siglo XIX había sido un período de gran estabilidad de precios, pese a la enorme expansión industrial de todos los países avanzados. En realidad, los precios minoristas habían caído en muchas ocasiones, pues el aumento de la productividad satisfacía sobradamente el crecimiento de la demanda. Pero en 1908 la inflación de nuevo cobraba impulso y la guerra la aceleró enormemente. Cuando se firmó la paz, los precios mayoristas, evaluados sobre un índice de 100 en 1913, se elevaban a 212 en Estados Unidos, 242 en Gran Bretaña, 357 en Francia y 364 en Italia. Hacia el año siguiente, es decir, en 1920, representaban dos veces y medio el promedio de la preguerra en Estados Unidos, tres veces en Gran Bretaña, cinco veces en Francia y seis veces en Italia; en Alemania la cifra era de 1965, casi veinte veces mayor.¹¹⁰ El mundo civilizado no había afrontado una hiperinflación desde el siglo XVI, y en una escala tan asombrosa desde el siglo III de nuestra era.¹¹¹

Excepto Estados Unidos, todos estaban endeudados. Ese era el problema. Hacia 1923, incluidos los intereses, se debían a Estados Unidos 11.800 millones de dólares. De este total, solamente Gran Bretaña debía a Estados Unidos 4.660 millones. Pero a su vez, Gran Bretaña era acreedora por 6.500 millones, y los deudores eran principalmente Francia, Italia y Rusia. Este último país estaba ahora fuera del juego, y la única posibilidad que Francia e Italia tenían de pagar a Gran Bretaña o Estados Unidos era mediante el cobro a Alemania. ¿Por qué Estados Unidos insistió en tratar de cobrar estas deudas entre estados? Más tarde, el presidente Coolidge respondió con una frase lacónica: “Ellos recibieron el dinero, ¿verdad?”. Jamás se ofrecieron explicaciones más detalladas. En un ensayo titulado *Deudas entre aliados*, publicado en 1924, Bernard Baruch, el gran personaje de la Junta de Industria de Guerra y luego asesor económico de la delegación norteamericana de paz, argumentó: “Estados Unidos se ha negado a considerar la cancelación de las deudas, pues cree que si procede así —al margen de otras razones—, el costo fundamental de esta y de todas las guerras futuras recaerá sobre este país y, por lo tanto, lo colocará en la situación de subsidiar todas las guerras, pues habrá subsidiado una”.¹¹² Es evidente que Baruch no creía en esta ridícula defensa. La verdad es que la insistencia en el cobro de las deudas de guerra carecía de sentido económico, pero era parte del precio político pagado por el naufragio del gobierno de Wilson, que había dejado nada más que un vacío. En la conferencia de Washington celebrada en 1923, en una atmósfera de mucha aspereza, Gran Bretaña aceptó pagar a Estados Unidos 24 millones de libras esterlinas anuales durante diez años, y más tarde 40 millones de libras esterlinas anuales. Cuando las deudas fueron anuladas después de la Gran Crisis, Gran Bretaña había pagado a Estados Unidos poco más que lo que había recibido de los aliados financieramente más débiles, y éstos a su vez habían recibido unos 1.000 millones de libras esterlinas de Alemania.¹¹³ Pero de esta suma, la mayor parte en realidad estaba formada por préstamos obtenidos en Estados Unidos, que se perdieron durante la crisis. De modo que todo el proceso tuvo un carácter circular, y ningún estado, y menos aún un individuo, mejoró en lo más mínimo su situación.

Mientras tanto, el coro estridente de reclamos y contrarreclamos había destruido lo poco que restaba del espíritu de los aliados durante la guerra. Y el intento de obligar a Alemania a equilibrar la contabilidad de todos los demás llevó lisa y llanamente a la destrucción de su circulante. La indemnización cobrada por Alemania a Francia en 1871 había sido el equivalente de 4.000 millones de marcos oro. Esta fue la suma que la Comisión de Reparaciones exigió a Alemania solamente por los daños de guerra que había sufrido Bélgica; además, calculó la deuda de Alemania en la cifra de 132.000 millones de marcos oro, de los cuales Francia debía recibir el 52 por ciento. Había también entregas en especies, incluyendo dos millones de toneladas de carbón mensuales. Alemania tenía que pagar a cuenta 20.000 millones de marcos oro hasta el 1 de mayo de 1921. Está en discusión lo que Alemania en realidad pagó, pues la mayoría de las entregas fueron en especies y no en efectivo. Los alemanes afirmaron que habían pagado 45.000 millones de marcos oro. John Foster Dulles, miembro norteamericano de la Comisión de Reparaciones, calculó la cifra en 20 a 25.000 millones

110 Véase la Tabla de Precios al por Mayor, US Federal Reserve Bulletin, 1924.

111 Véase R. L. Schuettinger y E. F. Butler, *Forty Centuries of Wage and Price Controls*, Washington D.C., 1979.

112 *These Eventful Years*, vol I; proporciona una tabla completa de deuda internacional, p. 410.

113 A. J. P. Taylor, *English History 1914-1945*, Londres, 1970 ed., pp. 74, 169.

de marcos oro.¹¹⁴ De todas formas, después de repetidas reducciones y suspensiones, se declaró a Alemania (26 de diciembre de 1922) en mora, con arreglo a los párrafos 17-18 del anexo II del tratado, que contemplaba la aplicación de represalias no especificadas. El 11 de enero de 1923, pese a las protestas británicas, las tropas francesas y belgas cruzaron el Rin y ocuparon el Ruhr. Los alemanes abandonaron completamente el trabajo. Los franceses impusieron la ley marcial en la región e interrumpieron las comunicaciones postales, telegráficas y telefónicas. El índice alemán de precios minoristas (1913:100) se elevó a 16.170 millones. Las consecuencias políticas para los alemanes y, en definitiva, también para Francia, fueron extremadamente dolorosas.

Por lo tanto, puede afirmarse que el Tratado de Versalles fue un fracaso total. Muchos intelectuales así lo creyeron en ese momento y la mayoría adoptó después la misma posición. Pero, por otra parte, los intelectuales estaban en el origen del problema —nos referimos al nacionalismo étnico violento— que determinó el carácter del acuerdo de Versalles y garantizó que no funcionara. Todos los movimientos nacionalistas europeos, de los que había docenas en 1919, habían sido creados, dirigidos y acicateados por los académicos y los escritores, que subrayaban las diferencias lingüísticas y culturales entre los pueblos a expensas de los vínculos tradicionales y los intereses económicos permanentes que los movían a convivir. Hacia 1919, prácticamente todos los intelectuales europeos de la generación más joven, sin hablar de sus mayores, adherían al concepto de que el derecho a la autodeterminación nacional era un principio moral básico. Había unas pocas excepciones y Karl Popper era una de ellas.¹¹⁵ Esta minoría afirmaba que la autodeterminación era un principio contradictorio, pues la “liberación” de pueblos y minorías sencillamente creaba más minorías. Sin embargo, en general se aceptaba que la autodeterminación poseía una validez indiscutible en Europa, del mismo modo que durante las décadas de los cincuenta y de los sesenta sería aceptada para África.

Sin duda, en 1919 no podía hablarse de rescatar las antiguas formas de organización de Europa Central y Oriental. Los nacionalistas ya las habían destruido. Desde la distancia del presente es habitual considerar los últimos años de Austria-Hungría como un sereno ejercicio multirracial. En realidad, era una pesadilla de crecientes animosidades raciales. Cada reforma provocaba más problemas que los que pretendía resolver. En 1867 Hungría se elevó a la jerarquía de un estado separado dentro del imperio. Inmediatamente comenzó a oprimir a sus propias minorías, sobre todo a los eslovacos y rumanos, con una ferocidad y un ingenio mayores que los que se habían manifestado en la opresión que había sufrido a manos de Austria. Las elecciones eran sospechosas; y los ferrocarriles, el sistema bancario y los principios del libre comercio interior fueron ferozmente atacados en la búsqueda de ventajas raciales tan pronto como la reforma posibilitó ese tipo de actitudes. Los checos y otros grupos eslavos siguieron el ejemplo húngaro. Ningún grupo étnico se comportaba de manera consecuente. Aquello que los alemanes reclamaban y lo que los checos negaban en Bohemia, los alemanes negaban y los italianos y los eslovenos meridionales reclamaban en Tirol meridional y Estiria. Las diferentes dietas y parlamentos, en Budapest, Praga, Graz e Innsbruck, eran escenarios de implacable discordia racial. En Galitzia, la minoría de rutenos luchaba contra la mayoría de polacos. En Dalmacia, la minoría de italianos combatía a la mayoría de eslavos meridionales. En consecuencia, resultaba imposible formar un gobierno parlamentario eficaz. La totalidad de los doce gobiernos centrales, entre 1900 y 1918, debió formarse casi por completo con funcionarios civiles. Cada gobierno local, del que se excluía a las minorías, protegía sus industrias domésticas ahí donde tenía atribuciones legales para proceder así y, en caso contrario, organizaba el boicot de los artículos producidos por otros grupos raciales. No había normalidad en el viejo imperio.

Pero por lo menos se manifestaba cierto respeto a la ley. En la Rusia imperial había ocasionalmente pogromos antijudíos y otros ejemplos de conflicto racial violento. Pero los dos imperios germánicos exhibieron un excepcional respeto por la ley hasta 1914; incluso se formulaba la queja de que los respectivos pueblos eran excesivamente dóciles. La guerra cambió todo eso, y

¹¹⁴ Véase el ensayo de Dulles, “Reparations”, en *These Eventful Years*, Vol. I.

¹¹⁵ Karl Popper, *Conjectures and Refutations*, Londres, 1972 ed., pp. 367-369.

con creces. Es cierta la observación del historiador Fritz Stern acerca de que la Gran Guerra inició un período de violencia sin precedentes, y dio comienzo de hecho a una guerra de treinta años, pues 1919 fue la continuación de la guerra con medios distintos.¹¹⁶ Por supuesto, en cierto sentido, las calamidades de la época fueron globales más que continentales. El virus de la influenza en 1918-1919, una pandemia que mató a 40 millones de personas en Europa, Asia y América, no se limitó a las áreas donde se había librado la guerra, aunque allí sus efectos fueron más graves.¹¹⁷ Pudieron observarse casi en todas partes nuevos tipos de estallidos de violencia inmediatamente después que concluyeron los combates formales. Del 27 de julio al 1 de agosto la ciudad de Chicago, en Estados Unidos, presencié sus primeros disturbios realmente graves en el norte, con treinta y seis muertos y quinientos treinta y seis heridos. Siguieron otros episodios: en Tulsa, Oklahoma, el 30 de mayo de 1921 fueron asesinados cincuenta blancos y doscientos negros.¹¹⁸ En Canadá, el 17 de junio de 1919, los jefes de la huelga general de Winnipeg fueron acusados, y más tarde condenados, por una conspiración destinada a destruir la autoridad constitucional mediante la fuerza y con la intención de organizar un soviet.¹¹⁹ En Gran Bretaña hubo una revolución putativa en Glasgow, el 31 de enero de 1919; y la guerra civil o de clases fue una posibilidad periódica entre 1919 y finales de 1921, como lo atestiguan los escalofrantes registros de las reuniones de gabinete, recogidos textualmente en versión taquigráfica por Thomas Jones. Así, el 4 de abril de 1921 el gabinete analizó la posibilidad de traer de regreso cuatro batallones que estaban en Silesia, donde se dedicaban a separar a los frenéticos polacos y alemanes; se trataba de que “defendieran Londres”, y el lord canciller observó estoicamente: “Debemos decidir sin demora cuáles son las fuerzas leales que podemos reunir. De todos modos, no debemos ser fusilados sin presentar lucha”.¹²⁰

Incluso así, la violencia y el antagonismo racial que la provocaba eran extremadamente agudos, estaban más difundidos y se prolongaban más en Europa central y oriental. Entre los años 1919 y 1922 se libraron más de veinte guerras menores. Los textos de historia de Occidente les prestan escasa atención, pero dejaron cicatrices terribles que, en algunos casos, todavía dolían durante los años sesenta. Contribuyeron directamente a la inestabilidad crónica de Europa entre las dos guerras. El Tratado de Versalles, cuando intentó expresar los principios de la autodeterminación, en realidad creó más y no menos minorías, y en todo caso minorías bastante más levantiscas (muchas eran alemanas o húngaras), armadas con agravios mucho más auténticos. Los nuevos regímenes nacionalistas creían que podían permitirse una actitud mucho menos tolerante que los viejos imperios. Como los cambios deterioraban la infraestructura económica (sobre todo en Silesia, Polonia meridional, Austria, Hungría y el norte de Yugoslavia), todos tendían a verse más pobres que antes.

Todos los países soportaron un doloroso agravio o un problema interno insuperable. Alemania, con Prusia dividida y Silesia perdida, clamaba venganza al cielo. Austria había quedado en la condición de un país más o menos homogéneo —incluso se le incorporó el Burgenland alemán, quitado a Hungría—, pero se la despojó de todas sus antiguas posesiones y le restó un tercio de su población en la hambreada Viena. Más aún, de acuerdo con los términos del tratado, se le prohibía buscar la unión con Alemania, y eso determinó que el Anschluss pareciera más atractivo de lo que era realmente. La población de Hungría se vio reducida de 20 a 8 millones, su economía industrial cuidadosamente integrada quedó maltrecha y 3 millones de húngaros fueron traspasados a los checos y los rumanos.¹²¹

De los beneficiarios de Versalles, Polonia era la más voraz y la más belicosa, y en 1921, después de tres años de lucha, emergió con un territorio que tenía doble extensión de lo que se había

¹¹⁶ Stern, *op. cit.*, p. 119.

¹¹⁷ Martin Kaplan y Robert Webster, “The Epidemiology of Influenza”, *Scientific American*, diciembre de 1977.

¹¹⁸ Lee Williams, *Anatomy of Four Race Riots 1919-1921*, University of Mississippi, 1972.

¹¹⁹ S. W. Horrall, “The Royal NW Mounted Police and Labour Unrest in Western Canada 1919”, *Canadian Historical Review*, junio de 1980.

¹²⁰ Jones, *Whitehall Diary*, 1, pp. 132-136.

¹²¹ Con respecto a este y los siguientes párrafos, véase Roy Mellor, *Eastern Europe: a Geography of the Comecon Countries*, Londres, 1975, pp. 65 y ss.

previsto en la Conferencia de Paz. Atacó a los ucranianos, arrebatándoles Galitzia oriental y su capital Lvov. Luchó contra los checos para apoderarse de Teschen (Cieszyn), pero fracasó, una de las razones por las que Polonia no demostró simpatía hacia los checos en 1938 y, de hecho, ayudó a

Rusia a invadirlos en 1968, a pesar de que en ambos casos correspondía a sus intereses generales apoyar la independencia checa. Convalidó sus “derechos” contra los alemanes apelando a la fuerza, tanto en el Báltico como en Silesia. Invadió Lituania, liberada poco antes; ocupó Vilno y la incorporó después de un “plebiscito”. Libró una guerra en gran escala por la adquisición de territorios contra Rusia y convenció a las potencias occidentales de que ratificasen sus nuevas fronteras en 1923. Al expandirse mediante la fuerza, Polonia había manipulado con habilidad el temor de Gran Bretaña al bolchevismo y el deseo de Francia de tener un aliado poderoso en el Este, ahora que su antigua alianza con el zarismo ya no existía. Pero por supuesto, cuando llegó el momento decisivo, Gran Bretaña y Francia fueron impotentes para acudir en ayuda de Polonia, que en este proceso había ofendido irremediabilmente a todos sus vecinos, los que estaban dispuestos a caer sobre ella tan pronto se les ofreciera la oportunidad.

Entre tanto, Polonia había incorporado el más grave problema de minorías en Europa fuera de la misma Rusia. De sus 27 millones de habitantes, un tercio estaba formado por minorías: ucranianos occidentales (rutenos), bielorrusos, alemanes, lituanos, todos en áreas concentradas, más tres millones de judíos. Los judíos tendían a hacer causa común con los alemanes y los ucranianos, tenían un bloque de treinta y tantos diputados en el Parlamento, y eran la mayoría en ciertas ciudades orientales, con un monopolio virtual del comercio. En Versalles, Polonia se vio obligada a firmar un tratado especial que garantizaba los derechos de sus minorías. Pero no lo cumplió ni siquiera durante los años veinte, y menos aún en los años treinta, cuando su política frente a las minorías se deterioró por influjo de la dictadura militar. Como trataba a un tercio de su población prácticamente como si hubiera sido extranjera, mantenía una enorme fuerza policial, más un ejército permanente pero mal equipado, para defender sus dilatadas fronteras. Había una visión de gran alcance en el comentario del noble polaco al embajador alemán, en 1918: “Para liberar a Polonia, yo cedería la mitad de mis bienes terrenales. Pero con la otra mitad emigraría”.¹²²

Checoslovaquia era una nación todavía más artificial, pues de hecho estaba constituida por varias minorías, controladas por los checos. El censo de 1921 reveló la existencia de 8.760.000 checoslovacos, 3.123.448 alemanes, 747.000 magiares y 461.000 rutenos. Pero los alemanes afirmaron que las cifras eran intencionadamente erróneas y que en realidad el grupo gobernante era mucho menos numeroso. En todo caso, incluso los eslovacos consideraban que sufrían la persecución de los checos, y era característico de este “país” que, Bratislava, la nueva capital eslovaca, estuviese habitada principalmente no por eslovacos sino por alemanes y magiares.¹²³ Durante los años veinte, los checos, a diferencia de los polacos, realizaron esfuerzos serios para aplicar una política justa a las minorías. Pero la crisis afectó a los alemanes con una dureza mucho mayor que a los checos —ya fuese por casualidad o por intención— y después la relación se emponzoñó de manera irremediable.

Yugoslavia se asemejaba a Checoslovaquia por ser un imperio en miniatura dirigido por los serbios con brutalidad bastante más considerable que la que los checos demostraban en su país. En algunas regiones se había combatido constantemente desde 1912, y las fronteras no se estabilizaron (si puede usarse esa palabra) hasta 1926. Los serbios ortodoxos dirigían el ejército y el gobierno, pero los croatas católicos y los eslovenos, que poseían niveles culturales y económicos mucho más elevados, hablaban de su deber de “europeizar los Balcanes” (es decir, a los serbios) y del temor que sentían de ser ellos mismos “balcanizados”. R. W. Seton-Watson, que había representado un importante papel en la creación del nuevo país, pronto se desilusionó ante el modo en que los serbios lo gobernaban: “La situación en Yugoslavia”, escribió en 1921, “me lleva a la desesperación [...] No tengo confianza en la nueva constitución, con su absurdo centralismo”. Los funcionarios serbios eran peores que los Habsburgo, se quejaba Seton-Watson, y la opresión serbia era más cruel

¹²² Citado por Norman Stone, *The Times Literary Supplement*, 2 de octubre de 1981, p. 1131.

¹²³ Mellor, *op. cit.*, p. 73.

que la alemana. “Mi propia inclinación”, escribió en 1928, “[...] ¡es dejar que los serbios y los croatas se cocinen en su propia salsa! Creo que ambos están locos, y no pueden ver más allá de sus narices”.¹²⁴ Evidentemente, algunos miembros del Parlamento habían estado intercambiando tiros en el Parlamento, y en estos episodios murió Stepan Radic, líder del Partido Campesino Croata. El país se mantenía unido, en lo posible, no tanto por la acción de la policía política serbia como por el candente odio de sus vecinos italianos, húngaros, rumanos, búlgaros y albanos, ya que todos tenían agravios que saldar.¹²⁵

Europa Central y Oriental estaba recolectando ahora la sombría cosecha de nacionalismos irreconciliables sembrada a lo largo del siglo XIX. O, para variar la metáfora, Versalles había levantado la tapa de un caldero hirviente y ruidoso, y el hedor del brebaje se difundió por Europa entera, hasta que primero Hitler y después Stalin volvieron a tapar el caldero apelando a la fuerza. Sin duda, cuando sucedió esto, los hombres y las mujeres de más edad recordaron con nostalgia los llevaderos imperios dinásticos que habían perdido. Por supuesto, en 1919 ya parecía absurda la idea de un monarca que gobernaba una reunión de pueblos europeos heterogéneos por derecho divino y de acuerdo con la costumbre antigua. Pero si el imperialismo en Europa misma era anacrónico, ¿cuánto tiempo más parecería defendible fuera del continente? La autodeterminación no era un principio continental. Era, o pronto lo sería, un concepto global. La refutación de Eyre Crowe a Harold Nicolson, en la Conferencia de París, vino a ser el eco de una idea que Maurice Hankey había formulado a lord Robert Cecil, cuando este último trabajaba en el plan embrionario de la Liga de las Naciones. Hankey le rogó que no insistiese en un enunciado general referido a la autodeterminación. “Le señalé”, escribió en su diario, “que eso llevaría lógicamente a la autodeterminación de Gibraltar a favor de España, de Malta a favor de los malteses, de Chipre para los griegos, de Egipto para los egipcios, de Aden para los árabes o los somalíes, y llevaría a la India al caos, a Hong Kong a las manos de los chinos, a África del Sur a los kafíres, las Indias Occidentales a los negros, etcétera. ¿Y dónde quedaría el Imperio Británico?”.¹²⁶

En realidad, ya estaba aceptándose el principio, incluso en el momento en que Hankey escribía esas líneas. Durante los días desesperados de la guerra, los aliados firmaron cheques con fecha adelantada no sólo a favor de los árabes, los judíos, los rumanos, los italianos, los japoneses y los eslavos, sino de sus propios pueblos sometidos. A medida que se elevó el número de bajas, el potencial humano colonial llenó cada vez más los huecos. Los batallones marroquíes de los franceses salvaron la catedral de Reims. Los franceses la denominaron gozosamente *la force noire*, y eso era, pero en más de un sentido. Los británicos reclutaron durante la guerra 1.440.437 soldados en la India; 877.068 eran combatientes, y 621.224 oficiales y soldados sirvieron en países extranjeros.¹²⁷ Se entendía que era necesario otorgar cierta forma de recompensa a la India, y el modo más barato de saldar la cuenta era apelar al recurso de la reforma política.

La coronación del dominio británico en la India llegó cuando, en 1876, Disraeli convirtió a Victoria en emperatriz. La cadena de mandos era autocrática: pasaba del encargado del distrito al comisionado provincial, al gobernador, al general y al virrey. Este principio había sido mantenido en las reformas Morley-Minto de la preguerra, pues lord Morley, pese a su condición de progresista liberal, no creía que la democracia fuese aplicable a la India. Pero su subsecretario, Edwin Montagu, pensaba de otro modo. Montagu era otro judío con inclinación hacia las cosas orientales, aunque con un sesgo un tanto distinto: en él prevalecía el deseo de ser amado. Padecía ese corrosivo vicio de los hombres civilizados en el siglo XX, el rasgo que hallaremos en muchas formas distintas: el sentimiento de culpa. Su abuelo había sido orfebre, el padre había amasado millones como banquero dedicado al cambio de monedas extranjeras y, por lo tanto, había conquistado el derecho a darse el lujo de la filantropía. Montagu heredó todo esto y el sentimiento de que debía algo a la sociedad. Era un hombre sumamente emotivo; la gente usaba la palabra “aniñado” para

124 H. y S. Seton-Watson, eds., R. W. Seton-Watson and the Yugoslavs: Correspondence 1906-1941, 2 vols., Londres, 1979, II, p. 97.

125 Mellor, op. cit., pp. 75-77.

126 4 de enero de 1918. Stephen Roskill, Hankey: Man of Secrets, 3 vols., Londres, 1970-1974, I, p. 479.

127 Statistics of the Military Effort of the British Empire during the Great War, Londres, 1922, p. 756.

referirse a su enfoque de los asuntos públicos. Cuando rechazó el secretariado para Irlanda, en 1916, escribió: “Retrocedo horrorizado ante la idea de ser responsable del castigo”. Cuando murió, un amigo escribió a *The Times*: “Nunca se cansó de compadecer a la gente”.¹²⁸

Lloyd George seguramente estaba pensando en otra cosa cuando en junio de 1917 asignó a Montagu la responsabilidad de los asuntos de la India. El propósito de Montagu era iniciar irrevocablemente a ese país en el camino de la independencia. Se dio de inmediato a la tarea de redactar una declaración de las intenciones de Gran Bretaña en la posguerra. La presentó al gabinete el 14 de agosto, durante uno de los períodos más sombríos de la guerra. En la agenda estaba la rápida desintegración de todo el frente ruso, así como las primeras incursiones aéreas alemanas realmente importantes sobre Gran Bretaña. Las mentes de los hombres desesperados que estaban alrededor de la mesa estaban agobiadas por las terribles pérdidas sufridas en la ofensiva de Passchendaele, donde entonces llegaba a su fin la segunda semana sangrienta e inútil. Elgar estaba componiendo los últimos compases de su *Concierto para Violoncelo*, su última obra importante, que expresa mejor que las palabras la irremediable tristeza de esos días. Montagu leyó su enunciado político, que incluía una frase irrevocable: “El desarrollo gradual de las instituciones libres en la India, con vistas al gobierno propio definitivo”.¹²⁹ Pero lord Curzon prestó atención. Era el imperialista arquetípico de la edad de plata, ex virrey, que cierta vez afirmó: “Mientras gobernemos la India somos la potencia más grande del mundo. Si la perdemos, descenderemos a la condición de país de tercera clase”.¹³⁰ Señaló que, para los hombres sentados en torno de esa mesa, la frase “el gobierno propio definitivo” podía significar 500 años, pero para los excitables indios implicaba una sola generación. Confiado en la magia de su estilo en el área de la literatura diplomática, insistió en cambiar el enunciado, convirtiéndolo en “el desarrollo gradual de las instituciones del gobierno propio, con vistas a la realización progresiva de un gobierno responsable en la India, como parte integrante del Imperio Británico”. En realidad, el cambio de frase no modificó la situación: Montagu se refería al gobierno propio y así se entendió el texto en la India.

Ciertamente, durante esos meses de noviembre y diciembre, mientras Lenin se apoderaba de Rusia, Montagu viajaba a la India para consultar a la opinión de ese país. En el informe que escribió más tarde expresó: “Cuando hablamos de la ‘opinión india’, debe entenderse a la mayoría de los que han manifestado o son capaces de manifestar una opinión acerca del asunto que estamos tratando”.¹³¹ En otras palabras, le interesaba únicamente la “nación política”, las personas como Jinnah, Gandhi y la señora Besant, a quienes llamaba “los auténticos gigantes del mundo político indio” y que compartían el modo político de su discurso. Así como Lenin no realizó ningún esfuerzo para consultar a los campesinos rusos, en cuyo nombre estaba poniendo del revés una vasta nación, también Montagu ignoró a los 400 millones de indios comunes, la “nación real”, excepto como sujetos de su experimento filantrópico. Escribió que su acción, al “turbar intencionadamente” lo que él denominaba el “plácido y patético contentamiento de las masas”, implicaría “trabajar por el bien supremo [de la India]”.¹³² Presentó su informe al gabinete el 24 de mayo y el 7 de junio de 1918, cuando la atención de los ministros estaba concentrada en los esfuerzos destinados a contener la irrupción alemana en Francia, casi con exclusión de otras cuestiones. Así fue publicado (1918), sancionado (1919) y aplicado (1921). Al crear legislaturas provinciales, organismos por supuesto elegidos y formados por la “nación política”, Montagu impulsó un carruaje sin control a través de la antigua y autocrática cadena de mandos. En adelante, al parecer no había modo de volver atrás.

Sin embargo, no debe suponerse que ya en 1919 la desintegración progresiva del Imperio Británico era inevitable o incluso previsible. En la historia no hay acontecimientos inevitables.¹³³

¹²⁸ Véase S. F. Waley, Edwin. Montagu, Londres, 1964.

¹²⁹ Barnett, op. cit., pp. 144 y ss.

¹³⁰ Nicholas Mansergh, *The Commonwealth Experience*, Londres, 1969, p. 256.

¹³¹ Report on Indian Constitutional Reforms, Cmnd 9109, 1918, p. 3; citado en Barnett, op. cit., p. 147.

¹³² *Ibid.*, p. 120; citado en Barnett, p. 148.

¹³³ Véase “History and Imagination”, discurso de despedida de Hugh Trevor-Roper, Oxford University, 20 de mayo de 1980, publicado en Hugh Lloyd-Jones et al., eds., *History and Imagination*, Londres, 1981.

En efecto, ése será uno de los temas principales de este volumen. En 1919, a los ojos de la mayoría de la gente, el Imperio Británico parecía ser no sólo el más extenso sino también el más sólido de la tierra. Gran Bretaña era una superpotencia, no importaba cuál fuese el criterio aplicado. Tenía de lejos la marina más importante, que incluía sesenta y un acorazados, más que las marinas norteamericana y francesa juntas, y más del doble que los japoneses e italianos juntos (la marina alemana ahora estaba en el fondo de Scapa-Flow); además de 120 cruceros y 466 destructores.¹³⁴ También poseía la principal fuerza aérea del mundo y, algo sorprendente en vista de su historia, el tercer ejército del mundo.

Por lo menos en teoría, el Imperio Británico había ganado enormemente con la guerra. Tampoco este resultado fue casual. En diciembre de 1916 la destrucción del frágil gobierno de Asquith y la formación de la coalición de Lloyd George determinaron la incorporación de los “imperialistas de Balliol”: lord Curzon y, sobre todo, lord Milner, y los miembros del “jardín de infantes” que él había formado en

África del Sur. El Gabinete Imperial de Guerra pronto organizó un grupo dirigido por Curzon, con Leo Amery (del “jardín de infantes”) como secretario. Se trató del comité de las “desiderata territoriales”, cuya función era planear la división de los despojos destinados no sólo a Gran Bretaña sino a otras unidades del Imperio. En el momento mismo en que Montagu proponía desembarazarse de la India, este grupo demostró mucha energía y alcanzó la mayoría de sus metas. El general Smuts, de África del Sur, reclamó el África del Sudoeste para su país; William Massey, de Nueva Zelanda, obtuvo un enorme fragmento del Pacífico para los dominios de las Antípodas. Gran Bretaña recibió una serie de recompensas importantes, incluso Tanganika, Palestina y, lo que es más importante, Jordania e Irak (incluidos los yacimientos petrolíferos de Kirkuk-Mosul), que la convirtieron en el poder supremo del Medio Oriente árabe. Es cierto que, por insistencia de Wilson, estas anexiones no eran colonias, sino mandatos de la Liga de las Naciones. Pero por el momento parecía que en la práctica había escasa diferencia entre las dos cosas.

Se creyó que los despojos obtenidos por Gran Bretaña, que llevaron al imperio a su máxima extensión —más de un cuarto de la superficie de la tierra— también consolidaban al país desde el punto de vista económico y estratégico. Smuts, el más imaginativo de los imperialistas de la edad de plata, representó un papel fundamental en la creación de la moderna Comunidad Británica de Naciones y en la de la Liga. Concibió a la segunda, lo mismo que a la Comunidad Británica, no como motor de la autodeterminación, sino como el medio que permitiría a la raza blanca continuar su misión civilizadora en todo el mundo. A su juicio, la adquisición de África del Sudoeste y Tanganika no era arbitraria, sino los pasos de un proceso que debía completarse mediante la compra o absorción del Mozambique portugués, con lo que, a su tiempo, se obtendría lo que él llamaba el dominio británico en África. Este enorme conglomerado territorial, desde Windhoek hasta Nairobi, gratamente redondeado con propósitos estratégicos, abarcaría toda la riqueza mineral de África fuera del Congo y unas tres cuartas partes de sus mejores tierras agrícolas, incluyendo todas las regiones apropiadas para el asentamiento de los blancos. Esta creación de un gran dominio a lo largo de la costa oriental de África era en sí misma parte de un plan geopolítico más amplio, del cual la creación de un predominio británico en Medio Oriente era la clave, destinada a convertir todo el Océano Indico en un “lago británico”. Su collar de bases navales y aéreas, que se apoyarían mutuamente desde Suez hasta Perth, desde Simonstown hasta Singapur, desde Mombasa hasta Adén, Bahrein, Trincomalee y Rangun, con acceso seguro a los ilimitados suministros de petróleo del Golfo Pérsico y el inagotable potencial humano de la India, finalmente resolvería los problemas de seguridad que habían agobiado las mentes de Chatham y su hijo, de Castlereagh y Canning, de Palmerston y Salisbury. Era el gran premio permanente que la guerra había otorgado a Gran Bretaña y a su imperio. Todo parecía enormemente meritorio sobre el mapa.

No obstante, ¿perduraba en Gran Bretaña la voluntad de mantener el funcionamiento de esta complicada estructura, con la eficiencia, la índole implacable y sobre todo la convicción necesaria para afirmar su unidad? ¿Quiénes representaban mejor a la época, Smuts y Milner, o Montagu? Se

134 S. W. Roskill, *Naval Policy Between the Wars*, 2 vols., Londres, 1968, I, p. 70.

ha observado con acierto: “Tan pronto el Imperio Británico cobró carácter mundial, el sol nunca se puso sobre sus problemas”.¹³⁵ Cuando llegaran las dificultades, no en la forma de avanzadas individuales sino como batallones, ¿serían afrontadas con fortaleza? Si 1919 señaló el momento en que la nueva guerra de los treinta años en Europa pasó del conflicto entre las grandes potencias a la violencia regional, más hacia el este presenció el comienzo de lo que algunos historiadores denominan ahora “la crisis general de Asia”, un período de conmoción fundamental del tipo que Europa había presenciado durante la primera mitad del siglo XIVII.

En febrero de 1919, mientras los estadistas hincaban el diente en el sustancioso tema de la fijación de fronteras en París, la política de Montagu de “turbar intencionadamente” el “patético contentamiento” de las masas indias, comenzó a producir sus dudosos frutos, cuando la primera campaña del *satyagraha* (resistencia pasiva) del Mahatma Gandhi originó algunas perturbaciones muy activas. El 10 de marzo hubo un alzamiento antibritánico en Egipto. El 9 de abril estalló el primer disturbio serio en el Punjab. El 3 de mayo comenzó la guerra entre la India británica y los insurgentes de Afganistán. Al día siguiente, los estudiantes de Pekín realizaron manifestaciones contra Japón y sus aliados occidentales, que acababan de cederle el Shantung chino. En el mismo mes, Kemal Atatürk en Anatolia y Reza Pahlevi en Persia mostraron la intensidad del sentimiento contrario a Occidente en una enorme región de Medio Oriente. En julio hubo un alzamiento antibritánico en Irak. Estos acontecimientos no estaban vinculados de manera directa, pero todos atestiguaban la difusión del nacionalismo, todos afectaban los intereses británicos y todos pusieron a prueba el poder y la voluntad de Gran Bretaña para protegerlos. Como el país se desarmaba con la mayor rapidez posible, sir Henry Wilson, jefe del Estado Mayor General Imperial, se quejó en su diario: “[...] no hay un solo teatro donde tengamos fuerza suficiente, ni en Irlanda, ni en Inglaterra, ni en el Rin, ni en Constantinopla, Batum, Egipto, Palestina, Mesopotamia, Persia o la India”.¹³⁶

La India: ahí estaba el centro de la cuestión. En 1919 había solo 77.000 soldados británicos en el subcontinente, y Lloyd George pensaba que incluso ese número era “tremendo”; necesitaba más hombres en Gran Bretaña para mantener el orden en las minas de carbón.¹³⁷ En la India, siempre se había enseñado a los oficiales a pensar deprisa y a actuar con rapidez con las minúsculas fuerzas disponibles. La vacilación en presencia de una turba llevaba a la masacre masiva. Siempre se los apoyaba, aunque cometieran errores.¹³⁸ Como era previsible que sucediera, las reformas de Montagu y la campaña de Gandhi tendieron a incitar a todos, y no sólo a la “nación política” a reclamar sus derechos. Había mucha gente india y muy pocos derechos. Los fundamentalistas musulmanes, hindúes y sikhs se incorporaron a la agitación. Uno de los resultados fue un episodio sobrevenido en Amritsar, entre el 9 y el 10 de abril de 1919. En Amritsar, perteneciente al Punjab, había un centenar de policías desarmados y setenta y cinco reservas armadas. Eso hubiera debido ser suficiente para mantener el orden. Pero la dirección de la policía se mostró pusilánime; parte de la fuerza no fue utilizada en absoluto: un signo de los tiempos. En consecuencia, la turba se descontroló. Fueron atacados dos bancos; sus gerentes y un ayudante fueron muertos a golpes, un electricista y un guardia ferroviario británicos resultaron asesinados, y una maestra misionera fue dejada por muerta. Se ordenó la intervención del general Dyer, comandante de la brigada militar más próxima, y tres días después se abrió fuego sobre una turba en un espacio cerrado llamado Jalianwala Bagh. El mismo día, un poco antes, había ordenado que se recorriese la ciudad al toque de tambor para advertir a las turbas que se dispararía sobre ellas. El mismo mes se impartieron en la provincia treinta y seis órdenes de abrir fuego. En el caso de Dyer, las descargas duraron diez minutos porque la orden de suspender el fuego no pudo oírse a causa del ruido, lo que no era tan desusado, ni entonces ni ahora. El 20 de septiembre de 1981, también en Amritsar, la policía del gobierno indio abrió fuego durante veinte minutos sobre una banda de sikhs que esgrimían

135 John Gallagher, “Nationalism and the Crisis of Empire 1919-1922”, en Christopher Baker et al., eds., *Power Profit and Politics: essays on imperialism, nationalism and change in twentieth-century India*, Cambridge, 1981.

136 C. E. Callwell, *FM Sir Henry Wilson*, 2 vols., Londres, 1927, II, pp. 240-241.

137 Jones, *Whitehall Diary*, I, p. 101.

138 Philip Woodruff, *The Men Who Ruled India*, 2 vols., Londres, 1954, I, p. 370.

espadas.¹³⁹ El error cometido por Dyer, que estaba acostumbrado a la guerra de fronteras, fue permitir que sus cincuenta hombres cargasen los rifles, así como entregarles cargadores de repuesto. En consecuencia, se dispararon 1.650 balas y 379 personas fueron asesinadas. Dyer agravó su error al ordenar la flagelación de seis hombres y decretando que todos los nativos que pasaran por el lugar donde habían atacado a la misionera se arrastraran por el suelo.¹⁴⁰

Algunos personajes elogiaron a Dyer; los sikhs, para quienes Amritsar es el santuario nacional y que temían que pudiera ser saqueado por la multitud, lo nombraron sikh honorario. Las autoridades indobritánicas lo devolvieron a sus obligaciones en la frontera (la tercera guerra afgana estalló al mes siguiente) y en privado juraron que nunca le permitirían acercarse nuevamente a una multitud. Este era el modo tradicional de resolver un caso semejante. Los nacionalistas indios protestaron con vigor y Montagu ordenó una investigación, bajo la dirección de un juez inglés, lord Hunter. Ése fue el primer error. Cuando Dyer fue interrogado por los investigadores de Labore, se vio silenciado por las constantes exclamaciones hostiles de los indostanos; el juez no reprimió estas manifestaciones ni las entendió y, por su parte, Dyer dijo algunas estupideces. Hunter censuró la conducta del militar; en consecuencia, Dyer fue expulsado del ejército. Éste fue el segundo error. Enfureció a la comunidad británica y al ejército, que consideró que no se había ofrecido a Dyer un juicio justo con representación legal. El resultado tampoco apaciguó a los nacionalistas, porque el castigo era demasiado leve para un acto al que consideraban una masacre. El derechista *Morning Post* organizó una suscripción pública que recaudó 26.000 libras esterlinas para beneficio de Dyer. Los nacionalistas respondieron con su propia suscripción que permitió comprar el Bagh y convertirlo en un santuario público que reflejaba el odio de razas.

Sir Edward Carson, el líder de los reaccionarios del Ulster, organizó una moción de censura a Montagu y éste defendió el castigo aplicado a Dyer en un discurso histérico: “¿Se proponen retener la India apelando al terrorismo, la humillación racial, la subordinación y el miedo, o piensan apoyar el dominio sobre la buena voluntad, la buena voluntad cada vez más firme del pueblo del Imperio Indio?”. El secretario de Lloyd George le informó que, soportando estridentes interrupciones, Montagu “adoptó una postura más racista e idish en el tono agudo y los gestos”, y que muchos torys “ansiaban agredirlo físicamente, tan enfurecidos estaban”. Winston Churchill salvó al gobierno de una derrota segura con un discurso brillante, del que después se arrepintió amargamente. Afirmó que el empleo de la fuerza por Dyer era “un episodio que a mi juicio no tiene precedentes ni casos análogos en la historia moderna del Imperio Británico [...] un hecho monstruoso”. “El miedo”, dijo, utilizando una palabra corriente en la época que aludía a las atrocidades alemanas, “no es un remedio conocido por la farmacopea británica [...] Tenemos que aclarar, de un modo o de otro, que éste no es el modo británico de hacer las cosas”. Utilizó hábilmente la frase de Macaulay, “el más terrible de todos los espectáculos es la fuerza de la civilización sin su compasión”.¹⁴¹ Pero si todo eso era cierto, ¿por qué no se obligaba a Dyer a afrontar un juicio que podía terminar en la pena capital? Esto era lo que pensaba la “nación política” india. El episodio, que hubiera podido olvidarse prontamente, se convirtió así, gracias a la publicidad que le dio el gobierno británico, en una gran divisoria de aguas en las relaciones angloindias.

Jawaharlal Nehru, un ex alumno de Harvard que entonces tenía treinta años y que agitaba entre los campesinos a favor de Gandhi, viajaba en el compartimiento con cama contiguo al que ocupaba Dyer, que se dirigía a declarar en la investigación de Hunter. Oyó decir a Dyer, mientras hablaba con otros oficiales británicos, que había sentido el deseo de reducir Amritsar “a un montón de cenizas”, pero “se había compadecido”. Por la mañana Dyer “descendió en la estación de Delhi vestido con un pijama rayado de color rosa vivo y una bata”. Lo que nunca pudo olvidar, escribió

139 Guardian, Londres, 21 de septiembre de 1981.

140 Percival Griffiths, *To Guard My People: the History of the Indian Police*, Londres, 1971, pp. 243 y ss; la entrada de Dyer en el *Dictionary of National Biography*; Walfred Draper, *Amritsar: the Massacre that Ended the Raj*, Londres, 1981, y la reseña de ésta en *Booknews*, septiembre de 1981, por el brigadier sir John Smyth, que también comandaba las fuerzas de seguridad en el Punjab en abril de 1919.

141 Gilbert, op. cit., IV, cap. 23, pp. 401-411.

Nehru, fue la respuesta de los británicos: “Esta aprobación con absoluta sangre fría del hecho me impresionó profundamente. Parecía por completo inmoral e indecente; para usar el lenguaje de la escuela pública, era el colmo de la impropiedad. Comprendí entonces [...] cuán brutal e inmoral era el imperialismo y cómo había envenenado el alma de las clases superiores británicas”.¹⁴² Con respecto a la investigación y el debate en los Comunes, los liberales británicos podían haber ahorrado saliva. En definitiva, sólo consiguieron convertir a Dyer y a Amritsar en indelebles símbolos de odio, a cuyo alrededor tenían la posibilidad de agruparse los nacionalistas.

El episodio fue una división de las aguas también en la esfera de la seguridad interna. “En lo que siguió”, ha dicho un historiador de la India británica, “la meta principal del gobierno no fue mantener el orden”.¹⁴³ Los funcionarios de seguridad, tanto británicos como indios, ahora vacilaban cuando había que reaccionar prontamente frente a las asambleas turbulentas. En 1921, cuando los moplabs musulmanes protagonizaron disturbios contra los hindúes en el área de Madrás, el gobierno provincial, que recordaba el episodio de Amritsar, tardó en aplicar la ley marcial. Como consecuencia de esta actitud, más de 500 personas fueron asesinadas y se necesitó un año y un enorme caudal de tropas para restablecer el orden; en ese punto se había arrestado a 80.000 personas, alojadas en calabozos especiales; 6.000 fueron sentenciadas a deportación, 400 a prisión perpetua y 175 ejecutadas. Los ataques a las fuerzas de seguridad llegaron a ser frecuentes y audaces. El 4 de febrero de 1922, en las Provincias Unidas, una multitud rodeó la estación de policía y los que estaban adentro no se atrevieron a abrir fuego, de modo que las veintidós personas que estaban adentro fueron destrozadas o quemadas vivas. A partir de ese momento, la violencia en gran escala, de carácter racial, sectaria y antigubernamental, se convirtió en una característica permanente de la vida india.¹⁴⁴ También allí, en la colonia más extensa y dócil de la historia de la humanidad, se había resquebrajado el molde del siglo XIX.

Tanto las perturbaciones en Europa y el mundo que siguieron al choque sísmico de la Gran Guerra como su paz insatisfactoria eran, en cierto sentido, previsibles. El antiguo orden se había desplomado. Resultaba evidente que no podía restablecérselo totalmente, quizá ni siquiera de manera parcial. Con el tiempo, un nuevo orden ocuparía su lugar. Pero, ¿se trataría de un “orden” en el sentido en que el mundo anterior a 1914 había entendido el término? Como hemos visto, se manifestaban inquietantes corrientes de pensamiento que sugerían la idea de un mundo a la deriva, que había cortado las amarras que lo ataban al derecho y la moral tradicionales. Se observaba también una vacilación diferente en la autoridad establecida y legítima cuando se trataba de restablecer el control sobre el conjunto total a través de los medios acostumbrados o apelando a cualquier otro medio. Todo esto era una invitación, involuntaria y muda, pero de todos modos implícita, a los que desearan asumir el control. Del gran terceto de imaginativos estudiosos alemanes que propuso explicaciones de la conducta humana durante el siglo XIX y cuyo cuerpo de pensamiento fue heredado por el mundo que siguió a 1918, hasta ahora hemos mencionado sólo a dos. Marx describió un mundo en el que la dinámica fundamental era el interés económico. A los ojos de Freud, el impulso principal tenía carácter sexual. Ambos entendían que la religión, el antiguo impulso que movía a las masas y a los hombres, era una fantasía y siempre lo había sido. Federico Nietzsche, el tercero de este grupo, era ateo. Pero veía a Dios no como una invención sino como una casualidad, y su destronamiento era en cierto sentido un acontecimiento histórico que acarrearía consecuencias dramáticas. En 1886 escribió: “El acontecimiento más grande de los tiempos recientes —que ‘Dios ha muerto’, que la creencia en el Dios cristiano ya no es defendible— comienza a proyectar sus primeras sombras sobre Europa”.¹⁴⁵ En las razas avanzadas, la decadencia y, en definitiva, el derrumbe del impulso religioso dejarían un enorme vacío. La historia de los tiempos modernos es, en gran parte, la historia del modo en que se colmó ese vacío.

¹⁴² Jawaharlal Nehru, *Autobiography*, edición india de 1962, pp. 43-44; Nehru, *India and the World*, Londres, 1936, p. 147.

¹⁴³ Woodruff, *op. cit.*, II, p. 243.

¹⁴⁴ Griffith, *op. cit.*, pp. 247 y ss.

¹⁴⁵ Citado por J. P. Stern, Nietzsche, Londres, 1978, p. 93. El fragmento corresponde a la quinta parte de *The Joyous Science*, traducido como *The Gay Science*, Nueva York, 1974.

Nietzsche percibió acertadamente que el candidato más probable sería lo que él denominaba la “voluntad de poder”, que ofrecía una explicación más integral y más plausible de la conducta humana que las concepciones de Marx y Freud. En lugar de la creencia religiosa, aparecía la ideología secular. Los que habían engrosado en otras épocas las filas del clero totalitario, ahora se convertirían en políticos totalitarios. Y sobre todo, la “voluntad de poder” originaría un nuevo tipo de mesías, que no soportaría las inhibiciones originadas en las sanciones religiosas, y que tendría un apetito ingobernable por controlar a la humanidad. El fin del antiguo orden, en un mundo sin guía y a la deriva en un universo relativista, era una convocatoria que proponía la aparición de estos estadistas pistoleros. No tardaron en aparecer.

2 LAS PRIMERAS UTOPIÁS DESPÓTICAS

Lenin salió de Zurich para regresar a Rusia el 8 de abril de 1917. Algunos de sus camaradas en el exilio lo acompañaron a la estación, discutiendo con él. Debía regresar viajando a través de Alemania por invitación del general Ludendorff, que le garantizó el derecho de paso con la condición de que en el camino no conversara con los sindicalistas alemanes. La guerra engendra revoluciones. Y provocar revoluciones es una forma muy antigua de guerra. Los alemanes denominaban a esto la *revolutionierungspolitik*).¹ Si los aliados podían incitar a los polacos, los checos, los croatas, los árabes y los judíos a que se levantaran contra las potencias centrales y sus asociados, los alemanes a su vez podían incitar a los irlandeses y a los rusos, y así lo hicieron. Si los alemanes utilizaban a Lenin, según dijo Churchill más adelante, “como un bacilo de la tifoidea”, en todo caso no le asignaban especial importancia y lo reunieron con un grupo de treinta exiliados y descontentos. Los camaradas que discutían pensaban que Lenin se comprometía al aceptar la ayuda alemana e intentaron disuadirlo de la idea del viaje. Él los apartó sin dignarse hablar y trepó al tren. Era un hombrecito áspero, de cuarenta y seis años, casi calvo, pero (de acuerdo con el hijo de su dueña de casa en Zurich) con un cuello “como el de un toro”. Cuando entró en el vagón, inmediatamente vio a un camarada que le pareció sospechoso: “Vimos de pronto que Lenin lo aferraba por el cuello de la chaqueta y... lo arrojaba a la plataforma”.²

En Estocolmo, el camarada Karl Radek le compró un par de zapatos, pero Lenin rechazó otras prendas y observó agriamente: “No viajo a Rusia para abrir una sastrería”. Cuando llegó a Beloostrov, en suelo ruso, en las primeras horas del 16 de abril, fue recibido por su hermana María y por Kamenev y Stalin, que habían estado a cargo del periódico bolchevique *Pravda*. Se desentendió totalmente de su hermana y de Stalin, a quien no conocía, y no saludó a su antiguo camarada Kamenev, a quien no veía desde hacía cinco años. En cambio, le gritó: “¿Qué estuvieron escribiendo ustedes en *Pravda*? Vimos algunos de los artículos y los criticamos de punta a punta”. Más avanzada la noche, llegó a la estación de Finlandia, en Petrogrado. Le ofrecieron un ramo de rosas y lo llevaron a la sala de espera del zar. Allí inició el primero de una serie de discursos, uno de ellos pronunciado, con las rosas todavía en la mano, desde el techo de un carro blindado. El último se prolongó dos horas, y “agitó y aterrorizó a su público”. Rompía el alba cuando concluyó. Fue a acostarse, contó su esposa Krupskaya, casi sin decir una palabra.³

La sombría falta de humanidad que mostró Lenin cuando regresó a Rusia para realizar su tarea revolucionaria era característica de este hombre unilateral. Vladimir Ilich Ulyanov nació en 1870 en Simbirsk, a orillas del Volga, y era hijo de un inspector de escuelas primarias. Cuando Lenin tenía dieciséis años, ahorcaron a su hermano mayor Alexander por conspirar contra la vida del zar con una bomba que él mismo había preparado. La reacción que se le atribuye frente a la muerte de su hermano: “Jamás llegaremos a nuestra meta por ese camino”, probablemente es apócrifa, pues en realidad Lenin no se convirtió en marxista (una postura que implicaba desautorizar al terrorismo) hasta más tarde, después de ser expulsado de la Universidad de Kazán por sus “actividades revolucionarias”. Su hermana Anna afirmó que la ejecución de su hermano lo “endureció”.⁴ Ciertamente, ahora y hasta el fin de su vida la política lo obsesionó y su enfoque fue siempre más cerebral que emotivo. Los contemporáneos aluden a su “falta de sociabilidad”, su “reserva excesiva” y sus “modales distantes”. Cuando tenía veintidós años, disuadió a varios amigos de la

1 Para una discusión sobre *Revolutionierungspolitik*, véase G. Katkof, *The February Revolution*, Londres, 1967.

2 Existen varios informes de testigos del regreso de Lenin a Rusia. Véase Edmund Wilson, *To the Finland Station*, Londres, ed., 1966, pp. 468 y ss.

3 Carr, op. cit., I, pp. 77 (y n 2) y 78; Wilson, op. cit., pp. 477-478.

4 David Shub, *Lenin: A Biography*, Londres, 1966, pp. 13-16.

idea de recolectar dinero para las víctimas del hambre, con el argumento de que “el hambre cumple una función progresista” y lograría que “los campesinos reflexionen acerca de los hechos fundamentales de la sociedad capitalista”.⁵ Un año o dos después había conseguido una maleta de doble fondo para importar libros sediciosos, y el descubrimiento de este objeto determinó que se le aplicase una sentencia de tres años en el destierro siberiano. Los pocos días que precedieron al comienzo de su exilio los pasó en la Biblioteca de Moscú, anotando hechos y estadísticas que le permitieran demostrar sus teorías. En Siberia contrajo matrimonio con Krupskaya, otra subversiva.

Los hombres que realizan las revoluciones políticas parecen dividirse en dos grupos principales, el clerical y el romántico. Lenin (adoptó este seudónimo literario en 1901) pertenecía a la primera categoría. Sus padres eran cristianos. La religión era importante para él, en el sentido de que la odiaba. A diferencia de Marx, que la despreciaba y la trataba como un fenómeno marginal, Lenin entendía que era un enemigo poderoso y ubicuo. Aclaró en muchos escritos (su carta a Gorki, el 13 de enero de 1913, es un ejemplo notable) que experimentaba un intenso desagrado personal por todo lo que fuese religioso. “No puede haber nada más abominable”, escribió, “que la religión”.⁶ Desde el principio, el estado creado por él organizó y mantiene hasta hoy una enorme máquina de propaganda académica dirigida contra la religión. No era sólo anticlerical como Stalin, que experimentaba antipatía hacia los sacerdotes porque eran individuos corruptos. Por el contrario, Lenin no manifestaba verdaderos sentimientos con respecto a los clérigos corruptos, porque a éstos resultaba fácil derrotarlos. Los hombres a quienes temía y odiaba realmente, y a los que después persiguió, eran los santos. Cuanto más pura la religión, más peligrosa era. Afirmaba que un clérigo abnegado tiene una influencia mucho mayor que uno egoísta e inmoral. Era necesario reprimir, no a los clérigos comprometidos con la defensa de la explotación, sino sobre todo a los que expresaban su solidaridad con el proletariado y los campesinos. Era como si identificara en el verdadero hombre de Dios un celo y un espíritu idénticos a los que lo animaban, y deseara expropiar y utilizar esas cualidades en beneficio de su propia causa.⁷ No hay hombre que personifique mejor que Lenin la sustitución del impulso religioso por la voluntad de poder. En una etapa anterior, sin duda habría sido un líder religioso. Con su apasionada inclinación a la fuerza podría haber actuado en las legiones de Mahoma. Incluso quizás estaba más cerca de Juan Calvino, con su confianza en la estructura de la organización, su capacidad para crearla y después dominarla totalmente, su puritanismo, su apasionada convicción de la propia virtud y, sobre todo, su intolerancia.

Krupskaya atestigua su ascetismo y nos dice que renunció a todas las cosas que le interesaban — el patinaje, la lectura del latín, el ajedrez, incluso la música— para concentrarse exclusivamente en el trabajo político.⁸ Un camarada comentó: “Entre nosotros, es el único que vive la revolución las veinticuatro horas del día”. Lenin le dijo a Gorki que se negaba a escuchar música con frecuencia porque “la música nos induce a decir cosas estúpidas y agradables, y a acariciar la cabeza de la gente que puede crear tanta belleza al mismo tiempo que vive en este perverso infierno. Pero uno no debe acariciar la cabeza de nadie, porque puede terminar con la mano mordida”.⁹ Tenemos que suponer que lo que impulsó a Lenin a hacer lo que hizo fue un ardiente humanitarismo, afin al amor de los santos por Dios, pues no padecía ninguno de los defectos usuales de los ambiciosos políticos: no tenía vanidad, ni conciencia de su importancia, ni complacencia evidente en el ejercicio de la autoridad. Pero su humanitarismo era una pasión muy abstracta. Abarcaba a la humanidad en general; pero, según parece, sentía escaso amor, o siquiera interés, por la humanidad en particular. Veía a las personas con quienes trataba, sus camaradas, no como individuos sino como receptáculos de sus ideas. Los juzgaba sobre esa base y no sobre cualquier otra. Por lo tanto, no aplicaba una jerarquía basada en los sentimientos de amistad; de hecho, carecía de amistades y sólo tenía

⁵ *Ibíd.*, p. 39.

⁶ J. M. Bochenski, “Marxism-Leninism and Religion” en B. R. Bociurkiw et al., eds., *Religion and Atheism in the USSR and Eastern Europe*, Londres, 1975.

⁷ V. I. Lenin, “Socialism and Religion”, *Collected Works*, XII, p. 142; todos los textos pertinentes están en V. Lenin *ob ateisme i tserkvi* (V. I. Lenin sobre el ateísmo y la Iglesia), Moscú, 1969

⁸ Krupskaya, *Memories of Lenin*, tr. Londres, 1930, p. 35.

⁹ Maximo Gorki, *Days with Lenin*, tr. Londres, 1932, p. 52.

alianzas ideológicas. Juzgaba a los hombres no por sus cualidades morales, sino por sus opiniones, o más bien por el grado en que ellos aceptaban las suyas. No guardaba rencor. Un hombre como Trotsky, con quien polemizó agriamente durante los años que precedieron a la Gran Guerra y con quien cambió los más bajos insultos, fue bien recibido, con amable cordialidad, tan pronto aceptó el punto de vista de Lenin. Asimismo, ningún colega, por cercano que fuese, podía afirmar que tenía un lugar especial, por mínimo que fuese, en el corazón de Lenin.

Fue el primer ejemplar de una nueva especie: el organizador profesional de la política totalitaria. A partir de la temprana adolescencia, al parecer, nunca concibió la posibilidad de que cualquier otro tipo de actividad humana valiese la pena. Como un anacoreta, volvió la espalda al mundo común. Rechazó con desdén la sugerencia de su madre de que se consagrara a la agricultura. Durante unas pocas semanas se desempeñó como abogado, y odió la experiencia. Después, jamás tuvo otro tipo de empleo o profesión, pues su periodismo fue puramente una función de su vida política. Y su política era hierática, no demótica. Lenin estaba rodeado de publicaciones oficiales y de trabajos de historia y economía. No hacía esfuerzos para informarse directamente de las opiniones y las condiciones de las masas. La idea de extraer muestras de opinión de un electorado consultando casa por casa le parecía un anatema: “anticientífico”. Nunca visitaba una fábrica o ponía el pie en una granja. No le interesaba el modo de creación de la riqueza. Nunca se lo vio en los barrios obreros de las ciudades en que residía. Pasó la vida entera en el ambiente de los miembros de su propia subclase, la intelectualidad burguesa, a la que veía como un sacerdocio peculiarmente privilegiado, dotado de una gnosis especial y elegido por la historia para representar un papel decisivo. El socialismo, escribió, citando a Karl Kautsky, era el producto de un “conocimiento científico profundo”. “El vehículo de esta [ciencia] no es el proletariado, sino la intelectualidad burguesa: el socialismo contemporáneo nació en las cabezas de miembros individuales de esta clase.”¹⁰

¿Miembros individuales o un miembro individual? En la práctica, fue lo segundo. Durante los veinte años que precedieron a su revolución, Lenin creó su propia facción dentro de los socialdemócratas, es decir los bolcheviques, la separó de los mencheviques, o minoría, y entonces se convirtió en amo absoluto de ella. Este proceso, la voluntad de poder en acción, ha sido bien documentado por sus camaradas de espíritu más crítico. Plejanov, el auténtico creador del marxismo ruso, a través de cuya organización *Iskra* Lenin se destacó por primera vez, lo acusó de “promover un espíritu sectario de exclusivismo”. Estaba “confundiendo la dictadura del proletariado con la dictadura sobre el proletariado” y estaba tratando de crear “un bonapartismo o quizás una monarquía absoluta de antiguo cuño prerrevolucionario”.¹¹ Vera Zasulich manifestó que, poco después que Lenin se incorporó a *Iskra*, ésta dejó de ser una familia de miembros unidos por lazos amistosos para convertirse en una dictadura personal. Escribió que la idea de Lenin acerca del partido era la idea de Luis XIV acerca del estado: *jmoi!* ¹² Ese mismo año, es decir en 1904, Trotsky afirmó que Lenin era un Robespierre y un dictador terrorista que trataba de convertir la dirección del partido en un comité de seguridad pública. Los métodos de Lenin, escribió Trotsky en su folleto *Nuestras tareas políticas*, eran “una mala caricatura de la trágica intransigencia del jacobinismo [...] la organización del partido reemplaza al partido, el comité central reemplaza a la organización y, finalmente, el dictador reemplaza al comité central”.¹³ Seis años después, en 1910, madame Krzhizhanovskaya escribió: “Aquí tenemos a un hombre contra todo el partido. Está arruinándolo”.¹⁴ En 1914, Charles Rappaport, si bien elogió a Lenin como un “organizador incomparable”, agregó: “Pero cree que es el único socialista [...] Declara la guerra a todos los que discrepan con él. En lugar de combatir con métodos socialistas, es decir mediante argumentos, a sus antagonistas en el Partido Socialdemócrata, Lenin utiliza sólo métodos quirúrgicos, los que ‘provocan derramamiento de sangre’. Un partido no puede existir bajo el régimen de este zar socialdemócrata, que se cree un supermarxista, pero que en realidad es nada más que un aventurero

10 Lenin, *Collected Works*, IV, pp. 390-391.

11 G. V. Plejanov, *Collected Works*, XIII, pp. 7, 90-91.

12 *Iskra*, n° 70, 25 de julio de 1904.

13 Isaac Deutscher, *The Prophet Armed: Trotsky 1879-1921*, Londres, 1954, pp. 91-96.

14 Shub, op. cit., p. 137.

de alta jerarquía”. Su veredicto es: “La victoria de Lenin sería la más grave amenaza a la Revolución rusa [...] él la asfixiará”.¹⁵ Dos años después, en vísperas de la Revolución, Viacheslav Menzhinsky afirmó de Lenin que era un ‘jesuita político [...] este hijo ilegítimo del absolutismo ruso [...] el sucesor natural del trono ruso’.¹⁶

La impresionante unanimidad de los análisis críticos sobre Lenin, formulados durante un período de veinte años por hombres y mujeres que mostraban estrecho acuerdo con los objetivos del propio Lenin, atestigua una impresionante consecuencia en el carácter del jefe ruso. No hizo caso de los ataques, los que, al parecer, nunca lo hicieron a detenerse o reconsiderar su posición, ni siquiera durante un segundo. La armadura de su personalidad no mostraba grietas. ¿Autoritario? Por supuesto. “Los partidos dirigen a las clases y, a su vez, son dirigidos por individuos a quienes se denomina jefes [...] Este es el ABC. A veces un dictador realiza la voluntad de una clase.”¹⁷ Lo que importaba era que el individuo ungido, el hombre elegido por la historia para poseer la gnosis del momento designado, comprendiese y fuese capaz de interpretar los textos sagrados. Lenin siempre insistía en que el marxismo era idéntico a la verdad objetiva.¹⁸ “De la filosofía del marxismo”, escribió, “fundida como una pieza de acero, es imposible retirar una sola premisa básica, una sola parte esencial, sin desviarse de la verdad objetiva”. Dijo a Valentinov: “El marxismo ortodoxo no requiere ningún tipo de modificación, ya sea en el campo de la filosofía, en su teoría de la economía política o en su teoría del desarrollo histórico”.¹⁹ Como pensaba así y creía ser el intérprete designado, más o menos del mismo modo en que Calvino interpretaba la escritura en sus *Instituciones*, Lenin se inclinaba a considerar la herejía con una ferocidad aún mayor que la que demostraba hacia el infiel. De ahí la sorprendente virulencia de los agravios que arrojaba constantemente a la cara de sus antagonistas en el partido, atribuyéndoles los más bajos motivos posibles y tratando de destruirlos como seres morales, incluso cuando estaban en juego solamente puntos doctrinarios de carácter secundario. El tipo de lenguaje usado por Lenin, con sus metáforas de la jungla y la granja, y su negativa brutal a realizar el más mínimo esfuerzo de comprensión humana, recuerda el *odium theologicum* que envenenó las disputas cristianas acerca de la Trinidad durante los siglos VI y VII, o de la Eucaristía durante el siglo XVI. Y por supuesto, cuando el odio verbal llegaba al punto culminante, era probable que más tarde o más temprano se vertiese sangre. Como observó tristemente Erasmo al referirse a los luteranos y a los papistas: “La prolongada guerra de las palabras y los escritos acabará en golpes”, como en efecto sucedió durante un siglo entero. Lenin no se sentía en absoluto desalentado por esa perspectiva. Del mismo modo que los teólogos cuando disputaban creían que estaban tratando asuntos que, por triviales que pudieran parecer a los no iniciados, de hecho determinarían si innumerables millones de almas se quemarían o no en el Infierno por toda la eternidad, así Lenin sabía que la gran división de aguas de la civilización estaba cerca, que en esa coyuntura el destino futuro de la humanidad sería decidido por la historia y que él mismo representaría el papel del profeta. La cosa bien merecía un poco de sangre; es más, mucha sangre.

Pero lo extraño del caso es que, pese a toda su proclamada ortodoxia, Lenin estaba muy lejos de ser un marxista ortodoxo. Más aún, en ciertas cuestiones esenciales no fue en absoluto marxista. A menudo utilizó la metodología de Marx y aprovechó la dialéctica para justificar conclusiones a las que ya había llegado por vía intuitiva. Pero dejó completamente de lado la esencia misma de la ideología de Marx, el determinismo histórico de la revolución. En el fondo, Lenin no era un determinista sino un voluntarista. El papel decisivo estaba a cargo de una voluntad humana, la suya. Ciertamente, por tratarse de un hombre que afirmaba un conocimiento “científico” especial del desempeño de las leyes de la historia, parece que en forma invariable se vio sorprendido por el sesgo concreto de los hechos. El estallido en Rusia de la abortada revolución de 1905 lo asombró. El comienzo de la guerra de 1914 fue para él como un rayo en el cielo sereno; lo mismo les sucedió

¹⁵ *Ibid.*, pp. 153-154.

¹⁶ *Ibid.*, p. 180.

¹⁷ *Ibid.*, p. 88.

¹⁸ Lenin, “Materialism and Empiro-Criticism”, *Collected Works*, XIV, p. 326.

¹⁹ Nikolai Valentinov, *My Talks with Lenin*, Nueva York, 1948, p. 325.

a otros, pero éstos no pretendían mantener una comunicación privada con la historia. Lo conmovió todavía más la incapacidad total del movimiento socialista internacional para unirse contra la guerra. La caída del zar lo sorprendió. Se sintió conmovido cuando los alemanes le ofrecieron regresar a Rusia. Predijo que al llegar allí sería arrestado de inmediato y, en cambio, descubrió que lo recibían con rosas. Nuevamente fue sorprendido, también de un modo agradable, por el éxito de su propia revolución. Sin embargo, el alzamiento internacional que él había pronosticado confiadamente no se materializó. Hasta el fin de sus días, como los cristianos primitivos que aguardaban el Segundo Advenimiento, esperó el Apocalipsis en cualquier momento. Lo que convirtió a Lenin en un gran actor en la escena de la historia no fue su comprensión de los procesos históricos, sino la rapidez y la energía con que aprovechó las oportunidades imprevistas que ella ofrecía. En resumen, fue lo que según sus acusaciones eran sus antagonistas: un oportunista.

Fue también un revolucionario de la cabeza a los pies, y de un tipo muy anticuado. Creía que las revoluciones eran resultado no de las fuerzas históricas inexorables (por supuesto, también éstas debían manifestarse), sino de pequeños grupos de hombres muy disciplinados que respondían a la voluntad de un líder decisivo. En este sentido, tenía mucho más en común con la tradición revolucionaria de los jacobinos franceses de 1789 a 1795, incluso con sus manifestaciones más recientes, por ejemplo Georges Sorel, que con los marxistas instintivos, la mayoría de ellos alemanes, que entendían que el triunfo del proletariado era casi un proceso evolutivo de corte darwiniano. Lenin atravesó como un cuchillo ese ambiente cargado: “Amigo mío, gris es la teoría, pero verde es el árbol eterno de la vida”. Dijo también: “La práctica es cien veces más importante que la teoría”.²⁰ Si Marx entero aparece en su libro, escribió Trotsky, “en cambio Lenin entero aparece en la acción revolucionaria. Sus obras científicas representan sólo una preparación para la actividad revolucionaria”.²¹ Lenin era un activista, incluso un hiperactivista, y este rasgo lo convirtió en una figura muy violenta. No era un sindicalista como Sorel. Pero los dos hombres compartían el mismo apetito por las soluciones violentas, como lo reconoció más tarde Sorel cuando definió la violencia revolucionaria como “una doctrina intelectual, la voluntad de mentes poderosas que saben adónde van, la implacable decisión de alcanzar las metas finales del marxismo mediante el sindicalismo. Lenin nos ha suministrado un ejemplo notable de esa violencia psicológica”.²² Estaba obsesionado por la fuerza, casi hasta el extremo de regodearse con su aroma. “Las revoluciones son los días de fiesta de las clases oprimidas.” “Una clase oprimida que no se esfuerza por adquirir el conocimiento de las armas, por ejercitarse en el uso de las armas, por poseerlas, una clase oprimida de este tipo merece sólo que se la oprima, se la maltrate y se la considere esclava.” Sus escritos abundan en metáforas militares: estados de sitio, anillos de hierro, planchas de acero, marchas, campamentos, barricadas, fuertes, ofensivas, unidades móviles, guerra de guerrillas, pelotones de fusilamiento. Están dominados por violentos verbos activistas: llamar, saltar, encender, acicatear, disparar, sacudir, apoderarse, atacar, estallar, rechazar, soldar, obligar, purgar, exterminar.

La verdad es que su propia impaciencia impedía a Lenin ser un marxista ortodoxo. Temía encontrarse en la dificultad prevista por Engels cuando escribió: “Lo peor que puede sucederle al jefe de un partido extremista es verse obligado a asumir el gobierno en una época en que el gobierno aún no está maduro para el dominio de la clase a la que él representa [...] entonces se ve forzado a representar no a su partido o a su clase, sino a la clase para cuyo dominio las condiciones están maduras”.²³ Rusia era un país semiindustrializado, donde la burguesía resultaba débil y el proletariado pequeño, y las condiciones objetivas de la revolución no estaban maduras ni mucho menos. Este dilema llevó a Lenin a la herejía. Si aún no existía la “conciencia proletaria”, ¿no era tarea de los intelectuales marxistas como él acelerar el proceso? En 1902, en el libro *¿Qué hacer?*, usó por primera vez la expresión “luchadores de vanguardia”, para describir el nuevo papel de una

20 Lenin, *Collected Works*, XX, p. 102, XXVI, p. 71.

21 Trotsky, *O Lenine*, Moscú, 1924, p. 148.

22 Jean Variot, *Propos de Georges Sorel*, París, 1935, p. 55.

23 F. Engels, *The Class War in Germany*, p. 135.

pequeña elite revolucionaria. 24

Estableció una distinción completamente nueva entre una revolución promovida por una madura “organización de trabajadores” en los países capitalistas avanzados como Alemania y Gran Bretaña, y una “organización de revolucionarios”, adaptada a las condiciones rusas. La primera era profesional, amplia, pública; en resumen, un partido proletario de masas. La segunda era muy distinta. “Una organización de revolucionarios debe incluir primero y principalmente a las personas cuya ocupación es la actividad revolucionaria [...] Resulta inevitable que esta organización no posea una estructura muy amplia y que sus actividades se realicen en el mayor secreto posible.” Por eso mismo, la organización tenía que desechar el “principio democrático” que exigía la “publicidad amplia” y “la elección para todos los cargos”. Si se trabajaba en el marco de una autocracia como Rusia, eso era imposible: “El único principio serio de organización de los trabajadores en nuestro movimiento debe ser el secreto más riguroso, la selección restringida de miembros y la formación de revolucionarios profesionales. Una vez presentes estas cualidades, se garantiza algo más que la democracia: la total confianza de camaradas entre los revolucionarios”. Pero en el mismo pasaje señala sombríamente que los revolucionarios saben “por experiencia, que para desembarazarse de un miembro indigno, una organización de auténticos revolucionarios no retrocede ante nada”.²⁵ Si en caso de necesidad los camaradas deben asesinarse unos a otros —un aspecto que Dostoievski ya había señalado en *Los Endemoniados*—, ¿no podía afirmarse que esta “confianza entre camaradas” era una fantasía? Más aún, ¿este concepto no se vio desmentido por el destino de la organización tan pronto como Lenin se incorporó a ella y aún más cuando asumió su dirección?²⁶

Rosa Luxemburgo, la más talentosa y también la marxista alemana más ortodoxa, advirtió el carácter herético de la postura de Lenin: un problema tan grave que podía destruir el propósito y el idealismo del marxismo. Lo atribuyó a los defectos de carácter de Lenin, tanto en lo personal como en lo nacional: “El ‘ego’, aplastado y pulverizado por el absolutismo ruso”, escribió Luxemburgo, “reapareció en la forma del ‘ego’ del revolucionario ruso”, que “se pone de cabeza y se autoproclama el poderoso realizador de la historia”. Rosa Luxemburgo señaló que, de hecho, Lenin estaba reclamando poderes absolutos para la dirección del partido, y que esto “acentuaría del modo más peligroso el conservadurismo que es naturalmente un rasgo intrínseco de todos los organismos de este tipo”. Una vez otorgados, nunca sería posible rescatar tales poderes.²⁷ Cuando Lenin insistía en que era necesario llevar desde fuera la “conciencia” al proletariado, que la tarea estaba a cargo de los “elementos de la vanguardia” y que la revolución debía ser promovida, antes de alcanzar el estado de madurez, por los “combatientes de vanguardia”, de hecho estaba contradiciendo toda la base “científica” de la teoría marxista. Rosa Luxemburgo atacó la idea por elitista y antimarxista, y afirmó que ésta conduciría, de manera inevitable, al “ultracentralismo militar”.²⁸

El leninismo no sólo era una herejía; era precisamente la misma herejía que creó el fascismo. Italia era también un país semiindustrializado, donde los marxistas buscaban los métodos que les permitirían acelerar el advenimiento de la revolución. También los marxistas italianos se sintieron atraídos por los conceptos de violencia revolucionaria de Sorel. En 1903, el año siguiente al que vio nacer la expresión leninista de “luchadores de vanguardia”, en su introducción a la traducción italiana de *Saggi di critica del Marxismo* de Sorel, Roberto Michaels exhortó a promover la creación de una elite revolucionaria que promoviese la creación del milenio socialista proletario. Dicha elite, decía Angelo Olivetti, colega de Michaels, era esencial en el caso de un país subindustrializado.²⁹ Estas ideas fueron recogidas por un tercer marxista italiano, Benito Mussolini, que tenía trece años menos que Lenin y por esta época acababa de ingresar en la arena política. Su padre, herrador y pequeño propietario, era un anarcosocialista; su madre era maestra. Ambos

24 Lenin, *Collected Works*, V, pp. 370 y ss.

25 Lenin, *Collected Works*, IV, pp. 447, 466-469.

26 Vera Zasulich en Iskra, 25 de julio de 1904.

27 Rosa Luxemburgo, *Neue Zeit*, XXII, Viena, 1903-1904.

28 Rosa Luxemburgo, *The Russian Revolution and Leninism and Marxism*, tr. Ann Arbor, 1961, pp. 82-95.

29 A. James Gregor, *Italian Fascism and Development Dictatorship*, Princeton, 1979. El artículo de Olivetti fue publicado en *Pagine libere* 1, julio de 1909.

suministraron al hijo una amplia gama de filosofía política que incluía a Nietzsche; Mussolini conocía bien el tema de “la voluntad de poder” y había leído mucho más que Lenin. Pero su formación política era esencialmente marxista. Afirmó que Marx era “el padre y el maestro”; era el “grandioso filósofo de la violencia de la clase trabajadora”.³⁰ Pero, como Lenin, preconizaba la formación de “minorías de vanguardia” que pudiesen “comprometer el sentimiento, la fe y la voluntad de las masas indecisas”. Estas vanguardias debían formarse con elites entrenadas especialmente e integradas por personas consagradas a su misión. Dicha dirección revolucionaria se ocuparía de la psicología de las clases y de las técnicas de movilización de masas; mediante el empleo del mito y la invocación simbólica, elevarían la conciencia del proletariado.³¹ También en esto, como Lenin, él creía que la violencia sería necesaria: “En lugar de engañar al proletariado, hablándole de la posibilidad de eliminar todas las causas del derramamiento de sangre, deseamos prepararlo y acostumbrarlo a la guerra para el día que sobrevenga el ‘más grande de todos los baños de sangre’, cuando las dos clases hostiles choquen en el encuentro definitivo”.³² También aquí se observa la repetición constante de los verbos activistas, de la imagería militarista.

Durante los años que precedieron a 1914, desde su impotente exilio en Suiza, Lenin observó con aprobación y cierta envidia los progresos de Mussolini. Éste convirtió la provincia de Forlì en una isla socialista —la primera de muchas en Italia— apoyando a los jornaleros *braccianti* contra los terratenientes.³³ Se convirtió en uno de los periodistas de tendencia socialista más eficaces y leídos de Europa. En 1912, cuando tenía veintinueve años, y mostraba todavía un aspecto juvenil, con el cuerpo delgado y el rostro severo, de ojos grandes, oscuros y luminosos, conmovió al Partido Socialista Italiano en el Congreso de Reggio Emilia, al insistir en que el socialismo debía ser marxista, integral, internacionalista e inflexible. Al informar acerca del congreso en *Pravda* (15 de julio de 1912), Lenin se regocijó: “El partido del proletariado socialista italiano ha comenzado a recorrer el verdadero camino”. Estuvo de acuerdo cuando Mussolini impidió que los socialistas participaran en el gobierno “reformista burgués” de Giolitti, y así preparó la aparición del Partido Comunista Italiano.³⁴ Apoyó enérgicamente la profecía que formuló Mussolini en vísperas de la guerra: “Al desencadenar un gigantesco choque entre los pueblos, la burguesía está jugando su última carta y promueve la aparición sobre la escena mundial de lo que Carlos Marx denominó el sexto gran poder: la revolución socialista”.³⁵

En su condición de herejes marxistas y activistas revolucionarios violentos, Lenin y Mussolini tenían en común seis características principales. Ambos se oponían totalmente a los parlamentos burgueses y a todo lo que significara “reformismo”. Para ambos el partido era un organismo muy centralizado, rigurosamente jerárquico y ferozmente disciplinado, destinado a promover los objetivos socialistas. Ambos deseaban un liderazgo de revolucionarios profesionales. Ninguno de los dos tenía confianza en la capacidad del proletariado para organizarse por sí mismo. Ambos creían que la conciencia revolucionaria podía ser insuflada desde afuera en las masas, por la acción de una elite revolucionaria autodesignada. Por último, los dos creían que, en la lucha inminente entre las clases, la violencia organizada sería el árbitro definitivo.³⁶

La Gran Guerra asistió a la bifurcación del leninismo y el protofascismo de Mussolini. Se trataba de una cuestión no sólo de intelecto y situación sino de carácter. Mussolini poseía la humanidad, e incluso la vanidad y el anhelo de ser amado, un aspecto que sin duda faltaba en Lenin. Se mostraba excepcionalmente sensible y alerta frente a la opinión de las masas. Cuando llegó la guerra y comenzaron a marchar los ejércitos, olió el nacionalismo en el aire y lo absorbió a grandes bocanadas. Era embriagador, y Mussolini avanzó decidido en esa nueva dirección. Pero Lenin se

30 Benito Mussolini, *Opera Omnia*, 36 vols., Florencia, 1951-1963, II, pp. 32 y 126.

31 *Ibíd.*, I, pp. 92, 103, 185-189.

32 *Ibíd.*, V, p. 69.

33 Ernst Nolte, *Three Faces of Fascism*, tr. London, 1965, p. 155; véase también el ensayo de Nolte “Marx und Nietzsche im Sozialismus des jungen Mussolini”, *Historische Zeitschrift*, CXCI, p. 2.

34 Nolte, *Three Faces of Fascism*, p. 154.

35 Mussolini, *Opera Omnia*, V, p. 346.

36 A. James Gregor, *Young Mussolini and the Intellectual Origins of Fascism*, Berkeley, 1979; Denis Mack Smith, *Mussolini*, Londres, 1982, pp. 10-12, 17, 23.

mostraba impermeable a esas fragancias. Su aislamiento de la gente y la indiferencia que mostraba frente a ella le conferían una sólida integridad y consistencia. En cierto modo, esto era una debilidad, pues nunca supo lo que la gente haría realmente; por eso los hechos lo sorprendieron a cada momento, antes de alcanzar el poder y después. Pero también era su fuerza. La confianza absoluta en sí mismo y su voluntad de dominio ni por un momento se vieron debilitadas por cálculos tácticos acerca del modo en que probablemente reaccionaría la gente. Más aún, perseguía el poder en un país en el que, por tradición, las personas no importaban; no eran más que el suelo que pisaba el gobernante.

De modo que, cuando Lenin retornó a Petrogrado, el posible sentimiento bélico que allí existía no lo afectó en absoluto. Había dicho siempre que la guerra era una aventura burguesa. La derrota del zar era “el mal menor”. Había que debilitar al ejército mediante la propaganda, así como había que alentar a los hombres a “volver sus armas contra los oficiales” y aprovechar todos los desastres para “apresurar la destrucción [...] de la clase capitalista”. Debía librarse “una lucha implacable contra el chauvinismo y el patriotismo de la burguesía de todos los países sin excepción”.³⁷ Lenin se sentía desalentado ante la incapacidad de los socialistas para aplastar la guerra y, a medida que la contienda se prolongaba, perdió la esperanza de un próximo advenimiento del milenio. En enero de 1917 dudó de la posibilidad de que “yo viva para ver las batallas decisivas de la próxima revolución”.³⁸ De modo que, cuando seis semanas más tarde el zar fue derrocado, Lenin, como de costumbre, se vio sorprendido. Comprobó complacido que el nuevo régimen parlamentario optaba por continuar la guerra, al mismo tiempo que liberaba a los presos políticos y, de ese modo, permitía la subversión interna. Los bolcheviques derrocarían al nuevo gobierno y se adueñarían del poder oponiéndose a la guerra. *Pravda* reanudó su publicación el 5 de marzo. Kamenev y Stalin regresaron rápidamente de Siberia para hacerse cargo del periódico ocho días después. Entonces, para consternación de Lenin, los dos idiotas prontamente cambiaron la línea del periódico y declararon su apoyo a la guerra. Tal fue la razón por la que, apenas Lenin vio a Kamenev el 3 de abril, comenzó a censurarlo. La línea de *Pravda* muy pronto volvió al cauce anterior. Lenin se dedicó a redactar un conjunto de “tesis” para explicar por qué era necesario oponerse a la guerra y concluirla. Más tarde, Stalin ajustó cuentas cuando confesó que había adoptado “una posición completamente equivocada”, que “compartí con otros camaradas y a la que renuncié por completo [...] cuando adherí a las tesis de Lenin”.³⁹ La mayoría de los restantes bolcheviques procedió del mismo modo. Se sentían abrumados por la certidumbre de Lenin. La guerra no importaba. Había cumplido su propósito al destruir la autocracia. Ahora había que aprovechar la fatiga provocada por la guerra para eliminar a los parlamentarios. No le preocupaba cuánto territorio perdiese Rusia, si se conseguía retener un núcleo en donde se instalaría el bolchevismo. Entonces podrían esperar el desarrollo de los hechos. Una victoria alemana carecía de importancia, porque los camaradas alemanes pronto asumirían el poder en ese país, y también en Gran Bretaña y Francia, y habría llegado el día de la revolución socialista mundial.⁴⁰

Al delinear esta fantasía continental, casi por casualidad Lenin había descubierto la única línea política que podía llevarlo al poder. Carecía de una auténtica base de poder en Rusia. Nunca había intentado crearla. Había concentrado sus esfuerzos exclusivamente en la construcción de una pequeña organización de aventureros intelectuales y subintelectuales, a los que podía dominar por completo. Carecía de partidarios en el campesinado. Sólo un miembro de la elite bolchevique tenía antecedentes campesinos. Ésta contaba con unos pocos adherentes entre los obreros no especializados. Pero los obreros especializados, y prácticamente todos los que estaban sindicalizados, adherían —en la medida en que tenían cierta afiliación política— a los mencheviques.⁴¹ Esta situación no podía sorprender. La intransigencia de Lenin había empujado al campo menchevique a la totalidad de los socialistas más capaces. Ese estado de cosas convenía a

37 Lenin, *Collected Works*, XVIII, pp. 44-46.

38 *Ibid.*, XIX, p. 357.

39 Stalin, *Collected Works*, VI, pp. 333-334.

40 Las “April Theses” fueron publicadas en *Pravda*, 7 de abril de 1917.

41 Carr, *op. cit.*, I, pp. 40-41.

Lenin, ya que de ese modo para él era más fácil adiestrar al resto, de manera que lo siguiese sin discutir cuando llegara el momento de golpear. Como dijo uno de ellos: “Antes de que llegase Lenin, todos los camaradas erraban en la oscuridad”.⁴² El otro bolchevique que tenía claras ideas propias era Trotsky. En mayo llegó a Petrogrado desde Estados Unidos. Comprendió de inmediato que Lenin era el único hombre de acción decisivo en el conjunto y se convirtió en su principal lugarteniente. Durante el período siguiente, estos dos hombres pudieron dirigir a un núcleo de unos 20.000 partidarios en una nación de más de 160 millones de habitantes.

La Revolución Rusa de 1917, tanto en su fase de febrero como en la de octubre, fue realizada por los campesinos, cuyo número había pasado de 56 millones en 1867 a 103,2 millones hacia 1913.⁴³ En la Rusia de preguerra había menos de tres millones y medio de trabajadores fabriles y mineros, e incluso aplicando la definición más amplia, el “proletariado” se elevaba a sólo 15 millones de individuos. Muchos de los 25 millones de habitantes de las grandes ciudades eran miembros de familias campesinas numerosas, que trabajaban en la ciudad pero que tenían su base en las aldeas. Esta relación facilitó la transmisión de ideas extremistas a los campesinos. Pero en esencia ya tenían esa posición y siempre la habían tenido. Había una tradición rusa de colectivismo campesino, basado en la comuna (*obshchina*) y la cooperativa de artesanos (*artel*). Tenía la aprobación de la Iglesia Ortodoxa. El enriquecimiento privado contrariaba el interés comunitario. A menudo era pecaminoso. El campesino codicioso, el kulak (puño), era un mal campesino: los kulaks no formaban una clase, pues eso fue una invención bolchevique ulterior. La mayoría de los campesinos mostraba respeto por la jerarquía y, al mismo tiempo, cierto espíritu igualitario; éste tendía a manifestarse en momentos de crisis, cuando las ideas de libertad (*volya*) los impulsaban a protagonizar episodios de apropiamiento y confiscación. Sin embargo, los campesinos jamás manifestaron el más mínimo deseo de pasar a la “nacionalización” o a la “socialización”: ni siquiera poseían palabras que reflejasen esos conceptos. Lo que muchos querían era la posesión de parcelas independientes, lo que era una actitud natural. Los pasos que se dieron para crear propietarios campesinos a partir de 1861 a lo sumo les abrieron el apetito; de ahí la agitación rural de 1905. Desde 1906, P. A. Stolypin, un sagaz ministro zarista, aceleró el proceso, en parte para apaciguar a los campesinos y en parte para acrecentar los suministros de alimentos a las ciudades, y de ese modo contribuyó a la rápida industrialización de Rusia. También ayudó a los campesinos a abandonar las comunas. Hasta mediados de 1915, casi dos millones de campesinos obtuvieron el título que acreditaba la propiedad individual, y otro 1,7 millón se retiró voluntariamente de las comunas. De modo que durante la década que precedió a la guerra, la productividad agrícola rusa creció deprisa, los campesinos pudieron tener mejor educación y, por primera vez, invirtieron en tecnología.⁴⁴

La guerra asestó un golpe devastador a este proceso, que fue quizás el más promisorio de toda la historia rusa y que prometía crear un campesinado relativamente satisfecho y próspero, como en Francia y Europa central, al mismo tiempo que suministraba alimentos suficientes para aliviar las dificultades de la industrialización. La guerra incorporó al ejército a millones de campesinos y, al mismo tiempo, reclamó a los que quedaban en las zonas rurales más alimentos para los ejércitos que habían crecido y para las fábricas que producían material bélico y que se habían extendido. Se realizaron compras obligatorias en gran escala. Pero los precios de los alimentos se elevaron rápidamente. Por lo tanto, la tensión entre la ciudad y el campo se agravó, y cada uno culpaba al otro por sus sufrimientos. Los bolcheviques aprovecharían más tarde este odio. A medida que la guerra se prolongaba, los esfuerzos del gobierno para arrancar alimentos de las aldeas cobraron un carácter más brutal. De manera que los disturbios agrarios se agravaron y, hasta diciembre de 1916, se registraron 557 estallidos. Pero también se agravó la escasez de alimentos y los precios de los productos se elevaron. El resultado fue un aumento sin precedente de huelgas fabriles en 1916, a pesar de que muchas áreas industriales estaban sometidas a la ley marcial o aplicaban un régimen

⁴² Ibid., p. 82.

⁴³ John L. H. Keep, *The Russian Revolution: a study in mass-mobilization*, Londres, 1976, p. 9.

⁴⁴ D. J. Male, *Russian Peasant Organization before Collectivization*, Cambridge, 1971; T. Shanin, *The Awkward Class: Political Sociology of the Peasantry in a Developing Society: Russia 1910-1925*, Oxford, 1972; Moshe Lewin, *Russian Peasants and Soviet Power*, tr. Londres, 1968.

de “seguridad reforzada”. Las huelgas culminaron a fines de febrero de 1917, y se las habría aplastado, de no haber sido por el hecho de que también los campesinos estaban irritados y desesperados. Casi todos los soldados eran campesinos, y cuando se le ordenó a la guarnición de Petrogrado que ejerciese la fuerza sobre los obreros fabriles, los soldados se amotinaron. Aproximadamente un tercio, alrededor de 66.000 hombres, desafió a sus oficiales. Como estaban armados, el régimen se derrumbó. De modo que la primera etapa de la revolución fue obra de campesinos.

La destrucción de la autocracia provocó, inevitablemente, la desorganización de la jerarquía rural. Los campesinos sin tierra comenzaron a apoderarse de los grandes latifundios y a dividirlos. Esto quizá no hubiese importado. De todos modos, el gobierno provisional se vería obligado a aprobar la reforma agraria apenas él mismo se organizara. Pero mientras tanto tenía que impulsar la guerra. Ésta tenía mal aspecto. La ofensiva en Galitzia fracasó; hacia el mes de julio cayó Lvov. Hubo un cambio de ministerio y Kerenski ocupó el cargo de primer ministro. Decidió continuar la guerra y, para ello, tuvo que obtener suministros de los campesinos. Fue precisamente en este punto, y por pura suerte, que la política contra la guerra de Lenin resultó inspirada. No sabía nada de los campesinos y no tenía idea de lo que estaba sucediendo en el campo. Pero al oponerse a la guerra estaba oponiéndose a una política que, de todos modos, tenía que fracasar, y estaba alineando a su grupo con las fuerzas populares campesinas en las aldeas, y lo que es más importante, en el seno del ejército. En consecuencia, por primera vez los bolcheviques tuvieron puntos de apoyo en las zonas rurales: hacia fines de 1917 contaban con alrededor de 2.400 trabajadores rurales en 203 centros. Mientras tanto, el intento de aplicar la política de guerra destruyó al gobierno provisional. Un decreto aprobado el 25 de marzo obligó a los campesinos a entregar la totalidad de sus cosechas, menos una proporción destinada a semillas, forraje y a su propia subsistencia. Antes de la guerra, el 75 por ciento del grano iba al mercado y el 40 por ciento se exportaba. Pero ahora el campo se rebelaba y Kerenski no podía recolectar lo que necesitaba para mantener en funcionamiento a la maquinaria bélica. Por primera vez en la historia de la Rusia moderna, la mayor parte de la cosecha quedó en las granjas. Kerenski recibió menos de la sexta parte.⁴⁵ El intento de apoderarse del grano impulsó a los campesinos a la revuelta directa y la autoridad del gobierno provisional en el campo comenzó a derrumbarse. Al mismo tiempo, la falta de granos en las ciudades provocó el rápido aumento de los precios de los alimentos en septiembre; no había pan en muchos lugares y estallaron motines en el ejército y la marina, y huelgas en las fábricas. Hacia principios de octubre, la rebelión de los campesinos ya había desanimado por completo al gobierno de Kerenski.⁴⁶

Había llegado el momento de que Lenin se adueñase del poder con la “elite de vanguardia”, entrenada precisamente con ese propósito. Por supuesto, no poseía un mandato que lo autorizara a destruir el gobierno parlamentario. No tenía mandato para nada, ni siquiera uno de tipo marxista conceptual. No era un jefe campesino. No era tampoco un importante líder proletario. En todo caso, el proletariado ruso era minúsculo. Y no deseaba el leninismo. De un total de más de cien peticiones presentadas por obreros industriales a las autoridades centrales en marzo de 1917, casi ninguna mencionaba el socialismo. Aproximadamente el 51 por ciento reclamaba una jornada de trabajo más corta; el 18 por ciento, salarios más elevados; el 15 por ciento, mejores condiciones de trabajo, y el 12 por ciento, la concesión de derechos a los comités obreros. La “revolución del proletariado” no tenía el apoyo de las masas; prácticamente no había apoyo para ninguna cosa que se pareciera remotamente a lo que Lenin se proponía hacer.⁴⁷ Ésta fue la única ocasión, desde ese momento hasta hoy, en que los obreros fabriles rusos pudieron decir lo que deseaban realmente, y lo que deseaban era mejorar su suerte, no volver al mundo del revés. Con la expresión “comités obreros” aludían a los soviets. Estos organismos habían aparecido de manera espontánea en 1905. Su creación desconcertó a Lenin; de acuerdo con los textos marxistas, no debían existir. Pero reaparecieron durante la “revolución de febrero” y, cuando Lenin regresó a Rusia, en abril de 1917,

45 Keep, op. cit., pp. 172-185.

46 Ibid., pp. 207 y ss., 216.

47 M. Ferro, *La Révolution*, París, 1967, pp. 174, 183.

llegó a la conclusión de que podían ser una alternativa del sistema parlamentario que él detestaba. Consideró, y en este caso acertó, que por lo menos algunos de los soviets fabriles podían ser infiltrados y manipulados por sus hombres. De ahí que sus “tesis de abril” preconizaran, “no una república parlamentaria [...] sino una república de los soviets de diputados de los trabajadores, los campesinos pobres y los campesinos que abarcaría todo el país, desde la base hasta la cúspide”.⁴⁸ Como siempre fue un hábil oportunista, comenzó a ver en los soviets una versión moderna de la Comuna de París de 1870: un grupo decidido como el de Lenin podía dirigirlo y, de ese modo, se convertiría en el instrumento de la “dictadura del proletariado”. De manera que cuando los bolcheviques celebraron una conferencia, más avanzado el mismo mes de abril, Lenin logró que formularan el reclamo de que los “proletarios de la ciudad y el campo” promovieran la “rápida transferencia de todo el poder estatal a manos de los soviets”.⁴⁹ Cuando en mayo llegó Trotsky, que en efecto había trabajado en un soviet en 1905, fue puesto al frente de todos los esfuerzos encaminados a conquistar el soviet de Petrogrado, el más importante de todos los soviets urbanos.

A principios de junio de 1917 se reunió el primer Congreso Panruso de los Soviets, con 822 delegados. Las ciudades contaban con una representación absurdamente excesiva. Los socialistas revolucionarios, que hablaban en nombre de los campesinos, tenían 285 delegados. Los mencheviques, que representaban a los obreros organizados, tenían 248. Varios grupos menores totalizaban 150 y había 45 sin identificación política. Los bolcheviques tenían 105 delegados.⁵⁰ Los anarquistas organizaron una prueba de fuerza en julio, cuando promovieron grandes manifestaciones callejeras contra la guerra, pero fueron dispersados por las tropas leales. *Pravda* fue clausurado y algunos bolcheviques, entre ellos Kamenev y Trotsky, fueron a la cárcel. Se permitió que Lenin huyera a Finlandia, pues aún no se lo consideraba un enemigo fatal.⁵¹ El cambio decisivo sobrevino durante el verano y a principios del otoño. Los frentes de la guerra comenzaron a derrumbarse. En agosto, Kerenski organizó en Moscú una conferencia estatal, con la intervención de todos los partidos y la asistencia de 2.000 delegados. No hubo ningún resultado. Hacia fines de mes, el general zarista Kornilov desencadenó una rebelión militar que concluyó en un fiasco. Todos estos episodios favorecieron a Lenin, sobre todo el último, que le permitió crear una atmósfera de miedo en la que pudo convencer a la gente de que era necesario quebrantar la ley para “preservar” la nueva república. Pero el factor principal que debilitó el orden legal fue la incapacidad de Kerenski para conseguir que los campesinos entregasen alimentos. Las tropas se desmovilizaban por propia iniciativa e invadían las ciudades, donde no había alimentos para ellas. Allí se incorporaron a los soviets o los formaron, y pronto comenzaron a elegir representantes bolcheviques que prometían el fin inmediato de la guerra y la distribución de todas las propiedades entre los campesinos. Hacia principios de septiembre, los bolcheviques tenían mayoría en los soviets de Petrogrado y Moscú, los dos verdaderamente importantes, y el 14 de septiembre, Lenin, todavía oculto, se sintió bastante fuerte como para lanzar el lema “todo el poder a los soviets”.⁵² Trotsky, que acababa de salir de la cárcel, se convirtió inmediatamente en presidente del soviet de Petrogrado, el foco del próximo alzamiento.

Sin duda, Trotsky fue el agente activo de la revolución. Pero Lenin fue el autor del plan maestro, el hombre que adoptó todas las decisiones fundamentales y aportó la esencial “voluntad de poder”. La revolución bolchevique, y con mayor razón todavía la creación del Estado comunista, habrían sido imposibles sin él. El 9 de octubre regresó disfrazado a Penogrado y, en una reunión del Comité Central celebrada al día siguiente ganó la votación (10 contra 2) a favor del alzamiento armado. Se creó un buró político o “politburó” —es la primera vez que se escucha esta palabra— con el propósito de que dirigiera el alzamiento. Pero los preparativos militares concretos estuvieron a cargo de un “comité militar revolucionario”, formado bajo la dirección de Trotsky a partir del soviet

48 Carr, op. cit., I, p. 80.

49 Ibid., pp. 83-86.

50 Ibid., p. 89.

51 En una entrevista de la BBC Televisión le pregunté a Kerenski por qué no le había disparado a Lenin. Me contestó: “No lo consideraba un hombre importante”.

52 Lenin, Collected Works, XXI, pp. 142-148.

de Petrogrado. Se fijó la fecha de manera que se aprovechara el segundo Congreso Panruso de los Soviets, que se reunía el 25 de octubre. La noche de la víspera, Lenin formó un gobierno embrionario, y por la mañana los hombres de Trotsky entraron en acción y se apoderaron de los lugares claves en toda la ciudad. Los miembros del gobierno provisional fueron detenidos o huyeron. Hubo muy escaso derramamiento de sangre. Esa tarde, los bolcheviques consiguieron que el Congreso de los Soviets aprobase la transferencia del poder. Al día siguiente, antes de dispersarse, el congreso aprobó un decreto que declaraba la paz, otro que abolía las propiedades latifundistas y un tercero que aprobaba la composición de un Consejo de Comisarios del Pueblo, o Sovnarkom, es decir, el primer gobierno de obreros y campesinos.⁵³ Pero, como después Stalin lo destacaría cuidadosamente, la toma del poder fue obra del comité militar revolucionario y el Congreso de los Soviets “sólo recibió el poder de manos del soviét de Petrogrado”.⁵⁴ El propósito de Stalin al formular esta distinción era preservar el concepto de una revolución proletaria marxista. Sin duda, el modo en que Lenin asumió el poder nada tuvo de legal. Pero tampoco fue un alzamiento revolucionario. Fue un golpe al viejo estilo o, como los alemanes lo denominarían poco después, un *putsch*. La cosa nada tuvo de marxista.

No obstante, en ese momento Lenin astutamente aprovechó todo lo posible la espuria legitimidad conferida a su régimen por los soviets. Más aún, durante los dos meses siguientes actuó con mucho cuidado en dos niveles, que correspondían de un modo extraño a la percepción marxista del mundo. En la superficie estaban las disposiciones constitucionales y la legalidad formal. Ése era el espectáculo, destinado a satisfacer al público y al mundo exterior. En un nivel más bajo estaban las estructuras profundas del poder real: la policía, el ejército, las comunicaciones, las armas. Esto era lo real. En el plano del espectáculo, Lenin afirmó que su gobierno era “provisional” hasta que pudiera reunirse la Asamblea Constituyente, cuya elección había sido programada por el gobierno de Kerenski para el 12 de noviembre. De modo que se realizaron las elecciones y los bolcheviques fueron sencillamente uno de los grupos participantes. Fue la primera y la última elección parlamentaria auténtica que se realizó en Rusia. Como era previsible, determinó una mayoría de socialistas revolucionarios orientados hacia los campesinos, 410 de un total de 707. Los bolcheviques conquistaron 175 bancas, los mencheviques obtuvieron sólo 16, los cadetes burgueses conquistaron 17 y los “grupos nacionales” se dividieron los restantes lugares. Lenin convocó la primera sesión de la asamblea para el 5 de enero de 1918. A fin de realzar el espectáculo invitó a tres miembros del ala izquierda del socialismo revolucionario para que ocuparan asientos en el Sovnarkom. Este paso tuvo la ventaja adicional de dividir a los socialistas revolucionarios, de manera que ahora Lenin tenía mayoría en el Congreso de los Soviets, y lo convocó con el fin de que se reuniera tres días después de haber resuelto el problema de la Asamblea Constituyente. Su plan era que este cuerpo continuara siendo más tarde el instrumento dócil de su legitimidad. Quizá tranquilizada por estas maniobras constitucionales, la gran ciudad de Petrogrado continuó atendiendo sus tareas y diversiones. Incluso el día del derrocamiento de Kerenski, todas las tiendas permanecieron abiertas, los tranvías circularon y los cines estaban atestados. El Ejército de Salvación, aceptado por primera vez por la república, ejecutaba música en las esquinas. Karsavina actuaba en el Marinsky. Chaliapin cantaba en los conciertos. Se pronunciaban conferencias con mucho público. La sociedad elegante se congregaba en el restaurante de Contant. Se jugaba de un modo extravagante.⁵⁵

Mientras tanto, en lo profundo de las estructuras, Lenin trabajaba con rapidez. Es significativo que, en momentos en que tenía tanto que hacer, otorgase prioridad al control de la prensa. En septiembre, poco antes del *putsch*, había reclamado públicamente una libertad de prensa “mucho más democrática” e “incomparablemente más completa”. En efecto, durante la república la prensa había llegado a ser tan libre como en Francia o en Gran Bretaña. Dos días después de asumir el poder, Lenin liquidó esta libertad con un decreto acerca de la prensa. Como parte de “ciertas medidas temporarias y extraordinarias”, los diarios que llamasen a “ofrecer resistencia franca o a

53 Carr, op. cit., I, pp. 94-99.

54 Stalin, Collected Works, VI, p. 347.

55 John Reed, Ten Days that Shook the World, Penguin ed., 1966, pp. 3840, 61, 117.

insubordinarse con el gobierno de obreros y campesinos”, o que difundiesen “la sedición mediante deformaciones comprobadamente calumniosas de los hechos”, serían suspendidos y sus directores sometidos a proceso. Al día siguiente, el gobierno había clausurado diez periódicos de Petrogrado; diez más fueron cerrados a la semana siguiente.⁵⁶ El control de las noticias fue confiado principalmente al periódico bolchevique *Pravda* y a *Isvezia*, el órgano de los soviets que ahora estaba a cargo del Sovnarkom.

Mientras tanto, con mucha prisa y cierta confusión, los activistas bolcheviques comenzaron a ocupar la estructura física del poder. El método era corporativista. Todas las organizaciones, desde las fábricas hasta los tranvías, celebraron elecciones al estilo soviético. Era el modo más fácil de asegurar que los delegados elegidos fuesen aceptables en general para el régimen. Más tarde, Boris Pasternak ofrecería una viñeta del proceso:

Por todas partes se celebraron nuevas elecciones con vistas a la administración de la vivienda, el comercio, la industria y los servicios municipales. En todos los casos fueron designados los comisarios, hombres vestidos con chaquetas de cuero negro, poseedores de atribuciones ilimitadas y una voluntad de hierro, armados con medios intimidatorios y revólveres, que se afeitaban rara vez y dormían menos. Conocían a la encogida estirpe burguesa, al tenedor común de artículos oficiales baratos, y les hablaban sin la más mínima compasión y con sonrisas mefistofélicas, como si hubieran sido ladronzuelos sorprendidos *in fraganti*. Éstas fueron las personas que reorganizaron todo de acuerdo con el plan, y así llegaron a hacerse bolcheviques una compañía tras otra y una empresa después de la otra.⁵⁷

A esta ocupación física se le asignó rápidamente una infraestructura de decretos-leyes; 10 de noviembre: abolición de la Tabla de Jerarquías de Pedro el Grande; 22 de noviembre: autorización para allanar domicilios; confiscación de los abrigo de piel; 11 de diciembre: todas las escuelas son retiradas del control de la Iglesia y pasan a poder del Estado; 14 de diciembre: monopolio oficial de toda la actividad bancaria; toda la industria sometida al “control obrero”; 16 de diciembre: son abolidos todos los rangos militares; 21 de diciembre: nuevo código de leyes aplicable a los “tribunales revolucionarios”; 24 de diciembre: nacionalización inmediata de todas las fábricas; 29 de diciembre: suspensión de todos los pagos de intereses y dividendos; se limitaron rigurosamente los retiros de fondos de los bancos. Como diría más tarde el novelista Ilya Ehrenburg: “Todas las mañanas los habitantes estudiaban atentamente los nuevos decretos, todavía húmedos y arrugados, pegados sobre las paredes: necesitaban saber lo que estaba permitido y lo que se prohibía”.⁵⁸

Pero incluso durante esta etapa, algunos de los pasos fundamentales en la consolidación del poder no se reflejaron en los decretos-leyes. En las etapas iniciales de su ocupación del poder, Lenin dependió por completo de los grupos armados que Trotsky había organizado por intermedio del soviet de Petrogrado. Estaban formados en parte por jóvenes matones motivados políticamente, los “hombres de chaquetas de cuero negro”, y en parte por desertores, a menudo cosacos. Un testigo ocular describió la escena en las habitaciones del Instituto Smolny, el edificio desde donde los bolcheviques operaron al principio. “El buró estaba atestado de capas caucásicas, gorros de piel, túnicas de fieltro, trenzas, dagas, relucientes bigotes negros, ojillos saltones y asombrados, y el olor de los caballos. Esta era la elite, la crema mandada por oficiales ‘nativos’, en total quizás unos quinientos hombres. Gorra en mano confesaban su lealtad a la revolución.⁵⁹ Estos hombres fueron eficaces para intimidar a la república que se resquebrajaba. Sin embargo, para imponer la vigencia del nuevo orden se necesitaba un instrumento más refinado e implacable. Lenin necesitaba una policía política.

⁵⁶ Véase el decreto en Mervyn Matthews, ed., *Soviet Government: A selection of official Documents on Internal Policies*, Londres, 1974.

⁵⁷ Boris Pasternak, *Doctor Zhivago*, Londres, 1961, p. 194.

⁵⁸ Citado en Victor Woroszynski, *The Life of Mayakovsky*, Londres, 1972, p. 194.

⁵⁹ Nicholas Sukhanov, *The Russian Revolution*, Oxford, 1955, p. 518.

Como creía que la violencia constituía un factor esencial de la revolución, Lenin nunca retrocedió ante la necesidad de aplicar el terror. Heredó dos tradiciones para justificarlo. De la Revolución Francesa podía citar a Robespierre: “El atributo del gobierno popular en la revolución es simultáneamente la virtud y el terror; la virtud sin la cual el terror es fatal, el terror sin el cual la virtud es impotente. El terror no es más que la justicia, pronta, severa, inflexible; por lo tanto, es una emanación de la virtud”.⁶⁰ Marx desechó la desastrosa historia del terror revolucionario y respaldó el método de un modo específico y sin reservas. Escribió que había, “un solo medio de limitar, simplificar y localizar la sangrienta agonía de la vieja sociedad y los ensangrentados dolores de parto de la nueva, un solo medio, el terror revolucionario”.⁶¹ Pero Marx había formulado distintas afirmaciones en diferentes momentos. Los marxistas alemanes ortodoxos no aceptaban que el terror fuera indispensable. Un año después que Lenin asumió el poder, Rosa Luxemburgo afirmó en su programa del Partido Comunista alemán (diciembre de 1918): “La revolución proletaria no necesita del terror para alcanzar sus metas, odia y abomina el asesinato”.⁶² Sin duda, una de las razones por las que se oponía a la “elite de vanguardia” de Lenin y al intento de acelerar el proceso histórico de la revolución proletaria era, precisamente, que creía que ese método lo induciría a usar el terror —como lo sugería el texto marxista— para acortar camino, en especial sobre el trasfondo de la autocracia zarista, la barbarie general y el desprecio por la vida que se manifestaban en Rusia.

En realidad, la verdadera tragedia de la revolución leninista, o mejor dicho una de sus muchas tragedias, es que infundió nueva vida a un salvaje método nacional de gobierno que tendía a desaparecer rápidamente. Durante los ochenta años que precedieron a 1917, el número de personas ejecutadas en el Imperio ruso representó un promedio de sólo diecisiete por año, y la principal parte correspondió a las primeras etapas de este período.⁶³ La Rusia de los tiempos de guerra durante los últimos años de los zares fue, en ciertos aspectos, más liberal que Gran Bretaña y Francia, sometidas a las normas de guerra. La república abolió por completo la pena de muerte, aunque Kerenski la restableció en el frente en septiembre de 1917. La mayoría de los camaradas de Lenin se oponía a su aplicación. La mayor parte de las muertes provocadas por los bolcheviques durante el primer período fueron obra de los marineros, que asesinaron a dos ex ministros el 7 de enero de 1918 y realizaron una masacre de tres días en Sebastopol durante el mes siguiente; o bien fueron matanzas campesinas indiscriminadas en regiones rurales alejadas.⁶⁴

Resulta difícil evitar la conclusión de que la decisión de emplear el terror y el poder opresor de la policía fue adoptada desde muy temprano por Lenin y fue apoyada por Trotsky, su principal jefe militar; y que fue, como Rosa Luxemburgo temió que sucediera, una parte inevitable de su enfoque ideológico de la asunción y el mantenimiento de la autoridad, y del tipo de estado centralizado que él estaba decidido a crear. Esto a su vez era parte del carácter de Lenin, de esa voluntad de poder que él poseía en tan extraordinaria abundancia. Ya en 1901, Lenin advertía: “En principio nunca hemos renunciado al terror y no podemos renunciar”.⁶⁵ También añadió: “Preguntaremos al hombre: ¿Cuál es su posición frente a la revolución? ¿La apoya o la combate? Si la combate, lo pondremos contra la pared”. Poco después de asumir el poder preguntó: “¿Es imposible hallar entre nosotros a un Fouquier-Tinville que domine a nuestros díscolos contrarrevolucionarios?”.⁶⁶ El número de veces que Lenin, como jefe del gobierno, comenzó a usar expresiones como “pelotón de fusilamiento” “contra la pared” sugiere un apetito cada vez más intenso por los métodos extremos.

Hubo también una reveladora actitud furtiva, o más bien una deliberada duplicidad, en el modo en que Lenin creó el instrumento que debía ser usado, si era necesario, para aplicar el terror a los

60 G. Vellay, ed., *Discourses et Rapports de Robespierre*, París, 1908, p. 332.

61 Karl Marx-Friedrich Engels: *Historisch-Kritische Gesamtausgabe*, 1^o Teil, VII, p. 423; véase Carr, op. cit., I, p. 155.

62 Bericht über den Gründungsparteitag der Kommunistischen Partei Deutschlands (Spartakusbund), Berlín, 1919, p. 52.

63 Cifra citada por Alexander Solzhenitsyn, en su discurso en Washington del 30 de junio de 1975, Alexander Solzhenitsyn *Speaks to the West*, Londres, 1978.

64 Carr, op. cit., I, p. 153, n. 2.

65 Lenin, *Collected Works*, IV, p. 108.

66 V. Adoratsky, *Vospominaniya o Lenine*, 1939, pp. 66-67; V. Bonch-Bruевич, *Na Boevykh Postakh Fevral'skoi i Oktyabr'skoi Revolyutsii*, 1930, p. 195; ambos citados en Carr, op. cit., I, pp. 156-157, n. 4.

contrarrevolucionarios. Como ya se explicó, la fuerza armada bolchevique original fue el comité militar revolucionario del soviét de Petrogrado, dirigido por Trotsky. Este no tenía escrúpulos acerca del empleo de la fuerza, incluso después que la revolución se impuso: “No entraremos en el reinado del socialismo con guantes blancos y caminando sobre un piso encerado”, dijo en cierta ocasión.⁶⁷ Inmediatamente después del 25-26 de octubre de 1917, este comité se convirtió en un subcomité del ejecutivo central y se le asignaron tareas de seguridad, incluso la de combatir a la “contrarrevolución”, definida como “el sabotaje, el ocultamiento de suministros, la retención intencionada de las cargas, etcétera”. La creación de este organismo llegó a conocimiento del público gracias a un decreto emitido por el Sovnarkom el 12 de noviembre de 1917.⁶⁸ Como estaba encargado de examinar a los sospechosos, creó una sección especial dirigida por Felix Dzerzhinski, un fanático polaco que estaba a cargo de la seguridad del Smolny. Pero cuando el 7 de diciembre de 1917, el comité militar finalmente fue disuelto por otro decreto del Sovnarkom, la sección de Dzerzhinski perduró y se convirtió en la Comisión Extraordinaria Panrusa (Cheka), encargada de combatir la “contrarrevolución y el sabotaje”. El decreto de creación de la Cheka fue publicado sólo más de diez años después (*Pravda*, 18 de diciembre de 1927), de modo que la fuerza de seguridad de Lenin fue desde el comienzo, y por el resto de su vida, una policía secreta en el verdadero sentido de la palabra, ya que no se reconocía oficialmente su existencia.⁶⁹

Es indudable que desde el comienzo mismo la intención fue usar a la Cheka de un modo absolutamente implacable y en gran escala. Una semana antes de que este organismo cobrase vigencia oficial, aunque secreta, se interrogó a Trotsky acerca del número cada vez más elevado de arrestos y allanamientos. Defendió estos procedimientos ante el Congreso Panruso de Diputados Campesinos e insistió en que “los reclamos en el sentido de que se desecharan todas las formas de represión en un período de guerra civil equivalen al reclamo de que se abandone la guerra civil”.⁷⁰ La Cheka tenía un comité de ocho miembros bajo la dirección de Dzerzhinski, y éste se apresuró a completar los cuadros y el cuerpo de inspectores y agentes convocando a otros fanáticos. Muchos eran connacionales polacos o letones; por ejemplo el siniestro Latsis, o “Peters”, hermano de Peter el Pintor, de la calle Sidney, perpetrador de una serie de asesinatos en Houndsditch, y Kedrov, un sádico que después enloqueció. La rapidez con la que esta fuerza creció fue terrorífica. Durante los meses de diciembre de 1917 y enero de 1918 se reclutó personal con la mayor rapidez posible y una de sus primeras iniciativas fue organizar un servicio nacional de inteligencia solicitando a todos los soviets locales “información acerca de las organizaciones y las personas que trabajan contra la revolución y la autoridad popular”. Este decreto proponía que los soviets locales creasen a su vez comités de seguridad, con el fin de informar a los agentes profesionales, y desde el principio la Cheka contó con la ayuda de un núcleo creciente de informantes aficionados y de dedicación parcial. El número de sus miembros con dedicación completa creció inexorablemente. La policía secreta del zar, la Ojrana, había contado con 15.000 miembros y esto la convertía en el organismo más numeroso de su tipo en el viejo mundo. En cambio, tres años después de su creación, la Cheka tenía una fuerza de 250.000 agentes de dedicación total.⁷¹ Sus actividades se desarrollaron en escala igualmente amplia. Mientras los últimos zares habían ejecutado a un promedio de diecisiete personas por año (por toda suerte de delitos), hacia 1918-1919, la Cheka promediaba 1.000 ejecuciones mensuales sólo por delitos políticos.⁷²

Esta cifra no refleja ciertamente toda la realidad, por una razón que se relaciona con el nervio mismo de la falta de equidad del sistema creado por Lenin. Casi inmediatamente después de la creación de la Cheka, un decreto estableció un nuevo tipo de “tribunal revolucionario”, para juzgar a los que “organizan alzamientos contra la autoridad del Gobierno Obrero y Campesino, que se le

67 Trotsky, *Collected Works*, II, p. 202.

68 Véase Lenin, *Collected Works*, XXII, p. 78.

69 Carr, op. cit., I, p. 158, n. 3; *The History of the Civil War in the USSR*, II, tr. Londres, 1947, pp. 599-601; J. Bunyan y H. H. Fisher, *The Bolshevik Revolution 1917-1918*, Stanford, 1934, pp. 297-298.

70 Carr, op. cit., I, p. 157.

71 George Leggett, *The Cheka: Lenin's Political Police*, Oxford, 1981.

72 Solzhenitsyn, op. cit.

oponen activamente o no lo obedecen, o que exhortan a otros a oponerse o desobedecer”, y a los funcionarios civiles culpables de sabotaje u ocultamiento. Se autorizó al tribunal a aplicar penas en armonía con “las circunstancias del caso y los dictados de la conciencia revolucionaria”.⁷³ Este decreto señaló el fin del imperio del derecho en el nuevo Estado de Lenin, que entonces tenía pocas semanas de existencia. Se superpuso parcialmente con el sistema de la Cheka. Durante el régimen zarista, la Ojrana podía arrestar, pero después debía entregar al detenido a los tribunales, que lo juzgaban públicamente, como a todo el mundo, y los castigos eran aplicados por las autoridades civiles comunes. De acuerdo con el sistema de Lenin, la Cheka controlaba los tribunales especiales (que se reunían secretamente) y aplicaba sus veredictos. De modo que una vez que un hombre caía en manos de la Cheka, su única salvaguardia estaba en “los dictados de la conciencia revolucionaria”. Como la Cheka arrestaba, juzgaba, sentenciaba y castigaba a sus víctimas, nunca hubo constancias fidedignas de su número. Pocas semanas después de su creación, la Cheka estaba administrando los primeros campos de concentración y trabajo forzado. Se originaron en un decreto del Sovnarkom que ordenaba que “los burgueses de ambos sexos” fueran detenidos y puestos a cavar trincheras defensivas en Petrogrado.⁷⁴ Se organizaron campamentos para albergarlos y vigilarlos, y cuando se asignó a la Cheka la supervisión del programa de trabajo forzado, sus campamentos comenzaron a proliferar en las afueras de las ciudades y también en las zonas rurales, es decir, fue el núcleo de lo que habría de convertirse en el gigantesco “archipiélago Gulag”. Hacia fines de 1917, cuando Lenin ya llevaba en el poder sólo nueve o diez semanas, puede afirmarse que la Cheka ya era un “estado dentro del Estado”; más aún, en relación con muchas actividades era el Estado.

Podemos desechar la idea de que sus orígenes y su crecimiento contrariaban la voluntad de Lenin. Todas las pruebas disponibles apuntan en dirección contraria.⁷⁵ Lenin redactó la totalidad de los decretos fundamentales y Dzerzhinski fue siempre su criatura. Más todavía, Lenin infundió personalmente a la Cheka el espíritu del terror y, desde enero de 1918 en adelante, exhortó constantemente a desechar las dudas y los sentimientos humanitarios de otros bolcheviques, e incluso de muchos miembros del Sovnarkom. Cuando por razones de seguridad, Lenin trasladó el gobierno de Petrogrado a Moscú y puso el Sovnarkom tras las murallas del Kremlin, indujo a Dzerzhinski a organizar su propia estructura al margen del Sovnarkom. Fue ocupado el edificio de una gran compañía de seguros que se levantaba en la plaza Lubyanka; allí se construyó una “prisión interna” destinada a los sospechosos políticos. A partir de este momento, la Cheka fue un departamento oficial independiente subordinado directamente a Lenin. Esto no permitió que sus funcionarios abrigasen la menor duda acerca de lo que él deseaba. En enero de 1918, tres meses antes de que comenzara la guerra civil, propuso “fusilar en el acto a una de cada diez personas a quienes se encontrase culpables de ociosidad”. Una semana después exhortó públicamente a la Cheka: “Hasta que apliquemos el terror —fusilamiento en el acto— a los especuladores, nada conseguiremos”. Pocas semanas después reclamó “el arresto y el fusilamiento de los que aceptaban soborno, los estafadores, etcétera”. Las infracciones a los decretos leyes debían recibir “el castigo más duro”.⁷⁶ El 22 de febrero autorizó una proclama de la Cheka en la que se ordenaba a los soviets locales “identificar, arrestar y fusilar de inmediato” a una serie completa de “enemigos, especuladores, etcétera”.⁷⁷ Completó este decreto general con sus propias instrucciones personales. Así, hacia agosto de 1918 telegrafiaba al soviet de Nijni-Novgorod: “Es necesario que realicen los mayores esfuerzos, que formen una *troika* de dictadores [...] que apliquen instantáneamente el terror masivo, que fusilen y trasladen a centenares de prostitutas que embriagan a los soldados, los ex oficiales, etcétera. No debe perderse un minuto”.⁷⁸ Su ejemplo inspiró a otros. Al día siguiente, el periódico del ejército proclamó: “Sin compasión, sin perdonar a nadie, mataremos a nuestros

73 Carr, op. cit., I, pp. 158-159.

74 Ibid., p. 159.

75 Leggett, op. cit.

76 Lenin, Collected Works, XXII, pp. 166-167, 243, 449, 493.

77 Pravda, 23 de febrero de 1918; Bunyan y Fisher, op. cit., p. 576.

78 Citado en Leggett, op. cit.

enemigos por decenas y centenares, incluso por millares, y que se ahoguen en su propia sangre [...] que fluya la sangre de los burgueses”.⁷⁹ Las exhortaciones de Lenin tuvieron resultado. Durante los seis primeros meses de 1918, la Cheka ejecutó, de acuerdo con sus cifras oficiales, a sólo 22 prisioneros. Durante la segunda mitad del año, realizó 6.000 ejecuciones, y durante todo el año 1919, hubo alrededor de 10.000 víctimas. W. H. Chamberlain, el primer historiador de la revolución, que fue testigo ocular, calculó que hacia fines de 1920, la Cheka había aplicado unas 50.000 sentencias de muerte.⁸⁰

Sin embargo, la característica más inquietante y, desde el punto de vista histórico, la más importante del terror leninista, no fue la cantidad de víctimas, sino el principio aplicado a su selección. A los pocos meses de ocupar el poder, Lenin había abandonado el concepto de la culpa individual y, por lo tanto, la totalidad de la ética judeocristiana de la responsabilidad personal. Comenzaba a desinteresarse de lo que un hombre hacía o había hecho —y mucho menos de la razón por la cual lo había hecho— y primero alentaba y después ordenaba a su aparato represivo que persiguiese a la gente y después la destruyese, no sobre la base de delitos, reales o imaginarios, sino sobre la base de generalizaciones, comentarios y rumores. Primero aparecieron las categorías condenadas: las prostitutas, los que “esquivaban el trabajo”, los “intermediarios”, los especuladores, los acaparadores, y a todos podía imputárseles más o menos imprecisamente el rótulo de delincuente. Pero poco después se agregaron grupos profesionales enteros. La divisoria de las aguas fue el decreto de Lenin dictado en enero de 1918 que reclamaba a los organismos oficiales la “eliminación de la tierra rusa de todos los tipos de insectos dañinos”. Esto no era un acto judicial: representaba una invitación al asesinato masivo. Muchos años más tarde, Alexander Solzhenitsyn hizo una lista con algunos grupos, que así se vieron condenados a la destrucción como “insectos”. Incluía a “los ex miembros de los *zemstvos*, los miembros de los movimientos Cooper, los propietarios de casas, los profesores secundarios, los consejos y los coros parroquiales, los sacerdotes, los monjes y las monjas, los pacifistas tolstoianos, los funcionarios de los sindicatos”, todos los que pronto serían clasificados como “ex personas”.⁸¹ Muy rápidamente los decretos leyes que identificaban a los grupos condenados se extendieron a clases enteras, y los profesionales de la Cheka abrazaron con entusiasmo el concepto de la liquidación colectiva más que individual de las personas. Probablemente, el más importante funcionario de la Cheka después del propio Dzerzhinski fue el feroz letón M. Y. Latsis. Estuvo cerca de dar al terror de Lenin su verdadera definición:

La Comisión Extraordinaria no es una comisión investigadora ni un tribunal. Es un órgano de lucha, que actúa en la primera línea de una guerra civil. No juzga al enemigo, lo golpea [...] No estamos haciendo la guerra contra los individuos. Estamos exterminando la burguesía como clase. No buscamos pruebas o testigos para revelar hechos o palabras contra el poder soviético. La primera pregunta que formulamos es: ¿A qué clase pertenece, cuáles son sus orígenes, su crianza, su educación o profesión? Estas preguntas definen el destino del acusado. Tal es la esencia del Terror Rojo.⁸²

Tan pronto Lenin abolió la idea de la culpa personal y comenzó a “exterminar” (una palabra que él usaba a menudo) a clases enteras sólo por la profesión o el parentesco, la aplicación de este principio letal no reconoció límites. ¿No era posible clasificar como “enemigas” a categorías enteras de personas, y condenarlas a la cárcel o a la muerte sólo por el color de su piel, sus orígenes raciales o, incluso, por su nacionalidad? No existe una diferencia moral básica entre la guerra de clases y la guerra de razas, entre destruir una clase y destruir una raza. De esta manera nació la práctica moderna del genocidio.

Mientras la Cheka se organizaba, Lenin procedió a liquidar el legado democrático de la

⁷⁹ Ibid.

⁸⁰ Douglas Brown, *Doomsday 1917: the Destruction of Russia's Ruling Class*, Londres, 1975, pp. 173-174.

⁸¹ A. Solzhenitsyn, *The Gulag Archipelago*, London, 1974, 3 vols., I, p. 28.

⁸² Citado en Harrison Salisbury, *Black Night, White Snow: Russia's Revolutions, 1905-1917*, Londres, 1978, p. 565.

república. La Asamblea Constituyente había sido elegida el 12 de noviembre de 1917. Lenin aclaró su actitud frente a ella el primero de diciembre: “Nos piden que convoquemos a la Asamblea Constituyente de acuerdo con la concepción original. ¡No, muchas gracias! Fue concebida contra el pueblo y fuimos a la insurrección para asegurarnos de que no se la utilizaría contra el pueblo”.⁸³ En sus “Tesis acerca de la Asamblea Constituyente”, publicadas en forma anónima en *Pravda* el 13 de diciembre, comparó el Parlamento, que “en una república burguesa [...] es la forma más elevada del principio democrático”, con un Soviet, que es “una forma superior del principio democrático”. Por lo tanto “el intento [...] de considerar la [...] Asamblea Constituyente desde el punto de vista formal y jurídico en el marco de la democracia burguesa” significaba traicionar al proletariado. A menos que la Asamblea formulase “una declaración incondicional de aceptación del poder soviético”, afrontaría una crisis que podía “resolverse únicamente con métodos revolucionarios”.⁸⁴ Esta formulación no era tanto un argumento como el duro enunciado por parte de Lenin de que su régimen no aceptaría ninguna forma de control democrático ejercido por un Parlamento. Cuatro días después, para subrayar su posición, arrestó a Avksientiev, líder del ala derecha de los socialistas revolucionarios, y a sus principales partidarios, “a causa de la organización de una conspiración contrarrevolucionaria”.⁸⁵

Cuando la Asamblea se reunió el 5 de enero de 1918, Lenin ya había definido los aspectos esenciales de un régimen represivo, aunque todavía en pequeña escala (la Cheka tenía sólo 120 agentes de dedicación total) y, por lo tanto, estaba en condiciones de tratar al Parlamento con el desprecio que, a su juicio, ese cuerpo merecía. Lenin no había comparecido, pero había redactado hasta la última línea del libreto. El edificio estaba “protegido” por los marineros del Báltico, el más extremista de los núcleos armados que apoyaban a Lenin. La víspera, *Izvestia* había advertido a los diputados, antes de que se reunieran, que “todo el poder en la república rusa pertenece a los soviets y las instituciones soviéticas” y que, si intentaban “usurpar alguna función del poder estatal”, serían tratados como contrarrevolucionarios y “aplastados por todos los medios que estaban a disposición del poder soviético, incluso el uso de la fuerza armada”.⁸⁶ Apenas se reunieron los diputados, el secuaz de Lenin, es decir Sverdlov, simplemente apartó de la tribuna al miembro más anciano, el mismo que de acuerdo con una tradición rusa debía inaugurar las sesiones, y se hizo cargo del asunto. Siguió un prolongado debate, que culminó en una votación después de medianoche; el resultado no favoreció a los bolcheviques y a sus aliados, que perdieron la votación por 237 contra 138. En este punto, los bolcheviques se retiraron, y los siguieron una hora después sus aliados los socialistas revolucionarios de izquierda. A las cinco de la madrugada del 6 de enero, en cumplimiento de instrucciones enviadas directamente por Lenin, el marinero a cargo de la guardia dijo a la Asamblea que debía suspenderse la reunión “porque la guardia estaba cansada”. Se aplazó la sesión por doce horas, pero el cuerpo nunca volvió a reunirse, pues más avanzado el mismo día, después de un discurso de Lenin, el Comité Ejecutivo Central disolvió formalmente la Asamblea y apostó una guardia en la puerta para informar a los diputados que debían regresar a sus hogares. Una manifestación desarmada en favor del Parlamento fue dispersada y varios miembros de la turba resultaron muertos.⁸⁷ De esta forma, con procedimientos breves y brutales, Lenin destruyó la democracia parlamentaria en Rusia. Tres días más tarde, en el mismo edificio y con la presidencia de Sverdlov, los soviets ratificaron las decisiones del régimen.

Hacia fines de enero de 1918, después de unas doce semanas de ejercicio del poder, Lenin había afirmado tan sólidamente su dictadura que sólo la intervención exterior podía haber destruido su poder. Por supuesto, en esta época los alemanes estaban en condiciones de eliminarlos sin dificultad. Avanzaban deprisa en todos los frentes y afrontaban escasa oposición. Pero el 3 de marzo Lenin firmó las condiciones de paz que se le imponían, después de disuadir a Trotsky y a otros colegas, que deseaban aplicar una línea de “ni paz ni guerra”, hasta que estallase la revolución

83 Lenin, *Collected Works*, XXII, pp. 109-110.

84 *Ibid.*, XXII, pp. 131-134.

85 *Izvestiya*, 22 de diciembre de 1917.

86 Carr, *op. cit.*, I, pp. 117-118.

87 *Ibid.*, p. 119, n 2, p. 120.

de los trabajadores alemanes. Luego, y durante el resto de la guerra, el mantenimiento de Lenin en el poder benefició a los alemanes. Como dijo en julio de 1918 el ministro alemán de Relaciones Exteriores, almirante Paul von Hintze: “Los bolcheviques son la mejor arma para mantener el caos en Rusia, lo que permite que Alemania se apodere del mayor número posible de provincias del ex Imperio Ruso y gobierne el resto mediante controles económicos”.⁸⁸

Por razones iguales y contrarias, los aliados deseaban derrocar a Lenin y reintegrar a Rusia a la guerra. Pero era evidente que Lenin acertaba cuando intentaba llegar a un acuerdo con los alemanes, cuya amenaza para él era próxima e inmediata, más que con los aliados, que estaban lejos y no tenían metas unificadas. Ya el 14 de diciembre de 1917, el Gabinete de Guerra británico decidió financiar a los antibolcheviques “con el propósito de mantener viva en Rusia suroriental la resistencia a las potencias centrales”. El 26 de diciembre, Gran Bretaña y Francia dividieron a Rusia en esferas de influencia con el fin de realizar este mismo propósito; los franceses se hicieron cargo del sur, y los británicos del norte.⁸⁹ En marzo de 1918 las primeras tropas británicas fueron a Arcángel y Murmansk, inicialmente con el objetivo de proteger los depósitos británicos y material bélico que estaban allí. Después del armisticio con Alemania, los aliados continuaron interviniendo, pues Lenin había firmado una paz por separado con el enemigo; en determinado momento Winston Churchill abrigó la esperanza de convencer al Consejo de los Diez en París para que declarase formalmente la guerra al régimen bolchevique.⁹⁰ A fines de 1918 había 180.000 soldados aliados en territorio ruso (británicos, franceses, norteamericanos, japoneses, italianos y griegos, además de contingentes serbios y checos), más 300.000 rusos de distintas fuerzas antibolcheviques apoyadas por el dinero, las armas y los consejeros técnicos de los aliados. Cabe preguntarse, en vista del apoyo popular tenue, casi inexistente, de que Lenin gozaba en Rusia, ¿cómo se las arregló su régimen para sobrevivir?

La respuesta más breve es que a fines del verano y principios del otoño de 1919, el régimen estaba casi extinguido. No hubo absolutamente nada inevitable acerca de su perduración. Una serie de factores muy distintos lo favoreció. En primer lugar, con una excepción, ninguno de los estadistas aliados implicados en el asunto comenzó siquiera a percibir el enorme significado de la creación de este nuevo tipo de dictadura totalitaria o el efecto general de su implantación en el corazón de la más dilatada potencia terrestre sobre la tierra. La excepción fue Churchill. Con su vigoroso sentido de la historia, advirtió que el mundo estaba llegando a una especie de fatal división de las aguas. Lo que al parecer lo llevó a percibir la realidad de la situación fue no sólo el asesinato de toda la familia real rusa, el 16 de julio de 1918, sin ningún tipo de proceso o justificación, sino la audacia que demostró Lenin el 31 de agosto, cuando ordenó a sus hombres que irrumpiesen en la embajada británica y asesinaran al capitán Crombie, agregado naval. Churchill consideró que había surgido un nuevo tipo de barbarie, indiferente a todas las formas del derecho, la costumbre, la diplomacia y el honor, respetadas hasta ese momento por los estados civilizados. Dijo al gabinete que era necesario capturar y ahorcar a Lenin y a Trotsky, “en tanto son el objeto sobre el que debe recaer la justicia, por mucho tiempo que ello demande y con el fin de que sientan que su castigo ha llegado a ser un objetivo importante de la política británica”.⁹¹ El 26 de noviembre de 1918 manifestó a sus electores de Dundee que los bolcheviques estaban reduciendo a Rusia “a una forma animal de barbarie”, manteniéndose mediante “sangrientas y generales carnicerías y masacres practicadas en considerable medida por medio de ejecuciones chinas y carros blindados [...] La civilización está extinguiéndose completamente en regiones gigantescas, y los bolcheviques saltan y brincan como manadas de mandriles feroces entre las ruinas de las ciudades y los cadáveres de sus víctimas”. “De todas las tiranías de la historia”, observó el 11 de abril de 1919, “la bolchevique es la peor, la más destructiva, la más degradante”. Las atrocidades de Lenin eran “incomparablemente más repulsivas, en más amplia escala y más numerosas que todas las que había cometido el káiser”. Sus comentarios privados a los colegas mostraban la misma vehemencia. Así, dijo a Lloyd George:

⁸⁸ Holborn, op. cit., p. 490.

⁸⁹ Gilbert, op. cit., IV, p. 220.

⁹⁰ J. M. Thompson, *Russia Bolshevism and the Versailles Peace*, Princeton, 1966.

⁹¹ Gilbert, op. cit., IV, p. 225.

“Reconocer a los bolcheviques es lo mismo que legalizar la sodomía”. También le manifestó a H. A. L. Fisher: “Después de vencer a los hunos —los tigres del mundo— no aceptaré que me derroten los mandriles”. Cuando el régimen se consolidara, se mostraría más expansionista que la Rusia zarista y, tal como advirtió al mariscal de campo Wilson, “altamente militarista”.⁹² Churchill nunca dejó de sostener que un objetivo fundamental de la política de las grandes potencias pacíficas y democráticas debía ser aplastar a este nuevo tipo de amenaza cuando tal cosa aún era posible.

Sin embargo, ni siquiera Churchill tenía una idea clara de los medios que debían emplearse. Se irritó ante las sugerencias que sus colegas comunicaron a la prensa acerca de que el propio Churchill tenía una especie de plan maestro destinado a eliminar el bolchevismo del mundo. Escribió a Lloyd George (21 de enero de 1919): “No tengo una política rusa. No conozco una política rusa. ¡Fui a buscarla! Deploro la falta de una política rusa”. Reconoció que no era una tarea para Occidente derrotar a Lenin: “Rusia debe salvarse gracias a los esfuerzos rusos.”⁹³ La totalidad de los restantes líderes occidentales demostraron, en diferentes grados, una actitud tibia en relación con el asunto. El 14 de febrero de 1919 Wilson afirmó que estaba a favor del retiro de las fuerzas: “Nuestras tropas no hacían nada provechoso en Rusia. No sabían para qué o para quién estaban combatiendo”. Los franceses estaban más interesados en convertir en un gran estado a su nuevo aliado, Polonia. Lloyd George afirmaba con referencia a la opinión pública de su país: “El mejor modo de difundir el bolchevismo era tratar de reprimirlo. El envío de soldados para derrocar a tiros el bolchevismo provocaría el bolchevismo aquí”. Sir David Shackleton, jefe del Ministerio de Trabajo, advirtió al gabinete en junio de 1919 que la intervención británica era la causa principal de la inquietud obrera. La Oficina de Guerra previno que se mantenían “conversaciones revolucionarias en la Brigada de Guardias”, y el general Ironside que estaba a cargo de Arcángel, cablegrafió a Gran Bretaña la noticia de que se observaban amotinamientos “muy tenaces y obstinados en sus propias tropas”.⁹⁴

Quizá nada de todo esto habría importado si Lloyd George, en particular, hubiese pensado que el leninismo era el peor de los males. Pero no era el caso. El leninismo apoyaba la autodeterminación. Estaba dispuesto a dejar en libertad, y en realidad ya lo había hecho, a todas las pequeñas naciones de su periferia: Finlandia, los Estados bálticos, Polonia, posiblemente Ucrania, Crimea y las repúblicas georgianas. En representación de los franceses, el mariscal Foch contemplaba la posibilidad de unir a estos nuevos estados democráticos en un cordón sanitario, que aislase al bolchevismo de la Europa civilizada. A diferencia de Churchill, la mayor parte de la opinión occidental entendía que los bolcheviques se oponían al expansionismo y que estaban dispuestos a aceptar una Rusia débil, imbuida de espíritu internacional. Para estos sectores, los comandantes antibolcheviques, el almirante Kolchak y el general Denikin, eran los representantes del imperialismo zarista, las antiguas y temidas imágenes del “oso”, la “fuerza rusa arrolladora”, y cosas por el estilo. Esta opinión no carecía de sustento. Kolchak se negó tenazmente a ofrecer a los aliados las seguridades que ellos deseaban acerca de la confirmación de la independencia de Finlandia y los Estados bálticos, después que él hubiese derrocado a Lenin. Ni siquiera estaba dispuesto a prometer que permitiría la realización de elecciones democráticas en la misma Rusia. Denikin se mostraba intensamente antipolaco y se oponía ardientemente a conceder la libertad a los ucranianos, al Cáucaso y a otras naciones pequeñas. Al parecer, deseaba restablecer el imperio zarista en toda su plenitud y, lo que es peor, con toda su ferocidad tradicional. Lo que más dañó la imagen de los rusos blancos en Occidente, e incluso a los ojos de Churchill, fue la identificación que hizo Denikin del bolchevismo con el judaísmo, así como las atrocidades antisemitas de sus tropas: según parece, a lo largo de 1919, más de 100.000 judíos fueron asesinados en Rusia meridional, y no todos en el curso de pogromos campesinos.⁹⁵

De hecho, los comandantes antibolcheviques nunca se entendieron bien con los aliados ni con las nacionalidades oprimidas. De este modo, cuando Denikin se apoderó de Kiev el 31 de agosto de

⁹² *Ibid.*, pp. 227, 278, 235, 275, 362-364.

⁹³ *Ibid.*, pp. 257-259.

⁹⁴ *Ibid.*, pp. 244, 228, 305-306, 261.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 342, n 2.

1919 y avanzó hacia Moscú, las fuerzas aliadas ya estaban siendo evacuadas en el norte, con lo que masas de tropas de Lenin pudieron desplazarse hacia el sur. El 16 de octubre de 1919, las tropas del general Yudenich estaban a sólo cuarenta kilómetros de Petrogrado, y Denikin se encontraba cerca de Tula, al oeste de Moscú; en el plazo de una semana sus cosacos habían desertado, estallaron alzamientos nacionalistas en Ucrania y una rebelión general en el Cáucaso. A partir de ese momento, la oleada rusa blanca comenzó a retirarse y hacia fines del año su causa estaba acabada.

El arma principal esgrimida por Lenin fue su disposición a entregar cheques con fecha adelantada, no sólo a los nacionalistas, sino sobre todo a los campesinos. Nadie sabía entonces que no se cancelaría ninguno de esos cheques. Los jefes blancos llegaron a la conclusión de que no podían igualar tales promesas. El general sir Henry Rawlinson, el último comandante británico en Rusia, opinó que la victoria fue el resultado del carácter y la decisión de los líderes bolcheviques: “Saben lo que quieren y trabajan esforzadamente para conseguirlo”.⁹⁶ Había apenas unos pocos miles de cuadros bolcheviques, pero Lenin les transmitió su voluntad de poder y les aportó una visión clara de los objetivos. Aún no habían comenzado a asesinarses unos a otros. Se mostraron absolutamente implacables —mucho más que sus antagonistas— y fusilaron a los comandantes que fracasaban, a los desertores, a los pusilánimes, a los sabotadores y a todos los que discutían o provocaban dificultades. Es doloroso destacarlo, pero esa ferocidad casi siempre había obtenido resultados con los grandes rusos, y por supuesto, la mayor parte del pueblo que habitaba los territorios detrás de las líneas estaba formada por grandes rusos. Los elementos realmente intransigentes, las minorías y las nacionalidades raciales, estaban todos tras las líneas de los blancos, que se sentían incapaces de forzarlos a realizar concesiones. La conjunción fue fatal.

No obstante, Lenin no carecía de amigos en el exterior. Los vínculos determinados por el propio interés que se establecieron entre su régimen y los militares alemanes en noviembre de 1917 al parecer perduraron, aunque a veces fueron muy tenues, incluso después del armisticio. Los oficiales militares británicos que asesoraban a Denikin y a otros comandantes británicos mencionan a menudo la ayuda militar alemana a los bolcheviques.⁹⁷ La ayuda adoptó la forma inmediata de los oficiales de los *Freikorps*, los envíos de municiones y, a su debido tiempo, el aporte de conocimientos para la construcción de nuevas fábricas de material de guerra. Este último punto era fundamental para los alemanes que, de acuerdo con los términos del Tratado de Versalles, tuvieron que dismantelar su industria de armamentos. Gracias a la ayuda secreta prestada a los bolcheviques en la tecnología armamentista y el desarrollo de nuevas armas, mantuvieron cierta continuidad en áreas especializadas y, cuando llegó el momento oportuno, de nuevo pudieron aplicarlas públicamente en la misma Alemania. Así se formó una extraña alianza secreta, que en ocasiones se manifestaba abiertamente, como en la Conferencia de Rapallo, celebrada en 1922, y de un modo todavía más sensacional en agosto de 1939, pero en general era mantenida en el más cuidadoso secreto: una relación funcional de los generales, los expertos en armas y luego de la policía secreta, que habría de continuar de una forma o de otra hasta el 22 de junio de 1941. Una de las ironías de la historia reside en el hecho de que los especialistas alemanes fueron los primeros en enseñar al comunismo soviético el modo de fabricar excelentes tanques, un arma utilizada para aplastar a Alemania entre 1943 y 1945. La ironía más profunda del caso consiste en que fue una unión de enemigos de clase. ¿Acaso podría concebirse dos grupos más distantes uno del otro que los generales prusianos y los bolcheviques? Sin embargo, durante la crisis final y el período que siguió inmediatamente a la guerra, ambos grupos se vieron a sí mismos como proscritos, y sin duda así se los veía. Existía un espíritu de fraternidad mafiosa en los arreglos que concertaban, los primeros de otros muchos semejantes que Europa habría de presenciar durante los veinte años siguientes.

El más antiguo de los cheques con fecha adelantada que Lenin firmó, y que no fue pagado, correspondió a las nacionalidades. Aquí, la metodología pertenecía a Lenin, pero el agente utilizado fue el ex seminarista Josef Djughashvili, o Stalin, a quien designó comisario del Comisariato del Pueblo de las Nacionalidades (Narkomnats). A lo largo de su carrera, Lenin demostró un genio

⁹⁶ *Ibid.*, p. 316.

⁹⁷ E.g., el telegrama del general sir H. C. Holman a Churchill del 8 de enero de 1920, impreso en Gilbert, op. cit., IV, pp. 366-367.

brillante —aunque siniestro—para conferir a las palabras y las frases sentidos especiales que convenían a sus propósitos especiales, una cualidad que en muchas formas llegaría a ser lamentablemente conocida durante el siglo XX. Así como para Lenin un Parlamento, al que no podía controlar, era la “democracia burguesa”, y en cambio un Soviet, al que podía controlar, era la “democracia proletaria”, así la autodeterminación incorporó diferencias de clase.

Rusia había perdido a Finlandia, los Estados bálticos y Polonia. Por lo tanto, se denominó “repúblicas burguesas” a estos países y se formuló la reserva de que en un futuro momento propicio, cuando el poder soviético fuese mayor, sería posible transformarlos en “repúblicas proletarias” y llevarlos a una relación más estrecha con la Unión Soviética. No se permitió que Ucrania, cuyos suministros de granos eran esenciales para la supervivencia del régimen, optase por la “autodeterminación burguesa” y en 1921-1922, después de terribles luchas, fue obligada a aceptar la “autodeterminación proletaria”, es decir, la incorporación a la Unión Soviética.⁹⁸

Stalin aplicó esta técnica al Cáucaso y al Asia rusa, en todos los lugares donde el poder militar bolchevique lo permitió. Si la autodeterminación levantaba la cabeza, se la tachaba de “burguesa” y se la destruía. Como dijo el mismo Stalin, esos movimientos separatistas eran sencillamente intentos “de disfrazar con un ropaje nacional la lucha contra el poder de las masas trabajadoras”. La autodeterminación era el derecho “no de la burguesía sino de las masas trabajadoras” y debía usárselo únicamente como un instrumento de “la lucha por el socialismo”.⁹⁹ En realidad, la autodeterminación proletaria no podía manifestarse hasta que se hubiesen formado los soviets u otros organismos proletarios auténticos. En ese momento, cada nacionalidad podía ejercer su “derecho”. A través del Narkomnats, Stalin creó un sistema para instalar en cada nacionalidad funcionarios cuya fidelidad al partido era más firme que la relación con el medio local, un método que su delegado Pestkovski describió después como el “apoyo a la antigua tradición de rusificación”.¹⁰⁰ Cuando después de la derrota de Denikin se formó un nuevo Consejo de las Nacionalidades, éste fue sencillamente el portavoz de la política del Narkomnats y sirvió para inducir a los soviets locales y a los cuerpos representativos a renunciar al “derecho de separarse” a favor del “derecho de unirse”, otro ejemplo de la habilidad verbal de Lenin.¹⁰¹

Hacia fines de 1920, el año decisivo, las nacionalidades que aún no habían escapado quedaron sólidamente encerradas en el Estado soviético. Ucrania tuvo el mismo destino apenas el Ejército Rojo consolidó su control sobre el país. La clave era el concepto leninista de la “unión voluntaria”; el partido local suministraba el necesario ingrediente de “volición” en respuesta a las órdenes del centro partidario en Moscú. De manera que, gracias al principio del “centralismo democrático” aplicado en el seno del partido, Lenin, y después Stalin, pudieron reconstruir el imperio zarista y Stalin consiguió ampliarlo. Se creó una estructura externa de propaganda, la llamada Unión de las Repúblicas

Soviéticas, que fue la máscara del gran imperialismo ruso. Para llegar a la constitución de la URSS, el primer Congreso Panruso de los Soviets el 10 de enero de 1923 designó una comisión de veinticinco miembros, incluyendo tres de las repúblicas de Transcaucasia y Rusia blanca, cinco de Ucrania y cinco de las repúblicas autónomas. Pero en cada uno de estos grupos había un funcionario del partido sometido a rigurosas órdenes superiores; la constitución fue redactada en la cumbre misma de Moscú (de hecho, por el propio Stalin). Fue una constitución federal sólo en la nomenclatura superficial; a lo sumo confirió una forma legal externa a una autocracia muy centralizada, donde todo el poder real se encontraba en manos de un minúsculo grupo gobernante.¹⁰²

Las etapas que Lenin recorrió para crear esta autocracia merecen una descripción más detallada porque se convirtieron, en los aspectos esenciales, en el siniestro modelo de muchos otros regímenes que siguieron durante las seis décadas siguientes. Lenin perseguía cuatro metas. En

98 Carr, op. cit., I, pp. 263 y ss., 291-305 y n. B pp. 410 y ss.

99 Stalin, Collected Works, IV, pp. 31-32.

100 Leon Trotsky, Stalin, Nueva York, 1946, p. 279.

101 Carr, op. cit., I, p. 364.

102 Ibid., pp. 380-409.

primer lugar, destruir todo lo que representase oposición fuera del partido; segundo, concentrar todo el poder, incluido el gobierno, en manos del partido; tercero, destruir la oposición en el seno del partido; cuarto, concentrar todo el poder del partido en él mismo y en sus colaboradores. En la elaboración de la constitución y la creación de la URSS, las cuatro metas fueron perseguidas simultáneamente, aunque algunas concretaron con más prontitud que otras.

La eliminación de toda la oposición no partidaria suscitó pocos problemas una vez que Lenin organizó la Cheka. La constitución de 1918, redactada por Stalin de acuerdo con las instrucciones de Lenin, representaba la “dictadura del proletariado”, descrita brutalmente por Lenin en cierta ocasión “como una clase especial de garrote y nada más”.¹⁰³ No incluía salvaguardias constitucionales y no otorgaba a nadie derechos contra el Estado. El poder de éste era ilimitado e indivisible —no había separación entre las funciones legislativa y ejecutiva, ni poder judicial independiente— y además absoluto. Lenin menospreció la antítesis entre el individuo y el Estado al considerarla una herejía de la sociedad de clases. En una sociedad sin clases, el individuo era el Estado, de modo que, ¿cómo podían hallarse en conflicto, a menos que el individuo fuese enemigo del Estado? Por lo tanto, no podía hablarse de igualdad de derechos o de que un hombre equivaliera a un voto. De hecho, la votación para el Congreso Panruso de los Soviets incluía una manipulación fundamental de los distritos, pues los soviets urbanos elegían un delegado por cada 25.000 habitantes y, en cambio, los rurales (donde los bolcheviques eran más débiles) tenían un representante cada 125.000 habitantes. En definitiva, se negaba el voto (y otros “privilegios” civiles) a categorías enteras de personas y a innumerables individuos, y la constitución incluía entre sus “principios generales” esta lacónica observación: “En el interés general de la clase trabajadora, [el Estado] priva a los individuos o a grupos determinados de los privilegios que ellos pueden utilizar en perjuicio de la revolución socialista”.¹⁰⁴

Aunque los bolcheviques controlaron todos los órganos “representativos” a partir de 1918, los políticos opositores se mantuvieron en escena un tiempo, si bien miles fueron fusilados en el curso de la guerra civil. En mayo de 1920, la delegación laborista británica que visitó Moscú, de acuerdo con Bertrand Russell, gozó de “libertad total para ver a los políticos de los partidos opositores”.¹⁰⁵ Seis meses después, el Octavo Congreso Panruso de los Soviets fue el último que aceptó delegados que adherían al menchevismo o al socialismo revolucionario, e incluso éstos habían perdido mucho tiempo antes su derecho al voto. Por esa época, Martov, el único socialdemócrata importante que aún quedaba, había salido de Rusia y había denunciado al bolchevismo en el Congreso de Halle de los socialistas independientes alemanes.

El último desafío real al régimen, originado fuera del partido, fue el motín de Cronstadt, el 28 de febrero de 1921, que comenzó en el acorazado *Petropavlovsk*. Los marineros habían sido siempre las cabezas calientes de la revolución. Creían realmente en la libertad y la igualdad. Alimentaban la absurda idea de que también Lenin compartía tales convicciones. Si hubiesen seguido el consejo de los pocos oficiales del antiguo imperio que aún revistaban en la marina, habrían establecido una cabeza de puente en tierra firme (Petrogrado estaba a unos veintiocho kilómetros de distancia) y habrían extendido la revuelta a la capital, imponiendo sus reclamos mediante la fuerza. Esa actitud podría haber acarreado el fin del régimen, porque hacia principios de 1921 el bolchevismo era en general impopular, como lo indicaba el descontento de los marineros. De hecho, la rebelión representó una acusación total al régimen. Reclamaron la elección de los soviets por el voto secreto, en lugar de hacerlo “levantando la mano” en mítines de masas, y el derecho de los candidatos rivales a realizar libremente su campaña. Afirmaron que todos los soviets existentes carecían de representatividad. También exigieron la libertad de palabra y de prensa para “los partidos obreros y campesinos, el anarquista y el socialista de izquierda”, la libertad de los sindicatos, la libertad de reunión, la formación de sindicatos de campesinos, la libertad de “todos los detenidos políticos socialistas” y de todos los encarcelados “en relación con los movimientos de obreros y campesinos”, la creación de una comisión que revisara los casos de todos los detenidos en las

¹⁰³ *Ibid.*, p. 141.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 143.

¹⁰⁵ Bertrand Russell, *The Practice and Theory of Bolshevism*, London, 1920, p. 26.

cárceles y en los campos de concentración, la abolición de los “departamentos políticos” del ejército, la marina y el transporte público, pues “ningún partido puede gozar de privilegios para la propaganda de sus ideas y recibir dinero del Estado con ese propósito”, y finalmente, el derecho de los campesinos a “proceder como quisieran con toda la tierra”. En resumen, se oponían prácticamente a todo lo que Lenin había hecho desde su ascenso al poder. Lo menos que puede decirse es que se mostraron ingenuos al suponer que siquiera uno de estos reclamos sería satisfecho, salvo a punta de pistola y, por cierto, pasando sobre el cadáver de Lenin.

Los marineros no extendieron a tierra firme la rebelión y el régimen pudo organizarse. La fortaleza fue tomada por asalto el 18 de marzo y los atacantes avanzaron sobre el hielo. Tujachevski, que estaba al frente de las tropas, utilizó a los jóvenes cadetes de los colegios militares, que debieron ser empujados a punta de pistola por un grupo de 200 bolcheviques desesperados, extraídos del Décimo Congreso del Partido. La posición del régimen fue que el motín había sido promovido desde el exterior por los guardias blancos y que había sido encabezado por ex oficiales zaristas. No hubo juicios públicos, pero Lenin seleccionó cuidadosamente, con destino a su publicación, una lista de trece “cabecillas” que incluía a un ex sacerdote, cinco ex oficiales y siete campesinos. Centenares, quizá miles de personas fueron asesinadas después de aplastada la insurrección, aunque es probable que jamás se conozcan los detalles: el episodio ha sido sepultado por la historiografía soviética debajo de una enorme pirámide de mentiras.¹⁰⁶

Una vez reprimido el motín, Lenin decidió que ya no toleraría ninguna forma de actividad política fuera del partido. Afirmó que todos los que no estaban en el partido eran “sencillamente mencheviques y socialistas revolucionarios disfrazados con el moderno atuendo apartidario de Cronstadt”. A esas criaturas, agregó, “debemos enviarlas a la seguridad de la cárcel o remitirlas a Martov, en Berlín, para que gocen gratuitamente de todas las bellezas de la democracia libre”.¹⁰⁷ Después de esta declaración, realizada en mayo de 1921, la Cheka actuó con prontitud para anular todo lo que restaba de la actividad socialdemócrata; ese verano presencié la extinción de la oposición política visible al Estado de Lenin. Éste había ofrecido a los que no eran comunistas la alternativa que afrontó durante varias décadas: el silencio aquiescente, la cárcel o el exilio.

Al mismo tiempo, comenzó el proceso que determinó que la afiliación al partido fuese esencial para ocupar un cargo importante en el Estado y en sus órganos, que proliferaban sin tregua. “En tanto que partido gobernante”, escribió Lenin en 1921, “no podemos evitar la fusión de las ‘autoridades’ soviéticas con las ‘autoridades’ partidarias; en nosotros se fusionan, y continuarán haciéndolo”.¹⁰⁸ Por su parte, Kamenev afirmaba: “Gobernamos Rusia, y podemos gobernarla sólo por medio de los comunistas”. Se ordenó a estos últimos que se hicieran cargo de “la red de la administración estatal (ferrocarriles, suministros de alimentos, control, ejército, tribunales, etcétera)”, los sindicatos y todas las fábricas y talleres, incluso los baños públicos, los comedores y otros organismos de bienestar, las escuelas y los comités de vivienda. En todas las áreas debían formar “fracciones organizadas” y “votar unificados”.¹⁰⁹ La afiliación al Partido Comunista ahora resultaba esencial para ascender; el partido había pasado de 23.600 miembros en 1917 a 585.000 a principios de 1921. De esta fecha datan los primeros esfuerzos encaminados a seleccionar a los miembros del partido (en octubre se organizó una “comisión central de verificación”), expulsar a los que mostrasen falta de entusiasmo, de sometimiento o de relaciones, y convertir el partido en un valioso privilegio que debía ser conquistado.¹¹⁰

De esta manera nació lo que es, quizá, la característica más importante del Estado totalitario comunista: la jerarquía de los órganos del partido en la ciudad, el distrito, la región y la república, que se imponen en todos los planos de la autoridad a los órganos correspondientes del Estado. El “vanguardismo” de la revolución se transformó ahora en el “vanguardismo” del dominio perpetuo,

106 Con respecto al asunto de Cronstadt véase Leonard Schapiro, *The Origin of the Communist Autocracy*, Londres 2ª ed., 1977, pp. 301-314.

107 Lenin, *Collected Works*, XXVI, p. 352.

108 *Ibid.*, XXVI, p. 208.

109 Carr, *op. cit.*, pp. 221-222.

110 *Ibid.*, pp. 205-208.

de modo que el partido se convirtió en lo que Lenin denominó la “fuerza conductora y orientadora” de la sociedad soviética y luego conservó ese carácter. El control del partido se manifestó sobre todo en el gobierno central y en el propio Sovnarkom, que en teoría estaba subordinado a los soviets. S. Liberman, uno de los “expertos” empleados por Lenin, afirmó que hacia 1921-1922, los dos sectores esenciales del gobierno, el Consejo de Comisarios del Pueblo y el Consejo de Trabajo y Defensa, ya eran simples ratificadores de las decisiones adoptadas en el partido.¹¹¹ Lydia Bach, que estudió el proceso en esa misma época, escribió en 1923 que el Sovnarkom “ha cesado de ser un organismo con voluntad propia y se limita a registrar automáticamente las decisiones adoptadas en otros lugares y a refrendarlas”.¹¹²

Por lo tanto, Lenin había desplazado a una clase gobernante y la reemplazó por otra, el partido. La “nueva clase”, denunciada durante la década de los cincuenta por el disidente comunista yugoslavo Milovan Djilas, ya existía hacia 1921-1922. Pero si la “elite de vanguardia”, que ahora tenía medio millón de miembros y que, en definitiva, llegaría a los quince millones, gozaba de privilegios e incluso ejercía autoridad administrativa, no compartía sin embargo el poder real. Este debía ser derecho exclusivo de una vanguardia interior, una elite secreta. Tal como Rosa Luxemburgo lo había previsto, uno de los rasgos más deprimentes del régimen de Lenin fue la reproducción casi consciente de los peores rasgos del zarismo. También los zares habían realizado experimentos periódicos con el “gobierno responsable”, por medio de un sistema de gabinetes semejantes al Sovnarkom. Pedro el Grande había tenido su Senado, Alejandro I, su “Comisión de Ministros” en 1802, Alejandro II, su “Consejo de Ministros” en 1857, y hubo otro cuerpo semejante en 1905.¹¹³ En todos los casos, la combinación de la autocracia con la burocracia descalabró el sistema, pues el zar trataba en privado con cada ministro, en lugar de permitir que el gabinete funcionara. La bocanada de Derecho Divino era demasiado intensa en la nariz del zar, del mismo modo que ahora la bocanada de la historia y su asistente, la dictadura del proletariado, resultaba demasiado intensa en la nariz de Lenin.¹¹⁴ Cuando se tocaba el punto, Lenin no quería un “gobierno responsable”, así como no deseaba ninguna forma de restricción legal, constitucional o democrática impuesta a sus decisiones.

Esta actitud lo llevó a aplastar todo lo que fuese oposición en el seno del partido; la tercera etapa en la creación de la autocracia de Lenin. Para ser justos con él, cabe destacar que siempre explicó claramente que creía en un pequeño partido centralizado, cuyas decisiones reales estuviesen en manos de muy pocos. Lo formuló de manera explícita en una carta a los obreros del partido, fechada en septiembre de 1902.¹¹⁵ Sus conceptos acerca del “centralismo democrático” eran claros y muy conocidos, aunque no fueron definidos en forma oficial hasta 1934, una década después de su muerte: (1) aplicación del principio electivo a todos los órganos de dirección del partido, del más alto al más bajo; (2) control periódico de los órganos partidarios por parte de sus respectivas organizaciones; (3) rigurosa disciplina partidaria y subordinación de la minoría a la mayoría; (4) carácter absolutamente obligatorio de la decisión del organismo superior para los órganos inferiores y todos los miembros del partido.¹¹⁶ Ahora bien, el rasgo más evidente de esta lista es que el punto 3 y sobre todo el 4 anulan completamente el 1 y el 2. De hecho, ésa había sido la práctica de Lenin. El congreso del partido, aunque en teoría era soberano y se había reunido anualmente entre 1917 y 1924, en realidad no representó un papel importante después de la ratificación del pacto de Brest-Litovsk, en marzo de 1918. Se convirtió en una mera forma, como el Congreso Panruso de los Soviets. El Comité Central asumió su autoridad.

Lenin aprovechó el ramalazo de terror provocado por el motín de Cronstadt en el partido para liquidar de su seno todo lo que fuese un residuo de democracia. En el Décimo Congreso del Partido, que se celebró cuando aún no se había aplastado a los rebeldes, dijo a los delegados (9 de marzo de

111 S. Liberman, *Building Lenin's Russia*, Chicago, 1945, p. 13.

112 Lydia Bach, *Le Droit et les Institutions de la Russie Soviétique*, París, 1923, p. 48.

113 Véase George L. Yaney, *The Systematization of Russian Government... 1711-1905*, Urbana, Illinois, 1973.

114 T. H. Rigby, *Lenin's Government: Sovnarkom, 1917-1922*, Cambridge, 1979, pp. 230-235.

115 Shapiro, op. cit., p. 343.

116 Carr, op. cit., I, p. 190 n 3.

1921) que había llegado el momento de conferir carácter monolítico al partido: “Camaradas, ahora no necesitamos una oposición. Éste no es el momento oportuno. De este lado o del otro [...] ¡con un rifle, no con la oposición! ¡Camaradas, ahora no más oposición! Ha llegado el momento de terminar con ella, de tatarla. ¡Ya hemos tenido suficiente oposición!”. Debían terminar con “el lujo de la discusión y las disputas”. Era mucho mejor “discutir con los rifles” que con las tesis de la oposición.¹¹⁷

Debido a la influencia de este discurso, y quizá temiendo que si el motín triunfaba, todos acabarían ahorcados en un lapso de dos semanas, los camaradas concentraron maravillosamente sus mentes y aprobaron una serie de resoluciones que dieron a Lenin todo lo que él deseaba. Incluyeron una cláusula secreta, denominada “punto siete”, que otorgaba al Comité Central “plenos poderes [...] para aplicar todas las medidas de castigo partidario, incluso la expulsión del partido” cuando se observase “una falta de disciplina, el renacimiento de la tendencia a fraccionar o la tolerancia frente a ella”. Dicha expulsión era aplicable, incluso, a los miembros del Comité Central, por el voto de los dos tercios, y el Comité Central no necesitaba siquiera remitir el asunto al congreso, que por lo tanto abdicaba de su autoridad. Más aún, ahora se equiparaba el delito de “fraccionalismo” al de “contrarrevolución”, de modo que la totalidad de las fuerzas represivas, reservadas hasta ese momento para los enemigos del partido, podían utilizarse ya contra los miembros de éste, que serían juzgados y condenados en secreto. Algunos de los presentes tenían cabal conciencia de los riesgos. Karl Radek, el mismo que había comprado a Lenin aquel par de zapatos, dijo al congreso: “Al votar esta resolución, pienso que bien puede volverse contra nosotros. Y sin embargo la apoyo [...] Que en momentos de peligro el Comité Central adopte las medidas más severas contra los mejores camaradas del partido si lo juzga necesario [...] ¡Incluso que el Comité Central se equivoque! ¡Eso es menos peligroso que la vacilación que ahora se observan!¹¹⁸ Sabía que la democracia estaba firmando su sentencia de muerte. Lo que Radek (y muchos, muchísimos otros presentes) no comprendió es que estaba firmando su propia sentencia de muerte.

Es indudable que esta falta de conciencia respondió al hecho de que en general no se percibía, ni siquiera en los niveles más altos del partido, la medida en que el propio Comité Central había renunciado al poder con la intención de favorecer a pequeños grupos existentes en su mismo seno, incluida su propia burocracia. La burocracia partidaria era una creación intencional de Lenin. Éste no sólo desconfiaba sino que detestaba profundamente a la antigua burocracia imperial, entre otras razones porque se veía obligado a utilizarla. Deseaba contar con su propio cuerpo de funcionarios, más o menos como los zares (de nuevo la siniestra analogía) habían creado una “cancillería personal” para esquivar el sistema del gabinete y el gobierno responsable.¹¹⁹ El 9 de abril de 1919, con el propósito de contrarrestar los “males de la antigua democracia”, Lenin emitió un decreto que establecía un Comisariato del Pueblo de Control Estatal, que debía vigilar a los funcionarios oficiales y, cuando fuese necesario, sustituirlos por personas dignas de confianza. Designó a Stalin comisario de esta oficina; de hecho, ésta fue la primera tarea independiente de gran importancia que afrontó Stalin.

Lo que agradaba a Lenin con respecto a Stalin era, sin duda, su enorme capacidad para soportar las tareas tediosas tras un escritorio. Un hombre como Trotsky se sentía bastante satisfecho en la acción violenta o en la polémica fuerte, tanto oral como por escrito. Lo que le faltaba era la disposición a descargar, día tras día y mes tras mes, la dura tarea de dirigir la máquina del partido o el Estado. En este sentido, Stalin manifestaba un apetito insaciable y, como parecía que no poseía ideas propias o más bien que adoptaba las de Lenin tan pronto le eran explicadas, éste derivó un número cada vez más elevado de despachos y de tareas burocráticas detalladas a esta paciente y entusiasta bestia de carga. En el Octavo Congreso del partido, durante la primavera de 1919, fueron creados tres nuevos organismos muy importantes: un secretariado del Comité Central (formado por seis miembros), un Buró de Organización (Orgburó) que debía dirigir al partido día tras día, y un Buró Político o Politburó de cinco miembros, encargado de “adoptar decisiones en los asuntos que

¹¹⁷ Lenin, *Collected Works*, XXVI, p. 227.

¹¹⁸ Citado en Schapiro, op. cit., p. 320

¹¹⁹ Rigby, op. cit., pp. 236-237.

no admitiesen demoras”. Para evitar los peligros de un choque entre estos tres organismos, se estableció una integración interrelacionada. El nombre de Stalin apareció tanto en el Politburó como en el Orgburó.

Gracias a esta multiplicidad de cargos, que incluía el desempeño en otros comités importantes y al ejercicio de su capacidad de trabajo, durante los años 1919 a 1921, y sin duda en cumplimiento de las instrucciones de Lenin y con su total apoyo, Stalin comenzó a desplazar hombres en las laberínticas jerarquías del partido, el gobierno y los órganos soviéticos, con el propósito de obtener una máquina más homogénea, disciplinada y dócil, que respondiese por completo a la voluntad de Lenin. De ese modo adquirió un conocimiento inmensamente detallado de las personalidades, en Rusia entera tanto como en el centro, y poco a poco formó su propio grupo, pues llegó a conocerlo como el más consecuente proveedor de cargos. Durante todo este período fue el instrumento de Lenin. Era el burócrata perfecto y había encontrado el amo perfecto; era un hombre dotado de una voluntad enorme y un sentido absolutamente claro de la orientación.

Es significativo que las manipulaciones de Stalin en los recesos del partido comenzaron a manifestarse por primera vez en el Décimo Congreso del Partido en 1921, cuando Lenin consiguió que el partido renunciara al poder sobre sí mismo. Este procedimiento, que en la práctica otorgó al Comité Central el derecho de dictar sentencias de muerte aplicables a todos los afiliados (incluidos los propios miembros del Comité), determinó que Lenin se viese obligado a poseer una mayoría absolutamente segura de dos tercios en el Comité Central. Stalin la suministró. El Comité Central recientemente elegido incluía a muchos hombres que ya estaban vinculados con él: Komarov, Mijhailov, Yaroslavsky, Ordzhonikidze, Voroshilov, Frunze, Molotov, Petrovsky, Tuntal y otros miembros candidatos como Kirov, Kuibyshev, Chubar y Gusev. Ésta era la legión dócil reclutada por Stalin en beneficio de Lenin. También se mostró sumamente activo en la nueva Cancillería Personal o Secretariado de Partido, que comenzó a desarrollarse casi con tanta rapidez como la Cheka y por razones análogas. En mayo de 1919, este organismo tenía un personal que llegaba a la cifra de treinta; ese número se elevó a 150 hacia el Noveno Congreso del Partido, en marzo de 1920; y el año siguiente, cuando Lenin destruyó la democracia en el partido, incluía a 602 personas, más su propio plantel de 140 individuos, integrado por los guardias y los mensajeros.¹²⁰ Finalmente, en el Undécimo Congreso del Partido, Lenin dio a Stalin la posesión formal de este pequeño imperio privado que había creado con tanta dedicación, pues lo convirtió en secretario privado del partido, y sus secuaces Molotov y Kuibyshev fueron los ayudantes. Este paso fue decidido en secreto y anunciado en una pequeña nota publicada en *Pravda*, el 4 de abril de 1922. Uno de los bolcheviques, Preobrazhensky, protestó contra esa concentración del poder en la persona de Stalin. ¿Era “concebible”, preguntó, “que un hombre pudiese atender el trabajo de dos comisariatos así como la labor del Politburó, el Orgburó y una docena de comités del partido”?¹²¹ Al parecer, no se hizo caso de la protesta.

Dos meses después, Lenin sufrió su primer ataque. Pero había completado la tarea. Había construido de manera sistemática en todos los aspectos esenciales la estructura más detallada de la tiranía estatal que el mundo había visto hasta ese momento. En el viejo mundo, las autocracias personales, excepto quizá durante breves períodos, habían sido fenómenos limitados o por lo menos condicionados por otras fuerzas de la sociedad: una iglesia, una aristocracia, una burguesía urbana, antiguas cartas de derechos, y tribunales y asambleas. Existía también el concepto de una fuerza externa restrictiva, bajo la idea de una deidad, un Derecho Natural o un sistema absoluto de moral. La nueva utopía despótica de Lenin carecía de tales contrapesos o inhibiciones. La Iglesia, la aristocracia y la burguesía habían sido barridas. Todo lo que quedaba era propiedad del Estado o se encontraba bajo su control. Todos los derechos correspondían al Estado, y en él, enorme y cada vez más desarrollado, hasta los más delgados filamentos de poder se concentraban en manos de un grupo minúsculo de hombres y, en definitiva, de un hombre. Por supuesto, existía una complicada y pretenciosa estructura de representación, pero hacia 1922 no tenía el más mínimo significado. Uno

120 Schapiro, op. cit., p. 322; Carr, op. cit., I, pp. 204-205.

121 Carr, op. cit., I, p. 213.

podía explorar los vastos corredores vacíos y no hallaba una chispa de vida democrática. ¿Cómo podía ser de otro modo? Lenin detestaba la esencia de la democracia; consideraba que sus formas eran sólo un medio de legitimar la violencia y la opresión. En 1917, el año en que asumió el poder, definió el Estado democrático como “la organización destinada a promover el uso sistemático de la violencia de una clase contra la otra, de una parte de la población contra otra”.¹²² “¿Quién a quién?” era su criterio supremo. ¿Quién estaba haciendo qué a quién? ¿Quién estaba oprimiendo a quién; quién explotaba o fusilaba a quién? En el caso de un hombre que pensaba en esos términos, que al parecer era incapaz de concebir las cosas en otra forma, ¿era posible imaginar un conjunto de disposiciones políticas que no tuviesen perfiles despóticos, que no estuviesen dirigidos por un autócrata y no se aplicasen mediante la violencia?

En el último Congreso del Partido al que asistió Lenin, su imagería tuvo más que nunca perfiles militares: rifles, ametralladoras, pelotones de fusilamiento. “Es indispensable”, dijo, “castigar de manera rigurosa, severa, inflexible, la más leve falta de disciplina”. También expresó: “Nuestros tribunales revolucionarios deben fusilar”.¹²³ No se trataba de que esa actitud fuese “deseable”, sino que era absolutamente indispensable. No es que fuese “posible”, sino que era obligatorio. Lenin redactó personalmente el párrafo que continúa siendo hasta hoy la base, en el derecho penal soviético, del despotismo:

La propaganda, la agitación y la participación en una organización o la cooperación con organizaciones que tiendan[...] a ayudar en lo más mínimo al sector de la burguesía internacional, que no reconoce los derechos iguales del sistema comunista que ha venido a ocupar el lugar del capitalismo, y que intente derrotarlo por la fuerza, sea a través de la intervención, el bloqueo, el espionaje, el financiamiento de la prensa o cualquier otro medio, pueden ser castigadas mediante la muerte o la cárcel.¹²⁴

¿Qué más era este párrafo, tan global como las palabras podían hacerlo, que una autorización irrestricta para practicar el terror? En efecto, ése fue su propósito, como el mismo Lenin lo explicó en una carta al comisario de Justicia Kursky, el 17 de mayo de 1922, en vísperas de su ataque: “El párrafo acerca del terror debe ser formulado del modo más amplio posible, pues sólo la conciencia revolucionaria de la justicia y la conciencia revolucionaria pueden determinar las condiciones de su aplicación práctica”.¹²⁵ Aquí, Lenin estaba condensando su menosprecio de toda la vida por lo que fuera un sistema de ley moral. De la misma forma en que unos años más tarde Adolfo Hitler justificaría sus actos por referencia a lo que él denominaba “la ley superior del partido”, Lenin afirmaba que la “conciencia revolucionaria” era la única idea moral que debía aplicarse en la gigantesca maquinaria de masacre y crueldad que él había creado. Es posible que Lenin creyese en la existencia de lo que él denominaba una “conciencia revolucionaria”. Sin duda, creía poseerla. Hasta fines de 1918 intervino, de tanto en tanto, en la campaña del terror, para salvar la vida de alguien a quien conocía personalmente. Pero la totalidad de sus restantes actos y dichos, verbales y escritos, en pronunciamientos públicos y cartas privadas, implicaba acicatear a sus subordinados para que acentuaran su salvajismo, sobre todo hacia el final. No cabe la más mínima duda de que Lenin estaba corrompido por el poder absoluto que había forjado para sí mismo. Otro tanto cabe decir de sus colegas. El proceso mismo de la revolución violenta, seguido por la autopreservación mediante la violencia, inevitablemente destruyó la conciencia y todos los restantes elementos idealistas. Esta cuestión había sido bien aclarada una década antes por el sabio y melancólico anciano polaco Joseph Conrad, en su novela acerca de la revolución, *Under Western Eyes* (1911):

En una auténtica revolución no ocupan el primer plano los mejores individuos.

122 Lenin, *The State and the Revolution*, 1917.

123 Lenin, *Collected Works*, XXVII, pp. 239-240.

124 *Ibid.*, XXVII, p. 296.

125 Rigby, op. cit., pp. 191-192.

Una revolución violenta cae, al principio, en manos de los fanáticos de mente estrecha y los hipócritas propensos a la tiranía. Después, es el turno de todos los pretenciosos fracasados intelectuales del momento. Tales son los jefes y los líderes. Usted advertirá que he excluido a los simples canallas. Los escrupulosos y los justos, las naturalezas nobles, humanas y abnegadas, los generosos y los inteligentes quizás inicien un movimiento, pero se les escapa de las manos. No son los líderes de una revolución. Son sus víctimas; las víctimas de la repugnancia, de la desilusión, a menudo del remordimiento. Las esperanzas traicionadas grotescamente, los ideales caricaturizados: tal es la definición del éxito revolucionario.

Sólo la extraña miopía de Lenin respecto de las personas, resultado de su esencial falta de interés en ellas, en cuanto individuos, le impidió advertir que la guerra civil había destruido los últimos vestigios de la “conciencia revolucionaria” que pudo haber existido en otros tiempos. Por supuesto, al llegar a ese punto, el propio Lenin había sido consumido por el cáncer orgánico del poder. El proceso fue descrito en una novela que sin duda el propio Lenin había leído en otra etapa, *La casa de los muertos*, de Dostoievski:

Quien ha realizado la experiencia del poder, de la capacidad irrestricta de humillar a otro ser humano [...] automáticamente pierde el poder sobre sus propias sensaciones. La tiranía es una costumbre, tiene su propia vida orgánica y se convierte finalmente en una enfermedad. La costumbre puede destruir y embrutecer al mejor hombre, reduciéndolo al nivel de una bestia. La sangre y el poder embriagan [...] el hombre y el ciudadano perecen definitivamente con el tirano; el retorno a la dignidad humana, al arrepentimiento, a la regeneración, llega a ser casi imposible.

Ciertamente, Lenin nunca manifestó el más mínimo pesar en relación con la obra de su vida, aunque durante los últimos dos años y medio fue un ser enfermo, irritado, frustrado y, en definitiva, impotente. Se afirma que hacia el final reconoció en Stalin al monstruo en ascenso que en efecto era y que trató desesperadamente de acrecentar la influencia de Trotsky como una especie de contrapeso. Uno desearía creer que Lenin se convirtió en víctima de su propio despotismo, pero los hechos de ningún modo están claros. Sin embargo, existe un elemento sugestivo y siniestro. Como parte de su proceso de deshumanización, Lenin había insistido desde el comienzo de su gobierno en que los órganos partidarios se interesaran por la salud de los principales miembros del partido y les ordenaran, sobre la base del consejo médico, que se tomaran licencia, se hospitalizaran y descansaran. A mediados de 1921, Lenin comenzó a sufrir severas jaquecas. El 4 de junio, el Orgburó le ordenó que tomara licencia. Lenin desobedeció la orden. Se tomó un descanso de un mes en julio y luego comenzó a trabajar menos. En agosto llegaron nuevas órdenes del Politburó. Reanudó el trabajo normal el 13 de septiembre, después de casi tres meses. Pero a principios de diciembre su salud empeoró y Lenin pasó más tiempo en su casa de campo en Gorki, en las afueras de Moscú. Durante las primeras semanas de 1922 se impartieron otras órdenes, en el sentido de que debía trabajar poco o descansar del todo y, en teoría, debía visitar Moscú sólo con autorización del secretariado del partido. Ejerció su influencia a lo largo del Décimo Congreso del Partido, pero oficialmente presidió unas pocas comisiones. Había salido de Moscú para iniciar un nuevo descanso cuando sufrió su primer ataque, el 25 de mayo de 1922. Tuvo que retirarse de la actividad durante varios meses y, cuando regresó al trabajo, el 2 de octubre, el secretariado, en nombre del Comité Central, impuso un régimen riguroso y le impidió el acceso a los documentos. No cabe ninguna duda de que Stalin fue el agente más activo de esta restricción médica, y el 18 de diciembre él mismo se había designado formalmente supervisor de la salud de Lenin.¹²⁶

Esta situación condujo de manera directa a la ruptura entre Lenin y Stalin. Este último descubrió que Lenin había estado trabajando en secreto, contrariando las órdenes del partido, y sobre todo que

126 Ronald Hingley, *Joseph Stalin: Man and Legend*, Londres, 1974, p. 141.

había estado dictando cartas a su esposa. Insultó por teléfono a Krupskaya y amenazó con someterla a una investigación de la Comisión Central de Control.¹²⁷ El 24 de diciembre Lenin dictó su “testamento”. En él analizaba a seis líderes soviéticos dando sus nombres. Decía de Stalin que tenía demasiado poder y que podía usarlo con escasa precaución. Afirmaba de Trotsky que estaba “en exceso preocupado por el aspecto puramente administrativo de las cosas” (“administrativo” era el eufemismo que Lenin utilizaba para referirse a la fuerza y el terror). La noche del 30 de diciembre, Lenin dictó otra nota, que mostraba una hostilidad cada vez más acentuada hacia Stalin, y sus dos últimos artículos fueron ataques a la Comisión de Control de Stalin. El 4 de enero de 1923 Lenin agregó una posdata a su “testamento”: “Stalin es demasiado grosero [...] y eso resulta intolerable en un secretario general. Por lo tanto, propongo a nuestros camaradas que consideren el medio de apartarlo de ese cargo”.¹²⁸ La noche del 5 de marzo, Lenin escribió a Stalin, reprendiéndolo por los insultos telefónicos a su esposa y diciéndole que debía disculparse o afrontar “la ruptura de relaciones entre nosotros”. Cuatro días después sobrevino el segundo y más grave ataque, que privó a Lenin del habla, el movimiento y el pensamiento. El último ataque provocó su muerte, en enero de 1924; pero a esa altura de las cosas su actividad había cesado totalmente.

De este modo, Lenin legó a su sucesor todos los elementos de un despotismo personal que funcionaba febrilmente. Mientras tanto, ¿cuál había sido la suerte de la utopía? En 1919, el periodista norteamericano Lincoln Steffens había acompañado a una misión oficial norteamericana enviada por Wilson a Rusia para comprobar qué sucedía en ese país. Al regreso, Bernard Baruch le preguntó cómo era la Rusia de Lenin y Steffens contestó: “Estuve asomándome al futuro, ¡y funciona! “. ¹²⁹ Fue uno de los primeros comentarios de un liberal occidental acerca del nuevo tipo de totalitarismo y fijó la pauta de muchas observaciones formuladas más tarde. ¿Qué había visto realmente Steffens? El propósito global de la revolución promovida por la “élite de vanguardia” de Lenin era acelerar la industrialización del país y, por lo tanto, la victoria del proletariado. Pero cuando Lenin asumió el poder, sucedió lo contrario. Antes de la guerra, la producción industrial rusa estaba aumentando con mucha rapidez: el 62 por ciento entre 1900 y 1913.¹³⁰ En todo caso, hasta fines de 1916 continuó desarrollándose en algunas direcciones. Pero cuando los campesinos se negaron a entregar su cosecha de 1917 (para complacencia y beneficio de Lenin) y los alimentos ya no llegaron a las ciudades, los obreros industriales, muchos de ellos nacidos en el campo, comenzaron a retornar a sus aldeas natales. La revolución de Lenin convirtió el retorno en una estampida. A partir del invierno de 1917-1918, la población de Petrogrado descendió de 2,4 a 1,5 millones; en 1920 era una ciudad fantasma, que había perdido el 71,5 por ciento de su población; Moscú perdió el 44,5 por ciento. El año en que Steffens “se asomó al futuro”, la fuerza de trabajo de la industria rusa había descendido al 76 por ciento de su total de 1917 y el deterioro resultaba más acentuado en el sector de los obreros especializados. La producción de mineral de hierro fundido descendió a sólo el 1,6 y 2,4 por ciento de sus totales de 1913, y la producción total de bienes manufacturados era, hacia 1920, nada más que el 12,9 por ciento del nivel de la preguerra.¹³¹ En 1922, el año en que Lenin sufrió su primer ataque, los miembros de pensamiento más independiente del régimen hablaban de la desindustrialización de Rusia. Máximo Gorki expuso a un visitante francés:

Hasta aquí los obreros eran los amos, pero son sólo una minúscula minoría [...] los campesinos forman legión [...] El proletariado urbano ha disminuido constantemente durante cuatro años [...] La inmensa ola campesina terminará por tragárselo todo [...] El campesino se convertirá en amo de Rusia, pues representa la cantidad. Y eso será

¹²⁷ Schapiro, op. cit., p. 320.

¹²⁸ Hingley, op. cit., pp. 144-145.

¹²⁹ Lincoln Steffens, *Autobiography*, Nueva York, 1931, pp. 791-792; William Bullitt, *The Bullitt Mission to Russia*, Nueva York, 1919.

¹³⁰ Carr, op. cit., II, p. 24.

¹³¹ Keep, op. cit., p. 261.

terrible para nuestro futuro.¹³²

¿Qué había sucedido? En realidad, aunque Lenin comprendía muy bien el modo de crear un despotismo, no tenía en absoluto una visión práctica de la utopía. Marx no había aportado indicios. Describió la economía capitalista. Nada dijo acerca de la economía socialista. Marx observó imprecisamente que aquélla sería organizada por la “sociedad”. Sólo estaba seguro de que una vez que “todos los elementos de la producción” estuvieran “en manos del Estado, es decir del proletariado como clase gobernante”, se comprobaría que “las fuerzas productivas alcanzaban su nivel máximo y las fuentes de riqueza fluirían con total abundancia”.¹³³ Lenin tampoco tenía ideas acerca del tema. Dedujo de Marx que “el Estado” debía dirigir la economía industrial. Del mismo modo que la “elite de la vanguardia” debía ocupar el lugar del proletariado para imponer la revolución en una economía industrial subdesarrollada, también debía representarlo en la administración de “todos los elementos de la producción”. Y como Lenin creía en el ultracentralismo en los asuntos políticos y había creado una maquinaria teniendo en cuenta precisamente esta meta, también debía existir un control centralizado de la industria, ejercido por el partido (es decir, por él mismo y sus asociados inmediatos). Esta tosca línea de pensamiento estaba en la base de las “tesis de abril” y de otros dos escritos de los tiempos de la guerra: *¿Conservarán los bolcheviques el poder?* y *El Estado y la revolución*. También determinó su decisión, en diciembre de 1917, de crear un organismo denominado Vesenja (Consejo Supremo de la Economía Nacional) y, durante los dos o tres meses siguientes, ministerios especiales destinados a controlar las grandes industrias, dotados todos ellos de un elenco de burócratas.

Así, casi por azar, Rusia soviética adquirió una economía centralizada y “planeada”, del tipo que ha mantenido durante varias décadas y que ha exportado a una tercera parte del mundo. Como de costumbre, Lenin pensaba absolutamente en términos de control, no de producción. Creía que si se creaba el adecuado sistema de control (y el Politburó adoptaba todas las decisiones básicas), los resultados serían una consecuencia inevitable. Ignoraba por completo el proceso en virtud del cual se crea riqueza. Lo que él deseaba era obtener cifras: a lo largo de toda su vida había manifestado un apetito insaciable de informes. Uno a veces sospecha que en Lenin había un genial tenedor de libros que se esforzaba por salir a la superficie y bombardear el mundo con libros de contabilidad. En todas sus observaciones referidas a cuestiones económicas, después de asumir el poder, la frase que aparece con más frecuencia se refiere a “la contabilidad y el control rigurosos”. A sus ojos, las estadísticas constituían la prueba del éxito. De este modo, los nuevos ministerios y las nuevas fábricas de propiedad estatal produjeron enorme cantidad de estadísticas. La producción estadística llegó a ser, y continuó siendo durante mucho tiempo, una de las características más impresionantes de la industria soviética. Pero la producción de bienes era otro asunto.

La forma de la economía soviética estuvo determinada, asimismo, por otro factor accidental, que aportó a Lenin una visión práctica. Nos referimos a la estructura alemana de producción para la guerra. Debemos recordar que, durante el período de formación del Estado leninista, es decir, sus doce meses iniciales, Rusia fue primero la parte negociadora y luego el títere económico de Alemania. Como hemos visto, hacia 1917 los alemanes habían adoptado el modelo de capitalismo de Estado de Rusia en la preguerra y lo habían fusionado con su propio Estado, dirigido ahora por los militares. Lo denominaron “socialismo de guerra”. Parecía impresionante; en muchos aspectos lo era y, en todo caso, impresionó a Lenin. En adelante, la totalidad de sus ideas industriales se vieron determinadas por la práctica alemana. Su primer responsable industrial, el ex menchevique Larin, era también un entusiasta defensor de los métodos alemanes, los que, por supuesto, armonizaban perfectamente con las ideas de control central de Lenin. Comenzó a contratar especialistas alemanes, otro ejemplo de la relación especial que se estableció entre los elementos antidemocráticos de ambos países. Cuando otros bolcheviques se opusieron, Lenin replicó con su folleto *El ultraizquierdismo y el espíritu pequeño burgués*:

¹³² A. Moriset, *Chez Lénine et Trotski d Moscou*, París, 1922, pp. 240-242.

¹³³ K. Marx, *Capital*, II, cap. XVI; *Communist Manifesto*; *Critique of the Gotha Programme*.

Sí, ¡aprendamos de los alemanes! La historia sigue caminos zigzagueantes y sinuosos. Sucede que los alemanes son los que ahora, al mismo tiempo que el imperialismo bestial, representan el principio de disciplina, de organización, de cooperación sólida, sobre la base de la maquinaria más moderna, de la contabilidad y el control rigurosos. Y eso es precisamente lo que nos falta.¹³⁴

Lenin afirmó que el “capitalismo de Estado” alemán era “un paso” hacia el socialismo. La historia había ejecutado “una extraña maniobra”. Había originado “dos mitades separadas del socialismo, una junto a la otra, como dos polluelos nacidos de un solo huevo”; tanto la revolución política en Rusia como la organización económica en Alemania eran necesarias para el socialismo. De manera que la nueva Rusia debía estudiar el “capitalismo de Estado de los alemanes”, y adoptarlo con todo el vigor posible, sin ahorrar los métodos dictatoriales, con el fin de apresurar su adopción, con más intensidad aún que la que demostró Pedro [el Grande] cuando apresuró la adopción del occidentalismo por parte de la Rusia bárbara y no retrocedió ante la necesidad de utilizar armas bárbaras para combatir la barbarie”.¹³⁵

De modo que podría afirmarse que el hombre que inspiró realmente el planeamiento económico soviético fue Ludendorff. Su “socialismo de guerra” no retrocedió, por cierto, ante la barbarie. Utilizó la mano de obra de los trabajadores esclavos. En enero de 1918, Ludendorff quebró una huelga de 400.000 trabajadores berlineses reclutando a decenas de miles y enviándolos al frente como “batallones de trabajo”. Muchos de sus métodos serían revividos e intensificados más tarde por los nazis. Resultaría difícil concebir un modelo más perverso para un Estado obrero. Sin embargo, éstos eran precisamente los rasgos del “socialismo de guerra” alemán que Lenin apreciaba más. Lo que los alemanes temían, y lo que Lenin deseaba, era una fuerza de trabajo dócil. Se propuso conseguirla. La primera ilusión que destruyó fue la que implicaba que los soviets obreros que se habían apoderado de las fábricas debían dirigirlas. El vocero sindical Lozovsky advirtió: “Los obreros de cada empresa no deben tener la impresión de que ésta les pertenece”.¹³⁶ ¡No había razón para temer eso si Lenin ejercía el control! “Los que perturban la disciplina”, afirmó Lenin, “deberían ser fusilados”.¹³⁷ En enero de 1918, el régimen bolchevique había asumido el control de los sindicatos y los había incorporado al gobierno. De todos modos, eran organismos débiles. El único sindicato fuerte era el de los ferroviarios, que opuso cierta resistencia y no fue aplastado definitivamente hasta 1920-1921. Los restantes líderes sindicales recibieron cargos, despachos y sueldos, y se convirtieron en sumisos funcionarios oficiales. Como dijo Zinoviev, los sindicatos se habían convertido en “órganos del poder socialista” y en “órganos del Estado socialista”, y para todos los trabajadores, “la participación en los sindicatos será parte de su deber frente al Estado”. De modo que se impuso universalmente la organización sindical de los talleres y las fábricas y, en compensación, los funcionarios sindicales (que pronto tuvieron que ser miembros del partido, sometidos a la disciplina partidaria) trabajaron en estrecha relación con los burócratas ministeriales y los gerentes de las fábricas para “elevar la producción socialista”. En poco tiempo más se convirtieron en sindicatos de empresas, del tipo más degradado, y en este caso la “empresa” era el Estado. En este sistema corporativista, la principal tarea de los sindicatos fue la “disciplina de la fuerza del trabajo”, y así acabaron convertidos en una fuerza de policía industrial.¹³⁸

Este ejercicio del control llegó a ser necesario cuando Lenin aplicó su concepto del “servicio universal de trabajo”, por analogía con la conscripción militar.¹³⁹ El Séptimo Congreso del Partido reclamó “las medidas más enérgicas, inflexiblemente decisivas y draconianas para elevar la

134 Lenin, *Collected Works*, XXII, p. 378.

135 *Ibíd.*, XXII, pp. 516-517. Tiempo después, Lenin dejó caer esta referencia a Pedro el Grande, la única vez que se comparó abiertamente con los zares.

136 Carr, *op. cit.*, II, p. 68.

137 Lenin, *Collected Works*, XXII, p. 493.

138 Carr, *op. cit.*, II, pp. 102-108.

139 Lenin, *Collected Works*, XX 417.

autodisciplina y la disciplina de los trabajadores”. A partir de abril de 1918, los sindicatos comenzaron a trabajar y dictaron “reglamentos” con el fin de “establecer normas de productividad”. Los trabajadores que se rebelaron fueron expulsados del sindicato, lo que implicaba la pérdida del empleo y de las raciones de alimentos, sobre la base del aforismo de Lenin: “El que no trabaja no come”.¹⁴⁰ Las huelgas fueron declaradas ilegales. “No puede haber huelgas en la Rusia soviética”, dijo en enero de 1919 Tomsy, jefe de la confederación sindical, “pongamos los puntos sobre las íes”.¹⁴¹ Se confiscaron los fondos de huelga y se los utilizó para promover huelgas en los “países burgueses”. En junio de 1919 comenzaron a distribuirse en las grandes ciudades las “libretas de trabajo”, sobre el modelo de los países para trabajar impuestos a los nativos por distintos gobiernos coloniales. Más o menos por la misma época nacieron los primeros campamentos de trabajo organizados; allí estaban los “trabajadores indisciplinados”, los “vagabundos” y otras personas descontentas u ociosas enviadas por la Cheka, los tribunales revolucionarios o el Narkomtrud, el organismo responsable de la movilización general de la fuerza de trabajo. A partir de enero de 1920, todos podían ser convocados a cumplir la *corvé* obligatoria: construcción de caminos, de edificios, acarreo, etcétera. Como dijo un vocero del Narkomtrud: “Suministramos fuerza de trabajo de acuerdo con un plan y, por lo tanto, sin tener en cuenta las peculiaridades o las calificaciones individuales, o el deseo del trabajador de ejecutar este o aquel tipo de trabajo”.¹⁴² Las Chekas de las provincias dirigían los campamentos, cuya administración estaba en manos de una sección especial del Comisariato del Pueblo de Asuntos Internos, la NKVD. Había una segunda fila de campamentos, que aplicaban un régimen más duro y donde se ejecutaban tareas “difíciles y desagradables” (es decir, en el Ártico), y que presuntamente estaban destinados sólo a los contrarrevolucionarios, aunque pronto se poblaron de trabajadores comunes.¹⁴³

El fin de la guerra civil no implicó la terminación del trabajo obligatorio. Como todas las instituciones de “emergencia” creadas por Lenin, se convirtió en una forma permanente. Más aún, el Tercer Ejército de los Urales se transformó pronto en el Primer Ejército Revolucionario del Trabajo, de acuerdo con un decreto del 15 de enero de 1920, y la mayoría de sus “soldados” nunca retornó a sus hogares. Trotsky se entusiasmó con lo que él denominaba la “militarización de la clase trabajadora”. Radek denunció “el prejuicio burgués de la ‘libertad del trabajo’”. El Noveno Congreso del Partido de 1920 ordenó que los trabajadores que abandonaran sus empleos fuesen considerados desertores de la fuerza de trabajo y fueran castigados con el “confinamiento en un campo de concentración”.¹⁴⁴ La nueva antisociedad fue bautizada con una frase del arsenal lingüístico del leninismo: “Conocemos el trabajo esclavo”, dijo Trotsky al tercer Congreso de los Sindicales, “conocemos el trabajo servil. Conocemos el trabajo obligatorio y regimentado de las corporaciones medievales y hemos conocido el trabajo asalariado al que la burguesía denomina ‘libre’. Ahora estamos avanzando hacia un tipo de trabajo regulado socialmente sobre la base de un plan económico que es obligatorio para el país entero [...] Este es el fundamento del socialismo”. Bujarin escribió que el trabajo obligatorio bajo el capitalismo era todo lo contrario del trabajo obligatorio bajo la dictadura del proletariado: el primero implicaba “la esclavitud de la clase trabajadora”, y el segundo, la “autoorganización de la clase trabajadora”.¹⁴⁵ Estos dos hombres serían asesinados más tarde por las mismas ficciones verbales.

En realidad, como hemos visto, la clase trabajadora estaba reorganizándose en las aldeas con un ritmo alarmante. A semejanza de los zares y, antes que él, de Kerenski, Lenin de un modo o de otro tenía que obtener alimentos de los campesinos. ¿Cómo hacerlo, utilizando el mercado o apelando a las bayonetas? Primero ensayó las bayonetas. En 1917 Lenin había incitado a los campesinos a apoderarse de la tierra. En 1918 intentó apoderarse de ella en beneficio del Estado. Su ley “acerca

140 Carr, op. cit., II, pp. 109-110.

141 Ibid., p. 202, n. 2.

142 Ibid., pp. 209-210.

143 Los estatutos legales son: *Sobranie Uzakonenii*, 1919, n.º 12, artículo 124; n.º 20, artículo 235; n.º 12, artículo 130, etcétera.

144 Carr., op. cit., II, pp. 212-213; *Izvestia*, 2 de abril de 1920; *Sobranie Uzakonenii* 1920, n.º 35, artículo 169.

145 Carr, op. cit., II, pp. 215-216.

de la socialización de la tierra”, el 19 de febrero de 1918, señaló que el propósito de la medida era “desarrollar el sistema agrario colectivo” a “expensas de las parcelas individuales”, con el fin de promover “una economía socialista”.¹⁴⁶ Pero en la práctica, como observó un funcionario del Narkomzem, el ministerio oficial de agricultura, “la tierra sencillamente fue ocupada por los campesinos locales”. Recibieron el 86 por ciento de la tierra confiscada y sólo el 14 por ciento fue a parar a las granjas y comunas estatales creadas poco antes. De modo que cuando llegó la cosecha del otoño de 1918, Lenin envió al campo destacamentos armados de obreros fabriles para confiscar la mayor cantidad posible de alimentos, y trató de alentar la formación de “comités de campesinos pobres”, destinados a oprimir a los que él denominaba “kulaks y campesinos ricos”, que habían “amasado enormes sumas de dinero”.¹⁴⁷ Más tarde, Lenin reunió todos estos recursos en grupos de “obreros y campesinos pobres”, formados por veinticinco individuos, que recibían una parte de los alimentos que conseguían robar. Pero, tal como dijo Tsuryupa, comisario de Agricultura, apenas llegaban al campo “comenzaban a dispersarse y se emborrachaban”. Con posterioridad, Lenin inventó una nueva categoría de “campesinos medios” e intentó oponerlos a los “kulaks”. Todas estas clases existían sólo en su mente y no guardaban relación con los campesinos de carne y hueso de las aldeas reales, así que la táctica tampoco resultó eficaz.

Hacia la primavera de 1921, cuando se alzaron los marinos de Cronstadt, la política económica que Lenin aplicaba entonces era un fracaso evidente. La industria, de hecho, no producía nada. En las ciudades no había alimentos. De acuerdo con el reconocimiento del propio Lenin, “decenas y centenares de miles de soldados dispersos” estaban convirtiéndose en bandidos.¹⁴⁸ Casi lo único que abundaba era el rublo papel, que brotaba casi sin descanso de las prensas de impresión y cuyo valor ahora había descendido casi al uno por ciento, o poco más, del que tenía en noviembre de 1917. Algunos bolcheviques trataron de hacer de la necesidad virtud y se vanagloriaban de que se había provocado intencionadamente la inflación con el propósito de destruir el antiguo dominio del dinero. Uno afirmó que las prensas de la casa oficial de moneda eran “la ametralladora del Comisariato de Finanzas que disparaba sobre el trasero del sistema burgués”. Zinoviev expresó a los socialdemócratas alemanes: “Estamos acercándonos a la abolición total del dinero”. En cierto sentido eso era cierto: el papel moneda nunca recuperó su antiguo significado en la Unión Soviética. Pero el precio pagado consistió en la escasez permanente que se observaba en las tiendas.

En todo caso, los campesinos no estaban dispuestos a aceptar el rublo papel de Lenin, y en mayo de 1921 él realizó su movimiento. Era evidente que si no conseguía traer alimentos a las ciudades, su régimen se derrumbaría. Es posible que haya tenido pocas auténticas ideas económicas, pero las de carácter verbal nunca le faltaron. Ahora acuñó la frase “nueva política económica”. De hecho, la NEP implicaba rendirse ante los campesinos y regresar a un sistema de mercado basado en el trueque. Las pandillas de matones fueron retiradas y se permitió que los campesinos consiguieran lo que pudiesen por sus alimentos. Se autorizó la reapertura de pequeñas fábricas y talleres, al margen del control oficial, con el fin de producir artículos que los campesinos estaban dispuestos a aceptar a cambio del grano. Por desgracia, la capitulación de los bolcheviques llegó demasiado tarde para afectar la siembra de 1921, y un invierno muy seco trajo el hambre, la primera de la historia rusa provocada básicamente por la acción oficial. De acuerdo con la estimación de Kalinin, afectó a unos 27 millones de personas. Es posible que durante el invierno de 1921-1922 hayan muerto alrededor de tres millones de individuos. Desesperado, el gobierno se volvió hacia la Administración Norteamericana de Ayuda, organizada bajo la dirección de Herbert Hoover. Por primera vez, Rusia, hasta ese momento uno de los principales exportadores mundiales de alimentos, tuvo que volverse hacia la agricultura capitalista norteamericana para salvarse de los desastrosos efectos de su experimento colectivista. Sesenta años después se repetiría el mismo esquema. Los campesinos habían destruido al zar y posibilitado el leninismo. Contra lo que había prometido, Lenin no los recompensó. Ellos exigían su precio. Todavía está pagándose ese precio.¹⁴⁹

¹⁴⁶ *Sobranie Uzakonenii*, 1918, artículo 11(e).

¹⁴⁷ Lenin, *Collected Works*, XXII, pp. 356-357.

¹⁴⁸ *Ibid.*, XXVI, p. 204.

¹⁴⁹ Con respecto a NEP, véase Carr, op. cit., II, pp. 237-282.

Así concluyó, en el fracaso más absoluto, el primer experimento importante de lo que ahora está de moda llamar ingeniería social. Lenin lo denominó “una derrota y una retirada, para desencadenar otro ataque”.¹⁵⁰ Pero poco después él estaba muerto y el “nuevo ataque” contra los campesinos quedó a cargo del monstruo burocrático que dejó. Lenin creía en el planeamiento porque era “científico”, pero desconocía el modo de aplicarlo. Creía que debía existir una especie de truco mágico, el que en su caso adoptó la forma de la “electrificación”. Como de costumbre, fascinado por la “minuciosidad” germánica, admiró sin reservas la obra *Der Zukunftsstaat*, de Karl Ballod, publicada en 1919. Ese libro inspiró su lema: “El comunismo es el poder soviético, más la electrificación de todo el país”. ¡La electricidad lo lograría! ¡Era la última palabra de la ciencia moderna!¹⁵¹ La electricidad transformaría la obstinada agricultura rusa. Era mucho mejor electrificar todo que elaborar un complicado plan general, que no era más que “charla ociosa”, “tediosa pedantería”, “ignorante vanidad”.¹⁵² Se interesó poco en el Gosplan (1921), la nueva estructura de planeamiento, hasta que asignó la primera prioridad a la electrificación. Más tarde, durante el reducido número de semanas que duró el último período de su actividad, se entusiasmó con el asunto. ¡Ahora sería posible construir grandes usinas eléctricas! De este modo comenzó un extraño culto, que persistió durante muchos años en la Unión Soviética y que convirtió al ingeniero especializado en la construcción de infraestructuras de producción de electricidad en la figura más apreciada de la sociedad soviética, junto al diseñador de armas. El legado de Lenin fue un estado policial sólidamente construido y rodeado por ruinas económicas. Pero él se fue a la eternidad soñando con la electricidad.

Las confiadas expectativas de Lenin acerca de los posibles alzamientos marxistas en los países industriales avanzados están sepultadas desde hace mucho. ¿Cómo hubieran podido tener éxito? La propia revolución leninista había sido posible solamente gracias a la existencia de un enorme movimiento inorgánico, pragmático y carente de dirección de los campesinos, un proceso que Lenin no comprendió y jamás se molestó en analizar. Sus colegas, los marxistas revolucionarios de la Europa industrial, no tuvieron la misma suerte. Además, hacia noviembre de 1918, cuando se presentó la oportunidad del cambio revolucionario en Europa Central, la desalentadora experiencia de ingeniería social de Lenin —la quiebra económica, el hambre, la guerra civil y el terror masivo— ya era una terrible advertencia también para los socialistas más moderados. En realidad, los extremistas pusieron la mano y se quemaron en las llamas que ellos mismos encendieron. El 4 de noviembre de 1918, los marineros y los soldados alemanes se apoderaron de Kiel y formaron consejos obreros. Tres días después, el socialista de izquierda Kurt Eisner encabezó un alzamiento de la guarnición de Munich y derrocó al gobierno bávaro. Pero los socialdemócratas que asumieron el poder en Alemania cuando el káiser huyó no cometieron los errores de Kerenski. Su experto militar, Gustav Noske, apeló al ejército, que suministró un *Freikorps* de ex oficiales y suboficiales. La negativa de los leninistas a conquistar el poder por medios parlamentarios favoreció a Noske. El 6 de enero de 1919, los leninistas berlineses (que se autodenominaban espartaquistas) asumieron el poder en la ciudad. Noske marchó sobre la ciudad al frente de 2.000 hombres. Tres días después de la ocupación, Rosa Luxemburgo y su camarada Karl Liebknecht fueron asesinados por los ex oficiales encargados de llevarlos a la cárcel. También Eisner fue asesinado el 21 de febrero. Sus partidarios consiguieron ganar sólo tres bancas en las elecciones bávaras. Pese a ello fundaron una república comunista el 7 de abril; duró menos de un mes y fue destruida fácilmente por el *Freikorps*. Sucedió lo mismo en Halle, Hamburgo, Bremen, Leipzig, Turingia y Brunswick. Los comunistas no podían ganar elecciones ni ejercer con éxito la violencia.

Los vientos del cambio soplaban en una dirección algo distinta. Hacia la segunda mitad de 1919, nuevos tipos de “élites de vanguardia” estaban apareciendo en Europa. También eran socialistas. La figura de Marx estaba a menudo en su panteón. Pero apelaban a algo más amplio que un “proletariado” abstracto que, misteriosamente, no atinaba a responder —en todo caso, como fuerza

150 Lenin, *Collected Works*, XXVII, p. 35.

151 Lenin, *Collected Works*, XXV, pp. 389, 491; Pravda, 22 de febrero de 1921.

152 Holborn, op. cit., pp. 512-513, 526-532; Sebastian Haffner, *Failure of a Revolution: Germany 1918-1919*, Londres, 1973.

combatiente o electoral— y su dinámica colectiva no era tanto la clase como la nación, incluso la raza. También tenían en común un agravio profundo e inmediato: la insatisfacción con el Tratado de Versalles. En Austria, uno de los principales perdedores, se denominaban *Heimwehren*. En Hungría, el país más perjudicado de los grandes perdedores, el humor nacional no había mejorado después de la experiencia de una república comunista putativa, fundada en marzo de 1919 por Béla Kun, discípulo de Lenin. En agosto se desplomó en medio de fuego y sangre, y el espíritu de su sucesor fue cada vez más el de Julius Gömbös, un líder antisemita que se autodenominaba nacionalsocialista y clamaba apasionadamente a favor de la justicia, la venganza y una purga de “elementos extraños”.¹⁵³ En Turquía, que había perdido su imperio árabe y al parecer estaba perdiendo también su litoral occidental, Mustafá Kemal Pashá, que pronto sería “Ataturk”, también proponía el nacionalsocialismo y ya estaba demostrando que un arreglo acordado en París no podía aplicarse en ese terreno. También Italia, pese a que se había beneficiado mucho, tenía quejas contra Versalles: no había recibido la costa dálmata. El 11 de septiembre, el poeta y héroe de guerra Gabriele D’Annunzio encabezó una fuerza heterogénea de desertores del ejército y entró en el puerto de Fiume. Era una bravata impúdica, pero Gran Bretaña y Francia, custodios del enclave, retrocedieron: un presagio ominoso. También D’Annunzio era nacionalsocialista.

En Milán, Mussolini olfateó estos nuevos vientos y llegó a la conclusión de que le agradaban, del mismo modo que cinco años antes había percibido la bocanada de excitación bélica, y consideró que también lo complacía. El estallido de la guerra y su propia decisión de complicar a Italia en la contienda lo habían apartado del partido socialista oficial. Lo había convertido en nacionalista, no sólo en el sentido de la tradición izquierdista romántica de Mazzini, sino en la tradición predatoria de los antiguos romanos, cuyos *fascas*, transformados en emblema extremista durante la Revolución francesa, parecieron a Mussolini un símbolo útil, del mismo modo que Lenin había utilizado la hoz y el martillo de los antiguos socialdemócratas. Detestó a Lenin por haber sacado a Rusia de la guerra, poniendo en peligro las conquistas prometidas a Italia. Exhortó a los japoneses a atravesar Rusia con el mandato: “*il Mikado!*”. Hacia 1919, el fracaso de la política económica de Lenin lo apartó de la expropiación lisa y llana de la industria. Ahora aspiraba a usar y aprovechar el capitalismo en lugar de destruirlo. Pero de todos modos la suya sería una revolución radical, basada en el marxismo y el sindicalismo de la “elite de vanguardia” de la preguerra (es decir, el gobierno de los obreros), un factor que sería hasta su muerte el ingrediente particular más importante de su política. Muchos otros jóvenes italianos compartieron su radicalismo, al mismo tiempo que abandonaban el internacionalismo.¹⁵⁴ Éste no había sido eficaz en 1914, cuando no pudo impedir la guerra, ni en 1917, cuando no respondió al llamado de Lenin a favor de la revolución mundial. Pero persistía el deseo de instalar una nueva utopía económica.

El 23 de marzo de 1919, Mussolini y sus amigos sindicalistas fundaron un nuevo partido. Su programa incluía el apoderamiento parcial del capital financiero, el control del resto de la economía mediante consejos económicos corporativos, la confiscación de las tierras de la Iglesia y la reforma agraria, así como la abolición de la monarquía y el Senado. Al compilar esta lista, Mussolini citó a menudo a Kurt Eisner como modelo.¹⁵⁵ Los pelotones de combate de Eisner, a su vez imitación de los “hombres de chaqueta de cuero negro” de Lenin, fueron la inspiración de los *fasci di combattimento* de Mussolini.¹⁵⁶ En efecto, éste no había renunciado en absoluto a su adhesión al activismo violento, una inclinación que compartía con Lenin. Parafraseando a Marx, se comprometía a “hacer historia, no a soportarla”. Otra de sus citas favoritas era “*Vivre, ce n’est pas calculer, c’est agir*”.¹⁵⁷ Su vocabulario era muy semejante al de Lenin y abundaba en imágenes militares, en verbos enérgicos y violentos. Como Lenin, ardía en deseos de conseguir que la historia se moviese deprisa, de *velo cizzare l’Italia*, como decían los futuristas del tipo de Marinetti. En

153 Con respecto a Gömbös, véase Carlile A. MacCartney, *October 15: A History of Modern Hungary 1929-1945*, 2 vols., Edimburgo, 1956.

154 David O. Roberts, *The Syndicalist Tradition and Italian Fascism*, Manchester, 1979.

155 Mussolini, *Opera Omnia*, XIII, p. 170.

156 Nolte, op. cit., p. 10.

157 Mussolini, *Opera Omnia*, III, p. 206; V, p. 67.

efecto, irradiaba impaciencia, consultaba furioso su reloj y la emprendía colérico contra los factores del retraso.

Pero Mussolini estaba cambiando. La figura delgada de expresión hambrienta había desaparecido al mismo tiempo que los cabellos. Sobre la cabeza calva había aparecido un enorme quiste, y en el mentón saliente y ahora carnoso tenía una ovalada verruga negra. Sus dientes exhibían el color del marfil viejo y estaban muy separados, un rasgo considerado de buena suerte en Italia.¹⁵⁸ Era apuesto y vigoroso, y ya había iniciado la sucesión de episodios sexuales que lo llevarían a sumar 169 amantes.¹⁵⁹ Era muy vanidoso y ambicioso. Quería el poder, y lo quería ahora. El éxito de D'Annunzio lo convenció de que el extremismo, incluso el nacionalismo extremista, no era suficiente. Si el fascismo aspiraba al éxito, tenía que invocar la poesía, el drama y el misterio. Los marxistas italianos siempre se habían quejado con relación a este aspecto del propio Marx: éste no entendía bien a los seres humanos. No hacía caso de la fuerza del mito y, sobre todo, del mito nacional. Ahora que Freud había demostrado —y en forma científica— el poder de las fuerzas sombrías y ocultas que impulsan a los individuos, ¿no era hora de analizar su influjo sobre el hombre-masa? D'Annunzio escribía acerca de “las terribles energías, el sentido del poder, el instinto de lucha y dominio, la abundancia de fuerzas productivas y fructificadoras, es decir, todas las virtudes del hombre dionisiaco, el vencedor, el destructor, el creador”.¹⁶⁰ En Italia no escaseaban los mitos poéticos. Estaba el mito nacionalista del siglo XIX —el de Garibaldi y Mazzini— todavía enormemente poderoso, el mito de la *Realpolitik* de Maquiavelo, otro de los autores favoritos de Mussolini, y el mito aún anterior de Roma y su imperio, que esperaba se lo arrancase de su prolongado sueño y se lo movilizara con nuevas legiones. Como culminación de todo esto, debía considerarse el nuevo mito futurista, que inspiró a Mussolini la visión de una Italia socialista, no muy distinta de la Rusia electrificada de Lenin, en la que “la vida llegará a ser más intensa y frenética, regida por el ritmo de la máquina”. Mussolini mezcló todos estos ingredientes volátiles para obtener su denso brebaje fascista y lo condimentó con un toque vivificante de violencia: “No hay vida sin derramamiento de sangre”, como él mismo expresó.¹⁶¹

Pero, ¿la sangre de quién? Mussolini era un hombre complejo y, en muchos sentidos, ambivalente. A diferencia de Lenin, rara vez hacía el mal por determinación propia; casi siempre había que tentarlo en ese sentido, hasta que los prolongados años de poder y halagos atrofiaron casi por completo su sentido moral. No era capaz de iniciar un curso intencionado de violencia no provocada. En 1919-1920 ansiaba desesperadamente hallar una causa por la cual combatir. Se refería con melancolía al fascismo como “el refugio de todos los herejes, la iglesia de todas las herejías”.¹⁶² Entonces los socialistas apelaron a la violencia y le ofrecieron lo que necesitaba. El mentor de esta corriente era un frágil joven marxista llamado Antonio Gramsci, que provenía precisamente de la misma tradición intelectual que Mussolini: el marxismo, Sorel, el sindicalismo, el rechazo del determinismo histórico, la importancia del voluntarismo, la necesidad de impulsar hacia adelante la historia asignando un papel de primer plano a la lucha, la violencia y el mito, más el pragmatismo maquiavélico.¹⁶³ Pero si Gramsci era mucho más original que Mussolini, carecía del aplomo y la confianza en sí mismo que éste manifestaba. Era hijo de una familia sarda desesperadamente pobre. Su padre había sido encarcelado, y Gramsci, cuyos pulmones ya estaban afectados por el mal de Pott, había comenzado una jornada de trabajo de diez horas a la edad de once años. Se asombró cuando su futura esposa se enamoró de él y entonces le escribió algunas notables cartas de amor. Como no atinaba a verse en el papel de líder, extrajo de Maquiavelo, no un príncipe personal, como hizo Mussolini, sino uno colectivo. “El príncipe moderno, el príncipe mítico, no puede ser una persona real, un individuo concreto; puede ser únicamente una

158 Luigi Barzini, *From Caesar to the Mafia: sketches of Italian life*, Londres, 1971, p. 139.

159 Cifra dada en Giordano Bruno Guerri, *Galeazzo Ciano: una vita 1903-1944*, Milán, 1980.

160 G. D'Annunzio, “Il Trionfo della Norte”, *Prose di Romani*, Milán, 1954, I, p. 958.

161 Mussolini, *Opera Omnia*, VI, p. 82; VI, p. 248.

162 *Ibid.*, XIV, p. 60.

163 Véase Walter L. Adamson, *Hegemony and Revolution: Antonio Gramsci's Political and Cultural Theory*, University of California, 1980.

organización.”

De este modo, Gramsci se aferró al sindicalismo cuando Mussolini se volvió hacia el romance y el drama, y predicó la ocupación de las fábricas. En 1920 los socialistas comenzaron a seguir su consejo y poco después la bandera roja flameó sobre oficinas y talleres del país entero. No hubo un intento decidido de apoderarse del Estado. En efecto, los socialistas estaban divididos con respecto al problema de la táctica, y en enero de 1921 se produjeron escisiones y el Partido Comunista (PCI) enfiló hacia la izquierda. La ocupación de fábricas aportó escasos resultados, salvo aterrorizar a la clase media. Como Enrico Malatesta advirtió a los moderados: “Si no avanzamos hasta el final, tendremos que pagar con lágrimas de sangre el miedo que ahora estamos provocando en la burguesía”.¹⁶⁴ No hubo mucha violencia, pero sí la necesaria para ofrecer a Mussolini la excusa que necesitaba con el fin de emplear él mismo la violencia. Como en Alemania, los socialistas cometieron un error catastrófico al usarla.¹⁶⁵ Según se ufanaba Mussolini, el leopardo fascista podía dar cuenta fácilmente del “ganado perezoso” de las masas socialistas.¹⁶⁶

Las “escuadras de acción” fascistas se formaron principalmente con ex soldados, pero reclutaban constantemente estudiantes y desertores de las aulas. Estaban mucho mejor disciplinadas, eran más sistemáticas que los socialistas y coordinaban telefónicamente sus esfuerzos. A menudo contaban con el apoyo pasivo, e incluso activo, de las autoridades locales y los *carabinieri*, que allanaban una *casa del popolo* socialista y después enviaban la señal a las escuadras, que la incendiaban. Los socialistas afirmaban que el fascismo era un partido de clase, y su terror, una *jacquerie borghese*. No es así; había miles de fascistas de la clase trabajadora, sobre todo en zonas como Trieste, donde podía invocarse un factor racial (ahí los socialistas eran sobre todo eslovenos). Precisamente en estas regiones marginales el fascismo obtuvo su primer apoyo de masas, para difundirse de manera gradual en el interior del país, en dirección a Bolonia, el valle del Po y la zona interior de Venecia. Mussolini, siempre sensible frente a la gente, pronto advirtió que Italia era una colección de ciudades, cada una distinta del resto, de modo que en cada caso había que tocar de oído. A medida que se internó en el país, la clase media representó un papel más importante. El fascismo comenzó a atraer intensamente a la juventud acomodada. Uno de los reclutas más importantes y peligrosos fue Italo Balbo, quien a la edad de veinticinco años aportó a Mussolini su ciudad natal, es decir Ferrara, y pronto se convirtió en el jefe de la milicia fascista y fue de lejos el más cruel y eficiente de los *condottieri*.¹⁶⁷ En 1921 atravesó Italia central, como uno de los Borgia, dejando detrás las ruinas humeantes de los locales sindicales y un reguero de cadáveres. Balbo fue quien antes que nadie aterrorizó a la Italia *bien pensant*, induciéndola a creer que el fascismo podía ser una fuerza irresistible.

Aterrorizó incluso a Mussolini, a quien siempre desagradó la violencia en gran escala y sobre todo la violencia por la violencia misma, y que escribió y habló contra ella.¹⁶⁸ Pero la expansión del fascismo, que en mayo de 1921 lo llevó al Parlamento, lo mismo que a treinta y cinco diputados más, también lo convirtió, como a otros ex socialistas, en una minoría en el seno del movimiento. A cambio de ser designado *duce*, aceptó la violencia, y 1922 fue el año del terror fascista. En efecto, las autoridades fueron cómplices de la campaña, mientras un ejército partidario privado iniciaba un proceso de conquista interna. En una ciudad tras otra los municipios fueron asaltados; los consejos socialistas, expulsados mediante la fuerza, y se exoneró a los prefectos locales que deseaban usar la policía para oponerse a la ilegalidad fascista. Los parlamentarios no pudieron ponerse de acuerdo para formar un gobierno fuerte dirigido por Giolitti, que habría destruido a Mussolini —el *duce* no habría luchado contra el Estado— porque el Vaticano impidió eficazmente que los partidos influidos por la Iglesia y los socialistas moderados se uniesen. El nuevo Partido Comunista, como más tarde en Alemania, en realidad abrigaba la esperanza de que se estableciera un régimen

164 Citado en Angelo Tasca, *Nascita e avvento del fascismo*, Florencia, 1950, p. 78.

165 Con respecto a la violencia socialista, véase Giorgio Alberto Chiurco, *Storia della rivoluzione fascista*, 5 vols., Florencia, 1929, II, pp. 78, 168.

166 Mussolini, *Opera Omnia*, XV, p. 267.

167 Giorgio Rochat, *Balo Balbo: aviatore e ministro dell'aeronautica, 1926-1933*, Bolonia, 1979.

168 Mussolini, *Opera Omnia*, XVI, p. 31, XI, p. 344, XVI, pp. 44, 276, 288, 241.

fascista, porque creía que su instauración desencadenaría una revolución marxista.¹⁶⁹ Cuando en julio de 1922 Balbo se apoderó de Ravenna, los socialistas respondieron convocando a una huelga general que fue un desastroso fracaso.

Italia no era un país feliz ni estaba bien gobernado. Padecía de una terrible pobreza, de la más elevada tasa de natalidad en Europa y, después de Alemania, de uno de los más elevados índices de inflación. El *risorgimento* había sido decepcionante, en lugar de traer la tierra prometida. La guerra y sus victorias habían dividido Italia en lugar de unificarla. El régimen parlamentario exhibía una grave corrupción. La monarquía no suscitaba afecto. El Estado mismo se había enfrentado con la Iglesia a partir de 1871 y los domingos soportaba críticas desde todos los púlpitos. Los servicios públicos estaban desintegrándose. Había sincero temor al Terror Rojo, pues los periódicos católicos traían abundantes noticias acerca de las atrocidades de Lenin y el hambre en Rusia. No se identificaba personalmente a Mussolini con la violencia. Por el contrario, a los ojos de muchos parecía el hombre indicado para contenerla. Se había convertido en un maravilloso orador público. Había aprendido de D'Annunzio el don de mantener un diálogo casi operístico con la multitud. (“*A chi l'Italia?*” “*A noi!*”) Pero no era un simple demagogo. Sus discursos se especializaban en las amplias reflexiones filosóficas tan apreciadas por los italianos. Los liberales, de Benedetto Croce para abajo, asistían a sus mítines. A principios del otoño de 1922, su oratoria había adquirido el acento confiado del estadista. Ahora mantenía contacto secreto con el palacio, el Vaticano, el ejército, la policía y las grandes empresas. Y todos deseaban saber qué quería. Lo dijo en Udine, en el último de una serie de discursos importantes difundidos a todo el país. “Nuestro programa es sencillo: queremos gobernar Italia”.¹⁷⁰ Gobernaría Italia como nunca se lo había hecho desde los tiempos romanos: con firmeza, equidad, justicia, honestidad y, sobre todo, eficiencia.

El 16 de octubre de 1922, Mussolini decidió forzar la situación; creía que si esperaba a Giolitti, el hombre a quien temía, podía robarle el papel para el que se sentía destinado. Organizó una marcha sobre Roma para los últimos días del mes, a cargo de cuatro divisiones con un total de 40.000 camisas negras. Muchos comandantes militares y policiales prometieron que no dispararían sobre ellos, y el periódico de Mussolini, *Il Popolo d'Italia*, traía este titular: *I grigioverdi fraternizzano con le Camicie Nere!* A lo largo de su vida, Mussolini mostró una capacidad permanente para mantener un equilibrio inestable entre la grandeza y la farsa. La tarde del 28 de octubre, cuando su ejército mal vestido, mal equipado y mal alimentado se detuvo en las afueras de Roma, no ofrecía un espectáculo muy formidable. Aunque débil, el gobierno tenía en Roma una guarnición de 28.000 hombres bajo la dirección de un comandante de confianza y aceptó proclamar el estado de emergencia. Pero en Roma se difundían los rumores y abundaban las informaciones erróneas. Al pequeño rey Víctor Manuel, encerrado en el Palacio del Quirinal, se le informó que disponía de sólo 6.000 soldados para enfrentar a una horda de 100.000 fascistas decididos. Se dejó dominar por el pánico y rehusó firmar el decreto, de modo que fue necesario arrancar el papel de las paredes donde ya se lo había pegado. En ese momento el gobierno se desalentó.

Por tratarse de un hombre impaciente, Mussolini jugó sus cartas con mucho cuidado. Cuando el general Cittadini, edecán del rey, le telefoneó a Milán y le ofreció el poder parcial en un nuevo ministerio, Mussolini se limitó a cortar la comunicación. Al día siguiente, 29 de octubre, consintió graciosamente en formar su propio gobierno si se confirmaba por telegrama la invitación telefónica. A su debido tiempo llegó el cable, y esa noche se dirigió ceremoniosamente a la estación de Milán, ataviado con su camisa negra, para abordar el tren nocturno que debía llevarlo a Roma. Lady Sybil Graham, esposa del embajador británico, viajaba en el mismo tren. Vio a Mussolini, rodeado por funcionarios, que consultaba impaciente su reloj y se volvía irritado hacia el jefe de la estación. “Quiero que el tren salga exactamente de acuerdo con el horario”, dijo. “En adelante, todo debe funcionar a la perfección.”¹⁷¹ Así nacieron el régimen y su leyenda.

Durante la última década de su vida, Mussolini se convirtió en una figura cada vez más trágica y hasta grotesca. Cuando se examina ese período desde la perspectiva del momento actual, resulta

¹⁶⁹ Tasca, op. cit., p. 276; Nolte, op. cit., pp. 210-211.

¹⁷⁰ Mussolini, *Opera Omnia*, XVIII, p. 581.

¹⁷¹ El incidente aparece descrito en Ivone Kirkpatrick, *Mussolini: Study of a Demagogue*, Londres, 1964, p. 144.

difícil comprender que, desde fines de 1922 y hasta mediados de la década de los treinta, todos lo juzgaron una pieza formidable sobre el tablero europeo. Una vez que asumió el poder, no cometió ninguno de los errores evidentes de Lenin. No creó una policía secreta ni disolvió el parlamento. La prensa preservó su libertad y los jefes opositores continuaron en actividad. Hubo algunos asesinatos, pero en menor número que antes del golpe. Se convirtió en órgano oficial al Gran Consejo fascista, y se legalizó a los camisas negras, de manera que prevaleció una atmósfera de amenaza en las elecciones de abril de 1924, que dieron una gran mayoría a los fascistas. Pero Mussolini se vio en el papel de jefe nacional más que partidario. Según afirmó, gobernaba apoyándose en el consenso tanto como en la fuerza.¹⁷² Se manifestaba en él no tanto la voluntad de poder como la voluntad de desempeñar el cargo. Deseaba retener su puesto y convertirse en un hombre respetable; ansiaba ser amado.

En 1924, el asesinato de Giacomo Matteotti, el más enérgico de los diputados opositores, destruyó estas ilusiones. En general, se atribuyó la responsabilidad a Mussolini.¹⁷³ Antes algunos diputados habían sido asesinados y llama la atención que este crimen provocase tanta furia en Italia e impulsara a tantos extranjeros a fruncir el ceño. Perjudicó mucho a Mussolini, en algunos aspectos de manera permanente, y se convirtió para él en una suerte de Rubicón, porque cortó los vínculos que aún lo unían a los socialistas y los liberales, y empujó a éstos a los brazos de sus propios extremistas. En una mezcla muy característica de extremismo y arrogancia, anunció el comienzo del fascismo en un notorio discurso pronunciado el 3 de enero de 1925. Los periódicos opositores quedaron prohibidos. Los jefes de la oposición fueron confinados en una isla. Como dijo Mussolini, la oposición a la nación monolítica era superflua; podía encontrar todo lo que necesitaba en sí mismo y en la resistencia de las fuerzas objetivas, un juego de palabras que el propio Lenin habría envidiado.¹⁷⁴ Concibió una resonante fórmula totalitaria, muy citada, admirada y vilipendiada entonces y después: “Todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra él”. Se dictó una serie completa de “leyes fascistas”, algunas constitucionales, otras punitivas y otras positivas; las últimas fueron las *leggi di riforma sociale*, destinadas a promover el nacimiento del Estado corporativo.

Pero siempre hubo algo nebuloso en el fascismo italiano. Sus instituciones, como por ejemplo la Carta del Trabajo, el Consejo Nacional de las Corporaciones y otras, al parecer nunca fueron bien aceptadas en la Italia real. Mussolini se vanagloriaba: “Controlamos las fuerzas políticas, controlamos las fuerzas morales, controlamos las fuerzas económicas. Por lo tanto, estamos en el centro del Estado fascista corporativo”.¹⁷⁵ Pero se trataba de un Estado construido con palabras más que con hechos. Después de todo, si la definición totalitaria de Mussolini representaba la realidad, ¿cómo podía llegar a un acuerdo con la Iglesia, que ciertamente estaba “fuera del Estado”, e incluso firmar un concordato con el Vaticano, algo que ninguno de sus predecesores parlamentarios había conseguido? Cierta vez definió el fascismo como “una democracia organizada, concentrada y autoritaria sobre una base nacional”.¹⁷⁶ Sí, pero ¿para qué era toda esa autoridad? Uno intuye que Mussolini era un fascista renuente porque en el fondo continuaba siendo marxista, aunque herético; de modo que a sus ojos la revolución carecía de sentido si no incluía la expropiación en gran escala, un paso que la mayor parte de sus partidarios y colegas no deseaba. De manera que la utopía fascista tendía a diluirse y quedaba solamente el despotismo. Todavía en 1943, un momento antes del derrumbe, un artículo publicado en *Critica fascista* por el joven militante Vito Panunzio afirmaba que el régimen aún podía triunfar si al fin promovía la “revolución fascista”.¹⁷⁷ A esa altura de las cosas, Mussolini ejercía un poder aparentemente dictatorial desde hacía más de dos décadas.

Pero si Mussolini no podía practicar el fascismo y ni siquiera lograba definirlo con precisión, esta corriente parecía igualmente desconcertante para sus antagonistas y, sobre todo, para los

¹⁷² Mussolini, *Opera Omnia*, XIX, p. 196.

¹⁷³ Gaetano Salvemini, *La Terreur Fasciste*, París, 1930.

¹⁷⁴ Mussolini, *Opera Omnia*, XX, p. 379.

¹⁷⁵ *Ibid.*, XXII, p. 109.

¹⁷⁶ *Ibid.*, XXIX, p. 2.

¹⁷⁷ Citado en Roberts, op. cit., p. 301.

marxistas. Los cultos liberales anglosajones podían desecharlo porque lo consideraban un nuevo y poco serio tipo de dictadura, menos sangrienta que la leninista y mucho menos peligrosa para la propiedad. Pero a los ojos de los marxistas se trataba de algo mucho más grave. A mediados de la década de los veinte había movimientos fascistas en Europa entera. Uno de los rasgos que estos movimientos tenían en común era el más activo anticomunismo. Combatían la revolución con medios revolucionarios y enfrentaban a los comunistas en las calles con sus propias armas. Ya en 1923, el régimen campesino búlgaro de Aleksandr Stamboliski, que practicaba el “comunismo agrario”, fue derrocado por un *putsch* fascista. El Comintern, la nueva organización internacional creada por el gobierno soviético con el fin de difundir y coordinar las actividades comunistas, llamó a los “trabajadores del mundo” a protestar contra “la victoriosa camarilla fascista búlgara”, y así por primera vez reconoció que el fascismo era un fenómeno internacional. Pero, ¿de qué se trataba exactamente? En Marx no había nada específico al respecto. Se había desarrollado demasiado tarde para que Lenin lo incorporase en su marcha de la historia. Era impensable admitir su verdadera naturaleza, una herejía marxista, de hecho una modificación de la propia herejía leninista. En cambio, había que armonizarlo con la historiografía marxista-leninista y, por lo tanto, demostrar que no era un presagio del futuro sino un perverso estertor de la moribunda época burguesa. Así, después de muchas cavilaciones, en 1933 se elaboró una definición soviética oficial: el fascismo era “la dictadura terrorista desembozada de los elementos más reaccionarios, chauvinistas e imperialistas del capital financiero”.¹⁷⁸ Esta evidente tontería fue necesaria a causa del fracaso del marxismo “científico” cuando llegó el momento de predecir el fenómeno político más sorprendente del período que medió entre las guerras.

Entretanto, la Italia de Mussolini era ahora un hecho empírico, exactamente como la Rusia de Lenin, e invitaba al mundo a estudiarlo, quizá con vistas a imitarlo o a evitarlo. El historiador de los tiempos modernos percibe constantemente la interacción cada vez más rápida de los hechos políticos en lugares muy alejados unos de otros. Era como si el desarrollo de la radio, el sistema telefónico internacional, los diarios de circulación masiva y las rápidas formas de viaje estuvieran originando una concepción nueva de una totalidad social y política que correspondía a las nuevas percepciones científicas del universo y la materia. De acuerdo con el principio de Mach, formulado en un primer momento a comienzos del siglo y después reformulado como parte de la cosmología de Einstein, sucede no sólo que el universo como un todo influye sobre los hechos terrestres locales, sino que los hechos locales influyen, aunque sea en mínima medida, sobre el conjunto del universo. La mecánica cuántica, desarrollada durante la década de los veinte, indicaba que el mismo principio se aplicaba al plano de las microcantidades. No existían unidades independientes que florecieran al margen del resto del universo.¹⁷⁹ El “espléndido aislamiento” ya no era una política que los Estados pudiesen aplicar, como incluso Estados Unidos lo había reconocido implícitamente en 1917. Muchos dieron la bienvenida a este proceso y vieron en la Liga de las Naciones una respuesta a algo que, según creían, era un hecho nuevo y positivo de la vida. Pero las consecuencias de una totalidad política global eran temibles al mismo tiempo que promisorias. La metáfora de la enfermedad era apropiada. La peste negra de mediados del siglo XIV había emigrado en el curso de más de cincuenta años y nunca había llegado a ciertas regiones. El virus de la influenza de 1918 había recorrido el mundo en algunas semanas y penetrado casi en todas partes. El virus de la fuerza, el terror y el totalitarismo podía llegar a ser igualmente ubicuo y veloz. Estaba firmemente arraigado en Rusia. Y ahora estaba en Italia.

Si Lincoln Steffens podía detectar un futuro viable incluso en la Moscú de Lenin, ¿qué es lo que no podía discernirse en la Roma totalitaria? Mussolini no podía o no quería conjurar una nueva civilización fascista a partir de sus nebulosas fórmulas verbales. Pero lo que se sentía inclinado a hacer, y de lo que se creía capaz, era la realización de grandes proyectos de construcción. Atacó la malaria, que entonces era el grave azote que debilitaba a Italia central y meridional.¹⁸⁰ El drenado

178 132 Sesión Plenaria del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, diciembre de 1933; citado en Nolte, op. cit.

179 Arthur Koestler, “Whereof one cannot speak”, *Kaleidoscope*, Londres, 1981, pp. 323 y ss.

180 Con relación al problema de la malaria, véase Norman Douglas, *Old Calabria*, Londres, 1915, cap. 34.

de las ciénagas pontinas fue una realización práctica considerable, así como un símbolo de la energía fascista. Mussolini alentó a Balbo, que era un hábil piloto, a organizar una gran industria aeronáutica que conquistó muchos premios internacionales. En tierra firme, otro caudillo fascista, el financista veneciano Giuseppe Volpi, creó un espectacular cinturón industrial en Mughera y Mestre. En su carácter de ministro de Finanzas también revaluó la lira, que se convirtió en una moneda relativamente fuerte.¹⁸¹ Los servicios ferroviarios, postales y telefónicos mejoraron considerablemente. No hubo huelgas. La corrupción persistió, tal vez se acentuó, pero fue menos ostensible y llamó menos la atención. En Sicilia, la mafia no fue destruida, pero se la obligó a pasar a una verdadera clandestinidad. Sobre todo, no hubo más violencia en las calles. Algunos de estos resultados fueron ficticios y otros, a la larga, perjudiciales. Pero en conjunto parecieron impresionantes a los ojos de los extranjeros, de los turistas y de muchos italianos. En Italia no estaba realizándose una utopía, pero en comparación con la hambrienta y aterrorizada Rusia, el espectáculo era impresionante. Desde el punto de vista de los que vivían al norte de los alpes y rechazaban por igual el bolchevismo del Este y el liberalismo del Oeste, el renacimiento italiano parecía representar un tercer camino.

181 Sergio Romano, *Giuseppe Volpi: Industria e finanza tra Giolitti e Mussolini*, Milán, 1979.

3 ESPERANDO A HITLER

El 10 de noviembre de 1918, el capellán luterano del Hospital Militar de Pasewalk, en Pomerania, convocó a los pacientes para decirles que la casa de los Hohenzollern había caído. Alemania era ahora una república. La noticia cayó como un rayo sobre los soldados heridos. Uno de ellos era Adolfo Hitler, un suboficial de veintinueve años. Había combatido en el frente occidental a lo largo de la guerra, dos veces se había distinguido en acción y anteriormente ese mismo año había recibido el desusado espaldarazo de la Cruz de Hierro de Primera Clase. Un mes antes, el 13 de octubre, al sur de Ypres, quedó temporalmente ciego como consecuencia de un ataque británico con gas mostaza. No había podido leer los diarios y desechó los rumores acerca del derrumbe y la revolución como un “asunto local”, promovido por “unos pocos jóvenes judíos” que no habían estado en el frente sino “en un hospital para enfermos venéreos”. Ahora el anciano pastor, con las lágrimas corriéndole por las mejillas, les dijo que el káiser había huido, que la guerra estaba perdida y el Reich se entregaba incondicionalmente a la compasión de sus enemigos. La noticia de la rendición fue, como escribió más tarde Hitler, “la certidumbre más terrible de mi vida. Ante mis ojos todo se ensombreció. Vacilé y volví trastabillando al dormitorio. Me arrojé sobre mi camastro y hundí la cabeza febril en la manta y la almohada. Desde que había estado junto a la tumba de mi madre nunca había llorado [...] Pero ahora no pude evitarlo”.¹

En la mayoría de los alemanes y, sobre todo, en los soldados, la impresión provocada por la derrota resultó enorme. Fue algo que nadie alcanzó a comprender en Occidente. Los alemanes sabían que estaban retrocediendo en el frente occidental. Pero la retirada se realizaba de manera ordenada; el ejército se mantenía intacto. Por otra parte, los principales sentimientos de ansiedad y las ambiciones de Alemania no estaban en Occidente. Alemania había hecho la guerra porque temía, sobre todo, el creciente poderío industrial y militar de Rusia, un vecino enorme, abrumador, tiránico y bárbaro, que estaba a las puertas de la propia Alemania y que amenazaba dominarla. A mediados de 1918, a pesar de las desesperadas luchas que se libraban en el frente occidental, Alemania había exorcizado lo que era para ella el espectro principal. La Rusia zarista estaba derrotada y destruida. Su sucesor había firmado una paz impuesta. El Tratado de Brest-Litovsk dio a Alemania toda la seguridad que podía necesitar. Arrebató a Rusia el 70 por ciento de su industria del hierro y el acero, y el 40 por ciento de su capacidad industrial. Alemania se apoderó de todo lo que consideraba valioso en la Rusia europea tal como se vanaglorió un miembro del gobierno alemán: “En el Este cobraremos los intereses de nuestros bonos de guerra”.² Sin duda, las ventajas obtenidas en el Este le aportaron más, porque restablecieron la perspectiva de un dilatado imperio económico en Europa oriental, la colonización de las grandes planicies que había sido la meta de la expansión de la civilización alemana durante la Edad Media. La “atracción del Este” siempre había significado más para los alemanes medios que el tardío ejercicio de la colonización africana, o incluso que el intento del káiser de alcanzar la supremacía comercial y marítima. La gran Rusia zarista era el poder que había bloqueado el “destino manifiesto” que la impulsaba hacia el Este. Ahora ese monstruoso despotismo al fin se había derrumbado. Podía retomarse nuevamente el programa de los caballeros teutónicos.

El 1 de marzo de 1918 cayó Kiev, y Ludendorff ocupó Ucrania; organizó una “república de terratenientes” con la supervisión alemana y echó los cimientos de una colonia satélite del Reich. El káiser se convirtió en duque de Curlandia, que incluía a Livonia y Estonia, dirigidas por sus

1 Adolf Hitler, *Mein Kampf*, pp. 202-204; Joachim Fest, *Hitler*, trad. Londres, 1977, p. 117.

2 Holborn, op. cit., p. 487.

pequeñas minorías alemanas y atadas a la economía de Alemania. En abril, las tropas alemanas desembarcaron en Finlandia, otro posible satélite. El 7 de mayo, Alemania impuso la paz a Rumania y también allí se inició un rápido proceso de colonización económica. Ludendorff envió tropas a Crimea, señalada como teatro de los asentamientos alemanes, y en septiembre había llegado a los yacimientos petrolíferos de Bakú y se preparaba para caer sobre la Transcaucasia con el fin de ocupar una posición de privilegio sobre el anillo estratégico de Asia Central. Incluso los rumores acerca de la caída de los Habsburgo y la desintegración de Turquía fueron vistos por los geopolíticos alemanes como oportunidades que les permitían intensificar el saqueo y la penetración económica en Europa Central y Medio Oriente. A principios del otoño de 1918 les parecía que la guerra, lejos de estar perdida, en todos los aspectos esenciales había sido ganada y de un modo abrumador. En efecto, Alemania podía surgir en la paz como un país igual, por el potencial militar y económico, a los Estados Unidos y al Imperio Británico, la tercera superpotencia.

Algunas ilusiones persistieron, incluso después de la primera y abrumadora impresión de la derrota. Aparte del hecho de que Wilson y el coronel House ya habían aceptado en secreto la interpretación anglofrancesa de los “catorce puntos”, las conclusiones optimistas que los alemanes extrajeron de ellos carecían por completo de justificación. Una ciudad del sur de Alemania recibió a sus soldados desmovilizados con un estandarte que decía: “Bienvenidos, nuestros valientes soldados, ustedes hicieron su trabajo; Dios y Wilson lo continuarán”.³ Alemania comprendió la verdad sólo cuando en mayo de 1919 se publicaron los términos del tratado. En realidad, para Alemania, Versalles no fue verdaderamente una “paz cartaginesa”. En este aspecto Keynes se equivocó por completo. Austria y Hungría afrontaron una suerte mucho peor. Versalles permitió que Alemania conservara todos los aspectos esenciales de la obra de Bismarck. Si hubiese elegido el camino de la paz, Alemania se habría convertido, inexorablemente, durante las dos décadas siguientes, en la fuerza económica dominante de Europa Central y Oriental.

Pero es necesario considerar las pérdidas de Alemania desde la perspectiva de las colosales ventajas que muy poco antes creía haberse asegurado. Al parecer, los alemanes no pensaron que la Rusia zarista les habría impuesto condiciones infinitamente peores (sin duda, muy parecidas a las que tuvo que aceptar en 1945). De todos modos, ¡Rusia zarista había sido destruida por las armas alemanas! Entonces, ¿por qué se obligaba a Alemania a entregar en el Este comunidades alemanas enteras a los eslavos bárbaros, en el corredor polaco, en Prusia Oriental y sobre todo en Silesia, una región industrial rica en carbón y hierro? Estas pérdidas fueron las principales causas del dolor y la cólera, porque herían su orgullo; juzgaban antinatural que hubiese alemanes sometidos al dominio de los eslavos. Incluso el plebiscito silesiano, una importante concesión obtenida en beneficio de los alemanes por Lloyd George, vino a acentuar la irritación alemana, pues el gobierno nunca explicó al público alemán que, de acuerdo con el Tratado de Versalles, podía dividirse la provincia de acuerdo con los resultados locales. El plebiscito del 21 de marzo de 1921 otorgó a Alemania una mayoría del 60 por ciento. Pero la Liga asignó a Polonia aproximadamente un 40 por ciento del territorio, habitado por una mayoría polaca, y este sector incluía la región industrial más valiosa. Los alemanes pensaron que nuevamente se los había engañado y esta vez su enojo se volvió contra la Liga.⁴

En cierto sentido los alemanes habían sido engañados durante muchos años, pero sobre todo por sus propios gobiernos, que nunca habían dicho al país la verdad acerca de los objetivos y las metas oficiales. Toda la verdad comenzó a revelarse sólo a partir de 1961, cuando el gran historiador Fritz Fischer publicó su obra *Griff nach der Weltmacht*, donde investigó la agresiva continuidad de la política expansiva de Alemania en las esferas de la política exterior y el poder militar.⁵ Siguió una prolongada y áspera controversia entre los historiadores alemanes, que culminó en la reunión de Berlín, en el año 1964,⁶ de la Asociación Alemana de Historia. Durante este debate se demostraron

3 Ibid., p. 561.

4 Ibid., p. 602.

5 Traducido como F. Fischer, *Germany's Aims in the First World War*, Londres, 1967.

6 Con respecto a la polémica de Fischer, véase Fritz Stern, *The Failure of Illiberalism*, Londres, 1972; *International Affairs*, 1968.

de manera indudable los aspectos esenciales de la culpabilidad alemana en el desencadenamiento de la guerra y, a su tiempo, fueron aceptados por la mayoría de los críticos de Fischer. Vale la pena reformularlos brevemente.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, Alemania se convirtió en una potencia industrial enorme y muy eficaz. Este proceso implicó la creación de un gran proletariado industrial, cuyos miembros no podían ser manipulados como los campesinos y con quienes la clase gobernante alemana, formada por terratenientes y militares, no deseaba compartir el poder. Bismarck resolvió este problema apelando a dos soluciones. Por una parte, durante la década de 1880 amplió los tradicionales servicios de bienestar social de la monarquía prusiana, y de ese modo creó el primer Estado de bienestar en el mundo.⁷ Por otro lado, después de cumplir el ciclo de sus guerras de expansión, se esforzó por preservar la unidad interior, inventando amenazas exteriores, en general imaginarias maniobras de “cercamiento”, de manera que insufló a la nación una mentalidad homogénea de estado de sitio. Bismarck sabía utilizar esta pesadilla artificial. No fue el caso de sus sucesores. Más aún, llegaron a creer en ella, víctimas de un irracionalismo y un miedo cada vez más intensos. A más tardar en 1911, el grupo gobernante de Alemania había desencadenado un nuevo nacionalismo étnico: “El propósito era consolidar la posición de las clases gobernantes con una política exterior exitosa; en efecto, se esperaba que una guerra resolviera las tensiones sociales cada vez más acentuadas. Al comprometer a las masas en la gran lucha, las partes de la nación que hasta ese momento se habían mantenido separadas, se integrarían en el Estado monárquico”.⁸ El propósito de la guerra de 1914 fue crear un nuevo orden europeo en el que prevalecería Alemania. De acuerdo con la descripción de Riezler, secretario de Bethmann Hollweg, la proyectada unión económica europea era “el disfraz europeo de nuestra voluntad de poder”.⁹ Bethmann Hollweg reconocía que Gran Bretaña no podía aceptar el predominio total de Alemania en Europa. Por lo tanto, era necesario derrotar a Gran Bretaña (lo mismo que a Francia y a Rusia) y eso significaba que Alemania representaría el papel de una superpotencia mundial. Como dijo Riezler, haciéndose eco de los pensamientos de Bethmann Hollweg: “El trágico error de Inglaterra consiste en que nos obliga a agrupar toda nuestra fuerza, a aprovechar todas nuestras posibilidades, nos empuja a abordar los problemas mundiales, crea en nosotros —contra nuestra voluntad— el deseo de llegar al dominio del mundo”.¹⁰ Esta última formulación era muy característica del deseo alemán de desviar hacia otros la responsabilidad moral de su agresión.

Si la responsabilidad del estallido de la guerra fue compartida por las alas militar y civil del régimen gobernante alemán, la magnitud de la derrota fue culpa de los generales y almirantes. Alemania perdió la condición de imperio civil el 9 de enero de 1917, cuando Bethmann Hollweg se rindió al reclamo, al que se había resistido durante tres años, de librar una guerra submarina irrestricta. En adelante, los almirantes y Ludendorff se hicieron cargo. Era su guerra. Elevaron las apuestas sobre la mesa, y así aseguraron que, cuando llegase el derrumbe inevitable, Alemania quedaría no sólo derrotada sino quebrada, arruinada, avergonzada y humillada. Como dijo Riezler: “De hecho tuvimos que aceptar el *diktat*. La esclavitud por cien años. El sueño acerca del mundo definitivamente destruido. La dispersión de los alemanes en todo el mundo. El destino de los judíos”.¹¹

Es una lástima que Keynes no pudiese conocer estos pensamientos desesperados de un hombre que estaba en el centro mismo del mecanismo alemán de decisión. En ese caso habría podido apreciar que la presunta “paz cartaginesa” era en realidad mucho más generosa que lo que los gobernantes de Alemania esperaban en su fuero íntimo. Pero, por supuesto, la abrumadora mayoría de los alemanes era aún más ignorante que Keynes. Se les había enseñado, y así lo creían, que las causas principales de la guerra habían sido el expansionismo ruso y la rivalidad comercial británica.

7 J. Tampke, “Bismarck's Social Legislation: a Genuine Breakthrough?”, en W. J. Mommsen, ed., *The Emergence of the Welfare State in Britain and Germany, 1850-1950*, Londres, 1981, pp. 71 y ss.

8 Fritz Fischer, *The War of Illusions: German Policies from 1911 to 1914*, trad. Londres, 1975.

9 Diario Riezler, 18 de abril de 1915. Citado en Stern. op. cit.

10 *Ibid.*, 4 de octubre de 1915.

11 *Ibid.*, 1 de octubre de 1918.

Para Alemania había sido una guerra defensiva, de supervivencia. La tragedia fue que cuando sobrevino el derrumbe de 1918, se desaprovechó la oportunidad de decir la verdad al pueblo alemán. Incluso en el caso de los socialistas alemanes, los únicos que reconocieron la culpabilidad de Alemania en la guerra fueron Kurt Eisner, que fue asesinado en 1919; Karl Kautsky, a quien se encomendó la tarea de ordenar los documentos diplomáticos de la preguerra, y Eduard David, que había visto los documentos fundamentales cuando era subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores, inmediatamente después de la caída de la monarquía.¹² Pero ninguno de los documentos realmente reveladores fue publicado o llegó a ser accesible. Los historiadores alemanes, los mejores del mundo, traicionaron su profesión y se autoengañaron. Un aspecto que tiene la misma importancia fue el hecho de que los principales protagonistas de la tragedia mintieron u ocultaron los hechos. Bethmann Hollweg podría haber dicho la verdad acerca de los orígenes de la guerra y el papel de los militares en la derrota. No lo hizo, pese a que se lo provocó. Tanto Tirpitz como Ludendorff lo atacaron ásperamente en sus memorias. Pero la versión del propio Bethmann dice muy poco: temía ahondar las divisiones ya muy considerables de la sociedad alemana.¹³

No sólo no se dijo la verdad, sino que se la ocultó intencionadamente detrás del mito de que la máquina bélica alemana había sido “apuñalada por la espalda” por la cobardía y el derrotismo de los civiles. Cuando se rememoran los hechos, parece extraordinario que se haya aceptado este mito. En la Alemania de Guillermo no existía una fuerza que pudiera desafiar a los militares y mucho menos apuñalarlos por la espalda. Alemania era, en muchos aspectos, la nación más militarizada de la tierra. Incluso la nueva industria estaba regimentada militarmente. Las ciudades-fábricas crecían alrededor de las ciudades-cuarteles de los reyes-soldados Hohenzollern. Los permanentes ejercicios militares influyeron sobre las clases empresarias, incluso sobre las primeras etapas de los sindicatos y la socialdemocracia, que destacaban intensamente el valor de la disciplina. Había uniformes por doquier. El káiser se refería despectivamente con respecto a los ministros, los políticos y los diplomáticos, como a esos “estúpidos civiles”. Para elevar su propio prestigio, los miembros del gobierno usaban atuendos militares. Bismarck usaba el uniforme de general de caballería. La primera vez que Bethmann Hollweg se presentó en su condición de canciller ante el Reichstag, vistió el uniforme de mayor. El propio káiser se sentaba frente a su escritorio sobre una montura militar en lugar de una silla.¹⁴ La idea de que los civiles habían podido trastornar esta enorme y ubicua estructura militar, sobre todo en medio de la guerra más grande de la historia, resultaba absurda.

En realidad fue al revés. Ludendorff, que de pronto comprendió que la partida había terminado y que estaba decidido a conservar intacto el ejército mientras aún había tiempo, insistió en un armisticio. Su sucesor, el general Wilhelm Groener, ordenó al káiser que se retirase y le informó que el ejército regresaba ordenadamente a casa, “pero no al mando de Su Majestad, porque ya no apoya a Su Majestad”.¹⁵ Y precisamente el ejército, después que ayudó a desencadenar la guerra, a elevar las apuestas y a garantizar que la derrota fuese desastrosa, esquivó sus responsabilidades y devolvió la autoridad a los civiles. Se les dejó la tarea y la vergüenza de concertar el armisticio y firmar la paz, mientras los generales preparaban su propia absolución con la teoría de la “puñalada por la espalda”.

Así, mediante una extraña manifestación de miopía nacional que incluyó ingredientes de autoengaño, los alemanes absolvieron a los que habían metido a la nación en ese terrible aprieto en el que ahora se encontraba. Los aliados renunciaron a la idea de formar tribunales que juzgasen los crímenes de guerra. Incluso se abstuvieron de exigir la extradición de los oficiales alemanes, de quienes se sabía que habían infringido la Convención de La Haya. Estos hombres fueron dejados en libertad ante tribunales alemanes, que les aplicaron sentencias ridículamente leves, y después se les permitió huir y retornar como héroes a sus hogares.

En cambio, se echó la culpa de las dificultades de Alemania a los socialistas y a los políticos del

12 Holborn, op. cit., pp. 562-563.

13 Stern, op. cit., p. 118.

14 Gerhard Ritter, *Staatskunst und Kriegshandwerk*, 2ª ed., Munich, 1965, 2 vols., II, p. 129.

15 Holborn, op. cit., p. 514.

centro. Los socialistas habían sido el principal partido en el Reichstag antes de la guerra, pero nunca se les permitió participar del gobierno; como el parlamento ejercía un control ineficaz de las finanzas —el defecto fundamental de la “democracia” alemana de la preguerra— nada podían hacer para detener la marcha del imperialismo alemán, aunque votaron contra él. Fueron el único partido que se opuso a las anexiones de Alemania en perjuicio de Rusia, a principios de 1918. Cuando terminó la guerra, al fin ejercieron brevemente el poder, pero no fueron más que los depositarios legales de un imperio en quiebra y tuvieron que compartir la responsabilidad de los pecados que aquél había cometido. Cuando los políticos del centro asumieron el poder, como sucedió muy pronto, también soportaron la mácúla que los marcaba con la responsabilidad de la derrota y la rendición y que los convertía en los “hombres de los aliados”.

Sin duda, en mayor o menor medida, el estigma de Versalles afectó a todos los políticos de la nueva república, e incluso al concepto mismo de república y, por lo tanto, al concepto general de la democracia parlamentaria. Por primera vez los alemanes tenían la posibilidad de autogobernarse. Todos los individuos mayores de veinte años, varones o mujeres, gozaban del derecho de voto. En adelante, las elecciones para todos los organismos públicos se ajustaron a la norma del voto igual, secreto, directo y de acuerdo con la representación proporcional. Se abolió la censura. Se garantizó el derecho de reunión. Los empleadores reconocieron a los sindicatos. Se declaró obligatoria la jornada de ocho horas.¹⁶ Cuando en enero de 1919 se celebraron las primeras elecciones, tres cuartas partes de los votantes —el 80 por ciento del padrón— apoyaron la creación de la república.

Se redactó la nueva constitución de Weimar bajo la guía del gran sociólogo Max Weber. Por primera vez se asignó al parlamento la soberanía total en el área de las finanzas. Este documento incluía, presuntamente, los mejores aspectos de la constitución norteamericana. Pero tenía un grave defecto. El presidente elegido por un período de siete años no era el jefe del gobierno; esa función correspondía al canciller, una figura partidaria responsable ante el parlamento. De acuerdo con el artículo 48, el presidente ejercía poderes de emergencia cuando el parlamento no sesionaba. A partir de 1923 se invocó maliciosamente este artículo siempre que el parlamento estaba paralizado. Y el parlamento a menudo lo estaba, porque la representación proporcional impedía el desarrollo de un sistema bipartidario y la formación de mayorías absolutas. A los ojos de muchos alemanes, que se habían educado en el concepto de que Alemania y los alemanes eran una unidad orgánica y metafísica, el espectáculo que ofrecía un parlamento dividido y paralizado resultaba antinatural. El argumento de que el parlamento era el foro donde se resolvían pacíficamente los conflictos reales e inevitables de intereses era algo extraño e inaceptable para ellos. En cambio, veían al Reichstag como el simple escenario donde se desarrollaba “el juego de los partidos”, mientras la Alemania real, eterna, orgánica y honorable estaba encarnada en la persona del presidente y el artículo 48. Esta escisión constitucional fue evidente, incluso, con el primer presidente, el socialista Friedrich Ebert. Prefería utilizar su poder antes que imponer a los parlamentarios la costumbre de resolver sus diferencias. La situación empeoró mucho más cuando fue reemplazado por el mariscal de campo Hindenburg.

Aunque Ludendorff había dirigido la guerra, Hindenburg fue el señor de la guerra nominal y el héroe público. En 1916 se construyó una enorme imagen de madera de su persona, para simbolizar la decisión alemana de vencer. El que compraba un bono de guerra tenía el derecho de remachar un clavo en el coloso. De ese modo se martillaron unos 100.000 clavos en la imagen. Inmediatamente después de la guerra, la estructura fue desarmada y el material utilizado como leña, como si se hubiera deseado simbolizar la desaparición de los militares y el reinado de los civiles. Ellos, Weimar y sobre todo el parlamento fueron identificados con el tratado y la vergüenza, y todas las dificultades de la posguerra. Cuando el titán de madera retornó con el cargo de presidente, personificó no sólo el heroísmo de la época de guerra y la unidad alemana, sino el contraprinicipio antirrepublicano incrustado en la propia Constitución de Weimar. Precisamente durante el régimen de Hindenburg se utilizó la prerrogativa presidencial para designar y despedir cancilleres y disolver el Reichstag, lo que determinó durante los últimos años la suspensión virtual del gobierno

16 *Ibíd.* , pp. 519-521.

parlamentario. Hitler coronó el proceso aprovechando ese artículo para poner los cimientos de su dictadura, aun antes de la desaparición del parlamento, en abril de 1933.

La escisión existente en la constitución quizá no hubiera importado tanto si no hubiese reflejado una división mucho más profunda en la sociedad alemana e incluso en la mente de los alemanes. Denomino a este fenómeno la división Este-Oeste y es uno de los temas fundamentales de los tiempos modernos, en cuanto han sido influidos por el destino de Alemania. La característica principal del régimen alemán de la preguerra, el régimen de los príncipes, los generales y los terratenientes, y de los profesores de derecho que le confirieron autoridad moral fue el antiliberalismo. La casta gobernante odiaba apasionadamente a Occidente, tanto por sus ideas liberales como por el grosero materialismo y la falta de espiritualidad que, a su juicio, esas ideas expresaban. Deseaban mantener “pura” a Alemania frente a Occidente, y éste era uno de los motivos de los planes de conquista medieval y asentamiento en el Este, y de formación de un imperio continental que independizara a Alemania del sistema mundial anglosajón. Estos “hombres del Este” formulaban una distinción fundamental entre la “civilización”, a la que definían como una entidad desarraigada, cosmopolita, inmoral, antigermana, occidental, contaminada desde el punto de vista material y racial, y la “cultura”, que era pura, nacional, alemana, espiritual y auténtica.¹⁷ La civilización impulsaba a Alemania hacia el Oeste; la cultura, hacia el Este. La verdadera Alemania no era parte de la civilización internacional, sino una cultura-raza propia. Cuando los alemanes respondían a la atracción del Oeste, afrontaban el desastre; cuando perseguían su destino en el Este, se realizaban.

En realidad, los partidarios del Este habían gobernado siempre a Alemania, habían provocado la ansiedad bélica, habían llevado a Alemania a la guerra y después la habían perdido. Pero en la mente de la mayoría de los alemanes la mitología de la “puñalada por la espalda” refutaba este análisis concreto, porque atribuía la pérdida de la guerra al derrotismo y la traición a los “hombres del Oeste”, los mismos que después habían firmado el armisticio, aceptado la desastrosa paz, creado la república y afirmado el “dominio de los partidos”. Por lo tanto, los “occidentales” eran los responsables de todos los infortunios de Alemania en el mundo de la posguerra, una consecuencia muy lógica, porque eran los títeres y los agentes a sueldo de los políticos del Oeste en París y Londres y de la comunidad financiera internacional de Wall Street y la City. El puesto avanzado que mantenían en Alemania era el parlamento de Weimar. Pero la auténtica cultura alemana aún tenía su reducto en el seno de la República, en la persona del presidente Hindenburg, un partidario del Este por excelencia, y en la autoridad del artículo 48. Con el tiempo, podía ampliarse esa vital cabeza de puente.

Por el momento, los occidentales habían vencido. Weimar era una república occidental. Representaba a la civilización más que a la cultura: la civilización ejercía el poder, la cultura era la oposición. Tampoco es coincidencia que la civilización alemana protagonizara su más ostentoso florecimiento durante la década de los veinte, cuando durante un breve período Alemania se convirtió en el centro mundial de las ideas y el arte. Este triunfo venía preparándose desde hacía mucho tiempo. Alemania era, de lejos, el país más educado del mundo (a fines del siglo XVIII su nivel de alfabetización superaba el nivel del 50 por ciento). Durante el siglo XIX había organizado paulatinamente un sistema de educación superior tan completo y variado que no tenía rival. Había famosas universidades mundiales en Munich, Berlín, Hamburgo, Gotinga, Marburgo, Friburgo, Heidelberg y Francfort. La intelectualidad liberal alemana se había apartado de la vida pública y política durante 1860-1870, dejando libre el campo a Bismarck y a sus sucesores. Pero no había emigrado y se había extendido; cuando comenzó a reaparecer, poco antes de la Gran Guerra, y asumió el mando en 1918, lo más sorprendente en ella fue su fuerza policentral.

Por supuesto, Berlín, con sus 4 millones de habitantes, ocupaba el primer lugar, pero a diferencia de París no absorbió todas las energías intelectuales y artísticas de la nación. Si bien Berlín tenía su Alexanderplatz y su Kurfürstendamm, había muchos otros imanes culturales: el Bruehl de Dresde,

17 George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology*, Londres, 1966; Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair*, Berkeley, 1961.

el Jungfernstieg de Hamburgo, la Schweidnitzterstrasse de Breslau o la Kaiserstrasse de Francfort. El centro de la experimentación en arquitectura, la famosa Bauhaus, estaba en Weimar y más tarde se trasladó a Dessau. El más importante centro de estudios de arte, el Instituto Warburg, estaba en Hamburgo. Dresde tenía una de las mejores galerías de arte del mundo, así como una de las principales casas de ópera europeas, dirigida por Fritz Busch; allí se estrenaron dos de las óperas de Richard Strauss. Munich tenía una veintena de teatros, así como otra gran galería; era el hogar de *Simplicissimus*, la principal revista satírica, y de Thomas Mann, el principal novelista. El *Frankfurter Zeitung* era el mejor diario de Alemania, y Francfort era uno de los grandes centros teatrales y operísticos, lo mismo que Munich; otras ciudades, por ejemplo Nuremberg, Darmstadt, Leipzig y Düsseldorf, asistieron a las primeras representaciones de algunas de las obras teatrales más importantes de los años veinte.¹⁸

Lo que distinguía especialmente a Berlín era su teatro, de lejos el más fecundo del mundo durante la década de los veinte y con un acentuado perfil político. Su preeminencia había comenzado a manifestarse antes de la guerra, con el reinado de Max Reinhardt en el Deutsche Theater, pero en 1918 el republicanismo se impuso por completo. Algunos dramaturgos eran revolucionarios declarados; fue el caso de Friedrich Wolf y Ernst Toller, que trabajaron para el Teatro Proletario de Erwin Piscator; para este teatro, George Grosz diseñó la escenografía. Bertolt Brecht, cuya obra *Tambores en la noche* fue representada por primera vez en Berlín en 1932 cuando el autor tenía veinticuatro años, compuso alegorías políticas. Se sentía atraído por la violencia del comunismo y del gangsterismo norteamericano, y su amigo Arnold Bronn, por el fascismo; Brecht diseñó su propio “uniforme”, el primero de los atuendos izquierdistas: gorra de cuero, lentes con marco de acero, chaqueta de cuero. Cuando en 1928 se estrenó la *Ópera de dos centavos*, escrita por Brecht en colaboración con Kurt Weill, superó todas las marcas de representaciones operísticas, pues llegó a la cifra de 4.000 funciones en toda Europa en un solo año.¹⁹ Pero la mayor parte de los éxitos obtenidos en Berlín estuvo a cargo de cultos liberales, que se destacaban más por ser “audaces”, por el pesimismo y la postura problemática; hombres como Georg Kaiser, Carl Sternheim, Arthur Schnitzler, Walter Hasenclever, Ferdinand Bruckner y Ferenc Molnár eran “inquietantes” más que directamente políticos.²⁰ A veces, la “derecha cultural” concentraba la atención en cierta pieza, como cuando intentó frustrar el estreno de *Der fröhliche Weinberg*, de Carl Zuckmayer, quien también escribió el libreto de *El ángel azul*. Pero en realidad los conservadores criticaban la totalidad del teatro, pues en Berlín no se representaban en absoluto obras derechistas o nacionalistas. Después de ver una obra de Gerhart Hauptmann, un prefecto de policía alemán resumió así la reacción de la Alemania de la *Kultur*. “Habría que liquidar toda esta tendencia”.²¹

Berlín era también la capital del mundo en los campos afines de la ópera y la cinematografía. En estos ámbitos abundaban los directores, empresarios, directores de orquesta y productores de primera clase: Reinhardt, Leopold Jessner, Max Ophüls, Víctor Barnowsky, Otto Klemperer, Bruno Walter, Leo Blech, Joseph von Sternberg (*El ángel azul*), Ernst Lubitsch, Billy Wilder (*Emil y los detectives*), Fritz Lang (*Metrópolis*). En el diseño y la creación de escenografías y trajes, efectos luminosos y normas de la ejecución orquestal y el canto coral, en la atención al detalle, Berlín no tenía rival. Cuando *Wozzeck*, una nueva ópera compuesta por Alban Berg, el talentoso discípulo de Arnold Schoenberg, fue estrenada en la Ópera del Estado de Berlín en 1925, el director Erich Kleiber insistió en que se realizaran por lo menos 130 ensayos.²² El Festival de Música de Berlín, celebrado en esa ciudad en 1929, reunió a Richard Strauss, Bruno Walter, Furtwängler, George Szell, Klemperer, Toscanini, Gigli, Casals, Cortot y Thibaud.²³ En ese medio dotado de talento,

18 Laqueur, op. cit., pp. 27-30.

19 Martin Esslin, *Brecht: the Man and his Work*, Londres, 1959; John Willett, *The Theatre of Bertold Brecht*, Londres, 1959.

20 H. F. Gatten, *Modern German Drama*, Londres, 1958.

21 Laqueur, op. cit., p. 36.

22 Frederick V. Grunfeld, *Prophets Without Honour a Background to Freud, Kafka, Einstein and their World*, Nueva York, 1979.

23 Laqueur, op. cit., p. 155.

artesanía y conocimiento experimentado, Alemania pudo crear la principal industria cinematográfica del mundo y durante la década de los veinte produjo más filmes que la totalidad del resto de Europa; 646 solamente durante el año 1922.²⁴

Aún más notable fue el éxito de Alemania en la esfera de las artes visuales. En 1918, Walter Gropius se convirtió en director de la Escuela de Artes y Oficios de Weimar, y comenzó a aplicar la teoría de la *Gesamtkunstwerk*, es decir la obra total de arte, expresión usada inicialmente por Wagner, pero empleada aquí, aplicando la analogía de la catedral medieval, al uso integrado de la pintura, la arquitectura, el mobiliario, los trabajos en vidrio y metal, la escultura, la joyería y los textiles. El concepto se originó en el renacimiento del gótico, pero la atmósfera del Bauhaus estuvo determinada por el empleo funcional de los más modernos materiales y técnicas de construcción. Como expresó uno de los maestros, Lothar Schreyer: “Sentíamos que, literalmente, estábamos construyendo un mundo nuevo”. Este movimiento atrajo a muchos talentos: Klee, Kandinsky, Mies van der Rohe, Oskar Schlemmer, Hannes Meyer, Bartok, Hindemith, Stravinski fueron algunos de los artistas visitantes.²⁵

En realidad, la institucionalización del modernismo era el aspecto que parecía tan novedoso en Weimar y le infundía una fuerza especial. En el conjunto de las artes, Weimar se mostró menos hostil al modernismo que cualquier otro sistema político o sociedad. Los principales museos alemanes comenzaron a comprar esculturas y cuadros modernos, del mismo modo que las casas de ópera patrocinaron la atonalidad. Otto Dix fue designado profesor de arte en Berlín, Klee en Düsseldorf, Kokoschka en Dresde. También representó un papel importante en la aceptación del modernismo, la labor de los teóricos y los historiadores del arte como Carl Einstein, W. R. Worringer y Max Dvorák, que situaron la abstracción y el expresionismo en el contexto de la tradición artística europea. De esta manera, Berlín rivalizó con París e incluso la superó como centro de exposición de la pintura moderna. La galería dirigida por Herwath Walden y su esposa Else Lasker-Schüler, que también publicaban la revista *Der Sturm*, tenía más iniciativa que todo lo que se hacía en la orilla izquierda y exponía la obra de Leger, Chagall, Klee, Kurt Schwitters, Moholy-Nagy y Campendonck. El *Neue Sachlichkeit*, o nuevo realismo, que en 1923 desplazó al expresionismo moribundo, concitó más interés que los movimientos de París.²⁶

De hecho, en la Alemania de Weimar había un predominio cultural modernista. En sí mismo eso era provocativo para los “hombres del Este”. Lo denominaban *Kulturbolschewismus*. Durante la guerra, la prensa alemana ultrapatriótica había advertido que la derrota determinaría el triunfo del arte, la literatura y la filosofía “decadentes” de Occidente, como si Lloyd George y Clemenceau ardieran en deseos de llegar a Berlín para atosigar con el cubismo a los alemanes. ¡Y ahora estaba sucediendo! Weimar era el gran campo de batalla donde el modernismo y el tradicionalismo luchaban por la supremacía en Europa y el mundo, porque en Weimar las instituciones, o al menos una parte de ellas, estaban de parte de lo nuevo, así como la ley. La ley de censura de Weimar era rigurosa, pero de todos modos resultaba probablemente la menos represiva de Europa. Algunos filmes como *El ángel azul* no podían ser proyectados en París. Las obras interpretadas en los teatros y los clubes nocturnos de Berlín mostraban menor grado de inhibición que en cualquier otra de las grandes capitales. Las piezas teatrales, las novelas, incluso los cuadros, abordaban temas como la homosexualidad, el sadomasoquismo, el travestismo y el incesto; en Alemania, las obras de Freud fueron asimiladas de un modo más completo por la intelectualidad e influyeron sobre la más amplia gama de expresiones artísticas.

La intelectualidad de izquierda trató a menudo de provocar la furia de la Alemania “bienpensante”. Tanto tiempo se habían sentido asfixiados por el saber convencional de los militares, la iglesia, la corte y la academia que ahora tocaba el turno a los marginales, que se habían convertido, en forma curiosa y sin precedentes, en el centro de la sociedad de Weimar. En

24 Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *The German Cinema*, Londres, 1971; Lotte Eisner, *The Haunted Screen*, Londres, 1969.

25 Walter Gropius, *The New Architecture and the Bauhaus*, Londres, 1965; Barbara Miller Lane, *Architecture and Politics in Germany, 1918-1945*, Nueva York, 1970.

26 Arts Council, *Neue Sachlichkeit and German Realism of the Twenties*, Londres, 1979.

Weltbühne, el más inteligente y expresivo de los nuevos periódicos, se exaltaban la libertad sexual y el pacifismo, y se atacaba y ridiculizaba duramente al ejército, el Estado, la universidad, la Iglesia y, sobre todo, a las cómodas e industriosas clases medias. Este órgano publicaba los escritos de Kurt Tucholsky, un escritor satírico a quien muchos comparaban con Heine y cuya pluma ácida perforaba la piel de los “hombres del Este” con más frecuencia y éxito que cualquier otro escrito, es decir, era el equivalente verbal de las temibles caricaturas de George Grosz. Escribió en un artículo: “No existe ningún secreto del ejército alemán que yo no esté dispuesto a revelar de buena gana a una potencia extranjera”.²⁷ Tucholsky tenía un talento maravilloso. Su intención era provocar dolor, odio y furia, y lo conseguía.

Esta guerra de trincheras cultural, librada sin acatamiento a ninguna convención de Ginebra, implacable por el rencor, la animosidad y la crueldad, estaba destinada a provocar el atavismo de los “hombres del Este”. El enfoque que éstos aplicaron al dominio público fue auténticamente paranoico. La paranoia había sido, hasta cierto punto, manufacturada por Bismarck. Pero mucho antes de 1914 se había convertido en una actitud instintiva y habitual, con el Reich como objeto de conspiraciones de alcance mundial, en el terreno económico, militar y cultural. La catástrofe de la guerra, lejos de exorcizar las fantasías, pareció confirmarlas. Y ahí estaba Alemania, noble, impotente y dolorida, agobiada en la derrota y torturada por las burlas de la chusma cosmopolita que parecía controlar todos los accesos a las plataformas de las artes y que, a través de una conspiración secreta, estaba sustituyendo sistemáticamente la *Kultur* alemana con su propia y condenada *Zivilisation*. El agravio fue cada vez más doloroso durante la década de los veinte, y se resumió notablemente en un libro titulado *Kurfürstendamm*, de Friedrich Hussong, publicado pocas semanas después del ascenso de los nazis al poder.

Hubo un milagro. Ya no están [...] Afirmaban que eran el *Geist* alemán, la cultura alemana, el presente y el futuro alemán. Representaban a Alemania ante el mundo, hablaban en su nombre [...] Todo el resto estaba equivocado y era un lamentable arte barato e inferior, un odioso filisteísmo [...] Siempre ocupaban la primera fila. Concedían títulos del espíritu y el europeísmo. Lo que no permitían no existía [...] Forjaban su propio prestigio y el ajeno. Quien los servía estaba seguro del triunfo. Aparecía en sus escenarios, escribía en sus diarios, eran publicitados en el mundo entero; se recomendaba su artículo, se trataba del queso o de la relatividad, del polvo o del *Zeittheater*, de específicos medicinales o de los derechos humanos, de la democracia o del bolchevismo, de la propaganda a favor del aborto o contra el sistema legal, de la degenerada música negra o del baile en total desnudez. En resumen, nunca hubo una dictadura más impúdica que la de la intelectualidad democrática y los *Zivilisations-literaten*.²⁸

Por supuesto, en la base de la paranoia, reforzándola, estaba la creencia de que la cultura de Weimar era inspirada y controlada por los judíos. En efecto, ¿acaso el régimen entero no era una *Judenrepublik*? Esta última doxología tenía poca base, puesto que se apoyaba en las teorías contradictorias de que los judíos dominaban tanto el bolchevismo como la red capitalista internacional. Es cierto que los judíos se habían destacado en los primeros movimientos comunistas, pero en Rusia perdieron constantemente terreno desde el momento en que los bolcheviques asumieron el poder, y en 1925, el régimen ya tenía un perfil antisemita. También en Alemania, los judíos, aunque representaron un papel importante en la creación del Partido Comunista (KPD), fueron apartados rápidamente tan pronto esta corriente formó un partido de masas. En las elecciones de 1932, en las que presentó más de 500 candidatos, ni uno solo era judío.²⁹ En el extremo opuesto del espectro, los judíos tampoco eran muy importantes en las finanzas y la industria alemanas. Esta

²⁷ Kurt Tucholsky, *Deutschland, Deutschland uber allen*, Berlin, 1931. Véase Harold Poor, *Kurt Tucholsky and the Ordeal of Germany 1914-1935*, Nueva York, 1969.

²⁸ Citado en Laqueur, op. cit., p. 81.

²⁹ Véase Ruth Fischer, *Stalin and German Communism*, Londres, 1948.

creencia se apoyaba en la misteriosa relación existente entre Bismarck y su asesor financiero Gerson von Bleichröder, el judío que organizó la casa Rothschild y otras entidades bancarias con el propósito de permitir la financiación de las guerras de Alemania;³⁰ pero durante la década de los veinte los judíos rara vez tuvieron que ver con las finanzas oficiales. Los hombres de negocios se mantenían al margen de la política. Los grandes capitales estaban representados por Alfred Hugenberg y el Partido Popular, de corte nacionalista alemán y tendencia antisemita. Los judíos se mostraron muy activos en la fundación de Weimar, pero después de 1920 uno de los pocos judíos que ocuparon altos cargos fue Walther Rathenau, asesinado dos años después.

Sin embargo, en la esfera de la cultura la situación era distinta. No hay nada más irritante que una tiranía cultural, real o imaginaria, y en la cultura de Weimar era posible realizar una identificación entre “ellos” y los judíos. Tucholsky, el más odiado, era judío. También eran judíos otros importantes críticos y orientadores de la opinión, como Maximilian Harden, Theodor Wolff, Theodor Lessing, Ernst Bloch y Felix Salten. Casi la totalidad de los mejores directores cinematográficos estaba formada por judíos y lo mismo podía aplicarse a casi la mitad de los dramaturgos de mayor éxito, por ejemplo Sternheim y Schnitzler. Los judíos prevalecían en el entretenimiento ligero y aún más en la crítica teatral, un tema muy doloroso para los “hombres del Este”. Había muchos actores y cantantes judíos brillantes y muy difundidos: Elizabeth Bergner, Erna Sack, Peter Lorre, Richard Tauber, Conrad Veidt y Fritz Kortner, entre otros. Los judíos eran dueños de diarios importantes, por ejemplo el *Zeitung* de Francfort, el *Berliner Tageblatt* y el *Vossische Zeitung*. Dirigían las más influyentes galerías de arte. Eran muy fuertes en el área editorial y puede afirmarse que, después de las grandes tiendas de las ciudades, probablemente era aquélla la esfera comercial en que los judíos estaban más cerca de alcanzar el predominio. Las mejores casas editoras liberales, por ejemplo Malik Verlag, Kurt Wolff, los Cassirer, Georg Bondi, Erich Reiss y S. Fischer eran propiedad de judíos o estaban dirigidas por ellos. Había una serie de novelistas judíos destacados y de mucho éxito: Hermann Broch, Alfred Döblin, Franz Werfel, Arnold Zweig, Vicki Baum, Lion Feuchtwanger, Bruno Frank, Alfred Neumann y Ernst Weiss, además de Franz Kafka, a quien la intelectualidad equiparaba con Proust y Joyce, y que era especialmente detestado por los “hombres del Este”. En todos los sectores de las artes, ya fuese arquitectura, escultura, pintura o música, en donde el cambio había sido especialmente súbito y repulsivo para los gustos conservadores, los judíos habían representado un papel activo en la transformación, aunque rara vez habían ejercido el control. La única excepción fue quizá la música, donde se acusó a Schoenberg de “asesinar” la tradición alemana; pero incluso aquí, Berg, su alumno de lejos el más exitoso e innovador, era un católico ario. De todos modos, resulta válida la afirmación de que la cultura de Weimar habría sido muy distinta e infinitamente más pobre sin el ingrediente judío, y en todo caso existían pruebas suficientes que conferían verosimilitud a la teoría de la conspiración cultural judía.³¹

Ésta fue la principal razón por la que el antisemitismo realizó progresos tan sorprendentes en la Alemania de Weimar. Hasta la instauración de la república, el antisemitismo no era una enfermedad a la que Alemania pareciera muy propensa. Rusia era el país de los pogromos; París, la sede de la intelectualidad antisemita. Al parecer, el antisemitismo comenzó a manifestarse en Alemania durante las décadas de 1870 y 1880, en momentos en que la corriente determinista de la filosofía social estaba utilizando el principio darwinista de la selección natural para formular “leyes” que explicaran las transformaciones colosales provocadas por el industrialismo, el ascenso de las megalópolis y la alienación de enormes masas proletarias desarraigadas. El cristianismo se satisfacía con un solo destinatario del odio para explicar el mal: Satán. Pero las religiones seculares modernas necesitaban demonios humanos; en realidad, categorías enteras de demonios. Para que fuera plausible, el enemigo debía estar conformado por una clase entera o una raza.

La invención de Marx de la “burguesía” fue la más integral de estas teorías del odio y ha continuado aportando el fundamento de todos los movimientos revolucionarios paranoicos, fuesen

30 Véase Fritz Stern, *Gold and Iron*, Londres, 1977.

31 Grunfeld, op. cit., pp. 26-27; Laqueur, op. cit., p. 73

fascistas-nacionalistas o comunistas-internacionalistas. El antisemitismo teórico moderno fue un derivado del marxismo e implicó la selección (por razones de conveniencia, nacional, política o económica) de cierto sector de la burguesía como blanco del ataque. Era un tema sin duda más emocional que el análisis basado exclusivamente en la clase, y ésta es la razón por la que Lenin utilizó el lema según el cual “el antisemitismo es el socialismo de los tontos”. Pero desde el punto de vista de la racionalidad había poco que elegir entre los dos. De hecho, Lenin estaba diciendo que la burguesía entera, y no sólo la judía, era la responsable de los males de la humanidad. Es significativo que todos los regímenes marxistas, puesto que se basan en explicaciones paranoicas de la conducta humana, degeneran más tarde o más temprano en el antisemitismo. En resumen, el nuevo antisemitismo fue parte del siniestro desvío de la asignación de la responsabilidad individual al concepto de la culpa colectiva, la reaparición, con una forma moderna, de uno de los instintos más primitivos y bárbaros, incluso bestiales. Es muy extraño que, cuando surgió en Alemania el nuevo antisemitismo, uno de los que lo atacaron fue Nietzsche, que siempre estaba buscando sustitutos seculares y seudorracionales de los auténticos impulsos religiosos. Denunció a “esos recientes especuladores del idealismo, los antisemitas [...] que tratan de soliviantar todos los elementos bovinos de la nación mediante el perverso empleo del más barato de los trucos de propaganda, una actitud moral”.³²

Pero si el antisemitismo moderno de ningún modo fue un fenómeno específicamente alemán, en ese país había fuerzas poderosas que favorecieron su desarrollo. En cierto sentido, la nación alemana moderna había sido una creación del militarismo prusiano. En otro aspecto, era la expresión nacional del movimiento romántico alemán, que destacó la importancia del *Volk*, su mitología y asentamiento natural en el paisaje alemán, sobre todo en los bosques umbríos y misteriosos. El movimiento alemán del *Volk* databa de los tiempos napoleónicos y ya en 1817 estaba quemando libros “extraños” y “extranjeros”, que corrompían la “cultura del *Volk*”. Más aún, Marx extrajo del movimiento del *Volk* su concepto de la “alienación” en el capitalismo industrial. Un *Volk* tenía un alma, que provenía de su hábitat natural. Como escribió Otto Gemlin, autor de novelas históricas, en un artículo publicado en *Die Tat*, órgano del movimiento romántico *Volk*: “La campiña es el paisaje peculiar de cada pueblo y cada raza”.³³ Si se destruye el paisaje o el *Volk* se separa de él, el alma muere. Los judíos no eran un *Volk* porque habían perdido el alma; carecían de “arraigo”. Este contraste fue desarrollado con mucho ingenio por un profesor bávaro de antigüedades, Wilhelm Heinrich Riehl, en una serie de volúmenes titulados *Land und Leute*, publicados durante las décadas de 1850 y 1860.³⁴ La verdadera base del *Volk* era el campesino. Por supuesto, podía haber obreros, pero debían ser artesanos organizados en corporaciones locales. En cambio, el proletariado era una creación de los judíos. Como no tenían paisaje propio, destruían el ajeno y lograban que millones de personas se desarraigaran y apiñaran en las grandes ciudades, lo más parecido que se les ofrecía a un “paisaje” propio. “El dominio de la gran ciudad”, escribió Riehl, “será el equivalente del dominio del proletariado”; más aún, las grandes ciudades se estrecharían las manos a través del mundo y formarían una “burguesía mundial” y un “proletariado mundial” que conspirarían para destruir todo lo que tenía alma, lo que era “natural” y sobre todo el paisaje alemán y su campesinado.³⁵

El movimiento del *Volk* originó una cosecha de novelas “campesinas” antisemitas; la más notoria fue *Der Wehrwolf* (1910), de Herman Löns, que se desarrolla durante la guerra de los treinta años y que muestra a los campesinos que expulsan de los pueblos a sus opresores como si fueran lobos. “¿Qué significa la civilización? Es una delgada capa superficial debajo de la que late la naturaleza, esperando hasta que aparece una grieta y aquélla puede manifestarse”. “Las ciudades son la tumba del germanismo.” “Berlín es el dominio de los judíos.” Éstos se desempeñaban entre los campesinos como prestamistas, traficantes de ganado e intermediarios, y la primera expresión de

32 F. Nietzsche, *Zur Genealogie der Moral*, 1887.

33 *Die Tat*, abril de 1925.

34 Gerhard Loose, “The Peasant in Wilhelm Heinrich Riehl's Sociological and Novelistic Writings”, en *Germanic Review*, XV, 1940.

35 Mosse, op. cit., p. 23.

antisemitismo organizado apareció en los partidos campesinos y el *Bund der Landwirte* o Unión Campesina. Hitler era ávido lector de “novelas campesinas”, sobre todo de las obras de Dieter Eckhardt, que adaptó *Peer Gynt*, y de Wilhelm von Polenz, que también identificó a los judíos con la crueldad y la alienación de la sociedad industrial moderna.

En realidad, el antisemitismo alemán fue en gran medida un movimiento de “retorno al campo”. Había escuelas *Volk* especiales, que destacaban la importancia de la vida al aire libre. Los “teatros en la montaña”, que utilizaban los anfiteatros naturales, fueron construidos en las montañas Harz y en otros lugares, para ofrecer “ritos *Volk*” teatralizados y otros espectáculos, una actividad que los nazis retomaron después en enorme escala y con gran brillo. Los primeros movimientos juveniles, y sobre todo *Wandervögel*, que implicaba tocar la guitarra y recorrer a pie las campiñas, cobró una coloración antisemita, en especial cuando invadió los colegios y las universidades. El movimiento alemán de la “ciudad jardín” fue dirigido por Theodor Fritsch, un violento antisemita que publicó el *Catecismo antisemita*, obra que mereció cuarenta ediciones entre 1887 y 1936; los nazis llamaban a Fritsch *Der Altmeister*, “el gran maestro”. Incluso el movimiento que impulsaba la práctica de los baños de sol, gracias al impulso de los símbolos nórdicos y arios, adquirió cierto sabor antisemita.³⁶ Más aún, en Alemania existían durante la década de los veinte dos tipos diferentes de nudismo: el nudismo “judío”, simbolizado por la bailarina negra Josefina Baker, que era heterosexual, comercial, cosmopolita, erótico e inmoral; y el nudismo antisemita que era alemán, *Volkisch*, nórdico, no sexual (a veces homosexual), puro y virtuoso.³⁷

Indudablemente es imposible enumerar todos los ingredientes que a partir de las décadas de 1880 y 1890 concurrieron a la creación de ese brebaje venenoso que fue el antisemitismo alemán. A diferencia del marxismo, que era en esencial un movimiento casi religioso, el antisemitismo alemán fue un fenómeno cultural y artístico, una forma de romanticismo. Eugen Diederichs, editor de *Die Tat* a partir de 1912, acuñó la frase “el nuevo romanticismo” como respuesta al expresionismo judío. Publicó *Der Wehrwolf* y en su casa de Jena, rodeado de intelectuales del Movimiento de la Juventud, vestía pantalones con rayas tipo cebra y turbante; allí formuló el aforismo: “La democracia es una civilización y en cambio la aristocracia es igual a la cultura”. También se las ingenió para convertir a Nietzsche en un héroe antisemita. Se perpetraron otros robos literarios. *Germania*, de Tácito, se convirtió en un texto *Volkisch* fundamental; se procedió a deformar las obras de Darwin para extraer de ellas una justificación “científica” de la raza, del mismo modo que Marx había sacado de ellas las “leyes” acerca de las clases. Pero también había muchos mentores auténticos. Paul de Lagarde predicaba una religión germanizada, apartada del cristianismo, porque éste había sido judaizado por san Pablo, “el rabino”. Julius Langbehn enseñó que los judíos asimilados eran “una peste y un cólera” que emponzoñaba la creatividad artística del *Volk*, por lo que era necesario exterminarlos o reducirlos a la esclavitud, lo mismo que a otras razas “inferiores”.³⁸ Tanto Houston Stewart Chamberlain como Eugen Dühring subrayaron la importancia de la “barbarie” o factor gótico necesario en la autodefensa alemana contra la decadencia judía, así como de la “pureza” y el idealismo del panteón nórdico. Chamberlain, a quien Hitler visitaría en su lecho de muerte en 1927 para besarle las manos, sostenía que Dios florecía en la raza alemana y el demonio, en la judía, los extremos polares del bien y el mal. Los teutones habían heredado los ideales aristocráticos griegos y el amor romano por la justicia, y habían agregado su propio heroísmo y fortaleza. Por lo tanto, su tarea era combatir y destruir a la otra raza que también había conservado la pureza y la misma voluntad de poder. De este modo, el judío no era un personaje de comedia ligera, sino un enemigo mortal e implacable; los alemanes debían arrancar a los judíos todo el poder de la tecnología y la industria modernas con el propósito de destruirlos totalmente.³⁹ Algunos de los teóricos alemanes del racismo eran marxistas, como Ludwig

Woltmann, quien transformó la lucha de clases marxista en lucha mundial de razas y preconizó

36 *Ibid.*, pp. 171 y ss., pp. 112, 182.

37 Laqueur, *op. cit.*, p. 87.

38 Con referencia a Lagarde y Langbehn, véase Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair*

39 Mosse, *op. cit.*, pp. 96-97.

el despertar de las masas mediante la oratoria y la propaganda con el fin de movilizar a los alemanes y llevarlos a realizar las conquistas necesarias para garantizar su supervivencia y proliferación como raza: “La raza alemana fue elegida para dominar la tierra”.

En resumen, durante la década de los veinte, el líder político alemán que deseara convertir el antisemitismo en instrumento de su “voluntad de poder” podía organizar su campaña sobre la base de una enorme colección de lemas, ideas y fantasías que se habían acumulado durante más de medio siglo. El mismo Tratado de Versalles insufló nueva vida a la polémica al empujar hacia Alemania a gran número de judíos provenientes de Rusia, Polonia y los territorios entregados por Alemania. El asunto se convirtió en un “problema” urgente que reclamaba “soluciones”. Éstas no escaseaban. Hubo propuestas referidas a la doble imposición aplicada a los judíos; el aislamiento o *apartheid*; el regreso al sistema del gueto; las leyes especiales, que debían contemplar el ahorcamiento de los judíos que las violasen; la prohibición absoluta de la unión matrimonial de alemanes arios con judíos. En 1918 fue bestseller la obra *Die Sünde wider das Blut* de Artur Dinter, que describía cómo algunos judíos ricos mancillaban la pureza racial de una mujer aria. Los reclamos a favor del exterminio de los judíos llegaron a ser frecuentes y populares, y se difundieron millones de folletos antisemitas. Hubo muchos incidentes violentos, pero cuando en 1919 la policía bávara solicitó que se le aconsejara acerca del modo de afrontar el antisemitismo, Berlín contestó que la cosa no tenía remedio, porque “arraiga en la diferencia racial que separa a la tribu israelita de nuestro *Volk*”.⁴⁰

Los judíos hicieron todo lo posible para combatir el veneno. Algunos educaron a sus hijos para que fuesen artesanos o agricultores. Se incorporaron al ejército. Intentaron la ultraasimilación. El poeta judío Ernst Lissauer compuso el notorio himno: “Odio a Inglaterra”. Pasaron al extremo opuesto y ensayaron el sionismo, o crearon organizaciones judías militantes, ligas de estudiantes, clubes de duelo. Pero cada intento provocaba más dificultades que las que resolvía, pues el antisemitismo revelaba una naturaleza proteica, como una hidra de muchas cabezas, y se mostraba impermeable a la lógica o a la evidencia. Como expresó Jakob Wassermann: “Inútil refugiarse en la oscuridad. Dicen: el cobarde se desliza en las sombras, impulsado por su conciencia culpable. Inútil ir hacia ellos y tenderles la mano. Dicen: ¿por qué se toman esas libertades, con su descaro judío? Inútil respetar la palabra empeñada con ellos, como se hace con un camarada de armas o un conciudadano. Dicen: es como Proteo, puede adoptar todas las formas. Inútil ayudarles a quebrar las cadenas de la esclavitud. Dicen: sin duda eso les reporta ganancias. Inútil tratar de contrarrestar el veneno”.⁴¹ Moritz Goldstein argumentaba que era inútil denunciar la falta de fundamento de la “prueba” antisemita: “¿Qué se ganaría? La conciencia de que el odio que sienten es auténtico. Una vez refutadas todas las calumnias, corregidas todas las deformaciones, rechazados todos los conceptos falsos, persistirá la antipatía como un hecho irrefutable”.⁴²

La derrota de Alemania en 1918 probablemente desencadenaría la búsqueda de víctimas propiciatorias, de la traición extranjera enquistada en el *Volk*. Incluso sin pruebas complementarias, los judíos, expresión concreta de la “civilización” occidental, estaban destinados automáticamente a representar ese papel. ¡Pero también había pruebas! La influencia de los judíos durante el período de la posguerra inmediata determinó una nueva dilución del *Volk*, presagio de un renovado asalto a su torturada cultura. ¿Acaso la misma Weimar no suministraba diariamente la prueba, en el parlamento, en la escena, en los nuevos cines, en las librerías, en las revistas y los diarios, en las galerías de arte, en todos los lugares donde volvía los ojos un alemán común y atónito, de que una conspiración cosmopolita, corruptora y ubicua estaba apoderándose del Reich? ¿Qué duda cabía de que se avecinaba una crisis que exigía soluciones extremas?

En este punto comenzó a afirmarse realmente en el espíritu de algunos alemanes el concepto de una resolución violenta del conflicto entre la cultura y la civilización. También aquí, el acto fatal de Lenin, al comenzar el ciclo de la violencia política en 1917, aportó su mórbida contribución. El antisemitismo siempre se había presentado como una actitud defensiva. Ahora su propuesta de

⁴⁰ *Ibíd.*, p. 143.

⁴¹ Citado en Laqueur, *op. cit.*, p. 75.

⁴² *Ibíd.*, p. 76.

emplear la violencia, incluso a escala gigantesca, podía justificarse como una actitud defensiva. En general se creía, no sólo en Alemania sino en toda Europa Central y Occidental, que el bolchevismo estaba inspirado y dirigido por los judíos, y que éstos controlaban a los partidos comunistas y dirigían todas las revoluciones y los alzamientos rojos. Trotsky, el más feroz de los bolcheviques, que dirigió concretamente el *putsch* de Petrogrado, sin duda era judío; otro tanto podía afirmarse de unos pocos jefes rusos. Los judíos se habían destacado en el alzamiento de los espartaquistas en Berlín, en el gobierno soviético de Munich y en los movimientos abortados en otras ciudades alemanas. Ahí donde era difícil reunir hechos, la imaginación suplía la deficiencia. Así, el verdadero nombre de Lenin era Issachar Zederblum. La Revolución Roja húngara no estaba a cargo de Béla Kun, sino de un judío llamado Cohn. El terror rojo de Lenin fue un regalo inapreciable para los extremistas antisemitas, sobre todo porque la mayoría de sus innumerables víctimas estaba formada por campesinos, y el más rabioso y estridente de los terroristas de la Cheka era el judío letón Latsis. Munich se convirtió en la capital antisemita de Alemania, porque había soportado el terror judeobolchevique de Kurt Eisner y su pandilla. El *Münchener Beobachter*, de donde derivó más tarde el *Völkische Beobachter*, se especializó en relatos acerca del terror rojo, por ejemplo la crucifixión de sacerdotes por Kun o Cohn, el empleo de una guillotina móvil y cosas por el estilo. Por supuesto, muchas de las noticias provenientes de Rusia eran absolutamente ciertas. Formaban un basamento sólido sobre el cual podía construirse un fulgurante monumento fantástico. Muy pronto Hitler aprovecharía muy eficazmente el miedo provocado por el terror rojo e insistiría con frecuencia en que los comunistas habían liquidado a 30 millones de personas. El hecho de que hubiese agregado un cero de ningún modo atenuaba la realidad de los primeros y terribles dígitos. Asignó a la militancia nacionalsocialista el carácter de una reacción protectora, una especie de huelga preventiva. Estaba “dispuesto a oponerse al terrorismo de los marxistas con un terrorismo diez veces mayor”.⁴³ En el marco de ese “terrorismo mayor” se perseguiría a los judíos, no como a víctimas inocentes, sino como a terroristas reales o potenciales.

La sífilis del antisemitismo, que estaba avanzando hacia su etapa terciaria durante la época de Weimar, no era la única falla del cuerpo político alemán. El Estado alemán era una criatura enorme con un cerebro pequeño y limitado. Los “hombres del Este”, siguiendo el ejemplo de Bismarck, injertaron en el Estado militar prusiano un Estado de bienestar, que suministraba a los trabajadores el seguro social y un programa de atención de la salud como otros tantos derechos legales. En oposición al concepto occidental y liberal de la libertad de elección y la atención privada basada en los salarios elevados, impuso la alternativa paternalista de la seguridad obligatoria y universal. El Estado cumplía funciones de enfermera, además de las de sargento mayor. Era una sombra que se cernía sobre la vida de la gente común, y la relación que ésta mantenía con el Estado era de dependencia y docilidad. Los industriales alemanes aprobaron sin reservas este concepto del Estado como tutor, que vigilaba con firme pero benévola solicitud la vida de sus ciudadanos.⁴⁴ La filosofía era platónica; el resultado, corporativista. Cuando en 1918 asumieron brevemente el poder, los socialdemócratas nada hicieron para contener este desvío hacia el totalitarismo; hicieron todo lo contrario: lo reforzaron. La República de Weimar abrió ventanas, pero no alentó al ciudadano a aventurarse fuera de la penumbra de la custodia estatal.

¿Quiénes estaban a cargo de esta estructura enorme y dominante, ahora que los “hombres del Este” se hallaban en la oposición? La respuesta es: nadie. Los burócratas estaban educados con criterios prusianos. Se atenían a las reglas y, cuando dudaban, esperaban órdenes. Los arquitectos de la República de Weimar no intentaron modificar este esquema ni inducir a los funcionarios civiles a adquirir cierto sentido de autonomía moral. Presumiblemente, temían que los funcionarios del nuevo régimen se sintieran tentados de desobedecer a sus nuevos amos del parlamento. En todo caso, se los exhortaba a considerar la obediencia como la virtud suprema. En una famosa conferencia pronunciada en 1919, Max Weber insistió: “El honor del funcionario civil está en su capacidad para ejecutar concienzudamente las órdenes de las autoridades superiores”. Sólo el

⁴³ Fest, op. cit., p. 138.

⁴⁴ H-P Ullmann, “German Industry and Bismarck's Social Security System”, en Mommsen, op. cit., pp. 133 y ss.

político tenía el derecho y el deber de ejercer la responsabilidad personal.⁴⁵ Sería difícil concebir un consejo peor para ofrecerlo a los mandarines alemanes. Naturalmente, fue aplicado, hasta el amargo final de 1945.

La abdicación moral de los burócratas quizá no habría importado tanto si los políticos hubiesen tenido en cuenta la segunda mitad del consejo de Weber. Pero los parlamentarios nunca suministraron el liderato enérgico y seguro que era necesario para convertir a Weimar en un éxito. Cuando dudaban, siempre se remitían al artículo 48, utilizado por primera vez en agosto de 1921 para prohibir los mítines antirrepublicanos. Era como si ellos hubiesen estado permanentemente conscientes de que la mayoría de la nación tenía reservas acerca de Weimar, que consideraba a sus elites como lacayos de los aliados, *Erfüllungspolitiker*, los hombres que se habían comprometido a cumplir un tratado que merecía el odio general. A menudo los parlamentarios daban la impresión de que también ellos mismos compartían esas dudas. Los socialistas dieron la pauta desde el comienzo. Llamados a ocupar los cargos por primera vez en 1918, no se esforzaron por modificar las estructuras fundamentales de un país abrumadoramente autoritario. Los jefes del PSD eran hombres meritorios y trabajadores: Ebert era talabartero; Noske, tejedor de canastos; Wels, tapicero; Severing, cerrajero; Scheidemann, obrero gráfico. Se trataba de hombres grisáceos, carentes de imaginación, que atraían las burlas de la intelectualidad izquierdista y el desprecio de los académicos. Cedieron con excesiva facilidad las palancas del poder tan pronto como la centroderecha recuperó su energía. En realidad les faltaba voluntad de poder.

Además, perdieron el equilibrio al comienzo mismo, a causa de la decisión de la extrema izquierda de seguir el ejemplo de Lenin y optar por la violencia contra el parlamentarismo durante el invierno de 1918-1919. Aquí vemos una vez más las consecuencias desastrosas que se obtienen cuando los hombres apelan a la fuerza, porque su propia impaciencia les impide utilizar la argumentación. El *putsch* de la izquierda indujo a los socialdemócratas a cometer un error fatal. Temeroso de usar las unidades del ejército regular, que podían mostrarse propensas al amotinamiento, Gustav Noske pidió al Alto Mando que le suministrase un *Freikorps* de oficiales desmovilizados. Por supuesto, se cumplió prontamente el pedido. De este modo, los ministros del PSD confirieron legitimidad a un movimiento que ya estaba extendiéndose en el Este, donde las comunidades de colonos alemanes combatían a los polacos y que desde el principio fue violenta e incorregiblemente antiWeimar. Pronto hubo por lo menos sesenta y ocho grupos de esta clase, a veces llamados *Bunds* u *Ordens*, que comenzaron a concebir propósitos sociales y políticos y se enredaban complacidos en la lucha callejera. Uno, el *Bund Wehrwolf*, combatió a los franceses —y a los socialistas— en el Ruhr. Otro, *la Jungdeutscher Orden*, contaba, hacia 1925, con 130.000 miembros.⁴⁶ De una *Orden* de este género, dirigida por Karl Harrer, surgieron los nazis; Hitler la convirtió en un partido de masas, con los SA o camisas pardas como recordatorio de sus orígenes en los *Freikorps*.⁴⁷

Casi de manera inevitable, los abortados alzamientos de la izquierda, que condujeron a la legalización de los *Freikorps* y a la recuperación de la confianza por parte de la derecha, provocaron a su vez un *putsch* militar. Estalló en marzo de 1920, bajo la dirección de Wolfgang Kapp, un viejo amigo de Tirpitz y cofundador con él, en 1917, del Partido de la Patria. Aproximadamente la mitad del ejército apoyó a Kapp, pero los políticos derechistas y los funcionarios civiles se negaron a unir fuerzas con él y cuatro días después Kapp huyó a Suecia. Por desgracia, la extrema izquierda nuevamente había optado por la violencia en lugar de apoyar las nuevas instituciones republicanas. En el Ruhr, los izquierdistas organizaron un Ejército Rojo de 50.000 trabajadores, la única vez en la historia de Weimar que los marxistas pudieron reunir en el terreno una fuerza militar importante. La aparición de este cuerpo ofreció al mando militar la inesperada oportunidad de recuperar su reputación como custodio de la ley y el orden. En abril, las tropas entraron en el Ruhr y la arrebataron a los marxistas, después de terribles brutalidades por ambas partes. El resultado fue que el control del ejército pasó de las manos de un republicano de

45 Max Weber, "Politics as Vocation", impreso como *Gesammelte Politische Schriften*, Munich, 1921.

46 K. Hornung, *Der Jungdeutsche Orden*, Dusseldorf, 1958.

47 Georg Franz-Willing, *Die Hitlerbewegung*, 2 vols., Hamburgo, 1926, I, p. 82.

confianza, el general Walther Reinhardt, a las de un *Junker* reaccionario, el general Hans von Seeckt, un hombre consagrado a la destrucción del Tratado de Versalles. Seeckt se dedicó de inmediato a fortalecer la “conexión rusa” y esquivó las cláusulas de limitación de armamentos del tratado mediante la construcción de fábricas secretas de armas en Rusia, un proceso acelerado por la firma del Tratado de Rapallo en 1922. También depuró de elementos republicanos el ejército y expulsó a los suboficiales y los soldados que se habían opuesto al *putsch* de Kapp, por “indisciplina”.⁴⁸ Transformó el ejército de un instrumento políticamente neutral en la matriz de un estado nuevo y antirrepublicano, que implementaría el programa de los “hombres del Este”. Por lo tanto, el ejército salió del control de Weimar y pasó al de la oposición. Cuando en 1923 el presidente Ebert preguntó a Seeckt qué posición adoptaba el ejército, el militar respondió: “La *Reichswehr* me respalda”.⁴⁹

El nuevo ascenso de la derecha pronto se reflejó en el terreno político. En las elecciones de junio de 1920, el voto socialdemócrata se derrumbó, la antigua coalición de Weimar perdió el poder y en adelante los hombres que habían creado la república dejaron de controlarla. Un fenómeno más grave fue la erosión del imperio del derecho. El poder judicial, que nunca había simpatizado con la república, como el ejército, decidió pasar a la oposición. La perpetración del *putsch* de Kapp nunca fue juzgada por los tribunales. Más aún, los episodios de la primavera de 1920 acentuaron mucho la tendencia de los jueces, que ya se observaba el año precedente, a tratar con criterio político selectivo la violencia política, que ya había llegado a ser endémica en Alemania. Pensaban que, como la violencia se había originado en la izquierda, la respuesta violenta de la derecha estaba destinada, en cierto sentido, a proteger el orden público y, por lo tanto, se justificaba. Gracias al terror de Lenin, esta opinión se hallaba muy difundida en Alemania, de modo que los jurados tendían a apoyar a los jueces. Era el mismo argumento que permitía presentar el antisemitismo como una actitud “defensiva”. Pero por supuesto hacía perfectamente el juego de los matones derechistas de los *Freikorps*, los *Bunds* y las *Orden*, y ayudó a transformar Alemania, que era un país excepcionalmente respetuoso de la ley, en una sociedad excepcionalmente violenta. Las estadísticas compiladas en 1922 sobre un período de cuatro años (1919-1922) demuestran que la derecha cometió 354 asesinatos, comparados con 22 de la izquierda. Todos los responsables de los asesinatos cometidos por la izquierda fueron llevados ante los tribunales; diez fueron ejecutados y otros veintiocho recibieron sentencias que promediaron quince años de cárcel. De los asesinatos cometidos por derechistas, 326 nunca fueron resueltos; cincuenta asesinos confesaron, pero de éstos más de la mitad fue absuelta a pesar de las confesiones y veinticuatro recibieron sentencias que promediaron los cuatro meses.⁵⁰

En resumen, la derecha podía practicar la violencia sin temer demasiado las consecuencias legales. Los jueces y los jurados sentían que estaban participando en la batalla entre la cultura alemana y la civilización extranjera: era consecuente admitir que la violencia podía ser la respuesta legítima a la provocación cultural. Así, cuando el gran periodista liberal Maximilian Harden, que también era judío, casi fue matado a golpes por dos matones en 1922, los casi asesinos recibieron a lo sumo una sentencia nominal. La defensa alegó que Harden había provocado el ataque con sus “artículos antipatrióticos” y el jurado encontró “circunstancias atenuantes”.

¿Por qué los jurados, que representaban a la clase media común de Alemania, tendieron a hacer causa común con los “hombres del Este” contra los del Oeste? Una de las razones principales era lo que se les enseñaba en las escuelas, las que a su vez reflejaban el tono político de las universidades. La tragedia de la Alemania moderna es una lección objetiva acerca del peligro que entraña permitir que la vida académica se politice y que los profesores proclamen su “compromiso”. Tanto si se exhibe una inclinación hacia la izquierda como si se toma partido por la derecha, los resultados son igualmente desastrosos, porque en los dos casos se contaminan las fuentes de la verdad. Las universidades, y sobre todo el profesorado, estaban abrumadoramente del lado de la *Kultur*. Los juristas y los profesores de literatura y de idioma alemán practicaban un nacionalismo estridente. Los historiadores eran los peores. Heinrich von Treitschke se había referido a la cita de Alemania

48 Holborn, op. cit., p. 585.

49 Ibid., p. 586.

50 Cifras tomadas de E. J. Gumpel, *Vier Jahre politischer Mord*, Berlín, 1922; citado en Grunfeld, op. cit., p. 211, n.

con el destino y había advertido a los judíos que no debían cruzarse en el camino de la “joven nación”. Su *Historia de Alemania en el siglo XIX*, una obra que ejerció enorme influencia y fue un clásico en la época de Guillermo, mereció otra gran edición popular en 1920. Los historiadores contemporáneos como Erich Marcks, Georg von Below y Dietrich Schäfer, todavía celebraban las realizaciones de Bismarck (los aniversarios de Sedán y de la fundación del imperio aún eran fiestas públicas en las universidades), y las lecciones que extraían de la Gran Guerra se centraban en la “falta de implacabilidad de Alemania”. Estos conceptos aportaban un respaldo académico al mito de “la puñalada por la espalda”. El conjunto de la comunidad académica era un invernadero en donde se cultivaba la mitología nacionalista. En lugar de alentar el escepticismo y la autocritica, los profesores proclamaban el “renacimiento espiritual” y se dedicaban a vender panaceas.⁵¹

Por pura mala suerte, el libro más leído y más influyente en la Alemania de la década de los veinte fue *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler, un absurdo y pedante maestro de escuela. Concibió su libro en 1911 como una advertencia contra el exceso de optimismo alemán. Lo escribió durante la guerra, cuando preveía el triunfo de las armas alemanas. El primer volumen apareció en 1918 y en ese momento la derrota le confirió una importancia y una actualidad sorprendentes. De esta manera se convirtió en bestseller. La esencia de la obra era el darwinismo social. Spengler definía ocho culturas históricas y sostenía que se les podían aplicar las “leyes de la morfología”. La última, la cultura de Occidente, ya estaba mostrando signos de decadencia, entre ellos la democracia, la plutocracia y la tecnología, y eso indicaba que la “civilización” estaba imponiéndose a la “cultura”. Este razonamiento parecía explicar las razones por las que Alemania había sido derrotada. También pronosticaba una era futura signada por la guerra cruel, en la que surgirían nuevos césares, y los demócratas y los humanitarios deberían ser reemplazados por nuevas élites de héroes duros como el acero, que fijarían la atención no en los beneficios personales sino en el servicio a la comunidad.⁵² Spengler siguió en 1920 con un ensayo sensacional, *Prusianismo y socialismo*, que proponía el socialismo nacional, sin clases y en el que la nación entera trabajaba unida bajo la batuta de un director. Era precisamente el tipo de argumento que Mussolini comenzaba a desplegar en Italia.

El análisis de Spengler se complementaba perfectamente con la obra de otros dos importantes “hombres del Este”. Carl Schmitt, el principal filósofo legal de Alemania, que produjo un flujo de libros y artículos durante estos años, subrayó constantemente el argumento de que el orden podría restablecerse sólo cuando se diese preferencia al Estado en perjuicio de la búsqueda de una “libertad” ilusoria. No sería posible asegurar la existencia del Reich mientras no se reestructurase a Weimar como un Estado autoritario, centrado en el principio que se expresaba en el artículo 48.⁵³ Esta idea fue reformulada desde una perspectiva histórica por el historiador de la cultura Arthur Moeller van den Bruck, en una obra brillante publicada en 1923. El primer Reich, el imperio medieval, había formado Europa. La segunda creación, la de Bismarck, era artificial, porque había aceptado la corrupción del liberalismo: ésa era, naturalmente, la razón por la que se había derrumbado cuando tuvo que afrontar la prueba. Weimar no era más que un interludio en el caos. Ahora los alemanes tenían otra oportunidad: si depuraban a la sociedad del liberalismo y el capitalismo, podrían construir el tercer y definitivo Estado, que englobaría todos los valores de Alemania y perduraría mil años. Tituló el *Tercer Reich* a este notable ejercicio de profecía histórica.⁵⁴

Acicateado por sus profesores, el cuerpo estudiantil alemán, que tenía un caudal aproximado de 100.000 individuos durante el período de Weimar, recibió con entusiasmo estas filosofías de los “hombres del Este”. El concepto de que el cuerpo de estudiantes es, en cierto sentido, un repositorio orgánico del idealismo humanitario, no toleraría un estudio del período de Weimar. Después de los

51 Fritz K. Ringer, *The Decline of the German Mandarins: the German Academic Community, 1890-1933*, Harvard, 1969, p. 446; Laqueur, op. cit., p. 189.

52 Holborn, op. cit., p. 658.

53 Joseph Bendersky, “The Expendable *Kronjurist*: Carl Schmitt and National Socialism 1933-1936”, en *Journal of Contemporary History*, 14, 1979, pp. 309-328.

54 Con relación a van den Bruck, véase Fritz Stern, *The Politics of Cultural Despair*.

ex soldados, los estudiantes fueron la principal fuente de personal para los extremistas violentos, sobre todo de la derecha. La política estudiantil estuvo dominada por el movimiento derechista *Hochschulring* durante la década de los veinte, hasta que esta organización fue sustituida por los nazis.⁵⁵ Los extremistas de derecha comenzaban su trabajo ganando a media docena de estudiantes de un claustro, y después los convertían en activistas de dedicación plena, a quienes se pagaba para que no estudiaran. Luego los activistas podían encolumnar a toda la masa de alumnos. Los nazis siempre obtuvieron mejores resultados entre los estudiantes que en el conjunto de la población y sus progresos electorales siempre estuvieron precedidos por avances en los claustros, donde los estudiantes eran los mejores propagandistas. A los ojos de los estudiantes, el nazismo era un movimiento extremista. Les agradaba su igualitarismo. También les agradaba su antisemitismo. Por cierto, los estudiantes eran más antisemitas que los trabajadores o la burguesía. La mayoría de las organizaciones estudiantiles había excluido a los judíos antes de 1914. En 1919, las fraternidades adhirieron a la “resolución de Eisenach”, que afirmaba que la objeción racial a los judíos era insuperable y no podía eliminarse mediante el bautismo. Al año siguiente privaron a los estudiantes judíos del “honor” del duelo. En 1922, las autoridades de la Universidad de Berlín cancelaron un servicio conmemorativo en honor del asesinato Walther Rathenau, para no arriesgarse a afrontar una violenta manifestación estudiantil. Esta política de apaciguamiento frente a la violencia estudiantil se convirtió en la pauta general de la década de los veinte, y los rectores y los claustros siempre capitulaban para evitar desórdenes ante las más agraviantes exigencias de los líderes estudiantiles. En 1929, las universidades se habían pasado casi por completo al campo de los “hombres del Este”.

Para oponerse a esta ancha gama de fuerzas sociales, ¿qué tenían los “hombres de Occidente”? No eran muchos los que estaban dispuestos a morir por Weimar, o incluso defenderla. Como expresó uno de ellos, los liberales se habían “casado con la República sin amarla”. A sus ojos, la República sencillamente llenaba el vacío dejado por la desaparición de la monarquía, mientras se esperaba la aparición de algo mejor. Incluso Max Weber reconoció, antes de su muerte en 1920, que habría preferido una democracia plebiscitaria dirigida por un hombre fuerte a un régimen parlamentario que, según presumía, sería débil, corrupto o las dos cosas. Como dijo el profesor Hans Nawiasky, abogado liberal de Munich, la República era un niño nacido dolorosamente, de quien nadie se enorgullecía.⁵⁶ En la mente de los alemanes nunca sería posible separarlo de sus orígenes trágicos y detestables.

La izquierda podía perder más que nadie si Weimar fracasaba, e incluso podía ganar más que nadie si el régimen era viable. En todo caso, nunca fue posible lograr que la extrema izquierda reconociese el hecho. Las cicatrices de 1919 nunca curaron y la corriente leninista odiaba a los socialdemócratas (a quienes comenzaron a denominar, a partir de 1923, “socialfascistas” con más pasión que a todos los que estaban a la derecha del socialismo. No sólo no atinaron a advertir en el fascismo un fenómeno nuevo y sumamente peligroso, sino que se negaron a distinguir entre los conservadores de la clase media, que estaban dispuestos a trabajar en el marco de la ley, y los salvajes políticos que se situaban al margen de ella. Los marxistas tampoco percibieron nunca el significado del antisemitismo. También en esto tenían la mente entumecida por el narcótico marxista. Marx había aceptado gran parte de la mitología del antisemitismo en cuanto desechaba el judaísmo como un reflejo de la etapa capitalista signada por el préstamo financiero. Cuando llegase la revolución, estaba destinado a desaparecer; no existiría el individuo a quien podía denominarse judío”.⁵⁷ Como consecuencia de esta absurda línea de razonamiento, los marxistas judíos — Trotsky, Luxemburgo, Paul Axelrod, Otto Bauer, Julius Martov — se creyeron obligados a rechazar la autodeterminación nacional de los judíos, al mismo tiempo que la defendían en todos los casos restantes.⁵⁸ Había una ofensiva perversidad en esta grosera denegación de la naturaleza. Como dijo

55 Michael Steinberg, *Sabres and Brownshirts: the German Students' Path to National Socialism 1918-1935*, Chicago, 1977, p. 7.

56 Laqueur, op. cit., p. 186.

57 Istvan Meszaros, *Marx's Theory of Alienation*, Londres, 1970, pp. 29-30.

58 Robert S. Wistrich, *Revolutionary Jews from Marx to Trotsky*, Londres, 1976.

el historiador judío Simon Dubnow: “Cuánto debe odiarse a sí mismo un judío cuando reconoce el derecho de todas las nacionalidades y lenguas a la autodeterminación, pero duda de ella o la limita en el caso de su propio pueblo, cuya ‘autodeterminación’ comenzó hace 3.000 años”.⁵⁹ Al ver que los judíos no eran problema, los marxistas llegaron a la conclusión de que el antisemitismo tampoco lo era. De esta forma entraron en la más grave crisis ideológica de la historia europea, porque renunciaron a pensar. Fue un caso de desarme unilateral sobre una base unilateral.

De todos modos, la destrucción de la república no era inevitable. Casi seguramente habría sobrevivido si la derecha extremista no hubiese producido un genio político. La tragedia principal de la historia del mundo en los tiempos modernos es que la república, en Rusia y en Alemania, halló sucesivamente en Lenin y en Hitler adversarios de calibre excepcional, que expresaron la voluntad de poder con una intensidad única en la época contemporánea. Por supuesto, la aparición de una figura de este carácter no sorprendió a los exaltados de la derecha alemana. Todos los discípulos de Nietzsche coincidían en que un *Führer* era necesario y aparecería, como un mesías. Se lo imaginaba como al caballero del famoso grabado de Durero *El caballero, la muerte y el demonio*. En *El estadista cristiano*, Wilhelm Stapel lo presentaba como un guerrero, un gobernante y un sacerdote unidos en una sola persona, dotado de cualidades carismáticas.⁶⁰

La realidad era algo diferente. Hitler era totalmente irreligioso y no sentía el más mínimo interés por el honor o la ética. Creía en el determinismo biológico, del mismo modo que Lenin creía en el determinismo histórico. Creía que la raza, no la clase, era el verdadero principio revolucionario del siglo XX, del mismo modo que el nacionalismo lo había sido durante el siglo XIX. Tenía antecedentes parecidos a los de Lenin. Su padre también era un burócrata de categoría inferior, un funcionario de la aduana austríaca en la frontera con Baviera. A semejanza de Lenin, Hitler fue el producto de una época cada vez más obsesionada por la política. Nunca intentó seriamente ganarse la vida empleando otros medios y, como Lenin, se sentía realmente cómodo en un mundo en el que la búsqueda del poder mediante la conspiración, la agitación y la fuerza constituía el objetivo y la satisfacción principales de la existencia. Pero en ese mundo frío y gris, él, como Lenin, era un maestro. Poseía el mismo egoísmo intelectual, no dudaba de sí mismo, se mostraba implacable en el campo de las relaciones personales, prefería la fuerza antes que la discusión y, lo que era más importante, poseía la capacidad de combinar la fidelidad absoluta a un propósito de largo alcance con el oportunismo hábil. Los dos hombres compartían, incluso, cierto puritanismo: como Lenin (y a diferencia de Mussolini), Hitler tenía escasa vanidad personal y no estaba corrompido por los aspectos más bajos del poder.

No obstante, en un aspecto esencial resultaban muy distintos. Si Lenin era el tipo religioso de revolucionario, Hitler era un romántico. Más aún, era un artista. Los intelectuales liberales se horrorizaron en 1939, cuando Thomas Mann, en un brillante ensayo titulado *Hermano Hitler*, lo comparó con el artista romántico arquetípico (por ejemplo, el tipo descrito en *Vie de Bohème* de Henri Murger) y preguntó: “¿No debemos reconocer, incluso contra nuestra voluntad, en este fenómeno un aspecto del carácter del artista?”.⁶¹ Sin embargo, la comparación es válida y esclarecedora. En relación con el hitlerismo explica muchas cosas que de otra forma permanecerían en la oscuridad. Hitler se dedicó a la pintura con escasa habilidad y sin éxito. Su talento no estaba en ese campo. Pero sus reacciones eran generalmente las de un artista, tanto en el retraimiento como en la respuesta. Llevado al lugar de trabajo de su padre, se sintió colmado de “repugnancia y odio”; era una especie de “jaula oficial”, donde vio a “viejos encaramados unos sobre otros, como monos”.⁶² Comprendió que debía desempeñar una misión pública cuando asistió por primera vez a la representación de *Rienzi*, uno de los primeros éxitos de Wagner, la historia de un plebeyo que se convierte en tribuno popular en la Roma del siglo XIV, pero que muere a manos de los nobles que

59 Citado en Robert S. Wistrich, “Marxism and Jewish Nationalism: the Theoretical Roots of Contradiction”, en *The Left Against Zion*, Londres, 1981, p. 3.

60 Laqueur, op. cit., p. 103. El retrato de Hubert Lanzinger de Hitler como caballero se reproduce como lámina 31 en Joseph Wulf, *Die Gildenden Künste im Dritten Reich*, Gutersloh, 1963.

61 Fest, op. cit., p. 76.

62 *Ibid.*, p. 32.

lo odian, entre las llamas del palacio incendiado. “Todo comenzó en ese momento”, diría más tarde.⁶³ Parece que concibió la “solución final” del problema judío en el fantástico ambiente del castillo gótico de Werfenstein, Austria, donde el monje sin hábito Jörg Lanz von Liebenfels estaba elaborando un programa sistemático de depuración y exterminio racial, para “extirpar al hombre-animal y propagar al hombre nuevo y superior”, y proponía la lucha de razas librada “hasta el mango del cuchillo de la castración”. Es significativo que Lanz incluyese entre sus discípulos tanto a Lenin como a Hitler y que viese una analogía entre el exterminio de las clases “arrojadas al basurero de la historia” y la eliminación de razas mediante la aplicación de programas de selección, dos formas de darwinismo social.⁶⁴ También Hitler estaba muy interesado en las diferencias entre las clases y era muy sagaz cuando se presentaba la oportunidad de explotarlas en beneficio propio. Pero la clase no estaba cerca del centro de su sueño político, porque no era un concepto visual. La raza sí lo era.

Al parecer, Hitler abordó siempre la política en términos de imágenes visuales. Como Lenin, y aún más como Stalin, fue un destacado profesional del vicio más radical del siglo: la ingeniería social, la idea de que es posible usar a los seres humanos como si fueran paladas de concreto. Pero en el caso de Hitler, estos planes satánicos siempre tenían una dimensión artística. Cuando planeó un imperio mundial que debía irradiar de Berlín, su primer pensamiento fue para las estructuras colosales de la capital y más tarde desarrolló la idea hasta el más mínimo detalle.⁶⁵ Durante la guerra, cuando Hitler impartió directivas referidas a la transformación política, demográfica y económica de decenas de millones de kilómetros cuadrados de territorio europeo hasta los propios Urales, se refirió detalladamente a los jardines babilónicos que debían adornar las ciudades de la raza superior.⁶⁶ Era muy característico de él que encomendase a un arquitecto la dirección de la producción bélica. Cuando habló de su deseo de “cambiar totalmente [el mundo] y el conjunto de sus partes”, estaba pensando visualmente y en términos concretos, como una extensión del deseo que alentó a lo largo de su vida, es decir, la reconstrucción de su ciudad “natal” de Linz. A lo sumo consiguió construir allí un puente, pero casi hasta el último día en el búnker estudió planes relacionados con la transformación de la ciudad. De tanto en tanto contemplaba la posibilidad de retirarse “después de la guerra”. Una vez cumplida su misión fundamental, se dedicaría a planear ciudades y a supervisar los planes de construcción de edificios públicos.

El enfoque artístico de Hitler fue un ingrediente absolutamente esencial de su éxito. El fanatismo de tipo religioso de Lenin jamás habría sido eficaz en Alemania. Los alemanes eran la nación mejor educada del mundo. Conquistar sus mentes resultaba muy difícil. El corazón y la sensibilidad representaban un objetivo más fácil. La fuerza de Hitler residió en que compartía con muchos otros alemanes la devoción por las nuevas y las antiguas imágenes nacionales: las forestas brumosas donde nacían y se formaban rubios titanes, las alegres aldeas campesinas a la sombra de los castillos ancestrales, las ciudades jardines construidas donde antes había guetos y barrios bajos, las valkirias ecuestres, los valhallas llameantes, los nuevos amaneceres y crepúsculos en los que las estructuras brillantes y milenarias surgirían de las cenizas del pasado para perdurar durante siglos. Hitler tenía en común con el gusto alemán medio precisamente estas imágenes reverenciales implantadas por casi un siglo de propaganda nacionalista.

Se podría afirmar que las cualidades culturales de Hitler fueron la fuente de su atracción. El rechazo popular frente a la cultura de Weimar constituía una enorme fuente de energía política y Hitler la utilizó complacido. La idea de Lenin de renunciar a la música para concentrar todos los esfuerzos en la política le habría parecido incomprensible. En Alemania, la música era política, y tal cosa podía afirmarse sobre todo del drama musical. Hitler ejemplifica la verdad de que las cualidades arquitectónicas y teatrales están estrechamente relacionadas. Sus instintos romanticoartísticos lo llevaron a redescubrir una verdad casi tan antigua como la *polis* misma y que

63 August Kubizek, *Young Hitler: the story of our friendship*, trad. Londres, 1954, pp. 140 y ss.

64 Wilfried Daim, *Der Mann, der Hitler, die Ideengab*, Munich, 1958.

65 Hans Jürgen Syberberg, “Hitler, Artiste d'Etat et l'Avant-Garde Méphistophélique du XXe siècle”, en *Les Réalismes 1919-1939*, París, 1980, pp. 378-403.

66 Adolf Hitler, *Monologe im Führerhauptquartier 1941-1944*, Hamburgo, 1980, pp. 54, 90, 331.

ciertamente se remonta a la época de los faraones: que la presentación del líder carismático, trátase del monarca renacentista o del político democrático moderno, es por lo menos tan importante como el contenido. Una de las razones que motivaban la admiración de Hitler por Wagner fue que había aprendido mucho de él, y sobre todo de *Parsifal*, que se convirtió en el modelo de sus grandes espectáculos políticos. La lección que extrajo del frente occidental fue que las guerras podían ganarse o perderse en el área de la propaganda, un concepto que inspiró su famoso capítulo sexto de *Mein Kampf*. El propósito de toda la propaganda, escribió, es “presionar y limitar el libre albedrío del hombre”.⁶⁷ Se podía lograr esto mediante la “magia misteriosa” de Bayreuth, y “la penumbra artificial de las iglesias católicas góticas”, y él apeló a ambos efectos; pero también echó mano de los trucos de Reinhardt y otros menospreciados productores de Weimar y del cine de Fritz Lang. La escenografía de su oratoria estaba concebida y realizada con envidiable habilidad profesional; la atención al detalle era fanática. Hitler fue el primero en apreciar el poder de la amplificación y el efecto demoníaco de los focos; al parecer, inventó el *son et lumière* y lo aplicó con tremendo efecto en los mítines nocturnos de masas. Importó insignias y atuendos políticos de la Italia de Mussolini, pero los mejoró, de modo que los uniformes hitlerianos continuaban siendo la norma de la excelencia en el vestuario de los totalitarismos. Tanto el stalinismo como el maoísmo imitaron la escenografía de Hitler y la superaron en escala pero no en estilo.

En su carácter de estrella de estos dramas musicales, Hitler ensayó sus actuaciones con idéntico profesionalismo. El mito del “orador loco” carecía de fundamento. Hitler ejerció siempre un control absoluto de sí mismo. La versión de la locura le pareció útil en el trato con extranjeros, pues las personas del tipo de Neville Chamberlain se sentían enormemente aliviadas cuando se reunían con Hitler y comprobaban que era capaz de hablar de un modo equilibrado y razonable. Pero todos sus efectos de “locura” estaban cuidadosamente planeados. En agosto de 1920 afirmó que su propósito era usar la “comprensión serena” para “despertar e incitar [...] lo instintivo”.⁶⁸ Siempre estudiaba la acústica de las salas en las que hablaba. Confiaba sus discursos a una memoria excelente, aunque también tenía notas muy abundantes. Practicaba frente a un espejo y encargaba al fotógrafo del partido que lo fotografiase en acción, para poder estudiar las tomas. Uno se desconcierta al pensar en lo que habría podido hacer con la televisión y es extraño que no haya impulsado el desarrollo de este medio: BerlínWitzleben presentó ya un espectáculo televisivo el 8 de marzo de 1929. Hitler utilizó gestos oratorios, que entonces eran desusados en Alemania, y los copió de Ferdl Weiss, un actor de Munich que se especializaba en los públicos de las cervecerías. Calculaba sus movimientos con el fin de llegar tarde, pero no demasiado. En los primeros tiempos enfrentó de manera brillante a los que interrumpían y utilizaba mucho el humor ácido.⁶⁹ Después apuntó a la imagen del profeta inspirado y redujo mucho el contenido político específico de sus discursos. Elizabeth, hermana de Nietzsche, a quien Hitler visitó en Weimar, afirmó que la había impresionado más como un líder espiritual que como un jefe político.⁷⁰ Pero su estilo no era el de un teólogo, sino más bien el de un predicador “revivalista”; el periodista norteamericano H. R. Knickerbocker lo comparó con “Billy Sunday”.⁷¹ Un observador escribió por esa época: “En realidad, Hitler nunca pronuncia discursos políticos; los suyos son discursos filosóficos”.⁷² A decir verdad, en lugar de delinear un programa y formular promesas, reclamaba un compromiso. A sus ojos, la política era la movilización de las voluntades. El oyente rendía su voluntad al líder, que se la devolvía reforzada. Como él mismo dijo: “La voluntad, el anhelo y también el poder de miles se concentran en cada individuo. El hombre que se incorpora a ese mitin dudando y vacilando, lo abandona íntimamente reforzado: se ha convertido en un eslabón de la comunidad”.

Abordamos aquí un punto importante. Como Lenin, Hitler sentía únicamente desprecio por la democracia parlamentaria o por cualquier otra forma del liberalismo. Pero si Lenin insistía en que

67 Hitler, *Mein Kampf*, pp. 474 y ss.

68 Fest, op. cit., p. 482.

69 William Carr, *Hitler: a Study in Personality and Politics*, Londres, 1978, pp. 2-3.

70 Fest, op. cit., p. 489.

71 H. P. Knickerbocker, *The German Crisis*, Nueva York, 1932, p. 227.

72 Weigand von Miltenberg, *Adolf Hitler Wilhelm X*, Berlín, 1931, II.

una elite o incluso un solo individuo representaban la voluntad del proletariado en virtud de la *gnosis* que él o ellos poseían, Hitler no se oponía a la voz democrática expresada en una forma menos metafísica. En cierto sentido creía en la democracia participativa, e incluso la practicó durante algún tiempo. En verdad, Hitler no tenía más alternativa que buscar el poder apelando, en cierta medida, a los instrumentos democráticos. En un desacostumbrado momento de franqueza, Lenin afirmó una vez que sólo un país como Rusia podía haber sido capturado tan fácilmente como él lo había hecho. Alemania era distinta. No era posible violarla. Se necesitaba seducirla.

Hitler necesitó un tiempo para descubrir este hecho. Vale la pena examinar con cierto detalle el proceso de su educación política. En la Viena anterior a 1914 adquirió su socialismo y su antisemitismo. Recibió el socialismo a través de Karl Lueger, el famoso alcalde socialcristiano que imitó y mejoró la política social de Bismarck para crear un Estado de Bienestar en miniatura: en el lapso de quince años aportó a Viena un formidable sistema de transportes, educación y seguridad social, además de formar cinturones verdes y crear un millón de nuevos empleos. Aquí estuvo el embrión de toda la política interior de Hitler hasta 1931: la utilización del enorme Estado paternalista para persuadir a las masas de que renunciaran a la libertad a cambio de la seguridad. Lueger también era antisemita, pero otro político vienés, el pangermanista Georg von Schönerer, fue quien enseñó a Hitler a poner la “solución” del “problema judío” en el centro mismo de la política; Schönerer reclamaba la sanción de leves antijudías y sus partidarios usaban cadenas de reloj con la insignia de un judío ahorcado.

El tercer elemento que convirtió a Hitler en el “hombre del Este” arquetípico se incorporó a su persona durante la guerra. Ludendorff creía firmemente en la educación política de las tropas. Las adoctrinó en el concepto de una gran expansión hacia el Este, un paso que según lo demostró el Tratado de Brest-Litovsk, era posible. Hitler se convirtió en entusiasta defensor de esta idea, la amplió y la adaptó de manera que incluyese en su realización la “solución final” del “problema judío”. De esta manera, se convirtió en el factor individual más importante de su programa de acción, el eje alrededor del cual giraba todo el resto. El plan de Ludendorff de un ejército politizado fue una de las muchas ideas adoptadas con entusiasmo por Lenin, que designó comisarios políticos hasta el nivel de batallón. A su vez, el ejército alemán volvió a adoptar la idea después de sofocar los levantamientos rojos de principios de 1919. El Departamento Político del distrito militar de Munich nombró a Hitler como uno de sus primeros “oficiales de instrucción política”, después del aplastamiento del soviét de Munich. Ernst Roehm fue uno de sus colegas. Estos dos hombres aprovecharon cabalmente los sinceros temores que los rojos inspiraban en Munich y convirtieron así la ciudad en la capital del extremismo alemán.

En septiembre de 1919, Hitler se adueñó de un pequeño grupo proletario denominado Partido Obrero Alemán. Hacia abril de 1920, cuando salió del ejército para comenzar su carrera política, lo había transformado en el núcleo de un partido de masas, le había dado una política exterior (anulación de Versalles, la Gran Alemania, la expansión hacia el Este, la pérdida de la ciudadanía por los judíos) y había reorganizado sus objetivos económicos para formar un programa radical de veinticinco puntos: confiscación de las ganancias de guerra, abolición de los ingresos no obtenidos mediante el trabajo, intervención del Estado para asumir el control de los trusts y participar en los beneficios de la industria, expropiación sin indemnización de la tierra que la nación necesitaba. También agregó al nombre del grupo la palabra nacionalista. Aunque Hitler a veces usaba las palabras nacionalismo y socialismo como si hubieran sido intercambiables, en sus programas el ingrediente radical y socialista siempre fue importante. Nunca fue, en ningún aspecto, un político burgués o conservador, ni un exponente o defensor del capitalismo. Tampoco se puede afirmar que el Partido Nazi estaba formado principalmente por la baja clase media. Los historiadores modernos han debatido acaloradamente la amplitud de su atracción para los trabajadores.⁷³ La verdad parece ser que los nazis activos se reclutaron entre los descontentos de todas las clases, excepto los campesinos y agricultores. De un total de 4.800 afiliados en 1923, el 34,5 por ciento provenía de la

73 Max H. Kele, en *The Nazis and the Workers*, Chapel Hill, 1972, afirma que Hitler tenía un gran número de seguidores entre la clase trabajadora; J. Noakes, en *The Nazi Party in Lower Saxony 1921-1933*, Oxford, 1971, y R. Heberle, en *From Democracy to Nazism*, Baton Rouge, 1970, afirman lo contrario.

clase trabajadora; el 31 por ciento, de la baja clase media; el 6,2 por ciento estaba formado por funcionarios de menor jerarquía, y además había un 11,1 por ciento de empleados y un 13,6 por ciento de pequeños comerciantes y tenderos.⁷⁴

Por supuesto, la política de Hitler, la creación de un partido que fuese una elite de vanguardia, se basó en la experiencia de Lenin. Más aún, en algunos aspectos importantes Hitler continuó siendo leninista hasta el fin, sobre todo en su creencia de que un partido muy disciplinado y centralizado, coronado por una cima autocrática, era el único instrumento que podía realizar una revolución fundamental. Una vez que conquistó el poder, puso en marcha la ocupación sistemática por parte del partido de todos los órganos de la sociedad, exactamente como había hecho Lenin. Inicialmente se propuso ocupar el poder como hizo Lenin en 1917, mediante un *putsch* paramilitar. Lo alentó en este sentido el éxito de la marcha de Mussolini durante el otoño de 1922. Un año después llegó a la conclusión de que era el momento apropiado también en Alemania.

En 1923 la moneda alemana, que durante mucho tiempo se había mantenido al borde del abismo en una situación de equilibrio inestable, finalmente se derrumbó. En 1913 el marco alemán valía 2,38 dólares norteamericanos. Hacia 1918 había descendido a 7 centavos, y a mediados de 1922, con un centavo de dólar norteamericano podían adquirirse 100 marcos alemanes. Las autoridades financieras alemanas les echaban la culpa a las cláusulas de reparaciones del Tratado de Versalles. En realidad, las reparaciones no guardaban una relación directa con el problema. Las finanzas públicas alemanas habían sido poco sólidas desde los tiempos de Bismarck. Éste había pagado sus guerras mediante préstamos y luego había cancelado las deudas con el botín. Entre 1914 y 1918 se ensayó la misma técnica, pero ahora no había botín, y Alemania salió del conflicto con una gigantesca deuda pública en bonos oficiales y una gran masa de papel moneda en circulación. La inflación comenzó mucho antes de que se oyera hablar de reparaciones y hacia 1921, cuando debían cancelarse los primeros pagos, había alcanzado niveles de hiperinflación. La crisis fue imputable exclusivamente al modo temerario en que el Ministerio de Finanzas, respaldado por el Reichsbank, permitió la expansión del crédito y la emisión de moneda. A ninguno de los organismos financieros y empresarios le importaba en absoluto la salud del “marco republicano”. Especulaban y apostaban a su desvalorización, exportaban capitales y, en el caso de los industriales, invertían en capital fijo con la mayor velocidad posible y con ese fin tomaban en préstamo papel moneda. En el otoño de 1922 convocaron a Keynes y le pidieron consejo; el economista británico propuso un remedio drástico, lo que una generación posterior denominaría “monetarismo”. Afirmó que el gobierno debía equilibrar a toda costa el presupuesto y frenar la oferta de dinero. Se rechazó este excelente consejo y las prensas de impresión aceleraron su ritmo.⁷⁵

El derrumbe final de la moneda sobrevino en enero de 1923, cuando los franceses ocuparon el Ruhr, la población paralizó el trabajo y el gobierno aceptó la responsabilidad financiera de continuar pagando los salarios. En el verano de 1923, A. P. Andrew, miembro del Congreso Norteamericano que visitaba Alemania, observó que le entregaban 4.000 millones de marcos por 7 dólares; una comida para dos en un restaurante costaba 1.500 millones, más una propina de 400 millones. Hacia el 30 de noviembre, la emisión diaria era de hasta 4.000 cuatrillones. Los bancos cobraban un interés diario del 15 por ciento sobre los préstamos y pagaban a los depositantes sólo el 18 por ciento anual. En consecuencia, una campesina que depositaba el precio de una vaca y retiraba el dinero seis meses después, comprobaba que con esa suma podía comprar parte de una herradura. Los pequeños ahorristas y los que tenían bonos oficiales perdieron todo. Los grandes beneficiados, fuera del gobierno mismo, fueron los terratenientes, que cancelaron todas sus hipotecas, y los industriales, que pagaron sus deudas con papel sin valor y se convirtieron en dueños absolutos de su propio capital fijo. Fue una de las transferencias de riqueza más gigantescas y brutales de la historia. Las responsabilidades eran evidentes: podía identificarse fácilmente a los beneficiarios del fraude. Sin embargo, tenemos un deprimente indicio de la ignorancia del público acerca de los problemas económicos en el hecho de que el público alemán, y sobre todo los

74 W. Carr, op. cit., p. 6.

75 Holborn, op. cit., pp. 596-598.

perjudicados, lejos de “adquirir una conciencia proletaria” —como Marx había predicho que sucedería en un caso así— atribuyeron la culpa al Tratado de Versalles y a los “especuladores judíos”.

Naturalmente, una conmoción semejante originó resultados políticos. El 13 de agosto, August Gustav Stresemann, el único político de Weimar que gozaba de popularidad, formó una “gran coalición”, que abarcaba desde los socialdemócratas hasta la derecha más o menos respetable. Duró solamente cien días. Se declaró un estado de emergencia y se puso el poder en manos del ministro de Defensa. Se habló de una “marcha sobre Berlín”. Pero, como siempre, los comunistas iniciaron el ciclo de la violencia con un levantamiento en Sajonia. Hitler decidió entonces que había llegado el momento de apoderarse de Baviera. El 8 de noviembre sus hombres rodearon el local de una cervecería en la que se reunía el gobierno local, pusieron bajo custodia a sus miembros y formaron un nuevo gobierno dictatorial, encabezado por el propio Hitler como jefe político; Ludendorff fue designado jefe del ejército.

Después marcharon sobre la ciudad con 3.000 hombres. Pero la policía comenzó a disparar, la columna se dispersó, Hitler fue arrestado y, a su debido tiempo, sentenciado a cinco años en la fortaleza-cárcel de Landsberg.⁷⁶

De todos modos, las autoridades no tenían intención de que cumplierse su sentencia. Hitler aprovechó la doble norma que favorecía a los criminales partidarios “del Este”. “El prisionero de Landsberg” era un recluso popular y mimado. En lugar del uniforme de la prisión, vestía *Lederhosen*, una chaqueta de campesino bávaro y un sombrero verde de cazador con una pluma. Consagraba hasta seis horas diarias a recibir una corriente constante de visitantes, incluso admiradoras y políticos temerosos. Cuando cumplió treinta y cinco años, las flores y los paquetes llenaron varias habitaciones de la fortaleza y, de acuerdo con la versión de un testigo ocular, su celda “parecía una confitería”.⁷⁷ Los meses que pasó allí le permitieron escribir *Mein Kampf* mecanografiando el texto, como atestiguó más tarde la esposa de Hess, “con dos dedos, en una antigua máquina de escribir”.⁷⁸

Mientras Hitler estaba en Landsberg, en Alemania sobrevino un gran cambio. En lo inmediato, los acontecimientos cobraron un aspecto negativo para él. Hjalmar Schacht, nuevo presidente del Reichbank, estabilizó la moneda mediante la creación de un nuevo *Reichmark*, basado en el oro y negociable en el extranjero, cesó de imprimir moneda y redujo las erogaciones oficiales. En resumen, hizo lo que Keynes había aconsejado dieciocho meses antes. La economía alemana e incluso la economía mundial comenzaron a surcar aguas más serenas. Los cinco años siguientes presenciaron una constante expansión económica y, por lo tanto, un nivel más elevado de estabilidad política; fueron los mejores años del período de Weimar. En Landsberg, Hitler comprendió que no conquistaría el poder según el estilo de Lenin. Debía convertirse en un político de la democracia. En *Mein Kampf* reconoció este hecho e indicó exactamente cómo lo haría. Pero también percibió que el año 1923 había sido el momento de la división de las aguas y que esto a la larga favorecería sus planes. Para millones de sus víctimas, la herencia de la Gran Inflación sería el odio candente e inextinguible a Weimar y a sus principales figuras, al régimen “occidentalista”, al tratado, a los aliados y a todos los que en Alemania se habían asociado con ellos. Se había desplazado el eje de la clase media alemana. En adelante, la causa occidental estaba condenada y la “cultura” prevalecería sobre la “civilización”. Hitler reflejó esta reorientación sísmica en el notable capítulo cuarto de *Mein Kampf* donde describe la “guerra por el espacio vital” librada contra Rusia. “Interrumpimos el interminable desplazamiento alemán hacia el sur y el oeste”, escribió, “y volvemos las miradas hacia las regiones del este. Finalmente nos apartamos de las políticas coloniales y comerciales del período de la preguerra y viramos hacia la política del suelo del futuro”.⁷⁹

⁷⁶ Fest, op. cit., pp. 271-288.

⁷⁷ Ernst Hanstaengl, *Zwischen weissem und brannen Haus*, Munich, 1970, p. 114.

⁷⁸ Werner Maser, *Hitler's Mein Kampf: an Analysis*, Londres, 1970; véase también su obra *Hitler: Legend, Myth and Reality*, Nueva York, 1973.

⁷⁹ Hitler, *Mein Kampf*, p. 654.

Casi en el mismo momento en que Hitler escribía esto, un extraño e intuitivo inglés estaba llegando precisamente a la misma conclusión. El 19 de febrero de 1924, D. H. Lawrence escribió una “Carta desde Alemania”.⁸⁰ Era, decía, “como si la vida germánica estuviera retirándose lentamente del contacto con Europa Occidental y volcándose hacia los desiertos del Este”. En su última visita, realizada en 1921, Alemania “todavía estaba abierta a Europa. Después, aún miraba hacia Europa buscando una reunión [...] la reconciliación. Ahora eso ha concluido [...] se ha quebrado la tendencia positiva de nuestra civilización. Las influencias que llegan, llegan invisibles de Tartaria [...] Regresan nuevamente a la fascinación del Este destructivo que produjo Atila”. Continuaba diciendo:

[...] por la noche uno oye cosas extrañas que se agitan en la oscuridad [...] Hay una sensación de peligro [...] el extraño, erizado sentimiento de un peligro pavoroso. Se ha quebrado la esperanza en la paz y en la producción. El antiguo flujo, la antigua adhesión se han resquebrajado. Y se ha instalado un flujo todavía más antiguo. Atrás, de regreso a la polaridad salvaje de Tartaria y alejándose de la polaridad de la Europa cristiana civilizada. Esto, se me antoja, ya ha sucedido. Yes un hecho que tiene una importancia mucho mayor que cualquier acontecimiento real. Es el padre de la fase siguiente de los hechos.

Decidido a aprovechar esta nueva polaridad y en su papel de político populista, Hitler —que sin duda poseía una veta de imaginación creadora— consagró las últimas semanas en la cárcel a pensar el concepto de los caminos escenográficos y espectaculares contruidos especialmente para los automóviles, las futuras *autobahnen* y un “automóvil del pueblo”, o *Volkswagen*, que llevase a la nación sobre esos caminos.⁸¹ Fue puesto en libertad el 20 de diciembre de 1924 y, como padecía verdadera hambre de Wagner, marchó directamente a la casa del pianista Ernst Hanfstaengel y le dijo: “*Toque la Liebestod*”. A la mañana siguiente compró un Mercedes por 26.000 marcos y después, hasta que ocupó el cargo de canciller, insistió en pasar a todos los automóviles en el camino.⁸²

⁸⁰ La “Carta” de Lawrence fue la primera publicada en el *New Statesman*, 13 de octubre de 1924; reimpressa en *Phoenix*, Londres, 1936, pp. 107-110.

⁸¹ Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens*, 2ª ed., Neuhaus, 1955, p. 47.

⁸² Otto Dietrich, *Zwölf Jahre mit Hitler*, Munich, 1955, p. 180.

4 DECADENCIA DE LA LEGITIMIDAD

Mientras el viento del este volvía a soplar en Alemania, la alianza anglofrancesa se desintegraba. El 22 de septiembre de 1922 hubo una impresionante escena en el Hotel Matignon de París entre el primer ministro francés Raymond Poincaré y lord Curzon, ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña. Tres días antes, los franceses habían retirado sus tropas de Chanak, de manera que el minúsculo contingente británico quedó expuesto a recibir todo el impacto de la furia de los nacionalistas de Atatürk, con lo que la humillación era inevitable. Curzon había ido a París para protestar.

Los dos hombres se odiaban. Poincaré era el portavoz de los *rentiers* franceses, un abogado de cualidades típicas en su estilo: agudo, prudente, laborioso, que se complacía en recordar el consejo de Guizot a los franceses: “*¡Enrichissez-vous!*”. Lo llamaban *l’avocat de France*, había heredado el nacionalismo de Thiers, cuya biografía estaba escribiendo. Se enorgullecía de su propia incorruptibilidad; insistía en escribir por propia mano todas sus cartas y cuando enviaba un mensajero oficial por asuntos privados lo pagaba de su propio bolsillo.¹ También Curzon escribía sus propias cartas, por millares, y trabajaba hasta bien entrada la noche, imposibilitado de dormir a causa de una lesión en la espalda que había recibido en la infancia. También él tendía a la frugalidad, examinaba muy atentamente las cuentas domésticas de lady Curzon, vigilaba a los criados y no se privaba de explicar a una criada cómo debía sacudir el polvo de los muebles o a un lacayo cómo tenía que servir el té. Pero Poincaré manifestaba todo su desprecio aristocrático por la vulgaridad de la clase media así como por la volátil capacidad de emoción francesa. En el curso de la discusión, Poincaré “perdió totalmente los estribos” y “durante un cuarto de hora gritó, enfurecido, a todo pulmón”. Lord Hardinge, que era el embajador británico, tuvo que llevar a otra habitación al conmovido Curzon y lo acomodó en un sofá color escarlata. Le temblaban violentamente las manos. “Charley”, dijo, “no puedo soportar a ese horrible hombrecito. No puedo soportarlo, no puedo soportarlo”. Y lord Curzon se echó a llorar.²

La causa profunda de la división entre ingleses y franceses era, precisamente, la diferencia de opinión acerca de la probabilidad del renacimiento militar alemán. La mayoría de los británicos creía que los estadistas franceses tenían una actitud paranoica cuando se abordaba el tema de Alemania. “Le confieso”, oyó decir sir Austen Chamberlain a Edouard Herriot, “que contemplo aterrizado la posibilidad de que vuelva a hacernos la guerra dentro de diez años”.³ Esta opinión francesa era también la que se manifestaba en los miembros británicos de la Comisión Interaliada de Control, cuya función era supervisar la aplicación de los artículos 168 y 169 del Tratado de Versalles, relacionados con el desarme de Alemania. El brigadier general J. H. Morgan informó en privado que Alemania había conservado más que cualquier otro estado de Europa sus características de la preguerra y, sobre todo, su militarismo.⁴ Los franceses afirmaban que siempre que verificaban una declaración del Ministerio de Guerra de Weimar comprobaban su falsedad. Pero nunca se publicaron los informes de la Comisión de Control, que registraban violaciones descaradas; a juicio de algunos fueron suprimidos de manera intencionada, para contribuir a la causa general del desarme y a la reducción de los gastos de la defensa. El embajador británico en Alemania, lord D’Abernon, un abstemio y altivo militante, era apasionadamente progermano, el primero de los

1 Pierre Miguel, *Poincaré*, París, 1961.

2 Harold Nicolson, *Curzon: the Last Phase 1919-1925*, Londres, 1934, pp. 273-274.

3 Charles Petrie, *Life of Sir Austen Chamberlain*, 2 vols., Londres, 1939, II, p. 263.

4 Lord Murray of Elibank, *Reflections on Some Aspects of British Foreign Policy Between the World Wars*, Edimburgo, 1946, p. 10.

“apaciguadores”, un hombre que creía a pie juntillas en el libro de Keynes y que decía que era imposible que Alemania ocultara las diferentes formas de esquivar el cumplimiento de las normas del tratado.⁵ En sus informes no decía una palabra acerca de las compañías holding fundadas por firmas alemanas para fabricar armas en Turquía, Finlandia, Rotterdam, Barcelona, Bilbao y Cádiz, y de los acuerdos concertados por Krupp para producir cañones y tanques en Suecia.⁶

El resentimiento francés por la indiferencia británica frente a los riesgos de un renacimiento alemán se acentuó aún más el 16 de abril de 1922, cuando Alemania firmó el Tratado de Rapallo con Rusia. Uno de los propósitos secretos de este pacto, tal como sospechaban los franceses, era ampliar los acuerdos de fabricación conjunta de armas en Rusia y además lograr que en este país se entrenaran pilotos y tripulaciones de tanques. El acuerdo representaba, asimismo, un mensaje siniestro para Polonia, el aliado oriental de Francia, y apuntaba a un pacto germanosoviético contra Polonia, el que finalmente adoptó la forma del Pacto Nazisoviético de agosto de 1939. Rapallo fortaleció la decisión de Poincaré de conseguir reparaciones de Alemania apelando a la fuerza si eso era necesario, y no mucho tiempo después de la ruptura con Gran Bretaña a causa del incidente de Chanak despachó tropas francesas al Ruhr, el 11 de enero de 1923. Parte de estas tropas provenía del África francesa y uno de los motivos de vanagloria era que Francia constituía “un país, no de 40 millones, sino de 100 millones de habitantes”. El sistema ferroviario francés en África tenía, en las condiciones en las que se hallaba, el propósito principal de facilitar el rápido transporte de tropas al escenario europeo. El hecho de que los alemanes odiasen particularmente a los árabes y negros que vestían el uniforme francés era para los franceses una razón más que los inducía a enviarlos a Alemania. La política dura de Francia aportó resultados inmediatos el 26 de septiembre de 1923, cuando el gobierno alemán capituló frente a las exigencias de Poincaré. El feroz y pequeño abogado, que ejerció el poder (con una interrupción) hasta 1929, fue la figura dominante de la política del Occidente europeo durante la mayor parte de los años veinte y, a los ojos de muchos, incluyendo algunos británicos y norteamericanos, encarnó una agresividad francesa que representaba, para la estabilidad europea y mundial, una amenaza más grave que todo lo que podía originarse en Alemania.

De hecho, el único resultado de la política de Poincaré fue un enorme resentimiento alemán, que sin duda se manifestaría apenas decayera el poder de Francia, así como el fortalecimiento de las mismas fuerzas que en Alemania estaban decididas a promover el renacimiento militar. Por supuesto, la imagen de Francia como un gallo de riña, que volvía a ocupar en Europa el lugar dominante que había tenido desde los tiempos de Luis XIV hasta los de Napoleón era una ilusión. Versalles no había quebrantado a la Alemania de Bismarck. Era inevitablemente la única superpotencia europea ahora que Rusia había dejado de ser —aunque fuera sólo durante un tiempo— un poder en Europa. Más tarde o más temprano volvería a manifestarse la superioridad alemana en número, fuerza industrial, organización y espíritu nacional. El único interrogante era si lo haría con ánimo generoso u hostil.

En comparación, los franceses eran débiles. O bien se sentían más débiles de lo que era realmente el caso. La conciencia de la debilidad, acentuada durante los años veinte —la prepotencia de Poincaré era un intento de disimularla— llegó a ser obsesiva durante los años treinta. En el transcurso del siglo XVIII la población francesa casi había duplicado la de cualquier otro país de Europa. Es un hecho significativo que la de Polonia ocupara el segundo lugar.⁷ Los franceses tenían cierta melancólica conciencia de la declinación de su nuevo aliado del Este y abrigaban la esperanza de llevarlo nuevamente a la grandeza para compensar su propia decadencia. En los corazones franceses estaba grabada la idea de que todavía en 1800 eran la raza más numerosa de Europa, con la única excepción de Rusia. A partir de ese momento habían sufrido una alarmante declinación relativa, un fenómeno que se reflejaba en veintenas de preocupados folletos acerca del tema demográfico, publicados a partir de la década de 1840. Se vieron superados por los austriacos en 1860, por los alemanes en 1870, por los británicos en 1900 y por los italianos en 1933, de manera

5 Véase la obra de D'Abernon, *An Ambassador of Peace*, 3 vols., Londres, 1929-1930, I, p. 14.

6 Barnett, op. cit., p. 323; Lord Vansittart, *The Mist Procession*, Londres, 1958, p. 341.

7 L. B. Namier, *Facing East*, Londres, 1947, p. 84.

que Francia vino a ocupar el quinto lugar en Europa. Entre 1800, año en que contaba con veintiocho millones de habitantes, y 1940, la población francesa aumentó sólo un 50 por ciento, mientras la de Alemania se cuadruplicó y la de Gran Bretaña se triplicó.⁸

La Gran Guerra, que (según los franceses veían las cosas) Alemania había impuesto a Francia con el propósito de destruirla totalmente como gran potencia, había agravado en forma trágica la debilidad demográfica de Francia. Murieron 1.400.000 hombres; el 17,6 por ciento del ejército, el 10,5 por ciento de toda la población masculina activa. Incluso después de la recuperación de Alsacia y Lorena, la población francesa había descendido de 39,6 millones a 39,12 millones y, en cambio, la de Gran Bretaña había aumentado 2,5 millones durante los años de la guerra. Alrededor de 1,1 millón de franceses se habían convertido en mutilados de guerra, incapacitados permanentemente. Los alemanes habían masacrado a 673.000 campesinos, habían herido gravemente a medio millón más, habían ocupado diez *départements* poblados por 6,5 millones y habían convertido en refugiados a la cuarta parte de estos habitantes. Destruyeron las casas campesinas, sacrificaron las cabezas de ganado y retiraron la maquinaria al evacuar el territorio. Además, convirtieron a los franceses en trabajadores esclavos en las fábricas del “socialismo de guerra” de Ludendorff, donde los índices de mortalidad eran casi tan elevados como el 10 por ciento anual que alcanzaron con los nazis durante la segunda guerra mundial. Los franceses consideraron amargamente estas cifras abrumadoras, que les parecían incluso más terribles a causa del brillo de su propia propaganda de guerra.⁹

Los franceses que sufrieron perjuicios durante la guerra se vieron bien compensados después, pero el modo de financiación de las compensaciones, pese a todos los esfuerzos de Poincaré, originó una inflación progresiva que, si bien menos espectacular que la alemana de 1923, duró mucho más y, en definitiva, fue más nefasta para la moral nacional. Entre 1912 y 1948 los precios mayoristas en Francia se multiplicaron 105 veces y el precio del oro se elevó 174 veces. Comparado con el dólar, en 1939 el franco conservaba sólo la diecisieteava parte de su valor de 1913.¹⁰ Para los turistas y los expatriados norteamericanos y británicos, la Francia entre las dos guerras fue un auténtico paraíso por sus gangas, pero era una situación difícil para los franceses, que veían en la permanente erosión de sus rentas y ahorros una razón más para tener menos hijos. Entre 1906 y 1931 el número de familias francesas que tenían tres o más hijos disminuyó drásticamente y durante los años treinta las familias de un solo hijo resultaban más frecuentes. Hacia 1936, Francia poseía una proporción de habitantes mayores de sesenta años más elevada que cualquier otro país (147 por mil, comparada con 129 en Gran Bretaña, 119 en Alemania, 91 en Estados Unidos y 74 en Japón).¹¹

Francia había abrigado la esperanza de fortalecer su posición gracias a la recuperación de Alsacia y Lorena, esta última una región provista de un gran cordón industrial. Pero, por supuesto, la economía de las dos provincias estaba integrada con la del Ruhr y sufrió grave daño a causa de la separación. En Alsacia, una región que se caracterizaba por el predominio de los católicos, los franceses irritaron al clero al atacar el idioma alemán, utilizado en la instrucción religiosa. Tendieron a cometer el mismo error de los alemanes y a comportarse como colonizadores. En realidad, tenían mucho menos que ofrecer, porque la seguridad social francesa era muy inferior a la alemana.¹² Francia era un mercado mediocre para la industria, pese a la protección que tenían. Los controles rigurosos sobre los alquileres, aplicados en 1914 y mantenidos luego, destruyeron el mercado francés de la vivienda. La existencia de viviendas, que era de 9,5 millones de unidades antes de la guerra, llegaba a sólo 9,75 millones en 1939, y casi la tercera parte resultaba inapropiada para el uso humano. La agricultura padecía un tremendo retraso. Durante la década de los treinta aún había tres millones de caballos en las haciendas, el mismo número que en 1850. A semejanza

8 Zeldin, op. cit., II, pp. 949-950.

9 J. M. Read, *Atrocity Propaganda 1914-1919*, Yale, 1941; Alfred Sauvy, *Histoire Économique de la France entre les deux guerres*, 4 vols., París, 1967-1975.

10 André Bissón, *L'Inflation française 1914-1952*, París, 1953.

11 Zeldin, op. cit., pp. 961, 971.

12 Ibid., pp. 78-81.

de Italia, Francia era un país parcialmente industrializado y su ritmo de progreso durante la preguerra no se mantuvo del todo durante los años veinte, y menos aún durante los treinta. En este período, la producción industrial nunca retornó a los niveles de 1929. Entre 1890 y 1904 Francia fue el primer fabricante de automóviles del mundo. Durante los años veinte todavía fabricaba más automóviles que Italia o Alemania. Pero no alcanzó a fabricar un coche barato para la venta masiva. Hacia mediados de los años treinta, el 68 por ciento de los automóviles vendidos en Francia eran vehículos de segunda mano y todavía circulaban 1.352.000 coches de caballos en las calles, exactamente tantos como en 1891.¹³

La raíz del problema era la escasa inversión. También en esta cuestión la inflación tenía la culpa. El Estado era un sustituto mediocre de la inversión privada. Fue el principal empleador, incluso antes de 1914, y la guerra infundió un nuevo ímpetu al sector estatal. Etienne Clementel, ministro de Comercio entre 1915 y 1919, propuso un plan nacional y una unión económica de Europa Occidental; entre sus protegidos estaban Jean Monnet y otros futuros “eurócratas”. Pero en esa época tales ideas no dieron resultado. El Estado compró acciones en los ferrocarriles, la navegación, la electricidad, el petróleo y el gas con el fin de mantener el funcionamiento de las empresas y conservar los empleos, pero se disponía de poco dinero para la inversión.¹⁴ Los industriales franceses tenían muchas ideas, pero se sentían frustrados por la falta de grandes oportunidades y dedicaban gran parte de su tiempo a disputar unos con otros. Así, Ernest Mercier, líder de las industrias de la electricidad y el petróleo, libró una dura guerra contra François de Wendel, el gran empresario del hierro y el acero.¹⁵ En el caso de hombres inteligentes más abajo en la escala, la ausencia de oportunidades resultaba todavía más grave (las mujeres no las tenían en absoluto). Entre las dos guerras, los sueldos reales de los ingenieros en Francia perdieron un tercio de su valor. La educación superior, sobre todo la de tipo técnico, era trágicamente inapropiada, jaqueada por las riñas de carácter sectario y la falta de fondos. La mayor parte del dinero iba a manos de las famosas pero anticuadas “*grandes ecoles*”, de París. Herriot afirmó que la Polytechnique, que producía a los tecnócratas, era “la única facultad de teología que no ha sido abolida”. Se creó un *Centre National de la Recherche Technique*, pero se le asignó un presupuesto exiguo. El nuevo edificio de la Facultad de Medicina de París, encargado durante los años veinte, no fue completado hasta los cincuenta (Francia no tuvo Ministerio de la Salud hasta 1922). Además, hacia 1939 tenía sólo dos médicos en su personal. Además. Una sorprendente estadística resume la situación: en 1927 Francia gastó menos en educación que en la alimentación de los soldados de la caballería.¹⁶

Aún más, a su propio modo Francia estaba tan dividida como Alemania. No se trataba de un choque entre la civilización y la cultura, sino todo lo contrario. Los franceses estaban de acuerdo con respecto a la civilización: eran sus dueños. En Versalles se mostraron muy renuentes que el inglés fuese un idioma oficial alternativo. Creían que Francia era el centro original y el custodio de la civilización, un término que ellos mismos habían acuñado en 1766. Sentían envidia, antipatía y desprecio frente a los anglosajones. El mejor novelista joven de Francia, François Mauriac, escribió en 1937: “No comprendo y no entiendo a los ingleses, salvo cuando están muertos”. Entre las obras populares de la época cabe mencionar *Faut-il réduire l'Angleterre en esclavage?* (1935) de Henri Beraud, y *Le Cancer Américain* (1931) de Robert Aron y André Dandieu. Por extraño que parezca, consideraban más aceptables a los alemanes. Durante los años treinta, los novelistas jóvenes como André Malraux y Camus leían a Nietzsche, y los filósofos jóvenes se sentían atraídos por Sartre y Heidegger. Pero el modelo oficial de Francia era Descartes, cuya metodología dominaba las clases escolares de filosofía, el aspecto más sorprendente del sistema educacional francés.¹⁷ Esa estructura estaba orientada hacia la producción de un liderato nacional de elevada inteligencia. Y, en efecto, producía intelectuales, lo que no es lo mismo. Los intelectuales estaban divididos no sólo por sus

13 Ibid., pp. 623-625, 637-642.

14 Sauvy, op. cit.

15 Richard Kuisel, *Ernest Mercier, French Technocrat*, University of California, 1967; J. N. Jeanneney, *François de Wendel en République; l'Argent et le pouvoir 1914-1940*, París, 1976.

16 Zeldin, op. cit., pp. 324-329.

17 François Chatelet, *La Philosophie des professeurs*, París, 1970.

ideas sino por su función. Emile Chartier (“Alain”), el más influyente de los profesores de filosofía, predicaba el “compromiso”. Pero el folleto contemporáneo más leído, *La Trahison des Clercs* (1927) de Julien Benda, proponía una actitud distante.¹⁸ Había un argumento respetable a favor de la idea de que los intelectuales franceses se mantuvieron ajenos a la pelea: se odiaban demasiado. En el *Manifiesto Comunista*, Marx había supuesto que los “intelectuales” eran un sector de la burguesía que se identificaba con los intereses de la clase trabajadora. Este análisis pareció confirmarse durante las primeras etapas del caso Dreyfus (el oficial judío acusado falsamente de traición), cuando el término “intelectualidad”, que se había puesto de moda en fecha reciente, fue identificado con la izquierda anticlerical. Sin embargo, la prolongada lucha alrededor del caso Dreyfus determinó a su vez la aparición de una categoría completamente nueva de intelectuales franceses de derecha, que declararon de mala gana una suspensión del fuego en 1914, pero resurgieron enfurecidos en 1918 y al año siguiente ayudaron a la derecha política a conquistar su primera victoria electoral en una generación. Excepto en 1924-1925, 1930-1931 y 1936-1938, la derecha y el centro franceses dominaron la Cámara de Diputados (y siempre al Senado), y los intelectuales de derecha tuvieron la iniciativa en los salones y los bulevares.

Había acuerdo respecto de la civilización, pero los franceses disputaban en cuanto a la cultura. ¿Era secular o confesional, positivista o un problema de metafísica? La batalla fue áspera y destructiva, y dividió cruelmente el sistema educacional, las empresas, los gobiernos locales, la sociedad. Los francmasones, el brazo militante de la secularización, continuaban engrosando sus filas: de 40.000 miembros en 1928 a 60.000 en 1936.¹⁹ Su sección juvenil estaba formada por los maestros primarios estatales, un sector mal pagado y menospreciado, prorrpublicano, pacifista y anticlerical, que combatía al *curé* en cada aldea. Usaban un conjunto completamente distinto de libros, sobre todo en historia, comparados con las escuelas “libres” de los católicos. Pero estos últimos continuaban avanzando en el área de la educación. Entre las dos guerras, los colegios secundarios oficiales descendieron de 561 a 552; los católicos duplicaron con exceso su número y pasaron de 632 en 1920 a 1.420 en 1936. Las asociaciones de *anciens élèves* (ex alumnos) de estos colegios católicos tenían una organización excepcionalmente eficaz y manifestaban un espíritu militante; ansiaban revertir el veredicto de los tiempos de Dreyfus.²⁰ La bifurcación de las escuelas francesas tendió a producir dos razas diferentes de franceses, cada una con sus propios héroes (y villanos) en el campo de la historia, distintos vocabularios políticos, diferentes premisas fundamentales acerca de la política y, no menos importante, dos visiones por completo distintas de Francia.

De hecho, en Francia había dos tipos rivales de nacionalismo. Los secularistas y los republicanos, que rechazaban la paternidad de Dios y el rey, habían acuñado la expresión *la patrie* en el siglo para expresar su fidelidad suprema al país. Cuando el doctor Johnson declaró, precisamente por esta época, que “el patriotismo es el último refugio de un canalla”, estaba denunciando una forma de demagogia subversiva. El patriotismo francés adquirió un aura jacobina durante la Revolución, y este tipo de nacionalismo progresista fue perpetuado por Gambetta y Clemenceau. Podía ser tan chauvinista y cruel como cualquier otro —quizá más, porque tendía a no aceptar más ley que el interés de la república; se entendía que encarnaba la virtud, pero tendía a diluirse en derrotismo y pacifismo tan pronto se juzgaba que Francia estaba sometida al control de hombres que no se subordinaban a los fines de *la patrie*. Sobre todo, consideraba al ejército regular, que era abrumadoramente católico y en parte realista, con recelo e incluso con hostilidad.

A la “Francia patriótica” se contraponía la “Francia nacionalista”. Era el equivalente galo de la división entre los “hombres del Oeste” y los “hombres del Este” en Alemania. Es un error afirmar que los nacionalistas franceses del período entre las guerras eran fascistas —aunque algunos llegaron a ser fascistas del tipo más grosero— porque la tradición era mucho más antigua. Se remontaba a los emigrados de la época revolucionaria, a la reacción cultural frente al Iluminismo de Voltaire,

18 G. Pascal, *Alain éducateur*, París, 1969; B. de Huszar, ed., *The Intellectuals*, Glencoe, Illinois, 1960.

19 Zeldin, op. cit., p. 1032.

20 Jean Pélissier, *Grandeur et servitudes de l'enseignement libre*, París, 1951.

Rousseau y Diderot, y al principio adquirió cierto contenido intelectual gracias a los escritos de Joseph de Maistre, cuya obra maestra, *Les Soirées de Saint-Petersbourg*, fue publicada en 1821. Proponía una combinación de irracionalismo y romanticismo, y cierta veta jansenista que tendía a destacar la importancia del pecado original. La razón humana es una “luz temblorosa”, demasiado tenue para disciplinar a una raza desordenada: “Lo que nuestro siglo miserable denomina superstición, fanatismo, intolerancia, etcétera, fue un ingrediente necesario de la grandeza francesa”. “El hombre es demasiado perverso para ser libre.” Es “un centauro monstruoso [...] el resultado de una ofensa desconocida, de una mezcla corrupta y abominable”.²¹ A todo esto, de Maistre agregaba el importante concepto de una vasta conspiración que, con el objeto ostensible de “liberar” al hombre, en realidad desencadenaría al demonio que lleva dentro de sí.

Durante las dos décadas que culminaron en el caso Dreyfus en 1890, la teoría de la conspiración se convirtió en el argumento usual de los antisemitas franceses como Edouard Drumont, cuya obra *La France juive* (1886) exageró groseramente el poder, la influencia y sobre todo el número de judíos que vivían en Francia. En realidad, cuando Drumont escribía había sólo alrededor de 25.000 judíos en Francia. Pero su número estaba aumentando y llegó a 100.000 en 1920. Otros “extranjeros” acudían en cantidad. Durante la Tercera República, y sobre todo entre las guerras, Francia fue el país en que podía vivirse más agradablemente y, en muchos sentidos, el más tolerante frente a los extranjeros, con la condición de que no provocasen dificultades.²² Entre 1889 y 1940, casi 2.300.000 extranjeros obtuvieron la ciudadanía francesa, y además había otros 2.613.000 residentes extranjeros en 1931, cifra que aumentó rápidamente cuando llegaron los refugiados que huían de Stalin, Hitler, Mussolini y la guerra civil española.²³ Los franceses no eran racistas en el sentido alemán de la palabra, pues cierto cosmopolitismo era el corolario de su sentimiento de propiedad respecto de la civilización. Pero eran muy susceptibles a las teorías raciales estafalarias, elaboradas en abundancia. Así, en 1915, el doctor Edgar Bérillon “descubrió” que los alemanes tenían intestinos casi tres metros más largos que otros seres humanos, lo que los hacía propensos a la poliquesia y la bromidrosis (defecación y olores corporales excesivos).²⁴ Si bien París era la capital de la razón cartesiana, también era la capital de la astrología, la medicina marginal y la religiosidad seudocientífica. Había (y aún existe) una sólida cultura antirracionalista en Francia.

De ahí el éxito de *Action Française*, el periódico de los ultranacionalistas. Comenzó en 1899, a partir de un pequeño grupo de intelectuales que se reunía en el Café Flore del Boulevard Saint-Germain —el mismo que en 1944 sería “liberado” por los existencialistas— y floreció gracias al talento de Charles Maurras. Este escritor difundió la idea de una conspiración múltiple: “*Quatre états confédérés: Juifs, Protestants, franc-masons, méteques*” (extranjeros). Esta posición no era muy distinta de la línea oficial del Vaticano durante el caso Dreyfus, aunque reemplazaba a los “ateos” por los “extranjeros”. En realidad, aunque tanto Maurras como la *Action Française* eran ateos, muchas de las opiniones que formulaban merecían la enérgica aprobación de la Iglesia Católica. Pío X, el último de los grandes papas reaccionarios, dijo a la madre de Maurras: “Bendigo la obra de su hijo” y, aunque firmó un decreto del Santo Oficio que condenaba los libros de Maurras, rehusó permitir su aplicación (eran *damnabiles, non damnandus*).²⁵ La condenación del Vaticano llegó finalmente el 20 de diciembre de 1926, porque a esa altura de los acontecimientos Pío XI tenía la experiencia del fascismo en el poder. Pero existían muchos grupos afines a los cuales los católicos fieles podían pertenecer y el movimiento nacionalista nunca dejó de ser respetable en las clases media y alta. *Action Française*, dirigida por Léon Daudet, exhibía una prosa brillante que era muy leída. Ésa es la razón por la cual Proust, pese a su condición de judío, se

21 Joseph de Maistre, *Les Soirées de Saint-Petersbourg*, 7e entretien; *Du Pape*, 1819, Libro 3, cap. 2; *Les Soirées*, 2e entretien. Citado en Nolte, op. cit., pp. 34-35.

22 Véase Erich Maria Rémarque, *Arch de Troimphe*, Nueva York, 1946.

23 Zeldin, op. cit., pp. 15-16.

24 Jacques Barzun, *Race: a Study in Modern Superstition*, Londres, 1938, pp. 227-241.

25 Estas fueron las reivindicaciones de Maurras en su libro póstumo *Le Bienhereux Pie X, sauveur de la France*, París, 1953, pp. 52, 71.

asomaba a sus páginas, pues la consideraba “una cura por vía de elevación de la mente”.²⁶ Muchos escritores importantes estaban cerca del movimiento. Entre ellos podemos mencionar, por ejemplo, apoques Bainville, el principal historiador popular de Francia, de cuya *Histoire de France* (1924) se vendieron más de 300.000 ejemplares y cuyas obras *Napoleón* (1931) y *La Troisième République* también fueron bestsellers.

Ciertamente la debilidad del nacionalismo francés consistía en que era demasiado intelectual. Carecía de un líder que tuviese voluntad de poder. Hacia fines de 1933, cuando el fascismo triunfaba en la mayor parte de Europa, el escándalo Stavinsky en Francia ofreció a los ultras precisamente la revelación de la corrupción republicana que ellos necesitaban para justificar un golpe. Sin duda, cierto tipo de estado protofascista habría nacido el 6 de febrero de 1934, si Maurras hubiese dado la señal para la acción. Pero en ese momento el escritor tenía sesenta y seis años, estaba muy sordo y por temperamento era un sedentario hilvanador de palabras: dedicó el día crítico a escribir un editorial. Precisamente las cualidades que lo convertían en un individuo tan peligroso cuando se trataba de agitar las pasiones de los franceses educados, lo incapacitaban para llevarlos al combate. De modo que no hubo un centro alrededor del que pudiera concentrarse un movimiento fascista unificado. En cambio, existía una proliferación de grupos, cada uno con una ideología algo distinta y diferentes grados de tolerancia frente a la violencia. Ofrecían la imagen refleja del despreciado *régime des partis* en la Cámara de Diputados. Las facciones borbónicas como *les Camelots du Roi* disputaban el terreno a las *jeunesses patriotes* de carácter bonapartista, a los *etudiants d'action française* que eran ateos, y a los grupos fascistas “puros” como el *Parti Populaire Français*, *Le Faisceau* y las *Phalanges Universitaires*, y otros movimientos más tradicionales como la *Croix de Feu*. Los aventureros de tipo nazi, muchos de los cuales después florecerían durante el régimen de Vichy, merodeaban alrededor de estos brotes incipientes y dinámicos buscando la mejor oferta. Se necesitó una catástrofe externa para llevarlos al poder.

De todos modos, Maurras y sus partidarios contribuyeron a que esta catástrofe fuese más probable. La Tercera República contaba con más amigos en Francia que Weimar en Alemania. Maurras reveló que también tenía una serie de enemigos. Su cita favorita provenía de Anatole France, el almidonado *académicien* ganador del premio Nobel: “*La République n'est pas destructible, elle est la destruction. Elle est la dispersion, elle est la discontinuité, elle est la diversité, elle est le mar.*”²⁷ Escribió que la República era una mujer que carecía del “principio masculino de iniciativa y acción”. “Hay un solo modo de mejorar la democracia: destruirla.” “La democracia es el mal, la democracia es la muerte.” “La democracia es el olvido.” Su ley fundamental era: “Los pueblos gobernados por sus hombres de acción y sus jefes militares derrotan a los pueblos gobernados por sus abogados y profesores”. Si el republicanismo había muerto, “¿acaso merecía que se muriese por él?”. El Tratado de Versalles era la creación de “una combinación de la finanza anglosajona y la finanza judeogermana”. Podía reformularse la teoría de la conspiración, el anarquismo, los alemanes, los judíos, “los bárbaros que vienen de las profundidades, los bárbaros que vienen del Este, nuestro *demos* flanqueado por sus dos amigos, el alemán y el judío.”²⁸ Los ultranacionalistas mostraban una actitud celosa frente a los intereses franceses según ellos los concebían, pero se mostraban poco dispuestos a preservar la Europa de Versalles o a rechazar la agresión fascista. Los diarios de Bainville muestran que éste vio con agrado los éxitos fascistas en Italia y Alemania.²⁹ Maurras aplaudió la invasión de Etiopía por Mussolini, como la lucha de la civilización contra la barbarie.³⁰ “¿Qué puede hacer usted por Polonia?” preguntó a sus lectores, y su formulación halló eco en el terrible “*Mourir pour Dantzig?*” de Marcel Déat.

Por consiguiente, ambas vertientes del nacionalismo francés, la jacobina y la antirrepublicana, tenían reservas acerca de los sacrificios que estaban dispuestas a hacer. No se trataba de “mi patria,

26 Eugen Weber, *Action Française*, Stanford University, 1962, p. 189.

27 Anatole France, *L'Orme du Mail*, París, s/f., p. 219; citado en Nolte, op. cit., p. 267.

28 Citas tomadas de *Le nouveau Kiel et Tanger; Enquête sur la monarchie; Le Mauvais traité*.

29 Jacques Bainville, *Journal*, 2 vols., París, 1948, II, pp. 172, 174.

30 Nolte, op. cit., p. 79.

en el acierto o el error” o de “mi país de izquierda o de derecha”, sino de determinar a qué país se aludía, ¿al mío o al de ellos? La división interior de Francia ya era evidente a principios de los años veinte y el decaimiento de la voluntad que originó pronto gravitó sobre la política real. La postura defensiva de Francia en la posguerra se basaba en la supremacía militar absoluta al oeste del Rin para contener a Alemania en una frontera, y en una alianza militar de nuevos estados para contenerla en la otra. Polonia, Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia tenían todos complejos acuerdos militares con Francia, que incluían el suministro de armas y el entrenamiento de técnicos. En 1923, la ocupación del Ruhr por Poincaré vio el brazo occidental de esta política en acción. Pero esto perjudicó tanto los intereses franceses en Estados Unidos y Gran Bretaña que a muchos políticos franceses les pareció imposible de repetir; la solución en 1924 de Estados Unidos para el desorden de las reparaciones, el Plan Dawes, invalidó casi por completo la excusa que podía esgrimirse para apelar de nuevo a la fuerza. Los alemanes propusieron entonces que se garantizara la frontera francoalemana y Gran Bretaña apoyó el pedido. Los franceses contestaron que en ese caso Gran Bretaña también debía garantizar las fronteras orientales de Alemania, que la separaban de Polonia y Checoslovaquia, aliadas de Francia. Pero sir Austen Chamberlain, secretario británico de Relaciones Exteriores, rechazó la idea y escribió a sir Eyre Crowe (16 de febrero de 1925) que Gran Bretaña no podía garantizar el corredor polaco, “por el que ningún gobierno británico querrá, o siquiera podrá, arriesgar los huesos de un granadero británico”.³¹ ¡Tampoco por ese lado había inclinación a *mourir pour Dantzig*!

De modo que el Tratado de Locarno (1925), al mismo tiempo que efectivamente negaba a Francia el derecho de contener a Alemania mediante la fuerza, se abstenía de garantizar su sistema de alianzas defensivas. Se limitaba a desmilitarizar el Rin y otorgaba a Gran Bretaña y a Francia el derecho de intervenir mediante la fuerza si Alemania intentaba restablecer su soberanía plena sobre esa región. Pero este derecho era pura apariencia. A pesar de que durante la Conferencia Imperial de 1926, Chamberlain se vanaglorió de que “la verdadera defensa de nuestro país [...] ya no es el Canal [...] sino el Rin”, los jefes del Estado Mayor británico señalaron, en privado, que no poseían los medios militares necesarios para respaldar la garantía.³² Dos años después, el jefe del Estado Mayor General del Imperio redactó un memorándum destinado al gabinete y en él señalaba que la fuerza total de Alemania, incluidas las reservas, no era el ejército de 100.000 hombres autorizado por Versalles, sino una fuerza de 2 millones.³³ El Ministerio de Guerra francés realizó el mismo cálculo. En 1928, Poincaré había abandonado el concepto “dinámico” de una frontera estratégica sobre el Rin y lo había revertido hacia una política puramente defensiva: los expertos ya estaban trabajando en el proyecto que se conocería con el nombre de Línea Maginot.

Por lo tanto, ¿qué sucedía con “la nación de 100 millones” de Poincaré, lo que H. G. Wells denominó “el desarrollo de la ‘Francia negra’”?³⁴ ¿Podía apelarse al imperio para compensar la debilidad de Francia en Europa? Maurice Barrés, el intelectual que contribuyó a crear la coalición derechista que alcanzó una victoria abrumadora en las elecciones de 1919, escribió: “Uno casi se siente tentado de agradecer a los alemanes por abrir los ojos del mundo a los problemas coloniales”. El parlamento de 1919 fue denominado la “*Chambre blue horizon*”, por el color de los uniformes militares y sus aspiraciones imperialistas. En abril de 1921, el ministro de Colonias Albert Sarraut concibió un grandioso plan destinado a convertir a la *France d’outre-mer* en la base económica de la *mère-patrie*.³⁵ Pero la realización de esta visión exigía un requisito previo, quizá dos. El primero y más importante era que hubiese dinero para invertir. Los franceses habían concebido la esperanza de conseguirlo, gracias al acuerdo Sykes-Picot, del botín de guerra: una “gran Siria”, incluidos los yacimientos petrolíferos de Mosul. Pero en la rebatiña que sobrevino al final de la guerra, se vio privada de estas adquisiciones a causa de Gran Bretaña y sus protegidos árabes, los hashemitas.

31 Keith Middlemass y John Barnes, *Baldwin: a Biography*, Londres, 1969, p. 356.

32 Barnett, op. cit., p. 332.

33 Reunión del Committee of Imperial Defence del 13 de diciembre de 1928; Barnett, op. cit., p. 324.

34 “A Forecast of the World’s Affairs”, en *These Eventful Years*, Nueva York, 1924, II, p. 14.

35 Christopher Andrew y A. S. Kanya-Forstner, *France Overseas: the Great War and the Climax of French Imperial Expansion*, Londres, 1981, pp. 208-209, 226-227.

Francia obtuvo únicamente el Líbano, en donde era la protectora tradicional de la comunidad cristiana maronita, y Siria Occidental, donde no había petróleo, pero sí muchos y feroces nacionalistas árabes. Se habría encontrado mejor si hubiese recibido únicamente el Líbano. En Siria el mandato fue un fracaso total y provocó una rebelión de gran magnitud, sofocada a costa de enormes gastos militares, que culminó en 1925 cuando el Alto Comisionado francés bombardeó Damasco con artillería pesada.³⁶ La división de Medio Oriente continuó siendo una fuente permanente de discordia entre Francia y su principal aliado, Gran Bretaña, y los llevó al enfrentamiento concreto en 1940-1941. Francia nunca obtuvo de esa región un solo franco de beneficio.

Por lo tanto, no hubo dinero para el plan de Sarraut. Las colonias negras de Francia en África habían sido adquiridas después de 1870 por razones de prestigio y no económicas, para mantener ocupado el ejército y pintar de azul el mapa. Una ley de 1900 establecía que cada colonia debía solventar su propio mantenimiento. Se organizaron federaciones en África Occidental (1904) y Ecuatorial (1910), pero la población combinada de estas dilatadas regiones era menor que la de Nigeria, que estaba en poder de Gran Bretaña. Todos coincidían en que si se quería que tuvieran cierto sentido económico, era necesario vincularlas con los territorios franceses de África del Norte. En 1923, el Quai d'Orsay y los ministerios de Guerra y Colonias acordaron que la construcción de un ferrocarril a través del Sahara era absolutamente "indispensable". Pero no había dinero. Incluso el estudio técnico tuvo que esperar hasta 1928. Nunca se construyó el ferrocarril. A decir verdad, se invirtió más dinero en los territorios ultramarinos de Francia; las inversiones se cuadruplicaron entre 1914 y 1940, y la parte correspondiente al imperio en la inversión francesa total pasó del 9 al 45 por ciento. Pero casi la totalidad fue a parar a los territorios árabes de Francia, y Argelia recibió la parte del león. En 1937, el comercio exterior de los territorios superó los 15.000 millones de francos, es decir el cuádruple de la cifra correspondiente al África Occidental y Ecuatorial.³⁷

El segundo requisito previo era alguna forma de restitución del poder, para que los habitantes del "país de 100 millones de habitantes" gozaran de los mismos derechos. Sin embargo, tal cosa no era posible. En 1919, durante las conversaciones del Tratado de París, Ho Chi Minh presentó, en nombre de los anamitas de Indochina, un programa de ocho puntos, no por cierto de autodeterminación sino de derechos civiles, semejantes a los que tenían vigencia en la Francia metropolitana y entre los expatriados. No consiguió nada. Indochina tenía uno de los peores sistemas de trabajos forzados del mundo, y su opresor sistema de gravámenes aplicados a los nativos incluía la antigua *gabelle* o impuesto sobre la sal. Como lo señaló Ho Chi Minh, Francia había llevado a Indochina no el progreso sino el medievalismo, simbolizado por la *gabelle*: "Los impuestos, el trabajo forzado, la explotación", dijo en 1924, "tal es el resumen de vuestra civilización".³⁸ En Indochina había tantos funcionarios franceses (5.000) como en la totalidad de la India británica, que tenía una población quince veces mayor, y ellos trabajaban en estrecha relación con los plantadores, es decir los colonos franceses. Ninguno de los dos sectores estaba dispuesto a tolerar la restitución de derechos ni las reformas. Cuando en 1927, Alexandre Varenne, un gobernador general francés de mentalidad progresista, intentó eliminar la *corvée*, estos grupos se unieron para lograr que Varenne volviese a Francia. En 1930, solamente en Indochina, hubo casi 700 ejecuciones sumarias. Si Gandhi hubiese intentado aquí su resistencia pasiva, escribió Ho Chi Minh, "hace mucho que habría subido al cielo".³⁹

En África del Norte las cosas no estaban mejor y, en cierto sentido, resultaban peores. En teoría, se gobernaba a Argelia como a Francia metropolitana, pero en realidad tenía colegios electorales separados para los franceses y los árabes. Ese estado de cosas frustró, en 1919, las reformas de posguerra de Clemenceau y todas las siguientes. Los colonos franceses enviaban diputados al parlamento de París y este hecho les otorgaba una influencia desconocida en el Imperio Británico.

36 J. L. Miller, "The Syrian Revolt of 1925", en *International Journal of Middle East Studies*, VIII, 1977.

37 Andrew y Forstner, op. cit., pp. 238, 248.

38 Citado en W. P. Kirkman, *Unscrambling an Empire: a Critique of British Colonial Policy 1955-1966*, Londres, 1966, p. 197.

39 A. P. Thornton, *Imperialism in the Twentieth Century*, Londres, 1978, p. 136.

En 1936, los diputados de los colonos impidieron la aprobación de un proyecto del Frente Popular, que habría otorgado la ciudadanía plena a 20.000 musulmanes. El mariscal Lyautey, el gran gobernador general francés de Marruecos, afirmó que los colonos “eran en todo tan malos como los *boches*, imbuidos de la misma creencia en las razas inferiores, cuyo destino es ser explotadas”.⁴⁰ En Marruecos hizo todo lo posible para mantenerlos al margen. Pero era difícil lograrlo. En Marruecos un agricultor francés podía gozar del mismo nivel de vida que en el Medio Oeste norteamericano. Los ingresos reales de todos los europeos que vivían en esa región eran un tercio superiores a los de Francia, y ocho veces superiores a los de los musulmanes. Es más, el despotismo benévolo de Lyautey, concebido para proteger de la corrupción francesa a los musulmanes, en la práctica los exponía a las peores formas de la corrupción nativa. Lyautey gobernaba por medio de los *caïdes*, que compraban los cargos de inspector de impuestos y de juez; para adquirirlos tenían que endeudarse, de manera que se veían obligados a suprimir a la población árabe para pagar los intereses. Después de la muerte de Lyautey en 1934, el sistema degeneró rápidamente. El más importante de los *caïdes*, el notorio El Glawi, pashá de Marrakesh, administraba un imperio montañoso y desértico donde proliferaban las pandillas y los monopolios, incluyendo el control de las 27.000 prostitutas de Marrakesh, que atendían las necesidades de todo el Sahara Occidental.⁴¹ En el aspecto que importaba más, la educación, se realizaron escasos progresos. Había excesivo número de funcionarios franceses: la cifra se elevaba a 15.000, el triple de los que revistaban en el gobierno de la India, y todos estaban ansiosos de perpetuarse en los cargos y, si era posible, convertir éstos en hereditarios. De este modo, en 1940 sólo el 3 por ciento de los marroquíes asistía a la escuela, y en 1958 sólo 1.500 individuos recibieron educación secundaria. En 1952 había solamente veinticinco médicos marroquíes, de los cuales catorce pertenecían a la comunidad judía.

No era que los franceses tuviesen prejuicios por el color. París siempre recibía bien a los *evolués*. En 1919 las antiguas “cuatro comunas” de África Occidental enviaron a la Cámara de Diputados al diputado negro Blaise Diagne. Dos años más tarde, *Batouala*, de René Maran, que aportaba la visión que tenía el negro del colonialismo, mereció el Premio Goncourt. Pero se prohibió el libro en todos los territorios africanos de Francia. Los negros inteligentes aprendieron a escribir un francés soberbio; pero una vez que llegaban a París, tendían a quedarse allí. Durante la década de los treinta, Léopold Senghor, después presidente de Senegal, se sintió tan cómodo en los círculos católicos de derecha que se convirtió en monárquico.⁴² Al parecer no tenía futuro en África. En 1936, sólo 2.000 negros habían obtenido la ciudadanía francesa. Salvo los veteranos de guerra y los empleados oficiales, la gran mayoría de los africanos negros estaba sometida al *indigénat*: justicia sumaria, multas colectivas y sobre todo trabajos forzados. Houphouët-Boigny, más tarde presidente de la Costa de Marfil, describió a las cuadrillas de trabajo como “esqueletos cubiertos de llagas”. Antonelli, gobernador de África Ecuatorial francesa, reconoció que la construcción del ferrocarril Congo-Océano en 1926 “requeriría 10.000 muertes”; en realidad, fue mayor el número de los que murieron durante su construcción.⁴³ Los africanos negros votaban con los pies y huían a las colonias británicas próximas para evitar las redadas.

Algunos franceses que tenían larga experiencia en los asuntos coloniales advirtieron los presagios. Lyautey señaló en 1920: “Ha llegado el momento de promover un cambio radical en la política relacionada con los nativos y la participación musulmana en los asuntos públicos”.⁴⁴ El propio Sarraut argumentó que “la guerra civil” europea de 1914-1918 había debilitado la posición de los blancos. “En la mente de otras razas”, escribió en 1931, “la guerra ha asestado un golpe terrible a la jerarquía de una civilización de cuya superioridad los europeos se enorgullecían y en cuyo nombre pasaron más de cuatro años masacrándose salvajemente”. Teniendo en mente Japón, Sarraut agregó: “Durante mucho tiempo fue un lugar común contraponer la grandeza europea a la

40 Andrew y Forstner, op. cit., p. 245.

41 Robin Bidwell, *Morocco under Colonial Rule: French Administration of Tribal Areas 1912-1956*, Londres, 1973; Alan Scham, *Lyautey in Morocco: Protectorate Administration 1912-1925*, University of California, 1970.

42 J. L. Hymans, *Léopold Sedar Senghor: an Intellectual Biography*, Edimburgo, 1971.

43 Andrew y Forstner, op. cit., pp. 244-245.

44 Citado en H. Grimal, *Decolonization*, Londres, 1978.

decadencia asiática. Parece que ahora el contraste se ha invertido”.⁴⁵ De todos modos, no se hizo nada eficaz para ensanchar la base del dominio francés. Cuando el gobierno del Frente Popular, encabezado por Léon Blum, presentó su plan de reformas que contemplaba el otorgamiento de la ciudadanía a 25.000 argelinos, Ferhat Abbas, jefe de los moderados argelinos, se mostró exultante: “*¡La France c’est moi!*”. Maurice Viollette, un liberal que fue gobernador general de Argelia y más tarde, como diputado, uno de los patrocinadores de la reforma, previno a la Cámara: “Cuando los musulmanes protestan, ustedes se indignan. Cuando aprueban, ustedes sospechan. Cuando callan, ustedes temen. Señores, estos hombres no tienen una nación política. No reclaman siquiera su nación religiosa. Todo lo que piden es que se los acepte en la vuestra. Si ustedes se niegan, cuidense, no sea que pronto creen una para ellos mismos”.⁴⁶ Pero la reforma fue rechazada.

La verdad es que el colonialismo contenía un número excesivo de contradicciones sin resolver y, por lo tanto, no podía ser fuente de fuerza. A veces se lo veía, y en efecto lo era parcialmente, como expresión del dominio europeo. Así, durante los años treinta, Sarraut, que se sentía aterrorizado ante la subversión comunista cada vez más difundida en África, propuso la creación de un frente europeo unido, que incluiría a los italianos e incluso a los alemanes, que debían recuperar sus colonias. Sin embargo, a medida que la guerra se aproximaba, los franceses de nuevo vieron a su imperio como un medio de combatir a sus enemigos en Europa y renovaron el lema “(Tenemos 110 millones y Francia puede enfrentar a Alemania!”. En septiembre de 1939, Georges Mandel, ex secretario de Clemenceau, en otra época anticolonialista pero ahora ministro de Colonias, se vanaglorió de que reclutaría dos millones de soldados árabes y negros. A la larga, las dos líneas de pensamiento se excluían mutuamente. Si Europa utilizaba soldados que no eran blancos para librar sus guerras civiles, no podía coordinar sus esfuerzos para defender la superioridad de la raza continental.

Pero éste era sólo un ejemplo de las confusiones que desde el principio al fin —y todavía hoy— rodearon el tema mismo del imperialismo y los imperios coloniales. ¿Para qué servían? ¿*Cui bono*? ¿Quién se beneficiaba, quién se perjudicaba? Para usar la frase de Lenin, ¿quién hacía qué cosa a quién? Lord Shelburne, el estadista del siglo XVIII que reflexionó más profundamente acerca del tema, trazó la política de que “Inglaterra prefiere el comercio sin dominio donde tal cosa es posible, pero acepta el comercio con dominio cuando es necesario”.⁴⁷ Los economistas clásicos del tipo de Adam Smith, Bentham y Ricardo vieron en las colonias una excusa perversa para ejercer el monopolio y, por consiguiente, entendieron que éstas se oponían al interés económico general.⁴⁸ En su obra *Panorama del arte de la colonización* (1849), Edward Gibbon Wakefield consideró que su propósito era suministrar espacio vital al exceso de población europea. Ésta era también la opinión del más grande de todos los colonizadores, Cecil Rhodes; si faltaba ese espacio, los desocupados destruirían el orden social: “El Imperio [...] es un problema de pan con mantequilla; si queremos evitar la guerra, debemos convertirnos en imperialistas”.⁴⁹ En cambio, los proteccionistas como Joe Chamberlain argumentaban que las colonias existían con el fin de suministrar mercados seguros a las exportaciones, una actitud que implicaba un retorno al mercantilismo preindustrial.

Robert Torrens, en *La colonización de Australia del Sur* (1835), fue el primero que formuló la opinión de que en las colonias debía verse, sobre todo, un lugar adecuado para la inversión de capital. El concepto del excedente de capital fue recogido por John Stuart Mill: “En el estado actual del mundo, la colonización es el mejor negocio que puede emprender el capital de una nación antigua y acaudalada”.⁵⁰ Ésta era también la posición de los colonizadores franceses prácticos como Jules Ferry y de sus teóricos, entre ellos Paul Leroy-Beaulieu, si bien la obra de este autor, titulada *De la Colonization* (1874), suministraba categorías: *colonie de peuplement* (emigración y

45 A. Savvant, *Grandeur et Servitudes Coloniales*, París, 1931, p. 19.

46 Alistair Horne, *A Savage War of Peace: Algeria 1954-1962*, Londres, 1977, p. 37.

47 Ronald Robinson y John Gallagher, “The Imperialism of Free Trade”, en *Economic History Review*, 2ª serie, 6, 1953, pp. 1-15.

48 Donald Winch, *Classical Political Economy and Colonies*, Harvard, 1965.

49 Citado en Raymond Betts, *The False Dawn: European Imperialism in the Nineteenth Century*, Minneapolis, 1976.

50 J. S. Mill, *Principles of Political Economy*, Londres, 1848.

capital combinados), *colonie d'exploitation* (únicamente exportación de capital) y *colonies mixtes*. El teórico alemán Gustav Schmoller sostuvo que la emigración en gran escala originada en Europa era inevitable y que la colonización, en contraposición a la población de territorios transatlánticos, era, de lejos, preferible, porque no implicaba que *el* capital escapase del control de la madre patria. A juicio de todos estos escritores y profesionales de la colonización, el proceso era consciente, sistemático y, sobre todo, racional. La mayoría creía que el proceso era benévolo y beneficiaba a todos los implicados, incluidos los pueblos nativos. Más aún, lord Lugard, el creador del África Occidental británica, creía que Europa no sólo tenía cierto interés, sino que además respondía a un mandato moral cuando ponía sus recursos financieros al alcance del mundo entero.

En 1902 el argumento de la exportación de capital fue convertido en una teoría de la conspiración por J. A. Hobson, un intelectual de Hampstead, profesor de disciplinas clásicas y periodista del *Manchester Guardian*. Las ideas de Hobson suscitarían ecos importantes a lo largo del siglo XX. En 1889 había concebido una teoría del subconsumo: la industria producía demasiado, los ricos no podían consumirlo todo, los pobres no podían pagarlo y, por lo tanto, era necesario exportar el capital. Keynes reconoció más tarde que la teoría de Hobson ejerció influencia decisiva sobre su propia obra, *Teoría general sobre la ocupación, el interés y la moneda* (1936), y las soluciones propuestas por Hobson —impuestos cada vez más elevados, amplios servicios de bienestar social y nacionalización— se convirtieron en el saber convencional de los socialdemócratas de Europa Occidental. Pero Hobson también era antisemita y durante la década de 1890 lo irritó tanto la “rebatiña” por África, el arrebato mediante la fuerza de las concesiones a China y sobre todo los acontecimientos que llevaron a la guerra Boer, que escribió un áspero libro, *Imperialismo* (1902), en el que se exponía el proceso como un acto coordinado e intencional de perversidad, protagonizado por el “capital financiero”, a menudo judío. El imperialismo era la consecuencia directa del subconsumo y la necesidad de exportar capital para obtener mayores ganancias. En dos capítulos fundamentales, “Los parásitos” y “La fuente económica del imperialismo”, expuso su teoría de la conspiración en términos sumamente moralistas y emotivos, y sostuvo que las únicas personas que se beneficiaban con los imperios eran “los capitalistas financieros”; los nativos sufrían, las naciones colonizadoras como un todo sufrían y, así como la guerra Boer era un plan para apoderarse del control de las minas de oro Rand, la práctica del imperialismo, especialmente del imperialismo competitivo, tendería a provocar la guerra.⁵¹

La idea misma del imperialismo se había incorporado al vocabulario socioeconómico alrededor de 1900. El libro de Hobson, que lo definió como “el empleo de la maquinaria oficial por los intereses privados, principalmente capitalistas, para obtener ventajas económicas fuera del país”,⁵² instantáneamente determinó que el aspecto de la conspiración perversa fuese inmensamente atractivo para los marxistas y otras corrientes deterministas.⁵³ Los economistas austríacos Otto Bauer y Rudolf Hilferding sostuvieron en 1910 que el imperialismo determinaba que la guerra fuese absolutamente inevitable. En 1916 Lenin coronó este inseguro edificio con su libro *El imperialismo, etapa suprema del capitalismo*, que incorporó claramente el concepto a la estructura básica de la teoría marxista. Hasta ese momento se había abordado empíricamente el tema de los imperios coloniales. Las potencias coloniales eran benévolas o explotadoras, o una mezcla de ambas cosas. Se entendía que el proceso implicaba ventajas e inconvenientes para todas las partes interesadas, y que era complicado y cambiante. Ahora todo se reducía a lemas, simplificados por referencia a términos económicos y morales, y se lo declaraba intrínsecamente perverso de una vez para siempre. El proceso por el cual esta teoría grosera e inverosímil se convirtió en el saber convencional de la mayor parte del mundo durante el medio siglo que siguió al Tratado de Versalles representa uno de los procesos fundamentales de los tiempos modernos y tiene apenas menos importancia que la difusión de la violencia política.

La realidad histórica y económica concreta no se ajustó a ninguna de las teorías, y a la de

51 Bernard Porter, *Critics of Empire: British Radical Attitudes to Colonialism in Africa, 1895-1914*, Londres, 1968, pp. 168-179.

52 J. A. Hobson, *Imperialism*, Londres, 1954, ed., p. 94.

53 Richard Koebner, “The Concept of Economic Imperialism”, en *Economic History Review*, 2, 1949, pp. 1-29.

Hobson-Lenin quizá menos que a ninguna. Si se crean los imperios a causa del exceso de ahorro y el subconsumo, si representan la etapa final del capitalismo, ¿cómo se explican los imperios de la antigüedad? Joseph Schumpeter, cuya obra *Zur Soziologie des Imperialismus* apareció en Alemania en 1919, estaba más cerca de la verdad cuando sostuvo que el imperialismo moderno era una forma “atávica”. Destacó que el capitalismo generalmente florecía en la paz y el comercio libre, más que en la guerra y el proteccionismo. Las colonias a menudo representaban “una inclinación sin objeto [...] a la expansión ilimitada de las fronteras”. Al parecer, se las adquiría en cierta etapa crítica de las naciones y el desarrollo social, y reflejaban los intereses reales o imaginarios de la clase gobernante.⁵⁴ Pero esto es también una exageración. En realidad, el ascenso del Imperio Japonés (como veremos) se acercó más al modelo de un desarrollo intencional por la acción de un régimen gobernante todopoderoso. Pero el modelo japonés casi nunca fue considerado por los teóricos europeos. En todo caso, la expansión japonesa fue determinada por comandantes militares enérgicos que actuaban en el teatro de los acontecimientos y que sobrepasaban o incluso desobedecían las órdenes del grupo gobernante. Ése fue también el esquema francés. Se incorporó a Argelia como resultado de la insubordinación militar; los franceses ingresaron en Indochina gracias a la arrogancia de los oficiales navales; fueron los marinos los que enredaron a Francia en África Occidental.⁵⁵ En cierto sentido, podía considerarse el Imperio Francés un gigantesco sistema de actividad, que venía a tranquilizar a los oficiales militares. Estaba destinado a ofrecerles algo que hacer. Lo que ellos hacían realmente guardaba escasa relación con lo que la mayor parte del régimen gobernante deseaba o decidía. Nunca se consultó al gabinete francés acerca de Fashoda, el protectorado sobre Marruecos, o la crisis de 1911. El parlamento jamás controló realmente el imperio en alguna etapa de su existencia. Jules Ferry probablemente se aproximó a la verdad cuando dijo que la rebatiña imperial era una “inmensa carrera hacia lo desconocido”.⁵⁶ Se dijo que Bismarck alentó a Francia a encabezar la carrera con el fin de que olvidase la anexión de Alsacia y Lorena. Si procedió así, se equivocó totalmente. Fuera del ejército, pocos franceses demostraban interés por el África negra. Como dijo Déroulede: “Perdí a dos hermanas [...] y ustedes me ofrecen veinte criadas”.⁵⁷

Hubo muchas otras anomalías que no concordaban con la concepción de Hobson-Lenin. ¿Por qué en América Latina la fase de la inversión capitalista siguió al colonialismo español, más que precederlo o acompañarlo? ¿Por qué en esa dilatada área los capitalistas apoyaron a los libertadores políticos? Además, algunos de los países “explotados” o colonizados eran, a su vez, imperios residuales. China fue la creación de una serie completa de dinastías imperiales, sin el beneficio del “capital financiero”. India fue el producto del imperialismo mogol. Turquía se había expandido a partir de la Anatolia otomana. Egipto era una antigua potencia imperial que, después de separarse de Turquía, intentaba volver a agruparse con Sudán. Existía media docena de imperios nativos al sur del Sahara, dirigidos por grupos y movimientos como los ashanti, los fulani, los bornu, los al-haji umar, los futa toro. Etiopía era un imperio que competía con los imperios europeos en el Cuerno de África, antes de que en 1935 sucumbiese a uno de ellos. Birmania era una suerte de imperio. Persia, como China, era un sobreviviente imperial de la antigüedad. El propio colonialismo creó imperios de este tipo anómalo. El Congo (más tarde Zaire) fue el resultado de la Conferencia de Berlín, en 1884-1885, y sobrevivió a la descolonización sin el beneficio de ninguno de los factores que de acuerdo con la teoría eran creadores de imperios. Lo mismo cabe decir de Indonesia, un producto del espíritu de orden de los holandeses, formado con varios territorios muy distintos. La teoría de la conspiración no aclaraba ninguno de estos casos.⁵⁸

Sin embargo, lo decisivo es que falló el núcleo mismo de la teoría, la necesidad de que las colonias suministraran áreas de elevado rendimiento de capital. Por cierto que cuanto más

54 J. Schumpeter, *Imperialism and Social Classes*, Nueva York, 1951; citado en Fieldhouse, *Colonialism 1870-1945: An Introduction*, Londres, 1981, p. 20.

55 A. S. Kanya-Forstner, *The Conquest of the Western Sudan*, Cambridge, 1968.

56 Citado en Andrew y Forstner, op. cit., p. 11.

57 Ibid., p. 13.

58 Fieldhouse, op. cit.

atentamente se estudian los hechos, con más claridad se percibe el absurdo de la idea de que el “capital financiero” busca desesperadamente las colonias como lugares donde invertir sus enormes excedentes. Nunca existió nada semejante al capital “excedente”. Siempre fue difícil hallar capital de inversión, y esta afirmación es válida sobre todo en las colonias. Los trópicos no produjeron grandes beneficios hasta el fin mismo de la era colonial. Se conocen unos pocos casos en que se obtuvieron grandes éxitos. En África Occidental, Lever Brothers realizó enormes inversiones en el campo de las comunicaciones, los servicios sociales y las plantaciones, donde se empleaban, hacia la década de los cincuenta, a unos 40.000 africanos: la compañía poseía 350.000 hectáreas y explotaba activamente 60.000.⁵⁹ Hubo también elevadas inversiones y a veces se obtuvieron grandes ganancias (pero también algunos fracasos importantes) en Malasia, que gracias al caucho y el estaño fue probablemente la colonia más rica entre las guerras. El capital no marchó en pos de la bandera. Los británicos solían invertir su capital tanto en los estados latinoamericanos independientes como en las colonias de la corona. A menudo también lo perdían. La Argentina, que atrajo más dinero británico que cualquier otro de los territorios “en proceso de desarrollo”, enseñó a todos los inversores una terrible lección durante su crisis financiera de 1890-1891. Si se considera la totalidad del siglo XIX, los inversores británicos en la Argentina sufrieron una pérdida neta.⁶⁰ Los alemanes y los italianos demostraron más interés que nadie en la posesión de colonias, pero se mostraron muy renuentes a invertir dinero en ellas. Los franceses preferían a Rusia —o las Indias Orientales holandesas— antes que a sus “veinte criadas”. Los británicos también se inclinaron a favorecer a Java y Sumatra en lugar de sus innumerables territorios africanos.⁶¹ La teoría de la conspiración exige la existencia de un Pequeño número de personas muy inteligentes que formulan una apreciación sumamente racional y coordinan sus esfuerzos. En realidad, el número de inversores solamente en Francia y Gran Bretaña era muy elevado, y su conducta emocional, inconsecuente, mal informada y prejuiciosa. La City de Londres era incapaz de planear nada, y mucho menos una conspiración de alcance mundial; perseguía sencillamente lo que imaginaba, a menudo erróneamente, que eran sus intereses de corto plazo, sobre una base de iniciativas día a día.⁶² La característica más consecuente de los inversores europeos durante el período colonial fue la ignorancia, basada en la pereza.

Si los inversores no respondían a acuerdos ni concertaciones, y tampoco a un propósito conspirativo, los administradores coloniales no poseían una visión mucho más clara. Durante el siglo XIX, de acuerdo con el espíritu de las reformas educacionales de Macaulay en la India, generalmente se entendía que el propósito del dominio colonial era producir imitaciones de europeos. En el período entre las guerras esta visión se desdibujó prontamente y sólo quedó la confusión. La política llamada del “mandato dual”, formulada por lord Lugard durante los años veinte, no muy distinta de los objetivos de Lyautey en Marruecos, intentaba preservar los esquemas nativos de administración y conceder primacía a sus intereses. La tarea británica, escribió Lugard, era “promover el progreso industrial y comercial de África sin realizar un examen demasiado atento de las ventajas materiales que nosotros mismos podemos obtener”.⁶³ Este ingrediente de altruismo se acentuó en forma paulatina, pero coexistió con otros fines: de estrategia militar, de emigración, la defensa de los intereses de los colonos, el prestigio nacional, la política económica nacional (incluso las tarifas aduaneras), que variaban de acuerdo con la naturaleza de la colonia y el sistema colonial, y a menudo se contradecían con los intereses nativos y aun unos con otros. Muchos territorios coloniales, desde el punto de vista legal, no eran en absoluto colonias, sino protectorados o mandatos, territorios en fideicomiso, federaciones de reinos y principados, o casi soberanías como Egipto y los estados del Golfo Pérsico (incluso la misma Persia). Había varios prototipos diferentes.

59 D. K. Fieldhouse, *Unilever Overseas*, Londres, 1978, cap. 9.

60 H. S. Ferns, *Britain and Argentina in the Nineteenth Century*, Oxford, 1960.

61 David S. Landes, “Some Thoughts on the Nature of Economic Imperialism”, *Journal of Economic History*, p. 21, 1961, pp. 496-512.

62 A. F. Cairncross, *Home and Foreign Investment 1870-1913*, Cambridge, 1953, p. 88; S. G. Checkland, “The Mind of the City 1870-1914”, en *Oxford Economic Papers*, Oxford, 1957.

63 Lord Lugard, *The Dual Mandate*, Londres, ed. 1926, p. 509.

Ciertas colonias, en especial en África Occidental, contenían dos o más entidades legales por completo distintas, que representaban capas arqueológicas sucesivas de la penetración occidental. En tales circunstancias, perseguir una política colonial consecuente con propósitos claros de largo alcance era imposible. Ningún imperio lo logró.

Por lo tanto, no existe lo que podría denominarse un balance del colonialismo entre las guerras o en cualquier otro período. En términos generales, la política consistía en suministrar la infraestructura básica de la defensa exterior, la seguridad interior, los caminos esenciales y la salud pública, dejando el resto en manos de la iniciativa privada. El objetivo del gobierno consistía en mostrarse eficiente, imparcial, incorruptible y no intervencionista. A veces se veía obligado a dirigir la economía, como fue el caso de Italia en Somalia y Libia, donde la falta de éxito resultó evidente.⁶⁴ Generalmente tenía que mantener un sector público más amplio que en la metrópoli. Gran Bretaña promovió la modernización y la expansión de la agricultura y administró los servicios de salud pública en todas las colonias de la corona, así como administró los ferrocarriles estatales en todos los territorios africanos que se extendían al sur del Sahara (excepto Rhodesia y Nyasalandia). Pero todo esto apunta a la escasez, no al exceso de capital. El gobierno procedió así a causa de un sentido del deber y no impulsado por su propio deseo; estas actividades venían a acrecentar la columna del debe del libro de cuentas.

Los gobiernos coloniales hicieron poco para promover la industria, pero tampoco la limitaron intencionadamente. En general, existían pocos incentivos para invertir, escasez de mano de obra especializada y carencia de buenos mercados locales; éstos eran los principales obstáculos. Cuando las condiciones eran apropiadas, como en el Congo Belga, se desarrolló la industria entre las dos guerras, aunque el dinero provino principalmente no de la misma Bélgica sino de fuentes foráneas y de filiales de propiedad extranjera; significa otro golpe a la teoría de la conspiración. Dakar, en África Occidental francesa, fue un foco de crecimiento precisamente por las mismas razones. El concepto de que el colonialismo, por su propia naturaleza, impidió el desarrollo de la industria local, se ve refutado por el sencillo hecho de que los británicos, los belgas y los holandeses, partidarios del comercio libre, desarrollaron una política diametralmente opuesta a la de los franceses, los españoles, los italianos, los portugueses y los norteamericanos, que fueron proteccionistas.

A partir de 1923, y sobre todo después de 1932, los británicos quebrantaron sus propias normas acerca del comercio libre a fin de promover la industria india. El virrey lord Curzon persuadió a J. N. Tata, el magnate parsi del algodón, de la conveniencia de crear una industria india del hierro y el acero, y con ese fin Gran Bretaña fijó barreras aduaneras de carácter protector. En 1945 la India producía 1,15 millón de toneladas anuales, y los productores prácticamente monopolizaban el mercado. También en las áreas del algodón y el yute, donde prevalecían condiciones atractivas para la industria, los indios podían producir ellos mismos el capital; en efecto lo crearon y los británicos aportaron la protección. Cuando llegó la independencia, la India poseía un amplio sector industrial y las firmas indias controlaban el 83 por ciento de la banca, el 60 por ciento de las exportaciones y las importaciones, y suministraba el 60 por ciento de los bienes de consumo.⁶⁵ Sin embargo, es muy dudoso que la creación de industrias locales al amparo de las barreras aduaneras beneficiase a la población general de una colonia. En términos generales, los habitantes de los imperios que practicaban el comercio libre gozaban de más elevado nivel de vida que el resto, como era previsible que sucediera. La India y Pakistán aplicaron después de la independencia políticas ultraproteccionistas, con niveles de protección del 313 y el 271 por ciento, respectivamente, y ésta es una de las razones por las cuales el nivel de vida de esos países se ha elevado mucho más lentamente que en las economías de mercado de Asia Oriental.⁶⁶

En general, las potencias coloniales sirvieron a los intereses de los habitantes locales con más

64 C. Segre, *Fourth Shore: The Italian Colonization of Libya*, Chicago, 1974.

65 Fieldhouse, *Colonialism*, pp. 93-95. Acerca de India véase D. H. Buchanan, *The Development of Capitalist Enterprise in India, 1900-1939*, Londres, ed. 1966; A. K. Bagchi, *Private Investment in India 1900-1939*, Cambridge, 1972.

66 I. Little *et al.*, *Industry and Trade in Some Developing Countries*, Londres, 1970.

eficacia cuando permitieron que las fuerzas del mercado prevalecieran sobre las medidas restrictivas, por bien intencionadas que éstas fueran. El proceso implicaba, por lo común, pasar de la agricultura de subsistencia a la producción en gran escala para la exportación. Esta supuesta “deformación” de las economías coloniales para servir a los fines de la madre patria o a los mercados mundiales constituye la base de la acusación de que estos territorios sencillamente fueron “explotados”. Se alega que las colonias llegaron a ser más pobres que antes, que se procedió a la destrucción de sus economías “naturales” y que esos países ingresaron en una fase de la enfermedad denominada “subdesarrollo”.⁶⁷ Por desgracia, la prueba estadística destinada a demostrar o refutar esta teoría sencillamente no existe. La obra *Viajes al interior de África* (1799) de Mungo Park no da la impresión de una Arcadia rural donde se evitaba buscar la riqueza sino todo lo contrario. Los jefes independientes no sólo eran imperialistas en pequeña escala, sino que mostraban una actitud excepcionalmente adquisitiva. Pasaban a la agricultura comercial siempre que podían encontrar mercado. De hecho, no había alternativa tan pronto el aumento de la población convertía la agricultura de subsistencia en un callejón sin salida.

El concepto de que la industrialización, contrapuesta a la producción primaria, es la única vía para llegar a un elevado nivel de vida se ve desmentido por la experiencia de ex colonias como Australia, Nueva Zelanda, gran parte de Canadá y el Medio Oeste norteamericano, regiones donde las exportaciones de carne, lana, trigo, productos lácteos y minerales han creado los países más prósperos del mundo. Quizás es significativo que durante el período poscolonial ninguno de los nuevos estados independientes que tenían arraigadas economías de plantación haya intentado reemplazarlas por otras formas de explotación. En realidad, sucedió todo lo contrario: todos trataron de mejorar su potencial de ingresos provenientes de las exportaciones, por lo general con el fin de financiar el desarrollo industrial, que es exactamente lo que la mayoría de los gobiernos coloniales intentaba hacer durante las fases ulteriores del período. En la esfera de la agricultura tropical en gran escala, las ganancias nunca eran considerables y rara vez podía considerárselas fáciles. El análisis de los precios de exportación del café, el cacao, el maní, el algodón, el aceite de palma, el arroz, la goma arábiga, los granos y el kapok en los territorios del África Occidental francesa durante la última fase del dominio colonial (1953) demuestra que los beneficios eran reducidos y estaban determinados sobre todo por el sistema de transporte.⁶⁸ El argumento de que las economías avanzadas organizaron el deterioro progresivo de los términos del intercambio para deprimir los precios de los artículos primarios no concuerda con la prueba estadística y es simplemente otro aspecto de la teoría de la conspiración.

Los peores aspectos del colonialismo entre las dos guerras fueron el trabajo forzado y la distribución de la tierra sobre una base racial. Tuvieron el siguiente origen: podía conseguirse que la tierra africana fuese productiva y que se elevase por sobre el nivel de la agricultura de subsistencia solamente si se disponía de un caudal adecuado de fuerza de trabajo, que se desempeñara en jornadas regulares, según el estilo europeo. En África precolonial la respuesta había sido la esclavitud. Las potencias coloniales más progresistas, Gran Bretaña y en menor medida Francia, estaban decididas a abolirla. Los británicos preferían empujar a los africanos hacia el mercado de trabajo apelando a los impuestos, o bien importaban fuerza de trabajo contratada. Era la solución fácil. Como poseían un imperio mundial en el que tanto la fuerza de trabajo como las mercancías podían desplazarse libremente, indujeron a los indios a trabajar en Birmania, Malasia, el Pacífico, Ceylán y África Meridional, Central y Oriental, e incluso en América Central y del Sur; y a los chinos a trabajar en Asia Suroriental, el Pacífico, África del Sur y Australia. También promovieron grandes desplazamientos interiores en África, del mismo modo que los holandeses en Indonesia indujeron a los javaneses a trabajar en otras islas.⁶⁹ El resultado fue la creación de un elevado

67 Con relación a este debate, véase C. Furtado, *Development and Underdevelopment*, University of California, 1964; Andre G. Frank, *Development A ccumulation and Underdevelopment*, Londres, 1978; H. Myint, *Economic Theory and the Underdeveloped Countries*, Oxford, 1971.

68 J. J. Poquin, *Les Relations économique extérieures des gays d'Afrique noire de l'Union française 1925-1955*, París, 1957, pp. 102-104; impreso corno tabla en Fieldhouse, *Colonialism*, p. 87.

69 V. Purcell, *The Chinese in South-East Asia*, Londres, ed. 1962; H. Tinker, *A New System of Slavery*, Londres, 1974.

número de problemas raciales y comunales insolubles (o en el caso de Indonesia, el imperialismo javanés) que todavía perduran. Los holandeses también adoptaron el llamado “sistema de cultivos”, que obligó a los habitantes a producir por el hecho de exigirles el pago en especies, en un marco en que el Estado era el principal propietario de plantaciones y el principal agente.⁷⁰ El sistema de cultivos fue adoptado por Leopoldo II, el creador del Congo belga, y se convirtió allí en la base de la economía; en este caso, los Belgas presionaron también sobre los jefes con el propósito de que éstos suministraran “voluntarios”, que quedaban atados por contratos muy prolongados. Los franceses y los portugueses se atuvieron en general a las *corvées* (trabajo forzado) sin paga como sustituto de los impuestos. Los peores ejemplos de opresión se manifestaron en África portuguesa y el Congo. En general, se había corregido esa situación hacia 1914, después de las denuncias de algunos periodistas británicos y de los funcionarios consulares. Sin embargo, ciertas formas del trabajo forzado se prolongaron hasta fines de la década de los cuarenta, ⁷¹ pero se lo practicaba en pequeña escala. Más aún, hasta un período relativamente reciente, la mayoría de los africanos se mantenía completamente al margen de la economía salarial. Todavía durante la década de los cincuenta, de un total de 170 millones de africanos que habitaban al sur del Sahara, sólo 8 millones trabajaban por un salario en cierto momento del año.⁷² En los lugares donde los salarios eran altos, los africanos trabajaban con buena voluntad: las minas de oro de Rand jamás tuvieron dificultades para conseguir fuerza de trabajo, desde sus orígenes hasta el momento actual. En otros lugares se repetía la misma historia de siempre: escaso rendimiento, reducida inversión, baja productividad y salarios bajos. Ninguno de los que trabajó en África, blanco o negro, adhirió jamás a las fantasías acerca del capital excedente. Esas ideas existían únicamente en Hampstead y en los cafés de la Margen Izquierda.

El peor error cometido por las potencias coloniales —y que tuvo consecuencias políticas y morales tanto como económicas— fue negarse a permitir el funcionamiento del sistema de mercado en el sector de la tierra. Aquí aplicaron los procedimientos elaborados primero en las colonias británicas de América, durante el siglo XVIII, y aplicados con el propósito de desarrollar el Oeste y el Medio Oeste norteamericanos (con la destrucción de los indios norteamericanos), y refinados, sobre una base puramente racial, en África del Sur. Esto implicaba la aplicación de métodos de ingeniería social y, por lo tanto, determinó un efecto destructivo del principio individualista que es la esencia de la ética judeocristiana. En África del Sur, hacia 1931, alrededor de 1,8 millón de europeos tenían “reservas” de 440.000 millas cuadradas, y en cambio 6 millones de africanos poseían sólo 34.000 millas cuadradas. En Rhodesia meridional, la Ley de Distribución de la Tierra de 1930 otorgó a los europeos, que ya poseían 15 millones de hectáreas, el derecho de comprar otros 17 millones de hectáreas de tierras de la corona; en cambio, los africanos, que poseían reservas de 10,5 millones de hectáreas, tuvieron acceso a sólo 3,5 millones más. En Rhodesia septentrional los blancos ya tenían la posesión exclusiva de 4,5 millones de hectáreas. En Kenia, esta deformación intencional del mercado libre de tierras fue particularmente vergonzosa, pues en 1923 el duque de Devonshire, en su carácter de secretario de las colonias, había formulado la Declaración de Devonshire: “Ante todo Kenia es un territorio africano [...] los intereses de los africanos deben prevalecer”. A pesar de esta afirmación, en un ejercicio intencionado de la ingeniería social, se expulsó de las Mesetas Blancas a sus habitantes kikuyu para dejar sitio a los agricultores blancos. Durante la década de los treinta había en Kenia 53.000 millas cuadradas de reservas africanas, 16.700 reservadas para los europeos y 99.000 millas de tierras de la corona, y el gobierno podía distribuir éstas de acuerdo con criterios políticos arbitrarios. El sistema era indefendible. Más aún, se lo defendió únicamente con el argumento de que el trazado de líneas divisorias de carácter racial resultaba esencial para la explotación eficaz. El argumento era falso en sí mismo, como lo demostraron hechos ulteriores en Kenia, y contrariaba los principios generales de la libertad de mercado, que habían sido la base de la creación del Imperio Británico.

Por supuesto, cuando presionaban a favor de la ingeniería social implícita en la distribución de la

70 J. S. Furnivall, *Netherlands India: a Study of plural economy*, Nueva York, 1944, cap. 5.

71 Lord Hailey, *An African Survey*, Oxford, ed. 1975, pp. 1362-1375.

72 E. J. Berg en *Quarterly Journal of Economics*, p. 75, 1961.

tierra sobre la base de la diferencia de razas, los colonos estaban formulando una tosca respuesta a lo que para ellos era un hecho abrumador: el desarrollo desigual de las sociedades humanas. Se trata de un problema fundamental de la especie, que ya mostraba perfiles acentuados durante la Edad de Hierro. Los imperios capitalistas europeos arquetípicos, que ya estaban claramente delimitados durante los años 1870-1945, fueron una serie de intentos carentes de coordinación y espasmódicos, a menudo contradictorios, para resolver el problema representado por la existencia de sociedades avanzadas y atrasadas en un mundo que tendía a contraerse y donde los contactos eran inevitables, entre otras cosas porque las poblaciones estaban creciendo casi por todas partes, así como las expectativas.

El sistema, si así puede llamárselo, se organizó lentamente: incluso los franceses no contaron con un Ministerio de Colonias hasta 1894, Alemania, hasta 1906; Italia en 1907, Bélgica en 1910, Portugal en 1911.⁷³ Su “período clásico” entre las guerras ya era una suerte de crepúsculo. Su existencia fue demasiado breve para producir resultados de acuerdo con su propia lógica. El desarrollo de los recursos humanos y naturales es un proceso lento, laborioso y sangriento, como lo enseña la historia entera. Los hombres como Rhodes, Ferry, Lyautey, Lugard y Sarraut compartían un optimismo injustificado al pensar que podía acelerarse el proceso y que éste sería relativamente indoloro. Sus sucesores en el papel de gobernantes independientes alentaron exactamente las mismas ilusiones: Sukarno, Nasser, Nkrumah, Nehru y muchos otros, como veremos más adelante. Pero la mayoría de los países pobres ocupaban la misma posición, comparados con los ricos, durante la década de 1980 que durante la de 1870, cuando comenzó la gran era del colonialismo.

Esto nos conduce a una cuestión muy importante. El colonialismo fue un fenómeno acentuadamente visual. Abundaba en banderas, uniformes exóticos, ceremonias espléndidas, *durbars*, salvas de artillería al atardecer, exposiciones comerciales en Olympia y el Gran Palais, sellos conmemorativos y, sobre todo, mapas de color. En esencia fue una entidad cartográfica y podía percibirse más clara e intensamente en las páginas de un atlas. En los mapas, parecía que el colonialismo había cambiado el mundo. En el terreno mismo, parecía un fenómeno más engañoso, que ejercía escasa influencia y que en efecto cambió pocas cosas. Se impuso con facilidad y desapareció con la misma facilidad. Pocos murieron para crearlo o para destruirlo. Aceleró y al mismo tiempo retrasó, aunque de manera marginal en ambos casos, la aparición de un sistema económico mundial que habría nacido más o menos con la misma rapidez si los europeos nunca hubieran anexado una sola hectárea de Asia o África. El “colonialismo” abarcó tan variada multiplicidad de estructuras humanas que es dudoso que describa nada concreto.

El colonialismo tuvo importancia no por lo que fue sino por lo que no fue. Originó grandiosas ilusiones e injustificados agravios. Las primeras ejercieron una influencia importante sobre los hechos que se sucedieron hasta 1945; los segundos, sobre lo que siguió. Así como pareció que el Imperio francés transformaba a Francia, agotada y decadente, en un vigoroso Sansón de cien millones de habitantes, el Commonwealth británico pareció convertir a la metrópoli en una superpotencia, un concepto que Hitler, por ejemplo, llevó a su propio búnker. También aquí el aspecto visual determinó tales percepciones. Durante los años veinte los grandes caminos de uso militar, los edificios públicos y los barrios europeos cuya construcción Lyautey ordenó en Marruecos, estaban cobrando forma: eran formidables, duraderos, austeramente grandiosos y esos rasgos todavía se conservan hoy. Al mismo tiempo estaba terminándose la construcción de la sede del gobierno de sir Edwin Lutyens en Delhi, la más hermosa de las grandes creaciones del siglo XX. Es significativo que ambas empresas hayan sido concebidas en la época eduardiana; una y otra pudieron cristalizarse sólo después que la primera de las guerras civiles europeas ya había debilitado a los imperios a los que esas obras adornaban. La arquitectura es al mismo tiempo la más concreta y la más simbólica de las artes. Los edificios públicos hablan a veces con tonos falsos. Las espléndidas cúpulas de Lutyens usaban dos voces. Para la mayoría de los británicos y de los extranjeros, y sobre todo para la mayoría de los indios, expresaban durabilidad; pero para los militares y los expertos en economía constituían un motivo de dudas cada vez más acentuadas.

73 Betts, op. cit., p. 193, n. 7.

Un ejemplo apropiado era el sistema monetario imperial. A partir de 1912, Gran Bretaña dividió su imperio en áreas monetarias regionales, reguladas por una Junta Británica de la Moneda, en concordancia con el patrón de cambio de la esterlina colonial; desde 1920, las colonias debieron mantener una cobertura del ciento por ciento (en metálico, títulos o valores de máxima garantía) en Gran Bretaña para respaldar sus emisiones fiduciarias. Esta norma provocó muchas quejas de los nacionalistas, sobre todo en la India. En realidad, era un sistema razonable que determinaba que la mayor parte del Commonwealth gozara de la bendición muy real de la estabilidad monetaria. También fue una norma bastante equitativa hasta el período que siguió a 1939, cuando las exigencias de las finanzas británicas en tiempos de guerra y su rápida caída hacia la insolvencia total determinaron que el sistema en su totalidad representase un factor de opresión.⁷⁴ De esto puede desprenderse una moraleja fundamental. Gran Bretaña podía mostrarse justa con sus súbditos mientras fuese una nación relativamente acaudalada. Una potencia rica podía dirigir un imperio próspero y bien gobernado. Las naciones pobres como España y Portugal no podían darse el lujo de la justicia ni renunciar a la explotación. De esto se deduce, como lo afirmaron muchos estadistas británicos a lo largo del siglo XIX, que las colonias no eran una fuente de fuerza sino de debilidad. Constituían un lujo, mantenido con fines de prestigio y solventado mediante el desvío de recursos reales. El concepto de una superpotencia colonial era en general fraudulento. En cuanto coloso militar y económico, el Imperio Británico estaba formado por listones y yeso, pintura y adornos dorados.

De ahí el extraño sentimiento, tanto de crueldad y extravagancia como de fragilidad que el imperio provocaba en el observador ubicado entre las dos guerras. Malcolm Muggeridge, que estuvo en Simla a principios de la década de los veinte, observó que sólo el virrey y dos funcionarios más tenían automóvil, y que las calles eran tan empinadas que todos los culíes de los *rickshaws* morían jóvenes, a causa de ataques cardíacos. Mientras miraba cómo un hombre obeso era llevado por la calle, oyó decir a alguien: “Miren, ahí va un hombre arrastrando a otro. ¡Y dicen que hay Dios!”.⁷⁵ En 1930, en Kenia, Evelyn Waugh conoció a una hermosa norteamericana llamada Kiki”, a quien un acaudalado colono británico del lago Navaisha, en las Mesetas Blancas, le había regalado “cuatro o cinco kilómetros de terreno frente al lago, como presente de Navidad”.⁷⁶ Pero Leo Amery, el más ambicioso de los secretarios de Colonias entre las guerras, vio frustrado su plan de organizar una sección especial de los dominios porque el Tesoro no estuvo dispuesto a gastar 800 libras suplementarias al año en sueldos.⁷⁷ Cuando lord Reading fue designado virrey de la India en 1921, las maniobras políticas que rodearon el nombramiento demostraron claramente que, a los ojos del gobierno británico, la necesidad de mantener a sir Gordon Hewart, un buen polemista, en el cargo de fiscal general era mucho más importante que la identidad de la persona que gobernaba la India.⁷⁸ Tres años después, J. L. Garvin, el gran director de tendencia imperialista del *Observer*, “consideró muy posible que en el lapso de cinco años perdimos la India, y entonces, adiós al Imperio Británico”.⁷⁹ El mismo pensamiento elegíaco asaltó la mente de un joven oficial de la policía británica en Birmania, a quien se le pidió, precisamente en esa misma fecha, que matase a un elefante para “impresionar a los nativos”. “Y entonces”, escribió George Orwell, “por primera vez comprendí el vacío, la futilidad del dominio del hombre blanco en Oriente. Ahí estaba yo, el hombre blanco con el arma de fuego, de pie frente a la multitud nativa desarmada, en apariencia el actor principal de la obra. Pero en realidad yo era sólo un absurdo títere empujado hacia adelante y hacia atrás por la voluntad de esas caras amarillas que estaban detrás”.⁸⁰

Dirigir un imperio era en gran parte un sencillo asunto de decisión. Años después, en 1962, sir Roy Welensky, primer ministro de la Federación Rhodesiana, diría: “Gran Bretaña ha perdido la

74 B. R. Tomlinson, *The Political Economy of the Raj, 1914-1947*, Londres, 1979.

75 Malcolm Muggeridge, *Chronicles of Wasted Time*, Londres, 1972, I, p. 101.

76 Evelyn Waugh, *Remote People*, Londres, 1931.

77 L. S. Amery, *My Political Life*, II, 1914-1929, Londres, 1953, p. 336.

78 H. Montgomery Hyde, *Lord Reading*, Londres, 1967, pp. 317-327.

79 Jones, *Whitehall Diary*, I, p. 274.

80 George Orwell, “Shooting an Elephant”, en *New Writing* 2, 1936.

voluntad de gobierno en África”. Durante las décadas de los veinte y los treinta no la había perdido, o por lo menos no la había perdido del todo. Pero estaba debilitándose. La Gran Guerra había conmovido la confianza de la clase gobernante británica. Las pérdidas del Reino Unido no fueron tan enormes: 702.410 muertos. Podían compararse con las de Italia, que renació con vitalidad durante los años veinte; aunque, por supuesto, la población italiana aún continuaba elevándose velozmente. Incluso en general se creía que el alumnado de Oxford y Cambridge, así como el de las escuelas públicas, se había visto afectado de manera especial. En el Frente Occidental murieron 37.452 oficiales británicos; hubo 2.438 muertos, heridos o desaparecidos el primer día (1 de julio de 1916) de la batalla del Somme.⁸¹ De aquí partió el mito de la “generación perdida”, algunos de cuyos miembros masacrados, por ejemplo Raymond Asquith, Julian Grenfell y Rupert Brooke, muchos en realidad inadaptados o fracasados, fueron presentados como irremplazables.⁸² El mito tuvo un origen en parte literario. Los poetas que aludieron a la guerra fueron muchos y exhibieron elevada calidad: Wilfred Owen, Edmund Blunden, Siegfried Sassoon, Herbert Read, Robert Graves, Isaac Rosenberg, Maurice Baring, Richard Aldington, Robert Nichols, Wilfred Gibson y muchos otros; durante los últimos años de la guerra llegaron a obsesionarse con la muerte, la futilidad y el despilfarro.⁸³ Los poemas de estos autores proyectaron su sombra durante la primera parte de los años veinte; más tarde llegó la prosa: *Journey's End*, de R. C. Sherriff; *Undertones of war*, de Blunden; *Memoirs of a Fox-Hunting Man*, de Sassoon, todas de 1928; *La muerte de un héroe*, de Aldington, el año siguiente. Esa literatura, aunque no precisamente derrotista, era antiheroica y subrayaba el costo de la defensa de la grandeza nacional.

Más aún, en la mente de la clase alta, la pérdida de vidas, que aquélla exageraba, estaba relacionada directamente con la crisis del antiguo sistema de propiedad de la tierra, correspondiente a la agricultura tradicional de la nobleza rural, un esquema que había afrontado graves problemas desde la llegada de los granos provenientes del otro lado del mar y que ahora se hallaba en las fases finales. La legislación de la preguerra tenía el propósito de proteger a los arrendatarios de los terratenientes. Lloyd George, que odiaba a la aristocracia terrateniente, completó el sistema con su Ley de Agricultura (1920), que incorporó la estabilidad de los arrendamientos; y otra ley de 1923 que destruyó los acuerdos que restringían los arrendamientos y legalizó la “libertad de cultivos”. El resultado fue la división de miles de propiedades, grandes y pequeñas. “Inglaterra está cambiando de manos”, escribió *The Times* el 19 de mayo de 1920. “A partir de 1910”, afirmó H. J. Massingham, “una legislación vengativa, demagógica y puramente urbana ha paralizado [al terrateniente] bueno, malo o indiferente, responsable o irresponsable”.⁸⁴ En febrero de 1922, la *Quarterly Circular*, de la Asociación Central de Terratenientes, calculaba que todos los años cambiaban de manos 350.000 hectáreas de tierras agrícolas. El año anterior, una sola firma de rematadores había realizado transacciones de tierras cuya superficie era igual a la de un condado inglés común. El liberal C. F. G. Masterman, ex ministro del gabinete, en un libro muy leído que fue publicado en 1923, se quejaba: “En la inútil matanza de los guardias en el Somme, o de la Brigada de Fusileros en Hooge Wood, la mitad de las grandes familias de Inglaterra, herederas de extensas propiedades y riquezas, perecieron sin una sola queja [...] Asistimos al cambio más grande en la historia de la tierra en Inglaterra desde los tiempos de la conquista normanda”.⁸⁵ El precio de la tierra continuó cayendo, la deuda agraria creció y millones de hectáreas fueron retiradas de la producción. Strube, caricaturista del *Daily Express*, dibujó a un manirroto escuálido y hambriento, y lo tituló “Acres baldíos”. J. Robertson Scott, director de *The Countryman*, ofreció un impresionante cuadro de desolación rural en una serie de artículos publicados en el *Nation* de Massingham, y este trabajo se convirtió en un lúgubre bestseller con el irónico título de *England' Green and Pleasant Land* (1925). En Norfolk, en el año 1932, el escritor y agricultor Henry Williamson observó que

81 Para un análisis de las bajas británicas, véase John Terraine, *The Smoke and the Fire: Myths and Anti-Myths of War 1861-1945*, Londres, 1980, pp. 35-47.

82 Paul Fussell, *The Great War and Modern Memory*, Oxford, 1975.

83 Véase Brian Gardener, ed., *Up the Line to Death: War Poets 1914-1918*, Londres, ed. 1976.

84 H. J. Massingham, *The English Countryman*, Londres, 1942, p. 101.

85 C. F. G. Masterman, *England After the War*, Londres, 1923, pp. 31-32.

“una hacienda de casi una milla cuadrada, con una cómoda casa isabelina y diez o doce *cottages*, se vendía por mil libras”.⁸⁶ Es difícil exagerar el efecto de este deterioro general y no tratado del corazón del antiguo sistema de explotación de la tierra en Inglaterra.

La prueba de la descomposición industrial también se manifestaba en todas partes. Después de una breve recuperación en la posguerra, la debilidad fundamental de las tradicionales industrias exportadoras de Gran Bretaña —el carbón, el algodón y los textiles, los astilleros y la ingeniería— se reflejó en la desocupación crónicamente elevada; todas esas industrias tenían equipos antiguos, viejas animosidades y prácticas laborales anticuadas, que al combinarse determinaban una productividad inferior. Se atribuía esta situación sobre todo a la decisión de Winston Churchill como ministro de Hacienda de reimplantar el patrón oro en Gran Bretaña (1925). Keynes argumentó con energía contra esta actitud y afirmó que era una forma de “mercantilismo contemporáneo”. Los británicos estaban “atándose al oro”. Churchill respondió que estaban “atándose a la realidad”, lo que era cierto; era la realidad de la anticuada economía industrial británica.⁸⁷ Los efectos de la iniciativa se equilibraron con precios más elevados de la exportación, materias primas y alimentos importados más baratos. Como dijo Churchill, era esencialmente una actitud política destinada a restablecer el prestigio financiero de Gran Bretaña en el nivel de la preguerra. Era inevitablemente deflacionario y por lo tanto produjo el imprevisto efecto de facilitar al gobierno la tarea de derrotar la huelga general, el arma definitiva de los sorelianos, tema de comentarios desde 1902, que finalmente sobrevino en mayo de 1926. Se conocieron ensayos generales en 1920 y 1922, y el Partido Tory los había aprovechado mejor que los jefes sindicales. Cuando llegó a ser inevitable, Stanley Baldwin manipuló hábilmente a los jefes del transporte, los ferrocarriles y los mineros, de manera que comenzaran la batalla a finales y no a principios del invierno. La huelga se derrumbó ignominiosamente después de una semana. “Fue como si una bestia muy famosa por su ferocidad hubiese asomado la cabeza una hora y, después de oler el peligro, hubiera regresado a su madriguera”.⁸⁸ Ni el retorno al patrón oro ni el fracaso de la huelga general tuvieron el más mínimo efecto sobre las cifras de la desocupación que (como porcentajes de la fuerza de trabajo) se mantuvieron en una inquietante meseta, incluso antes del fin del auge de los años veinte. Entre 1921 y 1929 alcanzaron los siguientes niveles: 17,0; 14,3; 11,7; 10,3; 11,3; 12,5; 9,7; 10,8; 10,4.⁸⁹

Por lo tanto, para los trabajadores el problema no era “la generación perdida”. No se observaban huecos en sus filas. Su número no era exiguo; en todo caso, podía considerársele excesivo. Pero la difícil situación que afrontaban contribuyó a erosionar la voluntad del régimen gobernante, porque radicalizó al clero anglicano. La Iglesia de Inglaterra lo había pasado mal durante la guerra. Había tocado sin mucha seguridad la trompeta patriótica. El clero católico había afirmado que su conducta en las trincheras había sido la de un aficionado. No se había desempeñado mejor en las fábricas de municiones.⁹⁰ Había perdido terreno en un momento supremo y tenía una inquieta conciencia del hecho. Durante los años veinte sus espíritus más vivaces concibieron un nuevo evangelismo de paz y “compasión”. Algunos incursionaron profundamente en la izquierda. Conrad Noel, vicario de la espectacular iglesia del siglo XIV de Thaxted en Essex, rehusó enarbolar la *UnionJack* en el lugar, con el argumento de que era “un emblema del Imperio Británico, con toda la cruel explotación que el mismo representaba”. Desplegó la bandera roja y apeló entonces a la autoridad bíblica: “Él dio la misma sangre a todas las naciones”. Todos los domingos llegaban pandillas de alumnos derechistas de Cambridge con el fin de arrancar la bandera y tropezaban con la resistencia de los “corderos de Lansbury”, una fuerza de ex policías radicales despedidos en 1919 por hacer huelga.⁹¹ Esta batalla de las banderas conmocionó al régimen oficial inglés y fue una forma de entretenimiento chocante y

86 H. Williamson, *The Story of a Norfolk Farm*, Londres, 1941, pp. 76-77. 87.

87 J. M. Keynes, *General Theory of Employment, Interest and Money*, Londres, ed. 1954, pp. 333, 348-349; Gilbert, op. cit., V, pp. 99-100.

88 Evelyn Waugh, *Brideshead Revisited*, Londres, 1945, Book Two, capítulo tres.

89 Rostow, *World Economy*, Tabla III, pp. 42, 220.

90 Alan Wilkinson, *The Church of England and the First World War*, Londres, 1979.

91 Sidney Dark, ed., *Conrad Noel: an Autobiography*, Londres, 1945, pp. 110-120.

nueva.

Más importante todavía fue William Temple, obispo de Manchester a partir de 1920 y más tarde arzobispo de York y Canterbury, el clérigo cristiano más influyente en Gran Bretaña entre las dos guerras. Fue el primer clérigo anglosajón que se inclinó por una política progresista como sustituto de un evangelio del dogma y, por consiguiente, fue parte de ese enorme movimiento que, como Nietzsche había previsto, estaba transformando la energía religiosa en utopismo secular. Temple era una figura jovial, al estilo de Oliver Hardy, que tenía apetito no sólo de hidratos de carbono sino de martirio social. En 1918 se incorporó al Partido Laborista y anunció la novedad. Durante los años veinte fundó COPEC, la Conferencia acerca de la Política, la Economía y la Ciudadanía Cristianas, el prototipo de muchos organismos semejantes desde entonces hasta la actualidad. En la asamblea de 1924, celebrada en Birmingham, anunció: “Junto a un sentido cada vez más acentuado de que el gobierno maquiavélico está en quiebra, se manifiesta una creciente disposición a prestar atención a las afirmaciones de Jesucristo de que Él es el Camino, la Verdad y la Vida”.⁹² Sus intervenciones concretas en la política social fueron ineficaces. Así, la huelga general lo sorprendió cuando estaba en Aix-les-Bains tratando de curar su gota y reducir su obesidad. Se apresuró a regresar y encabezó una intervención de los eclesiásticos que, al persuadir a los jefes de los mineros de que contaban con el respaldo de toda la cristiandad, determinó la prolongación de la huelga del carbón de julio a diciembre de 1926; para este momento, los mineros y sus familias estaban sumidos en la miseria y el hambre.⁹³ Imperturbable, Temple continuó sirviendo a la causa progresista. A juicio de George Bernard Shaw, un obispo socialista de carne y hueso era, como afirmó alegremente, “una imposibilidad realizada”. Efectivamente, Temple era el presagio de muchas figuras por el estilo que aparecerían después; fue un signo de los tiempos que sus opiniones facilitarían más que impidiesen su majestuoso avance hacia el trono de San Agustín.

La filosofía de Temple implicaba la creencia, tan característica del siglo XX, de que la moral cristiana se reflejaba en la persecución de “soluciones” económicas seculares. El concepto cristiano de culpa, que se manifestaba en la inquietud de los dignatarios anglicanos, cómodos y bien alimentados, reforzó intensamente el sentido de obligación que las clases poseedoras y las naciones más ricas comenzaban a alimentar en relación con los carenciados de su propio país y del exterior. La economía no se refería a la creación de riqueza, sino al deber y la virtud. Naturalmente, Temple encontró entusiastas aliados en el sector agnóstico del espectro progresista. Keynes le escribió una carta notable, que negaba enérgicamente que la economía fuese una ciencia neutral desde el punto de vista moral: “[...] la economía, denominada más propiamente economía política, es un aspecto de la ética”.⁹⁴ Eso era lo que el prelado deseaba oír y lo que el *fellow of King's* quería enseñar.

Keynes hablaba en nombre del insidioso grupo contrario al régimen que, durante la década del veinte, surgió de la intimidad de Cambridge y Bloomsbury para promover una inversión gradual, pero cada vez más decisiva, de la conducta de la clase gobernante inglesa. Hasta ahí, los axiomas de la política pública británica en la metrópoli y del imperialismo británico en el extranjero habían reflejado el clima moral del Balliol College, de Oxford, con la dirección de Benjamín Jowett. Su tono era judicial: la función de Gran Bretaña en el mundo consistía en impartir la justicia civilizada, aplicada, si era necesario, del modo más firme posible. Este concepto se condensaba en la persona de lord Curzon, un hombre puntilloso, ingenioso, cortés e inmensamente culto, pero inflexible en la defensa de los intereses británicos, a los que equiparaba con la moral propiamente dicha. “El gobierno británico”, escribió en una minuta dirigida a su gabinete en 1923, “nunca falta a su palabra y nunca es infiel a sus colegas o a sus aliados, nunca comete actos bajos o mezquinos [...] ésta es la verdadera base de la autoridad moral que el Imperio Británico ha ejercido durante mucho tiempo”.⁹⁵ Naturalmente, cuando era necesario se respaldaba la autoridad moral con los tanques, los aviones y los buques de guerra que operaban desde el círculo de bases que los británicos mantenían en el mundo.

⁹² F. A. Iremonger, *William Temple*, Oxford, 1948, pp. 332-335.

⁹³ *Ibid.*, p. 340.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 438-439.

⁹⁵ Citado en Barnett, *op. cit.*, p. 241.

En Cambridge se había creado una tradición algo diferente. Mientras Oxford enviaba a sus estrellas al parlamento, donde se convertían en ministros y actuaban en la escena pública, Cambridge formaba grupos privados y actuaba mediante la influencia y la sugerencia. En 1820 se había formado una sociedad literaria de doce miembros, conocida como los “apóstoles”, que difundió las precoces heterodoxias de Coleridge y Woodsworth. Sus reclutas, seleccionados colectivamente y elegidos en secreto, pues jamás se admitió siquiera la existencia de la sociedad, eran de gran calibre, pero eran profesores y críticos más que grandes creadores; el único gran talento, Alfred Tennyson, se alejó rápidamente en 1830.⁹⁶ La imagen que los “apóstoles” tenían del mundo era tímida, retraída, no agresiva y agnóstica; implicaba una aguda crítica de las pretensiones y los planes grandiosos; era humanitaria y sobre todo estaba más interesada en las obligaciones personales que en los deberes públicos. Cultivaba la introspección y reverenciaba la amistad. Exhibía un tono homosexual, aunque no siempre incurría en esa práctica. Tennyson reflejó el temperamento de este grupo en su poema “Los comedores de loto”.

En 1902, los “apóstoles” eligieron a un joven alumno de Trinity llamado Lytton Strachey. Su padre había sido general en la India durante treinta años —de hecho, el universo de Curzon— pero su formación intelectual y moral era la que le había dado su madre, baluarte agnóstico del Movimiento Femenino Progresista y maestra republicana y librepensadora, una francesa llamada Marie Silvestre.⁹⁷ Dos años antes de ser elegido miembro de los “apóstoles” había formado, con Leonard Woolf y Clive Bell, una “sociedad de medianoche”, que más tarde se convirtió en el grupo Bloomsbury. Tanto los “apóstoles” como Bloomsbury, uno secreto e informal, el otro informal y dispuesto a aceptar a algunas mujeres, giraron durante los treinta años siguientes alrededor de Strachey. Pero al principio él no fue el filósofo de la secta. Este papel correspondió a G. E. Moore, catedrático de Trinity y compañero de los “apóstoles”, cuya obra principal, *Principia Ethica*, fue publicada en el otoño que siguió a la elección de Strachey. Los dos últimos capítulos, “La ética en relación con la conducta” y “El ideal”, eran por implicancia un ataque frontal a la doctrina judeocristiana de la responsabilidad personal con subordinación a un código moral absoluto, y al concepto del deber público, sustituido por una forma no responsable de hedonismo fundado en las relaciones personales. “Las cosas más valiosas que conocemos o podemos imaginar”, escribió Moore, “son ciertos estados de conciencia que pueden describirse toscamente como los placeres de la relación humana y el goce de los objetos personales. Es probable que nadie que se haya formulado la pregunta dudaría jamás de que el afecto personal y la apreciación de lo que es hermoso en el arte y en la naturaleza son en sí mismos buenos”.⁹⁸

Strachey, que era un propagandista genial más que un creador, se arrojó sobre este discreto volumen con el mismo entusiasmo que Lenin mostró frente al *Imperialism* de Hobson, publicado el año anterior. Era precisamente el argumento que él deseaba y podía predicar. Escribió urgentemente a su colega-apóstol Keynes acerca de la “tarea de presentar el moorismo al mundo”. La obra era la ideología, no del odioso deber victoriano, sino de la amistad; como confió a Keynes, con quien ya estaba compitiendo por el afecto de algunos apuestos jóvenes, se trataba de un tipo muy especial de amistad: “No podemos contentarnos con decir la verdad, debemos decir la verdad entera, y la verdad entera es el demonio [...] Sería absurdo que soñáramos con la posibilidad de que las viudas comprendan que los sentimientos son buenos cuando decimos en la misma frase que los mejores tienen un carácter sodomita [...] nuestro tiempo llegará dentro de cien años”.⁹⁹ No sólo la amistad tenía derechos más elevados que la moral convencional, sino que era superior éticamente a cualquiera de las formas más amplias de la lealtad. La idea sería formulada por otro “apóstol”, colega de Strachey, E. M. Forster: “Si tuviese que elegir entre traicionar a mi país y traicionar a mi amigo, abrigó la esperanza de que tendré la fibra necesaria para traicionar a mi país”.¹⁰⁰

La doctrina de Moore, externamente tan apolítica, casi quietista, en la práctica era una fórmula

⁹⁶ Peter Allen, *The Cambridge Apostles: the early years*, Cambridge, 1978, p. 135.

⁹⁷ Michael Holroyd, *Lytton Strachey*, Londres, Penguin ed. 1971, pp. 37-38, 57 y ss.

⁹⁸ G. E. Moore, *Principia Ethica*, Cambridge, 1903, “The Ideal”.

⁹⁹ Strachey a Keynes, 8 de abril de 1906, citado en Holroyd, op. cit., pp. 211-212.

¹⁰⁰ De E. M. Forster, “What I Believe”, 1939, impreso en *Two Cheers for Democracy*, Londres, 1951.

excelente para practicar la conquista intelectual. Suministraba la justificación ética, no sólo de una sociedad de admiradores mutuos, lo que los “apóstoles” habían sido antes, sino para la formación de una francmasonería más concreta y programática, casi una mafia. El sistema de los “apóstoles” les facilitó el acceso a algunos de los mejores cerebros que Cambridge podía suministrar: Bertrand Russell, Roger Fry, Ludwig Wittgenstein, entre otros. Una red de vínculos amistosos y conyugales originó cordiales centros metropolitanos: plaza Fitzroy 21, plaza Brunswick 38, calle Great Ormond 10, calle Gower 3, plaza Gordon 46, plaza Tavistock 52, así como los hospitalarios Trinity y King’s, y hostelerías rurales como Garsington, de lady Ottoline Morrell, publicitada en *Crome Yellow*. Los “apóstoles” (o sus relaciones) ocupaban cargos estratégicos: el tío de Strachey controlaba el *Spectator*; Leonard Woolf, las páginas literarias del *Nation*; Desmond MacCarthy (y después Raymond Mortimer), las de *New Statesman*.¹⁰¹ Contaban con varias editoriales amigas.

No por nada Strachey era hijo de un general. Tenía el genio del elitismo narcisista y dirigía la camarilla con mano de hierro, aunque exhibía cierta apariencia de languidez. De los “apóstoles” tomó el principio del poder grupal: la capacidad no sólo para excluir, sino también para que todos vean que uno excluye. Perfeccionó el arte del rechazo y la actitud inabordable: un mandarín de Bloomsbury podía matar con una mirada o un tono de voz. Dentro de su círculo mágico, el exclusivismo se convirtió en una suerte de sistema de apoyo mutuo. Él y Woolf lo denominaban “el método”.¹⁰²

Además, Strachey no necesitó esperar “cien años” a que llegara su momento. La guerra le aportó ese momento, pues le permitió difundir su filosofía contraria al régimen y con ese fin decidió evitar el servicio militar. Su método en esa ocasión fue sutil y característico. Junto a otros miembros de Bloomsbury, pertenecía a la Fraternidad del No Reclutamiento y al Consejo Nacional Contra el Reclutamiento. No representó un papel activo en esta campaña, porque eso podía ser peligroso desde el punto de vista legal; dejó esa tarea en manos de personas más enérgicas, como Russell.¹⁰³ Pero realizó una aparición sensacional ante un tribunal en el municipio de Hampstead, en marzo de 1916, fortificado con alimentos vitamínicos especiales y prácticas de gimnasia sueca, y acompañado por sus tres hermanas, que lo adoraban. “Dígame, señor Strachey,” preguntó el presidente, “¿qué haría usted si viese a un soldado alemán intentando violar a su hermana?”. “Trataría de interponerme entre ellos.” El chiste provocó considerable regocijo, y la voz aguda y quebradiza fue imitada por todos; nadie había asombrado así a una sala del tribunal desde los tiempos de Oscar Wilde. A decir verdad, en definitiva, Strachey no se atuvo a sus principios pacifistas y consiguió la exención gracias a varios “fajos de certificados médicos” y a un inventario de sus síntomas.¹⁰⁴ Pasó los años de la guerra escribiendo su cuarteto de ensayos biográficos, *Victorianos eminentes*, los que, al ridiculizar y despreciar a Thomas Arnold, Florence Nightingale, el cardenal Manning y el general Gordon, representaban la condenación precisamente de las virtudes y los principios por los que morían los hombres en las trincheras. Lo terminó en diciembre de 1917, en el momento mismo en que la desastrosa batalla de Passchendaele terminaba en un mar de sangre y lodo. Fue publicado al año siguiente y gozó de aclamación inmediata y de influencia perdurable. Pocos libros en la historia fueron editados con tanto sentido de la oportunidad.

Más tarde, Cyril Connolly diría de *Victorianos eminentes* que era “el primer libro de los años veinte” que “exhibía un acento de ridículo que toda la generación fatigada de la guerra deseaba escuchar [...] A los ojos de los jóvenes de la posguerra parecía la luz encendida al extremo de un túnel”. Los miembros más inteligentes de la vieja guardia percibieron instantáneamente su esencia: “en el fondo, totalmente perverso”, escribió Rudyard Kipling en una carta privada.¹⁰⁵ A todos los demás les encantó, a menudo precisamente por esa razón. Incluso algunos miembros del blando bajo vientre del régimen le dieron una bienvenida autocomplaciente. H. H. Asquith, en otros tiempos la estrella del Balliol de Jowett y ahora un hombre sonrosado, regordete y bebedor,

101 Leon Edel, *Bloomsbury: a House of Lions*, Londres, 1979.

102 P. Allen, op. cit., p. 71.

103 Jo Vallacott, *Bertrand Russell and the Pacifists in the First World War*, Brighton, 1980.

104 Holroyd, op. cit., p. 629.

105 Carta a C. R. L. Fletcher, citada en Charles Carrington, *Rudyard Kipling*, Londres, ed. 1970, p. 553.

apartado del cargo de primer ministro por Lloyd George a causa de su falta de energía, concedió a la obra lo que Strachey denominó “un empujón muy noble y airoso” en el curso de una disertación. Esta obra apareció cuando la última ofensiva de Ludendorff perforaba el Quinto Ejército británico; nuevas ediciones salieron al mercado mucho después que los alemanes iniciaron su retirada definitiva. Concretamente fue mucho más destructiva de los antiguos valores británicos que una legión entera de enemigos. Se convirtió en el instrumento que permitió a Strachey “introducir el moorismo en el mundo” y convertirse al mismo tiempo en el escritor más influyente de los años veinte. Como expresó más tarde Roy Harrod, biógrafo de Keynes: “La veneración que sus jóvenes admiradores concedían [a Strachey] era casi igual a la que se le ofrece a un santo”.¹⁰⁶ Strachey se convirtió en el mandarín dominante de la época, y los miembros de Bloomsbury, en su corte, pues tal como se ha observado acertadamente, “su aire ultraterreno era en realidad el disfraz de un compromiso total con el mundo de la moda”.¹⁰⁷

Sin embargo, por regla general no ejercía su poder directamente sobre el público; Keynes decía que a los ojos de Strachey la política no era más que “el sustituto más o menos adecuado del bridge”. Tampoco Keynes buscó nunca los cargos oficiales. Actuaban entre bambalinas o mediante la letra impresa, e intentaban crear atmósferas intelectuales más que plasmar determinada política. La obra *Consecuencias económicas de la paz*, de Keynes, puntualizó claramente el mensaje de *Victorianos eminentes*, así como empleó con brillo las nuevas técnicas literarias de Strachey. En 1924, E. M. Forster publicó *Pasaje a la India*, un ataque maravillosamente insidioso al principio del Raj, que trastrocaba eficazmente la creencia en la superioridad y la madurez británicas, es decir, la principal justificación del Imperio Indio. Dos años después, Goldsworthy Lowes Dickinson, mentor apostólico de Forster, que inventara la denominación Liga de las Naciones y fundara la Unión de la Liga de las Naciones, publicó su libro *La anarquía internacional de 1904 a 1914*, una reseña grotescamente engañosa de los orígenes de la Gran Guerra, que vino a reforzar soberbiamente la moral política del folleto de Keynes.¹⁰⁸ La política exterior de Bloomsbury era que Gran Bretaña y Alemania habían tenido exactamente la misma altura moral hasta 1918 y que, a partir de ese año, Gran Bretaña se encontraba en una situación de inferioridad moral a causa de una paz inicua, un imperialismo permanente y una política armamentista, factores que en sí mismos eran la causa directa de la guerra. Para gran parte de la opinión culta de Gran Bretaña, estas ideas se convirtieron lentamente en el saber predominante.

También en un sentido más profundo, Bloomsbury representaba un aspecto del país que ahora comenzaba a predominar. Como las golpeadas filas de la antigua nobleza rural, como las hectáreas baldías, como las filas de desocupados, Bloomsbury mostraba falta de energía. Es extraño observar con cuánta frecuencia Strachey aparece en las fotografías en posición supina, comatoso, en una silla baja extendida. Frank Swinnerton observó que cuando lo conoció “se encorvaba si estaba de pie y desfallecía si estaba sentado. Parecía por completo desprovisto de vitalidad”.¹⁰⁹ Wyndham Lewis escribió que “arrastraba sus largas piernas de una habitación a otra, como una cigüeña aturdida por las drogas”. El propio Strachey reconoció ante su hermano: “Todos somos físicamente demasiado débiles para servir de algo”.¹¹⁰ Pocos miembros del grupo de Bloomsbury se casaron, e incluso los que no eran adictos a lo que se denominaba “la sodomía superior” carecían del impulso reproductor. El círculo se sintió agraviado cuando Keynes, por razones todavía no bien aclaradas, se casó con la dinámica bailarina rusa Lydia Lopokova.

Quizás aún más sorprendente es la escasa productividad de Bloomsbury, tan extrañamente afín al agotamiento de las industrias británicas. El mismo Strachey produjo sólo siete libros, dos de ellos recopilaciones de artículos. La anunciada obra importante de MacCarthy nunca se cristalizó: hubo volúmenes de fragmentos, pero no un libro original. Raymond Mortimer se ajustó exactamente al

¹⁰⁶ Holroyd, op. cit., p. 200.

¹⁰⁷ Noël Annan, “Georgian Squares and Charmed Circles”, en *The Times Literary Supplement*, 23 de noviembre de 1979, pp. 19-20.

¹⁰⁸ E. M. Forster, *Goldsworthy Lowes Dickinson*, Londres, 1934.

¹⁰⁹ Frank Swinnerton, *The Georgian Literary Scene*, Londres, 1935, p. 291.

¹¹⁰ Holroyd, op. cit., pp. 738, 571.

mismo esquema. Forster, llamado el *taupe* (topo), fue otro escritor de bajo voltaje: sólo cinco novelas, además de su ficción homosexual, *Maurice*, publicada en forma póstuma. Lo designaron *fellow of King's* en 1946; después no escribió nada más y llevó una existencia de topo durante un cuarto de siglo, reapareciendo sólo para acumular títulos honoríficos. Otro miembro del grupo, el filósofo J. E. McTaggart, podía trabajar sólo dos o tres horas diarias y consagraba el resto del tiempo a devorar novelitas, en la proporción de alrededor de treinta semanales. “Caminaba con un paso extraño, como de cangrejo, manteniendo la espalda contra la pared.”¹¹¹ Lowes Dickinson también era una figura ajada y letárgica, con el gorro del mandarín chino. Virginia Woolf escribió de él: “¡Qué fino hilo de aire caliente deja escapar Goldie entre los dientes!”¹¹² El mismo Moore se convirtió en una figura prácticamente estéril después de la publicación de sus *Principia*. Todo lo que siguió fue una versión popular, una recopilación de ensayos, una serie de notas de las conferencias, y luego silencio durante cuarenta años. “Temo que no tengo nada que decir”, escribió a Woolf, “que valga la pena; o si lo tengo, no puedo expresarlo”.¹¹³ Coronó un trabajo apostólico con esta característica máxima de Bloomsbury: “Entre todos los buenos hábitos que debemos formar, sin duda no debemos descuidar el hábito de la indecisión”.¹¹⁴

Es significativo que de todos los “apóstoles” de Cambridge pertenecientes a esa generación, Bertrand Russell, la única figura completamente vital, dotada de una exuberante capacidad creadora, en realidad nunca formó parte del grupo de Bloomsbury. Aunque compartió el pacifismo, el ateísmo, el antiimperialismo y los conceptos progresistas generales de este núcleo, despreciaba su pesado abatimiento; a su vez, el grupo lo rechazaba. Opinaba que Strachey había pervertido los *Principia* de Moore para justificar la homosexualidad. En todo caso, creía que era un ensayo de calidad inferior. Preguntó al filósofo: “Moore, usted no simpatiza conmigo, ¿verdad?”. Después de una prolongada y concienzuda reflexión, Moore contestó: “No”.¹¹⁵ Fue notable el hecho de que Russell, a diferencia de Strachey, combatiera concretamente a favor del pacifismo durante la Gran Guerra; por su actitud fue a parar a la cárcel. En la prisión de Brixton leyó *Victorianos eminentes* y rió “tan ruidosamente que el carcelero se acercó a mi celda y me dijo que debía recordar que la prisión era un lugar de castigo”. Pero su juicio ponderado fue que la obra era superficial y que estaba “imbuida del sentimentalismo propio de un estirado colegio de niñas”.¹¹⁶ Con sus cuatro matrimonios, su insaciable apetito de aventuras femeninas, sus cincuenta y seis libros, que incluyen una de las más amplias selecciones temáticas abarcadas por un escritor, su incurable deseo de experiencias activas, Russell tenía una fibra más resistente que Bloomsbury. Tampoco compartió la debilidad del grupo por el totalitarismo. La noche del Armisticio, Bloomsbury había unido fuerzas con el nuevo firmamento de los Sitwell y lo que Wyndham Lewis denominaba su “dorado bolchevismo”. Celebraban no tanto la victoria de los aliados como la sensatez de Lenin al firmar una paz separada que le permitiría “crear y plasmar un nuevo Dios”, según dijo Osbert Sitwell. En el Adelphi vieron bailar a Strachey, “meneándose con la amistosa debilidad de quien despierta de un sueño”, mientras D. H. Lawrence observaba con expresión feroz.¹¹⁷ Russell no quería tener nada que ver con eso. Fue a Rusia en 1920, conoció a Lenin y afirmó que el régimen era “una burocracia cerrada y tiránica, con un sistema de espionaje más complicado y terrible que el del zar y una aristocracia que exhibía la misma insolencia e idéntica insensibilidad”.¹¹⁸ Un año después estaba en China. Después de pasar revista al caos administrativo y político total que allí reinaba, escribió a un amigo: “Imagínese a [...] Lytton enviado a gobernar el Imperio y tendrá una idea del modo en que China ha sido gobernada durante 2.000 años”.¹¹⁹

Aunque parezca extraño, el Foreign Office consideró alarmantes precisamente las actividades de

111 Kingsley Martin, *Father Figures*, Londres, 1966, p. 120.

112 *Ibid.*, p. 121.

113 Holroyd, op. cit., p. 200.

114 Citado en Paul Levy, *G. E. Moore and the Cambridge Apostles*, Londres, 1979, p. 176.

115 Alan Wood, *Bertrand Russell: the Passionate Sceptic*, Londres, 1957, pp. 87-88.

116 Holroyd, op. cit., 164-165.

117 John Pearson, *Façades: Edith, Osbert and Sacheverell Sitwell*, Londres, 1978, pp. 124, 126.

118 Citado en Ronald Clark, *The Life of Bertrand Russell*, Londres, 1975, p. 380.

119 *Ibid.*, p. 395.

Russell y los comentarios supuestamente subversivos. Ninguna autoridad se interesó por los “apóstoles”, que ya estaban produciendo extremistas como Nathaniel Wedd, *fellow of King’s* y mentor de E. M. Forster, de acuerdo con la descripción de Lionel Trilling, “un personaje cínico, agresivo y mefistofélico, que usaba ostentosas corbatas rojas y apelaba a la blasfemia”.¹²⁰ Durante los años treinta, los “apóstoles” producirían, por lo menos, tres agentes soviéticos: Guy Burgess, Anthony Blunt y Leo Long. No obstante, fue el público pensamiento antinómico de Russell —digno de Oxford por su franqueza— lo que fascinó a Whitehall. Incluso controlaron sus conversaciones en el barco y en cierto momento se contempló la posibilidad de invocar la ley de Poderes de Guerra para lograr que lo arrestasen y deportasen de Shanghai.¹²¹

Estos síntomas de paranoia en el Foreign Office reflejaban la sincera inquietud de los que conocían los hechos y se preocupaban seriamente por la seguridad futura de Gran Bretaña. El imperio al que había que defender era inmenso y había muy pocos elementos con los cuales defenderlo. Ésta era una de las razones por las que el Foreign Office odiaba a la Liga, que prometía crear nuevos compromisos universales. Los sucesivos secretarios de Relaciones Exteriores, de orientación tory, negaron a Robert Cecil, ministro de Asuntos de la Liga, una habitación en el Foreign Office; cuando el gobierno laborista de 1924 le concedió ese privilegio, los funcionarios impidieron que él conociera los telegramas importantes.¹²² Los principales autores de la política británica alentaban la incómoda conciencia de que mantener la unidad del Imperio como una entidad formidable era, en el fondo, pura ficción y exigía manipulaciones muy hábiles. Creían que podían hacerlo —aún no tenían una actitud derrotista—, pero miraban con mucha hostilidad la posibilidad de que hubiese “sabotaje” originado en el propio bando británico. De ahí el resentimiento que experimentaban frente a personas como Russell o Cecil, que provenían de antiguas familias del régimen (el primero nieto, el segundo hijo de primeros ministros) y que por lo tanto hubieran debido saber a qué atenerse.¹²³

Lo que inquietaba sobremanera a los planificadores británicos era la rápida declinación absoluta de la fuerza de la Marina Real, comparada con su poderío abrumador a fines de 1918. Gran Bretaña siempre había descuidado a su ejército. Pero desde los tiempos de la reina Ana había mantenido la principal armada del mundo, sin prestar atención al costo, como requisito previo para el mantenimiento de su imperio. Durante la mayor parte del siglo XIX había insistido en la “norma del doble poder”, es decir, una armada igual o superior a la de otras dos potencias cualesquiera combinadas. En definitiva, se había comprobado que esa meta era inalcanzable, pero Gran Bretaña se había esforzado por compensar el posible incumplimiento de la norma del doble poder apelando a los arreglos diplomáticos. Por eso en 1902 abandonó al fin su “espléndido aislamiento” y firmó un tratado de alianza con Japón, cuyo propósito principal era permitirle que los británicos concentraran mejor sus fuerzas navales en las aguas europeas. La armada japonesa había sido creada sobre todo con la ayuda y el consejo británico. Para Gran Bretaña, que poseía inmensos intereses y posesiones en Asia, y medios limitados para protegerlos, Japón era un aliado importante. Durante la guerra, su poderosa armada había escoltado a las fuerzas australianas y neozelandesas que se dirigían al teatro de operaciones, y más todavía, W. M. Hughes, primer ministro australiano, opinaba que si Japón hubiese “decidido luchar del lado de Alemania, sin duda habríamos sido derrotados”.¹²⁴

Pero la entrada de Estados Unidos creó una temible complicación. Este país y Japón se miraban uno al otro con una hostilidad cada vez más acentuada. California aplicaba leyes raciales orientadas contra la inmigración japonesa y, desde los años 1906 a 1908, se había interrumpido la emigración masiva originada en Japón. De modo que los japoneses se volvieron hacia China y en 1915 intentaron convertirla en un protectorado. Los norteamericanos pretendieron frustrar también ese proyecto; entendían que ellos eran los auténticos protectores de China. En Versalles, Wilson irritó a

120 Lionell Trilling, *E. M. Forster: a Study*, Londres, 1944, p. 27.

121 Clarke, op. cit., p. 386-387.

122 Barnett, op. cit., p. 174.

123 John Darwin, “Imperialism in Decline? Tendencies in British Imperial Policy between the Wars”, *Cambridge Historical Journal*, XXIII, 1980, pp. 657-679.

124 Barnett, op. cit., p. 252.

los japoneses cuando se negó a incluir una condena del racismo en el pacto de la Liga.¹²⁵ En adelante,

Estados Unidos tendió a conceder prioridad al Pacífico en su política naval. En consecuencia, formuló a Gran Bretaña la pregunta decisiva: ¿A quiénes desean como amigos, a nosotros o a los japoneses?

Para Gran Bretaña el dilema era grave. Estados Unidos representaba un aliado inseguro. En rigor, no era en absoluto un aliado. Por supuesto, había vínculos de sangre, pero incluso hacia 1900 la proporción de norteamericanos blancos de estirpe anglosajona había descendido a un tercio; los germanonorteamericanos, con 18.400.000 individuos de un total de 67 millones, eran casi igualmente numerosos.¹²⁶ La decisión original de Estados Unidos de construir una gran armada oceánica parecía dirigida contra Gran Bretaña más que contra cualquier otra potencia. Todavía en 1931 Estados Unidos tenía un plan de guerra dirigido contra el Imperio Británico, el “Plan Rojo Básico de la Marina (WPL-22), fechado el 15 de febrero de 1931”.¹²⁷ Por otra parte, en ambos lados del Atlántico había una red entera de instituciones que unían a las dos naciones, así como una identidad de opiniones y de intereses que representaban el hecho fundamental de la política exterior de ambas.

El tratado anglojaponés debía renovarse en 1922. Los norteamericanos deseaban que se lo desechara. El gabinete británico estaba dividido. Curzon pensaba que Japón era “una potencia inquieta y agresiva [...] semejante por la mentalidad a los alemanes”, “en absoluto un poder altruista”. Lloyd George decía que los japoneses carecían “de conciencia”. Sin embargo, los dos hombres percibían la necesidad de renovar la alianza; lo mismo opinaban el Foreign Office y los jefes del Estado Mayor. Esa posición era compartida por los holandeses y los franceses, que pensaban en sus propias colonias. En la conferencia del Commonwealth celebrada en 1921 los australianos y los neozelandeses se manifestaron enérgicamente a favor de la renovación. En resumen, todas las potencias comprometidas en el área —excepto Estados Unidos— y todos los que tenían que ver con la elaboración de la política exterior y militar británica señalaron firmemente que la alianza anglojaponesa era un factor estabilizador, “un factor de contención” y que, por lo tanto, debía ser mantenido.¹²⁸

Pero Smuts, de África del Sur, se oponía por razones raciales. La misma actitud adoptaba Mackenzie King, de Canadá, un liberal que dependía del voto antibritánico de Quebec y que recibía el asesoramiento del anglófobo O. D. Skelton, jefe permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores de Canadá.¹²⁹ Parece que esto inclinó la balanza. En lugar de renovar el tratado, se aceptó la propuesta norteamericana de convocar a una conferencia en Washington, con el propósito de limitar a las armadas. Hughes, de Australia, se sintió agraviado: “¿Proponen reemplazar la alianza anglojaponesa y el poder abrumador de la armada británica con una conferencia en Washington destinada a limitar a las armadas?”. Pero la cosa era todavía peor. En la conferencia de 1922, los norteamericanos propusieron un “feriado” naval, la reducción masiva del tonelaje, la eliminación de las naves más importantes superiores a 35.000 toneladas (lo que significaba la eliminación de las supernaves británicas) y una relación de 5-5-3 en las naves más importantes para Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón. Según dijo un testigo ocular, cuando el almirante Beatty, primer lord del mar, oyó por primera vez los detalles, se inclinó hacia adelante en la silla, “como un bulldog que estaba durmiendo al sol en un porche y que recibió el puntapié impúdico de un vendedor ambulante de jabones”.¹³⁰ Los japoneses también odiaron la propuesta y consideraron que era una tramoya anglosajona contra ellos. De todos modos, se aprobó el plan. La presión del desarme casi a cualquier costo y el temor de alejar todavía más a Estados Unidos de Europa fueron factores que

125 R. W. Curry, *Woodrow Wilson and Far Eastern Policy 1913-1921*, Nueva York, 1957.

126 H. C. Allen, *The Anglo-American Relationship since 1783*, Londres, 1959.

127 Microfilm, AR/195/76. US Navy Operational Archives, Historical Section, Washington Navy Yard, Washington D.C.

128 Barnett, op. cit., pp. 252-265.

129 Vincent Massey, *What's Past is Prologue*, Londres, 1963, p. 242.

130 H. C. Allen, op. cit., p. 737.

gravitaron demasiado. A su vez, Japón reclamó y obtuvo concesiones que agravaron la situación. Insistió en que Gran Bretaña y Estados Unidos se abstuvieran de construir bases navales importantes al norte de Singapur o al oeste de Hawai. En la práctica, de este modo se impedía que la flota norteamericana acudiese rápidamente en apoyo de las posesiones británicas, francesas u holandesas que se vieran atacadas. Pero lo que es todavía más importante, el hecho de que Japón considerase que necesitaba obtener tales concesiones simbolizaba, por lo que se refería a Gran Bretaña, que aquél pasaba de la condición de amigo activo a la de posible enemigo.

Por entonces no se percibió este hecho. Uno de los que no pudieron comprender la nueva situación fue Winston Churchill; aunque estaba alerta al peligro que se cernía sobre la India, siempre se mostró ciego a los riesgos que se corrían más hacia el Este. En agosto de 1919, cuando ocupaba el cargo de secretario de Guerra, había representado un papel esencial en la elaboración de la “regla de los diez años”, en virtud de la cual se realizaba el planeamiento para la defensa a partir de la premisa de que no habría una guerra importante por lo menos durante diez años. A lo largo de los años veinte, ésta fue la pauta “suprema”, que en realidad no se desechó hasta 1932. En su condición de ministro de Hacienda presionó con el fin de reducir los gastos navales y sobre todo para extender la proporción 5-5-3 a los cruceros, el sistema básico de seguridad del imperio. “No podemos tener una colección de tontos cruceritos”, dijo a Tom Jones, subsecretario del gabinete, “que de todos modos de nada servirían”.¹³¹ Durante la conferencia naval de 1927, el almirantazgo repelió este ataque. Pero en 1930, con el laborismo nuevamente en el poder, se aceptó este punto de vista e incluso se lo extendió a los destructores y los submarinos. A principios de los años treinta, Gran Bretaña era una potencia naval más débil, en términos relativos, que en ningún otro período desde la sombría época de Carlos II. La India no aportaba fuerza y, por el contrario, agravaba las dificultades. Los ricos dominios se mostraban aún más mezquinos que Gran Bretaña, sometida al severo control de Churchill. Tenían fuerzas minúsculas muy mal equipadas. El Libro Blanco de la Defensa (1925-1926) reveló que, mientras Gran Bretaña gastaba anualmente sólo 51 chelines per cápita en sus fuerzas armadas, Australia gastaba apenas la mitad, es decir, 25 chelines; Nueva Zelanda, 12 chelines 11 peniques, y Canadá, sólo 5 chelines 10 peniques. A principios de los años treinta, estas naciones “acomodadas”, que tenían tanto que defender frente a los hombres de expresión ansiosa y hambrienta, habían aplicado un programa de desarme unilateral casi total. Australia contaba sólo con tres cruceros, tres destructores y una fuerza aérea de setenta aviones. Nueva Zelanda tenía dos cruceros y prácticamente carecía de fuerza aérea. Canadá contaba con cuatro destructores y un ejército de 3.600 hombres. Tenía un solo avión, prestado por la RAF.¹³² Gran Bretaña no estaba mucho mejor preparada en el Lejano Oriente. La construcción de una base naval moderna en Singapur se había postergado por cinco años, respondiendo a las exhortaciones de Churchill.

La historia nos muestra el grado sorprendente en que hombres inteligentes, bien informados y decididos, que tratan de economizar o que alientan la pasión altruista del desarme, son capaces de cerrar los ojos a las realidades. El 15 de diciembre de 1924, Churchill escribió una carta notable al primer ministro y en ella rechazó por completo la posibilidad de que Japón representara una amenaza. En una página tras otra utilizó todos los recursos de la estadística y la retórica para convencer a Baldwin —que por naturaleza ya era bastante pacífico y complaciente— de la absoluta imposibilidad de una guerra con Japón. “No creo que exista la más mínima posibilidad en el curso de nuestra vida. Los japoneses son nuestros aliados. El Pacífico está dominado por el pacto de Washington [...] Japón se encuentra en el extremo opuesto del mundo. No puede amenazar de ningún modo nuestra seguridad vital. No tiene motivos para chocar con nosotros.” ¿Invadir Australia? “Estoy seguro de que tal cosa no sucederá nunca, ni siquiera en el período más remoto que nuestros hijos puedan prever [...] la guerra con Japón no es una posibilidad que un gobierno razonable deba tener en cuenta.”¹³³

¹³¹ Gilbert, *Churchill*, V, pp. 69-70.

¹³² Barnett, op. cit., pp. 217-218.

¹³³ Gilbert, *Churchill*, V (volumen complementario), Parte I, pp. 303-307.

5 UNA TEOCRACIA INFERNAL, UN CAOS CELESTIAL

Mientras Winston Churchill aseguraba al comatoso Baldwin que Japón no representaba peligro alguno, la economía de ese país crecía más velozmente que la del resto de las naciones, su población aumentaba al ritmo de un millón por año y su gobernante era un rey-dios que estaba loco. El viejo emperador Meiji, bajo cuyo reinado Japón había ingresado en el mundo moderno, elegía cuidadosamente a sus mujeres teniendo en cuenta tanto la belleza como la salud, y cada noche dejaba caer un pañuelo frente a la que debía compartir su lecho por esa vez. Pero casi todos los hijos engendrados de este modo fueron seres enfermizos y nunca se permitió a los médicos que tocasen sus divinas personas. Su heredero Yoshihito, que teóricamente reinó hasta 1926, sin duda era un individuo desequilibrado. Aunque el nombre que adoptó, Taisho, significaba “gran virtud”, oscilaba entre accesos de cólera, durante los que flagelaba a los miembros de su entorno con un látigo de montar, y espasmos de terror, provocados por el miedo de que lo asesinaran. Exhibía un feroz bigote encerado, con lo que imitaba a su ídolo, el káiser Guillermo II, pero se caía del caballo en los desfiles y cuando inspeccionaba a sus soldados a veces los golpeaba y otras los abrazaba. La última vez que compareció ante la Dieta, enrolló el texto de su discurso y, usándolo como un telescopio, se dedicó a mirar fijamente a los parlamentarios que inclinaban la cabeza y le hacían reverencias. Después de esta escena lo reemplazaron por su hijo Hirohito, conocido como Showa (“paz esclarecida”), una criatura tímida interesada en la biología marina. También él temía a los asesinos, como les sucedía a todos los varones importantes de su familia. Ito, príncipe y estadista, prudentemente se había casado con una robusta joven proveniente de una casa de té, que lo protegió de los samurais asesinos escondiéndolo en el pozo de los residuos de su casa y sentándose encima, aunque finalmente lo atraparon.¹

El erudito occidental que estudia al Japón moderno no puede evitar la sensación de que fue una víctima del principio totalista en virtud del cual los acontecimientos políticos y las tendencias morales originan sus propias consecuencias a través del mundo. El relativismo de Occidente infectó a Japón y provocó una siniestra hipertrofia de las propias fallas de su conducta, que lo llevó al pozo del horror del siglo XX. Al principio de los tiempos modernos Japón era un país muy remoto, en ciertos aspectos más próximo a la sociedad del antiguo Egipto que a la de la Europa posrenacentista. Se creía que el emperador, o tenno, era *ara-hito-gami*, es decir, “humano, una persona del presente viviente que gobierna sobre el país y su pueblo, y al mismo tiempo es un dios”.² El primer tenno había comenzado su reinado en 660 a. C., por la época de la vigesimoquinta dinastía egipcia, y la estirpe había continuado, a veces apelando a la adopción, durante dos milenios y medio. Era la más antigua casa gobernante del mundo y mantenía en su ámbar dinástico extrañas discontinuidades. Durante el siglo XVI, Francisco Xavier, el “apóstol de las Indias”, había creído que los japoneses que conocía eran conversos cristianos ideales a causa de su tenacidad y entereza. Sin embargo, las disputas internas de los misioneros habían llevado a Japón a rechazar el cristianismo. En el segundo cuarto del siglo XVII, Japón clausuró sus puertas al mundo europeo. De ningún modo llegó a asimilar el concepto de responsabilidad moral individual, que era el aporte de la tradición judaica y cristiana, y conservó importantes vestigios de la responsabilidad colectiva que es tan característica del mundo antiguo. Durante la década de 1850, Occidente forzó la entrada en esta sociedad enclaustrada. Una década después, una proporción considerable de la clase gobernante japonesa, temerosa de la colonización o de la posibilidad de sufrir el mismo destino de China, adoptó la decisión colectiva de promover una revolución desde arriba, adoptando las prácticas occidentales que eran necesarias para sobrevivir como país independiente y convirtiéndose en una poderosa nación “moderna”. La denominada “restauración Meiji”, del 3 de enero de 1868,

¹ L. Mosley, *Hirohito: Emperor of Japan*, Londres, 1966, pp. 2, 21, 23n.

² David James, *The Rise and Fall of the Japanese Empire*, Londres, 1951, p. 175.

que abolió el shogunato o gobierno del mayordomo de palacio y convirtió en soberano efectivo al emperador, fue impulsada con el propósito intencional de convertir a Japón en un *fukoku-kyohei*, “un país rico, un ejército fuerte”.

Es importante comprender que esta decisión de Japón de ingresar en el mundo moderno contenía, desde el principio, un ingrediente amenazador, y estuvo determinada tanto por la xenofobia como por la admiración. Los japoneses siempre fueron propensos a la asimilación imitativa, pero en un plano puramente utilitario que, desde un punto de vista cultural, era superficial. De su vecina China, país poseedor de una notable capacidad innovadora, Japón había tomado el ceremonial, la música, los clásicos confucianos, los proverbios taoístas, las formas budistas de especulación, la pintura Sung, la versificación china y la preparación del calendario. De Occidente, Japón pasó ahora a incorporar la tecnología, la medicina, los métodos administrativos y comerciales, además del atuendo que creía apropiado para abordar estas nuevas prácticas. Pero en general rechazó la estructura social y el marco ético de la civilización china; y aunque Japón exhibió una voracidad pragmática en la absorción de los medios occidentales, demostró escaso interés en los fines: los ideales de la antigüedad clásica o el humanismo renacentista influyeron poco.³

Más aún, llama la atención que Japón se sintiera atraído por la novedad moderna no por la verdad antigua. En cierto sentido, los japoneses siempre habían sido individuos inclinados a lo moderno, “modernos desde la prehistoria”.⁴ Incorporaron las baratijas y los artefactos, los elementos técnicos y el oropel, más o menos como una mujer de sociedad adopta las modas pasajeras. Pero su matriz cultural se mantuvo inmutable: las creaciones culturales japonesas más características no tienen antecedentes chinos. Asimismo, las importaciones de Occidente realizadas a partir de mediados del siglo XIX dejaron intacta la gramática social de Japón.⁵

No puede afirmarse que el prolongado aislamiento de Japón implicase serenidad, sino todo lo contrario. En Japón no se manifestaban la pasividad y la decadencia fatalista de China. Eran pueblos muy distintos. A menudo se ha señalado que los chinos viven en el dominio del espacio y los japoneses en el del tiempo. China había concebido en la gran planicie septentrional, donde arraiga su civilización, una cosmología ordenada y majestuosa, y le parecía suficiente asistir a sus lentas evoluciones. Como la mayoría de las culturas orientales, veía la vida en términos de ciclos repetitivos. Japón era una serie de islas alargadas y sinuosas, más parecida a la antigua Grecia; tenía una conciencia casi occidental del desarrollo lineal y se desplazaba de un punto al siguiente con la mayor rapidez posible. Japón poseía un concepto del tiempo y su urgencia que era casi único en las culturas no occidentales y que armonizaba con la importancia asignada socialmente al dinamismo.⁶ Había algo inquietante también en el clima japonés, tan variable e imprevisible como el de Gran Bretaña, pero mucho más violento. Las islas se extienden desde la zona subtropical hasta la subártica; los monzones orientales y los ciclones occidentales se abaten simultáneamente sobre ellas. Como dijo el estudioso alemán Kurt Singer: “Este archipiélago se ve sacudido constantemente por movimientos sísmicos, invadido por las tormentas, rociado y salpicado por las lluvias, envuelto en nubes y brumas[...] Esta forma de existencia no está regida por el espacio, sino por el tiempo, la duración, el cambio espontáneo, la continuidad del movimiento. La rápida sucesión de los extremos climáticos ayuda a explicar, según creen algunos japoneses, las oscilaciones violentas de la conducta nacional”.⁷

Estos atributos nacionales y el hecho de que la industrialización de Japón fue impuesta desde arriba, como resultado de las decisiones conscientes de sus elites, contribuyen a explicar la sorprendente rapidez del progreso japonés. El movimiento no fue una reacción espontánea frente a las fuerzas del mercado, sino un extraordinario consenso nacional, aplicado sin que en apariencia

3 Véase Kurt Singer, *Mirror, Sword and Jewel: a Study of Japanese characteristics*, Londres, 1973, pp. 98-100.

4 Fosco Maraini, *Japan: Patterns of Continuity*, Palo Alto, 1971, p. 191.

5 Chic Nakane, *Japanese Society*, Londres, 1970, p. 149.

6 George Macklin Wilson, “Time and History in Japan”, en Número Especial, “Across Cultures: Meiji Japan and the Western World”, en *American Historical Review*, junio de 1980, pp. 557-572.

7 Singer, op. cit., p. 147; Tetsuro Watsuji, *A Climate: a Philosophical Study*, Tokio, 1961.

hubiera discrepancias. Por lo tanto, se asemejó más al capitalismo de Estado de Rusia, antes de 1914, que al capitalismo liberal de Occidente, aunque en este caso no existían los conflictos entre las clases que desgarraron a la Rusia zarista. Durante el reinado del tenno y su corte, los *gambatsu*, o jefes militares, y los *zaibatsu*, o empresarios, trabajaron en estrecha armonía, de acuerdo con el programa de “un país rico, un ejército fuerte”. Dentro de dos generaciones se formaron enormes grupos industriales: Mitsui, Mitsubishi, Yasuda, Sumitomo, todos estrechamente relacionados con el gobierno Meiji y las fuerzas armadas mediante contratos y subsidios. La guerra de 1914-1918, que privó a Japón de sus tradicionales proveedores europeos y le abrió nuevos mercados, aceleró su avance hacia la autosuficiencia y la madurez industrial. El tonelaje de los buques de vapor aumentó de 1,5 a más de 3 millones de toneladas. El índice de la producción manufacturera, de un promedio de 160 en 1915-1919, saltó a 313 en 1925-1929, y en el área del comercio exterior, el índice (100 en 1913) pasó a 126 en 1919 y a 199 en 1929, mientras las exportaciones se elevaban de 127 a 205 durante los años veinte. En 1930, Japón tenía una población de 64 millones, exactamente el doble de la que había sido al principio de la revolución, en 1868, y el país va mostraba un gran poder industrial.⁸

Si comparamos el desarrollo revolucionario de Japón con el de Turquía, por ejemplo, también promovido desde arriba a partir de 1908, es fácil percibir las ventajas de un país que es un dominio insular, con fronteras naturales, una composición racial, religiosa y lingüística homogénea y, lo que no es menos importante, una sólida y antigua tradición de unidad frente a los extranjeros. Nada de todo esto era atributo de Turquía.⁹ Japón también tenía una importante ventaja económica, que por entonces (y después) a menudo pasó inadvertida: una tecnología intermedia muy desarrollada, con centenares de miles de artesanos hábiles y una tradición de disciplina de taller que se remontaba a muchos siglos.

Sin embargo, Japón también padecía de algunos defectos fundamentales, que reflejaban su arcaísmo. Hasta 1945 carecía de un sistema de leyes codificadas. Tenía máximas, códigos de conducta y conceptos de justicia, expresados en ideogramas, exactamente como en el antiguo Egipto. Pero no poseía un código penal propiamente dicho; no había un sistema de leyes reglamentadas y tampoco un código de derecho común supervisado por los jueces. La relación entre la autoridad y los que estaban sometidos a ella no se manifestaba claramente, a menudo en aspectos importantes. La constitución misma no era una formulación precisa. No imponía un sistema definido de derechos y deberes. El príncipe Ito, que redactó la constitución Meiji, escribió también un comentario acerca de su significado; pero este libro era materia de disputa y a menudo no merecía el favor oficial. La ley no era soberana. ¿Cómo podía serlo en una teocracia? Pero por otra parte, ¿Japón era una teocracia? Ito creía que lo había sido en otros tiempos, pero que ya no lo era; otros adoptaban un punto de vista distinto. La cuestión se mantuvo en la ambigüedad, lo mismo que muchos otros temas legales y constitucionales en Japón, hasta 1946, año en que el emperador anunció públicamente que él no era un dios. Había algo impreciso e improvisado en relación con el sistema total del orden en Japón. Por ejemplo, el honor era más importante que la jerarquía. A veces era apropiado no hacer caso de la ley (en la forma que adoptaba) y desobedecer al superior. Pero nadie podía saber a qué atenerse hasta que llegaba la ocasión. Entonces se formaba un consenso y la conciencia colectiva juzgaba. De ahí que las minorías activistas, sobre todo en las fuerzas armadas, a menudo pudieran desafiar a sus comandantes, incluso al emperador, y merecer el respaldo de la opinión pública.¹⁰

Esta ausencia de líneas divisorias absolutas entre el bien y el mal, la legalidad y la ilegalidad, la ley y el desorden, determinó que Japón fuese especialmente vulnerable al relativismo originado en Occidente después de la primera guerra mundial. Pero esa debilidad se remontaba a un período anterior. Cuando en 1868 Japón se volvió hacia Europa en busca de una orientación pragmática, deseaba descubrir normas de comportamiento internacional tanto como tecnología. ¿Qué halló? La *Realpolitik* de Bismarck. Después vino la rebatiña por África, la carrera armamentista, la ferocidad

8 W. G. Beasley, *The Modern History of Japan*, Londres, ed. 1963, pp. 212-217.

9 Robert E. Ward y Dankwart A. Rustow, eds., *Political Modernization in Japan and Turkey*, Princeton, 1964.

10 Singer, op. cit., pp. 57-58, 71 y ss.

de la máquina bélica de Ludendorff y el culto al poder a través de la violencia, que culminó en el *putsch* triunfante de Lenin.

Los japoneses observaron que la conducta europea, por atroz que fuese, siempre se veía justificada internamente por referencia a cierto conjunto de creencias. Por lo tanto, para fortalecerse en un mundo duro y competitivo, reestructuraron sus propias ideologías, en concordancia con lo que percibían como los principios europeos de utilidad. En efecto, esto implicaba crear una religión oficial y una moral gobernante, es decir el *shinto* y el *bushido*. Hasta aquí, en las cuestiones religiosas, los japoneses habían tenido una actitud sincrética: tomaban elementos de los cultos importados y los utilizaban para fines específicos, budismo, taoísmo, confucianismo, incluso cristianismo, sin atender a su lógica o su consecuencia. Es cierto que el *shinto* ya fue mencionado por primera vez en los anales japoneses durante el reinado de Yomei Tenno (585-587 d. C.). Tenía el significado de dios en un sentido pagano y se remontaba a los ancestrales dioses-sol y diosas-sol, el culto primitivo de los antepasados y la idea de los gobernantes divinos. En este sentido, era una doctrina mucho menos depurada que el budismo y las restantes religiones imperiales de Oriente, y fue sólo uno de los muchos elementos de la cultura religiosa japonesa. Pero era específica y totalmente japonesa y, por lo tanto, podía confluir con las aspiraciones nacionales. De modo que con la revolución Meiji se adoptó la decisión consciente de convertirlo en religión oficial. En 1875 se lo separó oficialmente del budismo y se lo codificó. En 1900, los santuarios *shinto* fueron puestos bajo la guardia del Ministerio de Interior. Se estableció el culto regular del emperador, sobre todo en las fuerzas armadas, y a partir de la década de los veinte se enseñó en todas las escuelas un código nacional de ética, el *kokumin dotoku*. Con cada victoria militar o cada avance imperial de Japón (un ejemplo es la derrota de Rusia en 1904- 1905), se afirmó y desarrolló la religión oficial; resulta significativo que el proceso culminase en 1941, cuando Japón entró en la segunda guerra mundial y organizó ceremonias religiosas tanto privadas como populares y públicas para la nación entera. En resumen, el *shinto* pasó de la condición de culto primitivo, anticuado y minoritario, a la de respaldo de un modesto Estado totalitario, y así, gracias a una ironía peculiarmente odiosa, la religión, que debió servir para oponerse a los horrores seculares de la época, fue utilizada para santificarlos.

Esto no fue todo. Como la religión de un nacionalismo expansionista, el *shinto* fue apuntalado con una versión remozada y militarizada del *bushido*, el antiguo código de los caballeros de la nobleza. En los primeros años del siglo, un profesor samurai, el doctor Inazo Nitobe, afirmó que *bushido* significaba “contentarse con la posición que uno ocupa en la vida, aceptar el estado natal irreversible y cultivarse en el marco de ese lugar asignado, ser fiel al jefe de la familia, enaltecer a nuestros antepasados, entrenarse en las artes militares mediante el cultivo y la disciplina del cuerpo y la mente”.¹¹ Pero hasta el siglo XX hubo pocas referencias al *bushido*. Algunos dudaban de su existencia misma. En un ensayo titulado *La intención de una nueva religión*, publicado en 1912, el profesor Hall Chamberlain escribió: “Como institución o código de normas, el *bushido* jamás existió. Las reseñas acerca de él han sido inventadas totalmente, sobre todo para el consumo extranjero [...] Se desconocía el *bushido* hasta hace aproximadamente una década”.¹² Es posible que haya sido una serie de ejercicios religiosos, accesibles para muy pocos. Sea como fuere, durante la década de los veinte se popularizó como código del honor militar, identificado con el nacionalismo y el militarismo extremos, y se convirtió en la justificación de las prácticas más grotescas: primero, el asesinato de individuos, y después, la crueldad infligida en forma masiva y la masacre. Los “caballeros del *bushido*” formaban la dirección militante del sintoísmo totalitario, el equivalente en el marco oriental de las “élites de vanguardia” de Lenin y Mussolini, los camisas negras, los camisas pardas y los chekistas europeos. Representaban la “fuerza moral rectora de [este] país [...] la totalidad de los instintos morales de la raza japonesa”, según la versión de Nitobe.¹³ Tenemos aquí un concepto, por el tono superficialmente moralista, por completo

11 I. Nitobe, *Bushido*, Londres, 1907; véase también sir George Sansom, *Japan: a short cultural history*, Nueva York, 1943, p. 495.

12 B. Hall Chamberlain, *Things Japanese*, Londres, 1927, p. 564.

13 En William Stead, ed., *Japan by the Japanese*, Londres, 1904, pp. 266, 279.

relativista, que era peligrosamente afín a lo que Lenin denominó “la conciencia revolucionaria” y Hitler la “moralidad superior del partido”.

Esta nueva metafísica del militarismo y la violencia, que como entidad organizada sin duda no tuvo precedentes en la historia japonesa, en teoría debía aparecer acompañada por el desarrollo sistemático de las instituciones políticas occidentales. En 1876 se procedió a dispersar a la clase de los samurais, los que perdieron sus estipendios y el derecho de portar espada; la última revuelta feudal fue sofocada al año siguiente. Durante la década de 1870 se crearon partidos de estilo occidental y se procedió a la publicación de diarios; en 1884 nació una nueva nobleza de estilo británico, con su lote de barones, vizcondes y marquesas, y al año siguiente se instauró el sistema de gabinete. En la elección de la primera Dieta, en 1890, sólo votaron 400.000 individuos de un total de 40 millones. En 1918, la “calificación impositiva de los tres yens” elevó esa cifra a 3,5 millones de un total de 60 millones. En 1925 se dictó en Japón la Ley de Sufragio Masculino, que otorgó el voto a todos los hombres mayores de veinticinco años y elevó el caudal de sufragantes a 13 millones de individuos.

Pero las instituciones autoritarias avanzaron *pari passu* con la democracia. En 1875 se dictó una ley de prensa sumamente restrictiva. En 1880 se impuso la supervisión policial de los partidos políticos. La constitución de 1889 fue intencionadamente restrictiva, para obtener, según su autor, el príncipe Ito, “una solidez compacta de la organización y la eficiencia de su actividad administrativa”.¹⁴ Se equilibró la Dieta con una poderosa Cámara de los Pares y el gabinete con la institución del *genro*, un grupo de ex primeros ministros y estadistas que asesoraban directamente al tenno. Quizá lo que es todavía más importante, se dictó un reglamento, elaborado en 1894 y confirmado en 1911, en el sentido de que los ministros del ejército y la armada debían ser oficiales en servicio, designados por los respectivos estados mayores. Esto significaba no sólo que el ejército y la armada eran independientes del control político (los jefes de Estado Mayor tenían acceso directo al tenno), sino que cada servicio podía vetar al gabinete civil si se negaba a designar a su propio ministro. Este poder fue usado con frecuencia y siempre se mantuvo en una especie de segundo plano. Por lo tanto, el gobierno en realidad era responsable únicamente de los asuntos civiles, y el ejército y la armada dirigían su propia actividad, la que a menudo y a partir de la década de los veinte gravitó cada vez más sobre la política exterior. Como el ejército y la armada no estaban sometidos al control civil y los oficiales con mando en los teatros de operaciones no siempre se creían obligados a obedecer a sus superiores nominales de Tokio, hubo ocasiones en que Japón se acercó a un estado de anarquía militar más que a cualquier otro tipo de sistema.

La dificultad consistió en que Japón desarrolló lentamente el tipo de conciencia civil que en Europa fue el producto de la vida urbana y del concepto burgués de los derechos. La ciudad misma era una importación. Incluso era, y hasta hace muy poco tiempo continuó siendo, una enorme acumulación de aldeas. Sus ciudadanos exhibían reflejos y formas de adhesión rurales y no urbanos. Aunque la revolución Meiji destruyó el feudalismo, éste sobrevivió en una versión bastarda. Todos, de arriba hacia abajo, se sentían seguros sólo como parte de un clan o *batsu*. Era y es usual que los japoneses extiendan los esquemas propios de la conducta de familia a situaciones más amplias. El término *habatsu*, es decir “facción permanente”. Fue aplicado a cada nueva actividad a medida que ésta nacía: escuelas de pintura, de lucha o de adornos florales; más tarde, después de 1868, se aplicó a las firmas industriales y después de 1890, a la política. La expresión japonesa *oyabun-kobun*, que significa la relación padre-hijo o jefe-adepto, se convirtió en el cemento de este feudalismo bastardo en el área de la política; así, un hombre servía o demostraba lealtad a cambio de una parte de los posibles despojos. Los japoneses no distinguían con claridad entre los agrupamientos propios de la familia y los que nada tenían que ver con ella, pues la perpetuación del linaje de la familia mediante la adopción parecía mucho más importante que la perpetuación de la línea de sangre.¹⁵ Ozaki Yukio, el más duradero de los políticos japoneses, que participó en la primera elección general de 1890 y alcanzó a ocupar una banca en la primera Dieta que siguió a 1945, escribió en 1918 que en

14 Ito Hirobumi, “Some Reminiscences”, en S. Okuma, ed., *Fifty Years of New Japan*, 2 vols., Londres, 1910, I, p. 127.

15 Chic Nakane, *Kinship and Economic Organization in Rural Japan*, Londres, 1967; y *su Japanese Society*, Londres, 1970.

Japón “los partidos políticos, que deberían fundarse y disolverse únicamente sobre la base de principios y opiniones políticas, son en realidad cuestiones vinculadas con las conexiones y los sentimientos personales, de modo que las relaciones entre el jefe y los miembros del partido son análogas a las que había entre un señor feudal y sus vasallos”.¹⁶ Los partidos de masas de la izquierda, basados en intereses económicos universales, tal vez modificaron este esquema, pero la ley de Preservación de la Paz de 1925, el mismo año en que se sancionó el sufragio masculino en Japón, otorgó a la policía un poder tan formidable para combatir a la subversión marxista que, inhibió el desarrollo de estas corrientes. Hasta después de 1945 ningún partido de izquierda obtuvo nunca más de 500.000 votos.

En consecuencia, los partidos políticos japoneses fueron mafias legales que inspiraban escaso respeto y no ofrecían una alternativa moral para las instituciones nacionales remozadas según formas totalitarias. El soborno era una práctica general, pues las elecciones eran costosas (25.000 dólares por una banca en el período entre las dos guerras) y la retribución, reducida. La corrupción abarcaba desde la venta de los títulos de nobleza a la especulación con tierras en el nuevo barrio de Osaka, dedicado a los prostíbulos. El Seiyukai, uno de los dos principales partidos, estaba financiado por los capitales del ferrocarril manchuriano, y el Kenseikai, el otro, por Mitsubishi, en ambos casos de manera ilegal. Tres de los jefes políticos más destacados, Hara (el primer plebeyo que ocupó el cargo de primer ministro), Yamamoto y Tanaka, eran culpables de corrupción lisa y llana.¹⁷ Los políticos no ofrecían figuras atractivas, comparados con los militaristas sometidos al *bushido*. A menudo luchaban, pero sólo en el marco de riñas indecentes en la Dieta, a veces con la ayuda de rufianes alquilados. Como observó en 1928 un testigo ocular británico: “Caballeros acalorados, vestidos de levita pero calentados interiormente por tragos demasiado copiosos de *sake*, rugían y tronaban, y las discusiones a menudo culminaban cuando se abalanzaban sobre el estrado y el orador que lo ocupaba en ese momento se veía arrastrado a una especie de lucha libre”.¹⁸

Además, si el feudalismo bastardo perduró en la Dieta, también floreció fuera de ese cuerpo en la forma de sociedades secretas, que constituían una vertiente alternativa de la actividad política: eran grupos antidemocráticos, inconstitucionales, que apelaban a la acción directa y utilizaban armas en lugar de argumentos. Cuando los samurais perdieron sus estipendios tuvieron que buscar trabajo o agruparse, y ofrecer sus servicios al mejor postor. En 1881, un grupo de ellos formó la Genyosha, la primera de las sociedades secretas que pronto comenzó a actuar indirectamente en política, aportando matones para manipular las elecciones de la Dieta o bien para asesinar a los candidatos rivales. En 1901, Mitsuru Toyama, un hombre de la Genyosha, fundó el notorio Kokuryukai o Dragón Negro, prototipo de muchas sectas ultranacionalistas violentas. Pero la verdadera expansión de la política de las pandillas sobrevino después de la guerra de 1914-1918, la que parece haber inaugurado una era de violencia política casi en todas partes.

No ha sido posible aclarar si los japoneses se inspiraron en la Alemania de Weimar o en la Italia de Mussolini. En todo caso, a semejanza de los fascistas europeos, utilizaron la violencia leninista como excusa para promover su propia violencia. Lo más inquietante era la superposición parcial de estas sociedades y de la política inconstitucional y, un aspecto más siniestro, de los militares. Así, la Dai Nihon Kokusuiikai, la Sociedad de la Esencia Nacional del Japón que fue fundada en 1919 y que utilizaba conceptos de las formas imbuidas de totalitarismo del *shinto* y el *bushido*, incluía entre sus miembros a tres futuros primeros ministros y a varios generales. Esta organización era relativamente respetable. Otras no eran más que pandillas de rufianes. Algunas profesaban un extremismo idéntico al de los sindicalistas revolucionarios de Italia o al de los primeros nazis en Alemania. De este modo, la Yuzonsha, fundada por Kita Ikki en 1919, proponía un plan nacionalsocialista de nacionalización de la industria y de división de las grandes propiedades, con el fin de preparar a Japón para “el liderato de Asia”; Japón debía realizar su expansión a costa de Gran Bretaña, “la millonaria”, y de Rusia “la gran terrateniente”, y así se colocaría a la cabeza del “proletariado de las naciones”. Otras sociedades radicales incluían a los nacionalistas agrarios, que

16 Ozaki Yukio, *The Voice of Japanese Democracy*, Yokohama, 1918, p. 90.

17 Beasley, op. cit., pp. 226-227.

18 A. M. Young, *Japan under Taisho Tenno*, Londres, 1928, p. 280.

deseaban destruir totalmente la industria y a la Ketsumedian, dirigida por Inoue Nissho, dedicada al asesinato de industriales y financistas.¹⁹

Virtualmente todas estas sociedades practicaban el asesinato o mostraban hacia él una tolerancia extraordinaria. Podría decirse que, si bien el concepto de la rebelión feudal se extinguió durante la década de los setenta, el asesinato fue su continuación a través de otros medios.

Quizá los samurais ya no podían imponer su voluntad como antes; pero algunos grupos de estos hombres se reservaban el derecho de manifestar sus objeciones políticas, no a través de la urna, que les parecía indigna, sino mediante la espada y la daga, y después que se popularizó, durante los años de la década del veinte, de la metralleta Thomson. En realidad, el samurai siempre había utilizado a culíes-gangsters para aterrorizar a sus campesinos. Ahora, sus *kais*, o pandillas modernizadas, alquilaban sus servicios a los *gumbatsu* o a los *zaibatsu* para poder imponer su voluntad a los ministros. Aún más inquietante era el hecho de que, en 1894, los *kais* trabajaban en coordinación con la Kempei-Tai, la Policía Especial de Defensa de la Seguridad del Estado. Estos hombres se subordinaban directamente al Cuartel General Imperial, no al gobierno; podían retener detenidas a las personas durante 121 días sin acusación formal u orden de arresto, y estaban autorizados a utilizar la tortura para arrancar confesiones. A menudo la Kempei-Tai practicaba arrestos después de denuncias secretas presentadas por el *kais*.²⁰

Ciertamente, el *kais* representó muchos papeles en la sociedad japonesa; a veces defendió la seguridad del Estado y otras aportó pandillas protectoras; por ejemplo, en la nueva industria cinematográfica, donde las sangrientas batallas entre pandillas, libradas con pesadas espadas, fueron una especie de contrapunto oriental a episodios como la masacre del día de San Valentín en la Chicago contemporánea.²¹ Mitsuru Toyama, el más notorio jefe de pandillas, fundador del Dragón Negro, representó un papel extrañamente ambivalente en la sociedad japonesa. Nacido en 1855, tenía los modales afectados de un caballero y de un señor de *bushido*. De acuerdo con Hugh Byas, corresponsal del *New York Times*, parecía “uno de los hermanos Cheeryble, exudaba benignidad y destacaba mucho el hecho de que su credo no le permitía matar ni un mosquito”. Matar a políticos era otro asunto. No sólo organizó asesinatos sino que protegió a otros asesinos conocidos en su casa, donde la policía no se atrevía a entrar. Entre ellos estuvo Rash Behari Bose, buscado por los británicos por el intento de asesinato del virrey lord Hardinge en 1912. Cuando al fin falleció, con más de noventa, cargado de años y maldad, el *Tokyo Times* publicó un suplemento especial en su honor.²² Esta actitud fue característica de la tolerancia japonesa frente a las ilegalidades más flagrantes y perversas, siempre que invocaran el honor. Las propias víctimas ayudaban a perpetuar el sistema. De esta manera, el gran estadista liberal Ozaki Yukio, aunque amenazado constantemente de muerte, compuso un poema que contenía estos versos derrotistas: “Loados sean los hombres que puedan atentar contra mi vida/ si su motivo es morir por la patria”.²³

Por lo tanto, en Japón no siempre se castigaba severamente el asesinato político. A veces no se lo castigaba en absoluto. Y lo que es más importante, la sociedad no lo reprobaba moralmente. Por lo tanto, llegó a ser cada vez más habitual. De los miembros del gobierno original de la restauración Meiji, uno fue asesinado, otro empujado al *harakiri* y el príncipe Ito, arquitecto de la constitución, fue asesinado pese a los esfuerzos de su concubina. De los primeros ministros del Taisho Tenno, entre los años 1912 y 1926, el conde Okuma, el vizconde Takahashi y Hara fueron asesinados; durante el régimen de Hirohito, entre 1926 y 1945, tres primeros ministros murieron de este modo: Hamaguchi, Inukai y el almirante Saito, además de una docena de ministros del gabinete.²⁴ Algunos políticos aceptaban más estoicamente que otros los riesgos de su profesión. Pero el temor de ser asesinado sin duda disuadía a los ministros de la idea de impulsar la legislación reformista. Cuando el escritor David James preguntó al primer ministro Hara en 1920 por qué no anulaba la

19 Beasley, op. cit., pp. 237-239.

20 James, op. cit., p. 162.

21 Hugh Byas, *Government by Assassination*, Londres, 1943, pp. 173-192.

22 Ibid., pp. 173-192.

23 Citado en Harold S. Quigley y John E. Turner: *The New Japan: Government and Politics*, Minneapolis, 1956, p. 35.

24 James, op. cit., Apéndice VIII, p. 376.

reglamentación policial que condenaba con seis meses de cárcel la incitación a la huelga, Hara contestó: “No me propongo cometer *hara-kiri* en este momento”. Cuando Hara fue apuñalado mortalmente al año siguiente, en la estación Shimbashi de Tokio, su “delito” consistió en que siendo nada más que un civil, había asumido la dirección de la Oficina Naval mientras el ministro, que era el almirante Kato, asistía a la Conferencia Naval de Washington.²⁵ El propio tenno no estaba a salvo de las acusaciones de falta de patriotismo. Hubo un intento contra la vida de Hirohito en 1923 y es indudable que este hombre, naturalmente tímido, abandonó la idea de ofrecer a los primeros ministros civiles el apoyo que tenían derecho a esperar bajo la constitución y que procedió así por temor a sus propios oficiales.

La situación se deterioró después de 1924-1925, cuando las reformas militares incorporaron un nuevo tipo de oficial, reclutado en las filas de los funcionarios de menor jerarquía, los tenderos y los pequeños campesinos. Estos hombres sentían escaso respeto por la autoridad tradicional o por sus propios comandantes supremos, y estaban imbuidos de los conceptos leninistas y fascistas de violencia política, sobre todo de la nueva versión totalitaria del *bushido*. Aunque eran muy capaces de amenazar con la muerte a Hirohito, aludían a su “restauración” en el poder. Lo que deseaban era la dictadura militar con un gobierno imperial de carácter nominal. Para ellos la palabra clave era *kokutai* o “política nacional”, y el político que fuese culpable de la más mínima deslealtad al *kokutai* podía darse por muerto.²⁶ La mayoría provenía de las áreas rurales, donde el nivel de vida se había deteriorado durante los años veinte y las jóvenes tenían que salir a trabajar sin más retribución que la comida, pues no podían pagarse salarios. Sus hermanos en el ejército ardían de odio y su violencia gozaba de amplio apoyo público.²⁷

En estas circunstancias, el gobierno de los partidos civiles gradualmente se derrumbó y las elecciones llegaron a carecer de sentido. En 1927 y nuevamente en 1928, el ejército obligó a los primeros ministros a abandonar el cargo. En 1930, el primer ministro Hamaguchi Yuko recibió el mandato de reducir las fuerzas armadas y fue muerto a tiros tan pronto intentó hacerlo. Su sucesor fue obligado a renunciar en relación con el mismo asunto. El primer ministro siguiente, Inukai Ki, que de nuevo intentó oponerse a las fuerzas armadas, fue asesinado en mayo de 1932 por un grupo de oficiales militares y navales. En realidad, los asesinos planeaban matarlo al mismo tiempo que a Carlitos Chaplin, que se encontraba de visita en Tokio y estaba invitado a tomar el té con el primer ministro. El jefe naval dijo al juez: “Chaplin es una figura popular en Estados Unidos y el mimado de la clase capitalista. Creíamos que si lo matábamos podíamos provocar una guerra con los Estados Unidos”. Cuando se sometió a juicio a los asesinos, la defensa alegó que, como el honor y el futuro de esos hombres estaba en juego, el asesinato era una forma de autodefensa. La defensa presentó al juez 110.000 cartas, muchas escritas con sangre, que solicitaban clemencia. En Niigata, nueve jóvenes se cortaron el dedo meñique como prueba de sinceridad y enviaron los dedos al ministro de guerra, conservados en un jarro de alcohol.²⁸ Las sentencias leves de este juicio y de muchos otros recuerdan las farsas judiciales en que se juzgaron a los asesinos derechistas durante los primeros años de la Alemania de Weimar.²⁹

La quiebra del gobierno constitucional en Japón no podía considerarse un asunto interno, pues estaba inextricablemente relacionada con los objetivos de la política exterior. Para la mayoría de los japoneses, la expansión territorial era un elemento esencial para el ingreso en el mundo moderno. ¿Acaso la totalidad de las restantes potencias industriales no tenían un imperio? Era tan necesario como las plantas siderúrgicas y las corazas de hierro. En el caso de Japón, había razones suplementarias y apremiantes: la pobreza del país, su falta casi total de recursos naturales y el aumento rápido e imparable de la población. En 1894-1895, Japón atacó China y se apoderó de Corea, Formosa (Taiwán) y Puerto Arturo. Se vio obligado a entregar este último lugar a causa de la

25 Ibid., pp. 163-164.

26 Richard Storry, *The Double Patriots*, Londres, 1957, p. 52. 27 A. M. Young, *Imperial Japan 1926-1928*, Londres, 1938, pp. 179-180.

27 A. M. Young, *Imperial Japan 1926-1928*, Londres, 1938, pp. 179-180.

28 Byas, op. cit., pp. 17-31, 41-42.

29 Para ejemplos, véase Young, *Japan under Taisho Tenno*.

intervención tripartita de Rusia, Alemania e Francia. Su respuesta fue duplicar la magnitud de su ejército y alcanzar la autonomía en el campo de los armamentos, meta que alcanzó hacia 1904. De inmediato envió un ultimátum a Rusia, ocupó Puerto Arturo y ganó la destructiva batalla naval de Tsushima en mayo de 1905; de ese modo conquistó la supremacía comercial en Manchuria y se adueñó de las islas Sajalin (Karafuto) como parte del arreglo. En 1914 entró en la guerra con el único propósito de apoderarse de los puertos y de la propiedad de Alemania en China, y al año siguiente presentó al gobierno chino una serie de reclamos (las “veintiuna demandas”) que, de hecho, lo convirtieron en la potencia colonial y comercial preponderante en la región. Este predominio se vio confirmado por el Tratado de Versalles, que le aportó Shantung y una serie completa de islas del Pacífico en la condición de mandatos.

Ahora Japón afrontaba un dilema. Estaba decidido a expandirse, pero, ¿bajo qué banderas? Su revolución Meiji era en el fondo una iniciativa anticolonial, destinada a facilitar su propia preservación. Su intención original cuando se apoderó de Corea era evitar que cayese en manos de los europeos y afirmarse como líder comercial, político y militar de una “Liga del Asia Oriental”, una alianza defensiva que modernizaría el Asia oriental e impediría la ulterior penetración occidental. De ese modo, Japón se convertiría en la primera gran potencia anticolonial, un papel representado por Rusia después de 1945, y en el proceso adquiriría (como lo ha hecho Rusia) una familia de aliados dependientes y satélites. La dificultad consistía en que China, cuya cooperación resultaba esencial, nunca demostró el más mínimo deseo de suministrarla, pues veía en Japón una soberanía menor y un depredador feroz, en cierto sentido más temible porque estaba más próximo que cualquiera de las potencias europeas. De todos modos, Japón nunca abandonó del todo esta línea de conducta. Se reflejó en su reclamo de una cláusula de igualdad racial en el pacto de la Liga, en su piadosa insistencia en que todas sus actividades en China se desarrollaban en beneficio de los propios chinos y, durante la guerra de 1941-1945, en la creación de gobiernos títeres en los territorios que ocupaba, unidos todos en la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental. Estas actitudes no eran totalmente ficticias, pero no podían cobrar realidad, o por lo menos prevalecer, mientras Japón se viese obligado a luchar y a conquistar China para convertirla en un “socio”.³⁰

En caso de cerrarse esa vía, ¿Japón debería ser una potencia colonial como las restantes? Tal era la posición del Ministerio de Relaciones Exteriores japonés, la corte de Hirohito y el régimen político liberal. Pero implicaba contar con un aliado y, sobre todo, con Gran Bretaña, el más importante y respetable de los imperios existentes. Gran Bretaña ansiaba la estabilidad, y sin duda podían hallarse medios que aportasen a Japón intereses y posesiones suficientes para unirla también a un sistema estable. Mientras Gran Bretaña fuese el aliado de Japón, éste tendría un interés fundamental en preservar su propia respetabilidad interna, la rectitud de los procedimientos constitucionales y el imperio del derecho, es decir todo lo que Gran Bretaña le había enseñado.

Tal fue la razón por la que la destrucción de la alianza anglojaponesa por parte de Estados Unidos y Canadá en 1921-1922 resultó fatal para la paz en el Lejano Oriente. La idea de que podía ser reemplazada por el Tratado Naval de Washington y por el ulterior Tratado de las Nueve Potencias de febrero de 1922 (también firmado por Bélgica, Italia, los Países Bajos y Portugal), que garantizaba la integridad de China, era una fantasía, pues el segundo acuerdo no incluía cláusulas de aplicación, ni siquiera en teoría, y el primero, en la práctica, desechaba el tema de la imposición de sus normas. El resultado neto fue colocar a Japón en el papel de depredador potencial y apartarlo del círculo encantado de las potencias “prósperas” respetables. La influencia de Gran Bretaña se disipó y Estados Unidos, que asumió el papel de protector de China, se convirtió en el enemigo irreconciliable de Japón.³¹ En lo interno, la consecuencia fue desplazar el poder en Japón, arrebatado al Ministerio de Relaciones Exteriores, cuyos amigos extranjeros lo habían dejado caer, para favorecer a los militares más jóvenes, imbuidos del celo fanático de marchar solos, una actitud que, de todos modos, estaba implícita en el *shinto* totalitario.

Sin embargo, había razones más prosaicas que acentuaban la desesperación nacional. Japón no

30 Joyce Lebra, *Japan's Greater East-Asia Co-Prosperity Sphere in World War Two*, Londres, 1975.

31 M. D. Kennedy, *The Estrangement of Great Britain and Japan 1917-1935*, Manchester, 1969.

podía responder a sus propias necesidades alimenticias. En 1868, con una población de 32 millones de habitantes, que consumían anualmente un promedio de 4 *bushels* de arroz por cabeza, Japón se arreglaba con 3 millones de hectáreas cultivadas, y cada una de ellas rendía 20 *bushels*. En 1940, desplegando esfuerzos y cualidades realmente prodigiosos, había elevado el rendimiento por hectárea a 80 *bushels*, había habilitado cada centímetro de tierra marginal y había elevado la superficie cultivada con arroz a 4 millones de hectáreas. Pero mientras tanto, el consumo medio se había elevado a 5,3/4 *bushels* anuales —no mucho, por cierto— y la población a 73 millones, de modo que Japón padecía un déficit de 65 millones de *bushels* de arroz anuales. La productividad agrícola ya había dejado de aumentar a principios de los años veinte y no había modo de acrecentarla. De manera que entre el período de preguerra de 1910 a 1914 y el final de los años veinte, las importaciones de arroz se triplicaron.³² Había que pagarlas con las exportaciones principalmente textiles de Japón, que ya afrontaban una competencia y unos aranceles aduaneros implacables.

En realidad, la emigración no constituía una alternativa para los japoneses. Los tratados les impedían la entrada en Estados Unidos ya desde 1894; fueron el primer grupo nacional que soportó este tipo de control. Hacia 1920 había 100.000 japoneses en Estados Unidos, principalmente en California, y otros 100.000 en Hawái; cuatro años después, el terror norteamericano ante el “peligro amarillo” originó leyes que impidieron que los japoneses recibiesen la ciudadanía norteamericana, lo que, de acuerdo con la nueva ley de inmigración, los excluía automáticamente incluso de la entrada en el país. La ley australiana de inmigración tenía el mismo carácter restrictivo y apuntaba de manera intencionada a Japón. La actitud de los gobiernos norteamericano y australiano, que por supuesto reflejaba el abrumador sentimiento público, provocó especial amargura en la comunidad comercial japonesa, que gozaba de un prestigio semejante al europeo en Asia. A mediados de los años veinte, incluso algunos de los políticos “respetables” comenzaron a pensar que no había un modo pacífico de resolver el dilema. En su libro *Alocuciones a los jóvenes*, Hashimoto Kingoro escribió:

... hay sólo tres modos de que Japón alivie la presión del exceso de población: la emigración, el avance en los mercados mundiales y la expansión territorial. La primera puerta, la emigración, nos ha sido cerrada por las medidas inmigratorias antijaponesas de otros países. La segunda puerta [...] está siendo clausurada por los aranceles aduaneros y la abrogación de los tratados comerciales. ¿Qué deberá hacer Japón cuando se le hayan cerrado dos de las tres puertas?³³

Se formuló más enérgicamente la misma idea en la propaganda difundida por los *kais*, pagada con los fondos secretos del ejército y la armada. Fue el tema de Sadao Araki, quien en 1926 era el jefe de los grupos de oficiales jóvenes y el evangelista del *kodo*, “el modo imperial”, la nueva forma militante del *shinto* expansionista. ¿Por qué, preguntaba Araki, Japón, que tiene que alimentar a bastante más de 60 millones de bocas, debe contentarse con 368.480 kilómetros cuadrados, gran parte de ellos estériles? Australia y Canadá, con 6,5 millones de habitantes cada una, tenían 7.770.000 y 9.065.000 kilómetros cuadrados respectivamente. Estados Unidos tenía 7.770.000 kilómetros cuadrados, Francia un imperio colonial de 9.842.000 kilómetros cuadrados, Gran Bretaña (aun sin los dominios o India) 5.670.000 kilómetros cuadrados,

Bélgica 2.230.000 kilómetros cuadrados, Portugal 2.072.000 kilómetros cuadrados. Araki señalaba que, además de sus enormes territorios metropolitanos, Estados Unidos tenía el de las colonias. ¿Dónde estaba la justicia natural de estas enormes discrepancias? No era que los japoneses fuesen codiciosos. Vivían de pescado y arroz, y con poco de las dos cosas. Mostraban una ingeniosa economía en el empleo de todos los materiales. Hacia mediados de los años veinte estaban

32 James, op. cit., p. 16; Beasley, op. cit., p. 218.

33 Citado en W. T. deBary, ed., *Sources of the Japanese Tradition*, Nueva York, 1958, pp. 796-797.

próximos a los límites de sus recursos y una década más tarde ya habían superado ese límite. Detrás del atavismo romántico de las pandillas militares, de sus posturas y sus jactancias criminales, se delineaba un enorme y muy auténtico sentimiento de agravio nacional, compartido prácticamente por todos los japoneses; a diferencia de los alemanes, muchos millones de japoneses padecían realmente el hambre.

Pero la ironía del caso es que Japón, por lo menos en primera instancia, no intentó corregir la injusticia atacando a las ricas potencias occidentales, cuyas medidas raciales sumaban el insulto a la falta de equidad, sino imponiendo una forma suplementaria de opresión a lo que lord Curzon denominó “la gran masa de China, inerte, desesperada e impotente”³⁴ Por supuesto, también aquí las potencias europeas habían dado el ejemplo. Formularon toda clase de razones para justificar la imposición de tratados a China y la ocupación de sus puertos fluviales, pero la única justificación real era la fuerza superior. A veces manifestaban explícitamente esta posición. En 1900, el mensaje del káiser, que ordenaba a las tropas alemanas rescatar a las legaciones sitiadas en Pekín, decía lo siguiente: “No den cuartel. No tomen prisioneros. Luchen de tal modo que durante 1.000 años ningún chino se atreva a mirar desafiante a un alemán”.³⁵ Las restantes potencias se comportaron del mismo modo, por lo general sin la retórica. Si el dominio de la fuerza era la ley de las naciones en China, ¿por qué solamente a Japón se le negaba el derecho de aplicarla? Japón no podía aceptar que la Gran Guerra hubiese cerrado la era del colonialismo. Para él, este período apenas comenzaba. China era el destino manifiesto de Japón. Su principal banquero, Hirozo Mori, escribió: “La expansión hacia el continente es el destino del pueblo japonés, decretado por el Cielo, y ni el mundo ni nosotros, los japoneses, podemos evitarlo o modificarlo”.³⁶

Pero había otra razón para atacar China, que anidaba en las raíces del impulso dinámico japonés. “Se muestran sobremanera sensibles”, escribió Kurt Singer, “al olor de la descomposición, por bien disimulado que esté, y atacarán al enemigo cuyo núcleo parezca trasuntar cierta falta de firmeza [...] Su disposición, pese a los obstáculos aparentes, a atacar en donde puedan olfatear la descomposición, los convierte en auténticos sucesores de los hunos, los bávaros, los mongoles y otros ‘azotes de Dios’”.³⁷ Este instinto de tiburón que los llevó a golpear a los enfermos reveló su eficacia en el ataque a la Rusia zarista. Sería el origen del riesgo extraordinario que asumieron para alcanzar la supremacía en Asia y el Pacífico en 1941. Ahora, durante los años veinte, habría de llevarlos irresistiblemente a China, donde el hedor de la gangrena social y nacional era inconfundible.

El aprieto en que se encontraba China era el resultado de la creencia optimista, común a los intelectuales de la izquierda, según la cual las revoluciones resuelven más problemas que los que originan. En el siglo XIX, las grandes potencias habían intentado entrar en China y modernizarla, o, como pensaban los chinos, saquearla. Habían impuesto “tratados desiguales” y la dinastía manchú no había tenido más remedio que aceptarlos. El sistema imperial de gobierno, que había durado 3.000 años, podía ser considerado de dos modos. Representaba el principio de unidad, que no podía ser sustituido fácilmente en un dilatado país que tenía pocos centros naturales de unidad, pues su pueblo hablaba muchos idiomas distintos, aunque gracias al servicio civil imperial los hombres educados compartían una escritura común de ideogramas. También podía considerárselo como el principio de la debilidad que hacía posible la penetración extranjera. Incapaz de reformarse o de modernizarse, había permitido que sucediese lo que la clase gobernante japonesa había impedido con éxito. Si China no podía realizar una revolución desde arriba, necesitaría una revolución desde abajo.

Ésta era la posición de los intelectuales que formulaban opiniones radicales y cuyo líder era Sun Yat-sen, un hombre educado en Occidente. A semejanza de Lenin, había pasado gran parte de su vida en el exilio. En 1896, el personal de la Legación Imperial China en Londres lo secuestró. Proyectaban embarcarlo de regreso como un lunático en un buque fletado especialmente, y una vez

34 James, op. cit., p. 166.

35 Ibid., p. 134.

36 Ibid., p. 138.

37 Singer, op. cit., pp. 39-40.

en Pekín lo habrían torturado hasta la muerte, es decir, le habrían aplicado el castigo que se reservaba a quienes conspiraban contra el Trono del Dragón. Pero desde su encierro en el último piso de la Legación, en la esquina de Portland Place y la calle Wymouth, Sun había arrojado monedas de media corona envueltas en papeles con mensajes escritos. Uno fue recogido por un criado negro, que lo llevó a la policía; poco después el primer ministro, lord Salisbury, consiguió liberar a Sun.³⁸ Más tarde, Sun regresó a China. En el mismo momento en que Lenin estaba promoviendo su teoría de la “elite de vanguardia” para justificar la actitud de los intelectuales de la clase media que impulsaban hacia la revolución a un proletariado en general inexistente, y los mentores de Mussolini realizaban experimentos con el “sindicalismo revolucionario”, Sun fundaba una sociedad secreta, la Hsing Chung Hui. Estaba basada en parte en modelos europeos y en parte en modelos japoneses, y su propósito, como el de Lenin, era derrocar mediante la fuerza a la autocracia imperial. La nueva organización aprovechó las hambrunas y el fracaso de las cosechas de arroz, asesinó a gobernadores provinciales, a veces capturó ciudades o desencadenó rebeliones más amplias en 1904 y 1906. Su oportunidad llegó cuando la muerte de la emperatriz viuda Tzu Hsi, en 1908, dejó el trono a Pu Yi, un niño de dos años. Se procedió a convocar una asamblea nacional. Existía la posibilidad de crear una monarquía constitucional que habría incorporado el principio democrático al mismo tiempo que conservaba el principio unificador de la democracia, pero sin sus abusos. Pero el doctor Sun no quiso saber nada con eso. El 29 de diciembre de 1911 fundó una república en Nankín, y él mismo ocupó el cargo de presidente; seis semanas después abdicaban los manchúes, la última de las dinastías chinas.

Así se vio destruido el principio de la legitimidad; dejó un vacío que podía llenarse únicamente apelando a la fuerza. Este aspecto fue observado por un joven campesino, Mao Tse-tung, que tenía diecisiete años en 1910, cuando en su aldea de Hunan oyó la noticia de la muerte de la emperatriz, dos años después del hecho. Cuando llegó la revolución, se cortó la coleta y se incorporó al ejército; descubrió que en China era necesario contar con un ejército para conseguir algo, un *aperçu* que Mao nunca olvidó.³⁹ El caviloso doctor Sun llegó a la misma conclusión un poco después; entonces traspasó la presidencia al último comandante de las tropas imperiales, el general Yuan Shih-kai. El general Yuan casi seguramente se habría autodesignado emperador y habría fundado una nueva dinastía, tal como lo habían hecho en China muchos hombres fuertes. Pero murió en 1916, se perdió la causa de la monarquía y China se embarcó en lo que Charles de Gaulle denominaría después *les délices de la anarchie*.

El propósito del derrocamiento de la monarquía era restablecer las posesiones de China de acuerdo con las fronteras de 1840, unificar la nación y rechazar al extranjero. En todos los casos consiguió el resultado opuesto. En Mongolia exterior, el Hutuku de Urga se declaró independiente y firmó un tratado secreto con Rusia (1912), un realineamiento que nunca fue modificado. En 1916, cinco provincias más habían optado por el gobierno propio. Japón invadió Manchuria y el forte, así como muchas regiones costeras. Las restantes grandes potencias fijaron sus “esferas de influencia” en reuniones de las que se excluyó a China. La única fuente fidedigna de ingresos que el gobierno republicano poseía (cuando tenía alguno) era lo que restaba de las antiguas Aduanas Marítimas Imperiales, organizadas por el irlandés sir Robert Hart y administradas por europeos, principalmente británicos, que controlaban las costas y los ríos navegables, mantenían las boyas, los faros y las cartas de navegación, y recaudaban los derechos. El resto del sistema impositivo oficial naufragaba en la corrupción. Y como no había dinero, no podía existir un ejército unificado.

Además, la destrucción de la monarquía asestó un golpe fatal a la antigua nobleza rural china. Sus miembros perdieron sus privilegios legales e inmediatamente trataron de crear un sistema de feudalismo bastardo (como en Japón) para restablecerlos. Hasta ese momento, sus facciones y sus clanes habían actuado de acuerdo con las normas de la corte. Sin la corte no había nada. La cosmología tradicional había desaparecido al mismo tiempo que el trono. Otro tanto podía decirse de la religión, pues el confucianismo giraba alrededor de la monarquía. El taoísmo, que era un culto

38 Charles Drage, *Two-Gun Cohen*, Londres, 1954, p. 131.

39 Stuart Schram, *Mao Tse-Tung*, Londres, 1966, pp. 25, 36.

privado, no podía cumplir la función de sustituto como credo de la moral pública. Algunos se refugiaron en el budismo y otros en el cristianismo. Pero la mayor parte de la nobleza rural se alineó con la fuente local de autoridad militar que podía encontrar, no importaba cuál fuese, y se convirtió, con sus dependientes, en cliente de aquélla. Cuando afrontaron el estado de disolución descrito de un modo tan gráfico por Hobbes, eligieron el Leviatán, en la forma del señor de la guerra. Por desgracia, no había un solo monstruo sino muchos: en 1920 existían cuatro principales señores de la guerra y una cierta cantidad de figuras menores. China inició un sombrío período que recordaba la guerra de los treinta años en Europa.⁴⁰

El doctor Sun, aprendiz de brujo, consiguió ser reelegido presidente y, en 1921, generalísimo. Pero no tenía ejército ni dinero con qué pagarlo. Escribió libros, entre ellos *San-min chu-i* y *Chien-kuo fanglueh*. Todo era muy fácil sobre el papel. En primer lugar, vendría la fase de la lucha contra el antiguo sistema; después, la fase del gobierno que educa, y por último, la fase del auténtico gobierno democrático. Modificó su organización revolucionaria y la convirtió en el Kuomintang (KMT) o Partido del Pueblo. Se basaba en tres principios: la libertad nacional, el gobierno democrático y la economía socialista. Como un maestro en el aula, Sun solía dibujar sobre el pizarrón un gran círculo con círculos interiores más pequeños: conservadorismo, liberalismo, socialismo y comunismo: el KMT tomaba los mejores elementos de cada uno y los combinaba. La realidad era algo distinta, como lo reconocía el propio Sun: “Las naciones bien organizadas cuentan los votos que extraen de las urnas. Las naciones mal organizadas cuentan los cadáveres que yacen en los campos de batalla”. En una conversación con el jefe de sus guardaespaldas, un famoso judío canadiense llamado “Dos Pistolas” Cohen, le confesó que su objetivo político era modesto: “Quiero una China en la que no sea necesario cerrar las puertas de nuestra casa por la noche”.⁴¹

Dadas las circunstancias, esa meta era excesivamente ambiciosa. Las puertas de acceso continuaban siendo esenciales, así como los guardaespaldas. Encerrado en Cantón, el doctor Sun necesitaba la protección de una guardia de seiscientos hombres. A veces no podía pagarles. Entonces se amotinaban e incursionaban en el Tesoro, para ver si encontraban algo. Cuando Sun y otros jefes civiles y militares se desplazaban, lo hacían en grandes Packard norteamericanos, con sus matones armados sobre los guardafangos de los coches. A veces, Sun se veía obligado a buscar refugio en lugares secretos y entonces usaba extraños disfraces. Cierta vez huyó a Hong Kong en una cañonera británica. En efecto, le hubiera gustado mucho contar con la ayuda británica en la condición de potencia protectora —al margen de la independencia de China— pero lord Curzon vetó el plan. Entonces Sun se volvió hacia Estados Unidos y exhortó a Jacob Gould Schurman, ministro norteamericano en Cantón, a promover una intervención norteamericana por cinco años, con el derecho de ocupar todos los empalmes ferroviarios y las capitales de provincia, y de ejercer su autoridad sobre el ejército, la política, los servicios sanitarios, el control de las inundaciones, así como el derecho de designar a los principales expertos administrativos. Pero esta propuesta también fue rechazada en 1923 y nuevamente en 1925.⁴²

Desconcertado, en 1923 Sun se volvió hacia el gobierno soviético. En 1920-1921 se había creado un Partido Comunista chino, pero éste y el Kuomintang permitían la afiliación simultánea a las dos organizaciones. Además, el régimen soviético insistía en esta alianza y obligó al Tercer Congreso del Partido Comunista chino a declarar: “El KMT debe ser la fuerza fundamental de la revolución nacional y tiene que asumir su liderazgo”.⁴³ De modo que Moscú (es decir, Stalin) recibió complacido el pedido de Sun, y en octubre de 1923 le envió a cierto Michael Borodin, también conocido por los nombres de Berg y Gisenberg, con el fin de que reorganizara el KMT de acuerdo con los criterios leninistas, y a un experto militar, “Galen”, también conocido como el “general Blucher”, para organizar un ejército. Llevaron consigo a muchos “asesores” y éste fue el primer caso de una nueva forma soviética de imperialismo político. Galen vendió a Sun rifles soviéticos, a 65 dólares cada uno, y después entregó el dinero a Borodin, quien lo donó al Partido Comunista

40 Joseph Levenson, *Confucian China and its Modern Fate*, Londres, 1958.

41 Drage, op. cit., pp. 130-131.

42 Hallett Abend, *Tortured China*, Londres, 1931, pp. 14-15.

43 Schram, op. cit., p. 74.

chino. Galen también organizó una academia militar en Whampoa, y puso al frente de ella al ambicioso cuñado de Sun, un ex empleado contable llamado Chiang Kai-shek (ambos se habían casado con hermanas del banquero izquierdista T. V. Soong).

Puede decirse que el arreglo fue hasta cierto punto eficaz. La academia formó a quinientos oficiales instruidos y Chiang los convirtió en la elite del primer ejército regular del KMT. Después decidió convertirse en señor de la guerra por cuenta propia. El problema de los ejércitos chinos era la disciplina. Los generales, y hasta ejércitos enteros, a menudo desertaban. En 1925, Chiang, ascendido a jefe de Estado Mayor del generalísimo Sun, impartió las primeras órdenes: “Si una compañía de mis tropas entra en acción y después se retira sin haber recibido la orden correspondiente, el comandante de la compañía será fusilado. Esta regla se aplicará también a los batallones, los regimientos, las divisiones y los cuerpos de ejército. En el caso de una retirada general, si el comandante del cuerpo de ejército se mantiene firme en el terreno y muere, todos los comandantes de división serán fusilados”, y así sucesivamente en la línea de mandos. A esta norma siguieron las cortes marciales sumarísimas y los fusilamientos masivos.⁴⁴

En 1924 Sun había celebrado el primer Congreso del KMT; de esta asamblea, el KMT surgió como un partido de masas organizado de acuerdo con los lineamientos del Partido Comunista, con más de 600.000 afiliados. Pero Sun falleció en marzo de 1925, lamentando el modo en que los militantes del Partido Comunista estaban tomando el poder y deplorando la incapacidad de Gran Bretaña y Estados Unidos, que no lo ayudaban a salvar a China del comunismo. Dadas las circunstancias, Chiang, el único señor de la guerra del KMT, tenía las mejores posibilidades de asumir el poder, y así lo hizo. Siguió entonces uno de esos momentos históricos cruciales que, si bien bastante claros desde una visión retrospectiva, parecieron confusos en ese momento. ¿Cómo debía llevarse adelante la revolución ahora que el doctor Sun había desaparecido? El KMT controlaba únicamente la región de Cantón. Los comunistas estaban divididos. Algunos creían que la revolución debía ser impulsada sobre la base reducida del pequeño proletariado chino, concentrado en Shangai y sus alrededores. Otros, encabezados por Li Ta-chao, bibliotecario de la Universidad de Pekín (Mao Tse-tung llegó a ser su ayudante), creían que la revolución debía apoyarse en los campesinos, que formaban la masa abrumadora de la población china. La doctrina comunista ortodoxa rechazaba este concepto. Como dijo Ch'en Tu-hsiu, cofundador del Partido chino, “más de la mitad de los campesinos está formada por propietarios pequeñoburgueses poseedores de tierra, que adhieren firmemente a la conciencia de la propiedad privada. ¿Cómo pueden aceptar el comunismo?”.⁴⁵ Stalin compartía este punto de vista. Los campesinos rusos habían derrotado a Lenin; el mismo Stalin aún no había resuelto del todo el problema. Adoptó la posición de que en esas circunstancias el Partido Comunista chino no tenía más remedio que apoyar al KMT y trabajar a través del nacionalismo chino.

En el vasto caos chino todos eran oportunistas, y Chiang el principal. En la Academia de Whampoa, cuyo propósito era producir oficiales consagrados a su profesión, colaboró estrechamente con el joven comunista Chu En-lai, jefe del departamento político. Virtualmente no había diferencia entre el adoctrinamiento político del KMT y el del Partido Comunista. Más aún, en esta etapa el KMT podría haberse convertido fácilmente en la forma de comunismo nacional que Mao Tse-tung desarrollaría más tarde. Chiang —y no los comunistas— fue el primero en comprender que el odio a los extranjeros y al imperialismo podía combinarse con el odio a los señores de la guerra, que los oprimían para movilizar la fuerza de las masas campesinas. Esta idea pareció atractiva a Mao Tse-tung, que era miembro del buró de Shangai del KMT; se lo designó director del Instituto de Instrucción del Movimiento Campesino, que mostraba una preferencia abrumadora por la disciplina militar (128 de un total de 380 horas de clase). Sus opiniones y las de Chiang estaban muy próximas por esta época. En algunos aspectos se sentía mucho más cómodo en el KMT, que destacaba el nacionalismo, que en el Partido Comunista, con su dogmatismo orientado hacia las ciudades. Colaboró con el KMT mucho más tiempo que cualquier otro comunista

44 Drage. op. cit., pp. 154-155.

45 Schram, op. cit., p. 79.

destacado, lo que significó que después de asumir el poder, a fines de la década de 1940, fuera necesario que se “perdiera” un año de su vida (1925-1926) en las biografías oficiales.⁴⁶ Un artículo escrito por Mao en febrero de 1926, que es el primer material del canon maoísta oficial, se parece notablemente a una declaración de Chiang en Changsha de ese mismo año: “Sólo después del derrocamiento del imperialismo”, decía Chiang, “China puede alcanzar su libertad... Si queremos que nuestra revolución triunfe, debemos unimos con Rusia para derrocar al imperialismo... La revolución china es parte de la revolución mundial”.⁴⁷

La posibilidad de una fusión del KMT y el Partido Comunista chino en un partido comunista nacional, con la dirección de Chiang y Mao, se vio frustrada por la evolución de la situación real en China. En 1925-1926 Chiang controlaba únicamente parte de China meridional. El centro y el norte estaban en manos de los señores de la guerra. El mariscal Sun Chuan-fang controlaba Shanghai y gobernaba cinco provincias desde Nankin. Al norte del Yangtzé, el mariscal Wu Pei-fu gobernaba Hankow. El general Yen Hsi-shan controlaba la provincia de Shansi. El mariscal Chang Tso-lin ocupaba Mukden y dominaba las tres provincias manchurianas. El mariscal Chang Tsung-chang era el señor de la guerra de Shantung y Chu Yu-pu dominaba en la región de Pekin-Tientsin. A principios de la primavera de 1926 este esquema fue destruido cuando el mariscal Feng Yu-hsiang, el más capaz de los comandantes del KMT, se desplazó con su ejército de 300.000 hombres (el Kuominchun o Ejército Popular) a lo largo de más de 10.000 kilómetros. Rodeó Mongolia meridional y avanzó hacia el este a través de Shensu y Hunan, para atacar Pekín desde el sur. Esta estupenda hazaña física y militar (que fue el modelo de la “larga marcha” de Mao durante la década siguiente) posibilitó la conquista del norte por Chiang en 1926-1927.⁴⁸ El resultado fue que cuatro de los principales señores de la guerra reconocieron la supremacía de Chiang y se manifestó la posibilidad de unificar a China utilizando medios pacíficos. La campaña del norte había tenido un costo terrible en vidas, sobre todo entre la población campesina. ¿No era preferible buscar ahora un arreglo que implicase un compromiso ideológico, en lugar de confiar en la carnicería lenta del desgaste revolucionario? En tal caso, en lugar de expulsar a los “capitalistas extranjeros”, Chiang debía buscar su ayuda; su condición de cuñado de un importante banquero constituía una ventaja. Pero este curso de acción acarrearía, inevitablemente, la ruptura con los elementos comunistas que estaban en el KMT y la declaración pública de que un estado obrero no se encontraba a la vuelta de la esquina. De modo que en abril de 1927, cuando ocupó Shanghai, Chiang se volvió contra los obreros fabriles organizados, que se habían alzado para apoyarlo, y ordenó a sus tropas que los masacraran. La comunidad empresaria de Shanghai aplaudió y los bancos recaudaron dinero para pagar al ejército del KMT. Stalin decidió ahora modificar su política. Poco antes había expulsado a Trotsky y, de acuerdo con su costumbre, adoptó las propuestas de sus antagonistas vencidos. Se ordenó al Partido Comunista chino que rompiese con el KMT y tomase el poder por la fuerza. Fue la única vez que Stalin siguió la línea revolucionaria de Trotsky y el resultado fue desastroso.⁴⁹ Los cuadros comunistas se alzaron en Cantón, pero los ciudadanos no los siguieron; en los combates posteriores, muchos habitantes de la ciudad fueron asesinados y una décima parte de la ciudad resultó incendiada. El KMT atacó con toda su fuerza el 14 de diciembre de 1927, los comunistas cedieron y fueron perseguidos por las calles por los propios cantoneses. La mayor parte del personal del consulado soviético fue asesinada. Borodin regresó asqueado a Moscú y dijo a Stalin:

“La próxima vez que los chinos griten ‘¡Viva la Revolución Mundial!’, envíeles a la OGPU”. Stalin no dijo nada; a su debido tiempo ordenó liquidar a Borodin.⁵⁰

De manera que Chiang y Mao se separaron. Chiang se convirtió en el supremo señor de la guerra; el KMT fue reorganizado como el partido de un señor de la guerra y sus afiliados incluían (en 1929) 172.796 oficiales y soldados de los diferentes ejércitos, 201.321 civiles y 47.906 “chinos

46 *Ibid.*, p. 83 n.

47 *Ibid.*, p. 93.

48 Abend, *op. cit.*, p. 39.

49 Conrad Brandt, *Stalin Failure in China 1924-1927*, Harvard, 1958, p. 178.

50 Drage, *op. cit.*, pp. 167 y ss.; John Tolland, *The Rising Sun: the decline and fall of the Japanese Empire, 1936-1945*, Londres, 1971, p. 38 n.

de ultramar”, que aportaban gran parte del dinero necesario y algunos de los peores bandidos. A medida que este partido conquistaba terreno dentro de la comunidad empresaria y los intereses extranjeros, lo perdía en la masa campesina. La viuda del doctor Sun se retiró del KMT, se exilió en Europa y acusó a los sucesores de su esposo de haber “organizado el KMT como un instrumento que permite que los ricos se enriquezcan todavía más y chupen la sangre de los hambrientos millones de chinos [...] Los militares y los funcionarios a quienes conocí pobres hace pocos años, de pronto se pasean en lujosas limusinas y compran mansiones para sus nuevas concubinas en las concesiones extranjeras”. Chiang era un ejemplo apropiado que demostraba esa afirmación. En julio de 1929, el corresponsal del *New York Times* informó que había pagado en un hotel de Pekín una factura de 17.000 dólares por la estadía de quince días de su esposa, los guardaespaldas y los secretarios, además de 1.500 dólares en propinas y 1.000 dólares en sobornos a la policía local.⁵¹

La moraleja que Mao extrajo del cambio de política de Chiang no fue ideológica sino práctica. Para suscitar cierta impresión política en China, un hombre tenía que contar con un ejército. De modo que él se convertiría en señor de la guerra por cuenta propia. Su personalidad se adaptaba muy bien a este propósito. En 1927 Mao tenía treinta y siete años; era un individuo alto, robusto, hijo de un campesino cruel y dominante, que había luchado y trabajado mucho para convertirse en un campesino acomodado y comerciante de granos; en resumen, un auténtico kulak. Un contemporáneo de la Escuela Primaria Superior de Tunghan dijo de Mao que era “arrogante, brutal y obstinado”.⁵² No era un revolucionario de tipo religioso y milenarista como Lenin, sino un romántico fiero y apasionado, con cierta inclinación al drama tosco y violento, una especie de artista vaciado en el mismo molde que Hitler y poseído por idéntica impaciencia. A semejanza de éste, era ante todo un nacionalista que confiaba en la cultura nacional. Del filósofo Yen Fu extrajo la idea de que el “culturalismo”, la búsqueda del “modo chino”, era el medio de movilizar al pueblo y convertirlo en una fuerza irresistible.⁵³ Leyó y usó el marxismo-leninismo, pero su concepción fundamental estaba más cerca del axioma de su profesor de ética en Pekín, Yang Chang-chi, cuya hija fue la primera esposa de Mao: “Cada país tiene su propio espíritu nacional, del mismo modo que cada individuo tiene su propia personalidad [...] Un país es un todo orgánico. No es como una máquina, que puede ser desarmada y armada nuevamente. Si se lo desarma, perece”.⁵⁴

En el pensamiento de Mao, el resorte principal era cierta forma del patriotismo extremista. Nunca necesitó realizar la traslación del internacionalismo al patriotismo que practicó Mussolini en 1914; como Atatürk, fue nacionalista *ab initio*. Su nacionalismo cultural se originó no tanto en el sentimiento de opresión como en la conciencia ofendida de una superioridad a la que no se reconocía. ¿Cómo era posible que China, la madre de la cultura, fuese tratada por los advenedizos europeos como un niño desobediente, metáfora empleada con frecuencia por la prensa occidental durante los años veinte? Así, la *Far Eastern Review*, al comentar en 1923 los intentos de gravar el monopolio británico-norteamericano del tabaco, dijo: “Por supuesto, la solución del problema está en la acción concertada de las potencias con el fin de aclarar a estos jóvenes políticos que las trampas nunca beneficiaron a una nación, que más tarde o más temprano las potencias se cansan de las trampas y las travesuras infantiles, y ordenan la casa y aplican algunas palmadas al niño”.⁵⁵ En 1924, Mao llevó a un amigo chino que había llegado poco antes de Europa al parque donde se exhibía, en lugar destacado, el cartel: “No se permite la entrada de chinos y perros”. Interrumpió un encuentro de fútbol (contra un equipo de Yale) con un lema característico: “¡Castiguemos a los esclavos de los extranjeros!”, y utilizó una metáfora igualmente característica: “Si uno de nuestros amos extranjeros se tira un pedo, es un perfume encantador”. Preguntó: “¿Los chinos saben únicamente cómo odiar a los japoneses y no saben cómo odiar a Inglaterra?”.⁵⁶

Mao no se sintió desalentado ante la dificultad de convertir a China, esa bestia de carga

51 Abend, op. cit., pp. 49-50, 61, 251.

52 Hsiao Hsu-tung, *Mao Tse-tung and I were Beggars*, Siracusa, 1959.

53 Benjamin Schwartz, *In Search of Wealth and Power: Yen Fu and the West*, Harvard, 1964.

54 Chow Tse-tung, *The May Fourth Movement: Intellectual Revolution in Modern China*, Harvard, 1960.

55 *Far Eastern Review*, diciembre de 1923.

56 Reminiscences of Professor Pai Yu, citado en Schram, op. cit., p. 73.

impotente y postrada, de nuevo en un dragón formidable. Ese hombre corpulento y seguro de sí mismo, con sus grandes orejas y la cara ancha y pálida —“un típico chino de cuerpo grande”, de acuerdo con un birmano; “parecido a un elefante marino”, dijo un thai— era un optimista incurable, que escrutaba el misterio de China en busca de signos favorables. El doctor Sun había llegado a la conclusión de que China se encontraba en peor situación que una colonia común y corriente: “Estamos aplastados por el poder económico de las grandes potencias con más intensidad que si fuéramos una simple colonia. China no es la colonia de una nación sino de todas, y no somos los exesclavos de un país sino de todos. Creo que se nos debería llamar una hipocolonia”. Ésta era también la opinión de Stalin.⁵⁷ Pero Mao pensaba que la multiplicidad de explotadores de China era una ventaja, porque podía enfrentarse a una potencia con otra; no creía en la teoría leninista del colonialismo. Sostenía que “la desunión de las potencias imperialistas originaba la desunión de los grupos gobernantes de China”, de manera que no podía existir un “poder estatal unificado”.⁵⁸

Sin embargo, la totalidad de este análisis era un conjunto de palabras si no se contaba con un ejército. Mao aceptaba el punto de vista original de Chiang, en cuanto a que la clave del éxito revolucionario era el alzamiento de los campesinos. Pero los campesinos serían tan impotentes como la misma China mientras no tuvieran armas ni adiestramiento, mientras no se forjase con ellos un arma, como había hecho Genghis Khan. ¿Acaso éste no era un héroe legítimo de una cultura china resurrecta? Parte del nacionalismo romántico de Mao, tan semejante al de Hitler, consistió en que exploró el pasado en busca de ejemplos, sobre todo de aquellos que atribuían la misma importancia que él a la fuerza y el vigor físico.⁵⁹ Su primer artículo expresaba: “Nuestra nación necesita fuerza. No se ha alentado el espíritu militar [...] Si nuestros cuerpos no son fuertes, sentiremos miedo tan pronto veamos a los soldados enemigos, y entonces, ¿cómo podremos alcanzar nuestras metas y lograr que nos respeten?”. “El objetivo esencial de la educación física”, agregó, “es el heroísmo militar”. Las virtudes marciales eran absolutamente fundamentales para su socialismo nacional.⁶⁰

En septiembre de 1927, después de la ruptura con el KMT, la dirección comunista ordenó a Mao que organizara un alzamiento armado de los campesinos de Hunan. Era la oportunidad de convertirse en señor de la guerra y, durante el período siguiente, Mao se convirtió rápidamente en una fuerza independiente en la política china. La revuelta fracasó, pero Mao preservó el núcleo de una fuerza y lo llevó a las montañas de Chinghanshan, en la frontera de Hunan y Kiangsi. Era un contingente pequeño pero suficiente; en adelante él nunca dejó de contar con sus propias tropas. Su llamado era tosco pero eficaz, pues sistematizaba el apoderamiento espontáneo de tierras que (si bien probablemente Mao no lo sabía) había destruido a Kerenski y posibilitado el *putsch* de Lenin. Sus “Normas para la represión de los matones locales y los malos señores” y su “Borrador de resolución acerca del problema agrario” condenaban a los enemigos tradicionales de los campesinos pobres, “los matones locales y los malos señores, los funcionarios corruptos, los militaristas y todos los elementos contrarrevolucionarios de las aldeas”. Caracterizaba como “uniformemente contrarrevolucionarios” a todos los grupos que podían oponerse a su ejército campesino: “Todos los campesinos de derecha, los terratenientes pequeños, medianos y grandes”, así caracterizó a los propietarios de “más de 30 *mu*” (poco más de dos hectáreas). De hecho, estaba enfrentándose con todos los elementos estables de la sociedad rural y formando una banda guerrera que era el reverso social de las que actuaban dirigidas por los señores de la guerra, defensoras de la nobleza rural y sus “matones locales”.

Mao se mostró más eficaz que Chiang en su invocación al patriotismo campesino, como más tarde lo demostrarían los archivos de guerra de los japoneses.⁶¹ Pero al principio pudo reclutar

57 Sun Yat-sen, conferencia 3 de febrero de 1924, citado por John Gittings, *The World and China 1922-1975*, Londres, 1974, p. 43; Stalin, *Collected Works*, IX, p. 225.

58 Gittings, op. cit., pp. 39-40.

59 Cf. el poema de Mao “Nieve”, escrito en febrero de 1936; Schram, op. cit., pp. 107-108.

60 Stuart Schram, *The Political Thought of Mao Tse-tung*, Londres, 1964, pp. 94-95.

61 Chalmers A. Johnson, *Peasant Nationalism and Communist Power: the Emergence of Revolutionary China 1937-1945*, Stanford, 1962.

únicamente a 1.000 campesinos pobres. Reforzó su contingente con 600 bandidos, reclutados intencionadamente de la escoria de la sociedad en medio de la guerra civil, lo que él denominaba sus “cinco elementos desclasados”: desertores, bandidos, ladrones, mendigos y prostitutas.⁶² Como en el caso de otros señores de la guerra, su ejército fluctuó entre menos de 3.000 hombres y más de 20.000. Era tan implacable como cualquiera de los señores de la guerra cuando se trataba de matar a sus enemigos. En diciembre de 1930 ordenó el fusilamiento de 2.000 a 3.000 oficiales y soldados de su ejército por pertenecer a la Liga Antibolchevique (AB), una organización clandestina del KMT que operaba en el seno de las fuerzas comunistas. Cinco meses antes, la esposa y la hermana menor de Mao habían sido ejecutadas por el KMT y también había otras muertes que vengar: Chiang había asesinado a miles de comunistas entre 1927 y 1928. Pero Mao nunca vaciló en tomar la iniciativa cuando se trataba de emplear la fuerza. Hacia fines de 1930 había creado su propia policía secreta (como lo reveló su purga) y cuando lo creía necesario procedía del modo más implacable y con atroz crueldad. La comparación entre su banda harapienta y salvaje, y la “horda” de Genghis no era inapropiada, y a los ojos de la mayoría de los campesinos cuyos campos cruzaba, seguramente se parecía a cualquier otro señor de la guerra.⁶³

Así, durante los últimos años de la década de los veinte, China quedó a merced de los ejércitos rivales, motivados por diferentes ideologías o sólo por la codicia. Pero a sus víctimas eso no les importaba. Después de la campaña de Chiang en el norte y la reunión de los señores de la guerra en Pekín, en el año 1928, uno de los comandantes del KMT, el mariscal Li Tsung-jen, declaró: “Algo nuevo apareció en la inmutable China [...] el nacimiento del patriotismo y el espíritu público”. Pocos meses después era evidente que estas palabras representaban nada más que una ilusión, porque los señores de la guerra pelearon unos contra otros y contra el gobierno de Nankin. A todos los partidos les pareció conveniente desplegar la bandera del gobierno y el KMT; nadie prestó mucha atención a los deseos de ninguno de los dos. Lastas del gobierno descendieron; la de los señores de la guerra, aumentaron. A medida que más pueblos y aldeas fueron destruidos, aumentó el número de desposeídos que se convirtieron en bandidos o sirvieron a los señores de la guerra, grandes y pequeños, aunque sólo fuera para sobrevivir. Además de la media docena de señores de la guerra importantes, muchos generales menos influyentes controlaban una sola provincia o una docena de distritos, con ejércitos que contaban de 20.000 a 100.000 hombres. En la Conferencia Económica Nacional del 30 de junio de 1928, T. V. Soong, cuñado de Chiang y entonces ministro de Finanzas, dijo que mientras en 1911, durante la monarquía, China tenía un ejército de 400.000 hombres en líneas generales bajo una sola dirección, en 1928 tenía ochenta y cuatro ejércitos, dieciocho divisiones independientes, con un total de más de 2 millones de hombres. La renta total de la nación, que se elevaba a 450 millones de dólares, representaba sólo 300 millones después de los pagos de la deuda. El ejército costaba 360 millones anuales y, si se pagaba regularmente a las tropas, 642 millones; por ese motivo, el bandidaje resultaba inevitable. Pero una conferencia de desarme celebrada en el mes de enero siguiente y destinada a reducir a 715.000 el número de hombres fue un fracaso total. Soong reveló a los asistentes que durante el último año se había gastado en el ejército doble cantidad de dinero que en la totalidad de las restantes erogaciones oficiales.⁶⁴

En la práctica, el angustiado pueblo chino rara vez podía distinguir a los bandidos de las tropas gubernamentales. El número de bajas o de los que morían a causa del frío o del hambre era incalculable. La provincia de Hupeh vio reducirse su población en la cifra de 4 millones entre 1925 y 1930, pese a que no hubo hambrunas por causas naturales y la emigración fue escasa. La provincia más afectada en 1929-1930 fue Honan, donde había 400.000 bandidos (la mayoría soldados que no recibían su paga) en una población total de 25 millones. En el lapso de cinco meses, durante el invierno de 1929-1930, la ciudad en otros tiempos próspera de Iyang, en Honan occidental, cambió de manos setenta y dos veces, ocupada sucesivamente por distintos ejércitos de bandidos. Un informe oficial del gobierno acerca de la provincia señaló que, solamente en el distrito

62 Schram, Mao Tse-tung, p. 127.

63 *Ibid.*, p. 153.

64 Abend, *op. cit.*, pp. 147-148.

de Miench'ih, 1.000 localidades y aldeas habían sido saqueadas y 10.000 personas habían sido detenidas para pedir rescate. "Cuando apresan a una persona para pedir rescate, primero perforan sus piernas con alambre de hierro y las atan juntas como si fueran pescados colgados de un cordel. Cuando retornan a sus guaridas, interrogan a los cautivos y los cortan con hoces para obligarlos a revelar dónde ocultan sus posesiones. Al que vacila inmediatamente lo cortan en dos por la cintura, como advertencia a los restantes". El informe señalaba que las familias vendían a sus hijos y los hombres a sus esposas, o bien los hombres "alquilaban" a sus esposas por dos o tres años, y los niños que nacían eran propiedad de los hombres que pagaban el alquiler. "En muchos casos quedan sólo ocho o diez viviendas en lugares donde un año antes había 400 o 450."⁶⁵

Desesperados, los campesinos construyeron torres de piedra con troneras y almenas, para usarlos como lugares de vigilancia y refugios para los seres humanos y el ganado, más o menos como las torres de vigía de la frontera inglesa durante el siglo XV. Sin embargo, incluso las ciudades provistas de sólidas murallas se veían asediadas y asaltadas. Choctow, apenas a cincuenta kilómetros de Pekín, fue sitiada durante ochenta días y sus 100.000 habitantes padecieron hambre; las madres estrangulaban a sus hijos recién nacidos, se vendía a las muchachas por cinco dólares y se las trasladaba para ejercer la prostitución en Asia entera. Liyang, situada en el corazón de la región controlada por el gobierno de Nankin, fue atacada por una fuerza de 3.000 bandidos, que saqueó por valor de 3 millones de dólares y destruyó con fuego otros 10 millones. Seis ciudades importantes de la región de Shanghai fueron asaltadas y saqueadas. En Nigkang, el principal magistrado fue atado de pies y manos y asesinado arrojándole encima agua hirviendo. Volvieron a utilizarse extrañas prácticas del pasado: las "jaulas de la vergüenza", fabricadas con bambú, colgaban de las murallas de la ciudad, a unos siete metros del suelo, y los condenados tenían que mantenerse en puntas de pie, con la cabeza asomando por un agujero en la parte superior. En Fushun (Shantung), un señor de la guerra derrotado se refugió en la ciudad con sus 4.500 hombres y llevó consigo 10.000 rehenes. Durante un asedio de trece días a cargo de las unidades del KMT, más de 400 mujeres y niños fueron atados a postes, sobre las murallas de la ciudad, y los defensores disparaban al resguardo de los cuerpos de sus víctimas.⁶⁶

Mao y otros señores comunistas de la guerra, que durante los años 1929-1930 controlaban unos 30 millones de personas en cinco provincias, en general no secuestraban ni saqueaban y eliminaron el juego, la prostitución y el cultivo de la amapola productora de opio. Pero maltrataban y asesinaban a miembros de las clases medias, destruían los documentos oficiales y los títulos de propiedad, y quemaban las iglesias, los templos y otros lugares del culto, además de matar a los sacerdotes y misioneros. Podía suceder que una ciudad cayera sucesivamente en manos de un grupo del Partido Comunista, un jefe de bandidos, un señor de la guerra independiente y una fuerza gubernamental, y todos exigían contribuciones. Una petición originada en la provincia de Sechuán decía que el general que representaba al gobierno no era más que "el jefe de los lobos y los tigres" y que había arrasado a "todo el distrito", de modo que "hacia el este y el oeste, a lo largo de varias decenas de *li*, ya no se oye el ladrido de un perro o el canto de un gallo. El pueblo ansía que perezcan el sol y la luna, de manera que todos puedan perecer con ellos". En Chengtu, capital de la provincia, los comerciantes se lamentaban: "Nos queda únicamente la grasa entre los huesos".

De modo que en el lapso de dos décadas la búsqueda de la reforma radical mediante la fuerza había provocado la muerte de millones de inocentes y había reducido extensas regiones de China a la miseria y la ilegalidad que Alemania había conocido durante las guerras de religión o Francia en la guerra de los cien años. El esfuerzo bienintencionado del doctor Sun de crear una utopía moderna había derivado en una pesadilla medieval. El problema consistía en que todos creían en las reformas radicales. Chiang apoyaba las reformas radicales, Mao también. Otro tanto podía decirse de los señores de la guerra independientes. Al mariscal Feng se lo llamaba "el general cristiano". El general Yen Hsi-shan era "el gobernador modelo". Estos honorables caballeros aseguraban que trabajaban y mataban por el bien de China y su pueblo. La tragedia de China entre las guerras

⁶⁵ *Ibíd.*, pp. 67, 80.

⁶⁶ *Ibíd.*, pp. 75, 82.

ilustra el principio de que cuando la legitimidad cede el lugar a la fuerza, y los absolutos morales al relativismo, se cierne una gran sombra y ya no es posible distinguir a los ángeles de los demonios.

Los chinos no fueron los únicos en reclamar la reforma radical. Como ya dijimos, la gangrena de China excitó el instinto predatorio de Japón. También los japoneses promovieron la reforma radical. Como lo señalaron los periodistas extranjeros, en Corea, durante el dominio japonés, se realizaron más progresos en treinta años que en 3.000 años durante el dominio chino.⁶⁷ Puerto Arturo, los puertos de Shantung y otras regiones ocupadas por Japón eran oasis de paz y prosperidad. Los oficiales jóvenes de esta fuerza, denominada el ejército de Kwantung, observaban con disgusto y horror la tortura interminable de China. A principios de 1928, dos de ellos, el teniente coronel Kanji Ishihara y el coronel Seishiro Itagaki, decidieron obligar a intervenir a su propio y renuente gobierno. Su razonamiento consistía en que si bien los capitalistas japoneses y los señores de la guerra chinos podían beneficiarse con la anarquía reinante, ésta nada aportaba al pueblo chino, que necesitaba orden, y al pueblo japonés, que necesitaba espacio. “Desde el punto de vista del proletariado”, escribió Itagaki, “que considera necesario reclamar la equiparación de la riqueza nacional, no es posible hallar una solución fundamental dentro de las fronteras de un país naturalmente pobre como Japón para asegurar medios de vida a la población en general”. El razonamiento era esencialmente análogo al que explicaba la explotación soviética de su imperio asiático en beneficio del proletariado de la Gran Rusia. Manchuria sería liberada de sus señores feudales de la guerra y sus burgueses capitalistas, y sería convertida en una colonia proletaria de Japón. Pero el instrumento del cambio no sería un *putsch* revolucionario sino el ejército de Kwantung.⁶⁸ El 4 de junio de 1928 los dos coroneles dieron el primer paso hacia la ocupación japonesa de la provincia, pues asesinaron al mariscal Chang Tso-lin, el principal señor de la guerra de Manchuria. Dinamitaron su tren privado y lo enviaron a la eternidad mientras dormía. Fue el acto inicial de lo que se convertiría en una gran guerra internacional en Oriente. Por extraño que parezca, en Estados Unidos, que se había autodesignado protector de China y guardián moral de Japón, el episodio despertó escaso interés. El *Philadelphia Record* comentó: “El pueblo norteamericano no asigna la más mínima importancia a la identidad de quienes controlen a China del Norte”.⁶⁹ Estados Unidos estaba muy atareado en la elaboración de su propio melodrama.

⁶⁷ James, op. cit., p. 139.

⁶⁸ John Tolland, op. cit., p. 7, n.

⁶⁹ Citado en Dulles, op. cit., p. 281.

6 LA ÚLTIMA ARCADIA

La indiferencia que Estados Unidos proclamaba frente a los acontecimientos en China del Norte era una fanfarronada, un complicado autoengaño. Una nación que contaba con 106 “grupos étnicos”, que ya era un importante microcosmos de la sociedad mundial, no podía cerrar sinceramente los ojos a los principales acontecimientos del resto del mundo.¹ La actitud antijaponesa de Estados Unidos se originaba, en gran parte, en su ansiedad y ambivalencia respecto de su propia minoría japonesa y era nada más que un aspecto de un amplio debate que la nación estaba realizando y que se refería a la naturaleza y el propósito de la sociedad norteamericana. ¿Qué era un norteamericano? ¿Cuál era la meta de Estados Unidos? Muchos, quizá la mayoría de los norteamericanos, creían, casi como respondiendo a sus propios deseos, que su país era la última Arcadia. Un refugio inocente y casi utópico que permitía huir de la acumulación de locuras y la perversidad del mundo corrupto que se extendía más allá de sus costas bañadas por los océanos. Pero, ¿cómo podían preservar esta Arcadia? Este propósito exigía en sí mismo una política exterior de carácter global. ¿Y cómo crear al auténtico arcadiano? Este aspecto obligaba a una política racial y las dos cuestiones estaban relacionadas de manera inextricable.

El concepto de la fusión de razas en Estados Unidos era tan antiguo como Héctor Crevecoeur y Tomás Jefferson. Se lo teatralizó con resultados sensacionales en *El crisol*, la pieza de Israel Zangwill que fue el gran éxito de Nueva York en 1908. La nueva industria cinematográfica, que desde sus comienzos fue el epítome del multirracismo, estaba obsesionada por la idea, y lo mismo puede decirse de muchas de sus primeras obras épicas, por ejemplo *El nacimiento de una nación* (1915) e *Intolerancia* (1916). Pero, ¿cuáles eran las proporciones en que debían echarse los ingredientes en el crisol? Por la época de la Gran Crisis parecía que la emigración irrestricta ya era una causa perdida. En 1915 William Simmons, un ministro georgiano viajero, fundó el Ku Klux Klan, una organización destinada a controlar a los grupos minoritarios que, en opinión de esta organización, tenían actitudes de disconformidad moral y política. La persecución de sus metas se vio reforzada de manera considerable por la publicación, al año siguiente, de la descripción que ofreció Madisan Grant, en un contexto norteamericano, de la teoría europea de la “raza superior”: *The passing of the Great Race*. Este bestseller de tono científico sostenía que, a causa de la inmigración irrestricta, Estados Unidos casi había logrado ya “destruir el privilegio de su cuna; es decir, las ventajas morales e intelectuales que un hombre de buena estirpe trae consigo al mundo”. El autor argumentaba que el resultado del “crisol” se manifestaba en México, donde “la absorción de la sangre de los conquistadores españoles originales por la población india nativa” había producido una mezcla degenerada, “ahora consagrada a la tarea de demostrar su incapacidad para el gobierno propio”. Las virtudes de las “razas superiores” eran “sumamente inestables” y desaparecían fácilmente “cuando se mezclaban con individuos comunes o primitivos”. Así, “la cruce de un blanco con un negro es un negro” y “la cruce de cualquiera de las tres razas europeas con un judío es un judío”.²

Este miedo a la “degeneración” fue aprovechado por Hiram Wesley Evans, un dentista de Dallas y el más eficaz de los líderes del Klan, para echar los cimientos de un movimiento que pregonaba la supremacía de la cultura anglosajona y que en cierto momento llegó a tener, según se afirma, cuatro millones de miembros en el Este y el Medio Oeste. Evans, que decía ser “el hombre más vulgar de Estados Unidos”, aseguraba que el Klan hablaba en nombre de “la gran masa de norteamericanos del antiguo linaje de los pioneros [...] de la llamada raza nórdica, que con todos sus defectos ha

1 La figura 106 (que incluye muchos subgrupos) es utilizada en Stephan Thernstrom y Ann Orlov, *Harvard Encyclopaedia of Ethnic Groups*, Nueva York, 1980.

2 Madison Grant, *The Passing of the Great Race*, Nueva York, 1916, pp. 3-36.

dado al mundo casi la totalidad de la civilización moderna”.³ En las campañas políticas casi todos aceptaban la existencia de jerarquías raciales, aunque había variaciones importantes según el carácter de los votantes locales. De esta manera, el senador Henry Cabot Lodge, en privado partidario sin reservas de la supremacía anglosajona, en sus campañas siempre utilizaba una expresión prudente, “la gente de habla inglesa”. Will Hays, organizador de la campaña a favor de Warren Harding, resumía la estirpe del candidato con la afirmación de que poseía “la mejor sangre de pioneros, anglosajona, alemana, irlandoescocesa y holandesa”.⁴

La entrada de Estados Unidos en la Gran Guerra imprimió un enorme impulso a una xenofobia patriótica, que se convirtió en la justificación de distintas formas del racismo y de una ofensiva contra el inconformismo. Wilson había temido y pronosticado este espasmo emocional, mucho más violento y destructivo que el macartismo después de la segunda guerra mundial, pero de todos modos firmó la ley de Espionaje de 1917, y la ley de Sedición de 1918. Esta última castigaba la manifestación de opiniones que, al margen de sus consecuencias probables, fuesen “desleales, groseras, insultantes u ofensivas” respecto de la forma norteamericana de gobierno, la bandera o el uniforme; y durante el imperio de esta ley hubo norteamericanos a quienes se juzgó porque criticaban a la Cruz Roja, a la YMCA e incluso el presupuesto.⁵ Dos miembros de la Suprema Corte, el juez Louis Brandeis y Oliver Wendell Holmes, intentaron oponerse a esta oleada de intolerancia. En el caso *Schenk contra Estados Unidos* (1919), Holmes afirmó que la limitación de la libertad de palabra era legal únicamente cuando las palabras pronunciadas tenían un carácter tal que originaban “un peligro evidente y actual”; y en su discrepancia en el caso *Abrams contra Estados Unidos*, que implicó una condena por sedición, sostuvo que “la mejor prueba de la verdad es el poder del pensamiento para lograr que se lo acepte en la competencia del mercado”, es decir una reformulación de la idea de Milton en *Areopagitica*.⁶ Pero en ese momento eran voces solitarias. Las organizaciones patrióticas del tipo de la Liga Nacional de Seguridad y la Federación Civil Nacional continuaron su actividad al llegar la paz. En 1919 el lema era la “norteamericanización”.

Desde el otoño de 1919, la enfermedad de Wilson determinó que, de hecho, no existiese gobierno en Estados Unidos, ya sea para impedir que el breve auge de posguerra se convirtiese en la crisis de 1920, o bien para controlar la furia xenófoba que fue una de sus consecuencias. El hombre a cargo del asunto fue el fiscal general Mitchell Palmer. Había conquistado una impopularidad considerable durante la guerra en su condición de supervisor de la Propiedad Extranjera, y en la primavera de 1919 casi pierde la vida a causa de la bomba que pusieron los anarquistas frente a su casa. Luego encabezó una campaña nacional contra los subversivos y agitadores extranjeros. El 4 de noviembre de 1919 presentó al Congreso un informe titulado: “Cómo el Departamento de Justicia descubrió más de 60.000 agitadores organizados de la doctrina de Trotsky en Estados Unidos[...] información confidencial que ahora permite al gobierno limpiar la nación de esa roña extranjera”. Afirmó que Trotsky era un “extranjero deshonesto [...] el más bajo de todos los tipos conocidos en Nueva York, que puede dormir en la cama del zar mientras centenares de miles de personas en Rusia carecen de alimento o de techo”. “Las afiladas lenguas de la cabeza de la revolución”, escribió, “estaban lamiendo los altares de las iglesias, ascendiendo a los campanarios, deslizándose en los rincones sagrados de los hogares norteamericanos” y “tratando de reemplazar los votos matrimoniales por leyes libertinas”.⁷ El día de Año Nuevo de 1920, en una serie de ataques coordinados, los agentes del Departamento de Justicia detuvieron a más de 6.000 extranjeros y la mayoría fue expulsada. En la “alarma roja” que siguió, cinco miembros de la Asamblea Estatal de Nueva York fueron expulsados, acusados de socialismo, y un representante fue expulsado dos veces de la Cámara, en tanto que dos italianos, Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti,

3 “The Klan’s Fight for Americans”, en *North American Review*, marzo de 1926.

4 William C. Widenor, *Henry Cabot Lodge and the Search for an American Foreign Policy*, University of California, 1980; Robert Murray, *The Harding Era*, University of Minnesota, 1969, p. 64.

5 John Morton Blum, *The Progressive Presidents: Roosevelt, Wilson, Roosevelt, Johnson*, Nueva York, 1980, p. 97.

6 Dulles, op. cit., p. 295.

7 A. Mitchell Palmer, “The Case Against the Reds”, en *Forum*, febrero de 1920.

anarquistas que habían evadido el servicio militar, fueron sentenciados por el asesinato de un pagador de Massachusetts, en un juicio signado por el prejuicio, que se prolongó hasta 1927.

Una consecuencia más permanente fue la ley de Cuotas de 1921, que limitó la emigración anual al 3 por ciento del número de cada nacionalidad residente en Estados Unidos, sobre la base del censo de 1910. Este sistema, cuyo propósito era congelar todo lo posible las proporciones relativas de los diferentes núcleos raciales, cobró mucho más rigor a causa de la ley Johnson-Reed de 1924, que limitó la cuota al 2 por ciento de la nacionalidad residente en Estados Unidos en 1890. Excluía por completo a los japoneses (aunque los canadienses y los mexicanos estaban exentos) y no sólo reducía todavía más la cuota anterior sino que intencionadamente favorecía a Europa Septentrional y Occidental a costa de Europa Oriental y Meridional. Con otra vuelta de tuerca en 1929, sobre la base del análisis racial de la población de Estados Unidos durante los años veinte, la legislación de esta década determinó el fin de la emigración masiva a Estados Unidos. Arcadia estaba completa, se levantaron los puentes y su composición quedaba determinada; sólo restaba mantenerla.

Muchos criticaron la nueva xenofobia. El 23 de julio de 1920, Walter Lippmann escribió a su antiguo jefe en tiempos de la guerra, el secretario de Guerra Newton Baker: “[...] siempre parecerá increíble que un gobierno que ha enunciado los más amplios ideales de nuestra historia haya hecho más para amenazar las libertades norteamericanas fundamentales que cualquier otro grupo de hombres en cien años[...] Ha instituido un reinado del terror que impide el pensamiento sincero, que desalienta la moderación y en el que el pánico sustituye a la razón”.⁸ H. L. Mencken, el publicista de Baltimore (a su vez de origen alemán) y tal vez el periodista más influyente de los años veinte, dijo de Palmer, en el *Baltimore Evening Sun*, el 13 de septiembre de 1920, que era “tal vez el más destacado exponente viviente de la crueldad, la deshonestidad y la injusticia”. Dos semanas después acusó al Departamento de Justicia de mantener “un sistema de espionaje absolutamente *sin* precedentes en la historia norteamericana y que no se igualaba a menudo en la historia de Rusia, Austria e Italia. En cumplimiento de una actividad rutinaria ha perseguido a hombres y mujeres violando cínicamente sus derechos constitucionales, invadió el santuario del domicilio, fabricó pruebas contra los inocentes, pobló el país de *agents provocateurs*, puso a un vecino contra otro, colmó la prensa de mentiras incitativas y promovió las peores bellaquerías de los individuos más arteros y maliciosos”.⁹ El sociólogo Horace Kellen, de la Nueva Escuela de Investigación Social, afirmó que la “norteamericanización” no era más que el recrudecimiento de la corriente anticatólica del “knownothing” de la década de 1850, una forma de fundamentalismo protestante de la cual eran manifestaciones la ley de 1924, la caza de brujas del fiscal general —el cuáquero Palmer—, la campaña antijudía de inspiración zarista del fabricante de automóviles Ford (de la congregación bautista), las malignas mascaradas colectivas del Ku Klux Klan y los murmullos racistas del señor Madesan Grant”, simultáneamente con expresiones inocentes de patriotismo doméstico, como las novelas de la señora Gertrude Atherton y el *Saturday Evening Post*.¹⁰

Aquí había una cuestión importante: en todo caso, Estados Unidos era una civilización religiosa de tipo protestante, y la xenofobia de un Palmer era nada más que la expresión extrema y deformada de todo lo que era más valioso para la ética norteamericana. En adelante, los *highbrows* norteamericanos (los intelectuales) —el término, mucho más apropiado que el francés *intellectuel* o *intelligentsia*, fue acuñado en 1915 por el crítico Van Wyck Brooks— tuvieron que afrontar el dilema de que, al atacar la deformación, corrían el riesgo de dañar la realidad del “norteamericanismo”, que se originaba en la democracia de Jefferson; y si se perdía eso, la cultura norteamericana no era más que una forma expatriada de Europa. Mientras Palmer perseguía a los extranjeros, los intelectuales de la Costa Este leían *La educación de Henry James*, la autobiografía póstuma del arquetípico mandarín de Boston, publicada en octubre de 1918 por la Sociedad de Historia de Massachusetts. Desde entonces y hasta la primavera de 1920, fue el ensayo más popular en Estados Unidos y reflejó perfectamente el ánimo de la desilusión culta. Fue el equivalente

⁸ Citado en Arthur Ekirch, *Ideologies and Utopias and the Impact of the New Deal on American Thought*, Chicago, 1969, pp. 13-14.

⁹ *Baltimore Evening Sun*, 27 de septiembre de 1920.

¹⁰ Horace Kellen, *Culture and Democracy in the United States*, Nueva York, 1924.

norteamericano de *Victorians eminentes*, de Strachey. Rechazaba el concepto de una cultura nacional —sobre todo si se la imponía mediante una represión brutal— a favor de lo que Adams llamaba la “multiversidad”, aunque el autor destacaba con ánimo pesimista que en los nacientes Estados Unidos los más educados eran también los más impotentes.

En realidad, los intelectuales de la Costa Este no eran individuos impotentes ni mucho menos. Durante los sesenta años siguientes ejercerían sobre la política norteamericana (y mundial) una influencia que no guardó ninguna proporción con su número y su valor intrínseco. Pero adoptaban una actitud ambivalente frente a Estados Unidos. En la primavera de 1917, Van Wyck Brooks escribió en *Seven Arts*, el periódico que él mismo había ayudado a fundar, un artículo titulado “Hacia una cultura nacional”; allí sostenía que hasta ese momento Estados Unidos había tomado “lo mejor” de otras culturas: ahora debía crear la suya propia mediante la experiencia elemental de la vida, el único modo de producir cultura auténtica. Al realizar la experiencia de sus propios dramas, a través de lo que él denominaba “la cultura del industrialismo”, Estados Unidos “cesaría de ser un pueblo ciego, egoísta y desordenado; nos convertiremos en un pueblo luminoso, que vive en la luz y la comparte”.¹¹ Apoyaba la opinión de su amigo Randolph Bourne que toda la teoría del “crisol” resultaba inválida, pues convertía a los inmigrantes en imitaciones de los anglosajones, y afirmaba que Estados Unidos no debía exhibir un nacionalismo europeo estrecho, sino abrazar “el ideal más arriesgado” del cosmopolitismo, para convertirse en “la primera nación internacional”.¹² Pero, ¿qué significaba esto? D. H. Lawrence observó con acierto que Estados Unidos no era, o al menos no era todavía, “una patria de la sangre”. Jung lo dijo de otro modo, pues afirmó que los norteamericanos aún no se sentían “cómodos en su inconsciente”. Brooks, asentado intencionalmente en Westport, Connecticut, para encontrar su cosmopolitismo norteamericano en compañía de otros intelectuales de los años veinte, a quienes definió lúcidamente como “los que se preocupan más del estado de su mente que del estado de su fortuna”, de todos modos sintió la atracción intensa de la vieja cultura; en su autobiografía confesó que sentía “una añoranza a menudo aguda de la escena europea”. Solamente “una prolongada inmersión en la vida norteamericana”, escribió, “podía curarme por completo del temor perdurable a la expatriación; pero esta ambivalencia caracterizaba mi enfoque durante los años veinte”.¹³ En mayo de 1919, cuando supo que su amigo Waldo Frank planeaba instalarse en el Medio Oeste, le escribió: “Toda nuestra voluntad de vivir como escritores nos viene, o mejor dicho se mantiene en nosotros, gracias a nuestra relación con Europa. Waldo, nunca crea en las personas que le hablan del Oeste; nunca olvide que nosotros, los neoyorquinos y los habitantes de Nueva Inglaterra, somos quienes tenemos el monopolio del oxígeno existente en el continente norteamericano”.¹⁴

Era una afirmación arrogante; su eco se repetiría, aunque no muy a menudo con tanta franqueza, a lo largo del siglo XX. Pero sin el Medio Oeste, ¿qué era Estados Unidos? Una mera faja costera, como tantos de los estados hispánicos del litoral de América del Sur. La figura que concitó el odio de los intelectuales de la Costa Este durante los años veinte fue William Jennings Bryan, el demócrata de Illinois que había denunciado el poder del dinero (“ustedes no deben crucificar a la humanidad sobre una cruz de oro”), se había opuesto al imperialismo, había renunciado en 1915 al cargo de secretario de Estado como protesta contra la tendencia a entrar en la guerra, y en su ancianidad libró una lucha desesperada de retaguardia contra la evolución darwiniana durante el proceso Scopes, ventilado en 1925. En esencia, los propósitos de Bryan eran democráticos y progresistas; luchó por el sufragio femenino, el impuesto federal a los réditos y la creación de un banco de la reserva, por la elección del Senado mediante el voto popular, la publicidad de las contribuciones a las campañas políticas, la liberación de Filipinas y la representación del movimiento obrero en el gabinete. Pero sus valores eran populares o, para usar el nuevo término de tono despectivo, “populistas”; Bryan hablaba el idioma del antintelectualismo. Los diarios personales de su esposa atestiguan la amargura que la pareja sentía a causa del modo en que la obra

11 V. W. Brooks, “Towards a National Culture” y “The Culture of Industrialism”, en *Seven Arts*, abril de 1917.

12 V. W. Brooks, “Trans-National America”, en *Atlantic Monthly*, 1916.

13 Van Wyck Brooks, *An Autobiography*, Nueva York, 1965, pp. 253-256.

14 James Hoopes, *Van Wyck Brooks in Search of American Culture*, Arnherst, 1977, p. 130.

de Bryan era deformada o totalmente ignorada en la “prensa del Este”.¹⁵ En el proceso Scopes, Bryan no intentaba prohibir la enseñanza de la evolución, sino impedir que las escuelas debilitaran las enseñanzas religiosas; afirmaba que debía enseñarse la evolución no como un hecho sino como una teoría; los padres y los contribuyentes debían ser consultados acerca de lo que se hacía en las escuelas, y los maestros debían atenerse a la ley del país. Entendía su propia actitud como una forma de resistencia contra la dictadura agresiva de una elite escolástica autodesignada que reclamaba el monopolio del saber auténtico.¹⁶

El filósofo John Dewey se opuso a la cruzada de Bryan contra la evolución, pero advirtió a la intelectualidad de la Costa Este que las fuerzas que ella representaba “no serían tan peligrosas si no estuvieran unidas a tantas cosas buenas y necesarias”. Temía la posibilidad de una fisura, cuyos inicios alcanzaba a percibir, entre el liderato de la opinión culta de la Costa Este y lo que una generación ulterior denominaría “los Estados Unidos de la clase media” o “la mayoría silenciosa”. La evolución no era más que un caso de hábitos de pensamiento contrarios. En un notable artículo titulado “La frontera intelectual norteamericana”, publicado en 1922, advirtió a los lectores de la *New Republic* que no era posible desechar a Bryan como a un mero oscurantista, porque “es una típica figura democrática, es imposible negarlo”. Por supuesto, era mediocre, pero “la democracia por su naturaleza misma premia la mediocridad”. Más aún, Bryan hablaba en nombre de algunos de los mejores y más esenciales elementos de la sociedad norteamericana:

[...] las clases que asisten a la iglesia, las que se encuentran bajo la influencia del cristianismo evangélico. Estas personas son la columna vertebral del interés social filantrópico, de la reforma social mediante la acción política, del pacifismo, de la educación popular. Engloban y expresan el espíritu de cordial buena voluntad hacia las clases que se encuentran en situación económica desventajosa y hacia otras naciones, sobre todo cuando éstas muestran cierta disposición a la forma republicana de gobierno. El Oeste Medio, la región de la pradera, ha sido el centro de la filosofía social activa y el progresismo político porque es el foco principal de esta gente [...] como creen en la educación y en mejores oportunidades para sus propios hijos [...] han sido la misma gente que respondió a los llamados a favor del trato justo y la más cabal equiparación de oportunidades para todos[...] Siguió a Lincoln en la abolición de la esclavitud y siguió a Roosevelt en su ataque contra las ‘malas’ corporaciones y las acumulaciones de riqueza[...] Ha sido el centro en todo el sentido de la palabra y en todos los movimientos.¹⁷

En la medida en que había una cultura norteamericana indígena, ahí estaba. Por lo tanto, el cosmopolitismo de la Costa Este corría el peligro de convertirse en contracultura y de envolver a Estados Unidos en el tipo de conflicto interno entre la “cultura” y la “civilización” que estaba desgarrando a la Alemania de Weimar y que estaba abriendo las puertas al totalitarismo. Sin duda el conflicto ya existía y hallaba su expresión emponzoñada en el problema de la Prohibición. Bryan había recibido una gran copa de la amistad, de plata, en homenaje a sus prodigiosos esfuerzos a favor de la ratificación de la Decimoctava Enmienda de la Constitución, la enmienda de la Prohibición que legalizó la ley Volstead y que convirtió a Estados Unidos en un país “seco”. La ley entró en vigencia el mismo mes, enero de 1920, en que Mitchell Palmer se arrojó sobre los anarquistas extranjeros y los dos hechos estuvieron estrechamente relacionados. La Prohibición, con sus matices represivos, fue parte del intento de “norteamericanizar” a Estados Unidos: los reformadores proclamaban francamente que estaba dirigida sobre todo contra los “notorios hábitos alcohólicos” de los “trabajadores inmigrantes”.¹⁸ Como el nuevo sistema de cuotas, fue un intento

15 William Jennings Bryan (y Mary Baird Bryan), *Memoirs*, Filadelfia, 1925, p. 448.

16 *Ibid.*, pp. 479-484.

17 *New Republic*, 10 de mayo de 1922.

18 Robert Sklar, ed., *The Plastic Age 1917-1930*, Nueva York, 1970, p. 14.

de preservar la Arcadia, de mantener puros a sus habitantes. Estados Unidos había sido fundada como una sociedad utópica y había sido poblada por lo que Lincoln había llamado, medio en serio y medio irónicamente, “un pueblo casi elegido”; la Decimoctava Enmienda era el último esfuerzo decidido a favor del milenarismo.

Pero si la intención era firme, no puede decirse lo mismo de la ejecución. Constituía otro testimonio de la ambivalencia de la sociedad norteamericana. Estados Unidos deseaba el fin cuando ratificó la Decimoctava Enmienda, pero no llegó a querer los medios, pues la ley Volstead fue un compromiso ineficaz; si hubiese incluido medios implacables de aplicación jamás se habría convertido en ley. El Buró de la Prohibición fue anexo al Tesoro; los esfuerzos encaminados a transferirlo al Departamento de Justicia se vieron frustrados. Los sucesivos presidentes rehusaron recomendar las asignaciones necesarias para garantizar una aplicación eficaz.¹⁹ Más aún, el utopismo inherente a la Prohibición, aunque firmemente arraigado en la sociedad norteamericana, se opuso al principio norteamericano igualmente arraigado y activo de la libertad irrestricta de empresa. Estados Unidos era una de las sociedades menos totalitarias de la tierra; de hecho no poseía ninguna de las estructuras necesarias para controlar las fuerzas del mercado cuando aparecía una necesidad insatisfecha.

Por lo tanto, los gangsters traficantes de licor y quienes los apoyaban siempre podían movilizar más recursos físicos y financieros que la ley. En todo caso, en general estaban mucho mejor organizados. La Prohibición ilustró la ley del efecto no deseado. Lejos de inducir a las minorías extranjeras a someterse al conformismo anglosajón, les permitió consolidarse. En Nueva York, el tráfico ilegal de licores era la mitad judío, un cuarto italiano, y un octavo respectivamente polaco e irlandés.²⁰ En Chicago era mitad italiano y mitad irlandés. Los italianos eran especialmente eficaces en la distribución ordenada y barata de licores, pues aprovechaban la experiencia organizativa no sólo de las sociedades secretas sicilianas, sardas y napolitanas, sino el “elitismo vanguardista” del sindicalismo revolucionario. La Prohibición ofrecía oportunidades únicas de subvertir a la sociedad, sobre todo en Chicago, durante la corrupta alcaldía de “Big Bill” Thompson. John Torrio, quien dirigió el tráfico en gran escala en Chicago durante los años 1920 a 1924, se retiró a Italia en 1925 con una fortuna de 30 millones de dólares. Practicaba el principio del control total: se sobornaba en diferente grado a todos los funcionarios y se manipulaban todas las elecciones.²¹ Podía entregar cerveza de elevada calidad al reducido precio de 50 dólares el barril y su éxito se basaba en que evitaba la violencia y prefería la diplomacia; de ese modo aseguraba los acuerdos entre los gángsters acerca de la distribución ordenada de los territorios.²² Su lugarteniente y sucesor, Al Capone, poseía menos capacidad política y por lo tanto alcanzó menos éxito; los operadores irlandeses tendían a pensar en las soluciones inmediatas y a apelar a los métodos violentos. Cuando sobrevenía esta situación estallaba la guerra entre las pandillas, el público se indignaba y las autoridades tenían que intervenir.

Pero en general los traficantes de licor operaban con la aprobación del público, por lo menos en las ciudades. La mayoría de los hombres (no las mujeres) de los centros urbanos coincidía con el punto de vista de Mencken y acerca de que la Prohibición era la obra de “los ignorantes patanes de los estados ganaderos, que miraban con malos ojos el hecho de que ellos tenían que consumir malos licores de maíz mientras los elegantes de la ciudad bebían buenos vinos y whiskys”. La Prohibición “tenía escasa justificación desde el punto de vista filosófico, salvo la envidia del patán rural por el hombre de la ciudad, que lo pasa mucho mejor en este mundo”.²³ La aplicación de la ley en las ciudades era imposible, incluso con alcaldes de espíritu reformista. El general Smedley Butler, del Cuerpo de Infantería de Marina de Estados Unidos, a cargo de la policía de Filadelfia, en el marco de una administración nueva y “limpia” en 1924, se vio forzado a renunciar al intento menos de dos años después; según dijo, la tarea era “pura pérdida de tiempo”. Los políticos de los dos partidos

19 Albert E. Sawyer, “The Enforcement of National Prohibition”, *Annals*, septiembre de 1932.

20 Alan Block, *East Side, West Side: Organized Crime in New York 1930-1950*, Cardiff, 1980.

21 *The Illinois Crime Survey*, Chicago, 1929, pp. 909-919.

22 Lloyd Wendt y Herman Cogan, *Big Bill of Chicago*, Indianápolis, 1953, 271 pp. y ss.

23 Charles Fecher, *Mencken: a Study of his Thought*, Nueva York, 1978, p. 159.

prestaban escasa ayuda a las autoridades. Durante la Convención Demócrata de 1920 en San Francisco, bebieron alegremente el whisky de excelente calidad suministrado gratuitamente por el alcalde, y los republicanos se irritaron mucho porque, cuando celebraron su Convención de Cleveland en 1924, los agentes de la Prohibición “cayeron sobre la ciudad”, de acuerdo con la versión de Mencken, “con la máxima ferocidad”. En áreas enormes y durante la mayor parte del tiempo, en general se desafiaba a la ley. “Incluso en los más remotos distritos rurales”, afirmó Mencken, “no hay absolutamente un lugar en donde un hombre que desee beber alcohol no pueda conseguirlo”.²⁴

Un esquema análogo de incumplimiento se manifestó en Noruega, que prohibió los alcoholes y los vinos fuertes después de un referendo que arrojó una mayoría de cinco a tres en octubre de 1919. Pero Noruega tuvo la inteligencia de anular la ley mediante otro referendo, celebrado en 1926.²⁵ Estados Unidos mantuvo la Prohibición el doble de ese período y los resultados fueron mucho más graves. El periodista Walter Ligget, probablemente el mejor experto en el tema, atestiguó ante el Comité Judicial de la Cámara, en febrero de 1930, que poseía “una enorme cantidad de detalles y hechos concretos” que demostraban “que se beben licores fuertes en proporciones considerablemente mayores que en la época anterior a la Prohibición [...] y se los bebe en ambientes más sórdidos”. Washington D. C. había tenido 300 salones autorizados antes de la Prohibición, y ahora contaba con 700 locales clandestinos, abastecidos por 4.000 proveedores. Los archivos policiales demostraban que los arrestos por ebriedad se habían triplicado a lo largo de la década. Massachusetts había pasado de 1.000 salones autorizados a 4.000 locales clandestinos, y había 4.000 más en Boston: “En la actualidad hay por lo menos 15.000 personas que no hacen otra cosa que suministrar ilegalmente licor a la ciudad de Boston”. Kansas había sido el primer estado que implantó la ley seca, y la había mantenido durante medio siglo; sin embargo “en Kansas no hay un solo pueblo donde yo llegue, siendo un desconocido total, y no consiga una copa de licor, y por cierto muy buen licor, dentro de los quince minutos de mi llegada”. Todo esto era posible gracias a la corrupción universal en todos los niveles. Así, en Detroit existían 20.000 locales clandestinos. Ligget continuaba diciendo:

Me llamó la atención en la ciudad de Detroit —esto sucedió en noviembre pasado— una turbulenta fiesta en un salón de las afueras; era una reunión muy bulliciosa y el licor había sido donado por uno de los principales jugadores de Detroit —Denny Murphy, si quieren saber su nombre— y en esa orgía de borrachos estaban [...] el gobernador de Michigan, el jefe de policía de Detroit y el jefe de la policía estatal; y había políticos, socios de diferentes clubes, jugadores, criminales, contrabandistas, y todos fraternizaban en el espíritu de la más perfecta igualdad al amparo del dios Baco, y agregaré que en esa orgía estaban cuatro jueces del circuito de Michigan y que después aparecieron bailarinas desnudas y borrachas[...] ese género de hipocresía se manifiesta a todo lo largo y lo ancho de este país.²⁶

Como lo señaló Ligget, el incumplimiento de la Prohibición originó enormes fondos que fueron reinvertidos en otras formas del delito; por ejemplo la prostitución, pero sobre todo el juego, organizado por primera vez de manera sistemática y casi legítima. Los estudios más recientes confirman esta opinión de que la Prohibición determinó un cambio cualitativo y —según se vio después— permanente en la escala y el perfeccionamiento del delito norteamericano organizado. El envío a gran escala de convoyes cargados de cerveza exigía posibilidades de organización que pronto fueron aplicadas en otras áreas. A principios de los años veinte, los sindicatos del juego por primera vez usaron bancos de teléfonos para recibir apuestas de todo el país. Meyer Lansky y

24 *Sidney Bulletin*, 20 de julio de 1922; con respecto a la no aplicación, véase Charles Merz, *The Dry Decade*, Nueva York, 1931, pp. 88, 107, 123-124, 144, 154.

25 T. K. Derry, *A History of Modern Norway 1814-1972*, Oxford, 1973, pp. 301-304.

26 *The Prohibition Amendment: Hearings before the Committee of the Judiciary, 75th Congress, Second Session*, Washington D.C., 1930, Parte I, pp. 12-31.

Benjamín Siegel adaptaron los métodos del contrabando de licores a fin de organizar enormes imperios nacionales del juego. La Prohibición fue el “punto de partida” del delito norteamericano en gran escala y, por supuesto, continuó después de la aprobación de la Vigésimoprimer Enmienda, que suspendió la Prohibición, en diciembre de 1933. A lo largo de los años treinta se desarrolló el delito organizado, y fue a partir de 1944, por ejemplo, que una pequeña localidad del desierto —Las Vegas— se transformó en la capital mundial del juego. La Prohibición, lejos de “norteamericanizar” a las minorías, tendió a reforzar las características de dichos grupos por medio de formas específicas del delito. Entre los italianos, los judíos, los irlandeses, y no por cierto en último lugar los negros, desde principios de los años veinte los emigrantes originarios de las Indias Occidentales introdujeron el “juego de los números” y otros sistemas, y formaron poderosos guetos negros, verdaderas ciudadelas del delito en Nueva York, Chicago, Filadelfia y Detroit.²⁷ Los estudios realizados por el Departamento de Aplicación de la Ley del Departamento de Justicia durante la década de los setenta indican que el comienzo de la Prohibición en 1920 fue el punto de partida de las más conocidas familias del delito formadas por emigrantes, que continúan floreciendo y perpetuándose hasta nuestros días.²⁸

La verdad es que la Prohibición fue una forma torpe e insegura de ingeniería social, destinada a obtener, por vía de la ley, la homogeneidad de una comunidad heterogénea. Por supuesto, no implicó la enorme crueldad de la ingeniería social de Lenin en Rusia, o de la débil imitación de Mussolini en Italia, pero a su propio modo infligió el mismo daño a la moral social y la cohesión civilizada de la comunidad. La tragedia consistió en que era totalmente innecesaria. El sistema empresarial de mercado de Estados Unidos era en sí mismo de una homogeneidad eficaz, que unía a los grupos étnicos y raciales y resolvía sus diferencias sin atender al color o a los orígenes nacionales. Por ejemplo, el modo en que la enorme inmigración alemana y polaca había sido asimilada por el marco anglosajón fue asombroso: el mercado lo había hecho. Mitchell Palmer se equivocó al creer que los extranjeros que eran parte de la masa aportaban formas extremistas de la política. Por lo contrario, estaban huyendo de los sistemas cerrados para abrazar un sistema libre. Estaban votando con los pies a favor de la economía empresarial.

Además, en el momento mismo en que Palmer esperaba la aparición del brote revolucionario, el extremismo norteamericano, sobre todo el de tipo colectivista, entraba en un período de permanente declinación. Nunca había sido fuerte. Marx se había mostrado incapaz de explicar por qué Estados Unidos, que hacia el fin de la vida del propio pensador se había convertido en la más poderosa y fecunda de las economías capitalistas, no mostraba signos de producir las condiciones de la revolución proletaria que, según él afirmaba, eran inevitables en el capitalismo maduro. Engels trató de resolver la dificultad alegando que el socialismo era débil “precisamente porque Estados Unidos es puramente burgués, carece completamente de un pasado feudal y, por lo tanto, se siente orgulloso de su organización puramente burguesa”. Lenin (1908) pensaba que en Estados Unidos, “el modelo y el ideal de nuestra civilización burguesa”, el socialismo tenía que lidiar con “los sistemas democráticos más firmemente establecidos, que enfrentan al proletariado con tareas puramente socialistas”. Antonio Gramsci atribuyó la culpa al “norteamericanismo”, al que definió como “racionalismo puro sin ninguno de los valores de clase derivados del feudalismo”. En *El futuro de América* (1906), Wells atribuyó la ausencia de un poderoso partido socialista a la ausencia simétrica de un partido conservador. “Todos los norteamericanos son, desde el punto de vista inglés, liberales de una clase o de otra”.²⁹

Sin embargo, hasta la década de los veinte había razones para pensar que, más tarde o más temprano, una izquierda norteamericana acabaría por representar un papel importante en la escena política. Durante los años anteriores a 1914, el Partido Socialista tenía alrededor de 125.000

27 Mark H. Haller, “The Changing Structure of American Gambling in the Twentieth Century”, en *Journal of Social Issues*, XXXV, 1979, pp. 87-114.

28 Por ejemplo, Annelise Graebner Anderson, *The Business of Organized Crime: a Cosa Nostra Family*, Stanford, 1979.

29 Citado en Seymour Martin Lipset, “Marx, Engels and America's Political Parties”, en *Wilson Review*, invierno de 1979.

afiliados, incluyendo a los líderes de los mineros, los trabajadores cerveceros, los carpinteros y los metalúrgicos. Elegía a más de 1.000 funcionarios públicos, incluidos los alcaldes de ciudades importantes, y dos representantes en el Congreso; en 1912, su candidato, Eugene Debs, recibió el 6 por ciento del voto popular. Pero después se registró una declinación constante. El Partido de los Trabajadores obtuvo algunos éxitos en unas pocas ciudades durante los años veinte y a principios de los treinta. Pero los partidos de las principales corrientes socialistas fracasaron. La derrota del propio Partido Socialista fue atribuida a su incapacidad para decidir si era un partido político de masas, un grupo de presión, una secta revolucionaria o nada más que una fuerza educativa, y al intento de ser simultáneamente las cuatro cosas.³⁰ Alcanzó el más alto nivel en 1932, cuando Norman Thomas recibió el 2 por ciento de los votos en la elección para presidente. El Partido Comunista tampoco consiguió ser una nueva expresión del radicalismo estadounidense y se convirtió en un simple apéndice norteamericano de la política soviética.³¹ Su momento culminante estuvo representado por la cifra de 1.150.000 votos que ayudó a reunir para Henry Wallace, el candidato progresista en 1948. Durante los treinta años siguientes la declinación continuó. Por ejemplo, durante la elección de 1976, los socialistas y cinco partidos radicales más presentaron candidatos; ninguno llegó a los 100.000 votos de un total de 80 millones; sumados, no representaron ni el 0,25 por ciento del total. A principios de los años ochenta, Estados Unidos era la única nación industrializada y democrática donde no existía un solo socialista independiente o representante laborista que ocupase un cargo electivo.

Esta pauta se originó en la política de los años veinte. Mientras que en Gran Bretaña, Austria, Francia, Alemania, España y los países escandinavos, los partidos socialdemócratas se convirtieron en las principales corrientes opositoras o incluso formaron gobierno o participaron en ellos, en Estados Unidos la década fue republicana. Por supuesto, el Partido Republicano era el partido de Lincoln, que había emancipado a los esclavos y ganado la guerra civil. Los negros, que afluyeron a las ciudades del norte durante la primera guerra y más tarde, todavía votaban a los republicanos en número abrumador. También había sido el partido de Teodoro Roosevelt y el capitalismo progresista. Pero era simultáneamente el partido del conservadurismo social y la economía libre de mercado. Durante los años veinte su dominio resultó abrumador. De 1920 a 1932 los republicanos controlaron la Casa Blanca y el Senado y, excepto durante los años 1930 a 1932,³² también la Cámara de Representantes. En 1920, Warren Harding obtuvo el 60,2 por ciento de los votos, la más holgada mayoría popular registrada hasta ese momento (16.152.000 contra 9.147.000) y se impuso en todos los estados fuera del sur. Los republicanos dominaban en la Cámara de Representantes por 303 contra 131, y obtuvieron diez bancas del Senado, de modo que alcanzaron una mayoría de veintidós escaños.³³ En 1924 Calvin Coolidge obtuvo 15.016.000 votos contra sólo 8.386.000 de su rival demócrata, John W. Davis. En 1928 Herbert Hoover ganó por 21.391.000 votos contra 15.016.000 de Al Smith y obtuvo una abrumadora mayoría en el colegio electoral, es decir, 444 votos contra 87; se impuso en todos los estados norteros salvo dos y en cinco del “sólido sur”. Los socialistas recibieron menos de 300.000 votos, y los comunistas menos de 50.000.³⁴

Estos éxitos repetidos indicaban lo que Coolidge denominó “un estado de satisfacción rara vez visto antes”, una unión del pueblo democrático y su gobierno, y del sistema económico que el partido gobernante sostenía y ejemplificaba, que es muy poco usual en la historia y que vale la pena examinar. Para hacerlo de manera eficaz es necesario explorar el terreno superando los límites de la historiografía convencional del período, sobre todo en las cuestiones que se centran en sus dos figuras fundamentales: Harding y Coolidge.

Harding ganó la elección el día que cumplía cincuenta y cinco años, y es característico de su personalidad que celebrara el hecho jugando un partido de golf. No creía que la política fuese muy importante o que la gente se entusiasmara por ella, o que le permitiese penetrar muy profundamente

30 David Shannon, *The Socialist Party of America: a History*, Nueva York, 1955.

31 Theodore Draper, *The Roots of American Communism*, Nueva York, 1957.

32 John Hicks, *The Republican Ascendancy 1921-1933*, Nueva York, 1960.

33 Robert Murray, *The Harding Era*, University of Minnesota, 1969, p. 67.

34 Dulles, op. cit., p. 302.

en su vida cotidiana. En resumen, era precisamente lo contrario de Lenin, Hitler y Mussolini, y de los profesionales políticos socialdemócratas europeos. Provenía de Ohio, el foco político de los republicanos, la región que desde 1865 ya había producido seis de los diez presidentes norteamericanos. Se había elevado desde la pobreza para fundar un periódico de pueblo, el *Marion Star*, y luego había llegado a ser director de un banco, una compañía telefónica, una firma maderera y una sociedad de construcciones. Era un individuo decente y un personaje típico de los pueblos chicos: un hombre apuesto, siempre cordial y amistoso, pero digno. No le molestaba atender personalmente la puerta de la Casa Blanca y siempre salía a cabalgar los domingos. En mayo de 1920 dijo a una multitud que lo vivaba en Boston: “Ahora Estados Unidos necesita no heroísmo sino curación, no panaceas sino normalidad; no revolución sino restauración [...] no cirugía sino serenidad”.³⁵ En tanto que Arcadia, Estados Unidos era real para él; en todo caso, deseaba preservarla. Para lograr que lo eligiesen, plantó el mástil del presidente McKinley frente a su casa y organizó una campaña “desde el porche del frente”. Muchas personas famosas fueron en peregrinación a Marion para escuchar sus discursos. Entre ellos podemos mencionar a Al Johnson, Ethel Barrymore, Lillian Gish y Pearl White; pero también acudieron 600.000 personas comunes y corrientes, miles de ellas negras; de ahí el rumor difundido por los demócratas de que Harding tenía sangre negra. Todos simpatizaban con Harding. El peor de sus defectos estaba representado por su esposa Flossie, una mujer de carácter ácido a quien apodaban “la duquesa” y de la que Harding dijo (cuando ella no lo oía): “La señora Harding desea ser el tambor mayor de todas las bandas que pasan por la calle”.³⁶

Harding creía que la sociedad norteamericana, que no tenía igual en el mundo, era el producto de la voluntariedad y que solamente el gobierno podía echarla a perder. Cierta vez observó que si lograba instalar un Club Rotario en todas las ciudades y todos los pueblos, “podríamos descansar tranquilos, seguros de que nuestros ideales de libertad y civilización progresarían”. Ésta era la opinión general. “Hay una sola civilización de primera categoría en el mundo”, dijo el *Ladies HomeJournal*, “está aquí, en Estados Unidos”. Ésa era también la opinión de la mayoría de los intelectuales norteamericanos, juzgados no por lo que racionalizaron después, durante la década de los treinta, sino por lo que en efecto escribieron entonces. El mismo mes en que Harding refrendó la ley de Inmigración de 1921, Scott Fitzgerald escribía a Edmund Wilson desde Londres:

Maldito sea el continente europeo. Es interesante sólo para los anticuarios. Roma es una ciudad apenas menos atrasada que Tiro o Babilonia. La estirpe negroide reptaba hacia el norte para manchar a la raza nórdica. Los italianos ya tienen el alma de los moros. Que se cierre la inmigración y se permita únicamente la entrada de escandinavos, teutones, anglosajones y celtas. Francia me provoca náuseas. Su tonta pose como la cosa a la que el mundo tiene que salvar: creo finalmente en la carga del hombre blanco. Estamos a tanta altura sobre el francés moderno como él sobre el negro. ¡Incluso en arte! Italia no tiene ninguno [...] Están acabados. Quizás usted habló en broma de Nueva York como capital de la cultura, pero dentro de veinticinco años será lo que es ahora Londres. La cultura sigue al dinero [...] Seremos los romanos de la próxima generación, como ahora lo son los ingleses.³⁷

Harding creía que esta supremacía cultural se manifestaría de manera inevitable si el gobierno permitía el movimiento de los engranajes de la libre empresa. Fue así como formó un gabinete integrado por hombres enérgicos: Charles Evans Hughes en el cargo de secretario de Estado, Andrew Mellon en el Tesoro, Hoover en Comercio. Se apresuró a enviar directamente al Senado la lista de miembros de su gabinete; el hombre que eligió para el Departamento del Interior, Albert Fall, senador por Nueva México, lucía un enorme bigote y usaba una flotante capa negra y un sombrero de ala ancha —¡la normalidad misma!— y era tan popular que fue confirmado

35 Murray, op. cit., p. 70.

36 Ibid., p. 420.

37 Andrew Turnbull, ed., *Letters of E. Scott Fitzgerald*, Nueva York, 1963, p. 326.

inmediatamente por aclamación; la única vez en la historia norteamericana que se concedió ese voto de confianza a un miembro del gabinete.³⁸ Éste era una sección transversal del éxito norteamericano: un fabricante de automóviles, dos banqueros, un director de hotel, el director de un periódico rural, un abogado especialista en derecho internacional, un ranchero, un ingeniero y sólo dos políticos profesionales.

Harding heredó una presidencia caracterizada por el ausentismo y una de las peores crisis económicas de la historia norteamericana. hacia julio de 1921 ésta había concluido y se había iniciado un nuevo auge económico. Harding se había limitado a reducir los gastos oficiales y fue la última vez que una gran potencia industrial trató de resolver una crisis aplicando métodos de *laissez-faire* y permitiendo que los salarios descendieran a su nivel natural. Benjamín Anderson, del Chase Manhattan, diría después que fue “nuestra última recuperación natural orientada hacia la plena ocupación”,³⁹ pero las reducciones fueron importantes. Puede afirmarse que Harding fue el único presidente de la historia norteamericana que realizó concretamente reducciones masivas del gasto oficial, pues alcanzó una disminución de casi el 40 por ciento por referencia a los gastos del período wilsoniano en tiempos de paz.⁴⁰ De ningún modo fue un procedimiento irreflexivo. Formó parte de un plan meditado que incluyó la creación de la Oficina del Presupuesto, de acuerdo con la ley de Presupuesto y Contabilidad de 1921, que impuso el examen y el control centralizados y sistemáticos de las autorizaciones de los gastos. Su primer director, Charles Dawes, manifestó en 1922 que antes de Harding “todos hacían lo que se les antojaba”, los miembros del gabinete eran “comanches” y el Congreso un “nido de cobardes”. Entonces Harding “empuñó el hacha y afirmó que cortaría la cabeza de los que no cooperasen”, y el resultado fue “miel y almendras para el contribuyente”.⁴¹

El régimen de Harding fue gratamente liberal. Contrariando el consejo de su gabinete y de su esposa, insistió en liberar, con motivo de la Nochebuena de 1921, al líder socialista Eugene Debs, encarcelado por Wilson: “Deseo que comparta con su esposa la cena navideña”. El mismo día liberó a otros veintitrés detenidos políticos y conmutó las sentencias de muerte aplicadas a varios miembros de los *wobblies* (Trabajadores Industriales del Mundo); antes de finalizar su presidencia prácticamente había dejado en libertad a casi todos los detenidos por causas políticas.⁴² Depositó su confianza en la prensa y solía llamar por su nombre de pila a los periodistas. Cuando se desplazaba, le agradaba viajar rodeado por una nutrida “familia”, muchos invitados en el apremio del momento y alojados en los diez vagones de su tren presidencial. Masticaba tabaco, y uno de sus acompañantes que también masticaba, Thomas Edison, dijo cierta vez: “Harding es buen tipo. Todos los hombres que mascan tabaco son buenos”. También bebía licores fuertes e invitaba a la gente a dormir una siesta en su cama, y era sabido que él servía whisky en la Casa Blanca. Dos veces por semana invitaba a sus íntimos para participar de “la comida y la acción” (“acción” significaba póquer). El secretario de Comercio Hoover, un tipo estirado, era el único que declinaba la invitación a jugar: “Me irrita ver eso en la Casa Blanca”.⁴³

El instinto de Hoover no lo engañaba: un presidente debe extremar las precauciones, como se comprobó prácticamente en todas las presidencias siguientes. No hay pruebas de que Harding fuese algo más que un hombre generoso y desprovisto de suspicacias. La única acusación concreta de deshonestidad formulada contra él fue que la venta del *Marion Star* implicó una estafa; la acusación fue refutada decisivamente ante el tribunal y los dos hombres que compraron el periódico recibieron 100.000 dólares en concepto de daños y perjuicios. Pero Harding cometió dos errores: la designación del airoso senador Fall, que en definitiva, según se vio, era un canalla, y la creencia de que Harry Daugherty, el director de su campaña en Ohio, a quien había nombrado fiscal general, lo

38 Murray, op. cit. p. 112.

39 Citado en Murray N. Rothbard, *America's Great Depression*, Los Angeles, 1972, p. 167.

40 Murray, op. cit., pp. 178-179.

41 *New York Times*, 14 de octubre de 1922; véase Fritz Marx, “The Bureau of the Budget: its Evolution and Present Role”, en *American Political Science Review*, agosto de 1945.

42 Murray, op. cit., pp. 168-169.

43 *Ibid.*, pp. 117-119.

protegería y defendería de los vendedores de influencias que acudían en bandadas de su estado natal. “Sé quiénes son los delincuentes y deseo evitar que lleguen a Harding”, dijo Daugherty. Pero resultó una fanfarronada desprovista de valor.⁴⁴

El resultado fue una serie de golpes que se sucedieron rápidamente desde principios de 1923. En febrero, Harding descubrió que Charles Forbes, director del Buró de Veteranos, había estado vendiendo suministros médicos del gobierno a precios de liquidación: lo llamó a la Casa Blanca, lo sacudió “como un perro a una rata” y le gritó: “bastardo traidor”. Forbes huyó a Europa y renunció el 15 de febrero.⁴⁵ El 4 de marzo Albert Fall renunció. Más tarde se comprobó que había recibido un total de 400.000 dólares a cambio del otorgamiento de concesiones favorables en los yacimientos petrolíferos oficiales de Elk Ellis, en California, y de Salt Creek (Teapot Dome), en Wyoming. Finalmente, Fall fue detenido durante un año en 1929, aunque sus concesiones después beneficiaron a Estados Unidos, pues llevaron a la construcción de oleoductos esenciales y a la organización de instalaciones en Pearl Harbor.⁴⁶ Pero esto no era evidente en ese momento y la partida de Fall derivó en un desastre para Harding, sobre todo porque Charles Cramer, consejero del Buró de Veteranos, se suicidó pocos días después.

Finalmente, el 29 de mayo, Harding se decidió a recibir a un compinche de Daugherty, Jess Smith, que con otros nativos de Ohio había estado vendiendo los favores oficiales, con sede en la llamada “casita verde de la calle K número 1625”. La “pandilla de Ohio”, como muy pronto llegó a denominarse al grupo, nada tenía que ver con Harding y nunca se comprobó legalmente que ni siquiera Daugherty participase de sus ganancias (fue absuelto después de un juicio celebrado en 1926-1927, aunque se negó a comparecer). Pero después que Harding enrostró sus delitos a Smith, el 29 de mayo, éste se suicidó al día siguiente y ese segundo suicidio tuvo un efecto deplorable sobre la moral del presidente. De acuerdo con William Allen White (una fuente no del todo fidedigna), Harding le dijo: “Puedo enfrentar muy bien a mis enemigos. Pero mis condenados amigos, mis malditos amigos, White, quitan el sueño”. Si hubiese tenido tiempo, Harding sin duda conseguido estabilizar la situación y refutar los rumores de culpabilidad por asociación —como hicieron después varios presidentes—, ya que de acuerdo con lo que la investigación histórica más reciente ha podido comprobar, sus manos estaban completamente limpias. Pero el mes siguiente inició un viaje por Alaska y la Costa Oeste y falleció de una hemorragia cerebral en el Hotel Palace de San Francisco, a principios de agosto. Su esposa lo siguió en noviembre de 1924, pero antes destruyó (o así se creyó entonces) todos los papeles de Harding; así se llegó a la conclusión de que eso era la prueba evidente de que existían secretos culpables.⁴⁷

La falsa historiografía que presentó a Harding y a su gobierno como los más corruptos de la historia norteamericana comenzó casi inmediatamente en 1924, en la *New Republic*, con la publicación de una serie de artículos, escritos por su director Bruce Bliven, un hombre violentamente contrario al mundo empresario. Así comenzó la mitología básica de la “pandilla de Ohio”, manejada por Daugherty, quien de manera intencionada ya en 1912 había reclutado a Harding como pantalla, parte de una gran conspiración destinada a entregar a la nación entera a Andrew Mellon y los grandes negocios. En adelante, Harding fue el blanco preferido de los sensacionalistas. En 1927, Nan Britton, hija de un médico de Marion, publicó *La hija del presidente*, donde afirmaba que había tenido una niña con Harding en 1919. En 1928 William Allen White repitió la teoría de la conspiración en *Máscaras en un desfile*, y nuevamente diez años después, en su biografía de Coolidge, *Un puritano en Babilonia*. En 1930, un ex agente del FBI, Gaston Means, publicó el bestseller *La extraña muerte del presidente Harding* y en él describió orgías alcohólicas totalmente imaginarias con coristas en la casa de la calle K, con Harding representando un papel destacado en la “acción”. También fue muy perjudicial la memoria *Horas intensas* (1933) de Alice Roosevelt Longworth, hija de Teodoro Roosevelt, que describía el

44 Ibid., p. 108.

45 *Investigation of Veterans Bureau: Hearings before Select Committee, US Senate*, Washington D.C., 1923.

46 Burl Noggle, “The Origins of the Teapot Dome Investigation”, en *Mississippi Valley Historical Review*, septiembre de 1957; M. R. Werner y John Starr, *Teapot Dome*, Nueva York, 1959, pp. 194-277; Murray, op. cit., p. 473.

47 Murray, op. cit., pp. 486-487.

despacho de Harding en la Casa Blanca como un salón clandestino, “la atmósfera densa de humo de tabaco, de bandejas con botellas que contenían todas las marcas imaginables de whisky, de naipes y fichas de Póquer al alcance de la mano, una atmósfera general de chalecos desabrochados, pies sobre el escritorio y la salivadera al lado [...] Harding no era mal hombre. Era sencillamente un patán”.⁴⁸ Vino a coronar todo esto la obra aparentemente erudita de un periodista del *New York Sun*, Samuel Hopkins Adams, titulada *Una era increíble: la vida y la época de Warren Gamaliel Harding* (1939), que consolidó todos los mitos y las invenciones en una firme ortodoxia. A esta altura de las cosas, la imagen de Harding como el rey de los criminales de la era del becerro de oro se había convertido en la versión aceptada de los hechos, no sólo en las obras populares como *Sólo ayer* (1931) de Frederick Lewis Allen, sino en la historia académica estándar. Cuando en 1964 los estudiosos tuvieron acceso a los papeles de Harding (los que no habían sido quemados) no pudo comprobarse la veracidad de los mitos, aunque se llegó a la conclusión de que Harding, un hombre patéticamente tímido frente a las mujeres, había mantenido una triste y conmovedora amistad con la esposa de un tendero de Marion antes de su presidencia. La imagen babilónica era una fantasía y en todas las cuestiones esenciales Harding había sido un presidente honesto y excepcionalmente sagaz. Pero ya era demasiado tarde. En 1962 el *New York Times* realizó una encuesta entre un grupo de setenta y cinco historiadores y entonces se vio que, con “muy pocas discrepancias”, se lo consideraba “un total fracaso”.⁴⁹

El trato dispensado a Harding merece un examen atento, porque si lo consideramos simultáneamente con la denostación análoga infligida a su vicepresidente y sucesor Calvin Coolidge, un hombre de temperamento por completo distinto, implica la descripción sistemáticamente errónea de la política pública a lo largo de toda una era. Por lo que hace a su personalidad, Coolidge fue, de los presidentes norteamericanos modernos, el más consecuente y el que demostró propósitos más firmes. Si Harding amaba a Estados Unidos en tanto que Arcadia, Coolidge fue el mejor dotado para preservar su carácter de tal. Provenía de las austeras colinas de Vermont, del linaje puritano original de Nueva Inglaterra, y había nacido en el piso alto de la tienda de su padre. No hubo hombres públicos que aplicasen a los tiempos modernos más integralmente que Coolidge los principios fundamentales del norteamericanismo: trabajo esforzado, frugalidad, libertad de conciencia, libertad respecto del gobierno, respeto por la cultura seria (concurrió a Amherst y había leído mucha literatura clásica y extranjera, así como historia). Era áspero, de rasgos acentuados, “amamantado con vinagre”, según Alice Longworth, un “hombrecito menudo y distante, que graznaba por la nariz cuando hablaba [...] no palmeaba la espalda de nadie, no apretaba el hombro de nadie, no estrechaba la mano de nadie”, de acuerdo con las palabras de William Allen White.⁵⁰ Contrajo matrimonio con una bella maestra de escuela llamada Grace, acerca de quien nadie pronunció jamás una observación crítica. Durante el noviazgo tradujo al inglés el *Interno* del Dante, pero inmediatamente después de la boda presentó a su mujer un bolso con cincuenta y dos pares de medias que necesitaban remiendos. Siempre ahorrraba. En su condición de vicepresidente de Harding vivía en cuatro habitaciones del Willard’s Hotel y de buena gana aceptó su papel de representante del gobierno en las comidas oficiales: “De todos modos, tengo que cenar en algún lugar”. Administraba la Casa Blanca atendiendo a los más pequeños detalles (más o menos como Curzon, pero con eficacia mucho mayor), examinaba e inicialaba todas las cuentas y exploraba los más escondidos recesos de las cocinas. Depositaba su sueldo y, hacia 1928, había invertido 250.000 dólares.⁵¹ Se acostaba a las diez, una costumbre celebrada por Groucho Marx en *Animal Crackers*: “Calvin, ¿no se te pasó la hora de ir a la cama?”. Pero la idea difundida por Mencken era engañosa: “Dormía más que cualquier otro presidente, de día o de noche. Nerón hacía música, pero Coolidge se limitaba a roncar”.⁵² No existió un presidente que estuviese mejor

48 Alice Roosevelt Longworth, *Crowded Hours*, Nueva York, 1933, pp. 324-325.

49 Arthur M. Schlesinger, “Our Presidents: a Rating by Seventy-five Historians”, en *New York Times Magazine*, 29 de julio de 1962; para un análisis completo de la historiografía de Harding, véase Murray, op. cit., pp. 487-528.

50 William Allen White, *A Puritan in Babylon*, Nueva York, 1938, p. 247.

51 Donald McCoy, *Calvin Coolidge: the Quiet President*, Nueva York, 1967, pp. 33, 158 y ss., 139-141.

52 Ishbel Ross, *Grace Coolidge and her Era*, Nueva York, 1962, p. 65.

informado en todas las cuestiones importantes o que con menos frecuencia fuese sorprendido por los acontecimientos o los actos de su equipo.

En realidad, a Coolidge le convenía inducir a error a la gente acerca del nivel real de su propia cultura y su actividad (una treta imitada después por Dwight Eisenhower). “Un sacristán nato en una parroquia rural”, escribió Harold Laski, “que por accidente ha venido a caer en medio de los grandes problemas”.⁵³ Ésa era precisamente la impresión que Coolidge deseaba suscitar. De hecho, pocos hombres estuvieron mejor preparados para la presidencia, y recorrieron todos los peldaños de la estructura de la función pública: consejero parroquial, miembro de la cámara baja de su estado, alcalde, representante y senador estatal, presidente del senado estatal, vicegobernador, gobernador, vicepresidente. En todos los niveles insistió en que el gobierno debía hacer lo menos posible. “No hizo nada”, comentó Will Rogers en una de sus sátiras políticas, “pero eso es lo que la gente quería que se hiciera”.⁵⁴ Pero también insistía en que cuando el gobierno actuase debía ser absolutamente decisivo. Forjó su reputación nacional en 1919, cuando aplastó la huelga de la policía de Boston. “Nadie, nunca, en ningún lugar, tiene el derecho de hacer huelga en perjuicio de la seguridad pública”. Fue elegido vicepresidente bajo el lema “ley y orden”, y presidente con los mensajes “*keep Cool with Coolidge*” (mantenga la calma con Coolidge), “Coolidge o el caos”, y “la principal actividad del pueblo norteamericano está en los negocios”. Estructuró la creencia general de que la función del gobierno consiste, sobre todo, en crear una atmósfera en que la agricultura, la manufactura y el comercio puedan aprovechar las oportunidades ofrecidas por Dios y la naturaleza. En la culminación de su campaña por la presidencia, en 1924, visitó su casa una delegación de los más renombrados hombres de negocios norteamericanos, encabezados por Henry Ford, Harvey Firestone y Thomas Edison. Este último, que por su condición de inventor mundialmente famoso era el vocero, dijo a la gente que estaba reunida afuera: “los Estados Unidos tienen la suerte de contar con Calvin Coolidge”.⁵⁵ Venció holgadamente en esta y en otras justas electorales, y la mayoría de las veces por márgenes abrumadores.

Coolidge reflejó el distanciamiento arcadiano de Estados Unidos al demostrar que, en intencionado contraste con el activismo estridente que se manifestaba en gran parte de Europa y que respondía a la idea de que la acción política había reemplazado a la piedad religiosa como forma obvia del valor moral, aún era posible practicar la arcaica virtud de la *stasis*. Coolidge creía que toda la actividad —sobre todo la oficial— que no estuviera dictada por la necesidad apremiante, probablemente originaría resultados indeseables y, en todo caso, imprevistos. Su minimalismo se extendía, aun especialmente, al lenguaje. Decía que él y su padre, el coronel Coolidge, se comunicaban con “poco más que el uh-uh del indio”.⁵⁶ Lo complacía su apodo, “el silencioso Cal”, y se vanagloriaba: “Los Coolidge nunca se desbordan”. Su consejo como presidente del Senado de Massachusetts fue: “Sea breve. Sobre todo, sea breve”. Cuando se hizo cargo de la Casa Blanca, terminó con los escándalos de la “pandilla de Ohio” mediante una acción muy rápida, la designación de un fiscal especial y al mismo tiempo tratando de hablar de eso lo menos posible. Durante la campaña de 1924 observó: “No recuerdo el caso de ningún candidato a presidente que se haya perjudicado él mismo por no hablar”.⁵⁷ “Las cosas que nunca digo jamás me acarrearán dificultades”, comentó. En su *Autobiografía* afirmó que su norma más importante consistía en “no hacer nunca nada que otro pueda hacer por uno”. En otra ocasión destacó que nueve décimas partes de los que visitan al presidente en la Casa Blanca “quieren algo que no deberían tener. Si uno guarda absoluto silencio, se quedan sin palabras después de tres o cuatro minutos”.⁵⁸

En las relaciones con la prensa Coolidge demostró tanta eficacia como Harding, pero por diferentes razones. No sólo no tenía secretario de prensa y rehusaba mantener conferencias con transcripciones textuales, sino que también le molestaba que los periodistas le dirigiesen

53 Mark de Wolf Howe, ed., *The Holmes-Laski Letters 1916-1935*, 2 vols., Harvard, 1953, I, p. 673.

54 Citado en Sklar, op. cit., p. 297.

55 McCoy, op. cit., pp. 256-263.

56 Gamaliel Bradford, *The Quick and the Dead*, Boston, 1931, p. 241.

57 McCoy, op. cit., pp. 99, 58, 208 y ss., 255.

58 Calvin Coolidge, *Autobiography*, Nueva York, 1929.

comentarios, incluso que lo saludasen. Pero si previamente se entregaban por escrito las preguntas a su temible factótum, C. Bascom Slemph, Coolidge escribía personalmente las respuestas, que eran breves, muysecas, pero informativas y veraces.⁵⁹ Al periodismo le agradaba su confiabilidad, condimentada con sus costumbres excéntricas: solía ordenar a su ayuda de cámara que le frotase los cabellos con vaselina, y en su oficina ovalada a veces convocaba a los funcionarios con un timbre y después se escondía bajo el escritorio, para observar el desconcierto general por su actitud extrañamente distante. Los periodistas también percibían que el poder no lo había corrompido en absoluto. El 2 de agosto de 1927 convocó a treinta de ellos y les dijo: “La fila se forma por la izquierda”; entregó a cada uno un pedazo de papel de cinco por veintidós centímetros y medio en donde había mecanografiado: “No seré candidato a presidente en 1928”. Su despedida de la Casa Blanca fue característica: “Tal vez una de las más importantes realizaciones de mi gobierno”, dijo secamente a la prensa, “ha sido ocuparme de mis propios asuntos”.⁶⁰

Si bien Coolidge era avaro con las palabras, lo que decía siempre era conciso y claro, y demostraba que había reflexionado profundamente acerca de la historia y que había elaborado una filosofía pública meditada pero sombría. En el siglo XX, nadie, ni siquiera su elocuente contemporáneo, F. E. Smith, conde de Birkenhead, definió con mayor elegancia las limitaciones del gobierno y la necesidad de la actividad individual, que implica inevitablemente desigualdades en la promoción de la felicidad humana. “El gobierno no puede evitar el trabajo”, dijo en 1914 al Senado de Massachusetts. “Los seres normales tienen que cuidar de sí mismos. El gobierno propio significa sostenerse uno mismo [...] En definitiva, los derechos de la propiedad y los derechos personales son la misma cosa [...] La historia no revela la existencia de pueblos civilizados en los que no existiera una clase muy educada y grandes acumulaciones de riqueza. Las ganancias elevadas implican nutridas nóminas de sueldos. La inspiración siempre vino de arriba.”⁶¹ Insistía en que la moral política debía ser juzgada siempre por las intenciones y no por los efectos. “La economía es idealismo en su forma más práctica”: ésa fue la frase clave de su alocución inaugural de 1925. En un discurso pronunciado ante la Cámara de Comercio de Nueva York, el 19 de noviembre del mismo año, confirió una forma lúcida y lapidaria a lo que fue quizá la última formulación clásica de la filosofía del *laissez-faire*. “El gobierno y los negocios deben mantenerse independientes y separados.” En efecto, era muy conveniente que el gobierno se dirigiera desde Washington y los negocios desde Nueva York. “Los hombres prudentes y sensatos deben impedir siempre las recíprocas usurpaciones que los tontos o los codiciosos intentan practicar desde los dos lados.” Los negocios perseguían la ganancia, pero también tenían un propósito moral: “el esfuerzo mutuo organizado de la sociedad con el fin de atender los requerimientos económicos de la sociedad [...] Ese esfuerzo descansa de lleno en la ley del servicio. Se apoya sobre todo en la verdad, la fe y la justicia. En su sentido más amplio, es una de las grandes fuerzas que contribuyen al progreso espiritual y moral de la raza”. Por eso el gobierno garantizaba la promoción de su éxito suministrando las condiciones de la competencia en un marco de seguridad. Su tarea era reprimir el privilegio cuando se manifestaba y sostener la posesión lícita aportando correctivos legales a todos los agravios. “El elemento principal del valor de toda propiedad es el conocimiento de que su goce pacífico será defendido públicamente.” Si no existe esta defensa pública y legal, “el valor de los altos edificios descenderá al precio del puerto de la antigua Cartago o de los baldíos de la vieja Babilonia”. Cuanto más se autorregularan los negocios, menos necesaria sería la acción oficial para garantizar la competencia; de ese modo, el gobierno podría concentrar la atención en su doble tarea, la economía y el mejoramiento de la estructura nacional, en cuyo marco los negocios podían acrecentar los beneficios y la inversión, aumentar los salarios y suministrar mejores bienes y servicios a los precios más bajos posibles.⁶²

59 Howard Quint y Robert Ferrell, eds., *The Talkative President: Off-the-Record Press Conferences of Calvin Coolidge*, Amhurst, 1964, prefacio.

60 McCoy, op. cit., pp. 384, 395.

61 Ibid., pp. 53-55.

62 Calvin Coolidge: “Government and Business”, en *Foundations of the Republic: Speeches and Addresses*, Nueva York, 1926, pp. 317-332.

Esta filosofía pública parecía poseer un grado de concordancia con los hechos reales de la vida que era desusado en la experiencia humana. Durante el gobierno de Harding, y aún más en el de Coolidge, Estados Unidos gozó de una prosperidad general que fue un caso único en su propia historia o en la de cualquier otro país. Cuando concluyó la década y la prosperidad fue totalmente eclipsada, esos años fueron vistos de manera retrospectiva, sobre todo por los escritores y los intelectuales, como una época groseramente materialista, febril y filistea y, al mismo tiempo, insustancial y efímera, sin el mérito de una sola realización humana sólida. Las imágenes sugeridas por este juicio tenían un sesgo bíblico: un grotesco festín de Baltasar antes de la catástrofe. “La Nueva Generación había madurado”, escribió Scott Fitzgerald en 1931, “y descubrió que todos los dioses habían muerto, que se habían afrontado todas las guerras y que todas las convicciones del hombre flaqueaban; solamente se sabía que Estados Unidos estaba viviendo la principal y más vulgar parranda de la historia”.⁶³ Para Edmund Wilson, los años veinte fueron una especie de aberración de la seriedad fundamental de la conciencia norteamericana: “Los fuegos artificiales de los años veinte tuvieron el carácter de una fiesta de borrachos”.⁶⁴ En *The Epic of America*, publicada en 1931, James Truslow Adams resumió el tema: “Después de haber renunciado al idealismo a favor de la prosperidad, los ‘hombres prácticos’ nos llevaron a la bancarrota en ambos frentes”.⁶⁵ En efecto, algunos intelectuales pensaron que el intento mismo de difundir la prosperidad general era erróneo y debía acarrear la destrucción. Michael Rostovtzeff, que en ese momento estaba terminando su monumental historia de la economía de la antigüedad, preguntó: “¿Puede extenderse una civilización superior a las clases inferiores sin rebajar su nivel y diluir su calidad hasta la destrucción? ¿Acaso las civilizaciones no están condenadas a decaer apenas comienzan a penetrar en las masas?”.⁶⁶

Sin embargo, la visión de que los años veinte fueron una orgía alcohólica que destruyó los valores civilizados puede fundamentarse sólo mediante la deformación o la negación sistemática de las constancias históricas. La prosperidad estaba muy difundida y era muy sólida. No era universal: sobre todo en la comunidad rural se manifestaba irregularmente y, en general, excluía a ciertas comunidades industriales más antiguas, por ejemplo los trabajadores textiles de Nueva Inglaterra.⁶⁷ Pero la prosperidad estaba distribuida con mayor amplitud de lo que había sido posible anteriormente en una comunidad de esta magnitud e implicaba la adquisición, por parte de decenas de millones de individuos, de los elementos de seguridad económica que antes y a lo largo de la historia se les habían negado. El crecimiento fue espectacular. Sobre la base de un índice 100 correspondiente a 1933-1938, fue de 58 en 1921 y sobrepasó el nivel de 110 en 1929. Esto implicó un aumento de la renta nacional que pasó de 59.400 millones a 87.200 millones de dólares en ocho años, con un aumento del ingreso real *per cápita* de 522 a 716 dólares; no era el lujo babilónico, pero sí una comodidad modesta que antes nunca había sido posible.⁶⁸ La expansión se expresó no sólo en el gasto y el crédito. Por primera vez, muchos millones de trabajadores compraron seguros (las pólizas de seguros de vida e industriales sobrepasaron la marca de los 100 millones durante los años veinte) y pudieron obtener ahorros, que se cuadruplicaron durante la década, y tuvieron cierta participación en la industria. Así, el análisis de la lista de los que compraron cincuenta acciones o más en una de las principales emisiones de acciones de servicios públicos de los años veinte demuestra que los grupos más importantes fueron, por orden de magnitud: encargados de casas, empleados, obreros fabriles, comerciantes, choferes y conductores, electricistas, mecánicos y capataces.⁶⁹ Los años veinte se caracterizaron también por un auge en la construcción importante y prolongado: ya en 1924 alrededor de 11 millones de familias habían adquirido sus propias casas.

63 F. Scott Fitzgerald, *The Crack-up*, ed. por Edmund Wilson, Nueva York, 1945.

64 Carta a Maxwell Geismar, 10 de junio de 1942, en Elena Wilson, ed., *Edmund Wilson: Letters on Literature and Politics 1912-1972*, Nueva York, 1977, p. 385.

65 James Truslow Adams, *The Epic of America*, Boston, 1931, p. 400.

66 Michael Rostovtzeff, *A Social and Economic History of the Roman Empire*, Yale, 1926, p. 487.

67 Stuart Chase, *Prosperity: Fact or Myth?*, Nueva York, 1930.

68 George Soule, *Prosperity Decade from War to Depression 1917-1929*, Nueva York, 1947.

69 Citado en Sklar, op. cit.

El foco del auge del consumo fue el transporte personal, que no era un lujo en un país muy extenso, donde algunas de las nuevas ciudades estaban separadas del resto por cincuenta kilómetros de cami. no. A principios de 1914 había en Estados Unidos 1.258.062 automóviles registrados y ese año se fabricaron 569.054. La producción se elevó a 5.621.715 en 1929 y ese año los automóviles registrados en Estados Unidos totalizaron 26.501.443, cinco sextos de la producción mundial y un automóvil por cada cinco habitantes. Estos datos permiten formarse una idea del predominio global de la industria norteamericana. En 1924 los cuatro principales fabricantes europeos de automóviles producían sólo el 11 por ciento de los vehículos manufacturados en Estados Unidos. Incluso hacia fines de la década, los coches registrados en Europa representaban sólo el 20 por ciento de la cifra correspondiente a Estados Unidos, y la producción representaba nada más que el 13 por ciento.⁷⁰ Estas cifras significaban que el conjunto de la clase trabajadora estaba alcanzando la libertad de desplazarse a larga y media distancia, hasta ese momento algo limitado a un sector de la clase media. Mientras tanto, aunque el ferrocarril declinaba y el número de personas transportadas descendió de 1.269 millones en 1920 a 786 millones en 1929, la clase media se orientaba hacia el transporte aéreo: los pasajeros por vía aérea ascendieron de 49.713 en 1928 a 417.505 en 1930 (en 1940 la cifra era de 3.185.278 y de casi 8 millones en 1945).⁷¹ Los años veinte demuestran la velocidad relativa con que la productividad industrial podía transformar los lujos en necesidades para difundirlos a lo largo de la pirámide de las clases.

Más aún, en una medida cada vez más considerable disolvía las clases y eliminaba otras barreras. Después de los automóviles, la nueva industria de los artefactos eléctricos fue uno de los factores que alimentó la prosperidad de los años veinte. Las erogaciones en receptores de radio pasaron de sólo 10.648.000 dólares en 1920 a 411.617.000 dólares en 1929, y el valor del total de artefactos eléctricos se triplicó durante la década y alcanzó la cifra de 2.400 millones.⁷² En primer lugar, el público masivo de la radio, marcado por el nuevo fenómeno del “correo de los admiradores” durante el otoño de 1923, y luego la asistencia regular, sobre todo de los jóvenes, al cine (a partir de 1927, sonoro) determinaron la “norteamericanización” de las comunidades inmigrantes y un renovado proceso de eliminación de las distinciones de clase en el vestido, el lenguaje y las actitudes, un resultado que la política oficial durante el gobierno de Harding no había podido obtener, y que Harding y Coolidge sensatamente dejaron librado a su propio desarrollo. Al repasar *Calle Mayor* para el *Nation* en 1924, Sinclair Lewis describió a dos muchachas de un pueblo pequeño, pertenecientes a la clase trabajadora; vestían “faldas bien cortadas, medias deseda, calzaban zapatos que uno no encuentra en Europa y usaban blusas discretas, los cabellos ondulados y unos encantadores sombreros de paja, y en la cara tenían expresiones de cínica desenvoltura que aterrorizaban a un hombre tímido”. Una de ellas sirvió picadillo. “Los padres de ambas son checos; viejos retrógrados, pajarracos bigotudos que saben menos inglés que una rata. Y sin embargo, con una generación aquí están sus hijas [...] auténticas reinas.”⁷³

Esta gente joven se identificaba con los astros y las estrellas del cine; para ellos los filmes eran una fuerza liberadora, porque liberaban a los hijos de los padres, a las mujeres de los maridos. Una encuesta acerca del cine citaba las palabras de un joven de diecisiete años: “Los filmes son un regalo del cielo y diré lo que siento: ojalá que nos acompañen mucho tiempo y vivan en el país de los libres y el hogar de los valientes”. Otro testimonio decía: “Comencé a fumar después de ver a Dolores Costella”.⁷⁴ Se entendía entonces que fumar era progresista y liberador, sobre todo en el caso de las mujeres, y también saludable. “Prefiera un Lucky a una golosina”, “adelgace de un modo razonable”. La publicidad era también una forma de liberación, sobre todo en el caso de las familias de inmigrantes. Las educaba en las posibilidades de la vida. En Estados Unidos, los años veinte fueron el período que presenció los principales progresos de las mujeres, más importantes

70 Rostow, *World Economy*, p. 209 y Tabla 111-38; Harold Underwood Faulkner, *American Economic History*, Nueva York, 71 ed., 1954, p. 622.

71 Faulkner, op. cit., p. 624.

72 Ibid., pp. 607-608.

73 Sinclair Lewis, “Main Street's Been Paved!”, en *Nation*, 10 de septiembre de 1924.

74 Herbert Blumer, *Movies and Conduct*, Nueva York, 1933, pp. 243-247, 220-223.

que en cualquier otra década. Hacia 1930 había 10.546.000 mujeres “empleadas en trabajos retribuidos” fuera del hogar; el sector principal correspondía, como antes, al servicio doméstico/personal (3.483.000), pero ahora había casi 2 millones en tareas administrativas, 1.860.000 en la manufactura y, el dato más alentador, 1.226.000 en las actividades profesionales.⁷⁵ Igualmente significativa y, desde el punto de vista cultural, más importante era la categoría de las amas de casa liberadas, las *blondies*, que por primera vez disfrutaban gracias a los artefactos domésticos, los automóviles y los elevados salarios de sus maridos. En un trabajo de 1931, titulado “*El nuevo status de las mujeres*”, Mary Ross señaló que las *blondies* habían superado el límite representado por “la necesidad de desarrollar una actividad económica”:

Crían a sus hijos —uno, dos, a veces tres o cuatro— con una atención probablemente desconocida en las generaciones anteriores. Ellas fundaron el gran movimiento de los clubes culturales[...] ellas son las que gastan el gran ingreso norteamericano, mantienen la industria cinematográfica, compran o toman prestadas las novelas, sostienen el negocio de la moda y el de los artículos de belleza, aseguran los elevados niveles de actividad del bridge, los viajes y la atención médica. De este súbito estallido del ocio femenino han surgido muchas cosas buenas; por ejemplo, gran parte de la base de la filantropía norteamericana.⁷⁶

La aparición de la prosperidad de la familia fue un factor de la declinación de la política extremista y su base sindical. Una encuesta de 1929 citaba las palabras de un organizador sindical: “El automóvil Ford ha perjudicado mucho a los sindicatos, aquí y en todos los restantes lugares. Mientras los hombres dispongan de dinero suficiente para comprar un Ford de segunda mano, neumáticos y nafta, preferirán salir al camino y no prestarán atención a las reuniones sindicales”.⁷⁷ En 1915, 1921 y 1922 los sindicatos perdieron tres casos fundamentales ventilados en la Suprema Corte, y las huelgas de 1919 fueron fracasos desastrosos. La afiliación de la Federación Norteamericana del Trabajo descendió del nivel máximo de 4.078.740 en 1920 a 2.532.261 en 1932. El “capitalismo de bienestar”⁷⁸ suministraba instalaciones deportivas en las empresas, vacaciones pagas, planes de seguros y jubilación, de modo que, hacia 1927, 4.700.000 obreros estaban protegidos por los seguros colectivos y 1.400.000 eran miembros de los sindicatos de las empresas.⁷⁹ Parecía que el trabajador norteamericano estaba en el umbral de una existencia burguesa —hasta ese momento inconcebible— de satisfacción y responsabilidad personal que determinaba que la acción colectiva fuese cada vez menos necesaria.

Como podía preverse, este proceso estaba relacionado con una liberación cultural que refutaba las acusaciones de filisteísmo lanzadas (más tarde y no tanto en ese momento) contra la época de Coolidge. Tal vez pueda afirmarse que el proceso individualmente más importante de la época fue la difusión de la educación. Entre 1910 y 1930 el gasto total en educación se cuadruplicó, de 426.25 millones a 2.300 millones; el gasto en la educación superior también se cuadruplicó y llegó a casi 1.000 millones anuales. Durante este período el analfabetismo descendió del 7,7 al 4,3 por ciento. Los años veinte fueron la época del Club el libro del mes y la Hermandad literaria; el público compró más libros que en cualquier otro período, pero se observó un acentuado respeto por los clásicos. Durante los años veinte, *David Copperfield* fue considerada la novela favorita de Estados Unidos, y entre las figuras votadas como “los diez hombres más grandes de la historia” estaban Shakespeare, Dickens, Tennyson y Longfellow.⁸⁰ Es posible que haya sido la era del azz, y hacia el

75 Sophia Breckenridge, “The Activities of Women Outside the Home”, en *Recent Social Trends in the US*, Nueva York, 1930, pp. 709-750.

76 Samuel Schmalhausen y V. F. Calverton, eds., *Woman's Coming of Age: a Symposium*, Nueva York, 1931, pp. 536-549.

77 R. S. y H. R. Lynd, *Middletown: a Study in Modern American Culture*, Nueva York, 1929, pp. 251-263.

78 Lewis L. Lorwin, *The American Federation of Labour: History, Policies and Prospects*, Nueva York, 1933, p. 279.

79 R. W. Dunn, *The Americanization of Labour*, Nueva York, 1927, pp. 153, 193-194.

80 Kenneth M. Goode y Harford Powel, *What About Advertising?*, Nueva York, 1927.

fin de la década había 35.000 orquestas juveniles en el país. La década se caracterizó tanto por el movimiento de conservación histórica que restauró la Williamsburg colonial como por la colección de pintura contemporánea que llevó a la creación del Museo de Arte Moderno en 1929.⁸¹

En realidad, los años veinte fueron la década más afortunada de la historia norteamericana, incluso más que la década igualmente afortunada de 1950, porque durante esa época la cohesión nacional determinada por la prosperidad relativa, la súbita densidad cultural y la expresiva originalidad del “norteamericanismo” fueron elementos nuevos y sugestivos. En 1927 el académico francés André Siegfried publicó *America Comes of Age*, obra en la que afirmó que “como resultado de los cambios revolucionarios promovidos por los modernos métodos de producción [...] el pueblo norteamericano está creando ahora en gran escala una estructura social completamente original”. Este concepto habría podido provocar la respuesta irónica de Henry James, que había fallecido once años antes. En 1878 James había escrito una pequeña biografía de Hawthorne, que incluyó un pasaje famoso (y para los norteamericanos muy ofensivo) que enumeraba todos “los aspectos de la alta civilización, según existe en otros países, que faltan en la textura de la vida norteamericana” y que —según él afirmaba— aportaban el fecundo entramado social a la composición de la literatura de imaginación. En su enumeración, Estados Unidos carecía de:

un soberano, una corte, el sentimiento de fidelidad personal, la aristocracia, la iglesia, el clero, el ejército, el servicio diplomático, los caballeros rurales, los palacios, los castillos, las mansiones rurales, las antiguas casas de campo, las parroquias, los *cottages* con techos de paja, las ruinas cubiertas de hiedra, las catedrales, las abadías, las iglesias normandas, las grandes universidades y las escuelas públicas. No existían Eton, Oxford ni Harrow; no había literatura, ni museos, ni cuadros, ni sociedad política, ni una clase ociosa. ¡No existían Epsom ni Ascot!⁸²

Hacia fines de los años veinte Estados Unidos había adquirido la profundidad y la complejidad social cuya ausencia James lamentara, y había llegado a ese nivel precisamente por medio de lo que Hawthorne desechaba por entender que era “la prosperidad vulgar” de la vida norteamericana.⁸³ Pero se trataba de una prosperidad en escala monumental, sin precedentes, al extremo de representar un fenómeno social por derecho propio y de originar como secuela, y por primera vez, un universo literario nacional de características singulares. La década comenzó con *Al este del Paraíso* (1918) de Francis Scott Fitzgerald, y concluyó con *Adiós a las armas* (1929) de Ernest Hemingway, un autor que se convertiría en el más influyente escritor de novelística en inglés entre las dos guerras. Entre las obras publicadas en este período cabe mencionar *Calle Mayor* (1929), de Sinclair Lewis; *Tres Soldados* (1921), de John Dos Passos; *Una tragedia norteamericana* (1926), de Theodore Dreiser; *Paga de soldados* (1926), de William Faulkner; *Boston* (1928), de Upton Sinclair, y *Mira hacia casa, Angel* (1929), de Thomas Wolfe. La aparición de esta constelación de novelas y de dramaturgos como Eugene O'Neill y Thornton Wilder fue la prueba, como señalara Lionel Trilling, de que “la vida en Estados Unidos ha adquirido cada vez mayor densidad desde el siglo XIX”, para suscitar no tanto la “observación social” que James reclamaba de una novela, sino una “intensa conciencia social”, de manera que “nuestra definición actual de lo que es un libro serio nos ofrece una imagen de la sociedad, con el fin de que la consideremos y condenemos”.⁸⁴

Esta tendencia cada vez más acentuada de la cultura norteamericana a prescindir del cordón umbilical que la unía a Europa durante la década de los veinte comenzó a originar formas de expresión *sui generis*, no sólo en el cine y la radiodifusión, que exhibían rasgos norteamericanos específicos, sino en la escena. La manifestación más espectacular de la década fue la comedia musical neoyorquina. En realidad, descendía de la opereta vienesa, las escenas musicales del

81 Warren Suzman, ed., *Culture and Commitment 1929-1945*, Nueva York, 1973.

82 Véase Leon Edel, *The Life of Henry James*, Londres, 1977, ed., I, cap. 84: “A Storm in the Provinces”.

83 Nathaniel Hawthorne, prefacio a *A Marble Faun*, Boston, 1860.

84 Lionel Trilling, “Manners, Morals and the Novel”, impreso en *The Liberal Imagination*, 1950.

bulevar francés, las óperas cómicas de Gilbert y Sullivan y el music-hall inglés (quizá sus orígenes se remontan a *La ópera de los mendigos*, de 1728), pero los ingredientes del espectáculo de los trovadores, el burlesco, el jazz y el vodevil norteamericanos la transformaron en una forma completamente nueva de arte popular. Antes de 1914 habían existido compositores fecundos en el protogénero, y los principales fueron Irving Berlin y Jerome Kern. Pero la obra de estos autores pareció entonces tan marginal y fugaz que algunas de las mejores y más antiguas canciones de Kern han desaparecido sin que haya quedado ni siquiera una copia.⁸⁵ A principios de los años veinte la nueva y espectacular prosperidad de los teatros de Broadway se combinó con nuevos talentos como George Gershwin, Richard Rodgers, Howard Dietz, Cole Porter, Vincent Youmans, Oscar Hammerstein, Lorenz Hart y E. Y. Harburg, y así la comedia musical norteamericana llegó a su apogeo. El 12 de febrero de 1924 la banda de Paul Whiteman ejecutó en el Aeolian Hall la *Rapsodia en azul* de Gershwin. Fue el episodio creador arquetípico de la época. En esa temporada, poco después que Coolidge fue elegido, *Lady, Be Good!*, de Gershwin, la primera comedia musical norteamericana plenamente desarrollada, fue estrenada el 1 de diciembre en el Teatro Liberty, con Fred Astaire y su hermana Adele.⁸⁶ Fue el acontecimiento destacado de una temporada de Broadway que incluyó obras como *Lollypop* de Youmans, *Sitting Pretty*, de Kern, *The Student Prince* de Rudolph Friml y Sigmund Romberg, *Music Box Revue* de Irving Berlin y *Chocolate Dandies* de Sissie y Blake —en un conjunto de aproximadamente cuarenta comedias— así como *Green Pastures* de Marc Connelly, la Primera Sinfonía de Aaron Copland y la llegada de Sergio Koussevitski a la Orquesta Sinfónica de Boston. Con la posible excepción de la Alemania de Weimar, los Estados Unidos de la próspera época de Coolidge fueron el principal escenario de la cultura occidental durante esta época, el lugar donde el creador nativo contó con la más amplia gama de oportunidades y donde el artista expatriado tenía más probabilidades de hallar la libertad, los medios y la seguridad necesarios para expresarse.

El problema de la expansión de los años veinte no consistió en que tuviese un carácter filisteo o socialmente inmoral. El problema estaba en su fugacidad. Si hubiese perdurado y arrastrado consigo a las economías europeas, menos robustas pero todavía en ese momento dispuestas a realizar esfuerzos para salvar la situación, hubiera debido sobrevenir una transformación política de carácter global que habría contenido a las nuevas fuerzas de la compulsión totalitaria, con su ruinoso confianza en la ingeniería social, y habría creado gradualmente entre el gobierno y la empresa una relación más parecida a la que Coolidge explicó a los paladines empresarios de la ciudad de Nueva York. En 1929 Estados Unidos había conquistado en la producción total del mundo una posición de supremacía que antes nunca había sido alcanzada por ningún estado en un periodo de prosperidad: el 34,4 por ciento del total, comparado con el 10,4 por ciento de Gran Bretaña, el 10,3 por ciento de Alemania, el 9,9 por ciento de Rusia, el 5 por ciento de Francia, el 4 de Japón, el 2,5 de Italia, el 2,2 de Canadá y el 1,7 de Polonia. La probabilidad de que el continente europeo se inclinase hacia la “original estructura social” de Estados Unidos, como lo denominó Siegfried, aumentaba a medida que año tras año se mantenía la prosperidad de la economía mundial. Con otra década de prosperidad en esta escala, nuestra reseña de los tiempos modernos habría sido muy distinta e inconmesurablemente más feliz.

El 4 de diciembre de 1928 Coolidge pronunció su último mensaje público ante el Congreso:

Ninguno de los congresos norteamericanos reunidos hasta ahora, al examinar el estado de la Unión ha contemplado una perspectiva más grata [...] La gran riqueza creada por nuestra iniciativa y nuestra industria, y preservada por nuestra economía, se ha distribuido del modo más amplio entre los miembros de nuestro pueblo, y ha formado un flujo permanente que satisface las necesidades de la beneficencia y el comercio mundiales. Los requerimientos han superado el nivel de la necesidad para

85 E. G. “Best Sort of Mother”, escrito para la parodia de J. M. Barrie, *Rosy Rapture*; véase Gerald Boardman, Jerome Kern: *his Life and Music*, Oxford, 1980.

86 Véase la Introducción de Edward Jablonski a *Lady, Be Good!*, en el Smithsonian Archival Reproduction Series, la Colección Smithsonian r008, Washington D.C., 1977.

ingresar en la región del lujo. El aumento de la producción viene a satisfacer la creciente demanda interna y la expansión del comercio externo. El país puede contemplar el presente con satisfacción y el futuro con optimismo.⁸⁷

Esta visión no era la vacía autosatisfacción de un político de éxito. Tampoco era una opinión exclusiva de la comunidad empresarial. Era compartida por intelectuales del espectro entero. *El ascenso de la civilización norteamericana*, de Charles Beard, obra publicada en 1927, describía un país que “pasaba de un triunfo tecnológico a otro, que superaba el agotamiento de los recursos naturales crudos y las energías, y promovía una distribución cada vez más amplia de las bendiciones de la civilización, salud, seguridad, bienes materiales, saber, ocio y apreciación estética”.⁸⁸ En un trabajo escrito el mismo año, Walter Lippmann señaló: “Las actividades más o menos inconscientes y no planeadas de los hombres de negocios son por una vez más novedosas, más audaces y en cierto sentido más revolucionarias que las teorías de los progresistas”.⁸⁹ En 1929 John Dewey pensó que el problema no consistía en cómo prolongar la prosperidad —lo consideraba un resultado sobrentendido— sino en cómo convertir “la gran sociedad” en la “gran comunidad”. Incluso en la izquierda se difundió la idea de que quizás, al fin de cuentas, los empresarios habían dado en el clavo. En febrero de 1929, Lincoln Steffens llegó a la conclusión de que se justificaban tanto el sistema norteamericano como el soviético: “Por uno o por otro de estos caminos se salva la raza y, a mi juicio, se salva de los dos modos”.⁹⁰ En 1929 el *Nation* comenzó a publicar una serie que duró tres meses acerca de la permanencia de la prosperidad y llamó la atención sobre los bolsones de norteamericanos que no gozaban todavía de sus beneficios; el primer artículo apareció el 23 de octubre y coincidió con el primer gran derrumbe del mercado.

Es posible que Coolidge, un hombre por naturaleza suspicaz y poco dispuesto a creer que fuera posible alcanzar la satisfacción permanente de este lado de la eternidad, tuviese una actitud más escéptica que el resto y, en todo caso, menos entusiasta de la que se creía obligado a demostrar en público. Es extraño que se negara a presentar nuevamente su candidatura a presidente en 1928, cuando todos los presagios lo favorecían y tenía sólo cincuenta y seis años. Dijo en cierta ocasión a Harlah Stone, presidente de la Suprema Corte: “Es una idea excelente retirarse cuando aún lo requieren a uno”. Sus ambiciones políticas se ajustaban a límites muy severos, del mismo modo que, a su juicio, de imponerse límites muy rigurosos a todo lo que implicase una forma de actividad política. Stone le advirtió que se avecinaban dificultades de carácter económico. También él creía que el mercado se derrumbaría. Se afirma que su esposa Grace dijo: “Poppa dice que se viene una crisis”. Sin embargo, Coolidge supuso que la crisis tendría proporciones semejantes a las de 1920 y que sería posible salvarla mediante una fase análoga de magistral inactividad. Si se necesitaba algo más, él no era el hombre apropiado para la tarea. Grace Coolidge afirma que Calvin dijo a un miembro del gabinete: “Sé ahorrar. Siempre me he educado en ese sentido. El país se encuentra en una situación financiera sólida. Quizás ha llegado el momento en que deberíamos gastar. Creo que no reúno las condiciones necesarias en ese sentido”. En su opinión, Hoover era el “gran gastador”; no el último, sino el primero de dicho linaje. Contempló sin entusiasmo el ascenso de Hoover a la presidencia: “A lo largo de seis años ese hombre me dio consejos que yo no solicité, y todos eran errados”. Coolidge era el hombre menos dispuesto a retribuir con sus propios consejos. Durante el interregno de principios de 1929 se le pidió opinión acerca de una decisión de gran alcance y contestó secamente: “Dejaremos eso en manos del niño mágico”. Salió de escena sin pronunciar palabra y bajó la cortina sobre la Arcadia.

87 Citado en McCoy, op. cit., p. 392.

88 Charles y Mary Beard, *The Rise of American Civilization*, 2 vols., Nueva York, 1927, II, p. 800.

89 Walter Lippmann, *Men of Destiny*, Nueva York, 1927, pp. 23 y ss.

90 Lincoln Steffens, *Individualism Old and New*, Nueva York, 1930, pp. 35 y ss.

7 EL DERRUMBE

El viernes 3 de octubre de 1929 un nuevo cargador participó en su primera cacería de faisanes en la propiedad del duque de Westminster, cerca de Chester. La víspera se había celebrado una conferencia de los principales funcionarios en la gran sala de armas. Al romper el alba, el joven cargador vistió su nuevo uniforme y se presentó al mayordomo, que “tenía un aspecto muy impresionante con su chaqueta de terciopelo verde, el chaleco y los pantalones blancos, las polainas de cuero de becerro y un sombrero de copa dura con muchos adornos dorados”. Había ochenta ayudantes revestidos de librea, con “sombrero rojo, de ala ancha con banda de cuero, y delantal blanco de un material muy áspero en el estilo Farmer Giles, asegurado a la cintura por un ancho cinturón de cuero con una gran hebilla de bronce”. Los batidores se reunieron y fueron inspeccionados. Después, llegaron las cajas de cuero de las “armas”, con sus placas de bronce con los nombres y las insignias. Más tarde llegaron los Rolls-Royce y los Daimler manejados por sus choferes, y finalmente el mismo duque, a quien el nuevo cargador debía presentar el arma. Apenas “su gracia” ocupó el lugar que le correspondía, el mayordomo tocó el silbato, los batidores se pusieron en marcha y comenzó la caza. “Todo estaba organizado con el detalle que era esencial para suministrar la diversión que su gracia deseaba y esperaba.” A la hora del almuerzo los ayudantes bebieron la cerveza servida con las jarras de cuerno, y por la tarde el tren privado del duque, que corría sobre una trocha angosta, “todos los vagones de pasajeros pintados con los brillantes colores de Grosvenor”, trajo a las damas, que se unieron a la diversión. La bolsa se elevaba a casi 2.000.¹

Dos semanas antes de que se representara esta escena casi medieval, Winston Churchill, buen amigo del duque, que hasta un poco antes ese mismo año había sido ministro de Hacienda de Gran Bretaña (desempeñó el cargo durante cinco años) escribió a su esposa desde Estados Unidos:

Ahora, querida, debo decirte que últimamente he tenido muchísima suerte en las finanzas. Sir Harry McGowan me preguntó sinceramente, antes de mi partida, si él podía, en el caso de ofrecerse la oportunidad, comprar acciones a cargo de mi cuenta sin consulta previa. Le contesté que yo siempre podía conseguir 2 o 3.000 libras esterlinas. Lo mencioné como límite de la inversión, es decir, en una compra directa de acciones. Es evidente que él interpretó la cifra como el límite hasta el que yo estaba dispuesto a llegar en una compra especulativa sobre márgenes. De manera que más o menos decuplicó mi escala acostumbrada [...] Y así, en pocas semanas, hemos recuperado una pequeña fortuna. Me alegra contar y que tú también cuentes con cierto respaldo.²

Es interesante que Churchill haya estado especulando de este modo casi hasta el momento mismo en que comenzó el derrumbe. Era uno de un total de alrededor de 600.000 personas que operaban sobre márgenes, parte de 1.548.707 clientes que en 1929 tenían cuentas con firmas pertenecientes a las veintinueve bolsas de valores de Estados Unidos. En el momento culminante había alrededor de un millón de especuladores activos y, en una población norteamericana de 120 millones, alrededor de 29 a 30 millones de familias mantenían una relación activa con el mercado.³ Pese a su experiencia y sus contactos mundiales, Churchill no estaba mejor informado que el común de los especuladores de la calle. La economía norteamericana había cesado de expandirse en junio.

1 Norman Musell, *Come Dawn, Come Dusk*, Londres, 1981.

2 Gilbert, op. cit., V, volumen complementario, Parte 2, pp. 86-87.

3 J. K. Galbraith, *The Great Crash 1929*, Boston, 3a ed., 1972, p. 83.

Que los efectos se manifestaran llevó cierto tiempo, pero el mercado alcista de acciones terminó, de hecho, el 3 de septiembre, dos semanas antes de que Churchill escribiese su animosa carta. Las últimas alzas no fueron más que los sobresaltos de una tendencia que ya era a la baja. Apenas se habían apagado los ecos de los disparos del duque cuando comenzó el descenso precipitado. El lunes 21 de octubre, por primera vez, la emisora del teletipo ya no pudo seguir el movimiento de las noticias acerca de las bajas y nunca pudo ponerse a la par; en la confusión, el pánico se acentuó (los primeros *telegramas* exigiendo cancelar operaciones habían salido el sábado anterior) y los especuladores comenzaron a comprender que podían perder sus ahorros e incluso sus hogares. El jueves 24 de octubre las acciones cayeron verticalmente: nadie compraba y los especuladores fueron eliminados cuando no respondieron a los reclamos de cancelación; la multitud se reunió en la calle Broad, frente a la Bolsa de Valores de Nueva York y hacia el fin del día 11 hombres muy conocidos en Wall Street se habían suicidado. Ese día uno de los visitantes de la galería era el propio Churchill, que veía desvanecerse sus ganancias. La semana siguiente llegaron el Jueves Negro, el día 29, y la primera venta de acciones sólidas para obtener una liquidez cuya necesidad se hacía sentir desesperadamente.⁴

Las grandes crisis de las bolsas de valores, con sus espectaculares vuelcos de la fortuna y sus dramas humanos, infunden vida a los secos datos de la historia de la economía, pero no ayudan a aclarar las causas y las consecuencias de los hechos, sino todo lo contrario. Amplían enormemente la mitología, que es un ingrediente muy poderoso de la explicación en el campo de la economía. La naturaleza de la prosperidad de los años veinte, la razón por la que concluyó, la causa del Gran Derrumbe y de la Gran Crisis que siguió y no menos importante, el modo y los medios empleados por las sociedades industriales para superar la situación, todas éstas son cuestiones que todavía suscitan intensas discusiones. La versión convencional tiene un carácter principalmente moralista: *hubris* seguida por *nemesis*, la perversa codicia seguida por el saludable castigo. Se adapta fácilmente al determinismo marxista que, por supuesto, es una forma de análisis moral, no económico. Permite ofrecer una narración edificante, pero no nos dice lo que sucedió realmente y mucho menos por qué. La interpretación suministrada por los partidarios de Keynes, que fue la opinión corriente durante las décadas de los cincuenta y los sesenta, ya no es convincente, pues pareció refutada por los catastróficos acontecimientos de las décadas de los setenta y principios de 1980, que situaron a la Gran Crisis en una perspectiva completamente distinta. Ya no es provechoso examinar por separado los dos fenómenos y es probable que los historiadores del futuro los analicen en conjunto. Pero es muy improbable que se acuerde en una explicación de uno de estos hechos o de ambos. La historia económica está muy estrechamente vinculada con la teoría económica corriente y con la práctica, y por eso mismo en ese campo no es fácil obtener consenso. Por lo tanto, lo que ofrecemos aquí es una versión posible, que intenta eliminar ciertos errores de concepto.

Ante todo, es necesario destruir la falacia de que durante la década de los veinte Estados Unidos aplicaba una política exterior aislacionista. Eso no es cierto.⁵ Aunque los gobernantes norteamericanos no se mostraron dispuestos a suscribir el acuerdo de paz de Versalles, y menos aún la propuesta de Keynes de un programa de ayuda, patrocinado por el gobierno norteamericano, a favor de la recuperación europea, en privado y discretamente aceptaban cierto grado de responsabilidad por el mantenimiento de una economía mundial equilibrada. Aceptaban compartir con Gran Bretaña la tarea de suministrar una moneda global que facilitara la actividad del comercio mundial, una carga que de hecho recaía, hasta 1914, exclusivamente sobre la City de Londres. También asumían la tarea de promover, mediante una diplomacia financiera y comercial de carácter informal, la expansión del comercio mundial.⁶ Por desgracia, los medios utilizados fueron tortuosos y, en definitiva, deshonestos. Excepto durante los años 1957 a 1961, Estados Unidos había sido siempre un país de elevadas tarifas aduaneras; éstas habían sido imitadas en Europa continental y eran la principal refutación de su afirmación de que manejaba sus asuntos de acuerdo con auténticos

4 *Ibíd.*, pp. 104-116.

5 William Williams, "The Legend of Isolationism in the 1920s", en *Science and Society*, invierno de 1954.

6 William Williams, *The Tragedy of American Diplomacy*, Nueva York, 1962; Carl Parrini, *The Heir to Empire: US Economic Diplomacy 1916- 1923*, Pittsburgh, 1969.

principios capitalistas de *laissez-faire*. Si Harding, Coolidge y Hoover se hubiesen atendido a los principios empresariales que proclamaban tan orgullosamente, habrían retomado la abortada política iniciada por Wilson en 1913, que apuntaba a reducir las tarifas aduaneras norteamericanas. En realidad, hicieron todo lo contrario. La ley de Tarifas Aduaneras Fordney-MacCumber de 1922, y todavía más la ley Hawley-Smoot de 1930, que no fueron vetadas por Hoover, asestaron golpes demoledores al comercio mundial y por lo tanto, en definitiva, al comercio de Estados Unidos.⁷ La verdad es que los presidentes norteamericanos y el liderazgo del Congreso carecieron del coraje político necesario para enfrentar a la Asociación Nacional de Fabricantes, a la Federación Norteamericana del Trabajo y a las presiones de carácter local, para aplicar el criterio internacionalista del modo más eficaz en su caso y también del modo que concordaba mejor con las opiniones económicas que decían sostener.

En cambio, trataron de mantener la prosperidad mundial mediante la inflación intencional de la oferta de dinero. Fue una actitud posibilitada por la creación, durante la preguerra, del sistema del Banco de la Reserva Federal, y también una actitud que pudo adoptarse en secreto, sin que el público lo supiese o se inquietara. No implicaba la impresión de papel moneda: el circulante norteamericano se elevaba a 3.680 millones de dólares a principios de los años veinte, y a 3.640 millones en 1929, cuando concluyó el auge. Pero la expansión de la oferta total de dinero, en la forma de sustitutos o del crédito, fue enorme: de 45.300 millones de dólares al 30 de junio de 1921, a más de 73.000 millones en julio de 1929, es decir, un incremento del 61,8 por ciento en ocho años.⁸ La Casa Blanca, el Tesoro con la dirección de Andrew Mellon, el Congreso, los bancos federales, y por supuesto también los bancos privados, conspiraron todos para inflar el crédito. En su *Annual Report* de 1923, la Reserva Federal describió esta política con franca crudeza: “Los bancos de la Reserva Federal son [...] la fuente a la que acuden los bancos afiliados cuando las exigencias de la comunidad empresaria han superado sus propias reservas individuales. La Reserva Federal aporta los complementos necesarios del crédito en períodos de expansión comercial y absorbe la caída en momentos de crisis comercial.⁹ Esta política de inflación permanente del crédito, una forma de keynesianismo vulgar, incluso antes de que Keynes hubiese formulado su versión depurada, habría tenido cierta justificación si se permitía que las tasas de interés encontrasen su propio nivel, es decir, si los fabricantes y los agricultores que tomaban dinero prestado hubiesen pagado intereses a la tasa que los ahorristas estaban dispuestos a cobrar. Pero la Casa Blanca, el Tesoro, el Congreso y los bancos se aliaron para mantener artificialmente bajas las tasas de descuento y los intereses. En efecto, la política explícita de la Reserva Federal era no sólo “ampliar los recursos del crédito”, sino hacerlo aplicando “tasas de interés tan bajas que estimulasen, protegiesen y promovieran la prosperidad de todos los tipos de actividades legítimas”.¹⁰

Esta interferencia intencional en la oferta y el costo del dinero fue utilizada durante los años veinte no sólo para promover el propósito original, que era la expansión del comercio norteamericano, sino para desarrollar una política internacional presuntamente benévola. Mientras el gobierno reclamaba el reembolso de los préstamos de guerra, ayudaba activamente a los gobiernos y las empresas de países extranjeros a conseguir dinero en Nueva York, y lo hacía tanto con su política de dinero barato como con su interferencia constante y activa en el mercado extranjero de bonos. El gobierno manifestaba claramente que apoyaba ciertos préstamos y no otros. Por lo tanto, la política de préstamos al exterior fue un preanuncio, en el ámbito de la empresa privada, del programa de ayuda al exterior aplicado después de 1947. Los objetivos eran los mismos: mantener a flote la economía internacional, apoyar a ciertos regímenes favorecidos y además, y no por cierto lo menos importante, promover las industrias norteamericanas exportadoras. En efecto, una condición para conseguir el apoyo del gabinete a determinados préstamos era que parte de ellos fuese gastada en Estados Unidos. El auge de los préstamos exteriores comenzó en 1921, después de una decisión adoptada el 20 de mayo de ese año y de una

7 Véase la carta de Jude Wanninski en el *Wall Street Journal*, 16 de junio de 1980.

8 Rothbard, op. cit., p. 86.

9 Federal Reserve Bank, *Annual Report 1923*, Washington D.C., 1924, p. 10.

10 Seymour E. Harriss, *Twenty Years of Federal Reserve Policy*, Harvard, 1933, p. 91.

reunión de Harding, Hoover y los banqueros norteamericanos de inversión, cinco días más tarde; concluyó a fines de 1928, de manera que coincidió exactamente con la expansión de la oferta de dinero que fue la base del auge. De hecho, los gobernantes norteamericanos rechazaron la alternativa racional de *laissez-faire* del comercio libre y el dinero caro, y adoptaron la descansada alternativa de las tarifas aduaneras protectoras y la inflación. Las industrias nacionales protegidas por las barreras aduaneras, las industrias exportadoras subsidiadas por los préstamos antieconómicos y, por supuesto, los banqueros de inversión que emitían los bonos se vieron beneficiados. Los perdedores estuvieron representados por el conjunto de la población, a la que se le negaron los precios competitivos originados en las importaciones baratas, que padeció las consecuencias de la inflación consiguiente y fue la víctima del derrumbe final.¹¹

Más aún, al enredarse en el negocio de los préstamos extranjeros, el gobierno renunció a gran parte de su derecho moral a condenar la especulación en el mercado de valores. Hoover, que fue secretario de Comercio durante la década de los veinte hasta que asumió el cargo de presidente, opinaba que Wall Street era un deplorable casino, pero fue el más asiduo promotor del mercado de bonos extranjeros. Incluso los préstamos incobrables, argumentaba Hoover, ayudaban a las exportaciones norteamericanas y, por lo tanto, suministraban empleo.¹² Pero algunas de las emisiones de bonos extranjeros fueron por lo menos tan escandalosas como las peores transacciones del mercado de valores. Así, en 1927, Victor Schoepperle, vicepresidente de préstamos latinoamericanos en la National City Company (adherida al National City Bank) informó acerca de Perú: “Malos antecedentes como deudor, riesgo moral y político negativos, situación negativa de la deuda interna, situación comercial más o menos tan satisfactoria como la de Chile en los últimos tres años. Recursos nacionales más variados. De acuerdo con los indicios económicos, Perú debería progresar rápidamente durante los diez años próximos”. De todos modos, la National City lanzó un préstamo de 15 millones de dólares para Perú, seguido poco después por un préstamo de 50 millones y una emisión de 25 millones. La investigación del Congreso, realizada en 1933-1934, permitió comprobar que Juan Leguía, hijo del presidente de Perú, había recibido 450.000 dólares, pagados por la National y sus asociados en relación con el préstamo. Cuando el padre fue derrocado, Perú suspendió los pagos.¹³ Este fue uno de muchos ejemplos. La falta de solidez básica de gran parte del mercado de préstamos extranjeros fue uno de los principales elementos de la quiebra de la confianza y la extensión de la crisis a Europa. Esa debilidad del mercado fue la consecuencia cierta no del *laissez-faire* oficial, sino de lo contrario: la persistente intromisión oficial.

El intervencionismo mediante la creación de crédito artificial y barato no fue una invención norteamericana. Fue británica. Los británicos la denominaron “estabilización”. Aunque Gran Bretaña fue nominalmente un país regido por el *laissez-faire* hasta 1914, y en grado mayor que Estados Unidos en ciertos aspectos, porque practicaba el comercio libre, los teóricos británicos de la economía no se sentían complacidos con el ciclo comercial y creían que era posible regularlo mediante esfuerzos conscientes y combinados que permitieran estabilizar los precios. No debe creerse que Keynes cayó de un límpido cielo no intervencionista; en realidad, Keynes no era más que un “avance” marginal comparado con los videntes británicos ortodoxos. Ya antes de la guerra, sir Ralph Hawtrey, que estaba a cargo de los estudios acerca de las finanzas en el Tesoro, había sostenido que mediante la creación de crédito internacional (es decir, de inflación), los bancos centrales podían alcanzar un nivel estable de precios y de ese modo mejorar enormemente el panorama propio del siglo XIX, es decir la aceptación pasiva del ciclo, una actitud a sus ojos inmoral. Después de 1918, las opiniones de Hawtrey se convirtieron en el saber convencional en Gran Bretaña y a través de Versalles pasaron a Estados Unidos. Durante la crisis de 1920 se fundó la Liga de la Moneda Estable, más tarde la Asociación Monetaria Nacional, que suscitó el interés del sistema financiero norteamericano y, en el exterior, el de hombres como Emile Moreau, gobernador del Banco de Francia, Edouard Benes, Lord Melchett —creador del ICI—, Louis

11 Rothbard, op. cit., pp. 128-130.

12 Harris Gaylord Warren, *Herbert Hoover and the Great Depression*, Oxford, 1959, p. 27.

13 *Congressional investigation of Stock Exchange Practises: Hearings 1933*, pp. 2091 y ss.; Report 1934, pp. 220-221. Galbraith, op. cit., pp. 186-187.

Rothschild —jefe de la rama austríaca—, A. J. Balfour, y de economistas británicos como A. C. Pigou, Otto Kahn, sir Arthur Salter y el mismo Keynes.¹⁴

Éste defendió la tesis de un “circulante administrado” y un nivel de precios estabilizados en su *Proyecto de reformas monetarias* (1923). A esa altura de los acontecimientos no sólo se aceptaba sino que se practicaba la estabilización. Hawtrey había inspirado las resoluciones referidas a la estabilización aprobadas por la Conferencia de Génova en 1922; la Comisión Financiera de la Liga de las Naciones era partidaria de la estabilización y sobre todo adoptaba esa posición el Banco de Inglaterra. Su máximo dirigente, Montagu Norman, y su principal asesor en asuntos internacionales, sir Charles Addis, eran ambos ardientes apóstoles del credo. El principal discípulo de estos dos hombres era Benjamin Strong, al frente del Banco de la Reserva Federal de Nueva York, y una figura que hasta su muerte, en 1928, fue todopoderosa en la elaboración de la política financiera norteamericana. Hoover decía con razón acerca de Strong que era “un anexo mental de Europa”, y en verdad fue la figura decisiva de la política exterior encubierta de orientación de la economía aplicada por Estados Unidos. No es exagerado afirmar que durante la mayor parte de los años veinte el sistema económico internacional fue supervisado conjuntamente por Norman y Strong.¹⁵ Éste fue el hombre que hizo posible el retorno de Gran Bretaña al patrón oro en 1925, al facilitar líneas de crédito del Banco de la Reserva Federal de Nueva York y conseguir que J. P. Morgan hiciera otro tanto; el *Banker de Londres* escribió: “No existe un amigo mejor de Inglaterra”. Más adelante, se extendieron líneas de crédito análogas a Bélgica, Polonia, Italia y otros países que satisfacían las normas Strong Norman de rectitud financiera.¹⁶

Por supuesto, el “patrón oro” no era realmente eso. El patrón oro había desaparecido definitivamente en 1914. Un cliente no podía entrar en el Banco de Inglaterra y exigir que se le entregase un soberano de oro a cambio de su billete de una libra. Otro tanto sucedía en los restantes países europeos sujetos al patrón oro. La expresión justa era “patrón oro metálico”: los bancos centrales guardaban oro en grandes barras, pero no se creía que la gente común fuese bastante responsable como para manipular personalmente el oro (aunque teóricamente los norteamericanos podían exigir dólares oro hasta 1933). Más aún, cuando en 1926 se trazó un plan con el fin de dar a la India un auténtico patrón oro, Strong y Norman se unieron para frustrarlo, con el argumento de que ese sistema originaría un desastroso flujo de oro hacia los colchones indios. En resumen, el movimiento de los años veinte a favor del patrón oro no fue un auténtico *laissez-faire*, sino un *laissez-faire* vergonzante.¹⁷ Era un despotismo benévolo dirigido por una minúscula elite de los “grandes” y los “buenos”, y en forma secreta. Strong entendía que su política de expansión del crédito y dinero barato era una alternativa al respaldo de Estados Unidos a la Liga y estaba bastante seguro de que el público norteamericano repudiaría esa actitud si llegaba a conocer los hechos; por eso insistía en que las reuniones periódicas de banqueros fuesen rigurosamente privadas. Una política financiera que no soporta el examen del público es, en sí misma, sospechosa. Resulta doblemente sospechosa si convierte al oro en la medida del valor, pero no confía en que la gente común —los jueces definitivos del valor— aplique por sí misma dicha medida. ¿Por qué los banqueros temen que los hombres y las mujeres comunes, si se les ofrece la oportunidad, se abalancen sobre el oro, que no aporta ningún beneficio, si pueden invertir con beneficio en una economía sana? Aquí había algo que andaba mal. El banquero alemán Hjalmar Schacht reclamó insistentemente un auténtico patrón oro como el único medio de garantizar que la expansión fuese financiada por los ahorros voluntarios auténticos y no por el crédito bancario determinado por una minúscula oligarquía de dioses financieros.¹⁸

Pero los estabilizadores se llevaban todo por delante. Tanto nacional como internacionalmente, inyectaban más y más crédito en el sistema, y cuando la economía mostraba indicios de debilidad aumentaban la dosis. La ocasión más notoria fue en julio de 1927. Strong y Norman celebraron una

14 Rothbard, op. cit., pp. 158 y ss.

15 Con respecto a Strong, véase Lester V. Chandler, *Benjamin Strong, Central Banker*, Washington D.C., 1958.

16 Rothbard, op. cit., p. 133.

17 Melchior Palyi, “The Meaning of the Gold Standard”, en *Journal of Business*, julio de 1941.

18 Rothbard, op. cit., p. 139.

reunión secreta de banqueros en las propiedades que Ogden Mills, subsecretario del Tesoro norteamericano, y la señora Ruth Pratt, la heredera de la Standard Oil, tenían en Long Island. Strong mantuvo en la ignorancia a Washington y no permitió que asistieran ni siquiera sus más encumbrados colegas. Él y Norman decidieron provocar otro acceso de inflación, sin hacer caso a las protestas de Schacht y de Charles Rist, vicepresidente del Banco de Francia. La Reserva Federal de Nueva York rebajó su tasa otro medio por ciento, es decir a tres y medio. Strong le dijo a Rist: “Daré un pequeño *coup de whisky* al mercado de valores” y desencadenó la última y definitiva oleada de especulación. Adolph Miller, miembro de la Junta de la Reserva Federal, al atestiguar ante el Senado describió después esta decisión como “la operación más grande y más audaz ejecutada por el Sistema de la Reserva Federal y cuya consecuencia fue uno de los errores más costosos cometidos por la Reserva o por cualquier otro sistema bancario en los últimos setenta y cinco años”.¹⁹

La objeción alemana, influida por los monetaristas de la escuela vienesa L. von Mises y F. A. Hayek, era que toda la política inflacionaria estaba corrompida. La objeción francesa era que esa política reflejaba los objetivos de la política económica exterior británica, con los norteamericanos en el papel de patrocinadores bien dispuestos. Como escribió Moreau en su diario secreto:

Inglaterra, que fue el primer país europeo que restableció una moneda estable y segura, ha usado esa ventaja para someter a Europa a un verdadero dominio financiero [...] Las monedas se dividirán en dos clases. Las de primera clase, el dólar y la libra esterlina, basadas en el oro, y las de la segunda, basadas en la libra y el dólar, con una parte de sus reservas retenidas por el Banco de Inglaterra y la Reserva Federal de Nueva York, de manera que las monedas locales habrán perdido su independencia.²⁰

Moreau estaba formulando el concepto general de que las medidas económicas adoptadas con fines políticos, como era sin duda el caso de la administración monetaria anglonorteamericana, tenían escasas probabilidades de alcanzar objetivos económicos de largo plazo. La validez de esta afirmación es indudable y resulta aplicable en el campo nacional lo mismo que en el internacional. Internamente, tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, el propósito de la estabilización era mantener estables los precios y de ese modo impedir la caída de los salarios y la consiguiente inquietud social; en el exterior, el dinero barato y los préstamos fáciles mantenían el flujo del comercio, a pesar del proteccionismo norteamericano y la libra artificialmente valorada de Gran Bretaña. El objetivo era evitar dificultades y esquivar la necesidad de resolver dolorosos dilemas políticos.

Al parecer, esa política tenía éxito. Durante la segunda mitad de la década, la política de crédito barato de Strong-Norman, aplicada a la economía mundial, reanimó el comercio, que no había logrado recuperar su nivel de preguerra. Mientras que durante el período 1921-1925 la tasa de crecimiento del comercio mundial, comparada con el período 1911-1914, fue en realidad de -1,42, durante los cuatro años de 1926 a 1929 mostró un crecimiento de 6,74, un rendimiento que no se repetiría hasta fines de la década de los cincuenta.²¹ De todos modos, los precios se mantuvieron estables; el índice de precios mayoristas del Buró de Estadísticas del Trabajo, sobre la base de 100 en 1926, revela que la fluctuación en Estados Unidos fue simplemente de 93,4 en junio de 1921 hasta un máximo de 104,5 en noviembre de 1925, para descender a 95,2 en junio de 1929. De modo que el concepto de un crecimiento controlado intencional en el marco de la estabilidad de los precios se había convertido en realidad. ¡Se asistía al fin a una auténtica administración de la economía! Keynes afirmó que “la eficaz administración del dólar por la Junta de la Reserva Federal

19 Citado en Lionel Robbins, *The Great Depression*, Nueva York, 1934, p. 53. Lord Robbins repudió este libro en su *Autobiography of an Economist*, Londres, 1971, pp. 154-155, escrita exactamente antes de que la gran recesión de los setenta llevara al keynesianismo a la ruina.

20 Citado en Chandler, op. cit., pp. 379-380.

21 Rostow, *World Economy*, tabla II, pp. 7, 68.

durante el período 1923-1928 era un triunfo”. El veredicto de Hawtrey fue: “El experimento norteamericano de estabilización de 1922 a 1928 demostró que el tratamiento temprano podía controlar la tendencia a la inflación o a la crisis [...] El experimento norteamericano fue un gran progreso comparado con la práctica del siglo XIX”.²²

Sin embargo, ahí estaba la inflación y se agravaba constantemente. En apariencia nadie apreció el significado del enorme crecimiento de la productividad en Estados Unidos entre 1919 y 1929, medida por la producción por obrero de la industria manufacturera: un aumento del 43 por ciento. Eso fue posible a causa del asombroso incremento de la inversión de capital, que creció de acuerdo con una tasa anual media del 6,4 por ciento anual.²³ El aumento de la productividad hubiera debido reflejarse en el descenso de los precios. En la medida en que no lo hizo, reflejó el nivel de inflación provocada por la administración de la economía con el fin de lograr la estabilización. Es cierto que si no se hubiesen administrado los precios, también los salarios habrían descendido. Pero el descenso de los precios habría sido más acentuado y por lo tanto los salarios reales —el poder adquisitivo— habrían aumentado constantemente, *pari passu* con la productividad. Los trabajadores habrían podido consumir una proporción más elevada de los artículos que su rendimiento más elevado producía en las fábricas. Pero en la práctica, las familias obreras se veían en dificultades para seguir el ritmo de la nueva prosperidad. A duras penas podían comprar automóviles, pero les costaba renovarlos. El auge de los años veinte se basó esencialmente en el automóvil. Estados Unidos produjo, a fines de ese período, casi tantos automóviles como durante los años cincuenta (5.358.000 en 1929; 5.700.000 en 1953). El paquete accionario realmente grande y por completo auténtico de los años veinte fue el de General Motors: la persona que en 1921 había comprado acciones ordinarias de GM por 25.000 dólares era millonaria hacia 1929, cuando GM obtenía utilidades de 200 millones anuales.²⁴ La dificultad de una expansión basada principalmente en el automóvil reside en que, cuando escasea el dinero, la vida de un coche puede prolongarse arbitrariamente cinco o diez años. En diciembre de 1927, Coolidge y Hoover afirmaron orgullosamente que los salarios industriales medios habían alcanzado el nivel de los 4 dólares diarios, es decir, 1.200 dólares anuales. Sin embargo, los organismos del mismo gobierno calculaban que mantener una familia de cinco personas con “salud y decencia” costaba 2.000 dólares anuales. Existen pruebas en el sentido de que el número cada vez más elevado de mujeres que trabajaban venía a reflejar el descenso de los ingresos reales, sobre todo en la clase media.²⁵ Cuando el auge continuó y los precios no descendieron, para el consumidor fue cada vez más difícil mantener el impulso de ese auge. A su vez, los banqueros tuvieron que esforzarse más para inflar la economía: el pequeño *coup de whisky* de Strong fue el último empujón importante; murió al año siguiente y no había nadie que poseyera el mismo nivel de aventurerismo monetario ni la misma autoridad.

En realidad, el último empujón de Strong ayudó poco a la economía “real”. Alimentó la especulación. Una parte muy reducida del nuevo crédito se revirtió sobre el consumidor masivo. En sí mismo, el sector comprador de la economía norteamericana estaba desequilibrado. El 5 por ciento de la población, que gozaba de los ingresos más elevados, recibía la tercera parte de todo el ingreso personal; esa gente no compraba Ford ni Chevrolet. Más aún, la proporción del ingreso percibido en concepto de intereses, dividendos y lemas, en contraposición con los salarios, era aproximadamente el doble de los niveles alcanzados después de 1945.²⁶ El *coup de whisky* de Strong benefició únicamente a los que no eran asalariados, por lo que la última fase del auge fue esencialmente especulativa. Hasta 1928, los precios de la Bolsa de Valores se habían limitado a seguir la marcha del desempeño real de la industria. Desde principios de 1928 el factor de irrealidad, incluso de fantasía, comenzó a crecer. Como dijo Bagehot: “Todos los individuos son más crédulos cuando se

22 Rothbard, op. cit., pp. 157-158; R. G. Hawtrey, *The Art of Central Banking*, Londres, 1932, p. 300.

23 Galbraith, op. cit., p. 180.

24 Dulles, op. cit., p. 290.

25 Schmalhausen y Calverton, op. cit., pp. 536-549.

26 Selma Goldsmith et al.: “Size Distribution of Income Since the Mid-Thirties”, en *Review of Economics and Statistics*, febrero de 1954; Galbraith, op. cit., p. 181.

sienten más felices.”²⁷ El número de acciones que cambiaron de manos pasó de 567.990.875 en 1927 a la marca de 920.550.032.

Aparecieron dos elementos nuevos y siniestros: un gran incremento de las transacciones sobre márgenes y una colección de trusts de inversión organizados deprisa. Tradicionalmente, se valuaban las acciones en aproximadamente diez veces los ingresos. En el caso de las transacciones con elevado margen, los ingresos de las acciones, que eran sólo del uno o el dos por ciento, representaban mucho menos que el 8 al 12 por ciento de interés pagado por los préstamos usados para adquirirlas. Eso significaba que las utilidades provenían exclusivamente de las ganancias de capital. Así, la Radio Corporation of America, que nunca había pagado dividendos, pasó de 85 a 420 puntos en 1928. En 1929, algunas acciones se vendían por un precio que representaba cincuenta veces los ingresos. Como dijo un experto, el mercado estaba “descontando no sólo el futuro sino el más allá”.²⁸ Un auge del mercado basado en las ganancias de capital no es más que una forma de venta en forma de pirámide. Los nuevos trusts de inversión, que hacia fines de 1928 estaban apareciendo en la proporción de uno por día, eran pirámides invertidas arquetípicas. Poseían lo que se denominaba “elevada fuerza de palanca” gracias a sus inversiones presuntamente sagaces y aseguraban un inmenso crecimiento sobre la base de un fragmento muy reducido de crecimiento real. Así, la United Founders Corporation se convirtió en una empresa con recursos nominales de 686.165.000 dólares a partir de una inversión original (de alguien quebrado) de sólo 500 dólares. El valor de mercado en 1929 de otro trust de inversión era de más de 1.000 millones de dólares, pero su principal activo era una compañía de electricidad que valía sólo 6 millones de dólares en 1921.²⁹ En teoría, debían permitir que “el hombre común participara de la acción”. En la práctica, aportaban sencillamente una superestructura adicional de especulación casi pura, y la “elevada fuerza de palanca” operó en sentido contrario cuando el mercado se derrumbó.

Es asombroso que, cuando se impusieron las transacciones sobre el margen y los trusts de inversión, los banqueros federales no atinaran a elevar las tasas de interés y persistieran en la política de dinero barato. Pero a principios de 1929 muchos banqueros habían perdido el sentido de la realidad. Más aún, también especulaban, a menudo con sus propias acciones. Uno de los peores fue Charles Mitchell (acusado de latrocinio en 1938), director del National City Bank, y desde el 1 de enero de 1929 director del Banco de la Reserva Federal de Nueva York. Mitchell representó el mismo papel que Strong, aunque en un nivel más tosco, y mantuvo el auge durante la mayor parte de 1929. Por supuesto, muchas prácticas que contribuyeron al derrumbe y que fueron declaradas ilegales por el Congreso y la nueva Comisión de Valores y Bolsa durante la década de los treinta, eran consideradas aceptables en 1929. La feroz caza de brujas iniciada en 1932 por el Comité de Banca y Moneda del Senado, que fue el prototipo de las cacerías de brujas de los años cuarenta y principios de los cincuenta, reveló pocas infracciones a la ley. Mitchell fue la única víctima importante, y su caso reveló más acerca de las costumbres sociales de la alta finanza que una verdadera maldad.³⁰ Henry James no habría hallado motivos de queja, pero los fanáticos marxistas se vieron decepcionados. “Todas las grandes crisis”, observó Bagehot, “revelan las especulaciones excesivas de muchas casas de las que antes nadie sospechaba”.³¹ El derrumbe de 1929 reveló además la ignorancia y la ingenuidad de los banqueros, los hombres de negocios y los expertos de Wall Street y los economistas académicos de todos los niveles; demostró que no comprendían el sistema al que habían manipulado tan confiadamente. Habían intentado reemplazar con sus propias medidas bien intencionadas lo que Adam Smith denominaba “la mano invisible del mercado” y habían provocado el desastre. Lejos de demostrar, como después alegaron Keynes y su escuela —en ese momento Keynes no logró predecir el derrumbe ni la extensión y la duración de la crisis—, los peligros, es decir, los peligros de una economía autorregulada, el derrumbe indicó lo contrario: los

27 Walter Bagehot, *Lombard Street*, Londres, ed. 1922, p. 151.

28 Con respecto a las declaraciones de “expertos”, véase Edward Angly, *Oh, Yeah?*, Nueva York, 1931.

29 Galbraith, op. cit., pp. 57 y ss.

30 *Securities and Exchange Commission in the Matter of Richard Whitney, Edwin D. Morgan etc*, Washington D.C., 1938.

31 Bagehot, op. cit., p. 150.

riesgos de la intromisión mal informada.

La inflación del crédito se agotó a fines de 1928. La economía comenzó a decaer, como consecuencia de ello, unos seis meses después. El derrumbe del mercado sobrevino unos tres meses más tarde. Todo esto era previsible, saludable, y el proceso debió recibirse con agrado. Era el esquema del siglo XIX y del siglo XX hasta los años 1920-1921, es decir, la “normalidad” capitalista. Una crisis comercial y una caída de la Bolsa de Valores eran partes no sólo usuales sino necesarias del ciclo de crecimiento; permitían separar lo malo de lo bueno, destruían los elementos enfermizos de la economía y desechaban a los parásitos; como diría J. K. Galbraith: “Una de las ventajas de la crisis es que permite descubrir todo lo que los auditores no encuentran”.³² Las declinaciones comerciales cumplen funciones esenciales. Tienen que ser drásticas; pero no es necesario que sean prolongadas, porque llevan en sí mismas su propio correctivo. Todo lo que exigen de los gobiernos, la comunidad empresaria y el público es paciencia. La crisis de 1920 se resolvió en el lapso de un año. No había motivos que justificaran una duración mayor de la crisis de 1929, pues la economía norteamericana era esencialmente sana, como lo había señalado el propio Coolidge. Como hemos visto, la Bolsa de Valores comenzó a caer en septiembre y la situación asumió los perfiles de un estado de pánico en octubre. El 13 de noviembre, al final del pánico, el índice había descendido de 452 a 224. Eso no tenía nada de malo. El pánico se limitó a eliminar el ingrediente especulativo y dejó a los valores sólidos más o menos en su valor justo en relación con los ingresos. Si se hubiera permitido que la crisis se resolviera por sí misma, como hubiese pasado hacia fines de 1930 de acuerdo con los antecedentes conocidos, habría retornado la confianza y la crisis mundial no hubiera estallado. En cambio, el mercado continuó descendiendo, lenta pero inexorablemente, cesó de reflejar las realidades económicas —su verdadera función—y, en cambio, se convirtió en un factor que impulsó el desastre, arrastrando a la destrucción a la nación entera y detrás a todo el mundo. El 8 de julio de 1932, los índices industriales del *New York Times* habían descendido de 224 hacia el final del pánico a 58. La US Steel, que se vendía a 262 antes del derrumbe del mercado en 1922, ahora valía sólo 22. GM, que ya era uno de los grupos manufactureros mundiales mejor administrados y de éxito, había descendido de 73 a 8.33. A esa altura de las cosas, la perspectiva general del mundo había cambiado, infinitamente para peor. ¿Cómo se llegó a esa situación? ¿Por qué no sobrevino la recuperación normal?

Para encontrar la respuesta debemos profundizar el tema, más allá de la visión convencional de Herbert Hoover y su sucesor en la presidencia, Franklin Roosevelt. La opinión heredada afirma que, a causa de su adhesión ideológica al *laissez-faire*, Herbert Hoover se negó a utilizar el dinero del gobierno para reflotar la economía y por lo tanto prolongó y profundizó la crisis hasta la elección de Roosevelt, que modificó prontamente la política oficial, inició el Nuevo Trato, que es una variante del keynesianismo, y sacó del aprieto a Estados Unidos. Se presenta a Hoover como el símbolo de un pasado muerto y desacreditado, y a Roosevelt como el anunciador del futuro; así, 1932-1933 representó la división de las aguas entre la economía de mercado de viejo cuño y la economía administrada y el bienestar social, dos formas nuevas y benévolas de corte keynesiano. Esta versión de los hechos comenzó en la forma de la propaganda casi periodística de los colegas y los admiradores de Roosevelt y se desarrolló luego hasta convertirse en la sólida matriz histórica de dos generaciones enteras de historiadores democrataliberales.³⁴

En este perdurable mito histórico hay poca verdad. La realidad es mucho más compleja e interesante. Hoover es una de las figuras trágicas de los tiempos modernos. Nadie ha ilustrado mejor el veredicto de Tácito acerca de Galba: *omnium consensu capax imperii nisi imperasset*

³² Galbraith, op. cit., p. 140.

³³ *Ibid.*, p. 147.

³⁴ Las principales obras son: E. K. Lindley, *The Roosevelt Revolution. First phase*, Nueva York, 1933; Raymond Moley, *After Seven Years*, Nueva York, 1939; Dixon Wecter, *The Age of the Great Depression*, Nueva York, 1948; Richard Hofstadter, *The American Political Tradition*, Nueva York, 1948; Robert Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, Nueva York, 1950; Rexford Tugwell, *The Democratic Roosevelt*, Nueva York, 1957; y, no menos importante, los numerosos escritos de J. K. Galbraith y Arthur M. Schlesinger, especialmente de este último *The Crisis of the Old Order 1919-1933*, Boston, 1957.

(según la opinión general apto para gobernar, si no hubiera gobernado). Como hemos visto, la primera guerra mundial inició la era de la ingeniería social. Algunos personajes influyentes deseaban llegar más lejos y dar carácter de rey a la figura del ingeniero. Thorstein Veblen, el progresista escritor más influyente de Estados Unidos durante el primer cuarto de siglo, había argumentando, tanto en *Teoría de la clase ociosa* (1899) como en *Los ingenieros y el sistema de precios* (1921), que el ingeniero, a quien consideraba una figura desinteresada y benévola, debía sustituir al empresario, para eliminar tanto los valores de la clase ociosa como la motivación de la ganancia, y dirigir la economía de acuerdo con el interés de los consumidores.³⁵ En la Unión Soviética, que ha abrazado la ingeniería social más globalmente y durante un período más prolongado que ninguna otra sociedad, esto es más o menos lo que ha sucedido y los ingenieros se convirtieron en la figura dominante de la clase gobernante, aunque todavía este factor no aporta muchas ventajas al consumidor.

Hoover, que había nacido en 1874, no sólo creía en una especie de ingeniería social; también era ingeniero. Huérfano, proveniente de un medio rural de Iowa signado por la pobreza extrema, era el caso clásico del éxito norteamericano. Cursó sus estudios en la Universidad Stanford, donde obtuvo el diploma de ingeniero, y de 1900 a 1915 ganó 54 millones de dólares en la explotación de la minería en todo el mundo.³⁶ Incorporado al equipo de Wilson durante la guerra, se convirtió en uno de sus miembros destacados, asimiló su concepción del planeamiento y la enérgica dirección del gobierno, y luego, en su condición de jefe de la Comisión de Ayuda norteamericana durante la posguerra (un anticipo del ulterior Plan Marshall y los Cuatro Puntos) conquistó reputación mundial por su intervencionismo benévolo. Máximo Gorki le escribió: “Usted salvó de la muerte a 3.500.000 niños y 5.550.000 adultos”.³⁷ En realidad, utilizó selectivamente la diplomacia de los alimentos para derrotar al régimen comunista de Béla Kun en Hungría e impedir el retorno de los Habsburgo en Austria, al mismo tiempo que fortalecía a los regímenes apoyados por las potencias anglosajonas.³⁸ Keynes dijo de Hoover que era “el único hombre que había surgido de la pesadilla de París con su reputación fortalecida... [y que] llevó a las sesiones de París, cuando participó en ellas, precisamente esa atmósfera de realidad, saber, magnanimidad y desinterés que, si se hubiesen manifestado en otros sectores, nos habrían aportado la verdadera paz”.³⁹ Franklin Roosevelt, que en su condición de subsecretario de Marina también había sido miembro del gobierno en tiempos de guerra, y que compartía la concepción general de Hoover, escribió a un amigo: “Ciertamente es maravilloso, y ojalá pudiéramos convertirlo en presidente de Estados Unidos. No podría haber otro mejor”.⁴⁰

En su condición de secretario de Comercio, cargo que desempeñó durante ocho años, Hoover reveló tendencias corporativistas, activistas e intervencionistas, y contradijo la orientación, o más bien la falta de orientación de los gobiernos de Harding y Coolidge. Su predecesor, Oscar Straus, le dijo que necesitaba trabajar solamente dos horas diarias y después “ir a dormir y apagar todas las luces”. De hecho, fue el único departamento que acrecentó su personal, de 13.005 a 15.850, y su costo de 24,5 millones a 37,6 millones de dólares.⁴¹ Ocupó el cargo hacia el final de la crisis, e inmediatamente se dedicó a formar comités y consejos comerciales, a patrocinar comisiones de investigación, a aumentar los gastos, a convencer a los empleadores de que mantuviesen altos los salarios y “dividiesen la jornada” con el fin de aumentar el número de empleos y, sobre todo, a imponer la “cooperación entre los gobiernos federales, estatales y municipales para ampliar los

35 Véase John P. Diggins, *The Bard of Savagery: Thorstein Veblen and Modern Social Theory*, Londres, 1979.

36 Con respecto a los años de juventud de Hoover, véase David Burner, *Herbert Hoover: a Public Life*, Nueva York, 1979.

37 Citado en William Manchester, *The Glory and the Dream, a Narrative History of America 1932-1972*, Nueva York, 1974, p. 24.

38 Murray Rothbard: “Food Diplomacy”, en Lawrence Gelfand, ed., *Herbert Hoover: the Great War and its Aftermath, 1914-1923*, University of Iowa, 1980.

39 J. M. Keynes, *Economic Consequences of the Peace*, Londres, 1919, p. 257 n.

40 La carta era para Hugh Gibson y Hoover la conservó en sus archivos; ahora se encuentra en los Documentos Hoover.

41 Herbert Hoover, *Memoirs*, 3 vols., Stanford, 1951-1952, II, pp. 42-44.

programas de obras públicas”.⁴² Formó comités y grupos de estudio por todas partes, y originó de ese modo una atmósfera de actividad y trabajo. No hubo ningún aspecto de la política pública en que Hoover no se mostrase muy activo, en general personalmente: la salud infantil, la política frente a los indios, el petróleo, la conservación, la educación pública, la vivienda, el despilfarro social, la agricultura; cuando ocupó el cargo de presidente, fue su propio secretario de Agricultura, y la ley de Comercialización agrícola de 1929 fue obra exclusivamente suya.⁴³ A Harding no le agradaba esta hiperactividad, pero se sentía abrumado por la inteligencia y el prestigio de Hoover, “el tipo más inteligente que conozco”.⁴⁴ Coolidge lo detestaba; pero a esa altura de los acontecimientos, Hoover ya estaba tan imbricado en la estructura del gobierno republicano que no era posible alejarlo.

Además, el corporativismo de Hoover —el concepto de que el Estado, las empresas, los sindicatos y otros “hermanos mayores” debían cooperar en la manipulación gentil pero tenaz y permanente para mejorar la vida— era lo corriente de la época en el medio formado por los capitalistas esclarecidos, los republicanos de izquierda y los intelectuales no socialistas. El corporativismo de estilo yanqui era la respuesta norteamericana a las nuevas formas europeas, y sobre todo al fascismo de Mussolini; para las personas bien pensantes esta idea era tan importante en los años veinte como lo fue el stalinismo durante los años treinta.⁴⁵ Hoover fue el promotor y el ideólogo más destacado de este sector. (Uno de sus admiradores fue Jean Monnet, que más tarde rebautizó a esta concepción con el nombre de “planeamiento indicativo” y la convirtió en la base tanto del sistema de planeamiento de Francia durante la posguerra como de la Comunidad Económica Europea.) Pero Hoover no era estadista. Afirmaba que se oponía a todo lo que fuese un intento de “introducir subrepticamente el fascismo en Estados Unidos por la puerta trasera”.⁴⁶ En muchas cuestiones era liberal. Deseaba que la ayuda afluyera a los países subdesarrollados. Lamentaba que se excluyera a los japoneses de las cuotas de inmigración de 1924. Su esposa agasajaba a las esposas de los miembros negros del Congreso. No hacía chistes antisemitas, como era el caso de Woodrow Wilson y su esposa, o de Franklin Roosevelt.⁴⁷ A los ojos de un espectro muy amplio de la opinión norteamericana educada, era el principal hombre público norteamericano mucho antes de que llegase a la Casa Blanca.

De ahí la creencia general de que, como presidente, Hoover sería un hacedor de milagros. El *Philadelphia Record* dijo de Hoover que era “sin duda la figura más importante de la ciencia moderna del ‘gobierno como ingeniería’”. El *Boston Globe* afirmó que la nación sabía que tenía en la Casa Blanca a un hombre que creía en “la dinámica del conocimiento eficaz”.⁴⁸ Era “el gran ingeniero”. Hoover observó que lo inquietaba “la idea exagerada de la gente acerca de mi persona. Alientan la convicción de que soy un superhombre, de que no existe ningún problema que yo no pueda superar”.⁴⁹ Pero en realidad estaba inquieto. Sabía exactamente lo que debía hacer. Dirigió el gobierno como un dictador. Ignoró o intimidó al Congreso. Impuso la ley, como un personaje de Dickens. Le agradaba decir a sus subordinados: “Cuando me conozcan mejor, comprobarán que cuando digo que una cosa es así, verdaderamente es así”.⁵⁰

Cuando Hoover asumió la presidencia, en marzo de 1929, el mecanismo que provocaría la crisis ya estaba en movimiento. La única medida útil que hubiera podido adoptar habría sido permitir que

42 *Ibid.*, II, pp. 41-42.

43 Martin Fasault y George Mazuzan, eds., *The Hoover Presidency: a Reappraisal*, Nueva York, 1974, p. 8; Murray Benedict, *Farm Policies of the United States*, Nueva York, 1953.

44 Murray, *The Harding Era*, p. 195.

45 Ellis Hawley; “Herbert Hoover and American Corporativism 1929-1933”, en Fasault y Mazuzan, op. cit.

46 Eugene Lyons, *Herbert Hoover, a Biography*, Nueva York, 1964, p. 294.

47 Joan Hoff Wilson, *American Business and Foreign Policy 1920-1933*, Lexington, 1971, p. 220; Donald R. McCoy, “To the White House”, en Fasault y Mazuzan, op. cit., p. 55; con respecto al antisemitismo de Wilson, véase David Cronon, ed., *The Cabinet Diaries of Josephus Daniels 1913-1921*, Lincoln, Nebraska, 1963, pp. 131, 267, 497; con respecto al de FDR, véase Walter Trohan, *Political Animals*, Nueva York, 1975, p. 99.

48 Citado en Galbraith, op. cit., p. 143.

49 Hoover a J. C. Penney, citado por Donald McCoy en Fasault y Mazuzan, op. cit., pp. 52-53.

50 Hoover al general Peyton Marsh en la War Food Administration; citado en Arthur Schlesinger, *The Crisis of the Old Order* p. 80.

las tasas de interés, artificialmente bajas, se elevaran a su nivel natural —ya elevado, dadas las circunstancias— con lo que habría liquidado el auge de la Bolsa de Valores en un período muy anterior y habría evitado el siniestro drama del otoño de 1929. Pero no hizo eso y el crédito barato promovido por el gobierno fue la base misma de su política. Cuando fue evidente la magnitud de la crisis, Andrew Mellon, secretario del Tesoro, finalmente repudió la política intervencionista de Hoover y retornó a un riguroso *laissez-faire*. Afirmó que la política gubernamental de Hoover debía consistir en “liquidar el movimiento obrero, liquidar las existencias, liquidar a los agricultores, liquidar la propiedad inmobiliaria” y así “eliminar la podredumbre de la economía”.⁵¹ Fue el único consejo razonable que Hoover recibió a lo largo de su presidencia. Si se permitía el desarrollo de la crisis, las empresas enfermas pronto habrían ido a la quiebra las sanas habrían sobrevivido. Los salarios hubieran descendido a su nivel natural y éste era el nudo de la cuestión a los ojos de Hoover. Creía que los salarios elevados eran un elemento esencial de la prosperidad y que el mantenimiento de los salarios representaba el ingrediente más importante de la política destinada a contener y superar las crisis.⁵²

Por consiguiente, desde el principio mismo Hoover aceptó intervenir en el ciclo comercial y presionar sobre él con todos los recursos oficiales. Escribió: “Antes ningún presidente creyó jamás que hubiese una responsabilidad oficial en tales casos [...] de modo que tuvimos que explorar un campo nuevo”.⁵³ Una vez más promovió la inflación del crédito y la reserva federal sumó casi 300 millones de dólares de crédito solamente durante la última semana de octubre de 1929. En noviembre celebró una serie de conferencias con los jefes de la industria y les arrancó la promesa solemne de que no reducirían los salarios; incluso, si tal cosa era posible, debían aumentarlos; esas promesas se cumplieron hasta 1932. El periódico de la Federación Norteamericana del Trabajo aprobó esta política: antes nunca se había agrupado a los patrones norteamericanos de manera que actuaran conjuntamente y la decisión señaló una “época en el progreso de la civilización, los salarios altos”.⁵⁴ En un memorándum dirigido al primer ministro laborista de Gran Bretaña Ramsay MacDonald, Keynes elogió la actitud de Hoover de mantener altos los salarios y opinó que la expansión federal del crédito implicaba una actitud “totalmente satisfactoria”.⁵⁵

Sin duda, en todos los aspectos esenciales los actos de Hoover implicaron lo que después se denominaría una política “keynesiana”. Redujo drásticamente los impuestos. Los que se aplicaban a un jefe de familia con un ingreso de 4.000 dólares fueron rebajados en dos tercios.⁵⁶ Aumentó las erogaciones oficiales e intencionalmente incurrió en un enorme déficit oficial de 2.200 millones de dólares en 1931, de modo que la participación oficial en el producto bruto nacional pasó del 16,4 en 1930 al 21,5 por ciento en 1931. Este aumento del gasto oficial, de lejos el más considerable en la historia norteamericana de tiempos de paz y que alcanzó a 1.300 millones en 1931, estuvo representado principalmente (1.000 millones) por el aumento de pagos de transferencias.⁵⁷ Es cierto que Hoover excluyó la ayuda directa y siempre que pudo canalizó el dinero oficial a través de los bancos, en lugar de traspasarlos directamente a las empresas y los individuos. Pero no cabe la más mínima duda de que trató de utilizar los fondos oficiales para reflotar la economía. El consejo de Coolidge a las irritadas delegaciones de agricultores había sido la sombría frase: “Refúgiense en la religión”. La nueva ley de Comercialización Agrícola de Hoover les dio 500 millones de dólares de fondos generales, acrecentados por 100 millones más a principios de 1930. En 1931 extendió esta actitud al conjunto de la economía, con su Corporación Financiera de Reconstrucción, como parte de un programa intervencionista oficial de nueve puntos que él mismo presentó en diciembre. Durante los cuatro años de gobierno de Hoover se iniciaron más obras públicas que durante los treinta años precedentes, entre ellas el puente de la Bahía de San Francisco, el acueducto de Los

51 Rothbard, *The Great Depression*, p. 187.

52 Hoover, op. cit., II, p. 108.

53 Ibid., III, p. 295.

54 *American Federation*, enero, marzo de 1930.

55 Harrod, op. cit., pp. 437-448.

56 Galbraith, op. cit., p. 142.

57 Rothbard, op. cit., pp. 233-234.

Angeles y el dique Hoover; el proyecto del canal del San Lorenzo fue frustrado por la oposición del Congreso y no por una acción de la Casa Blanca. En julio de 1932, el capital de la Corporación fue aumentado a 3.800 millones, y la nueva ley de Ayuda y Construcciones de Emergencia amplió su función concreta: solamente en 1932 otorgó créditos por 2.300 millones de dólares, y por 1.600 millones en efectivo. Por desgracia, como a esa altura de los hechos había acuerdo unánime en que era necesario restablecer el equilibrio del presupuesto después de dos años de déficit, la ley de Réditos de 1932 presenció el más elevado aumento de impuestos de la historia norteamericana de tiempos de paz, y el gravamen aplicado a las rentas más elevadas pasó del 25 al 63 por ciento. Este resultado anuló los recortes impositivos aplicados antes por Hoover, pero en este punto de la situación, Hoover había perdido el control del Congreso y no se encontraba en condiciones de aplicar una política fiscal coherente.

El intervencionismo de Hoover estuvo acompañado con una incesante retórica activista. Fue tal vez el primero de lo que llegaría a convertirse en un gran ejército de estadistas democráticos que utilizaron metáforas militares en un contexto de política económica concreta: “La batalla librada con el fin de poner en movimiento nuestro mecanismo económico en esta emergencia adopta nuevas formas y, de tanto en tanto, impone nuevas tácticas. Aplicamos esas atribuciones de emergencia para ganar la guerra; podemos emplearlas para vencer la crisis [...]” (mayo de 1932). “Si no hay retirada, si continúa el ataque como está organizado ahora, habremos ganado esta batalla [...]” (agosto de 1932). “Podríamos no haber hecho nada. Eso nos habría llevado a la ruina total. En cambio, afrontamos la situación con propuestas formuladas a la empresa privada y al Congreso, en relación con el programa más gigantesco de defensa y contraataque económicos jamás desarrollado en la historia de esta república [...] Por primera vez en la historia de la crisis, los dividendos, las ganancias y el costo de la vida han sido reducidos antes de que sufran los salarios [...] Se los mantuvo hasta que [...] las ganancias prácticamente habían desaparecido. Son ahora los salarios reales más elevados del mundo [...] Algunos economistas reaccionarios sugirieron que permitiésemos que el proceso de liquidación continuase hasta que tocáramos fondo [...] Llegamos a la conclusión de que no podíamos aplicar el consejo de los liquidacionistas a ultranza y contemplar cómo el cuerpo entero de deudores norteamericanos llegaba a la quiebra y se destruían los ahorros de nuestro pueblo [...]” (octubre de 1932).⁵⁸

Ese ingeniero activo que era Hoover pensaba en términos referentes a herramientas y armas. Las herramientas y las armas existen para usarlas. Él las usó. Sus ataques incesantes a las bolsas de valores, a las que detestaba por entender que eran entidades parasitarias, y su reclamo de que se las investigara, depreciaron todavía más el valor de las acciones y desalentaron a los inversores privados. Su política de inversión pública impidió las liquidaciones necesarias. Las empresas a las que de este modo esperaba salvar, en definitiva quebraron después de soportar terribles padecimientos o se vieron agobiadas a lo largo de la década de los treinta por el peso aplastante de la deuda. Hoover socavó los derechos de propiedad al debilitar las leyes de quiebras e inducir a los estados a detener las ejecuciones por deudas, prohibir los embargos e imponer la moratoria de las deudas. En sí misma, esta actitud redujo la capacidad de los bancos para salvarse y mantener la confianza. Hoover impuso intencionadamente créditos federales a los bancos y los obligó a promover la inflación, con lo que agravó su precaria posición.

La crisis definitiva sobrevino cuando la política proteccionista de Estados Unidos originó efectos contraproducentes. La atroz ley de tarifas aduaneras Smoothawley de 1930, que aumentó bruscamente los derechos de importación en proporción mayor que cualquier otra de las medidas aplicadas, extendió la crisis a Europa. Durante el verano de 1931 el derrumbe del Credit Anstalt, el principal banco de Austria, derribó una serie completa de fichas de dominó europeas, forzó a Gran Bretaña y a otros países a abandonar el patrón oro y desencadenó una serie de actos que implicaban el repudio de la deuda. Lo que restaba de las exportaciones norteamericanas a Europa desapareció y se derrumbó su política de préstamos exteriores como sustituto del comercio libre. Los extranjeros

58 Hoover, discurso de aceptación de la Republican Convention, 11 de agosto de 1932; discurso en Des Moines, 4 de octubre de 1932.

perdieron confianza en el dólar y, como Estados Unidos aún se atenía al patrón oro, aquéllos comenzaron a retirar el suyo, una costumbre que se extendió a los clientes norteamericanos. En el curso de un año “normal” quebraron alrededor de 700 bancos norteamericanos. Entre 1931 y 1932 hubo 5.096 quiebras, con depósitos que totalizaban bastante más de 3.000 millones, y el proceso culminó a principios de 1933, cuando el sistema bancario norteamericano llegó a una parálisis virtual durante las últimas semanas de la presidencia de Hoover, en lo que pareció ser la coronación del monumental fracaso de su presidencia.⁵⁹

A esa altura de los acontecimientos, el intervencionismo de Hoover había llevado la crisis a su cuarto año. Las crisis bancarias acumulativas muy probablemente habían producido el efecto deflacionario que Hoover había intentado impedir de un modo tan absurdo y esforzado, de manera que hacia fines de 1932 lo peor de la crisis había pasado. Pero el abismo en que había caído la economía significaba que la recuperación sería lenta y débil. El daño infligido era enorme, aunque tenía un carácter irregular y a menudo contradictorio. La producción, que se elevaba a 114 en agosto de 1929, estaba representada por 54 en marzo de 1933. La industria de la construcción, con un total de 8.700 millones de dólares en 1929, cayó a 1.400 millones en 1933. Hubo una disminución del 77 por ciento en la fabricación de productos duraderos durante el mismo período. Gracias a Hoover, los salarios reales medios aumentaron durante la crisis; por supuesto, las víctimas fueron los que no tenían ningún salario.⁶⁰ La desocupación, que afectaba a sólo el 3,2 por ciento de la fuerza de trabajo en 1929, se elevó al 24,9 por ciento en 1933 y al 26,7 por ciento en 1934.⁶¹ En cierto momento se calculó que (excluyendo a las familias rurales) alrededor de 34 millones de hombres, mujeres y niños carecían absolutamente de ingresos, es decir, el 28 por ciento de la población.⁶² Los dueños de casas no podían cobrar los alquileres y por lo tanto no estaban en condiciones de pagar los impuestos; las rentas municipales cayeron bruscamente, y esto determinó el deterioro del sistema de auxilios y de los servicios. Chicago debía 20 millones de dólares a sus maestros, y en ciertas áreas las escuelas cerraban sus puertas la mayor parte del año. En Nueva York, durante el año 1932 no fue posible enseñar a más de 300.000 niños porque no había fondos y, entre los que aún asistían a clase, el Departamento de Salud comprobó la existencia de un 20 por ciento de desnutridos.⁶³ En 1933 la Oficina de Educación de Estados Unidos calculó que 1.500 colegios de enseñanza secundaria habían quebrado o clausurado sus puertas, y la matrícula universitaria disminuyó en la cifra de un cuarto de millón de individuos.⁶⁴ Pocos compraban libros. Ninguna de las bibliotecas públicas de Chicago pudo comprar un solo libro nuevo durante doce meses. Las ventas totales de libros descendieron un 50 por ciento, y Little, Brown de Boston informó que 1932-1933 había sido su peor año desde la fundación de la empresa en 1837.⁶⁵ John Steinbeck se quejó: “Cuando la gente está en la ruina, ante todo renuncia a los libros”.⁶⁶

Los intelectuales contemplaban amargados su propia y difícil situación y la miseria general que reflejaba. Algunos se limitaron a relatar lo que veían. En uno de los mejores artículos escritos durante la crisis, “Nueva York durante el tercer invierno”, James Thurber señaló los contrastes y las ironías: de los ochenta y seis teatros serios de la ciudad, se representaban obras únicamente en veintiocho; pero *El luto le sienta bien a Electra*, de O'Neill, había vendido incluso los asientos de 6 dólares. Aproximadamente 1.600 de los 20.000 taxis habían desaparecido, pero el resto tenía mucho mejor aspecto como consecuencia de la competencia más intensa. Tanto el Ritz como el Pierre habían rebajado las tarifas de sus habitaciones más baratas a unos humillantes 6 dólares; pero el nuevo Waldorf, que cobraba lo mismo que antes, estaba atestado. El nuevo Empire State, el último producto del gran auge de la construcción durante los años veinte, alquilaba sólo la tercera parte de

59 Rothbard, op. cit., p. 268.

60 Ibid., p. 291.

61 Rostow, *World Economy*, Tabla III, pp. 42, 220.

62 *Fortune*, septiembre de 1932.

63 Manchester, op. cit., pp. 40-41.

64 C. J. Enzler, *Some Social Aspects of the Depression*, Washington D.C., 1939, cap. 5.

65 Ekirch, op. cit., pp. 28-29.

66 Don Congdon, ed., *The Thirties: a Time to Remember*, Nueva York, 1962, p. 24.

sus habitaciones. “Muchos pisos no estaban terminados, eran apenas espacios revestidos de yeso”; pero 500.000 personas ya había pagado un dólar para ascender al último piso. Los grandes transatlánticos habían reducido en un tercio los precios de sus *suites*; pero los cruceros que se alejaban más allá del límite de doce millas para evitar la aplicación de las leyes contra el juego eran un tremendo éxito. Otro tanto podía decirse del bridge, con Ely Culbertson que vendía 400.000 libros al año y una industria que exhibía un movimiento de 100 millones de dólares anuales; en los nuevos shows de *striptease*, las bailarinas ganaban 475 dólares semanales. Este escritor destacó las ventas de ocasión en las grandes tiendas, que reducían sus precios y de ese modo conseguían mantener el nivel de su actividad. Es un hecho significativo que el comercio minorista, que reaccionaba directamente ante las condiciones del mercado, fuese el sector menos deprimido de la economía; la industria, atrapada por la ley de hierro de los salarios altos de Hoover, se encontraba acorralada.⁶⁷ El informe de Thurber señalaba que para todos los que pudieran hacer o ganar dinero, los períodos de crisis eran las ocasiones más favorables.

La mayoría de los intelectuales describió un acentuado movimiento hacia la izquierda, o más bien hizo política por primera vez, y trazó de su propio país un panorama en el que se utilizaron colores violentos, de carácter ideológico. Thomas Wolfe, el fenómeno literario barroco de los años treinta, describió los baños públicos que estaban frente al municipio de Nueva York, el lugar donde se congregaba una proporción sorprendente de los dos millones de desposeídos de Estados Unidos:

[...] eran atraídos a un ambiente común de descanso y calidez, y a un poco de alivio en su desesperación [...] El espectáculo era repugnante, nauseabundo, suficiente para dejar a un hombre definitivamente mudo de compasión. [Cerca estaban] las gigantescas construcciones de Manhattan, reluciendo fríamente en el brillo cruel de la noche invernal. El edificio Woodworth estaba a menos de cuarenta metros y un poco más lejos se elevaban las torres y las agujas plateadas de Wall Street, grandes fortalezas de piedra y acero que albergaban a enormes bancos [...] en la fría luz de la luna, a sólo pocas calles de este abismo de dolor y miseria humanos, resplandecían los pináculos del poder, allí donde una parte importante de la riqueza entera del mundo estaba guardada en sólidas bóvedas.⁶⁸

Edmund Wilson, cuyos artículos acerca de la crisis fueron recopilados en *The American Jitters* (1932), evitó la retórica, pero reflejó con intensidad el sentimiento antiempresario cada vez más acentuado que estaba dominando al país. Tal vez no fuera posible comprar libros, pero era cada día mayor el número de personas que leían obras serias. Wilson advirtió sagazmente que había llegado un momento propicio —o mejor dicho, un momento influyente— para los intelectuales, sobre todo para los más jóvenes, “que habían crecido en la época de los ‘grandes negocios’ y siempre habían mirado con malos ojos su barbarie, su tendencia a destruir todo lo que a ellos les importaba”. Para esos intelectuales, “estos años no fueron deprimentes sino sugestivos. Uno no podía dejar de regocijarse ante el súbito e inesperado derrumbe del estúpido y gigantesco fraude. Nos infundía un renovado sentido de libertad y nos infundía también un nuevo sentido de poder”.⁶⁹

Es un hecho extraño que los escritores, que llevan una vida menos organizada, instintivamente apoyan el planeamiento en el dominio público. A principios de los años treinta el planeamiento se convirtió en la nueva *Weltanschauung*. En 1932 el tema prevalecía en las listas de libros; Stuart Chase, que se había equivocado de un modo un tanto vergonzoso cuando se refirió al “auge permanente” en octubre de 1929, ahora publicó *Un nuevo trato* y el título fue tan oportuno como *El Tercer Reich* de Bruck. George Soule reclamó programas de trabajo de amplitud semejante a los de Hoover en *Una sociedad planeada*. El planeamiento corporativista llegó a su apoteosis en *El corporativismo moderno y la propiedad privada* de Adolf Berle y Gardiner Means, que mereció veinte reimpressiones en el momento mismo en que culminaba la crisis y que pronosticaba que la

67 James Thurber, *Fortune*, enero de 1932; Rothbard, op. cit., p. 290.

68 Thomas Wolfe, *You Can't Go Home Again*, Nueva York, 1934, p. 414.

69 Edmund Wilson: “The Literary Consequences of the Crash”, *The Shores of Light*, Nueva York, 1952, p. 498.

“ley de las corporaciones” sería “el posible derecho constitucional” del nuevo estado económico.

Todos aspiraban al planeamiento. Charles Beard, el historiador más leído de Estados Unidos, propuso “un plan quinquenal para Estados Unidos”.⁷⁰ Algunos hombres de negocios; por ejemplo Gerard Swope, director de General Electric, elaboraron su propio plan. Henry Harriman, director de la Compañía Eléctrica de Nueva Inglaterra, declaró: “Hemos abandonado el período del individualismo extremo [...] La prosperidad de las empresas y el empleo estarán mejor defendidos con una estructura comercial inteligentemente planeada”. A los capitalistas que discreparan se los trataría “como a cualquier novillo descarriado [...] se lo enlaza y se lo marca y se lo obliga a marchar con el rebaño”. Charles Abbott, del Instituto Norteamericano de Construcciones de Acero declaró que el país ya no podía tolerar “el individualismo irresponsable, mal informado, obstinado y no cooperativo”. Con el título burlón de “¿Usted todavía cree en las hadas perezosas?”, *Business Week* preguntó: “Ya no se trata de saber si planeamos o no planeamos. La pregunta es cómo lo hacemos”.⁷¹

Atendiendo a la lógica y la justicia, ¿quién sino el “gran ingeniero”, el “muchacho maravilloso” podía hacerlo? De acuerdo con la lógica y la justicia, ¿no había llegado al fin su momento? Pero en la historia no hay lógica ni justicia. Todo es cuestión de cronología. El tiempo de Hoover había llegado y había terminado. Había ejercido durante cuatro años el poder, actuando y planeando frenéticamente, ¿y cuál había sido el resultado? Hacia 1932 sus consejeros le recomendaban que se mantuviera fuera de la primera plana, pues sus actos públicos estaban desacreditando la idea de que el gobierno podía intervenir eficazmente.⁷² El propio Hoover había advertido en 1929: “Si recayese sobre esta nación una calamidad sin precedentes, yo sería sacrificado por la decepción irrazonable de un pueblo que ha esperado demasiado”. Ese temor —desechado confiadamente en aquel momento— se vio sobradamente justificado. En 1907 Teodoro Roosevelt había observado que “cuando el hombre común pierde su dinero, se comporta sencillamente como una serpiente herida, y ataca a derecha y a izquierda a todo lo que, inocente o no, atrae su atención”.⁷³ También esta máxima se veía ahora abundantemente confirmada, y Hoover era la víctima impotente, como un conejo caído en la trampa. Siempre había sido un hombre agrio; ahora se convirtió poco a poco en el gran depresivo. Henry Stimson, el más capaz de sus colegas del gabinete, afirmó que evitaba la Casa Blanca para escapar “del sentimiento permanente de fracaso que impregna todo lo que se relaciona con el gobierno”. Y agregaba: “No recuerdo que durante una sola de las reuniones del último año y medio se haya dicho un solo chiste”. Cuando los miembros de su partido y los colegas del gabinete comenzaron a distanciarse de esta figura sombría, Hoover inauguró una “lista de enemigos”, integrada por los desleales.⁷⁴ Durante una visita a este hombre arrinconado, H. G. Wells lo encontró “enfermizo, cansado y abrumado”.⁷⁵

Como suele suceder en tales ocasiones, la suerte abandona la causa de los derrotados y se convierte en la fuente de nuevos mitos. En 1924, una ley de bonificaciones había suministrado certificados de servicios a los veteranos de guerra y les había otorgado el derecho de recibir en préstamo el 22,5 por ciento de su valor de vencimiento. En 1931, superando el veto de Hoover, el Congreso elevó esa proporción al 50 por ciento. Algunos veteranos no se dieron por satisfechos y la izquierda, que por primera vez revivía después de 1919, organizó una “fuerza expedicionaria de los bonos”, integrada por 20.000 veteranos, que establecieron en 1932 un campamento improvisado en el centro de Washington. Pero el Congreso rehusó ceder más y el 28 de julio Hoover, cuya política en este asunto fue idéntica a la de Roosevelt cuando se renovó el problema en 1936, ordenó que se dispersara el campamento. Como la policía no bastaba, se utilizaron tropas bajo el mando del mayor (más tarde general) Patton de la caballería de Estados Unidos. Tanto el general MacArthur,

⁷⁰ *Harper's*, diciembre de 1931.

⁷¹ Charles Abba, *Business Week*, 24 de junio de 1931.

⁷² Fausault y Mazuzan, op. cit., p. 10.

⁷³ Citado por Albert Romasco, “The End of the Old Order or the Beginning of the New”, en Fausault y Mazuzan, op. cit., p. 80.

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 91, 92.

⁷⁵ H. G. Wells, *An Experiment in Autobiography*, Londres, 1934.

entonces jefe del Estado Mayor del Ejército, como su ayudante el mayor Eisenhower, representaron papeles secundarios en la complicada operación que siguió.

Ningún episodio de la historia norteamericana ha sido la base de tantas falsedades, la mayoría intencionadas. Los comunistas no representaron un papel importante en la instalación del campamento, pero organizaron muy hábilmente la propaganda ulterior. Se habló de cargas de caballería; del empleo de tanques y gases venenosos, de un pequeño a quien se había herido con una bayoneta mientras intentaba salvar a su conejo, de las tiendas y los refugios incendiados cuando adentro habían quedado personas atrapadas. Todo esto se publicó en obras como *BEF: the Mole Story of the Bonus Army* (1933), de W. W. Walters, y *Veteran on the March* (1934), de Jack Douglas, ambas casi totalmente de ficción. Fue publicado un libro de *Ballads of the BEF*, con fragmentos como: “La dieta de Hoover es el gas”, y “He visto relampaguear los sables mientras cortaban las orejas de los veteranos”. Un característico folleto comunista de 1940, redactado por Bruce Minton y John Stuart, *The Fat Years and the Lean*, concluía: “Los veteranos comenzaron a salir de la capital. Pero el presidente Hoover no quería que se dispersaran pacíficamente [...] Sin advertencia ordenó al ejército que usara la fuerza para expulsar de Washington al BEF. Los soldados cargaron con la bayoneta calada y dispararon sobre la multitud de hombres, mujeres y niños.” Se afirmó que mientras el campamento ardía, Hoover y su esposa, que tenían la mesa más selecta en la historia de la Casa Blanca, cenaban solos con atuendos de gala un banquete de siete platos. Algunas de estas ficciones continuaban repitiéndose en libros serios de historia, incluso durante los años setenta.⁷⁶

Lo que importó más por entonces fue el manejo inepto de la investigación ulterior por parte del gobierno, lo que llevó a una violenta discrepancia pública entre el fiscal general y el superintendente de la policía de Washington, que se ventiló durante los últimos tramos de la campaña electoral. Hoover apoyó fielmente a su colega del gabinete y apareció como un mentiroso y un monstruo. “No cabe ninguna duda de que el presidente fue completamente derrotado”, escribió uno de los miembros de su plantel.⁷⁷ No sólo se impugnó su credibilidad, sino que el episodio le costó el apoyo de muchas iglesias que hasta ese momento se habían opuesto a Roosevelt, contrario a la Prohibición. La Prohibición era el otro problema importante —quizás el más importante para la mayoría de los votantes— en el curso de la campaña. Así, una combinación de mito y alcohol, más el sentimiento del mismo presidente y su imagen de fracaso, sepultó al “muchacho maravilla” en el olvido, después de una elección decisiva. Roosevelt invirtió los enormes márgenes republicanos de los años veinte y obtuvo 22.833.000 votos contra 15.762.000 de Hoover, con una mayoría en el colegio electoral de 472 a 59 y el triunfo en todos los estados menos seis. El nuevo esquema electoral de 1932 presenció el ascenso de la “coalición de minorías” demócratas, sobre la base del noreste industrial, un fenómeno que duraría casi medio siglo y convertiría al Congreso en una legislatura casi unipartidaria. Este esquema había sido preanunciado por el vigoroso desempeño de Al Smith, el candidato demócrata, durante la elección de 1928, y todavía más por las elecciones de 1930, en mitad del período del Congreso. Pero sólo al llegar 1932 los republicanos perdieron finalmente la imagen progresista que habían exhibido desde los tiempos de Lincoln y vieron cómo sus enemigos se apoderaban triunfalmente de ella, con todo lo que dicha transferencia implicaba en lo referente al apoyo de los medios de difusión, la aprobación de los medios universitarios, el patronazgo de la intelectualidad y, no menos importante, la producción de la ortodoxia histórica.

De manera paradójica, en lo que ahora se percibe como el problema fundamental —es decir, cómo sacar de la crisis a Estados Unidos— aún no había diferencias reales entre los partidos. Tanto Hoover como Roosevelt eran intervencionistas. Ambos tendían al planeamiento. Es cierto que Roosevelt se inclinaba a apoyar ciertas formas de ayuda directa, una actitud que aún inspiraba desconfianza a Hoover; en cambio, se mostraba en este período aún más insistente que Hoover en la necesidad contradictoria de un presupuesto rigurosamente equilibrado. La plataforma utilizada por

76 Roger Daniels, *The Bonus March: an Episode in the Great Depression*, Westport, 1971, esp. cap. 10, “The bonus March as Myth”.

77 Theodore Joslin, *Hoover Off the Record*, Nueva York, 1934; Donal J. Lision, *The President and the Bonus Riot*, University of Missouri, 1974, pp. 254 y ss.

los demócratas durante la campaña fue rigurosamente ortodoxa. Se entendía que el mismo Roosevelt era un peso liviano inestable en los temas económicos. Más aún, comparado con su primo quinto, Teodoro parecía un peso liviano en todos los temas. Era un aristócrata, hijo único de un caballero del río Hudson, descendía de holandeses del siglo XVII y de la “mejor” estirpe anglosajona; era el orgulloso dueño de la magnífica propiedad de Hyde Park, a medio camino entre Nueva York y Albany, la capital del estado. Había sido educado por gobernantes hasta los catorce años; después había ido a Groton, el Eton norteamericano, donde adquirió un leve acento inglés y aprendió latín, griego e historia europea. Permaneció cuatro años en Harvard, “en la costa de oro” (con residencias y clubes caros), desarrollando un enfoque del mundo que, según afirma su mejor biógrafo, era “una mezcla de conservadorismo político, ortodoxia económica y antimperialismo, todo impregnado de un nebuloso altruismo y una amplia ignorancia”, un brebaje del que nunca se liberó totalmente.⁷⁸

En 1932 Roosevelt era un administrador experimentado, ya se había desempeñado durante más de siete años en el Departamento de Marina y había ejercido con moderado éxito la gobernación de Nueva York. Pero nadie lo creía un hombre capaz de producir milagros. A principios de 1932, Lippmann lo describió como “una persona sumamente impresionable que carecía de un dominio firme de los asuntos públicos y de convicciones muy sólidas [...] no es un enemigo peligroso. Ansía demasiado complacer [...] no es un cruzado [...] no es un tribuno popular [...] no es el enemigo del privilegio arraigado. Es un hombre agradable, que carece de calificaciones importantes para el cargo y a quien le agradaría mucho ser presidente”.⁷⁹ *Time* dijo de él que era un “caballero enérgico y bien intencionado, de buena cuna y buena crianza”.

En todo caso, Roosevelt no era en absoluto el foco de la atención de la intelectualidad de izquierda. *Common Sense*, uno de los órganos favoritos de ese sector, opinaba que la elección implicaba optar entre “el muchacho sonriente de Hyde Park” y “el gran ingeniero taciturno de Palo Alto”. Theodore Dreiser, Sherwood Anderson, Erskine Caldwell, Edmund Wilson, John Dos Passos, Lincoln Steffens, Malcolm Cowley, Sydney Hook, Clifton Fadiman y Upton Sinclair respaldaron al candidato comunista William Z. Foster. Firmaron una carta en la cual insistían en que “el capitalismo es el destructor de la cultura y el comunismo el que desea salvar a la civilización y su herencia cultural del abismo al que está llevándolo la crisis mundial”. Otros intelectuales, por ejemplo Reinhold Niebuhr, Stuart Chase, Van Wyck Brooks, Alexander Woolcott, Edna St. Vincent Millay y Paul Douglas votaron por el socialista Norman Thomas.⁸⁰ Incluso después de que Roosevelt se afirmó bien en la Casa Blanca, algunos de estos intelectuales continuaron observando en él cierta falta de peso específico que nunca desapareció del todo. “Washington parece un lugar mucho más inteligente y animado que bajo cualquier otro de los gobiernos recientes”, escribió Edmund Wilson, pero “como me dijo cierta dama, es ‘Chejov y nada más’. Si la pandilla de Ohio jugaba póquer, los miembros del trust de cerebros se reunían y charlaban. En realidad, nada tiene mucho sentido, porque Roosevelt carece de una auténtica política”.⁸¹

En este comentario había un grano de verdad. Ciertamente, la retórica electoral de Hoover fue el factor esencial que distanció ideológicamente a los dos hombres. Hoover nunca había retribuido la admiración de Roosevelt y lo consideraba un hombre frívolo que con facilidad podía llegar a ser peligroso. En el curso de la campaña percibió que estaba perdiendo terreno y adoptó una posición sumamente dura en relación con ciertas diferencias secundarias en el tema de la ayuda directa (un método aplicado por Roosevelt en Nueva York) y el proyecto de intervenir en los servicios públicos. “Compatriotas”, exclamó, “las propuestas de nuestros antagonistas representan un cambio profundo en la vida norteamericana [...] implican distanciarse radicalmente de los fundamentos respetados durante 150 años, los mismos que nos han convertido en la nación más grande del mundo. Esta elección no representa un simple traspaso de un partido a otro. Implica determinar la

78 James MacGregor Burns, *Roosevelt: the Lion and the Fox*, Nueva York, 1956, p. 20.

79 Citado en Ekirch, op. cit.

80 Ekirch, op. cit., pp. 87-90.

81 Carta a Christian Gaus, 24 de abril de 1934, en Elena Wilson, ed., op. cit., p. 245.

orientación que nuestro país seguirá durante el próximo siglo”. “Esta campaña”, advirtió, “es más que una disputa entre dos hombres. Es más que una disputa entre dos partidos. Es una lucha entre dos concepciones del gobierno”.⁸² Roosevelt, complacido al comprobar que se atribuía un poco de sal y pimienta a un programa que, de acuerdo con el *New York Times*, no contenía “panaceas absurdas ni propuestas inquietantes”, y que a juicio de la *New Republic* era “una respuesta minúscula al desafío de los tiempos”, adoptó la misma línea belicosa: “En el curso de la historia moderna nunca las diferencias esenciales entre los dos grandes partidos norteamericanos se han manifestado tan nítidamente como es el caso hoy”.⁸³ Todo eso era pura tontería. El caso ilustra la medida en que la oratoria engendra mitos, y los mitos a su vez engendran realidades.

Y no sólo sucedía con la oratoria, sino también con las personalidades. Hoover, que había amasado su fortuna mediante el trabajo honesto, y en este proceso había llegado a volverse amargo, primero desprecio y después odió al sonriente y falso whig que se había limitado a heredar su riqueza y después la utilizaba como plataforma para atacar a la gente laboriosa. Lo había irritado una observación —que nunca olvidó— formulada por Roosevelt en 1928 acerca de que “estaba rodeado de consejeros ambiciosos y materialistas”.⁸⁴ También Roosevelt se sentía agraviado por Hoover. Había sido atacado por la poliomielitis a principios de los años veinte y en una recepción ofrecida a los gobernadores en la Casa Blanca durante la primavera de 1932 Hoover lo había tenido esperando media hora. Se había negado a pedir una silla, pues vio en el incidente una prueba de fuerza y creyó —es asombroso cuán paranoicos los políticos pueden llegar a ser en un período electoral— que Hoover lo había planeado intencionadamente. En realidad, la positiva lucha que Roosevelt libró para superar su impedimento era el aspecto de su carácter admirado por Hoover y es inconcebible que hubiese intentado aprovecharse de eso.⁸⁵ Pero Roosevelt y su esposa recordaban con odio esa media hora.

Esa mutua antipatía tuvo graves consecuencias históricas. Al parecer, Roosevelt no tenía conciencia de que Hoover lo creía sinceramente una amenaza pública; como él mismo no tomaba demasiado en serio la política, desechó los gritos de Cassandra de Hoover como mera charlatanería partidista, del tipo que quizás él mismo podía haber empleado. Luego sobrevino un enorme espacio entre la elección y la transmisión del mando, desde principios de noviembre hasta marzo. Los dos hombres coincidían en que era urgente actuar; excepto en los detalles, coincidían en lo que había que hacer, es decir, era más de lo mismo. Roosevelt concibió la fantástica idea de que Hoover tenía que designarlo inmediatamente secretario de Estado, de manera que él y su vicepresidente pudieran renunciar y Roosevelt ingresara sin pérdida de tiempo en la Casa Blanca. Con idéntico optimismo, Hoover consideró que debía persuadirse a Roosevelt de la necesidad de desmentir algunas de las observaciones y las promesas formuladas durante la campaña, las mismas que a su juicio habían agravado una situación de por sí mala, y de respaldar humildemente en público las medidas propuestas por el presidente, restableciendo de ese modo la confianza y garantizando la continuidad de la política de Hoover. En vista de estos ridículos malentendidos, no es sorprendente que los contactos entre los dos hombres, durante el prolongado intervalo, se limitaran a frías epístolas y a un mero llamado de cortesía de Roosevelt, el 3 de marzo de 1933, en, vísperas de la transmisión del mando. La cosa terminó en un helado intercambio que habría reconfortado el corazón de Henry James. Cuando Roosevelt, que se alojaba en el Mayflower, observó que Hoover sin duda estaba tan atareado que no podía retribuir su llamado, el agobiado Júpiter descargó el último de sus rayos: “Señor Roosevelt, cuando usted haya estado en Washington tanto tiempo como yo he estado, aprenderá que el presidente de Estados Unidos no llama a nadie”.⁸⁶ Roosevelt se vengó negando al presidente saliente, cuya vida estaba constantemente amenazada, la protección de los

82 Hoover, discurso en el Madison Square Garden, 31 de octubre de 1932.

83 Roosevelt, discurso de aceptación ante la Convención del Partido Demócrata.

84 Frank Freidel, “The Interregnum Struggle Between Hoover and Roosevelt”, en Fausault y Mazuzan, op. cit., p. 137.

85 Ibid., pp. 137-138. En los documentos de Hoover hay un documento titulado “My personal relations with Mr. Roosevelt”.

86 Burns, op. cit., p. 162.

guardaespalda del Servicio Secreto, durante el viaje de regreso a Palo Alto.⁸⁷

La falta pública de cooperación entre los dos hombres durante el prolongado interregno operó decisivamente a favor de la posición política de Roosevelt, pues originó una distinción profunda, aunque completamente falsa, entre los dos regímenes. Roosevelt era una cara nueva que aparecía en el momento exacto, y además era un rostro sonriente. De modo que se le atribuyó todo el mérito cuando la recuperación, que ya se había iniciado con Hoover, llegó a ser visible durante la primavera, en la forma de lo que prontamente fue denominado “el mercado de Roosevelt”. El historiador detesta reconocer el hecho, pero la suerte es muy importante. En 1932 Hoover pidió a Rudy Vallee una canción contra la crisis; el perverso individuo produjo “Hermano, ¿tiene una moneda?”. La canción utilizada durante la campaña de Roosevelt, y en realidad compuesta para el filme *Chasing Rainbows*, de la MGM, en vísperas de la gran catástrofe del mercado de valores, daba exactamente en la tecla: “Han vuelto los tiempos felices”. Roosevelt poseía muchas de las cualidades intuitivas de Lloyd George, un político a quien se asemejaba mucho. Podía acuñar frases o conseguir que otros las creasen para él, como lo demostró su discurso inaugural: “Diré ahora que creo firmemente que lo único que debemos temer es el temor mismo”.⁸⁸ Hacia el fin de su primera semana en el cargo demostró su dominio del nuevo medio de difusión que era la radio, al iniciar sus “charlas junto al fuego”. En cuanto a las exhibiciones de carácter político, había pocos que podían igualársele, y además poseía un talento envidiable para convertir los problemas en soluciones. Así, enfrentado con el problema del cierre de los bancos, decretó su clausura (mediante la aplicación de una vieja ley de 1917) y declaró que se trataba de un “feriado bancario”. Pero también contó con la ventaja de un Congreso de abrumadora mayoría demócrata que manifestó una disciplina desusada. Su primer proyecto de ley la ley de Emergencia Bancaria, fue aprobado en menos de un día, después de un debate que duró sólo cuarenta minutos, interrumpido por los gritos pidiendo que se vote. A partir de la medianoche del 6 de abril, cuando llevaba sólo un mes en el cargo, Estados Unidos de nuevo volvió a beber alcohol legalmente y este hecho fortaleció enormemente la moral. Su programa fue aprobado por el Congreso en tiempo récord, aunque por razones de técnica política se habló de “los cien días”.

Más allá de suscitar la impresión de un movimiento furioso, lo que su secretario del Tesoro William Woodin denominó “una acción rápida y rítmica”, el programa no se basaba en una política económica real.⁸⁹ Raymond Moley, el intelectual que ayudó a Roosevelt a formar el gabinete, afirmó que los historiadores del futuro tal vez descubriesen que la selección había respondido a cierto criterio; pero él no lo sabía.⁹⁰ Esta ausencia de una concepción definida se reflejaba en las medidas. En las sugestivas conferencias que ofrecía, Roosevelt se vanagloriaba de que tocaba de oído y se comparaba con un zaguero que promovía “una maniobra distinta cuando veía el resultado de la anterior”.⁹¹ Aunque acrecentó los gastos federales en ciertos aspectos, los recortó en otros, y así redujo las pensiones de los veteranos de guerra totalmente incapacitados de 40 a 20 dólares mensuales y presionó sobre los estados con el propósito de que rebajasen los sueldos de los maestros, que a su juicio eran “muy altos”. Se mantuvo fiel al concepto de un presupuesto equilibrado; en su primer mensaje al Congreso reclamó importantes reducciones de las erogaciones, y uno de sus primeros proyectos fue una medida destinada a equilibrar el presupuesto titulada “Para mantener el crédito del gobierno de Estados Unidos”. Lejos de ser un protokeynesiano, nada lo irritaba tanto como las sugerencias de los diarios en el sentido de que sus finanzas no eran sólidas.⁹² El concepto de que Roosevelt fue el primero que intencionadamente apeló al déficit para refloatar la economía es falso. Sin duda, Keynes lo exhortó a seguir este camino en una famosa carta enviada al

87 Trohan, op. cit., pp. 83-84.

88 Con respecto a la composición de este discurso, véase Samuel I. Rosenman, *Working with Roosevelt*, Nueva York, 1952, pp. 81-99. La idea surgió de Thoreau.

89 Moley, op. cit., p. 151.

90 Burns, op. cit., pp. 148-149.

91 Conferencias de prensa del 24 de marzo y 19 y 26 de abril de 1933.

92 Burns, op. cit., pp. 167, 172; Elliot Roosevelt, ed., *FDR: His Personal Letters*, 4 vols., Nueva York, 1947-1950, I, pp. 339-340, carta a Josephus Daniels, 27 de marzo de 1933; Trohan, op. cit., p. 64.

New York Times a fines de 1933: “Atribuyo abrumadora importancia al aumento del poder adquisitivo nacional que resulta de las erogaciones oficiales financiadas por préstamos”.⁹³ Pero ésta no fue realmente la política de Roosevelt, salvo por casualidad. Cuando durante el verano siguiente los dos hombres se conocieron, no simpatizaron mucho, y no hay pruebas de que Roosevelt leyese jamás los trabajos de Keynes (“Durante todo el período en que estuve con él”, escribió Moley, “nunca lo vi leer un libro serio”) o que estuviese influido en lo más mínimo por las ideas de Keynes.⁹⁴ Sin duda, el Banco de la Reserva Federal tuvo una actitud inflacionaria durante el gobierno de Roosevelt, pero por lo demás ésa había sido su posición a lo largo de la década precedente.

En general, la legislación de Roosevelt amplió o manipuló las medidas adoptadas por Hoover. La ley de Emergencia Bancaria y la ley de Préstamos a la Industria de junio de 1934 amplió el alcance de la RFC de Hoover. La ley de Préstamos Internos (1932) amplió una ley análoga del año precedente. La ley de Venta de Valores (1933), las leyes bancarias (1933, 1935) y la ley de Valores y Cambio (1934) simplemente prolongaron los intentos de Hoover de reformar los métodos empresarios. La ley Nacional de Relaciones Laborales de 1935 (ley Wagner), que facilitó la organización sindical y ganó al movimiento sindical para los demócratas durante una generación, no hizo más que ampliar y consolidar la ley Norris-La Guardia, aprobada durante el gobierno de Hoover. La primera ley de Ajuste Agrario (1933) en realidad debilitó los aspectos reflacionarios de la política oficial, redujo la producción de alimentos y pagó a los agricultores con el fin de que retirasen tierras de la producción. Más aún, esta ley contrariaba francamente otras medidas oficiales destinadas a aliviar el problema de la sequía y las tormentas de polvo de 1934-1935; por ejemplo el Servicio de Erosión del Suelo, la ley de Erosión del Suelo (1935) y la ley de Conservación del Suelo y Parcelación Doméstica (1936).⁹⁵ La política agraria de Roosevelt, hasta donde la tuvo, mostró una tendencia estatista y estaba encaminada a conquistar votos mediante la elevación de los ingresos de la población rural. Pero también aumentó los precios de los alimentos pagados por el consumidor y, por lo tanto, retrasó la recuperación general. La ley Nacional de Recuperación Industrial (1933), que creó un organismo corporativista bajo la dirección del general Hugh Johnson, fue en esencia un movimiento orientado hacia el “planeamiento indicativo” de Hoover. Pero, al aprovechar la experiencia de Roosevelt durante la Gran Guerra —en su caso la única fuente de ideas nuevas—, había en todo el asunto cierta atmósfera de compulsión; Johnson advirtió que si los hombres de negocios se negaban a firmar sus códigos “voluntarios”, “recibirán un buen golpe en la nariz”. Éste fue el factor que indujo a Hoover a afirmar que se trataba de una medida “totalitaria”.⁹⁶ La prepotencia de Johnson determinó que la medida fuese contraproducente y nadie lo lamentó mucho cuando la Suprema Corte la declaró inconstitucional.⁹⁷

Sin embargo, Roosevelt se apartó de las posiciones de Hoover cuando revivió y amplió un plan elaborado por Wilson durante la Gran Guerra, que determinaba que el Estado debía suministrar energía barata en el valle de Tennessee. Pero fue una cuestión improvisada y aislada, un “recurso” para mantener la solidez del sur. Cuando le preguntaron cómo explicaría su filosofía ante el Congreso, la respuesta de Roosevelt fue característica: “Les diré que no es carne ni pescado, pero que, sea lo que fuere, tendrá un sabor maravilloso para los habitantes del valle de Tennessee”.⁹⁸ Roosevelt también gastó mucho dinero en obras públicas: 10.500 millones de dólares, más 2.700 millones en proyectos patrocinados; en diferentes ocasiones se empleó un total de 8,5 millones de personas y se construyeron 122 edificios públicos, 77.000 nuevos 285 aeropuertos, más de un millón de kilómetros de caminos, puentes, cerca de 40.000 kilómetros de bocas de tormenta y

93 J. M. Keynes en *New York Times*, 31 de diciembre de 1933.

94 Joan Robinson, “What Has Become of the Keynesian Revolution?”, en Milo Keynes, ed., op. cit., p. 135; Raymond Moley, *The First New Deal*, Nueva York, 1966, p. 4.

95 Faulkner, op. cit., pp. 658-662.

96 Arthur Schlesinger, *The Coming of the New Deal*, Boston, 1958, p. 123; Manchester, op. cit., p. 89.

97 Leverett S. Lyon et al., *The National Recovery Administration*, Washington D.C., 1935.

98 Citado en Eric Goldman, *Rendezvous with Destiny*, Nueva York, 1952.

sistemas de desagües, además de parques, campos de juego y depósitos de agua.⁹⁹ Pero también este método era una antigua política de Hoover, aunque ahora se la practicaba en escala algo mayor. En todos los aspectos esenciales, el Nuevo Trato continuó el corporativismo innovador de Hoover. Fue lo que Walter Lippmann, en un escrito de 1935, denominó “el Nuevo Trato permanente”. “La política promovida por el presidente Hoover durante el otoño de 1929 fue algo absolutamente sin precedentes en la historia de Estados Unidos”, escribió Lippmann. “El gobierno nacional se propuso lograr que todo el orden económico funcionase en un marco de prosperidad [...] las medidas de Roosevelt representan una evolución permanente de las medidas de Hoover.”¹⁰⁰

Por lo tanto, el intervencionismo de Hoover-Roosevelt fue algo continuo. ¿Resultó eficaz? Los historiadores favorables a Roosevelt afirman que los elementos adicionales del Nuevo Trato determinaron la recuperación. Los historiadores favorables a Hoover sostienen que las leyes de Roosevelt retrasaron lo que la gestión de Hoover ya estaba aportando.¹⁰¹ Juzgando el tema desde una perspectiva actual, parece probable que los dos hombres hayan estorbado una recuperación natural promovida por la deflación. En todo caso, el proceso fue lento y débil. El año 1937 fue el único más o menos bueno, en el que la desocupación, del 14,3 por ciento, alcanzó a menos de 8 millones de individuos; pero hacia fines del año la economía continuaba en caída libre —el descenso más rápido que se hubiese registrado— y al año siguiente la desocupación alcanzó el índice del 19 por ciento. En 1937 la producción superó por breve tiempo los niveles de 1929, pero volvió a caer rápidamente.¹⁰² La recuperación real y el retorno de la atmósfera de auge de la década de los veinte sobrevino sólo el lunes que siguió al fin de semana del Día del Trabajo, en septiembre de 1939, cuando la noticia de la guerra en Europa sumió a la Bolsa de Valores de Nueva York en una gozosa confusión que terminó por anular el recuerdo de octubre de 1929. Dos años más tarde, el valor en dólares de la producción superó por fin los niveles de 1929. El propio Keynes, al dirigirse a los norteamericanos en 1940, reconoció que la guerra era fundamental para la recuperación económica: “Los preparativos que ustedes hacen para la guerra, muy lejos de exigir un sacrificio, serán un estímulo, que no podría obtenerse con la victoria o la derrota del Nuevo Trato, que influirá sobre el consumo individual y promoverá un más elevado nivel de vida”.¹⁰³ Si el intervencionismo era eficaz, se necesitaron nueve años y una guerra mundial para comprobarlo.

El éxito político de Roosevelt respondió a factores muy diferentes de la eficacia de sus medidas económicas, las que en general estaban destinadas al consumo público, que se convirtieron en mito por la acción del tiempo. Roosevelt demostró la extraña capacidad del liberal rentista y aristócrata (en contraposición con los plebeyos que habían triunfado por su propio esfuerzo como Harding, Coolidge y Hoover) para conquistar la lealtad e incluso el afecto de los intelectuales. Los dueños de los diarios se oponían a Roosevelt, pero los periodistas le profesaban mucho afecto y perdonaban sus frecuentes mentiras, disimulaban el hecho de que les ganaba en las partidas de póquer (un aspecto que había menoscabado el prestigio de Harding) y acataban sus maliciosas exhortaciones a criticar a los colegas del gobierno.¹⁰⁴ Había rincones oscuros en la Casa Blanca de Roosevelt: sus propias infidelidades, la apasionada adhesión de su esposa a otra mujer y el modo inescrupuloso y a veces perverso en que Roosevelt utilizaba su poder ejecutivo.¹⁰⁵ Nada de todo esto fue denunciado mientras vivió ni durante mucho tiempo después de su muerte. Era más importante la atracción que ejercía sobre los intelectuales tan pronto se difundió la noticia de que utilizaba los servicios de un

99 Broadus Mitchel, *et al.*, *Depression Decade*, Nueva York, 1947.

100 Walter Lippmann, “The Permanent New Deal”, *Yale Review*, 24, 1935, pp. 649-667.

101 Por ejemplo, William Myers y Walter Newton, *The Hoover Administration: a Document Narrative*, Nueva York, 1936.

102 Francis Sill Wickware en *Fortune*, enero de 1940; *Economic Indicators: Historical and Descriptive Supplement*, Joint Committee on the Economic Report, Washington D.C., 1953; Galbraith, op. cit., p. 173; Rostow, *World Economy*, tabla 111-42.

103 Keynes en *New Republic*, p. 29, julio de 1940.

104 Trohan, op. cit., pp. 59 y ss. 67-68, 115.

105 Joseph P. Lash, *Eleanor and Franklyn*, Nueva York, 1971, pp. 220 y ss.; Doris Feber, *The Life of Lorena Hickok, ER's Friend*, Nueva York, 1980, *passim*; Richard W. Steele, “Franklin D. Roosevelt and his Foreign Policy Critics”, en *Political Science Quarterly*, primavera de 1979.

“trust de cerebros”.¹⁰⁶ En realidad, del entorno de Roosevelt sólo Harry Hopkins —asistente social y no precisamente un intelectual—, Rexford Tugwell y Felix Frankfurter eran elementos radicales que gozaban de influencia; los dos últimos discrepaban violentamente, pues Tugwell era un partidario de tipo stalinista de la estatización en gran escala y Frankfurter era enemigo de los trusts y las empresas; estos dos hombres simbolizaron el Primer Nuevo Trato (1933-1936) y el Segundo Nuevo Trato (1937-1938), que fueron dos períodos absolutamente contradictorios.¹⁰⁷ No existía coherencia intelectual en el gobierno de Roosevelt, pero en todo caso parecía un lugar en donde los intelectuales podían sentirse cómodos. Entre los jóvenes dotados que acudieron a Washington estaban Dean Acheson, Hubert Humphrey, Lyndon Johnson, Adlai Stevenson, William Fulbright, Abe Fortas, Henry Fowler y, no menos importante que los anteriores, Alger Hiss, que celebraba reuniones con otros cuatro partidarios del Nuevo Trato, miembros de una célula comunista, en un estudio de música de la avenida Connecticut.¹⁰⁸

Los ataques a Roosevelt a lo sumo sirvieron para acentuar la atracción que ejercía sobre la intelectualidad. Un ejemplo extraño pero oportuno es el de Mencken. En 1926 el *The New York Times* dijo de Mencken que era “el ciudadano privado más poderoso de Estados Unidos”. Walter Lippmann afirmó que se trataba de “la influencia personal más intensa de esta generación de personas cultas”.¹⁰⁹ Gran parte de la atracción que ejercía se relacionaba con sus feroces ataques a los presidentes. Teodoro Roosevelt era “ostentoso, tosco, excesivamente confiado en sí mismo, tortuoso, tiránico, vanidoso y a veces bastante infantil”. La característica de Taft era “la pereza innata y la inestabilidad”. Wilson era “el modelo perfecto del sinvergüenza cristiano”, que deseaba imponer un “despotismo cosaco”. Harding era “un cabeza de piedra”, Coolidge un individuo “mezquino, sórdido y obtuso [...] un tipo de categoría inferior [...] casi desprovisto de todo lo que fuera sentido del honor [...] un terrible y mezquino sinvergüenza”. Hoover tenía “un instinto natural que lo acercaba a los manipuladores bajos, mentirosos y fraudulentos”.¹¹⁰ Estas andanadas atraían a la intelectualidad y contribuían a dañar de manera permanente la reputación de los afectados. Mencken se superó en los ataques dirigidos contra Roosevelt, cuya aureola de colectivismo fraudulento provocaba en él un auténtico sentimiento de agravio. Roosevelt era “el führer”, “el charlatán”, y estaba rodeado por un séquito de “impúdicas nulidades”, “una pandilla de pedagogos autodidactos, de abogados anticonstitucionales, de devotos deslumbrados y otros magos de la misma especie lamentable”, y su Nuevo Trato era “una tramoya política”, “una serie de estupendos milagros falsos”, con sus “constantes apelaciones a la envidia y el odio de clases”, su tratamiento del gobierno como si fuera “una vaca lechera con 125 millones de ubres”, y sus “frecuentes repudios de las promesas categóricas”. La única consecuencia de estas diatribas fue que Mencken perdió la influencia que podía ejercer sobre los individuos menores de treinta años.

Sin duda, a los intelectuales les agradaba la paranoia de los ricos y los convencionales, y la vehemencia extraordinaria y la fertilidad de invención con que se atacaba a Roosevelt. Howland Spencer, su vecino de Hyde Park, lo llamaba “un amante frustrado”, “un nulo pretencioso con un complejo mesiánico y el cerebro de un boy scout”; a juicio del senador Thomas Schall, de Minnesota, Roosevelt era “un Luis XIV de poco seso”; Owen Young, director de General Electric, decía que Roosevelt “chapurreaba con incoherencia”, y el senador William Borah, de Idaho, sostenía que pasaba el tiempo en su despacho cortando pajaritas de papel. De acuerdo con el rumor (que a menudo se manifestaba en folletos) era un hombre que padecía insania, era un drogadicto sin remedio que prorrumplía en carcajadas histéricas durante las conferencias de prensa, era un impostor (el auténtico Roosevelt estaba internado en un asilo para insanos), se hallaba sometido al tratamiento de un psiquiatra disfrazado de lacayo de la Casa Blanca y había que mantenerlo con camisa de fuerza la mayor parte del tiempo. Decían que se habían puesto barrotes a las ventanas para evitar

106 “The Hullabaloo over the Brains Trust”, en *Literary Review*, CXV, 1933.

107 Bernard Sternsher, *Rexford Tugwell and the New Deal*, Rutgers, 1964, pp. 114-115; Otis Graham: “Historians and the New Deals”, en *Social Studies*, abril de 1963.

108 Manchester, op. cit., p. 84.

109 Lippmann, *Saturday Review of Literature*, 11 de diciembre de 1926.

110 Fecher, op. cit.

que se arrojara al vacío (el mismo rumor había circulado durante los últimos tiempos del gobierno de Wilson; en realidad, se habían fijado los barrotes para proteger a los hijos de Teodoro Roosevelt). Decíase que sufría de un complejo de Edipo, de un “complejo del cordón de plata”, de una dolencia cardíaca, de lepra, de sífilis, de incontinencia, de impotencia, de cáncer, de comas, y que la poliomielitis estaba “subiéndole inexorablemente a la cabeza”. Decíase que era un Svengali, un pequeño lord Fauntleroy, un simplete, una moderna Julieta política “que hacía el amor al pueblo desde el balcón de la Casa Blanca”, un incumplidor, un comunista, un tirano, un perjurio, un fascista, un socialista, el desmoralizador, el despilfarrador, el violador, el estafador, el petulante, el insolente, el bruto, el torpe, un brujo, un impostor, un advenedizo sin escrúpulos, un autócrata sin sustancia, un hombre que alentaba el lenguaje profano y “la germanía más baja”, y un “profanador del espíritu humano”.¹¹¹ Mientras cruzaba el Atlántico en el vapor *Europa*, poco antes de la elección de 1939, Thomas Wolfe observó que, cuando dijo que se proponía votar al Monstruo,

[...] los almidonados comenzaron a replegarse como cortinas de tablillas. Los cuellos virginales que un momento antes se mostraban blancos y gráciles como el cuello del cisne, instantáneamente se agitaron con la energía de la cólera patriótica, y así los collares perrunos tachonados de diamantes y las hileras de perlas reventaron y se dispersaron en mil pedazos. Me dijeron que si votaba por ese vil comunista, por ese fascista siniestro, por ese socialista mañoso y astuto y por su pandilla de conspiradores, ya no tenía derecho de considerarme un ciudadano norteamericano.¹¹²

En este ambiente Roosevelt conquistó la más grande de las victorias electorales en 1936, por 27.477.000 votos contra 16.680.000, con mayoría en todos los estados menos dos (Maine y Vermont) y enormes mayorías demócratas en ambas cámaras del Congreso. La atracción que Roosevelt ejercía sobre los jóvenes, los progresistas y los intelectuales sobrevivió incluso al abandono de las innovaciones del Nuevo Trato en 1938 y a la caída en manos de los jefes de las maquinarias demócratas de las grandes ciudades, que aseguraron su reelección en 1940 y 1944. La verdad es que Roosevelt parecía armonizar con el espíritu de los y había abrazado las del colectivismo. Los héroes de los años veinte habían sido hombres de negocios, la clase de titanes que, dirigidos por Thomas Edison, habían apoyado a Harding y a Coolidge en los mítines celebrados en el porche del frente de cada uno. La catástrofe de 1929 y sus secuelas debilitaron la fe en este panteón. En 1931, Felix Frankfurter escribió a Bruce Bliven, director del *New Republic*: “Creo que nada sostiene este sistema más que el culto general y ubicuo del éxito y la conmovedora fe que tenemos en los mesías financieros y empresarios [...] Creo que es profundamente importante minar esa confianza [...] Socave la confianza en su grandeza, y usted habrá avanzado mucho por el camino que lleva a la remoción de algunos obstáculos fundamentales que se oponen a la exploración de los problemas sociales y económicos”.¹¹³ En 1932 este proceso de debilitamiento casi había sido completado, facilitado, por ejemplo, por la revelación de que J. P. Morgan no había pagado impuestos a los réditos durante tres años y de que Andrew Mellon había contado con la ayuda de un experto de su propio Departamento del Tesoro en el arte de evitar el pago de impuestos.

La pérdida de confianza en los líderes empresarios norteamericanos coincidió con el súbito y abrumador descubrimiento de la existencia de la Unión Soviética y de que ofrecía una alternativa sorprendente y muy apropiada para el sufrimiento de Estados Unidos. El libro *A New Deal*, de Stuart Chase, concluía con la pregunta: “¿Por qué los rusos tienen que ser los únicos que se diviertan rehaciendo el mundo?”.¹¹⁴ En 1928 se había anunciado el Primer Plan Quinquenal

111 George Wolfskill y John Hudson, *All But the People: Franklyn D. Roosevelt and his Critics*, Nueva York, 1969, pp. 5-16.

112 Elizabeth Nowell, ed., *The Letters of Thomas Wolfe*, Nueva York, 1956, pp. 551 y ss.

113 Citado en Ekirch, op. cit., pp. 27-28.

114 Stuart Chase, *The New Deal*, Nueva York, 1932, p. 252.

soviético, pero pasaron cuatro años antes de que los escritores norteamericanos advirtieran su importancia. Entonces se publicó una nutrida colección de obras, en las que se elogiaba el planeamiento de estilo soviético y se lo presentaba como un modelo digno de ser imitado por Estados Unidos. *The Soviet Worker*, de Joseph Freeman; *Dawn in Russia*, de Waldo Frank; *Towards Soviet America*, de William Z. Foster; *A New Economic Order*, de Kirby Page; *Socialist Planning*, de Harry Laidler; *Russia Today: What Can We Learn From It?*, de Sherwood Eddy, fueron publicadas en 1932 y vinieron a reforzar un bestseller, la autobiografía prosoviética de Lincoln Steffens, que había aparecido el año anterior, como introducción a un folleto todavía más influyente: *The Coming Struggle for Power*, del comunista británico John Strachey, publicado en 1933.¹¹⁵

Estados Unidos era y es una sociedad milenarista, donde las expectativas hiperentusiastas se convierten fácilmente en catastróficas pérdidas de la confianza. A principios de los años treinta las cifras de la emigración superaban a las de la inmigración especializados, más de 100.000 norteamericanos presentaron solicitudes. De acuerdo con el actor Will Rogers: “Esos sinvergüenzas rusos, con todas sus historias, han descubierto algunas ideas muy buenas [...] Piensen en lo que significa que todos los habitantes de un país salgan a trabajar”. Steffens proclamó: “Ahora todos los caminos conducen a Moscú”. Y Strachey se hizo eco: “Viajar de un país capitalista al territorio soviético es como pasar de la muerte al nacimiento”. Ahora nos toca explorar la terrible e inconsciente ironía de estas observaciones.

115 Frank Warren, *Liberals and Communism*, Bloomington, 1966, cap. 4.

8 LOS DEMONIOS

En el momento mismo en que los intelectuales norteamericanos se volvían hacia la Europa totalitaria en busca de apoyo espiritual y guía del planeamiento ordenado, ese continente se embarcaba en dos décadas de ferocidad y desolación sin precedentes: el relativismo moral en su encarnación más monstruosa. El 21 de diciembre de 1929 Stalin había celebrado su quincuagésimo aniversario como señor absoluto de una autocracia cuyo salvajismo concentrado no tenía paralelos en la historia. Pocas semanas antes, mientras se derrumbaba la Bolsa de Valores de Nueva York, Stalin había ordenado iniciar la colectivización forzosa de los campesinos rusos, una operación que implicó pérdidas materiales mucho mayores de todo lo que estaba en la órbita de Wall Street y una matanza de seres humanos para cuya ejecución ninguna tiranía anterior había contado con los medios necesarios, sin hablar del deseo de promoverla. Por la época en que John Strachey habló de escapar de la muerte capitalista en busca del renacer soviético, ya se había ejecutado ese terrible acto de ingeniería social. Cinco millones de campesinos habían muerto y el doble de ese número estaba en campamentos de trabajos forzados. Por esa época Stalin había conquistado un alumno, admirador y rival en la persona de Hitler, que controlaba una autocracia análoga y planeaba realizar sacrificios humanos a la ideología en escala todavía más amplia. Por lo tanto, para los norteamericanos la cuestión era pasar de una Arcadia enferma a un pandemonio activo. Los demonios se habían posesionado de la escena.

En 1924, cuando Lenin falleció, su autocracia era una entidad completa y Stalin, el secretario general del partido, ya la había heredado. Sólo le faltaba eliminar a los posibles rivales que quisieran disputarle el poder exclusivo. Stalin estaba bien dotado para esa tarea. Este ex seminarista y matón revolucionario era medio gángster y medio burócrata. No tenía ideales, tampoco conceptos ideológicos propios. De acuerdo con la versión del compositor Shostakovich, Stalin deseaba ser alto y poseer manos vigorosas. El pintor de la corte, Nalbandian, satisfizo ese deseo centrando el ángulo visual en un nivel bajo y sugiriendo a su amo que juntase las manos sobre el estómago; otros retratistas fueron fusilados.¹ Stalin medía sólo un metro sesenta, era delgado y moreno y tenía la cara picada de viruelas. Una descripción de su persona por la policía zarista, realizada cuando tenía sólo veintidós años, observaba que los dedos segundo y tercero del pie izquierdo estaban soldados; además, un accidente sufrido en la infancia le había dejado cierta rigidez en el codo izquierdo; el brazo izquierdo era más corto y la mano izquierda perceptiblemente más gruesa que la derecha. Como dijo Shostakovich, escondía constantemente la mano derecha. Dos años antes de su asesinato, Bujarin dijo que, a su juicio, Stalin sufría intensamente como consecuencia de estos impedimentos y de su incapacidad intelectual real o imaginaria. “Ese sufrimiento es probablemente el rasgo más humano de su persona”, pero en todo caso lo indujo a vengarse de todos los que tenían cualidades superiores: “Hay algo diabólico e inhumano en esta compulsión que lo lleva a vengarse en todos de este mismo sufrimiento [...] Es un hombre pequeño y maligno; no, no es un hombre, sino un demonio”.² Stalin no poseía la pasión ideológica de Lenin por la violencia. Pero era capaz de ejercer una violencia ilimitada para realizar sus propósitos, incluso sin ningún motivo, y a veces alimentaba sentimientos de venganza contra ciertos individuos durante años enteros, antes de ejecutarlos. Realizó su aprendizaje de la violencia en gran escala como jefe del Distrito Militar del Cáucaso Septentrional en 1918, cuando decidió proceder contra sus “especialistas militares burgueses”, en quienes según sospechaba había falta de entusiasmo por matar. El coronel Nosovich,

1 Dmitri Shostakovich, *Memoirs*.

2 Boris I. Nicolaevsky, *Power and the Soviet Elite: “The Letter of an Old Bolshevik” and Other Essays*, Nueva York, 1965, pp. 3-65.

jefe del Estado Mayor del distrito, atestiguó lo siguiente: “La orden de Stalin fue breve: ‘¡Fusílenlos!’ [...] Un elevado número de oficiales [...] fue apresado por la Cheka y fusilado de inmediato sin juicio”.³ Por esa época Stalin también se quejó de los tres comandantes del Ejército Rojo en el área enviados por Trotsky, y más tarde le guardó rencor por ello. Ordenó asesinarlos a todos entre 1937 y 1939.⁴

Pero inmediatamente después de la incapacitación de Lenin, y temeroso de las críticas que el líder ruso podía dirigirle, Stalin buscó aumentar su poder aparentando la postura moderada de un centrista. Su problema consistía en que, al dominar el secretariado, que estaba ampliándose con rapidez, Stalin ya controlaba prácticamente la máquina partidaria e iba camino de formar el Comité Central con sus secuaces. Pero en el Politburó cuatro figuras importantes le impedían ejercer la autocracia: Trotsky, el más famoso y feroz de los bolcheviques, que controlaba el ejército; Zinoviev, que dirigía el partido en Leningrado y a quien Stalin profesaba entonces y profesaría después un odio especial; Kamenev, que controlaba el Partido en Moscú, y Bujarin, el principal teórico. Los tres primeros se inclinaban hacia la izquierda, el último hacia la derecha; el modo en que Stalin los dividió y usó para conseguir que se destruyesen mutuamente, y después se apoderó de sus ideas políticas a fin de satisfacer sus propias necesidades —al parecer no tenía ideas propias— constituye un ejercicio clásico de la política de poder.

Es importante advertir que, del mismo modo que Lenin fue el creador de la nueva autocracia y sus instrumentos, y de la práctica del terror masivo, tampoco había inocentes entre sus herederos. Todos eran malignos y perversos asesinos. Incluso Bujarin, de quien Lenin decía que era “blando como la cera” y a quien se ha presentado como el creador del “socialismo de rostro humano”,⁵ era un hombre que tenía la inveterada costumbre de denunciar a otros, “el individuo que mandaba a prisión a los mejores comunistas”, como se dijo con profunda amargura.⁶ Zinoviev y Kamenev eran jefes partidarios completamente inescrupulosos. Trotsky, que después de su caída se presentó como un creyente en la democracia interna y que fue exaltado por su partidario y hagiógrafo Isaac Deutscher como el epítome de todo lo que era más noble en el movimiento bolchevique, nunca fue más que un pistolero político culto.⁷ Ejecutó el *putsch* inicial de octubre de 1917 y luego masacró con la mayor desaprensión a los enemigos del régimen. Fue el primero que retuvo como rehenes a las esposas y los hijos de los oficiales zaristas, amenazándolos con fusilarlos si desacataban las órdenes soviéticas, un método que pronto se incorporó al sistema. Se mostró igualmente cruel con los miembros de su propio bando y fusiló a los comisarios y los comandantes del Ejército Rojo que “demostraban cobardía” (es decir, retrocedían), un recurso que más tarde se convertiría en práctica stalinista universal; de esta manera, los soldados de fila se vieron diezmados.⁸ Trotsky siempre elegía las formas más crueles. Inventó la militarización del trabajo y destruyó los sindicatos independientes. Usó una brutalidad indescriptible para sofocar el alzamiento de los sencillos marineros de Cronstadt, e incluso se disponía a emplear gases venenosos cuando se derrumbó la resistencia.⁹ A semejanza de Lenin, se identificaba con la historia y argumentaba que la historia se imponía a todas las restricciones morales.

Hasta su fin, Trotsky continuó siendo un relativista moral del tipo más peligroso. “Los problemas de la moral revolucionaria”, escribió en su obra póstuma, “se fusionan con los problemas de la estrategia y la táctica revolucionarias”.¹⁰ Los criterios morales no existían, sólo existían los criterios de eficacia política. Afirmó que era justo asesinar a los hijos del zar, como él había hecho,

3 Citado en K. E. Voroshilov, *Stalin and the Armed Forces of the USSR*, Moscú, 1951, p. 19.

4 Albert Seaton, *Stalin as Warlord*, Londres, 1976, pp. 29 y ss.

5 Stephen F. Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution*, Londres, 1974.

6 E. H. Carr, *From Napoleon to Stalin and Other Essays*, Londres, 1980, p. 156.

7 La vida de Trotsky en tres volúmenes de Isaac Deutscher se titula *The Prophet Armed*, Oxford, 1954, *The Prophet Unarmed*, 1959, *The Prophet Outcast*, 1963, pero es su obra *Stalin: a Political Biography*, 1949, 1966, 1967, la que ofrece su presentación más conocida de la dicotomía Stalin-Trotsky. Para conocer una exposición de esta obra, véase Leopold Labedz, “Isaac Deutscher's 'Stalin': an Unpublished Critique”, en *Encounter* enero de 1979, pp. 65-82.

8 W. H. Chamberlin, *The Russian Revolution 1917-1921*, 2 vols., Nueva Yor, 1935, II, p. 119.

9 Hingley, op. cit., pp. 162-163; Paul Avrich, *Kronstadt 1921*, Princeton, 1970, pp. 176-178, 211.

10 Leon Trotsky, *Their Morals and Ours*, Nueva York, 1942, p. 35.

porque ese acto era útil desde el punto de vista político y quienes lo ejecutaron pertenecían al proletariado; pero Stalin no representaba al proletariado —se había convertido en un “exceso burocrático”— y por lo tanto estaba mal que asesinara a los hijos de Trotsky.¹¹ Por supuesto, los seguidores de Trotsky son notorios por su adhesión a este código ético definido subjetivamente y por su desprecio por la moral objetiva. El término “trotskista”, utilizado inicialmente como expresión ofensiva por Zinoviev, fue definido en su forma madura por Stalin, que formuló la distinción entre “revolución permanente” (Trotsky) y “revolución en un solo país” (Stalin). De hecho, todos creían ante todo en la revolución mundial inmediata y todos estaban dispuestos a consolidar el régimen cuando llegase el momento. Trotsky deseaba impulsar la industrialización con más rapidez que Stalin, pero ambos eran oportunistas del principio al fin. Se habían diplomado en el mismo matadero y la disputa que sostenían se refería, esencialmente, a la identidad del nuevo sumo sacerdote. Si Trotsky hubiese triunfado, probablemente se habría mostrado incluso más sanguinario que Stalin. Pero no habría durado: carecía de las cualidades necesarias para asegurar la supervivencia.

En realidad, para Stalin fue fácil destruir a Trotsky. Las luchas internas soviéticas siempre tuvieron que ver con la ambición y el miedo más que con los programas políticos. Aunque en general Kamenev y Zinoviev coincidían con la línea izquierdista de Trotsky, Stalin formó con estos dos un triunvirato destinado a impedir que Trotsky empleara el Ejército Rojo en la preparación de un *putsch* personal. Usó a los dos izquierdistas para arrinconar a Trotsky y después consiguió presentarlos como dos figuras que se caracterizaban por la violencia impetuosa, mientras él mismo estaba al servicio de la moderación. Todos los pasos esenciales fueron dados en 1923, mientras Lenin aún estaba en coma. Stalin flexionó los músculos durante el verano, consiguió que la OGPU arrestase a una serie de miembros del partido acusados de “indisciplina”, y persuadió a sus dos aliados izquierdistas de que ratificasen el arresto de Sultan-Galiyev, la primera víctima bolchevique importante (Stalin lo asesinó recién seis años después).¹² Mientras tanto, aumentaba el número de sus partidarios en las organizaciones locales y en el Comité Central.

Trotsky cometió todos los errores posibles. Durante su visita de 1920, Bertrand Russell había observado sagazmente el contraste entre el histrionismo y la vanidad de Trotsky, y la ausencia de tales defectos en Lenin. La versión de un testigo ocular acerca de las reuniones del Politburó en 1923-1924 afirma que Trotsky nunca se molestaba en disimular el desprecio que sus colegas le inspiraban y a veces salía dando un portazo o les volvía la espalda y leía una novela.¹³ Despreciaba la idea de la intriga política y todavía más su mezquina bajeza. Nunca intentó usar al ejército, pues ponía en primer plano al partido; pero por otra parte tampoco intentó crearse una base firme en el partido. Seguramente se sintió desalentado cuando en el otoño de 1923 atacó por primera vez a Stalin, y descubrió lo bien atrincherado que estaba. Trotsky quería el premio pero no estaba dispuesto a realizar el esfuerzo, un error fatal en el caso de un pistolero que no podía apelar al público desde la mafia. A menudo estaba enfermo o lejos del centro; nunca se hallaba en el lugar justo y en el momento oportuno. Incluso estuvo ausente durante el funeral de Lenin, un error grave porque fue el primer movimiento de Stalin hacia la restauración del ingrediente reverencial de la vida rusa, cuya falta era tan sentida desde la destrucción del trono y la Iglesia.¹⁴ Poco después Stalin comenzó a revivir las viejas disputas entre Lenin y Trotsky. En el decimotercer Congreso del Partido, celebrado en mayo de 1924, Stalin aplicó a Trotsky el calificativo leninista de “fraccionalista”. Trotsky se negó a retirar su crítica en el sentido de que Stalin estaba adquiriendo excesivo poder. Pero no podía discutir la condenación de Lenin a la oposición interna y, como un hombre acusado de herejía por la Inquisición, se encontró desarmado por su propia convicción religiosa. “Camaradas”, reconoció, “ninguno de nosotros desea o puede tener razón contra el partido. En última instancia, el partido siempre tiene razón [...] Sé que uno no puede tener razón

11 Kolakowski, op. cit., III, pp. 186, 199.

12 Leonard Schapiro, *The Communist Party of the Soviet Union*, 2ª ed., Londres, 1970, p. 353.

13 Boris Bajanov, *Avec Staline dans le Kremlin*, París, 1930, pp. 74-77, 91, 145, 156 y ss.

14 Trotsky, *My Life*, Londres, 1930, p. 433, afirmaba que fue deliberadamente mal informado con respecto a la hora del funeral.

contra el partido. Uno puede tener razón sólo con el partido y a través del partido, pues la historia no ha creado otros caminos para realizar lo que es justo”.¹⁵ Como Stalin ya ejercía el control del partido, las palabras de Trotsky forjaron el pico que le rompió el cráneo dieciséis años después.

Hacia fines de 1924, Stalin, con la ayuda de Kamenev y Zinoviev —que se encargaban del trabajo sucio—, había creado la herejía del “trotskismo” y la había relacionado con las anteriores disputas de Trotsky con Lenin, que había sido embalsamado y depositado en su tumba apoteótica cinco meses antes. Así, en enero de 1925 Stalin pudo apartar a Trotsky del control del ejército con la aprobación plena del partido. Los militantes del partido fueron informados ahora de que la participación de Trotsky en la revolución había sido mucho menor de lo que él afirmaba y ya comenzaba a cubrirse su cara en las fotografías pertinentes, es decir que fue el primer episodio de reelaboración stalinista de la historia.¹⁶ Frunze, primer sustituto de Trotsky al frente del ejército, no se mostró muy dócil; de modo que parece que Stalin ordenó asesinarlo en octubre de 1925, en el curso de una operación desaconsejada por los médicos.¹⁷ Su sucesor, un personaje que más tarde sería conocido como el mariscal Voroshilov, exhibió una obediencia total y aceptó la rápida penetración del ejército por la OGPU, controlada ahora por Stalin.

Ahora que había conseguido destruir a Trotsky (fue expulsado del Politburó en octubre de 1926 y del partido el mes siguiente, enviado al exilio interno en 1928, exiliado de Rusia en 1929 y asesinado por orden de Stalin en México en el año 1940), Stalin se volvió contra sus aliados izquierdistas. A principios de 1925 le arrebató a Kamenev en sus propias narices la organización partidaria de Moscú y, para lograrlo, sobornó a su segundo, Uglanov. En septiembre movilizó a Bujarin y a la derecha con el fin de que colaborasen en un ataque frontal contra Zinoviev-Kamenev, y los derrotó decisivamente en el congreso del partido celebrado en diciembre. Inmediatamente después, Molotov, el más fiel e implacable secuaz de Stalin, fue enviado a Leningrado con un nutrido grupo de “hombres de acción” del partido, para destruir la organización local de Zinoviev y apoderarse del control, en esencia los mismos métodos pero en más amplia escala que Al Capone estaba aplicando para extender su territorio en Chicago precisamente en esos momentos.¹⁸ Atemorizado, Zinoviev unió fuerzas con Trotsky, el hombre a cuya destrucción había contribuido. Pero era demasiado tarde: ambos fueron expulsados inmediatamente del partido, y en el decimoquinto Congreso, celebrado en diciembre de 1926, la protesta de Kamenev fue silenciada por las nutridas filas de stalinistas cuidadosamente ejercitados que ahora colmaban las filas del partido. Convertido en eco consciente de Lenin, Stalin se manifestó públicamente contra sus antiguos aliados: “Es suficiente, camaradas, hay que terminar con este juego [...] El discurso de Kamenev es el más mentiroso, fariseo, perverso y canallesco de todos los discursos que la oposición ha pronunciado desde esta plataforma”.¹⁹

Tan pronto la izquierda estuvo derrotada y desarmada, Stalin comenzó a aplicar la política que ella preconizaba y presionó sobre los campesinos para acelerar la industrialización; de ese modo preparó los medios para destruir a Bujarin y a la derecha. El gran choque sobrevino el 10 de julio de 1928, durante una reunión del Comité Central, cuando Bujarin argumentó que si bien el *kulak* no representaba una amenaza—“podemos abatirlo con las ametralladoras”— la colectivización forzosa uniría a todos los campesinos contra el gobierno. Stalin lo interrumpió con siniestra devoción: “¡Una terrible visión, pero Dios es compasivo!”.²⁰ Dios podía serlo, pero no el secretario general. Al día siguiente, el atemorizado Bujarin, que habló en representación de Rykov, jefe nominal del gobierno, y de Tomskey, el jefe de los “sindicatos”, celebró una reunión secreta con Kamenev y propuso formar un frente unido para contener a Stalin. Según dijo, ahora comprendía que Stalin no

15 Ian Grey, *Stalin: Man of History*, Londres, 1979, pp. 199-200.

16 Stalin, *Collected Works*, VI, p. 328.

17 Las circunstancias de la muerte de Frunze aparecen descritas en la novela de Boris Pilnyak, *Tale of the Unextinguished Moon*; y en la obra de Trotsky titulada *Stalin: an Appraisal of the Man and his Influence*, 2 vols., trad. Londres, 1969, II, pp. 250-251.

18 Hingley, op. cit., p. 168.

19 Citado en Deutsch, *Stalin*, p. 311.

20 E. H. Carr y R. W. Davies, *Foundations of a Planned Economy*, Londres, 1974, ed., I, pp. 85-85.

estaba interesado principalmente en la política, sino únicamente en el poder: “Él nos matará. Es un intrigante sin principios que todo lo subordina a su apetito de poder. En cualquier momento cambiará sus teorías para desembarazarse de alguien... ¡[El es] Genghis Khan!”. Al parecer Zinoviev creía que Yagoda, de la OGPU, se uniría a ellos; pero estaba mal informado.²¹ Ninguno de estos hombres inquietos tenía el apoyo numérico que era necesario movilizar en los organismos fundamentales del partido para superar a Stalin, o los medios necesarios, en la forma de hombres entrenados y armados, para dominarlo mediante la fuerza, o la habilidad y la decisión —Stalin había demostrado tener ambas cualidades— para destruirlo mediante la intriga. En 1929 todos fueron anulados: Rykov debió abandonar la jefatura del gobierno y Tolski, la dirección de los sindicatos; ambos, además de Bujarin, se vieron obligados a confesar públicamente sus errores (Kamenev y Zinoviev ya lo habían hecho). Ahora era posible juzgarlos y asesinarlos en el momento que pareciera más oportuno.

Stalin ya había comenzado a perfeccionar la dramaturgia del terror. Aprovechando sus recuerdos del seminario, organizó reuniones partidarias que ofrecieron un bien ensayado diálogo antifonal entre él mismo y su camarilla; Stalin proponía moderación al tratar con los “enemigos” del partido y la camarilla insistía en la severidad. Así, mientras reclamaba —fingiendo mala gana— la expulsión de Trotsky y Zinoviev, Stalin dijo que ya había pasado antes por eso y que había recibido las “maldiciones” de los bolcheviques “honestos” porque se había mostrado demasiado benigno. La camarilla dijo: “Sí, y todavía te maldecimos por ello”.²² En mayo-julio de 1929, Stalin había montado el primero de sus espectaculares procesos contra un grupo de ingenieros de minas de Donbass, acusados de “sabotaje”. El libreto fue escrito por el oficial de la OGPU, Y. G. Yevdokimov, uno de los engendros de Stalin, e incluía al hijo de doce años de uno de los acusados, que denunció al padre y reclamó su ejecución.²³ Menzhinsky, jefe de la OGPU, se opuso a este proceso y lo mismo hicieron algunos miembros del Politburó.²⁴ Pero fue la última vez que Stalin afrontó una oposición auténtica de la policía secreta o el aparato de seguridad. Hacia fines de ese año ordenó la ejecución de Yakov Blyumkin, un alto jefe de la OGPU, el primer miembro del partido a quien se ejecutó por un delito interno.²⁵

En adelante, los procesos se realizaron exactamente como Stalin los planeaba, hasta el último detalle de las escenas colectivas de indignación, como una especie de producción gigantesca del cineasta soviético Sergei Eisenstein. El año siguiente, mientras se celebraba el proceso del “Partido Industrial”, el público reunido en la sala gritaba, con intervalos cuidadosamente medidos: “¡Muerte a los destructores!”, y afuera, en las calles, miles de trabajadores marchaban gritando: “¡Muerte, muerte, muerte!”.²⁶ En 1929 Stalin aplicaba la palabra de múltiples usos *stakhtyites* (destructores) a todos los que él deseaba eliminar. Como él mismo dijo: “Ahora los *stakhtyites* acechan en todas las ramas de nuestra industria. Muchos, pero por cierto no todos, han sido descubiertos [...] La destrucción es más peligrosa porque está relacionada con el capital internacional. La destrucción promovida por los burgueses es la señal indudable de que los elementos capitalistas [...] están concentrando fuerzas para renovar sus ataques a la Unión Soviética”.²⁷ Estaba acercándose velozmente al punto en que le bastaba mencionar una lista de nombres al Comité Central para recibir, de inmediato, la correspondiente orden: “¡Arresten, juzguen y fusilen!”.²⁸

Mientras azuzaba a los cazadores de brujas y acentuaba la paranoia y la histeria, Stalin estaba preparando su propia apoteosis como heredero de un Lenin endiosado. Ya en 1924-1925, Yuzovka, Yuzovo y Tsaritsin se convirtieron en Stalino, Stalinski y Stalingrado; pero los festejos de su quincuagésimo aniversario, a fines de 1929, señalaron el comienzo real no sólo del dominio

21 Carr, *Foundations*, II, pp. 65-66; Hingley, op. cit., p. 191; Deutscher, *Stalin*, p. 314; B. Souvarine, *Stalin*, Londres, s/f, p. 485.

22 Stalin, *Collected Works*, X, p. 191.

23 Eugene Lyons, *Assignment in Utopia*, Londres, 1937, pp. 117, 123, 127.

24 Abdurakhman Avtorkhanov, *Stalin and the Soviet Communist Party*, Londres, 1959, pp. 28-29.

25 Hingley, op. cit., p. 197.

26 Lyons, op. cit., p. 372.

27 Stalin, *Collected Works*, XII, p. 14.

28 Cohen, op. cit., p. 372.

irrestricto de Stalin sino del culto de Stalin, que asumió todos los perfiles de una pesadilla, con nombres como Stalinabad, Stalin-Aul, Staliniri, Stalinissi, Stalinogorsk, Stalinsk, monte Stalin, difundidos en toda la extensión del imperio soviético, y con la aparición inicial de las letanías stalinistas: “el hombre de acero”, “el bolchevique de granito”, “el leninista de bronce”, “el soldado de hierro”, “el genio universal”,²⁹ es decir, una forma de culto al gobernante que se remontaba a los faraones egipcios. El gobierno soviético adquirió un carácter más hierático y litúrgico en los aspectos externos y, en lo esencial, una naturaleza más terrorista; la “ciencia” soviética quedó a cargo de grupos irracionales, casi religiosos, de “pensadores importantes”, es decir, los genetistas, los teleólogos, los mecanicistas y los dialécticos (había muchos otros) que trataban de conquistar la aprobación de Stalin en relación con sus teorías generales del progreso físico.³⁰ Algunos expertos de la corte de Stalin estaban dispuestos a argumentar que, ahora que el “hombre de acero” estaba al frente de las cosas, la voluntad humana podía superarlo todo y que podían considerarse suspendidas las anteriores leyes de la naturaleza y la economía. Como dijo S. G. Shumilin, uno de los economistas de Stalin: “Nuestra tarea no es estudiar la economía, sino cambiarla. No estamos subordinados a ninguna ley”.³¹

Sobre este trasfondo de irracionalidad y por lo tanto emancipado de todo lo que fuese un sistema de economía o de moral, Stalin realizó su colosal práctica de ingeniería social: la destrucción del campesinado ruso independiente. Como hemos visto, los campesinos posibilitaron el *putsch* de Lenin y ellos también fueron los que, al desafiarlo, lo obligaron a la rendición que Lenin disimuló con la denominación de “nueva política económica”. Precisamente en nombre de la continuidad del leninismo y la NEP, Stalin destruyó a la izquierda durante los años 1924 a 1928. Pero ahora había llegado el momento de tomarse una terrible venganza sobre las multitudes rurales que habían humillado al poder soviético.

Ni el marxismo ni cualquier otro cuerpo de doctrina suministraban bases teóricas para lo que Stalin estaba haciendo. Pero la cosa tenía cierta lógica monstruosa. En un estado que se autosocializa no existe un centro de estabilidad. Tiene que avanzar o retroceder. Si no avanza, el poder del sistema de mercado, que expresa ciertos instintos humanos básicos de trueque y acumulación, es tal que siempre se reafirmará, y el capitalismo reaparecerá. En ese caso, el Estado socialista embrionario se derrumbará. Si el socialismo quiere avanzar, necesita impulsar el proceso de la industrialización en gran escala. Esto implica un excedente de alimentos para los obreros y un excedente de alimentos exportables con el fin de reunir el dinero que formará el capital de inversión. En resumen, los campesinos tienen que pagar el precio del progreso socialista. Y como no están dispuestos a hacerlo voluntariamente, hay que apelar cada vez más a la fuerza, hasta quebrarles la voluntad y obligarlos a entregar lo que se les reclama. Ésa era la amarga lógica del poder socialista, asimilada por Stalin durante los años veinte: no existía un punto estable de descanso entre el retorno al capitalismo y el empleo de la fuerza ilimitada.³²

Esta lógica representó un siniestro contrapunto a las sucesivas etapas de la destrucción de sus antagonistas de izquierda y derecha por Stalin. Trotsky, Zinoviev y Kamenev habían afirmado siempre que el campesino jamás entregaría voluntariamente alimentos en cantidad suficiente y que era necesario coaccionarlo y, en caso de necesidad, aplastarlo. Stalin los eliminó, con el argumento de que se proponían “saquear al campesinado”, que era “el aliado de la clase trabajadora” y no debía soportar “una presión cada vez más intensa”.³³ Pero la cosecha de 1927 fue pobre y entonces comenzó a actuar la lógica del socialismo. Los campesinos acumularon los alimentos disponibles; no estaban dispuestos a aceptar el papel moneda oficial, que no permitía comprar nada que valiese la pena. Así, el compromiso de Lenin, fundado en la teoría del apoyo a los 76,7 millones de “campesinos medios” y a los 22,4 millones de campesinos “pobres” contra los 5 millones de kulaks

29 Hingley, op. cit., p. 201; Souvarine, op. cit., p. 577.

30 Hingley, op. cit., p. 200.

31 Schapiro, *Communist Party*, p. 368.

32 Kolakowski, op. cit., III, pp. 25 y ss.

33 Stalin, *Collected Works*, VIII, p. 142; Carr, *Foundations*, I, pp. 28-29.

(en realidad, era imposible formular estas distinciones, salvo en el papel) se derrumbó.³⁴

En enero de 1928 no había alimentos en las ciudades ni exportaciones de granos, y la existencia de divisas extranjeras era cada vez menor; en ese momento Stalin desencadenó el primer ataque contra los campesinos, con el envío de 30.000 militantes armados al campo, una especie de repetición del proceso de despojo de 1918. Pronto comenzaron a llegar informes de atrocidades, disfrazadas con frases como “la competencia entre las organizaciones cerealeras colectivas”, “las lamentables infracciones a la legalidad soviética”, “la recaída en los métodos del comunismo de guerra”, los “errores administrativos” y cosas por el estilo. Más siniestra fue la tendencia creciente de los portavoces de Stalin a agrupar en un mismo rubro a todos los campesinos. Molotov habló de la necesidad de obligar “a someterse al campesino medio”; Mikoyan acusó al “campesino pobre” de encontrarse sometido a “la influencia del kulak”. En 1928 se informó sobre la existencia de unos 1.400 actos terroristas de campesinos (es decir, resistencia al secuestro de alimentos mediante la fuerza armada). Un kulak sorprendido con un rifle se burló: “Precisamente a esto se refiere la guerra de clases”. Los archivos de la región de Smolensk, incautados por los nazis y publicados más tarde, nos permiten echar a lo sumo una ojeada, a través de los documentos oficiales no censurados, a este hirviente caldero del sufrimiento campesino. Por primera vez Stalin empleó la palabra “liquidar”, en alusión a “la primera campaña grave de los elementos capitalistas en el campo [...] contra el poder soviético”. Entonces comentó cínicamente que quien creyese que esa política podía aplicarse sin episodios desagradables, “no es un marxista sino un tonto”.³⁵

Pero el secuestro de alimentos a los campesinos los indujo a sembrar menos y la cosecha de 1928 fue todavía peor. Hacia el otoño de 1928, la necesidad de divisas extranjeras de Stalin era desesperada; esto lo sabemos gracias a una secuencia de episodios completamente distintos, como lo fueron las ventas secretas en gran escala a Occidente de tesoros artísticos rusos. De acuerdo con la versión de Tatiana Chernavin, una de las restauradoras del Museo Hermitage de Leningrado, en noviembre de 1928 “se nos ordenó que en el más breve lapso posible reorganizáramos toda la colección del Hermitage, sobre la base de los principios de las estructuras sociológicas [...] y nos pusimos a trabajar y destruimos una colección cuya formación había insumido más de cien años”.³⁶ Los cuadros fueron a manos de millonarios del mundo entero. El principal comprador fue Andrew Mellon, que en 1930-1931 compró, por 6.654.053 dólares, un total de veintiún cuadros, incluso cinco Rembrandt, un Van Eyck, dos Franz Hals, un Rubens, cuatro Van Dyck, dos Rafael, un Velázquez, un Botticelli, un Veronese, un Chardin, un Tiziano y un Perugino, probablemente la mejor colección transferida jamás de golpe y a bajo precio. Todo fue a parar a la National Gallery de Washington, creada prácticamente por Mellon. Una de las muchas ironías de este período es el hecho de que, en momentos en que la intelectualidad estaba atacando a Mellon por evasión de impuestos y comparando el fluido funcionamiento de la economía soviética planeada con el desastre norteamericano, Mellon aprovechaba secretamente las apremiantes necesidades de los líderes soviéticos para formar la base de una de las más espléndidas colecciones públicas de Estados Unidos.³⁷ Nada más que el valor en dólares de las compras de Mellon representó un tercio del total de exportaciones soviéticas a Estados Unidos registradas oficialmente en 1930.

Otra ironía aún más grave consistió en que el ejemplo exitoso de la iniciativa norteamericana fue el factor que, finalmente, convenció a Stalin de la conveniencia de abandonar su desordenada política de arrancar el grano a los campesinos independientes para agruparlos a todos en granjas colectivas. Hasta ese momento, Stalin había negado siempre que las cooperativas y las granjas colectivas fuesen distintas, y había sostenido que la granja colectiva era “sencillamente el tipo más acentuado de cooperativa de producción”.³⁸ En ese sentido, se trataba de una institución voluntaria. Pero en 1928 Stalin oyó hablar de la gran propiedad Campbell, en Montana, una hacienda que

34 Con respecto a las cifras, véase Carr, *Foundations*, I, pp. 120-121.

35 M. Fainsod, *Smolensk under Soviet Rule*, Londres, 1958, p. 46; Stalin, *Collected Works*, XI, pp. 44-45, 48.

36 Tatiana Chernavin, *Escape from the Soviets*, trad. Londres, 1933, p. 37.

37 Robert C. Williams, “The Quiet Trade: Russian Art and American Money”, en *Wilson Quarterly*, invierno de 1979.

38 Stalin, *Collected Works*, XI, p. 90.

abarcaba más de 30.000 hectáreas y era el mayor productor individual de granos del mundo.³⁹ Decidió que organizaría en Rusia esas “fábricas de granos” en escala gigantesca. Ese mismo año se creó en el Cáucaso una entidad de ese carácter, con una superficie de 150.000 hectáreas. Esa unidad estaba equipada con 300 tractores, y el tractor (contrapuesto al arado de madera, del que había 5,5 millones utilizados todavía en Rusia en octubre de 1927) llegó a ser para Stalin el símbolo del futuro, como la electricidad lo había sido para Lenin. Ordenó a sus hombres que acusaran a los kulaks de desarrollar una campaña contra los tractores, de difundir rumores en el sentido de que “el anticristo llegaba a la tierra montado en un caballo de acero”, de los gases de escape que “envenenaban” el suelo, y de repetir proverbios típicos del Volga: “El tractor cava hondo, y el suelo se seca”. En realidad, los campesinos más ricos estaban comprando tractores con la mayor rapidez posible. Stalin obligó a las granjas colectivas a mantener estaciones de tractores y a formar columnas de éstos; se creó así una situación que indujo a uno de los pocos observadores independientes del momento a hablar “del trato irresponsable dispensado a la maquinaria en todas las tierras socializadas” y de las “flotas de tractores con desperfectos que salpican el paisaje ruso”.⁴⁰ Pero esta situación era característica de la ignorancia de Stalin acerca de lo que sucedía en el campo ruso, una ignorancia que, por supuesto, había sido compartida por Lenin. De acuerdo con la versión de Jruschov, “Stalin se separaba de la gente y nunca iba a ningún sitio [...] La última vez que visitó una aldea fue en enero de 1928”.⁴¹ La totalidad de la gigantesca operación de colectivización de los campesinos, que afectó a alrededor de 105 millones de personas, fue realizada desde el despacho de Stalin en el Kremlin.

Esto no significa que hubiese muchos elementos de planeamiento consciente y racional en el asunto, sino todo lo contrario. Siempre se había creído que era imposible apelar a la fuerza con el fin de incorporar a los campesinos a las explotaciones estatales. Esta posición se basaba en la fórmula de Engels incluida en su libro *El problema campesino en Francia y Alemania* (1894): “Cuando conquistemos el poder del Estado, no pensaremos en la expropiación de los pequeños campesinos mediante la fuerza”. Lenin citaba con frecuencia este pasaje. Incluso Trotsky había hablado de “acuerdo”, de “compromiso” y “transición gradual”. Todavía el 2 de junio de 1929, *Pravda* insistía: “Ni el terror ni la deskulakización, sino una ofensiva socialista por los caminos de la NEP”.⁴² La decisión de colectivizar mediante la fuerza fue adoptada de manera repentina, sin ningún tipo de debate público, durante las últimas semanas de 1929. Fue un episodio típico del modo en que la persecución de la utopía conduce, al minúsculo puñado de hombres que ejercen el poder, a atacar bruscamente a una sociedad cuya creación ha costado muchos siglos, a tratar a los hombres como hormigas a las que se les pisotea el hormiguero. Sin advertencia previa, Stalin llamó a desatar una “ofensiva total contra el kulak [...] Tenemos que aplastar a los kulaks, destruirlos como clase [...] Debemos golpearlos tan fuertemente que no puedan volver a incorporarse [...] Tenemos que quebrar la resistencia de esa clase en combate franco”. El 27 de diciembre de 1929, durante la festividad de San Juan Apóstol, Stalin declaró la guerra con el lema “¡Liquidemos a los kulaks como clase!”.⁴³ Era la luz verde de la política de exterminio, más de tres años antes de que Hitler llegase al poder, doce años antes de que se impartiera la orden de acometer la “solución final”.

La colectivización fue una calamidad de un calibre tal como ningún campesinado había conocido desde la guerra de treinta años en Alemania. El organizador fue la OGPU, pero se echó mano de todos los recursos disponibles. Se indujo a los campesinos más pobres a posesionarse de los hogares de los kulaks expropiados y a perseguirlos a través de los campos. Pero pronto la palabra kulak vino a representar a todos los campesinos que se oponían activamente a la colectivización y hubo comunidades campesinas enteras que se opusieron con desesperación. Fueron rodeadas por la

39 Carr, *Foundations*, I, p. 201.

40 M. Hindus, *Red Bread*, Londres, 1931, p. 335; Carr, op. cit., p. 223.

41 T. H. Rigby, ed., *The Stalin Dictatorship: Khrushchev's "Secret Session" Speech and Other Documents*, Sydney, 1968.

42 Carr, *Foundations*, I, p. 283.

43 Deutscher, *Stalin*, p. 320; Stalin, *Collected Works*, XII, p. 170.

policía y las unidades militares, aplicando métodos que Hitler imitó en detalle durante las redadas de judíos, y fueron ametralladas o cargadas en camiones y deportadas. Deutscher, que viajaba a través de Rusia, conoció a un coronel de la OGPU que lloraba mientras decía: “Soy un viejo bolchevique. Trabajé en la clandestinidad contra el zar y después combatí en la guerra civil. ¿Hice todo eso para que ahora nos dediquemos a rodear las aldeas con ametralladoras y yo tenga que ordenar a mis hombres que disparen indiscriminadamente sobre las multitudes de campesinos? ¡Oh, no, no, no!”⁴⁴ La violencia en gran escala comenzó a fines de 1929 y continuó hasta fines de febrero; en ese momento el número de haciendas colectivizadas se había elevado aproximadamente un 30 por ciento. Inquieto ante la magnitud de la resistencia, Stalin modificó de pronto la política aplicada y escribió en un artículo de *Pravda*, el 2 de marzo de 1930: “No es posible crear las granjas colectivas mediante la violencia; eso sería estúpido y reaccionario”. Pero entonces, en el curso de pocas semanas, la mitad de las granjas colectivas votó a favor de su propia desnacionalización y, hacia principios del verano, Stalin había retornado a su “política estúpida y reaccionaria” de la fuerza, y esta vez la aplicó hasta las últimas consecuencias.⁴⁵

El resultado fue lo que el gran estudioso marxista Leszek Kolakowski denominó “la operación bélica probablemente más masiva ejecutada nunca por un estado contra sus propios ciudadanos”.⁴⁶ Todavía no se conoce el número de campesinos fusilados por el régimen y es posible que no se determine la cifra ni siquiera cuando los investigadores lleguen (si llegan) a conocer los archivos soviéticos. Churchill dijo que en Moscú, en 1942, Stalin le reveló fríamente que “se había ‘despachado’ a diez millones de campesinos”.⁴⁷ De acuerdo con el cálculo de un erudito, además de estos campesinos ejecutados por la OGPU o muertos en combate, de 10 a 11 millones fueron transportados al norte de Rusia europea, a Siberia y al Asia central; de este grupo, un tercio fue a los campos de concentración, un tercio al exilio interno y un tercio fue ejecutado o murió en tránsito.⁴⁸

Los campesinos restantes fueron despojados de su propiedad, por pequeña que ésta fuese, y llevados a las “fábricas de granos”. Con el fin de impedirles que huyesen a las ciudades, se aplicó un sistema de pasaportes internos y se castigó con la cárcel el cambio de domicilio sin autorización oficial. No se otorgaban pasaportes a los campesinos, de manera que estaban atados a la tierra, *glebae adscripti*, como en las últimas fases del Imperio Romano o durante la época de la servidumbre feudal. El sistema era más severo que durante los períodos más sombríos de la autocracia zarista y no se atenuó hasta los años setenta.⁴⁹

El resultado era previsible: lo que se ha denominado “quizás el único caso histórico de un hambre provocada exclusivamente por el hombre”.⁵⁰ Antes de entregar su grano, los campesinos lo quemaron. Destruyeron los implementos de labranza, sacrificaron 18 millones de caballos, 30 millones de vacunos (el 45 por ciento del total), 100 millones de ovejas y cabras (dos tercios del total). Incluso, de acuerdo con las cifras de la historia soviética oficial, en 1933 la producción de ganado en pie fue sólo el 65 por ciento del nivel de 1913; los animales de tiro disminuyeron más del 50 por ciento y la fuerza total de tracción, incluidos los tractores, hasta 1935 no sobrepasó el nivel de 1928.⁵¹ A pesar del hambre de 1932-1933, Stalin consiguió mantener algunas exportaciones de granos que le permitieron pagar la maquinaria importada e incluso el equipo de sus nuevas fábricas de material bélico. El costo en vidas rusas fue abrumador. El estudio demográfico de Iosif Dyadkin, titulado “Evaluación de las muertes no naturales en la población de la Unión Soviética de 1927 a 1958”, que se difundió por la vía del *samizdat* (noticioso clandestino) a fines de los años setenta, calcula que durante el período de colectivización y “eliminación de las clases” —es decir, de 1929 a

44 Deutscher, *Stalin*, p. 325, n 1.

45 Lewin, op. cit., p. 514.

46 Kolakowski, op. cit., III, p. 38.

47 Winston Churchill, *The Second World War*, 12 vols., Londres, 1964, VIII, p. 78.

48 S. Swianiewicz, *Forced Labour and Economic Development: an Inquiry into the Experience of Soviet Industrialization*, Londres, 1965, p. 123; Lewin, op. cit., p. 508.

49 Kolakowski, op. cit., III, p. 39.

50 Robert Conquest, *The Great Terror; Stalin's Purge of the Thirties*, Londres, 1969, p. 22.

51 Deutscher, *Stalin*, p. 325; Roy Medvedev, *Let History Judge: the Origins and Consequences of Stalinism*, trad. Nueva York, 1971, pp. 90-91; cifras tomadas de *Istoriia SSSR*, 1964, n° 5, p. 6.

1936— 10 millones de hombres, mujeres y niños perecieron de muerte no natural.⁵²

La refeudalización del campesinado soviético, que entonces representaba tres cuartas partes de la población, determinó un efecto calamitoso sobre la moral de los comunistas de base, que fueron los encargados de realizarla. Como dice Kolakowski: “El partido entero se transformó en una organización de torturadores y opresores. Nadie era inocente y todos los comunistas se convirtieron en cómplices de la coerción aplicada a la sociedad. Así, el partido adquirió una nueva forma de unidad moral e inició un curso del que no habría regreso”.⁵³ Exactamente lo mismo les sucedería a los nacionalsocialistas alemanes pocos años después; de esta manera, Stalin le señaló el camino a Hitler. En el partido todos sabían lo que estaba sucediendo. Bujarin mascullaba en privado que “la aniquilación masiva de hombres, mujeres y niños” completamente indefensos estaba acostumbrando a los miembros del partido a la violencia y la obediencia brutal, y transformándolos “en engranajes de un mecanismo terrible”.⁵⁴ Pero una sola persona protestó en la cara de Stalin. Nadezhda, su segunda esposa, lo había abandonado en 1926, llevándose a sus dos hijitos, Vasily y Svetlana. Stalin la convenció de que regresara, pero ordenó a la OGPU que la vigilara y, cuando Nadezhda se quejó, descubrió a los que la informaban y ordenó arrestarlos. El 7 de noviembre de 1932, en presencia de testigos, ella protestó violentamente ante Stalin por el trato que infligía a los campesinos y después volvió a su casa y se suicidó. Éste fue el segundo drama de familia —su primer hijo Yakov había intentado suicidarse, impulsado por la desesperación— y más tarde Svetlana escribió: “Creo que la muerte de mi madre, que él sintió como una afrenta personal, privó a su alma de los últimos vestigios de calor humano”.⁵⁵

La reacción consistió en encomendar a la OGPU la organización de su casa; ésta contratava y adiestrava a los servidores, supervisaba las comidas y controlaba el acceso a la persona de Stalin.⁵⁶ Ahora Stalin actuaba, no por intermedio de los órganos oficiales normales o de los cuerpos partidarios, sino a través de su secretariado personal, una especie de secuela del antiguo secretariado del partido; de este modo creó una policía secreta personal dentro de la policía oficial, el Departamento Político Secreto Especial de la Seguridad del Estado.⁵⁷ Protegido de este modo, se sentía invulnerable; en todo caso, otros pensaban que lo era. Aunque en 1932 la situación de Rusia era tan desesperada que el régimen de Stalin estaba al borde del colapso, como había sido el caso del régimen de Lenin a principios de 1921, nadie se aproximó siquiera a la posibilidad de matar a Stalin.

Con respecto al planeamiento, presentado al mundo como modelo, en todos los aspectos esenciales era un ejercicio burocrático. Ninguna de sus cifras fue comprobada de manera independiente desde 1928 hasta hoy. Los controles no oficiales de auditoría, que constituyen un elemento esencial de todos los estados constitucionales sometidos al imperio del derecho, no existen en la Unión Soviética. Desde el principio mismo hubo algo equívoco en el Primer Plan Quinquenal. Fue aprobado por el Comité Central en noviembre de 1928, adoptado formalmente en mayo de 1929, ¡y después declarado retrospectivamente operativo desde octubre de 1928! Pero en enero de 1933, el mes en que Hitler asumió el poder, Stalin repentinamente anunció que el plan había sido ejecutado en cuatro años y medio, con “una superación máxima de las metas” en muchos aspectos.⁵⁸

El plan, presentado a la sociedad occidental culta como un modelo de proceso civilizado, de hecho era una fantasía bárbara. Rusia es un país rico, con una abundancia y diversidad de materias primas sin igual en otros lugares del mundo. El régimen soviético heredó una población en proceso de crecimiento y una base industrial que se ampliaba rápidamente. Tal como había supuesto la

52 Véase el artículo “Revising Stalin's Legacy”, en *Wall Street Journal*, 23 de julio de 1980: M. Mskudov, “Pertes subies par la population de l'URSS 1918-1958”, en *Cahier du monde russe et soviétique*, marzo de 1977.

53 Kolakowski, op. cit., III, p. 43.

54 Cohen, op. cit., p. 364.

55 Alexander Orlov, *The Secret History of Stalin's Crimes*, Londres, 1954, pp. 317-318; Alexander Barmine, *One Who Survived*, Nueva York, 1945, pp. 256, 264; Svetlana Alliluyeva, *Twenty Letters to a Friend*, trad. Londres, 1967, p. 351.

56 Svetlana Alliluyeva, *Only One Year*, Nueva York, 1969, p. 143.

57 Wolfgang Leonhard, *Kreml ohne Stalin*, Cologne, 1959, p. 95; Nicolaevsky, op. cit., pp. 93-94.

58 Stalin, *Collected Works*, XIII, pp. 161-215.

Alemania de Guillermo, nada podía impedir que Rusia se convirtiese en una de las principales potencias industriales, pronto la más grande de la tierra. La política de Lenin, y todavía más la de Stalin —o más bien la serie de medidas apresuradas que ocupaban el lugar de una política— tuvieron en definitiva el efecto de aminorar el ritmo de la expansión inevitable, del mismo modo que las medidas de Lenin y Stalin dañaron enormemente, y en este caso de manera permanente, la floreciente agricultura rusa.

De todos modos, se realizaron progresos. Fueron concluidos algunos grandes proyectos: el dique del Dniéper en 1932; la fábrica de tractores de Stalingrado; la planta siderúrgica de Magnitogorsk, en los Urales; las minas de la Cuenca de Kuznetsk, en Siberia; el canal entre el Báltico y el mar Blanco, y muchos otros. Algunos, como el canal, fueron construidos total o parcialmente con fuerza de trabajo esclava. Como hemos visto, el empleo de esclavos políticos había sido parte del régimen de Lenin —aunque al principio fue sólo una parte reducida— desde los primeros meses. Con el gobierno de Stalin, el sistema se amplió, al principio lentamente y después con una terrible rapidez. En 1930, después de iniciada la colectivización forzosa, la población de los campos de concentración se elevó a 10 millones y a partir de principios de 1933 nunca fue inferior a esa cifra, hasta bastante después de la muerte de Stalin. Entre las industrias que utilizaban regularmente la fuerza de trabajo esclava en gran escala estaban la minería del oro, la forestación, el carbón, la agricultura industrial y el transporte, en especial la construcción de canales, ferrocarriles, aeropuertos y caminos. La OGPU negociaba acuerdos de empleo de la fuerza de trabajo esclava con los distintos organismos oficiales, exactamente como las SS nazis contratarían, años después, esa fuerza de trabajo con Krupps, la I. G. Farben y otras firmas alemanas. En el gran canal Báltico-mar Blanco, una de las obras exhibidas por Stalin, se utilizaron 300.000 esclavos.⁵⁹ La fuerza de trabajo esclava cesó de ser marginal, como en tiempos de Lenin, y se convirtió en una parte importante e integral de la economía stalinista, y la OGPU administró grandes extensiones de Siberia y Asia Central.⁶⁰

El índice de mortalidad en los campamentos totalitarios de trabajadores esclavos fue, aparentemente, de alrededor del 10 por ciento anual, a juzgar por las cifras alemanas.⁶¹ Es posible que haya sido más elevado en Rusia, porque muchos de los campamentos estaban instalados en las regiones ártica y subártica. De todos modos, la necesidad de mantener la fuerza de trabajo esclava fue, sin duda, una de las principales razones de los innumerables arrestos de trabajadores no pertenecientes al partido entre los años 1929 y 1933. En forma periódica se realizaban procesos públicos cuidadosamente manipulados; por ejemplo el juicio a los mencheviques en marzo de 1931, o el proceso a los ingenieros del Metro-Vickers en abril de 1933. Estos episodios muy publicitados, que revelaban con sumo detalle la existencia de una serie de conspiraciones diabólicas, cada una de las cuales era una pequeña parte de una gigantesca conspiración contra el régimen y el pueblo ruso, eran necesarios para provocar la xenofobia y la histeria sin las que no podía mantenerse el Estado stalinista. Pero, por supuesto, no eran más que una minúscula parte del proceso: la justificación pública de los arrestos y las desapariciones que afectaban en una escala sin precedentes todo el país.

No se informaba de la mayoría de los “procesos”, aunque a menudo afectaban a nutridos grupos de personas, reunidas en función de la profesión. La mayoría ni siquiera era sometida a juicio. La naturaleza arbitraria de los arrestos era esencial para crear la atmósfera de temor que, después de la necesidad de fuerza de trabajo, era el motivo principal del terror aplicado a los que no eran miembros del partido. Un miembro de la OGPU reconoció, en una conversación con el corresponsal en Moscú del *Manchester Guardian*, que se arrestaba a inocentes: era natural, pues si no se procedía así nadie se atemorizaba. Según afirmó este hombre, si se arrestaba a la gente sólo por delitos específicos, los demás se sentían a salvo y se preparaban para traicionar.⁶² Pero al margen de este criterio, parece que en muchos casos no había un esquema lógico ni un sentido. Un viejo bolchevique relata el caso de un experto en energía que, en un período de dieciocho meses, fue

59 Borys Lewytzkyj, *Die rote Inquisition: die Geschichte der sowjetischen Sicherheitsdienste*, Frankfurt, 1967, p. 76.

60 Hingley, op. cit., p. 214.

61 Albert Speer, *The Slave State*, Londres, 1981, p. 303.

62 Muggeridge, op. cit., I, pp. 234-235.

arrestado, sentenciado a muerte, perdonado, enviado a un campamento, liberado, rehabilitado y finalmente premiado con una medalla, todo esto sin motivo aparente.⁶³ Pero la abrumadora mayoría de los arrestados pasaba el resto de su vida en los campos.

En el mundo exterior, la magnitud de la tiranía de Stalin —incluso su existencia misma— apenas fue percibida. La mayoría de los que viajaban a Rusia estaba formada por empresarios, ansiosos de realizar sus negocios y desprovistos del deseo de criticar o explorar lo que no les concernía, o bien intelectuales que venían a admirar y todavía más a creer. Si la decadencia del cristianismo creó al fanático político moderno —y originó sus crímenes—, la evaporación de la fe religiosa en las personas cultas dejó en la mente de los intelectuales de Occidente un vacío que fue colmado fácilmente por la superstición secular. No existe otra explicación para la credulidad con que los científicos, acostumbrados a evaluar las pruebas, y los escritores, cuya auténtica función era estudiar y criticar a la sociedad, aceptaron por su valor aparente la más torpe explicación stalinista. Necesitaban creer, deseaban que se los engañase.⁶⁴ Así, Amabel Williams-Ellis escribió la introducción a un libro acerca de la construcción del canal del mar Blanco (un hecho que después merecería la terrible descripción de Alexander Solzhenitsyn), y allí aparece la siguiente frase: “Este relato de la ejecución de una difícil labor de ingeniería, en medio de los bosques primitivos, por decenas de miles de enemigos del Estado, con la ayuda —¿o debemos decir con la vigilancia?— de sólo treinta y siete funcionarios de la OGPU, es una de las historias más sugestivas publicadas jamás”. Respecto del mismo proyecto, Sidney y Beatriz Webb afirmaron: “Es grato pensar que oficialmente se manifestó el más cálido aprecio por el éxito de la OGPU, no sólo en vista de que realizó una gran hazaña de ingeniería, sino porque alcanzó un triunfo en el área de la regeneración humana”. Harold Laski elogió las cárceles soviéticas, que permitían que los convictos llevaran “una vida integral y digna”. Anna Louise Strong observó: “Los campos de trabajo han adquirido una gran reputación en la Unión Soviética, porque son los lugares en que se ha rescatado a decenas de miles de hombres”. Agregó: “El método soviético de recomposición de los seres humanos es tan conocido y eficaz que ahora los criminales a veces solicitan el reingreso”. “Mientras en Gran Bretaña”, escribió George Bernard Shaw, “un hombre entra en la cárcel como un ser humano y egresa como un delincuente”, en Rusia ingresaba “como un criminal y salía como un hombre común, salvo la dificultad de inducirlo a abandonar el lugar. Por lo que he podido saber, pueden permanecer todo el tiempo que deseen”.⁶⁵

Prácticamente no se informó acerca del hambre de 1932, la más grave de la historia rusa. En el peor momento de este episodio, el biólogo Julian Huxley, que visitaba el país, descubrió “un nivel de salud física y general algo superior al que he visto en Inglaterra”. Shaw arrojó por la ventanilla del tren su reserva de alimentos antes de cruzar la frontera rusa, “convencido de que en Rusia no había escasez”. “¿Dónde ven ustedes la escasez?”, preguntó, paseando la mirada por el restaurante sólo para extranjeros del Metropole de Moscú.⁶⁶ Escribió: “Stalin ha cumplido sus promesas en una medida que parecía imposible diez años atrás, y por eso me descubro ante él”. Pero Shaw y su compañera de viaje, lady Astor, estaban al tanto de la existencia de presos políticos, pues ella pidió a Stalin clemencia a favor de una mujer que deseaba reunirse con su marido en Estados Unidos (Stalin se apresuró a entregarla a la OGPU). Además le preguntó: “¿Cuánto tiempo continuará matando gente?”. Cuando Stalin contestó: “Tanto tiempo como sea necesario”, ella cambió de tema y pidió a Stalin que le encontrara una niñera rusa para sus hijos.⁶⁷

Los juicios acerca de Stalin escritos entre los años 1929 y 1934 constituyen un material extraño. H. G. Wells dijo que nunca había conocido “un hombre más sincero, justo y honesto [...] nadie le

63 Victor Serge, *Memoirs of a Revolutionary*, trad. Nueva York, 1963, p. 250.

64 Paul Hollander, *Political Pilgrims: Travels of Western Intellectuals to the Soviet Union, China and Cuba 1928-1978*, Oxford, 1981, cap. 4.

65 Amabel Williams-Ellis, *The White Sea Canal*, Londres, 1935, introducción; Sidney y Beatrice Webb, *Soviet Communism: a New Civilization?*, Londres, 1935; Harold Laski, *Law and Justice in Soviet Russia*, Londres, 1935; Anna Louise Strong, *This Soviet World*, Nueva York, 1936; G. B. Shaw, *The Rationalization of Russia*, Londres, 1931; el informe de Solzhenitsyn del Canal está en *The Gulag Archipelago*, Nueva York, 1975, II, pp. 80-102.

66 Julian Huxley, *A Scientist Among the Soviets*, Londres, 1932, p. 67; Lyons, op. cit., p. 430; Shaw, op. cit., p. 28.

67 Hesketh Pearson, *GBS: a Full-Lenght Portrait*, Nueva York, 1942, pp. 329-331.

teme y todos confían en él”. Los Webb afirmaron que tenía menos poder que un presidente norteamericano y que se limitaba a ejecutar las órdenes del Comité Central y el Presidium. Hewlett Johnson, deán de Canterbury, afirmó que conducía “a su pueblo por los caminos nuevos y poco conocidos de la democracia”. El embajador norteamericano Joseph E. Davies afirmó que Stalin había “insistido en la liberalización de la constitución” y “proyectado el sufragio realmente secreto y universal”. “Sus ojos castaños son sumamente atentos y gentiles”, escribió. “Un niño estaría dispuesto a sentarse sobre sus rodillas y un perro se echaría junto a él.” Emil Ludwig, el famoso autor de biografías populares, llegó a la conclusión de que era un hombre “a quien confiaría fácilmente la educación de mis hijos”. El físico J. D. Bernal rindió tributo tanto a su “enfoque profundamente científico de todos los problemas” como a su “capacidad para sentir”. El escritor chileno Pablo Neruda sostuvo que era “un hombre de principios y de buen carácter”, y el deán de Canterbury se hizo eco al considerarlo “un hombre de bondadoso genio”.⁶⁸

Algunos de estos homenajes pueden explicarse por la corrupción, la vanidad o la tontería lisa y llana. Davies, que siempre representó equivocadamente ante su gobierno el carácter de la Rusia staliniana, de hecho estaba siendo sobornado por el régimen soviético, que le permitía comprar íconos y cálices para colección a precios inferiores a los del mercado.⁶⁹ Anna Louise Strong fue descrita adecuadamente por Malcolm Muggeridge como “una mujer enorme con rostro muy encendido, mucho cabello blanco y una expresión de estupidez tan abrumadora que conformaba una especie de extraña belleza”.⁷⁰ El autoengaño fue sin duda el factor particular más importante en la exposición del despotismo fracasado como una utopía en formación. Pero había también una medida de engaño consciente en estos hombres y mujeres que se consideraban idealistas y que en ese momento creían sinceramente que servían a un propósito humano más elevado si deformaban sistemáticamente la imagen de los hechos y mentían. Si la Gran Guerra con su violencia sin precedentes bestializó al mundo, la Gran Crisis lo corrompió, porque pareció limitar las opciones que se ofrecían a la humanidad y les confirió la apariencia de esquemas totalmente opuestos. Los activistas políticos advirtieron que tenían que adoptar decisiones terribles y que después de adoptarlas era necesario aferrarse a ellas con desesperada decisión. Los años treinta fueron el período de la mentira heroica. La santa mendacidad fue su virtud más apreciada. La torturada Rusia de Stalin fue la principal beneficiaria de esta falsificación santificada. La competencia en los esfuerzos por engañar cobró más ferocidad cuando el stalinismo halló un rival mortal en la Alemania de Hitler.

Sin duda había un ingrediente de engaño en el nervio mismo de esta rivalidad entre las formas comunista y fascista de totalitarismo. Ambas estaban relacionadas orgánicamente en el proceso del desarrollo histórico. Así como la guerra había permitido que Lenin se adueñase del poder mediante la violencia y el “socialismo de guerra” alemán le había aportado una política económica, también la existencia misma del Estado leninista, con su control unipartidario de todos los aspectos de la vida pública y su relativismo moral sistematizado proponía un modelo a todos los que odiaban a la sociedad liberal, la democracia parlamentaria y el imperio del derecho. Promovió la imitación y originó el temor; quienes más le temían fueron los que más tendieron a imitar sus métodos en el proceso de construcción de contramodelos defensivos propios. El totalitarismo de la izquierda originó el totalitarismo de la derecha; el comunismo y el fascismo fueron el yunque y el martillo que destruyó al liberalismo. El ascenso de la autocracia de Stalin modificó la dinámica de la corrupción, no por referencia al carácter sino al grado, pues Stalin eran sencillamente “Lenin corregido y aumentado”. De todos modos, el cambio de grado fue importante a causa de la escala misma. Los arrestos, las cárceles, los campamentos, el alcance, la brutalidad y la violencia de la ingeniería social; nada semejante existía o había sido imaginado antes. De modo que el contramodelo exhibió una ambición incluso más monstruosa y el temor que dinamizó su construcción fue aún más intenso. Si el leninismo engendró el fascismo de Mussolini, el stalinismo posibilitó el Leviatán nazi.

⁶⁸ Wells, *Autobiography*, pp. 799-807; para más referencias, véase Hollander, op. cit., pp. 167-173.

⁶⁹ Williams, op. cit.

⁷⁰ Muggeridge, op. cit., p. 254.

Hitler salió de la cárcel de Landsberg a fines de 1924, casi exactamente en el momento en que Stalin completaba la destrucción política de Trotsky y aseguraba su posición preeminente al frente del Estado leninista. Los dos hechos estuvieron relacionados, pues Hitler advirtió ahora que no podría tomar por asalto el Estado de Weimar y que en cambio necesitaría infiltrarlo mediante la creación de un partido de masas; la sombra proyectada por Stalin fue un aliado esencial de su tarea. El Estado comunista de 1919 fue el factor que dio a Hitler su primera base en Baviera y que agrupó, en una unidad forjada por el miedo, a los separatistas católicos “negros” y a los nacionalistas radicales “pardos” del ejército privado del capitán Roehm. El núcleo del partido era bávaro y se le agregó un importante núcleo de refugiados del Báltico que habían huido del leninismo y vivían en Baviera.⁷¹ Pero para tomar el poder Hitler necesitaba salir del enclave bávaro y entrar en el norte industrial. En 1925 concertó una alianza con Gregor Strasser, un demagogo radical que, con la ayuda de su talentoso lugarteniente Joseph Goebbels, predicaba su propia forma de revolución socialista a las masas trabajadoras. Hitler persuadió a Strasser de que transformase su idea de una “revolución específicamente alemana”, con sus metas anticapitalistas pero nacionalistas, en una “revolución antijudía”, que era más atractiva para la clase media en general.⁷² Strasser y Goebbels fueron los primeros que afirmaron el nazismo como un gran movimiento en el norte. Pero durante la Conferencia de Bamberg, celebrada en 1927, Hitler pudo afirmar su supremacía en el partido y Goebbels transfirió sus sentimientos de fidelidad.

Durante los años de 1925 a 1929, los mejores de Weimar y el período en que Alemania gozaba de una reactivación económica que se aproximó a los niveles de la preguerra, sin factores económicos que operasen para favorecerlo, Hitler demostró que era un orador brillante e innovador, un organizador partidario muy laborioso y un líder autoritario que poseía terrible voluntad de poder. Como en el caso del leninismo, la organización se convertiría en la base del control una vez asumido el poder. Hitler dividió el país en treinta y cuatro *Gaue*, basados en los distritos electorales, cada uno con su *Gauleiter* —elegido personalmente por el propio Hitler— y con siete *Gaue* adicionales correspondientes a Danzig, el Sarre, Austria y los Sudetes, metas de la primera ola de la expansión futura. Su partido, como el de Lenin, estaba muy centralizado —de hecho, en el propio Hitler— pero también era “participativo”, como lo sería su futuro régimen, de modo que había una Juventud Hitleriana, una Liga de los Escolares Nazis, una Unión de los Abogados Nazis, una Liga de Estudiantes, una Asociación de los Maestros Nazis, una Orden de las Mujeres Alemanas, una Liga de los Médicos Nazis, y una variedad de diferentes sociedades. El método de Hitler fue siempre negar a sus partidarios todo lo que fuese una intervención real en las decisiones, pero concediéndoles un ámbito ilimitado de furiosa actividad, incluida la violencia.

Ésta sobrevino en medida cada vez más amplia cuando el stalinismo se afirmó en el movimiento comunista internacional y el partido de Rosa Luxemburgo —antes acentuadamente intelectual— abandonó la sala de estudios y descendió a las calles. Allí, los camisas pardas de Roehm los enfrentaron en sangrientas batallas con las que ambas partes se beneficiaron. Los comunistas utilizaron la violencia para debilitar a los socialdemócratas (a quienes denominaban “socialfascistas” y trataban como si hubieran sido el enemigo principal) y afirmaban que eran demasiado débiles y “reformistas” para enfrentar el poder desnudo de la derecha. Pero los nazis estaban destinados a ser los beneficiarios finales, pues si bien apelaban a la violencia, adoptaban la máscara de defensores del “orden ario” en momentos en que Weimar era demasiado débil para defenderlo eficazmente, como la única fuerza alemana capaz de exorcizar el “terror rojo” y ofrecer a los ciudadanos inocentes la paz de la autoridad real. La permanente guerra en las calles impidió que los republicanos de Weimar obtuviesen algún provecho de los años de auge. Los que rechazaban tanto una tiranía de tipo stalinista como un estado capitalista liberal que no podía aportar un sentimiento de dignidad nacional o una elemental seguridad, siempre estaban buscando una tercera vía. Es significativo que ése fuera el título del libro de Bruck: *El Tercer Reich*. A fines de los años veinte, los partidarios del “tercer camino” incluían a figuras influyentes como Carl

71 Edward N. Peterson, *The Limits of Hitler's Power*, Princeton, 1969, p. 154.

72 Mosse, op. cit., pp. 294 y ss.

Schmitt, el principal jurista de Alemania, que ciertamente no era nazi, pero en una extensa serie de libros muy leídos sostuvo que Alemania necesitaba una constitución y un sistema de gobierno más autoritarios.⁷³ Otro era Oswald Spengler, cuyo “tercer camino” incluía el *Führerprinzip* de autoridad: el *Führer* debía ser un miembro representativo de la raza del *Volk* y tenía que caracterizarse por su liderato carismático.⁷⁴ Tan pronto Hitler afirmó su condición de figura pública importante, él y su partido se ajustaron a esta especificación con mayor exactitud que cualquier otro de los contendientes, sobre todo después del ascenso de Stalin. Spengler había advertido en relación con la nueva época: “Será una era de guerras crueles en las que los nuevos Césares pasarán a primer plano y una elite de hombres de acero, que no buscan el beneficio ni la felicidad personal sino el cumplimiento de los deberes para con la comunidad, sustituirán a los demócratas y los humanitarios”.⁷⁵ Esa era había llegado. ¿Acaso el nombre mismo de Stalin no significaba “acero”? ¿Dónde estaba el “hombre de acero” de Alemania?

La Alemania de Weimar era una sociedad muy insegura; necesitaba, aunque nunca lo tuvo, un estadista que inspirase confianza a la nación. Bismarck había enseñado astutamente a los partidos a abstenerse de invocar el interés nacional y a representar intereses. Durante la República conservaron la condición de grupos de presión clasistas o regionales. Esto fue fatal, porque determinó que el sistema de partidos y, por consiguiente, el parlamentarismo democrático, parecieran un factor divisionista y no unificador. Peor todavía: significó que los partidos nunca produjeron un jefe que sobrepasara los límites de su propio electorado. Los socialdemócratas, ese cuerpo meritorio pero obtuso y obstinado, fueron los más culpables. Podían haber creado un bloque inatacable de centroizquierda si renunciaban a sus planes de imposición y nacionalización; pero se negaron a dar ese paso, temerosos de perder terreno a favor de los comunistas.

Sólo dos políticos de Weimar eran atractivos a los ojos del electorado de diferentes partidos. Uno era Gustav Stresemann, ministro de Relaciones Exteriores de 1923 a 1929, un hombre cuya muerte a la edad de cincuenta y un años fue uno de los hitos de la victoria de Hitler. El otro era Konrad Adenauer, alcalde de Colonia. Una trágica ironía determinó que Stresemann destruyese las posibilidades de Adenauer. El gobierno municipal, basado en las sólidas tradiciones burguesas del pasado medieval, era la única institución política eficaz de Alemania. Adenauer gobernaba, con la ayuda de los socialistas, la organización municipal más prestigiosa del país. En 1926, cuando tenía cincuenta años, se le pidió que formase un gobierno de coalición de acuerdo con criterios semejantes. Después demostraría que era uno de los más eficaces y más autorizados estadistas democráticos del siglo XX y un hombre capaz de mezclar diestramente la astucia común con los principios elevados. Es más que probable que hubiera logrado que el sistema de Weimar funcionase, sobre todo porque lo habría tomado en lo que desde el punto de vista económico era el mejor momento posible. Pero Adenauer era un firme partidario de “Occidente”; algunos decían que era un separatista renano que deseaba que Alemania estuviese firmemente unida con las democracias de Europa Occidental y sobre todo que cristalizara “una paz duradera entre Francia y Alemania [...] mediante la creación de una comunidad de intereses económicos”. Pero Stresemann era un “hombre del Este”, fiel a la convicción que entonces prevalecía en Alemania acerca de la *Primat des Aussenpolitik*. Con la ayuda de Ernst Scholtz, líder del Partido Popular, y muy favorecido por el hecho de que el mariscal Pilsudski consiguiera imponer una cruel dictadura militar en Polonia, Stresemann logró torpedear el intento de Adenauer de formar una coalición que incluiría a los socialistas. De modo que la oportunidad de Adenauer, que hubiera podido modificar radicalmente el curso de la historia, se vio desaprovechada, y el beneficiario fue Hitler, el más importante de todos los “hombres del Este”.⁷⁶

73 Bendersky, op. cit.

74 Mosse, op. cit., p. 280.

75 Holborn, op. cit., p. 658.

76 Fritz Stern, “Adenauer in Weimar: the Man and the System”, en *The Failure of Illiberalism*, pp. 178-187; Paul Weymar, *Konrad Adenauer*, Munich, 1955, pp. 129-143; la cita es de la carta de Adenauer a M. Tirard, presidente del Allied Rhineland Committee en 1923, en los Stresemann Papers; véase Henry Turner, *Stresemann and the Politics of the Weimar Republic*, Princeton, 1963.

Durante el período de 1924 a 1929, la prosperidad de Weimar no era tan impresionante como algunos creían. A juzgar por sus informes, el CIGS británico estaba aterrorizado del creciente poderío industrial alemán.⁷⁷ La inflación había eliminado las deudas de la industria alemana y, durante la segunda mitad de los años veinte, la inflación bancaria promovida por Benjamín Strong había aportado al Ruhr enormes cantidades de fondos norteamericanos de inversión. Las exportaciones alemanas se duplicaron durante los cinco años que siguieron a 1924. En 1927 la producción superó el nivel de la preguerra y, hacia 1929, era un 12 por ciento más elevada *per capita*; Alemania estaba invirtiendo un 12 por ciento neto de su ingreso.⁷⁸ Pero incluso durante el mejor año, los ingresos en términos reales fueron un 6 por ciento inferiores a los niveles de la preguerra. También la desocupación alcanzaba índices elevados. Fue del 18,1 por ciento en 1926, descendió al 8,8 y al 8,4 durante los dos años siguientes, sobrepasó nuevamente la marca de los 3 millones durante el invierno de 1928-1929 y superó el 13 por ciento mucho antes de que el derrumbe de Wall Street interrumpiese el flujo de fondos norteamericanos baratos. Después de la imposición de las tarifas aduaneras, el índice de desocupación sobrepasó prontamente el nivel del 20 por ciento; era el 33,7 por ciento en 1931 y representaba un abrumador 43,7 por ciento en cierto momento de 1932. Ese invierno hubo 6 millones de desocupados permanentes.⁷⁹

El miedo llevó a Hitler al poder. En las elecciones de 1928, el número de diputados nazis descendió de catorce a doce, y Hitler obtuvo sólo el 2,8 por ciento de los votos. Pero esta elección fue su momento decisivo, pues significó un enorme avance de la izquierda y, sobre todo, de los comunistas; por lo tanto creó la atmósfera de miedo en la que él podía prosperar. Hacia 1929 su partido tenía 120.000 miembros; en el verano de 1930 sumaban 300.000 y a principios de 1932 contaba con casi 800.000 afiliados. La SA también creció y agrupaba a medio millón de hombres a fines de 1932.⁸⁰ En cada etapa, el apoyo prestado a Hitler en primer término por el sector estudiantil y académico aumentó, al que siguió un avance general. En 1930 se había apoderado del movimiento estudiantil. El reclutamiento de los graduados era también una consecuencia de la desocupación; de las universidades egresaban 25.000 diplomados cada año, con un total de 400.000 personas, de los que 60.000 estaban anotados oficialmente en la categoría de los desocupados. En 1933, uno de cada tres *Akademiker* no tenía empleo.⁸¹

Hacia 1929 Hitler poseía respetabilidad suficiente para ser aceptado como socio por Alfred Hugenberg, el industrial y líder de la derecha nacionalista, que creyó posible usar a los nazis en su propio camino hacia el poder. El resultado fue que en adelante Hitler tuvo acceso a las finanzas empresarias y a partir de este momento nunca careció de fondos. Era evidente que el sistema de los partidos estaba fallando. Después de la elección de 1928 se necesitó un año para formar gobierno. En 1930, Heinrich Brüning, jefe del Partido del Centro, intentó invocar el artículo 48 para gobernar mediante decretos presidenciales y, cuando el Reichstag se opuso, lo disolvió. En consecuencia, los nazis con 107 bancas y los comunistas con 77 vinieron a ocupar, por orden de importancia, el segundo y el tercer lugar en el Reichstag. Brüning, aterrorizado por la inflación, deflacionó enérgicamente; así ayudó tanto a los nazis como a los comunistas y, durante la segunda mitad de 1931, el sistema monetario internacional y la era de la cooperación económica finalizaron bruscamente. Gran Bretaña, imitada por diecisiete países más, abandonó el patrón oro. En todos lados se elevaron las tarifas aduaneras. Ahora cada país se ocupaba de sí mismo. Por primera vez Estados Unidos adoptó una actitud totalmente aislacionista. Gran Bretaña se refugió en el proteccionismo y el sistema de preferencias imperiales. Alemania eligió una extraña combinación: drásticos recortes oficiales para mantener el valor del marco y una serie de decretos leyes que fijaron los precios y los salarios y asignaron al gobierno el control de la política bancaria y, por lo tanto, de la industria. El resultado fue que Brüning perdió la confianza de la industria alemana. Comenzó a hablarse seriamente de la posibilidad de incorporar a Hitler a una forma o a otra de

77 Por ejemplo su informe secreto al gabinete, 31 de marzo de 1931, citado en Barnett, op. cit., p. 340.

78 Michael Balfour, *West Germany*, Londres, 1968, pp. 85-86.

79 Rostow, *World Economy*, Table 111-42; Holborn, op. cit., pp. 639-640.

80 Holborn, op. cit., p. 732.

81 Laqueur, op. cit., p. 257.

coalición derechista. Roehm mantuvo conversaciones secretas con el general Kurt von Schleicher, jefe político del ejército. Hitler se reunió por primera vez con Hindenburg y después de esa entrevista el presidente dijo que, si bien no estaba dispuesto a designar canciller a “este cabo bohemio”, podía usarlo como director general de Correos.⁸²

Tanto la izquierda como la derecha subestimaron totalmente a Hitler hasta el momento mismo en que ingresó en la Cancillería. Como hemos visto, la izquierda se atenía a un anticuado sistema de análisis marxista-leninista que era anterior al fascismo y, por lo tanto, no lo contemplaba. Los comunistas creían que Hitler era una simple excrecencia del capitalismo y un títere de Hugenberg y Schleicher, a su vez manipulados por Krupp y Thyssen.⁸³ Debido a la influencia de Stalin, el Partido Comunista alemán no distinguía en realidad entre los socialdemócratas (“socialfascistas”) y Hitler. Su líder, Ernst Thaelmann, dijo en el Reichstag el 11 de febrero de 1930 que el fascismo ya había asumido el poder en Alemania, y eso en momentos en que el jefe de gobierno era un socialdemócrata. *Linkskurve*, el principal órgano intelectual de los comunistas, de hecho ignoraba a los nazis; otro tanto se observó en *Kuhle Wampe* (1932), el único filme realmente comunista. Los comunistas prestaban atención a los nazis sólo cuando combatían contra ellos en las calles, que era exactamente lo que Hitler deseaba. En estos encuentros había algo falso y ritual, como lo señaló Christopher Isherwood: “En una calle atestada de gente atacaban a un joven, lo desnudaban, lo flagelaban y lo dejaban sangrando sobre el pavimento; quince segundos después todo había terminado y los atacantes desaparecían”.⁸⁴ En el Reichstag, Thälmann y Goering se complementaban para convertir los debates en disturbios. A veces la colaboración llegaba más lejos. En noviembre de 1932, durante la huelga del transporte en Berlín, los huelguistas del Frente Rojo y los camisas pardas cooperaron para formar líneas de piquetes, golpear a los que se presentaban a trabajar y destruir los cables de los tranvías.⁸⁵ Una de las razones por las que el ejército recomendó que se incorporase al gobierno a los nazis fue que tenía la convicción de que no podría afrontar simultáneamente a las fuerzas paramilitares nazis y comunistas, sobre todo si al mismo tiempo atacaban los polacos. Cegados por su absurdo análisis político, los comunistas deseaban realmente un gobierno de Hitler, en la creencia de que sería una farsa y el preludio de su propio ascenso al poder.

La derecha alimentaba la misma ilusión y creía que Hitler era un peso liviano, un ridículo demagogo austriaco cuyas dotes oratorias podían ser aprovechadas —1932 fue el *annus mirabilis*, el período en que pronunció sus mejores discursos— mientras ella lo “manejaba” y contenía. “Si los nazis no existieran”, afirmó Schleicher en 1932, “sería necesario inventarlos”.⁸⁶ A decir verdad, el aprovechamiento fue a la inversa. Los acontecimientos que precedieron inmediatamente el ascenso de Hitler al poder recuerdan extrañamente el ascenso de Lenin —si bien el primero utilizó la ley y el segundo la demolió— en cuanto ambos procesos demuestran hasta qué punto es irresistible la claridad de propósitos combinada con una enorme e implacable voluntad de poder. Schleicher, que intentaba separar a Hitler de sus matones, consiguió que se prohibiese la existencia de las SA. En mayo de 1932 logró derrocar a Brüning y lo reemplazó con su propio candidato, el sinuoso diplomático Franz von Papen. Con la esperanza de obtener la cooperación de Hitler, Papen anuló el decreto de prohibición de las SA y convocó a nuevas elecciones. Hitler no le dio nada a cambio y declaró que ese gobierno era “el gabinete de los barones”. El 17 de julio provocó un disturbio en Altona y Papen aprovechó el incidente como pretexto para apoderarse del gobierno estadual de Prusia y de su fuerza policial, el último baluarte que estaba en manos de los socialdemócratas. Creyó que de este modo fortalecía la posición del gobierno central; pero en realidad ese acto representó el fin de la República de Weimar y preparó directamente el camino para el imperio de la ilegalidad.

⁸² Holborn, op. cit., p. 687.

⁸³ Karl Dietrich Bracher, *The German Dictatorship: the Origins, Structure and Effects of National Socialism*, trad. Londres, 1970, p. 6.

⁸⁴ Christopher Isherwood, *The Berlin Stories*, Nueva York, ed. 1945, p. 86.

⁸⁵ Fest, op. cit., p. 517.

⁸⁶ Francis Carsten, *Reichswehr und Politik 1918-1933*, Colonia, 1964, p. 377.

En las elecciones Hitler duplicó sus votos, que llegaron al 37,2 por ciento, de modo que ahora él y los comunistas tenían más de la mitad de las bancas del Reichstag. Cuando Hindenburg se negó a designarlo canciller, Hitler envió a sus hombres a las calles y el 10 de agosto cinco hombres de las tropas de asalto mataron a golpes a un obrero comunista en presencia de su familia. Hitler escribió un artículo que justificaba el asesinato y aclaraba perfectamente cuál sería el significado de un gobierno nazi. En otra elección, celebrada en noviembre, el voto recibido por los nazis descendió al 33 por ciento, pero los grandes beneficiados fueron los comunistas, que ahora tenían 100 bancas (los nazis contaban con 196) en el Reichstag, de modo que el resultado fue, de manera paradójica, que se acentuara el deseo de la derecha de incorporar a Hitler al gobierno. Schleicher sustituyó a Papen en el cargo de canciller, con la esperanza de dominar a los nazis separando el ala de Strasser (que a esta altura de las cosas carecía de importancia) del propio Hitler. El resultado fue que Papen comenzó a intrigar con Hindenburg para formar una coalición Papen-Hitler, y que llevó al general Werner von Blomberg al cargo de ministro de Defensa para reforzar la “contención”. Los detalles de esta maniobra son muy complicados —fue una *totentanz* o danza de la muerte— pero la esencia del episodio es sencilla: de un lado objetivos inestables y divididos, y la incapacidad para concentrar los esfuerzos en los aspectos reales y esenciales del poder; del otro, un objetivo inmovible y una firme aprehensión de las realidades.

Después de dos días de negociaciones bizantinas, el 30 de enero de 1933 Hitler fue designado canciller. Había solamente tres nazis en un gabinete de doce personas, y se entendía que Hitler estaba encerrado por Blomberg de un lado y del otro por su “maestro titiritero”, Hugenberg. Pero Hitler, Goering y Frick, los tres ministros nazis, ocupaban los tres cargos que importaban: la Cancillería, con la autorización para invocar el artículo 48; el Ministerio Prusiano del Interior y el Ministerio Nacional del Interior. Fuera del ejército, la única fuerza existente en el país que podía enfrentar al medio millón de camis pardas era la policía prusiana. Ésta ya había salido de las manos de los socialdemócratas, ¡para pasar a las de Goering! No podía pretenderse que Blomberg luchase en los dos frentes. Con respecto a Hugenberg, fue traicionado secretamente por Papen, que había convenido con Hitler la celebración de nuevas elecciones (las que ahora él podía manipular), con el propósito evidente de desplazar por completo a Hugenberg.⁸⁷

Por lo tanto, el 30 de enero de 1933 fue el punto de no retorno para Alemania e indudablemente para el mundo. Como observó Goebbels: “Si tenemos el poder, jamás renunciaremos a él, salvo que nos saquen muertos de nuestros despachos”.⁸⁸ Tan pronto como entró en la Cancillería, Hitler actuó con la misma rapidez de Lenin en octubre de 1917. Inmediatamente desplazó a 25.000 hombres hacia el distrito berlinés de los ministerios. Esa noche hubo un gran desfile de hombres con antorchas, que atravesaron la puerta de Brandenburgo y pasaron frente a la Cancillería durante casi seis horas, mientras los agentes “especiales” de la policía hitleriana mantenían el orden de la entusiasta muchedumbre. En una de las ventanas iluminadas se recortaba la silueta del excitado Hitler. En otra estaba la figura impasible de Hindenburg, el “titán de madera”, marcando con su bastón el ritmo militar de la banda.⁸⁹

La muchedumbre estaba contenta porque la política era impopular para la mayoría de los alemanes y Hitler había prometido eliminarla y sustituirla por un estado unipartidario. El gran tema de sus discursos, durante el año precedente, había sido que “los políticos eran la causa de la ruina del Reich”. Ahora usaría la política para hacer la guerra a los políticos; su elección estaba destinada a terminar con las elecciones y su partido era un partido para acabar con los partidos: “Yo digo a todos esos lamentables políticos: ‘Alemania se convertirá en un solo partido, el partido de una nación grande y heroica’”. Hitler proponía una revolución a favor de la estabilidad, una revuelta contra el caos, un *putsch* legal en busca de la unidad. En ese sentido prolongaba una vigorosa tradición alemana. Wagner había presentado la política como una actividad inmoral, antialemana. Thomas Mann había denunciado “el terrorismo de la política”.⁹⁰ Hitler ofrecía lo que el escritor

⁸⁷ Fest, op. cit., p. 545.

⁸⁸ Ibid., p. 507.

⁸⁹ Ibid., p. 546.

⁹⁰ Thomas Mann, *Betrachtungen eines Unpolitischen*, Berlín, 1918.

marxista Walter Benjamin denominó “la estetización de la política”, el arte sin la sustancia. En 1919 los surrealistas habían llamado a la creación de un “gobierno de los artistas”. Ahora lo tenían. Del conjunto de jefes nazis, Hitler no era el único “bohémio”, según la expresión de Hindenburg. Funk componía música; Baldur von Schirach y Hans Frank escribían poesía, y Goebbels, novelas; Rosenberg era arquitecto, Dietrich Eckart, pintor. Hitler ofreció a los alemanes el costado unificador de la vida pública: el espectáculo, los desfiles, los discursos y la ceremonia; el aspecto divisionista, los debates, la votación, la adopción de decisiones, fueron abolidos del todo o protagonizados en secreto por una elite minúscula. El desfile del 30 de enero fue un anticipo del primer aspecto, una tarea que Hitler realizaba mejor que nadie y que constituyó la primera característica de su régimen imitada por Stalin.

El segundo aspecto comenzó a la mañana siguiente, cuando Goering se hizo cargo de la máquina del Estado prusiano y promovió grandes cambios en el personal, sobre todo de oficiales superiores de la policía, e impartió órdenes en el sentido de que se ampliase rápidamente la *Geheime Staats Polizei* (Gestapo), al mando de oficiales nazis. Cuatro días después Hitler emitió un decreto, en el ejercicio de sus atribuciones de acuerdo con el artículo 48, “para la protección del pueblo alemán”, que concedió al gobierno discreción total para prohibir reuniones públicas y periódicos. El 22 de febrero Goering creó una “policía auxiliar” de 50.000 hombres, formada totalmente por unidades nazis. La idea era destruir a todas las organizaciones no nazis que pudieran resistir. Como dijo el propio Goering: “Mis medidas no estarán condicionadas por los escrúpulos legales o por la burocracia. No he venido a hacer justicia. Mi tarea es aniquilar y exterminar, ¡eso es todo!”. Además dijo a su policía: “Aquel que en el cumplimiento de su deber al servicio del Estado, aquel que obedezca mis órdenes y adopte medidas severas contra el enemigo del Estado, aquel que utilice sin piedad el revólver cuando sea atacado, puede tener la certeza de que será protegido [...] Si alguien dice que esto es asesinato, entonces soy un asesino”.⁹¹

La tarea de Goering se vio sumamente facilitada por el incendio del Reichstag, el 28 de febrero, ahora en general considerada obra del débil mental Martinus van der Lubbe, pero en todo caso muy conveniente para el régimen. El mismo día Hitler dictó el decreto de emergencia del 28 de febrero de 1933, “para la protección del pueblo y el Estado”, complementado por otro, “contra la traición al pueblo alemán y las conspiraciones traidoras”. Fueron la base real del dominio nazi, pues permitieron que la policía ignorase totalmente a los tribunales.⁹² El pasaje fundamental dice:

Los artículos 114 a 118, 123, 124 y 153 de la Constitución del Reich alemán quedan momentáneamente suspendidos. Por consiguiente, los avances sobre la libertad personal, el derecho de libre expresión de la opinión, incluida la libertad de prensa, de asociación y reunión, la vigilancia de las cartas, los telegramas y las comunicaciones telefónicas, los allanamientos de los domicilios y las confiscaciones y las restricciones sobre las propiedades, en adelante quedan autorizados hasta los límites establecidos ahora por la ley.

Este decreto dio a Hitler todo lo que necesitaba para crear un estado totalitario y, en efecto, fue la base de su dominio: se mantuvo vigente hasta 1945. Pero después de las elecciones del 5 de marzo, que dieron a los nazis el 43,9 por ciento de los votos (288 bancas), Hitler propuso una ley de Habilitación, que fue discutida y aprobada el 23 de marzo por el Reichstag, instalado provisionalmente en la Casa de Opera Kroll, con el acompañamiento de unidades de la SS y la SA. El primer artículo transfería el derecho de legislar del Reichstag al gobierno, el segundo confería al gobierno el derecho de introducir cambios en la constitución, el tercero trasladaba el derecho de redactar los proyectos de leyes del presidente al canciller, el cuarto extendía el ámbito de la ley a los tratados y el quinto limitaba a cuatro años la vigencia de la ley (fue prorrogada en 1937, 1941 y

91 Citado en E. K. Bramstedt, *Dictatorship and Political Police*, Oxford, 1945, p. 98.

92 Véase Arnold Brecht, *Prelude to Silence: the End of the German Republic*, Nueva York, 1944.

nuevamente en 1943). Era una ley que abolía la constitución y el gobierno legal, y Hitler nunca vio la necesidad o se tomó la molestia de reemplazar la Constitución de Weimar por otra de su propia creación. En realidad, no agregaba nada al decreto del 28 de febrero, salvo en un sentido metafísico. El proyecto fue discutido; fue el único debate político que Hitler permitió en el poder, exactamente como Lenin en el caso de la solitaria reunión de la Asamblea Provisional. Las analogías son casi sobrecogedoras, salvo el hecho de que Hitler, a diferencia de Lenin, intervino personalmente en el debate, contestó enfurecido un discurso en nombre de los socialdemócratas, que se opusieron al proyecto (veintiséis de ellos y ochenta y un comunistas ya estaban arrestados o habían fugado). Pero los partidos de derecha y centro votaron a favor del proyecto, que fue aprobado por 441 votos contra 94. Así, este gesto de abdicación fue la muerte moral de una república que ya el 28 de febrero había muerto legalmente.

La resistencia fue débil o no existió. Algunos jefes comunistas, que apenas unas semanas antes habían creído que el ascenso de Hitler al poder sería el efímero preludio de su propio triunfo, sencillamente fueron asesinados. Otros huyeron a Rusia, donde pronto corrieron la misma suerte. La gran masa de los comunistas de base se sometió humildemente y no se supo nada más de ellos. Los sindicatos se rindieron sin el más leve atisbo de lucha. El 10 de mayo, los socialdemócratas, que insistían en que los nazis eran sencillamente “la última carta de la reacción”, permitieron que se les arrebatara sus propiedades y periódicos. Una semana después sus diputados llegaron a votar a favor de la política exterior de Hitler, lo que permitió a Goering declarar: “El mundo ha visto que el pueblo alemán está unificado cuando se trata de su destino”. En junio se decretó la disolución de todos los partidos no nazis de la derecha, la izquierda y el centro, así como de sus organizaciones paramilitares. A fines del mismo mes, Hugenberg, el hombre que debía “frenar” a Hitler, fue expulsado ignominiosamente del cargo. Por último, en julio se declaró que el nacionalsocialista era el único partido legal. Hitler había necesitado menos de cinco meses para destruir la democracia alemana, más o menos el mismo lapso que Lenin. Ni un alma se agitó. Como dijo Robert Musil: “Las únicas personas que suscitaron la impresión de negarse absolutamente a aceptar todo esto — aunque no dijeron nada— fueron las criadas”.⁹³

Guiado por el modelo soviético desarrollado, Hitler organizó la estructura del terror y la maquinaria de la policía oficial con mayor rapidez que Lenin, y muy pronto en una escala casi tan amplia como Stalin. El agente inicial de esta empresa fue Goering, que utilizó la policía prusiana y su Gestapo, creada recientemente con hombres de la SA y la SS, que actuó centrada en el cuartel general berlinés de la Prinz Albrechtstrasse. Goering destruyó el Partido Comunista en pocas semanas mediante una política de asesinatos. Dijo a sus hombres: “Una bala disparada por el caño de una pistola policial es una bala que yo mismo he disparado”. También lo hizo a través de la internación en campos de concentración que comenzó a organizar en marzo. La sobrecogedora brutalidad de la campaña de Goering, ejecutada sin la más mínima consideración por la legalidad, contribuye mucho a explicar el silencio o el acatamiento de los grupos de los que quizás habría podido esperarse que se opusieran al nuevo régimen. Simplemente tenían miedo. Era sabido que las personas que desagradaban a los nazis desaparecían sin dejar rastros, asesinadas, torturadas hasta la muerte, enterradas en un campo. Todo lo que significara oposición quedó sepultado bajo un manto de miedo, y ése era precisamente el efecto que Goering deseaba provocar. Hitler elogió su trabajo diciendo que era “brutal y frío”.⁹⁴

Sin embargo, Hitler acostumbraba duplicar todos sus organismos, de modo que pudiese oponer a uno contra otro, si era necesario, gobernando mediante la división. Nunca había confiado del todo en la SA, que ahora contaba con un millón de hombres y que era creación de Roehm. Después de salir de Landsberg había creado, con elementos reclutados en la SA, una guardia personal de *Schutzstaffel* (SS) o unidades de seguridad. En 1929, cuando los SS de camisa negra eran 290, los confió a Heinrich Himmler, que entonces tenía veintinueve años, era hijo de un ex tutor de la familia real bávara y tenía buenas relaciones. A pesar de su atildada apariencia y sus hábitos (en sus

93 Citado por Fest, op. cit., p. 618.

94 Roger Manvell y Heinrich Fraenkel, *Goering*, Nueva York, 1962, p. 296.

diarios anotaba cuándo se afeitaba, se bañaba o se cortaba el cabello, y conservaba todos los recibos y comprobantes), Himmler era un rufián de los *Freikorps* y un violento antisemita, un hombre que mantenía puestos sus quevedos incluso cuando se batía a duelo. Había sido supervisor de los contrabandos secretos de armas ocultos en las zonas rurales para engañar a la Comisión Aliada de Control, y sus relaciones militares y sociales le permitieron elevar el tono de la SS por sobre la SA. Algunos comandantes de unidades eran nobles y en ese cuerpo había muchos universitarios. Entre sus miembros honorarios se contaban altos funcionarios oficiales e industriales. A diferencia de Roehm, Himmler no reclutaba desocupados.⁹⁵

Alentado por Hitler, Himmler amplió rápidamente la SS, de modo que cuando los nazis tomaron el poder, la organización contaba con 52.000 hombres. La guardia personal de Hitler, el *Leibstandarte*, era una división entera. Himmler nunca fue un íntimo de Hitler. Se lo trataba como a un funcionario a quien se le podía infundir la lealtad del respeto y el terror, y es extraño que Himmler, el único hombre que pudo haber destruido a Hitler, le temió hasta el fin. Hitler consideraba a la SS como un instrumento propio y le asignó tareas especiales. A partir de 1931 contó con una Oficina Racial y de Asentamientos, encargada de la aplicación práctica de la teoría racial nazi, el mantenimiento de los libros donde se anotaban los antecedentes genéticos de los miembros del partido y la elaboración de las leyes raciales. Así, la SS se convirtió en el instrumento natural de la gigantesca política hitleriana de exterminio y colonización en el Este cuando llegó el momento. Al mismo tiempo, Himmler reclutó a Reinhard Heydrich, un ex oficial naval en quien veía al tipo ario ideal, y le encomendó la jefatura de un nuevo servicio de seguridad e inteligencia, el *Sicherheitsdienst (SD)*, que tenía la tarea, asignada por Hitler, de vigilar la SA de Roehm.

De modo que cuando Hitler asumió el poder, Himmler pudo desarrollar rápidamente su organización para convertirla en un sistema completo de seguridad, con sus propias unidades militares (la *Waffen SS*) y una organización denominada las *Totenkopfverbände* (Unidades de la Calavera) destinada a administrar los campos de concentración y a cumplir otras tareas especiales. En esta última había muchos criminales, por ejemplo Adolf Eichmann y Rudolf Hess, que ya había cumplido una sentencia por asesinato.⁹⁶ El primer cargo de Himmler fue simplemente el de jefe de policía de Munich; para crear el primer campo de concentración en Dachau solicitó la autorización de Heinrich Held, el primer ministro católico de Baviera. En la prensa se publicó debidamente un anuncio:

El miércoles 22 de marzo de 1933 se inaugurará cerca de Dachau el primer campo de concentración. Albergará a 5.000 detenidos. Al planear en escala semejante rehusamos dejarnos influir por mezquinas objeciones, pues estamos convencidos de que esta medida reconfortará a todos los que tienen en cuenta la nación y sus intereses.

Heinrich Himmler
Presidente suplente de policía
de la ciudad de Munich.⁹⁷

Las órdenes iniciales de Himmler referidas a la “custodia protectora” decían: “Sobre la base del artículo I del decreto del Presidente del Reich para la Protección del Pueblo y el Estado del 28 de febrero de 1933, usted queda sometido a custodia protectora en el interés de la seguridad y el orden público. Motivo: Sospecha de actividades hostiles al Estado”. A diferencia de Goering, durante esta época Himmler se mostró ansioso de observar los formalismos del Estado nazi, en la medida en que ellos existían. Pero los reglamentos de los campos, compilados por el propio Himmler, demostraron desde el comienzo mismo el carácter horriblemente total de las atribuciones de Himmler y sus hombres en el empleo irrestricto del terror:

⁹⁵ Manvell y Fraenkel, *Heinrich Himmler*, Londres, 1965, pp. 10-15, 31-32.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 34.

⁹⁷ *Neueste Nachrichten*, Munich, 21 de marzo de 1933.

La frase ‘internación en un campo de concentración’ ha de ser anunciada francamente ‘hasta nuevo aviso’ [...] En ciertos casos el Reichführer SS y el jefe de la policía alemana usarán además la flagelación [...] Nada impide que se difunda el rumor de que se ha agravado de este modo el castigo [...] para acentuar el efecto disuasivo. Los siguientes delincuentes, considerados agitadores, serán ahorcados: los que[...] pronuncien discursos agitadores, celebren reuniones, formen grupos, se paseen con otros; los que con el propósito de suministrar relatos de atrocidades a la propaganda de la oposición, recolecten información verdadera o falsa acerca de los campos de concentración.⁹⁸

El impecable papeleo burocrático de Himmler y sus genuflexiones ante la legalidad (cuando enviaba a sus ancianos padres a pasear en el automóvil oficial siempre anotaba el costo y lo descontaba de su sueldo)⁹⁹ eran fraudulentos, como lo era el marco seudolegal análogo utilizado por la OGPU en la Rusia soviética. Hans Gisevius, un oficial de la Gestapo, testimonió después: “Siempre era una táctica favorita adoptar la postura de un ciudadano respetable y condenar enérgicamente todos los excesos, todas las mentiras y las actitudes ilegales. Himmler [...] parecía el más firme cruzado a favor de la decencia, la rectitud y la justicia”.¹⁰⁰ Ansiaba distanciar a sus hombres de los rufianescos matones callejeros de la SA y de la Gestapo de Goering. Pero en los campos no había diferencia: todo era indescriptible crueldad, a menudo sadismo, y negación de la ley.

Un ejemplo típico, uno entre muchos miles, fue el del poeta judío Erich Muhsam. Había participado en la temeraria República Socialista bávara de Eisner y por ese episodio purgó seis años de cárcel y fue amnistiado en 1924. Inmediatamente después del incendio del Reichstag temió que lo arrestasen y compró un pasaje para Praga, pero después lo regaló a un intelectual que estaba todavía más atemorizado que él. Fue detenido y llevado al campo de Sonnenburg. Comenzaron por quebrarle los lentes y arrancarle mechones de cabellos. Le fracturaron los dos pulgares para impedir que escribiese y le golpearon los oídos, privándolo de ese sentido. Después, lo trasladaron al campo de Cranienburg. Allí, en febrero de 1934, los guardias tenían un chimpancé, hallado en la casa de un científico judío arrestado. Creyeron que era un animal agresivo y lo soltaron sobre Muhsam, pero vieron enfurecidos que el animal se limitaba a abrazar al detenido. Entonces, torturaron al animal hasta matarlo en presencia de Muhsam. El propósito era impulsar al suicidio a Muhsam. Pero él no se mostró dispuesto a complacerlos, de modo que una noche lo mataron a golpes y lo colgaron de una viga de la letrina. Muhsam conocía bien los métodos del totalitarismo y antes de ser arrestado había entregado todos sus papeles a su esposa, con la orden expresa de que en ningún caso fuese a Moscú. Lamentablemente, ella le desobedeció y llevó consigo los papeles; apenas las autoridades soviéticas se apoderaron del material arrestaron a la mujer. Pasó los veinte años siguientes en los campos soviéticos, como “agente trotskista”, y hasta el día de hoy los documentos siguen secuestrados en el llamado “Instituto Gorki de Literatura Mundial” de Moscú.¹⁰¹

Bajo una delgada capa de formas legales, la ilegalidad de la Alemania hitleriana era absoluta. Como dijo Goering: “La ley y la voluntad del fñhrer son una sola cosa”. Hans Frank expresó: “Nuestra constitución es la voluntad del fñhrer”. Hitler actuó siempre mediante decretos y ordenanzas, como formas opuestas a la ley, también en eso asemejándose a Lenin, que nunca demostró el más mínimo interés en la elaboración de la constitución.¹⁰² En todos los asuntos que interesaban a los nazis, el Ministerio de Justicia no funcionaba. Su titular, Franz Guertner, que en 1924, cuando era ministro de Justicia de Baviera, había otorgado la libertad anticipada de Hitler, era un personaje sin importancia que afirmaba que había permanecido en el cargo para luchar contra

⁹⁸ Citado en Manvell y Fraenkel, *Himmler*, pp. 35-36.

⁹⁹ *Ibíd.*, p. 41.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, pp. 38-39.

¹⁰¹ Grunfeld, *op. cit.*, pp. 126-129.

¹⁰² Peterson, *op. cit.*, p. 14; Hans Buchheim, *SS und Polizei im NS Staat*, Duisberg, 1964.

Hitler, pero a quien nunca se le permitió hablar con el fñhrer, salvo para comentar algunas novelas. Poco antes de su muerte, en 1941, dijo a Frank: “Hitler ama la crueldad. Le complace [...] la posibilidad de atormentar a alguien. Tiene un sadismo diabólico. Si no fuera así, sencillamente no podría soportar a Himmler y a Heydrich”.¹⁰³ El mismo Hitler afirmó: “Sólo venciendo grandes dificultades pude persuadir al doctor Guertner [...] de la necesidad absoluta de demostrar la máxima ad en los casos de traición” severidad.¹⁰⁴ Pero esto era puro palabrerío. En realidad, Hitler a menudo modificaba las sentencias que a su juicio eran “leves” e imponía en cambio la pena de muerte. Modificó la ley del Servicio Civil de 1933 y le agregó el parágrafo 71, que lo autorizaba a exonerar a un juez si “el estilo de sus actividades oficiales, y sobre todo sus fallos [...] demuestran que es ajeno a la *Weltanschauung* nacionalsocialista” (un ejemplo citado era aplicar una sentencia mínima al delito de “contaminación racial”).¹⁰⁵

Pero Hitler no simpatizaba siquiera con los jueces removibles o dóciles. Como Marx y Lenin, detestaba a los abogados. Cierta vez expresó: “Debe entenderse que un abogado es un hombre deficiente por naturaleza o deformado por la experiencia”. A su tiempo superpuso al sistema judicial ordinario los “tribunales populares” nazis, un recurso leninista que alcanzó su sombrío apogeo con el feroz Roland Freisler en 1944-1945.¹⁰⁶ El ministro del Interior, Wilhelm Frick, que a su vez era nazi, jamás ofreció protección contra las agresiones nazis al imperio del derecho o a las libertades civiles. En 1930-1932, los que no pertenecían al gobierno creían que Frick era inferior en el movimiento sólo a Hitler, pero en realidad era un individuo débil, y como su ministerio había perdido el control de la policía, ni Frick ni su ministerio tuvieron mucha importancia. La única contribución importante que hizo al dominio de Hitler fue la redacción (bajo la dirección del doctor Hans Globke, que más tarde serviría al doctor Adenauer) de las leyes de Nuremberg (1935) acerca de los judíos. Hoy todavía se discute si este código consiguió atenuar los terribles actos de violencia de los nazis locales contra los judíos, como afirmó Globke, o si sancionó con su autoridad moral y legal la persecución sistemática.¹⁰⁷

Fue característico el modo en que Hitler resolvió el tema de la seguridad interna, utilizando tres sistemas competidores (la SS, la SA y la policía y la Gestapo de Goering) y dos ministerios que no funcionaban en las cuestiones importantes. Como el Estado carecía de constitución (salvo la de Weimar, una forma anestesiada), tampoco tenía un sistema de gobierno, o más bien, tenía varios. Estaba el sistema partidario de alrededor de cuarenta *gauleiters*, un poderoso sistema colegiado, cuyos miembros podían ser elevados o destruidos individualmente por Hitler, pero a los que prefería no enfrentar como grupo. Florian, *gauleiter* de Dusseldorf, afirmó que nunca había invitado a Himmler a visitar su *gaue* y había prohibido a sus hombres que cooperasen con la Gestapo. El verdadero líder del partido, como representante de Hitler, era Rudolf Hess. Pero Hess era un místico intrascendente. Más importante era Martin Bormann, un asesino convicto y un burócrata partidario laborioso, parecido a Stalin, que libraba permanentes batallas contra los *gauleiters* por una parte y contra Goering y Goebbels por otra.¹⁰⁸

Hitler no se oponía a estas luchas internas; por el contrario, las fomentaba. “Debe permitirse la fricción entre las personas”, dijo. “La fricción produce calor, y el calor es energía.” Decía de esta práctica que era un “darwinismo institucionalizado”. Si Hitler tropezaba con resistencias en un ministerio, creaba un duplicado. Decía del Ministerio de Relaciones Exteriores, aún repleto de aristócratas, que era “un basural intelectual”, y en 1933 creó una organización rival bajo la dirección de Joachim von Ribbentrop; este sector a menudo robaba la correspondencia del ministerio y la contestaba.¹⁰⁹ El Ministerio del Trabajo, dirigido por Franz Seldte, adoptaba una actitud especialmente negativa. Entonces, Hitler designó a uno de sus *gauleiters*, Fritz Sauckel,

103 Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens*, Munich, 1953.

104 *Hitler's Secret Conversations*, Nueva York, 1953, p. 420.

105 Peterson, op. cit., pp. 70-71.

106 *Hitler's Secret Conversations*, p. 306; Peterson, op. cit., p. 72.

107 Peterson, op. cit., pp. 133-142.

108 Frank, op. cit., p. 167; Lutz Graf Schwerin von Krosigk, *Es geschah in Deutschland*, Tübingen, 1951.

109 Paul Seabury, *The Wilhelmstrasse: a Study of German Diplomacy under the Nazi Regime*, Berkeley, 1954.

como plenipotenciario general de Movilización del Trabajo.¹¹⁰ Cuando se consideró frustrado en el frente económico y financiero, Hitler creó otro ministerio de economía, el llamado Plan Cuatrienal, bajo la dirección de Goering. Hacia 1942, además de la cuota de ministerios que había heredado de Weimar, Hitler había creado cincuenta y ocho Juntas Supremas del Reich, además de muchos otros burós oficiales. La superposición era universal e intencionada. Convenía a Hitler que Goebbels y Ribbentrop, por ejemplo, disputasen por el control de la propaganda exterior, al extremo de que los respectivos representantes libraban enconadas batallas mediante las correspondientes emisoras. Así, ambos bandos apelaban a Hitler con el fin de que arbitrara las diferencias.

El sistema autoritario que abandona los procedimientos constitucionales y el imperio del derecho probablemente incluirá un factor anárquico. El régimen de Stalin no era distinto, aunque él demostró más método que Hitler. El término “bohemia”, aplicado por Hindenburg a Hitler, era apropiado. Detestaba los horarios rígidos. Después de la muerte de Hindenburg, combinó los cargos de canciller y presidente, y utilizó este hecho como excusa para destruir el funcionamiento formal de ambos. Un funcionario de viejo cuño, el doctor Hans Lammers, mantenía una apariencia de orden en el despacho de la Cancillería, y él y su plantel de diez a doce *beamten* contestaba la correspondencia de Hitler, que se elevaba a unas 600 cartas diarias. Al parecer, Hitler nunca escribió una carta ni firmó documentos oficiales. Apenas asumió el poder hizo todo lo posible para destruir los documentos que lo mencionaban (incluso las declaraciones impositivas) y en adelante se mostró muy renuente a emitir directivas escritas. Casi el único documento hológrafo que poseemos de Hitler se remonta a una época anterior a la primera guerra mundial.

Cuando Hitler fue designado canciller, al principio llegaba a su despacho a las diez de la mañana, pero pronto se cansó de la rutina y gradualmente tendió a trabajar de noche. Viajaba constantemente a través del país, como un monarca medieval, e incluso cuando estaba en Berlín se negaba a adoptar decisiones y afirmaba que no era un dictador.¹¹¹ Le desagradaban las reuniones de gabinete precisamente porque eran un procedimiento ordenado de adopción de decisiones. Las celebraba con intervalos cada vez más amplios; e incluso cuando se las convocaba, las decisiones realmente importantes se adoptaban en otro sitio. Así, cuando Hitler despidió a Hjalmar Schacht, designó a Walter Funk ministro de Economía durante un intervalo de la ópera y sin advertencia previa lo presentó en la siguiente reunión de gabinete, el 4 de febrero de 1938, la última que él celebró.¹¹² No cabe ninguna duda de que todas las decisiones importantes eran adoptadas personalmente por Hitler, por lo común en el curso de reuniones bilaterales con los ministros o los jefes individuales; pero esas decisiones nunca quedaban asentadas en los registros, salvo de manera indirecta. Las órdenes de Hitler siempre eran orales; a menudo surgían incidentalmente en el curso de largas arengas y a veces eran impartidas en el acto a quien estuviese cerca.¹¹³

El Estado de Hitler no era corporativista, porque el corporativismo implica cierta distribución de poder entre diferentes entidades y Hitler no compartía el poder con nadie. No lo preocupaba que los miembros importantes de la pandilla dirigiesen pequeños imperios privados, sometidos al poder del mismo Hitler, que podía destruirlos. Pero Lammers atestiguó en Nuremberg que no permitía que ellos se reuniesen, ni siquiera informalmente, de modo que jamás podían resolver en forma colegiada sus diferencias. Por consiguiente, el régimen de Hitler se caracterizaba por las constantes luchas bilaterales y multilaterales entre sus componentes, lo que Hobbes denominó “un perpetuo e insaciable deseo de poder y más poder, que cesaba sólo con la muerte”.¹¹⁴ Goering intervenía los teléfonos de los colegas desde su “oficina de investigaciones” y se apoderaba de tesoros tan útiles como una colección de cartas de amor de Alfred Rosenberg a una hermosa judía.¹¹⁵ Bormann los espiaba a todos. Por supuesto, lo mismo hacían Himmler y Heydrich. Prácticamente todos estaban

¹¹⁰ Herbert Jacob, *German Administration Since Bismarck*, New Haven, 1963, p. 113; Peterson, op. cit., p. 37.

¹¹¹ Helmut Heiber, *Adolf Hitler*, Berlin, 1960, pp. 92 y ss.; Alan Bullock, *Hitler: a Study in Tyranny*, Londres, 1964, p. 386; Joseph Nyomarkay, *Charisma and Factionalism in the Nazi Party*, Minneapolis, 1967.

¹¹² Fest, op. cit., p. 807.

¹¹³ Otto Dietrich, *Zwölf Jahre mit Hitler*, Munich, 1955, p. 153.

¹¹⁴ Thomas Hobbes, *Leviathan*, primera parte, cap. XI.

¹¹⁵ Peterson, op. cit., pp. 75-76.

en condiciones de extorsionar a todos, y como cada uno intentaba conquistar la simpatía de Hitler revelando lo que sabía de los demás, el fñhrer siempre estaba bien informado.

Un gobierno dirigido de este modo no puede aplicar una política consecuente y cuidadosamente elaborada, y por supuesto Hitler tampoco lo logr3, incluso en las cuestiones que lo afectaban m3s profundamente. Prometi3 ayudar a las peque3as empresas, a los campesinos y al sector agr3cola, reducir la magnitud de las grandes ciudades, devolver a las mujeres de las f3bricas al hogar, arrancar a los capitalistas el control de la industria, la tierra a los *junkers*, el ej3rcito a los “von”, la administraci3n a los “*doktors*”. No hizo nada de todo esto. Por el contrario, las ciudades, las grandes empresas y las industrias florecieron, y los campesinos continuaron afluyendo a los talleres.¹¹⁶ El ej3rcito, el mundo empresario y el servicio civil conservaron m3s o menos las mismas caracter3sticas de siempre.

Incluso en el 3rea de la pol3tica jud3a, que para Hitler era el tema m3s importante, hubo inconsecuencias y vacilaciones. En la primera oleada del triunfo nazi, muchos jud3os fueron asesinados en los campos de concentraci3n o despojados de sus propiedades por la SA; despu3s, se les permit3a huir. Algunos jefes nazis deseaban aplicar una pol3tica de emigraci3n forzosa, pero nunca se adoptaron medidas sistem3ticas ni eficaces para llegar a esto. Hitler tampoco destruy3 las grandes tiendas jud3as, un paso que innumerables veces hab3a prometido dar. Schacht lo persuadi3 de que si actuaba de ese modo se perder3an unos 90.000 empleos.¹¹⁷ El Ministerio de Econom3a se opuso a los ataques contra los jud3os principalmente porque cre3a que esa actitud inducir3a a organizar un ataque a las grandes empresas en general, de manera que organiz3 una oficina especial destinada a contener la persecuci3n nazi.”¹¹⁸ Las mismas leyes de Nuremberg fueron elaboradas deprisa. Hitler las anunci3 diciendo que eran “la resoluci3n definitiva de la situaci3n de los jud3os”.¹¹⁹ De hecho, persistieron muchas ambigüedades, incluso en la mente del fñhrer. Autoriz3 la fijaci3n de carteles que dec3an: “No se acepta a los jud3os”, a la entrada de las ciudades —lo cual te3ricamente era ilegal—, pero reconoci3 que en realidad no se pod3a prohibir la entrada de los jud3os. En 1936 el Ministerio del Interior contempl3 incluso la posibilidad de prohibir la publicaci3n de *Der Sturmer*, el peri3dico nazi antisemita. El antisemitismo adquiri3 m3s violencia en 1938, probablemente porque Hitler estaba adoptando una pol3tica econ3mica m3s aislacionista. El Ministerio del Interior emiti3 el “decreto de los nombres”, que obligaba a todos los jud3os a adoptar el de Israel o el de Sara como segundo nombre. Sigui3 la terrible violencia de la *Kristallnacht* (La noche de los cristales), el 9 de noviembre de 1938, un episodio incitado por Goebbels. Pero no se ha podido aclarar si Goebbels procedi3 por propia iniciativa o, lo que es m3s probable, obedeciendo3rdenes de Hitler impartidas como de pasada.¹²⁰ S3lo con el estallido de la guerra Hitler concentr3 la atenci3n en la “soluci3n final”; siempre la hab3a contemplado, pero necesit3 el comienzo de la guerra para que fuera posible. En la esfera de sus objetivos mundiales, como 3rea contrapuesta a la pol3tica interna, siempre se mostr3 claro, consecuente y definido.

Hitler no tuvo una pol3tica econ3mica, pero ten3a una pol3tica nacional muy definida. Deseaba rearmarse con la mayor rapidez posible, pero evitando una ofensiva preventiva de los aliados. Se limit3 a impartir sus3rdenes a la industria alemana y dej3 a cargo de los gerentes de las empresas la tarea de cumplirlas. Antes de la asunci3n del poder, Strasser le pregunt3 qu3 har3a con Krupp y recib3 esta respuesta: “Por supuesto, lo dejar3 en paz. ¿Cree que estoy tan loco como para tratar de destruir la econom3a de Alemania?”.¹²¹ Hitler cre3a que el principal error de Lenin en el 3rea de la econom3a hab3a sido ordenar a los trabajadores que asumieran la direcci3n de la industria y matasen o expulsaran a sus gerentes capitalistas. Estaba decidido a evitar que los camisas pardas y otros

116 David Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, Nueva York, 1966, pp. 159-186, 200-201, 285.

117 Heinrich Uhlig, *Die Warenh3user im Dritten Reich*, Colonia, 1956.

118 Friedrich Facius, *Wirtschaft und Staat (Schriften des Bundesarchiv*, Koblenz, 1959, p. 147.

119 [La nota se deduce por el contexto. En el libro hay una errata y la misma no est3 escrita.] Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Chicago, 1961, p. 98.

120 3sta es una visi3n de E. K. Bransted, *Goebbels and National Socialist Propaganda*, Lansing, 1965; Helmut Heiber, *Josef Goebbels*, Berl3n, 1962, afirma que Goebbels no era antisemita.

121 Bullock, op. cit., p. 121.

elementos partidarios metiesen las manos en las empresas, y así se lo advirtió al alcalde Walter Buch, juez del Tribunal Partidario, en 1933: “Su tarea, en la condición del juez de más elevada jerarquía en el partido, es frenar al elemento revolucionario”. La renuencia a proceder de este modo, dijo entonces, había conducido a la destrucción de otras revoluciones.¹²²

No hay en absoluto pruebas de que Hitler estuviese influido en lo más mínimo por los conceptos del gran capitalismo. Aceptaba los consejos de los empresarios sólo cuando estaba convencido de que siguiendo ese camino promovía sus propios fines militares y de política exterior. Se creía socialista, y la esencia de su socialismo era que todos los individuos y todos los grupos del Estado debían trabajar sin vacilaciones en beneficio de la política nacional. De manera que poco importaba quién fuese el dueño de la fábrica misma, mientras sus administradores hicieran lo que se les decía. El socialismo alemán, dijo a Hermann Rauchsning, no tenía que ver con la nacionalización. “Nuestro socialismo cala mucho más hondo. No modifica el orden exterior de las cosas, regula únicamente la relación del hombre con el Estado [...] En esas condiciones, ¿qué importan la propiedad y el ingreso? ¿Por qué necesitamos socializar los bancos y las fábricas? Estamos socializando a la gente.”¹²³ Cuando presentó el Plan Cuatrienal (que a semejanza del plan de Stalin era un simple ejercicio de propaganda), afirmó que la tarea del Ministerio de Economía era sencillamente “exponer las tareas de la economía nacional”; luego “la economía privada se encargará de cumplirlas”, y si ella retrocedía ante esa perspectiva, “los nacionalsocialistas sabrán cómo resolver esas tareas”.¹²⁴

Por lo tanto, Hitler mantuvo a la clase dirigente alemana y la obligó a trabajar para él. Las firmas florecían o no, exactamente en armonía con el grado en que ejecutaban las órdenes de Hitler. Por supuesto, las obligó a aportar fondos; pero era la relación de un extorsionador con su víctima, no la del cliente con el protector. Un ejemplo apropiado es el de la empresa química I. G. Farben, al principio caricaturizada por los nazis con el nombre de “Isidore Farben”, a causa de sus directores, ejecutivos y científicos judíos. Conquistó el favor de Hitler apelando al recurso de desembarazarse de los judíos (por ejemplo Fritz Haber, ganador del Premio Nobel), y aceptando que el programa de Hitler orientado hacia la elaboración de productos sintéticos tuviese prioridad absoluta. Este programa era el corazón del plan de preparación para la guerra y el acuerdo adoptó la forma de un pacto secreto firmado el 14 de diciembre de 1933. En adelante Farben estuvo a salvo, pero a costa de su sometimiento total a Hitler. Las grandes empresas no corrompieron el socialismo de Hitler, sino que fue a la inversa. La corrupción de I. G. Farben por los nazis es una de las más impresionantes tragedias individuales en el marco de la tragedia general de la nación alemana.¹²⁵

La ausencia de una política económica era una ventaja. Hitler tuvo suerte. Asumió el poder un mes antes que Roosevelt y, como éste, se benefició con los resultados de una recuperación que había comenzado poco antes. Pero a diferencia de Roosevelt, no manipuló la economía con programas sistemáticos de obras públicas, si bien éstos existieron. Durante una reunión celebrada el 8 de febrero de 1933 afirmó que rechazaba todos los programas que no guardasen relación con el rearme. Comenzó la construcción de las autopistas (*autobahn*) en septiembre de 1933, principalmente porque necesitaba rutas que permitiesen el desplazamiento rápido, y creyó que había encontrado en Fritz Todt un genio organizador capaz de ejecutar el plan (como en efecto lo encontró).¹²⁶ Brüning había aplicado una política excesivamente deflacionaria porque sentía un miedo paranoico a la inflación; Hitler la desechó. Despidió al doctor Hans Luther, presidente del Reichbank, y lo reemplazó por Hjalmar Schacht, a quien designó también ministro de Economía. Schacht fue de lejos el ministro de Economía más sagaz que hubo en el mundo entre las dos guerras. Era partidario de la economía de mercado, pero también era un empírico que no creía en ninguna teoría y tocaba de oído en todas las situaciones.

Hitler detestaba las tasas de interés elevadas y el crédito sometido a condiciones severas, no

122 Arthur Schweitzer, *Big Business in the Third Reich*, Londres, 1964, p. 643, n. 25.

123 Hermann Rauschning, *Hitler's Revolution of Destruction*, Londres, 1939.

124 Citado en Holborn, op. cit., p. 753.

125 Joseph Borking, *The Crime and Punishment of I. G. Farben*, Londres, 1979, pp. 56-60.

126 Con respecto a la capacidad de Todt, véase Alan Milward, *The German Economy at War*, Londres, 1965.

porque fuese prokeynesiano sino porque relacionaba estas características con los judíos. Ordenó a Schacht que suministrase el dinero necesario para el rearme; Schacht satisfizo el pedido y en el proceso infringió las normas del Reichbank. Se evitó la inflación mediante los rigurosos controles de cambio (en sus esfuerzos por alcanzar la autarquía, Hitler les confirió mayor rigor todavía), los impuestos (los ingresos en concepto de impuestos se triplicaron durante el período 1933-1938) y la reducción generalizada de todos los gastos de consumo. En 1938 el nivel de vida alemán era apenas más elevado que una década antes. A los alemanes esta situación no les importaba, porque habían retornado al trabajo. Cuando Hitler asumió el poder había más de ocho millones de desocupados. Este número comenzó a descender muy velozmente durante la segunda mitad de 1933, y hacia 1934 ya había escasez de mano de obra en ciertas categorías de operarios especializados, si bien aún existían tres millones de desocupados. Hacia 1936 había, de hecho, plena ocupación, y en 1938 las empresas afrontaban una desesperada necesidad de mano de obra en momentos en que Gran Bretaña y Estados Unidos continuaban sumidos en la crisis.

Por consiguiente, Alemania fue el único país industrial importante que se recobró rápida y totalmente de la Gran Crisis. La razón de este hecho reside, sin duda, en la gran fuerza intrínseca de la industria alemana, que ha exhibido un desempeño excepcionalmente eficaz desde la década de 1860 hasta la fecha, cuando no ha tenido que soportar la mutilación de la guerra o la incertidumbre política. Weimar fue un desastroso marco político para las empresas, que consideraban que una base fiscal consecuente es la condición previa de la inversión eficiente. Weimar siempre tropezó con dificultades para lograr que el Reichstag aprobase sus presupuestos y a menudo se vio en la necesidad de ejecutar la política financiera mediante decretos de emergencia. Su inestabilidad política intrínseca se agravó en lugar de atenuarse. Después de la elección de 1928 resultó cada vez más difícil formar un gobierno estable; hacia marzo de 1930 era evidente que el régimen no duraría y que existía el riesgo de que fuese reemplazado por un sistema marxista. Por lo tanto, el ascenso de Hitler al poder aportó a la industria alemana precisamente lo que ella necesitaba para desempeñarse con eficacia: estabilidad gubernamental, el fin de la política y cierto sentido de las metas nacionales. Podía hacer el resto por sí misma. Hitler tuvo la inteligencia suficiente como para entenderlo. Aunque permitió que el partido invadiese todas las restantes esferas del gobierno y la política oficial, lo mantuvo fuera de la industria y el ejército, los dos sectores en los que necesitaba actuar con la máxima eficiencia posible y en el más breve lapso.¹²⁷

Hacia mediados de los años treinta Hitler dirigía un régimen brutal, desprovisto de conciencia, exitoso y, para la mayoría de los alemanes, también popular. En general, los trabajadores alemanes preferían los empleos seguros antes que los derechos civiles, que siempre habían significado poco para ellos.¹²⁸ En cambio, les importaban las organizaciones sociales creadas por Hitler en número sorprendente, de acuerdo con la política que él mismo denominó de la “pertenencia”. También aplicó la política de la coordinación, que subrayó la unidad del Estado, por supuesto, con la dirección del partido. El Tercer Reich era un Estado “coordinado”, al que los alemanes comunes y corrientes “pertenecían”. Este concepto de la vida pública atraía a más alemanes que la política partidaria de Weimar. Tal vez ese estado de ánimo no hubiese durado indefinidamente, pero aún era una actitud firme cuando Hitler destruyó su propia popularidad al embarcar nuevamente en la guerra a Alemania. Se trataba, quizá, de una disposición especialmente acentuada en los más humildes y los más pobres, aunque no en ciertos grupos de campesinos católicos, que se negaban a usar los saludos y las fórmulas nazis, y que miraban con mucha hostilidad los ataques al cristianismo.

Hitler también apeló a la naturaleza moralista de muchos alemanes, es decir, de los que manifestaban un acentuado deseo de exhibir una conducta “moral” sin poseer un código de valores morales absolutos basados en la fe cristiana. Himmler, el concienzudo asesino masivo, el torturador escrupuloso, era el prototipo de los hombres que servían mejor a Hitler. Definía las virtudes del SS, la expresión misma de la “moral” nazi, y decía que eran la lealtad, la honestidad, la obediencia, la

¹²⁷ Speer, op. cit., pp. 4 y ss.

¹²⁸ David Schoenbaum, *Die braune Revolution*, Colonia, 1968, p. 150.

resistencia, la decencia, la pobreza y la bravura. El concepto de la obediencia a “leyes de hierro” o a una “ley superior”, más que a la moral tradicional y absoluta enseñada por las iglesias, era hegeliano. Marx y Lenin lo convirtieron en un concepto de clase; Hitler, en un concepto racial. Así como se enseñaba a los cuadros soviéticos a justificar los crímenes más repugnantes en nombre de una guerra de clases de tipo moralista, la SS actuó en nombre de la raza, que, según insistía Hitler, era una motivación mucho más intensa y fundamental que la clase. El servicio a la raza, en oposición al proletariado marxista, era la base del puritanismo nazi, caracterizado por lo que Rudolf Hess, comandante de Auschwitz, denominó la actitud “fría” y “pétrea” del nazi ideal, que “había cesado de alentar sentimientos humanos” en el cumplimiento del deber.¹²⁹

Por lo tanto, hacia principios de 1933 las dos naciones europeas más grandes y poderosas estaban firmemente dominadas por regímenes totalitarios que predicaban, practicaban y expresaban el relativismo moral, con todas sus horribles posibilidades. Cada uno de estos sistemas venía a acicatear los rasgos más censurables del otro. Uno de los aspectos más inquietantes del socialismo totalitario, fuese leninista o hitleriano, era el modo en que, como movimientos que persiguen el poder o como regímenes que lo ejercen, estaban impulsados por una especie de ley de Gresham de la moral política: el terror expulsaba los instintos humanitarios, cada sistema corrompía al otro y lo sumía en profundidades cada vez más hondas de perversidad.

Hitler aprendió de Lenin y Stalin el modo de establecer un régimen de terror en gran escala. Pero también tuvo mucho que enseñar. A semejanza de Lenin, ansiaba concentrar todo el poder en su propia voluntad. Como Lenin, era gnóstico, y del mismo modo que Lenin creía que sólo él era el auténtico intérprete de la historia, en tanto que expresión del determinismo proletario, también Hitler confiaba sólo en sí mismo como expresión de la voluntad racial del pueblo alemán. El régimen que él creó en enero de 1933 tenía una sola anomalía importante: la SA. Hitler no la controlaba del todo y Roehm tenía visiones que no armonizaban con los planes de Hitler. La SA, ya un cuerpo muy numeroso antes de la asunción del poder, después se desarrolló rápidamente. Hacia el otoño de 1933 contaba con un millón de afiliados activos y remunerados, y reservas de 3,5 millones más. El propósito de Roehm era convertirla en el futuro ejército alemán, con vistas a denunciar el acuerdo de Versalles y garantizar los fines expansionistas de Alemania. El viejo ejército, con su clase de oficiales profesionales, sería sencillamente la organización destinada a entrenar al ejército radical y revolucionario, con el que el propio Roehm iniciaría una serie de conquistas. Hitler estaba decidido a rechazar este plan napoleónico. Tenía elevada opinión del ejército regular y creía que era capaz de realizar el rearme con rapidez y secreto suficiente para atravesar airoso el período de peligro agudo en el que los franceses y sus aliados aún estarían en condiciones de invadir Alemania y destruir el régimen. Era todavía más importante el hecho de que no tenía la más mínima intención de compartir el poder con Roehm, y aún menos de traspasárselo.

A partir de marzo de 1933, cuando comenzó a promover el ascenso de Himmler, con quien se comunicaba mediante una línea telefónica secreta, es evidente que Hitler tenía en mente un crimen gigantesco para resolver el dilema representado por la SA de Roehm. Lo preparó todo con suma minuciosidad. A partir de octubre de 1933, Himmler fue autorizado por Hitler a acumular los cargos de jefe de policía de todos los estados alemanes, además del que correspondía a la ciudad de Munich. Este proceso, que a los ojos de los enemigos de Himmler era nada más que la prueba de sus ansias de poder, exigía la ayuda activa de Hitler en todas las etapas, tanto porque resultaba ilegal (era necesario que Frick no se enterase) como porque implicaba negociaciones con los *gauleiters*, controlados únicamente por Hitler, en cada *gaue*. El proceso fue completado el 20 de abril de 1934, cuando el SD de Heydrich reveló la existencia de una conspiración destinada a matar a Goering, que no había sido descubierta por su propia Gestapo. Entonces, Hitler ordenó que Himmler se hiciera cargo de la Gestapo (oficialmente como su representante). La organización SS, en sí misma amplia, ahora controlaba a toda la policía política de Alemania y estaba en condiciones de atacar incluso a la gigantesca SA armada.

129 Fest, op. cit., p. 559.

Mientras tanto, los motivos que llevaban a Hitler a destruir el liderato y la independencia de la SA ocupaban un lugar cada vez más importante. Su violencia brutal y franca en las calles distanciaba a los partidarios nacionales de Hitler y era la causa principal de las críticas que se formulaban al régimen en el extranjero. Cuando sir John Simon y Anthony Eden lo visitaron, el 21 de febrero de 1934, Hitler prometió desmovilizar dos terceras partes de la SA y permitir la inspección del resto. “Salvo la disolución total de la fuerza”, escribió Eden, “[...] no podría haber llegado más lejos”.¹³⁰ También era importante la hostilidad del ejército. En la primavera de 1934, el anciano Hindenburg sin duda estaba llegando a su fin. Hitler deseaba sucederlo, unificando la presidencia y la cancillería en su persona. Los comandantes del ejército y la marina convinieron en que debía hacerlo, con la condición de que castrase a la SA y destruyese sus pretensiones. Es típico de la ingenuidad demostrada siempre por estos jefes el hecho de negociar con Hitler para que les diese algo fundamental a cambio de una “concesión” que, de todos modos, él tenía que realizar y en la que era esencial la cooperación del ejército.

Hitler ejecutó su purga, un acto de gangsterismo puro, apenas Himmler tuvo el monopolio de la policía política. Decidió asesinar sin tardanza a todos sus enemigos políticos inmediatos (incluyendo el arreglo de antiguas cuentas) y por eso la “prueba” de la conspiración, fabricada por la oficina de inteligencia de Heydrich, originó conjunciones inverosímiles dignas de los mentirosos procesos de Stalin. Himmler y Heydrich prepararon la lista definitiva. Hitler se limitó a subrayar los nombres de los que debían ser fusilados; Heydrich firmó las órdenes, que decían sencillamente: “Por orden del Führer y Canciller del Reich ha sido condenado al fusilamiento por alta traición”. Goering fue incorporado al complot en una etapa relativamente tardía. El ministro de Defensa Blomberg y su ayudante político, el general von Reichenau, se convirtieron en cómplices y se ordenó que las unidades militares estuviesen preparadas, para que las unidades SA no pudieran resistir. Temprano el 30 de junio de 1934, el propio Hitler despertó a Roehm en el sanatorio de la Tegernsee y luego se retiró a la Casa Parda de Munich. El ministro de Justicia bávaro no estaba dispuesto a ordenar fusilamientos en masa sobre la base de una mera lista mecanografiada, y Roehm y sus colaboradores en definitiva fueron asesinados el 2 de julio; la policía política se encargó de la tarea. Mientras tanto, en Berlín, de acuerdo con la versión de un testigo ocular, el vicescanciller von Papen, los acusados fueron llevados al domicilio de Goering en la Leipzigerplatz, donde él y Himmler los identificaron, los marcaron en la lista y ordenaron que fuesen retirados y liquidados inmediatamente; la policía privada de Goering suministró los grupos de verdugos. Dos días después Hitler viajó desde Munich y llegó a Templehof. Himmler y Goering lo recibieron en la plataforma de desembarco bajo un cielo teñido de rojo, y los tres hombres examinaron la lista de los que habían sido fusilados y los que serían ejecutados, una escena wagneriana descrita por Hans Gisevius, oficial de la Gestapo. Se le dijo a Frick, ministro del Interior, que fuera a su casa, pues el asunto no le concernía. De acuerdo con la versión de Gisevius, Frick dijo: “Mi führer, si usted no procede inmediatamente contra Himmler y su SS como hizo contra Roehm y su SA, lo único que habrá hecho es llamar a Belcebú para expulsar al demonio”.¹³¹ Esto demuestra qué mal entendía a su amo.

Muchos de los que fueron asesinados nada tenían que ver con la SA. Entre ellos estaba Gustav von Kahr, ex primer ministro bávaro, que había rehusado intervenir en el *putsch* de 1923; Gregor Strasser, antiguo colega de Hitler y su rival en el partido; el sinuoso y viejo general que debía “contenerlo”, es decir von Schleicher, más su esposa y su íntimo asociado, el general von Bredow; el líder católico berlinés Ernst Klausener y muchas otras personas incómodas o peligrosas, probablemente alrededor de ciento cincuenta.¹³²

Este episodio de asesinato masivo cometido por el gobierno y la policía fue una catástrofe moral para Alemania. El código de honor de los generales alemanes, en la medida en que existía, quedó hecho trizas, pues habían cooperado en el asesinato de dos de sus colegas y amigos. La justicia quedó en ridículo, pues el 3 de julio se dictó una ley que autorizaba los hechos *ex post facto*. Hitler

130 David Carlton, *Anthony Eden*, Londres, 1981, p. 46.

131 Hans Gisevius, *Adolf Hitler*, Munich, 1963, p. 173.

132 Holborn, op. cit., pp. 745-747; Manvell y Fraenkel, *Himmler*, pp. 42-46.

fue recibido con gran ceremonia por Hindenburg, que se hallaba en su lecho de muerte, y el confundido anciano, que anteriormente lo había desechado porque no era más que “un cabo bohemio”, lo saludó con las palabras “su majestad”. El “titán de madera” falleció el 2 de agosto y Hitler asumió la sucesión en virtud de una ley que él mismo dictó la víspera y que lo convertía en “jefe y canciller del Reich”. El mismo día, todos los oficiales y soldados del ejército prestaron un juramento sagrado que comenzaba: “Prestaré obediencia incondicional al Führer del pueblo y el Reich alemán”. La nueva situación fue sometida a plebiscito, y en agosto el pueblo alemán recompensó al asesino en jefe con un veredicto del 84,6 por ciento.¹³³ El aspecto no por cierto menos significativo de este momento decisivo fue la entrega de dagas de honor a los hombres que habían cometido los asesinatos. Éste era el descarado simbolismo del relativismo moral. De esta forma, la SS inició su monstruosa carrera de asesinatos legalizados. El asunto Roehm, en el que el Estado participó francamente con el asesinato en masa, con la complicidad de su antigua elite militar y el respaldo del electorado, anticipó directamente el futuro programa de exterminio.

Precisamente la audacia desnuda de la purga de Roehm y el modo en que Hitler salió airoso del asunto frente a la opinión alemana y mundial y a sus propios colegas y partidarios, fueron los factores que indujeron a Stalin a consolidar su dictadura personal utilizando medios análogos. Hasta ese momento, la elite partidaria le había permitido únicamente exterminar a rusos comunes. Incluso la expulsión de un alto miembro del partido exigía complicados preparativos. En 1930, Stalin fue criticado francamente por Syrtsov, candidato al Politburó, y por Lominadze, miembro del Comité Central. Stalin quería que ambos fuesen fusilados, pero sólo consiguió que se los expulsara del CC. Dos años más tarde reclamó la muerte de Ryutin, que había difundido privadamente un documento de doscientas páginas en el que criticaba la dictadura del mismo Stalin. Sergei Kirov, que había sucedido a Zinoviev al frente del distrito de Leningrado, insistió en salvarle la vida y en que se lo enviara a un “apartado”, una cárcel especial para las figuras partidarias importantes.¹³⁴ Hacia el verano de 1934, la influencia de Kirov continuaba aumentando y parecía el hombre que tenía más probabilidades de suceder a Stalin o de desplazarlo. El éxito de la purga de Roehm sugirió a Stalin la idea de eliminar de manera definitiva las restricciones partidarias internas y de hacerlo del modo más ingenioso: ordenar el asesinato de Kirov y usar el crimen como excusa para golpear a todos sus restantes enemigos.¹³⁵

Kirov fue muerto en circunstancias misteriosas el 1 de diciembre de 1934, en el mismo Instituto Smolny, la ex escuela para niñas desde donde Lenin había lanzado su *putsch* y que después había continuado siendo el cuartel general del partido en Leningrado. Era un lugar sumamente vigilado y nunca se explicó de qué modo el asesino, Leonid Nikolaiev, pudo atravesar el cordón de seguridad. Más sospechoso todavía es el hecho de que pocos días antes la guardia personal de Kirov había sido retirada por orden de Yagoda, el jefe de la NKVD local. En 1956 y nuevamente en 1961, Jruschov dio a entender claramente que Stalin había sido el responsable y la prueba circunstancial parece abrumadora.¹³⁶

Stalin reaccionó ante la noticia del asesinato con mucha violencia pero de un modo que sugiere premeditación. Abordó el tren nocturno a Leningrado y, cuando rompía el alba, fue recibido en la estación de Moscú por Medved, jefe de la policía de Leningrado. Sin decir una palabra, Stalin le asestó un fuerte golpe en la cara. Después, ocupó un piso entero del Smolny y asumió personalmente la dirección de las investigaciones. Se sentó detrás de una mesa, flanqueado por sus secuaces: Molotov, Voroshilov, Zhdanov y otros, los funcionarios del partido de Leningrado a un costado, los hombres de la seguridad del otro. Cuando trajeron a Nikolaiev y Stalin le preguntó por qué había asesinado a Kirov, el infeliz cayó de rodillas y, señalando a los hombres de la seguridad, exclamó: “Ellos me ordenaron hacerlo”. Los acusados corrieron hacia él y lo desmayaron a culatazos; después lo retiraron y lo revivieron con baños fríos y calientes alternados. Stalin ordenó

¹³³ Fest, op. cit., p. 705.

¹³⁴ Nicholaevsky, op. cit., pp. 28-30.

¹³⁵ Con respecto a la influencia de la purga de Roehm sobre Stalin, véase George Kennan, *Russia and the West Under Lenin and Stalin*, Nueva York, 1960, p. 285.

¹³⁶ Conquest, op. cit., p. 44.

que matasen a garrotazos a Broizov, jefe de los guardaespaldas de Kirov; Medved fue enviado a un campo de concentración y fue asesinado tres años después; Nikolaiev fue ejecutado el 29 de diciembre, después de un juicio secreto. Se fusiló a más de cien presuntos “blancos”; 40.000 habitantes de Leningrado fueron a parar a los campos. Poco después, todos los que sabían algo del caso Kirov estaban muertos o se habían perdido definitivamente en el archipiélago Gulag.¹³⁷

Eso fue sólo el comienzo. Dos semanas después del asesinato de Kirov, Stalin ordenó el arresto de Zinoviev y Kamenev. Formuló las acusaciones contra ellos con el más minucioso detalle y revisó hasta la última coma el testimonio que debían ofrecer. Se necesitaron meses para ensayar el asunto y Stalin amenazó con que no se ahorrarían recursos “hasta que ellos se acerquen arrastrándose sobre el vientre con las confesiones entre los dientes”.¹³⁸ Fueron sometidos a juicio en 1936, después de un trato en virtud del que aceptaron confesar todo con la condición de que se dejara en paz a sus familias y a ellos mismos se les respetara la vida. En realidad fueron asesinados un día después de terminado el juicio. El modo en que Zinoviev pidió clemencia fue el tema de una grosera imitación, con acentuados matices antisemitas, ofrecida en las fiestas íntimas de Stalin por K. V. Pauker, un ex vestidor teatral ascendido a jefe de la guardia NKVD personal de Stalin y el único a quien se le permitía afeitarlo. Pauker representó regularmente esta comedia, hasta que también él fue fusilado bajo la acusación de que era “un espía alemán”.¹³⁹

Inmediatamente después de la muerte de Zinoviev y Kamenev, Stalin ordenó a Yagoda que ejecutase a más de 5.000 miembros del partido que ya estaban arrestados. Fue el comienzo del Gran Terror. Poco después de este episodio, Stalin envió desde Sochi, donde pasaba sus vacaciones, el siniestro telegrama del 25 de septiembre de 1936: “Consideramos absolutamente necesario y urgente que se designe al camarada Yezhov en el cargo de comisario del pueblo de Asuntos Interiores. Yagoda ha demostrado claramente que es incapaz de desenmascarar al bloque trotskista-zinovievista. La OGPU lleva un retraso de cuatro años en el tema”.¹⁴⁰ A esto siguió una purga sistemática de la policía secreta, ejecutada por equipos de doscientos a trescientos fanáticos del partido reclutados en secreto por Yezhov.¹⁴¹ Después, Stalin eliminó a su antiguo amigo georgiano Ordzhonikidze, el último miembro del Politburó a quien se le permitía llamarlo por el antiguo apodo de “Koba” o discutir con él; se le ofreció la alternativa de suicidarse o morir en una celda de la policía. Después de febrero de 1937, Stalin podía matar a quien se le antojara y apelando a los medios que él eligiese. En el plenario del CC, a fines del mismo mes, este cuerpo “ordenó” a Stalin que arrestase a Bujarin y a Rykov. Bujarin rogó lacrimosamente por su vida. Stalin le dijo: “Si usted es inocente, puede demostrarlo en la celda de la cárcel”. El CC expresó: “¡Maten al traidor!”. Los dos hombres fueron llevados directamente a la cárcel y a la muerte. Más tarde se oyó murmurar a Yagoda: “Lástima que no los arresté a todos ustedes antes, cuando disponía del poder necesario”.¹⁴² (Que no lo hubiera hecho antes no cambió las cosas: de las 140 personas presentes, casi dos terceras partes serían asesinadas poco después.)

Desde fines de 1936 hasta la segunda mitad de 1938, Stalin asestó golpes a todos los sectores del régimen. Solamente en 1936 asesinó a 3.000 oficiales superiores de la policía secreta y al 90 por ciento de los acusadores públicos de las provincias. Desde 1935 había mantenido negociaciones secretas con Hitler. Al año siguiente persuadió al gobierno nazi de que fabricase pruebas falsas de la existencia de contactos secretos entre el mariscal Tujachevski, comandante del ejército soviético, y los generales de Hitler; la tarea estuvo a cargo de la Gestapo y las “pruebas” fueron entregadas por uno de sus agentes, el general Skoblin, que también trabajaba para la NKVD.¹⁴³ La primera víctima militar de Stalin fue un general de caballería, Dmitri Shmidt, quien al parecer lo había insultado en

¹³⁷ Medvedev, op. cit., pp. 157 y ss.; Hingley, op. cit., pp. 236 y ss.; Conquest, op. cit., pp. 47 y ss.

¹³⁸ Orlov, op. cit., pp. 17-18, 129.

¹³⁹ Orlov, op. cit., p. 350.

¹⁴⁰ Rigby, *The Stalin Dictatorship*, pp. 39-40.

¹⁴¹ W. G. Krivitsky, *I Was Stalin's Agent*, Londres, 1940, p. 166.

¹⁴² *Ibid.*, p. 228.

¹⁴³ Paul Blackstock, *The Secret Road to World War Two: Soviet versus Western Intelligence 1921-1939*, Chicago, 1969; Hingley, op. cit., pp. 292 y ss..

1927; Shmidt fue arrestado el 5 de julio de 1936, torturado y asesinado. Lo siguieron Tujachevski y otros siete altos jefes, y más tarde 30.000 oficiales, aproximadamente la mitad del total, incluyendo el 80 por ciento del total de los coroneles y generales.¹⁴⁴ La mayoría de los oficiales fue ejecutada dentro de las veinticuatro horas de su arresto. En cada grupo, el objetivo era liquidar al jefe más antiguo y, sobre todo, a los que habían combatido en la revolución o habían conocido el partido antes de que se afirmase el dominio de Stalin. La purga del propio partido fue la más severa y prolongada. En Leningrado se dejó con vida a sólo dos de sus 150 Delegados al Decimoséptimo Congreso del Partido. Las bajas en el partido de Moscú fueron igualmente elevadas. En total, resultaron liquidados alrededor de un millón de miembros del partido.¹⁴⁵

Los crímenes cometidos durante estos años nunca fueron expiados, investigados adecuadamente o castigados (excepto por casualidad), pues las sucesivas generaciones de jefes del partido que gobernaron después de Stalin estaban a su vez comprometidas en el proceso. Yezhov, el principal asesino, fue a su vez asesinado por Stalin tan pronto terminaron las purgas. Lavrenti Beria, su sucesor al frente de la policía secreta, fue liquidado por sus colegas del Politburó inmediatamente después de la muerte de Stalin. Georgi Malenkov, que gobernó Rusia durante los años 1953 a 1956 fue el principal responsable de la purga en Bielorrusia y Armenia. Jruschov, que lo sucedió y gobernó durante el período que va desde 1956 hasta 1964, estuvo a cargo de la purga tanto en Moscú como en Ucrania (en colaboración con Yezhov y Molotov). La purga de Leningrado estuvo a cargo de Zhdanov, y uno de sus ayudantes (y de los pocos sobrevivientes) fue Aleksei Kosygin, primer ministro durante los años setenta hasta su muerte. Kaganovich, que ocupó altos cargos hasta los años sesenta, fue el destructor del partido en la región de Smolensk. Leonid Brezhnev, promotor y sobreviviente de la purga en Ucrania, gobernó Rusia desde 1964 hasta su muerte, en 1982.

Todos estos hombres, que gobernaron Rusia durante los treinta años que siguieron a la muerte de Stalin, trabajaron determinados por una mezcla de ambición personal y miedo, ajustándose a las instrucciones directas y detalladas de Stalin. Un miembro de la NKVD, que fue miembro de la guardia personal de Stalin, atestiguó que Yezhov veía casi diariamente a Stalin durante los años 1937 a 1939, trayendo siempre un grueso fajo de papeles; Stalin impartía las órdenes de los arrestos, el empleo de la tortura y las sentencias (éstas antes del juicio). Stalin practicaba personalmente algunos interrogatorios. Escribía en los documentos: “arresten”, “arresten a todos”, “no es necesario investigar; arresten a todos”. En el Vigésimosegundo Congreso del Partido, Z. T. Serdiuk leyó una carta de Yezhov: “Camarada Stalin: Le envío para confirmación cuatro listas de personas cuyos casos se encuentran a consideración del Collegium Militar: lista uno, general; lista dos, ex personal militar; lista tres, ex personal de la NKVD; lista cuatro, viudas de ex enemigos del pueblo. Solicito la aprobación de la condena de primer grado (*pervaia kategoriia*, es decir, fusilamiento) “. La lista tiene las palabras: “Aprobado, J. Stalin, V. Molotov”. Entre 1937 y 1939 la firma de Stalin aparece en más de 400 listas que incluyen los nombres de 44.000 personas, altos jefes del partido, funcionarios del gobierno, oficiales y figuras de la cultura.¹⁴⁶

También se asesinó a elevado número de comunistas extranjeros que habían buscado asilo en Moscú. Entre ellos a Béla Kun y a la mayoría de los líderes comunistas húngaros; a casi todos los jefes comunistas polacos; a la totalidad de la plana mayor del partido yugoslavo, con excepción de Tito, a los famosos búlgaros Popov y Tanev, héroes del proceso de Leipzig con Dimitrov (que escapó por pura suerte; Stalin tenía también una carpeta referida a él); a todos los coreanos, muchos indios y chinos, y a líderes comunistas de Letonia, Lituania, Estonia, Besarabia, Irán, Italia, Finlandia, Austria, Francia, Rumania, Holanda, Checoslovaquia, Estados Unidos y Brasil. Los más afectados fueron los alemanes que habían buscado refugio y que huían de Hitler. Conocemos los nombres de 842 que fueron arrestados, pero en realidad hubo muchos más, hasta las esposas y los hijos de los líderes; por ejemplo, la familia de Karl Liebknecht. Algunos de los alemanes que sobrevivieron más tarde estarían en condiciones de exhibir las huellas de las torturas sufridas a

144 John Erickson, *The Soviet High Command, a Military and Political History 1918-1941*, Londres, 1962, p. 374; Conquest, op. cit., p. 224; Hingley, op. cit., pp. 258-259.

145 Schapiro, *Communist Party*, p. 440.

146 Medvedev, op. cit., pp. 294-296.

mano de la Gestapo y la NKVD, y de ese modo se convirtieron en símbolos vivientes de los contactos furtivos que los servicios de seguridad de la Alemania nazi y la Rusia soviética mantenían a lo largo de ese período. En general, los comunistas europeos estaban más seguros en sus propias patrias fascistas que en la “cuna del socialismo”. Roy Medvedev, el historiador marxista soviético independiente, observó: “Es terrible la paradoja de que la mayoría de los líderes y activistas comunistas europeos que vivieron en la Unión Soviética pereció, y en cambio la mayoría de los que estuvieron encarcelados en sus países natales durante los años 1937 y 1938 sobrevivió”.¹⁴⁷ Es indudable que Stalin intercambiaba con los nazis listas de activistas “buscados”, y es posible que haya hecho lo mismo con otros regímenes totalitarios atacados por su propaganda con ferocidad mecánica. Se interesaba mucho por la suerte de los comunistas extranjeros con quienes trataba. Pero por lo demás se interesaba mucho por todos los aspectos de su propio terror. En un momento del juicio de Bujarin, su antiguo camarada y ahora su víctima, un pantallazo de luz reveló brevemente a los visitantes la cara del propio Stalin, espionando a través del vidrio oscuro de una ventanita abierta en el cielo raso del tribunal.¹⁴⁸

Oscuridad a mediodía (1940), la brillante novela de Arthur Koestler, dio origen a la impresión de que las principales víctimas de Stalin, atrapadas en su propia teología marxista y en la moral relativa que compartían con él, se sentían inducidas a colaborar en la preparación de su propio testimonio falso, e incluso llegaban a creer en él. Nada más lejos de la verdad. Aunque la mayoría de los principales “conspiradores”, cuya evidencia era necesaria para armar la estructura fundamental de la fantasía, fue inducida a confesar mediante una mezcla de amenazas de muerte o de tortura infligida a las esposas y los hijos, promesas de trato benigno y violencia física, en la abrumadora mayoría de las víctimas los métodos de Stalin no eran muy distintos de los que aplicaba Pedro El Grande, excepto por la escala, y eso impedía que hubiese la más mínima sutileza.

Durante estos años, alrededor del 10 por ciento de la numerosa población rusa pasó por la maquinaria penitenciaria de Stalin. Algunas cárceles zaristas famosas, entre ellas la Lefortovskaia, que habían sido convertidas en museos y pobladas con figuras de cera, fueron devueltas al servicio, y la carne y la sangre sustituyó a la cera. Iglesias, hoteles, incluso casas de baños y establos fueron convertidos en mazmorras y se construyeron docenas de prisiones nuevas. En estos establecimientos se empleó la tortura en una escala que más tarde hasta los nazis se vieron en dificultades para igualar. Se mutilaba a hombres y mujeres, se les arrancaban los ojos, se les perforaban los tímpanos; se los metía en “cajas de clavos” y se utilizaban otros artefactos horribles. Era frecuente torturar a las víctimas en presencia de la familia. La esposa de Nestor Lakoba, una mujer de sorprendente belleza, prefirió morir bajo la tortura, a pesar de la presencia de su lloroso hijo de catorce años, antes que acusar a su marido. Muchos afrontaron una muerte horrible con el mismo estoicismo. El plan de la NKVD de presentar un falso juicio del Movimiento Juvenil se vio frustrado porque S. V. Kovarev y otros líderes del Comité Central Komsomol prefirieron morir todos bajo la tortura antes que confesar una mentira. Un elevado número de oficiales militares murió de este modo: *in extremis* tal vez firmaban sus propias “confesiones”, pero no implicaban a otros. De acuerdo con Medvedev, los reclutas de la NKVD, que tenían dieciocho años, “eran llevados a las salas de tortura, como se hace con los estudiantes de medicina que acuden a los laboratorios a ver las disecciones”.¹⁴⁹

Es evidente que el ejemplo de Hitler indujo a Stalin a desencadenar su gran terror y, por otra parte, sus agentes siempre estaban dispuestos a aprender lo que la Gestapo y la SS pudieran enseñarles. Pero las enseñanzas eran mutuas. El sistema de los campos fue importado de Rusia por los nazis. Himmler los organizó con mucha rapidez; había casi un centenar de campos nazis antes de fines de 1933. Pero en todas las etapas, incluso en la cumbre del programa nazi de exterminio de 1942-1945, había muchos más campos soviéticos, la mayoría de ellos más grandes que los nazis y con una población mucho mayor. Sin duda, como lo demostraron Solzhenitsyn y otros, los campos soviéticos formaban una gran serie de importantes islas territoriales en la extensión de la Unión

¹⁴⁷ *Ibid.*, pp. 219-223.

¹⁴⁸ Fitzroy Maclean, *Eastern Approaches*, Londres, ed. 1966, pp. 119-120.

¹⁴⁹ Para más detalles sobre el uso de la tortura, véase Medvedev, *op. cit.*, pp. 259-270, 286.

Soviética, con un total de muchos miles de kilómetros cuadrados. A semejanza de los campos nazis, que formaban una escala a partir de Dachau, el “Eton” o “Groton” del sistema, los campos soviéticos pertenecían a muchas clases distintas. Estaba, por ejemplo, el campo especial para las viudas, los huérfanos y otros parientes de los oficiales militares masacrados, y había cárceles orfanatos para los hijos de los “enemigos del pueblo”, que probablemente también serían juzgados y sentenciados, como sucedió con Svetlana, la hija del mariscal Tujachevski, apenas tuvieran edad suficiente.¹⁵⁰

Pero la mayoría de los campos respondía a un propósito económico definido, y en ese ejemplo se inspiró Himmler, a partir de 1941, para crear un importante sector “socializado” en la economía alemana. La Unión Soviética no acometió una política intencional y sistemática de genocidio, aunque Stalin se acercó a eso en el trato que dispensó a las “nacionalidades” soviéticas durante la segunda guerra mundial. Pero los campos soviéticos eran de todos modos “campos de la muerte”. Los anuncios con letras de hierro sobre los campos de la región de Kolyma, que eran algunos de los peores y que decían: “El trabajo es cuestión de honor, valor y heroísmo”, eran tan engañosos como su imitación nazi, colgada sobre la entrada de Auschwitz: *Arbeit Macht Frei* (Hacia la libertad a través del trabajo). En estos campos, la NKVD realizaba a menudo ejecuciones masivas utilizando ametralladoras: de ese modo murieron 40.000 hombres, mujeres y niños solamente en los campos de Kolyma en 1938. El “castigo especial” y los campos destinados a la extracción del oro eran los peores asesinos. Lenin, y más tarde Stalin, crearon la segunda industria mundial del oro por orden de importancia, después de la sudafricana, y crearon enormes reservas de oro sobre las espaldas de hombres que trabajaban dieciséis horas diarias, sin días de descanso, cubiertos de harapos, durmiendo a menudo en tiendas desgarradas, con temperaturas sumamente bajas y porciones lamentables de alimentos. Los testigos revelaron más tarde que se necesitaban de veinte a treinta días en estos campos para convertir a un hombre sano en una ruina física, y algunos afirmaron que las condiciones tenían el propósito definido de alcanzar una elevada tasa de mortalidad. Los guardias propinaban feroces castigos físicos a los prisioneros, y en esto también intervenían los criminales profesionales, a quienes se encomendaban tareas de “supervisión” sobre las masas de detenidos “políticos”, otro rasgo de los campamentos imitado por los nazis.

En tales circunstancias, la tasa de mortalidad casi superaba las posibilidades de la imaginación de los individuos civilizados. Medvedev calcula la cifra de las víctimas del gran terror, fusiladas sumariamente, entre 400 a 500.000. Cree que el número total de víctimas durante los años 1936 a 1939 fue aproximadamente de cuatro millones y medio. Los hombres y las mujeres morían en los campos en la proporción de aproximadamente un millón por año durante este y los períodos siguientes, y el total de muertes provocadas por la política de Stalin oscila alrededor de los 10 millones.¹⁵¹ Del mismo modo que la purga de Roehm indujo a Stalin a imitar el método, a su vez la escala de las atrocidades masivas de Stalin indujo a Hitler a aplicar sus esquemas de tiempos de guerra con el propósito de modificar toda la demografía de Europa Oriental. En la esfera de la ingeniería social, el asesinato masivo a escala industrial es siempre el arma definitiva; la solución final de Hitler aplicada al problema de los judíos se originó no sólo en su propia mente febril sino en la colectivización del campesinado soviético.

Teniendo en cuenta su naturaleza sin precedentes, las atrocidades cometidas por los regímenes totalitarios nazi y soviético durante la década de los treinta ejercieron una influencia notablemente reducida sobre el mundo, aunque el carácter (ya que no la magnitud) de ambas, y sobre todo de las primeras, era bastante bien conocido en esa época. Los crímenes de Hitler llamaban más la atención, en parte porque estaban más cerca de Occidente y en parte porque se hacía pública vanagloria de ellos, pero sobre todo porque una población cada vez más numerosa de intelectuales emigrados difundía las noticias al respecto. En su condición de enemigo autoproclamado de la civilización, contrapuesta a la *Kultur*, Hitler fue el blanco natural de los escritores del mundo libre,

150 Simon Wolin y Robert M. Slusser, *The Soviet Secret Police*, Nueva York, 1957, p. 194; Antoni Ekart, *Vanished Without Trace*, Londres, 1954, p. 244.

151 Medvedev, op. cit., p. 239; Conquest, op. cit., 525-535; véanse también los cálculos de Iosif Dyadkin en *Wall Street Journal*, 23 de julio de 1980, que son similares.

incluso antes de asumir el cargo de canciller; y una vez en el poder procedió a confirmar su imagen de enemigo mortal de la intelectualidad. La quema pública de libros comenzó en marzo de 1933 y culminó en Berlín durante el mes de mayo, bajo la dirección de Goebbels, que repitió las palabras de Ulrich von Hutten: “Oh, siglo, oh ciencias, ¡qué alegría estar vivo!”. En Nuremberg (1935) y Munich (1937) se realizaron exposiciones del “arte degenerado”. Se presionó a los museos con el fin de que se desprendiesen de algunos cuadros; de esta forma, en el curso de la venta realizada en Lucerna en junio de 1939, se vendieron a precios irrisorios obras de Gauguin y Van Gogh, y *El bebedor de ajeno* de Picasso no encontró comprador. Se publicaron regularmente listas de emigrados a quienes se despojaba de su ciudadanía alemana. Entre ellos estaban Leon Feuchtwanger, Helmut von Gerlach, Alfred Kerr, Heinrich Mann, Kurt Tucholsky, Ernst Toller (agosto de 1933), Robert Becher, Einstein, Theodor Plivier (marzo de 1934), Bruno Frank, Klaus Mann, Piscator (noviembre de 1934), Friedrich Wolf, Bertold Brecht, Paul Bekker, Arnold Zweig, Thomas Mann (1935-1936), y muchas otras figuras famosas.¹⁵² Éstas y miles de profesores universitarios y periodistas judíos y antinazis, que no podían ganarse la vida en Alemania y de hecho estaban obligados a emigrar, engrosaron el coro de los que trataron de denunciar las condiciones existentes en el Reich de Hitler.

De todos modos, Hitler tenía sus admiradores, que podían ser muy expresivos. Entre ellos cabe mencionar a Lloyd George, el duque de Windsor y lord Rothermere, propietario del *Daily Mail*. El mayor Yeats-Brown, autor de la famosa obra *Vidas de un Lancero de Bengala*, declaró que su “opinión sincera era que había más cristianismo auténtico en la Alemania actual que en cualquier otro momento durante la República de Weimar”. Entre los que expresaron su aprobación condicionada a las distintas formas del fascismo estaban Benedetto Croce, Jean Cocteau, Luigi Pirandello, Giovanni Gentile, James Burnham, W. B. Yeats, T. S. Eliot y Filippo Marinetti, además de los intelectuales declaradamente fascistas como Charles Maurras, Luis-Ferdinand Céline, Ezra Pound, Oswald Spengler y Martin Heidegger.¹⁵³

Pero la abrumadora mayoría de los intelectuales derivó hacia la izquierda. Entendían que el nazismo representaba un peligro mucho más grave, tanto para su propio orden como para todas las formas de la libertad. Hacia mediados de los años treinta, muchas personas inteligentes creían que el fascismo probablemente se convertiría en el sistema de gobierno predominante en Europa y quizás en el mundo. Había regímenes casi fascistas en Alemania, Italia, España, Portugal, Polonia, Hungría, Austria, Turquía, Grecia, Rumania, Japón y muchos otros Estados, y florecientes partidos fascistas casi en todas partes. A sus ojos, la Unión Soviética era la única potencia importante totalmente dispuesta a oponerse al fascismo y, si era necesario, a luchar contra él. De ahí que muchos estuviesen dispuestos no sólo a defender sus virtudes aparentes sino a justificar la evidente implacabilidad del régimen stalinista. Muy pocos, por lo menos durante esa etapa, tenían conciencia de la verdadera naturaleza del régimen. Sobre todo los escritores judíos sabían poco o nada del violento antisemitismo de Stalin. Ignoraban que había enviado a los campos a más de 600 escritores, y a muchos (incluso Isaac Babel y Osip Mandelstam) a la muerte, que casi seguramente había asesinado a Máximo Gorki y que, como Hitler, había retirado de la circulación millones de libros para quemarlos, aunque no públicamente.¹⁵⁴

De todos modos, los intelectuales de Occidente sabían de la severidad soviética lo suficiente para adoptar una norma doble al defenderla. Lincoln Steffens dio el tono: “La traición al zar no era pecado, la traición al comunismo lo es”.¹⁵⁵ Shaw expresó: “No podemos concedernos el lujo de darnos aires morales cuando nuestro vecino más emprendedor [...] liquida humana y juiciosamente

¹⁵² Laqueur, op. cit., pp. 266-267.

¹⁵³ Con relación a los intelectuales de derecha, véase Richard Griffiths, *Fellow-Travelers of the Right: British Enthusiasts for Nazi Germany 1933-1938*, Londres, 1980, y Alastair Hamilton, *The Appeal of Fascism: a Study of Intellectuals and Fascism 1919-1945*, Londres, 1971; véase también Malcolm Muggeridge, *The Thirties*, Londres, 1940, pp. 281-282.

¹⁵⁴ Con respecto al antisemitismo de Stalin, véase Medvedev, op. cit., pp. 493 y ss.; él ofrece una lista de libros prohibidos por Stalin en p. 524; con respecto a Gorki, véase Hingley, op. cit., pp. 241-242.

¹⁵⁵ *The Letters of Lincoln Steffens*, ed. E. Winter y G. Hicks, 2 vols., Nueva York, 1938, II, p. 1001.

a un puñado de explotadores y especuladores con el propósito de que el mundo sea un lugar más seguro para los hombres honestos”.¹⁵⁶ André Malraux afirmó que: “así como la Inquisición no afectó la dignidad fundamental del cristianismo, los procesos de Moscú no han debilitado la dignidad fundamental del comunismo”.¹⁵⁷ Muchos intelectuales, incluso algunos que sabían lo que era la justicia totalitaria, defendieron los procesos. Brecht escribió: “Incluso en opinión de los más severos enemigos de la Unión Soviética y su gobierno, los procesos han demostrado claramente la existencia de conspiraciones activas contra el régimen”, un “cenagal de infames crímenes”, cometidos por “toda la resaca, doméstica y extranjera, todas las alimañas, los criminales y los informantes profesionales [...] esa chusma [...] Estoy convencido de que ésta es la verdad”.¹⁵⁸ Feuchtwanger presenció el proceso de Pyatakov (que llevó al de Bujarin y a otros juicios) e inmediatamente escribió un libro acerca del episodio, titulado *Moscú 1937*, donde afirmaba: “Nada justificaba suponer que había algo preparado o artificial en los procedimientos del juicio”. Stalin ordenó que se tradujese inmediatamente la obra y se la publicase en Moscú (noviembre de 1937), y un ejemplar fue puesto en manos del desdichado Bujarin la víspera misma de su propio proceso y vino a acentuar su desesperación.¹⁵⁹

En efecto, la NKVD utilizaba a menudo los folletos favorables a Stalin, escritos por los intelectuales occidentales, para quebrar la resistencia de sus prisioneros. Contaba también con la ayuda de los elementos de las embajadas y los diarios occidentales favorables a Stalin que se encontraban en Moscú. El embajador Davies informó a su gobierno que los procesos eran absolutamente auténticos, y repitió estas opiniones en una obra mentirosa, *Misión en Moscú*, publicada en 1941. Harold Denny, del *New York Times*, escribió acerca de los procesos: “En el sentido general de la palabra, no son falsificaciones” (14 de marzo de 1938). Su colega Walter Duranty, corresponsal permanente del diario en Moscú, fue uno de los más entusiastas apologistas de Stalin. Como escribió Malcolm Muggeridge: “Había algo vigoroso, vivaz y absurdo en su inescrupulosidad, y así sus mentiras persistentes resultaban hasta cierto punto fascinantes”. Su expresión favorita era: “Yo aposté mi dinero a Stalin”.¹⁶⁰ Escribió acerca del proceso a Pyatakov: “Es inconcebible que Stalin, Voroshilov, Budyonny y la corte marcial puedan haber sentenciado a muerte a sus amigos si las pruebas de la culpabilidad no eran abrumadoras”.¹⁶¹ Sugerir que las pruebas eran falsas, repitió como un eco el embajador Davies, equivalía a “suponer el genio creador de Shakespeare”.¹⁶²

El intento de los intelectuales occidentales de defender el stalinismo los comprometió en un proceso de autocorrupción, que les transfirió, y por lo tanto trasladó a sus respectivos países, donde lo que ellos escribían ejercía influencia, parte de la descomposición moral inherente al mismo totalitarismo y, sobre todo, su negación de la responsabilidad individual frente al bien o el mal. Lionel Trilling observó sagazmente, al referirse a los stalinistas de Occidente, que repudiaban la política, o por lo menos la política de la “vigilancia y el esfuerzo”:

En un gobierno monolítico impuesto veían la posibilidad de evitar reposadamente los actos específicos de la voluntad que son necesarios para afrontar los muchos requerimientos, a menudo contradictorios de la sociedad democrática [...] acariciaban la idea de la revolución como el acto definitivo e integral de la voluntad que terminaría para siempre con la necesidad de desplegar los esfuerzos de la voluntad individual”.¹⁶³

¹⁵⁶ Shaw, *The Rationalization of Russia*, Bloomington, Ind., ed. 1964, p. 112.

¹⁵⁷ Citado por Jean Lacourure, *André Malraux*, Nueva York, 1975, p. 230.

¹⁵⁸ Citado por Sydney Hook en *Encounter*, marzo de 1978.

¹⁵⁹ Cohen, op. cit., p. 376.

¹⁶⁰ Muggeridge, *Chronicles of Wasted Time*, pp. 254-255.

¹⁶¹ Walter Duranty, *The Kremlin and the People*, Nueva York, 1941, p. 65.

¹⁶² Citado en Hollander, op. cit., p. 164.

¹⁶³ Trilling, en *The Last Decade*, “Art, Will and Necessity”.

Por referencia a Estados Unidos, este proceso fue particularmente grave, porque los stalinistas formaban entonces el sector más destacado del nuevo movimiento radical y, como observó el mismo Trilling:

Sea cual fuere la opinión que uno formule acerca de la situación cultural norteamericana, es imposible exagerar la importancia del movimiento radical norteamericano de la década de los treinta. Puede afirmarse que dicho movimiento creó a la clase intelectual norteamericana según la conocemos ahora, con la magnitud y la influencia que ahora la caracterizan. Determinó el carácter de esta clase como una corriente que, a través de todos los cambios de opinión, se inclinó principalmente hacia la izquierda”.¹⁶⁴

Ésta fue la clase que plasmó el pensamiento del régimen político demócrata liberal, el mismo que habría de ejercer el poder en la nación más poderosa de la tierra prácticamente hasta fines de los años setenta.

Por consiguiente, la influencia ramificada del terror totalitario de los años treinta fue inmensa en el tiempo y en el espacio. Pero en esa época, las consecuencias últimas de los regímenes de Hitler y Stalin parecieron poco significativas. Lo que importaba era lo que esos regímenes harían en el futuro inmediato, y no simplemente a sus indefensos súbditos, sino a los vecinos mediatos e inmediatos. El ascenso de Stalin y Hitler al poder absoluto asestó un golpe decisivo a una estructura mundial que ya era inestable y frágil. Tanto Hitler como Stalin se habían fijado metas territoriales ilimitadas, pues ambos adherían a escatologías inminentes, una clasista y la otra racista, y entendían que en el proceso, el sistema de poder que cada uno representaba conseguiría ejercer una suerte de dominio global. De ahí que la llegada de estos dos hombres a la escena iniciara lo que podemos denominar el momento culminante de la agresión.

¹⁶⁴ *Ibíd.*, “A Novel of the Thirties”.

9 EL MOMENTO CULMINANTE DE LA AGRESIÓN

Durante la década de los veinte las democracias occidentales civilizadas habían mantenido una especie de orden mundial inestable, por medio de la Liga por una parte y de la diplomacia financiera anglonorteamericana por otra. A principios de los años treinta, el sistema —si podía llamárselo así— se derrumbó por completo y comenzó una era de bandidaje internacional en que los estados totalitarios se comportaron sencillamente en armonía con sus medios militares. Las potencias respetuosas de la ley habían caído en la ruina económica y se habían desarmado unilateralmente. La economía francesa alcanzó su momento culminante en 1929 y luego inició un proceso de declinación permanente, de modo que recuperó los niveles de 1929 sólo a principios de los años cincuenta. Las cifras de desocupados se mantuvieron relativamente bajas por la sencilla razón de que los trabajadores despedidos retornaban a las regiones campesinas en las que habían nacido y se expulsaba a los emigrantes. Francia se refugió en el aislamiento y comenzó a construir su línea Maginot, en sí misma símbolo de derrotismo. Los norteamericanos y los británicos estaban obsesionados por la economía. A principios de los años treinta, el ejército norteamericano, que contaba con 132.069 oficiales y soldados, era apenas el decimosexto del mundo, con una fuerza menor que los de Checoslovaquia, Polonia, Turquía, España y Rumania.¹ MacArthur, jefe del Estado Mayor, poseía la única limusina del ejército. Ramsay MacDonald, primer ministro laborista de Gran Bretaña, que no tenía automóvil propio ni vehículo suministrado por el Estado, debía trotar hasta la esquina de Downing Street y detener un ómnibus o un taxi cuando salía para atender los asuntos nacionales.² En 1930 los norteamericanos persuadieron al semipacifista gobierno laborista de la conveniencia de firmar el Tratado Naval de Londres, que redujo la Marina Real a un estado de impotencia que no había conocido desde el siglo XVII. El secretario de Relaciones Exteriores, Arthur Henderson, un utopista de convicción metodista que hablaba de “movilizar una diplomacia de la democracia”, defendió la decisión de suspender el trabajo en la proyectada base de Singapur y reducir los cruceros británicos a un total de sólo cincuenta, con el argumento de que Japón “se había comprometido definitivamente a resolver sus disputas apelando a medios pacíficos”.³

Por extraño que parezca, el Tratado Naval de Londres, acordado en 1930 y firmado de mala gana por los japoneses, fue el factor que los indujo finalmente a romper con Occidente y a perseguir la consecución de sus propios objetivos. La ley Smoot-Hawley de tarifas aduaneras (1930), que destruyó el comercio norteamericano de Japón (el 15 por ciento de sus exportaciones) y las siguientes tarifas que se aplicaron como represalia les parecieron razón suficiente para regresar a la ley de la jungla. El 10 de septiembre de 1931, los marineros de la base naval británica de Invergordon, irritados por la reducción del 10 por ciento de sus haberes, se amotinaron e inmovilizaron algunas de las principales unidades de la flota británica. Ocho días después el Alto Mando Militar japonés urdió una crisis en Manchuria y el episodio desembocó en una invasión, contraviniendo las órdenes explícitas del gabinete civil de Tokio.⁴ El gabinete se rindió y respaldó el golpe militar, al mismo tiempo que creó un nuevo Estado títere, denominado Manchukuo.

Gran Bretaña nada podía hacer, y nada hizo. Sir Francis Lindley, embajador británico en Tokio, afirmó que se halló “en la ingrata posición de pedir garantías a un gobierno que carecía de poder para respaldarlas”.⁵ Gran Bretaña consiguió que se iniciara una investigación de la Liga de las

¹ Manchester, op. cit., p. 7.

² James Margach, *The Abuse of Power* Londres, 1978.

³ Barnett, op. cit., p. 291; Mary Agnes Hamilton, *Arthur Henderson*, Londres, 1938.

⁴ Beasley, op. cit., p. 245.

⁵ *Documents on British Foreign Policy*, 2, IX, n° 43; véase Ian Nish, *Japanese Foreign Policy, 1869-1942*, Londres, 1977, pp. 260 y ss.

Naciones dirigida por lord Lytton y, por supuesto, a su debido tiempo la comisión investigadora presentó un informe que criticaba a Japón. La única consecuencia fue que este país abandonó la Liga el 27 de marzo de 1933. Los partidarios entusiastas de la Liga, entre ellos lord Robert Cecil, presionaron a favor de una “acción” contra Japón. Pero eran los mismos hombres que habían insistido en el desarme. El 29 de febrero de 1932 sir Frederick Field, primer lord del mar, afirmó que Gran Bretaña se encontraba “impotente” en Lejano Oriente y que Singapur estaba “indefensa”. La regla de los diez años ahora fue abandonada discretamente, pero era demasiado tarde.⁶ Como dijo Stanley Baldwin: “Si imponemos un boicot económico, Japón declarará la guerra y se adueñará de Singapur y Hong-Kong, y en la situación en que nos encontramos no podremos impedirlo. De Washington obtendremos palabras, palabras grandilocuentes, pero nada más que palabras”.⁷

En realidad, incluso con la fuerza que entonces poseían, Gran Bretaña y Estados Unidos combinados habrían podido disuadir y contener a Japón. Podía defenderse a Pearl Harbour únicamente con fuerzas navales. Reforzada con unidades británicas, la flota norteamericana del Pacífico podía haber asegurado la defensa de la base. Cabía la posibilidad de defender el puerto de Singapur utilizando solamente fuerzas aéreas adecuadas.⁸ Con el aporte de refuerzos norteamericanos también eso hubiera sido posible. Si se adoptaba una línea firme frente a Japón, este plan habría sido viable. Pero ese planeamiento conjunto se vio impedido por el aislacionismo norteamericano cada vez más acentuado, una característica de los años treinta más que de los veinte. Estados Unidos estaba avanzando hacia la ley de Neutralidad de 1935. Cuando Roosevelt recibió el poder de manos de Hoover, agravó todavía más la situación. Hoover había contribuido a planear una conferencia económica mundial, la que debía celebrarse en Londres en junio-julio de 1933. Es posible que este encuentro hubiera permitido convencer a las potencias “pobres” de que había otros caminos, además de la guerra, para sobrevivir. El 3 de julio Roosevelt torpedeó la conferencia. Después, no se hicieron esfuerzos reales con el fin de crear una estructura financiera estable que permitiese resolver las disputas mediante la diplomacia. Durante los años veinte el mundo había sido dirigido por el poder del dinero. En los años treinta se vio sometido al arbitrio de la espada.

El estudio atento de la cronología del período revela la medida en que las potencias totalitarias, aunque actuaban con independencia unas de otras y a veces en una relación de franca hostilidad mutua, aprovecharon su número y poder cada vez más considerable para desafiar y superar los recursos lamentablemente escasos del orden democrático. Italia, Japón, Rusia y Alemania participaron conjuntamente en un juego geopolítico y el propósito general fue reemplazar el derecho y los tratados internacionales por una nueva Realpolitik en la que (así lo creía cada uno de estos países) su propia visión milenaria estaba destinada a realizarse. Ninguno de estos estados predatorios confiaba en los restantes; cada uno apelaba al engaño siempre que podía; pero cada uno aprovechaba las depredaciones de los restantes para acrecentar su propio botín y fortalecer su posición. Había, por lo tanto, una conspiración del delito, inestable y variable, a veces franca y más a menudo disimulada. También había competencia en el delito: el proceso por el que un Estado totalitario corrompía internamente a otro se extendió a las relaciones exteriores, de manera que también aquí operó la ley de Gresham, y la diplomacia fue desplazada y sustituida por la fuerza.

Esos estados depredadores practicaban la Realpolitik de diferentes modos y con distintas velocidades. La Rusia de Stalin era la más “bismarckiana» y se contentaba con aprovechar la oportunidad sencillamente cuando ésta se le ofrecía; poseía paciencia suficiente para actuar con arreglo a escalas de tiempo geológicas, pues estaba convencida de que finalmente todo sería suyo. Alemania era la más dinámica y estaba animada por una escatología inminente, la que, según pensaba Hitler, debía realizarse en el curso de su propia vida. La Italia de Mussolini era el chacal que seguía el rastro de las grandes bestias y se apoderaba de los bocados que se le ponían al alcance de sus fauces. Japón era la potencia más inestable y la agobiaba la visión de un hambre masiva real y auténtica. La crisis mundial había recortado los precios de su principal exportación, la seda cruda,

⁶ Barnett, op. cit., p. 300.

⁷ Middlemass y Barnes, op. cit., p. 729.

⁸ James Neidpath, *The Singapore Naval Base and the Defence of Britain's Eastern Empire 1919-1941*, Oxford, 1981.

un 50 por ciento y ahora andaba escasa de divisas para comprar arroz. Pese a todo, hacia 1934 estaba gastando 937 millones de yens de un presupuesto total de 2.112 millones, es decir, casi la mitad, en su ejército y su marina.⁹ Todos estos regímenes totalitarios padecían también los efectos de la depredación interna, es decir la guerra hobbesiana de “cada uno contra todos”. Pero por lo menos en Alemania, Rusia e Italia la dictadura estaba a cargo de gánsters. En Japón nadie se hacía cargo de la situación.

La conspiración manchuriana de 1931 demostró que los militares podían usurpar la adopción de decisiones y permanecer impunes. En 1932, los asesinatos del primer ministro, del ministro de Finanzas y de importantes industriales señaló el fin efectivo del gobierno parlamentario. En diciembre de 1933 el propio tenno estuvo a un paso de ser asesinado y luego fue dominado por el terror. La figura más influyente de Japón durante los años 1931 a 1934 fue el general Sadao Araki, ministro de Guerra y feroz ideólogo del *bushido*, que encabezaba una juventud de estilo hitleriano y era uno de los principales representantes del nuevo *shinto* totalitario. En un país europeo casi seguramente se habría convertido en dictador y, por lo tanto, habría creado un foco centralizado de decisión y responsabilidad. Pero en un país que, en teoría, estaba gobernado por un hombre dios viviente, se reprobaba el liderato individual y se lo castigaba con el asesinato. Incluso el japonés más autoritario —en realidad, sobre todo el más autoritario— adhería al gobierno del clan o el grupo, y las pequeñas oligarquías se reunían y discutían en secreto, y adoptaban decisiones colectivas que disimulaban la responsabilidad individual. Era un sistema que alentaba simultáneamente la temeridad física y la cobardía moral, y que sofocaba la conciencia individual.¹⁰ Determinaba que las elites japonesas fuesen especialmente susceptibles al colectivismo predicado, aunque con distintos matices, por Stalin, Mussolini y Hitler, y sobre todo a la idea fundamental, en la que las tres concepciones coincidían totalmente, de que los derechos del individuo estaban subsumidos en los derechos del Estado, que eran totales e incondicionales. A partir de la década de 1860, los británicos y los norteamericanos se habían esforzado mucho por inculcar una tradición distinta y habían alcanzado cierto éxito. La sostenía y personificaba el profesor Tatsukichi Minobe, autoridad en derecho constitucional de la Universidad Imperial desde 1902 y par del Japón por designación imperial. Sus tres obras fundamentales acerca de la constitución japonesa lo convirtieron en el mentor del liberalismo parlamentario japonés y fueron blanco del odio especial de los devotos del *shinto* totalitario. Los ataques al anciano profesor, que sostenía que la ley existía para proteger al individuo en la sociedad y que ésta era superior al Estado, fueron cada vez más duros, a medida que se agravaba la impunidad de los actos ilegales en Japón, y sobre todo cuando Hitler surgió triunfante en Alemania para gobernar al margen del derecho constitucional y en actitud de desafío a los pactos internacionales. El 19 de diciembre de 1934, Japón denunció el Tratado Naval de Londres y siguió a Hitler por la vía del rearme irrestricto. El 16 de marzo de 1935 Hitler repudió el Tratado de Versalles. El 25 de abril, los principales miembros de las fuerzas armadas japonesas trasladaron los libros de Tatsukichi al techo del Club Militar de Tokio y los quemaron públicamente.

A este repudio simbólico del imperio del derecho siguió rápidamente lo que podría denominarse una tosca forma japonesa de hegelianismo, que se convirtió en doctrina oficial y fue enseñada en los servicios y las escuelas. El Ministerio de Justicia elaboró un resumen oficial:

En la mente japonesa no ha existido una concepción del individuo contrapuesto al Estado [...] En la base de los tipos occidentales de ideas existe un concepto individualista de la vida que considera a los individuos como entidades absolutas, independientes [...] el patrón de todos los valores y ellos mismos los valores más altos. [Pero] los seres humanos, si bien tienen vida y existencia independientes, en un sentido más profundo dependen del conjunto y viven en una situación de mutua relación unos con otros. Se originan en el Estado, éste los mantiene y ellos se educan

⁹ James, op. cit., p. 167.

¹⁰ Harold S. Quigley y John E. Turner, *The New Japan: Government and Politics*, Minneapolis, 1956, pp. 38-39.

en la historia y las tradiciones del Estado. Los individuos pueden existir únicamente como eslabones de una vasta e infinita cadena vital que es el Estado; son eslabones a través de los cuales se transmite a la posteridad la herencia de los antepasados [...] Los individuos participan del más elevado y el más grande de los valores cuando sirven al Estado como parte de él.¹¹

Este enunciado era mendaz, porque esa forma filosófica había sido importada de Europa, y engañoso, porque los japoneses que adherían más enfáticamente a esa forma filosófica eran los primeros que desobedecían y atacaban al Estado cuando las medidas que éste adoptaba no se sometían del todo a su control. De todas maneras, el Estado no era una entidad sino una reunión de facciones en guerra, con el asesinato como árbitro. La designación de militares en los ministerios no resolvía el problema: se los asesinaba igual que a los civiles. Tampoco servía como protección la táctica de adoptar colectivamente las decisiones: los pistoleros desarrollaron la técnica del asesinato colectivo. Además, los militares estaban tan divididos como los partidos civiles. La marina deseaba una política “hacia el sur”, que llevara la expansión a las colonias y las islas del Lejano Oriente, las posesiones de los holandeses, los franceses y los británicos, donde abundaban las materias primas y sobre todo el petróleo, que faltaban en Japón. El ejército quería expandirse hacia el continente asiático, pero también estaba dividido entre los “norteños”, que deseaban desarrollar Manchuria y atacar Rusia; y los “sureños”, que ansiaban apoderarse de las ciudades chinas e internarse a lo largo de los grandes valles fluviales. Ninguno de estos hombres o de los políticos civiles que los acompañaban extrajo las consecuencias lógicas de sus propios planes. Eran todos tácticos brillantes, pero ninguno era estratega. Todos poseían notables ideas acerca del modo de desencadenar la guerra; pero del primero al último, desde 1931 hasta la hora de la amarga derrota en 1945, ningún japonés, civil o militar, pensó con sentido realista cómo terminaría probablemente la guerra. ¿Cómo hubieran podido hacerlo? Que se llegara a saber que alguien sostenía la posibilidad de que, en ciertas circunstancias, hubiera que afrontar la derrota, equivalía a ver amenazada la propia vida. Si el debate estaba inhibido por el miedo físico y se modificaba la orientación política mediante la masacre, el cálculo frío —la esencia de la Realpolitik— era imposible. La verdad es que a medida que avanzó la década de los treinta, Japón estuvo gobernado y sus actitudes estuvieron determinadas no por un auténtico sistema de gobierno sino por una anarquía basada en el terror.

11 Citado por Hugh Byas, op. cit., pp. 265-266.

En 1935-1936 llegó el momento culminante. El 12 de agosto de 1935, la lucha de facciones se extendió a las fuerzas armadas, cuando el general Tetsuzan Nagata, jefe del Buró de Asuntos Militares, fue muerto a sablazos por un coronel extremista llamado Saburo Aizawa. Aizawa declaró durante su proceso: “No alcancé a despachar a Nagata con un golpe de mi espada y, en mi carácter de instructor de esgrima, me siento amargamente avergonzado”.¹² Pero no se sentía avergonzado de nada más y usó su prolongado proceso para desplegar una violenta propaganda contra el régimen. El juicio continuaba cuando las elecciones del 20 de febrero de 1936 presenciaron una recuperación del liberalismo parlamentario, si eso valía algo. Cinco días después se ofreció una fiesta en la residencia del embajador norteamericano Joseph Grew. Éste era sordo, y un aspecto característico de las dificultades de su desempeño en Japón era que, durante las grandes audiencias que le concedía el tenno, Grew no podía oír una sola palabra de las que el intérprete pronunciaba, pues era una ofensa imperdonable hablar más alto que un murmullo en presencia del emperador.¹³ Pero la esposa de Grew, nieta del famoso comandante Perry, hablaba perfectamente el japonés y por su casa desfilaban todas las figuras del constitucionalismo japonés. Esa noche, entre sus invitados estaban el almirante Makoto Saito, que era el custodio del Sello Privado, y el chambelán, almirante Kantaro Suzuki. Después de la cena, Grew les mostró *La pícara Marietta*, el filme de Nelson Eddy y Jeanette MacDonald, que fue muy apreciado y arrancó muchas lágrimas a las esposas japonesas.¹⁴

Temprano en la mañana siguiente, 1.500 hombres de la guarnición de Tokio, entre ellos los guardias, dos regimientos de infantería selecta y unidades de artillería, protagonizaron un *putsch*. Ocuparon los tribunales, el edificio de la Dieta y el cuartel general del ejército, la marina y la policía; y rodearon el Palacio Imperial. Pelotones de asesinos, armados con espadas (por el honor) y con metralletas Thomson (por su eficacia) fueron enviados a las residencias de los principales miembros del gobierno. Saito fue asesinado. La misma suerte corrieron el jefe de instrucción militar y el ministro de Finanzas. Suzuki fue herido, pero lo salvó el heroísmo de su esposa. El primer ministro, almirante Okada, uno de los principales objetivos porque acababa de anunciar que las elecciones implicaban el retorno al régimen constitucional, también salvó la vida gracias a su esposa, que lo encerró en un armario, y el grupo de asesinos ametralló por error al hermano. El objetivo supremo de la conspiración era asesinar y sustituir al emperador; pero también él sobrevivió y cuatro días después los guardias navales e imperiales obligaron a rendirse a los amotinados. Trece de los principales rebeldes fueron juzgados deprisa y ejecutados en secreto; sólo dos cometieron *hara-kiri*, aunque a todos se les ofreció la oportunidad. Llama la atención que a lo largo de este sombrío episodio, todos los participantes —las víctimas, sus colegas, el emperador, los altos jefes de la marina y el ejército, la policía, los guardaespaldas y sobre todo los propios asesinos— se comportaron del modo más pusilánime y cobarde. Las únicas excepciones fueron las despreciadas mujeres, las esposas y las criadas de los ministros, que demostraron un nivel extraordinario de coraje y gran riqueza de recursos.¹⁵

El intento de *putsch* fue considerado en general pronazi, pero es más probable que los autores fueran, en ciertos casos en forma consciente y en otros en forma inconsciente, servidores de la política soviética. El manifiesto de este grupo denunciaba a la “gran cantidad de personas que persiguen sobre todo amasar riquezas materiales para beneficio personal, menospreciando el bienestar general y la prosperidad del pueblo japonés[...] El *Genro*, los principales estadistas, las camarillas militares, los plutócratas, los burócratas y los partidos políticos son todos traidores que están destruyendo la esencia nacional”.¹⁶ Los jóvenes oficiales comprometidos en el golpe estaban dispuestos a introducir en Japón una forma de comunismo, es decir una mezcla de marxismo y *Kodo* (el “Mo-do Imperial”), con un emperador títere comunista. Ésta era la opinión del agente soviético Richard Sorge, que trabajaba en el ámbito de la embajada nazi. Conjeturó, y así lo

¹² *Ibid.*, p. 97.

¹³ Mosley, *op. cit.*, pp. 154-155.

¹⁴ Tolland, *op. cit.*, p. 13.

¹⁵ Byas, *op. cit.*, pp. 119 y ss.; Tolland, *op. cit.*, pp. 13-33; Beasley, *op. cit.*, p. 250; James, *op. cit.*, pp. 170 y ss.

¹⁶ Tolland, *op. cit.*, p. 21.

informó a sus jefes de Moscú, que el motín favorecería la política soviética, pues llevaría a alejarse de la táctica “norteña” de enfrentamiento con Rusia a lo largo de la frontera del Manchukuo y promovería una ulterior penetración en China. La noticia era doblemente grata para Stalin, porque una guerra total entre China y Japón no sólo excluía un ataque a las vulnerables bases rusas en Oriente, sino que muy probablemente obligaría a Chiang y al Kuomintang a zanjar sus diferencias con los comunistas chinos y formar un Frente Popular, apresurando de ese modo el momento en que la totalidad de China se incorporaría al bloque soviético.¹⁷

Sin duda eso fue lo que sucedió. Los amotinados habían reclamado una política militar japonesa más activa y proponían una salida “hacia el norte”. Después de ahorcar a los amotinados, el régimen militar japonés se apresuró a adoptar cobardemente ese activismo, pero —como Sorge lo había sospechado— le infundió un sesgo “sureño”. De todos modos, no hay pruebas de que Japón haya deseado nunca una guerra total con China, sino más bien lo contrario. Su política era exhibir la apariencia de amigo oriental de China, su “protector” y “hermano”, y alcanzar sus fines mediante el comercio, la diplomacia, la presión y la propaganda. La única gran potencia interesada en una guerra chino japonesa era la Rusia soviética, y la única entidad china que podía beneficiarse con esa guerra era el Partido Comunista chino.

La cronología de los hechos es sugestiva. En el verano de 1934, los ejércitos comunistas de China, cuyo comisario político era Chu Enlai, estaban a un paso de ser destruidos por las fuerzas Kuomintang de Chiang y sus asesores alemanes, von Seekt y von Falkenhausen. Durante el otoño, los señores de la guerra comunistas decidieron iniciar lo que más tarde se denominó “la larga marcha”, ostensiblemente con el fin de combatir a los japoneses en el norte, y en realidad para liberarse de las alambradas de púa y las fortificaciones de Chiang. Los detalles de la marcha, que comenzó en octubre de 1934 y terminó en Yenan en diciembre de 1936, son legendarios en la historia del maoísmo y pueden ser creídos o no de acuerdo con el gusto de cada uno.¹⁸ El hecho destacado es que durante la larga marcha, Mao obtuvo por primera vez el control de las principales fuerzas comunistas. El comandante nominal, Chang Kuo Tao, se separó de la columna principal y llevó a sus hombres a Sikiang; por lo tanto se le imputó la herejía de “escapismo”. En adelante, en su carácter de supremo señor de la guerra comunista (Chu era su Merlín político), Mao podía acusar a sus competidores comunistas de inclinación a convertirse en “señores de la guerra” y concentrar en sí mismo todo el poder militar y político.¹⁹

Cuando ya concluía este proceso de concentración comunista y la larga marcha había finalizado, a fines de 1936, Stalin estaba impulsando su política de Frente Popular, que implicaba unir al Partido Comunista chino y al KMT en la guerra contra Japón. Al principio, Mao se mostró renuente, pues creía que Chiang merecía ser fusilado. Pero durante una visita al frente norte, hacia fines de 1936, Chiang fue arrestado en el curso de un misterioso episodio denominado el “incidente de Sian”; se procedió a revisar sus papeles y Chu En-lai pudo leer los diarios de Chiang, que demostraban la ferocidad de sus sentimientos antijaponeses.²⁰ Así, Mao se dejó convencer y el 1 de marzo de 1937 había vuelto a su anterior nacionalismo y decía a su visitante Agnes Smedley: “Los comunistas de ningún modo atan sus puntos de vista a los intereses de una sola clase en un momento dado y, en cambio, se preocupan apasionadamente por el destino de la nación china”.²¹

Para ser eficaz, una línea nacionalista exigía una “guerra patriótica” en gran escala. El 5 de julio de 1937, los comunistas chinos y el KMT firmaron un acuerdo práctico. Dos días después, la noche del 7 de julio, sobrevino el primer “incidente” entre el KMT y las fuerzas japonesas en el puente Marco Polo, en las afueras de Pekín, y los primeros disparos provinieron del lado chino. El

17 *Ibíd.*, p. 33n; con respecto a Sorge, véase William Deaking y G. R. Storry, *The Case of Richard Sorge*, Londres, 1964.

18 Anthony Garavente, “The Long March”, en *China Quarterly*, 22, 1965, pp. 84-124.

19 Edgar Snow, *Red Star over China*, Londres, 1938; Chen Chang-Feng, *On the Long March with Chairman Mao*, Pekín, 1959; *The Long March: Eyewitness Accounts*, Pekín, 1963.

20 Edgar Snow, *Random Notes on Red China*, Harvard, 1957, pp. 1-11; J. M. Betram, *Crisis in China: the Only Story of the Sian Mutiny*, Londres, 1937.

21 Agnes Smedley, *Battle Hymn of China*, Londres, 1944, pp. 96-143.

desarrollo paulatino de este episodio llevó a la guerra total. Es significativo que los comandantes enfrentados, Sung Chi-yuen, comandante en jefe del KMT en China del Norte, y el general Gun Hashimoto, comandante en jefe japonés, mantuvieran relaciones amistosas e hicieran todo lo posible para echar tierra al asunto. Sin embargo, los repetidos e inexplicables actos de violencia demostraron claramente que alguien estaba provocando de manera intencionada un conflicto en gran escala. El general Ho Yingchin, ministro de Guerra del Kuomintang en 1937, se mostró siempre firmemente convencido de que el incidente había sido obra de los extremistas militares japoneses, el mismo grupo que había provocado el motín de Tokio el año precedente. Pero los oficiales japoneses que presenciaron el incidente del puente afirmaron por entonces que la violencia había sido obra de elementos subversivos existentes en las fuerzas chinas, y después del triunfo de Mao en la posguerra dijeron estar convencidos de que los agentes comunistas chinos, que actuaban siguiendo las instrucciones soviéticas, habían provocado la guerra. El general Aldo Doi, experto japonés en asuntos soviéticos, expresó en 1964: “Éramos entonces demasiado ingenuos y no comprendimos que en todo eso había una conspiración comunista”. En todo caso, es evidente que el episodio del puente de Marco Polo no fue la repetición del incidente manchuriano de 1931. No hubo una conspiración del ejército japonés. Cuando sobrevino el incidente, los chinos se comportaron con una intransigencia y una arrogancia mayor que las de los japoneses y tomaron la iniciativa de extender la guerra.²²

Lo que también está muy claro es que Rusia fue el gran beneficiario de la guerra chino-japonesa. Los japoneses habían sido los últimos en renunciar al intento de aplastar por la fuerza al régimen bolchevique. Su frontera con los soviets mantenía el estado de tensión y, a fines de los años treinta, hubo varios choques militares graves: en 1937 a orillas del río Amur; en 1938 en Changkufeng, a unos ciento diez kilómetros de Vladivostok; y en mayo-junio de 1939 en la frontera entre Mongolia y Manchukuo. Este último episodio fue una batalla de blindados en gran escala, que anticipó las grandes batallas de tanques de la segunda guerra mundial. De no haber sido por la guerra en China, sin duda Japón habría podido comprometer a los rusos en un conflicto en gran escala y los habría expulsado del Lejano Oriente. En esas condiciones, no pudo distraer fuerzas suficientes y la batalla de 1939, en que el general Zhukov conquistó su reputación, fue una victoria soviética y la primera derrota sufrida por las fuerzas japonesas en los tiempos modernos.²³

El otro ganador fue Mao. Durante el otoño de 1937, en momentos en que la guerra ya era incontrolable, dijo a sus generales:

El conflicto chino-japonés nos ofrece a los comunistas chinos una excelente oportunidad de expansión. Nuestra política es dedicar el 70 por ciento de nuestro esfuerzo a ese propósito, el 20 por ciento a enfrentar al gobierno y el 10 por ciento a combatir a los japoneses. Esta política debe aplicarse en tres etapas. Durante la primera etapa debemos trabajar con el KMT para asegurar nuestra existencia y nuestro crecimiento. Durante la segunda etapa debemos alcanzar paridad de fuerzas con el KMT. Durante la tercera penetraremos profundamente en regiones de China para organizar bases que permitan contraatacar al KMT.²⁴

Esta política fue aplicada al pie de la letra. Chiang se retiró a Chungking, en el interior profundo de China. Mao permaneció en el noroeste, evitó los encuentros en gran escala con los japoneses, libró una guerra de guerrillas y creó un imperio militar y político con los campesinos.

Para Japón, la guerra fue un desastre moral, político y, en definitiva, militar. Los norteamericanos siempre habían sido esencialmente prochinos. El “lobby de China ya existía”. Roosevelt era violentamente antijaponés. El 5 de octubre de 1937, en un discurso pronunciado en

22 Tolland, op. cit., pp. 44-47; véase también James B. Crowley en el *Journal of Asian Studies*, mayo de 1963, y C. P. Fitzgerald, *The Birth of Communist China*, Baltimore, 1964.

23 Nish, op. cit., p. 232; Katsu Young, “The Nomohan Incident: Imperial Japan and the Soviet Union”, en *Monumenta Nipponica*, p. 22, 1967, pp. 82-102.

24 Tolland, op. cit., p. 44n.

Chicago, equiparó a Japón con los nazis y los fascistas, y destacó su aislamiento moral. “Cuando la epidemia originada en una enfermedad física comienza a difundirse, la comunidad aprueba y promueve la cuarentena de los pacientes.”²⁵ Los militares dirigían ahora la política japonesa, ya no se consultaba y a veces ni siquiera se informaba acerca de las decisiones a los ministros civiles. El control militar, a su vez, resultaba inestable, pues la degradada doctrina del *shinto* totalitario y el *bushido* se habían adueñado del ejército. Nankín, la capital china, cayó en diciembre de 1937. El general Iwane Marsui, comandante japonés, había declarado al entrar en China: “Marcho al frente no a combatir a un enemigo sino en el estado de ánimo de quien se propone pacificar a su hermano”; ordenó a sus hombres que “protegieran y resguardasen todo lo posible a los funcionarios y al pueblo chinos”. En realidad, cuando el ejército entró en Nankín, los oficiales extremistas se adueñaron del control. A lo largo de cuatro semanas las calles de la ciudad presenciaron una de las más sangrientas masacres de la historia. De acuerdo con el relato de un testigo ocular, hombres, mujeres y niños “fueron cazados como conejos. Se disparaba sobre todo lo que se movía”. Unos 20.000 civiles chinos en edad militar fueron llevados fuera de la ciudad y fueron asesinados a bayonetazos o con ametralladoras, anticipo de las masacres soviéticas de polacos en Katun (1941) y en otros lugares. Incluso un informe oficial de la embajada nazi describía las escenas como “la obra de una máquina bestial”. Las atrocidades merecieron la atención amplia de los diarios del mundo entero. El emperador y los civiles del gabinete afirmaron más tarde que no habían sabido nada de los episodios hasta después de la guerra.²⁶

Ahora en Japón se había impuesto la censura total. En marzo de 1938 la Dieta abdicó y se aprobó una ley militar que depositaba todo el poder en manos de los generales y los almirantes. Pero el terror policial no fue excesivo, ya que no resultaba necesario. Al parecer los japoneses estaban unidos en su apoyo a la política de guerra. En todo caso, no se manifestaba una oposición franca. El embajador británico, sir George Sansom, informó entonces: “La diferencia entre los extremistas y los moderados no se refiere a la meta, sino al modo de alcanzarla y la velocidad con que se intenta llegar a ella”.²⁷ A principios de 1938, Japón ya tenía una economía de guerra total, que incluía el control de la fuerza de trabajo, de los precios y los salarios y de todas las decisiones industriales importantes. De hecho, muchas firmas estaban a cargo de comités oficiales, a menudo dirigidos por militares. Mientras el ejército ocupaba las grandes ciudades chinas y remontaba el curso de los ríos, apropiándose rápidamente de todos los centros industriales, se formó una junta, constituida principalmente por oficiales militares, que asumió la dirección de la economía china. Pero estos hombres no sabían cómo ganar la guerra, cómo terminarla o para qué guerreaban. ¿Se trataba de promover la prosperidad de Japón? Se obtuvo el resultado contrario. Hugh Byas, corresponsal del *New York Times* en Tokio, informó el 31 de julio de 1938: “Japón ha llegado al punto en que una cerilla y la piel de una rata representan factores económicos importantes para la continuación de la guerra contra China”. Según afirmó este periodista, el racionamiento y la escasez eran más severos que en Alemania durante 1918. Se curtían las pieles de rata con el fin de obtener un reemplazante del cuero. Artículos importantes como el algodón crudo, el lienzo, los productos químicos, el cuero, los metales, el petróleo, la lana y el acero habían desaparecido del mercado. Era imposible comprar pasta dentífrica, chocolate, goma de mascar, pelotas de golf y sartenes. Todo lo que contenía hierro era “más escaso que el oro”.²⁸ Mucho antes de que estallase la guerra en Europa, Japón era un país totalitario tenso, mal alimentado y cada vez más desesperado, que había irritado a todos sus vecinos, había abolido su sistema constitucional y democrático, y había abandonado el imperio del derecho; carecía de una estrategia coherente de gran alcance y había adoptado el recurso de abrirse paso a golpes para salir de sus dificultades, creadas esencialmente por él mismo. Aquí, hacia fines de los años treinta, podía verse un ejemplo de la moral relativa en la práctica.

Otro ejemplo era Italia. También en este caso vemos en acción el proceso de corrupción mutua. El *putsch* de Mussolini había sido inspirado por el de Lenin. Desde sus primeros tiempos de

²⁵ *Ibid.*, p. 47.

²⁶ Mosley, *op. cit.*, pp. 177-181; Tolland, *op. cit.*, p. 50.

²⁷ Citado por Nish, *op. cit.*, p. 260.

²⁸ Hugh Byas en *New York Times*, 31 de julio de 1938.

activista político, Hitler había citado como precedente a Mussolini. En su despacho en la Casa Parda de Munich había un gran busto de Mussolini, y en un folleto publicado en 1935, Goebbels reconocía detalladamente la deuda contraída por los nazis con el fascismo italiano.²⁹ Tales cumplidos no fueron retribuidos en un primer momento. Mussolini, que con cierta justicia creía ser un hombre culto y civilizado, consideraba a Hitler un vagabundo vulgar y un pistolero peligroso. Italia tenía una comunidad judía pequeña, bien integrada y muy respetada. Mussolini debía mucho a los judíos, especialmente a una de sus mentores socialistas, Angelica Balabanov, a Enrico Rocca, fundador del fascismo romano, y a Gino Arias, teórico del corporativismo italiano.³⁰ De ahí que el racismo de Hitler al principio repugnase a Mussolini; y por otra parte percibió los posibles peligros del nazismo incluso antes que los franceses y mucho antes que los británicos. En 1934 afirmó que el nazismo era “ciento por ciento racismo. Contra todo y contra todos: ayer contra la civilización cristiana, hoy contra la civilización latina, mañana, quién sabe, contra toda la civilización humana”. Creía que el régimen nazi estaba “borracho de una obstinada belicosidad”.³¹ Italia siempre había temido una invasión proveniente del norte teutónico. Su enemigo hereditario era Austria, y la política hitleriana del *Anschluss* debía implicar el apoyo alemán a los intentos austríacos de recuperar lo que Italia había conseguido en Versalles. Italia podía perder tanto como cualquier otro país si se anulaba el Tratado de Versalles; cuando el 16 de marzo de 1935 Hitler repudió este tratado, Mussolini aceptó reunirse con Gran Bretaña y Francia en Stresa (11 al 14 de abril) para formar un “frente” contra la agresión nazi.

Pero a esta altura de las cosas, Mussolini ya estaba corrompiéndose. La audacia de la purga de Roehm y la falta de reacción de cualquier sector frente a ese crimen oficial lo habían impresionado; el mismo efecto produjo el éxito aparente de Hitler en el intento de elevar el índice de natalidad de Alemania. Advirtió que la conquista de Manchuria por Japón quedaba impune y que su repudio del Tratado Naval de Londres de 1930, que significaba que estaba construyendo acorazados y portaaviones con la mayor rapidez posible, no había originado la reacción urgente de Gran Bretaña. Lo que no sabía, aunque podía haberlo imaginado, era que el 19 de marzo de 1934 el gabinete británico había decidido que Alemania debía ser tratada como “el posible enemigo definitivo contra el que estará orientada nuestra política de defensa a largo plazo”. El resultado fue que se prestó desesperada atención a la posibilidad de restablecer la amistad con Japón, pero la idea fue abandonada como imposible debido a la implacable hostilidad norteamericana.³²

Mussolini no estaba al tanto de esto. Pero sabía leer un mapa; sabía contar. Sabía que era inconcebible que Gran Bretaña pudiese mantener un poderío naval y aéreo adecuado en el territorio metropolitano para contener a Alemania, en Lejano Oriente para contener a Japón y también en el Mediterráneo. Opinaba que Gran Bretaña y Francia debían estar dispuestas a pagar cierto precio para recompensar la permanente amistad italiana. De acuerdo con el espíritu de la Realpolitik totalitaria, deseaba tener las manos libres para tratar con Abisinia, que había protagonizado incidentes en las fronteras de las colonias italianas de Somalilandia y Eritrea el 5 de diciembre de 1934. Dos meses antes de la formación del Frente de Stresa, Mussolini había desplazado tropas. Tenía argumentos. Abisinia era un imperio que gobernaba a sus poblaciones sometidas y a menudo migratorias mediante la fuerza y el terror, bajo la protección de fronteras variables y a menudo indeterminadas. La mayoría de las cuestiones locales de 1935 reaparecerían durante el período poscolonial, a fines de los años setenta —aunque por esa época Abisinia había hallado un aliado más decidido pero siniestro, la Unión Soviética— y por lo tanto pudo mantener su independencia y su imperio. En 1935 la crisis no se centró en las cuestiones locales, sino en la credibilidad de la Liga, de la que Abisinia era miembro y a la que apeló ruidosamente cuando Italia la atacó, el 3 de octubre de 1935. Cinco días después, la Liga declaró agresor a Italia y el 19 de octubre le impuso “sanciones”.

29 Hans Frank, *Im Angesicht des Galgens*, Munich, 1953, p. 92; Joseph Goebbels, *Der Faschismus und seine praktischen Ergebnisse*, 1935.

30 Nolte, op. cit., p. 230.

31 Mussolini, *Opera Omnia*, XXVI, p. 233.

32 Barnett, op. cit., pp. 344-348.

El modo de tratar la crisis de Abisinia, en un proceso dirigido de hecho por Gran Bretaña, constituye un ejemplo sorprendente de un método que permitió ensayar las peores soluciones posibles. Abisinia era una monarquía africana primitiva que practicaba la esclavitud; no exhibía ninguno de los rasgos de un estado moderno. Hubiera sido necesario impedirle que perteneciese a la Liga. El concepto de que la Liga debía garantizar sus fronteras era una excelente ilustración del absurdo del pacto, el factor que indujo al senador Lodge y a sus amigos a rechazarlo. Habría sido necesario desechar a la Liga después del fiasco de Manchuria en 1931. De todos modos, se creyó que valía la pena preservarla y, si la integridad de Abisinia era la piedra de toque, Gran Bretaña y Francia debieron mostrarse dispuestas a declarar la guerra, en cuyo caso Italia habría retrocedido. Las dos potencias occidentales habrían perdido su amistad, incluso habrían provocado su irritación; pero la Liga habría demostrado que podía actuar y que quería hacerlo; y los efectos se habrían manifestado en otras áreas, sobre todo en Europa Central. Sin embargo, era absurdo imponer sanciones. Éstas rara vez son eficaces; perjudican, irritan y amargan, pero no disuaden ni frustran un acto agresivo. En este caso carecían de sentido, porque Francia no estaba dispuesta a declarar el embargo del petróleo (la única sanción que tenía probabilidades de influir sobre los acontecimientos) y Estados Unidos, el principal productor mundial de petróleo, no estaba dispuesto a imponer ningún tipo de sanciones. Gran Bretaña no aceptó clausurar el canal de Suez o imponer una cuarentena naval: Chatfield, primer lord del mar, informó que sólo se disponía de siete acorazados.³³ Mientras el gabinete discutía la posibilidad de imponer el embargo del petróleo, el 7 de marzo Hitler remilitarizó la Renania y de ese modo convirtió los Tratados de Versalles y Locarno en pedazos de papel sin valor. A esta altura de los acontecimientos, Gran Bretaña tenía solamente tres acorazados en aguas metropolitanas, apenas suficientes para neutralizar los “acorazados de bolsillo” alemanes. Mussolini ocupó Addis Abeba el 5 de mayo y cuatro días después anexó el país. El 10 de junio el ministro de Hacienda, Neville Chamberlain, afirmó que la política de las sanciones representaba “la culminación misma de la locura”, y una semana después el gabinete las suspendió.³⁴

El único efecto de las sanciones fue convertir en enemigo a Mussolini. A partir de mediados de 1936 los alemanes comenzaron a cortejarlo. Hubo visitas a Roma de Frank, Goering, Himmler y Baldur von Schirach. El 1 de noviembre, Mussolini habló del “eje Roma-Berlín”. El 22 de febrero de 1937 una revisión del estado de cosas realizada por los jefes del Estado Mayor de Gran Bretaña observó: “Han pasado los tiempos en que podíamos contar automáticamente con una Italia cordial y aquiescente”.³⁵ Eso significaba que los planes existentes, que contemplaban el refuerzo de la flota en el Lejano Oriente, en el caso de una crisis con Japón, mediante el envío de naves a través del Mediterráneo y el canal de Suez, eran impracticables. Gran Bretaña tenía ahora tres posibles enemigos navales importantes: en las aguas metropolitanas, el Mediterráneo y el teatro del Pacífico y el océano Índico. Existía también la posibilidad de que dichos enemigos actuaran en forma coordinada. Tres semanas después de la alusión de Mussolini al eje, Japón y Alemania firmaron el pacto Anticomintern, que apuntaba a Rusia, pero señalaba la posibilidad de que los grupos de potencias totalitarias actuaran como manadas de bestias depredadoras. El 27 de septiembre de 1937 Mussolini estaba en Berlín. Le pareció que la admiración de Hitler era irresistible. Hitler afirmó que Mussolini era “el principal estadista del mundo, un hombre con quien nadie podía compararse ni siquiera remotamente”.³⁶ No satisfecho con la absorción de Abisinia, comenzó a imitar a Hitler y a buscar objetivos para su expansión, y urdió reclamos referidos a Niza, Córcega, Túnez y Albania. Modificó su anterior oposición a la política racial y en noviembre de 1938 presentó su propia versión de las leyes de Nuremberg de los nazis.³⁷ Ya se había unido al pacto Anticomintern (6 de noviembre de 1937) y había abandonado la Liga (11 de diciembre). En abril de 1939 inició un

33 *Ibid.*, pp. 379-380; Carlton, op. cit., p. 68.

34 Carlton, op. cit., pp. 84-86.

35 Barnett, op. cit., p. 381.

36 *Ciano's Diplomatic Papers*, Londres, 1948, p. 56.

37 Con respecto al racismo fascista italiano, véase Antonio Spinoza, “Le persecuzioni razziali in Italia”, *II Ponte* VIII, 1952, pp. 964-978, 1078-1096, 1604-1622, IX, 1953, pp. 950 y ss.

proceso de agresiones en Europa, con la invasión y anexión de Albania, y el fenómeno de la corrupción culminó durante el mes siguiente (22 de mayo) cuando firmó el “pacto de acero” con el hombre a quien había considerado un posible “enemigo de la civilización” apenas cinco años atrás.

En ese momento Mussolini y Hitler ya habían colaborado en la primera de las guerras ideológicas a través de personeros. El “antagonista” de ambos en este cínico rito fue Stalin. El escenario elegido para esa destructiva actuación fue España, que se había mantenido prácticamente fuera del sistema europeo de poder desde principios del siglo XIX y que ahora se convertía en el doloroso centro de la escena. El hecho era en sí mismo extraordinario: España era un país que se mantenía distante, practicaba la autonomía y la xenofobia, el país europeo más resistente al principio totalista, el menos vulnerable a los virus extranjeros del totalitarismo de derecha o de izquierda, a la ingeniería social y a la moral relativa. Por eso la guerra civil española exhibe perfiles tan peculiarmente trágicos. La infección penetró a través del Partido Socialista (PSOE) y luego se extendió. Como dijo Salvador de Madariaga, “lo que originó la inevitabilidad de la guerra civil española fue la guerra civil en el seno del Partido Socialista”.³⁸ Durante los años veinte los socialistas españoles eran reformistas pragmáticos y razonables. Su figura más importante, el líder sindical Francino Largo Caballero, se ajustó a la tradición republicana española. Cuando volvía la mirada hacia los ejemplos extranjeros, admiraba a los fabianos británicos. Opinaba que la formación del primer gobierno laborista, en 1924, era “el hecho más importante de la historia entera del socialismo internacional”.³⁹ Incluso colaboró, en una relación de ida y vuelta, con la somnolienta y pedestre dictadura de Primo de Rivera (1923-1930). Largo Caballero afirmaba que las dictaduras van y vienen, pero que la meta del socialismo era mejorar las condiciones morales y materiales de los trabajadores en el marco del capitalismo.⁴⁰ La moderación socialista permitió liquidar la dictadura sin derramamiento de sangre y al año siguiente promover la transición pacífica de la monarquía a la república.

Al principio, Caballero sirvió bien a la república. Insistía en que la violencia o la ilegalidad de la izquierda provocarían al ejército y llevarían a otra dictadura militar. Impidió que sus partidarios incendiaran la casa del general Mola, expresión de la derecha militante. Ayudó a plasmar la constitución reformista, que autorizaba las nacionalizaciones pero en el riguroso marco de la ley y sujetas a indemnizaciones adecuadas. Su gran orgullo era la construcción de escuelas. Mientras que durante el período de 1908 a 1930 se había construido un promedio de sólo 505, durante el primer año de la república se construyeron más de 7.000.⁴¹ Para eso estaban los ministros socialistas. Insistió en que las huelgas políticas incitadas por los anarquistas y el pequeño Partido Comunista, y el violento descontento rural fuesen sofocados, si era necesario mediante el empleo de la artillería.⁴² De ahí que un golpe militar de la derecha (agosto de 1932) fuese un fiasco. Se aprobó una modesta ley de reforma agraria. Hubo un breve momento de esperanza y pareció que España podía alcanzar la estabilidad republicana sobre una firme base de modernización gradual y humana.

Y de pronto, esa visión se desplomó. Caballero fue la primera víctima del “entrismo”, la penetración furtiva del partido y los sindicatos por la ultraizquierda organizada. Perdió el control de la principal federación sindical (la UGT) y comenzó a desplazarse hacia la izquierda para recuperarlo. Las analogías extranjeras comenzaron a representar su papel siniestro. El triunfo de Hitler y la facilidad con que fueron destruidos los socialdemócratas alemanes destacaron la idea de que la moderación no era eficaz; hacia julio de 1933, Largo Caballero estaba diciendo que los socialistas se adueñarían del poder antes que aceptar el fascismo. A principios de 1934, el canciller católico austríaco Dollfuss aplastó al Partido Socialista local bombardeando con artillería de campaña su baluarte, la Karl Marx Hof. Se realizaron comparaciones con España. Las advertencias formuladas por socialistas de Europa Central como Otto Bauer y Julius Deutsch saturaban la prensa

38 Salvador de Madariaga, *Spain: a Modern History*, Londres, 1961, p. 455.

39 Citado en Paul Preston, *The Coming of the Spanish Civil War*, Londres, 1978, p. 15.

40 Largo Caballero, *Mis recuerdos*, Ciudad de México, 1954, p. 37.

41 Mariano Pérez Galán, *La enseñanza en la II República española*, Madrid, 1975, pp. 332-333.

42 Véanse los artículos de Luis Araquistáin, *El sol*, Madrid, 18, 21 y 24 de julio de 1931.

socialista española.⁴³ La infección extremista caló más hondo en la Juventud Socialista, que comenzó a formar turbas callejeras y a practicar la violencia sistemática. Halagaban a Largo Caballero llamándolo “el Lenin español”.

El viejo reformista, rejuvenecido por esa adulación, permitió que los militantes lo llevaran de la nariz por el camino de la violencia; se mostraba encantado con la denominación asignada a la nueva tendencia, es decir el “caballerismo”.⁴⁴ Si Mussolini fue corrompido para inclinarlo hacia la derecha, a Largo Caballero lo corrompieron para llevarlo hacia la izquierda.

El proceso se aceleró a causa de la crisis cada vez más aguda en el campo, afectado por el fin de la emigración (en 1933, 100.000 tuvieron que regresar), la caída de los precios y la controversia acerca de la reforma agraria, que, a juicio de los terratenientes, era revolucionaria y que para los anarquistas constituía un fraude y, en todo caso, no pudo aplicarse. En las regiones rurales “los pobres estaban enloquecidos por el hambre y los ricos estaban enloquecidos por el miedo”.⁴⁵ El lema que los terratenientes arrojaban a la cara de los hambrientos era: “¡Comed República!”. Los guardias civiles aplicaban lo que solía denominarse “brutalidad preventiva” para aplastar los alzamientos campesinos encabezados por los anarquistas. En noviembre de 1933 los socialistas perdieron la elección, salieron del gobierno y pasaron a la acción directa.

Este cambio de táctica no podía tener éxito y debía conducir a la destrucción del sistema republicano. Representaba la negación de todo lo que Largo Caballero había sido antes. En mayo de 1934 llamó a la huelga a los trabajadores agrícolas. La huelga fracasó; el Ministerio del Interior deportó a miles de campesinos encañonados por los fusiles y los bajó de los camiones a centenares de kilómetros de sus hogares. En octubre, Largo Caballero eliminó todos los frenos. En Madrid hubo una huelga general no demasiado entusiasta. En Barcelona, una “república catalana independiente” duró exactamente diez horas. En Asturias, un Comité Obrero con respaldo socialista sobrevivió una quincena y los mineros resistieron ferozmente con dinamita. Pero como los obreros de Barcelona y Madrid rehusaron levantarse, la represión resultaba inevitable. Estuvo a cargo del general Francisco Franco, el más capaz de España, que utilizó cuatro columnas de tropas coloniales y regulares.

Hasta ese momento Franco se había opuesto a los levantamientos militares y continuó adoptando la misma posición. Pero ahora veía a España amenazada por una enfermedad extranjera: “Los frentes son el socialismo, el comunismo y las restantes fórmulas que atacan a la civilización para reemplazarla por la barbarie”.⁴⁶ En 1935 descubrió que el 25 por ciento de los conscriptos militares pertenecía a los partidos de izquierda, y que organizarlos y distribuirles materiales era la tarea principal de los cuadros de la izquierda. En agosto de 1935, en el VII Congreso de la Comintern, Dimitrov presentó la concepción del Frente

Popular con estas palabras: “Camaradas, ustedes recordarán el antiguo relato de la captura de Troya [...] El ejército atacante pudo alcanzar la victoria sólo cuando, con la ayuda del famoso caballo de Troya, logró penetrar en el centro mismo del campo enemigo”. Franco temía que una vez dividido o neutralizado el ejército nada impediría la asunción del poder por la izquierda, lo que conduciría a todos los horrores de la Rusia de Lenin y, lo que no era menos grave, a la forzada colectivización stalinista de los campesinos. A principios de febrero de 1936, con el Frente Popular ya formado y en vísperas de las elecciones, dijo al agregado militar español en París que el ejército debía estar preparado para actuar “si la situación se echaba a perder definitivamente”. Pero pensó que la crisis se atenuaría y no se planeó una intervención militar.⁴⁷ Incluso después de la victoria del Frente Popular el 16 de febrero, consideró que si carecía de un respaldo civil respetable, el

⁴³ Preston, op. cit., p. 107.

⁴⁴ Stanley Payne, *The Spanish Revolution*, Nueva York, 1970, p. 108.

⁴⁵ Testigo de 1933, citado por Ramón Sender, *Viaje a la aldea del crimen*, Madrid, 1934, pp. 33-42.

⁴⁶ J. Arrarás Iribaren, ed., *Historia de la cruzada española*, 8 vols., Madrid, 1940-1944, II, p. 263; J. A. Ansaldó, *¿Para qué? De Alfonso XIII a Juan HL* Buenos Aires, 1951, p. 51.

⁴⁷ George Dimitrov, *The Working Classes Against Fascism*, Londres, 1935, p. 47.

⁴⁸ Hugh Thomas, *The Spanish Civil War*, Londres, ed. 1961, p. 95; George Hills, *Franco: the Man and his Nation*, Londres, 1967, p. 210.

ejército “no poseería la unidad moral necesaria para emprender la tarea”.⁴⁹

Que el ejército consiguiera dicho respaldo fue por completo obra de los socialistas y de otros extremistas de izquierda. La izquierda había sido la primera en abandonar la democracia a favor de la violencia en 1934.⁵⁰ El resultado fue provocar un frenesí de miedo en el principal agrupamiento de la derecha democrática, la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), dirigida por Gil Robles. Éste era un auténtico republicano: lo odiaban tanto los monárquicos y los fascistas como los socialistas.⁵¹ Su partido era un movimiento de masas de la derecha que no necesitaba usar la fuerza para conseguir lo que era posible obtener por medio de la urna, es decir, seguridad. De todos modos, la corrupción totalitaria se manifestaba también en la CEDA. Su movimiento juvenil, las Juventudes de Acción Popular (JAP), respondieron entusiastamente a la violencia de las organizaciones juveniles izquierdistas. Saludaban a Robles con gritos de “jefe, jefe, jefe!, y el lema era: “El jefe siempre tiene razón”. Afirmaban que la izquierda era la antiEspaña. Proclamaban: “O Acción Popular aplasta al marxismo o el marxismo destruirá España. ¡Con el jefe o contra el jefe! No puede haber diálogo con la antiEspaña. Nosotros y no ellos. ¡Aniquilemos el marxismo, la francmasonería y el separatismo, para que España pueda continuar recorriendo su camino inmortal!”. Algunos partidarios de Robles actuaron en la elección de 1936 sobre la base de un programa signado por el pánico: la victoria de la izquierda significaba “el armamento de la chusma, la quema de los domicilios privados y los bancos, la distribución de las tierras y los bienes privados, el saqueo desenfrenado y la propiedad común de las mujeres”.⁵²

Cuando la izquierda asumió el poder después de las elecciones, procedió a confirmar la mayoría de estos temores. Aunque vencieron los partidos del Frente Popular, en realidad recibieron menos del 50 por ciento de los votos emitidos. La izquierda aumentó un millón de votos, pero la derecha también sumó 750.000 votos más.⁵³ Estas cifras imponían cautela. En cambio, la izquierda desechó los refinamientos constitucionales; por ejemplo esperar la segunda vuelta electoral, y formó gobierno al día siguiente de la elección. Esa noche comenzaron los incendios de iglesias y conventos; en Orvieto abrieron las puertas de la cárcel. En el Parlamento la izquierda comenzó una campaña inmediata para privar a los diputados de la CEDA de sus escaños a causa de presuntas “irregularidades” y para atacar al presidente Alcalá Zamora, que era un republicano perfectamente decente.

El proceso más alarmante fue el rápido aumento de la influencia de los comunistas. Habían conseguido elegir sólo diecisiete diputados —entre ellos Dolores Ibarruri, “la pasionaria”, de quien se decía que había degollado a dentelladas a un sacerdote— pero el 5 de abril protagonizaron un golpe. Gracias a los esfuerzos de un hábil agente de la Comintern, Vittorio Codovilla, y a la traición de Santiago Carrillo, líder de la Juventud Socialista (que ya había estado asistiendo a reuniones del Comité Central del Partido Comunista), los movimientos socialista y comunista de la juventud se unieron, lo que significó que 40.000 militantes fueran absorbidos por los comunistas.⁵⁴ Diez días después se anunció un programa completo del Frente Popular, que no hacía concesiones a lo limitado de la victoria electoral o a la división bastante pareja del país. Cuando se enteró de los términos del programa, Robles advirtió a las Cortes: “La mitad de la nación no se resignará a morir. Si no puede defenderse de un modo, lo hará de otro [...] Provocan la guerra civil los que buscan la conquista revolucionaria del poder [...] las armas están siendo cargadas [...] por un gobierno que no ha sido capaz de cumplir su deber hacia los grupos que se mantuvieron en la más estricta legalidad”.⁵⁵

La imposición de un programa revolucionario en las Cortes no habría provocado, en sí misma,

49 J. W. D. Tryhall, *Franco: a Biography*, Londres, 1970, p. 80.

50 R. A. H. Robinson, *The Origins of Franco's Spain*, Newton Abbot, 1970, p. 12.

51 Thomas, op. cit., p. 5.

52 Preston, op. cit., pp. 162-163, 172.

53 Tryhall, op. cit., p. 81; Preston, op. cit., p. 176.

54 [Falta en la edición original] Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage*, Londres, 2/ ed. 1968, pp. 115-116; Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables*, México, 1973, pp. 56-57.

55 Robinson, op. cit., pp. 259-260; Preston, op. cit., p. 185.

un alzamiento militar. El factor determinante fue la incapacidad del Frente Popular para controlar a sus propios militantes o para formar cualquier tipo de gobierno estable. Los socialistas estaban irremediabilmente divididos acerca del camino que debía seguirse. Indalecio Prieto, jefe de los moderados, odiaba a Largo Caballero e incluso se negaba a permanecer con él en la misma habitación: “¡Que Caballero se vaya al infierno!”. Cuando previno que la violencia socialista provocaría a los militares, lo acusaron de padecer “ataques menopáusicos”.⁵⁶ El resultado fue que se sumaron los peores aspectos de dos situaciones: una combinación de gobierno débil y de retórica fuerte, suministrada principalmente por Caballero. Las actividades del movimiento juvenil en las calles de la ciudad y de los anarquistas que organizaban la ocupación de las tierras por los campesinos en el campo y las huelgas antigubernamentales en las fábricas lograron que la retórica pareciera seria a las clases medias y artesanales que ya estaban asustadas, y a los oficiales del ejército y la policía. La izquierda militante, es decir los grupos del movimiento juvenil que actuaban en las calles, los anarquistas, el partido marxista revolucionario formado recientemente, es decir el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) y los Sindicatos Libres tomaron la iniciativa de la violencia y las pandillas fascistas que estaban formándose respondieron con entusiasmo. Los intentos realizados con posterioridad a fin de atribuir la violencia de la izquierda a agentes provocadores fascistas no son plausibles.⁵⁷ Las bandas juveniles del Frente Popular engendraron, sin duda, asesinos sádicos, que después se convirtieron en los peores agentes del terror stalinista durante la guerra civil.

En mayo, los huelguistas anarquistas y los del POUM comenzaron a apoderarse de las fábricas; los campesinos empezaron a ocupar grandes propiedades, sobre todo en Andalucía y Extremadura, y a dividir la tierra. La Guardia Civil fue confinada a sus cuarteles. La mayor parte del ejército recibió licencia. La nueva policía republicana antidisturbios, los guardias de asalto, a veces se unían a los actos de violencia o bien permanecían mirando pasivamente mientras ardían las cosechas. En junio la violencia se agravó. El 16 de junio, Robles, en una última advertencia, leyó ante las Cortes una lista de ultrajes y atrocidades: 160 iglesias incendiadas, 269 asesinatos (principalmente políticos), 1.287 casos de agresión, 69 oficinas políticas destruidas, 113 huelgas generales, 228 huelgas parciales, 10 redacciones de periódicos asaltadas. Concluyó: “Un país puede vivir bajo una monarquía o una república, con un sistema parlamentario o un sistema presidencial, bajo el comunismo o el fascismo, pero no puede vivir en la anarquía”.⁵⁸ La incapacidad del gobierno para responder a este alegato suministró a los jefes conservadores del ejército “el respaldo civil respetable” que, según ellos entendían, era la condición previa de la ocupación del poder. La gota que colmó el vaso tuvo lugar el 11 de julio, cuando se descubrió el cadáver del parlamentario derechista Calvo Sotelo, asesinado por los guardias de asalto como represalia por el asesinato de dos camaradas a manos de una pandilla de la derecha.⁵⁹ Dos días después Robles acusó públicamente al gobierno de tener responsabilidad en el asunto. La guerra civil estalló el 17 de julio y Robles, poco dispuesto a participar en un *putsch*, se dirigió a Francia.⁶⁰

La guerra civil se llevó a cabo porque la indecisa elección de febrero reflejó con precisión la situación de un país que estaba dividido en partes casi iguales; la intervención extranjera prolongó la guerra dos años y medio. Ningún episodio de los años treinta ha originado más mentiras que éste y sólo en los años recientes los historiadores han comenzado a separarlo de la acumulación de falsedades bajo las que estuvo enterrado durante una generación. Lo que se descubre no es una lucha entre el bien y el mal sino una tragedia global. Los generales insurgentes pronto afirmaron su control sobre el sur y el oeste, pero no consiguieron apoderarse de Madrid y el gobierno continuó

56 Vidarte, op. cit., pp. 100, 115-127; Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, 3 vols., México, 1967-1969, III, pp. 143-144.

57 Constanza de la Mora, *In Place of Splendour*, Londres, 1940, pp. 214-215; Claud Bowers, *My Mission to Spain*, Londres, 1954, pp. 200-208; Henry Buckley, *Life and Death of the Spanish Republic*, Londres, 1940, p. 129; Stanley Payne, *Falange: a History of Spanish Fascism*, Stanford, 1961, pp. 98-105; Ian Gibson, *La represión nacionalista de Granada en 1936*, París, 1971, pp. 40-43.

58 Thomas, op. cit., p. 5; las cifras de Robles eran absolutamente correctas.

59 Vidarte, op. cit., pp. 213-217.

60 J. Gutiérrez Rayé, *Gil Robles: caudillo frustrado*, Madrid, 1967, pp. 198-199.

controlando la mayor parte del norte y el este hasta bien entrado 1938. Detrás de las líneas así establecidas, las dos partes cometieron terribles atrocidades contra sus enemigos, reales o imaginarios.

Para los republicanos, la Iglesia Católica era el blanco principal del odio. Es un fenómeno extraño. El clero era antiliberal y antisocialista, pero no fascista. En todo caso, la mayoría estaba formada por monárquicos. El cardenal primado de Toledo, arzobispo Pedro Segura, era antifascista y además probritánico. Es cierto que había un número excesivo de clérigos: 20.000 monjes, 60.000 monjas y 35.000 sacerdotes en una población de 24,5 millones. Pero el clero había perdido sus tierras en 1837 y había recibido compensaciones en efectivo; aunque se suponía que la Iglesia era rica, el cura de parroquia no lo era. Resultaba un hecho desusado que los campesinos matasen a su propio cura, pero podían ayudar a matar al cura de otra parroquia. Eran anticlericales en general, pero no en particular, del mismo modo que la intelectualidad de izquierda de las ciudades era en general humanitaria aunque no en particular. El arzobispo de Valladolid dijo de los campesinos: “Esta gente estaría dispuesta a morir por su Virgen local, pero a la más mínima provocación quemaría la de sus vecinos”.⁶¹

La mayoría de las atrocidades republicanas fueron cometidas por grupos de asesinos, formados por militantes sindicales, jóvenes, y cuadros políticos; se autodenominaban los “lince de la república”, los “leones rojos”, las “furias”, “Espartaco”, “fuerza y libertad”, etcétera. Afirmaban que los insurgentes habían disparado desde los campanarios de las iglesias; pero eso era falso, con la excepción de la Iglesia Carmelita, en la calle Lauría de Barcelona.⁶² En realidad, la Iglesia no participó en el alzamiento, y la ayuda que algunos clérigos aportaron después a los nacionalistas fue el resultado y no la causa de las atrocidades. Fueron asesinados once obispos, una quinta parte del total, así como el 12 por ciento de los monjes y el 13 por ciento de los sacerdotes.⁶³ Los muertos fueron reverenciados en el famoso poema “Aux Martyrs Espagnols”, de Paul Claudel:

Soeur Espagne, sainte Espagne... tu as choisi!

Onze évêques, seize-mille prêtres massacrés... et pas une apostasie!

Fueron muertas unas 283 monjas; algunas fueron violadas antes de la ejecución, aunque los ataques a las mujeres resultaron cosa desusada en la España republicana. En la provincia de Ciudad Real, la madre de dos jesuitas fue asesinada con un crucifijo en la garganta. El cura párroco de Torrijos fue azotado, coronado de espinas, obligado a beber vinagre y a llevar una viga de madera sujeta a la espalda; después no lo crucificaron, sino que lo fusilaron. El obispo de Jaén fue asesinado, lo mismo que su hermana, en presencia de 2.000 personas, y el verdugo fue una feroz miliciano llamada “la peca”. Algunos sacerdotes fueron quemados, otros enterrados vivos y a algunos les cortaron las orejas.⁶⁴

Los republicanos también asesinaron a los laicos nacionalistas, sobre todo a los de la Falange. En Ronda, 512 personas fueron arrojadas a la garganta que divide dramáticamente la ciudad, un episodio utilizado en *Por quién doblan las campanas*, de Ernest Hemingway. Lenin fue el mentor; los grupos de asesinos de la izquierda eran conocidos como las “checas”; pero utilizaban la jerga de Hollywood: hablaban de “dar un paseo”. Había docenas de estos grupos solamente en Madrid. El peor estaba dirigido por el dirigente juvenil comunista García Attadell, que encabezaba la temida “patrulla del alba” y que asesinó a muchas personas. Vivía en un palacio, acumuló grandes cantidades de botín y trató de huir a América Latina, pero fue capturado y ejecutado con el garrote vil en la cárcel de Sevilla, después de ser recibido nuevamente en el seno de la Madre Iglesia.⁶⁵ Muchos de estos asesinos se diplomaron en la organización de la policía secreta de Barcelona, impuesta por los soviéticos. En resumen, parece que la izquierda asesinó a unos 55.000 civiles (el

61 Thomas, op. cit., pp. 52-54.

62 Ibid., p. 269, n. 1.

63 Antonio Montero, *La persecución religiosa en España 1936-1939*, Madrid, 1961, p. 762.

64 Thomas, op. cit., pp. 270-272.

65 Arthur Koestler, *The Invisible Writing*, Londres, 1954, p. 347; Ignacio Escobar, *Así Empezó*, Madrid, 1974.

Santuario Nacional de Valladolid enumera un total de 54.594), incluidas unas 4.000 mujeres y varios centenares de niños.⁶⁶

Los asesinatos cometidos por los nacionalistas detrás de las líneas tuvieron un carácter análogo, pero la mayor parte de los crímenes estuvo a cargo de unidades militares. El método era leninista: destruir a la izquierda como fuerza política organizada masacrando a todos sus activistas y provocar en sus partidarios un miedo abyecto. Como confesó el propio general Mola en Pamplona el 19 de julio de 1936: “Es necesario difundir una atmósfera de terror. Necesitamos suscitar esta impresión de dominio [...] Todos los que sean franca o secretamente partidarios de la República tienen que ser liquidados”.⁶⁷ Se practicaban los arrestos durante la noche y se fusilaba en la oscuridad, a veces después de torturar al prisionero. La Iglesia insistió en que todos los que debían ser asesinados se confesaran primero (el 10 por ciento rechazó) y eso determinó que los asesinatos secretos fuesen más difíciles. Se cometieron atrocidades blasfemas: a un hombre se lo extendió en forma de cruz y le cortaron los brazos y las piernas en presencia de la esposa, que enloqueció. Los sacerdotes que pretendían intervenir también eran asesinados.⁶⁸ Las masacres de Mallorca fueron descritas por Georges Bernanos en su novela *Les grands cimitières sous la lune*. Pero en *The Invisible Writing*, Arthur Koestler afirmó que se inventaban atrocidades fascistas en la fábrica de mentiras dirigida por Otto Katz en la oficina de la Comintern en París.⁶⁹

La víctima más famosa de los crímenes nacionalistas fue el poeta García Lorca, cuyo cuñado era alcalde socialista de Granada. Lo fusilaron alrededor del 18 de agosto de 1936, pero nunca pudo hallarse su tumba. Ese mismo mes, alrededor de 571 personas fueron eliminadas en la ciudad. Un cálculo moderno autorizado de los crímenes cometidos por los nacionalistas señala que fueron ultimadas unas 8.000 personas en la provincia de Granada, de 7.000 a 8.000 en Navarra, 9.000 en Sevilla, 9.000 en Valladolid, 2.000 en Zaragoza, 3.000 en las Baleares. Durante los seis primeros meses de la guerra, los nacionalistas mataron a seis generales y un almirante, prácticamente a todos los diputados del Frente Popular que fueron capturados, a gobernadores, médicos y maestros de escuela, un total aproximado de 50.000 personas.⁷⁰ De modo que las matanzas de ambos bandos se equiparan y en los dos casos tuvieron carácter totalitario, es decir, se castigó sobre la base de la clase, la jerarquía y la profesión, y no de la culpa individual.

La intervención extranjera fue importante desde el principio. Es probable que sin ella el *putsch* hubiese fracasado. El levantamiento se frustró en cinco de las seis ciudades más importantes. El gobierno tenía una considerable superioridad numérica en tierra, acrecentada poco después por las milicias políticas. La marina ejecutó a sus oficiales; sus dos cruceros y los dos destructores impidieron que el ejército de África cruzara el estrecho por mar. Los nacionalistas tuvieron superioridad aérea al principio, pero muy pocos aviones para transportar a más de 200 hombres diarios a territorio continental. El general Mola, que dirigía el levantamiento desde Burgos, tenía muy poca munición y contempló seriamente la posibilidad de renunciar al intento y huir.⁷¹ El primer acto de Franco cuando llegó a Tetuán desde las Canarias el domingo 19 de julio de 1936 fue pedir a Roma una docena de bombarderos; tres días después solicitó transportes aéreos a los alemanes. Los aviones alemanes llegaron a Tetuán el 28 de julio; los italianos, dos días después. A principios de agosto, Franco envió 600.000 balas a Mola y en un solo día pasó 3.000 hombres a través del estrecho de Gibraltar. La situación cambió. Los ejércitos del norte y el sur se unieron el 11 de agosto, y el mes siguiente Franco, que había obtenido un notable éxito de propaganda al levantar el sitio de la academia militar del Alcázar de Toledo, fue designado jefe de Estado y generalísimo, “con todos los poderes del nuevo Estado”.⁷² Franco confiaba en que la moral

66 Thomas, op. cit., p. 270, n. 2.

67 Juan de Iturralde, *El catolicismo y la cruzada de Franco*, 2 vols., Bayona, 1955, II, pp. 88-89.

68 Ignacio de Azpiazu, *Siete meses y siete días en la España de Franco*, Caracas, 1964, p. 115.

69 George Bernanos, *Les Grands Cimitières sous la lune*, París, 1938, pp. 72-73; Koestler, *Invisible Writing*, pp. 333-335.

70 Thomas, op. cit., p. 265, menciona autoridades en las notas al pie; Ian Gibson, *The Death of Lorca*, Londres, 1973, pp. 167-169.

71 Trythall, op. cit., p. 94.

72 S. G. Payne, *Politics and the Military in Modern Spain*, Stanford, 1967, pp. 371-372.

republicana se derrumbaría y él podría apoderarse de Madrid. Pero la llegada de aviones franceses y rusos dio al gobierno el control aéreo en la mayor parte del frente —la gran lección de la guerra fue la importancia del apoyo aéreo táctico— y la aparición de tanques rusos en Madrid evitó la capitulación. De ese modo, la ayuda extranjera impidió que hubiese una decisión rápida a favor de cualquiera de los dos bandos.

Sin embargo, el resultado de la guerra no estuvo determinado por la intervención de las grandes potencias, porque hasta cierto punto la que favoreció a un bando compensó la del otro, ni por la política no intervencionista de Gran Bretaña y Francia, pues siempre podían obtenerse armas pagándolas con oro o con divisas fuertes. Los alemanes alcanzaron un nivel máximo de 10.000 hombres, incluyendo 5.000 en la Legión Cóndor, una unidad experimental de tanques y aviación, y tuvieron 300 muertos. También suministraron instructores, que prestaron valiosos servicios en el entrenamiento rápido de oficiales militares y pilotos, 200 tanques, 600 aviones y los soberbios cañones antiaéreos de 88 milímetros, que neutralizaron a principios de 1937 la superioridad aérea de los republicanos. La contribución italiana fue mucho mayor: 40.000 a 50.000 hombres (4.000 bajas), 150 tanques, 660 aviones, 800 piezas de artillería, algunas de muy elevada calidad, y grandes cantidades de ametralladoras, rifles y otros suministros. Afirmaron haber derribado 903 aviones y hundido 62.800 toneladas de embarques republicanos. Los nacionalistas también contaron con la ayuda de varios miles de portugueses, de 600 irlandeses al mando del general O'Duffy y de unos pocos franceses, rusos blancos, británicos, norteamericanos y latinoamericanos, además, por supuesto, de 75.000 soldados moros, pretendidamente “voluntarios”.⁷³

Los rusos suministraron a la República 1.000 aviones, 900 tanques, 300 carros blindados, 1.550 piezas de artillería y gran cantidad de equipo militar de toda clase. Los franceses contribuyeron con 300 aviones. Por lo que hace a la cantidad, la República recibió del exterior tanto material como los nacionalistas. Pero era más heterogéneo, fue utilizado con menos eficacia y gran parte quedó en el campo de batalla cuando se retiraron las unidades republicanas. Los tanques rusos eran más pesados, estaban mejor armados, eran más veloces y en todos los aspectos resultaban superiores a los modelos alemanes e italianos —como los japoneses lo comprobarían en 1939 y Hitler en 1941-1942—pero no se los aprovechó bien y se los abandonaba fácilmente, por lo que hacia el final de la guerra, los nacionalistas tenían un regimiento entero equipado con blindados rusos.⁷⁴

Los rusos también enviaron 1.000 pilotos y unos 2.000 especialistas de diferentes clases, pero no trasladaron unidades numerosas. Consideraban a España sobre todo como un ejercicio de propaganda internacional. En total, unos 40.000 extranjeros combatieron por la República, y de ellos 35.000 en las brigadas, aunque nunca más de 18.000 simultáneamente. Además, hubo 10.000 médicos, enfermeras y especialistas civiles. El contingente más nutrido, de alrededor de 10.000 personas, provino de Francia; también llegaron 5.000 alemanes y austríacos, 3.350 italianos, alrededor de 2.500 de Gran Bretaña y otros tantos de Estados Unidos, 1.500 de Checoslovaquia y una cifra igual de Yugoslavia y Canadá; los países escandinavos y Hungría aportaron cada uno un contingente de 1.000 hombres. Hubo contingentes más pequeños de unos cuarenta países. Las bajas fueron muy elevadas, aunque todas las cifras son discutibles. Por ejemplo, un cálculo afirma que hubo 2.762 bajas británicas con 1.762 heridos y 543 muertos. Perekieron alrededor de 900 norteamericanos.⁷⁵

La ayuda y la intervención extranjeras no inclinaron la balanza en ninguno de los dos sentidos. Los nacionalistas triunfaron principalmente gracias a la capacidad y el criterio de Franco. Aunque éste fue un hombre poco agradable y es probable que nunca conquiste el aprecio de los historiadores, debe considerársele una de las figuras públicas más eficaces del siglo. La frialdad de sus sentimientos estaba acompañada por una cabeza fría, una gran inteligencia y formidables reservas de coraje y voluntad. Su padre era un oficial naval alcohólico; su hermano menor, un piloto

73 Thomas, op. cit., ed. 1977, da detalles de la intervención extranjera, en el Apéndice 7, pp. 974-985; véase también Jesús Salas, *Intervención extranjera en la guerra de España*, Madrid, 1974.

74 D. C. Watt, “Soviet Aid to the Republic”, *Slavonic and East European Review*, junio de 1960; Thomas, op. cit., pp. 981-982.

75 Thomas, op. cit., p. 982, n. 2; Neal Wood, *Communism and British Intellectuals*, Londres, 1959, p. 56.

que había batido muchas marcas y tenía un carácter desordenado; en Franco se resumía toda la autodisciplina de la familia. No le interesaban las mujeres, la bebida o los naipes. En cambio, lo apasionaban los mapas. A los veintidós años era el capitán más joven del ejército; a los treinta y tres, el general europeo más joven. Presenció muchos episodios de encarnizada lucha en Marruecos, sobre todo durante la guerra del Rif, a lo largo de los años veinte, y en 1925 encabezó uno de los más grandes desembarcos de tropas anfibias hasta ese momento. Sus conceptos militares eran muy avanzados para la época; como de Gaulle, creía en la “guerra de movimientos”. En 1928 reorganizó la academia militar española y la convirtió en lo que André Maginot, ministro de Guerra francés, denominó “el centro más moderno de su tipo en el mundo [...] la última palabra de la técnica y la instrucción militar”.⁷⁶

Vale la pena examinar brevemente la filosofía de Franco, pues estaba sumamente alejada de todas las corrientes que prevalecían en ese momento, tanto de las totalitarias como de las liberales. El soldado estadista a quien más se parecía era Wellington, una figura muy admirada en España. Franco pensaba que la guerra era una actividad odiosa, que no se podía separar de la crueldad más grosera, pero que a veces resultaba necesaria para promover la civilización. Se alineaba en la tradición de los romanos, los cruzados, los conquistadores, los tercios de Parma. En África sus legionarios extranjeros mutilaban los cuerpos de sus enemigos y los decapitaban. Pero estaban sometidos a disciplina rigurosa. Franco era un comandante duro pero justo y, por lo tanto, popular. Creía que la cultura española cristiana era indiscutiblemente superior; la “resistencia de los marroquíes a la civilización” le parecía “inexplicable”. Después, cuando encabezó la represión de los mineros asturianos, lo asombraba que, si bien “evidentemente no eran monstruos ni salvajes”, careciesen de “ese respeto por el patriotismo y la jerarquía que era necesario en los hombres decentes”.⁷⁷ Siempre describía su propia motivación diciendo que era “el deber, el amor al país”.

A los ojos de Franco, el ejército era la única institución auténticamente nacional, antigua, sin clases, no regional, apolítica, incorrupta y desinteresada. Si la oprimían se amotinaba, como había hecho desde el siglo xvi y aún en 1917; de lo contrario, prestaba su servicio. Todo lo demás que había en España le parecía sospechoso. La Iglesia era demasiado blanda. Franco era creyente — recomendó al escéptico Mola que orase pidiendo las municiones necesarias— e hizo todo lo posible para obtener la aprobación de la jerarquía organizando un “hogar eclesiástico”, pero no era en absoluto un clerical y jamás prestó la más mínima atención al consejo eclesiástico en los asuntos que no eran espirituales.⁷⁸ Odiaba todas las formas de la política. Los conservadores eran terratenientes egoístas y reaccionarios. Los liberales eran empresarios corruptos y egoístas. Los socialistas eran personas que se engañaban o algo peor. Aprovechó a los dos movimientos insurreccionales, la Falange y los carlistas, amalgamándolos bajo su dirección, pero esas dos organizaciones representaron el papel de corrientes sometidas, hasta serviles. Franco nunca fue fascista ni creyó absolutamente en ningún tipo de utopía o sistema. En su cuartel general, un solo político tenía influencia: su cuñado, Ramón Serrano Suñer, y era un funcionario. Franco decía: “Los españoles están cansados de la política y los políticos”. Agregó: “Sólo los que viven de la política necesitan temer a nuestro movimiento”. Consagró toda su carrera al intento de exterminar la política.⁷⁹

Franco aprovechó mejor sus recursos humanos y materiales porque libró una guerra militar, mientras que los republicanos hicieron una guerra política. Era un maestro en lo referente a los engranajes de la guerra: topografía, entrenamiento, infraestructura, logística, señales, control aéreo. No fue un genio, pero siempre se mostró sereno y minucioso; nunca agravó los fracasos y aprendió

76 Citado por Trythall, op. cit., p. 65; Luis de Galinsoga, *Centinela de Occidente: semblanza biográfica de Francisco Franco*, Barcelona, 1956, pp. 134-139.

77 Rudolf Timmermans, *General Franco*, Olten, 1937, p. 135; Francisco Franco, *Diario de una bandera*, Madrid, 1922, pp. 46, 179; Trythall, op. cit., p. 58.

78 Alejandro Vicuna, *Franco*, Santiago de Chile, 1956, pp. 222-223; Ignacio González, *La guerra nacional española ante la moral y el derecho*, Salamanca, 1937; Jay Allen, *Chicago Tribune*, 29 de julio de 1936; *Cruzada Española*, II, p. 84.

79 Thomas, op. cit., Apéndice 5, p. 971.

de los errores. Como había eliminado la política, nadie lo presionaba y, de hecho, durante toda la guerra ejerció la unidad de mando. Quizá su principal ventaja psicológica consistió en que afirmó rápidamente, y así lo entendieron todos, una posición de total independencia respecto de sus aliados. Se trata de un aspecto que con frecuencia se omite. Aunque el idealismo era un factor de guerra en el ámbito de los hombres y las mujeres comunes que la libraban, en el plano de las relaciones entre las naciones implicaba un acuerdo frío y concreto. Hitler, Mussolini y Stalin, así como los restantes gobiernos que suministraron armas y servicios, esperaban recibir el correspondiente pago. En cierto sentido, las finanzas eran la clave de la guerra, y Franco y sus consejeros manejaron hábilmente el problema. Su principal realización fue mantener un papel moneda respetable sin el beneficio de las reservas de oro de la nación y sin un sistema bancario central. La peseta nacionalista se mantuvo estable, en una relación de 70 a 80 con la libra esterlina. En cambio, la peseta republicana cayó de 36 en junio de 1936 a 226 en diciembre de 1937 y luego se derrumbó. Casi desde el principio, Franco presionó sobre la monarquía, las empresas británicas y otras extranjeras en España, y sobre los grandes empresarios como Juan March y Juan Ventosa. Realizó esfuerzos prodigiosos y cada vez más eficaces para mantener las exportaciones. De esta forma pudo estabilizar el circulante, obtener préstamos en España y, lo que es más importante, conseguir a crédito prácticamente todas las armas extranjeras. De modo que Alemania, a la que acabó debiendo 225 millones de dólares, e Italia, cuya factura definitiva fue convenida en la suma de 273 millones de dólares en 1940, tenían un firme interés práctico en asegurar la victoria de Franco, con el fin de que sobreviviera para pagarles, lo que en efecto hizo.

En cambio, los republicanos manejaron sus finanzas del modo más absurdo. Iniciaron la guerra con una de las más cuantiosas reservas de oro del mundo: 700 toneladas, que valían 162 millones de libras esterlinas (o 78 millones de dólares). En lugar de utilizar este caudal para obtener préstamos o para realizar pagos directos en los mercados de armas de los países capitalistas de Occidente al mismo tiempo que se conseguían armas rusas a crédito, entregaron a Stalin más de las dos terceras partes de su oro. A cambio de armas de diferente calidad, que por lo demás Stalin podía haber suministrado a crédito o a cambio de papel, éste engulló 500 millones de dólares en oro, más otros 100 millones obtenidos mediante las exportaciones; y cuando todo terminó dijo que aún se le debían 50 millones. A fines de 1938 manifestó tranquilamente al negociador de la República que su crédito estaba “agotado”. No hubo ningún momento en que se debieran grandes sumas a Stalin y por lo tanto nunca tuvo un interés creado en asegurar que la República sobreviviera para pagarle.⁸⁰

Todavía más desastrosa, desde el punto de vista de la República, fue la insistencia de Stalin, mientras se le pagaba al contado y en oro, en exigir un precio político por el acto mismo del suministro. Tan pronto comenzó la lucha y la necesidad de armas llegó a ser desesperada, la influencia del Partido Comunista creció de manera dramática. Esta cuestión podría no haber importado tanto si la organización hubiese llevado una existencia independiente. De hecho, estaba controlada, a través de la embajada rusa, por unidades de la NKVD y la OGPU, al mando de Alexander Orlov —que a su vez estaba mortalmente atemorizado por Yezhov— y por figuras de la Comintern como el cazador de brujas francés André Marty, cuyo rostro, escribió Hemingway, “tenía un aspecto descompuesto, como si lo hubieran modelado con el material putrefacto que uno encuentra bajo las garras de un león muy viejo”.⁸¹ Hasta ahora no se ha podido aclarar si en realidad Stalin deseaba ganar la guerra, pero en todo caso estaba decidido a controlar al bando republicano.

Caballero, que ascendió al cargo de primer ministro en septiembre de 1936, era un hombre de pocas luces a quien podía engañarse fácilmente; sin embargo, ofreció cierta resistencia al avance stalinista. Rehusó permitir que los comunistas absorbiesen al Partido Socialista, como había sucedido con el movimiento juvenil; en enero de 1937, después de recibir una carta amenazadora de Stalin y una demanda para que despidiese a su mejor general, expulsó de su despacho al embajador soviético, Marcel Rosenberg, con estas palabras: “¡Salga de aquí! ¡Fuera!”, en voz tan alta que se lo

80 *Ibíd.*, pp. 974-977; Salas, *op. cit.*, p. 510.

81 Carlos Baker, *Ernest Hemingway*, Penguin, 1972, p. 472.

pudo oír desde afuera. Dijo que España podía ser pobre, pero no toleraría que “un embajador extranjero intentase imponer su voluntad al jefe del gobierno español”.⁸² Fue el fin de Caballero (también el fin de Rosenberg, llamado inmediatamente y asesinado por Stalin), aunque las autoridades soviéticas necesitaron un tiempo para organizar un golpe. Se lo decidió en una reunión del ejecutivo del Partido Comunista, con asistencia del encargado de negocios soviético, Marty, Orlov y otros funcionarios de la policía secreta. Es notable el hecho de que José Díaz, secretario general del Partido Comunista, se opusiera a la eliminación de Caballero ordenada por Stalin y que en determinado momento gritase a Marty: “Usted es un invitado en las reuniones del Partido Comunista español. Si nuestras opiniones no le placen, ¡ahí está la puerta!”. Pero en la gritería y la votación que siguieron, sólo Díaz y Jesús Hernández, ministro de Educación, y la fuente que utilizamos para narrar esta reunión votaron contra el golpe; los restantes comunistas españoles estaban aterrorizados por los hombres de Orlov.⁸³

Juan Negrín, el sucesor de Caballero, había sido elegido por Arthur Stashevsky, agente de Stalin, el mes de noviembre precedente, como el títere ideal: un profesor apolítico de la alta clase media, sin partidarios sindicales ni obreros, sin relaciones con los comunistas y por lo tanto “respetable” a los ojos de la prensa extranjera, y además un hombre de groseras costumbres personales y, en consecuencia, blanco fácil de la extorsión. En lugar de comprar armas, recorría Francia en un veloz auto deportivo persiguiendo a las jóvenes. Su gula era espectacular: a veces cenaba tres veces en el transcurso de una noche. Cuando objetó que no gozaba de popularidad suficiente para ser primer ministro, Hernández contestó cínicamente: “La popularidad puede crearse”; en efecto, la propaganda era una actividad en la que los comunistas no tenían rival.⁸⁴ Al amparo de la complaciente ignorancia de Negrín, los comunistas —es decir, la policía secreta de Stalin— se apoderaron de la España republicana. El resultado fue una de las principales tragedias políticas del siglo.

Es evidente que si el ejército no hubiese protagonizado el *putsch* de julio de 1936, más tarde o más temprano España habría tenido que soportar una guerra civil librada entre sectores de la izquierda. Estalló en Barcelona durante la primavera de 1937, y los comunistas lucharon contra el POUM y los anarquistas. El pretexto inmediato, lo mismo que en el ámbito más amplio de la guerra civil, fue el asesinato político de un dirigente comunista, Roldán Cortada, llevado a cabo el 25 de abril quizá por una “patrulla de control” anarquista, quizá por el agente de la Comintern Ernó Geró. Ambos bandos tenían ejércitos privados, fuerzas policiales secretas, pandillas de asesinos. El lema del POUM era: “¡Antes que renunciar a la revolución, moriremos en las barricadas!”. Los comunistas cantaban: “Antes de tomar Zaragoza necesitamos ocupar Barcelona”. Hubo disturbios y combates encarnizados en mayo, seguidos por la intervención de la marina y 4.000 guardias de asalto.⁸⁵ La negativa de Caballero a disolver las milicias del POUM fue el pretexto inmediato de su derrocamiento. Apenas Negrín ocupó el cargo nominal de primer ministro, los comunistas se apoderaron del Ministerio del Interior y todos los puestos claves policiales y paramilitares, y se prepararon para un *réglement des comptes*.

La purga coincidió con la masacre que realizó Stalin en su propio partido en Rusia y exhibió todos los rasgos distintivos de sus métodos. La policía de Madrid, controlada por el Partido Comunista, obligó a dos falangistas capturados a preparar un falso plan de levantamiento en Madrid por la tan pregonada “quinta columna” de Franco, y al dorso de este plan falsificaron una carta a Franco de Andrés Nin, el líder del POUM. Una gran cantidad de documentos falsificados que complicaban al POUM en una traición fascista fue depositada en una maleta abandonada en Gerona y después “descubierta” por la policía. El 14 de junio, Orlov, jefe de la NKVD española, probablemente actuando en cumplimiento de instrucciones directas de Stalin, ordenó el arresto de todos los líderes del POUM. Se adoptó esa medida a pesar de las protestas de los miembros

⁸² Thomas, op. cit., p. 533.

⁸³ Jesús Hernández Tomas, *La Grande Trahison*, París, 1953, p. 66; Thomas, op. cit., pp. 650-65L

⁸⁴ Thomas, op. cit., p. 664, n 1; Manuel Azaña, *Obras Completas*, 4 vols., ciudad de México, 1966-1968, p. 867; Caballero, op. cit., p. 204, Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, 3 vols., ciudad de México, 1967-1969, III, p. 220.

⁸⁵ George Orwell, *Homage to Catalonia*, Londres, 1938, pp. 169 y ss.; Thomas, op. cit., pp. 651 y ss.

comunistas del gabinete (los no comunistas, y sobre todo Negrín, nunca fueron informados).⁸⁶ El comandante de la 29 división del POUM fue llamado del frente para una “consulta” y arrestado también. Los detenidos fueron llevados directamente a centros de interrogatorios cuidadosamente preparados y a cámaras de tortura, la mayoría clandestinos, entre ellos el ex convento de Santa Úrsula en Barcelona, el llamado “Dachau de la España republicana”. Los esfuerzos del gabinete con el fin de obtener la liberación de Nin no fructificaron. Sin embargo, los planes de Stalin encaminados a convertirlo en el centro de un falso proceso español se vieron frustrados, pues Nin, el modelo de Goldstein, el héroe de la obra *Mil novecientos ochenta y cuatro* (1984), de Orwel, prefirió morir bajo la tortura antes que confesar. (Finalmente fue asesinado por Orlov en el parque de El Pardo, que más tarde fuera el palacio de Franco.) Durante el resto de 1937 y hasta bien entrado 1938, muchos miles de miembros del POUM y otros izquierdistas de distintas facciones fueron ejecutados o torturados hasta la muerte en las cárceles comunistas. Entre ellos habían muchos extranjeros, por ejemplo Erwin Wolff, ex secretario de León Trotsky, el socialista austriaco Kurt Landau, el periodista británico “Bob” Smilie y José Robles, ex catedrático de la Universidad Johns Hopkins. Entre los que consiguieron escapar estaban Orwel y Willy Brandt, el futuro canciller alemán.⁸⁷

Uno de los muchos infortunios de España en este período fue que su guerra civil coincidió con la culminación del gran terror de Stalin. Muchos asesinatos en Barcelona tuvieron poco que ver con la política interna de España y fueron más bien una consecuencia de los acontecimientos de Moscú y Leningrado. Así, Robles fue ejecutado porque, en su carácter de intérprete del general Jan Antonovich Berzin, jefe de la misión militar rusa en España, sabía demasiado sobre el llamado de Berzin y su liquidación como parte de la purga militar practicada por Stalin. En 1937-1938 Stalin estaba liquidando a sus principales agentes en el mundo entero. Igual que en Rusia, prácticamente todos los que lo ayudaron a imponerse a la izquierda en España y después a aterrorizarla, a su vez fueron liquidados. El jefe del departamento extranjero de la NKVD fue acorralado en su propio despacho de París en febrero de 1938 y fue obligado a tomar cianuro. De los que organizaron los suministros de armas a España, Evhem Konovalik fue asesinado en Rotterdam en mayo de 1938; Rudolf Clement fue descubierto decapitado en el Sena, y Walter Krivitsky, jefe de la inteligencia militar soviética en Europa Occidental, fue perseguido tres años por los asesinos de Stalin, hasta que lo atraparon en Washington el 10 de febrero de 1941.⁸⁸ Además del general Berzin, Stalin asesinó a Michael Koltzov, famoso corresponsal español del *Pravda*; a Arthur Stashevsky, jefe de la misión económica en España; y a Antonov Ovseenko, cónsul general en Barcelona, a quien se le dijo que lo llamaban a Moscú para nombrarlo ministro de Justicia, una broma característica del siniestro humor de Stalin.⁸⁹ El único que escapó a Stalin fue el mismo archiasesino Orlov, que defeccionó, escribió un relato de todo lo que sabía e informó a Stalin que había preparado la publicación inmediata del material si él moría violentamente; por lo tanto, lo dejaron tranquilo, de manera que publicó su relato después de la muerte de Stalin.⁹⁰

Cabe preguntarse cómo es posible que las atrocidades contra la izquierda en Barcelona no provocasen una ola de rechazo a través del mundo. Un factor fue la suerte. El 26 de abril de 1937, al día siguiente del asesinato de Cortada en Barcelona, que fue el detonante de la crisis interna, cuarenta y tres aviones de la Legión Cóndor bombardearon la histórica ciudad vasca de Guernica, cuyo famoso roble había sido el lugar de cita del primer parlamento vasco. Murieron alrededor de mil personas y el 70 por ciento de los edificios quedó destruido. No era el primer bombardeo de una ciudad por cualquiera de los dos bandos; Guernica era un blanco legítimo, aunque el objetivo de la incursión fue aterrorizar. Lo decidió el coronel Wolfgang von Richthofen, comandante de la Legión, en consulta con el coronel Juan Vigón, jefe de Estado Mayor de Mola. No hay pruebas de que Mola estuviera enterado. En todo caso, Franco no lo sabía y los alemanes desconocían el

⁸⁶ Hernández, op. cit., pp. 124-126.

⁸⁷ Thomas, op. cit., pp. 705-706; Bernard Crick, *George Orwell: a Life*, Londres, 1980, pp. 224-226.

⁸⁸ Krivitsky logró publicar primero su libro *I Was Stalin's Agent*, Londres, 1940; Hingley, op. cit., pp. 268 y ss.

⁸⁹ Thomas, op. cit., pp. 702-703 y n.

⁹⁰ Orlov, op. cit..

significado histórico de la población.⁹¹ Para los propagandistas de la Comintern —los mejores del mundo— fue un golpe de suerte y lo convirtieron en el episodio más famoso de toda la guerra. Picasso, a quien ya se había pedido que pintase un gran cuadro para el pabellón español de la Feria Mundial de París, utilizó el tema, y el resultado fue llevado después al Metropolitan de Nueva York. Guernica contribuyó a inclinar hacia el bando republicano a un segmento entero de la opinión occidental, incluidas las revistas *Time* y *Newsweek*.⁹² En la oleada general de protestas y manifestaciones de repudio que siguió y cuyos ecos aún podían escucharse durante los años ochenta, en que el cuadro fue colgado solemnemente en El Prado, la masacre masiva de Barcelona quedó acallada.

El modo en que se usó a Guernica para cubrir la destrucción del POUM fue típico del brillo de la propaganda de la Comintern, dirigida por dos talentosos mentirosos profesionales, Willi Muenzenberg y Otto Katz, quienes después fueron asesinados por orden de Stalin.⁹³ A lo largo de la guerra de España, el stalinismo contó con la ayuda no sólo de un soberbio sistema de relaciones públicas, sino de la ingenuidad, la credulidad y también, puede afirmarse, de la mendacidad y la corrupción de los intelectuales occidentales, y sobre todo por su disposición a ignorar lo que W. H. Auden denominó “el crimen necesario”. Cuando Orwell escapó y trató de publicar un relato del escándalo del POUM y “destapar la olla española”, en el *New Statesman*, su director, Kingsley Martin, rechazó el material con el argumento de que perjudicaría el apoyo de Occidente a la causa republicana; más tarde alegó que Negrín habría roto con los comunistas a causa del problema del POUM si Occidente se hubiese mostrado dispuesto a suministrarle armas. Pero cuando la denuncia de Orwell apareció en el *New English Weekly*, no llamó demasiado la atención.⁹⁴ Los intelectuales de la izquierda no deseaban conocer la verdad objetiva, no deseaban ver destruidas sus ilusiones. Los aturdió el esplendor y el entusiasmo de la causa y pocos tenían la firme voluntad de Orwell para afirmar normas absolutas de moral, o la experiencia de los horrores que sobrevenían cuando las normas relativas ocupaban su lugar. Muchos trataban al partido con una actitud de abyecto servilismo. Así, el poeta Cecil Day-Lewis, que se incorporó al Partido Comunista en 1936, se disculpó porque no lo había hecho antes y confesó puntillosamente un “refinamiento de subjetivismo burgués por el que me resistía a unirme al partido hasta que hubiese llegado a ganar bastante dinero para tener la certeza de que daba ese paso por motivos desinteresados, y no como uno de esos individuos hambreados y necesitados que quieren aprovechar personalmente la revolución”. Además creyó que tenía que solicitar permiso al partido incluso antes de aceptar la invitación a formar la comisión de selección de la Sociedad del Libro.⁹⁵

Los comunistas controlaban el acceso a la España republicana. Por ejemplo, el escritor británico que deseaba viajar a ese país necesitaba una carta de Harry Pollitt, secretario del Partido Comunista inglés que trabajaba en estrecha relación con Victor Gollancz, el principal editor de izquierda, cuyo Club del Libro de Izquierda dominaba el mercado. El poeta W. H. Auden se salvó gracias a su “carta de Pollitt”, de una sentencia de cárcel cuando fue arrestado por indecencia en un parque de Barcelona.⁹⁶ Una visita a “nuestra” España era esencial para la dignidad de un intelectual progresista. Así como los alemanes, los italianos y los rusos usaron a España para probar su nuevo equipo militar —el aprovechamiento mediante el *hardware*— los escritores fueron a ese país con el propósito de conseguir material para la novela o el poema siguientes, lo que podría denominarse el aprovechamiento a través del *software*. André Malraux, cuya novela acerca de la Revolución China, *La condición humana* (1932), le había dado fama mundial, fue a España con la esperanza de escribir la continuación, que apareció a su debido tiempo con el nombre de *La esperanza* (1938).

91 Thomas, op. cit., pp. 624-627, Apéndice 8, pp. 986-991; Vicente Talon, *Arde Guernica*, Madrid, 1970; Herbert Southworth, *La destrucción de Guernica*, París, 1975; Adolf Galland, *The First and the Last*, Londres, 1957.

92 Allen Guttman, *The Wound in the Heart: America and the Spanish Civil War*, Nueva York, 1962.

93 Koestler, *Invisible Writing*.

94 *New English Weekly*, 29 de julio, 2 de septiembre, 1937; con respecto a este famoso episodio, véase Kingsley Martin, *Editor, 1931-1945*, Londres, 1968, p. 218; George Orwell, *Collected Essays*, etcétera, 4 vols., Penguin, 1970, I, pp. 333 y ss.; Crick, op. cit., pp. 227 y ss.

95 Sean Day-Lewis, *C. Day-Lewis: an English Literary Life*, Londres, 1980, pp. 94, 102.

96 Cyril Connolly, “Some Memories”, en Stephen Spender, ed., *W. H. Auden: a tribute*, Londres, 1975, p. 70.

Llevó consigo un escuadrón de lentos bombarderos Potex, que hicieron mucho ruido en los periódicos pero que perjudicaron poco a los nacionalistas y en todo caso debieron ser tripulados por los españoles. García Lacalle, comandante de los cazas republicanos, escribió que la gente de Malraux estaba formada por “escritores, artistas, fotógrafos, mujeres, niños y no sé qué más [...] de todo, excepto aviadores”.⁹⁷ Hemingway también estuvo en España, “investigando” en busca de material para su obra *Por quién doblan las campanas*. “Papá”, que se creía un hombre duro y acostumbrado al cinismo de la guerra, fue engañado fácilmente. Cuando su amigo Dos Passos se inquietó ante la desaparición de Robles, a quien conocía bien (en realidad ya lo habían asesinado), Hemingway fue tranquilizado por su “amigo” del contraespionaje, el siniestro Pepe Quintanilla, que le aseguró que Robles era espía, con lo que Hemingway dio por sentado que Robles era culpable. Atribuyó la permanente confianza de Dos Passos “en la lealtad de Robles a la bondadosa ingenuidad de una ‘típica actitud liberal norteamericana’”, pero por supuesto el ingenuo era Hemingway.⁹⁸

Para conquistar la buena voluntad de los intelectuales, los maestros de ceremonias de la Comintern organizaban reuniones internacionales con todos los gastos pagos. En 1937 se realizó en Bruselas la Campaña Internacional por la Paz, bajo la dirección de Marcel Cachin, líder del Partido Comunista, que inventó un “día de la paz”, una “feria de la paz”, un “penique por la paz” y un “juramento de la paz”. Kingsley Martin afirmó —aunque no entonces sino treinta años después— que había sido “el asesinato de la honestidad, el entusiasmo y la fe”, y que le había provocado “desesperación”.⁹⁹ Todavía peor, ese mismo año se llevó a cabo el Congreso de Escritores de Madrid. Stephen Spender recordó que él y otros invitados fueron “tratados como príncipes o ministros [...] viajamos en Rolls-Royce, asistimos a fiestas y banquetes, a conciertos de canto y danza”, aunque la culminación del episodio fue un maligno ataque a André Gide, que acababa de publicar un libro en que criticaba a Rusia, *Retour de l'URSS*, y a quien ahora se vilipendiaba públicamente como a un “monstruo fascista”. Una salva de artillería restableció el sentido de la realidad:

A la mañana siguiente André Chamson (jefe de la delegación francesa) anunció que él y Julien Benda, autor de *La Trahison des clercs*, debían salir inmediatamente de Madrid, pues si por casualidad uno de ellos era asesinado en Francia, no tendría más alternativa que declarar la guerra a Franco y ese acto podía llevar a la guerra mundial. Chamson se negaba a aceptar la responsabilidad de semejante catástrofe.¹⁰⁰

El mismo Spender ya era un veterano del frente, pues allí, en un emplazamiento de ametralladora,

[...] el servidor a cargo del arma insistió en que disparase unos tiros en dirección a las líneas de los moros. Así lo hice, al mismo tiempo que rezaba fervorosamente pidiendo que las balas no alcanzaran por casualidad a un árabe. De pronto, el frente me pareció una relación de amor entre los dos lados, atados allí a sus trincheras contrapuestas [...] y que un visitante interviniese en ese orgasmo mortal me pareció una terrible frivolidad.¹⁰¹

Mientras tanto, continuaba la terrible frivolidad detrás de las líneas republicanas. Como señaló Orwell, todas las facciones de la izquierda estaban obsesionadas por la necesidad de ocupar una posición militar sólida después de la derrota de Franco y permitían que esta idea afectase su táctica

97 Hugh Thomas, “The Lyrical Illusion of Spain 1936”, en Mestine de Courcel, ed., *Malraux: Life and Work*, Londres, 1976, pp. 42-43.

98 Carlos Baker, op. cit., p. 465.

99 Martin, op. cit., pp. 219-220.

100 Stephen Spender, *World within World*, Londres, 1951, pp. 242-243.

101 Ibid., p. 223.

y su actitud en la guerra. Para mantener el número evitaban las bajas; los comunistas a menudo negaban intencionadamente el apoyo aéreo o de artillería, a fin de facilitar la destrucción de las unidades del POUM o de otras corrientes a las que deseaban debilitar.¹⁰² Después de la destrucción del POUM, la moral republicana decayó constantemente. En estas circunstancias, Franco optó por una guerra de desgaste durante el terrible invierno de 1937-1938, y en abril dividió en dos a la España republicana. Después, fue sólo cuestión de tiempo; Franco no quiso correr riesgos e insistió siempre en contar con una superioridad abrumadora. Hacia el otoño, Stalin se había cansado de la guerra, le había exprimido el último gramo que podía tener como valor de propaganda, había completado sus purgas y ya estaba pensando en un nuevo acuerdo con las democracias occidentales o más probablemente con Hitler. También se había apoderado de todo el oro republicano. De modo que cortó la ayuda y Franco pudo desencadenar la última ofensiva en Cataluña, poco antes de Navidad, en la confianza de que el fin de la guerra estaba próximo. Barcelona cayó el 28 de enero de 1939, y Madrid el 28 de marzo. Franco había hecho la guerra sin pasión y, cuando supo que había concluido, ni siquiera levantó la mirada de su escritorio.¹⁰³

El día de la rendición de Madrid, Hitler denunció el tratado de 1934 con Polonia; una semana antes había ocupado la totalidad de Checoslovaquia. Era obvio que una guerra europea constituía un hecho inevitable e inminente. La reacción de Franco fue el brutal intento de aislar a España no sólo de la catástrofe que se avecinaba sino, en la medida de lo posible, de la totalidad del siglo XX. España tenía una antigua tradición de tosca ingeniería social y de cruzadas internas. Durante los siglos XV y XVI había expulsado sucesivamente a un elevado número de moros, judíos y protestantes. Gracias a esa macrop persecución había evitado la Reforma y los horrores de las guerras de religión. La incapacidad para adoptar métodos análogos de eliminación drástica había permitido la entrada de la Revolución Francesa, y así habían crucificado al país durante quince años de guerra civil, un episodio que se reflejó elocuentemente en los grabados de Goya. Ahora, la invasión de la cultura totalitaria poscristiana había provocado tres años más de martirio. Del lado nacionalista, 90.000 hombres habían muerto en acción; 110.000 soldados republicanos habían perecido; había un millón de inválidos; 10.000 habían muerto como consecuencia de las incursiones aéreas, 25.000 a consecuencia de la desnutrición, 130.000 fueron asesinados o fusilados detrás de las líneas, y ahora 500.000 se habían exiliado. La mitad jamás regresaría.¹⁰⁴ La destrucción de tesoros había sido inmensa, desde la famosa biblioteca de la catedral de Cuenca a los primeros cuadros de Goya en su lugar de nacimiento, Fuendetodos.

Franco decidió terminar con el proceso destructivo de la corrupción amputando el sufriente miembro del colectivismo español. Sus sentimientos respecto de la izquierda anticiparon los de los aliados hacia el nazismo durante la guerra; primero obtuvo la rendición incondicional y luego procedió a descomunizar, pero de un modo más parecido a las purgas sumarias de la Francia liberada que a los juicios sistemáticos de Alemania. No fue una masacre totalitaria de estilo leninista por clases: la ley de Responsabilidades Políticas del 9 de febrero de 1939 estableció la responsabilidad de los delitos sobre una base individual (la única excepción fueron los francmasones del grado dieciocho o mayor). En rigor, no se aplicaba la pena de muerte a los delitos políticos propiamente dichos.¹⁰⁵ Pero los conquistadores estaban frenéticos de cólera —Suñer, ministro del Interior, quería vengarse por sus hermanos, fusilados en las cárceles republicanas, y su actitud era la típica que adoptaban muchos otros— y no era difícil atribuir delitos capitales a los funcionarios republicanos, cualquiera que fuese su categoría. Ciano, cuñado de Mussolini, informó desde España en julio: “Los juicios se celebran todos los días con una rapidez que yo denominaría sumaria [...] Todavía hay gran número de fusilamientos. Sólo en Madrid, de 200 a 250 diarios, en Barcelona 150, en Sevilla 80.”¹⁰⁶ De ese modo masacraron a decenas de miles, aunque la cifra de 193.000 señalada a veces es errónea, pues se conmutaron muchas sentencias de muerte dictadas por

102 Orwell, “Notes on the Spanish Militias”, en *Collected Essays*, I, pp. 350-364.

103 José Díaz de Villegas, *La guerra de liberación*, Barcelona, 1957, p. 384.

104 Thomas, op. cit., pp. 926-927.

105 Texto de la ley en el Boletín Oficial del Estado, 13 de febrero de 1939; Trythall, op. cit., p. 141.

106 Ciano's *Diplomatic Papers*, pp. 293-294.

las cortes marciales. Franco aclaró el 31 de diciembre de 1939 que muchas sentencias que implicaban penas prolongadas (era usual condenar a 15 años) tendrían que ser cumplidas: “Es necesario liquidar el odio y las pasiones creados por la guerra pasada. Pero esta liquidación no debe realizarse de un modo liberal, con enormes y desastrosas amnistías, que son un engaño más que un gesto de perdón. Debe ser una actitud cristiana, alcanzada mediante la redención a través del trabajo, acompañada por el arrepentimiento y la penitencia”.¹⁰⁷ En 1941 la población de las cárceles alcanzaba todavía la cifra de 233.375 personas; varios miles de los que habían actuado en la República murieron en la prisión o en el exilio. A otros se los excluyó de una amplísima gama de profesiones privadas o públicas por un decreto del 25 de agosto de 1939, que asignó a los objetivos de la purga más importancia que a la eficacia de la estructura administrativa gubernamental o a los intereses de la economía nacional.¹⁰⁸ Como se ve, la España antigua y tradicional, dirigida por un hombre a quien le pesaba cada segundo del tiempo que había transcurrido desde la terminación del viejo mundo, en 1914, hizo todo lo posible para inmunizarse de los ataques del presente. A la larga, el intento fracasó; pero dio a España cierta protección frente a la pandemia que abrumaba a Europa.

¹⁰⁷ Citado por Max Gallo, *Spain under Franco: a History*, trad. Londres, 1973, p. 88. La cifra de 193.000 aparece en Charles Foltz, *The Masquerade in Spain*, Boston, 1948, p. 97; véase Thomas, op. cit., p. 924-925.

¹⁰⁸ Trythall, op. cit., pp. 142 y ss.

10 EL FIN DE LA VIEJA EUROPA

La era de la agresión debió terminar en una guerra mundial. De todos modos, es fundamental comprender exactamente cómo y por qué se llegó a esta culminación, pues lo que sucedió durante la década de los treinta determinó los perfiles de nuestra época durante los años ochenta. El 5 de abril de 1940, cuatro días antes de que la invasión nazi de Noruega comenzara la fase europea de la guerra, Goebbels presentó un informe secreto a un grupo seleccionado de periodistas alemanes, y uno de ellos realizó una transcripción. El pasaje fundamental dice así:

Hasta ahora hemos conseguido evitar que el enemigo conociera las verdaderas metas de Alemania, del mismo modo que antes de 1932 nuestros enemigos internos nunca supieron hacia dónde nos encaminábamos, o que nuestro juramento de legalidad no era más que una treta. Deseábamos llegar legalmente al poder, pero no queríamos usarlo legalmente [...] Podían habernos eliminado. Hubiera bastado que arrestasen a un par de los nuestros en 1925 y ahí terminaba todo. Pero no, nos permitieron atravesar la zona de peligro. Es precisamente lo que sucedió en la esfera de la política exterior [...] En 1933 un primer ministro francés debió decir (y si yo hubiera sido el primer ministro francés lo habría dicho): “El nuevo canciller del Reich es el hombre que escribió *Mein Kampf*, y que dice esto y aquello. No podemos tolerar a ese hombre en nuestra vecindad. ¡O desaparece o marchamos!”. Pero no procedieron así. Nos dejaron en paz, nos permitieron atravesar la zona de riesgo y pudimos sortear la totalidad de los arrecifes peligrosos. ¡Y una vez hecho esto, y cuando estábamos bien armados, mejor que ellos, desencadenaron la guerra!¹

Este notable enunciado es, en general, un resumen exacto de lo que sucedió durante los años treinta. Fue preanunciado en el informe secreto de Hitler a sus jefes de servicio el 3 de febrero de 1933, durante la primera reunión que mantuvo con ellos después de asumir el poder supremo. Les dijo que se proponía denunciar el acuerdo de Versalles y convertir a Alemania en la principal potencia europea; subrayó lo siguiente: “El período más peligroso es el que corresponde al rearme. Después, veremos si Francia tiene estadistas. Si los tiene, no nos dará tiempo y se arrojará sobre nosotros”.²

Todos sabían que los objetivos de Hitler eran ambiciosos. Las masas alemanas creían que podían ser alcanzados y que se los alcanzaría sin apelar a la guerra, mediante una diplomacia positiva, si contaba con el respaldo de la fuerza armada. Se dijo a los generales que la guerra casi seguramente sería necesaria, pero que se trataría de un conflicto limitado y breve. En realidad, el programa verdadero de Hitler era mucho más amplio de lo que los generales, y con mayor razón las masas, podían advertir e inevitablemente implicaba no sólo la guerra sino *Kampf*: una serie de guerras. Hitler hablaba en serio cuando escribió en *Mein* - “Alemania tiene que ser una potencia mundial o no habrá Alemania”. Cuando empleaba la expresión “potencia mundial” se refería a algo más grande que la Alemania de Guillermo, que a lo sumo había sido la potencia dominante de Europa Central; empleaba la palabra “mundial” en todo su sentido. La lección que había aprendido de la primera guerra mundial y del análisis de Ludendorff era que Alemania necesitaba vitalmente salir

1 H. A. Jacobsen, *Der Zweite Weltkrieg• Grundzüge der Politik und Strategie in Dokumenten*, Frankfurt, 1965, pp. 180-181; citado en Andreas Hillgruber, *Germany and the Two World Wars*, trad. Harvard, 1981, pp. 56-57.

2 Notas tomadas por el teniente general Liebmann, citado en Hillgruber, op. cit., p. 57.

de su base en Europa Central, en la que siempre podía verse rodeada.³ A juicio de Hitler, Ludendorff había comenzado a alcanzar esa meta en Brest-Litovsk, pero entonces la “puñalada por la espalda” del frente interior había arruinado todo. Por lo tanto, los verdaderos planes de Hitler comenzaban donde Brest-Litovsk había terminado; había que retroceder el reloj a la primavera de 1918, pero con una Alemania sólida, unida, renovada y sobre todo “purificada”. Podemos reconstruir los objetivos de Hitler no sólo a partir de su propia obra *Mein Kampf*, donde se destaca la “política hacia el Este”, sino mediante sus discursos tempranos y el llamado “segundo libro” o *Libro Secreto* de 1928.⁴ Este documento aclara que el proceso de “depuración” —la eliminación de los judíos— era esencial para la totalidad de la estrategia general. Dada su condición de socialista racial y no clasista, Hitler creía que la dinámica de la historia estaba en la raza. La dinámica se interrumpía cuando sobrevenía la contaminación racial. El veneno provenía sobre todo de los judíos. Hitler admiraba a los judíos en su condición de “superhombres negativos”. En su *Charla de sobremesa* observó que si 5.000 judíos emigraban a Suecia, en muy poco tiempo ocuparían todas las posiciones fundamentales; eso respondía al hecho de que “la pureza de la sangre”, como él decía en *Mein Kampf*, “es un factor que el judío preserva mejor que cualquier otro pueblo de la tierra. En cambio, los alemanes habían sido contaminados”. Por eso habían perdido la primera guerra mundial. Incluso Hitler estaba contaminado, por eso a veces cometió errores: “Todos sufrimos la enfermedad de la sangre mezclada y corrompida”.⁵ La contaminación racial era una obsesión relativamente usual en los tiempos de la juventud de Hitler, más o menos como la contaminación ecológica se convirtió en la obsesión de muchos durante los años setenta y ochenta. El concepto de la contaminación ubicua atraía intensamente al mismo tipo de personas que aceptaba las teorías de la conspiración para explicar el mecanismo de los acontecimientos públicos. Como en el caso de los ecologistas de un período posterior, creían que la contaminación racial estaba difundiéndose velozmente, que el desastre total era inminente y que se necesitaría mucho tiempo para modificar la situación, incluso si se adoptaban sin tardanza las medidas apropiadas. Hitler calculaba que se necesitarían unos cien años para lograr que su régimen eliminase la contaminación racial en Alemania; por otra parte, si Alemania se convertía en la primera raza nación que realizaba eficazmente su propósito, era inevitable que se convirtiese en la “dueña de la tierra” (*Mein Kampf*).

Lo que distinguía a la teoría racial hitleriana era, en primer lugar, esta profunda convicción de que la “depuración” debía convertir a Alemania en la primera superpotencia auténtica y, en definitiva, en la primera potencia suprema del mundo; en segundo lugar, su convicción absoluta de que la “contaminación racial judía” y el bolchevismo eran uno y el mismo fenómeno. En 1928, cuando Hitler publicó su “segundo libro”, no apreció que el bolchevismo “judío” de viejo cuño había dejado de existir y que la Rusia de Stalin en los aspectos esenciales resultaba tan antisemita como lo había sido el zarismo. Por el contrario, creía que la Unión Soviética era un fenómeno cultural judío. Por lo tanto, el propósito de su política era combatir “una inundación de bacilos patógenos que en este momento tienen su caldo de cultivo en Rusia”.⁶ En consecuencia, la “depuración” armonizaba perfectamente con la reanudación de la tradicional política alemana hacia el Este, pero en una escala mucho más ambiciosa.

Por consiguiente, el programa completo de Hitler era éste: en primer lugar, obtener el control de la misma Alemania y comenzar el proceso de depuración en el país; en segundo lugar, destruir el acuerdo de Versalles y afirmar la posición de Alemania como potencia dominante en Europa Central. Todo eso podía realizarse sin necesidad de guerra. En tercer lugar, sobre esa base de poder, pensaba destruir a la Unión Soviética (mediante la guerra) para eliminar el “foco” del “bacilo” y, mediante la colonización, crear una sólida base de poder económico y estratégico que permitiese organizar un imperio continental, en el que Francia e Italia serían simples satélites. En la cuarta etapa Alemania conquistaría un dilatado imperio colonial en África, construiría una gran armada

3 Rudolph Binion, *Hitler among the Germans*, Nueva York, 1976, pp. 61-63, 78-82.

4 *Hitlers Zweites Buch: Ein Dokument aus dem Jahre 1928*, Stuttgart, 1961, trad. como *Hitler's Secret Book*, Nueva York, 1962.

5 Citado en Fest, op. cit., p. 793.

6 *Hitlers Zweites Buch*, p. 130.

oceánica, de modo que sería una de las cuatro superpotencias, además de Gran Bretaña, Japón y Estados Unidos. Finalmente, en la generación que siguiese a su muerte, Hitler concebía una lucha decisiva entre Alemania y Estados Unidos por el dominio del mundo.⁷

Después de Napoleón, nadie había pensado en términos tan audaces. Por su gigantesca amplitud, el concepto era alejandrino. Sin embargo, hasta que fue absorbido por la guerra que él mismo provocó, Hitler mostró siempre una orientación pragmática. A semejanza de Lenin, era un oportunista soberbio, siempre dispuesto a aprovechar las ocasiones y a modificar en concordancia su teoría. Ese rasgo ha inducido a algunos historiadores a extraer la conclusión de que carecía de un programa básico. En realidad, aunque siempre adaptaba la táctica de modo que armonizara con el momento, perseguía su estrategia de largo plazo con una decisión brutal, que rara vez ha sido igualada en la historia de la ambición humana. A diferencia de la mayoría de los tiranos, nunca se sentía tentado de aflojar la tensión en vista del sobrante de poder autocrático, sino todo lo contrario. Siempre estaba elevando las apuestas sobre la mesa y tratando de acelerar el ritmo de la historia. Temía que su revolución perdiese el dinamismo necesario. Se creía indispensable y por lo menos cuatro de sus fases debían concretarse mientras él estuviese no sólo vivo sino en la cumbre de su capacidad. Su impaciencia era el factor que lo convertía en un individuo tan peligroso a corto plazo y tan ineficaz a largo plazo (a la inversa de los estrategas soviéticos). En un discurso secreto pronunciado ante los directores de los diarios alemanes en noviembre de 1938, después de su gran triunfo en Munich, deploró el hecho de que su necesidad de hablar de la paz hubiese inducido a la nación alemana a bajar demasiado la guardia. Sostuvo entonces que en el caso de Alemania, aceptar la paz y por lo tanto la estabilidad, como un hecho permanente de la vida internacional era aceptar el espíritu mismo del derrotismo. La violencia era necesaria y el público debía estar preparado para ella.⁸

Con ese monstruo en acción y con el control irrestricto de la segunda economía del mundo —la primera y en realidad la única que había superado por completo los efectos de la Gran Crisis—, ¿qué posibilidad había de mantener el antiguo sistema europeo? La más importante de las potencias legítimas, Estados Unidos, prácticamente se apartó de Europa. Eligió la Protección en 1930, y la decisión sería reforzada después que Roosevelt asumió el poder y aclaró, con su torpedeo de la proyectada conferencia económica mundial de julio de 1933, que su *New Deal* era incompatible con un sistema comercial negociado de carácter mundial; Roosevelt propugnaba el “capitalismo en un solo país”, así como Stalin defendía el “socialismo en un solo país”. Este aislamiento se vio formalizado en 1935, cuando un congreso demócrata aprobó la ley de Neutralidad. Ese mismo año, el joven escritor Herbert Agar expresó el estado de ánimo de muchos intelectuales norteamericanos, que rechazaban lo que estaba sucediendo en Europa, cuando pidió a sus compatriotas que olvidasen sus raíces europeas y se mostrasen fieles a su propia cultura naciente. Durante seis años de vida en Europa, escribió Agar, “aprendí que los mejores rasgos de la vida norteamericana no son los que hemos copiado fielmente de Europa, sino los rasgos que adaptamos libremente u originamos nosotros mismos, los rasgos que son verdaderamente nuestros”.⁹

En ciertos momentos, Roosevelt se veía en el papel de ciudadano del mundo, pero su internacionalismo era esencialmente verbal, sobre todo retórico, más que práctico. No era culpable del estado de desarme unilateral en que encontró a Estados Unidos en 1933; pero nada hizo para corregir la situación durante su primer período e hizo muy poco durante la primera parte del segundo. Como observó George Kennan, uno de los más capaces diplomáticos jóvenes, los enunciados de Roosevelt estaban destinados a producir efectos políticos internos más que a gravitar sobre los acontecimientos mundiales.¹⁰ Rodeado por sus jóvenes funcionarios del *New Deal*, que profesaban intenciones benévolas hacia Europa pero que desconocían los problemas de las relaciones exteriores y los enfrentaban con un lamentable criterio de aficionados y, en todo caso, estaban obsesionados por los problemas internos de los Estados Unidos, Roosevelt trataba de

7 Hillgruber, op. cit., p. 50.

8 Fest, op. cit., pp. 796-797.

9 Herbert Agar, “Culture v. Colonialism in America”, en *Southern Review*, 1, julio de 1935, pp. 1-19.

10 George Kennan, *Memoirs, 1925-1950*, Boston, 1967, p. 53.

mostrar un espíritu elevado y “progresista”. Pero esas miras elevadas se expresaban principalmente en el reclamo de que Gran Bretaña apoyase firmemente el orden internacional, y su progresismo consistía en considerar a la Rusia soviética, uno de los depredadores totalitarios, un factor más importante que Gran Bretaña en el mantenimiento de la paz mundial.

Hasta su muerte, en 1945, hubo un ingrediente incorregible de frivolidad en el manejo de la política exterior por parte de Roosevelt. Era característico que una de sus principales fuentes de información acerca de Gran Bretaña, y en general de los acontecimientos europeos, a fines de los años treinta, fuese *The Week*, el boletín de ultraizquierda basado en la teoría de la conspiración y publicado por Claud Cockburn, periodista del *Daily Worker*.¹¹ Algunas de las designaciones de embajadores realizadas por Roosevelt fueron excepcionalmente erróneas. Envío a Londres a Joseph Kennedy, un hombre violentamente antibritánico, y al corrupto y crédulo Joseph Davies a Moscú. Esta última decisión resulta sumamente descriptiva, porque la embajada norteamericana en Moscú tenía un buen personal y una información soberbia, y estaba respaldada por una división altamente profesional de asuntos de Europa Oriental en el Departamento de Estado. Litvinov, ministro soviético de Relaciones Exteriores, reconoció que esa división tenía mejores archivos acerca de la política exterior soviética que el mismo gobierno soviético.¹²

Cinco meses después que Davies fuera designado embajador, en 1936, con instrucciones de conquistar a toda costa la amistad de Stalin, la división fue disuelta, se dispersó la biblioteca y se destruyeron los archivos. En la embajada en Moscú, Kennan pensó que ese episodio sugería “el olor de la influencia soviética [...] en algún lugar de las cumbres del gobierno”. En todo caso, reflejaba una ardua lucha por el poder entre el secretario de Estado, Cordell Hull, y el subsecretario, el sombrío homosexual Sumner Welles.¹³ Los dos hombres eran antibritánicos, y Hull creía que el nuevo sistema de preferencias imperiales de Gran Bretaña, a su vez respuesta a la avalancha de restricciones comerciales desencadenada por la ley aduanera Smoot-Hawley, representaba para la paz mundial una amenaza más grave que cualquiera de los dictadores.

Como lo atestiguan sobradamente los documentos diplomáticos, el gobierno de Roosevelt nunca se mostró dispuesto a analizar un respaldo concreto militar y diplomático a Gran Bretaña y Francia contra Alemania. Los discursos condenatorios de Roosevelt, por ejemplo su oración de la “cuarentena” de octubre de 1937, o su absurdo reclamo de abril de 1939 para que Hitler ofreciese garantías de no agresión por diez años a treinta y un países mencionados específicamente, fueron peores que inútiles. La segunda declaración convenció a Hitler de que Roosevelt jamás intervendría militarmente, y contestó a esa formulación el 28 de abril, en el que resultó ser su último discurso público en el Reichstag, con menosprecio y burla mal disimulados.¹⁴

Incluso sin Estados Unidos, es concebible que Gran Bretaña y Francia hubieran podido contener a Hitler en 1933-1934 si ambos países hubieran demostrado decisión y voluntad de actuar de manera concertada. Durante un breve lapso Francia tuvo los medios físicos pertinentes, pero después de la caída de Poincaré en 1929, nunca hubo muchas posibilidades de que Francia aceptase un golpe preventivo. La política de Roosevelt era obviamente antifrancesa, y en ese sentido intentó obligar a Francia al desarme unilateral y además, después que Roosevelt retiró a Estados Unidos del patrón oro, ejerció presión económica para frustrar el patético intento francés de crear un “bloqueo del oro”, que absorbió las energías de ese país en 1933. Mientras tanto, Hitler consolidaba su posición y aceleraba el rearme secreto que había sido una característica de los últimos años de Weimar. Los británicos también ansiaban castrar al ejército francés. Sir John Simon, secretario de Relaciones Exteriores, dijo a los Comunes el 13 de mayo de 1932 que el factor que tenía más probabilidades de provocar una futura guerra era una “Francia bien armada” frente a una Alemania desarmada. Incluso después que Hitler asumió el poder, la política británica insistió en presionar sobre Francia para conseguir que redujese su ejército. La misma tarde que la ley de Atribuciones de

11 C. A. MacDonald, *The United States, Britain and Appeasement 1936-1939*, Londres, 1981.

12 Kennan, *Memoirs 1925-1950*, p. 84.

13 *Ibid.*, p. 86; Daniel Yergin, *Shattered Peace: the Origins of the Cold War and the National Security State*, Boston, 1977, pp. 34-35.

14 Fest, *op. cit.*, p. 869.

Hitler fue aprobada por el Reichstag, Anthony Eden declaró en nombre del gobierno que la política británica era conseguir que el ejército francés descendiese de 694.000 a 400.000 hombres, y refutó a Churchill, que protestaba contra esas medidas destinadas “a asegurar a Europa el período de apaciguamiento que es necesario”. El *Daily Dispatch* observó: “La Cámara estaba de mal humor e irritada contra el señor Churchill”.¹⁵ Mientras tanto, los aterrorizados socialistas alemanes eran perseguidos en las calles por los grupos de la Gestapo de Goering. Pero ni siquiera el fñhrer había contado con la posibilidad de que Gran Bretaña tratase de impedir que los franceses se defendieran. En Francia, los socialistas de Léon Blum adoptaron una actitud igualmente abyecta y realizaron desesperadas campañas para impedir que el servicio militar se prolongase de uno a dos años. En la derecha francesa, el antisemitismo renacía estimulado por los nazis y el nuevo lema era: “Mejor Hitler que Blum”. Por lo que se refería a Francia, Hitler probablemente había pasado su “zona de peligro” hacia fines de 1933; ésa era la opinión de los polacos, que al mes siguiente desecharon a Francia como aliado real y firmaron —por lo que pudiera valer— un tratado bilateral de no agresión con Hitler.

Durante los años treinta Gran Bretaña no estaba tan desmoralizada como Francia. Pero había signos ominosos de decadencia. La gravitación de Gran Bretaña en los asuntos mundiales dependía en esencia de su imperio, y el imperio giraba alrededor de la India. En 1931 el proceso desencadenado por las reformas de Montagu y la masacre de Amritsar habían cobrado un ritmo más intenso. Era evidente que el Raj británico estaba desintegrándose. Lord Birkenhead, secretario de Estado, había advertido en 1925 que las concesiones a los hindúes inducirían sencillamente a los musulmanes a reclamar la separación (a sus ojos, los musulmanes eran semejantes a los habitantes del Ulster, y los hindúes a los nacionalistas irlandeses) y predijo: “Todas las conferencias del mundo no pueden salvar lo insalvable, y entre esas dos naciones hay un abismo que no puede franquearse mediante los recursos de la ingeniería política moderna”.¹⁶ El 20 de enero de 1931, Churchill dijo a los Comunes que había en ese momento “60.000 indios en prisión por la situación política”. Dos meses después, más de 1.000 musulmanes fueron asesinados por los hindúes en Cawnpore y siguieron disturbios comunales en todo el subcontinente. Fue el esquema de los años treinta. Como el futuro era incierto, los buenos candidatos británicos ya no se presentaban al examen para el servicio civil indio y los indios ocupaban los lugares más importantes en los exámenes de ingreso.¹⁷ La inversión británica decaía y el valor económico de la India para Gran Bretaña disminuía constantemente.¹⁸ Churchill, que amaba la India y probablemente tenía en esa cuestión sentimientos más apasionados que en cualquier otro aspecto de su propia vida, temía que la débil política británica llevase a la India a una repetición de la tragedia de China: la desintegración y el desmembramiento, con la muerte de innumerables millones de personas, y los millones de “intocables” como las primeras víctimas. “Los apetitos codiciosos”, observó el 18 de marzo de 1931, ya estaban “excitados” y “muchos dedos inquietos se alargaban y trataban de comenzar el gran saqueo de un imperio en ruinas”. Gran Bretaña sería una de las perdedoras. Churchill creía que el mundo estaba “ingresando en un período en el que la lucha por la autopreservación se manifestará con perfiles muy claros a los países industriales densamente poblados”. Gran Bretaña pronto estaría “luchando por su vida” y sería esencial conservar a la India (mayo de 1933).¹⁹

Churchill desarrolló la campaña política más intensa y concentrada de su vida contra el proyecto de 1935 referido a la India, “un monumento monstruoso de vergüenza construido por pigmeos”, que otorgaba a la India el Gobierno Propio Federal, una forma que beneficiaba principalmente a los políticos brahmanes profesionales y que en la práctica resultó inaplicable. Sin embargo, a pesar de sus titánicos esfuerzos, no pudo obtener un apoyo público masivo en Gran Bretaña. Toda su oratoria fue inútil. Más aún, ni siquiera pudo excitar los ánimos de la comunidad británica en la India, pues sus miembros ya habían desechado el imperio. Los miembros de la bancada conservadora se

15 Gilbert, *Churchill*, V, pp. 459-462.

16 Citado en Montgomery Hyde, *Carson*, Londres, 1953, p. 387.

17 Roland Hunt y John Harrison, *The District Officer in India 1930-1947*, Londres, 1980.

18 B. R. Tomlinson, “Foreign private investment in India 1920-1950”, en *Modern Asian Studies*, XII, p. 4, 1978.

19 Gilbert, op. cit., pp. 399 y ss.; 480-481.

mostraron apáticos y resignados a un retiro británico gradual. Churchill nunca pudo persuadir a más de ochenta y nueve de ellos de la necesidad de votar contra el proyecto, que fue aprobado por la enorme mayoría de 264. La verdad es que si bien el Imperio Británico aún ocupaba una cuarta parte de la superficie terrestre, en 1935 el imperialismo estaba muerto en Gran Bretaña y sólo esperaba las exequias. Churchill se apartó desesperado de la India para concentrar la atención en el rearme y la supervivencia de Gran Bretaña.

También ésta, a veces, pareció una causa perdida. Hacia la década del treinta, la influencia de Bloomsbuq se había difundido hacia arriba y hacia abajo, y abarcaba a casi toda la nación política. En el ámbito de la intelectualidad de izquierda, el patriotismo que Strachey había intentado con tanto éxito destruir, se veía reemplazado por una fidelidad básica a Stalin. Durante los años treinta, los “apóstoles” dejaron de ser un centro de escepticismo político y se convirtieron en un activo campo de reclutamiento del espionaje soviético.²⁰ Mientras se alentaba a ciertos apóstoles como Anthony Blunt, Guy Burgess y Leo Long a infiltrar los organismos británicos para transmitir información a Moscú, la izquierda, en general dirigida por los comunistas, trató de mantener desarmada a Gran Bretaña, política que Stalin mantuvo hasta que Hitler lo atacó efectivamente en junio de 1941. Durante la década de los veinte, el Partido Comunista británico había sido una organización de la clase trabajadora, una corriente renovadora de espíritu independiente. A principios de los años treinta ingresaron los intelectuales de clase media y el Partido Comunista muy pronto adoptó una actitud de encogido servilismo frente a los intereses de la política exterior soviética.²¹ Los marxistas británicos, entre los que había pensadores políticos como G. D. H. Cole y Harold Laski, y científicos como Joseph Needham, J. B. S. Haldane y J. D. Bernal aceptaron sin ninguna crítica el razonamiento tosco y totalmente equivocado de que la “Gran Bretaña capitalista” y la “Alemania fascista” estaban gobernadas por los mismos intereses internacionales y que el rearme estaba destinado sencillamente a perpetuar el imperialismo y destruir el socialismo. El Partido Laborista adoptó la misma línea en una forma diluida. En junio de 1933, en la elección complementaria de East Fulham, el candidato laborista recibió un mensaje de George Lansbury, líder del Partido Laborista: “Yo clausuraría todos los centros de reclutamiento, disolvería el ejército y desarmaría a la fuerza aérea. Aboliría la totalidad de la terrible estructura de la guerra y diría al mundo: ‘Hagan lo que les plazca’”.²² Clement Attlee, que le sucedería como líder, dijo a los Comunes el 21 de diciembre de 1933: “Nos oponemos inflexiblemente a todo lo que signifique el rearme”. El laborismo votó en consecuencia, habló e hizo campañas contra el rearme hasta el momento mismo en que estalló la guerra.

El espectro entero de la benevolencia británica, lo que Shaw (que pertenecía a él) denominó “el ejército de los buenos”, también se opuso a todo lo que fuese una política de preparación o firmeza. “Por todas partes”, escribió sarcásticamente Trotsky, “el humanitarismo deja su rastro pegajoso, oscurece la función de la inteligencia y atrofia el sentimiento”. “Quieren un sistema externo de nulidad”, dijo D. H. Lawrence antes de su muerte, “lo que ellos llaman paz y buena voluntad, de modo que en sus propias almas puedan ser pequeños dioses independientes [...] pequeños absolutos morales, protegidos de los interrogantes [...] Esto huele muy mal. Es la voluntad de un piojo”.²³ Los argumentos reales utilizados para justificar una política de inactividad casi pacifista eran intelectualmente endebles en ese momento y, desde una visión retrospectiva, parecen lamentables. En general, no se hizo caso de la cruel persecución de Hitler a los judíos. Eso no sucedió porque Gran Bretaña fuese antisemita. A diferencia de Francia, los antijudíos como William Joyce, Henry Hamilton Beamish y Arnold Spencer Leese —que preconizaban el exterminio masivo y usaban la expresión “solución final”—eran una ínfima minoría.²⁴ Sucedió más bien que se racionalizaba el antisemitismo de Hitler en la explicación general de que “Versalles tiene la culpa”. Como dijo lord

20 Andrew Boyle, *The Climate of Treason*, Londres, 1979, con correcciones en la reseña de Noel Annan's, en *The Times Literary Supplement*, 7 de diciembre de 1979, pp. 83-84.

21 Stuart Macintyre, *A Proletarian Science: Marxism in Britain 1917-1933*, Cambridge, 1980.

22 Middlemas y Barnes, op. cit., p. 745.

23 Citado en John Gross, *The Rise and Fall of the Man of Letters*, Londres, 1969, p. 283.

24 Gisela Lebzelter, *Political Anti-Semitism in England 1918-1939*, Nueva York, 1978.

Lothian, uno de los principales enemigos del rearme en la derecha “blanda”, el asesinato de judíos era “sobre todo el reflejo de la persecución externa a la que los alemanes se han visto sometidos desde la guerra”.²⁵

Existía una tendencia general (como con las atrocidades de Stalin) a ignorar las pruebas reales de la perversidad de Hitler, que eran muy abundantes, y a desechar los feroces enunciados de Hitler como una mera “retórica”, que estaba “destinada al consumo interno” (*The Times*, 10 de julio de 1934). A pesar de todo lo evidente, el ejército de los buenos persistió en creer que Hitler no sólo deseaba la paz, sino que era un factor para lograrla. Temple, el majestuoso primado de York, creía que él había realizado “una gran contribución a la seguridad de la paz”.²⁶ Clifford Allen escribió: “Estoy convencido de que él desea sinceramente la paz”.²⁷ El argumento de Keynes acerca de la “paz cartaginesa” había influido tanto en la mente de la izquierda y la derecha que se creía que el hecho de que Hitler destruyese mediante la fuerza el tratado era en sí mismo un paso hacia la paz. Versalles resultaba “monstruosamente injusto”, según Leonard Woolf, y era un “perversotratado”, según Clifford Allen. Al remilitarizar la Renania, dijo Lothian, los alemanes no habían hecho “más que entrar en su propio patio trasero”. Shaw estuvo de acuerdo: “Fue como si los británicos hubiesen vuelto a ocupar Portsmouth”.²⁸

Sin embargo, detrás de toda esta racionalización superficial, lo que existía era el sencillo temor de siempre, al que se le sumaba un toque de cobardía. Como observó Harold Nicolson durante la crisis renana, “el sentimiento en la Cámara es terriblemente progermano, lo que significa que está temeroso de la guerra”.²⁹ Hasta la aparición del radar, a fines de los años treinta, incluso los expertos aceptaban las opiniones de Giulio Douhet en *The Command of the Air* (1921), de que los aviones de caza poco podían hacer para impedir el bombardeo masivo. Churchill advirtió al Parlamento el 28 de noviembre de 1934 que hasta 40.000 londinenses podrían morir o sufrir heridas durante la primera semana de la guerra. Baldwin opinaba que el “hombre de la calle” debía “entender que no existe poder sobre la tierra que pueda protegerlo del bombardeo. No importa lo que la gente le diga, el bombardeo sucederá”.³⁰ De hecho, la gente no le decía nada por el estilo sino todo lo contrario. El brillante filme basado en la obra de H. G. Wells, *Things to Come* (1936), ofrecía una terrorífica escena de devastación total. El mismo Bertrand Russell (en ese momento pacifista) argumentó en *El camino hacia la libertad* que cincuenta bombarderos portadores del gas denominado levisite (un vesicante incoloro) podían envenenar a Londres entero. El general Fuller, otro experto autorizado, pronosticó que Londres se convertiría en un “vasto y terrorífico Bedlam” y que el gobierno sería “barrido en una avalancha de terror”.

En esta atmósfera sumamente emotiva, con una preocupación ostensible por la humanidad que formaba una delgada capa sobre un núcleo de cobardía —una condición que recuerda tanto los pánicos nucleares de fines de los años cincuenta y principios de los ochenta—, nunca se discutió debidamente la cuestión concreta de cómo organizar la seguridad colectiva en Europa. La actitud general se vio determinada por un ridículo debate en la Unión de Oxford, inmediatamente después del ascenso de Hitler al poder; allí se aprobó por 275 votos contra 153 “que esta casa rehúsa, sean cuales fueren las circunstancias, combatir por el rey y la patria”; “esa expresión abyecta, sórdida y desvergonzada [...] es un síntoma inquietante y repulsivo”, según dijo Churchill. Era principalmente, y de un modo bastante ilógico, una protesta contra la actitud de Gran Bretaña en relación con Manchuria, según explicó Michael Foot, entonces funcionario de la Unión (y liberal).³¹ La Unión de la Liga de las Naciones, presuntamente un grupo de presión firme y bien informado a favor de la seguridad colectiva, nunca explicó con claridad los problemas al público, porque a su vez era incapaz de adoptar una postura definida acerca del momento y el modo en que

25 J. R. M. Butler, *Lord Lothian*, Londres, 1960, p. 206.

26 Viscount Templewood, *Nine Troubled Years*, Londres, 1954, p. 133.

27 *Daily Telegraph*, 28 de enero de 1935.

28 Martin Gilbert, *The Roots of Appeasement*, London, 1966, pp. 354355; Barnett, op. cit., pp. 389 y ss.

29 Nicolson, *Diaries*, 23 de marzo de 1936.

30 Gilbert, *Churchill*, V, p. 456.

31 V. K. Krishna Menon, ed., *Young Oxford and War*, Londres, 1934.

podía emplearse en forma legítima la fuerza en los problemas internacionales.³² Su presidente y principal fuerza impulsora, lord Robert Cecil, sabía que la retirada británica de China resultaba inevitable, pero era una personalidad demasiado sinuosa para expresarlo de esta manera a sus partidarios.³³ El clero, que aprovechó el tema de la paz como remedio al problema de la disminución de las congregaciones y de su propia fe flaqueante (otro preanuncio de los ochenta), impregnó la discusión con una húmeda atmósfera de lacrimosa espiritualidad. Tres clérigos, los reverendos Herbert Grey, Maude Royden y “Dick” Sheppard, propusieron ir a Manchuria y “ponerse ellos mismos desarmados entre los combatientes” un ridículo eco de la ingeniosidad de Strachey, pero dicho con toda seriedad.³⁴ El reverendo metodista Donald Soper manifestó: “El pacifismo contiene una fuerza espiritual tan intensa que puede rechazar a un invasor”.³⁵ Cosmo Gordon Lang, arzobispo de Canterbury, no lo creía del todo, pero estaba tan confundido que llegó a oponerse al rearme y a escribir a *The Times* señalando con un dedo admonitorio a Mussolini.

El ala pacifista del clero, dirigida por Sheppard, fundó una Unión de Compromiso por la Paz, con el fin de recolectar firmas y atemorizar a Hitler; entre los que la patrocinaron estaban Aldous Huxley, Rose Macaulay, Storm Jameson, Vera Brittain, Siegfried Sassoon, Middleton Murry y otras luminarias literarias. Cuando sintió el helado viento de la competencia que venía de la izquierda, Cecil organizó en 1934-1935, una “votación de la paz” de alcance nacional, que obtuvo el 87 por ciento de aprobación (más de 10 millones de votos) con respecto a la posición de la Liga y que parecía refutar tanto a los pacifistas como a los tories favorables al rearme del tipo de Churchill, pero que en realidad jamás formuló la pregunta acerca de la posibilidad de que Gran Bretaña se rearmase si las dictaduras lo hacían primero y, por lo tanto, confundió todavía más el debate.³⁶ En realidad, la opinión pública tenía un carácter sumamente inestable. En 1933-1934, la de East Fulham fue una de las seis elecciones complementarias debatidas en parte en relación con el problema de la paz y en las que se registraron enormes desplazamientos contra el gobierno (hasta el 50 por ciento en octubre de 1934), que fueron interpretados como signos del rechazo público del rearme. Pero todas estas bancas regresaron firmemente al ámbito tory en la elección general de 1935, del mismo modo que prácticamente todos los que votaron contra el rey y la patria en Oxford lucharon por ellos cuando llegó el momento. Pero podía disculparse a Hitler por creer, por lo menos hasta fines de 1938, que Gran Bretaña no se opondría a él apelando a la fuerza. De modo que actuó basándose en esa premisa.

La dirección de la política exterior y militar por parte de Hitler, entre su ascenso al poder y fines de 1938, fue brillante y vigorosa, y dada la total ausencia de respeto a un sistema legal y moral, puede considerársela impecable. No cometió un solo error de juicio. En esta etapa, su escatología compulsiva fue una virtud, ya que su necesidad de actuar velozmente imprimió a sus movimientos un ritmo que descolocó en forma constante a sus antagonistas y los dejó desconcertados. Los años 1933 y 1934 fueron consagrados básicamente a la consolidación y al rearme internos. La acción comenzó el 13 de enero de 1935, cuando Hitler ganó el plebiscito del Sarre; once días después del retorno del Sarre a Alemania, el 7 de marzo, Hitler repudió las cláusulas de Versalles referidas al desarme, y el 18 de junio —pese al Frente de Stresa— los británicos aceptaron cobardemente el hecho consumado de una Alemania rearmada, pues firmaron el Tratado Naval Anglogermano. Esta inexplicable rendición no sólo otorgó a Alemania el derecho a tener el 35 por ciento de la fuerza británica de buques de superficie, sino que le concedió paridad en el rubro de los submarinos. Fue el comienzo del apaciguamiento concreto, en contraposición a la total inactividad.³⁷ Esta concesión irritó a los franceses y contribuyó a la quiebra de la política anglofrancesa señalada por la crisis de

32 Barnett, op. cit., pp. 423-424.

33 Christopher Thorne, “Viscount Cecil, the Government and the Far Eastern Crisis of 1931”, en *Cambridge Historical Journal*, XIV, 1971, pp. 805-826.

34 Véase Donald S. Birn, *The League of Nations Union 1918-1945*, Oxford, 1981.

35 Carta al *Manchester Guardian*, 26 de febrero de 1932.

36 Michael Pugh, “Pacifism and Politics in Britain 1931-1935”, en *Cambridge Historical Journal*, XXIII, 1980, pp. 641-656.

37 Para conocer una explicación (no una justificación) de la concesión, véase Paul Haggie, *Britannia at Bay*, Oxford, 1981.

Abisinia. Por cierto que Abisinia fue una coyuntura favorable que Hitler no había esperado; para él fue lisa y llanamente un golpe de suerte.

La capacidad de distinguir entre distintos grados del mal corresponde a la esencia de la geopolítica. Era un don que Anthony Eden, en ese momento ministro de Relaciones Exteriores, no poseía. No sabía distinguir entre Mussolini, que era corruptible pero también sensible a las influencias civilizadoras, y Hitler, un hombre que ya había asesinado y encerrado en campos de concentración, y que proclamaba francamente su intención de transformar a Europa. “Desde el principio mi programa fue abolir el Tratado de Versalles [...] Lo he escrito miles de veces. Ningún ser humano ha declarado o registrado con más frecuencia que yo lo que deseaba”. De esta manera se expresó Hitler, y era cierto.³⁸ Tampoco advirtió Eden que una amenaza de Italia, con su economía débil y ya flaqueante, no podía compararse con el posible poder destructivo de Alemania, que era la segunda potencia industrial del mundo, ahora de nuevo en ascenso, y que tenía una tradición militar de ferocidad sin igual. Esta extraordinaria ausencia de perspectiva aquejaba también a la opinión pública británica, o al menos a la parte que hacía oír su voz. El escándalo que provocó con motivo de la invasión italiana fue mucho más ruidoso que la reacción hostil frente a cualquiera de los movimientos mucho más definidos de Hitler, en ese momento o con posterioridad. Los franceses se sintieron conmovidos ante tanta frivolidad y aclararon bien que no deseaban tener participación en el asunto.

Por consiguiente, Abisinia no sólo destruyó el Frente de Stresa, sino que creó un agrio antagonismo anglofrancés y anuló la posibilidad de asegurar un acuerdo conjunto para oponerse firmemente a Hitler. Francia no estaba dispuesta a respaldar a Gran Bretaña en Abisinia; por lo tanto, Gran Bretaña no apoyaría a Francia en la Renania. La crisis de Abisinia fue el factor que permitió a Hitler adelantar su plan de remilitarizar el Rin, de 1936 a 1937; dio ese paso con maravilloso sentido de la oportunidad, el 7 de marzo, en el momento culminante de la confusión anglofrancesa. Aun así, era un movimiento peligroso. Más tarde Hitler reconoció: “Si los franceses hubiesen invadido el Rin, habríamos tenido que retirarnos con la cola entre las piernas”.³⁹ Los franceses poseían la fuerza necesaria para proceder solos, como habían hecho en 1923, pero carecían de la voluntad correspondiente.

En adelante, Hitler estuvo en condiciones de resistir una invasión proveniente del Oeste. En 1936-1937, la turbulencia mundial lo favoreció mucho. Primero la guerra civil española y después el conflicto chinojaponés representaron para los guardianes de la legitimidad una multitud de problemas cuyos contornos variaban rápidamente y que ellos no podían resolver. Mientras tanto, Hitler se rearmaba sin descanso y fortalecía sus alianzas. El eje Roma-Berlín del 1 de noviembre de 1936 seguido, más avanzado el mes, por el pacto Anticomintern con Japón, alteró las ecuaciones navales y aéreas tan radicalmente como los aviones que salían de las nuevas fábricas de Hitler. En 1937 Alemania tenía 800 bombarderos contra 48 de Gran Bretaña. En mayo del mismo año se calculaba que las fuerzas aéreas alemana e italiana podían descargar 600 toneladas de bombas diarias. La obsesión del terror a las incursiones aéreas, acentuada por la propaganda soviética acerca de Guernica después de julio de 1937, fue el factor que paralizó a la diplomacia de los aliados.⁴⁰

El 5 de noviembre de 1937 Hitler dijo a sus asesores militares y de política exterior que ahora podía comenzar un período de expansión activa y que Austria y Checoslovaquia serían los primeros objetivos. Von Blomberg, ministro de Guerra, y von Fritsch, comandante del ejército, protestaron: los franceses todavía eran demasiado fuertes.⁴¹ Eso fue el fin de ambos. Hasta ese momento Hitler había dejado tranquilo al ejército, salvo la orden de proceder al rearme con la mayor rapidez posible. Ahora decidió que había llegado el momento de hacerse cargo, de dar paso a la fase dinámica de su programa. El 26 de enero de 1938, Blomberg fue despedido: los archivos policiales demostraban que su nueva esposa había sido prostituta y modelo de material pornográfico. Nueve

38 Anthony Eden, discurso, 30 de enero de 1941.

39 Paul Schmidt, *Hitler's Interpreten* trad. Londres, 1951, p. 320.

40 Barnett, op. cit., pp. 409-410.

41 La conferencia aparece descrita en Friedrich Hossbach, *Zwischen Wehrmacht und Hitler 1934-1938*, Hanover, 1949; Fest, op. cit., p. 800.

días después, Fritsch fue despedido, acusado de homosexualidad sobre la base de un archivo de Himmler. En cierto sentido tuvieron suerte. Por menos que eso, Stalin los habría asesinado —mató a 200 generales en 1937-1938— o incluso lo habría hecho sin causa alguna. Otros dieciséis generales alemanes pasaron a retiro y cuarenta y cuatro fueron trasladados. Hitler asumió el cargo de ministro de Guerra y jefe de las fuerzas armadas; el débil von Brauchitsch fue designado jefe del ejército, y Wilhelm Keitel, un dócil general nazi, recibió la misión de crear un nuevo alto mando operativo. De esta forma, el último bastión del antiguo orden cayó frente a Hitler sin un murmullo de nadie. Expulsó simultáneamente a Schacht del Ministerio de Economía, y a von Neurath del Ministerio de Relaciones Exteriores. En adelante, los nazis ejercerían el control total y toda la estructura estaba en pie de guerra.

Una semana después de la eliminación de Fritsch, Hitler convocó al canciller austriaco Kurt von Schuschnigg a su villa montañesa de Berchtesgaden. El encargado de un salón llevado a la guarida de un gángster no hubiera sido tratado con mayor brutalidad. Después de oír el discurso, el aterrorizado visitante firmó una serie de concesiones, incluso la designación de un nazi en el cargo de ministro del Interior. Más tarde, durante el viaje de regreso a Salzburgo con von Papen, éste comentó: “Si... el führer puede ser así. Ahora usted lo ha comprobado personalmente. Pero la próxima vez que se reúna con él lo hallará mucho más llevadero. El führer puede ser realmente encantador”.⁴² En realidad, para Schuschnigg la “próxima vez” fue el envío a Dachau. Las tropas de Hitler entraron en Austria treinta días después de la reunión.

El trato que Hitler dispensó a sus contrarios austriacos fue extremadamente brutal. Se obligó a profesores universitarios a limpiar las calles con las manos desnudas (una forma de “reeducación” imitada por Mao Tse-tung durante los años sesenta).⁴³ Los invasores nazis robaron todo lo que se les puso al alcance de la mano. Cuando entraron en el apartamento de Freud en Viena, la esposa depositó sobre la mesa el dinero para los gastos diarios: “¿Los caballeros desean servirse?”. Fue necesaria la intervención de Roosevelt y Mussolini —y un rescate de 250.000 schillings austriacos— para lograr que se autorizara la salida del anciano. Tuvo que firmar una declaración en la que atestiguaba que se lo había tratado bien; agregó a este documento las siguientes palabras: “Recomiendo sinceramente a todos los servicios de la Gestapo”. Los alemanes se sintieron complacidos. Ni siquiera entendieron la amarga broma. Tampoco sabían lo que significaba la compasión. Las cuatro hermanas ancianas de Freud, que decidieron permanecer en Viena, más tarde murieron todas en las cámaras de gas.⁴⁴

El 21 de abril, cinco semanas después de apoderarse de Austria, Hitler ordenó a Keitel que preparase un plan de invasión a Checoslovaquia y dijo al jefe de la minoría alemana residente en ese país que comenzara a desencadenar la crisis. El mes precedente, el 21 de marzo, los jefes de Estado Mayor británicos habían presentado un documento al gabinete titulado: “Las consecuencias militares de la agresión alemana a Checoslovaquia”. Gran Bretaña estaba rearmándose, pero el documento incluía una temible reseña de retrasos y defectos, sobre todo en el sector emocional de la defensa aérea.⁴⁵ Se suscitaron entonces dos interrogantes críticos. El primero era si el ejército alemán habría derrocado a Hitler si los aliados hubiesen indicado claramente que la guerra era el precio de su política frente a Checoslovaquia. Se trata de uno de los grandes interrogantes de la historia, pues si la respuesta es afirmativa, se habría evitado la segunda guerra mundial, así como sus terribles consecuencias.

Es cierto que algunos generales alemanes creían que la guerra a causa de Checoslovaquia sería un desastre para su país. Una reunión convocada por Brauchitsch en julio de 1938 llegó a la conclusión de que el pueblo alemán estaba contra la guerra y el ejército todavía era demasiado débil para derrotar a “las potencias”.⁴⁶ Ludwig Beck, jefe de Estado Mayor, dijo al político Ewald von Kleist-Schwenzin, que viajaba a Gran Bretaña: “Tráigame la prueba cierta de que Inglaterra luchará

42 Fest, op. cit., pp. 809-810.

43 Véase Stefan Zeig, *The World of Yesterday*, Nueva York, 1943.

44 Jones, *Life and Work of Freud*, pp. 636 y ss.

45 Barnett, op. cit., pp. 474-475.

46 Robert J. O'Neill, *The German Army and the Nazi Party 1933-1939*, Londres, 1966, pp. 152-159.

si Checoslovaquia es atacada y yo terminaré con el régimen”.⁴⁷ El 15 de agosto, Hitler aseguró a sus generales que mientras Chamberlain y Daladier gobernasen, no habría declaración de guerra por parte de los aliados; de acuerdo con la versión de Rauschning, aludió desdeñosamente a los apaciguadores llamándolos “mis hugenburgo”. Estas afirmaciones no convencieron a Beck, que declinó la responsabilidad y renunció el 27 de agosto. Hay ciertos indicios acerca de que otros generales estaban dispuestos a derrocar a Hitler si impartía la orden de atacar y en el momento en que lo hiciera.⁴⁸ Pero corresponde adoptar una actitud escéptica. Los generales alemanes habían consentido en 1934 el asesinato por parte de Hitler de dos de sus colegas. No habían hecho nada en enero cuando destruyó y expulsó a dos de sus jefes. Durante los meses transcurridos, ¿dónde podían haber hallado el coraje que de un modo tan evidente les había faltado antes y cómo lo habrían manifestado en circunstancias en las que Hitler hubiera considerado su actitud como deserción y traición frente al enemigo?

En todo caso, y al margen de las intenciones de los generales, no lograron transmitir su mensaje al gabinete británico. En la decisiva reunión que éste realizó el 30 de agosto, sólo un ministro del gabinete, Oliver Stanley, mencionó la opinión de los generales alemanes en el sentido de que su país no estaba preparado para la guerra. Lo que Beck y sus colegas deseaban era un ultimátum, una amenaza de guerra. Lo que el gabinete decidió fue precisamente lo opuesto. Como dijo el propio Chamberlain: “El gabinete adoptó la posición unánime de que no debíamos formular una amenaza a Herr Hitler, en el sentido de que si entraba en Checoslovaquia le declararíamos la guerra. Era sumamente importante mantener el secreto de la decisión”. Como la publicidad resultaba esencial para la eficacia de una línea firme, la decisión del gabinete es incomprensible, salvo que partamos del supuesto de que Chamberlain y otros no deseaban el derrocamiento de Hitler.

Esta cuestión nos lleva a formular un punto importante: el caso de Hitler no puede ser entendido si no es en conjunción con el caso de la Rusia soviética. Del mismo modo que el temor al comunismo tendió a elevarlo al poder, también procuró afirmarlo. Chamberlain no tenía muy en claro en esta etapa si Hitler era o no una amenaza total, pero estaba completamente seguro de que Stalin lo era. Los británicos tendían a subestimar el poder del ejército soviético, pero temían, y con razón, el potencial político de la expansión comunista. Aunque fuese de manera indirecta, Hitler siempre había destacado la consanguinidad de los totalitarismos rivales. Apenas desapareciera el Partido Nazi, afirmaba con frecuencia, “habrá 10 millones más de votos comunistas en Alemania”. A su juicio, la alternativa no era la democracia liberal sino el colectivismo soviético. Por su parte, Chamberlain aceptaba el argumento. El 26 de septiembre, durante los días que precedieron inmediatamente a Munich, cuando el general Gamelin le ofreció una imagen más optimista de la fuerza de los aliados y ambos comentaron la posibilidad de que Hitler fuese derrocado, Chamberlain quiso saber: “¿Quién garantiza que después Alemania no se pasará al bolchevismo?”. Por supuesto, nadie podía ofrecerle semejante garantía. Daladier adoptó una actitud semejante: “Los cosacos gobernarán a Europa”.⁴⁹ De manera que los dos hombres eligieron el menor de dos males, de acuerdo a cómo ellos veían las cosas: hacer concesiones a Alemania.

El segundo interrogante es si hubiera sido más aconsejable que los aliados combatieran en el otoño de 1938 por Checoslovaquia en lugar de hacerlo en el otoño de 1939 por Polonia. También este tema resulta discutible, pero no cabe duda de que la respuesta es afirmativa. Es cierto que el ritmo del rearme de los aliados, y sobre todo del poder aéreo de Gran Bretaña, estaba alcanzando al de Alemania. Pero sólo en este sentido la ecuación estratégica resultaba más favorable en 1939 que en 1938. Es importante entender que la Conferencia de Munich, celebrada en la Casa Parda los días 29 y 30 de septiembre, fue no sólo una rendición diplomática de Gran Bretaña y Francia, sino también un desastre militar. Mussolini, que pareció ser la estrella del espectáculo —era el único que hablaba los cuatro idiomas— no atinó a percibir este aspecto y creyó que el único problema en cuestión era el irredentismo alemán y que “Hitler no tenía intención” de absorber a la misma

47 Peter Hoffman, *Widerstand, Staatsstreich, Attentat: Der Kampf der Opposition gegen Hitler*, Munich, 1969, p. 83, Fest, op. cit., pp. 829 y ss. y 1174-1175, n. 20-23 para las fuentes.

48 O'Neill, op. cit., pp. 163-165.

49 Fest, op. cit., pp. 832-833.

Checoslovaquia.⁵⁰ Pero el trazado real de las fronteras checas en Munich estuvo determinado, por insistencia de Hitler, de acuerdo con razones tanto militares como raciales. No se celebró un plebiscito. Unos 800.000 checos pasaron a poder de Alemania y 250.000 alemanes permanecieron en territorio checo para representar el papel de una quinta columna.⁵¹ Las complicadas defensas de la frontera checa, construidas con la ayuda de los franceses, fueron ocupadas por los alemanes. Ahora no existía la más mínima posibilidad de que los checos opusieran resistencia armada a una invasión directa. Esta situación implicaba un cambio enorme en el equilibrio estratégico. Churchill, que percibió mejor que nadie el significado militar de la capitulación, señaló durante el debate acerca de Munich el 5 de octubre de 1938 que la anexión de Austria había dado a Hitler doce divisiones suplementarias. Ahora el desmantelamiento del poder militar checo liberó treinta divisiones más, que podrían ser empleadas en otros lugares.⁵²

En realidad, el cambio de la situación tuvo consecuencias más graves. Las cuarenta divisiones checas estaban entre las mejores equipadas de Europa; cuando en definitiva Hitler llevó a cabo la invasión, obtuvo los equipos necesarios para dotar a sus propias unidades, además de apoderarse de la enorme industria armamentista checa. Esta “inversión” de unas ochenta divisiones equivalía a la totalidad del ejército francés.⁵³ Como observó Churchill, la rendición también significó el fin del sistema de alianzas francesas en el este y provocó el derrumbe moral en la cuenca del Danubio. Al ver que las democracias abandonaban a los checos, los pequeños estados se retrajeron en busca de protección o se unieron como chacales al festín. Polonia pudo apoderarse de Teschen, un territorio que habla codiciado desde 1919. También Hungría recibió un pedazo del cadáver checo. A través de Europa centro-oriental y los Balcanes, ahora los gobiernos buscaban ansiosamente la amistad y el favor de los nazis, y crecía la influencia y el orgullo de los partidos fascistas. El comercio alemán se imponía por todas partes. La economía alemana florecía. Durante las últimas semanas de 1938 parecía que Hitler, sin disparar un tiro, había restablecido todo el esplendor de la Alemania de Guillermo. ¿No podía afirmarse que era el estadista alemán más eficaz desde Bismarck? Por lo menos, eso parecía.

Sin embargo, el período final de 1938 representó una división de la aguas en la carrera de Hitler y en este proceso su relación con el pueblo alemán no fue por cierto el aspecto menos importante. Hitler sobrestimó la voluntad de poder de los alemanes. Apoyaron por abrumadora mayoría su política de irredentismo alemán. Aplaudieron el *Anschluss*: los plebiscitos revelaron una aprobación del 99 por ciento en Alemania y del 99,75 en Austria.⁵⁴ Deseaban recuperar los Sudetes. Pero no hay pruebas de que en algún momento desearan absorber grandes poblaciones no alemanas. Existen sobrados indicios de que la mayoría de los alemanes no quería la guerra. El 27 de septiembre de 1938, cuando Hitler ordenó intencionadamente a la Segunda División Motorizada que atravesara Berlín en camino hacia la frontera con Checoslovaquia, menos de doscientas personas salieron a observarlo mientras revistaba las tropas desde la Reichskanzlerplatz. Disgustado, Hitler volvió a entrar en el edificio.⁵⁵ En adelante, sus movimientos brutales sobre el tablero europeo, por eficaces o incluso triunfales que fuesen, no suscitaron el aplauso espontáneo del público alemán. Se advirtió una ausencia total de regocijo cuando las tropas alemanas entraron en Praga.

Hitler percibió este vacío en los corazones alemanes, pero ya no trató de llenarlo. Continuó avanzando, con el entusiasmo de su pueblo o sin él. En lo único que insistía era en su obediencia. A partir de 1939 dejó de representar el papel de político, orador y demagogo. Se convirtió en un militarista, que trabajaba en los cuarteles generales del ejército y apelaba a pactos secretos de gángster. Sus métodos de gobierno comenzaron a parecerse a los de Stalin y perdieron la dimensión pública de la aprobación y el liderazgo. Ya no pedía; ahora únicamente trataba de forzar y aterrorizar. Su discurso ante el Reichstag, el 1 de septiembre de 1939, destinado a justificar la

50 “Letter to Runciman”, 15 de septiembre de 1938; *Opera Omnia*, XIX, p. 143.

51 Holborn, op. cit., pp. 780 y ss.

52 Gilbert, *Churchill*, V, pp. 999 y ss.

53 André Beauffre, *1940: the Fall of France*, trad. Londres, 1967, p. 84; Barnett, op. cit., pp. 526-527.

54 Holborn, op. cit., p. 777.

55 William Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Londres, 1960, p. 399.

guerra contra Polonia, fue breve y seco; las calles estaban desiertas mientras se dirigía en automóvil al edificio del Parlamento. Tampoco se reunieron las multitudes cuando las tropas regresaron victoriosas. Como observó George Kennan desde la embajada de Estados Unidos, los berlineses se negaron a vivir o incluso a realizar el saludo nazi. “Ni siquiera los esfuerzos más frenéticos de los agitadores nazis profesionales pudieron inducirlos a realizar manifestaciones de aprobación o de alegría”. Sucedió lo mismo cuando las tropas alemanas ocuparon París.⁵⁶

Si la opinión alemana dejó de seguir el ritmo de la acelerada escatología de Hitler, la opinión británica giró hacia el rechazo del apaciguamiento. Este cambio comenzaba a manifestarse incluso durante el período de Munich, a juzgar por diarios como el *Manchester Guardian*, el *News Chronicle*, el *Daily Telegraph* y el *Daily Herald*. El *Times*, cuyo director, Geoffrey Dawson, era el más cercano confidente de Chamberlain en el mundo del periodismo, apoyó lo que hizo en Munich; lo mismo cabe decir del izquierdista *New Statesman*, cuyo director era el propio Keynes.⁵⁷ Pero el entusiasmo de estos órganos pronto se disipó. La bestial oleada de antisemitismo desencadenada por Goebbels en Alemania durante el mes de noviembre completó la dispersión de los apaciguadores. Durante el invierno de 1938-1939, el estado de ánimo en Gran Bretaña cambió y ya se consideraba que la guerra era inevitable. La ocupación alemana de Praga, el 15 de marzo de 1939, seguida rápidamente por la captura de Memel, arrebatada a Lituania seis días después, convenció a la mayoría del pueblo británico de que la guerra resultaba inminente. El miedo dejó sitio a una resignada desesperación, y el tipo de cálculo cobarde y erróneo que condujo a Munich fue sustituido por la decisión temeraria e irracional de oponerse a Hitler en la primera oportunidad, sin tener en cuenta sus méritos.

Por supuesto, éste era precisamente el tipo de reacción histórica que la aceleración hitleriana de la historia debía provocar tarde o temprano. El resultado fue el descalabro de todos los planes del fñhrer que lo llevó a cometer errores irreparables y llevó al mundo a la guerra. Menos de una quincena después de la ocupación de Praga, el 28 de marzo, Hitler denunció su pacto de 1934 con Polonia y se comenzó a preparar su desmembramiento. A los ojos de Hitler, Polonia era una lamentable anomalía geográfica. Incluía nutridas poblaciones alemanas y territorios que, según pensaba Hitler, le pertenecían. Pero era aún más importante el hecho de que se interponía en su ruta de invasión a Rusia y, por lo tanto, estorbaba sus planes de ataque al foco del “bacilo”. Tenía que someterse o ser destruida. No veía razones que justificaran la oposición de los británicos y los franceses a sus planes. Si no estaban dispuestos a luchar por Checoslovaquia, que para ellos tenía cierto valor militar, ¿por qué habrían de luchar por Polonia, que de nada les servía? De todos modos, ¿por qué esos países capitalistas no saludaban con alegría su decisión de avanzar hacia el Este, en definitiva contra el corazón del bolchevismo?

En cambio, apenas tres días después los británicos garantizaron a Polonia que si “se emprendían acciones que visiblemente amenazaban la independencia de Polonia, de manera que se sintiese inclinada a resistir con sus fuerzas nacionales, el gobierno de Su Majestad inmediatamente le prestaría todo el apoyo de que pudiera disponer”.⁵⁸ Chamberlain adoptó esta actitud sin consultar al gobierno francés, si bien éste, hasta cierto punto, no tenía más remedio que respaldarlo. El *Times*, instruido por Chamberlain, se apresuró a insistir en que esa promesa pronunciada desaprensivamente y una de las más irreflexivas de la historia británica sólo garantizaba la “independencia” de Polonia, no su “integridad”, lo que dejaba espacio para la modificación de las fronteras de Versalles a favor de Alemania.⁵⁹ Ésa fue la interpretación de Hitler. Imaginó que la garantía induciría a Gran Bretaña a presionar sobre los polacos, como en otro momento había hecho con los checos, para obligarlos a satisfacer las exigencias que él formulaba, incluso la apertura de rutas de invasión a Rusia. Su intención no era provocar la guerra contra Gran Bretaña. En enero de 1939 había adoptado la decisión de construir una gran flota de guerra, con diez acorazados, tres

56 Fest, op. cit., p. 892, Kennan, *Memoirs 1925-1950*, p. 108.

57 Véase Franklin Reid Gannon, *The British Press and Germany 1936-1939*, Oxford, 1971; Martin, *Editor*, pp. 254-257.

58 Barnett, op. cit., p. 560.

59 *The Times*, editorial, 1 de abril de 1939; Gilbert, *Churchill*, V, pp. 1052-1053.

cruceros de batalla, cuatro portaaviones y por lo menos 249 submarinos; explicó al almirante Erich Raeder que debía evitarse la guerra contra Gran Bretaña hasta el momento en que la flota estuviese lista, a mediados de los años cuarenta.⁶⁰ Pensaba que en realidad Gran Bretaña, al comprender que el sistema de preferencias imperiales no funcionaba, probablemente se vería impulsada por los factores económicos a adoptar una actitud conciliadora en Europa, ahora dominada por el comercio alemán; esta impresión se vio confirmada en julio por las charlas que Helmuth Wohlthat, director del elenco del Plan Cuatrienal de Goering, sostuvo en Londres. Todo esto anticipó la apertura hacia Europa que, de hecho, se realizó en la década del setenta.⁶¹

De todos modos, la garantía polaca acarreó problemas a Hitler, porque el poder de invocarla estaba en manos del gobierno polaco, que no era un ejemplo de sensatez. Ahí residía el absurdo del compromiso. Gran Bretaña no tenía modo de ayudar eficazmente a Polonia y, sin embargo, se obligaba a declarar la guerra a Alemania si Polonia lo solicitaba. Pero el compromiso podía llegar a ser más significativo si Gran Bretaña se aliaba con Rusia. Éste había sido durante mucho tiempo el objetivo de la izquierda europea, pues para ella era la solución de todos sus dilemas, incluyendo su deseo de oponerse a Hitler al mismo tiempo que rechazaba el rearme. Hacia mediados de 1939, los jefes de los Estados Mayores británico y francés apoyaban una alianza con Rusia, ya que eran partidarios de todo lo que pudiera atenuar las desventajas militares que ahora afrontaban. Pero después de las purgas militares de 1938, juzgaban al ejército soviético inferior al polaco y, si se trataba de elegir, preferían al segundo. Como los rusos no estaban dispuestos a cooperar si los polacos no les permitían atravesar su territorio, y como los polacos no estaban tampoco dispuestos a permitir que las tropas rusas atravesaran Polonia para atacar a Alemania ni a permitir el paso de tropas alemanas para atacar a Rusia, un acuerdo anglo-franco-ruso nunca fue muy viable. De todos modos, el 1 de agosto partió hacia Rusia una misión anglofrancesa; viajó por mar, ya que no había disponible transporte aéreo apropiado, un interesante indicio del estado en que se hallaba el poder aéreo británico.⁶²

Esto fue suficiente para decidir a Hitler a realizar un trascendente aunque temporal *renversement des alliances*. Hitler siempre había alentado la convicción de que en determinadas etapas de su programa la guerra era inevitable. Pero a toda costa deseaba evitar la guerra general e ilimitada de desgaste y agotamiento que Alemania había afrontado entre 1914 y 1918. Alentaba el propósito de retornar a las guerras breves y limitadas, pero decisivas desde el punto de vista político, que Bismarck había librado durante las décadas de 1860 y 1870. La *Blitzkrieg*, para la que estaba equipando y entrenando a su ejército, constituía una parte integral de toda su filosofía expansionista. A su juicio, ni la economía ni el pueblo alemán podían soportar más que campañas breves y duras, de potencia e intensidad abrumadoras pero de duración muy limitada.⁶³ La última de estas guerras relámpago sería la decisiva contra Rusia; después, ya en condiciones de explotar un dilatado imperio eurasiático, Alemania podría acrecentar sus fuerzas para mantener un conflicto prolongado y global. Pero hasta que tal cosa sucediera, debía tratar de lidiar con un solo enemigo por vez y, sobre todo, evitar las campañas prolongadas en dos o más frentes importantes.

El resultado fue lo que él denominó en privado “un pacto con Satán para expulsar al demonio.”⁶⁴ El 28 de abril, en su último discurso público importante, destrozó la retórica propuesta por Roosevelt de garantías de no agresión y anunció que todos los pactos, tratados o supuestos previos ahora carecían de valor. En adelante, su única guía estaría representada por los intereses del pueblo alemán, según él los entendía. Stalin reaccionó con ansiedad ante este discurso. Más que cualquier otra cosa, temía una invasión alemana interna o externa. La ausencia de un enemigo alemán entre 1918 y 1920 era el único factor que había permitido la supervivencia del Estado bolchevique. En la sesión plenaria del Comité Central, el 19 de enero de 1925, Stalin había delineado la política soviética acerca de la guerra entre Estados capitalistas: “Si [dicha] guerra comenzara [...]

⁶⁰ Hillgruber, op. cit., pp. 61-62.

⁶¹ Ibid., p. 66.

⁶² Barnett, op. cit., p. 569.

⁶³ Fest, op. cit., p. 917; Hillgruber, op. cit., p. 63.

⁶⁴ Fest, op. cit., p. 869.

tendríamos que intervenir, pero seríamos los últimos en hacerlo, de manera que podamos inclinar decisivamente la balanza y nos convirtamos en el factor determinante”. Desde mayo de 1935, al mismo tiempo que realizaba públicamente una política de Frente Popular contra el “fascismo internacional”, privadamente realizaba tanteos periódicos con el fin de persuadir a los nazis de que renunciaran a su cruzada antisoviética y aceptaran una fraternidad totalitaria de respeto mutuo y división del botín. La evidente decisión de Alemania en marzo de arrancar pedazos a Polonia suministró una ocasión promisorio de iniciar una relación nueva de ese carácter; la perspectiva de que las democracias combatieran por Polonia fue una razón más para concertar un acuerdo con Hitler y mantenerse fuera de la guerra, al menos por el momento. El 3 de mayo Stalin despidió al judío Litvinov y lo reemplazó por Molotov en el cargo de ministro de Relaciones Exteriores; de este modo se allanaba el terreno para las conversaciones con Hitler. Ocho días después, el comienzo de los combates en gran escala con fuerzas japonesas en Lejano Oriente aportó a Stalin otro incentivo para concertar un acuerdo, pues al igual que Hitler no deseaba una guerra en dos frentes.⁶⁵

El primero de los pactos de gángsters fue el 22 de mayo el “pacto de acero” entre Hitler y Mussolini. Este último ya había asimilado su consternación ante la ocupación de Praga por parte de Alemania y la había usado como pretexto para su propia invasión de Albania el 7 de abril; ahora reconocía, juntamente con Hitler, que el orden internacional finalmente se había desintegrado y que había comenzado el reinado de la fuerza. En esta etapa Hitler aún ansiaba atenerse a su programa original de desmembrar primero a Polonia, para utilizarla poco después como corredor para desencadenar una *Blitzkrieg* contra Rusia, mientras Gran Bretaña mantenía una actitud de benévola neutralidad. En julio todavía abrigaba la esperanza de que ese desenlace fuese posible. Pero la noticia de la llegada a Moscú de la misión militar anglofrancesa forzó su decisión, pues incluso la posibilidad de un acuerdo de los aliados con Moscú debía trastornar su calendario polaco. Decidió adelantárseles y el 20 de agosto envió un telegrama a “Herr J. V. Stalin, Moscú”, para pedirle que recibiera a Ribbentrop tres días más tarde. La respuesta llegó dentro de las veinticuatro horas, prueba evidente de la ansiedad de Stalin. Al día siguiente, 22 de agosto, Hitler habló a los miembros del Alto Mando en Obersalzberg. De acuerdo con anotaciones realizadas por algunos de los presentes, afirmó que la operación polaca podía seguir adelante. Nada tenían que temer de Occidente: “Nuestros antagonistas son gusanos. Los vi en Munich”. Concluyó: “Yo suministraré el pretexto propagandístico para desencadenar la guerra, y para el caso poco importa si es verosímil. Al vencedor no se le pregunta después si ha dicho la verdad. Cuando se comienza y se hace la guerra, lo que importa no es la virtud sino la victoria. Acoracen sus corazones contra la compasión. Actúen brutalmente. Ochenta millones de personas deben conseguir aquello a lo que tienen derecho. Es necesario garantizar su existencia. El más fuerte tiene la razón. Máxima dureza”.⁶⁶

En el transcurso de la noche siguiente se concluyó el acuerdo con Stalin. Fue la culminación de una serie de contactos entre los gobiernos soviético y alemán establecidos durante las semanas que siguieron al *putsch* de Lenin. Había estado a cargo, según las necesidades, de expertos militares, policías secretos, diplomáticos o intermediarios que formaban la periferia del mundo del delito. Habían sido más estrechos en unos períodos que en otros, pero nunca fueron interrumpidos del todo y se caracterizaron siempre por un desprecio total a los principios ideológicos que cada parte profesaba ostensiblemente —de hecho, por el desprecio a todas las consideraciones que no fuesen el más brutal interés mutuo—, por la necesidad de cada régimen de armarse, de arrestar y matar a sus antagonistas y oprimir a sus vecinos. Durante dos décadas, este perverso flujo de intercambios había tenido una existencia subterránea. Ahora al fin se manifestaba en la superficie. La noche del 23-24 de agosto hubo un grosero jolgorio en el Kremlin. Ribbentrop informó “Me sentí como si hubiera estado entre viejos camaradas del partido”. Agregó que en el Kremlin se sentía tan cómodo “como entre mis antiguos amigos nazis”. Stalin brindó por Hitler y dijo que “sabía cuánto amaba a su fñhrer el pueblo alemán”. No faltaron las bromas brutales acerca del pacto Anticomintern, ahora muerto, que según ambas partes convinieron había estado destinado sencillamente a impresionar a

65 Hubertus Lupke, “Japans Russlandpolitik von 1939 bis 1941”, en *Schriften des Instituts für Asienkunde in Hamburg*, X, Frankfurt, 1962, pp. 7-24.

66 Fest, op. cit., pp. 884-885; con respecto a las fuentes véanse pp. 1177-1178, n. 27.

la ciudad de Londres y a “los tenderos británicos”.⁶⁷ Se descubrió de pronto una comunidad de objetivos, métodos, estilos y sobre todo de moral. Mientras los asesinos achispados avanzaban a tropezones en la sala, abrazándose torpemente, parecían simplemente una congregación de gángsters rivales que habían luchado antes unos contra otros y que podían volver a hacerlo, pero que pertenecían, en esencia, a la misma pandilla.

Se denominó a este acuerdo “pacto de no agresión”. En realidad, fue nada más que un pacto de agresión contra Polonia. Un protocolo secreto, que salió a la luz en 1945 pero que fue mantenido fuera de las actas de Nuremberg por los jueces rusos, dividía a Europa Oriental en esferas de influencia y dejaba sin resolver “si los intereses de las dos partes determinan que el mantenimiento de un Estado polaco parezca deseable y cómo se trazarán las fronteras de dicho Estado”.⁶⁸ Así se dispuso una cuarta división de Polonia, que fue consumada el 17 de septiembre, cuando entraron las tropas soviéticas; se solemnizó la división con otro pacto de gángsters, el Tratado Germanosoviético de Fronteras y Amistad del 28 de septiembre de 1939. El área contemplada excedía holgadamente los límites de Polonia, y Stalin tenía mano libre en Finlandia, la mayor parte de los Estados bálticos y parte de Rumania. De esta manera, en el otoño de 1939 pudo imponer a Letonia, Estonia y Lituania los llamados “tratados de seguridad”, que implicaban la entrada de tropas soviéticas. Stalin manifestó al ministro de Relaciones Exteriores de Letonia: “Por lo que concierne a Alemania, podemos ocuparlos”.⁶⁹ Cuando los finlandeses se resistieron, Stalin desencadenó la guerra, el 30 de noviembre de 1939, con el consentimiento de Alemania.

Stalin estaba encantado con el pacto. Afirmó que ponía a Rusia en una posición más sólida que la que había tenido en cualquier otro momento desde el principio del régimen. Hizo todo lo posible para asegurar el éxito del acuerdo y para cumplir el compromiso contraído con Ribbentrop, dando “su palabra de honor de que la Unión Soviética no traicionaría a su asociada”.⁷⁰ En el mundo entero los partidos comunistas modificaron su política antinazi, preconizaron la paz con Alemania a cualquier precio y sabotearon el esfuerzo de la guerra después que se inició la contienda; por ejemplo, en el momento culminante de la invasión nazi a Francia, Maurice Thorez, jefe del Partido Comunista francés, hablaba por radio desde Moscú para pedir a las tropas francesas que no resistieran. Stalin puso a disposición de Hitler los inmensos recursos naturales de la Unión Soviética. Este aspecto fue vital para Hitler. En septiembre de 1939, Alemania necesitaba importar el 80 por ciento de su caucho, el 65 por ciento del estaño, el 70 por ciento del cobre, la mitad de plomo y la cuarta parte del cinc. Suecia, al precio de verse a salvo de la invasión (y de obtener el carbón alemán a una tercera parte del precio pagado por Suiza), suministró a Hitler su mineral de hierro y le concedió toda clase de facilidades de tránsito y vuelo.⁷¹ Pero Stalin llenó otros huecos importantes en los suministros de guerra de Hitler: un millón de toneladas de granos, 900.000 toneladas de petróleo (incluyendo 100.000 toneladas de combustible para aviones), más mineral de hierro, manganeso y algodón. A su vez, Rusia recibió motores aéreos, planos navales, torpedos y minas.⁷²

El pacto determinó también un acercamiento personal. Stalin afirmó que Hitler era un hombre genial, que como él se había elevado de la nada. De acuerdo con la versión de Ribbentrop, Hitler admiraba mucho a Stalin, sobre todo el modo en que había destruido a sus propios “extremistas” (una opinión muy difundida en Occidente). Hitler afirmaba que Stalin había originado “una suerte de nacionalismo eslavo moscovita”, despojando al bolchevismo de su internacionalismo judío. Mussolini abrazó la idea de que el bolchevismo ahora estaba muerto: Stalin lo había reemplazado por “una especie de fascismo eslavo”.⁷³

67 Hans Gunther Seraphim, ed., *Das politische Tagebuch Alfred Rosenbergs*, Gottingen, 1956, p. 82; Gustav Hilder y Alfred G. Meyer, *The Incompatible Alijes: a Memoir-History of the German-Soviet Relationship, 1918/1941*, Nueva York, 1953, p. 315.

68 Fest, op. cit., pp. 879-880.

69 Albert Tarulis, *Soviet Policy towards the Baltic States 1919-1940*, Notre Dame, 1959, pp. 154-155.

70 Michael Freund, *Weltgeschichte der Gegenwart in Dokumenten*, Friburgo, 1954-1956, III, pp. 166 y ss.

71 F. La Ruche, *La Neutralité de la Suède*, París, 1953.

72 Henri Michel, *The Second World War*, trad. Londres, 1975.

73 A. Rossi, *Deux Ans d'alliance germano-sovietique*, París, 1949, pp. 8890; *Hitler's Table-Talk*, trad. Londres, 1953, p.

Sin embargo, el pacto no resolvía ninguno de los problemas que se había creado el mismo Hitler. Más aún, implicaba una inversión de las prioridades originales de su calendario. Así lo manifestó a Carl Burckhardt, alto comisionado de la Liga en Danzig: “Todo lo que emprendo está dirigido contra Rusia. Si Occidente es demasiado estúpido y demasiado ciego para comprenderlo, me veré obligado a alcanzar un entendimiento con los rusos, a aplastar a Occidente y después a volver toda mi fuerza concentrada contra la Unión Soviética”.⁷⁴ Incluso después del pacto con los soviets, Hitler abrigaba la esperanza de evitar la guerra con Occidente y confiaba en que lograría reducir a Gran Bretaña a un estado de impotente pasividad. Pero el único efecto del pacto sobre la política británica fue inducir a todos los interesados a suponer que ahora la guerra era inevitable. El acuerdo fue recibido con alegría por ciertos miembros de la derecha británica, en cuanto lo consideraron la prueba evidente de que los regímenes totalitarios ateos formaban una unión desvergonzada y explícita, “a la luz del día, enorme y repulsiva”, como escribió Evelyn Waugh en su trilogía *Sword of Honour*. Cuando Hitler invadió Polonia el 1 de septiembre y los polacos invocaron la garantía, jamás hubo la más mínima duda de que Gran Bretaña respetaría su palabra o de que Francia la imitaría, aunque fuese de mala gana.

Por lo tanto, fue necesario modificar drásticamente el programa de Hitler, que se encontró enredado en una guerra general del tipo que había querido evitar antes de atacar a Rusia. A partir de este momento, Hitler cesó de ofrecer la imagen de hombre razonable, tanto en Alemania como en el exterior, y aclaró bien a todos que alcanzaría sus objetivos mediante el ejercicio implacable de la fuerza y el terror. El mismo día en que invadió Polonia ordenó la muerte de los enfermos incurables internados en los hospitales alemanes.⁷⁵ No intentó llegar a un acuerdo con los polacos. Se limitó a tratar al país como a un territorio ocupado que debía ser explotado. La victoria sobre Polonia no era un fin, sino que se trataba nada más que de un comienzo. Esta actitud era precisamente la inversa del estado general de ánimo de los alemanes. Después del derrumbe polaco, el general Ritter von Leeb observó en su diario el 3 de octubre de 1939: “Hay baja moral en la población, no hay entusiasmo, ni banderas flameando sobre las casas. Todos esperan la paz. La gente percibe lo innecesario de la guerra”. Pero Hitler estaba decidido a quemar los puentes de Alemania, a imponer a la nación un curso irreversible. El 23 de noviembre de 1939 expresó a sus generales: “Toda esperanza de compromiso es infantil. Victoria o derrota. He llevado al pueblo alemán a una posición muy elevada, aunque ahora el mundo nos odia. Me arriesgo a librar esta guerra. Tengo que elegir entre la victoria y la destrucción. No está en juego un solo problema, sino el ser o no ser de la nación”. El 17 de octubre Hitler ordenó al general Keitel que tratase al territorio de Polonia ocupada como “una plataforma de avanzada” para la futura invasión de Rusia.⁷⁶ ¡Y Stalin creía haber comprado la seguridad! Pero entretanto había que eliminar al Oeste: a Francia mediante la *Blitzkrieg* y a Gran Bretaña apelando a la desesperación.

Hitler era ahora generalísimo. La campaña polaca fue la última preparada por el antiguo Estado Mayor General. En adelante, como en el caso de la seguridad y los ministerios civiles, Hitler duplicó la dirección del ejército, con el OKW (Alto Mando de las Fuerzas Armadas), bajo sus órdenes personales, que venía a superponerse a la labor del OKH (Alto Mando del Ejército). Los franceses le facilitaron las cosas. No habían deseado la guerra. Después de Munich reconocieron que su política en el Este había concluido. En el episodio de Polonia se limitaron a ejecutar los movimientos oficiales exigidos por la situación. Juzgaron una locura el compromiso británico y lo respaldaron por la sencilla razón de que no tenían alternativa.⁷⁷ Sabían que la entrada en una guerra total con la Alemania hitleriana podía significar una repetición de 1870 y les llevó cincuenta y seis horas de dolorosa vacilación reaccionar frente al ataque a Polonia, que había sido su aliada sin desmayos desde 1921.⁷⁸ El protocolo militar firmado en mayo de 1939 por el general Gamelin con

8.74 Carl Burckhardt, *Meine Danziger Mission 1937-1979*, Munich, 1960, p. 348; citado en Hillgruber, op. cit., p. 69.

75 Fest, op. cit., p. 908; fuentes, p. 1179, n. 7.

76 Ibid., pp. 906, 921-922.

77 J.-B. Duraselle, *La Décadence 1932-1939*, París, 1979.78 Dominique Leca, *La Rupture de 1940*, París, 1979.

Kasprzycki, ministro de Guerra polaco, establecía que la fuerza aérea francesa iniciaría acciones ofensivas contra Alemania apenas Polonia fuese invadida, y que en el plazo de dieciséis días habría una invasión del ejército francés a Alemania. No se cumplió ninguna de las dos promesas. A lo sumo hubo un movimiento militar exploratorio el 8 de septiembre que fue interrumpido rápidamente. El 22 de septiembre, cuando recibieron noticias decisivamente negativas del frente polaco, los franceses desecharon la totalidad de sus planes agresivos. Durante este período, los alemanes tenían en el Oeste sólo once divisiones en servicio activo, pero hacia el 1 de octubre ya estaban trasladando tropas del frente oriental. En lo que siguió, como lo demuestran las actas de las discusiones entre las delegaciones británica y francesa, los británicos fueron los que presionaron reclamando acción en el frente alemán principal, y los franceses los que no deseaban hacer nada allí, al mismo tiempo que proyectaban planes de distracción en Escandinavia, el Cáucaso, Salónica, Finlandia y otros sitios.⁷⁹

La inclinación francesa a la pasividad en la frontera francoalemana, combinada con la actividad en general sin importancia en otros lugares, le hizo directamente el juego a Hitler. Este inicialmente ordenó el ataque a Francia para el 12 de noviembre, y de las alternativas ofrecidas eligió el audaz concepto de una embestida de blindados a través de las Ardenas. El nerviosismo de la política francesa lo obligó a suspender y reordenar la operación durante el invierno y principios de la primavera. Pero mientras tanto había concebido la brillante operación de Noruega, la que a juicio de sus asesores militares era imposible. Las actividades anglofrancesas le ofrecieron el pretexto y llevó adelante la invasión, desmoralizando a los aliados y desconcertando a sus propios generales, que no formularon objeciones cuando Hitler afirmó el concepto de la ofensiva en las Ardenas y la desencadenó mientras Francia estaba trastabillando a causa de la derrota en Noruega y la logística de los aliados se hallaba sumida en desesperada confusión.

La rápida destrucción del poder militar francés en mayo-junio de 1940 convenció a Hitler de que los errores del otoño precedente no eran irreversibles y de que aún podía avanzar hacia sus objetivos finales mediante una serie de rápidos golpes “bismarckianos”. La campaña mostró todos los rasgos distintivos de una abrumadora confianza en sí mismo al momento de atacar y del ingenio que ponía en la invención detallada; de acuerdo con la versión de Albert Speer, Hitler concibió la idea de equipar con sirenas a los bombarderos en picada Stuka, uno de los golpes psicológicos magistrales de la *Blitzkrieg*. Hubo muchos otros ejemplos de su inventiva militar durante esta etapa, y entre ellas cabe mencionar el alargamiento de los cañones de los tanques.⁸⁰ Así como antes había desconcertado a las democracias por la rapidez con que creaba y aprovechaba las oportunidades diplomáticas, ahora no dio a los comandantes franceses la posibilidad de recuperarse de la sorpresa inicial. “La idea matriz de los alemanes en la realización de esta guerra fue la velocidad”, escribió el historiador Marc Bloch, que fue capitán de Estado Mayor en el Grupo del Primer Ejército. Su reseña de esas semanas fatales, titulada *L'étrange défaite*, subrayaba que el derrumbe representó un juicio acerca del sistema francés tanto como de su ejército. Elogió tanto el populismo como el calibre intelectual del nazismo:

79 François Bedarida, ed., *La Stratégie secrète de la Drole de Guerre*, París, 1979; véase también *Français et Britanniques dans la Drole de Guerre: Actes du Colloque Franco-Britannique de decembre 1975*, París, 1978.

80 Fest, op. cit., pp. 940, 1181, n. 10; Helmut Heiber, ed., *Hitlers Lagebesprechungen*, Stuttgart, 1962, p. 30.

Comparadas con el antiguo ejército imperial, las tropas del régimen nazi parecen mucho más democráticas. El abismo entre los oficiales y los soldados parece ahora menos infranqueable [...] El triunfo alemán resultó esencialmente un triunfo del intelecto, y eso es lo que lo convierte en un hecho especialmente grave [...] Fue como si las dos fuerzas contrapuestas pertenecieran, cada una de ellas, a un período completamente distinto de la historia. Hemos interpretado la guerra por referencia a la azagaya versus el rifle, un antagonismo con el que estamos familiarizados gracias a largos años de expansión colonial. ¡Pero esta vez a nosotros nos tocó representar el papel del salvaje!⁸¹

Bloch observó que, al margen de las causas más profundas, la razón inmediata fue “la absoluta incompetencia del alto mando”. Ahora se sabe que el general Gamelin padecía sífilis, hecho que tal vez explique la incapacidad para decidirse, la falta de concentración, los lapsos en la memoria y las manías de grandeza que mostró durante la campaña.⁸² Pero la parálisis de los altos jefes fue general. Bloch describe a su propio comandante del Grupo de Ejército, el general Blanchard, sentado en actitud “de trágica inmovilidad, sin decir ni hacer nada, sólo contemplando el mapa desplegado sobre la mesa entre nosotros, como si esperase hallar allí la decisión que él no era capaz de adoptar”.⁸³

Como jugada militar, el ataque a Francia fue un éxito completo. Comenzó el 10 de mayo y seis semanas después, el 22 de junio, Francia firmó un armisticio que otorgó a Hitler todo lo que deseaba. La proporción de bajas —27.000 alemanes contra 135.000 de los aliados— aporta cierto indicio acerca de la magnitud de la victoria alemana. El 10 de junio Italia había entrado en la guerra del lado de Alemania y las condiciones del armisticio de Francia con Mussolini, firmado el 24 de junio, incluían el retiro de la guerra de las colonias francesas. Tres días después, Stalin invadió Rumania y se apoderó de las provincias de Besarabia y Bucovina; ya había arrebatado a Finlandia el istmo de Carelia en una capitulación firmada el 12 de marzo. Stalin era, en todos los aspectos, el aliado de Hitler, aunque no su cobeligerante.

Francia se inclinó rápidamente hacia el bando nazi. Desarmada por los socialistas, traicionada por los fascistas y aún más por los comunistas, y ahora abandonada por el centro y la derecha, la Tercera República se derrumbó, sin amigos y sin que nadie la llorase. En Riom, una serie de procesos, sobre un trasfondo de aprobación o de indiferencia, condenó a los que fueron considerados responsables de la derrota: Daladier, Reynaud, Blum, Gamelin, Mandel, Guy la Chambre y otros; de hecho, fue un fallo contra el tipo de política parlamentaria practicada en Francia.⁸⁴ El armisticio había sido firmado por el mariscal Henri Philippe Pétain, que recibió plenos poderes del farsesco parlamento reunido en la nueva capital de Vichy. Su dictadura había tardado en llegar. En el período 1914-1918 había sido un héroe de guerra y había dominado la política militar durante el período de 1920 a 1936, de manera que en la práctica resultaba tan responsable como el resto por el descalabro. Pero era el general francés más popular, porque sus hombres creían que bajo su mando tenían menos probabilidades de morir. Era estúpido. Los libros que firmaba habían sido escritos por oficiales jóvenes e inteligentes. Pero tenía la sencilla dignidad del campesino francés (su padre lo había sido). El *Petit Journal* realizó una encuesta en 1935 para descubrir cuál era el dictador preferido por los franceses. Pétain se impuso al resto. Ocupó el segundo lugar Pierre Laval, ex socialista del tipo de Mussolini, y éste fue el hombre a quien ahora Pétain designó primer ministro.⁸⁵

Pétain se convirtió muy pronto en el gobernante francés más popular desde Napoleón. Encarnaba el antirromanticismo, el ansia de rehuir las obligaciones históricas y globales, el anhelo de una vida

81 Marc Bloch, *Strange Defeat*, trad. Oxford 1949, pp. 36-37.

82 Véase Dr. Pierre Renchnick en *Médecine et Hygiène*, Ginebra, septiembre de 1981.

83 Bloch, op. cit., p. 28.

84 Henri Michel, *Le Procès de Riom*, París, 1979.

85 Richard Griffith, *Marshall Pétain*, Londres, 1970; Judith Hughes, *To the Maginot Line: the Politics of French Military Preparation in the 1920s*, Harvard, 1971.

tranquila y segura que ahora prevalecía en Francia. Era un mujeriego compulsivo. “El sexo y la comida son las únicas cosas que importan”, dijo cierta vez. Pero la Iglesia lo veneraba. El cardinal Gerlier, primado de Francia, anunció: “*La France c’est Pétain, et Pétain c’est la France*”.⁸⁶ En cierto sentido, eso era cierto. Se lo trataba como a un personaje real. Los campesinos se alineaban a los costados de la vía cuando pasaba el tren que lo llevaba; las mujeres le ofrecían a sus hijos para que los tocara. Un informe oficial observa que en Tolosa, en noviembre de 1940, una mujer se arrojó al paso de su automóvil para tener la oportunidad de tocarle la mano; el prefecto se volvió hacia Pétain con el propósito de disculparse, pero descubrió al mariscal pacíficamente dormido (tenía ochenta y cinco años), “sin perder”, dice el informe, “su dignidad o su apostura soberana”.⁸⁷ En 1934 había reñido con uno de sus coroneles, Charles de Gaulle, que rehusó escribir para él un libro que llevaría la firma del mariscal. Ahora, en su condición de subsecretario de Guerra, de Gaulle se negó a aceptar el armisticio; el 5 de agosto Gran Bretaña firmó un acuerdo con el movimiento degaullista de los Franceses Libres, pero sólo 35.000 lo acompañaron. En sus primeros tiempos, el régimen de Vichy, formado por soldados y funcionarios civiles, con exclusión de los políticos, originó auténtica euforia en Francia, como había sucedido con Hitler en Alemania durante 1933.

Hitler no tuvo mayor dificultad para convertir a Vichy en aliado. El 3 de julio de 1940, debido a la ausencia de garantías adecuadas, la Marina Real británica recibió órdenes de hundir a la flota francesa en Orán y en otros puertos de África del Norte. Dos días después, Pétain rompió relaciones con Gran Bretaña y más tarde Vichy derivó inexorablemente hacia el bando nazi, donde se la trató implacablemente como a una vaca lechera. Alrededor del 40 por ciento de la producción industrial de Francia, 1.500.000 obreros y la mitad de la renta pública fueron incorporados a la economía de guerra alemana.⁸⁸

Hitler tuvo menos suerte con España. Franco estaba decidido a mantenerse fuera de la guerra, a la que consideraba el supremo mal, sobre todo si se trataba de una guerra librada por Hitler asociado con Stalin, un hombre que a su juicio encarnaba todas las perversidades del siglo. En septiembre de 1939 declaró su estricta neutralidad. Aconsejó a Mussolini que también se mantuviese al margen. Consideró que tenía que pasar a la “no beligerancia” el 13 de junio de 1940, y la describió como “una forma de simpatía nacional hacia el Eje”.⁸⁹ Pero como precio para entrar en la guerra formuló exigencias tan elevadas que no era posible satisfacerlas: Orán, la totalidad de Marruecos, enormes territorios en África Occidental, cantidades masivas de suministros y equipos bélicos para atacar a Gibraltar y defender las Canarias. Cuando se reunió con Hitler en Hendaya el 23 de octubre de 1940 no sólo aumentó esos reclamos sino que saludó a su benefactor alemán con una frialdad que rozaba el menosprecio. Como él mismo era un soldado profesional y Hitler un aficionado —ni siquiera un caballero, ¡nada más que cabo!— trató el acostumbrado *tour d’horizon* militar de Hitler con mal disimulado desprecio. Hablaron, escribió Paul Schmidt, intérprete de Hitler, “más bien uno frente al otro” hasta las dos de la mañana, pero no consiguieron llegar a ningún acuerdo. Más tarde, Hitler dijo a Mussolini que prefería que le arrancaran dos o tres dientes antes de pasar nuevamente por lo mismo.⁹⁰

Una de las razones colaterales de Franco para negarse a unir fuerzas con Hitler fue su convicción de que Gran Bretaña no estaba dispuesta a concertar la paz. Quizás el error de juicio más grave que cometió Hitler fue su incapacidad para apreciar la profundidad de la hostilidad que había despertado en Gran Bretaña. El propósito principal de su *Blitzkrieg* en Francia no fue destruir al ejército francés, porque a su juicio podía hacerlo cuando quisiera, sino impresionar a Gran Bretaña y obligarla a pedir condiciones de paz. El 21 de mayo, el mismo día que ocupó Arras, afirmó que deseaba “sondear a Gran Bretaña acerca de la división del mundo”.⁹¹ Su decisión de interrumpir el

86 Citado en Raymond Tournoux, *Pétain et la France*, París, 1980.

87 Citado en Robert Aron, *The Vichy Regime 1940-1944*, trad. Londres, 1958, p. 122.

88 Alan Milward, *The New Order and the French Economy*, Oxford, 1970, pp. 272-288.

89 Trythall, op. cit., pp. 161-163; *Documenti Diplomatici Italiani* 9ª serie, Roma, 1954, IV, nº 260.

90 Schmidt, op. cit., pp. 191-194; *Ciano's Diplomatic Papers*, p. 412.

91 Franz Halder, *Kriegstagebuch: Tägliche Aufzeichnungen des Chefs des Generalstabes des Heeres 1939-1942*,

avance de los blindados frente a Dunquerque, hacia fines de mes, una actitud que permitió la evacuación del grueso de la Fuerza Expedicionaria Británica concentrada en las playas, fue adoptada por razones militares, pero quizá respondió también al deseo de abrir un canal de discusión con Londres. El 2 de junio, cuando las últimas unidades británicas se preparaban para embarcar, dijo al Estado Mayor del Grupo A de Ejércitos en Charleville, que deseaba “un acuerdo de paz razonable” e inmediato con Gran Bretaña, de manera que “al fin estuviese en libertad” de acometer “su tarea grande y real: la confrontación con el bolcheviquismo”.⁹² Concluida la campaña en Francia, el 30 de junio habló de la necesidad de ofrecer a Gran Bretaña una “demostración [más] de nuestro poder militar, antes de que ella renuncie y deje a salvo a nuestra retaguardia para volvernos hacia el Este”.⁹³ Continuó aferrándose a la ilusión de que Gran Bretaña podía aceptar un compromiso hasta fines del otoño. “Es evidente que el fñhrer est deprimido”, seal un observador el 4 de noviembre. “Parece que en este momento no sabe cmo debe continuar la guerra.”⁹⁴ Esperaba una seal de Londres que nunca lleg.

De hecho, Gran Bretaña adopt una actitud decisivamente ms belicosa a lo largo de 1940. Si Francia eligi a Ptain y el quietismo, Gran Bretaña eligi a Churchill y el herosmo. Haba razones econmicas y militares perfectamente vlidas que justificaban esta bifurcacin. A diferencia de Francia, Gran Bretaña no eligi un gobierno de frente popular a mediados de los aos treinta, y las medidas deflacionarias de los gobiernos Baldwin-Chamberlain con el tiempo le permitieron realizar una recuperacin econmica importante. Aunque la desocupacin de Gran Bretaña a principios de esa dcada fue mucho ms elevada que la de Francia, hay pruebas en el sentido de que gran parte fue voluntaria, como resultado del nivel relativamente elevado de beneficios, ms del 50 por ciento de los salarios medios.⁹⁵ La economa era mucho ms sana de lo que pareca en la propaganda de la izquierda. Durante casi toda la dcada de los treinta, la industria de la construccin estuvo desarrollndose y produjo ms de tres millones de casas nuevas, con lo que la existencia total se increment un 29 por ciento, e incluy un tope de 400.000 unidades en un perodo de doce meses (1936-1937).⁹⁶ La declinacin del poder sindical despus del fracaso de la huelga general de 1926 y la posterior legislacin antiobrera permitieron, una vez que pas lo peor de la crisis, que Gran Bretaña adoptase nuevas tecnologas con una rapidez que haba sido imposible durante los aos veinte. Ciertamente, en el caso de Gran Bretaña, el perodo entre las dos guerras culmin en una fase de expansin innovadora.⁹⁷ El nmero de personas empleadas en la nueva industria elctrica y electrnica pas de 192.000 en 1930 a 248.000 en 1936, y Gran Bretaña fue el primer pas que cre una red nacional. La industria qumica y petroqumica se desarroll rpidamente y las exportaciones aumentaron el 18 por ciento durante el perodo de 1930 a 1938. El empleo en la industria aeronutica haba pasado de 21.000 personas en 1930 a 35.000 en 1935, incluso antes de que se iniciara el rearme. El nmero de automviles se duplic holgadamente, de 237.000 en 1930 a 508.000 en 1937.⁹⁸ Todos estos progresos guardaban relacin directa con la capacidad para la produccin blica.

Es verdad que, al rearmarse, Gran Bretaña sufri muchos contrastes y tuvo que importar maquinarias, por ejemplo de Estados Unidos, Hungra e incluso de la misma Alemania.⁹⁹ Pero en ciertas reas fundamentales, sobre todo los motores areos y especialmente el radar, que habra de ser decisivo tanto para el poder areo como para el martimo, Gran Bretaña tena importantes ventajas tecnolgicas comparada con Alemania.¹⁰⁰ El rearme fue acelerado en 1939, y hacia mediados de 1940 Gran Bretaña estaba produciendo ms aviones y estaba entrenando ms

Stuttgart, 1962, I, p. 308.

92 Karl Klee, *Das Unternehmen “Seelwe”*, Gottingen, 1958, pp. 189-190.

93 Halder, op. cit., I, p. 375.

94 Citado en Hillgruber, op. cit., p. 354n.

95 Daniel Benjamin y Levis Kochin, “Voluntary Unemployment in Interwar Britain”, *The Banker*, febrero de 1979.

96 A. J. Younger, *Britain's Economic Growth 1920-1966*, Londres, 1967, p. 112.

97 R. S. Sayers en *Economic Journal*, junio de 1950.

98 Younger, op. cit., pp. 107 y ss; H. W. Richardson, *Economic Recovery in Britain 1932-1939*, Londres, 1967.

99 Barnett, op. cit., pp. 482-483.

100 Vase M. M. Postan, D. Hay y J. D. Scott, *The Design and Development of Weapons*, Londres, 1964.

tripulaciones aéreas que Alemania. Por lo tanto, la transformación de la actitud británica en 1940 respondía a sólidas razones concretas. El ascenso de Churchill, que se convirtió en primer ministro y ministro de Defensa (una importante conjunción que Lloyd George nunca pudo lograr durante la primera guerra mundial) el 7 de mayo, fue entonces natural. Su decisión, energía y oratoria — utilizó este último don con sorprendente efecto en el momento mismo en que Hitler, su principal rival en ese aspecto, renunciaba voluntariamente a él— fueron un complemento. En el verano de 1940 era por lo menos tan popular en Gran Bretaña como Pétain en Francia, y más popular que Hitler en tales circunstancias en Alemania.¹⁰¹

Aunque romántico y obstinado, Churchill no carecía de realismo. Sabía que incluso con la ayuda de la Comunidad Británica, Gran Bretaña no podía derrotar a Alemania. Suponía que tarde o temprano Estados Unidos se vería obligado a intervenir: allí radicaba su esperanza. Al margen de lo que pudiera decir en público, no excluía del todo un acuerdo táctico con Hitler. Las actas del gabinete registran este comentario que él formuló: “Si Herr Hitler estaba dispuesto a concertar la paz sobre la base de la devolución de las colonias alemanas y el dominio en Europa central”, se podía considerar el asunto, pero “era muy improbable que formulase una oferta semejante”.¹⁰² Pero ésta es la única prueba de su disposición a parlamentar; las ofertas de paz de Hitler no fueron recogidas. De acuerdo con el diario de “Chips” Channon, miembro del Parlamento y entonces funcionario oficial, el Foreign Office ni siquiera transcribía los discursos de Hitler.¹⁰³

De manera paradójica, después de la caída de Francia desapareció del todo la posibilidad de una paz negociada y la posición política de Churchill mejoró constantemente. Recibió la primera ovación de las bancas conservadoras el 4 de julio, cuando anunció la acción contra la flota francesa en Orán; hasta entonces, observó el mismo Churchill, “la bancada laborista me dispensaba la acogida más cálida”. La muerte por cáncer de Chamberlain eliminó a su único rival realmente peligroso y el 9 de octubre Churchill fue elegido para sucederlo en el cargo de líder conservador. Pero no podía ni quería depurar al régimen de los elementos que habían destruido el Raj en la India, descuidado la defensa y apaciguado a Hitler. Churchill dijo a Cecil King, director del *Daily Mirror*:

Estaba muy bien reclamar un gobierno que excluyese a los elementos que nos habían llevado por mal camino durante los últimos años, pero, ¿dónde debíamos detenernos? Estaban por todas partes, no sólo en el mundo político, sino entre los jefes de las fuerzas armadas y los jefes del servicio civil. Eliminarlos a todos habría sido una tarea imposible en el estado desastroso en que nos hallábamos. En todo caso, si uno tenía que depender de las personas que habían demostrado una conducta adecuada los últimos años, ¿de qué minúsculo puñado habría sido necesario depender! No, él no estaba dispuesto a realizar un gobierno de la venganza. ¹⁰⁴

La decisión de Churchill tuvo ingratas consecuencias para la composición y las actitudes del Partido Conservador durante la posguerra. Pero en ese momento fue prudente. La política exterior de Gran Bretaña, el manejo de la defensa y las relaciones con la Comunidad Británica habían exhibido temerarios errores de juicio, pero el mismo Churchill había sido uno de los principales agentes de esa política durante los años veinte y, aunque su actuación a partir de 1930 fue prácticamente impecable, juzgó con acierto que una investigación no permitiría absolver a nadie (y menos aún a sus nuevos aliados laboristas), y destruiría la nueva y frágil unidad que él presidía ahora. Su magnanimidad estaba justificada. Pese a los muchos desastres que sobrevendrían, la autoridad de Churchill nunca fue cuestionada seriamente y, de todos los gobiernos de tiempos de guerra fue, al combinar la autoridad con la popularidad, de lejos el más fuerte y seguro. Fue esto,

¹⁰¹ Con respecto a la popularidad de Churchill en el verano de 1940, véase Brian Gardner, *Churchill in his Time: a Study in a Reputation 1939-1945*, Londres, 1968, pp. 65-96.

¹⁰² Carlton, op. cit., p. 163.

¹⁰³ Robert Rhodes James, ed., *Chips: the Diaries of Sir Henry Channon*, Penguin, 1967, 19 de julio de 1940, p. 320.

¹⁰⁴ El *aide-mémoire* de Cecil aparece impreso en Hugh Cudlipp, *Publish and Be Damned*, Londres, 1953, p. 144.

más que cualquier otro factor, lo que permitió a Gran Bretaña mantener la ilusión de presencia global y superpotencia que se preservó hasta el acuerdo de Potsdam en 1945.

Pero era una ilusión. El verano de 1940 señaló el fin de la vieja Europa y arrojó de la escena histórica el concepto de un mundo dirigido por un concierto de potencias europeas civilizadas, en un marco de convenciones internacionales acordadas y de cierto sistema de absolutos morales. Gran Bretaña sobrevivió, pero en una actitud defensiva, prisionera de su impotencia relativa. En julio, agosto y septiembre de 1940, los escuadrones de cazas británicos y las cadenas de radar derrotaron decisivamente el intento de la Luftwaffe de Goering de destruir los aeródromos de la RAF en el sudeste de Inglaterra, un paso preliminar indispensable si se quería invadir Gran Bretaña. De esta manera, Hitler perdió la posibilidad de realizar una campaña concluyente en el Oeste. Pero por su parte, Churchill podía desarrollar operaciones ofensivas sólo contra Mussolini, el débil y embarazoso aliado de Hitler. El 11 de noviembre, la flota italiana sufrió graves bajas en Taranto a causa de un ataque de la aviación naval, y después los británicos nunca perdieron el control general del Mediterráneo. A principios de 1941 Gran Bretaña inició operaciones ofensivas contra los italianos en Libia y procedió a dismantelar la totalidad del precario imperio de Mussolini en el noroeste de África. Sin embargo, el principal compromiso de Gran Bretaña con los nazis, la lucha naval y aérea para mantener abiertas las rutas marítimas, tenía carácter defensivo. El único modo de golpear a la misma Alemania era mediante ataques aéreos. Como no resultaba posible suministrar escoltas de cazas a los bombarderos diurnos y los bombarderos nocturnos no podían garantizar que descargarían sus bombas en un radio de 15 kilómetros de los blancos, la única opción agresiva que se le ofrecía a Churchill era el bombardeo prácticamente indiscriminado de las ciudades. El 8 de julio escribió una sombría carta a su ministro de Producción Aeronáutica, el propietario de periódicos lord Beaverbrook:

Cuando examino la posibilidad de ganar la guerra, veo un solo camino seguro. Carecemos de un ejército continental que pueda vencer al poder militar alemán. Se ha quebrado el bloqueo y Hitler puede extraer recursos de Asia y probablemente de África. Si se lo rechaza aquí o no intenta la invasión, retrocederá hacia el este y no tenemos con qué impedirselo. Pero hay algo que lo obligará a volver y lo doblegará, y es un ataque absolutamente devastador de bombarderos muy pesados de este país al centro nacional de los nazis.¹⁰⁵

La carta posee gran importancia histórica (hay que compararla con las observaciones de Churchill acerca del efecto corruptor de la guerra), pues señala el momento en que el relativismo moral de las sociedades totalitarias invadió el proceso de decisión de un importante poder legítimo. Es discutible determinar quiénes fueron los primeros, si los británicos o los alemanes, que comenzaron el bombardeo sistemático de blancos civiles.¹⁰⁶ Hitler (como Lenin y Stalin) desde el principio mismo había defendido y practicado el empleo del terror como medio de alcanzar uno o la totalidad de sus objetivos. En todo caso, es evidente que mucho antes de fines de 1940, aunque con el pretexto de atacar “objetivos estratégicos”, se utilizaron bombarderos británicos en escala cada vez más amplia para matar y asustar a la población civil alemana en sus hogares. Como dicen las actas del gabinete correspondientes al 30 de octubre, “la población civil que está alrededor de los blancos tiene que sentir el peso de la guerra”. Esta política, promovida por Churchill, aprobada por el gabinete, respaldada por el parlamento y, hasta donde puede apreciarse, sostenida entusiastamente por la masa del pueblo británico —de manera que se cumplieron todas las condiciones del proceso de consentimiento en una democracia de derecho—señaló una etapa crítica en el proceso de derrumbe moral de la humanidad en la época contemporánea.

La adopción de los bombardeos como un instrumento de terror fue también un indicio de la desesperación de Gran Bretaña. El 5 de julio de 1939, el Tesoro había advertido al gabinete que si

105 Winston Churchill, *The Second World War: Their Finest Hour*, Londres, 1949, p. 567.

106 Véase, por ejemplo, Taylor, op. cit., pp. 629 y ss., y n C pp. 648-649.

no mediaba una ayuda decisiva de Estados Unidos, “las perspectivas de una guerra prolongada son cada vez más sombrías”. Gran Bretaña no podía aspirar a la política económica de autarquía de Alemania. A medida que decayeron las exportaciones debido a la producción para la guerra, desaparecieron las reservas de oro y dólares. El gobierno de Roosevelt demostraba su simpatía verbal a los aliados, pero en la práctica no ayudaba. Los lamentables reclamos franceses de ayuda a principios de junio de 1940 fueron fríamente desechados por Cordell Hull como “una serie de invocaciones extraordinarias, casi histéricas”. Durante un tiempo Gran Bretaña no lo pasó mejor. El embajador Joseph Kennedy, otro de los contribuyentes a la campaña de Roosevelt, ni siquiera aportaba apoyo verbal. “Desde el principio les dije que no podían esperar ninguna ayuda. No teníamos nada que ofrecer y sé que no podíamos ofrecerla, y por lo que se refiere al material no estábamos en condiciones de privarnos de él.¹⁰⁷ A fines de 1940 Gran Bretaña carecía de monedas convertibles; tenía reservas por valor de sólo 12 millones de dólares, el nivel más bajo alcanzado hasta ese momento, y se vio obligada a suspender las compras pagadas con dólares.¹⁰⁸

El 11 de marzo de 1941 el Congreso aprobó la ley de Préstamo y Arriendo, que permitía al presidente “vender, transferir el título, canjear, arrendar, prestar o de cualquier otro modo entregar material” al país cuya defensa fuese, a su juicio, vital para la defensa de Estados

Unidos. En teoría esta ley permitía que Roosevelt enviase a Gran Bretaña cantidades ilimitadas de armas sin cargo. Pero en la práctica Gran Bretaña continuó pagando la mayor parte de sus armas y, a cambio del acuerdo, de hecho entregó a Estados Unidos los restos de su comercio de exportación y, según el convenio general ulterior del 23 de febrero de 1942, aceptó abandonar el sistema de preferencias imperiales después de la guerra, una cuestión que para Cordell Hull había sido siempre un objetivo de política exterior más importante que la contención del poder totalitario.¹⁰⁹ Los acuerdos de suministros de armas de Roosevelt con la Unión Soviética fueron mucho más benévolos. El de Préstamo y Arriendo fue importante para Churchill sencillamente porque él creyó que podía tentar a Hitler a iniciar un conflicto con Estados Unidos. Sin duda, a principios de 1941 Churchill reconoció que el antiguo sistema europeo de legitimidad había desaparecido y que la única esperanza de restablecer un sistema de derecho estaba en los errores de cálculo del propio Hitler. El desarrollo de los hechos no decepcionaría a Churchill.

107 Citado en Gardner, op. cit., p. 69.

108 H. Duncan Hall, *North American Supply*, Londres, 1955, pp. 247 y ss.

109 Taylor, op. cit., pp. 623-624, 647.

11 EL AÑO DECISIVO

Poco antes del amanecer del 22 de junio de 1941, la radio militar alemana interceptó un diálogo entre una unidad soviética en acción y su cuartel general. “Están disparando sobre nosotros. ¿Qué hacemos?” “Ustedes están locos. ¿Por qué el mensaje no está en código?”¹ Media hora después, a las 3.40 de la madrugada, G. K. Zhukov, jefe del Estado Mayor soviético, que había recibido informes de ataques aéreos alemanes, telefoneó a Stalin, que estaba en su villa de Kuntsevo, a unos once kilómetros de Moscú; allí el dictador vivía, trabajaba y comía en una misma habitación, donde dormía en un sofá. Cuando Zhukov anunció que Rusia estaba siendo invadida, en el otro extremo de la línea hubo un prolongado silencio y una respiración pesada. Finalmente, Stalin dijo al general que fuese al Kremlin y ordenase a su secretario que convocase al Politburó. Este organismo se reunió a las 4.30; Stalin estaba sentado, pálido y silencioso, con una pipa apagada en las manos. En el Ministerio de Relaciones Exteriores, Molotov recibió la declaración de guerra del embajador nazi y preguntó en tono quejumbroso: “¿Realmente hemos merecido esto?”. Ya cerca del mediodía, 1.200 aviones soviéticos habían sido destruidos en tierra. De acuerdo con la versión de Nikita Jruschov, Stalin se entregó a la histeria y la desesperación. Sólo el 3 de julio, once días más tarde, pudo recuperar el control necesario para dirigirse a la nación. Entonces usó un tono que era nuevo en él: “Hermanos y hermanas [...] amigos míos”.²

Todos habían advertido a Stalin de la inminencia de un ataque nazi. Churchill le había enviado información concreta, confirmada después por la embajada norteamericana. El 15 de mayo, Richard Sorge, espía soviético en Tokio, había enviado detalles del plan alemán de invasión y la fecha exacta. Stalin también recibió advertencias circunstanciales de su propia gente, por ejemplo el general Kirponos, comandante del distrito de Kiev. Stalin se negó a escuchar. Se enfurecía si alguien insistía en esos consejos. El almirante Kuznetsov dijo más tarde que era peligroso formular una opinión acerca de una probable invasión, incluso en las conversaciones privadas con los subordinados. Jruschov recordó que quien hablaba del asunto al mismo Stalin lo hacía dominado por “el temor y la vacilación”.³

Stalin, que no confiaba en nadie, parece haber sido la última persona de la tierra que dejó de confiar en la palabra de Hitler. Se trató de un caso en el que el deseo era el padre de la idea. El pacto nazisoviético beneficiaba enormemente a Stalin. Aunque más tarde él lo defendió tan sólo como un arreglo provisional y táctico (“garantizamos a nuestro país la paz durante un año y medio y la oportunidad de preparar nuestras fuerzas”), sin duda en ese momento esperaba que durase indefinidamente, o por lo menos hasta que los alemanes y Occidente se hubiesen agotado mutuamente en una guerra prolongada; entonces, de acuerdo con la declaración del mismo Stalin en 1925, Rusia podría recoger los despojos. Mientras tanto, el pacto lo beneficiaba y mucho. A mediados de 1940 Stalin había recobrado gran parte del territorio perdido por Rusia entre 1918 y 1919, y había destruido la estructura de Polonia Oriental. Durante la primavera de 1940 ordenó liquidar a 15.000 oficiales polacos, un tercio de ellos en Katyn, cerca de Smolensk, y el resto en los campos de concentración de Ostachkov o en sus proximidades. Es posible que estas masacres masivas fueran realizadas por sugerencia de la Gestapo.⁴ Las fuerzas de seguridad nazis y

¹ Erickson, op. cit., p. 587.

² G. Zhukov, *The Memoirs of Marshal Zhukov*, trad. Londres, 1971, p. 268; Kennan, *Memoirs 1925-1950*, p. 324; Rigby, *Stalin*, p. 57; Stalin, *Collected Works*, XV, 3; Ivan Maiski en *Novy Mir*, Moscú, 1964, p. 12, 162-163.

³ Seaton, op. cit., p. 95; Hingley, op. cit., p. 309; Rigby, op. cit., p. 55.

⁴ J. K. Zawodny, *Death in the Forest: the story of the Katyn Forest Massacre*, Londres, 1971, p. 127; Hilder y Meyer, op. cit., p. 330; Hingley, op. cit., pp. 301 y ss.

soviéticas cooperaron estrechamente hasta el 22 de junio de 1941. Durante este período la NKVD entregó a varios centenares de alemanes, principalmente comunistas y judíos, a la Gestapo.⁵ A su vez, los nazis ayudaron a Stalin a capturar a sus propios enemigos. El 20 de agosto de 1940, después de varios intentos, Stalin consiguió finalmente que Trotsky fuese matado con un pico en México. Como Trotsky había observado con razón, “Stalin trata de destruir, no las ideas de su antagonista, sino el cráneo”.⁶ Era un método que compartía con Hitler.

Stalin se alegró del triunfo de la *Wehrmacht* sobre Francia y se apresuró a reorganizar sus 13.000 tanques de acuerdo con el esquema alemán.⁷ Creía que la caída de las democracias venía a fortalecer su reclamo de compensación adicional en Europa Oriental y Septentrional, a cambio de otorgar a Hitler total libertad en el Oeste y en África, y quizá también en regiones de Medio Oriente. Por lo tanto, cuando Molotov viajó a Berlín los días 12 y 13 de noviembre de 1940 con el propósito de actualizar el Pacto Nazisoviético, Stalin le ordenó que reclamase, como cuestiones principales, a Finlandia, Rumania y Bulgaria, más los estrechos del Mar Negro, que serían asignados a la esfera soviética de influencia, así como, en una etapa ulterior, Hungría, Yugoslavia, Polonia Occidental, Suecia y una parte de las vías de salida del Mar Báltico.⁸ En conjunto, esta lista no es muy distinta de todo lo que Stalin reclamó, y en la mayoría de los casos consiguió, como despojos de la victoria al final de la segunda guerra mundial. El “paquete” de Molotov atestigua la continuidad de los fines soviéticos.

Esta lista de intereses soviéticos fue redactada a partir del supuesto de que Hitler estaba orientando sus apetitos adquisitivos principalmente sobre Europa Occidental, África y Asia, y de que Medio Oriente era su próximo objetivo estratégico. Se trataba de un supuesto razonable en ese momento. El deseo más ardiente de Churchill era que los alemanes se arrojasen sobre la Unión Soviética. Su temor más profundo era que Hitler orientase sus esfuerzos hacia Medio Oriente. Durante los primeros meses de 1941 pareció que éste sería el desenlace más probable. Alemania se había visto llevada a la guerra del Mediterráneo a causa de la codicia y la incompetencia de Mussolini. Había invadido Grecia el 28 de octubre de 1940, pero los griegos, con la ayuda británica, humillaron y rechazaron a los invasores. El 9 de diciembre, los británicos iniciaron una ofensiva en Libia y ocuparon Benghazi el 6 de febrero de 1941.

Tres días después, con furiosa renuencia Hitler acudió en ayuda de su maltrecho aliado y envió el África Korps a Libia bajo la dirección del general Rommel. Una vez que entraron en acción, los alemanes actuaron con terrorífica rapidez. El 28 de febrero, los nazis, que ya habían convertido en títeres a Hungría y Rumania, entraron en Bulgaria. Tres semanas más tarde obligaron a Yugoslavia a aceptar condiciones y, cuando un golpe de estado en Belgrado eliminó al gobierno pronazi, los alemanes enviaron ultimátums tanto a Yugoslavia como a Grecia. La primera victoria de Rommel en África del Norte le exigió sólo once días y determinó que los británicos retrocedieran desordenadamente hacia Egipto. Yugoslavia se derrumbó después de una semana de lucha, el 17 de abril, y Grecia se rindió seis días después. En ocho días de desesperados combates librados en mayo, los británicos, que ya habían sido expulsados de Grecia, fueron avergonzados en Creta por los paracaidistas alemanes. Hacia fines de mayo, El Cairo y el canal de Suez, los yacimientos petrolíferos del norte de Irak, Persia y el Golfo, la refinería más grande del mundo instalada en Abadan y, de no menor importancia, las rutas marítimas y terrestres hacia la India, comenzaron todos a parecer vulnerables.⁹

La actividad de Hitler en el sur había comprometido apenas una minúscula fracción de sus fuerzas. Sus éxitos sorprendentes tuvieron un costo insignificante. El almirante Raeder y el alto mando naval le rogaron que desencadenara una ofensiva importante en Medio Oriente, un objetivo que en ese momento estaba perfectamente al alcance de las posibilidades alemanas. El poder naval, aéreo y militar británico estaba muy extendido sobre una dilatada zona y era vulnerable por todas

5 Margarete Buber-Neuman, *Als Gefangene bei Stalin und Hitler: eine Welt im Dünkel*, Stuttgart, 1958, p. 179.

6 Conquest, op. cit., p. 449.

7 Seaton, op. cit., p. 91.

8 *Akten zur deutscher auswärtigen Politik, 1918-1945*, Bonn, 1966, Serie D, XI, n° 329, p. 472.

9 Fest, op. cit., pp. 957-958; Bullock, op. cit., p. 639.

partes. Japón, aliado de Hitler, ya contemplaba un ataque en el Lejano Oriente. Por lo que ahora sabemos, parece casi seguro que los alemanes hubieran podido atravesar la barrera de Suez y continuar hasta el océano Índico, para unir fuerzas con los japoneses cuando éstos llegasen desde Asia Sudoriental y entrasen en la bahía de Bengala. La opinión de Raeder era que un golpe semejante representaba para el Imperio Británico “una derrota más mortal que la ocupación de Londres”. Hitler tenía 150 divisiones y la mayor parte de la Luftwaffe distribuidas a lo largo de Europa oriental. Bastaba una cuarta parte de estas fuerzas para sostener la ofensiva hasta la India.

Este concepto origina conjeturas inquietantes. La unión de las fuerzas alemanas y japonesas en la India habría conferido al plan bélico japonés un ingrediente de lógica estratégica de gran alcance que nunca tuvo. El poder y la influencia anglosajones habrían sido eliminados de Asia, seguramente por años y quizá para siempre. Incluso Australia habría corrido peligro y tal vez hubiese tenido que pedir la paz. África del Sur, con sus grandes recursos minerales, no habría quedado fuera del alcance de Hitler. Gran Bretaña y Estados Unidos, en lugar de extraer recursos de las cinco sextas partes del mundo y sus océanos, en general se habrían visto limitados a la esfera de operaciones del Atlántico. En estas circunstancias, la victoria habría aparecido una meta fatigosamente lejana, cuando no inalcanzable, y los argumentos a favor de un acuerdo con Hitler hubieran parecido, incluso a los ojos de Churchill, casi irresistibles. Tenemos aquí uno de los grandes interrogantes de la historia. Sin embargo Hitler rechazó sin vacilar la deslumbrante oportunidad alejandrina. Se aferró a su opinión de que la “verdadera” guerra, la guerra que él siempre había pensado librar, era contra Rusia. El destino y la lógica inexorable de la raza lo habían puesto a cargo de Alemania para alcanzar esa meta. Sin duda, la destrucción de Rusia no era el fin del asunto. Pero sin ella la historia carecía de significado y, hasta que no se la hubiese alcanzado, Alemania no podría cumplir el papel que le estaba reservado en el mundo. Hitler estaba impaciente por seguir adelante. El 31 de julio de 1940 dijo al general Halder que la esperanza de supervivencia de Gran Bretaña estaba en Estados Unidos y Rusia. Destruir a Rusia era eliminar a ambas potencias, pues de ese modo Japón tendría libertad de acción para ocuparse de Estados Unidos. Al parecer, creía que Roosevelt estaba dispuesto a intervenir en 1942, y Hitler deseaba que Rusia fuese eliminada de la ecuación antes de que sucediese tal cosa. Ésa era, a su entender, la secuencia apropiada de los hechos. Manifestó a sus generales el 9 de enero de 1941 que una vez que Rusia fuese derrotada, Alemania podría absorber sus recursos y así llegar a ser “invulnerable”. En tal caso, dispondría del poder necesario para librar la guerra contra continentes enteros. Si Japón aferraba a Estados Unidos en el Pacífico, Hitler desencadenaría una ofensiva de tres pinzas, a través del Cáucaso, África del Norte y el Levante, que llevaría a Alemania a Afganistán y después a la India, el corazón del Imperio Británico. Esa concepción estratégica resultaba demasiado peligrosa si Alemania tenía en su flanco a Rusia.¹⁰

De modo que pocos días después del armisticio de Pétain, Hitler ordenó a su personal que comenzara a planear la campaña rusa.¹¹ Su idea original era lanzarla ese otoño, y sólo con mucha dificultad se lo convenció de que abandonase un plan tan peligroso. Los generales alegaron que el ejército debía contar con la totalidad de la estación seca, desde principios de mayo en adelante, para envolver y aniquilar el poder militar ruso antes de la llegada de las nieves. Adoptó la decisión final de atacar en diciembre de 1940, después de la reelección de Roosevelt, a sus ojos un hecho que representaba un presagio especialmente negativo, y después que Molotov le presentó los “intereses” de Stalin, lo que, según afirmó Hitler, determinaba que el pacto nazisoviético fuese insostenible “incluso como matrimonio de conveniencia”. En adelante, no modificó su decisión de exterminar el bolchevismo en la primera oportunidad. La actuación en el Mediterráneo era un lamentable episodio lateral, necesario a causa de la tontería de Mussolini. Le echó la culpa de lo que después denominó “un retraso catastrófico en comenzar la guerra contra Rusia [...] Hubiéramos tenido que atacar a Rusia desde el 15 de mayo de 1941[...] y terminar la campaña antes del invierno”.¹² El ataque fue lanzado con la mayor prontitud posible después de concluida la campaña en el sur.

10 Fest, op. cit., pp. 952-955; *Le Testament politique de Hitler*, pp. 93 y ss.

11 Halder, op. cit., II, p. 6.

12 Fest, op. cit., p. 1104.

Cuando se examina este año decisivo de 1941, desde el que la humanidad ha descendido a su difícil situación actual, el historiador no puede menos que asombrarse ante el papel esencial de la voluntad individual. Hitler y Stalin jugaron al ajedrez con la humanidad. En todos los aspectos esenciales, la inseguridad personal de Stalin y su temor obsesivo a Alemania fueron los factores que lo indujeron a firmar el pacto fatal, y fueron su codicia y su ilusión —no las de otros— las que lo mantuvieron en vigencia, como una cortina de falsa seguridad detrás de la cual Hitler preparó su ataque asesino. Fue Hitler, y nadie más, el que decidió librar una guerra de aniquilamiento contra Rusia, la canceló y la postergó y después la repuso en el centro de su estrategia, para iniciarla en el modo y el momento que él mismo eligió. Ninguno de estos hombres representó fuerzas históricas irresistibles o al menos poderosas. Ninguno de ellos mantuvo en alguna etapa del proceso ni siquiera una forma de consulta con sus respectivos pueblos o por lo menos habló en nombre de cuerpos colegiados autodesignados. Ambos eran individuos solitarios, a quienes nadie aconsejó acerca del modo de dar esos pasos fatídicos; actuaban guiados por prejuicios personales del tipo más grosero y por sus propias visiones arbitrarias. Sus lugartenientes obedecían ciegamente o estaban dominados por una apatía basada en el terror, y las grandes naciones sobre las que gobernaban al parecer no tenían más alternativa que obedecer las órdenes que las llevaron a la mutua destrucción. Vemos aquí precisamente lo contrario del determinismo histórico, la apoteosis del autócrata individual. Es lo que sucede cuando se eliminan las limitaciones morales de la religión y la tradición, la jerarquía y el precedente, de modo que el poder de suspender o desencadenar episodios catastróficos no revierte sobre la benevolencia impersonal de las masas sino que, por el contrario, recae en las manos de hombres que están aislados en la totalidad misma de sus naturalezas perversas.

La decisión que adoptó Hitler de invadir Rusia fue la más fatídica de su carrera. Destruyó su régimen y también al propio Hitler. Fue, además, una de las más importantes de la historia moderna, porque puso al totalitarismo soviético en el corazón mismo de Europa. Pero fue una jugada que hubiera podido tener éxito. Resulta fundamental entender por qué fracasó. Hitler afirmó, a principios de 1945, que el retraso de cinco o seis semanas en el desencadenamiento de la invasión explicaba su fracaso en el intento de ocupar Moscú y destruir el régimen de Stalin antes de la llegada del invierno. Pero en ese momento no se sentía constreñido por un calendario tan ajustado. La verdad es que subestimó gravemente la capacidad militar rusa. Hay un antiguo e inteligente proverbio diplomático: “Rusia nunca es tan fuerte como parece. Rusia nunca es tan débil como parece”. Hitler lo ignoró, y no era el único que menospreciaba al Ejército Rojo; como ya dijimos, los estados mayores británico y francés consideraban que el rendimiento militar ruso era inferior al polaco. Esta opinión pareció confirmarse en la campaña de Finlandia. En general, se creía que la purga de 1937-1938 había destruido la moral militar rusa. El almirante Canaris, jefe del servicio alemán de inteligencia, la *Abwehr*, creía en la afirmación de Heydrich de que su organización había inculcado intencionadamente a Tujachevsky y a todos los restantes oficiales soviéticos capaces.¹³ Precisamente sobre la base de los engañosos cálculos de Canaris, Hitler creyó que la campaña rusa sería más fácil que la conquista de Francia. El Ejército Rojo, dijo al embajador búlgaro Dragonoff, era “a lo sumo una broma”. Sería “despedazado” y “destrozado por partes”. En diciembre de 1940 calculó que “en tres semanas estaremos en San Petersburgo”.¹⁴ Aunque los japoneses eran sus aliados, no intentó posesionarse de los cálculos (mucho más serenos) que ellos hacían de la capacidad combativa rusa, especialmente en el sector de la guerra de tanques, sobre la base de la amarga experiencia realizada en mayo-junio de 1939. El trabajo del Estado Mayor alemán, que había sido muy completo y brillante en la preparación de la campaña francesa, fue realizado a la ligera en la campaña soviética; prevalecía un sentimiento de euforia porque Alemania al fin había quebrado el férreo “triángulo estratégico” formado por Francia, Polonia y Checoslovaquia, de modo que ahora podía actuar libremente. El general Marcks creyó que se necesitarían nueve semanas en el mejor de los casos, diecisiete en el peor, para destruir la resistencia militar soviética. El argumento

13 Heinz Hohne, *Canaris*, trad. Londres, 1980.

14 Hillgruber, op. cit., pp. 80-81; Fest, op. cit., p. 955.

de que Rusia se refugiaría en su propia vastedad, como en 1812, fue rechazado con la afirmación de que Stalin tendría que defender las regiones industriales que estaban al oeste del Dnieper. Superaba su capacidad de organización movilizar las reservas de 9 a 12 millones de hombres. Marcks creía que los rusos no llegarían a poseer jamás ni siquiera superioridad numérica.¹⁵

Éste era exactamente el consejo que Hitler deseaba, porque reforzaba su creencia de que podía hacer la guerra sin mucho costo. La *Blitzkrieg* era un concepto tanto económico como militar y se basaba en la opinión de Hitler de que Alemania no podía sostener una guerra prolongada mientras no se apoderase de las riquezas rusas. La “operación Barbarossa”, como se la llamó, sería la última *Blitzkrieg*. Se la redujo al mínimo. Incluso en 1941 Hitler no estaba dispuesto a poner plenamente en pie de guerra la economía alemana. Después de la ocupación de Praga, sospechaba de la voluntad del pueblo alemán para librar una guerra total y, por lo tanto, se mostraba renuente a llevar a las mujeres a las fábricas de material bélico y a reducir la producción y el consumo civil más de lo que era absolutamente necesario para alcanzar sus objetivos militares. En consecuencia, Barbarossa fue un plan de recursos deficientes en vista de la magnitud de los objetivos. Participaron elementos de 153 divisiones, pero sólo 3.580 tanques, 7.184 cañones y 2.740 aviones. Con fines comparativos, señalemos que la ofensiva soviética de enero de 1945, sólo en el frente de Berlín, utilizó 6.250 tanques, 7.560 aviones y por lo menos 41.600 cañones.¹⁶ Gran parte del transporte alemán utilizaba caballos, y la falta de movilidad fue un impedimento cada vez más grave a medida que se desarrollaba la campaña. Los alemanes se encontraron librando una guerra de los años cuarenta con un arsenal de fines de los años treinta, y ni siquiera con suficientes armas de esta última época.

Los defectos fueron más acentuados en el aire, donde la Luftwaffe de Goering, que ya había revelado graves fallas durante la campaña de la batalla de Inglaterra, no suministró apoyo eficaz a las fuerzas terrestres en todo el frente ni bombardeó las fábricas de material bélico de Stalin. Goering demostró que era un jefe cada vez más pasivo e incompetente; tanto su principal oficial técnico como su jefe de Estado Mayor fueron llevados finalmente al suicidio cuando se descubrieron los errones garrafales que habían cometido.¹⁷ Pero la responsabilidad correspondió también a Hitler, que no suministró aviones en cantidad suficiente. También merece censura la política nazi de intendencia, que fue estatizante y burocrática, y se mostró completamente incapaz de producir un bombardero pesado satisfactorio. Resulta significativo que los mejores aviones de la segunda guerra mundial, por ejemplo el Mosquito británico y el Mustang norteamericano (P. 51), fueron productos de la iniciativa privada más que del personal aéreo oficial.¹⁸ Hitler permitió que la Luftwaffe se convirtiera en el servicio más totalitario y más dominado por el partido, y pagó caro su error.

Aportó su propia cuota de errores, que cobraron más magnitud a medida que se desarrolló la campaña. Barbarossa fue concebida con excesivo optimismo y sus éxitos iniciales aplastantes llevaron a Hitler a agravar el error con la idea de que la campaña estaba prácticamente terminada. Rusia tenía abrumadora superioridad de armas al principio de la guerra: siete a uno en tanques, cuatro o cinco a uno en aviones.¹⁹ Pero la negativa de Stalin a escuchar las advertencias acerca del ataque, su insistencia en que las unidades soviéticas se desplegasen sobre la frontera y defendiesen el terreno a toda costa, determinaron pérdidas abrumadoras. Antes de terminar el año, los alemanes habían tomado tres millones y medio de prisioneros, y habían matado o herido a otro millón.²⁰ La mayoría de estos grandes éxitos alemanes sobrevino durante el primer mes de la campaña. Alrededor del 14 de julio Hitler estaba convencido de que había ganado la guerra y ordenó que la producción bélica fuese desplazada del ejército a las fuerzas navales y aéreas.²¹ La producción de

15 Con respecto al “Marcks Plan”, véase Alfred Philippi, *Das Pripjetproblem: Eine Studie über die operative Bedeutung des Pripjetsgebietes für den Feldzug des Jahres 1941*, Frankfurt, 1956, pp. 69 y ss.

16 Fest, op. cit., pp. 962, 1091.

17 Matthew Cooper, *The German Air Force 199-1945: an Anatomy of Failure*, Londres, 1981.

18 Postan, op. cit.

19 Erickson, op. cit., p. 584.

20 Alexander Werth, *Russia at War 1941-1945*, Londres, 1964, p. 401; Seaton, op. cit., p. 271.

21 Hillgruber, op. cit., p. 90.

tanques descendió, de hecho, a un tercio de los 600 tanques mensuales programados inicialmente. Hitler abrigaba la esperanza de comenzar a retirar algunas divisiones de infantería a fines de agosto, y los blindados seguirían en septiembre, de modo que sólo cincuenta o sesenta divisiones mantendrían una línea Astracán-Arcángel y realizarían incursiones punitivas hasta más allá de los Urales. En ese momento comenzaría el avance hacia Medio Oriente y la India.

Esta evaluación era absurdamente optimista. Durante la segunda mitad de julio, Hitler decidió, por razones económicas, internarse en Ucrania. La ofensiva contra Moscú fue postergada dos meses. De hecho, no comenzó hasta el 2 de octubre, el mismo día que el general Guderian, el mejor comandante de tanques de Hitler, vio caer los primeros copos de nieve. Las lluvias intensas comenzaron cuatro días después. Siguieron las grandes heladas en la segunda semana de noviembre. La ofensiva comenzó a perder impulso. Los tanques alemanes llegaron hasta una distancia de unos treinta kilómetros del centro de Moscú por el norte y a unos cincuenta kilómetros por el oeste. La temperatura descendió paulatinamente, primero a 6 grados y después a 15 grados bajo cero. El informe del intendente de ejército Wagner, presentado el 27 de noviembre, fue resumido por el general Halder en una frase: “Hemos alcanzado el límite de nuestras fuerzas humanas y materiales”.²² Entonces, el 6 de diciembre, sin advertencia previa y con una fuerza considerable, los rusos contraatacaron.

A esta altura de las cosas era evidente el fracaso de Barbarossa. Se necesitaba una estrategia completamente nueva. La reacción de Hitler fue despedir a Brauchitsch y asumir personalmente el comando operativo. De inmediato impartió órdenes que prohibían las retiradas tácticas. Esta actitud se convirtió rápidamente en una política permanente e inhibió toda posibilidad de flexibilidad en la maniobra. Las batallas defensivas que inició entonces la *Wehrmacht* durante el peor período del invierno le costaron más de un millón de bajas, el 31,4 por ciento de la fuerza del ejército del Este. Esta fuerza nunca recobró su impulso. La era de la *Blitzkrieg* había terminado, dos años después de su comienzo. En la primavera se reanudó la ofensiva. El 21 de agosto los alemanes alcanzaron las cumbres del Cáucaso, aunque nunca llegaron a los campos petroleros, que se encuentran al sur. Dos días después entraron en Stalingrado, a orillas del Volga. Para entonces la capacidad ofensiva de Alemania, en el sentido más amplio de la palabra, estaba agotada. El futuro consistía totalmente en una dura guerra defensiva.

El paso del ataque a la defensa se caracterizó por la creciente interferencia de Hitler en los detalles de la campaña. Ahora impartía regularmente órdenes directas a los grupos del ejército, a los estados mayores de determinados sectores, incluso a los comandantes de división y de regimiento. Había furiosas disputas con los altos oficiales y muchos de ellos fueron exonerados; uno llegó a ser fusilado. Durante el invierno de 1941, según escribió Goebbels, Hitler “envejeció mucho”. “Su subestimación de las posibilidades del enemigo”, observó el general Halder, “que fue siempre su defecto, ahora está adquiriendo gradualmente formas grotescas”.²³ Despidió al comandante de un grupo de ejército y asumió personalmente el control detallado. Se negó a hablar con Jodl. Más tarde disputó con todos sus comandantes en jefe, todos sus jefes de Estado Mayor, once de los dieciocho mariscales de campo, veintiuno de un total de cuarenta generales, y casi todos los comandantes de los tres sectores del frente ruso.²⁴

Sin embargo, los errores personales de Hitler en la dirección de la campaña no fueron ni la única ni la razón principal de su fracaso en Rusia. La causa fue más profunda y tiene que ver con la concepción misma de la guerra, con las raíces de todo el plan político de Hitler. Al atacar a Rusia estaba tratando de hacer simultáneamente dos cosas muy distintas: obtener una victoria militar e iniciar un enorme plan de ingeniería social. Los dos propósitos eran mutuamente incompatibles. Por supuesto, no es desusado que una campaña militar vaya de la mano con un propósito político concomitante, que sea una “guerra de liberación”. En todo caso, eso habría tenido sentido en 1941. Stalin gobernaba exclusivamente mediante el terror. Su régimen era universalmente impopular en Rusia, y odiado y temido en Europa entera. Había muchos en Alemania, y aún más fuera del país,

²² Fest, op. cit., p. 972.

²³ Ibid., p. 978.

²⁴ Ibid., p. 996.

que deseaban atribuir el carácter de cruzada a una guerra contra el bolchevismo, librada en nombre de docenas de pueblos europeos oprimidos, desde el Ártico al Mar Negro, que habían sido saqueados y oprimidos por los rusos semiasiáticos. En Barbarossa participaron más de doce divisiones de Rumania, dos de Finlandia, tres de Hungría, tres de Eslovaquia, y luego se agregaron tres divisiones italianas y una española.²⁵ Muchos de estos soldados eran voluntarios. Además, había muchos rusos, dentro del país y en el exterior, que veían en el ataque de Hitler la oportunidad de recuperar su propia libertad y de destruir el régimen que había originado más de veinte años de miseria y costado más de 15 millones de vidas.

Hitler habría podido encabezar una cruzada semejante, pero se hubiera mostrado falso consigo mismo. Hitler no estaba consagrado al tema de la liberación. Al igual que Stalin, estaba consagrado al tema de la esclavitud. El accidente de la raza los convertía en antagonistas y enfrentaba uno contra el otro a sus respectivos regímenes. Pero en aspectos esenciales tenían cierta comunidad ideológica y perseguían utopías basadas en una división fundamental de la humanidad en elites y en sometidos. Los propósitos de Hitler en Rusia de ningún modo eran idealistas. Tenían un carácter estrecho e implacablemente adquisitivo. Trató de explicarlos, el 30 de marzo de 1941, ante una asamblea de 250 altos oficiales alemanes de los tres servicios.²⁶ Según dijo, la guerra contra Francia había sido una guerra “convencional”. Lo mismo podía decirse de la totalidad de la guerra contra Occidente. Tenía carácter militar y las normas de la guerra eran aplicables. Pero en el Este, las cosas eran muy distintas. Contra Rusia, Alemania libraría una guerra total. “Tenemos en las manos una guerra de aniquilamiento.” El propósito de la campaña debía ser el exterminio, la expansión y el asentamiento sobre bases coloniales. Al parecer, los generales no advirtieron la enormidad de lo que Hitler proponía.²⁷ Eso no lo sorprendió. Estaba preparado para afrontar tal actitud. Por eso había emprendido una gran ampliación de la SS, que ahora debía cumplir el verdadero propósito para el que la había creado. Hitler formó cuerpos de “especialistas”, cada uno formado por 3.000 hombres, a los que denominó *einsatzgruppen*, que marchaban detrás de las unidades del ejército regular, para comenzar el ejercicio más audaz de ingeniería social nunca antes concebido.

Así, la pobre, torturada y mal gobernada Europa Oriental, que ya durante una generación entera había soportado la impronta ideológica de Lenin y la versión brutalmente ampliada de sus peores aspectos a manos de Stalin, debía ser el teatro de otro experimento totalitario. El propósito militar de Barbarossa era incidental. El objetivo real consistió en exterminar al bolchevismo y su “área de contagio judío”, adquirir territorios para organizar asentamientos coloniales, esclavizar a las masas eslavas distribuidas en cuatro “comisariatos del Reich” (el Báltico, Ucrania, “Moscovia” y Cáucaso) y crear un sistema económico autárquico que sería inmune a todos los bloqueos que pudiesen derivar de la acción de las potencias anglosajonas.²⁸

El propósito final de Hitler era crear un *Volk* alemán de 250 millones de personas. Afirmó que se proponía instalar a 100 millones de alemanes en las grandes llanuras que se extienden al oeste de los Urales. En 1941 calculaba que durante las décadas siguientes, los primeros 20 millones de individuos se trasladarían al Este. Aunque visualizaba claramente el proceso de colonización, no tenía muy bien definido de dónde saldrían los colonos. Los individuos elegibles y dispuestos a asentarse, el *Volksdeutsche* de Europa Sudoriental, eran sólo 5 millones, quizás a lo sumo 8 millones. Su colega, Alfred Rosenberg, contemplaba la idea de “reclutar” colonos escandinavos, holandeses e ingleses, en vista de su proximidad racial a los alemanes, una vez concluida la guerra. Algunos aspectos de esta gran transferencia de población, que sería la más formidable y decisiva de la historia, habían sido determinados con meticuloso detalle. Se practicaría la poligamia y los veteranos condecorados podrían elegir libremente a las mujeres. Crimea, una vez “depurada” de eslavos y judíos, se convertiría en un gigantesco centro alemán de recreación, con su antiguo

25 *Ibid.*, p. 962.

26 Halder, *op. cit.*, II, pp. 335-338.

27 Hans-Adolf Jacobsen, “The *Kommissarbefehl* and Mass Executions of Soviet Russian Prisoners of War”, en Hans Buchheim *et al.*, *Anatomy of the SS State*, trad. Nueva York, 1968.

28 Hillgruber, *op. cit.*, pp. 86-87.

nombre griego de Tauria, y sería poblada mediante una transferencia masiva de campesinos del Tirol Meridional.²⁹ Se planeaba la creación de una nueva civilización *Volk* en vastas regiones de Ucrania y la Rusia europeomeridional. De acuerdo con la descripción de Hitler:

La región debe perder el carácter de la estepa asiática. ¡Es necesario europeizarla! [...] El “campesino del Reich” tiene que vivir en un ambiente de acentuada belleza. Los organismos y las autoridades alemanes dispondrán de edificios maravillosos y los gobernadores se instalarán en palacios. Alrededor de cada ciudad se levantará un anillo de bellas aldeas a una distancia de 30 o 40 kilómetros [...] Por eso ahora estamos construyendo las grandes arterias destinadas al tránsito en el extremo meridional de Crimea y en dirección a las montañas del Cáucaso. Alrededor de estas vías destinadas al tránsito, se dispondrán las ciudades alemanas como las perlas de un collar, y alrededor de las ciudades se extenderán los asientos alemanes. ¡Pues no crearemos este *Lebensraum* para nosotros mismos manteniendo las viejas guaridas rusas abandonadas de las manos de Dios! ¡Los asientos alemanes deben alcanzar un nivel absolutamente más elevado!³⁰

A medida que se amplió la visión de Hitler durante los agitados días de 1941, llegó a abarcar toda Europa. Bélgica, los Países Bajos, Luxemburgo, Francia entera al norte del Somme se incorporarían a una Gran Alemania. Cambiaría los nombres de las ciudades; Nancy se convertiría en Nanzig, Besançon en Bisanz. Trondheim llegaría a ser una importante ciudad alemana y una base naval de 250.000 habitantes. Los Alpes serían el límite entre “el Imperio Alemán del Norte”, con una nueva “Germania” como capital, y el “Imperio Romano del Sur”. El Papa sería ahorcado con su atuendo de ceremonias en la plaza de San Pedro. La catedral de Estrasburgo se convertiría en un gigantesco “monumento al soldado desconocido”. Se inventarían nuevas cosechas, por ejemplo el centeno perenne. Hitler estaba dispuesto a prohibir el consumo de tabaco, convertir el vegetarianismo en una práctica obligatoria, “revivir el arte del tejido de Cimbria”, designar un “comisionado especial para la atención de los perros” y un “subsecretario de defensa contra los piojos y los insectos”.³¹

La mayoría de estos proyectos “constructivos” tuvieron que esperar. Pero a partir del 22 de junio de 1941 pudo comenzar la tarea preliminar de destrucción. La “solución final” de los judíos estaba vinculada orgánicamente con el programa de asentamiento en Rusia. Examinaremos esta cuestión en el capítulo siguiente. Desde el punto de vista militar, en 1941 fue importante la decisión, cristalizada en órdenes que Heydrich impartió en mayo y que fueron confirmadas por un “decreto del fñhrer”, que eximían de castigo a los miembros de las fuerzas que aplicaban este programa y que debían clasificar a los funcionarios comunistas, así como a los judíos, los gitanos y los “asiáticos inferiores” como blancos del exterminio inmediato. La “orden del comisariado”, fechada el 6 de junio de 1941, insistía en que los funcionarios soviéticos “en principio deben ser eliminados inmediatamente a tiros”. Las “pautas” emitidas poco antes de iniciar la operación Barbarossa exigían “medidas implacables y enérgicas contra los agitadores bolcheviques, las guerrillas, los saboteadores y los judíos, así como la eliminación total de todas las formas de resistencia activa y pasiva.”³² En la práctica, los *einsatzgruppen* apresaron a todos los hombres educados y a los líderes sociales en las regiones ocupadas por los alemanes, y comenzaron a fusilarlos en elevado número. En 1941 se asesinó a unos 500.000 judíos de la Rusia europea y quizás a un número igual de rusos. Otto Ohlendorf, uno de los comandantes de los *gruppen*, reconoció en Nuremberg que por sí sola su unidad asesinó a 90.000 hombres, mujeres y niños en 1941. Hacia julio toda la nación rusa comenzó a percibir el hecho horroroso de que estaba afrontando lo que parecía ser una guerra de exterminio.

El resultado fue la salvación de Stalin y su régimen. Cuando Stalin al fin reaccionó en la medida

29 *Hitler's Table-Talk*, p. 426; Fest, op. cit., pp. 1017, 1021 y ss.

30 Adolf Hitler, *Monologue im Fñhrerhauptquartier 1941-1944*, Hamburgo, 1980, pp. 54, 90, 331.

31 Fest, op. cit., p. 1025.

32 Nuremberg Document NOKW 1692; impreso junto con otros documentos pertinentes en Jacobsen, op. cit.; Fest, op. cit., pp. 968-969.

suficiente para hablar al pueblo ruso, el 3 de julio, era evidente que podía convertir la contienda en la gran guerra patriótica. Comparó a Hitler con Napoleón. Exhortó a iniciar la guerra de guerrillas y a aplicar una amplia política de “tierra arrasada”. Este llamado produjo cierta reacción. Por primera vez desde 1918 se permitió la práctica de la religión. Éste fue, quizás, el principal factor individual en la recuperación de una identidad nacional. Se permitió a algunos prisioneros de los campos de concentración formar “batallones de castigo” que combatían en primera línea. En *Doctor Zhivago*, Boris Pasternak ofreció más tarde una conmovedora descripción del modo en que los prisioneros dieron la bienvenida a la guerra.³³ Stalin permitió, incluso, una pequeña proporción de democracia participativa y salió de su estudio abovedado en el Kremlin, donde trabajaba con la mascarilla mortuoria de Lenin a un costado, para dirigirse al soviets desde la seguridad del subterráneo de Moscú, el 6 de noviembre. Es característico que en esa ocasión mintiese. Afirmó que Rusia tenía “varias veces menos tanques que los alemanes; en realidad el Ejército Rojo había comenzado con 13.000 unidades.³⁴ Al día siguiente habló en la Plaza Roja, donde invocó a los santos y los guerreros de la Rusia imperial. “¡Que esas viriles imágenes de nuestros grandes antepasados — Alexander Nevsky, Dimitri Donskoy, Kuzma Minim, Dimitri Pozharsky, Alexander Suvorov y Mijail Kutozov— nos inspiren en esta guerra!”³⁵

De todos modos, el régimen estuvo a un paso de la destrucción en noviembre de 1941. La mayoría de los departamentos oficiales fue evacuada a Kuibyshev, a orillas del Volga. Se procedió a la quema general de los archivos que no podían ser transportados. Cuando se difundió la noticia, comenzaron los disturbios. La multitud irrumpió en las tiendas de alimentos. Los funcionarios del partido destruyeron sus tarjetas de identificación y se prepararon para pasar a la clandestinidad. Sólo la noticia de que el propio Stalin permanecía en Moscú impidió la disolución general.³⁶

Stalin permaneció en Moscú exactamente por la misma razón que indujo a Hitler a concentrar todo el poder en sus manos. No confiaba en los generales y deseaba ejercer el control personal del terror. Era el único modo de gobernar que él conocía. Aunque aprovechó todo lo posible el argumento del patriotismo, nunca alivió el peso del temor que imponía a todos. El ejército se mantenía unido por los lazos del miedo tanto como por los de la lealtad. La mano derecha de Stalin era su ex secretario, el coronel general L. Z. Mejlis, ahora jefe del Directorio Político Militar, que había practicado miles de ejecuciones durante las purgas. Stalin lo había enviado a Finlandia durante el desastre del invierno de 1939-1940 y allí Mejlis había exonerado, arrestado y fusilado a los comandantes que habían fracasado. De acuerdo con la ley militar leninista, era delito caer prisionero. Mejlis había organizado una sombría escena en marzo de 1949, cuando miles de prisioneros de guerra que regresaban fueron recibidos en Leningrado con un estandarte que decía “La patria saluda a sus héroes”, y despachados directamente a desvíos ferroviarios, donde los metieron en vagones para ganado y los enviaron a los campos.³⁷ En cumplimiento de las órdenes personales de Stalin, Mejlis y su ayudante, el comisario militar E. A. Shchadenko, continuaron arrestando, encarcelando y fusilando a oficiales seleccionados durante los años 1940 y 1941. El comandante de grupos de ejércitos del Oeste, D. G. Pavlov, fue asesinado por “traición”. Hubo otra gran tanda de fusilamientos en octubre de 1941 y nuevamente en julio de 1942, esta última para prevenir un golpe.³⁸ Los individuos menos importantes quedaron a cargo de una nueva y terrorífica Fuerza Policial de Campo, llamada *smersh*, que cooperó con los batallones apostados detrás del frente para impedir la retirada. Los parientes de los hombres que habían caído prisioneros podían sufrir largas condenas de cárcel.³⁹ Como por todas partes lo amenazaba la perspectiva de la muerte, el soldado ruso común no tenía más alternativa que combatir hasta el fin.

Los individuos acerca de cuya lealtad se abrigaba la más mínima sospecha, aunque fuese en

33 Boris Pasternak, *Doctor Zhivago*, trad. Londres, 1958, p. 453.

34 Seaton, op. cit., p. 91.

35 J. Stalin, *War Speeches and Orders of the Day*, Londres, 1945, p. 26.

36 Deutscher, *Stalin*, pp. 468-469.

37 Gustav Herling, *A World Apart*, Londres, 1951, p. 59.

38 Conquest, op. cit., pp. 486-490.

39 Albert Seaton, *The Russo-German War 1941-1945*, Londres, 1971, p. 90.

teoría, recibían el tratamiento que se dispensa a los animales. Los detenidos políticos que estaban en zonas expuestas al avance alemán eran masacrados.⁴⁰ Stalin abordó actividades de ingeniería social defensiva en una escala que sólo marginalmente era menos ambiciosa que los absurdos planes de Hitler. Los alemanes de la República Alemana Autónoma del Volga, que formaban un núcleo de 1.650.000 individuos, fueron despachados a Siberia. Los siguieron naciones enteras: los chechenos, los ingushes, los karachays, los baleares del Cáucaso septentrional, los calmucos del noroeste del Caspio, los tártaros de Crimea, etcétera. Algunos de estos crímenes genocidas fueron cometidos mucho después de que pasara el peligro representado por la invasión alemana. Los chechenos fueron trasladados el 23 de febrero de 1944, transportados en camiones norteamericanos suministrados de acuerdo con el Programa de Préstamo y Arriendo.⁴¹

La implacabilidad de Stalin, combinada con la locura de Hitler, aseguró la supervivencia soviética. Sin embargo, en su condición de generalísimos, los dos hombres se parecían extrañamente, tanto por su indiferencia total a las bajas, por calamitosas que fueran, como por su negativa a visitar los frentes (en ambos casos por razones de seguridad), y en su estilo de dirección personal de las campañas. A semejanza de Hitler, Stalin a veces dirigía personalmente los regimientos.⁴² El 30 de noviembre de 1941, Stalin recibió el informe de que había caído la ciudad de Dedovo-Dedovsk, a poco más de treinta kilómetros al oeste de Moscú. Ordenó a Zhukov y a otros dos comandantes militares, Rokossovsky y Govorov, que formasen una compañía de tiradores, que consiguieran dos tanques y retomasen personalmente la localidad. Pero Stalin agregaba una dimensión suplementaria de secreto de la que era incapaz incluso el suspicaz Hitler. Desde el momento en que recobró el dominio de sí mismo, a principios de julio de 1941, Stalin comenzó a acumular discretamente reservas militares secretas propias, la *stavka* mandada personalmente por él, y de cuya existencia misma no se informaba a los comandantes militares, por elevada que fuese su jerarquía.⁴³ El sistema leninista de control político del ejército, con sus cadenas duplicadas de mando, posibilitaba esta actitud. Por consiguiente, a lo largo de la guerra Stalin contó con su propio ejército privado, dirigido personalmente por él, para desencadenar ofensivas imprevistas y así recuperar el control de la batalla o para impresionar a sus generales, tal como hacía Hitler con la SS. Stalin recordaba la observación de Lenin: “La retaguardia inestable de Denikin, Kolchak, Wrangel y los agentes imperialistas predeterminó su derrota”. Stalin “estabilizó” su retaguardia con la *stavka*, las tropas partidarias y de la NKVD, y con una organización denominada *Tsentral'nyi Shtab*, que controlaba a las guerrillas y que él mandaba personalmente.⁴⁴

En esta lucha personal por la supervivencia, Stalin contó con la ayuda considerable y permanente de las democracias occidentales. Puede afirmarse que si la política de Hitler salvó al régimen, Churchill y Roosevelt salvaron personalmente a Stalin. Cuando Hitler atacó, hubo algunas cabezas frías que afirmaron que la ayuda occidental a Rusia debía ofrecerse sobre una base de un puro interés concreto y que debía ser sumamente selectiva y sin compromisos morales o políticos. De acuerdo con la nota que George Kennan presentó al Departamento de Estado, era necesario “excluir todo lo que pueda identificarnos, política o ideológicamente, con el esfuerzo bélico ruso”. Debía tratarse a Rusia como a un “compañero de ruta”, más que como a un asociado político.⁴⁵ Era una actitud razonable. Desde el punto de vista moral, Stalin no era mejor que Hitler. Y en ciertos aspectos resultaba peor. También se trataba de un consejo práctico, porque formaba un marco con arreglo al cual podían concertarse acuerdos y no sugería que se consultaría a Rusia acerca de la estructura del mundo de la posguerra.

Gran Bretaña no tenía ningún género de obligaciones con Rusia. Hasta el momento mismo de la invasión alemana, el régimen soviético había hecho todo lo posible para colaborar en el esfuerzo de

40 Hingley, op. cit., p. 318.

41 Robert Conquest, *The Nation-Killers: the Soviet Deportation of Nationalities*, Londres, 1970, pp. 65, 102; Hingley, op. cit., p. 348.

42 Deaton, *Stalin as Warlord*, pp. 131-133.

43 Ibid., p. 126.

44 Ibid., pp. 265-266.

45 Kennan, *Memoirs 1925-1950*, pp. 133-134.

guerra de Hitler y había cumplido escrupulosamente sus convenios de entrega de materias primas. Todavía a principios de julio de 1941, la RAF contemplaba la posibilidad de bombardear los yacimientos petrolíferos de Bakú, que aprovisionaban a la *Wehrmacht*.⁴⁶ Pero en ese momento Churchill estaba al borde de la desesperación acerca de las perspectivas a largo plazo de la guerra y de la probabilidad de una exitosa ofensiva alemana en Medio Oriente. Cuando Hitler, en cambio, se volvió contra Rusia, el alivio de Churchill fue tan intenso que reaccionó irracionalmente. Aquí vio la oportunidad de combinar el poder industrial anglosajón con el potencial humano ruso, para desangrar al ejército alemán. Fue exactamente el mismo impulso el que determinó su plan de Gallipoli en la Gran Guerra, una iniciativa cuyo éxito, según él creía, habría modificado el curso entero de la historia mundial. La tarde del día en que se desencadenó la invasión alemana, Churchill, sin consultar a su gabinete de guerra, comprometió a Gran Bretaña a mantener una asociación funcional plena con Rusia. Eden se mostró aún más entusiasta, debido a la influencia de su secretario Oliver Harvey, un intelectual prosoviético de Cambridge que consideraba al archipiélago Gulag el precio necesario por la modernización rusa.⁴⁷ A fin de lanzar la nueva alianza, Churchill eligió como emisario a su amigo lord Beaverbrook. Desechó los argumentos de los especialistas de la embajada británica, que compartían la opinión de Kennan y que deseaban una negociación sin concesiones, “canjeando suministros por información detallada acerca de la producción y los recursos rusos”. Beaverbrook determinó que la política fuera “aclarar sin la más mínima duda la intención británica y norteamericana de satisfacer las necesidades rusas hasta el límite de sus propias posibilidades y al margen de que los rusos diesen o no algo. Debía ser un auténtico regalo de Navidad”.⁴⁸

La ayuda fue suministrada de manera incondicional y pasó directamente a manos de la autocracia personal de Stalin. No se formularon preguntas acerca de lo que hacía con ella. Nunca se informó oficialmente de su existencia al pueblo soviético. De esta manera, Gran Bretaña y Estados Unidos suministraron los medios gracias a los cuales Stalin fortaleció su poder personal, y él les pagó con la moneda abundante de la vida de sus soldados. Churchill y Roosevelt se consideraron satisfechos con este arreglo. Entre los dones de Stalin se incluía la capacidad permanente para ofrecer la apariencia de un moderado. Esta actitud le fue útil durante el período de 1921 a 1929, cuando paso a paso avanzó hasta alcanzar una situación de solitario predominio. Durante ese lapso siempre fue moderado y lidió sucesivamente con los “extremistas” de ambas alas. También ahora adoptó la fisonomía del moderado. Churchill y Eden, Roosevelt y su enviado Averell Harriman, todos aceptaron la idea de que Stalin era un estadista del centro que, con bastante dificultad, frenaba a sus partidarios violentos y fanáticos. Stalin alimentaba esta fantasía con ocasionales y sombrías sugerencias. Por extraño que parezca, Hitler, que había usado antes la misma táctica, también fue engañado y lo mismo cabe decir de Mussolini.⁴⁹ De modo que Stalin y su autocracia fueron los únicos beneficiarios de la ayuda democrática.

Hasta qué punto la ayuda occidental fue básica para la supervivencia soviética es cosa que no podrá determinarse mientras los eruditos no tengan acceso a los archivos soviéticos y, por lo tanto, esa revelación tendrá que esperar. En condiciones cuidadosamente controladas, Stalin recibió información espectacularmente detallada acerca de las disposiciones y planes alemanes en el Frente Oriental, elementos obtenidos mediante el sistema de inteligencia Enigma Ultra.⁵⁰ Este aporte ejerció una importante influencia directa sobre la campaña desde 1942 en adelante y contribuyó a posibilitar las espectaculares victorias de Stalin en 1943 y 1944, resultados que contribuyeron a su prestigio. Pero en primera instancia tuvieron importancia más decisiva los suministros militares despachados rápidamente a Arcángel y Murmansk durante el primer otoño de la invasión, elementos que posibilitaron la ofensiva de Stalin el 6 de diciembre e inclinaron la balanza durante

46 R. J.M. Butler, *Grand Strategy*, Londres, 1957, II, pp. 543-544.

47 Carlton, op. cit., pp. 184-185. Los *Diaries* no censurados de Harvey se encuentran en la British Library, en Londres, Add. MS 56398.

48 A. J. P. Taylor, *Beaverbrook*, Londres, 1972, p. 487.

49 Churchill, *War Memoirs*, X, p. 210.

50 Véase F. H. Hinsley et al., *British Intelligence in the Second World War*, Londres, 1981, II.

ese primer y desesperado invierno. Esas armas incluían 200 modernos aviones de caza, destinados inicialmente a la base muy vulnerable de Gran Bretaña en Singapur, la que prácticamente no tenía cazas modernos. El desvío de esos aviones (más tanques) a Rusia selló la suerte de Singapur.⁵¹ Así, a causa de una de las grandes ironías de la historia, Churchill, el único imperialista británico importante, tal vez sacrificó un imperio liberal con el fin de preservar otro totalitario.

La iniciación de la contraofensiva soviética, el 6 de diciembre de 1941, señaló el punto en que Hitler perdió el control de la guerra. Había dominado la política mundial desde el día en que entró en Renania, en 1936, y siempre había mantenido la iniciativa exclusivamente en sus manos. Ahora, de pronto, era el servidor de los hechos más que su amo. Quizá como una forma de reconocimiento inconsciente de este hecho sombrío —o más bien para disimularlo— cinco días después adoptó una decisión cuyo insensato absurdo desafía la credulidad.

Uno de los principales misterios de toda la carrera de Hitler es su incapacidad para coordinar con los japoneses sus planes de guerra. Habían sido aliados desde el Pacto Anticomintern, el 25 de noviembre de 1936. En su carácter de potencias “desposeídas” que perseguían fines expansionistas tenían muchos rasgos en común, incluso una capacidad militar de tremenda vehemencia en el corto plazo, y debilidades logísticas casi insuperables de largo plazo; por ejemplo, ninguna tenía petróleo o acceso a él. Para alcanzar el éxito, cualquiera de ellas tenía que cooperar con la otra. Sin embargo, ninguna de las dos lo hizo. Hitler advirtió a Japón de su pacto con Stalin, en agosto de 1939, sólo dos días antes, y eso a pesar de que dicho acuerdo reducía a la nada los compromisos anticomunistas.⁵² Cuando en 1941 decidió modificar totalmente su política, esa actitud determinó que los japoneses representaran el papel de tontos. Sabía que la elite gobernante japonesa estaba dividida entre una estrategia “norteña” de ataque a Rusia y una estrategia “sureña” contra los viejos imperios. Japón firmó el Pacto del Eje el 27 de septiembre de 1940. Si Hitler avanzaba primero a través de Medio Oriente contra Gran Bretaña, en 1941, una estrategia japonesa “sureña” lo beneficiaba. Si atacaba primero a Rusia, como en definitiva decidió, le convenía persuadir a Japón de que se inclinase por un ataque en el norte. A principio de abril de 1941, Matsuoka Yosuke, ministro japonés de Relaciones Exteriores, que apoyaba firmemente al Eje, estuvo en Berlín. Hitler nada le dijo de su plan de atacar a Rusia. Matsuoka pasó de Berlín a Moscú y el 13 de abril firmó un pacto de neutralidad con Stalin; de ese modo allanó el camino para una estrategia “sureña”. Cuando ocho semanas después Hitler invadía Rusia, Matsuoka confesó ingenuamente a sus colegas: “Firmé un pacto de neutralidad porque pensé que Alemania y Rusia no irían a la guerra. Si hubiese sabido que irían a la guerra [...] no habría firmado el Pacto de Neutralidad”.⁵³ En adelante, Japón se orientó hacia una estrategia “sureña” y en octubre, Sorge, espía de Stalin, le informó que podía desplazar sin riesgo parte de sus veinte divisiones del Este al frente occidental, adonde llegaron a tiempo para participar en la contraofensiva de diciembre.

A pesar de esto, Hitler allanó el camino al ataque de Japón a Estados Unidos permitiendo que el 21 de noviembre Ribbentrop ofreciese a Japón la seguridad de que Alemania se le uniría en la guerra contra Estados Unidos, a pesar de que tal cosa no era una obligación emergente del Pacto del Eje.⁵⁴ Desde el punto de vista de Hitler, el sorpresivo ataque japonés a Gran Bretaña y Estados Unidos, a las 2 de la madrugada del 8 de diciembre, no podía ser más inoportuno, porque llegó precisamente dos días después de la siniestra noticia de la ofensiva de Stalin. De todos modos, el 11 de diciembre Hitler declaró la guerra a Estados Unidos. Ribbentrop convocó a Leland Morris, encargado norteamericano, lo mantuvo de pie, le espetó una arenga furiosa y finalmente gritó: “*Ihr Präsident hat diesen Krieg gewollt; jetzt hat er ihn!*” (Su presidente quiso esta guerra. Ahora la tiene), y salió bruscamente.⁵⁵

En realidad, es muy improbable que Roosevelt hubiera podido persuadir al Congreso de hacer la guerra a Alemania si Hitler no hubiese tomado la iniciativa, y menos aún hubiera logrado que se

51 Haggie, op. cit.; Neidpath, op. cit.

52 Nish, op. cit., p. 232.

53 Ibid., p. 242.

54 Ibid., p. 246; B. Martin, *Deutschland und Japan in 2. Weltkrieg*, Gottingen, 1969, cap. 1.

55 Kennan, *Memoirs 1925-1950*, p. 135.

otorgase prioridad a la derrota de los nazis. El 22 de junio de 1941, Hitler realizó una jugada de tremendo riesgo que no resultó bien y, después de esto, el mejor desenlace de la guerra al que podía aspirar era una situación de equilibrio. Pero el 11 de diciembre de 1941 adoptó una decisión que aseguró su derrota. La única ventaja de corto plazo que obtuvo fue la oportunidad de desencadenar una ofensiva de submarinos en el Atlántico antes de que Estados Unidos se organizara para afrontarla. Dijo Ribbentrop: “La razón principal [de la guerra] es que Estados Unidos ya está disparando sobre nuestras naves”.⁵⁶ Pero la incapacidad de Hitler para crear la flota de 100 submarinos oceánicos que sus almirantes habían reclamado en 1939 melló el filo de este golpe anticipado; en diciembre de 1941 tenía sólo sesenta y el resto no estuvo en condiciones hasta 1942, momento en que las contramedidas de los aliados imposibilitaban una victoria alemana en el Atlántico. En todos los demás aspectos de corto de largo plazo, la guerra con Estados Unidos era abrumadoramente desventajosa para Alemania. El gesto de Hitler no fue más que una fanfarronada. Dijo al Reichstag: “Siempre golpearemos primero. Siempre asestaremos el primer golpe”. Era un intento de convencer a los alemanes, al mundo, quizás incluso de convencerse a sí mismo de que él, el principal estadista del mundo, aún estaba en condiciones de determinar los hechos globales. Produjo el resultado contrario, señaló el fin de la hegemonía europea e inició la época de las superpotencias extraeuropeas.

La entrada de Japón en el conflicto también fue una actitud miope. Pero los antecedentes de este asunto eran más complicados. Contenía elementos de lo que podía denominarse histeria racional. Como expresó el embajador norteamericano Joseph Grew, “una psicología nacional de desesperación se convierte en la decisión de arriesgarlo todo”.⁵⁷ Los japoneses tenían inquieta conciencia de su escasa capacidad de resistencia en la guerra, un aspecto ilustrado por la guerra ruso-japonesa de 1904-1905, que comenzó con brillantes victorias japonesas pero se convirtió en guerra de desgaste, de la que Japón fue salvado en realidad por la intervención de las grandes potencias. La guerra con China, iniciada en 1937, se había convertido en una ilusión análoga. En 1940 Japón había ocupado todas las grandes ciudades chinas, se había apoderado del sector moderno de su economía y controlaba las principales comunicaciones ferroviarias, viales y fluviales. De todos modos, la guerra se había estancado; China era inconquistable y todos los dilemas económicos de Japón persistían; de hecho, se habían agravado a causa del esfuerzo de la contienda en China. No se trataba de que Japón se tragase a China, como los fanáticos militares habían pronosticado, sino de que China, con su gigantesca e informe impotencia, estaba tragándose a Japón. Los imperios casi indefensos de Francia, Gran Bretaña y Holanda en Asia Sudoriental e India, las Filipinas norteamericanas y la vastedad del Pacífico proponían tentaciones y peligros análogos. Este aspecto no pasó inadvertido ni siquiera para la limitada inteligencia del tenno Hirohito. Cuando el 5 de septiembre de 1941 los dos jefes del Estado Mayor, el general Sugiyama y el almirante Nagano, le dijeron que la “estrategia sureña” podía ejecutarse en una guerra de conquista relámpago de noventa días, replicó que Sugiyama había dicho lo mismo acerca de la guerra en China, que ya llevaba tres años y no había terminado. Sugiyama observó: “China es un continente. El ‘sur’ está formado principalmente por islas”. Pero el tenno replicó: “Si el interior de China es enorme, ¿el océano Pacífico no es todavía más grande? ¿Cómo pueden estar seguros de que la guerra terminará en tres meses?”.⁵⁸

No había respuesta para esta pregunta. Como dijo el almirante Nagano: “Si me ordenan combatir sin prestar atención a las consecuencias, realizaré enormes progresos en seis meses o un año. Pero no deposito la más mínima confianza en lo que suceda el segundo o el tercer año”.⁵⁹ El más capaz de los comandantes navales, el almirante Yamamoto, afirmó que Japón no podía abrigar la esperanza de ganar una guerra contra Gran Bretaña y Estados Unidos, por espectaculares que fueran sus victorias iniciales. El coronel Iwakuro, experto en logística, dijo durante una de las habituales

⁵⁶ Tolland, op. cit., p. 244.

⁵⁷ Ibid., p. 95.

⁵⁸ Nobutaka Ike, *Japan's Decision for War: records of the 1941 policy conferences*, Stanford, 1967, pp. 133 y ss.;

Mosley, op. cit., p. 215.

⁵⁹ Mosley, op. cit., p. 207 y n.

“conferencias de enlace” en las que se reunían los altos jefes militares y gubernamentales, que los diferenciales de la producción de Estados Unidos y Japón eran así: acero, veinte a uno; petróleo, cien a uno; carbón, diez a uno; aviones, cinco a uno; barcos, dos a uno; fuerza de trabajo, cinco a uno; total, diez a uno. Pero formular tales opiniones, incluso en el privilegiado secreto de la conferencia de enlace, implicaba arriesgarse a ser asesinado o trasladado. Contradecía el código relativista de “honor”, que era ahora el impulso dominante de la vida pública japonesa. Después que Yamamoto expresó su opinión, fue necesario asignarle un mando en la flota para ponerlo fuera del alcance de los asesinos. El coronel fue despachado prontamente a Camboya. El embajador Grew informó el 22 de octubre de 1940 que se dijo sin rodeos al emperador que sería asesinado si se oponía a la política belicista.⁶⁰

El resultado fue que asumieron el poder los temerarios, incluso los que padecían inestabilidad emocional, por ejemplo Matsuoka. Este hombre había sido el jefe de los ferrocarriles manchurianos y ocupaba un lugar destacado en la red militar-empresarial que había provocado la guerra en China y que lucraba con ella. En realidad representaba lo que más tarde se convertiría en el concepto en general mítico del “complejo militar-industrial”. Fue el hombre que aportó a la “estrategia sureña” una suerte de justificación racional política y económica, y que inventó la frase de “la gran esfera asiática oriental de coprosperidad”.⁶¹ Expresaba la esquizofrenia de Japón, la inestable incompatibilidad de lo nuevo y lo viejo, del Este y el Oeste, y combinaba el catolicismo y el sintoísmo, las refinadas técnicas empresarias y la barbarie total. Lo irritó mucho que, después de firmar el acuerdo con Rusia, Stalin, en una actitud característica, lo pasease por la sala mientras decía: “¡Aquí todos somos asiáticos [...] todos somos asiáticos!”. Hitler dijo a Mussolini, con mucha suspicacia, que Matsuoka, aunque cristiano, “hacía sacrificios a los dioses paganos” y combinaba “la hipocresía de un misionero norteamericano de la Biblia con la astucia de un japonés asiático”. Roosevelt, que gracias a la “operación magia” que descifró los códigos japoneses, leyó algunos de los mensajes de Matsuoka, los juzgó “el producto de una mente profundamente perturbada”. Los colegas de Matsuoka compartían esta opinión. Después de una conferencia de enlace, el ministro de Marina preguntó: “El ministro de Relaciones Exteriores está loco, ¿verdad?”.⁶²

Pero en la atmósfera de anarquía heroica que prevalecía en Japón, la locura pasaba casi inadvertida. Cuando se embarcó en la campaña de China, Japón se aisló moralmente del resto del mundo. La destrucción de Francia por Hitler inclinó la balanza a favor de la tentación. Como dijo el embajador británico sir Robert Craigie: “¿Cómo podía pretender Japón [...] que Hitler dividiese con ellos los despojos si no había participado activamente en la expoliación?”.⁶³ Éste fue el trasfondo del pacto tripartito con Alemania e Italia firmado por Matsuoka en septiembre de 1940. El modo en que se decidía la política japonesa impedía una discusión razonable. La democracia había sido destruida en 1938. Los partidos fueron abolidos en 1940 y los reemplazó la Asociación de Ayuda al Gobierno Imperial.⁶⁴ El gabinete ya no intervino en cuestiones importantes. En teoría se adoptaban las decisiones en las conferencias de enlace, a las que asistían el termo, el primer ministro y el secretario de Relaciones Exteriores, los dos ministros de los Servicios (a veces también los jefes de Estado Mayor) y dos ministros de la corte. Pero las fuerzas armadas no confiaban en los políticos —cada una tenía su propia red diplomática a través de los agregados— ni cada una en las restantes.

Tojo, ministro de Guerra desde 1940, ocultaba sus planes a la marina, pues la consideraba indigna de confianza y, además, cobarde. Trataba de salirse con la suya y mantenerse informado acumulando cargos. De esta manera se convirtió en ministro del Interior, ministro de Relaciones Exteriores en julio de 1941 (cuando Matsuoka fue exonerado, como consecuencia de la invasión nazi a Rusia) y finalmente primer ministro, el 18 de octubre. Incluso así, no supo nada del plan de la marina con respecto a Pearl Harbor hasta ocho días antes de su aplicación. En la práctica, era

60 Tolland, op. cit., pp. 94, 148; Mosley, op. cit., p. 200 n.

61 Barbara Teters, “Matsuoka Yusuke: the diplomacy of bluff and gesture”, en R. B. Burns y E. M. Bennett, eds., *Diplomats in Crisis: United States, Chinese, Japanese Relations 1919-1941*, Oxford, 1974.

62 Tolland, op. cit., pp. 75 n, 77.

63 Robert Craigie, *Behind the Japanese Mask*, Londres, 1945. 64 Nish, op. cit., p. 235.

64 Nish, op. cit., p. 235.

imposible que un hombre ejerciera un control eficaz sin adoptar una actitud arrogante que provocaba de inmediato el asesinato. Es significativo que Tojo, el belicoso promotor de la “estrategia sureña” —se lo apodaba “Navaja”— adoptase una postura mucho menos agresiva cuando ocupó el cargo de primer ministro y que criticase el plan de Pearl Harbor, cuando lo conoció, como un paso “completamente intolerable, que contrariaba el procedimiento aceptado [...] y dañaba el honor y el prestigio nacional”.⁶⁵ De todos modos, se ejecutó el plan y estalló la guerra.

Las conferencias de enlace inhibían la sinceridad. El dios emperador se sentaba entre dos incensarios, sobre un estrado, frente a un biombo dorado, y los simples mortales se instalaban frente a dos mesas cubiertas de brocado, en ángulo recto con el soberano.⁶⁶ Había que usar un lenguaje especial, cortesano y arcaico. El tenno podía manifestar su aprobación golpeando su sello de oro. Normalmente no hablaba o, si hablaba, contravenía el protocolo anotar sus palabras, de manera que no se conservan registros. Cierta vez (el 6 de septiembre de 1941) formuló una advertencia mediante la lectura de un poema alusivo escrito por su abuelo. No se le permitía formular preguntas o expresar opiniones; lo hacía en su lugar el presidente del consejo, sobre la base de lo que, según creía, el tenno se proponía decir.⁶⁷ A menudo las decisiones reales, cuando las había, eran adoptadas en acuerdos bilaterales a los que se llegaba en conversaciones murmuradas, o cada uno sencillamente seguía adelante y hacía lo que le parecía mejor.

La conferencia del 19 de septiembre de 1940, en la que se aprobó la alianza con los nazis, reveló los peores rasgos del sistema. Después, Hirohito la denominó “el momento de la verdad” y afirmó que su propia incapacidad para faltar al protocolo y manifestar sus objeciones era “un crimen moral”. El inestable Matsuoka adoptó este punto de vista incluso antes de Pearl Harbor; fue a ver al tenno para “confesar mi peor error”, advirtió acerca de una “calamidad” y rompió a llorar.⁶⁸ Todos consideraban intolerable el sistema y éste originaba el impulso de evadirse desarrollando una actividad furiosa, un estilo siempre atractivo para los impacientes japoneses. Dominado por la frustración, Tojo recorría a caballo los mercados de Tokio y, en respuesta a las quejas de los pescadores porque no tenían combustible para sus barcos, les gritaba: “¡Trabajen más! ¡Trabajen más!”. Dijo a un colega: “¡Hay momentos en que debemos tener el valor de hacer cosas extraordinarias, como saltar con los ojos cerrados del balcón del templo Kiyomizu!”.⁶⁹

El salto con los ojos vendados desde lo alto de un templo resulta en verdad una imagen adecuada de la decisión japonesa de declarar la guerra. Los registros de las conferencias políticas revelan cuatro cosas: que todos los líderes japoneses creían que su país debía tener acceso al Asia Sudoriental y a sus materias primas para sobrevivir; que Gran Bretaña y Estados Unidos estaban arrinconando a Japón; que había una inclinación general a correr riesgos, de manera que la simple disuasión no era eficaz, y que se manifestaba también, en concordancia con lo anterior, la renuencia a analizar las consecuencias del fracaso. Cuando

Alemania derrotó a Francia, los japoneses reclamaron y consiguieron aeródromos en Indochina; esa actitud provocó las primeras sanciones económicas norteamericanas. En esta etapa sólo el ejército quería la guerra. En 1941 fue ocupada Indochina, y el 28 de julio Estados Unidos aplicó sanciones totales, incluso por referencia al petróleo. En la práctica, ese paso determinó la culminación del conflicto. Desde ese momento Japón comenzó a reducir sus existencias de petróleo en la proporción de 28.000 toneladas diarias y la única posibilidad de reabastecerse era apoderarse de las Indias Orientales holandesas. La marina insistía en que era necesario un arreglo negociado o la guerra. Como dijo Nagano: “La marina está consumiendo cuatrocientas toneladas de petróleo por hora [...] Hay que resolver el asunto de un modo o de otro [...] y rápidamente”.⁷⁰

¿Estados Unidos habría podido aplicar una eficaz política de “apaciguamiento” con Japón? ¿Lo deseaba? Los jefes de las fuerzas armadas, el general Marshall y el almirante Stark, sin duda lo

⁶⁵ Tolland, op. cit., p. 179 y n.

⁶⁶ R. J. C. Butow, *Tojo and the Coming of War*, Princeton, 1961, p. 172.

⁶⁷ Ike, op. cit., p. 151, n 36; Mosley, op. cit., pp. 216-220.

⁶⁸ Mosley, op. cit., p. 200.

⁶⁹ Tolland, op. cit. p. 112.

⁷⁰ Ike, op. cit., p. 188.

deseaban, pues creían que la destrucción del poderío alemán debía tener prioridad y querían tener tiempo para fortalecer las defensas de las Filipinas y Malasia. A diferencia de lo que sucedía del lado japonés, donde los militares empujaban a la guerra a los civiles, los norteamericanos intentaron contener al gobierno de Roosevelt!⁷¹ Éste era apasionadamente prochino. Hubiera podido decirse que era miembro fundador del “*lobby* de China”, que en 1940 ya desarrollaba actividades muy llamativas y que incluía entre sus secuaces a Harry Hopkins y Henry Morgenthau. Había creído durante mucho tiempo en la existencia de un centenario “plan de conquista” secreto (en realidad mítico) que los japoneses habrían redactado en 1889.⁷² En contraste con su renuencia a intervenir en el teatro europeo, Roosevelt siempre se había mostrado agresivo en Asia y en una fecha tan temprana como diciembre de 1937 había propuesto a Gran Bretaña el bloqueo total de Japón. Como bien sabía Roosevelt, la hostilidad a Japón siempre era popular en Estados Unidos. Consideraba que la guerra con este país resultaba inevitable y, a diferencia de los altos jefes militares, creía ventajoso apresurarla. Siempre tuvo una actitud prosoviética y su belicosidad se acentuó bruscamente cuando Rusia entró en la guerra. Su estrecho colaborador, el secretario de Interior Harold Ickes, le escribió al día siguiente de la invasión a Rusia:

El embargo del petróleo a Japón sería el gesto más popular en todo el país que usted podría realizar y del que podría derivar una situación tal que sería no sólo posible sino fácil entrareficazmente en la guerra. Si entramos indirectamente en el conflicto, evitaríamos la crítica de que lo hacemos como aliados de Rusia comunista.⁷³

Las interceptaciones del sistema “magia” confirmaron a Roosevelt en su actitud belicista, porque demostraban claramente que, en las prolongadas negociaciones que siguieron al embargo del petróleo y que duraron hasta el mismo ataque japonés, Japón practicaba sistemáticamente el engaño, al mismo tiempo que planeaba la agresión. Pero las interceptaciones no relataban la historia completa. Si Roosevelt y Cordell Hull hubieran contado con las transcripciones de las conferencias de enlace, habrían percibido la confusión y las dolorosas dudas que subyacían en la política japonesa. En la conferencia de enlace del 1 de noviembre, que adoptó la decisión definitiva de ir a la guerra (al mismo tiempo que se continuaban las negociaciones), el nivel del debate estratégico no fue elevado:

Ministro de Finanzas Kaya: Si continuamos como hasta ahora sin hacer la guerra, y dentro de tres años la flota norteamericana viene a atacarnos, ¿la marina podrá o no vencer?

Nagano, jefe del Estado Mayor naval: Nadie lo sabe.

Kaya: ¿La flota norteamericana nos atacará? ¿O no?

Nagano: No lo sé.

Kaya: No creo que lo hagan.

Nagano: Podemos evitar la guerra ahora y hacerla dentro de tres años. O podemos declarar la guerra ahora y planear en vista de la situación que prevalecerá dentro de tres años. Creo que sería más fácil hacer la guerra ahora.⁷⁴

La marina y el ejército tenían una visión muy clara de lo que se proponían hacer en las etapas iniciales de la guerra, que duraría de tres a seis meses. En relación con el período ulterior, los planes y los medios necesarios para ejecutarlos eran cada vez más imprecisos. La marina y el ejército, cada uno por su lado, calculaban sus necesidades, por ejemplo de acero, pero cada cálculo tenía sentido únicamente si se reducía el consumo de la otra arma hasta el extremo de que sostener la guerra era

⁷¹ Tolland, op. cit., p. 133.

⁷² *Ibid.*, pp. 47, 68n.

⁷³ *Ibid.*, p. 82.

⁷⁴ Ike, op. cit., p. 201.

imposible.⁷⁵ Una vez terminadas las operaciones iniciales se manifestó la intención teórica de avanzar sobre la India y Australia. Pero no se trazaron planes para invadir Estados Unidos, eliminarlo de la guerra o destruir su capacidad para continuar la lucha. En resumen, no existió un plan estratégico general. En cambio, prevalecía el supuesto optimista de que en determinada etapa, Estados Unidos (y Gran Bretaña) negociarían una paz de compromiso.

Incluso en el nivel táctico había un enorme hueco en el plan bélico japonés. La marina había descuidado casi por completo la guerra submarina, tanto defensiva como ofensiva. La “estrategia sureña” del ejército implicaba distribuir los recursos en la ocupación de miles de islas que salpicaban millones de kilómetros cuadrados de océano, y todas tendrían que ser abastecidas por mar. El menosprecio del submarino determinó que la marina no contase con medios para garantizar tales suministros o, a la inversa, para impedir que los aliados transportaran sus propios abastecimientos. La segunda de estas omisiones significó que, a la larga, Japón no pudiese impedir que Estados Unidos elaborase una estrategia para ganar la guerra. En vista de la enorme preponderancia industrial de Estados Unidos, no había un incentivo real que moviese a este país a buscar una paz de compromiso, por espectaculares que fuesen los éxitos iniciales de Japón. En resumen, examinada desde el ángulo de la lógica, la decisión japonesa de ir a la guerra carecía de sentido. Era el *hara-kiri*.

Más aún, las circunstancias del ataque japonés parecían concebidas con el fin de provocar la intransigencia norteamericana. En sus propios cálculos, desde 1937 en adelante, Roosevelt y sus consejeros siempre habían supuesto que la furia del ataque japonés caería sobre las posesiones británicas y holandesas. Sin duda, quizá también las Filipinas corrían peligro. Pero al parecer nunca se tuvo en cuenta la idea de un ataque a Pearl Harbor. El embajador Grew había informado el 27 de enero de 1941: “Se habla mucho de la posibilidad de que los japoneses, en el caso de una ruptura con Estados Unidos, se propongan descargar todas sus fuerzas en un ataque sorpresivo a Pearl Harbor”. Nadie le prestó atención.⁷⁶ Sin embargo, la idea había circulado a partir de 1921, cuando Hector Bywater, corresponsal naval del *Daily Telegraph*, escribió “Poder marítimo en el Pacífico”, que después se convirtió en una novela, *La gran guerra del Pacífico* (1925). La marina japonesa ordenó traducir la novela y la incluyó en el programa de su Colegio de Guerra.⁷⁷ La idea se mantuvo latente hasta que Yamamoto se sintió tan impresionado por los progresos del entrenamiento de los aviadores adscriptos a los portaaviones que llegó a la conclusión de que el plan era viable. Mientras tanto, el concepto de una serie de desembarcos militares en los trópicos había sido desarrollado por un fanático oficial de Estado Mayor, el coronel Masanobu Tsuji, un hombre tan impregnado de *shinto* que había tratado de volar con dinamita a un primer ministro y que, en realidad impulsado por una santa indignación moral, había incendiado un burdel repleto de oficiales. Sus ideas acerca de la invasión de Malasia, las Filipinas, las Indias Orientales holandesas y otros objetivos exigían la eliminación de la flota norteamericana del Pacífico durante el período de los desembarcos. A su vez, esto confería una especie de virtud estratégica al proyecto de Pearl Harbor: la flota norteamericana sería destruida en sus apostaderos y, mientras se la reconstruía, Japón se apoderaría de toda el Asia sudoriental. El plan mismo de ataque a Pearl Harbor, que implicaba desplazar una enorme fuerza de portaaviones a miles de kilómetros de distancia, y hacerlo sin que fuera descubierta, fue el más complejo y audaz plan de su género en la historia, e incluyó la creación de una red especial de inteligencia, la creación de nuevas formas de reabastecimiento en el mar, el diseño de granadas perforadoras y torpedos nuevos, y programas de entrenamiento de una intensidad y una complejidad desconocidos hasta entonces. La última conferencia naval de planeamiento, celebrada en el Colegio Naval próximo a Tokio el 2 de septiembre de 1941, fue hasta cierto punto un prodigio en los anales de la guerra naval, pues incluyó ataques y desembarcos en una extensión de varios millones de kilómetros cuadrados, con referencia a toda la fase ofensiva de la guerra que Japón se proponía desencadenar.

Sin embargo, todo este ingenio de nada sirvió. La guerra del Lejano Oriente comenzó a la 1.15

⁷⁵ *Ibid.*, pp. 189-192.

⁷⁶ Mosley, *op. cit.*, p. 205n.

⁷⁷ Tolland, *op. cit.*, p. 150 n.

de la madrugada del 7 de diciembre, con un bombardeo desde el mar al área de desembarco de Malasia, y el ataque a Pearl Harbor siguió dos horas después. Este ataque alcanzó una sorpresa táctica total. Con excepción de veintinueve aviones, todos los aparatos regresaron a sus portaaviones y la flota se retiró sin bajas. Pero los resultados, aunque parecieron entonces espectaculares, resultaron magros. Fueron hundidos o gravemente dañados alrededor de dieciocho barcos, pero la mayoría en aguas poco profundas. Se los reflató y reparó, y casi todos retornaron al servicio activo a tiempo para intervenir en las operaciones importantes; las pérdidas de hombres entrenados fueron relativamente reducidas. Quiso la suerte que los portaaviones norteamericanos hubiesen salido al mar cuando sobrevino el ataque; el almirante Nagumo, comandante de la fuerza japonesa, tenía muy poco combustible para perseguirlos y hundirlos, de modo que pudieron evitar totalmente su destrucción. Los bombarderos de Nagumo no lograron destruir los tanques de almacenamiento de combustible o los apostaderos de los submarinos, de manera que los portaaviones y los submarinos —ahora las armas fundamentales de la guerra naval—pudieron reabastecerse y operar inmediatamente.

Todo esto representó un magro beneficio militar por el riesgo político de atacar a una nación enorme e intensamente moralista como

Estados Unidos antes de presentar una declaración formal de guerra. Quizás ésta no fue la intención japonesa (todavía se discute el punto), pues sus disposiciones eran una mezcla característica de sobrecogedora eficiencia e inexplicable desorden, pero produjo el efecto. El secretario de Estado, Hull, estaba perfectamente al tanto del ataque a Pearl Harbor y del ultimátum a la hora en que los dos enviados japoneses le entregaron su mensaje, a las 14.20, y había ensayado su pequeño veredicto histórico (era un juez de Tennessee): “En mis cincuenta años de servicio público nunca he visto un documento que estuviese tan saturado de infames falsedades y deformaciones en tan enorme escala, que hasta el día de hoy nunca había imaginado que un gobierno de este planeta pudiese formularlas”. Dijo después a los diplomáticos que se alejaban: “¡Canallas y bellacos!”.⁷⁸ De esta forma, Estados Unidos, que hasta ese momento era ineficaz a causa de su lejanía, su diversidad racial y su liderato pusilánime, se encontró instantáneamente unido, irritado y comprometido en una guerra total con toda su fuerza ultrajada. La temeraria declaración de Hitler a la semana siguiente atrajo sobre su propia nación una medida cabal de esta enorme furia.

En la conferencia de enlace del 5 de noviembre de 1941, el general Sugiyama, jefe del Estado Mayor del ejército, había dicho, refiriéndose a la amplia serie de operaciones defensivas que Japón se proponía desencadenar: “Se necesitarán cincuenta días para terminar las operaciones en las Filipinas, cien días en Malasia y cincuenta días en las Indias Orientales holandesas [...] la totalidad de las operaciones concluirá cinco meses después de la iniciación de la guerra... estaremos en condiciones de librar una guerra prolongada si logramos controlar bases militares tan importantes como Hong Kong, Manila y Singapur, y áreas importantes de las Indias Orientales holandesas”.⁷⁹ Arroja bastante luz sobre la esencial invalidez de la totalidad del plan bélico japonés el hecho de que, sin excepción, se alcanzaron estas metas notablemente ambiciosas y, sin embargo, el resultado neto gravitó poco sobre la capacidad de Japón para ganar la guerra o incluso para imponer un equilibrio. Resulta significativo que en esa conferencia no se exhibieron mapas de la India y Australia, los objetivos finales; nada se hizo para entrenar técnicos que posibilitaran explotar con eficacia los yacimientos petrolíferos de Sumatra.

Singapur se rindió el 15 de febrero de 1942; las Indias Orientales holandesas, el 8 de marzo; las Filipinas, el 9 de abril; Corregidor, el 6 de mayo, y una semana antes los japoneses habían ocupado Mandalav, en Alta Birmania. El costo neto en material de estas asombrosas victorias fue de 100 aviones, unos pocos destructores y apenas 25.000 toneladas de la valiosa flota mercante japonesa. Pero un grado considerable de suerte acompañó al éxito. La destrucción del *Príncipe de Gales* y el *Repulsa* por ataques aéreos, el 10 de diciembre de 1941 —los barcos se hundieron en aguas profundas con casi toda su tripulación formada por hombres experimentados— fue una victoria

⁷⁸ *Ibid.*, pp. 225, 235 y ss.

⁷⁹ Ike, op. cit., p. 233.

naval más grande que Pearl Harbor, entre otras cosas porque desmoralizó a la guarnición de Singapur-Malasia. La gran fortaleza, cuyas fallas eran un monumento a las economías realizadas entre las dos guerras en el área de la defensa, así como a los retrasos y la confusión de los deseos con las realidades, habría sobrevivido si el general Percival, comandante británico, y el general Gordon Bennett, jefe de los australianos, hubiesen demostrado más combatividad. El general Tomoyuki Yamashita, que mandaba la fuerza atacante japonesa, reconoció después de la guerra que su estrategia había sido “un *bluff*, un *bluff* que dio resultado”. Estaba tan escaso de agua, combustible y municiones como Percival, que justificó su capitulación precisamente con estos argumentos. Ninguno de los cañones japoneses contaba ya con más de cien proyectiles. Los japoneses creían que si la guarnición resistía una semana más, la campaña fracasaría. Churchill había indicado claramente al mariscal de campo Wavell, comandante del área, que “debe defenderse la isla entera hasta que cada unidad particular y cada baluarte hayan sido destruidos por separado. Finalmente, la ciudad de Singapur debe convertirse en una ciudadela y se la defenderá hasta la muerte”. Pero Wavell, que era un melancólico derrotista, no impuso estas resoluciones al apático Percival.⁸⁰ La rendición de la fuerza principal en Filipinas fue también un acto pusilánime, ejecutado en contradicción con las órdenes del comandante en jefe. Lo ajustado de las victorias japonesas demostró que, incluso en esta etapa temprana, los atacantes estaban llegando a los límites de sus recursos físicos.

El concepto de una estrategia nazi-japonesa global desapareció a principios del verano. El 18 de enero de 1942 los alemanes y los japoneses habían firmado un acuerdo militar, en virtud del cual los 70 grados de longitud definían las respectivas esferas de operaciones. Se habló imprecisamente de unir fuerzas en la India,⁸¹ pero las fuerzas de Hitler no llegaron a territorio asiático hasta fines de julio. En ese momento los japoneses, contenidos a las puertas de la India, se habían desplazado en dirección contraria, y operaban en las Islas Aleutianas, rumbo a Alaska, a principios de junio; fue el límite más avanzado de sus conquistas. Ya habían sufrido dos derrotas calamitosas. Los días 7 y 8 de mayo, una fuerza japonesa de invasión que se dirigía a Port Moresby, en Nueva Guinea, fue atacada en el Mar de Coral por una fuerza aérea norteamericana y sufrió daños tan graves que se vio obligada a retornar a su base; fue la primera derrota importante después de cinco meses de triunfos ininterrumpidos. El 3 de junio otra fuerza de invasión que se dirigía a la isla Midway fue aventajada y derrotada, perdió cuatro de sus portaaviones y lo mejor de la fuerza aérea naval japonesa. El hecho de que se viese obligada a regresar a aguas japonesas indicó que Japón había perdido realmente el control aéreo y naval del Pacífico.⁸² Seis meses después de comenzada la guerra, Yamamoto se sintió obligado a reconfortar a su Estado Mayor. “La flota combinada aún tiene ocho portaaviones. No debemos perder el ánimo. En el combate como en el ajedrez sólo los tontos se dejan llevar a movimientos temerarios impulsados por la desesperación”.⁸³ Pero la guerra misma y la insistencia de Hitler en sumarse a ella eran movimientos desesperados. El año precedente parecía que Hitler controlaba el tablero europeo, como Japón controlaba el de Asia oriental. Cuando se unieron en la depredación global común, rápidamente se vieron reducidos a la condición de potencias de mediana magnitud, que se agitaban desesperadas ante la fuerza cada vez más abrumadora de la magnitud económica y demográfica. El desequilibrio se manifestó realmente a fines de 1941. El 3 de enero de 1942 Hitler reconoció, ante el embajador japonés, el general Hiroshi Oshima, que aún no sabía “cómo podía derrotarse a Estados Unidos”.⁸⁴ De modo que eran dos los que estaban en la misma situación: los japoneses tampoco lo sabían. En 1945 el general Jodl afirmó que “a partir de principios de 1942” Hitler supo que “la victoria ya no era posible”.⁸⁵ Lo que él no percibió entonces, pero llegó a ser dolorosamente claro a lo largo de 1942, fue que la enorme coalición que había logrado crear contra él mismo y sus dos aliados poseía una superioridad

⁸⁰ Tolland, op. cit., pp. 273-275.

⁸¹ Martin, *Deutschland und Japan*, cap. 1.

⁸² Véase Masatake Okumiya, *Midway: the Battle that Doomed Japan*, Annapolis, 1955.

⁸³ Tolland, op. cit., p. 339.

⁸⁴ Hans-Adolf Jacobsen, 1939-1945: *Der Zweite Weltkrieg in Chronik und Dokumenten*, Darmstadt, 1961, p. 290.

⁸⁵ Hillgruber, op. cit., p. 96.

decisiva no sólo en hombres y material sino en tecnología. El verdadero significado de la batalla de Midway, por ejemplo, consistió en que fue ganada principalmente por el éxito que alcanzaron los aliados para descifrar los códigos. Cuando desencadenaron la guerra, los alemanes y los japoneses lanzaron al mundo por la vertiente de una nueva era, en un proceso que ni ellos ni nadie podía controlar, un proceso colmado de maravillas y de horrores inefables.

12 SUPERPODER Y GENOCIDIO

A principios de abril de 1943 los norteamericanos decidieron matar al almirante Yamamoto, el espíritu rector de la marina japonesa. Consideraban que la abrumadora superioridad moral de su causa les otorgaba el derecho de proceder así. Según se vio después, Yamamoto nunca había creído que Japón podía ganar la guerra sin la intervención milagrosa de Dios. Poco antes de Pearl Harbor, dijo a su jefe de Estado Mayor: “La única cuestión que queda sin resolver es la bendición del cielo. Si tenemos la bendición del cielo no habrá dudas acerca del éxito”. Todos los líderes de la guerra se habían convertido en objetivos de asesinato. Por eso Hitler y Stalin nunca salían de sus lugares de trabajo. Churchill asumía más riesgos que otros. Después de la Conferencia Arcadia de Washington, en diciembre de 1941, regresó en un hidroavión Boeing sin escolta y casi fue derribado, primero por las defensas alemanas de Brest y después por los Hurricanes británicos de intercepción. “Cometí una temeridad”, reconoció Churchill. El mismo mes en que los norteamericanos planearon el asesinato de Yamamoto, los alemanes destruyeron un avión británico que venía de Lisboa, en la creencia de que Churchill estaba a bordo; en realidad, mataron al actor cinematográfico Leslie Howard.¹ La diferencia era que, del lado de los aliados, la moral estaba reforzada por la superioridad técnica. Los alemanes nada sabían de los vuelos de Churchill y en cambio los movimientos de Yamamoto eran estudiados previamente por los descifradores de códigos norteamericanos.

Éstos habían descifrado el código diplomático de Japón en 1940. Pero Kazuki Kamejama, jefe de la Sección Cables de Japón, afirmaba que semejante hazaña era “humanamente imposible” y Japón continuó subestimando la capacidad técnica de los aliados para descifrar códigos.² Cuando Yamamoto comenzó su gira de inspección de las defensas de la isla Salomón el 13 de abril de 1943, su plan de vuelo fue transmitido por radio; la oficina de comunicaciones afirmó: “El código comenzó a ser aplicado el 1 de abril y no es posible descifrarlo”. En realidad, los norteamericanos lo habían hecho al alba de la mañana siguiente. El derribamiento del avión de Yamamoto fue aprobado personalmente por Roosevelt. Después de ejecutada la acción, se envió una señal al almirante Halsey, comandante del aire: “Allá va la comadreja”. Halsey se mostró afligido: “¿Qué tiene de bueno esto? Yo había abrigado la esperanza de obligar a ese canalla a caminar encadenado por la avenida Pennsylvania”.³

La habilidad con que Gran Bretaña y Estados Unidos utilizaron la tecnología de avanzada para dilucidar los problemas de la guerra global fue una de las razones principales por las que los alemanes y los japoneses, a pesar de su coraje y energía, libraron una lucha inarmónica a partir de 1942. Como los guerreros de la Edad de Bronce en presencia de un poder de la Edad de Hierro, parecían cada vez más sobrevivientes de una época algo anterior. Los británicos habían sido los principales descifradores de códigos durante medio siglo. La “sala 40”, en el antiguo edificio del Almirantazgo de Whitehall, ya a principios de 1917 había descifrado un telegrama de Arthur Zimmerman, ministro alemán de Relaciones Exteriores, al presidente mexicano, con la propuesta de una reconquista mexicana de Texas con la ayuda alemana. Difundido brillantemente, este golpe había contribuido a complicar a Estados Unidos en la guerra.⁴ La inteligencia británica, que estuvo permanentemente en la historia desde el siglo XVI, fue un aspecto de la defensa que no se vio descuidado entre las guerras. Los alemanes también se mostraron activos en ese campo, dentro de

1 George Bruce, *Second Front Now: the Road to D-Day*, Londres, 1979; Ian Colvin, *Flight 777*, Londres, 1957, con relación a Leslie Howard.

2 Tolland, op. cit., pp. 75-76 y n.

3 Ibid., pp. 441-444; Burke Davis, *Get Yamamoto*, Nueva York, 1969.

4 Barbara Tuchman, *The Zimmerman Telegram*, Nueva York, 1958.

ciertos límites. Interceptaron y descifraron el circuito telefónico transatlántico entre Gran Bretaña y Estados Unidos, y a veces oían las conversaciones de Roosevelt y Churchill, aunque la charla era demasiado cautelosa para aportar mucho. Descifraron algunos códigos rusos y el código de los agregados militares norteamericanos en El Cairo, y Rommel aprovechó bien los resultados. Pero el código fue cambiado en 1942 y en adelante no fue posible descifrarlo.⁵ Tampoco pudieron los alemanes repetir el éxito de principios de la guerra con los códigos navales británicos. A partir de mediados de 1942, las comunicaciones anglonorteamericanas tuvieron un grado razonable de seguridad.

La situación de los alemanes era distinta. En 1926 el ejército había adoptado la máquina codificadora eléctrica Enigma y la marina imitó el ejemplo dos años más tarde. Ambos servicios estaban convencidos de las virtudes indestructibles de este sistema codificador. En realidad, la inteligencia polaca había reconstruido la máquina Enigma y en julio de 1939 le fueron entregadas una a Gran Bretaña y otra a Francia.⁶ Ésta fue la base de la más exitosa operación de inteligencia de la guerra, dirigida desde Bletchley, en Buckinghamshire. La Ultra, como se la denominó, continuó siendo secreta hasta 1974 y algunos aspectos fueron ocultados incluso durante los años de la década de los ochenta a causa de su influencia sobre las operaciones en perjuicio de los códigos soviéticos.⁷ Muchas de las interceptaciones obtenidas con la Ultra aún no fueron publicadas y quizá nunca sea posible evaluar toda su gravitación sobre el curso de la guerra. Pero la Ultra representó un papel ya en 1940, cuando llegó a ganar la batalla de Inglaterra.⁸ Lo que es más importante, el descifrado del código alemán Tritón por Blechley, en marzo de 1943, decidió la batalla del Atlántico, pues los submarinos alemanes continuaban emitiendo frecuentes señales, confiados en la seguridad de sus comunicaciones, y el descifrado del código permitió a los aliados destruir también las naves de suministros. Como resultado de estos logros, la victoria en el Atlántico llegó rápidamente en 1943; esto fue importante, pues el submarino representó quizás el arma más peligrosa de Hitler.⁹ El sistema Ultra también estaba bien adaptado al suministro de inteligencia falsa al Eje, una cuestión que se convirtió en un rasgo importante del esfuerzo de guerra de los aliados y tuvo mucho éxito; por ejemplo, para persuadir a los alemanes de que el desembarco en Normandía, el día D, en 1944, era una maniobra diversionista.¹⁰

El conocimiento del modo de descifrar códigos era solamente el núcleo de una amplia operación, cada vez más compleja, que actuaba sobre las fronteras de la tecnología electrónica. El éxito que alcanzó la Organización de Investigación del Correo británico en la construcción de Colossus, la primera computadora electrónica, determinó la aceleración del proceso de análisis que es esencial para el uso eficaz del descifrado de códigos. A partir de principios de 1942, la unión de la tecnología y la inteligencia británica y norteamericana llevó a los primeros éxitos en la guerra del Pacífico. Midway, en junio de 1942, fue una victoria de inteligencia. En adelante, los aliados conocieron casi constantemente las posiciones de todos los acorazados japoneses. Lo que es quizás aún más importante, pudieron desarrollar una ofensiva submarina espectacularmente eficaz contra los barcos japoneses de suministros. De ese modo, el imperio insular que los japoneses habían conquistado durante los primeros cinco meses de guerra (el 10 por ciento de la superficie terrestre en el punto máximo) se convirtió en una carga insostenible, la tumba de la armada y la marina mercante japonesas y de sus mejores unidades militares: por sí solo, el descifrado de códigos elevó

5 David Kahn, "Codebreaking in World Wars I and II: the Major Successes and Failures, their Causes and their Effects", en *Cambridge Historical Journal*, septiembre de 1980.

6 Richard Woytak, *On the Border of War and Peace: Polish Intelligence and Diplomacy in 1939 and the Origins of the Ultra Secret*, Boulder, 1979.

7 Fue revelado por primera vez por F. W. Winterbotham, *The Ultra Secret*, Londres, 1974, escrito de memoria.

8 Ralph Bennet, "Ultra and Some Command Decisions", en *Journal of Contemporary History*, 16, 1981, pp. 131-151.

9 Vicealmirante B. B. Schofield, "The Defeat of the U-boats During World War Two", ibíd., pp. 119-129; P. Beesley, *Very Special Intelligence*, Londres, 1977, pp. 152-185; véase también Jürgen Rohwer y Eberhard Jackel, eds., *Die Funkaufklärung und ihre Rolle in 2 Weltkrieg*, 1979, informe sobre la conferencia internacional celebrada del 15 al 18 de noviembre de 1978 sobre los motivos de la derrota de los submarinos.

10 John Masterman, *The Double-Cross System in the War of 1939-1945*, Yale, 1972.

un tercio la pérdida de buques.¹¹

Sin embargo, por muy completa que sea la inteligencia no puede ganar las guerras. Enigma aportó a los británicos el orden de batalla alemán ya en el momento de la campaña de Noruega, en 1940; pero se perdió esa batalla porque los recursos no estaban disponibles ni se encontraban en los lugares adecuados. Cuando un bando se vio superado en el área de la fuerza militar, la inteligencia rara vez pudo restablecer el equilibrio.¹² Pero cuando la abrumadora superioridad de inteligencia se une a las ventajas cuantitativas, la combinación es devastadora. Tanto los nazis como los japoneses tenían economías de escasez. Los japoneses carecían de alternativa. A pesar de su prodigioso ingenio, hacia principios de 1943 pudieron acrecentar la producción total sólo el 2 por ciento más allá del nivel de 1940 (la producción norteamericana aumentó el 36 por ciento durante el mismo período).¹³ Los alemanes tenían una economía mucho más sólida y amplia, pero Hitler estaba obsesionado por el costo y el riesgo de la sobreproducción y por la necesidad de importar sustitutos. En consecuencia, la investigación alemana se consagró a los materiales sintéticos antes que a acelerar la producción masiva, y se frenó el desarrollo de la economía. A fines de 1941, Fritz Todt, jefe de producción de Hitler, protestó severamente ante el desplazamiento prematuro de la producción del teatro ruso al occidental y ante la incapacidad para reducir la economía civil. Su muerte en un misterioso accidente aéreo, el 2 de febrero de 1942, quizá no haya sido accidental.¹⁴ En el caso de Alemania, afirmó Jodl, “el rearme concreto tuvo que desarrollarse después del comienzo de la guerra”. El 1 de septiembre de 1939 Alemania tenía sólo 3.906 aviones militares y navales de todos los tipos. Se produjeron únicamente 10.392 aviones en 1940, 12.392 en 1941 y 15.497 en 1942. Sólo en 1943-1944, cuando era demasiado tarde, la economía de guerra alcanzó su expansión máxima, pese al bombardeo de los aliados, y produjo 24.795 aviones en 1943 y 40.953 en 1944.¹⁵ Stalin sostuvo en 1949 que Alemania perdió la guerra porque “los generales de Hitler, educados en los dogmas de Clausewitz y Moltke, no podían entender que la guerra se gana en las fábricas”. De una población de 80 millones, continuaba diciendo, se asignaron 13 millones a las fuerzas armadas “la historia nos enseña que ningún estado puede sostener un esfuerzo semejante”; las fuerzas armadas soviéticas eran sólo 11,5 millones en una población de 194 millones.¹⁶ Se trata de un enfoque marxista de la guerra que exagera enormemente el poder de los generales sobre la política nazi de producción de guerra.

Ignora la verdadera razón por la que la economía alemana no alcanzó su nivel máximo de actividad hasta fines de 1942, y que fue la obstinada adhesión de Hitler a la doctrina economicomilitar de la *Blitzkrieg*. De hecho, muchos obreros industriales, especialmente mujeres, no ingresaron en las fábricas de material bélico hasta el momento en que los bombardeos de los aliados destruyeron sus medios de vida civiles.

El concepto de que la industria “socializada” ganó la guerra es infundado. El sector socializado de la industria alemana; por ejemplo, las industrias siderúrgicas Hermann Goering, fue un fracaso total. La economía soviética se desempeñó bastante bien en la producción de grandes cantidades de determinados artículos militares básicos; en agosto de 1942, en el momento culminante del avance nazi, las fábricas soviéticas ya estaban produciendo 1.200 tanques mensuales.¹⁷ Pero los vehículos de transporte de tropas y los jeeps que aportaron al Ejército Rojo su creciente y decisiva movilidad en 1943-1944 provinieron de la industria norteamericana, y las potencias occidentales suministraban conjuntamente la alta tecnología que en forma paulatina dio a Rusia el dominio del aire en el Este. Incluso en 1946 Gran Bretaña todavía estaba enviando motores aéreos a Rusia, que se convirtieron en la base del exitoso Mig-15 de la posguerra. En Gran Bretaña, la adopción del “socialismo de guerra” de estilo Ludendorff y la macroeconomía keynesiana permitieron que la economía capitalista británica rindiese mucho más eficazmente que la alemana; en 1942 su producción de material bélico era un 50 por ciento más elevada. Pero el verdadero motor de la victoria de los aliados fue la economía norteamericana. En el lapso de un año el número de tanques fabricados se había elevado a 24.000 y el de aviones, a 48.000. Hacia el final del primer año de la

11 Edward Van Der Rhoer, *Deadly Magic: a personal account of communications intelligence in World War Two in the Pacific*, Nueva York, 1978; W. J. Holmes, *Double-Edged Secrets: US Naval Intelligence Operations in the Pacific During World War Two*, Annapolis, 1979.

guerra, Estados Unidos había elevado su producción de material bélico hasta un equivalente del total de las tres potencias del Eje reunidas, y en 1944 había duplicado nuevamente esa producción, al mismo tiempo que creaba un ejército que pasó la marca de los 7 millones en 1943.¹⁸

Esta asombrosa aceleración se vio posibilitada por el dinamismo y la flexibilidad esenciales del sistema norteamericano, unidos a un propósito nacional que cumplió la misma función galvanizadora que el optimismo de los años veinte. La guerra tuvo el efecto de un mercado en auge, induciendo a la suma de cualidades empresariales norteamericanas a volcar sus recursos, en apariencia ilimitados de materiales y mano de obra, en un abismo sin fondo de consumo. Una de las razones por las que los norteamericanos vencieron en Midway es que consiguieron reducir una tarea de reparación de tres meses en el portaviones *Yorktown* a sólo cuarenta y ocho horas, utilizando una fuerza de 1.200 técnicos durante las veinticuatro horas.¹⁹ El programa de construcción del centro de coordinación de la defensa, el Pentágono, con sus dieciséis kilómetros de corredores y 54.000 metros cuadrados de espacios de oficinas, fue reducido de siete años a catorce meses.²⁰ La guerra llevaría a su pedestal al héroe popular del capitalismo norteamericano. Henry Kaiser, Henry Morrison y John McCone, los ingenieros de San Francisco que crearon el Boulder Dam (y que habían sido sistemáticamente perseguidos durante el Nuevo Trato por Harold Ickes, secretario del Interior de Roosevelt, a causa de las infracciones a los reglamentos federales), fueron figuras fundamentales en la actividad de los tiempos de guerra. Construyeron la planta de cemento más grande del mundo y la primera planta siderúrgica integrada. Se les ordenó que produjesen barcos a cualquier costo y redujeron el tiempo de construcción de una nave *Liberty* de 196 a 27 días, y en 1943 estaban entregando un barco cada 10,3 horas.²¹ En 1942 General Electric pudo incrementar su producción de turbinas marinas de 1 millón a 300 millones de dólares.²² Estados Unidos ganó la guerra esencialmente subordinando los métodos capitalistas a la producción ilimitada de poder de fuego y potencial mecánico. Después de la pérdida de la decisiva batalla de Guadalcanal, el tenno Hirohito preguntó al jefe del Estado Mayor de la marina: “¿Por qué los norteamericanos necesitaban apenas unos días para construir una base aérea y los japoneses más de un mes?”. Todo lo que Nagano pudo responder fue: “Lo siento muchísimo”. La verdad era que los norteamericanos tenían una vasta gama de topadoras y otros equipos destinados a producir movimientos de tierra, y los japoneses contaban únicamente con el poder de los músculos.²³

La devastadora combinación de elevada tecnología y capacidad productivas sin igual tuvo su forma más palpable y significativa en el poder aéreo ofensivo. Este proceso respondió a dos razones. En primer lugar, los británicos²⁴ convencieron a los norteamericanos de que era el mejor modo de aprovechar al máximo sus vastos recursos económicos, al mismo tiempo que las pérdidas de potencial humano eran mínimas. En segundo lugar, la ofensiva mediante bombardeos atraía intensamente el impulso moralista de ambas naciones, lo que el científico atómico británico P. S. M. Blackett denominó “el complejo jupiteriano”, el concepto de los aliados como dioses virtuosos que enviaban rayos vengativos a sus perversos enemigos.

Percibimos aquí la acción del proceso corruptor del relativismo moral. Churchill tenía conciencia cabal de la descomposición moral que la guerra acarrea y este fenómeno lo abrumaba. Había

12 Harold Deutsch, “The Historical Impact of Revealing the Ultra Secret”, US Army War College: *Parameters*, VII, p. 3, 1978.

13 Tolland, op. cit., pp. 444-446.

14 Milward, *German Economy at War*.

15 Andreas Hillgruber, *Hitlers Strategie: Politik und Kriegführung 1940 bis 1941*, Frankfurt, 1965, p. 38 n; Fest, op. cit., pp. 1179-1180, n. 11.

16 Citado en Seaton, *Stalin as Warlord*, p. 263.

17 Fest, op. cit., p. 980.

18 *Ibid.*, p. 974.

19 Tolland, op. cit., p. 327.

20 Susman, ed., op. cit.

21 Charles Murphy, “The Earth Movers Organize for War”, *Fortune*, agosto-octubre de 1943.

22 Gilbert Burck, “GE Does IT”, *Fortune*, marzo de 1942.

23 Tolland, op. cit., p. 426.

24 Ike, op. cit., XXVI; Bruce, op. cit., con respecto al episodio de Churchill.

desencadenado la estrategia de los bombardeos masivos el 2 de julio de 1940 porque estaba abrumado por la perspectiva de la ocupación nazi —la catástrofe moral definitiva— y consideraba que el bombardeo era la única arma ofensiva utilizable entonces por los británicos. Era la antigua teoría utilitaria de la moral, en contraposición a la teoría del derecho natural que establecía que la destrucción directa de la capacidad de hacer la guerra era el único modo legítimo de luchar.²⁵ Pero todas las formas del relativismo moral tienen una tendencia innata a generar el derrumbe moral, pues eliminan los puntos de anclaje fijo y determinan que la nave del Estado se interne en un océano que carece de señales de referencia. A fines de 1941, en vista de la incorporación de Rusia y Estados Unidos a la guerra, la derrota de Hitler, como lo comprendió el mismo Churchill, a la larga era inevitable. La justificación utilitaria de los ataques a las ciudades había desaparecido; la justificación moral siempre había sido inadmisible. A esta altura de las cosas ya existía la fuerza de los bombarderos y la economía estaba orientada hacia la producción de elevado número de Lancaster de gran alcance. El 14 de febrero de 1942 se impartió al Comando de Bombardeo la directiva de que un objetivo fundamental era la destrucción de la moral de los civiles alemanes.²⁶ La primera incursión importante realizada de acuerdo con la nueva orden se centró en Lübeck el 28 de marzo de 1942. La ciudad “ardió como yesca”, dijo el informe oficial. El primer ataque de 1.000 bombarderos continuó el 30 de mayo, y en el verano la fuerza aérea norteamericana se unió a la campaña.

El bombardeo consumió hasta el 7 por ciento del potencial humano militar total de Gran Bretaña, y quizás hasta el 25 por ciento de la producción bélica de este país.²⁷ Es posible que la totalidad de su estrategia haya sido errónea, incluso en términos militares. El bombardeo, que mató a un total de 600.000 alemanes, redujo pero no pudo impedir la expansión de la producción bélica alemana hasta la segunda mitad de 1944, alcanzada mediante la reducción de la producción de artículos de consumo civiles, los que, comparados con un índice de 100 en 1939, descendieron a 91 en 1943 y a 85 en 1944; los índices de Gran Bretaña eran de 54 en ambos años.²⁸ Desde fines de 1944 el bombardeo destruyó efectivamente la economía bélica alemana. Incluso antes, la necesidad de defender las ciudades alemanas noche y día había impedido que la *Lutwaffe* mantuviese su superioridad aérea en el frente ruso. Pero la eficacia del bombardeo como arma destinada a ganar la guerra dependía totalmente de la capacidad de mantener una secuencia permanente de ataques muy intensos sobre los mismos blancos una noche tras otra. Los aliados estuvieron cerca de una “victoria” estratégica en los ataques a Hamburgo, con mucho la ciudad alemana mejor protegida, entre el 24 de julio y el 3 de agosto de 1943, utilizando el recurso de la “ventana”, que confundía al radar alemán. La noche del 27 al 28 de julio, la RAF provocó temperaturas de 800 a 1.000 grados centígrados sobre la ciudad y originó vientos de fuego de fuerza colosal. Fueron destruidos sistemas de transporte de todo tipo, 214.350 hogares de un total de 414.500, 4.301 fábricas de un total de 9.592; veinte kilómetros cuadrados fueron incendiados totalmente y sólo en una noche las bajas totales en los cuatro distritos afectados por el fuego se elevaron a 40.000, es decir, el 37,65 por ciento de la población total.²⁹ Albert Speer, que había sucedido a Todt en el cargo de director supremo de la producción, dijo a Hitler que si otras seis ciudades eran devastadas de manera semejante, él no podría mantener la producción de guerra. Pero los británicos sencillamente no disponían de los recursos necesarios para posibilitar al Comando de Bombardeo la repetición de incursiones en esa escala y en rápida sucesión.

El peor aspecto de los bombardeos de terror fue la apelación al “complejo jupiteriano” de los líderes de la guerra que estaban realizando sus negociaciones geopolíticas. Ésta fue la explicación del más grande desastre moral anglonorteamericano en la guerra contra Alemania, la destrucción de

25 Véase Geoffrey Best, *Humanity in Warfare*, Londres, 1981; y el artículo de Hans Blix en *British Yearbook of International Law*, Londres, 1978.

26 Charles Webster y Noble Frankland, *The Strategic Air Offensive Against Germany*, 4 vols., Londres, 1961, I, p. 323.

27 *Ibid.*, III, p. 287; Taylor, *English History, 1914-1945*, p. 693.

28 Taylor, *English History, 1914-1945*, p. 692, n. 4.

29 David Irving, *The Destruction of Dresden*, Londres, 1963, pp. 44-45; Martin Middlebrook, *The Battle of Hamburg*, Londres, 1980.

Dresde la noche del 13 al 14 de febrero de 1945. El origen de la incursión fue el deseo de Roosevelt y de Churchill, durante la Conferencia de Yalta, de demostrar a Stalin que los aliados estaban haciendo todo lo posible para colaborar con el esfuerzo ruso en el frente oriental. Sobre todo, deseaban asestar un golpe demoledor a la moral alemana para facilitar la ofensiva rusa que comenzó el 12 de enero. Dresde no era un centro industrial, sino de comunicaciones. Su población de 630.000 personas se había duplicado a causa de los refugiados alemanes, el 80 por ciento campesinos originarios de Silesia. Stalin deseaba destruirlos para facilitar su plan de “trasladar” a Polonia hacia el oeste y también creía que se estaba utilizando la ciudad como lugar de concentración de tropas. De acuerdo con sir Robert Saundby, subjefe del Comando de Bombardeo, los rusos reclamaban específicamente que Dresde fuese el blanco de la “Operación Trueno”. No mucho antes, el canónigo L. John Collins, capellán del Comando (después sería el creador de la campaña en pro del desarme nuclear) había invitado al piadoso socialista cristiano sir Stafford Cripps, que era ministro de Producción Aeronáutica, a hablar con los altos jefes. Utilizó como texto “Dios es mi copiloto” y les dijo que era esencial que tuviesen la certeza de que estaban atacando blancos militares: “Incluso cuando ustedes ejecutan actos perversos, Dios siempre está mirando por encima del hombro”. Esta actitud provocó una escena colérica, pues el Comando de Bombardeo creía que el Ministerio de Cripps estaba privándolo intencionadamente de aviones por razones pseudomoralistas. En adelante, se mostraron ansiosos de aclarar que estaban sometidos al acuerdo de los políticos, de modo que indagaron acerca de la orden referida a Dresde. Fue confirmada directamente desde la Conferencia, por Churchill o el mariscal del aire Portal.³⁰

El ataque se desarrolló en dos oleadas (hubo una tercera de la fuerza aérea norteamericana), en armonía con la táctica del Comando de Bombardeo del “golpe doble”; se asestaba el segundo cuando las fuerzas de auxilio se habían concentrado sobre la ciudad. Se arrojaron más de 650.000 bombas incendiarias y la tormenta de fuego abarcó veinte kilómetros cuadrados, destruyendo totalmente 2.100 hectáreas y matando a 135.000 hombres, mujeres y niños. Como era la noche del martes de carnaval, muchos niños todavía estaban vestidos con disfraces. Por primera vez en la guerra se había asestado un golpe tan duro a un blanco y no quedaron sobrevivientes aptos en número suficiente para enterrar a los muertos. Llegaron tropas y recogieron enormes pilas de cadáveres. Se acordonó el centro alrededor del Altmarkt. Se instalaron parrillas de acero, de ocho metros de diámetro, alimentadas con madera y paja, y en cada una se apilaban tandas de quinientos cadáveres que fueron incinerados. Las piras funerarias continuaban llameando una quincena después del ataque. Goebbels afirmó: “Esto es obra de lunáticos”. De acuerdo con la versión de Speer, el ataque originó una ola de terror en la nación entera. Pero a esta altura de las cosas no había modo de que la opinión pública presionase sobre un Hitler inaccesible, aislado y paranoico, para inducirlo a negociar la rendición. Tampoco se contó con los recursos ni se tuvo la voluntad de repetir la incursión, que ofendió a los mismos pilotos. Uno de ellos comentó: “Por primera vez en muchas operaciones compadecí a la población que estaba allí abajo”. Otro dijo que era “la única vez que compadecí a los alemanes”.³¹

Alemania cedió menos al síndrome jupiteriano sólo porque Hitler desconfiaba de la capacidad de Goering para utilizar eficazmente los grandes recursos exigidos por una campaña de bombardeo estratégico. Pero la idea de dispensar en forma impersonal la destrucción masiva mediante el control remoto le atraía mucho. El Tratado de Versalles prohibió a Alemania la fabricación de bombarderos, pero nada decía acerca de los misiles balísticos. De modo que cuando Hitler asumió el poder, comprobó que ya existía un equipo de misiles militares: en 1936 el jefe de este grupo, Walter Dornberger, fue autorizado a impartir una directiva que proponía la fabricación de un cohete destinado a transportar cien veces la fuerza explosiva del cañón Gran Bertha de 1918 sobre el doble de la distancia (alrededor de 1.000 kilos sobre 250 metros).³² En cierto sentido, Hitler acertó al creer que el arma estratégica futura sería un misil balístico de gran rendimiento. Uno de los pocos

30 Irving, op. cit., pp. 51-52, 99-100.

31 Ibid., 154-158, 175, 142-143.

32 Hugo Young, Brian Silcock y Peter Dunn, *Journey to Tranquility: the History of Man's Assault on the Moon*, Londres, 1969, pp. 29-32.

que percibió este aspecto en el bando aliado fue el miembro tory del Parlamento Duncan Sandys, que advirtió el 23 de noviembre de 1944: “En el futuro, la superioridad en la artillería de cohetes de larga distancia bien puede ser tan importante como la superioridad del poder naval o aéreo”. La ortodoxia de los aliados se centraba en la flexibilidad del gran bombardero, que era esencialmente un concepto de la primera guerra mundial. La respuesta de lord Cherwell, principal científico de Churchill, el 5 de diciembre de 1944, fue que el cohete de gran alcance podía ser muy impreciso y no aportaba un rendimiento suficientemente elevado. Se trataba de una crítica irrefutable mientras el explosivo continuase siendo el convencional.

La dificultad de Hitler era que tenía que elegir entre dos posibilidades. El avión guiado sin piloto (V1) atraía mucho a su muy desarrollado sentido de la economía militar. Era una de las armas más eficaces por su costo que se había producido jamás. Por el precio de un bombardero Lancaster, el entrenamiento de la tripulación, las bombas y el combustible, Hitler podía disparar bastante más de trescientas V1, cada una con una tonelada de explosivo de gran poder, a una distancia de 320 kilómetros y con mejores posibilidades de alcanzar el blanco. Durante el período del 12 de junio al 1 de septiembre de 1944, con un gasto de 12.600.190 libras esterlinas, la ofensiva de las V1 costó a los aliados 47.645.190 libras esterlinas por la pérdida de producción, la necesidad de instalar más defensas antiaéreas y de emplear aviones de caza, así como la de utilizar aviones y tripulaciones en la ofensiva de bombardeo contra los emplazamientos. El Ministerio del Aire informó el 4 de noviembre de 1944: “Los resultados fueron muy favorables al enemigo y el coeficiente estimado por referencia a nuestros costos fue de casi cuatro a uno”. Sólo 185 alemanes perdieron la vida, contra 7.810 de los aliados (incluyendo 1.950 aviadores entrenados). Las V1 estaban dañando diariamente 20.000 casas en julio de 1944 y el efecto sobre la moral de Londres era muy grave.

Sin embargo, Hitler no invirtió tempranamente o con bastante amplitud en esta arma importante. En el caos del programa de intendencia de los nazis, era necesario apelar al romanticismo del fñhrer para obtener prioridad. Fue lo que hicieron los grandes cohetes de Dornberger. El programa de la V2 parecía el único modo de satisfacer el intenso deseo de Hitler de vengarse de Roosevelt mediante la destrucción de Nueva York. La asignación de recursos a este programa careció de sentido de acuerdo al rendimiento probable. Solamente en Alemania utilizó los servicios de 200.000 trabajadores, incluso una elevada proporción de los técnicos más expertos. El programa privó a los alemanes de jets avanzados y de las refinerías subterráneas de petróleo, y al absorber los equipos eléctricos escasos perjudicó la producción de aviones, submarinos y radares. En concreto, los cohetes utilizados en la campaña de la V2, los A4, de los cuales se dispararon sólo 3.000, costaban 12.000 libras esterlinas cada uno (contra 125 libras esterlinas de la V1), llevaban una carga de sólo 5.500 kilos y fueron lamentablemente imprecisos. El cohete intercontinental proyectado, el A9/A10, con un peso de 100 toneladas y una segunda etapa que se elevaba a 370 kilómetros en la estratósfera, y que fue planeado para usarlo contra Nueva York y Washington, nunca pasó del tablero de proyectos.³³ Incluso aunque se lo hubiese construido y disparado, su carga convencional le habría restado valor.

La única perspectiva que tuvo Hitler de llegar a un punto de equilibrio mediante un progreso técnico decisivo consistió en unir el cohete A10 con una carga nuclear. Nunca hubo muchas posibilidades de que alcanzara su objetivo durante el lapso de la guerra. De todos modos, los aliados siempre temieron que Hitler llegara a posesionarse de bombas atómicas. Muchos científicos creían que la segunda guerra mundial se convertiría en una contienda nuclear. Hubo cierta simetría en el desarrollo del conocimiento atómico durante el período entre las dos guerras. El concepto de una explosión de poder colosal provocada por el hombre estaba implícito en la teoría especial de la relatividad de Einstein. Si podían liberarse las partículas portadoras de gran energía que se encontraban en la entidad estrechamente unida del núcleo —los elementos más pesados eran los que tenían más energía— el uranio-235, que ocupaba el extremo superior de la escala de pesos, era la materia prima indicada. La física de elevada energía fue la gran ciencia dinámica de la década de los veinte. En 1932, cuando Alemania se inclinó hacia Hitler, comenzaron a conocerse los

33 David Irving, *The Mare's Nest*, Londres, 1964, pp. 299, 306-314.

resultados en toda Europa y en América del Norte. Ese año, en el laboratorio Cavendish de Cambridge, J. D. Cockcroft y E. T. S. Walton, utilizando un equipo que costaba 500 libras esterlinas —un monto que a juicio de lord Rutherford, jefe del Cavendish, era monstruoso— dividieron el átomo. Sir James Chadwick, colega de estos hombres, descubrió el neutrón, formado por el protón y el electrón, con una energía de unión de 1 a 2 millones de electrón-voltios. En 1934 los Joliot-Curie, en Francia, produjeron artificialmente isótopos radiactivos, y Enrico Fermi, en Italia, consiguió aminorar (es decir, controlar) la velocidad de los neutrones y pasó a producir elementos transuránicos con masas aún más pesadas que las de la tabla atómica. El proceso de desarrollo del concepto teórico de la fisión atómica, que implicó también el trabajo de científicos alemanes y norteamericanos, culminó durante los primeros nueve meses del fatal año de 1939, de modo que cuando Hitler invadió Polonia ya era evidente la posibilidad de una explosión atómica provocada por el hombre. Los dramáticos progresos de 1939 y el estallido de la guerra son una de las más impresionantes y siniestras coincidencias de la historia. Un artículo de revisión publicado en enero de 1940 pudo resumir más de cien publicaciones importantes durante el año precedente; la principal de éstas, escrita por el dinamarqués Nils Bohr y su alumno norteamericano J. A. Wheeler, que explicaba el proceso de fisión, apareció sólo dos días antes del comienzo de la guerra.³⁴

Desde el principio mismo la física atómica aplicada tuvo sus dimensiones ideológicas y morales. El concepto de la bomba nació en la comunidad científica de refugiados, principalmente judíos, que estaban aterrorizados ante la perspectiva de que Hitler la obtuviese antes que nadie. Uno de ellos, Leo Szilard, propuso una censura autoimpuesta de las publicaciones científicas. La bomba fue creada, entre otros, por hombres para quienes las consideraciones ideológicas estaban antes que el interés nacional y fue traicionada por hombres que adoptaban idéntica actitud. Muchos de los que trabajaron en el proyecto británico, el principal de los secretos en tiempos de guerra, fueron excluidos por razones de seguridad de otras tareas bélicas.³⁵ El temor era el motivo principal. Robert Oppenheimer, un judío, construyó la primera bomba A porque temía que Hitler la obtuviese primero; Edward Teller, húngaro, construyó la primera bomba H porque estaba aterrorizado ante la posibilidad de un monopolio soviético.³⁶

Por lo tanto, el verdadero padre de la bomba atómica fue Hitler y los espectros que su terrible voluntad evocó. En marzo de 1940, Otto Frisch y Rudolf Peierls, de la Universidad Birmingham, redactaron un contundente memorándum de tres páginas dactilografiadas que demostraba cómo podía construirse una bomba de uranio enriquecido. El importante Comité Maud (denominado caprichosamente así por Maud Ray, una gobernanta de Kent), fue creado para desarrollar aceleradamente la idea. En junio se reunió el equipo nuclear francés, que llevó consigo toda la existencia mundial de agua pesada, retirada por ellos de Noruega: 185 kilogramos en veintiséis envases, depositados provisionalmente en la cárcel de Wormwood Scrubs, y después llevados a la biblioteca del castillo de Windsor.³⁷ Por pedido de Einstein que también temía la existencia de una “bomba antisemita”, Roosevelt había creado un Comité del Uranio en octubre de 1939. Comenzó a desarrollar intensa actividad durante el otoño de 1940, cuando los dos líderes del esfuerzo científico de guerra de los británicos, sir Henry Tizard y sir John Cockcroft, fueron a Washington llevando consigo una “caja negra” que contenía, entre otras cosas, todos los secretos del programa atómico británico.

En ese momento Gran Bretaña llevaba varios meses de delantera a las restantes naciones y avanzaba con mayor velocidad. Los planes de una planta de separación fueron completados en diciembre de 1940 y en marzo de 1941 la bomba atómica había dejado de ser un tema de conjetura científica y estaba ingresando en el área de la tecnología industrial y la ingeniería. Hacia julio de ese año, el informe del Comité Maud, “Uso del uranio en una bomba”, argumentaba que dicha arma, que según se creía podía estar pronta para 1943, sería mucho más barata, de acuerdo con el costo por libra, que los explosivos convencionales, extremadamente económica por lo que hace a la

34 Nils Bohr y J. A. Wheeler, *Physics Review*, 56, 1939, p. 426.

35 Margaret Gowing, *Britain and Atomic Energy, 1939-1945*, Londres, 1964, p. 54.

36 Véase Freeman Dyson, *Disturbing the Universe*, Nueva York, 1979.

37 Gowing, op. cit., pp. 45-51.

utilización de poder aéreo, más concentrada en el impacto y con un efecto profundo sobre la moral del enemigo. Incluso si la guerra terminaba antes de que la bomba estuviese disponible, el esfuerzo era esencial, porque ninguna nación “se arriesgaría a que la sorprendieran sin un arma de cualidades tan decisivas”.³⁸ De modo que la bomba ya era considerada, en el marco del período siguiente a Hitler, como un aspecto permanente de la vida internacional. Pero su presunta inminencia la convirtió en ingrediente natural de la política de bombardeo. Es indudable que, de haber existido una bomba totalmente británica, se la habría usado contra las ciudades alemanas, con la aprobación del público británico, que apoyó constantemente la política de bombardeo por áreas.

En realidad, el optimismo de los planificadores británicos no estaba justificado. Los problemas industriales y de ingeniería implicados en la producción de U-235 puro o plutonio (el material fisionable alternativo) en cantidades suficientes eran abrumadores; lo mismo podía decirse del diseño de la bomba misma. El éxito del proyecto fue posible sólo mediante la unión de la teoría europea con la tecnología industrial norteamericana y, sobre todo, con los recursos y la audacia empresarial norteamericanos. El Informe Maud se convirtió en la base del proyecto Manhattan de Estados Unidos, con un presupuesto de 2.000 millones de dólares, de los que se gastaron 1.000 millones sólo en 1944. Con el fin de aventajar a Hitler en la producción de la bomba, como ellos creían, se desarrollaron simultáneamente tres métodos completamente distintos de producción de material para la bomba, dos tipos de plantas de enriquecimiento de uranio (por difusión gaseosa y electromagnética) y un conjunto de reactores de plutonio. Cada uno de estos métodos obligó a construir algunas de las plantas más grandes jamás concebidas.

El proyecto estaba dirigido por el general de ingeniería militar Leslie Groves, que abrazaba plenamente la filosofía gigantista de la nueva fase del capitalismo norteamericano durante los años cuarenta.³⁹ Si se le ofrecía un objetivo claro y realizable, Groves se mostraba inmune a las dificultades cualitativas o cuantitativas. Lo complacía orgullosamente la prodigalidad. Se vanagloriaba diciendo: “Ahora tenemos tantos diplomados que no podemos seguirles la pista”. Pidió al Tesoro norteamericano miles de toneladas de plata para producir cables eléctricos; se le contestó: “En el Tesoro no hablamos de toneladas de plata. Nuestra unidad es la onza troy”.⁴⁰ Sin embargo, consiguió la plata. El esfuerzo de invención de la energía nuclear implicó la creación de una serie de tecnologías nuevas: la primera fábrica completamente automatizada, la primera planta operada por control remoto, el primer proceso industrial totalmente estéril —seis millones de centímetros cuadrados de maquinaria a prueba de filtraciones— y una variedad de artefactos revolucionarios.⁴¹ El despilfarro era enorme y, en una visión retrospectiva, gran parte de él parece inexcusable. Pero por lo demás, la guerra tiene que ver con el despilfarro; la guerra es despilfarro. Los norteamericanos estaban condensando quizá tres décadas de progreso de la ingeniería científica en cuatro años. No había otro modo de tener la certeza de que se llegaría a la bomba. No había otro país u otro sistema que hubiera podido originar esa certidumbre. Era la bomba de Hitler; era también y sobre todo una bomba capitalista.

Es un hecho irónico que el totalitarismo, después de haber originado el temor que posibilitó la bomba, realizara a lo sumo esfuerzos débiles por propia cuenta para justificar el lógico terror de las potencias legítimas. El físico de Leningrado Igor Kurchatov había pedido fondos para construir un reactor a fines de los años treinta, como respuesta al pródigo flujo de datos publicados por Occidente. Cuando uno de sus alumnos advirtió que el flujo se había interrumpido, Kurchatov alertó a sus superiores políticos en mayo de 1942 y a su tiempo consiguió que se crease en Moscú un Instituto del Uranio. El proyecto soviético comenzó apenas unos meses después del proyecto Manhattan, pero con una baja prioridad de acuerdo con los recursos, lo que reflejaba dudas acerca de la posibilidad de fabricar una bomba.⁴² Según la versión de Nikita Jruschov, sólo al día siguiente

38 *Ibid.*, pp. 76-78.

39 Richard Hewlett y Oscar Anderson, *The New World 1939-1946*, Washington D.C., 1972.

40 Stephane Groueff, *Manhattan Project*, Boston, 1967, p. 62; Leslie Groves, *Now It Can Be Told: the Story of the Manhattan Project*, Nueva York, 1962, p. 107.

41 Peter Pringle y James Spigelman, *The Nuclear Barons*, Londres, 1982, 26 PP. y ss.

42 David Holloway, “Entering the Nuclear Arms Race: the Soviet Decision to Build the Atomic Bomb 1939-1945”, en

de la explosión de Hiroshima Stalin ordenó a Beria, jefe de su policía secreta, que iniciara un proyecto acelerado con prioridad absoluta sobre todo el resto de los asuntos de Estado.⁴³ También los japoneses tenían un proyecto de bomba a cargo de su principal físico, Yoshio Nishina, y construyeron cinco ciclotrones. Pero también ellos carecían de recursos y en 1943 los japoneses llegaron a la conclusión de que ni siquiera la economía norteamericana podía producir una bomba en un futuro previsible.⁴⁴ A pesar del éxodo científico, Alemania conservó el número suficiente de científicos nucleares para concebir una bomba. Pero a los ojos de Hitler, el campo nuclear estaba identificado con Einstein y la “física judía”. Quizás intencionadamente estos científicos no estimularon el entusiasmo de Hitler, aunque un explosivo nuclear era exactamente lo que él necesitaba para conferir eficacia a su programa de cohetes. Por su colosal poder destructivo, era un arma hitleriana arquetípica: el Estado destructor encarnado. Incluso antes de la guerra, Hitler destacó sombríamente ante Hermann Rauschning el precio del fracaso nazi: “Incluso si nos destruyen, arrastraremos a la mitad del mundo a la destrucción con nosotros mismos”.⁴⁵ La bomba atómica había podido acercar más a la realidad esta temeraria vanagloria. Pero la bomba nunca se apoderó de la mente de Hitler como lo había hecho el cohete. El fracaso de la imaginación de este nihilista romántico determinó que fuesen infundados los temores de los científicos exiliados, que habían sido la causa de la producción de la bomba.

Como otra ironía, en realidad previsible, la carrera para producir el arma se intensificó a medida que disminuyó la necesidad moral y militar de ella. Por el hecho de que el poder enemigo retrocedió, en 1943 y 1944 se percibió cada vez más claramente que la victoria total era sólo cuestión de tiempo y la necesidad de contener a Hitler se vio reemplazada por el grotesco deseo de fabricar la bomba mientras la guerra todavía suministraba la oportunidad de usarla. A fines de diciembre de 1941 resultaba evidente que Hitler y sus aliados japoneses no podían ganar la guerra. Hacia fines del verano de 1942, después del desastre japonés de Midway y el agotamiento de la ofensiva de Hitler en el Volga y el Cáucaso, también fue evidente que el Eje no lograrla siquiera un equilibrio de fuerzas. El mes decisivo fue noviembre de 1942. El 2 de noviembre los británicos iniciaron la decisiva batalla de Alamein, para despejar África del Norte y el Mediterráneo, y seis días después siguieron los desembarcos anglonorteamericanos en Marruecos y Argelia. Al día siguiente, los japoneses fracasaron en su último y decisivo esfuerzo por ganar la batalla de la isla de Guadalcanal, en las Salomón, descrita por el comandante militar Japonés como la “batalla en que se decidirá el ascenso y la caída del Imperio Japonés”. Nueve días después de esta catástrofe, los rusos lanzaron su contraofensiva en Stalingrado. Roosevelt dijo al *Herald Tribune*: “Parecería que al fin hemos llegado al punto de cambio en esta guerra”.

Italia fue la primera en aceptar la lógica del poder de los aliados. Ya en diciembre de 1940 Mussolini había dicho a su yerno, Ciano, que los italianos de 1914 habían sido superiores a los del Estado fascista. Agregó que ello implicaba un juicio negativo acerca de su régimen.⁴⁶ Cuando los aliados invadieron Sicilia el 10 de julio de 1943, Mussolini estaba dominado por un pesimismo invencible. Nada hizo para impedir que sus críticos convocaran al Gran Consejo fascista quince días después, al cabo de un debate de diez horas y, mientras esperaba apático su arresto, autografió una fotografía para una mujer: “*Mussolini defunto*”.⁴⁷ Mientras Italia se apresuraba a hacer la paz con los aliados, Hitler convirtió al país en zona ocupada, rescató al dictador caído y le permitió dirigir un régimen títere. En su descenso, Mussolini retornó a su tipo de socialismo totalitario y leninista, lo que siempre fue la piedra fundamental de su filosofía política, y predicó la destrucción de la “plutocracia” y la supremacía del sindicalismo. Hacia fines de marzo de 1945 había ejecutado, aunque principalmente en el papel, una revolución socialista que nacionalizó todas las firmas que

Working Paper n° 9, Woodrow Wilson Center, Washington D. C., 1979.

43 Strobe Talbot, ed., *Khrushchev Remembers: the Last Testament*, Londres, 1974, p. 60.

44 Deborah Shapley, “Nuclear Weapons History: Japan's Wartime Bomb-projects Revealed”, en *Science*, 13 de enero de 1978.

45 Rauschning, op. cit.

46 Nolte, op. cit., p. 234.

47 Mussolini, *Opera Omnia*, XXXI, p. 223.

empleaban a más de cien trabajadores. Poco antes de ser capturado y colgado cabeza abajo junto a su amante, retomó su violenta germanofobia de 1914 y 1915: “*I tedeschi sono responsabili di tutto*” fue una de sus últimas observaciones.⁴⁸

La decisión de llevar la guerra hasta el final ahora inevitable correspondió esencialmente a Hitler. Por lo menos durante un tiempo, Stalin se mostró dispuesto a retornar al Pacto nazi-soviético. Propuso negociar con Hitler en diciembre de 1942 y nuevamente en enero de 1943. Durante el otoño, temeroso de que la estrategia anglonorteamericana de largo plazo implicase una guerra de desgaste entre Alemania y Rusia, envió a Estocolmo a su viceministro de Relaciones Exteriores y ex embajador en Berlín, Vladimir Dekanozov, con el ofrecimiento de retornar a las fronteras de 1914 y concertar un acuerdo económico.⁴⁹ Sin duda, Stalin abrigaba la esperanza de retomar su estrategia de 1925, salir de la guerra y regresar más tarde a ella. Pero en noviembre de 1942, en el aniversario de su *putsch*, Hitler había dicho: “Ya no realizaremos más ofrecimientos de paz”; adhirió firmemente a esa actitud, realizando la amenazadora predicción que había formulado en muchas ocasiones durante los años veinte y treinta, acerca de que Alemania debía elegir únicamente entre el liderato mundial y la destrucción nacional.

De este modo, las potencias legítimas se evitaron un perjudicial debate interno. A principios de 1942 era evidente que la opinión oficial tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos estaba dividida entre las fórmulas de armisticio “dura” y “blanda”. Para resolver el dilema, en mayo de 1942 el Departamento de Estado y en diciembre de 1942 el Departamento de Defensa, recomendaron la “rendición incondicional” como principio práctico. Con el propósito de evitar las dificultades de Wilson en 1918-1919, Roosevelt promovió la idea ante un renuente Churchill en la Conferencia de Casablanca del 24 de enero de 1943 y más tarde la manifestó unilateralmente en público. Pero no existen pruebas que justifiquen el temor de Churchill de que Hitler aprovecharía la intransigencia de los aliados para apuntalar la resistencia alemana.⁵⁰ En Alemania no existía ningún poder que obligara a Hitler o lo persuadiese de la conveniencia de concertar algún tipo de paz. La clase de los oficiales profesionales alemanes, o lo que quedaba de ella, nada hizo hasta que fue evidente que la invasión aliada de Europa, iniciada el 6 de junio de 1944, había tenido éxito. Entonces, el 15 de julio, el mariscal Rommel envió un teletipo a Hitler: “La lucha desigual está llegando a su fin. Debo pedirle que extraiga inmediatamente las conclusiones necesarias de esta situación”.⁵¹ Como Hitler no contestó, los *junkers* organizaron un atentado con explosivos el 20 de julio. Si Hitler hubiese muerto, lo habría sucedido una dictadura militar, pero de ningún modo está claro que Roosevelt se hubiese mostrado dispuesto a negociar con ella y a repetir el ejemplo de Italia, país que fue excluido de la fórmula de “rendición incondicional” de Casablanca.

Hitler sobrevivió y extrajo las conclusiones: “Nada puede sucederme, sobre todo porque no es la primera vez que escapo milagrosamente de la muerte [...] Estoy más que nunca convencido de que mi destino es llevar nuestra gran causa común a una conclusión feliz”.⁵² La mayoría de los conspiradores estaba formada por aristócratas, que gozaban de su tradicional monopolio de los cargos de Estado Mayor; en consecuencia, carecían de tropas. Podían impartir órdenes, pero nadie las acataba. Tampoco tenían apoyo popular, ni siquiera contactos. Al comprobar la estrecha base social con la que contaban estos hombres, Hitler actuó emocionalmente, o más bien retornó a la izquierda. En esta última fase admiró más que nunca a Stalin. Si éste vivía diez a quince años, convertiría a Rusia en “la principal potencia del mundo”. Era una “bestia”, pero una bestia “en gran escala”. Hitler agregó: “A menudo lamento amargamente no haber depurado mi cuerpo de oficiales como hizo Stalin”. Ahora concedió a su “tribunal popular” de tipo leninista y a un juez-verdugo extremista, Roland Freisler, su momento de apoteosis: “Freisler se hará cargo de todo. Es nuestro

48 *Ibid.*, XXXII, pp. 1-5, 190.

49 Fest, *op. cit.*, p. 1031.

50 Michael Balfour, “The Origins of the Formula ‘Unconditional Surrender’ in World War Two”, *Armed Forces and Society*, Chicago University, invierno de 1979.

51 Hans Speidel, *Invasion 1944*, Tübingen, 1961, p. 155.

52 Citado en Schmidt, *op. cit.*

Vishinsky”.⁵³ Hitler adoptó el principio leninista de la “responsabilidad del parentesco”, aunque negó que fuera bolchevique; era “una costumbre muy antigua practicada por nuestros antepasados”. La ejecución de los sospechosos (“los quiero ahorcados, colgados como ganado en el matadero”), aunque en pequeña escala comparada con los crímenes de Stalin entre 1936 y 1938, continuó hasta el fin mismo del régimen.⁵⁴

Mientras tanto Goebbels, entre los principales nazis el hombre de tendencia más socialista, se convirtió en el consejero más cercano de Hitler; se le permitió radicalizar el esfuerzo de guerra, de modo que ordenó la movilización total, la conscripción de las mujeres, la clausura de los teatros y otras medidas resistidas durante mucho tiempo. La *Wehrmacht* todavía contaba con más de nueve millones de hombres. Aunque algunos nazis importantes ahora intentaban llegar a un acuerdo con los anglosajones en nombre del *antibolschevismus*, Hitler se aferraba a la imagen de Federico el Grande y trataba de sobrevivir al cerco irremediable. Él y Goebbels leían juntos la extraña biografía en muchos volúmenes de este rey, escrita por Carlyle, y de ese modo asestaban un golpe demoledor a la reputación ya bastante endeble del viejo sabio escocés.⁵⁵ Lejos de buscar un frente común contra Rusia, Hitler trasladó divisiones al oeste para desencadenar su última ofensiva en las Ardenas, en diciembre de 1944; esa actitud posibilitó el gran avance ruso de enero de 1945, que llevó el poder soviético hasta el corazón de Europa.

Hitler continuó siendo socialista hasta el fin, aunque de un tipo excéntrico. A semejanza de Stalin, vivía en condiciones de repulsiva incomodidad. Ciano se sintió horrorizado cuando conoció su cuartel general de Rastenburg; afirmó que sus habitantes eran trogloditas: “Olores de las cocinas, uniformes, pesadas botas”.⁵⁶ Era una mezcla de campo de concentración y monasterio; el Escorial sin su esplendor palaciego. Sin duda Hitler llegó a parecerse a Felipe II en su aislamiento, su actitud distante, su decisión y sobre todo su cartomanía; dedicaba horas a estudiar los mapas, ya envejecidos por la marcha de la guerra, y a impartir órdenes acerca de la ocupación, un puente o un fortín armado con ametralladoras, a menudo con soldados imaginarios. Sus acompañantes más cercanos eran su alsaciana Blondi, y el cachorro de ésta, llamado Wolf. El profesor Morell, un inteligente médico berlinés, le administraba sulfamidas e inyecciones glandulares; tomaba glucosa, hormonas, píldoras antidepresivas. Uno de sus médicos, Karl Brandt, afirmó que envejecía “cuatro o cinco años cada año”. Su cabello encaneció; pero su capacidad de trabajo continuó siendo impresionante hasta el fin.

Hitler se trasladó a su búnker, bajo la Cancillería de Berlín, en enero de 1945 y llevó consigo a Goebbels; ambos irradiaban un fuego socialista. “Bajo las ruinas de nuestras ciudades devastadas”, afirmó exultante Goebbels, “al fin quedan enterradas las últimas y presuntas realizaciones de nuestro burgués siglo XIX”.⁵⁷ Entre bocado y bocado de interminables tortas de crema —Hitler se convirtió en una “ruina humana devoradora de tortas”, comentó uno de su círculo— expresaba su pesar de extremista: que él no había exterminado a la nobleza germana, que había llegado “demasiado fácilmente” al poder, en lugar de desencadenar una revolución clásica “que destruyese a las elites y las clases, que en España había apoyado a Franco y no a los comunistas, que no había sabido ponerse a la cabeza de un movimiento por la liberación de los pueblos coloniales, “especialmente los árabes”, que no había liberado a la clase trabajadora de “la burguesía de los fósiles”. Sobre todo lamentaba su benignidad, su carencia de la admirable implacabilidad que Stalin había demostrado tan consecuentemente y que concitaba el “respeto sin reservas” a su persona. Una de las últimas observaciones registradas de Hitler, el 27 de abril de 1945, tres días antes de suicidarse (se discute si con una bala o apelando al veneno) fue: “Después, uno lamenta el hecho de haber sido tan bondadoso”.⁵⁸

⁵³ *Hitler's Table-Talk*, pp. 657, 661, 666, 684; Fest, op. cit., pp. 1057, 1063.

⁵⁴ Fest, op. cit., pp. 1057-1059.

⁵⁵ Véase Hugh Trevor-Roper, “Thomas Carlyle's Historical Philosophy”, en *The Times Literary Supplement*, 26 de junio de 1981, pp. 731-734.

⁵⁶ Citado en Hugh Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, Londres, 1947, p. 51.

⁵⁷ Albert Zoller, *Hitler privat*, Dusseldorf, 1949, p. 150.

⁵⁸ Fest, op. cit., pp. 1069 y ss., 1077, 1104-1112.

Antes de su muerte y de deplorar su propia benevolencia, Hitler de hecho había concretado el más grande crimen individual de la historia, el exterminio de los judíos europeos. El “problema judío” era el eje de toda su concepción de la historia, su filosofía política y su programa de acción. Junto a la conquista de espacio y de materias primas para la raza señorial alemana, la destrucción del “bacilo” judío en su centro de Rusia bolchevique era el propósito principal de la guerra. Para Hitler, los años de paz, 1933 a 1939, fueron en el área de la política judía, como en todo el resto, nada más que años de preparación. Sería imposible exagerar la afirmación de que los propósitos de Hitler no se podían realizar si no era mediante la guerra y bajo la cobertura de la guerra. A semejanza de Lenin y Stalin, Hitler creía en la ingeniería social definitiva. El concepto de destruir a enormes categorías de personas cuya existencia amenazaba la misión histórica que él se había fijado, le parecía, como a aquéllos, totalmente aceptable. Las dos únicas cosas que temía eran la publicidad y la oposición que podía impedirle la ejecución de su tarea necesaria.

Por lo tanto, la guerra representó el advenimiento de una situación muy favorable, el hundimiento de Alemania en el silencio y la oscuridad. El 1 de septiembre de 1939 envió una nota a Philip Bouhler, jefe de su cancillería, para ordenarle el exterminio de los insanos crónicos y los incurables. La tarea estuvo a cargo de médicos SS, que de ese modo adquirieron experiencia en la selección y la muerte por gas de grandes cantidades de personas. Este programa, que determinó la muerte de unos 70.000 alemanes, no pudo ser mantenido en total secreto. Dos destacados eclesiásticos alemanes, el obispo Wurm, de Württemberg, y el obispo-conde Galen de Munster, protestaron; fue la única vez que la jerarquía alemana elevó con éxito su voz irritada contra los crímenes nazis y, a fines de agosto de 1941, un llamado telefónico de Hitler suspendió el programa.⁵⁹ Sin embargo, los “centros de eutanasia” no fueron clausurados. Continuaron usándolos para liquidar a insanos provenientes de los campos de concentración. En una visión retrospectiva parece que este programa fue un ensayo piloto del genocidio más generalizado que seguiría.

Para Hitler, la guerra comenzó realmente el 22 de junio de 1941. Ese día pudo comenzar no sólo su programa de limpieza de territorios del Este con vistas a la expansión alemana, sino el genocidio en gran escala. Hay cierta confusión acerca de la secuencia de los hechos y los propósitos de la política aplicada y eso es un reflejo del permanente caos en la mente de Hitler y de la anarquía de la administración nazi. Ya el 7 de octubre de 1939, mediante un decreto secreto, Hitler designó a Himmler en un nuevo cargo, el de comisionado del Reich para la Consolidación de la Nacionalidad Alemana, con instrucciones de emprender una “limpieza racial” en el Este y preparar el camino para el programa de reasentamiento. Ya estaban cometiéndose muchos asesinatos de judíos polacos. No se sabe cuándo exactamente Hitler ordenó que comenzara la “solución final” o cómo precisamente definió su alcance, ya que todas sus órdenes fueron verbales. En marzo de 1941 Himmler convocó a la primera conferencia del genocidio y anunció que uno de los propósitos de la futura campaña en Rusia era “diezmar la población eslava en unos treinta millones de individuos”.⁶⁰ A fines del mismo mes, el mismo Hitler habló a sus altos oficiales acerca de los *einsatzgruppen*, unidades de exterminio que marcharían a retaguardia de los ejércitos alemanes. Dos días más tarde, el 2 de abril, después de una conversación de dos horas con Hitler, Alfred Rosenberg escribió en su diario: “Lo que no deseo anotar, pero nunca olvidaré”.⁶¹ Las unidades SS de exterminio comenzaron su trabajo inmediatamente después de iniciada la invasión y hacia fines de 1941 habían asesinado a unos 500.000 judíos rusos, así como a otros rusos, principalmente por fusilamiento. Sin embargo, el documento fundamental de los programas de genocidio parece ser una orden impartida, sobre la base de la autoridad del fñhrer, por Goering el 31 de julio de 1941 a Reinhard Heydrich, delegado de Himmler y jefe del SD, un personaje a quien Hitler llamaba “el hombre de corazón de hierro”. La orden aludía a una solución total, *gesamtlosung*, y a una solución final, *endlosung*, “para resolver el problema judío”. Goering definió verbalmente la palabra “final” para beneficio de Heydrich, repitiendo las propias órdenes verbales de Hitler: de acuerdo con la prueba ofrecida en su

59 A. Mitscherlich y F. Mielke, *The Death Doctors*, Londres, 1962, pp. 236 y ss.; Manvell y Fraenkel, *Himmler*, pp. 87 y ss.; Holbornm, op. cit., p. 811.

60 Manvell y Fraenkel, *Himmler*, p. 117.

61 Fest, op. cit., p. 1011.

proceso de 1961 por Adolf Eichmann, a quien Heydrich designó su representante, significaba “la destrucción biológica planeada de la raza judía en los territorios del Este”. La fecha operativa del programa fue abril de 1942, con el fin de conceder tiempo a los preparativos.⁶² La conferencia ejecutiva, que resolvió los detalles, fue organizada por Eichmann y presidida por Heydrich en Wannsee el 20 de enero de 1942. A esa altura de las cosas, se habían acumulado muchos elementos acerca de los métodos de matanza. Desde junio de 1941, por orden de Himmler, Rudolf Hess, comandante del campamento A de Auschwitz-Birkenau, había estado realizando experimentos. El fusilamiento era muy lento y engorroso. Se comprobó que el monóxido de carbono también era lento. Entonces, en agosto de 1941, utilizando a 500 prisioneros de guerra soviéticos como cobayos, Hess realizó una masacre masiva con zyklon-B. Elaboraba el producto una firma fabricante de pesticidas, Degesch, que era satélite de I. G. Farben. El descubrimiento del zyklon-B —afirmó Hess— “me tranquilizó”.⁶³ Se envió un enorme pedido de este gas a cargo de la SS, con orden de omitir el ingrediente “indicador”, que advertía del peligro a los seres humanos. Los dividendos obtenidos de Degesch por la I. G. Farben se duplicaron entre 1942 y 1944, y por lo menos un director conocía el uso que se hacía del gas: la única protesta de Degesch fue que la omisión del “indicador” podía amenazar la vigencia de la patente.⁶⁴

La solución final comenzó a ejecutarse en la primavera de 1942. Las primeras masacres masivas por gas comenzaron en Belzec el 17 de marzo de 1942. Este campo tenía capacidad para matar a 15.000 personas por día. Al mes siguiente comenzaron a funcionar Sobibor (20.000 personas por día), Treblinka y Maidanek (25.000) y Auschwitz, según las palabras de Hess “la institución más grande de aniquilamiento humano de todos los tiempos”. La documentación acerca del genocidio es enorme.⁶⁵ Las cifras casi desafían la credibilidad. En diciembre de 1941 Hitler ejercía su dominio sobre unos 8.700.000 judíos. De este total, hacia principios de 1945 había asesinado por lo menos a 5.800.000: 2.600.000 polacos, 750.000 rusos, 750.000 rumanos, 402.000 húngaros, 277.000 checoslovacos, 180.000 alemanes, 104.000 lituanos, 106.000 holandeses, 83.000 franceses, 70.000 letones, 65.000 de Grecia y otros tantos austríacos, 60.000 yugoslavos, 40.000 búlgaros, 28.000 belgas y 9.000 italianos. En Auschwitz, donde asesinaron a 2 millones de personas, el proceso tenía el carácter de una operación industrial en gran escala. Las firmas alemanas presentaron ofertas competidoras para optar a la “unidad procesadora”, que debía tener “capacidad para eliminar 2.000 cadáveres cada doce horas”. Los cinco hornos fueron suministrados por la firma alemana de Top & Co. de Erfurt. Las cámaras de gas, descritas como “depósitos de cadáveres”, fueron diseñadas por la firma Armamentos Alemanes Incorporada, de acuerdo con una especificación que requería “puertas a prueba de gas con burletes de goma y un puesto de observación de vidrio doble de ocho milímetros, tipo 100/ 192”.⁶⁶ El terreno sobre las cámaras de gas era un prado bien cuidado, interrumpido por salientes de concreto, que cubría las chimeneas por donde los “ordenanzas sanitarios” introducían los cristales de color azul-amatista de zyklon-B. Las víctimas entraban en los recintos, que, según les decían, eran baños, y al principio no advertían el gas que brotaba por varias perforaciones en las columnas de metal:

Entonces sentían el gas y se amontonaban alejándose de las columnas amenazadoras, para abalanzarse finalmente sobre una enorme puerta de metal con su ventanita, y allí se apilaban en una pirámide azul, pegajosa y manchada de sangre, dando manotadas y gritándose unos a otros incluso en la muerte. Veinticinco minutos después las bombas eléctricas “de desagote” eliminaban el aire cargado de gas, se abría la gran puerta de metal y entraban los hombres del *sonderkommando* judío, protegidos con máscaras antigás y botas de goma y que traían mangueras, pues su

62 Manvell y Fraenkel, *Himmler*, pp. 118-119.

63 *Ibid.*, pp. 120-122.

64 Borkin, op. cit., pp. 122-123.

65 Para una selección, véase Raul Hilberg, ed., *Documents of Destruction: Germany and Jewry 1933-1945*, Nueva York, 1971, y su *Destruction of the European Jews*, Nueva York, 1961.

66 Martin Gilbert, *Final Journey: the Fate of the Jews in Nazi Europe*, Londres, 1979, pp. 69-70.

primera tarea era eliminar la sangre y las defecaciones antes de separar con garfios y ganchos a los muertos contorsionados, el preludio de la siniestra búsqueda de oro y la eliminación de los dientes y los cabellos, considerados materiales estratégicos por los alemanes. Después venía el viaje en ascensor o carretilla hasta los hornos, el molino que reducía a fina ceniza los restos calcinados y el camión que dispersaba las cenizas en el arroyo del Sola.⁶⁷

De hecho, para ahorrar dinero, a menudo se utilizaban cantidades inapropiadas del costoso gas, de modo que las víctimas más sanas simplemente quedaban aturdidas y se las quemaba vivas.⁶⁸

La “solución final”, como la mayoría de los planes nazis, degeneró en un embrollo administrativo y en situaciones contradictorias. Como en los campos soviéticos, la disciplina interna quedó en manos de delincuentes profesionales, los temidos *kapos*. Eichmann y Hess poco a poco perdieron el control real. Había un conflicto fundamental de propósitos en la política de los campos de concentración. Hitler deseaba que todos los judíos (y muchos otros grupos) fueran asesinados a cualquier costo. Rechazó brutalmente las quejas militares en el sentido de que los suministros con destino a los combates desesperados que se libraban en el frente oriental se veían retenidos por la necesidad de transportar millones de víctimas a través de Europa, a menudo en trenes atestados formados por hasta cien vagones o camiones, con decenas de miles de personas. Por otra parte, Himmler deseaba ampliar su “Estado SS dentro del Estado”, hasta convertirlo en un enorme imperio industrial y de construcciones, que durante la guerra debía proveer de una proporción cada vez más elevada de suministros militares alemanes y que después crearía la infraestructura de los asientos orientales planeados por Hitler, con una población de 150 millones de personas. Esta última tarea insumiría veinte años y requeriría 14.450.000 trabajadores esclavos, con una tasa anual contemplada de mortalidad del 10 por ciento.⁶⁹

La cifra no es tan fantástica como parece: en agosto de 1944 había 7.652.000 extranjeros trabajando sólo en la industria alemana, y ese total estaba formado por 1.930.000 prisioneros de guerra y más de 5 millones de forzados, deportados o esclavos.⁷⁰ Himmler deseaba utilizar la guerra para crear el núcleo de su imperio esclavo y por lo tanto no se sentía muy ansioso de matar a los judíos si podía conseguir que trabajaran, sobre todo porque existía la posibilidad de ganancias reales para sus cofres de la SS de Krupp, Siemens, I. G. Farben, Rheinmetall, Messerschmidt, Heinkel y otras grandes firmas, a cambio del trabajo extraído de los campos de concentración. Hacia fines de 1944, más de 500.000 prisioneros de los campos fueron “alquilados” a la industria privada; además Himmler estaba dirigiendo sus propias fábricas, a menudo con el empleo de judíos “rescatados”, cuya existencia misma él ocultaba a los ojos de Hitler.⁷¹

Himmler resolvió el dilema mediante un compromiso. Incorporó la industria alemana al sistema de los campos de la muerte y luego obligó a los esclavos a rendir hasta que quedaran únicamente en condiciones de ser exterminados en los hornos. Auschwitz ocupa un lugar especial de deshonra en esta historia de horror, no sólo por su magnitud particular sino porque fue concebida intencionadamente para expresar este compromiso. Fue creada conjuntamente por la SS y la I. G. Farben, como un centro de producción de caucho (*buna*) y combustible sintético. Este vasto complejo consistía en A1, el campo de concentración inicial; A2, la planta de exterminio de Birkenau; A3, la planta de producción de *buna* y combustible sintético; y A4, el campo de concentración de la misma I. G. Farben en Monowitz. Farben tenía su “división especial de Auschwitz”, con su propio cuerpo de bomberos y su policía, armada con látigos, si bien la administración se quejaba por el ruido y el número de flagelaciones practicadas por los *kapos* y exigía que estos actos se ejecutaran en el campo de concentración propiamente dicho y no en los

67 Cita tomada de Gerald Reitlinger, *The Final solution*, Londres, 1953.

68 Gilbert, *Final Journey*, pp. 77-78.

69 Speer, op. cit., pp. 302-304.

70 Ibid., p. 368, n. 23.

71 Véase Benjamin B. Ferencz, *Less than Slaves: Jewish Forced Labor and the Quest for Compensation*, Harvard, 1981.

lugares de trabajo.

Cuando llegaban los trenes con las víctimas, se las dividía en el grupo de personas sanas, que eran enviadas a Monowitz, y los débiles, los enfermos, las mujeres y los niños, que marchaban directamente al campo de la muerte. Los trabajadores de Buna-Monowitz comenzaban todos los días a las tres de la madrugada y se desplazaban al “trote SS”, incluso cuando transportaban materiales pesados y estaban obligados a trabajar en zonas de 10 metros cuadrados. No había períodos de descanso y quien abandonaba su zona era baleado por “intento de fuga”. Había flagelaciones todos los días y “varios ahorcamientos por semana”. Al mediodía se servía sopa de patatas y nabos, y por la noche un pedazo de pan. Fritz Saukel, jefe del sistema de trabajo esclavo, había establecido la norma: “Todos los prisioneros deben ser alimentados, alojados y tratados de tal modo que se los aproveche hasta el máximo posible, con el mínimo nivel concebible de erogación”.⁷² De hecho, estaban en peor condición que los esclavos: 25.000 fueron obligados a trabajar literalmente hasta la muerte solamente en Auschwitz. Todas las mañanas, el oficial a cargo de la distribución del trabajo seleccionaba a los enfermos para enviarlos a las cámaras de gas. Farben llevaba los registros, incluso de la orden definitiva: *nach birkenau*. La pérdida media de peso era de tres a cuatro kilogramos y medio por semana, de modo que los que hasta ese momento habían tenido una alimentación normal podían compensar la deficiencia con elementos de su propio cuerpo hasta un lapso de tres meses (más tiempo que en la mayoría de los campamentos rusos de ese tipo). Los esclavos de hecho quemaban su propio peso corporal y, finalmente, morían de agotamiento. Como dijo un historiador:

La I. G. Farben redujo el trabajo esclavo a una materia prima utilizable, una materia prima humana de la que se extraía sistemáticamente el mineral de la vida. Cuando no quedaba energía utilizable, el esqueleto viviente era enviado a las cámaras de gas y a los hornos de cremación del centro de exterminio de Birkenau, donde la SS lo reciclaba en la economía bélica alemana: dientes de oro para el Reichbank, cabellos para los colchones y grasa para fabricar jabón.⁷³

Las magras posesiones de los muertos llevados a Auschwitz oficialmente eran “confiscadas” y enviadas a Alemania. Durante un período de seis semanas, del 1 de diciembre de 1944 al 15 de enero de 1945, esos materiales incluyeron 222.269 trajes y ropa interior de hombres, 192.652 conjuntos de prendas femeninas y 99.922 conjuntos de prendas infantiles.⁷⁴ Pero a pesar de esta grotesca mezquindad, tan característica del Estado totalitario, Auschwitz fue un fracaso económico total: produjo muy poco combustible sintético y absolutamente nada de *buna*.

En el marco general del genocidio, que destruyó a millones de polacos y rusos así como a millares de judíos, se practicaron muchas formas originales de crueldad. El decreto de Himmler llamado *Lebensborn*, del 28 de octubre de 1939, ordenó la creación de hatos [*stud-farms*] para la producción de “arios ideales” y las oficiales SS recorrían los campos de concentración para secuestrar a los niños de tipo ario y proveerlos, “de modo que en el curso de nuestra propia vida nos convirtamos en un pueblo de 120 millones de almas germánicas”. Himmler, que admiraba la figura delgada de lord Halifax, ordenó que las mujeres destinadas a la procreación comiesen potaje de avena:

Los ingleses, y sobre todo los señores y las damas ingleses, prácticamente se crían con este tipo de alimento [...] Se considera que consumirlo es muy apropiado. Precisamente estas personas, tanto los hombres como las mujeres, se destacan por sus figuras esbeltas. De ahí que las madres de nuestros hogares deban acostumbrarse al potaje de avena, y que se les enseñe a alimentar a sus hijos con ese producto. ¡Heil

⁷² *Trial of the Major War Criminals before the International Military Tribunal*, ed. L. D. Egbert, 42 vols., Nuremberg, 1947-1949, I, p. 245.

⁷³ Borkin, op. cit., pp. 111-127.

⁷⁴ Gilbert, *Final Journey*, p. 78.

Hitler!.⁷⁵

En el extremo opuesto del espectro, 350 médicos SS (uno de cada 300 de los que ejercían en Alemania) intervinieron en los experimentos realizados a costa de los prisioneros de los campos. Por ejemplo, el doctor Sigmund Rascher realizó en Dachau pruebas con bajas temperaturas, mató a cantidades personas y pidió que lo trasladasen a Auschwitz: “El campo mismo es tan amplio que el trabajo atraerá menos la atención. ¡Los sujetos aúllan mucho cuando les baja la temperatura!”. Las jóvenes polacas, llamadas “conejos”, fueron infectadas con material de heridas de gangrena gaseosa para realizar pruebas con sulfonamidas. Se practicó la esterilización masiva de trabajadores esclavos rusos utilizando rayos X. Otros proyectos incluyeron la infección de virus de hepatitis en Sachsenhausen; de líquidos inflamatorios en el útero con fines de esterilización en Ravensbruck, un campamento exclusivamente para mujeres; experimentos destinados a provocar flemones en los sacerdotes católicos de Dachau; inyecciones con vacuna contra el tifus en Buchenwald; trasplantes óseos experimentales e ingestión forzada de agua de mar por los gitanos. En Oranienburg, se sometió a la acción del gas a un grupo seleccionado de judíos con el fin de obtener ejemplares para la colección de esqueletos de Himmler, formada por “comisarios judeobolcheviques que personifican una subhumanidad repulsiva pero característica”.⁷⁶

Existe la idea de que “el crimen innombrable”, como lo denominó Churchill, fue una fechoría nacional. Es verdad; el programa del genocidio fue, del principio al fin, y a pesar de su escala inmensa, una acción furtiva. Hitler jamás aludió a él ni siquiera en las interminables arengas a sus íntimos, que forman los temas de sus *Charlas de sobremesa* y de otros documentos. Aunque se mostró regocijado con la masacre de los conspiradores de julio de 1944 y solía ordenar que proyectaran una y otra vez el filme de sus horribles ejecuciones, nunca visitó los campos y mucho menos los de la muerte. Su voluntad gigantesca y cargada de odio desencadenó el proceso y lo mantuvo en marcha hasta que prácticamente realizó su propósito. Pero el odio era abstracto. Era como si hubiese temido que incluso su voluntad pudiera disolverse al ver a los millones de condenados a muerte en la forma de rostros individuales; en ese caso, podía desplomarse su capacidad de ejecutar aquello que, según creía, era su servicio supremo a la “cultura” alemana. Podía complacerse en los asesinatos de los generales aristócratas a quienes conocía y detestaba, pero la masacre de categorías enteras de la humanidad no era nada más que un deber desagradable. Al parecer, Lenin tuvo la misma actitud. Tampoco Stalin, que espiaba a través de un orificio los sufrimientos de sus antiguos camaradas en el curso de sus respectivos procesos, visitó los calabozos de la Lubianka ni conoció los campos de la muerte.

Desde el silencio de Hitler hacia abajo, toda la operación del genocidio estuvo signada por un sentimiento implícito e inefable de culpa. Incluso Himmler, el arquetipo del revolucionario sacerdotal, que supervisó todos los detalles del crimen, visitó Auschwitz sólo dos veces. Como en todos los sistemas totalitarios, fue necesario crear un falso lenguaje vernáculo para disimular los horrores concretos del relativismo moral. La jerga SS referida al asesinato incluía términos como “trato especial”, “reasantamiento”, “la línea general”, “actos soberanos fuera del alcance de los jueces” y sobre todo “envío al Este”.⁷⁷ Como en el caso de los asesinatos de 1934, el crimen principal que fue el progenitor del crimen colosal, una conspiración de silencio debía envolver a la nación. Himmler dijo a sus mayores generales SS el 4 de octubre de 1943: “Entre nosotros el tema debería mencionarse con absoluta franqueza, pero nunca debemos hablar públicamente del asunto”. Así como en 1934 había sido la obligación de estos hombres “poner contra la pared y fusilar a los camaradas que habían incurrido en falta”, ahora era su deber “exterminar a la raza judía”. Nunca se habían referido públicamente a las muertes de 1934 y también ahora tenían que guardar silencio. El 29 de mayo de 1944 dijo a los *gauleiters* que antes de finalizar el año todos los judíos estarían muertos:

⁷⁵ Manvell y Fraenkel, *Himmler*, p. 91.

⁷⁶ *Ibíd.*, pp. 104-111. Véase también Mitscherlich y Mielke, *op. cit.*

⁷⁷ Manvell y Fraenkel, *Himmler*, Apéndice B, pp. 252-253.

Ahora lo saben todo acerca de este asunto y será mejor que lo mantengan en reserva. Quizás en un período posterior, dentro de mucho tiempo, podamos considerar la posibilidad de hablar un poco más acerca de esto al pueblo alemán. Pero creo que será mejor que no lo hagamos. Aquí nosotros hemos asumido la responsabilidad, tanto por la acción como por una idea, y creo que será mejor que llevemos este secreto hasta la tumba.⁷⁸

Por eso mismo, alrededor de los campos de muerte había una complicada red de seguridad. La esposa de un oficial alemán, que en un empalme ferroviario confuso se metió por error en el tren de la muerte, fue enviada a los hornos con el fin de que no pudiese contar lo que había visto. Ninguna víctima salió viva de Auschwitz hasta que dos judíos eslovacos se fugaron en agosto de 1944. De todos modos, millones de alemanes sabían que se estaba haciendo algo horrible a los judíos. Sólo en la SS había 900.000 personas. Muchísimos alemanes oían y veían los trenes interminables que traqueteaban en la noche, y conocían su significado, como lo sugiere una observación de uno de ellos: “Esos malditos judíos [...] ni siquiera nos dejan dormir por la noche”.⁷⁹ Había una enorme superposición entre el sistema esclavista y la industria alemana. Cabe recordar que los alemanes habían utilizado el trabajo esclavo y la técnica del trabajo hasta el agotamiento en el período entre 1916 y 1918; era una reacción nacional frente a la guerra, una parte destacada del “socialismo de guerra” que Lenin admiraba tanto. La paranoia racial arraigaba profundamente en la cultura alemana y había sido promovida por generaciones de intelectuales. Era anterior a Hitler y lo empequeñecía. Varias décadas después es difícil concebir el poder y la ubicuidad del racismo entre blancos, sobre todo del antisemitismo (y no sólo en Alemania). Por lo tanto, en cierto modo el pueblo alemán quiso el fin; Hitler quiso los medios.⁸⁰

Por otra parte, el crimen tuvo cómplices en todo el mundo civilizado. Había 150.000 miembros no alemanes de la SS. Por ejemplo, las peores masacres de polacos fueron ejecutadas por una división SS de 6.500 rusos blancos que eran prisioneros de guerra.⁸¹ Hitler a menudo encontró colaboradores bien dispuestos para perseguir a los judíos no alemanes. Por irónico que parezca, los lugares más seguros en Europa para los judíos fueron España fascista y Portugal; también Italia hasta que Hitler instaló su régimen títere. El sitio más peligroso era Francia, donde el régimen de Vichy, antisemita desde el principio, acentuó esa característica con el correr del tiempo. Había dos tipos de judíos franceses, los sefardíes asimilados y los alsacianos, y los recién llegados y los refugiados. En noviembre de 1941, Vichy organizó la *Union Générale des Israelitas de France*, con un personal directivo reclutado principalmente en el primer grupo; esta entidad se convirtió en una máquina burocrática destinada a enviar al segundo grupo a los campos de concentración, una especie de Vichy judío en miniatura.⁸² De hecho, Vichy participó entusiastamente en la tarea de despachar a los judíos extranjeros a los campos de la muerte; la afirmación de que protegió a sus propios judíos es falsa, pues de 76.000 judíos entregados por Francia a los nazis (de los que sobrevivieron menos de 2.000), un tercio estaba formado por franceses nativos. Entre los asesinados había 2.000 individuos menores de seis años y 6.000 menores de trece.⁸³

La sombra de la culpa se extiende todavía más ampliamente. Durante los años 1933 a 1939, cuando Hitler tenía una actitud ambivalente acerca de la emigración y los judíos aún podían escapar, nadie los quiso. Prácticamente todos los gobiernos europeos tenían un problema antisemita y estaban aterrorizados ante la perspectiva de agravarlo. Gran Bretaña cerró firmemente la puerta de Palestina por temor a los árabes: el Libro Blanco de 1939 limitó la inmigración judía a 75.000 personas en el lapso de cinco años. Como de costumbre, Roosevelt demostró mucha simpatía

78 Ibid., pp. 136-137, 196-197.

79 Gilbert, *Final Journey*, p. 70; Luba Krugman Gurdus, *The Death Train*, Nueva York, 1979.

80 Para un debate de este aspecto, véase Rainer C. Baum, *The Holocaust and the German Elite: Genocide and National Suicide in Germany 1871/1945*, Londres, 1982.

81 Gerald Reitlinger, *The SS: Alibi of a Nation, 1922-1945*, London, 1956, p. 377.

82 Maurice Raisfus, *Les Juifs dans la Collaboration: L'UGIF 1941-1944*, París, 1981.

83 Michael R. Marrus y Robert O. Paxton, *Vichy France and the Jews*, Nueva York, 1981.

retórica a los judíos, pero no hizo nada práctico para ayudarlos a ingresar en Estados Unidos. Los primeros informes del genocidio llegaron al Consejo Mundial Judío de Lausana en agosto de 1942. Incluso los funcionarios judíos, inmunes al horror, se mostraron escépticos al principio. En abril de 1943, una reunión anglonorteamericana de funcionarios celebrada en Bermudas, decidió, en efecto, que ninguna de las dos naciones haría nada para ayudar a los judíos y que cada una no criticaría a la otra por no hacer nada; era un pacto mutuo en perjuicio de la conciencia. Hacia agosto de 1943 era sabido, y fue publicado, que 1.702.500 judíos ya habían sido exterminados. El 1 de noviembre, Roosevelt, Stalin y Churchill advirtieron conjuntamente a los líderes alemanes que serían juzgados por tales crímenes. El 24 de marzo de 1944, Roosevelt emitió otra advertencia pública. Pero eso fue todo. Aunque Estados Unidos disponía de espacio y alimentos, Roosevelt no quiso ofrecer asilo. Solamente Churchill defendió la acción a toda costa.

Pero debió someterse al voto contrario de sus colegas, encabezados por Anthony Eden, cuyo secretario observó: “Desgraciadamente, A. E. se muestra inmovible en relación con el tema de Palestina. Ama a los árabes y odia a los judíos”. El 6 de julio de 1944, Chaim Weizmann, presidente de la Agencia Judía Mundial, rogó a Eden que utilizara los bombarderos aliados para detener el movimiento de los judíos húngaros, que estaban siendo incinerados en la proporción de 12.000 diarios. Churchill escribió: “Obtenga todo lo que pueda de la fuerza aérea, e invóqueme si es necesario”. Pero no se hizo nada y no se sabe bien si un bombardeo hubiera aportado resultados eficaces.⁸⁴

A esas horas, la mayoría de los judíos había muerto. Lo que los sobrevivientes deseaban era la prueba de que el mundo civilizado no los había olvidado: “No orábamos por nuestra vida”, ‘dijo uno de ellos, “no teníamos esperanzas en ese sentido, sino por la venganza, por la dignidad humana, por el castigo a los asesinos”.⁸⁵ Los judíos reclamaban el reconocimiento de la enormidad específica del crimen. No puede afirmarse que lo hayan conseguido, ya sea de los propios alemanes, que podían haber absuelto su culpa compartida al reconocerla, o de los aliados. La historia del castigo de los crímenes alemanes de guerra es casi tan complicada y confusa como los crímenes mismos. Puesto que Stalin creía, al igual que en otro momento Lenin, que una Alemania soviética surgiría de la guerra, en sus declaraciones públicas puso en segundo plano la culpabilidad alemana por la guerra e indujo a sus partidarios occidentales a hacer lo mismo. Sus sentimientos privados eran muy distintos. En la Conferencia de Teherán criticó a Churchill porque distinguía entre los jefes alemanes y la masa del pueblo. Asimismo, para consumo interior, ordenó a Ehrenburg y a otros escritores que publicaran ataques violentamente racistas contra los alemanes en *Pravda*, *Estrella Roja* y otros periódicos.⁸⁶ Sin embargo, la línea pública comunista en Occidente fue dispensar a los crímenes de guerra el trato de una cuestión política y no moral. En 1942 Victor Gollancz, el principal publicista izquierdista de Gran Bretaña, acuñó una frase famosa con su folleto *Nuestros niños, ¿vivirán o morirán?*, que argumentaba que la culpa de la guerra correspondía principalmente al imperialismo: por lo tanto, “todos somos culpables”, aunque los capitalistas eran más culpables que la masa del pueblo común.⁸⁷

En 1945 los aliados concertaron un acuerdo acerca de la condena y ajusticiamiento de los principales nazis. Al descender en la escala comenzaron las dificultades. Los rusos fueron los primeros en llegar a los principales campos de la muerte. Algunos de los funcionarios de esos campos desaparecieron, posiblemente con el fin de trabajar para sus enemigos. Los nexos entre la fuerza de seguridad nazi y la soviética siempre habían sido sólidos y se reanudaron cordialmente después de la guerra. Himmler siempre había admirado los métodos policiales soviéticos (creía que Stalin tenía distinguida sangre mongol, originada en la horda de Genghis Khan) y el jefe de la

⁸⁴ Martin Gilbert, *Auschwitz and the Allies*, Londres, 1981, pp. 267-270.

⁸⁵ Citado en *ibíd.*

⁸⁶ John Wheeler-Bennett y Anthony Nicholls, *The Semblance of Peace: the Political Settlement after the Second World War*, Nueva York, 1972, pp. 146-148, 166; Alexander Werth, *Russia at War 1941-1945*, Nueva York, 1965, pp. 267-268.

⁸⁷ Aaron Goldman, “Germans and Nazis: the Controversy over ‘Vansittartism’ in Britain during Second World War”, en *Journal of Contemporary History*, 14, 1979, pp. 155-191.

Gestapo, el general SS Mueller, probablemente fue a trabajar para la NKVD.⁸⁸ Muchos de los funcionarios policiales prusianos que habían servido a Goering ocuparon altos cargos en la policía de la República de Alemania Oriental, organizada a su debido tiempo por Stalin.

Entre los británicos y los norteamericanos el ardor por castigar duró más tiempo, pero se amortiguó finalmente a causa de la marcha de la historia. Cuando los ejecutivos de la I. G. Farben fueron sentenciados en Nuremberg el 29 de julio de 1948, había comenzado el bloqueo de Berlín; Alemania era ahora un posible aliado y el restablecimiento de la industria alemana constituía un objetivo anglonorteamericano. De modo que Karl Krauch, el hombre que nazificó la firma y eligió personalmente a Auschwitz como sede de la planta productora de *buna*, recibió sólo una condena de seis años. Once ejecutivos más merecieron condenas de prisión de ocho años a dieciocho meses, “bastante leves como para complacer a un ladrón de gallinas”, como dijo irritado el fiscal Josiah DuBois.⁸⁹ En enero de 1951 todos los criminales de guerra del mundo industrial alemán habían sido liberados mediante un acto de clemencia de los aliados. Alfred Krupp, sentenciado a la confiscación de toda su propiedad, la recuperó, pues John J. McCloy, el alto comisionado norteamericano, consideró que “la confiscación de la propiedad era una actitud que repugnaba a la justicia norteamericana”. Cuando la tarea del castigo fue traspasada por los aliados a los mismos alemanes, los resultados no sugirieron que existiese un remordimiento colectivo intenso. El nuevo gobierno federal pagó una indemnización al nuevo Estado Sionista de Israel. Pero los trabajadores esclavos que reclamaron individualmente comprobaron que los tribunales alemanes no les tenían simpatía. De medio millón de trabajadores esclavos sobrevivientes, sólo 14.878, después de varios años de litigio, recibieron a su tiempo sumas que rara vez se elevaban a 1.250 dólares cada una. Después de una prolongada acción legal, Rheinmetall pagó 425 dólares a cada trabajador esclavo. Krupp pagó un total de 2.380.000 dólares en 1959, después que sobre esta empresa se ejerció la presión del gobierno norteamericano. Friedrich Flick no pagó un centavo, y dejó una herencia de más de 1.000 millones de dólares al morir, a los noventa años, en 1972.⁹⁰ Entonces, ¿quién es tan estúpido para creer que hay justicia en este mundo?

Hubo muchas razones que determinaron que el castigo fuese un proceso confuso e inadecuado. Cuando el régimen de Hitler se derrumbó en fragmentos, Estados Unidos y Gran Bretaña continuaban librando una guerra cada vez más unilateral de destrucción total contra Japón. La guerra del Pacífico presenció las más grandes batallas navales de la historia, determinadas por las abrumadoras ventajas de recursos y tecnología, que se acentuaban inexorablemente. Los japoneses comenzaron con el brillante caza Zero. Uno cayó intacto en manos norteamericanas en las Aleutianas, el 4 de junio de 1942. Rápidamente se diseñó un avión destinado a contrarrestarlo, el Hellcat, y se lo fabricó en grandes cantidades.⁹¹ La producción japonesa de aviones culminó en junio de 1944, cuando se produjeron 2.857 unidades; después se redujo constantemente a causa del bombardeo de los aliados. En toda la guerra, Japón produjo sólo 62.795 aviones, de los cuales perdió 52.109.⁹² Hacia 1943 Estados Unidos estaba produciendo más de 100.000 unidades anuales. Sucedió lo mismo con los barcos de guerra. Durante la guerra, Japón pudo poner en acción sólo veinte portaaviones, y dieciséis fueron destruidos. En el verano de 1944 Estados Unidos tenía casi 100 portaaviones operando en el Pacífico.⁹³ El desequilibrio se agravó a causa de la estrategia irracional de Japón. Los tripulantes de los submarinos japoneses se entrenaban sólo para atacar a los buques de guerra enemigos. En el Estado Mayor General únicamente dos oficiales se ocupaban de la guerra antisubmarina, la colocación de minas y la lucha antiaérea, aspectos todos clasificados despectivamente como “defensa de retaguardia”. Tampoco se adoptó un sistema limitado de convoyes hasta 1943 y la aplicación plena de esta forma táctica comenzó sólo en marzo de 1944; por esa época, la marina norteamericana tenía centenares de submarinos y un sistema completo de

88 Manvell y Fraenkel, *Himmler*, pp. 157, 169-170, 266, n. 20.

89 Borkin, op. cit., pp. 135-156.

90 Cifras tomadas de Ferencz, *Less than Slaves*.

91 Tolland, op. cit., p. 499 n.

92 James, op. cit., p. 322.

93 Tolland, op. cit., pp. 477-478.

“manadas de lobos”.⁹⁴ En consecuencia, de los 6 millones de toneladas de barcos con que Japón comenzó la guerra, perdió más de 5 millones: el 50 por ciento a causa de los submarinos, el 40 por ciento por los aviones y el resto como resultado de las minas. Los errores de la marina agravaron los del ejército que, a causa de su codicia de territorio durante los primeros cinco meses de guerra, dispersó sus fuerzas sobre una extensión de 8.500.000 kilómetros cuadrados, con 350 millones de “súbditos” vigilados por 3.175.000 hombres, cuya mayoría debía ser abastecida por mar. El resultado fue que la marina japonesa se autodestruyó; otro tanto puede decirse de la marina mercante, en el esfuerzo cada vez más inútil de mantener abastecido y armado al ejército. En realidad, muchos murieron de hambre o bien, carentes de munición, se vieron reducidos a combatir con lanzas de bambú.⁹⁵

La estrategia militar japonesa consistió en aferrarse a las conquistas, con el argumento de que los reclutas norteamericanos no podían compararse con los soldados japoneses en el combate a corta distancia y de que el número elevado de bajas llevaría a la opinión pública norteamericana a imponer un compromiso a su gobierno. Sin embargo, cuando los aliados afirmaron su superioridad en el mar y el aire, adoptaron la “estrategia del Pacífico central”, que consistió en saltar de isla en isla a lo largo del Pacífico central, en camino hacia el mismo Japón, utilizando desembarcos anfibios y aprovechando todo lo posible el abrumador poder de fuego.⁹⁶ Los japoneses siempre lucharon desesperadamente, pero la tecnología y la productividad permitieron a los norteamericanos definir y mantener un índice de bajas similar al de la época colonial. Este esquema cristalizó en la batalla decisiva de Guadalcanal, en noviembre de 1942, en que los japoneses perdieron 25.000 hombres contra sólo 1.592 bajas norteamericanas. Cuando comenzó la ofensiva del Pacífico central en el Atolón Taragua, en noviembre de 1943, los norteamericanos tuvieron que matar a todos menos a diecisiete de los cinco mil hombres de la guarnición, y a su vez perdieron mil hombres. En consecuencia, aumentaron el poder de fuego y alargaron la amplitud de los saltos. En la isla siguiente, Kwajalein, el bombardeo aéreo y marítimo fue tan catastrófico que, según dijo un testigo ocular, “parecía que la isla entera había sido elevada 6.000 metros en el aire y después soltada”. Fue necesario matar prácticamente a la totalidad de los 8.500 defensores, pero el poder de fuego mantuvo las bajas norteamericanas en la cifra de 373 hombres.⁹⁷ Fue posible mantener estos índices. En Leite, los japoneses perdieron la totalidad de sus 70.000 hombres menos 5.000; los norteamericanos, sólo 3.500. En Iwojima, los norteamericanos soportaron su peor nivel de bajas: 4.917 muertos contra más de 18.000 japoneses; y al tomar Okinawa tuvieron el más alto número de bajas: 12.520 muertos o desaparecidos contra una pérdida japonesa de 185.000 muertos. Pero en general las pérdidas norteamericanas fueron pequeñas. La mayoría de los japoneses murieron a causa del bombardeo marítimo o aéreo, o bien fueron incomunicados y murieron de hambre. Nunca pudieron ver a un soldado norteamericano o acercarse a la distancia de una bayoneta. Incluso en Birmania, donde la lucha fue muy dura y no fue posible utilizar la superioridad marítima y aérea, el 14° ejército indobritánico mató a 128.000 japoneses, mientras que sus propias bajas totales fueron menores de 20.000 hombres.⁹⁸

El propósito de la estrategia del Pacífico central fue colocar a Japón al alcance de los bombardeos pesados con base en tierra y mantener un bombardeo constante en escala cada vez más amplia. En resumen, fue la guerra que el experto del aire, Douet, había pronosticado durante la década de los veinte, la que los apaciguadores británicos habían temido durante los años treinta y la que Churchill intentó librar contra Alemania. Comenzó en noviembre de 1944, cuando la base capturada de Guam pudo ser utilizada cabalmente y las fortalezas voladoras B29, cada una con ocho toneladas de bombas, pudo atacar en masas de 1.000 aparatos con escoltas de aviones de caza. En 1939 Roosevelt había enviado mensajes a los beligerantes rogándoles que se abstuviesen de la “barbarie inhumana” del bombardeo a los civiles. Esa actitud no sobrevivió a Pearl Harbor. De

94 James, op. cit., pp. 246-247, 321, 396.

95 Ibid., p. 299; Tolland, op. cit., p. 468.

96 Tolland, op. cit., pp. 469-471.

97 James, op. cit., pp. 246-247.

98 Ibid., p. 293.

marzo a julio de 1945, prácticamente sin encontrar resistencia, los B29 arrojaron 100.000 toneladas de bombas incendiarias sobre sesenta y seis ciudades y localidades japonesas, y destruyeron 450.000 kilómetros cuadrados de calles muy pobladas. La noche del 9 al 10 de marzo, 300 B29, ayudados por un intenso viento norte, convirtieron la antigua planicie pantanosa de Musashi sobre la que se levanta Tokio en un verdadero infierno, destruyeron 40.000 kilómetros cuadrados de la ciudad, mataron a 83.000 personas e hirieron a 102.000. Un testigo ocular británico que estaba en un campamento cercano de prisioneros de guerra comparó el episodio con el horror del terremoto de 1923, que también había visto.⁹⁹ Incluso antes del lanzamiento de las bombas A, las cifras japonesas demuestran que los ataques a sesenta y nueve áreas habían destruido 2.250.000 edificios, habían dejado sin hogar a 9 millones de personas, habían matado a 260.000 y herido a 412.000. Estas incursiones aumentaban constantemente en número y fuerza, y en julio las flotas aliadas se acercaron y utilizaron sus cañones pesados para bombardear desde corta distancia las ciudades costeras.

El 16 de julio, la bomba de plutonio de Oppenheimer fue detonada en el área de ensayos de Alamogordo, Nueva México. Generó una bola de fuego con una temperatura igual a cuatro veces la que existe en el centro del sol. Oppenheimer citó la frase del *Bhagavadgita*, “la radiación de mil soles [...] Soy la muerte, la destructora de los mundos”. Fermi, más prosaico, calculó que la onda de choque equivalía a la explosión de 10.000 toneladas de TNT. Se comunicó inmediatamente la noticia al presidente norteamericano, Harry S. Truman, que regresaba de Potsdam. Un protocolo firmado por Churchill y Roosevelt en Hyde Park, propiedad del segundo, el 9 de septiembre de 1944 había estipulado que “cuando la bomba finalmente sea utilizable, tal vez, después de una madura reflexión, pueda usársela contra los japoneses”. Truman firmó rápidamente la orden de usar la bomba lo antes posible y, al parecer, no se suscitaron discusiones prolongadas acerca de la sensatez o el derecho moral de emplearla, por lo menos en el más alto nivel político y militar. Como dijo el general Groves: “La camarilla superior la quiere tan pronto como sea posible”.¹⁰⁰ Estados Unidos y Gran Bretaña ya estaban arrojando sobre Japón todos los explosivos convencionales disponibles, acrecentados diariamente por la tecnología y los recursos nuevos; rehusar el empleo de la superbomba habría sido ilógico, incluso irresponsable, pues su novedad podía influir sobre la decisión de Japón, hasta ese momento inflexible, de continuar la resistencia. Ya en febrero de 1942 se le había dicho al emperador que no sería posible ganar la guerra. En 1943 la marina había llegado a la conclusión de que la derrota era inevitable. En 1944 Tojo fue defenestrado por un *putsch* de la marina. Ninguno de estos hechos modificó la situación. El miedo al asesinato era excesivo. En mayo de 1945 se solicitó la mediación de Rusia, pero Stalin dio largas al asunto, pues en enero se le habían prometido en Yalta importantes recompensas territoriales si en agosto declaraba la guerra a Japón. El 6 de junio, el Supremo Consejo japonés aprobó un documento titulado “Política fundamental que se aplicará en adelante en la conducción de la guerra”; allí se afirmaba: “Continuaremos la guerra [...] hasta el amargo final”. El plan definitivo para la defensa de Japón, la “operación decisión”, contemplaba el empleo de 10.000 aviones suicidas (la mayoría aparatos de entrenamiento adaptados), cincuenta y tres divisiones de infantería y veinticinco brigadas; 2.350.000 soldados entrenados combatirían en las playas, con el respaldo de 4 millones de empleados civiles del ejército y la marina, y de una milicia civil de 28 millones. Tendrían armas como escopetas cargadas por la boca, lanzas de bambú y arcos y flechas. La Dieta aprobó leyes especiales con el fin de formar este ejército.¹⁰¹ Los comandantes aliados calcularon que sus propias fuerzas debían prever hasta un millón de bajas si la invasión de Japón llegaba a ser necesaria. ¿Cuántas vidas japonesas se perderían? Si suponemos índices comparables con los anteriores, la cifra estaría dentro de los 10 a 20 millones.

El objetivo de los aliados era quebrar la resistencia de los japoneses antes de que la invasión fuese inevitable. El 1 de agosto, 820 B29 descargaron 6.600 toneladas de explosivos en cinco

⁹⁹ Lansing Lamont, *Day of Trinity*, Nueva York, 1965, p. 235.

¹⁰⁰ Con respecto a la decisión de lanzar la bomba, véase Martin Sherwin, *A World Destroyed: the Atomic Bomb and the Grand Alliance*, Nueva York, 1975, cap. 8.

¹⁰¹ Tolland, op. cit., p. 756.

ciudades del norte de Kyushu. Cinco días después, la única bomba de uranio norteamericana, aún sin probar, fue lanzada sobre Hiroshima (la octava ciudad de Japón por orden de importancia) el cuartel general del 2º Ejército y un importante puerto de embarque. Dos días antes se habían arrojado unos 720.000 volantes previniendo que la ciudad sería arrasada. No se prestó atención al aviso, en parte porque se rumoreaba que la madre de Truman había vivido anteriormente en las cercanías y además porque se creía que como la ciudad era bonita, sería utilizada por los norteamericanos como centro de ocupación. De los 245.000 habitantes de la ciudad, alrededor de 100.000 murieron ese día y unos 100.000 después.¹⁰² Algunos murieron sin causas o heridas visibles. Otros estaban cubiertos de brillantes manchas multicolores. Muchos vomitaban sangre. Un hombre hundió la mano en el agua, y se “desprendió algo extraño y azulino, como humo”. Otro, casi ciego, recobró la vista, pero se le cayó todo el cabello.

La reacción pública del gobierno japonés fue enviar una protesta al mundo por intermedio de la embajada suiza. Después de ignorar el derecho internacional durante veinte años, denunció ahora “el desprecio del gobierno norteamericano por el derecho internacional y, sobre todo, la brutalidad de la nueva mina terrestre usada contra Hiroshima”. En privado, convocaron a Nishina, jefe del programa atómico japonés, llamado a Tokio para aclarar si la bomba de Hiroshima era una auténtica arma nuclear y, en caso afirmativo, si podía duplicarla en el plazo de seis meses.¹⁰³ Esta actitud no sugiere que un arma atómica habría sido decisiva.

La segunda bomba, esta vez de plutonio, fue arrojada el 9 de agosto, no sobre el blanco prefijado (el piloto no pudo hallarlo) sino sobre otro alternativo, que por una cruel ironía era la ciudad cristiana de Nagasaki, el centro de la resistencia al *shinto*; ese día murieron 74.800 personas. Quizás este hecho convenció a los japoneses de que los norteamericanos poseían una abundante existencia de esas bombas (en realidad, sólo tenían dos y debían lanzarlas el 13 y el 16 de agosto). Al día siguiente, Rusia, que había concentrado 1.600.000 hombres sobre la frontera manchuriana, declaró la guerra, de acuerdo con el arreglo concertado en Yalta. Pocas horas después los japoneses habían cableografiado aceptando en principio los términos aliados de rendición incondicional. Se suspendió entonces la guerra nuclear, aunque continuaron las incursiones convencionales y 1.500 B29 bombardearon Tokio desde el alba hasta el atardecer del 13 de agosto.

La decisión definitiva de rendirse fue adoptada el 14 de agosto. El ministro de Guerra y los dos jefes de Estado Mayor se opusieron, y el primer ministro, almirante Suzuki, tuvo que pedir al tenno que resolviese la disputa. Como dijo más tarde Hirohito:

En el momento de la rendición, no había perspectivas de acuerdo por muchas discusiones que sostuviesen [...] Cuando Suzuki me preguntó en la conferencia imperial cuál de las dos opiniones debía adoptarse, se me ofreció la oportunidad de expresar libremente mi propia voluntad, por primera vez, sin avanzar sobre la autoridad o la responsabilidad de nadie.¹⁰⁴

Después, Hirohito grabó un mensaje de rendición dirigido al pueblo japonés; en él reconocía que “la situación bélica ha evolucionado de un modo que no necesariamente es ventajoso para Japón” y que, para evitar “la extinción total de la civilización humana”, Japón tendría que “soportar lo insoportable y sufrir lo insufrible”.¹⁰⁵ Algunos oficiales militares irrumpieron en el palacio para destruir la grabación antes de que se la difundiera, mataron al jefe de la Guardia Imperial e incendiaron los hogares del primer ministro y del principal ministro de la corte. Pero no consiguieron impedir la emisión e inmediatamente después el ministro de Guerra y otros se suicidaron en la plaza del palacio.¹⁰⁶

Los datos disponibles no sugieren que habría podido obtenerse la rendición sin el empleo de las

¹⁰² Cálculo del profesor Shogo Nagaoka, First curator of the Peace memorial in Hiroshima, Tolland, op. cit., p. 790 n.

¹⁰³ James, op. cit., p. 328; Shapley, op. cit.

¹⁰⁴ Tolland, op. cit., p. 813 n.

¹⁰⁵ Texto en R. J. C. Butow, *Japan's Decision to Surrender*, Stanford, 1954, p. 248.

¹⁰⁶ Beaseley, op. cit., pp. 277-278.

bombas A. Si no se las hubiese empleado, se habrían librado encarnizados combates en Manchuria y habría sobrevenido una intensificación todavía mayor del bombardeo convencional (que ya se aproximaba al umbral nuclear de alrededor de 10.000 toneladas de TNT diarias), incluso si no hubiese sido necesario apelar a la invasión. Por lo tanto, el empleo de armas nucleares salvó vidas japonesas tanto como aliadas. Los que murieron en Hiroshima y Nagasaki fueron víctimas, no tanto de la tecnología anglonorteamericana como de un sistema paralizado de gobierno, posibilitado por una ideología perversa que se había distanciado no sólo de los valores morales sino de la razón misma.

La verdadera naturaleza de la forma japonesa de totalitarismo se manifestó cuando se abrieron los campamentos de prisioneros de guerra y el Tribunal Militar Internacional comenzó su trabajo. Su presidente, sir William Webb, observó:

[...] los crímenes de los japoneses acusados fueron mucho menos perversos, variados y amplios que los de los alemanes acusados en Nuremberg [pero] la tortura, el asesinato, la violación y otras crueldades del carácter más bárbaro fueron practicadas en tan amplia escala y de acuerdo con un esquema tan usual, que la única conclusión posible era que esas atrocidades respondían a órdenes secretas o habían sido permitidas de buena gana por el gobierno japonés, por sus miembros o por los jefes de las fuerzas armadas.¹⁰⁷

David James, el intérprete británico que visitó los principales campos después de la rendición, observó el derrumbe de los valores morales absolutos en los oficiales de las promociones que siguieron a los años veinte, que habían sido “educados cabalmente en el *kodo* y el *shintó* oficial”, y que eran los responsables de las crueldades rutinarias. “Tenían los mismos instintos de destrucción en la acción y fuera de ésta [...] De ahí que se manifestara esa pauta común de atrocidades que pareció sorprender al tribunal que sesionó en Tokio”. El régimen no tenía campos de concentración propiamente dichos; a lo sumo había sólo cuatrocientos detenidos políticos propios. Pero los campos de prisioneros de guerra estaban organizados de acuerdo con los mismos principios económicos que regían en los campos nazis y soviéticos. Después de visitarlos, James informó en septiembre de 1945:

Los principios fundamentales de la administración japonesa en los campos de prisioneros de guerra eran: extraer la cantidad máxima de trabajo a un costo mínimo en alimentos y suministros militares. En definitiva, este concepto los hundió en un abismo de crímenes que se tragó a toda la administración y convirtió a los japoneses en asesinos lisos y llanos [...] Todos los campos estaban administrados de acuerdo con los mismos criterios: no infringían ninguna de sus propias normas [...] si los juzgamos debemos aportar pruebas contra los individuos, pero en realidad el sistema engendró a los criminales.¹⁰⁸

De esta manera, de los 50.000 prisioneros que trabajaron en el ferrocarril de Siam, 16.000 murieron a consecuencia de las torturas, las enfermedades y el hambre. Las órdenes de campo japonés destacaban con insistencia que los prisioneros considerados inútiles debían ser liquidados. Las pruebas presentadas ante los tribunales revelaron que los oficiales médicos japoneses extraían el corazón y el hígado de los prisioneros sanos aún con vida. Se autorizaba el canibalismo de los prisioneros aliados cuando no se disponía de otro alimento. Los japoneses mataron a más soldados británicos en los campamentos de prisioneros que en los campos de batalla. En realidad, el prontuario de los japoneses en relación con los prisioneros de guerra fue mucho peor que el de los nazis: de 235.000 prisioneros de guerra anglonorteamericanos apresados por Alemania e Italia, sólo

107 Véase el International Military Tribunal for the Far East, *Proceedings*, 3 de mayo de 1946a 16 de abril de 1946, *Judgement*, noviembre de 1948, Tokio.

108 James, op. cit., pp. 259-260.

el 4 por ciento murió y, en cambio, de los 132.000 custodiados por los japoneses murió el 27 por ciento.¹⁰⁹

El Tribunal Aliado de Tokio sentenció a veinticinco criminales de guerra importantes y, sobre todo, a los responsables del planeamiento de la guerra y los principales cuatro horrores: la masacre de Nankin, la “marcha de la muerte” de Bataán, el ferrocarril Thai-Birmania y el saqueo de Manila. Siete, entre ellos Tojo, fueron ahorcados. Las comisiones militares locales condenaron a muerte a otros 920 criminales de guerra, y a más de 3.000 a penas de prisión. De los jueces no blancos del Tribunal, el indio Radhabino Pal discrepó al afirmar que los japoneses habían actuado sólo en defensa propia y que el juicio era la “justicia de los vencedores”. El juez filipino Delfin Jarahilla afirmó que las sentencias eran demasiado benignas. En realidad, las atrocidades japonesas contra los soldados indios y filipinos y contra los civiles chinos, malayos y otros no blancos fueron infinitamente más salvajes y numerosas que las infligidas a los anglonorteamericanos.¹¹⁰ La víctima principal del sistema fue el pueblo japonés, con más de cuatro millones de muertos, pues los mismos dogmas que enseñaban a los hombres a tratar a los prisioneros como criminales graves eran los responsables tanto de la decisión de arrojar a una guerra suicida como de la demora en concertar la paz. El primer ministro Konoye, uno de los culpables, dejó junto a su lecho de muerte un ejemplar del *De Profundis* de Oscar Wilde, en donde había subrayado cuidadosamente las palabras: “Terrible como fue lo que el mundo me hizo, lo que yo mismo hice fue aún más terrible”, un epitafio apropiado para el Japón totalitario.¹¹¹ Como hemos observado varias veces en este libro, el principio totalista de la corrupción moral desencadena una satánica ley de Gresham, que determina que el mal expulse al bien. Los aviones norteamericanos que destruyeron el convoy destinado a reforzar la guarnición de Lae, en Nueva Guinea, el 3 de marzo de 1943, ametrallaron a los sobrevivientes que nadaban en el agua e informaron: “Una tarea desagradable, pero una necesidad militar, pues los soldados japoneses no se rinden y, como podían llegar a nado a la playa, no era posible permitirles que hicieran pie y se incorporaran a la guarnición de Lae”.¹¹² Se convirtió en un hecho rutinario que los aliados matasen a los japoneses que intentaban rendirse. Uno de los abogados que actuaron en el tribunal, el capitán Adolf Feel (h.) expresó con amargura: “Hemos derrotado a nuestros enemigos en el campo de batalla, pero hemos permitido que su espíritu triunfe en nuestros corazones”.¹¹³ Era una exageración, pero contenía parte de verdad. El bombardeo japonés en pequeña escala a las ciudades chinas en 1937 y 1938 había sido condenado por todo el sistema liberal de Estados Unidos. Cuando llegó el momento de determinar cuál podía ser el primer blanco de la bomba atómica, James Conant, presidente de Harvard y representante de los intereses de la civilización en el Comité de Investigación de la Defensa Nacional, formuló la sugerencia decisiva de que “el blanco más deseable era una instalación bélica fundamental que emplease a un gran número de obreros y que estuviese rodeada por viviendas de los trabajadores”.¹¹⁴

En todo caso, la confusión de los aspectos morales hacia fines de la guerra se vio reforzada esencialmente por la presencia, en las filas de los virtuosos, del poder totalitario soviético. Apenas había un crimen que los nazis o los caballeros del *bushido* hubiesen cometido o siquiera imaginado que el régimen soviético no hubiera perpetrado también, generalmente en escala aún más amplia. Este régimen presidió precisamente el tipo de sistema que había producido la guerra y sus horrores. Más específicamente, el pacto nazisoviético de septiembre de 1939 y el pacto soviético-japonés de abril de 1941 habían posibilitado las agresiones del Eje.

De todos modos, Rusia soviética no sólo juzgó a los culpables de la guerra que había contribuido

109 Philip R. Piccigallo, *The Japanese on Trial: Allied War Crimes Operations in the East 1945-1951*, Austin, 1979, p. 27.

110 *Ibíd.*, p. 23, para opiniones diferentes.

111 Citado en Mosley, *op. cit.*

112 Samuel Eliot Morrison, *History of the US Naval Operations in World War Two: VII Aleutians, Gilberts and Marshalls*, Washington, D.C., 1951.

113 Tolland, *op. cit.*, p. 667 n.

114 Sherwin, *op. cit.*, p. 302.

a provocar, sino que surgió del conflicto como la única beneficiaria, en virtud precisamente de uno de esos tratados secretos de tiempo de posguerra —o sobornos— condenados de manera tan directa por el Tratado de Versalles y también por otros. La Carta del Atlántico del 14 de agosto de 1941 (reiterada en la Declaración de las Naciones Unidas del 1 de enero de 1942), afirmó que los signatarios “no persiguen ninguna forma de engrandecimiento, territorial o de otro carácter [...] no desean promover cambios territoriales que no concuerden con los deseos expresados libremente de los pueblos en cuestión”. El Tratado Anglorruso de alianza del 26 de mayo de 1942 afirmaba en su artículo 5: “[...] actuarán en concordancia con los dos principios, es decir no buscar su propio engrandecimiento territorial y no interferir en los asuntos internos de otros Estados”. Pero después de la Conferencia de Yalta de enero de 1945, a cambio de la promesa de entrar en la guerra contra Japón, “dos o tres meses después de la rendición de Alemania”, Stalin exigió el reconocimiento de la posesión rusa de Mongolia Exterior, Sajalin Meridional y las islas adyacentes; la internacionalización de Darien, con salvaguardia de los “intereses preeminentes de la Unión Soviética”; el arriendo de la base de Puerto Arturo; el derecho de administrar juntamente con los chinos el ferrocarril oriental chino y el ferrocarril de Manchuria Meridional, con salvaguardia de “los intereses preeminentes de la Unión Soviética”; e incorporó mediante la anexión lisa y llana las islas Kuriles. Roosevelt aceptó todos estos reclamos orientados hacia la adquisición casi sin discutir; Churchill, desesperado por obtener su apoyo en asuntos que lo afectaban más profundamente, aceptó, pues el Lejano Oriente era en esencia “un asunto norteamericano [...] Para nosotros el problema era remoto y secundario”.¹¹⁵

China, la víctima principal de este grosero acto de latrocinio territorial que posibilitó la destrucción de su régimen, no estuvo presente en Yalta y, pese a su condición de aliado, ni siquiera se le informó de estos términos hasta, por lo menos, seis meses después, y en detalle, hasta el 14 de agosto, fecha en que Roosevelt había declarado la guerra y el acuerdo era irreversible. La declaración rusa oficial de la guerra fue enviada cuatro horas después que los japoneses habían aceptado en principio rendirse.¹¹⁶ Stalin realizó su transacción sangrienta por nada, y las potencias legítimas no pudieron justificar la negación de su relevante principio de tiempos de guerra, ni siquiera sobre la base de una imperiosa necesidad militar.

Lo que acentuó el carácter de burla de los juicios a que se vieron sometidos los criminales de guerra alemanes y japoneses fue que, en el momento mismo en que reunían las pruebas contra ellos, Gran Bretaña y Estados Unidos, a su vez, ayudaban a Stalin a perpetrar un crimen de magnitud semejante, al extremo de que utilizaron la fuerza para entregarle en propias manos a la víctima. Los aliados sabían, y no dijeron ni una palabra, de la deportación soviética de ocho naciones enteras durante los años de 1941 a 1944, a pesar de que esta conducta era un crimen de guerra de acuerdo con la definición de genocidio elaborada después por las Naciones Unidas (9 de diciembre de 1948). Pero no pudieron ignorar el reclamo soviético, formulado el 31 de mayo de 1944, acerca de que todos los rusos que cayeron en manos de los aliados durante la liberación de Europa debían ser devueltos a Rusia, al margen de que lo aceptaran o no. En la práctica, se comprobó que el diez por ciento de los prisioneros “alemanes” en realidad estaba formado por rusos. Algunos deseaban regresar, otros no. Eran unidades en una gran convulsión humana a la que pocos de ellos entendían. Un informe de la inteligencia británica (17 de junio de 1944) observó: “Nunca se les preguntó si deseaban incorporarse al ejército alemán y sencillamente se los entrenó y se los armó con rifles; estos rusos nunca pensaron que eran otra cosa que prisioneros”.¹¹⁷ Los norteamericanos resolvieron el dilema tratando como alemanes a todos los prisioneros que vestían el uniforme de ese país, a menos que insistieran en que no era el caso. El Foreign Office británico persistió en una actitud pedante. Su consejero legal, sir Patrick Dean, escribió el 24 de junio:

Se trata de un problema que concierne exclusivamente a las autoridades soviéticas y que nada tiene que ver con el gobierno de Su Majestad. A su debido tiempo, todas

¹¹⁵ Poole, op. cit., p. 130.

¹¹⁶ James, op. cit., pp. 335-340.

¹¹⁷ Nicholas Bethell, *The Last Secret: Forcible Repatriation to Russia 1944/1947*, Londres, 1974, p. 5.

las personas con las cuales las autoridades soviéticas desean tratar, deben ser entregadas a los rusos, y no debemos preocuparnos por el hecho de que se las fusile o de que en otros aspectos se les dispense un trato más duro que el que recibirían de acuerdo con el derecho inglés.

Sobre esta base y pese a las aprensiones de Churchill, Anthony Eden, secretario de Relaciones Exteriores, impuso al gabinete de guerra una decisión (4 de septiembre de 1944) que dio toda la razón a Stalin y que más tarde fue incorporada al acuerdo de Yalta.¹¹⁸

En consecuencia, muchos centenares de miles de seres humanos fueron puestos al cuidado de Stalin. De la primera tanda de 10.000 individuos, todos menos doce fueron voluntariamente. Un diplomático norteamericano presenció su llegada: “Fueron retirados del lugar sometidos a una estrecha vigilancia y enviados a un destino desconocido”. Con el tiempo se acentuó la resistencia. Los hombres que viajaron en el *Empire Pride*, que amarró en Odesa el 10 de junio de 1945, tuvieron que ser sometidos a una guardia armada; había muchos enfermos y heridos como consecuencia de desesperados intentos de suicidio. Un observador británico anotó lo siguiente:

Las autoridades soviéticas rehusaron aceptar como tal a ninguno de los casos que llegaron en camilla e incluso los pacientes fueron obligados a descender del barco transportando su propio equipaje [...] Un prisionero que había intentado suicidarse fue muy mal tratado, se le abrió la herida y se la dejó que sangrase. Lo sacaron del barco y lo llevaron detrás de varios cajones de embalaje depositados sobre el muelle. Se oyó un disparo pero nada más se supo del caso.

Este mismo observador agregó que treinta y un prisioneros fueron llevados detrás de un depósito y quince minutos después se oyó el tableteo de una ametralladora. El principal prisionero de guerra que viajaba en el barco, un mayor, informó acerca de unas trescientas personas que probablemente fueron fusiladas. Después, fusilaron también al mayor en un típico toque staliniano.¹¹⁹

Con cierto exceso de celo, el Foreign Office británico también entregó a más de 50.000 cosacos que se habían rendido en Austria meridional. Estos hombres habían sido refugiados durante más de una generación y ni siquiera había derecho a repatriarlos en virtud del acuerdo de Yalta; pero fueron entregados a Stalin como una especie de bonificación humana, lo mismo que sus esposas e hijos. Unos 5.000 croatas también fueron devueltos al régimen comunista de Yugoslavia, donde se convirtieron en títeres de una “marcha de la muerte” por las calles, “hambreados, sedientos, demacrados, desfigurados, sufrientes y agonizantes, fueron obligados a correr largos trechos junto a sus liberadores que montaban a caballo o viajaban en carros”.¹²⁰ Con el fin de obligar a estos hombres, mujeres y niños a cruzar la frontera, las tropas británicas tuvieron que usar las bayonetas, y en ciertos casos dispararon a matar para quebrar la resistencia; en ocasiones utilizaron incluso lanzallamas. Hubo un elevado número de suicidios, a veces de familias enteras.¹²¹ De los que llegaron a manos de Stalin, muchos fueron fusilados rápidamente. El resto languideció en los campos y nada se supo de su existencia o se los olvidó, hasta que a su debido tiempo Solzhenitsyn llamó la atención sobre la gran escala de esta infamia especial. Sin embargo, la repatriación forzosa fue sólo un aspecto del problema suscitado a las potencias anglosajonas por su nuevo y ahora triunfante aliado totalitario.

118 Ibid., pp. 8-13; Carlton, op. cit., pp. 239-242.

119 Ibid.; Bethell, op. cit., pp. 57-60.

120 Joseph Hecomovic, *Tito's Death-Marches and Extermination Camps*, Nueva York, 1962, p. 23.

121 Bethell, op. cit., pp. 82, 101, 131-133, 142-143.

13 LA PAZ A TRAVÉS DEL TERROR

El 10 de enero de 1946, el miembro tory del Parlamento y diarista “Chips” Channon, asistió a una boda elegante en Londres y comentó a otra invitada, lady (Esmeralda) Cunard, “con cuánta rapidez se ha restablecido la vida normal”. “Después de todo”, dijo, señalando la sala atestada, “precisamente para esto hemos luchado”. “¿Qué?”, dijo Esmeralda, “¿son todos polacos?”.¹

En efecto, era demasiado fácil olvidar a Polonia. Sin embargo, Polonia era la causa de la guerra, ya que si Polonia no hubiese existido, la guerra habría seguido un curso radicalmente distinto. Polonia representó también el fin de la guerra, pues provocó el derrumbe de la alianza de tiempos de guerra y el principio de la confrontación entre la democracia y el comunismo. El relato fue reanudado en el punto en que había quedado cuando Stalin y Hitler firmaron el pacto de agosto de 1939 y ahora Rusia soviética representaba el principio totalitario adquisitivo en la escena mundial. Polonia era la nota estridente en el tablero global, un recordatorio de que la guerra no había sido tanto un conflicto entre el bien y el mal como una lucha por la supervivencia.

Por supuesto, la idea de que la “gran alianza” no era altruista en lo más mínimo fue, desde el principio mismo, nada más que una ilusión. Se trató, sobre todo, de una creación de Roosevelt, concebida en parte de acuerdo con sus propios propósitos políticos, en parte porque creía en ella. Los compatriotas del presidente norteamericano, que habían realizado una prolongada experiencia profesional en el trato con Stalin, se oponían enérgica y desesperadamente a la línea de Roosevelt.

El embajador Laurence Steinhardt, que sucedió a Davies en Moscú, adhería a la línea dura en el Departamento de Estado, es decir, la corriente denominada “la escuela de Riga”:

Los acercamientos protagonizados por Gran Bretaña o Estados Unidos son interpretados aquí inevitablemente como signos de debilidad [...] tan pronto a esta gente se le mete en la cabeza que estamos apaciguándola, cortejándola o necesitándola, de inmediato suspenden la cooperación [...] Mi experiencia ha sido que responden únicamente a la fuerza y, si no es posible usar la fuerza, al regateo oriental liso y llano.²

Roosevelt no estaba dispuesto a aceptar nada de todo esto. Tan pronto como la declaración de guerra de Hitler convirtió a Rusia en aliada de Estados Unidos, Roosevelt ideó procedimientos que le permitieran ignorar al Departamento de Estado y a la embajada, y tratar en forma directa con Stalin.³ Su intermediario fue Harry Hopkins, un intrigante político que le informó que, por supuesto, Stalin se sentía complacido con la idea: “[Él] no confía en nuestro embajador o en ningún otro de nuestros funcionarios”.⁴ Roosevelt también deseaba omitir a Churchill, a quien creía un viejo e incorregible imperialista, incapaz de comprender el idealismo ideológico. Le escribió el 18 de marzo de 1942: “Sé que usted no se opondrá a que me exprese con brutal franqueza y le diga que creo que puedo manejar personalmente a Stalin mejor que cualquier miembro de su Foreign Office o de mi Departamento de Estado. Stalin los detesta a todos ustedes. Creo que simpatiza más conmigo y abrigo la esperanza de que continuará adoptando esa actitud”.⁵ Esta vanidad, que

1 Rhodes James, ed., op. cit., p. 505.

2 Citado en Charles Bohlen, *Witness to History 1929-1969*, Nueva York, 1973, pp. 26-29.

3 Robert Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, 2 vols., Nueva York, 1950, I, pp. 387-423; Adam B. Ulam, *Stalin: the Man and his Era*, Nueva York, 1973, pp. 539-542, 560-561.

4 Yergin, op. cit., p. 54.

5 Winston Churchill, *Wartime Correspondence*, Londres, 1960, p. 196.

recuerda tanto la creencia de Chamberlain de que sólo él podía “manejar” a Hitler, se agravaba a causa de una sorprendente ingenuidad. Roosevelt no creía que Stalin deseaba territorios. Reprendió a Churchill: “Usted tiene en su sangre cuatrocientos años de instinto adquisitivo y sencillamente no entiende que un país puede no desear la incorporación de territorios aquí o allá, si están al alcance de la mano”.⁶ “Creo”, dijo refiriéndose a Stalin, “que si le doy todo lo que está a mi alcance y no le pido nada a cambio, *noblesse oblige*, no intentará anexionar nada y trabajará conmigo para crear un mundo de democracia y paz”.⁷

La amenaza que la ceguera de Roosevelt representó para la estabilidad de Europa durante la posguerra se manifestó primero en la Conferencia de Teherán, a la que Churchill, Roosevelt y Stalin asistieron en noviembre de 1943. El líder de los jefes de Estado Mayor británicos, sir Alan Brooke, resumió así la situación: “Stalin se metió al presidente en el bolsillo”.⁸ Churchill se quejó a uno de sus ministros de Estado, Harold Macmillan: “Alemania está acabada, aunque puede llevarnos un tiempo arreglar el embrollo. Ahora el verdadero problema es Rusia. No puedo conseguir que los norteamericanos lo entiendan”.⁹ A lo largo de 1944 y pese a que se inició con éxito la invasión de Europa, se acentuó el sentimiento de ansiedad de Churchill. Después de la irrupción de los aliados en julio-agosto de 1944, el ritmo del avance disminuyó. El general Eisenhower, comandante supremo, rehusó aceptar el hecho fundamental de que el grado en que sus tropas penetraran en Europa central determinaría, de hecho, el mapa de la posguerra: “Detestaría arriesgar vidas norteamericanas para alcanzar propósitos meramente políticos”, insistió.¹⁰ A medida que los soviets avanzaban, revelaron con bastante claridad sus intenciones hostiles. Después de apoderarse de la estación experimental de submarinos de los alemanes, en Gdynia, rehusaron a los expertos navales de los aliados el acceso a sus secretos, pese a que la batalla del Atlántico continuaba librándose furiosamente y los convoyes que transportaban armas a Rusia aún estaban expuestos a intensos ataques de submarinos.¹¹ Los generales norteamericanos deseaban mantener la mayor cooperación posible con las fuerzas armadas soviéticas, de manera que en el más breve lapso pudieran trasladar tropas a Oriente para acabar con los japoneses (según lo que esperaban, con el apoyo soviético masivo) y más tarde regresar todos a casa. Del modo a como Churchill veía la situación, esa actitud determinaría que los británicos, con doce divisiones (unos 820.000 hombres), tuviesen que enfrentarse con 13.000 tanques soviéticos, 16.000 aviones de primera línea y 525 divisiones, con un total de más de 5 millones de hombres.¹² Su tarea, como señaló un memorándum del Foreign Office, era descubrir el modo de “utilizar el poder norteamericano”, pilotear “esta enorme y torpe barcaza” hacia “el puerto apropiado”; de lo contrario, continuaría “flotando en el océano como una amenaza aislada para la navegación”.¹³

Churchill decidió desarrollar una política doble: negociar de manera realista con Stalin cuando podía y simultáneamente tratar de inducir a Roosevelt a adoptar una actitud firme. En octubre de 1944 fue a Moscú y presentó a Stalin lo que el mismo Churchill denominó un “documento malvado”, que definía, puesto que “el mariscal Stalin era una persona realista”, la “proporción de intereses” de las grandes potencias en cinco países balcánicos: Yugoslavia y Hungría debían dividirse por partes iguales entre Rusia y el resto; Rusia tendría el 90 por ciento en Rumania y el 75 por ciento en Bulgaria; y Gran Bretaña, en acuerdo con Estados Unidos, tendría el 90 por ciento en

6 Conferencia de El Cairo, 1943. Citado en Terry Anderson, *The United States, Great Britain and the Cold War 1944-1947*, Colombia, 1981, p. 4.

7 Citado en Robert Garson, “The Atlantic Alliance, East Europe and the Origin of the Cold War”, en H. C. Allen y Rogert Thompson, eds., *Contrast and Connection*, Atenas, Ohio, 1976, pp. 298-299.

8 Lord Moran, *Churchill: the Struggle for Survival, 1940-1944*, Londres, 1968, p. 154.

9 John Wheeler-Bennett y Anthony Nicholls, *The Semblance of Peace: the Political Settlement after the Second World War*, Nueva York, 1972, p. 290. 10. Anderson, op. cit., p. 15.

10 John Wheeler-Bennett y Anthony Nicholls, *The Semblance of Peace: the Political Settlement after the Second World War*, Nueva York, 1972, p. 290. 10. Anderson, op. cit., p. 15.

11 John R. Deane, *The Strange Alliance: the Story of American Efforts at Wartime Co-operation with Russia*, Londres, 1947, p. 298.

12 Lisle A. Rose, *Dubious Victory: the United States and the End of World War Two*, Kent, Ohio, 1973, I, pp. 6-7.

13 Memorándum del Foreign Office, 21 de marzo de 1944, “Essentials of an American Policy”.

Grecia. Según las minutas recogidas por el embajador británico, sir Archibald Clark-Kerr, Stalin regateó acerca de Bulgaria, donde evidentemente deseaba el 90 por ciento; luego firmó el papel con un signo de su lápiz azul. También aceptó contener a los comunistas italianos.¹⁴

El “documento malvado” era en realidad un intento de excluir a Rusia del Mediterráneo, pagando el precio de entregarle como satélites a Rumania y Bulgaria. Churchill calculaba que Grecia era el único país al que podía salvarse del incendio, pues ya había allí tropas británicas; lo que obtuvo en Moscú fue el acuerdo de Stalin en el sentido de que Gran Bretaña tuviese mano libre y en verdad la usó sin demora. El 4 de diciembre, cuando la guerra civil estalló en Atenas, Churchill decidió usar la fuerza para aplastar a los comunistas; trabajó hasta bien entrada la noche enviando cables, “sentado en su sillón giratorio y dictando a la máquina manejada por la señorita Layton, que no parpadeaba al oír las muchas blasfemias con que el anciano salpicaba sus frases oficiales”. El cable clave, dirigido al general Scobie, el comandante británico, insistía: “Debemos retener y dominar Atenas. Sería muy valioso que usted lo lograra sin derramamiento de sangre si es posible, pero también con derramamiento de sangre si es necesario”.¹⁵ Fue necesario el derramamiento de sangre, pero se salvó a Grecia para la democracia. Aunque la estabilidad en el teatro del Mediterráneo no quedó asegurada hasta que los comunistas perdieron las elecciones italianas de abril de 1948, Churchill consiguió, casi solo, mantener el totalitarismo fuera del Mediterráneo durante una generación gracias a su vigorosa política de fines de 1944, su última gran contribución a la libertad humana.

Pero Churchill no pudo salvar a Europa Oriental. Como expresó en un acta del gabinete:

No está al alcance de este país impedir que toda clase de cosas se desplome ahora. La responsabilidad corresponde a Estados Unidos, y yo deseo aportarles todo el apoyo que nos sea posible. Si ellos no se sienten en condiciones de hacer nada, debemos permitir que las cosas sigan su curso.¹⁶

Sin embargo, durante la fundamental reunión de Yalta en enero de 1945, Roosevelt bloqueó intencionadamente los intentos de Churchill de coordinar de antemano la política anglonorteamericana: según dijo a Averell Harriman, no deseaba “alimentar las sospechas soviéticas de que los británicos y los norteamericanos actuaban sobre la base de un acuerdo”.¹⁷ Cuando resurgió Polonia, Roosevelt aceptó una propuesta rusa de elecciones en las que “todos los partidos democráticos y antinazis podrán intervenir”, pero no respaldó el reclamo británico de una supervisión internacional de la elección. En cambio, produjo un fragmento típico de su retórica, una “declaración acerca de Europa liberada, con imprecisas adhesiones al “derecho de todos los pueblos a elegir la forma de gobierno en la que vivirán”. Los rusos firmaron de buena gana, sobre todo después que escucharon el asombroso anuncio de Roosevelt en el sentido de que todas las fuerzas norteamericanas saldrían de Europa en el plazo de dos años: era precisamente lo que Stalin deseaba saber.¹⁸

Puede afirmarse que la guerra fría se originó en la secuela inmediata de la Conferencia de Yalta, para ser exactos en marzo de 1945. Por supuesto, en cierto sentido Rusia soviética había librado la guerra fría desde octubre de 1917: era un aspecto intrínseco del determinismo histórico del leninismo. La alianza pragmática concertada a partir de junio de 1941 fue una simple interrupción. Era inevitable que Stalin recomenzara tarde o temprano sus prácticas depredatorias hostiles. Su error fue hacerlo con excesiva rapidez. No era que se mostrase impaciente como Hitler. No creía en una escatología inminente, pero era codicioso. Tenía excesiva prudencia para imitar el ejemplo de

14 El acta se encuentra en los Inverchapel Papers en el PRO; véase Carlton, op. cit., p. 244; Churchill, *Second World War*, VI, pp. 196-197.

15 Diario de sir Pierson Dixon, 4 de diciembre de 1944, citado en Carlton, op. cit., pp. 248-249; Churchill, *Second World War*, VI, p. 252.

16 Citado en Carlton, op. cit., p. 248.

17 Averell Harriman y Elie Abel, *Special Envoy to Churchill and Stalin 1941-1946*, Nueva York, 1975, p. 390.

18 Churchill, *Second World War*, VI, p. 337.

Hitler, que era crear sistemáticamente oportunidades de saqueo, pero no resistía la tentación de aprovechar tales oportunidades cuando se presentaban por sí mismas. Su táctica razonable hubiera sido esperar hasta que los norteamericanos hubiesen desaparecido del lado opuesto del Atlántico. Pero al ver que la fruta polaca estaba madura, no pudo resistir el deseo de arrancarla. Del lado de Roosevelt, el almirante Leahy, el miembro más firme de la delegación norteamericana, se había quejado, incluso en Yalta, de que el acuerdo acerca de Polonia era “tan elástico que los rusos pueden estirarlo desde Yalta hasta Washington sin que pueda afirmarse que técnicamente están infringiéndolo”.¹⁹ Sin embargo, cuando la comisión creada por Yalta para cumplir la promesa de elecciones libres se reunió el 23 de febrero, se advirtió claramente que Stalin tenía el propósito de ignorar sus compromisos. El momento crítico fue el 23 de marzo, cuando Molotov anunció que las elecciones se celebrarían ateniéndose al estilo soviético. En el momento en que Roosevelt recibió la reseña de Harriman acerca de esta reunión, dos días después, descargó el puño sobre la silla de ruedas: “Averell está en lo cierto. No podemos tratar con Stalin. Ha roto todas y cada una de las promesas que formuló en Yalta”.²⁰ Contribuyó a la educación política de Roosevelt una serie de trece enérgicos mensajes que Churchill le envió, del 8 de marzo al 12 de abril de 1945; al fin desilusionado, fue a morir en Palm Springs, y por esa época expresó a un periodista que Stalin no ejercía el control en su propio país o bien “no era un hombre de palabra”.²¹

De todos modos, durante sus últimas semanas Roosevelt nada hizo para inducir a Eisenhower a avanzar deprisa hacia Berlín, Viena y Praga, como deseaban los británicos. “Los norteamericanos no podían entender”, escribió con tristeza el general Montgomery, “que de poco servía ganar estratégicamente la guerra si la perdíamos políticamente”.²² El nuevo presidente, Harry Truman, no era miembro del régimen de individuos acaudalados, agobiados por el sentimiento de culpa, de la Costa Este, y no padecía ninguna de las manías progresistas de moda que caracterizaron a Roosevelt. Era un hombre ignorante, pero aprendía deprisa; sus instintos eran democráticos y rectos. A las 5.30 del 23 de abril convocó a Molotov a Blair House (aún no se había trasladado la Casa Blanca) y le dijo que Rusia debía cumplir lo que había aceptado en Yalta acerca de Polonia: “Se lo dije directamente. Le hablé claro. Fue un golpe directo al mentón”. Molotov dijo: “En mi vida jamás me hablaron así”. Truman contestó: “Cumpla sus acuerdos y no le hablarán así”.²³ Pero Truman no podía transformar la política militar norteamericana durante los últimos días de la guerra. El general Bradley calculó que la ocupación de Berlín provocaría 100.000 bajas norteamericanas; el general Marshall dijo que la captura de Praga no era posible; el general Eisenhower se opuso a todo lo que suspendiera la cooperación militar con el Ejército Rojo; todos deseaban la ayuda soviética contra Japón.²⁴ De modo que Europa Oriental y la mayor parte de los Balcanes cayeron en poder del totalitarismo.

Durante un tiempo no se percibió con claridad si también era posible salvar a Europa Occidental. Incluso en el plano político y diplomático, se necesitaban semanas y meses, en un período en que cada minuto contaba, para modificar la política de Roosevelt. Durante la primera mitad de 1945, el Departamento de Estado aún estaba tratando de impedir la publicación de materiales que criticasen a la Rusia soviética, incluyendo artículos de contenido claro y concreto; por ejemplo *Reporte acerca de los rusos*,²⁵ de William White. En Potsdam, durante el mes de julio, Truman tuvo al lado al ex embajador Davies, ahora orgulloso beneficiario de la Orden de Lenin, que decía: “Creo que los sentimientos de Stalin están heridos. Por favor, sean amables con él”.²⁶ Churchill, derrotado en las elecciones del 25 de julio, tuvo un sueño en el que se veía acostado bajo una sábana blanca, con

19 William D. Leahy, *I Was There*, Nueva York, 1950, pp. 315-316.

20 Anderson, op. cit., p. 47.

21 Ibid., p. 50.

22 Viscount Montgomery, *Memoirs*, Nueva York, 1958, pp. 296-297.

23 Harry S. Truman, *Memoirs*, 2 vols., Nueva York, 1955-1956, I, pp. 81-82.

24 Omar Bradley, *A Soldier's Story*, Nueva York, 1951, pp. 535-536; Forrest Pogue, *George C. Marshall: Organizer of Victory*, Nueva York, 1973, pp. 573-574.

25 Thomas Campbell y George Herring, *The Diaries of Edward R. Stettinius Jr., 1943-1946*, Nueva York, 1975, pp. 177-178.

26 Anderson, op. cit., p. 69.

los pies que asomaban, es decir muerto.²⁷ Sus sucesores laboristas, obsesionados por los problemas internos y el terrible aprieto financiero de Gran Bretaña, hablaban imprecisamente de reconstruir una alianza europea con Francia, pero temían más el resurgimiento de Alemania que a la aplanadora soviética.²⁸ Muchos pensaban que el juego había terminado. Harriman, que había regresado de Moscú, dijo a James Forrestal, secretario de Marina, que “la mitad o quizá la totalidad de Europa puede ser comunista hacia fines del próximo invierno”.²⁹

También aquí la codicia de Stalin lo llevó a exagerar sus procedimientos y a modificar el proceso del retiro norteamericano. Fue codicia no sólo de tierras y poder, sino también de sangre. Arrestó a dieciséis importantes políticos polacos no comunistas, los acusó de “terrorismo” y puso en movimiento el mecanismo del último de sus procesos falsos.³⁰ Los enviados y comandantes norteamericanos que se encontraban en los diferentes países enviaron mensajes que confirmaban el mismo esquema por todas partes: Robert Patterson informó desde Belgrado que las personas a quienes se veía con un británico o un norteamericano eran arrestadas de inmediato; Maynard Barnes cablegrafió detalles acerca de un baño de sangre de 20.000 personas en Bulgaria; Arthur Schoenfeld describió la imposición de una dictadura comunista en Hungría; Ellery Stone, en Roma, advirtió la probabilidad de un *putsch* comunista en Italia. William Donovan, jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos, por entonces el organismo norteamericano más parecido a un servicio de inteligencia, aconsejó medidas destinadas a coordinar la defensa occidental sobre la base de los informes, cada vez más terroríficos, que llegaban a su oficina provenientes de agentes norteamericanos en Europa entera.³¹ Pero la política de Stalin fue el factor que suministró la materia prima de estos informes. Y el tipo de diplomacia intransigente de Stalin, ejecutada por intermedio de Molotov, determinó que culminase la crisis en la Conferencia de Ministros de Relaciones Exteriores en Moscú en diciembre de 1945. Allí, Ernest Bevin, nuevo secretario británico de Relaciones Exteriores, afirmó que los argumentos de Molotov eran “filosofía hitleriana”, y James Byrnes, secretario de Estado, sostuvo que Rusia estaba “tratando de hacer más disimuladamente lo que Hitler había intentado hacer al dominar a los países más pequeños mediante la fuerza”.³² Cuando Byrnes presentó su informe, el 5 de enero de 1946, Truman adoptó una decisión: “No creo que debamos realizar más concesiones [...] Estoy cansado de mirar a los soviets”.³³ El mes siguiente llegó un oportuno cable de 8.000 palabras remitido por George Kennan, que estaba en Moscú, y este documento cristalizó lo que la mayoría de los miembros del gobierno norteamericano comenzaba a pensar acerca de la amenaza soviética; fue el “telegrama largo”, como se lo denominó. “Trasunta exactamente”, escribió su autor, “las impresiones que se manifiestan en uno de esos materiales publicados por alarmados comités del Congreso o por las hijas de la revolución norteamericana, con el fin de despertar a la ciudadanía frente a los peligros de la conspiración comunista”.³⁴

Dos semanas después, el 5 de marzo, Churchill convirtió a la guerra fría en un hecho público, pues con el patrocinio de Truman pronunció un discurso en la Universidad de Fulton:

27 Moran, op. cit., p. 305.

28 Victor Rothwell, *Britain and the Cold War 1941-1947*, Londres, 1982.

29 *Forrestal Diaries*, Nueva York, 1951, pp. 38-40, 57.

30 Z. Stypulkowski, *Invitation to Moscow*, Londres, 1951.

31 Anderson, op. cit., pp. 75-76.

32 Patyrcia Dawson Ward, *The Threat of Peace: James E Byrnes and the Council of Foreign Ministers 1945-1946*, Kent, Ohio, 1979.

33 Yergin, op. cit., pp. 160-161; George Curry, “James F. Byrnes”, en Robert H. Ferrell y Samuel Flagg Bemiss, eds., *The American Secretaries of State and their Diplomacy*, Nueva York, 1965.

34 Kennan, *Memoirs 1925-1950*, p. 294.

De Stettin en el Báltico, a Trieste en el Atlántico, un Telón de Acero ha descendido sobre el continente. Detrás de esa línea se encuentran todas las capitales de los antiguos estados de Europa Central y Oriental [...] lo que debo denominar la esfera soviética, y todos están sometidos, de un modo o de otro, no sólo a la influencia soviética, sino a una medida de control, muy elevada y en muchos casos cada vez más intensa, cuyo centro está en Moscú.

Puesto que, agregaba Churchill, los rusos respetaban la fuerza militar, Estados Unidos y Gran Bretaña debían continuar sus disposiciones tendientes a la defensa conjunta, de manera que no prevaleciera “un inestable y precario equilibrio de poder que tentase a la ambición y la aventura” sino una “abrumadora certeza de seguridad”. Más tarde, en una cena ofrecida por Henry Luce, propietario de *Time*, el orador triunfante engulló caviar: “Vean, el tío Joe solía enviarme mucho de este producto. Pero creo que ya no volveré a conseguirlo”. Al hablar en el momento preciso —hacia mayo las encuestas norteamericanas demostraban que el 83 por ciento de la nación apoyaba su idea de una alianza militar permanente—, Churchill había frustrado la posibilidad de una repetición de la trágica retirada norteamericana de Europa en 1919. Afirmó que había perdido 75 dólares jugando al póquer con Truman. “Pero valía la pena”.³⁵

Stalin continuó comprometiendo cada vez más en la guerra fría a los norteamericanos. En marzo de 1946 no se atuvo al plazo otorgado para el retiro de sus tropas de Irán, y en definitiva dio ese paso sólo después de un irritado enfrentamiento en el nuevo Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. En agosto, los yugoslavos derribaron dos aviones norteamericanos de transporte, y ese mismo mes Stalin comenzó a presionar sobre Turquía. Los norteamericanos respondieron en consecuencia. Se organizó el prototipo de la CIA; en una fiesta organizada en la Casa Blanca para celebrar ese hecho, Truman distribuyó capas y sombreros negros, dagas de madera, y pegó un bigote negro postizo en la cara del almirante Leahy.³⁶ Estados Unidos y Canadá crearon un sistema de defensa conjunta aérea y submarina. Las fuerzas aéreas británicas y norteamericanas comenzaron a intercambiar planes de guerra; sus organismos de inteligencia reanudaron el contacto. Hacia mediados del verano, la alianza anglonorteamericana había recobrado una existencia oficiosa. Truman inició una depuración de su gobierno para eliminar a los elementos prosoviéticos. El último de los hombres del Nuevo Trato en el gabinete era Henry Wallace, secretario de Agricultura, un profundo admirador de Stalin, anglófono y contrario a Churchill, “un auténtico bastardo”, como dijo Truman. En julio, Wallace envió al presidente una carta privada de 5.000 palabras, en la que preconizaba el desarme unilateral y un gigantesco programa de intercambio aéreo y comercial con Rusia, y después dejó que la noticia se filtrara. Truman escribió en su diario: “Wallace es un pacifista ciento por ciento. Quiere que disolvamos nuestras fuerzas armadas, entreguemos a Rusia nuestros secretos atómicos y confiemos en una pandilla de aventureros del Politburó del Kremlin [...] Los rojos, los encubiertos y sus amigos rosados de salón parecen haberse agrupado y están convirtiéndose en un peligro nacional. Me temo que forman un frente de sabotaje para el tío Joe Stalin”.³⁷ Al día siguiente despidió a Wallace; nadie protestó. En octubre Churchill pudo decir: “Lo que afirmé en Fulton se ha visto sobrepasado por el curso de los acontecimientos”.

Entre 1947 y 1949 Estados Unidos concertó una serie de compromisos formales en Europa, que se convirtieron en la base de la política global de Occidente durante la generación siguiente. El proceso comenzó con una señal desesperada de Gran Bretaña, que ya no podía mantener la postura de una potencia mundial. La guerra le había costado 30.000 millones de dólares, es decir una cuarta parte de su riqueza neta. Había vendido 5.000 millones de dólares de activos exteriores y había acumulado 12.000 millones de dólares en deudas externas. Estados Unidos le había otorgado un préstamo de posguerra, pero éste no cubría la disminución de su comercio —en 1945 las

35 Texto del discurso en Robert Rhodes James, *Churchill Complete Speeches*, Londres, 1974, VII, 72, 83-96; Jerome K. Ward, “Winston Churchill and the Iron Curtain Speech”, *The History Teacher*, enero de 1968.

36 Diarios de Leahy, 24 de enero, 7 de febrero de 1946.

37 John Morton Blun, *The Price of Vision: the Diary of Henry A. Wallace*, Boston, 1973, pp. 589-601; Yergin, op. cit., pp. 253-254.

exportaciones representaron menos de un tercio de la cifra correspondiente a 1938— ni sus iniciativas en la condición de endeble pilar de la estabilidad en Europa, el Mediterráneo y Medio Oriente. En 1946 Gran Bretaña gastó el 19 por ciento de su producto bruto nacional en la defensa, comparado con el 10 por ciento de Estados Unidos. A principios de 1947 había gastado 3.000 millones de dólares en programas internacionales de auxilio, 320 millones para alimentar a Alemania solamente en 1946, 330 millones en el mantenimiento de la paz en Palestina, y totales acumulados de 540 millones en Grecia y 375 millones en Turquía. El 6 de enero una tormenta de nieve anunció el peor invierno en más de un siglo, un invierno que se prolongó hasta fines de marzo. El carbón se congelaba junto a las bocas de las minas y no era posible trasladarlo. Las interrupciones del suministro de electricidad obligaron a cerrar fábricas y dejaron sin trabajo a dos millones de individuos. El ministro de Combustibles, Manny Shinwell, habló de “una condición de desastre total”. El préstamo prácticamente había sido gastado y cada semana se consumían unos 100 millones de dólares de las reservas.

El 21 de febrero los británicos informaron a Truman que tendrían que renunciar al compromiso con Grecia y Turquía. Tres días más tarde, Truman decidió que él debía asumirlo. El 26 de febrero se celebró una tensa reunión en la oficina ovalada para explicar la idea a los principales miembros del Congreso. El general Marshall, nuevo secretario de Estado, abordó con torpeza la tarea, y su subordinado, Dean Acheson, decidió intervenir. Afirmó que “la presión soviética” en el Cercano Oriente había llegado al punto en que una irrupción “podía abrir tres continentes a la penetración soviética”. Como “las manzanas de un barril contaminadas por una sola que está podrida”, la “corrupción” de Grecia “infectaría a Irán y a todo el Oriente”. Transmitiría “la infección a África a través de Asia Menor y Egipto”, y “a Europa a través de Italia y Francia”. Rusia soviética “estaba jugando una de las partidas más importantes de la historia con mínimo costo”. No necesitaba ganar todas las apuestas, “una o dos le aportarían inmensos beneficios”. “Sólo Estados Unidos estaba en condiciones de desbaratar el juego”. Éstas eran las posibilidades que el retiro británico ofrecía “a un antagonista entusiasta e implacable”. Siguió un largo silencio. Después, Arthur Vandenberg, ex aislacionista, habló en nombre de los miembros del Congreso: “Señor presidente, si usted explica eso al Congreso y al país, yo lo apoyaré, y creo que la mayoría de sus miembros harán otro tanto”.³⁸

El presidente anunció la “doctrina Truman” el 12 de marzo. “Creo que debe ser la política de Estados Unidos apoyar a los pueblos libres que están oponiéndose al intento de sometimiento de minorías armadas o a la presión externa[...] debemos ayudar a los pueblos libres a resolver a su propio modo su propio destino.” La ayuda debía ser “esencialmente” económica. Por empezar, solicitó dinero para Grecia y Turquía, además de expertos civiles y militares, y consiguió todo esto con mayorías de dos a uno en ambas cámaras. Así, el aislacionismo desapareció, por iniciativa de José Stalin. Dos meses más tarde, el 5 de junio, el secretario de Estado reveló el plan Marshall durante la entrega de diplomas en Harvard. Era un esquema impreciso; de acuerdo con el comentario de Acheson: “Si los europeos, todos o una parte de ellos, pueden agruparse y elaborar un plan de lo que se necesita para arrancarlos de la terrible situación [...] podríamos echar una ojeada al plan y ver qué ayuda estamos en condiciones de ofrecer”. A su tiempo, veintidós naciones europeas respondieron. Los checos y los polacos deseaban imitarlas; Stalin lo impidió.

El programa comenzó en julio de 1948, continuó durante tres años y en definitiva costó 10.200 millones de dólares al gobierno norteamericano. Fue un paso sumamente sensato, porque los excedentes de la exportación norteamericana representaban, en el segundo trimestre de 1947, un índice anual de 12.500 millones de dólares. Como dijo Hugh Dalton, ministro de Hacienda de Gran Bretaña: “La escasez de dólares se manifiesta por todas partes. Los norteamericanos tienen la mitad del ingreso total del mundo, pero no lo gastan en comprar los artículos de otros países o prestándolo o regalándolo [...] ¿Cuánto tiempo pasará hasta el momento en que la escasez de dólares provoque una crisis general?³⁹ El consumo medio norteamericano de 3.300 calorías diarias contrastaba con

38 Dean Acheson, *Present at the Creation*, Nueva York, 1969, p. 219; Yergin, op. cit., pp. 281-282.

39 Acheson, op. cit., p. 234.

las 1.000 a 1.500 calorías diarias de 125 millones de europeos. La ayuda Marshall recicló parte del excedente, redujo la diferencia de calorías y puso los cimientos de una Europa Occidental y Meridional apoyada en sus propias fuerzas. Hacia 1950 era sin duda un éxito abrumador.⁴⁰ Inició el proceso de eliminar la distancia entre los niveles de vida de Estados Unidos y Europa, y en ese proceso originó una diferencia igualmente con carácter de cataclismo entre Europa Occidental y Oriental: el Telón de Acero se convirtió en la frontera entre la abundancia y la escasez.

Sin embargo, Estados Unidos aún no había concertado compromisos militares definidos en relación con la defensa de Europa. A causa de los golpes sucesivos que descargó, Stalin determinó que esa actitud fuese inevitable. Contaba sólo con unos 500 soldados en Checoslovaquia, pero sus hombres en el gobierno controlaban la policía. Checoslovaquia tenía un gobierno mixto. Marshall consideraba que el país era parte del bloque soviético. Pero a los ojos de Stalin, eso no bastaba. La codicia imponía obtener más. El 19 de febrero de 1948 envió a Praga a su viceministro de Relaciones Exteriores, V. A. Zorin. Al día siguiente, doce ministros no comunistas renunciaron. Después de cinco días de crisis, se formó un nuevo gobierno y el país se convirtió en satélite. El embajador norteamericano Laurence Steinhardt consideró que los checos podían haber resistido, como los finlandeses y los iraníes. Atribuyó este desenlace tanto a la cobardía del presidente Benes como a la de Masaryk, ministro de Relaciones Exteriores: los dos hombres se suicidaron después de capitular.⁴¹ Pero la ausencia de una enérgica política norteamericana fue también un factor importante y tentó todavía más a Stalin. El 24 de junio Stalin bloqueó el acceso a las zonas occidentales de Berlín y cortó el suministro de electricidad.

Como no atinaban a convenir una fórmula de paz para una sola Alemania, en 1946 los bloques rivales habían comenzado a crear dos Alemanias. El 18 de junio de 1948, los tres aliados occidentales anunciaron la emisión de una nueva moneda alemana para su zona. Éste fue el pretexto para la iniciativa soviética. Es significativo que el general Lucius Clay, jefe de la zona norteamericana, haya sido el más renuente de los líderes de la guerra fría. Ahora cambió decisivamente. Reconoció que el acceso de los aliados a Berlín estaba protegido sólo por “un acuerdo oral [...] implícito en casi tres años de aplicación”. Propuso que se realizara un empleo juicioso de la fuerza para examinar las “dificultades técnicas” que, según afirmaban los rusos, cerraban la ruta. Solicitó autorización “para usar el equivalente de un regimiento de agentes reforzado por una tropa con rifles sin retroceso y un batallón de ingenieros [...] Se ordenará a las tropas que escolten el convoy en su marcha hacia Berlín. Se les ordenará [...] que eliminen todos los obstáculos, aunque dicha actitud provoque un ataque”.⁴²

Esta reacción fue examinada largamente en Washington y luego rechazada. Forrestal, nuevo secretario de Defensa, dijo a Marshall: “Los jefes de Estado Mayor no recomiendan que se abastezca a Berlín mediante un convoy armado, en vista del riesgo de guerra implícito en la debilidad de los preparativos norteamericanos para un conflicto global”.⁴³ ¿Cuáles eran los riesgos? Nikita Jruschov reconoció más tarde que Stalin se limitaba a “pinchar al mundo capitalista con la punta de una bayoneta”. Su verdadera jugada estaba en Yugoslavia, donde había roto con el mariscal Tito, expulsado del Cominform, el organismo coordinador de los partidos comunistas nacionales creado en 1947; esto sucedió cuatro días después que Rusia bloqueó los caminos que llevaban a Berlín. Jruschov agregó: “Estoy absolutamente seguro de que si la Unión Soviética tuviese una frontera común con Yugoslavia, Stalin habría intervenido militarmente”.⁴⁴ Es difícil creer que Stalin, comprometido en una disputa decisiva en su propio imperio, hubiese permitido que una operación exploratoria en Berlín —la que podía cancelar o reanudar cuando quisiera— se le escapase de las manos.

40 Véase “Overseas Deficit”, del 2 de mayo de 1947, Documentos de Dalton; Harry Bayard Price, *The Marshall Plan and its Meaning*, Cornell, 1955.

41 Yergin, op. cit., pp. 348-350.

42 Jean Edward Smith, ed., *The Papers of General Lucius D. Clay: Germany, 1945-1949*, Bloomington, 1974, pp. 734-737.

43 Yergin, op. cit., p. 380.

44 Talbot, ed., op. cit., p. 205.

Si bien los riesgos eran discutibles, la ineficacia del poder militar norteamericano constituía un factor bastante claro. Los jefes de Estado Mayor calcularon que el Ejército Rojo se había estabilizado en 2.500.000 hombres, más 400.000 miembros de las fuerzas de seguridad. Para equilibrar esta situación, los norteamericanos tenían el monopolio nuclear, pero se trataba de un arma teórica más que real. El 3 de abril de 1947 se había explicado al horrorizado Truman que si bien existían materiales para producir doce bombas A, ninguna estaba armada y disponible. Se ordenó entonces un arsenal de 400, que debían estar prontas para 1953; pero a mediados de 1948 no se había entregado un número suficiente siquiera para ejecutar la “operación Pincher” de la fuerza aérea, que contemplaba la destrucción completa de la industria petrolífera soviética.⁴⁵ Unos sesenta B29, los “bombarderos atómicos”, fueron despachados a Gran Bretaña con mucha publicidad; pero sin duda no todos tenían bombas atómicas. En cambio, se adoptó la decisión de organizar una demostración técnica del poder aéreo norteamericano y de abastecer a Berlín por avión. El sistema funcionó: el puente aéreo estaba transportando 4.500 toneladas diarias hacia el mes de diciembre, y hacia la primavera 8.000 toneladas diarias, tanto como se transportaba por carretera y por ferrocarril antes del corte de las comunicaciones.⁴⁶ El 12 de mayo de 1949 los rusos renunciaron al intento. Fue hasta cierto punto una victoria. Pero los norteamericanos habían desaprovechado la oportunidad de enfrentar el equivalente, durante la década de los cuarenta, de la crisis renana de 1946 y de obligar a los rusos a sufrir una derrota importante.

De todos modos, el bloqueo de Berlín fue un acontecimiento decisivo, porque obligó a los aliados occidentales a aclarar sus ideas y a adoptar decisiones de largo plazo. Los llevó a racionalizar el hecho consumado de una Alemania dividida y a abordar la creación de un Estado alemán occidental. La constitución de ese Estado fue redactada hacia febrero de 1949; se la adoptó en mayo y entró en vigencia durante el otoño. Esta Alemania tendría que ser rearmada y eso implicaba incluirla en una estructura formal de la defensa occidental. De modo que el 4 de abril de 1949, once potencias democráticas firmaron en Washington el tratado del Atlántico Norte. La premisa de la política norteamericana era que había sólo cinco regiones en la tierra que eran las fuentes de la fuerza militar moderna: Estados Unidos, el Reino Unido, la región industrial del Rin y el Ruhr, Japón y la Unión Soviética. El propósito de la política norteamericana debía consistir en asegurar que los líderes soviéticos se limitasen al área que ya ocupaban. La filosofía geopolítica de la “contención” había sido delineada en un artículo titulado “Las fuentes de la conducta soviética”, publicado en *Foreign Affairs*, de julio de 1947. Aunque la firmaba “X”, en realidad pertenecía a George Kennan. Sostenía que si bien Rusia deseaba evitar la guerra directa, estaba decidida a expandirse por todos los medios que no fuesen la guerra, y que Estados Unidos y sus aliados debían responder con “una contención de largo plazo, paciente pero firme y vigilante de las tendencias expansivas rusas”, lo que implicaba “la aplicación hábil y vigilante de la fuerza contraria en una serie de puntos geográficos y políticos siempre variables”.⁴⁷ La crisis de Berlín aportó el ímpetu necesario para dar forma práctica a esta filosofía de la contención.

Entre febrero y marzo de 1949, un grupo de funcionarios del Departamento de Estado y la Defensa redactó un documento titulado “Consejo Nacional de Seguridad 68”, que trazaba las líneas básicas de la política exterior y defensiva de Estados Unidos para los treinta años siguientes.⁴⁸ Afirmaba la idea de que Estados Unidos, en cuanto era la más grande de las potencias libres, tenía obligaciones morales, políticas e ideológicas que la llevaban a preservar las instituciones libres en el mundo entero, y que debía equiparse con los medios militares necesarios para afrontar esta situación. Era indispensable que poseyera fuerzas convencionales y nucleares suficientes —una decisión confirmada el 3 de septiembre de 1949—, cuando un B29 que patrullaba el Pacífico Norte a 5.000 metros de altura aportó pruebas concretas de que los rusos habían detonado a fines de

45 David Alan Rosenberg, “American Atomic Strategy and the Hydrogen Bomb Decision”, en *Journal of American History*, junio de 1979; David Lilienthal, *Atomic energy: a New Start*, Nueva York, 1980.

46 W. Phillips Davison, *The Berlin Blockade*, Princeton, 1958.

47 Kennan, *Memoirs 1925-1950*, pp. 354 y ss.

48 Warner Schilling et al., *Strategy, Politics and Defence Budgets*, Colombia, 1962, pp. 298-330.

agosto su primer artefacto nuclear.⁴⁹ El monopolio atómico había concluido y ahora Estados Unidos debía afrontar la difícil tarea de proteger grandes regiones del mundo con sus fuerzas militares de finalidades múltiples. El NSC-68 señaló que la Rusia soviética consagraba el 13,8 por ciento de su PBN a las armas, comparado con el 6 a 7 por ciento de Estados Unidos. En caso de necesidad, éste podía alcanzar la proporción del 20 por ciento. En definitiva, el documento fue aprobado en abril de 1950. Representó una modificación histórica de la política norteamericana tradicional hacia el mundo. Poco a poco originó compromisos militares con cuarenta y siete naciones, y llevó a las fuerzas norteamericanas a construir u ocupar 675 bases ultramarinas y a apostar un millón de soldados en el extranjero.⁵⁰

Sin embargo, sería erróneo asignar a la política norteamericana una lógica y una coherencia global que en realidad no tuvo. Nunca existió un plan maestro; puede hablarse más bien de una serie de expedientes prácticos, con enormes fallas y huecos y muchas contradicciones. A decir verdad, la cosa se pareció más bien a la formación del Imperio Británico. Más aún, a semejanza de ese imperio, no todo se estructuró al mismo tiempo. Mientras los norteamericanos alcanzaban cierto éxito en la promoción, en 1948-1949, de la estabilidad militar y económica de Europa Occidental, su visión rosada del Lejano Oriente, determinada por la estupenda victoria de 1945, comenzaba a disiparse. También hubo que pagar con creces por las ilusiones y la frivolidad de Roosevelt. La adhesión emocional de Roosevelt a China no se parecía a nada de lo que solía sentir por otras naciones extranjeras. A sus ojos,

China no constituía un problema: era una solución. Entendía que ese país era una de las cuatro grandes potencias, y que debía y podía convertirse en la principal fuerza estabilizadora de Asia Oriental. Cuando Estados Unidos entró en la guerra, Roosevelt se esforzó mucho por convertir en realidad esta visión o ilusión. Stalin reía; Churchill ardía de indignación. “Que China es una de las cuatro grandes potencias del mundo”, escribió a Eden, “es una farsa absoluta”. Estaba dispuesto a mostrarse “razonablemente cortés” frente a “esta obsesión norteamericana”, pero nada más.⁵¹ Roosevelt incorporó a China al sistema de los “cuatro grandes”; aunque en una actitud característica, la excluyó cuando le pareció cómodo, sobre todo en el vital tratado secreto de Yalta relacionado con Japón, que permitió la entrada de los rusos en Manchuria. Después, quizás impulsado por el sentimiento de culpa, habló con Chiang Kai-shek: “Lo primero que pregunté a Chiang fue: ‘¿Desean a Indochina?’. Me contestó: ‘De nada nos sirve. No la queremos. Ellos no son chinos’”.⁵²

El concepto de Chiang como arquitecto de la estabilidad de Asia Oriental durante la posguerra era absurdo. En ninguna de las etapas de su carrera controló eficazmente más que la mitad de la propia China. Era un mal administrador y un general mediocre. En su condición de político no tuvo sensibilidad para percibir que lo que China necesitaba era una conducción que combinase el extremismo con el fervor patriótico. Más aún, sabía poco de los campesinos, y en realidad éstos no le importaban. Por consiguiente, su asociado ideal era el mismo Mao, que tenía prestigio a los ojos de las masas campesinas y profesaba un nacionalismo extremo. Mao había trabajado antes con Chiang y estaba dispuesto a hacerlo otra vez; aunque después que la Larga Marcha afirmó su predominio en el movimiento comunista, sus pretensiones fueron más elevadas. En febrero de 1942 inició su primera gran campaña ideológica; la denominó “rectificación” y su objetivo fue depurar al Partido Comunista chino del marxismo abstracto y estéril, e infundirle conciencia de la historia china. En 1944 elogió la democracia norteamericana y dijo que “la tarea que los comunistas estamos ejecutando hoy” era esencialmente la misma realizada por “Washington, Jefferson y Lincoln”.⁵³ Pero mientras Mao se desplazaba hacia el centro, Chiang se desviaba hacia la derecha. En enero de 1941 sus fuerzas del KMT asesinaron a 9.000 hombres de las tropas de Mao, al sur del

49 Richard Hewlett y Francis Duncan, *Atomic Shield 1947-1952*, Pensilvania, 1969, pp. 362-369.

50 Anderson, op. cit., p. 184.

51 Churchill, *Second World War*, VI: *Triumph and Tragedy*, Londres, 1954, p. 701.

52 Samuel I. Rosenman, ed., *Public Papers and Addresses of Franklin D. Roosevelt: Victory and the Threshold of Peace 1944-1945*, Nueva York, 1950, p. 562.

53 Schram, op. cit., pp. 220 y ss., Tang Tsou, *America's Failure in China 1941-1950*, Chicago, 1963, pp. 176 y ss.

río Amarillo. Después, los dos grupos chinos combatieron cada uno por su lado contra los japoneses, si bien ninguno de los dos se mostró muy eficaz. A menudo luchaban unos contra otros. A fines de 1943, Chiang publicó el libro *Destino de China*, donde denunciaba al comunismo y al liberalismo, por entender que eran igualmente negativos para China, y afirmaba que el conservadorismo de Confucio era el ideal. El texto resultaba tan hostil a Occidente que fue necesario censurarlo en una versión inglesa. En 1944 los norteamericanos hicieron todo lo posible para unir a las tropas de Chiang y Mao, con un gobierno de coalición KMT-PCC y un mando militar conjunto, abastecido y financiado por Estados Unidos. Chiang rechazó la oferta. Mao la recibió con entusiasmo y en octubre se encontró en la extraña posición de defender públicamente a los anglosajones de los ataques de Chiang, un fragmento que después eliminó de sus obras completas.⁵⁴

Cuando concluyó la guerra, los norteamericanos nuevamente trataron de promover una coalición. Pero Chiang insistió en que Mao disolviera su ejército. A juicio de Stalin, esa exigencia era razonable. Su consejo a Mao fue “unirse al gobierno y disolver el ejército⁵⁵, puesto que “el desarrollo del alzamiento en China no tiene perspectivas”. Mao rehusó. Estaba dispuesto a ocupar el segundo lugar, pero no a rebajarse (y arriesgarse también a una ejecución). Ya había comenzado su propio “culto de la personalidad” con su Constitución del partido, de abril de 1945, que insistía en que “el pensamiento de Mao Tse-tung” era esencial para “guiar la obra entera” del partido y que lo exaltaba porque era “no sólo el más grande revolucionario y el más grande estadista de la historia china, sino también el principal teórico y científico”. La mayor parte de estos juicios fue escrita por el mismo Mao.⁵⁶ Éste era un romántico ambicioso que había librado con éxito una guerra y deseaba mejorar su posición en la paz. Chiang era el hombre que estaba al timón y no podía soportar la idea de un sucesor eventual y, sobre todo, de un sucesor que tenía pretensiones intelectuales. De modo que no hubo nada parecido a la inevitabilidad histórica en la guerra civil china. Fue un conflicto personal.

Tampoco el desenlace de la guerra respondió a profundas fuerzas económicas y de clase. La gran mayoría de la enorme población de China no representó ningún papel desde el principio hasta el fin. Es verdad que Mao alcanzó cierto éxito en la movilización de la energía y el descontento de los campesinos, y los aprovechó para sus fines. Pero esto respondió en parte al muy eficaz programa de alfabetización del KMT, que en 1940 había llegado a la mayoría de las aldeas. También es cierto que algunos campesinos temían una victoria de Chiang, porque lo asociaban con el latifundio. Pero Mao no encabezó una cruzada para “dar” la tierra al pueblo. En las regiones donde él era más fuerte, ya la tenían. El sistema de las grandes propiedades no estaba tan difundido como creían los extranjeros. La tierra la poseían sus propietarios en cuatro quintas partes del norte, tres quintas partes de China Central y la mitad del sur.⁵⁷ En la mayoría de los lugares, el problema principal no era la propiedad de la tierra sino quién aportaría seguridad y paz.

En resumen, la guerra civil de 1945 a 1949 fue la culminación del período de inestabilidad de los señores de la guerra, inaugurado con la destrucción de la monarquía. El éxito estuvo determinado constantemente por los mismos factores: el control de las ciudades y las comunicaciones, y la capacidad de mantener unidos a los ejércitos, para lo que era necesario pagarles, abastecerlos y tenerlos satisfechos. En las circunstancias del período de posguerra, Mao demostró que era un señor de la guerra más eficaz que Chiang, sobre todo porque mantuvo a sus ejércitos alejados de la economía urbana. Si hubo un factor que destruyó al Kuomintang, éste fue la inflación, que había llegado a ser incontrolable durante la última fase del Imperio Japonés, del que la China urbana era una parte importante. En 1945, en Japón el papel moneda llegó a perder totalmente su valor y de hecho se desarrolló una economía de trueque. La enfermedad se extendió a las ciudades chinas y remontó el curso de los grandes ríos. El régimen de Chiang, cuando asumió el poder durante los

54 Schram, op. cit., pp. 228-229; Tang Tsou, op. cit., pp. 100-124.

55 Milovan Djilas, *Conversations with Stalin*, Londres, 1962, p. 182, Vladimir Dedijer, *Tito Speaks*, Londres, 1953, p. 331.

56 Schram, op. cit., pp. 232-233.

57 Wolfram Eberhard, *History of China*, 41 ed., Londres, 1977, p. 344.

últimos meses de 1945, heredó una hiperinflación subyacente y no adoptó las medidas apropiadas para contenerla. Los norteamericanos aportaron un caudal generoso de dinero y suministros. Chiang tenía derecho a solicitar la ayuda del programa de Préstamo y Arriendo, y la obtuvo en cantidades considerables. Recibió un préstamo de 500 millones de dólares destinado a la estabilización económica, y un total de 2.000 millones durante el período 1945-1949. Pero cuando la guerra civil cobró verdadera intensidad y determinó que se manifestase nuevamente la hiperinflación, la ayuda norteamericana careció de importancia. El gobierno de Chiang no sólo era incompetente, también era corrupto. La inflación originó la debilidad militar, y los fracasos militares provocaron aún más inflación.

Chiang agravó el problema cuando negó su existencia. Su fuerza declinó lentamente en 1947 y con rapidez durante la primera mitad de 1948. En Pekín, los precios se quintuplicaron desde mediados de septiembre hasta mediados de octubre. El *Peiping Chronicle* transcribió el comentario de Chiang: “Los informes periodísticos acerca de los recientes aumentos de los precios y la ola de compras generada por el pánico fueron muy exagerados [...] durante su inspección personal en Peiping, Tientsin y Mukden no vio nada que confirmara esos asertos”.⁵⁸ Pero en Manchuria y China del Norte, la inflación había paralizado a la industria. Muchos trabajadores iniciaron una huelga de hambre, provocada por la escasez crónica de arroz. El cónsul general norteamericano en Mukden informó:

Se han realizado esfuerzos pueriles con el fin de controlar los precios y combatir la especulación [...] los resultados han sido, sobre todo, imponer la requisición de los granos a punta de bayoneta, pagándolos a precios controlados, y la reventa del grano requisado a precios de mercado negro en beneficio de los rapaces funcionarios militares y civiles.⁵⁹

En Shanghai, los precios de los artículos aumentaron veinte veces entre el 19 de agosto y el 8 de noviembre de 1948, y en esta última fecha el arroz saltó de 300 dólares chinos el picul (133 libras esterlinas) por la mañana a 1.000 dólares a mediodía y a 1.800 hacia la noche.⁶⁰ Centenares de personas morían diariamente en las calles y los camiones municipales de recolección de residuos recogían los cadáveres. Chiang designó dictador económico a su hijo, el general Chiang Ching-kuo. Su reforma de la moneda sobre la base del “dólar oro” —que no tenía ni un gramo de oro— transformó la hiperinflación en pánico descontrolado, y la medida alejó a uno de los más firmes sostenes, los bajos fondos y los pistoleros de Shanghai, porque los obligó a entregar 5 millones de dólares, que fueron a engrosar el “fondo de guerra” de Chiang.⁶¹

Concedidos los principios del sistema de los señores de la guerra, el derrumbe económico se reflejó en la fuerza militar. Durante el verano de 1948, en el curso de una sesión secreta se informó al parlamento del Kuomintang que en agosto de 1945 el ejército había contado con una fuerza de 3,7 millones de hombres y alrededor de 6.000 cañones de gran calibre. Las fuerzas del Partido Comunista chino contaban entonces con 320.000 hombres, de los cuales sólo 166.000 estaban armados. Pero las unidades rojas estaban acostumbradas a vivir de la tierra y a exprimir a las ciudades. Se pagaba a las tropas del KMT con papel moneda, que les permitía comprar cada vez menos alimentos. De manera que vendían sus armas personales y todos los equipos de los que podían echar mano. Los oficiales eran peores que los soldados, y los generales los peores de todos. Hacia junio de 1948, el ejército KMT se había reducido a 2,1 millones de hombres; el ejército del Partido Comunista había aumentado a 1,5 millón equipado con un millón de rifles y 22.800 piezas de artillería, más que el KMT (21.000); prácticamente la totalidad de estas armas había sido comprada a las tropas del gobierno. Por lo tanto, los norteamericanos, que habían suministrado a Chiang excedentes de la guerra del Pacífico por valor de 1.000 millones de dólares, equiparon a los

⁵⁸ Derk Bodde, *Peking Diary, a Year of Revolution*, trad. Londres, 1951, p. 32.

⁵⁹ Citado en Noel Barber, *The Fall of Shanghai: the Communist Takeover in 1949*, Londres, 1979, p. 42.

⁶⁰ Bodde, op. cit., p. 47.

⁶¹ Barber, op. cit., pp. 49-50.

dos bandos del conflicto.⁶²

Hubo una serie de victorias comunistas bien definidas durante los últimos meses de 1948; estos encuentros culminaron en la decisiva batalla de Hsuehchow, a fines del año. En diciembre, prácticamente Manchuria entera y el norte de China estaban en manos de Mao. Tientsin cayó en enero de 1949 y Pekín se rindió. Hsuehchow costó 400.000 bajas al KMT. Pero de ellas, 200.000 prisioneros, hambrientos y mal pagados, fueron incorporados inmediatamente al ejército del Partido Comunista chino, con 140.000 rifles norteamericanos. El 1 de febrero de 1949, el Departamento de Ejército de Estados Unidos informó que el KMT había contado con 2.723.000 soldados a principios de 1948, y con menos de 1.500.000 a fines del mismo año; de éstos, medio millón estaba formado por no combatientes. Durante el mismo período, las fuerzas del Partido Comunista chino se habían elevado a 1.622.000 hombres, prácticamente todos aptos para el combate. En ese momento, y pese a que Chiang ya se preparaba para evacuar el territorio y dirigirse a Taiwán (Formosa), Stalin continuaba aconsejando a Mao que aceptase la división de China, con el norte en manos comunistas y el sur bajo el control del KMT. Chiang no ofreció a Mao la posibilidad de elegir, pues rechazó las propuestas de compromiso. En abril de 1949, Mao cruzó el sur del Yangtzé y ese mismo mes ocupó Nankín. Hacia octubre controlaba todo el territorio continental chino y hasta cierto punto había restablecido la precaria unidad de los tiempos imperiales.⁶³

Así, después de cuarenta años de feroz conflicto civil en el que perecieron millones de individuos, no se había realizado ninguna de las metas de Sun Yat-sen, que incluían la democracia parlamentaria, la libertad de prensa y el hábeas corpus, y China había retornado al punto de partida, al despotismo, aunque un despotismo más sólido y opresor. El primer acto de Mao fue ampliar su “reforma agraria”, ya iniciada en el norte, a todo el país. Estaba dirigida contra “los matones locales y los malos señores” y exhortaba a los campesinos a matar, “no a uno o dos sino a un buen número de ellos”.⁶⁴ Perecieron por lo menos dos millones de personas, la mitad formada por los tiránicos propietarios de menos de quince hectáreas. Mao, el romántico revolucionario, arrojó a la nación más grande de la tierra a un frenesí de activismo violento que habría de rivalizar con la ingeniería social de Hitler y Stalin.

Los responsables de la política norteamericana contemplaron desconcertados la desintegración del gran pilar de la estabilidad de Roosevelt. Dejaba atrás un vacío gigantesco. ¿Cómo llenarlo? Aunque entendían que Japón era una de las cuatro áreas fundamentales que debían retener, hasta ese momento nunca lo habían concebido como el centro de su posición en Lejano Oriente, del mismo modo que Gran Bretaña lo era en Europa. Por un milagroso favor de la Providencia, los rusos habían entrado en la guerra contra Japón demasiado tarde para reclamar participación en la ocupación. De modo que allí los norteamericanos tenían mano libre, al amparo de la declaración de Potsdam. El general MacArthur gobernaba el país como una suerte de tenno constitucional. Todavía durante el verano de 1947 se proyectaba dejar librado a su suerte al Japón, firmar un tratado de paz y evacuar el país, pese a que estaba desarmado y carecía de un sistema central de policía para combatir la subversión comunista, y puesto que Rusia soviética controlaba las islas Kuriles, Sajalin meridional y Corea del Norte, afrontaba un semicírculo de hostilidad activa.⁶⁵ Antes de que fuera posible aplicar este plan, el desastre de 1948-1949 en China indujo a Estados Unidos a pensarlo mejor. Como Rusia soviética carecía de presencia oficial, Estados Unidos podía actuar solo y así lo hizo. A partir de 1949 se modificó la política norteamericana. Se suspendió la ocupación que pesaba sobre las espaldas del gobierno y la economía japonesa; se desplazó el eje del castigo a la expansión, y del neutralismo y la desmilitarización a la integración del Japón en el sistema occidental, por intermedio de un generoso tratado de paz.

La “contención” implicaba líneas bien definidas y, si los rusos la cruzaban, lo hacían a su propio riesgo. En Europa esas líneas eran ahora bastante claras. En Asia, hacia 1949 Japón estaba firmemente protegido por el paraguas norteamericano; pero, ¿qué contorno tenían las líneas en otros

⁶² *Ibíd.*, p. 51.

⁶³ Tang Tsou, *op. cit.*, pp. 482-484, 497-498; Schram, *op. cit.*, p. 245.

⁶⁴ Mao Tse-Tung, *Selected Works*, IV, pp. 201-202, orden del 13 de febrero de 1948.

⁶⁵ Kennan, *Memoirs 1925-1950*, p. 376.

lugares? El 12 de enero de 1950, Dean Acheson pronunció un discurso insensato en el Club de la Prensa Nacional de Washington. En él aparentemente excluía del perímetro de la defensa norteamericana no sólo a Taiwán y a Indochina, sino también a Corea, de donde se habían retirado tanto las tropas soviéticas como las norteamericanas, y que estaba dividida en dos zonas, norte y sur, con sólo quinientos hombres de las fuerzas militares norteamericanas que cumplían tareas de entrenamiento. La idea principal de Acheson era que la “comunización” de China no representaba una pérdida irremediable, pues China y Rusia pronto disputarían. Pensaba que la “absorción” soviética de la totalidad o de parte de “las cuatro provincias septentrionales de China” (Mongolia exterior e interior, Sinkiang y Manchuria) era “el factor más importante en las relaciones de todas las potencias extranjeras con Asia”. Estados Unidos no debía irritar a China, porque si lo hacía eso podía “desviar de los rusos hacia nosotros mismos la justa cólera, el enojo y el odio del pueblo chino que seguramente se manifestarán”. En realidad, Acheson estaba mal informado. Se apoyaba en los datos aportados por el general W. E. Todd, jefe de la sección de inteligencia de los jefes del Estado Mayor Conjunto; de acuerdo con ellos, en la lista de los posibles blancos de la agresión soviética, “Corea era el último rubro”. Tampoco sabía que en el momento mismo en que hablaba estaban celebrándose negociaciones que determinarían que los rusos entregaran a China el ferrocarril manchuriano y Puerto Arturo.⁶⁶

Detrás de la generosidad poco usual de Stalin se encontraba su ansioso deseo de evitar con Mao la repetición del error que había cometido con Tito, es decir, tratarlo como un títere y no como un dictador colega que había afirmado el régimen con sus propios esfuerzos. Al parecer, Stalin decidió poner en orden su propio imperio de Europa oriental durante el verano de 1947, después que se anunció el Plan Marshall. Celebró en Belgrado el primer congreso del Cominform para demostrar que Yugoslavia era parte integral del sistema. Pero su propósito en realidad era reemplazar a los líderes comunistas locales que poseían prestigio nacional, por otros que se lo debiesen todo a él y que contasen con el apoyo de los rusos. El golpe de febrero de 1948 en Checoslovaquia fue parte de este proceso. Stalin se proponía, asimismo, destruir a Tito, a quien nunca había perdonado un áspero mensaje durante la guerra: “Si usted no puede ayudarnos, por lo menos no nos estorbe con consejos inútiles”.⁶⁷ El mismo mes en que estaba desintegrando a la dirección checa, Stalin había reunido en Moscú a Dimitrov, el líder comunista búlgaro al que humilló, a Edward Kardelj y Milovan Djilas, de Yugoslavia; si uno de los tres se mostraba bastante flexible, pensaba convertirlo en sustituto de Tito. Les ordenó que reuniesen a Yugoslavia y Bulgaria en una federación económica según los criterios observados en el Benelux, una entidad que, según creía, estaba formada por Bélgica y Luxemburgo. Cuando se le dijo que también incluía a los Países Bajos, lo negó y gritó irritado: “¡Cuando digo no, significa no!”. Después, pasando al soborno, ofreció a los yugoslavos la carnada de la pequeña víctima de Mussolini: “Aceptamos que Yugoslavia absorba a Albania”, dijo, y realizó el gesto de chuparse el índice de la mano derecha.⁶⁸

Cuando Tito recibió el informe de este encuentro, olió un *putsch* contra su propia persona. A semejanza de Stalin, era un experimentado gángster político, familiarizado con las reglas de la supervivencia. Su primer acto fue interrumpir a sus colegas de Moscú el flujo de información de los órganos internos del partido, la policía y el ejército de Yugoslavia. El 1 de marzo provocó la culminación de la crisis cuando consiguió que su Comité Central rechazara el tratado propuesto por Stalin. En la posterior disputa teológica, que comenzó el 27 de marzo, Tito fue acusado de antisovietismo, de ser antidemocrático, de evitar la autocrítica, de carecer de conciencia de clase, de mantener vínculos secretos con el Oeste y de practicar el espionaje antisoviético; en definitiva, el partido entero fue tachado de menchevique, bujarinista y trotskista, y la acusación culminó en una grosera amenaza contra la vida de Tito: “Creemos que la carrera de Trotsky es muy instructiva”.⁶⁹ El 28 de junio, el nuevo Cominform advirtió obedientemente que el plan de Tito implicaba “cortejar

66 Samuel Wells, “The Lessons of the Korean War”, en Francis Heller, ed., *The Korean War: a 25-Year Perspective*, Kansas, 1977.

67 Duncan Wilson, *Tito's Yugoslavia*, Cambridge, 1979, p. 50 n.

68 Djilas, op. cit., pp. 129, 141.

69 Hingley, op. cit., p. 385; D. Wilson, op. cit., p. 55.

el favor de los imperialistas”, como preludio a la instalación de una “república burguesa común”, que a su tiempo se convertiría en “una colonia de los imperialistas”. Invitaba a los “elementos sanos” del partido yugoslavo a “reemplazar a los actuales líderes”.

La cólera y el lenguaje violento de las comunicaciones de Stalin reflejaban su comprensión, cada vez más clara, de que Tito marchaba un paso adelante en cada etapa de la disputa, la que sirvió simplemente para identificar a los miembros del partido cuya lealtad fundamental era hacia Moscú. Tito quebró a dos de sus principales colegas, fusiló a su jefe de Estado Mayor de la época de la guerra, encarceló al subjefe político del ejército y, en total, envió a la cárcel a 8.400 sospechosos del partido, la policía y el ejército; los arrestos continuaron hasta entrado 1950.⁷⁰ Stalin impuso sanciones económicas, realizó maniobras en la frontera de Yugoslavia y, a partir de 1949 organizó falsos procesos en los países satélites; en estas parodias, Tito era el archivillano. Pero la capacidad de Tito para mantener unido a su partido alrededor de una línea nacionalista (“No importa cuánto ame cada uno de nosotros a la patria del socialismo, la Unión Soviética, jamás puede amar menos a su propia patria.”) convenció a Stalin de que no podía derribar al régimen sin una invasión decidida del Ejército Rojo y combates en gran escala, los que posiblemente implicaran la intervención de Occidente. Tito nunca se acogió formalmente a la protección del paraguas occidental, pero la garantía estaba implícita. Cuando visitó Londres en 1953, Churchill, nuevamente primer ministro, le dijo: “Si nuestro aliado [de época de guerra], Yugoslavia, fuese atacado, combatiríamos y moriríamos con ustedes”. Tito contestó: “Ésa es una promesa sagrada y nos basta. No necesitamos tratados escritos”.⁷¹

Jruschov dijo más tarde que la disputa con Tito habría podido resolverse mediante discusiones.⁷² Stalin llegó a aceptar esta opinión, aunque nunca lo reconoció. El fracaso de su política frente a Yugoslavia era evidente en el verano de 1948, y Zhdanov, que había presidido la excomunión de Tito, falleció repentinamente el 31 de agosto de 1948, probablemente asesinado por orden de Stalin.⁷³ Con Mao, y como reconocimiento de que era el amo en su propia casa, Stalin aplicó una táctica distinta. Al parecer, decidió unir al nuevo régimen chino con el bloque soviético, no mediante amenazas y la interconexión de la estructura económica, sino elevando la temperatura militar en Lejano Oriente. El discurso de Acheson en enero de 1950, con su idea optimista de que, si Occidente dejaba en paz China, ésta debía romper con Rusia, sugería el peligro; la destacada omisión de Corea sería el medio de enseñar a China dónde estaban sus verdaderos intereses militares. Si éste fue el razonamiento de Stalin, en definitiva resultó acertado. La guerra de Corea postergó por una década la ruptura entre los rusos y los chinos. No puede decirse que Stalin precisamente planeó la guerra. Al parecer, en la primavera de 1950 convino en que Kim Il Sung, el dictador comunista de Corea del Norte, podía desencadenar un ataque limitado a lo largo del paralelo 38 durante el mes de noviembre.⁷⁴ Pero Kim no era un hombre controlable. En su propio periódico afirmó que él era “el jefe respetado y bienamado”, “un gran pensador y teórico”, responsable de la “idea orientadora de la revolución de nuestra época”, un “gran profesional revolucionario que ha realizado milagros innumerables y legendarios”, un “comandante de voluntad de hierro y brillo incomparable que siempre obtiene la victoria”, así como “el tierno padre del pueblo [...] que lo abraza sobre su amplio pecho”. Convirtió la astuta maniobra exploratoria de Stalin en un ataque de todo su ejército y comenzó a operar el 25 de junio, con éxito suficiente para sembrar el pánico entre los norteamericanos.

La guerra de Corea constituyó una tragedia característica del siglo XX. Fue desencadenada por razones ideológicas, sin un ápice de justificación moral o prueba de apoyo popular. Determinó la muerte de 34.000 norteamericanos, un millón de coreanos y un cuarto de millón de chinos. No alcanzó ningún objetivo. Todas sus consecuencias fueron involuntarias; su desarrollo fue una sucesión de errores garrafales. Kim y Stalin subestimaron la reacción de Estados Unidos. Truman

70 D. Wilson, op. cit., p. 61.

71 Ibid., p. 87.

72 Robert Conquest, *The Soviet Police System*, Londres, 1968, p. 41.

73 Hingley, op. cit., p. 388.

74 S. Wells, op. cit.

creyó que la invasión era el preludio de un ataque a Japón y un desafío directo a la voluntad de Estados Unidos de sostener el derecho internacional a través de las Naciones Unidas. Hasta ese momento, dicho organismo estaba destinado a reflejar el acuerdo de las grandes potencias, y su Consejo de Seguridad, con el sistema del veto, destacaba ese principio. Truman no necesitaba invocar a las Naciones Unidas. El acuerdo de Potsdam otorgaba a Estados Unidos atribuciones suficientes para actuar por sí solo.⁷⁵ Pero Truman deseaba obtener el respaldo de la autoridad moral de las Naciones Unidas. De modo que esquivó al Consejo de Seguridad y obtuvo la autorización de la Asamblea General de las Naciones Unidas, dominada entonces por Estados Unidos, sobre la base de un simple recuento de votos. Así, la primera consecuencia general de Corea fue debilitar el concepto de las Naciones Unidas como un organismo útil pero limitado y poner a esa entidad en un rumbo que la transformara en instrumento de propaganda ideológica. Por supuesto, la razón por la que Truman deseaba el respaldo de las Naciones Unidas era que él estaba llevando a Estados Unidos a la guerra sin la aprobación previa del Congreso. Esta fue la segunda consecuencia involuntaria: la elevación de la presidencia a la condición de un ejecutivo supraconstitucional que hacía la guerra, especialmente en el contexto del Lejano Oriente. Una tercera consecuencia fue, sin duda, impedir con una espada un nuevo acercamiento entre Estados Unidos y China, el objetivo que Stalin había perseguido, pero de un modo que no podía haber previsto.

Stalin supuso que esa guerra hecha a través de otro país acentuaría la dependencia militar de China respecto de Rusia soviética. Sucedió lo contrario. El general MacArthur rápidamente rechazó a los norcoreanos; tres meses más tarde había recapturado Seúl, la capital del sur. Pero MacArthur no era más flexible que Kim. Dijo a Washington: “A menos y hasta que el enemigo capitule, considero que Corea entera está expuesta a nuestras operaciones militares” y avanzó hacia la frontera china, a orillas del Yalu. A causa de la crisis, los chinos primero soportaron a un Tíbet casi independiente (21 de octubre de 1950), otra consecuencia involuntaria; después, atacaron a MacArthur con un enorme ejército de “voluntarios” (28 de diciembre). MacArthur fue derrotado y en abril de 1951 fue despedido, algo que Truman debió haber hecho el otoño anterior. Con bastante dificultad, las fuerzas de las Naciones Unidas restablecieron las fronteras cerca del paralelo 38 (octubre de 1951) y comenzaron las conversaciones de armisticio, que se caracterizaron por la actitud y la frustración intensa de Estados Unidos. De acuerdo con las anotaciones correspondientes del diario de Truman, él consideró la posibilidad de utilizar armas nucleares el 27 de enero y otra vez el 28 de mayo de 1952. Cuando el general Eisenhower lo sucedió en la presidencia, la amenaza de la guerra nuclear fue comunicada en China a través del gobierno indio.⁷⁶

Como consecuencia del enfrentamiento chinonorteamericano, Mao convirtió a China, por primera vez, en una potencia militar de primera línea, algo que no había estado en los propósitos de Stalin. Más aún, Mao indujo a los sucesores de Stalin a colaborar en la transformación de China en potencia nuclear. Rehusó permitir a las fuerzas soviéticas la instalación de bases nucleares en suelo chino. En cambio, impulsó un programa nuclear independiente y los rusos se sintieron obligados a ayudarlo. Más tarde, Jruschov se quejó de que Rusia había dado a los chinos “casi todo lo que éstos pidieron. No tuvimos secretos para ellos. Nuestros expertos nucleares cooperaron con sus ingenieros y diseñadores, que estaban atareados fabricando una bomba”. De acuerdo con la versión de Jruschov, los rusos se disponían a entregar el prototipo de una bomba cuando de pronto lo pensaron mejor. Los chinos afirman que el 20 de junio de 1959 “el gobierno soviético faltó unilateralmente al acuerdo [...] y rehusó suministrar a China una bomba atómica”.⁷⁷ Ya no fue posible contener el ímpetu que la ayuda soviética imprimió al programa chino. Cuando llegó la ruptura entre chinos y soviéticos en 1963, China estaba en el umbral de su primera prueba con la bomba atómica; fueron suficientes seis pruebas para que detonase un artefacto termonuclear de varios megatones. La treta de Stalin postergó la ruptura una década, pero determinó que fuese mucho más grave cuando al fin sucedió. A partir de ese momento, Rusia tuvo que lidiar con otra gran potencia militar en sus fronteras surorientales.

75 Kennan, *Memoirs, 1925-1950*, p. 490.

76 *New York Times*, 3 de agosto de 1980, S. Wells, op. cit.

77 Talbot, ed., op. cit., p. 269; *China Quarterly*, abril-junio de 1964.

Esta modificación del equilibrio fue mucho más grave, porque otra consecuencia involuntaria en Corea fue la aceleración fundamental del rearme. Si bien las crisis de Checoslovaquia y Berlín empujaron a Estados Unidos a un sistema de seguridad colectiva, Corea fue el episodio que provocó la carrera armamentista permanente. Truman había adoptado en enero de 1950 la decisión de construir la bomba H, pero hasta que los norcoreanos desencadenaron una guerra caliente, Truman tropezó con grandes dificultades para que el Congreso financiara el programa NSC-68. Los gastos de la defensa durante el año fiscal de 1950 fueron de sólo 17.700 millones de dólares. Corea transformó la actitud nacional y del Congreso frente a la defensa. Las asignaciones para la defensa saltaron a 44.000 millones de dólares durante el año fiscal 1952, y sobrepasaron la vertiente de 50.000 millones al año siguiente. Los incrementos posibilitaron el desarrollo de armas nucleares tácticas, la organización de cuatro divisiones suplementarias destinadas a Alemania, la rápida construcción de bases aéreas de ultramar, un despliegue mundial del Comando Aéreo Estratégico, la construcción de una flota de portaaviones nucleares y el aumento de la capacidad móvil.⁷⁸ En febrero de 1951, la producción norteamericana de aviones había recuperado su nivel máximo de 1944. Los aliados de Estados Unidos también se rearmaron y la remilitarización de Alemania se convirtió en realidad. Si la guerra fría comenzó a causa de Polonia, llegó a su madurez por Corea y abarcó al mundo entero. De hecho, Stalin había polarizado a la tierra.

Si bien éste no había pretendido conjurar contra su propia persona legiones enteras, en todo caso no podía lamentar que su imperio y los satélites de éste se viesan divididos del resto del mundo por un abismo de miedo y suspicacia. Él fue quien levantó el Telón de Acero. Era notable el hecho de que el imperio tenía una cortina interna que corría a lo largo de la frontera soviética y la protegía del bacilo de las ideas occidentales, incluso las que provenían de los propios satélites. Stalin odiaba a los “occidentales” del mismo modo que Hitler odiaba a los judíos, y empleaba el mismo término “cosmopolitismo”. De ahí la extraordinaria minuciosidad y la acritud con las que en 1945 y 1946 destruyó o aisló en campos a todos los que habían tenido contacto con ideas no soviéticas. No sólo los prisioneros de guerra, sino los oficiales, los técnicos, los periodistas y los miembros del partido que, como resultado de la guerra, habían ido a servir en el exterior. El número de extranjeros a quienes permitió visitar o incluso vivir en Rusia se vio reducido a un mínimo inexorable y sus contactos se limitaron a las personas empleadas por el gobierno y la policía secreta. Todos los restantes rusos aprendieron, sobre la base de la experiencia, que incluso el contacto más inocente y casual con un extranjero implicaba el riesgo de desaparecer en el Gulag.

Las esperanzas alimentadas por la victoria acerca de que las grandes industrias creadas para obtenerla se utilizarían con el fin de promover una modesta mejora en la vida de una nación que había sufrido 20 millones de muertes y privaciones sin igual, se vieron destruidas el 9 de febrero de 1946, cuando Stalin anunció que tres, y tal vez cuatro planes quinquenales, centrados en la industria pesada, serían necesarios para aumentar el poder soviético y prepararlo para lo que él denominó sombríamente “todas las contingencias”. Era evidente que se proponía someter nuevamente al yugo a toda la nación; se le encomendó a Andrei Zhdanov, su servil colega del Politburó, la tarea de dirigir una campaña que debía alcanzar todos los aspectos de la vida rusa con el fin de combatir el apoliticismo e inducir un compromiso activo mediante el miedo.⁷⁹ Los intelectuales de todas las categorías fueron sometidos a presión. La cacería de brujas se desencadenó el 14 de agosto de 1946; fue característico que sucediese en Leningrado, una ciudad a la que Stalin odió toda su vida tan apasionadamente como Hitler odió a Viena. Los blancos del primer ataque fueron los periódicos *Zvezda* y *Leningrad*, la poetisa Anna Ajmatova, y el humorista Mijail Zoshchenko; pero pronto se extendió a todas las artes. Aleksandr Fadaev, que recibió el premio Stalin por su novela de guerra de 1946 titulada *La joven guardia*, tuvo que reescribir en 1947, de acuerdo con la rigurosa línea partidaria. Se denunció a Muradelli por su ópera *La gran amistad*. La persecución se concentró en la *Novena Sinfonía* de Shostakovich; aterrorizado, el compositor se apresuró a crear una oda que elogiaba el plan de forestación de Stalin. La cacería se desplazó hacia el *Concierto para Piano* de

78 Yergin, op. cit., p. 407; S. Wells, op. cit.

79 Robert C. Tucher, “Swollen State, Spent Society: Stalin's Legacy to Brezhnev's Russia”, *Foreign Affairs*, 60, invierno de 1981-1982, pp. 414-445.

Khatchaturian, de modo que el compositor cambió totalmente su estilo. Después se la tomó con Eisenstein, cuyo filme, *Iván el Terrible*, fue criticado porque menoscababa a su protagonista. En junio de 1947 llegó el turno de los filósofos y las fallas de *Historia de la filosofía de Europa Occidental*, de G. F. Aleksandrov, fueron el pretexto de una purga. En el área de la economía, el libro de Jenó Varga, que describía la economía capitalista durante la guerra, sirvió al mismo propósito. A partir de 1948, la física teórica, la cosmología, la genética, la medicina, la psicología y la cibernética fueron sistemáticamente expurgadas. Se condenó la teoría de la relatividad no (como en Alemania nazi) porque Einstein fuese judío, sino por razones igualmente impertinentes: Marx había dicho que el universo era infinito y Einstein tenía ciertas ideas de Mach, que había sido proscripto por Lenin. Detrás de todo esto se advertía la suspicacia de Stalin frente a las ideas aun remotamente relacionadas con los valores occidentales o burgueses. Estaba desarrollando lo que los comunistas chinos denominarían más tarde una “revolución cultural”, el intento de modificar las actitudes humanas fundamentales en toda la gama del conocimiento mediante el empleo del poder policial desnudo.⁸⁰

Miles de intelectuales perdieron sus empleos. Otros miles fueron a parar a los campos. Sus lugares fueron ocupados por criaturas todavía más dóciles, por chiflados y farsantes. La biología soviética cayó en manos del fanático y excéntrico T. D. Lysenko, que predicaba la teoría de las características adquiridas por herencia y lo que él denominaba la “vernalización”, la transformación del trigo en centeno, de los pinos en abetos, y así por el estilo; en esencia, eran ideas medievales. Stalin estaba fascinado. Comentó previamente la alocución presidencial de Lysenko el 31 de julio de 1948 ante la Academia de Ciencias Agrícolas, y eso fue el comienzo de la cacería de brujas en el campo de la biología (Lysenko solía mostrar a los visitantes un ejemplar con correcciones de puño y letra de Stalin).⁸¹ Se atacó a la genética científica como una “seudociencia burguesa”, “antimarxista”, que inducía a “sabotear” la economía soviética; los que la practicaban sufrieron la clausura de los laboratorios. También se destacó en el reinado del terror otro charlatán de la agricultura, V. R. Williams. En medicina, una mujer llamada O. B. Lepeshinskaya afirmaba que podía postergarse la ancianidad mediante enemas de bicarbonato de sodio, una idea que interesó poco tiempo a Stalin. En lingüística, N. Marr argumentaba que todos los lenguajes humanos podían reducirse a cuatro elementos básicos: *sal, ber, yon y rosh*.⁸² Stalin chapoteaba gozoso en las aceitosas aguas culturales que él había agitado; a veces elevaba a sus extraños habitantes y les concedía un breve momento de fama antes de retorcerles el cuello. El 20 de junio de 1950 publicó en *Pravda* un artículo de diez mil palabras titulado: “El marxismo y los problemas lingüísticos”, una auténtica pieza de coleccionista. Pero generalmente dejaba a cargo de otros la tarea de empuñar la pluma en nombre del jefe. *Pravda* escribió:

Si usted tropieza con dificultades en su trabajo o de pronto duda de sus cualidades, piense en él —en Stalin— y encontrará la confianza que necesita. Si se siente cansado en momentos en que no debería ser el caso, piense en él —en Stalin— y su trabajo se desarrollará bien. Si está buscando una decisión acertada, piense en él —en Stalin— y la hallará.⁸³

Stalin preparó la escenografía de su propia apoteosis como expresión de la sabiduría humana en la Gran Enciclopedia Soviética, que fue publicada a partir de 1949. Estaba repleta de gemas. La sección histórica acerca de los automotores comenzaba: “En 1751-1752, Leon Shamshugenv, campesino de la provincia de Nizhny Novgorod, construyó un vehículo autopropulsado que era manejado por dos hombres”. A Stalin le agradaba comentar los pasajes que se referían a sus propios méritos y realizaciones. Mucho debe haberse reído el ex seminarista cuando obligó a Leonid Leonov, un importante novelista, presuntamente cristiano, a proponer en *Pravda* que un nuevo

80 Kolakowski, op. cit., III, pp. 132-135; Hingley, op. cit., pp. 380-382.

81 Zhores A. Medvedev, *The Rise and And Fall of T D. Lysenko*, trad. Nueva York, 1969, pp. 116-117.

82 Robert Payne, *The Rise and Fall of Stalin*, Londres, 1968, p. 664.

83 *Pravda*, 17 de febrero de 1950, citado en Hingley, op. cit., p. 508.

calendario debía basarse, no en la fecha de nacimiento de Cristo, ¡sino en la de Stalin! El humor negro siempre disputaba a la monomanía la posesión del vacío que era el espíritu de Stalin. Reescribió un material oficial, la *Breve biografía de Stalin*, e incluyó la frase: “Stalin nunca permitió que su trabajo se viese disminuido por el más leve atisbo de vanidad, orgullo o autoadulación”.⁸⁴

En 1948-1949, el antioccidentalismo de Stalin cobró una forma más completa en el antisemitismo. Siempre odió a los judíos y a menudo contaba chistes antisemitas. Jruschov afirmó que alentaba a los obreros fabriles a golpear a sus colegas judíos.⁸⁵ El último espasmo de furia antisemita de Stalin correspondió al episodio de la llegada de Golda Meir a fin de inaugurar la primera embajada de Israel en Moscú, ocasión en que fue saludada por una modesta exhibición de entusiasmo judío. Las publicaciones en idish fueron prohibidas inmediatamente. Los banqueros de Wall Street de pronto mostraron, en las caricaturas soviéticas, rasgos “judíos”. El actor judío Mijoels fue asesinado en un ficticio accidente automovilístico. Otros judíos prominentes fueron enviados a los campos. Los que tenían nombres rusificados aparecieron con sus “auténticos” nombres judíos en la prensa, una antigua metodología nazi. La campaña fue dirigida por judíos domesticados, lo que le dio un toque característico. Esta cuestión se mezclaba en la mente de Stalin con su incansable búsqueda de enemigos, reales o imaginarios, en el seno del partido. Después del fiasco de Tito, Zhdanov, como ya había representado su papel, desapareció por una puerta trampa. Sus partidarios fueron perseguidos en 1949, durante el llamado “asunto de Leningrado”, otra cacería de brujas contra la ciudad detestada. Beria y Malenkov suministraron la prueba utilizada en la purga, que se ejecutó en secreto con el fusilamiento de más de 1.000 personas.⁸⁶ Entre las víctimas estaban N. A. Voznesenski, principal planeador del Politburó, y A. A. Kuznetsov, secretario del Comité Central. La condición de judío implicaba la posibilidad del arresto y la muerte de un momento a otro. Pero nadie tenía la vida asegurada. El mariscal Zhukov había sido enviado a las provincias en 1946 porque era excesivamente popular, y una vez que estuvo en el destierro mantuvo prudente silencio. En 1949 Stalin arrestó a Polina, esposa de Molotov, y la envió a Kazajstan. Era judía y se la acusó de conspiración sionista; pero la verdadera razón quizá fue su anterior amistad con Nadia, esposa de Stalin. También encarceló a la esposa de Kalinin, el jefe del Estado soviético. Hubo otros casos de persecución a las esposas, uno de los últimos placeres del anciano.⁸⁷ Detestaba el hecho de que muchos de sus parientes desearan casarse con judíos y rehusaba recibir a cinco de sus ocho nietos.

Hacia la segunda mitad de 1952, en momentos en que estaba fabricando a toda velocidad armas nucleares, Stalin veía conspiraciones judías por todas partes. Los órganos superiores del Estado prácticamente ya no funcionaban. El verdadero trabajo se ejecutaba en las lúgubres cenas y fiestas de su villa de Kuntsevo, donde Stalin impartía órdenes verbales, a menudo en el apremio del momento, a quien estuviese allí, exactamente como había hecho Hitler. Ahora era un anciano, con la cara picada de viruelas, los ojos amarillentos, los dientes descoloridos, “un viejo tigre con las cicatrices de los combates”, como dijo un visitante norteamericano, que olfateaba el peligro por todos lados. Él y Beria entretejieron en Moscú, alrededor de todos, una nueva red de vigilancia electrónica. Ese verano se descubrió en el gran escudo norteamericano de la casa del embajador lo que Kennan describió como “para la época un artefacto fantásticamente avanzado de electrónica aplicada”.⁸⁸ Pero los signos indicaban que la red también estaba cerrándose alrededor de Beria; esto era natural, pues Stalin siempre destruía a sus asesinos de la policía secreta y ahora creía que Beria era judío.” Algunos signos inequívocos en derredor del Decimonoveno Congreso del Partido celebrado en octubre de 1952 indicaron que un nuevo terror amenazaba las cabezas de los principales colegas de Stalin. Jruschov afirmó después que Molotov, Mikoyan y Voroshilov eran

84 Rigby, *Stalin*, p. 71; Marc Slonim, *Soviet Russian Literature*, Nueva York, 1964, p. 289.

85 Svetlana Alliluyeva, *Twenty Letters*, pp. 171, 193, 197, 206; Talbot, ed., op. cit., p. 263.

86 Robert Conquest, *Power and Policy in the URSS*, Londres, 1961, p. 100.

87 Grey, op. cit., pp. 453-454.

88 Kennan, *Memoirs 1950-1963*, pp. 154-156.

algunas de las víctimas elegidas.⁹⁰

La tormenta estalló el 4 de noviembre, fecha en que se arrestó a varios médicos judíos asignados al Kremlin. Entre otros crímenes se los acusó de haber asesinado a Zhdanov. Sus “confesiones” debían ser la base de nuevos arrestos y procesos, como había sucedido a partir de 1934. Al ordenar que los interrogasen, Stalin gritó: “¡Golpeen, golpeen y vuelvan a golpear!”. Dijo a Ignatov, jefe de seguridad, que si no podía obtener confesiones plenas, “a usted le acortaremos el cuerpo en una cabeza”. Al difundir copias de las confesiones preliminares, Stalin preguntó: “¿Qué sucederá si no estoy yo? El país padecerá porque ustedes no saben identificar a los enemigos”.⁹¹ Ahora estaba totalmente aislado. Incluso ordenó arrestar como espía a su último compinche, su mayordomo Vlasik, general de la policía de seguridad. Analizaban sus alimentos en un laboratorio antes de que él los tocara. Temía que el aire de su casa estuviese envenenado por un vapor mortal mencionado en 1938 durante el juicio a Yagoda. Todo esto recuerda extrañamente los últimos años de Hitler.

Stalin se había distanciado totalmente del mundo normal. Su hija afirmó que hablaba por referencia a los precios de 1917; los sobres con su sueldo se apilaban sin abrir sobre el escritorio, de donde desaparecieron misteriosamente cuando murió. Cuando ella lo visitó, el 21 de diciembre de 1952, lo encontró enfermo; se negaba a permitir que un médico lo atendiese y se medicaba él mismo con yodo. Creía que su médico personal, el hombre que lo había atendido en los últimos veinte años, había sido siempre un espía británico; y ahora lo mantenía literalmente encadenado.⁹² Stalin siempre había garabateado dibujos de lobos durante las reuniones. Ahora estos animales lo obsesionaban. El 17 de febrero de 1953 explicó a K. P. S. Menon, el último visitante no comunista, cómo trataba a sus enemigos: “Un campesino ruso que ve un lobo no necesita que le digan lo que el lobo se propone hacer. ¡Lo sabe! De modo que no intenta domar al lobo o discutir o perder tiempo. ¡Lo mata!”.⁹³ El ataque sobrevino una quincena después, el 2 de marzo, y Stalin perdió el habla. Su hija dijo que la muerte de Stalin, el 5 de marzo, fue “difícil y terrible” y que su último gesto consistió en levantar la mano izquierda, como si quisiera maldecir o rechazar algo.⁹⁴ Si Lenin pasó a la eternidad hablando de electricidad, Stalin lo hizo acompañado por el aullido de los lobos imaginarios. En los desconcertados movimientos de multitudes que siguieron, de acuerdo con la versión del poeta Yevtushenko, los hombres de Beria mataron a centenares de personas, improvisando barreras de contención con sus camiones de la MVD, cuyos costados chorreaban sangre.⁹⁵

Los sufrimientos de la Rusia de Stalin, donde unas 500.000 personas fueron asesinadas judicialmente (o lisa y llanamente) por el Estado durante el período de la posguerra y hasta marzo de 1953, creaban un terrible contraste con los Estados Unidos, que era su antagonista. Mientras tanto, en la posguerra inmediata, Stalin estaba descargando más y más responsabilidades sobre los atemorizados norteamericanos, contrariamente a las predicciones de los economistas oficiales, que habían profetizado un elevado índice de desocupación durante el período de conversión, y se iniciaba el período más prolongado y más intenso en gastos de consumo en la historia de la nación. Comenzó en el otoño de 1946 y se aceleró en el transcurso del año siguiente. “El gran auge norteamericano está en marcha”, escribió *Fortune*. “No es posible medirlo. Los antiguos patrones de medida no sirven [...] Hay una intensa demanda de consumo que afecta a todo lo que uno puede comer, usar, gozar, leer, reparar, pintar, beber, ver, montar, gustar y utilizar como lugar de descanso”.⁹⁶ Era el comienzo del más prolongado ciclo de expansión capitalista de la historia, un proceso que se extendió a Europa (cuando el Plan Marshall comenzó a producir efecto), durante los años cincuenta, al Japón y el Pacífico durante los años sesenta y que se prolongó con caídas ocasionales hasta mediados de la década de los setenta. Para los norteamericanos, el sabor de la

⁹⁰ Rigby, *Stalin*, p. 81.

⁹¹ Conquest, *Power and Policy*, pp. 165-166; Rigby, *Stalin*, pp. 66-67; Hingley, op. cit., p. 414.

⁹² Svetlana Alliluyeva, *After One Year*, p. 365; Hingley, op. cit., pp. 393-395, 416.

⁹³ K. P. S. Menon, *The Flying Troika: extracts from a diary*, Londres, 1963, pp. 27-29.

⁹⁴ Svetlana Alliluyeva, *Twenty Letters*, pp. 13-18.

⁹⁵ Hingley, op. cit., pp. 424, 427.

⁹⁶ Sidney Olson, “The Boom”, *Fortune*, junio de 1946.

prosperidad sin barreras fue especialmente intenso y evocó recuerdos de la Arcadia perdida en los años veinte.

Hubo otros ecos de esa década. La caza de brujas xenófoba del gobierno de Woodrow Wilson no se repitió. Sin embargo, había una atmósfera de tensión patriótica, pues los norteamericanos estaban esforzándose por afrontar la magnitud de la responsabilidad global que comenzaban a asumir. También en este aspecto el contraste con Rusia es acentuado e instructivo. Estados Unidos es una sociedad asombrosamente abierta y, en cierto sentido, vulnerable. Tenía pocas defensas contra la penetración sistemática de sus órganos, practicada por el stalinismo en enorme escala durante los años treinta. Los agentes de los gobiernos extranjeros estaban obligados a registrarse, de acuerdo con la ley McCormack de 1938. Los miembros de las organizaciones que preconizaban el derrocamiento del gobierno norteamericano apelando a la fuerza y a la violencia podían ser acusados, al amparo de la ley Hatch de 1939 y la ley Smith de 1940. Dicha legislación era inútil para impedir que los comunistas activos y los compañeros de ruta, incluso los agentes soviéticos, se incorporasen al gobierno, lo que hicieron en gran escala durante el Nuevo Trato y aún más durante la guerra. Como dijo Kennan:

La penetración de los servicios gubernamentales norteamericanos por miembros o agentes conscientes o inconscientes del Partido Comunista norteamericano, a fines de los años treinta, no fue un producto de la imaginación [...] existió realmente y asumió proporciones que, aunque nunca fueron abrumadoras, tampoco eran triviales.

Kennan afirma que los que actuaron en Moscú o en la división rusa del Departamento de Estado tenían una “conciencia muy exacta” del peligro. El gobierno de Roosevelt tardó en reaccionar: “Las advertencias que habrían podido servir como criterios cayeron a menudo en oídos sordos o incrédulos”.⁹⁷

Truman se mostró más activo. En noviembre de 1936 designó una Comisión Provisional sobre la Lealtad de los Empleados; durante el mes de marzo siguiente actuó sobre la base de las recomendaciones de este organismo, con la orden ejecutiva 9835, que autorizaba la investigación de las creencias políticas y las afiliaciones de todos los empleados federales.⁹⁸ Una vez que se aplicó este procedimiento, en 1947, mostró una discreta cuota de eficacia. Pero sólo después de esa fecha, el Congreso y el público tomaron conciencia de la magnitud de los errores cometidos durante la guerra, errores que, así se creía, llevaron a la “pérdida” de Europa Oriental, y en 1949, de China. El enamoramiento de Roosevelt con Stalin y su frivolidad fundamental fueron los responsables principales de la política norteamericana en época de guerra, en mayor medida que los topos stalinistas. Pero Roosevelt había muerto y todavía estaba procediéndose al desenmascaramiento de diferentes topos, mientras la guerra fría cobraba mayor intensidad y se analizaban las locuras del pasado.

Hasta ahora las pruebas conocidas no sugieren que los agentes soviéticos dieron lugar a decisiones importantes en la política norteamericana, excepto en el Tesoro, o transmitiesen información secreta vital, excepto en las áreas referidas a las armas nucleares. Pero éstas fueron excepciones importantes. El agente soviético Dexter White era el funcionario más influyente del Tesoro, el hombre que creó el sistema monetario internacional de la posguerra con la ayuda de Keynes. En abril de 1944 fue el responsable de la decisión del gobierno norteamericano de entregar al gobierno soviético planchas del Tesoro de Estados Unidos, con el fin de imprimir el circulante utilizado en las zonas ocupadas, una decisión que en definitiva costó 225 millones de dólares al contribuyente norteamericano.⁹⁹ En 1945, Elizabeth Bentley, ex espía comunista, reveló al FBI la existencia de dos redes soviéticas en Estados Unidos, una encabezada por Nathan Gregory Silvermaster, economista del Tesoro, y la otra por Victor Perlo, de la Junta de Producción Bélica: también se transmitía información secreta del Departamento de Justicia, la Administración

⁹⁷ Kennan, *Memoirs 1950-1963*, pp. 191-192.

⁹⁸ Alan Harper, *The Politics of Loyalty*, Nueva York, 1969

⁹⁹ Roy Cohn, *McCarthy*, Nueva York, 1968, pp. 56 y ss.

Económica Exterior y la Junta de Guerra Económica. Las investigaciones del FBI y la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) revelaron la existencia de infiltraciones en el ejército y la marina, la Oficina de Guerra y la misma OSS. Además, en el Departamento de Estado estaba Alger Hiss, que había sido ayudante de Roosevelt en Yalta y, lo que es más importante, ayudante de Edward Stettinius, a quien los británicos consideraban el principal colaborador (aunque inconsciente) de Stalin en el campo aliado. En el área atómica, los agentes soviéticos incluían a Julius y Ethel Rosenberg, Morton Sobell, David Greenglass, Harry Gold, J. Peters (alias Alexander Stevens), para quien Whittaker Chambers representaba el papel de correo, y Jacob Golos, así como Klaus Fuchs, que había sido aprobado por la seguridad británica.

La magnitud del daño que estos espías infligieron a los intereses occidentales no podrá ser conocida mientras no se abran los archivos soviéticos. Pero el hecho de que Rusia soviética necesitara sólo cuatro años para fabricar una bomba A (1945-1949), el mismo lapso que llevara el proyecto Manhattan, fue un golpe abrumador para el gobierno de Truman y sus jefes de la defensa, aunque no para algunos miembros de la comunidad científica. La noticia suscitó un efecto poco grato en el público norteamericano. Coincidió con el derrumbe del KMT en China. Llegó en un período en que el problema de la penetración soviética en el gobierno en realidad había sido superado, pero aún estaban juzgando a los acusados. El 25 de enero de 1950, Alger Hiss fue hallado culpable de perjurio porque había ocultado su afiliación al Partido Comunista; el suyo fue el caso que concitó mayor atención.

Una quincena más tarde, el senador Joe McCarthy pronunció su conocido discurso en Wheeling, Virginia occidental, donde afirmó que en el Departamento de Estado trabajaban 205 comunistas conocidos. De esta manera comenzó la caza de brujas en gran escala. En resumen, el fenómeno se manifestó cuando ya se habían corregido las realidades que lo provocaban. McCarthy era un republicano extremista, no un derechista. Había llegado a interesarse en el espionaje durante el otoño anterior, después de ver un informe confidencial del FBI (que ya tenía una antigüedad de dos años). Poco antes del discurso de Wheeling, cenó con el padre Edmund Walsh, regente de la Facultad de Servicios

Exteriores de la Universidad de Georgetown. Éste era un colegio jesuita conservador (los jesuitas no se radicalizaron antes de los años sesenta), que suministraba gran número de egresados al Departamento de Estado. La institución estaba preocupada por el número de ultraliberales que habían ingresado durante el período de 1933 a 1945. El senador olfateó un problema interesante y lo usó. No era un político serio, sino un aventurero para quien la política constituía un juego, como señaló su biógrafo más sagaz “No era en absoluto un fanático [...] incapaz de verdadero rencor, de odio o animosidad, como un eunuco es incapaz de casarse [...] Fingió todo eso y no podía entender a quien no procediera del mismo modo”.¹⁰⁰ Robert Kennedy, el futuro fiscal general que trabajó para él, negó que fuese un individuo perverso: “Todo su método operativo resultaba complicado porque se sentía culpable y dolido después de haber destruido a alguien. Ansiaba desesperadamente gozar de la simpatía general. No previó los resultados de lo que estaba haciendo”.¹⁰¹

McCarthy habría tenido escasa importancia si ese mismo verano no hubiese estallado la guerra de Corea. Su período de predominio coincidió con ese áspero y decepcionante conflicto. Uno podría decir que el macartismo fue el último regalo de Stalin al pueblo norteamericano; una vez que la guerra concluyó, McCarthy fue destruido rápidamente. McCarthy aprovechó el sistema de comités del Congreso, que permite emprender investigaciones. En el caso de la legislatura, la realización de indagaciones casi judiciales es un privilegio legítimo. Se trataba de un antiguo procedimiento parlamentario inglés, que fue sumamente valioso en la afirmación de las libertades constitucionales durante los siglos XVII y XVIII. Se abusó gravemente de él, sobre todo para realizar persecuciones políticas y religiosas. Dos aspectos eran sumamente objetables: el empleo del procedimiento inquisitorial, tan extraño al derecho común, y el poder de castigar por desacato a quien obstruyera este procedimiento. El Congreso heredó tanto las virtudes como los vicios del sistema: eran

¹⁰⁰ Richard Royere, *Senator Joe McCarthy*, Londres, 1960, p. 51.

¹⁰¹ Citado en Arthur Schlesinger, *Robert Kennedy and his Times*, Boston, 1978.

inseparables. Durante los años treinta, los liberales del Congreso habían perseguido a la comunidad de Wall Street; ahora le tocaba el turno al gobierno de Nixon. En general, las ventajas superan a los defectos, y por eso se mantiene el sistema. Además, incluyen su propio mecanismo autocorrectivo, que funcionó en este caso, si bien lentamente: McCarthy fue repudiado, censurado y de hecho anulado por sus propios colegas, es decir, el Senado. El daño infligido por McCarthy a muchas vidas individuales respondió a dos factores especiales. El primero fue la ineffectividad de las leyes norteamericanas contra los libelos, lo que permitió que la prensa publicase impunemente las afirmaciones infundadas de McCarthy, incluso cuando éstas carecían de todo privilegio. La prensa, en especial los servicios noticiosos, convirtieron un abuso en un escándalo, del mismo modo que durante los años setenta habrían de convertir el caso Watergate en una caza de brujas.¹⁰² En segundo lugar, gravitó la cobardía moral demostrada por ciertas instituciones, sobre todo en Hollywood y Washington, porque se inclinaron ante la irracionalidad dominante. También éste es un fenómeno recurrente, que se repetiría durante la década de 1965 a 1975, en que muchas universidades se rindieron a la violencia estudiantil.

Sin estos dos factores, el macartismo no significaba nada. El contraste con el zhdanovismo en Rusia es instructivo. McCarthy no tenía policía y carecía por completo de autoridad ejecutiva. Por el contrario, tanto el gobierno de Truman como el de Eisenhower hicieron todo lo posible para obstruirlo. Sobre todo, McCarthy no era parte del proceso legal. No tenía tribunal. Sin duda los tribunales no se vieron en absoluto afectados por el macartismo. Como señaló Kennan: “Quien podía llevar su caso ante un tribunal, generalmente tenía la certeza de encontrar allí un nivel de justicia no menor que en cualquier otro momento de la historia norteamericana reciente”.¹⁰³ Las cortes resistieron al macartismo, a diferencia de su conducta veinte años después, cuando se vieron muy influidas por la histeria de Watergate. En última instancia, el arma de McCarthy era la publicidad y, en una sociedad libre, la publicidad es un arma de dos filos. McCarthy fue destruido por la publicidad y el hombre que orquestó esta destrucción entre bambalinas fue el nuevo presidente, Dwight Eisenhower.

Éste percibió acertadamente que la guerra de Corea y la incertidumbre que rodeaba a las negociaciones de suspensión del fuego eran la fuente de la frustración y el miedo utilizados por el macartismo. En noviembre de 1952 había sido elegido para terminar la guerra. La paz ha sido siempre una causa ganadora en Estados Unidos. Sin embargo, hay un contraste instructivo cuando comparamos los antecedentes de los demócratas y de los republicanos. Wilson triunfó en 1916 sobre la base de la promesa de mantener a Estados Unidos fuera de la guerra; al año siguiente Estados Unidos era beligerante. Roosevelt ganó en 1940 con la misma promesa y con el mismo resultado. Lyndon Johnson triunfó en 1964 con una plataforma de paz (contra la promoción de la guerra por los republicanos) y rápidamente convirtió a Vietnam en una guerra importante. Eisenhower, en 1952, y Richard Nixon, en 1972, son los únicos dos presidentes que durante este siglo han cumplido sus promesas de paz.

Sin embargo, en el caso de Eisenhower este resultado ha sido subestimado. Eisenhower consideró que Corea era un conflicto innecesario y el motivo de repetidos errores. Lo impresionó el número de veces que el gobierno precedente había contemplado el empleo de armas nucleares contra Manchuria, China e incluso contra Rusia, y la inclinación a considerar el bombardeo en amplia escala contra China.¹⁰⁴ Se dedicó a superar el punto muerto al que había llegado el armisticio y, en lugar de planear en secreto el empleo de la fuerza nuclear, utilizó amenazas nucleares en el marco de una diplomacia privada. Esta táctica fue eficaz y al cabo de nueve meses había logrado cierto arreglo. Se lo criticó mucho entonces y después, porque no hizo nada para contener la histeria anticomunista.¹⁰⁵ La verdad es que percibió el punto esencial, que la guerra posibilitaba la existencia del macartismo y que, una vez eliminada aquélla, el senador pronto vería

102 Edwin R. Bayley, *Joe McCarthy and the Press*, University of Wisconsin, 1981, pp. 66-87, 214-222.

103 Kennan, *Memoirs 1950-1963*, p. 220.

104 Barton J. Bernstein, “New Light on the Korean War”, en *International History Review*, 3, 1981, pp. 256-277.

105 Robert Griffith, *The Politics of Fear: Joseph McCarthy and the Senate*, Lexington, 1970; Richard M. Fried, *Men Against McCarthy*, Nueva York, 1976.

reducida su importancia. Asignó prioridad al esfuerzo por la paz y sólo después organizó la caída de McCarthy. Con astucia considerable y en secreto, ordenó a sus amigos del Senado que censuraran a McCarthy, al mismo tiempo que utilizaba a su jefe de prensa, Jim Haggerty, para orquestar la publicidad. El proceso culminó en diciembre de 1954 y tal vez es el mejor ejemplo del estilo “oculto” de liderato que Eisenhower se complacía en utilizar y que la investigación reveló muchos años después de su muerte.¹⁰⁶

Eisenhower fue el más eficaz de los presidentes norteamericanos del siglo XX, y la década en que él gobernó (1953-1961) resultó la más próspera de la historia norteamericana e incluso del mundo. Su presidencia estuvo envuelta en una aureola de mitología, gran parte promovida deliberadamente por Eisenhower. Trató de dar la impresión de que no era nada más que un monarca constitucional, que delegaba las decisiones en sus colegas, incluso en el Congreso, y que estaba ansioso por dedicar la mayor cantidad posible de tiempo a jugar golf.¹⁰⁷ Su estratagema fue eficaz. Su rival derechista al liderato republicano, el senador Robert Taft, se burló: “De veras creo que debía haber sido un profesional de golf”. Su primer biógrafo afirmó que el “consenso unánime” de los periodistas y académicos, personajes y profetas, la comunidad nacional de intelectuales y críticos, había sido que la conducción de la presidencia por Eisenhower era “inepta, y su definición de ella imprecisa [...] Decidió permitir que la nación volase guiada por el piloto automático”.¹⁰⁸ Se lo consideraba un personaje bien intencionado, intelectualmente limitado, ignorante, inorgánico, a menudo débil y siempre perezoso.

La realidad era muy distinta. “Complejo y tortuoso”, fue el juicio de su vicepresidente Richard Nixon (que sabía de estas cosas); “siempre aplicaba dos, tres o cuatro líneas de razonamiento a un solo problema y generalmente prefería el enfoque indirecto”.¹⁰⁹ A fines de los años setenta, la apertura de los archivos secretos llevados por su secretaria personal, Ann Whitman, de los registros de las comunicaciones telefónicas, los diarios y otros documentos personales, reveló que Eisenhower trabajaba mucho más de lo que nadie, incluso los colegas más cercanos, había supuesto. Un día típico comenzaba a las 7.30 y a esa hora ya había leído el *Neto York Times*, el *Herald Tribune* y el *Chiristian Science Monitor*, y terminaba cerca de medianoche (a menudo continuaba trabajando más tarde). Muchas de sus entrevistas, sobre todo las que se relacionaban con el partido, la defensa o la política exterior, eran omitidas intencionadamente de las listas suministradas al periodismo por Haggerty. Los encuentros prolongados y fundamentales con los secretarios de Estado y Defensa, con el jefe de la CIA y otras figuras, se realizaban sin dejar registros y en secreto, antes de las sesiones formales del Consejo de Seguridad Nacional. La dirección de la defensa y la política exterior, lejos de ser burocrática e inflexible como suponían sus críticos, en realidad se realizaba en armonía con principios de elevada eficiencia, que contrastaban profundamente con la anarquía romántica del régimen de Kennedy que vino a continuación. El mismo Eisenhower estaba siempre a cargo de la dirección.¹¹⁰

Eisenhower practicaba la seudodelegación. Todos creían que Sherman Adams, su jefe de personal, adoptaba las decisiones domésticas. Hasta cierto punto, Adams compartía esta ilusión. Decía que Eisenhower era la última figura mundial importante a la que desagradaba intensamente el uso del teléfono y que lo evitaba.¹¹¹ En realidad, los registros muestran que hacía gran cantidad de llamadas acerca de las que Adams nada sabía. Lejos de delegar la política exterior en John Foster Dulles, su secretario de Estado, Eisenhower recibía el consejo de una serie de fuentes acerca de las que Dulles nada sabía y lo mantenía sujeto con una rienda secreta y ajustada: Dulles le informaba

106 Fred I. Greenstein, “Eisenhower as an Activist President: a look at new evidence”, en *Political Science Quarterly*, invierno de 1979-1980; Robert Wright, “Ike and Joe: Eisenhower's White House and the Demise of Joe McCarthy”, tesis no publicada, Princeton, 1979.

107 Trohan, op. cit., p. 292.

108 Emmet John Hughes, *Ordeal of Power: a Political Memoir of the Eisenhower Years*, Nueva York, 1963, pp. 329-330.

109 Richard Nixon, *Six Crises*, Nueva York, 1962, p. 161.

110 Greenstein, op. cit.; véase también Douglas Kinnaird; *President Eisenhower and Strategic Management*, Lexington, 1977.

111 Sherman Adams, *First Hand Report*, Nueva York, 1961, p. 73.

diariamente por teléfono, incluso cuando se encontraba en el extranjero. Eisenhower leía un enorme volumen de documentos oficiales, y mantenía una abundante correspondencia con amigos de alto nivel que estaban en el país y en el extranjero, y que pertenecían a las comunidades diplomática, empresaria y militar. Utilizaba a Dulles como servidor, y éste se quejaba de que, si bien a menudo trabajaba hasta entrada la noche con el presidente en la Casa Blanca, nunca “se lo invitaba a cenar en familia”.¹¹² El concepto de que Dulles y Adams eran *prima donnas* fue promovido intencionalmente por Eisenhower, pues de ese modo se les podía echar la culpa cuando se cometían errores y así se protegía a la presidencia, una técnica usada con frecuencia por los autócratas coronados, por ejemplo Isabel I. Pero, inversamente, Eisenhower a veces aprovechaba su reputación de ingenuidad política para asumir la culpa de los errores cometidos por los subordinados; por ejemplo, cuando Dulles cometió una serie de equivocaciones graves con la designación de Winthrop Aldrich en la embajada norteamericana en Londres, en 1953.¹¹³ Kennan percibió parte de la verdad cuando escribió que, en las relaciones exteriores, Eisenhower era “un hombre de inteligencia política y penetración aguda”. Cuando hablaba de estas cuestiones seriamente y en un círculo oficial protegido, formulaba constantemente conceptos de elevada jerarquía utilizando la extraña jerga militar a la que estaba acostumbrado y que le permitía expresar y al mismo tiempo disimular sus pensamientos.¹¹⁴ En realidad, Eisenhower utilizaba la jerga, sobre todo en las conferencias de prensa, para evitar las respuestas que no podía esquivar si empleaba un inglés llano; a menudo fingía ignorancia por la misma razón. Más aún, llevaba su maquiavelismo al extremo de fingir que entendía mal a su propio traductor cuando trataba con extranjeros difíciles.¹¹⁵ Las transcripciones de sus conferencias secretas revelan el poder y la lucidez de sus pensamientos. Las modificaciones introducidas en los borradores preparados por los redactores de discursos y en los discursos de Dulles revelan el dominio del inglés que podía ejercer cuando así lo decidía. Churchill fue uno de los pocos hombres que apreció el verdadero valor de Eisenhower. Podría decirse que fueron los dos estadistas más grandes de mediados de siglo.

Eisenhower disimulaba sus cualidades y actividades porque creía esencial que el liderato autocrático, que según reconocía era necesario tanto en Estados Unidos como en el mundo, se practicara discretamente. Tenía tres principios muy claros. El primero era evitar la guerra. Por supuesto, si Rusia soviética estaba decidida a destruir Occidente, habría que resistir y Estados Unidos debía tener la fuerza suficiente para afrontar la situación. Pero las ocasiones de librar guerras innecesarias (a su juicio, el caso de Corea) debían evitarse apelando a la claridad, la firmeza, la cautela y la sensatez. En este propósito limitado tuvo éxito.¹¹⁶ Terminó el conflicto de Corea. Evitó la guerra con China. Contuvo la guerra de Suez en 1956 y hábilmente evitó otra guerra en Medio Oriente en 1958. De Vietnam dijo: “No puedo concebir una tragedia peor para Estados Unidos que comprometerse profundamente ahora en una guerra total en cualquiera de estas regiones”. Expresó también: “No habrá compromisos [...] a menos que sean el resultado del proceso constitucional que permite al Congreso promoverlos”.¹¹⁷ La autorización del Congreso y el apoyo de los aliados eran las dos condiciones que imponía para aceptar el compromiso militar norteamericano en cualquier lugar del globo, y esa actitud se reflejó en los sistemas de alianzas de Medio Oriente y el sudeste asiático que agregó a la OTAN.

El segundo principio de Eisenhower, relacionado con el anterior, fue la necesidad del control constitucional sobre la actividad militar. Utilizó mucho a la CIA y fue el único presidente norteamericano que la controló eficazmente. Dirigió con habilidad las operaciones de la CIA en Irán y Guatemala, sin perjuicio para su reputación.”¹¹⁸ El golpe de la CIA en Indonesia durante el

¹¹² Trohan, op. cit., p. 111.

¹¹³ Robert H. Ferrell, *The Eisenhower Diaries*, Nueva York, 1981, pp. 230-232.

¹¹⁴ Kennan, *Memoirs 1950-1963*, p. 196.

¹¹⁵ Verno A. Walters, *Silent Missions*, Nueva York, 1978, p. 226.

¹¹⁶ Véase Robert A. Divine, *Eisenhower and the Cold War*, Oxford, 1981.

¹¹⁷ *Public Papers of Dwight D. Eisenhower 1954*, Washington, 1960, pp. 206, 253.

¹¹⁸ Véase Richard H. Immerman, “The US and Guatemala 1954”, tesis de doctorado, Boston College 1978, citado en Greenstein, op. cit.; Richard Cotton, *Nationalism in Iran*, Pittsburg, 1964.

año 1958 fracasó porque por una vez delegó la tarea en Dulles. Es difícil creer que Eisenhower habría permitido que la operación de 1961 en la bahía de Cochinos se desarrollara en la forma en que lo hizo. En 1954 había creado un organismo civil, la Junta de Asesores acerca de las Actividades de Inteligencia Exterior, dirigida por un hábil y veterano diplomático, David Bruce, y éste fue uno de los distintos medios que utilizó para mantener bajo su autoridad al sistema militar.¹¹⁹ Le desagradaba la presencia de los generales en la escena política. La convención republicana de Chicago, en 1952, que lo eligió como candidato a la presidencia, incluía a tantos generales, partidarios del senador Taft y de McArthur, que Eisenhower mantuvo fuera de la ciudad a su principal ayudante, el coronel Bob Schultz, y a su médico, el general Howard Snyder.¹²⁰ Eisenhower siempre tuvo conciencia de que necesitaba seguir un difícil camino, a igual distancia del aislacionismo y el hiperactivismo en los asuntos mundiales. Utilizó a Dulles para contentar a los activistas del Senado. A los ojos de Dulles, que era sobrino de Robert Lansing, secretario de Estado de Wilson, y que había estado en Versalles, el rechazo del tratado de 1919 por el Senado fue una lección que nunca olvidaría. De acuerdo con lo que Kennan escribió, “siempre tuvo profunda conciencia de la dependencia de un secretario de Estado respecto del apoyo senatorial para el éxito de sus medidas”.¹²¹ Con la guía de Eisenhower, que examinaba cuidadosamente sus declaraciones antes de que las formulase, Dulles utilizaba lo que a veces pareció un lenguaje inflado (“la apisonadora”, “el borde del abismo”, “doloroso reenfoque”) para unir el apoyo legislativo con el realismo militar y político. Sólo los dos hombres sabían cuáles, entre los compromisos de Estados Unidos con el extranjero, eran reales y cuáles eran retóricos.

El principal temor de Eisenhower, en la tensa atmósfera provocada por la guerra fría, era que el gobierno quedase sometido al poder de una combinación de senadores belicosos, jefes militares excesivamente entusiastas y codiciosos proveedores de armas, lo que él denominaba el “complejo militar industrial”. Pues su tercer principio, que se reflejó en sus diarios y en otros documentos personales, era que la seguridad de la libertad en el mundo entero descansaba, en definitiva, en la salud de la economía norteamericana. Si se le concedía tiempo, la fuerza de esa economía podía manifestarse también en Europa Occidental y Japón. Pero la economía norteamericana podía ser destruida a su vez por el gasto desmesurado. Con referencia a los altos jefes militares expresó: “No saben mucho acerca de la lucha contra la inflación. Este país puede llegar a la asfixia si apila erogaciones militares, del mismo modo que puede autoderrotarse si no gasta lo suficiente para su propia protección”. Dijo también: “No hay defensa para un país que destruye su propia economía”.¹²² Pero Eisenhower además temía el gasto desordenado en la esfera de los asuntos interiores. No se opuso a las medidas keynesianas para combatir la crisis incipiente. En 1958, con el propósito de superar una caída de ese género, incurrió en un déficit de 9.400 millones de dólares, el más abultado contraído jamás por un gobierno norteamericano en tiempos de paz.¹²³ Pero eso fue una situación de emergencia; lo que Eisenhower trató de evitar por todos los medios fue un incremento enorme y permanente de los compromisos federales. Decidió que contener la inflación resultaba más importante que la seguridad social, porque pensaba que, en definitiva, éste era el único modo fidedigno de afirmar la seguridad social. Detestaba la idea de que Estados Unidos se convirtiese en un estado de bienestar. En 1956 reconoció: “A decir verdad, Taft fue más liberal que yo en los asuntos internos”.¹²⁴ Su verdadera pesadilla era la combinación de gastos excesivos en la defensa con una estructura de bienestar descontrolada, una confluencia destructiva que se convirtió en realidad a fines de los años sesenta. Mientras estuvo a cargo del gobierno, el gasto federal como porcentaje del PBN (y con éste la inflación) se mantuvo en los límites de una cifra controlable pese a todas las presiones. Fue una realización notable y explica por qué la década de Eisenhower fue la

119 Joseph B. Smith, *Portrait of a Cold Warrior*, Nueva York, 1976, pp. 229-240; Schlesinger, *Robert Kennedy*, pp. 455, 457.

120 C. L. Sulzburger, *A Long Row of Candles*, Nueva York, 1969, pp. 767-769.

121 Kennan, *Memoirs 1950-1963*, p. 183.

122 Sherman Adams, op. cit., capítulo 17, pp. 360 y ss.

123 Véase Joan Robinson, “What has become of the Keynesian Revolution?”, en Milo Keynes, ed., op. cit., p. 140.

124 Arthur Larsen, *Eisenhower: the President that Nobody Knew*, Nueva York, 1968, p. 34.

más próspera de los tiempos modernos. Y esa prosperidad estaba difundiéndose a un área cada vez más amplia del mundo.

El mundo era también un lugar más seguro. Entre 1950 y 1952 el riesgo de una gran guerra fue considerable. Hacia fines de la década se había alcanzado cierta estabilidad, se habían formulado criterios y elaborado normas, y las alianzas y los compromisos abarcaban el mundo entero. Se había aplicado la política de “contención”. El leninismo militante que se había difundido rápidamente durante la década del cuarenta, tanto en Europa como en Asia, tuvo que aminorar el ritmo de su marcha impetuosa o detenerse totalmente. Pero apenas se completó el sistema de contención, ya cesó de ser la respuesta integral. El derrumbe de los antiguos imperios liberales europeos determinó el nacimiento de una nueva categoría de estados que originaron nuevos e insolubles peligros.

14 LA GENERACIÓN DE BANDUNG

El mismo proceso histórico que creó a las superpotencias puso en un dilema a las potencias tradicionales. ¿Cuál era su papel? Las naciones derrotadas, es decir Francia, Alemania y Japón, se vieron empujadas por la necesidad a un reenfoque fundamental. Pero Gran Bretaña no había sido derrotada. Se había mantenido sola y había emergido victoriosa. ¿No podía continuar como antes? Churchill había luchado desesperadamente en defensa de los intereses británicos. Rechazaba de plano el concepto de Roosevelt según el cual Estados Unidos y Rusia eran las dos potencias “idealistas”, y Gran Bretaña la codiciosa y vieja imperialista. Conocía el infinito cinismo que se reflejaba en la observación del embajador Maisky acerca de que él siempre sumaba en la misma columna las pérdidas aliadas y las nazis.¹ Señaló al embajador británico en Moscú que Rusia nunca había “actuado como no fuese en función del más frío interés propio y con total desprecio por nuestra vida y nuestra suerte”.² Tenía sombría conciencia de que Rusia ansiaba destrozar al Imperio Británico y alimentarse de sus fragmentos, y de que también Estados Unidos, con la ayuda de los Dominios y sobre todo de Australia y Nueva Zelanda, apoyaba la “descolonización”. H. V. Evatt, el ríspido ministro australiano de Relaciones Exteriores, incorporó esos conceptos a la carta de las Naciones Unidas.³ Churchill protestó en Yalta: “Mientras haya vida en mi cuerpo no se permitirá ninguna transferencia de la soberanía británica”.⁴

Seis meses después Churchill había sido derrotado por el electorado. Sus sucesores laboristas planearon el desarme y la descolonización, se propusieron cultivar la amistad de Rusia y construir un estado de bienestar. En la práctica, se encontraron a merced de los acontecimientos. En agosto de 1945, lord Keynes les presentó un documento que demostraba que el país estaba en quiebra. Sin la ayuda norteamericana, “la base económica de las esperanzas del país no existe”.⁵ Ernest Bevin, el líder sindical convertido en secretario de Relaciones Exteriores, comenzó con el lema “la izquierda puede hablar con la izquierda” y confió en la posibilidad de compartir secretos atómicos con Rusia. Pero pronto tuvo que decir a su colega, Hugh Dalton: “Molotov se parece exactamente a un comunista en un local del Partido Laborista. Si uno lo trata mal, aprovecha todo lo posible las ofensas, y si uno lo trata bien, se limita a elevar el precio y nos insulta al día siguiente”.⁶ Poco a poco Bevin comenzó a representar la decisión británica de organizar la seguridad colectiva. Dijo a Molotov en 1949: “¿Ustedes quieren poner a Austria detrás de su Telón de Acero? No pueden. ¿Quieren a Turquía y los estrechos? No pueden tenerlos. ¿Quieren a Corea? No podrán apoderarse de ella. Están asomando la cabeza y un día la perderán”.⁷

La política exterior de Bevin implicaba que Gran Bretaña tenía que mantenerse en la carrera de las armas estratégicas. Exactamente un año después que Keynes presentara su informe acerca de la quiebra, el jefe del Estado Mayor aéreo trató con el gobierno el tema de las bombas nucleares. Las especificaciones relacionadas con el primer bombardeo atómico británico fueron formuladas el 1 de enero de 1947.⁸ El principal científico nuclear de Gran Bretaña, P. S. M. Blackett, se opuso a la

1 E. L. Woodward, *British Foreign Policy in the Second World War*, Londres, 1970, I, XLIV.

2 16 de junio de 1943, citado en David Dilks, ed., *Retreat from Power*, Londres, 1981, II *After 1939*.

3 William Roger Louis, *Imperialism at Bay: the United States and the Decolonization of the British Empire 1941-1945*, Oxford, 1978.

4 Anotación en el diario del almirante Leahy, el 9 de febrero de 1945, citada en Anderson, op. cit.

5 W. K. Hancock y Margaret Gowing, *The British War Economy*, Londres, 1949, pp. 546-549.

6 Diario de Dalton, 10 de septiembre de 1946.

7 Harold Nicolson: *Diaries and Letters 1945-1962*, Londres, 1968, pp. 115-116.

8 A. Goldberg, “The Military Origins of the British Nuclear Deterrent”, en *International Affairs*, XL, 1964.

fabricación de una bomba británica, pero después llegó a la conclusión de que Gran Bretaña podía y debía adoptar una postura neutral frente a Estados Unidos y Rusia soviética.⁹ El principal asesor científico, sir Henry Tizard, se oponía también a la creación de una fuerza nuclear independiente: “No somos una gran potencia y jamás volveremos a serlo. Somos una gran nación, pero si continuamos comportándonos como una gran potencia, pronto dejaremos de comportarnos como una gran nación”.¹⁰ Pero Tizard se asombró ante el éxito soviético, cuando Rusia consiguió detonar una bomba Aya en agosto de 1949 y atribuyó el hecho al robo del material. En todo caso, la decisión de fabricar la bomba fue adoptada en enero de 1947, en la culminación de la desesperada crisis de combustibles y poco antes de que Gran Bretaña traspasara a Truman la responsabilidad por Grecia y Turquía. Sólo estaban presentes Attlee, Bevin y cuatro ministros más.¹¹ La erogación se “perdió” en el conjunto de los cálculos y se ocultó el dato al Parlamento. Cuando Churchill retornó al cargo en 1951, se sorprendió al comprobar que de ese modo se habían separado en secreto 100 millones de libras esterlinas y que el proyecto estaba muy avanzado.¹²

La decisión de producir la bomba y el éxito brillante que acompañó el proceso de desarrollo y ejecución, sin duda mantuvieron a Gran Bretaña en el club más exclusivo durante treinta años más. La primera prueba de los británicos con la bomba A frente a la isla Monte Bello, en octubre de 1952, fue el factor que indujo a los norteamericanos a restablecer la asociación atómica. La primera prueba británica con la bomba H en la isla Natividad en mayo de 1957 formalizó esta asociación e indujo al Congreso a modificar la ley McMahon de 1946: los acuerdos bilaterales de 1955 y 1958 habrían sido imposibles sin la capacidad nuclear británica. Desde el momento en que se incorporó al club, Gran Bretaña pudo representar un papel importante en las negociaciones de 1958 a 1963 acerca de la prohibición de las pruebas y en el proceso que determinó el Tratado de No Proliferación de 1970. En 1960, en una famosa frase, Aneurin Bevan defendió la bomba británica ante sus colegas del Partido Laborista con el argumento de que, sin ella, un secretario británico de Relaciones Exteriores necesariamente entraba “desnudo en los altos consejos del mundo”. Pero ésta era ya una formulación errónea. Sin la bomba, Gran Bretaña no podría haber participado en esta y en otras negociaciones, pues a semejanza de otros clubes de hombres, el nuclear no acepta a nudistas en sus concilios. En 1962, el acuerdo anglonorteamericano de Nassau otorgó a Gran Bretaña el derecho a sesenta y cuatro plataformas modernas de lanzamiento nuclear, contra 1.038 de Estados Unidos y alrededor de 265 de Rusia soviética. En 1977 las cifras relativas eran: Estados Unidos 11.330, Rusia 3.826 y Gran Bretaña 192: este descenso de la participación británica la excluyó de las conversaciones acerca de la limitación de armas estratégicas (SALT), pese a que en ese momento el “disuasor” británico habría podido destruir la totalidad de los principales centros industriales y de población de Rusia soviética, y producir 20 millones de bajas.¹³

Por lo tanto, en 1945-1946, un axioma de la política británica fue concertar, en conjunción con los norteamericanos, los acuerdos de seguridad colectiva destinados a contener la expansión soviética y aportar a ellos una fuerza nuclear británica. A lo largo de todos los cambios de actitud y de gobierno, ese hilo conductor recorrió la política británica hasta bien entrada la década de los ochenta. Pero fue el único elemento estable. Todo el resto fue confusión e indecisión. Hubo un decaimiento de la visión, un derrumbe de la voluntad. A fines del verano de 1945, el Imperio Británico y la Comunidad parecían haber retornado al meridiano de 1919. El poder británico se extendía sobre casi una tercera parte del globo. Además de sus posesiones legítimas, Gran Bretaña administraba el imperio italiano de África Septentrional y Oriental, muchas ex colonias francesas y numerosos territorios liberados de Europa y Asia, incluyendo los deslumbrantes imperios de Indochina y las Indias Orientales holandesas. Ninguna nación había soportado jamás responsabilidades tan amplias. Veinticinco años después, todo eso había desaparecido. La historia

9 Edward Spiers, “The British Nuclear Deterrent: problems, possibilities”, en Dilks, op. cit., II, pp. 183-184.

10 M. H. Gowing, *Independence and Deterrence, Britain and Atomic Energy 1945 -1952*, 2 vols., Londres, 1974, I, p. 131.

11 *Ibid.*, pp. 182-183.

12 *Ibid.*, p. 406.

13 Dilks, op. cit., II, p. 161.

nunca había presenciado antes una transformación tan amplia y veloz.

A menudo se ha dicho, mientras se asistía a la desintegración, que el derrumbe del imperio fue anticipado por la caída de Singapur a principios de 1941. Pero eso no es cierto. No hubo ignominia en 1941. Aunque existió una falla de la dirección en la defensa de la ciudad, no puede decirse que el conjunto de la campaña estuviese signado por nada vergonzoso. En Malasia, los británicos no fueron culpables de *hubris* cuando despreciaron a los japoneses. Por el contrario, pronosticaron exactamente lo que sucedería si no se reforzaba y, especialmente, se rearmaba a la guarnición. En cambio, se adoptó la decisión de salvar a Rusia. En definitiva, 200.000 soldados japoneses, bien equipados y muy veteranos, con una abrumadora superioridad de poder marítimo y aéreo, fueron contenidos durante setenta días por elementos de sólo tres divisiones y media de tropas de combate de la Comunidad. De todas formas, la imagen de la victoria asiática se vio totalmente anulada por la magnitud de la derrota japonesa. Gran Bretaña hizo rendir a Singapur con 91.000 hombres. Cuando el general Itagaki entregó su espada al almirante Mountbatten en 1945, tenía 656.000 hombres bajo su mando en Singapur. En otros lugares, los británicos recibieron la capitulación de más de un millón de hombres. Más de 3.175.000 japoneses armados se rindieron; fue la derrota más grande que una nación asiática o no blanca haya sufrido jamás. En todos los sectores, la tecnología y la organización occidentales (es decir, blancas), habían demostrado que eran no sólo marginal sino abrumadoramente superiores. Fue no sólo una victoria característica, sino precisamente la victoria arquetípica de estilo colonial del poder de fuego sobre el poder del músculo.¹⁴

Tampoco hubo pruebas concretas de un derrumbe de la lealtad al Imperio Británico en los pueblos sometidos, sino todo lo contrario. Los intensos esfuerzos realizados por los japoneses con el fin de crear un Ejército Nacional Indio y un régimen independiente fueron un fracaso total. En octubre de 1942 se organizó un “gobierno” dirigido por Chandra Bose; este régimen declaró la guerra a Gran Bretaña y estableció su capital en Rangún. El Ejército Nacional Indio se desintegró tan pronto entró en acción contra el Ejército Indio. Los japoneses nunca pudieron persuadir u obligar a más de 30.000 indios, civiles y militares para que sirvieran contra Gran Bretaña. Muchos miles de prisioneros de guerra indios prefirieron la tortura y la muerte antes que el cambio de amo; por ejemplo, de los 200 oficiales y hombres del 2/15 Punjabs capturados en Kuching, prácticamente todos fueron asesinados en abril de 1945; algunos fueron golpeados hasta morir y otros decapitados o asesinados a bayonetazos. La oposición a la guerra de la “nación política” india no produjo ningún efecto sobre la “nación militar”. Si entre 1914 y 1918, 1.457.000 indios sirvieron en el ejército, durante la segunda guerra mundial el número sobrepasó el límite de los 2.500.000. Los indios, a quienes se les concedió la Cruz de la Victoria, pasaron de once a treinta y uno.¹⁵

¿Quién hablaba en nombre de la India? ¿La “nación política”? ¿La “nación militar”? ¿Alguien podía hablar en nombre de la India? En 1945, la India tenía más de 400 millones de habitantes: 250 millones de hindúes, 90 millones de musulmanes, 6 millones de sikhs, millones de sectarios, budistas y cristianos; 500 príncipes y maharajais independientes; 23 lenguas principales y 200 dialectos; 3.000 castas; con 60 millones de “intocables” en la base de la pirámide. El 80 por ciento de la nación vivía en 500.000 aldeas, la mayoría de ellas inaccesibles aun por caminos de tierra. Sin embargo, a los fines prácticos, en 1917 se había adoptado la decisión, con arreglo a las reformas de Montagu, de comenzar el proceso de entregar el poder sobre esta vasta y heterogénea nación, no a sus líderes tradicionales, religiosos, raciales, económicos o militares —o a todos ellos combinados— sino a una minúscula elite que había adquirido la ideología y las técnicas y, sobre todo, el lenguaje de la política occidental. La decisión había sido confirmada por la reacción frente a la masacre de Amritsar. El hecho indicaba que el Raj británico ya no estaba decidido a aplicar a toda costa el imperio de la ley. La ley de 1935 inició el proceso de abdicación. Al margen de las manifestaciones públicas que pudiese formular, el régimen británico sabía exactamente lo que estaba sucediendo. Como informó a Baldwin su eminencia gris, J. C. C. Davidson:

14 Acerca de las estadísticas sobre el final de la guerra, véase James, op. cit.

15 *Ibid.*, pp. 251-253.

El hecho es que el gobierno británico, el virrey y hasta cierto punto los estados han sido llevados por Gandhi a creer que unos pocos agitadores urbanos, formados a medias y semieducados, representan los puntos de vista de 365 millones de cultivadores laboriosos y relativamente satisfechos. Me parece que el elefante ha sido asustado por la pulga.¹⁶

La India ilustra el proceso por el cual el político profesional de dedicación plena heredó la tierra durante el siglo XX. Las reformas crearon un sistema extraño de representación. Una clase de hombres, principalmente abogados, se organizó para manipularlo. A su debido tiempo, estos hombres recibieron el poder de gobernar. El diálogo se mantuvo exclusivamente entre las antiguas y nuevas elites. El pueblo común y corriente nada tuvo que ver, excepto como una gigantesca multitud de espectadores en segundo plano. El proceso se repetiría a lo largo de Asia y África. Se preservaron las formas del modelo de Westminster, París o Washington. La sustancia estaba presente sólo de manera tenue o bien faltaba por completo. Los bolcheviques de Lenin en 1917, los cuadros del Partido Comunista chino de Mao en 1949 y los miembros del Congreso indio llegaron al poder por caminos diferentes; pero tenían en común el hecho de que los tres nuevos grupos gobernantes estaban formados por hombres que nunca habían desarrollado una actividad que no fuese la política y que habían consagrado su vida al aprovechamiento de un concepto flexible llamado “democracia”.

Lenin había afirmado su mandato para gobernar aplicando los métodos de un caudillo; Mao, los de un señor de la guerra. Gandhi y Nehru ocuparon un vacío creado por el derrumbe de la voluntad de gobernar. La ley de 1935 había determinado que el Raj fuese impracticable, excepto mediante la represión permanente. En 1942, en parte a causa de la presión ejercida por Roosevelt, Churchill convino en formular una declaración que otorgaba a la India el gobierno propio después de la guerra. El 28 de julio almorzó con Jorge VI, cuyo diario contiene esta anotación: “Me sorprendió cuando dijo que sus colegas y ambos, o los tres partidos del Parlamento, estaban muy dispuestos a entregar la India a los indios después de la guerra”.¹⁷ Esta afirmación era absolutamente exacta. Las discusiones de 1945-1947 se refirieron todas al modo y al tiempo, no al hecho de la partida de Gran Bretaña. El proyecto acerca de la independencia de la India, que se convirtió en ley el 18 de julio de 1947, fue aprobado por las dos cámaras del Parlamento, sin división y sobre un trasfondo de indiferencia pública casi total.

En efecto, si Gran Bretaña no hubiese abdicado rápidamente y con un gesto de fatiga, es difícil comprender cómo hubiera podido obtenerse la independencia de la India. Gandhi no era un liberador sino un político exótico, que podía haber florecido sólo en el ambiente protegido del liberalismo británico. Era un año mayor que Lenin, con quien compartía un enfoque casi religioso de la política, aunque por la chifladura lisa y llana tenía mucho más en común con Hitler, veinte años menor que él. En su lengua nativa, el gujarati, Gandhi significa “almacenero”, y tanto él como su madre, de quien heredó la constipación crónica, estaban obsesionados por las funciones corporales y la asimilación y la desasimilación del alimento. Esta preocupación se acentuó cuando fue a Londres y conoció los círculos vegetarianos. Sabemos de las intimidades de su vida más que de las de cualquier otro ser humano de la historia. Vivía públicamente en su *ashram* o campamento religioso, atendido por un nutrido séquito de mujeres devotas, la mayoría dispuestas a describir con el más minucioso detalle las costumbres de Gandhi. A mediados de la década de los setenta había más de cuatrocientas biografías de su persona y la edición inglesa de sus expresiones, compiladas por cincuenta investigadores y treinta empleados del Ministerio de Información indio, que organizó un departamento especial con ese propósito, ocupaba ochenta volúmenes con un promedio de 550 páginas cada uno.¹⁸

La primera pregunta de Gandhi al levantarse, dirigida a las mujeres que lo atendían todas las

16 Robert Rhodes James, *Memoirs of a Conservative: J.C. Davidson's Letters and Papers 1910-1937*, Londres, 1969, p. 390.

17 John Wheeler-Bennet, *King George VI: his Life and Times*, Londres, 1958, p.703.

18 Ved Mehta, *Mahatma Gandhi and his Apostles*, Nueva York, 1976, pp. 33 y ss.

mañanas era: “Hermanas, ¿esta mañana han tenido un buen movimiento intestinal?”. Uno de sus libros favoritos era *La constipación y nuestra civilización*, y lo releía constantemente. Estaba convencido de que el mal provenía de la suciedad y los alimentos inapropiados. De modo que si bien comía mucho (“Fue uno de los hombres más voraces que conocí”, dijo un discípulo), su alimento era seleccionado y preparado con mucho cuidado. Bebía una mezcla de bicarbonato de soda, miel y jugo de limón, y todos sus platos vegetarianos estaban sazonados con grandes cantidades de ajo machacado, del que había un cuenco junto a su plato (no tenía sentido del olfato, un atributo útil en la India).¹⁹ En la edad madura, Gandhi se volvió contra su esposa e hijos, incluso contra el sexo. Creía que las mujeres eran mejores que los hombres porque no gozaban del sexo. Realizaba los llamados experimentos *brahmacharya*, que consistían en dormir con jóvenes desnudas sólo para recibir calor. La única emisión seminal que tuvo durante el período que se inicia en la edad madura fue mientras dormía, en 1936, a la edad de sesenta y seis años y el episodio lo turbó mucho.²⁰

Las excentricidades de Gandhi atraían a una nación que venera las rarezas sagradas, pero sus enseñanzas carecían de relación con los problemas o las aspiraciones de la India. El tejido manual no tenía sentido en un país cuya industria principal era la producción masiva de textiles. Su actitud frente a los alimentos habría llevado al hambre general. De hecho, el *ashram* de Gandhi, con los “sencillos” gustos muy caros del maestro e innumerables “secretarias” y doncellas, dependía de los elevados subsidios de tres importantes comerciantes. Como observó un miembro de su círculo: “Se necesita mucho dinero para mantener pobre a Gandhi”.²¹ Alrededor del fenómeno Gandhi siempre hubo un intenso aroma a farsa del siglo XX. Sus métodos podían funcionar sólo en un imperio ultraliberal. George Orwell escribió:

No era tanto que los británicos le dispensaran una especie de trato protector, sino que él siempre conseguía atraer publicidad [...] Es difícil advertir cómo habrían podido aplicarse los métodos de Gandhi en un país donde los opositores al régimen desaparecen en medio de la noche y nunca se sabe nada más de ellos. Sin una prensa libre y el derecho de reunión, es imposible no sólo apelar a la opinión extranjera, sino promover el nacimiento de un movimiento de masas [...] ¿Acaso hay un Gandhi ahora en Rusia?²²

Lo único que demostró la carrera de Gandhi fue el carácter no represivo del dominio británico y su disposición a abdicar. Gandhi constituyó un factor que promovió el despido de vidas humanas tanto como de dinero. Los hechos de 1920 a 1921 indicaron que, si bien podía originar un movimiento de masas, no sabía controlarlo. De todos modos, continuó representando el papel de aprendiz de brujo mientras la nómina de bajas se elevaba a centenares, después a miles y más tarde a decenas de miles, y se acumulaban los riesgos de una gigantesca explosión sectaria y racial. La ceguera frente a la ley de probabilidades, en un subcontinente ásperamente dividido, despojó de todo sentido a las afirmaciones de Gandhi acerca de que en ningún caso estaba dispuesto a tomar la vida de otro ser humano.

Había un elemento análogo de enorme frivolidad en Jawaharlal Nehru. Era brahmin y provenía de una casta sacerdotal que en los tiempos modernos se había orientado, en general, hacia el derecho y la política. Era hijo único, un niño malcriado por gobernantas y teósofos, y después expatriado en Harrow, donde se lo conocía por Joe, y también en Cambridge. Durante su juventud llevó la vida de un elegante en Londres y en los centros de veraneo, con 800 libras esterlinas anuales. Se aburría fácilmente. Permitió que su padre, un laborioso abogado de Allahabad, le eligiese por esposa a otra brahmin de Cachemira. Pero (como Lenin) jamás mostró el más mínimo deseo de trabajar para sostener a su familia. Así se quejaba su padre:

¹⁹ *Ibid.*, pp. 13-16.

²⁰ *Ibid.*, p. 44.

²¹ *Ibid.*, p. 56.

²² Orwell, *Collected Essays*, etcétera, IV, p. 529.

¿Has tenido tiempo para cuidar de las pobres vacas [...] reducidas a la posición de vacas sólo por la culpable negligencia que tú y yo hemos demostrado [...] me refiero a tu madre, tu esposa, tu hijo y tus hermanas? [...] No creo que un hombre que sea capaz de hambrear a sus propios hijos pueda ser muy útil a la nación.²³

Nehru derivó hacia la política como consecuencia de la campaña de Gandhi y en 1929 el Mahatma lo convirtió en presidente del Congreso. Se interesó en la vida campesina: “He tenido el privilegio de trabajar para ellos, de alternar con ellos, de vivir en sus chozas de barro y de compartir reverente su escaso alimento”, dijo el mismo Nehru. Fue encarcelado y acusado de agitación por la misma época en que Hitler estaba en Landsberg. “Será una experiencia nueva, y en este mundo *blasé* ya es algo hacer una experiencia nueva”. Creía que la India podía salvarse mediante “un curso para estudiar los libros de Bertrand Russell”. En muchos sentidos era una figura de Bloomsbury, un Lytton Strachey politizado y trasplantado a un clima exótico. “Un intelectual de intelectuales”, escribió Leonard Woolf. “La última palabra del refinamiento y la cultura aristocráticos consagrados a la salvación de los oprimidos”, dijo la señora Webb.²⁴ Absorbió toda la farmacopea de la izquierda europea, se entusiasmó con España republicana, aceptó por su valor aparente los falsos procesos de Stalin y fue partidario del apaciguamiento y el desarme unilateral. Pasó la mayor parte de la guerra en la cárcel, después de una revuelta putativa en 1942, que tuvo muy escaso apoyo, y así adquirió un amplio conocimiento del derecho penal indio. Pero no sabía nada del proceso de creación y administración de la riqueza, que permitía alimentar y gobernar a 400 millones de personas. Parece que hasta fines de los años cuarenta creía que la India estaba escasamente poblada.²⁵ Casi hasta último momento rehusó creer —porque sabía tan poco acerca de la verdadera India— que si el Raj británico entregaba el poder al Congreso, los musulmanes exigirían un Estado separado. Aún más sorprendente era su opinión de que el sectarismo violento, que había sido un mal endémico antes del siglo XIX y había recommenzado otra vez después del movimiento de Gandhi y Amritsar, era esencialmente el resultado del dominio británico. Dijo a Jacques Marcuse en 1946: “Cuando los británicos se marchen, no habrá más disturbios comunales en la India”.²⁶

En realidad, las elecciones indias de la posguerra, en las que la Liga Musulmana se adueñó prácticamente de todas las bancas reservadas a los musulmanes con su programa de partición, indicaron que la división era inevitable y que la violencia en gran escala era probable. La transferencia del poder ha sido presentada como un diestro ejercicio de la capacidad gobernante angloindia. La realidad es que el gobierno británico sencillamente perdió el control. Lord Mountbatten fue designado virrey el 20 de febrero de 1947, cuando la economía británica estaba al borde del derrumbe, y se le dijo que hiciera lo que le pareciese mejor (“*carte blanche*”, como él mismo dijo al rey), siempre que respetase la fecha de junio de 1948 como límite temporal para otorgar la independencia.²⁷ Las masacres habían comenzado incluso antes de que llegase a la India. Churchill pensaba que “un intervalo de catorce meses es fatal para la transferencia ordenada del poder”, porque daba a los extremistas de ambos bandos tiempo para organizarse. Lord Wavell, el virrey anterior, entendía que Gran Bretaña debía entregar un país unificado y que le correspondía dejar en manos de los propios indios la tarea de dividirlo si así lo deseaban. El general sir Francis Tuker, que había preparado un plan de contingencia referido a la división, juzgaba que la partición resultaba inevitable si se apresuraba la transferencia. Mountbatten la apresuró y adoptó una decisión a favor de la partición dentro de los quince días de su llegada. Sir Cyril Radcliffe, que encabezó la comisión de límites, tuvo que adoptar por sí solo las medidas pertinentes, pues los miembros hindúes y musulmanes estaban tan aterrorizados que no atinaban a adoptar decisiones independientes.

23 Citado en Sarvepalli Gopal, *Jawaharlal Nehru: a biography*, Londres, 1965, I, pp. 38-39.

24 *Ibid.*, pp. 79, 98, 236; Leonard Woolf, *Downhill All the Way*, Londres, 1967, p. 230.

25 Discurso de Nehru en Ootacamund, 1 de junio de 1948; Gopal, *op. cit.*, II, p. 308.

26 Richard Hughes, *Foreign Devil*, Londres, 1972, pp. 289-292.

27 Richard Hough, *Mountbatten*, Londres, 1980, p. 216.

El resultado fue semejante a la quiebra del Imperio Habsburgo en 1918-1919: se eliminó el principio unificador y el resultado creó más problemas que los que resolvió. Los príncipes se vieron abandonados. Las sectas minoritarias y los clanes simplemente fueron olvidados. Se ignoró el destino de los intocables. Todas las dificultades reales —Punjab, Bengala, Cachemira, la frontera noroeste, Sind, el Beluchistán británico— tuvieron que resolverse por sí mismas. Mountbatten tenía talento en el área de las relaciones públicas y mantuvo un frente valeroso. Pero la transferencia y la partición fueron verdaderas catástrofes, el fin ignominioso de dos siglos de gobierno muy eficaz basado en el *bluff*. Alrededor de cinco a seis millones de personas huyeron en distintas direcciones para salvar la vida. Por ejemplo, una procesión de hindúes y sikhs aterrorizados se extendía a lo largo de unos noventa kilómetros a partir del Punjab occidental. La fuerza fronteriza de 23.000 hombres era demasiado débil y es posible que algunos soldados participasen también de la matanza.²⁸ La carnicería llegó incluso al incomparable palacio de Lutyens y muchos miembros del personal musulmán de lady Mountbatten fueron asesinados; ella ayudó a trasladar los cadáveres a la morgue. Gandhi, que había posibilitado todo esto, le confesó: “Este episodio no tiene analogía en la historia del mundo y me lleva a inclinar la cabeza avergonzado”.²⁹ Nehru, que había considerado a los indios liberados como a otros tantos miembros del círculo de Bloomsberry, ahora reconoció ante lady Ismay: “La gente ha perdido totalmente la razón y se comporta peor que un conjunto de brutos”.³⁰

Gandhi resultó una de las víctimas. Fue asesinado en enero de 1948 por uno de los fanáticos cuya hora había llegado. Jamás se sabrá cuántos corrieron la misma suerte. Los cálculos acerca de las víctimas durante este período oscilaron entre uno y dos millones. Otros cálculos más modernos hablan de 200.000 a 600.000;³¹ pero se ha observado el deseo general de minimizar y olvidar el acontecimiento, por temor a que se repita. En la anarquía se presenciaron otras grandes injusticias. En Cachemira, estado natal de Nehru, éste utilizó tropas para imponer el dominio indio, pese al hecho de que la mayoría de los pobladores eran musulmanes, con el argumento de que el gobernante era hindú: los musulmanes que allí vivían eran “bárbaros”. En Hyderabad, donde la mayoría estaba formada por hindúes y el gobernante era musulmán, invirtió el principio y de nuevo utilizó tropas con el argumento de que “algunos locos están a cargo de los destinos de Hyderabad”.³² Por consiguiente, Cachemira, la más bella provincia de la India, se vio dividida por largo tiempo; así se preparó el terreno para dos guerras entre la India y Pakistán.

Nehru gobernó la India durante diecisiete años y fundó una dinastía parlamentaria. Fue un gobernante popular, aunque no eficaz. Hizo todo lo posible para lograr que el Lok Sabha, el parlamento de la India, funcionase bien y le dedicó mucho tiempo. Pero era demasiado autocrático para permitir el florecimiento del gobierno parlamentario: su régimen fue un espectáculo a cargo de un solo hombre. “Creo que mi partida bien puede convertirse en un desastre”, reconoció con complacencia.³³ Esa opinión en general era compartida en el exterior. “La figura más grande de Asia”, lo definió Walter Lippmann. “Si no existiera”, dijo Dean Acheson, “habría que inventarlo”. “Un titán mundial”, dictaminó el *Christian Science Monitor*. “Sin necesidad de vanagloria, el señor Nehru puede afirmar que Delhi es la escuela de Asia”, afirmó el *Guardian*. Adlai Stevenson lo consideró “uno de los pocos hombres que tenían derecho de mostrar una aureola incluso en vida”.³⁴ En privado, Nehru llegó a dudar de todo esto. “Es terrible pensar que quizás estamos perdiendo

28 R. Jeffrey, “The Punjab Boundary Force and the problems of order, August 1947”, en *Modern Asian Studies*, 1974, pp. 491-520.

29 M. Masson, *Edwina Mountbatten*, Londres, 1958, pp. 206-207.

30 Copal, op. cit., II, p. 13.

31 Penderal Mood, *Divide and Quit*, Londres, 1961, da como cifra 200.000; G. D. Khosla, en *Stern Reckoning*, Delhi, s. d., da entre 400.000 y 500.000; Ian Stephens, por su parte, da en *Pakistan*, Londres, 1963, la cifra de 500.000; M. Edwardes, en *First Years of British India*, Londres, 1963, 600.000.

32 Copal, op. cit., II, pp. 21, 42.

33 Carta de Nehru a Krishna Menon, 24 de agosto de 1949.

34 Walter Lippmann en el *Herald Tribune*, 10 de enero de 1949; Acheson, op. cit., p. 336; *Christian Science Monitor*, 26 de octubre de 1949; *Manchester Guardian*, 26 de mayo de 1954; W. Johnson, ed., *The Papers of Adlai E. Stevenson*, Boston, 1973, III, p. 181.

todos nuestros valores y hundiéndonos en la sordidez de la política oportunista”, escribió en 1948. Aplicó una reforma agraria, pero ésta benefició sólo a unos pocos campesinos más ricos y no contribuyó en nada a elevar la productividad agrícola. Con respecto al planeamiento, consideró que “modificará de un modo tan completo la fisonomía del país que el mundo se sorprenderá”, pero no sucedió gran cosa. En 1953 confesó que en economía “carezco completamente de conocimiento”. Durante cierto período se mostró inclinado a inaugurar algunos diques; después, su interés se amortiguó. En general, funcionamos cada vez más como lo hacía el antiguo gobierno británico”, escribió al gobernador general Rajagopalachari, “sólo que somos menos eficaces”.³⁵ Al parecer, Nehru no sabía gobernar. Consagraba cuatro o cinco horas diarias sólo a dictar por lo menos a ocho dactilógrafas las respuestas a las 2.000 cartas que los indios quejosos enviaban cotidianamente a su despacho.³⁶

Lo que agradaba realmente a Nehru era hablar acerca de la moral internacional en la escena mundial. Durante los años cincuenta se convirtió en el principal ejemplo de charlatanismo del más alto nivel. En el plano nacional mostraba un espíritu adquisitivo. En 1952 sometió a los tribenos naga mediante el ejército, pero prohibió que se los ametrallase desde el aire. Cuando los habitantes de Goa (colonia portuguesa) rehusaron alzarse para unirse a la India, envió “voluntarios” y los liberó mediante la fuerza. Sin embargo, en el plano internacional denunció el “imperialismo”, en todo caso cuando lo practicaba Occidente. Consideró que la conducta exhibida en Corea demostraba que los norteamericanos eran “más histéricos como pueblo que casi todos los restantes, excepto quizá los bengalíes” (que continuaron masacrándose mutuamente hasta los años cincuenta). Las operaciones anglofrancesas contra Egipto en 1956 fueron “un retroceso histórico que ninguno de nosotros puede tolerar”. “No puedo concebir un caso peor de agresión.”³⁷

Pero aplicaba una norma distinta al mundo comunista. Hasta el fin, su Biblia acerca de Rusia estuvo representada por los mendaces libros de los Webb, a los que denominaba “la gran obra”. En 1955 visitó ese país y encontró a la gente “feliz y animosa [...] bien alimentada”. Juzgó que no sentían la falta de la libertad civil. Se recogía una “impresión general” de “contentamiento”, y todos estaban “atareados y activos” y, “si hay quejas, se refieren a asuntos relativamente secundarios”.³⁸ Jamás demostró el más mínimo interés por el colonialismo soviético y ni siquiera reconoció su existencia cuando sir John Kotelawala, primer ministro de Ceilán, criticó el sistema de estados títeres en Europa Oriental. Se negó a condenar la invasión soviética a Hungría en 1956, alegando “falta de información”, y tranquilizó su conciencia con una minúscula queja privada.³⁹ Por supuesto, Nehru nada podía hacer por Hungría, pero pudo haber salvado a Tíbet de la invasión y absorción por China, cuyas pretensiones eran puramente imperialistas. Muchos indios deseaban que Nehru actuase, pero él no hizo nada. Consideró que la agresión debía ser interpretada de acuerdo con la “psicología china” con su “trasfondo de prolongado sufrimiento”.⁴⁰ No explicó por qué los dolientes chinos tenían que desahogarse con los impotentes tibetanos, cuya antigua sociedad fue aplastada como una caja de cerillas, y cuyo pueblo fue trasladado a China central y reemplazado por “colonos” chinos. Los argumentos empleados por Nehru para defender a China fueron idénticos a los que se emplearon en defensa de Hitler a mediados de los años treinta: Nehru fue no sólo el último de los virreyes; fue también el último de los apaciguadores.

En ese momento Nehru ansiaba desempeñar el papel de promotor y presentar a la nueva China en el foro de la comunidad internacional. Se regodeaba en la untuosa lisonja de Chu En-lai (“Su Excelencia conoce Asia y el mundo mejor que yo”). Veneraba al viril y militarista Mao, y se sentía atraído por su feroz y siniestro vecino Ho Chi Minh (“un rostro delicado y franco, gentil y benigno”). En China lo “sorprendió” la “tremenda respuesta emocional del pueblo chino” ante su

35 Carta de Nehru, fechada el 9 de junio de 1951.

36 Copal, op. cit., p. 311.

37 Carta de Nehru a Rajagopalachari, 3 de julio de 1950, cablegrama al presidente Nasser, 31 de octubre de 1956; cablegrama a J. E. Dulles de igual fecha.

38 Citado en Copal, op. cit., II, p. 246.

39 S. Dutt, *With Nehru at the Foreign Office*, Calcuta, 1977, p. 177.

40 Carta de Nehru a Ernest Bevin, 20 de noviembre de 1950.

visita.⁴¹ Al parecer, no pensó que China e India tenían fundamentales conflictos de intereses y que al fortalecer el prestigio chino estaba cavando su propia fosa. El primer castigo llegó en 1959 cuando los chinos, que ya habían conseguido del Pandit todo lo que deseaban, comenzaron a rectificar la frontera del Himalaya y a construir caminos militares. Nehru cayó en la trampa que él mismo había armado cuando habló de respetar los “derechos” de China en Tibet. La peor crisis sobrevino en 1962, cuando el agobiado Nehru, inducido a error por el exceso de confianza de sus propios generales, desencadenó la guerra y fue derrotado de manera decisiva. Tuvo que soportar la humillación de tener que pedir la inmediata ayuda norteamericana, pues el pánico lo llevó a temer un descenso de paracaidistas chinos en Calcuta. De manera que Washington suministró los “neocolonialistas” C130, y la “imperialista” Séptima Flota fue a socorrerlo en la bahía de Bengala. De pronto, la aplanadora china se detuvo misteriosamente y Nehru se enjugó la frente y aceptó el consejo norteamericano de convenir el cese del fuego.⁴² Pero a esa altura de las cosas era un viejo que ya no importaba mucho.

Sin embargo, hasta mediados de los años cincuenta él era la cumbre de una nueva entidad, denominada ya *le tiers monde* por los periodistas franceses progresistas. El concepto se basaba en la prestidigitación verbal, el supuesto de que mediante la invención de palabras y frases nuevas uno podía modificar (y mejorar) los hechos ingratos e intratables. Estaba el primer mundo, Occidente, con su capitalismo rapaz; el segundo mundo, el del socialismo totalitario, con sus campos de esclavos, y ambos con sus terribles arsenales de destrucción masiva. ¿Por qué no podía nacer un tercer mundo, que se alzaría como un ave fénix de las cenizas del imperio, libre, pacífico, no alineado, industrial, depurado de los vicios capitalistas y stalinistas, radiante de virtud pública, dispuesto a salvarse hoy por su propio esfuerzo y a salvar mañana al mundo con su ejemplo? Así como durante el siglo XIX los idealistas habían visto en el proletariado oprimido el repositorio de la excelencia moral —y el futuro Estado proletario como la utopía—, ahora el hecho mismo de un pasado colonial y una piel que no era blanca fueron considerados los títulos que daban derecho al prestigio internacional. Un estado que era ex colonia por definición merecía el calificativo de virtuoso. Un agrupamiento de tales estados sería el centro de la sabiduría.

El concepto encarnó en la Conferencia Afroasiática celebrada del 18 al 24 de abril de 1955 en Bandung, a instancias de Sukarno, presidente de Indonesia. Asistieron veintitrés estados independientes de Asia y cuatro de África, además de la Costa de Oro y el Sudán, que pronto conquistarían la libertad. La ocasión fue el apogeo de la celebridad mundial de Nehru y éste la utilizó como una oportunidad brillante para presentar al mundo la figura de Chu En-lai. Pero había muchas otras estrellas, entre ellas U Nu de Birmania; Norodom Sihanuk de Camboya; Mohammed Alí de Pakistán; Kwame Nkrumah, que sería el primer presidente negro de África; el arzobispo Makarios de Chipre; Adam Clayton Powell, miembro negro del Congreso norteamericano; y el gran mufti de Jerusalén.⁴³ Se calculó que había allí 1.700 miembros de la policía secreta. Algunos de los presentes conspirarían más tarde para asesinarse mutuamente; otros concluirían la vida en la cárcel, la deshonra o el exilio. Pero por esa época, el tercer mundo aún no estaba mancillado públicamente por las invasiones, las masacres, las anexiones y la crueldad dictatorial. Aún se hallaba en la edad de la inocencia, cuando se creía confiadamente que el poder abstracto del número, y aún más el de las palabras, transformaría al mundo. “Ésta es la primera conferencia intercontinental de pueblos de color en la historia de la humanidad”, dijo Sukarno en su discurso inaugural. “¡Hermanas y hermanos! ¡Qué tremendo el dinamismo de nuestro tiempo! [...] ¡Las naciones y los estados despertaron de un sueño de siglos!”. La antigua época del hombre blanco, que había devastado al planeta con sus guerras, estaba terminando; se iniciaba otra mejor, que desplazaría la guerra fría e iniciaría una nueva fraternidad multirracial y multirreligiosa, pues “todas las grandes religiones tienen el mismo mensaje de tolerancia”. Las razas de color inaugurarían la nueva moral: “Nosotros, los pueblos de Asia y África [...] mucho más de la mitad de la población humana del mundo, podemos movilizar lo que hemos denominado la violencia moral de las naciones a favor de la

41 Gopal, op. cit., II, pp. 194-195, 227.

42 J. K. Galbraith, *A Life in Our Times*, Londres, 1981, cap. 27, pp. 420 y ss.

paz”.⁴⁴ Después de esta frase sorprendente, siguió una nutrida ronda de discursos. Entre los que se sintieron abrumados por todo esto se hallaba el escritor norteamericano negro Richard Wright: “Ésta es la raza humana que está hablando”, escribió por entonces.⁴⁵

Sukarno tenía todas las cualidades que eran necesarias para presidir este congreso. Nadie ilustraba mejor que él las ilusiones, la religiosidad política y la crueldad interior del liderato poscolonial. Las Indias Orientales holandesas habían sido el resultado de una acumulación administrativa de miles de islas, que era un imperio en sí mismo. Hasta 1870 había sido administrado sobre la base de principios dictados por el más puro interés. Después, por inspiración del gran erudito islámico C. Snouck Hurgronje, se inició una combinación de occidentalización, “asociación” y la creación de elites nativas que recibió el nombre de “política ética”.⁴⁶ Las intenciones eran buenas, pero en realidad se trataba de una consecuencia del nacionalismo holandés; nada pudo ofrecer cuando un nacionalismo rival, de carácter javanés, apareció durante los años treinta. Esta corriente fue impulsada a partir de 1927 por Sukarno y otros, en los campos de internación destinados a los agitadores nativos y creados en el Alto Digul, Nueva Guinea.⁴⁷ Se trataba de una mezcla poco impresionante de clichés islámicos, marxistas y liberales europeos, pero adornados con una fraseología muy sonora. Al margen de otras posibles características, Sukarno fue el gran creador de frases de su época. Cuando los holandeses fueron expulsados en 1941, su voluntad de gobernar se derrumbó. En 1945 los nacionalistas javaneses comenzaron a asumir el poder. Los holandeses se marcharon, llevándose el 83 por ciento de las razas mixtas. Los chinos se convirtieron en una minoría no representada y cada vez más perseguida. La mayoría no javanesa, muchos de cuyos miembros pertenecían a confederaciones tribales primitivas, se encontró en la condición de súbdita colonial de un imperio javanés llamado “Indonesia”.

Sukarno, para gobernar sobre 100 millones de individuos, no tenía un mandato moral más firme que el de Nehru en la India; de hecho su mandato era más débil. También él carecía de cualidades administrativas, pero tenía el don de la palabra. Cuando afrontaba un problema, lo resolvía con una frase. Después, convertía la frase en un acrónimo, y las multitudes de analfabetos bien ejercitados lo entonaban. Gobernaba mediante *konsepsi*, es decir, conceptos. Los cuadros de su partido pintaban las paredes de los edificios con el lema: “Apliquemos los conceptos del presidente Sukarno”. Su primer concepto, en 1945, fue *pantja sila*, o los cinco principios fundamentales: nacionalismo, internacionalismo (humanitarismo), democracia, prosperidad social, creencia en Dios. Eran “la esencia del espíritu indonesio”.⁴⁸ El gabinete era NASAKOM y unía las tres corrientes principales de la revolución: *nasionalisme*, *agama* (religión) y *komunisme*. La constitución era USDEK. Su manifiesto político era MANIPOL. Una coalición del gabinete era *gotong-rojong*, ayuda mutua. Además, se hablaba del *musjawarah* y el *mufakat*, la deliberación que lleva al consenso y la representación funcional (así llamaba al corporativismo). Insatisfecho con el gobierno de los partidos, pronunció un discurso titulado “Enterremos a los partidos”, seguido por la introducción de lo que él denominó la democracia guiada, o *demokrasi terpimpin*. De aquí se pasó a la economía guiada, o *ekonomi terpimpin*, que expresaba la identidad indonesia, la *kepribadian indonesia*. Se sentía destinado a realizar la labor de orientación o, como él mismo dijo: “El presidente Sukarno ha pedido al ciudadano Sukarno que forme gobierno”.⁴⁹

A medida que las dificultades internas de Sukarno se acentuaron durante los años cincuenta, dedicó más tiempo y palabras a los problemas exteriores. Habló del “neutralismo libre y activo”; luego, de la dicotomía entre las “antiguas fuerzas arraigadas” y las “nuevas fuerzas en ascenso”, y después se refirió al “eje Djakarta-Phnom-Penh-Pekín-Pyongyang”. Persiguió a sus súbditos chinos.

43 Keith Irvine, *The Rise of the Coloured Races*. Londres, 1972, pp. 540 y ss.; G. McT. Kahin, *The Asian-African Conference, Bandung*, Ithaca, 1956.

44 J. D. Legge, *Sukarno, a Political Biography*, Londres, 1972, pp. 264-265.

45 Richard Wright, *The Colour Curtain*, Londres, 1965, p. 15.

46 Harry J. Benda, “Christian Snouck Hurgronje and the Foundation of Dutch Islamic Policy in Indonesia”, en *Journal of Modern History*, XXX, 1958, pp. 338-347.

47 E. H. Kossman, *The Low Countries, 1780-1940*, Oxford, 1978, pp. 672 y ss.

48 Véase el libro de Sukarno *The Birth of Pantja Sila*, Yakarta, 1950.

49 D. S. Lev, *The Transition to Guided Democracy: Indonesia Politics 1957/1959*, Ithaca, 1966.

Atacó al movimiento internacional de boy scouts. Uno de sus axiomas era: “Una nación siempre necesita un enemigo”. De modo que incorporó otro *konsepsi*, “la gran Indonesia”, es decir, la expansión hacia la Nueva Guinea holandesa, rebautizada Irián Occidental, y hacia Malasia, Timor portuguesa y los territorios australianos. Con este propósito inventó el término “confrontación”, acuñó la frase *ganjang malaysia*, ¡Aplastemos a Malasia!, desarrolló una técnica de organización de “demostraciones controladas” frente a las embajadas extranjeras y les permitió de tanto en tanto manifestar cierto “exceso de entusiasmo” (como en 1963, cuando la embajada británica fue presa de las llamas). En cada ocasión se suministraba un lema a la multitud. Para atacar a los extranjeros el lema era NEKOLIM (neocolonialismo, colonialismo e imperialismo). Cuando se suspendió la ayuda extranjera o se lo criticó en las Naciones Unidas, el lema fue BERDIKARI (sostenerse sobre los propios pies). En 1962, cuando se apoderó de Irián Occidental, fue “el año del triunfo”; 1963, cuando fracasaron sus intentos relacionados con Malasia, fue “el año de vivir peligrosamente”. Esto último, *tahun vivere peri coloso*, y la palabra RESOPIM (revolución, socialismo indonesio, liderazgo natural) reflejan la extraña amalgama de palabras holandesas, indonesias, francesas, italianas e inglesas (y de las correspondientes ideas) con las que Sukarno mantuvo su vacilante imperio.⁵⁰

Si alguien creía en la conveniencia de vivir peligrosamente, ése era Sukarno, un hombre conversador, hiperactivo, amante de los placeres. Practicaba el multirracialismo, formó una colección notablemente variada de esposas y amantes, y extendió su búsqueda hasta los confines de sus numerosas incursiones por el exterior. La policía secreta china lo filmó en acción y así preservó su *konsepsi* sexual para la posteridad. Jruschov, ya instruido en este aspecto por informes privados de la Tass, de todos modos se sintió profundamente chocado, durante su visita en 1960, al ver al presidente charlando alegremente con una mujer desnuda.⁵¹ Pero a lo largo de los años sesenta la economía indonesia se acercó cada vez más al colapso. La extinción virtual de la minoría china destruyó el sistema interno de distribución. Los alimentos se pudrían en los campos. Las ciudades padecían hambre. La inversión extranjera desapareció. Salvo el petróleo, que aún seguía fluyendo, la industria estaba nacionalizada y decaía lentamente a causa de una burocracia rapaz. En el otoño de 1965, la deuda exterior se elevó a más de 2.400 millones y el crédito estaba agotado. Sukarno ya no tenía ni siquiera una colección de lemas. Como no sabía qué hacer, parece que decidió autorizar un golpe del Partido Comunista indonesio (PM).

El *putsch* comenzó en las primeras horas del 1 de octubre. El plan era destruir la jefatura de las fuerzas armadas. El general Abdul Yani, jefe de Estado Mayor del ejército, y dos generales más fueron asesinados inmediatamente. El general Nasution, ministro de Defensa, escapó saltando el muro de su casa, pero asesinaron a su hija. Otros tres generales fueron capturados y torturados hasta la muerte, en el estilo ritual, por las mujeres y los niños del PM; les arrancaron los ojos, les cortaron los genitales y después arrojaron los cuerpos al Lubang Buaja, el Pozo de los Cocodrilos.⁵² Los hechos fueron investigados más tarde por un tribunal militar especial, cuyas actas voluminosas no permiten dudas acerca de la culpabilidad comunista.⁵³ Pero el movimiento, denominado *gestapu*, fue un fracaso. El general Suharto, comandante de la Reserva Estratégica, asumió el mando. Siguió una venganza cruel. Los asesinatos por venganza comenzaron el 8 de octubre, cuando fue incendiado el cuartel general del PM en Yakarta. Las masacres fueron organizadas con asignación de responsabilidades colectivas, de modo que todos se vieron igualmente castigados y familias enteras fueron asesinadas. Fue una de las grandes matanzas sistemáticas del siglo XX, la era de las masacres. El número de víctimas de la represión quizá llegó a un millón de personas, aunque el consenso de las autoridades lo sitúa en el área de los 200.000 a 250.000.⁵⁴ Sukarno, sometido a arresto domiciliario en su palacio, repetidas veces pidió infructuosamente que acabase la carnicería,

50 Acerca de las consignas, véase Legge, op. cit., pp. 288-290, 324, 332-333, 359 y *passim*.

51 Talbot, ed., op. cit., p. 322.

52 Legge, op. cit., p. 387; John Hughes, *The End of Sukarno*, Londres, 1968, p. 44.

53 J. R. Bass, “The PM and the attempted coup”, en *Journal of SE Asian Studies*, marzo de 1970; en relación a bibliografía crítica acerca del golpe, véase Legge, op. cit., p. 390, n. al pie 45.

54 Hughes, op. cit. cap. 16.

pues los muertos eran esencialmente sus propios partidarios. No le hicieron caso y lo despojaron gradualmente de sus cargos en un proceso de lenta tortura política. Con cada etapa de su degradación, cada una de sus esposas lo abandonaba, y sólo quedó una cuando murió, de una enfermedad renal, el 21 de junio de 1970, olvidado y mudo.

Pero también esto pertenecía al futuro. En Bandung, en 1955, la palabra que todo lo conquistaba aún empuñaba el cetro. Entre los presentes estaba el presidente egipcio, Gamal Abdul Nasser, un recién llegado al escenario de la nueva farsa, pero ya un retórico consumado por derecho propio. Israel, sin duda un Estado afroasiático, no estaba representado en la conferencia. Siguió un proceso prolongado y complejo, originado en la bifurcación de dos de las fuerzas más poderosas y paranoicas del siglo XX: la demanda insaciable de petróleo y la perversidad del antisemitismo.

Gran Bretaña había ingresado en los yacimientos petrolíferos de Medio Oriente en 1908, y Estados Unidos la siguió en 1924. En 1936 Gran Bretaña controlaba 524 millones de toneladas de reservas comprobadas, contra 93 millones de Estados Unidos; en 1944 las cifras se habían elevado a 2.181 millones y 1.768 millones respectivamente, y en 1949 la producción norteamericana, originada principalmente en los yacimientos más ricos, los de Arabia Saudita, había sobrepasado a la británica.⁵⁵ Hacia principios de los años cuarenta ya se aceptaba que Medio Oriente poseía la mayoría de las reservas petroleras mundiales. “El centro de gravedad de la producción petrolera mundial”, dijo en 1944 Everett DeGolyer, presidente de la Comisión Norteamericana del Petróleo, “está desplazándose y arraigará firmemente en esa región”. Al mismo tiempo, se advirtieron los primeros indicios de que Estados Unidos podía llegar a agotar su existencia doméstica de petróleo; en 1944 se calculaba que sólo quedaban catorce años de existencias.⁵⁶ Cuatro años más tarde, el secretario de Defensa Forestal decía a la industria petrolera: “A menos que tengamos acceso al petróleo de Medio Oriente, las compañías norteamericanas fabricantes de automóviles tendrán que idear un automóvil de cuatro cilindros”.⁵⁷ La dependencia europea se acentuó mucho más velozmente. Cuando se celebró la conferencia de Bandung, su consumo de petróleo estaba aumentando en un 13 por ciento anual, la proporción del petróleo del Medio Oriente había pasado del 25 por ciento en 1938 al 50 por ciento en 1949 y ahora superaba el índice del 80 por ciento.⁵⁸

Que la industria norteamericana y la europea dependiesen cada vez más de una sola fuente de petróleo era, en sí misma, una situación inquietante. Lo que la convirtió en un problema insoluble fue su conjunción con los reclamos irreconciliables de los árabes y los judíos en Palestina. La Declaración Balfour y la idea de un Hogar Nacional Judío era uno de los cheques con fecha que Gran Bretaña firmó para ganar la Gran Guerra. Cabe concebir que hubiera sido posible pagar la deuda sin perjuicio para los árabes —pues no implicaba un Estado sionista propiamente dicho— salvo por un error británico fundamental. En 1921 los británicos concedieron al Consejo Musulmán Supremo la dirección de los asuntos religiosos y designaron a Mohammed Amin al-Husseini, jefe del más importante clan terrateniente de Palestina, en el cargo de juez supremo o mufti vitalicio de Jerusalén. Fue una de las designaciones más fatales de la historia moderna. El año anterior se lo había condenado a diez años de trabajo forzado porque había provocado sangrientos disturbios antijudíos. Tenía ojos azules de expresión inocente y un estilo discreto, casi tímido, pero era un asesino declarado que consagró la totalidad de su vida adulta al crimen racial. Se conserva una fotografía de su persona en compañía de Himmler: los dos hombres se sonríen tiernamente; debajo, una encantadora anotación del jefe SS a “Su Eminencia el gran mufti”; la foto está fechada en 1943, cuando la “solución final” comenzaba a desarrollarse plenamente.

El mufti superaba a Hitler en el odio a los judíos. Pero hizo algo todavía más destructivo que liquidar a colonos judíos; organizó la destrucción sistemática de los árabes moderados. Había muchos en la Palestina de los años veinte. Algunos, incluso, dieron la bienvenida a los colonos judíos que traían ideas agrícolas modernas y les vendieron tierras. Los árabes y los judíos podrían haber convivido como dos comunidades prósperas. Pero el muftí halló en Emile Ghori a un líder

55 Howard M. Sachar, *Britain Leaves the Middle East*, Londres, 1974, p. 391.

56 *Petroleum Times*, junio de 1948; *Oil Weekly*, 6 de marzo de 1944.

57 *Forrestal Diaries*, pp. 356-357.

58 Sachar, op. cit., p. 395.

terrorista de capacidad excepcional, y este hombre organizó grupos de liquidación que asesinaron sistemáticamente a los principales árabes moderados —la gran mayoría de las víctimas del mufti estuvo formada por árabes— y silenciaban al resto. A fines de los años treinta, la opinión árabe moderada había desaparecido, por lo menos en público; los Estados árabes se habían movilizado para apoyar al extremismo árabe, el Foreign Office británico estaba convencido de que el acceso permanente al petróleo era incompatible con la inmigración judía constante, y el Libro Blanco de 1939 de hecho rechazó y puso fin a la Declaración Balfour: “un grave incumplimiento de la palabra empeñada”, como dijo Churchill.⁵⁹

Entonces, en 1942, llegaron los primeros informes autenticados de la “solución final”. No suscitaron compasión sino temor. Estados Unidos acentuó la severidad de sus requisitos de ingreso. Siete países latinoamericanos imitaron el ejemplo y otro tanto hizo Turquía.⁶⁰ En esta etapa, Chaim Weizmann aún creía que podía acordarse con Gran Bretaña la reanudación del movimiento de inmigrantes. En octubre de 1943, Churchill (con la presencia de Attlee en representación del Partido Laborista) le dijo que la partición era aceptable, y el 4 de noviembre de 1944 prometió a Weizmann que de uno a un millón y medio de judíos podrían viajar a Palestina en el lapso de diez años.⁶¹ Pero Churchill era en realidad el único sionista en la cumbre de la política británica.

Más importante, por su inmediato carácter concreto, fue la creación, en el marco del ejército británico, de una brigada judía independiente, cuyos miembros en definitiva formaron el núcleo profesional de la Haganah, la fuerza de defensa de la Agencia Judía, cuando ese cuerpo se convirtió en ejército.

A esta altura, Churchill aún creía que Gran Bretaña podía controlar el destino de Palestina. A decir verdad, la situación ya se les escapaba de las manos. Había dos factores principales. El primero era el terrorismo judío. Éste fue obra de Abraham Stern, un judío polaco que se había convertido en fascista y anglófobo en la Universidad de Florencia y que después intentó conseguir que los nazis financiaran su organización a través de la Siria de Vichy. La policía lo mató en 1942, pero su grupo continuó actuando; otro tanto puede decirse de un grupo terrorista mucho más amplio, el Irgún, dirigido a partir de 1944 por Menachem Begin. Fue una evolución lamentable, pues por primera vez la propaganda moderna se combinó con la estructura celular leninista y la tecnología superior, a fin de promover objetivos políticos mediante el asesinato. Churchill, con su permanente capacidad de ir a la raíz de las cosas, previno acerca de la tragedia que sobrevendría “si nuestros sueños acerca del sionismo terminan en el humo de la pistola de un asesino, y los trabajos orientados hacia su futuro producen un nuevo grupo de pistoleros dignos de la Alemania nazi”. Weizmann prometió que el pueblo judío “haría todo lo que estuviese a su alcance para destruir el mal que anidaba en su seno”.⁶² De hecho, el Haganah trató de destruir tanto al Irgún como al grupo de Stern. Pero hacia el final de la guerra, cuando los esfuerzos de los judíos para llegar a Palestina cobraron un carácter más frenético, esa organización consagró sus energías a la meta legítima de colaborar en la inmigración ilegal. La “solución final” no terminó con el antisemitismo. Así, el 5 de julio de 1946, en la ciudad polaca de Kielce, el rumor de que los judíos habían participado en el asesinato ritual de niños gentiles excitó los ánimos de una turba que, con la complicidad de la policía y el ejército comunistas, mataron a golpes a cuarenta judíos.⁶³ Fue uno de los muchos incidentes que aceleraron la estampida.

En vista de la situación en que se encontraba el Haganah, las pandillas florecieron, acicateadas por los elementos más desenfrenados de la prensa norteamericana. Una expresión típica fue el artículo escrito por Ruth Gruber en el *New York Post*, al referirse a la policía de Palestina:

Estos hombres, que detestaban la idea de combatir a sus amigos, los nazis, abrazaron apasionadamente la idea de combatir a los judíos. Recorrían las calles de

⁵⁹ Churchill, *Second World War*, IV, p. 952.

⁶⁰ Sachar, op. cit., p. 442.

⁶¹ Chaim Weizmann, *Trial and Error*, Filadelfia, 1949, II, p. 437.

⁶² Yehudah Bauer, *From Diplomacy to Resistance: a History of Jewish Palestine 1939-1945*, Filadelfia, 1970, p. 230.

⁶³ Sachar, op. cit., p. 447.

Jerusalén y Tel Aviv, la ciudad construida por judíos, cantando la *horst wessel song*. Atravesaban los mercados atestados realizando el saludo nazi y diciendo *heil Hitler*.⁶⁴

El 22 de julio de 1946, el Irgún voló el principal hotel de Jerusalén, el Rey David, y mató a cuarenta y un árabes, veintiocho británicos, diecisiete judíos y cinco personas de otras nacionalidades. Parte del hotel era una oficina del gobierno británico, y Begin afirmó que el propósito de la bomba era destruir archivos secretos. Pero en ese caso, como lo señaló el Haganah, la bomba hubiera debido estallar fuera de las horas de oficina. Begin afirmó que se había avisado previamente; en realidad, la advertencia llegó al operador telefónico dos minutos antes y la bomba explotó cuando este empleado estaba informando al gerente del hotel.⁶⁵ Este crimen se convirtió en el atentado terrorista prototípico de las décadas siguientes. Los primeros en imitar las nuevas técnicas fueron naturalmente los terroristas árabes y la futura Organización de Liberación de Palestina fue un hijo ilegítimo del Irgún.

El terrorismo judío fue contraproducente en otros aspectos. El 30 de julio de 1947, dos sargentos británicos capturados fueron asesinados a sangre fría y sus cadáveres se convirtieron en bombas cazabobos. La Agencia Judía afirmó que este hecho implicaba “el perverso asesinato de dos inocentes por un grupo de criminales”.⁶⁶ Se produjeron disturbios antisemitas en Manchester, Liverpool, Glasgow y Londres; en Derby fue incendiada una sinagoga. Pero el efecto de este episodio especial, que vino a sumarse a otros, fue convertir al ejército británico en una fuerza antijudía. Como en la India, Gran Bretaña había empleado muy poca severidad. Las cifras muestran que, de agosto de 1945 al 18 de septiembre de 1947 (sin incluir las muertes del Rey David), murieron 141 británicos, 44 árabes y 25 judíos no terroristas; además, 37 judíos terroristas fueron muertos en tiroteos, pero se ejecutó sólo a siete (dos se suicidaron en la prisión).⁶⁷ Los soldados británicos sabían que se los juzgaba injustamente. Así, cuando se realizó la evacuación, los oficiales y los soldados conspiraron para entregar armas, lugares y suministros a los árabes. Las consecuencias militares fueron muy graves. En efecto, el terrorismo judío costó al Estado judío la Ciudad Vieja de Jerusalén y la orilla occidental del Jordán, que fueron ocupadas sólo en 1967, e incluso entonces sin título legal.

El terrorismo llevó a Gran Bretaña a lavarse las manos, como Pilatos, en el problema palestino. Ernest Bevin, que estuvo a cargo del problema desde julio de 1945, era un antisemita obrero de viejo cuño, aunque no un individuo perverso. Dijo ante el congreso del Partido Laborista celebrado en 1946 que la idea norteamericana de enviar 100.000 inmigrantes más a Palestina respondía al “más puro de los motivos: no quieren tener a tantos judíos en Nueva York”.⁶⁸ El terrorismo lo irritó. Creía que si Gran Bretaña se retiraba, los judíos serían asesinados y que los soldados británicos estaban siendo asesinados por los mismos a quienes protegían. A comienzos de 1947 ya no pudo soportar más. La crisis de los combustibles inclinó la balanza a favor de la retirada. El 14 de febrero —el mismo mes en que Attlee decidió retirarse de la India y traspasar a Estados Unidos la responsabilidad acerca de Grecia y Turquía— Bevin convocó a su despacho a los líderes judíos y les dijo que transfería el problema a las Naciones Unidas. No había electricidad, solamente velas. Bevin se permitió una broma: “No necesitamos velas puesto que aquí están los israelitas”.⁶⁹

El segundo factor fue la irrupción de Estados Unidos. David BenGurion visitó Estados Unidos en 1941 y percibió “el pulso de su gran judería, de cinco millones de personas”.⁷⁰ Por primera vez sintió que, con la ayuda de los judíos norteamericanos, el sionismo podía concretarse en el futuro

64 *New York Post*, 21 de mayo de 1946.

65 Nicholas Bethell, *The Palestine Triangle: the struggle between the British, the Jews and the Arabs, 1935-1948*, Londres, 1979, pp. 254-255.

66 Bethell, *The Palestine Triangle*, pp. 261 y ss., basado en registros publicados en 1978.

67 *Jerusalem Post*, 1 de agosto de 1947.

68 Bethell, *The Palestine Triangle*, pp. 243-244.

69 Jon y David Kimche, *Both Sides of the Hill: Britain and the Palestine War*, Londres, 1960, pp. 21-22. En inglés, la última sílaba de israelitas (israelitas) se pronuncia igual que light, que significa luz. (N. de la Ed.)

70 Bauer, op. cit., p. 230.

inmediato y a partir de ese momento acicateó a Weizmann para moverlo a perseguir esa meta. Si era acertado utilizar el concepto de un hogar nacional judío para desembocar en un Estado, es algo todavía discutible. Weizmann tuvo la magnanimidad de reconocer que el costo para los árabes sería elevado. Dijo al Comité Anglonorteamericano de Investigación, organizado después de la guerra, que no se trataba de elegir entre el bien y el mal, sino entre una injusticia mayor y otra menor. Ben-Gurion adoptó una posición determinista: “La historia ha decretado que retornemos a nuestro país y restablezcamos allí el Estado judío”.⁷¹ Pero esto equivalía a hablar con la voz de Lenin o de Hitler. No existe una persona que sea la historia. Los seres humanos son quienes la determinan.

En realidad, durante los años de la guerra, la comunidad judía norteamericana adquirió por primera vez una forma de confianza colectiva en sí misma y comenzó a aplicar la fuerza política creada por su número, riqueza y capacidad. Durante la posguerra inmediata se convirtió en el *lobby* mejor organizado y más influyente de Estados Unidos. Pudo demostrar que controlaba los votos decisivos en estados variables como Nueva York, Illinois y Pensilvania. Roosevelt poseía una base política suficientemente fuerte como para ignorar esta presión. Con su frivolidad característica, adoptó, al parecer, una posición antisionista cuando, al regreso de Yalta, sostuvo una breve reunión con el rey de Arabia Saudita. “Aprendí más acerca de todo el problema”, dijo al Congreso,” [...] hablando cinco minutos con Ibn Saud que lo que podría haber conocido gracias a un intercambio de dos o tres docenas de cartas”.⁷² David Niles, el ayudante presidencial apasionadamente prosionista, atestiguó: “Por mi parte, dudo seriamente de que Israel hubiera llegado a existir si Roosevelt hubiera vivido”.⁷³ Truman era mucho más débil desde el punto de vista político. Consideró que necesitaba el voto de los judíos para ganar las elecciones de 1948. Además, era sinceramente prosionista y desconfiaba del arabismo de los “muchachos de pantalón rayado” del Departamento de Estado.⁷⁴ En ese caso, su voluntad permitió la aprobación del plan de partición en las Naciones Unidas (29 de noviembre de 1947) y el reconocimiento del nuevo Estado israelí proclamado por Ben-Gurion en mayo siguiente. Fuerzas poderosas trataron de impedirlo. Max Thornburg, de Caltex, habló en nombre de los intereses petroleros y escribió que Truman había “prevalecido sobre la Asamblea, de modo que los criterios raciales y religiosos se convirtieron en la base de la creación de un estado político”, y que de ese modo había “destruido” el “prestigio moral de Estados Unidos” y la “fe árabe en sus ideales”.⁷⁵ El Departamento de Estado profetizó la ruina. El secretario de Defensa Forrestal se sintió abrumado. “Ningún grupo de este país”, escribió amargamente refiriéndose al núcleo de presión judío, “debería ejercer tanta influencia sobre nuestra política como para amenazar nuestra seguridad nacional”.⁷⁶

Es probable que si la crisis hubiese sobrevenido un año más tarde, después de iniciada la guerra fría, la presión antisionista sobre Truman hubiese resultado demasiado intensa. El respaldo norteamericano a Israel en 1947-1948 fue el último lujo idealista que los norteamericanos se permitieron antes de que se instalara la Realpolitik de la confrontación global. La misma escala temporal influyó sobre Rusia. Apoyó al sionismo con el fin de quebrar la posición de Gran Bretaña en Medio Oriente. No sólo reconoció a Israel, sino que, para agravar la lucha y el caos consiguiente, indicó a los checos que le vendiesen armas.⁷⁷ Estas consideraciones no habrían prevalecido un año más tarde, cuando se desarrollaba la corrida en busca de aliados en la guerra fría. Israel surgió gracias a una grieta en la continuidad del tiempo.

Por lo tanto, la idea de que Israel fue creado por el imperialismo no sólo es errónea sino que representa lo contrario de la verdad. En Occidente, todos, desde los ministerios de Relaciones Exteriores hasta los de Defensa y las grandes empresas, estaban contra los sionistas. Incluso los

71 *The Jewish Case for the Anglo-American Committee of Inquiry on Palestine*, Jerusalén, 1947, pp. 6-7, y 74-75.

72 Joseph Schechtman, *The US and the Jewish State Movement*, Nueva York, 1966, p. 110.

73 Citado en Alfred Steinberg, *The Man from Missouri: the life and times of Harry S. Truman*, Nueva York, 1952, p. 301.

74 Truman, *Memoirs*, II, p. 135.

75 *Petroleum Times*, junio de 1948.

76 *Forrestal Diaries*, pp. 324, 344, 348.

77 Howard Sachar, “The Arab-Israeli issue in the light of the Cold War”, en *Sino-Soviet Institute Studies*, Washington D. C., 1966, p. 2.

franceses se limitaron a venderles armas para molestar a los británicos, que los habían llevado a “perder” Siria. El Haganah tenía 21.000 hombres, pero al comienzo carecía prácticamente de armas de fuego, blindados o aviones. Los comunistas checos, respondiendo a las instrucciones soviéticas, permitieron la supervivencia de Israel pues consagraron un aeródromo militar entero al envío de armas a Tel Aviv.⁷⁸ Prácticamente todos suponían que los judíos perderían la batalla. Había 10.000 soldados egipcios, 4.500 en la Legión Árabe de Jordania, 7.000 sirios, 3.000 iraquíes, 3.000 libaneses, además de un “ejército árabe de liberación” formado por palestinos. Por eso los árabes rechazaron el plan de división de las Naciones Unidas, que otorgaba a los judíos sólo 14.000 kilómetros cuadrados, principalmente en el desierto del Negev. Al aceptar este plan, a pesar de sus desventajas (habría creado un Estado con 538.000 judíos y 397.000 árabes), los sionistas demostraron que estaban dispuestos a someterse al arbitraje del derecho internacional. Los árabes eligieron la fuerza.

Fue una lucha heroica, en pequeña escala. A semejanza de la guerra de Troya, implicó a muchas personalidades famosas: el general Neguib, el coronel Nasser, Hakim Amir, Yigal Allon y Moshe Dayan. En el fondo del fracaso árabe estuvo el odio que se profesaban el comandante árabe Fawzi al-Qawukji y el mufti y su grosera familia. El mufti acusó a Qawukji de “espiar para Gran Bretaña [...] beber vino y perseguir a las mujeres”.⁷⁹ Los iraquíes y los sirios no tenían mapas de Palestina. Algunos de los ejércitos árabes poseían buenos equipos, pero todos, con excepción de los jordanos, estaban mal entrenados; el rey Abdullah de Jordania sólo aspiraba a apoderarse de la Vieja Jerusalén y la consiguió. No tenía el más mínimo deseo de presenciar la creación de un Estado palestino árabe, encabezado por el mufti. Como dijo a Golda Meir en el curso de una reunión secreta: “Ambos tenemos un enemigo común, el mufti”.⁸⁰ En una visión retrospectiva, es evidente que la única oportunidad que los árabes tenían era alcanzar un éxito abrumador en los primeros días de la guerra. Ben-Gurion lo evitó mediante un ataque preventivo en abril de 1948; fue la decisión más importante de su vida, y logró llevarla a la práctica gracias a las armas suministradas por los comunistas checos.⁸¹ En lo que sobrevino a continuación, y pese a algunos momentos de ansiedad, el poder israelí aumentó constantemente; en diciembre contaba con un ejército bien equipado de 100.000 soldados y había afirmado un predominio militar que mantuvo hasta los años ochenta.

La creación de Israel terminó finalmente con el antisemitismo europeo, excepto detrás del Telón de Acero, y originó el problema de los refugiados árabes. Esto fue obra de los extremistas de ambos bandos. La población árabe de Palestina representaba el 93 por ciento en 1918, cuando comenzó a aplicarse la Declaración Balfour, y el 65 por ciento en 1947, cuando estalló la crisis. Los árabes podían haber obtenido entonces su Estado independiente y una participación importante en el gobierno de Israel. Pero a esa altura de las cosas, el mufti y sus grupos de asesinos ya habían ejecutado su trabajo. El 14 de octubre de 1947, cuando Azzam Pasha, secretario general de la Liga Árabe, se reunió con el negociador judío Abba Eban en Londres, le dijo directamente que el momento de la razón había pasado; si aceptaba la partición, afirmó entonces, sería “hombre muerto pocas horas después de regresar a El Cairo”.⁸²

Tenemos aquí un caso clásico del mal que se origina en el crimen político. Pues al comienzo de los combates, el mismo Azzam hablaba el lenguaje del horror por la radio: “Ésta será una guerra de exterminio y una masacre trascendente”, anunció.⁸³ Incluso antes de que comenzara la lucha, 30.000 árabes, la mayoría de posición acomodada, había salido provisionalmente de Palestina con la esperanza de regresar triunfal. Este grupo incluía a los muhktares, los jueces y los caides. Como no había gobierno que los protegiese, muchos árabes pobres huyeron. Cuando los judíos capturaron Haifa, 20.000 árabes se habían marchado y la mayoría de los 50.000 que permanecieron se alejaron después, a pesar de los ruegos de los judíos para que se quedaran. En otras áreas, la Liga Árabe

⁷⁸ Sachar, *Europe Leaves the Middle East*, pp. 546-547.

⁷⁹ *Ibid.*, pp. 518 y ss.

⁸⁰ Kimche, *op. cit.*, p. 60.

⁸¹ Netanel Lorch, *The Edge of the Sword: Israel's War of Independence 1947-1948*, Nueva York, 1961, p. 90.

⁸² David Horowitz, *State in the Making*, Nueva York, 1953, pp. 232-235.

⁸³ Rony E. Gabbay, *A Political Study of the Arab-Jewish Conflict*, Ginebra, 1959, pp. 92-93.

ordenó a los árabes que permaneciesen en sus hogares; no hay pruebas que justifiquen las afirmaciones judías acerca de que los gobiernos árabes fueron responsables de la fuga de los refugiados.⁸⁴ El éxodo árabe sin duda se vio acicateado por la terrible masacre ejecutada por el Irgún en la aldea de Deir Yassin, el 9 de abril de 1948, al comienzo mismo de los combates. Unos 250 hombres, mujeres y niños fueron asesinados. Un vocero del Irgún dijo el día que se cometió esta atrocidad: “Nos proponemos atacar, conquistar y retener hasta que Palestina entera y Transjordania sean un gran Estado judío [...] Abrigamos la esperanza de mejorar nuestros métodos en el futuro y de que así sea posible evitar el sacrificio de las mujeres y los niños”.⁸⁵ Las unidades del Irgún fueron expulsadas del ejército israelí durante la tregua de junio, en medio de los combates; fueron los soldados honorables del Haganah los que, en todos los aspectos prácticos, crearon y salvaron a Israel.

Sin embargo, el daño ya estaba hecho. Cuando se disipó el humo, había más de medio millón de refugiados árabes (la cifra de las Naciones Unidas era aproximadamente de 650.000; la cifra israelí, de 538.000).⁸⁶ Para compensar esto, 567.000 judíos de diez países árabes fueron obligados a huir durante los años 1948 a 1957.⁸⁷ Casi todos fueron a Israel, y todos los que siguieron ese camino estaban reinstalados hacia 1960. También hubiera sido posible reasentar a los refugiados árabes, como se hizo con cantidades parecidas de ambos bandos después de los conflictos entre griegos y turcos, en el período 1918-1923.

En cambio, los estados árabes prefirieron mantener en los campos a los refugiados; allí permanecieron ellos y sus descendientes, como prendas humanas de una reconquista de Palestina y la justificación de nuevas guerras, en 1956, 1967 y 1973.

En vista de la disposición de Abdullah a concertar un compromiso, el conflicto árabe-israelí podría haberse resuelto rápidamente. Abdullah tenía los mejores títulos históricos para aspirar al liderazgo de la causa árabe, pero su país contaba solamente con 300.000 habitantes indígenas y un ingreso menor de 1.200.000 libras esterlinas. Los británicos, movidos por el deseo de intensificar su propio esfuerzo bélico, habían inducido a los árabes a crear una liga; como ellos dirigían la guerra desde El Cairo y, puesto que Egipto era el país más importante de la región, la liga se había convertido en una institución esencialmente egipcia y cairina. Por eso mismo, Egipto encabezó a los árabes contra Israel. Esto era al mismo tiempo una anomalía y una tragedia. Por razones geográficas, Egipto e Israel eran aliados naturales y en la antigüedad habían mantenido ese tipo de relaciones. Los árabes “puros” del Hejaz, por ejemplo Abdullah, no consideraban que los egipcios fuesen árabes: este monarca decía que eran africanos pobres, miserables y atrasados. Faruk, el rey *playboy* de Egipto, merecía el particular menosprecio de Abdullah: cuando mencionaba su nombre en presencia de visitantes, éste escupía hacia una esquina de su tienda alfombrada.⁸⁸ En cambio, los egipcios creían ser los herederos de la civilización más antigua del mundo y los líderes naturales de la causa árabe; Faruk veía a Egipto como un Estado musulmán autoritario que debía englobar gradualmente a todos los árabes, incluso a todos los musulmanes. Por lo tanto, identificaba la campaña permanente contra Israel con el tema de la dignidad de Egipto y de sus aspiraciones a la jefatura de la región. En este conjunto esencialmente frívolo de ideas se originó la tragedia que convirtió a Egipto en el duro enemigo de Israel durante un cuarto de siglo.

El factor de inestabilidad se acentuó a causa de la creciente renuncia de Gran Bretaña a actuar como un poder dominante en la región. Ya en octubre de 1946, Gran Bretaña decidió retirar de Medio Oriente la mayoría de sus tropas para enviarlas a África Oriental, y reemplazar la gran base naval de Alejandría por Simonstown, cerca de Ciudad del Cabo. Attlee no simpatizaba con los jefes

84 Sachar, *Europe Leaves the Middle East*, pp. 550-551; Walid Khalidi, “Why Did the Palestinian Leave?”, en *Middle East Forum*, Julio de 1955; Erkin B. Childers, “The Other Exodus”, en *Spectator*, 12 de mayo de 1961. Las instrucciones de la Liga Árabe fueron publicadas en *Al-Kayaf*, Líbano, 30 de abril y 5-7 de mayo de 1948.

85 Transcripción de la Colonial Office, CO 733-477, citada en Bethell, *The Palestine Triangle*, p. 355.

86 Walter Pinner, *How Many Arab Refugees?*, Nueva York, 1959, pp. 3-4.

87 Sachar, op. cit., p. 191; con relación a la distribución del éxodo judío, véase Martin Gilbert, *The Arab-Israeli Conflict: its History in Maps*, Londres, 1974, p. 50.

88 Jon Kimche, *Seven Fallen Pillars*, Londres, 1954, p. 46.

árabes: “Debo decir que tenía muy pobre opinión de las clases gobernantes”.⁸⁹ El conflicto palestino, aún más que el desastre de la India, provocaba el rechazo de la opinión pública británica hacia todo lo que significara la responsabilidad imperial. Esa situación conmovió incluso a Churchill. “Un desastre tan gigantesco”, dijo a Weizmann en 1948, “que no puedo abordarlo de nuevo [...] y hasta donde me es posible, debo apartarlo de mi mente”.⁹⁰ Pero ése fue sólo el principio. El estilo de vida grotescamente dispendioso de Faruk y la corrupción de su régimen (se imputó la derrota de 1948 a un escándalo en la compra de armas) había provocado críticas cada vez más duras, que culminaron cuando contrajo matrimonio con una nueva reina, la princesa Narriman, y la llevó en una luna de miel muy publicitada durante el Ramadán, en 1951. Para distraer al público, Faruk aprobó unilateralmente el Tratado Angloegipcio del 8 de octubre. A principios del año siguiente comenzó una guerra de guerrillas contra la zona del canal, donde Gran Bretaña tenía una gran base: treinta y ocho campamentos y diez aeródromos, con capacidad para cuarenta y una divisiones y treinta y ocho escuadrones. Los monarcas de viejo cuño no deberían invitar a las turbas a ocupar la escena. El 26 de enero una turba se apoderó de El Cairo y comenzó a asesinar a los europeos, a los judíos y a los ricos de todas las nacionalidades. Los oficiales jóvenes, que se habían formado una opinión muy negativa de la dirección superior de la guerra contra Israel, vieron su oportunidad. Seis meses después, su Comité de Oficiales Libres despachó a Faruk en su yate, sin olvidar la abundante colección de alhajas y pornografía.

El espíritu que animó esta empresa fue el del coronel Gamal Abdul Nasser, que pronto apartó a un general popular, Mohammed Neguib, promovido inicialmente como expresión del grupo. Hijo de un empleado de correos y de la hija de un comerciante de carbón, Nasser tenía, cuando comenzó, algunos ideales de carácter radical. Durante el desastre de 1948 dijo a un oficial israelí del Estado Mayor que envidiaba el sistema agrario de los *kibbutz* socialistas y lo comparó con el régimen de terratenientes ausentistas de Egipto. En esta etapa echaba la culpa a los británicos, no a los judíos: “Nos maniobraron para complicarnos en esta guerra. ¿Qué significa Palestina para nosotros? Fue todo una trampa británica para distraernos de su ocupación de Egipto”.⁹¹ Su *Filosofía de la revolución* representaba una vacía mezcla de rótulos marxistas, liberalismo occidental y el Islam, un material espumoso y superficial. Era un miembro arquetípico de la “generación de Bandung”: aficionado a las palabras pero no mucho más que eso. A semejanza de Sukarno, era brillante cuando se trataba de idear lemas y títulos: cambió a menudo el nombre del partido creado por él mismo y el de las inestables federaciones árabes que consiguió urdir. Su especialidad particular era la manipulación de las multitudes. Su airosa retórica calaba bien, especialmente en los estudiantes, y parece que era capaz de inducir a la turba cairina a entonar los lemas que él sugería y que solía cambiar de un día para el otro.⁹²

Nasser asumió el poder y éste pronto lo corrompió. Como Sukarno, disolvió los partidos. Creó tribunales populares y acumuló 3.000 detenidos políticos. Siempre ejerció un modesto grado de terror. Era “necesario”. Egipto era un país pobre con una población que crecía rápidamente (40 millones en los años setenta) y un área cultivable menor que la superficie de Bélgica. La filosofía de Nasser no incluía ideas viables con vistas a la creación de riquezas. Las ideas que él tenía promovían el consumo de riqueza, de modo que el terror no era suficiente. A semejanza de Sukarno, necesitaba un enemigo externo, preferiblemente varios. Su gobierno fue una estridente serie de crisis en el dominio de las relaciones exteriores, para disimular el lamentable silencio de la miseria interna. En primer lugar, intensificó la campaña contra la base de Suez. Pero los británicos aceptaron evacuarla, dejando sólo unidades de atención y mantenimiento. El acuerdo, firmado el 27 de julio de 1954, otorgó a Nasser casi todo lo que reclamaba. Cuando los colegas de Churchill defendieron el convenio en los Comunes, el anciano permaneció sentado, con la cabeza inclinada. Luego Nasser se volvió hacia el Sudán, un posible satélite. Pero éste se le escapó de las manos y se

89 Francis Williams, *A Prime Minister Remembers*, Londres, 1961, pp. 175-176.

90 Bethell, *The Palestine Triangle*, p. 358.

91 Sachar, *Europe Leaves the Middle East*, p. 51.

92 Para una descripción incisiva de un gobernante filomusulmán, véase Mohammed Ahmed Mahgoub, *Democracy on Trial: Reflections on Arab and African Politics*, Londres, 1974.

orientó hacia la independencia.

Entonces Nasser fue a Bandung. Este congreso coronó su corrupción, el mismo efecto que tuvo en el caso de otros jóvenes políticos nacionalistas. ¿Por qué transpirar afrontando la ingrata tarea de mantener alimentado y vestido a un país pobre, cuando la escena mundial lo llamaba? Bandung abrió los ojos de Nasser a las oportunidades que la época ofrecía a un publicista y político experto, sobre todo a quien estaba dispuesto a jugar la carta anticolonialista. El tenía desde siempre una carta en la mano: ¡los judíos! Era fácil convertir a Israel en la expresión de una teoría general de la conspiración imperialista. Azzam Pasha había concebido la mitología de exculpación ya el 16 de julio de 1948. Los árabes habían perdido a causa de Occidente: “Inglaterra y Estados Unidos vigilaron todos los esfuerzos árabes orientados a conseguir armas y se opusieron con todas sus fuerzas, al mismo tiempo que trabajaban decidida y enérgicamente para garantizar el flujo de material de guerra y tropas en dirección de los judíos”.⁹³ De modo que, después de Bandung, Nasser retornó a su análisis anterior. Trabajó para crear una coalición de estados árabes “antiimperialistas”, para modificar la decisión de 1948 y entonces crear un superestado árabe dirigido por él mismo.

La guerra fría favoreció su juego. Como parte de la política destinada a contener a los soviets, a Gran Bretaña y a Estados Unidos, se habían dedicado a organizar una alianza de Medio Oriente, que incluyese a Turquía, Irán y Pakistán. Se la denominaba “escalón septentrional”. Contra la voluntad de Estados Unidos, Gran Bretaña ansiaba unir este agrupamiento a su propio sistema de clientes árabes, en especial a Irak y Jordania. Anthony Eden, que finalmente sucedió a Churchill en el cargo de primer ministro, deseaba fortalecer el flaqueante liderato de Gran Bretaña en la región mediante la ayuda norteamericana. El nuevo régimen ruso de Nikita Jruschov, ansioso de reparar los errores de Stalin en 1948, vio el ascenso de Nasser como una oportunidad de superar el escalón septentrional y crear sus propios estados clientes. Los rusos propusieron respaldar la coalición antiisraelí de Nasser con un enorme suministro de armas del Telón de Acero entregadas a crédito. Nasser estaba sumamente complacido. Así, de golpe, los rusos desbordaron el escalón y Nasser comenzó a actuar en el carácter de soldado y estadista del tercer mundo.

Nasser no olvidó la otra lección de Bandung: la no alineación. La idea era utilizar el antagonismo entre el Este y el Oeste; es decir, tratar con ambos sin caer bajo el dominio de ninguno. La filosofía de Bandung determinaba que las nuevas naciones creasen sus propias bases industriales con la mayor rapidez posible, independizándose así del “imperialismo”. Si se dispone del dinero necesario, en realidad es más fácil y más rápido —y, por supuesto, mucho más espectacular— construir una planta siderúrgica que aumentar la productividad agrícola. Nasser regresó de Bandung decidido a apresurar la ejecución del proyecto de construcción de un gigantesco dique sobre el Nilo, en Asuán. Aportaría energía a la industrialización y más agua para la irrigación, con lo que se conseguiría aumentar un 25 por ciento el área cultivable.⁹⁴ Pero el dique exigía un préstamo del Banco Mundial por 200 millones de dólares, aportados principalmente por Estados Unidos. Había muchos argumentos de carácter económico y ambiental que se oponían al plan, y en definitiva se demostró que estas objeciones eran totalmente justificadas; el efecto neto del dique, terminado por los rusos en 1970, en realidad fue aumentar la desocupación y disminuir la productividad agrícola. En todo caso, después de muchas vacilaciones, los norteamericanos rechazaron el proyecto el 19 de julio de 1956. Era el tipo de golpe que un régimen de elevado riesgo como el de Nasser no podía soportar en silencio. Replicó nacionalizando el canal anglofrancés de Suez.

La crisis de Suez en 1956-1957, fue uno de esos hechos internacionales que, como el de Abisinia en 1935, ilustran más que determinan las tendencias históricas. La decadencia de Gran Bretaña como potencia mundial ya era inevitable, pero el ritmo de la declinación estaba determinado por su propia voluntad nacional. Los hechos de la posguerra habían sugerido que esa voluntad prácticamente era nula. La declinación industrial relativa también recommenzó, y con exceso, como lo sugirió la crisis económica del otoño de 1955. Sir Anthony Eden, que había esperado tanto

93 Constantine Zurayak, *The Meaning of the Disaster*, Beirut, 1956, p. 2.

94 En relación con proyecto de la represa, véase P. K. O'Brien, *The Revolution in Egypt's Economic System*, Londres, 1966, y Tom Little, *High Dam at Aswan*, Londres, 1965.

tiempo a la sombra de Churchill, no era el hombre capaz de convertir una derrota en triunfo. Era un hombre nervioso, excitable, a ratos enfermo y con una inclinación fatal a confundir la importancia relativa de los hechos. Durante los años treinta, en cierto momento había creído que Mussolini era más formidable que Hitler. Ahora, obsesionado por la necesidad de Gran Bretaña de representar en Medio Oriente un papel independiente de Estados Unidos, vio en Nasser a otro *duce*. “Nunca creí que Nasser fuese Hitler”, escribió a Eisenhower, “pero la analogía con Mussolini es estrecha”.⁹⁵ Éste era un modo erróneo de concebir el asunto. Nasser necesitaba y deseaba dramas. La indiferencia era el modo más fácil de reducirlo a sus verdaderas proporciones. Ésa fue la táctica de Eisenhower, sobre todo porque era un año electoral y la “paz” siempre había sido el camino más directo para llegar al corazón de los votantes norteamericanos. La dificultad estaba en que Eden, a su vez, también necesitaba un drama. Su primer año en el poder, al margen de la sombra de Churchill, había sido deprimente. Lo criticaban, sobre todo en su propio partido, porque carecía de “la impronta de un gobierno firme”. Como dijo el *Daily Telegraph*: “El primer ministro es aficionado a cierto gesto. Para destacar un punto, cierra un puño y con él golpea la palma abierta de la otra mano. Pero rara vez se oye el golpe”. La incapacidad de Eden se refleja en el hecho de que permitió que esa burla lo ofendiese mortalmente y lo moviese a emitir “un juramento dolorido y amargo”.⁹⁶ ¡Ya les daría un verdadero golpe!

La tarde en que Eden recibió la noticia del decreto de nacionalización de Nasser, convocó a Downing Street a los jefes de las fuerzas armadas. Les pidió que preparasen la invasión de Egipto. Le contestaron que tal cosa era imposible en menos de seis semanas. Esta respuesta hubiera debido resolver la cuestión. Un país que no puede invadir un pequeño Estado árabe en menos de seis semanas no es una gran potencia y más le vale concebir otros modos de defender sus intereses. Además, no estaba muy claro que Nasser hubiese cometido un acto ilegal. No había infringido la convención de 1888, que regía la utilización del canal. La nacionalización de los activos extranjeros con la debida indemnización (como él proponía) era el derecho de todos los estados soberanos. Cuando el régimen iraní de Mohammed Mussadeq nacionalizó la refinería británica de petróleo en Abadán, en el año 1951, Gran Bretaña —después de muchos rodeos— adoptó una actitud sensata y dejó a cargo de la CIA la tarea de eliminar a Mussadeq. En todocaso, el acuerdo del canal expiraba en doce años. Cuando el primer impulso de cólera se agotó, todo esto quedó muy claro. Eden debió enredar a Nasser en una serie de negociaciones, esperando la reelección de Eisenhower, para después coordinar con él los medios de eliminar al coronel. Pero el primer ministro quería asestar su golpe y los franceses adoptaron la misma actitud. La Cuarta República estaba recorriendo los últimos tramos. Había perdido Indochina, había perdido Túnez y estaba a un paso de perder Marruecos; se encontraba enredada en una rebelión argelina apoyada ruidosamente por Nasser. Los franceses deseaban liquidarlo y preferían hacerlo mediante un ataque frontal antes que apelando a la intriga. También ellos deseaban un drama.

La ocupación anglofrancesa de Alejandría, denominada “operación mosquetero”, fue preparada para el 8 de septiembre.⁹⁷ Este plan, aunque tosco, probablemente habría sido eficaz si se lo aplicaba de manera decidida. Pero Eden lo postergó varias veces y finalmente lo desechó, a favor de una ocupación mucho más lenta y más difícil del canal, una actitud que le pareció más legal. La verdad es que Eden no podía decidirse acerca de la conveniencia de faltar a la legalidad o atenerse firmemente a ella. Una alternativa perfectamente viable era permitir que los israelíes desalojasen a Nasser. Israel y los estados árabes aún estaban técnicamente en guerra. Los egipcios bloqueaban el acceso de Israel al océano Índico, lo que en sí mismo era un acto de guerra, y rehusaban permitir a sus naves el paso por el canal, en flagrante violación de la convención de 1888. Mucho más grave era el hecho de que Nasser, sin duda, estaba aumentando su fuerza militar con la ayuda soviética, así como sus alianzas militares y diplomáticas, para desencadenar un ataque coordinado contra Israel, lo que seguramente terminaría en genocidio. Este proceso fue completado de hecho el 25 de

⁹⁵ Carlton, op. cit., p. 416.

⁹⁶ *Ibíd.*, p. 389.

⁹⁷ André Beaufre, *The Suez Expedition 1956*, trad. Londres, 1969, pp. 28-34; Hugh Stockwell, “Suez, Success or Disaster?”, en *Listener*, 4 de noviembre de 1976.

octubre de 1956, el momento en que Nasser organizó un comando unificado con la participación de Egipto, Siria y Jordania. Este proceso fue la justificación moral de un ataque preventivo de Israel a Egipto. Los franceses aprobaron ese curso de acción y suministraron a Israel las armas necesarias, entre ellas aviones de caza modernos. Pero Israel carecía de los bombarderos que necesitaba para dejar fuera de combate a la fuerza aérea egipcia y así evitar que sus propias ciudades fuesen atacadas por aire. Sólo Gran Bretaña podía suministrar esa maquinaria, pero Eden rechazó también esa posibilidad. Contradecía sus instintos más profundos, que eran proárabes.

El plan que en definitiva mereció su preferencia, después de muchos rodeos, parecía calculado para acarrearle la peor parte de todas las posibilidades. Los días 22 al 24 de octubre, en reuniones secretas celebradas en Sévres, cerca de París, los británicos, los franceses y los israelíes tramaron una conspiración inmensamente complicada, por la que Israel atacaría a Egipto el 29 de octubre. Esta iniciativa suministraría a Gran Bretaña un pretexto virtuoso para reocupar el canal con el fin de proteger las vidas y la navegación. Gran Bretaña emitiría un ultimátum, y éste sería aceptado por Israel. El rechazo de Egipto permitiría a Gran Bretaña bombardear los aeródromos. Después, los anglofranceses desembarcarían con sus fuerzas en Port Said. Mucha tinta ha corrido en relación con esta “colusión”, negada hasta el fin tanto por Eden como por su secretario de Relaciones Exteriores, Selwyn Lloyd.⁹⁸ Pero más tarde los participantes franceses e israelíes insistieron en que hubo un plan coordinado. El general Moshe Dayan, comandante militar israelí, relató que Lloyd había propuesto “que nuestra acción militar no sea un encuentro en pequeña escala sino un ‘auténtico acto de guerra’, pues de lo contrario no habría justificativo para el ultimátum británico y Gran Bretaña aparecería como un agresor a los ojos del mundo”.⁹⁹

Incluso este plan absurdo podría haber sido eficaz si Eden hubiese tenido la voluntad de llevarlo hasta el final. Pero Eden era un hombre honorable. Tenía los ingredientes de un Maquiavelo poco convencido. Como agresor sustituto era absolutamente incompetente. La transparencia de la conspiración resultaba evidente para todos. La oposición laborista la repudió y armó un enorme escándalo. El gabinete, que no estaba bien informado, se sintió incómodo desde el principio y aterrorizado ante la violencia de la reacción norteamericana apenas se inició la invasión. En las cartas del 2 y el 8 de septiembre, Eisenhower había advertido a Eden en los términos más enfáticos que no debía emplear la fuerza, la que a su juicio seguramente sería contraproducente: “Nasser se alimenta del drama”.¹⁰⁰ Lo irritó que Eden detonara esta mina mal armada bajo sus propios pies en las últimas etapas de la campaña electoral. Literalmente rechinó los dientes, una costumbre suya cuando estaba irritado, y ordenó al Tesoro norteamericano que vendiese esterlinas, una actitud que muchas otras personas ya estaban adoptando. Esta orden produjo un efecto inmediato en el gabinete de Eden, que ya se encontraba aprisionado entre dos posibles sucesores: R. A. Butler, el antiguo apaciguador, que deseaba inclinar al partido hacia la izquierda, y Harold Macmillan, que deseaba inclinarlo hacia su persona. Ambos se comportaron como correspondía a sus respectivos caracteres. Butler no dijo nada, pero entre bambalinas se opuso al plan. Macmillan reclamó audacia y, cuando se entrevistó el fracaso, cambió de bando; en su condición de ministro de Hacienda, señaló que no había otra alternativa que acatar los deseos de Eisenhower y concertar el cese del fuego. Eden se derrumbó el 6 de noviembre, apenas una semana después de comenzada la aventura y veinticuatro horas después de iniciados los primeros desembarcos anglofranceses. Su capitulación vino después de un mensaje particularmente áspero de Eisenhower, que quizás incluyó la amenaza de sanciones petroleras.¹⁰¹ Después se refugió en la enfermedad y la resignación.

El episodio fue una impresionante victoria para la generación de Bandung. Nehru, que administraba represiones morales a diestra y siniestra, estaba en su elemento. Nasser terminó con más prestigio que antes, porque en toda la excitación del episodio apenas se advirtió que los israelíes le habían infligido una abrumadora derrota, en menos de una semana, a sus grandes fuerzas

98 Véase el versión personal de Eden en *Memoirs: Full Circle*, Londres, 1960; Selwin Lloyd, *Suez 1956: a Personal Account*, Londres, 1978.

99 Moshe Dayan, *Story of My Life*, Londres, 1976, p. 181.

100 Dwight D. Eisenhower, *The White House Years: Waging Peace 1956/1961*, Nueva York, 1965, pp. 666-667.

101 Carlton, op. cit., p. 451-453.

armadas prosoviéticas. Los tropiezos de los egipcios fueron atribuidos a las fuerzas anglofrancesas. De esta forma, lo que pudo haber sido un golpe fatal para el prestigio de Nasser, en realidad lo fortaleció, pues la “colusión” confirió verdadera solidez a la mitología árabe en el sentido de que Israel no era más que un representante del imperialismo. Suez confirmó la visión del mundo elaborada en Bandung, la mitología convertida en realidad.

Se afirma a menudo que Suez asestó el golpe definitivo a la jerarquía de Gran Bretaña como gran potencia mundial. No es cierto. Gran Bretaña perdió esa jerarquía en 1947. Suez sencillamente permitió que todos supiesen a qué atenerse. La causa fundamental fue la falta de voluntad, no de fuerza, y el fiasco de Suez sencillamente reflejó esa carencia, de la que Eden fue una patética víctima expiatoria. Macmillan, que lo sucedió en el cargo, extrajo la moraleja de que en un mundo de superpotencias, una potencia de mediana jerarquía sobrevive gracias a las buenas relaciones públicas más que a los acorazados. El verdadero perdedor a largo plazo fue Estados Unidos. Pareció que Eisenhower actuaba decididamente y que conseguía con rapidez lo que deseaba. Gran Bretaña se sometió. Eisenhower conservó su reputación de hombre de paz, pero en este proceso contribuyó a preparar un temible látigo destinado a azotar la espalda de Estados Unidos, en la forma del concepto tendencioso de la “opinión mundial”, estructurada primero en Bandung, y ahora, gracias a la actitud de Eisenhower, transferida a las Naciones Unidas.

Hasta principios de los años cincuenta, los norteamericanos habían controlado a las Naciones Unidas. El primer error fue comprometerlas en Corea, especialmente a través del foro de la Asamblea General, un organismo seudorrepresentativo que hablaba sólo por los gobiernos, de los que una proporción cada vez más elevada era antidemocrática. Corea destruyó a Trygve Lie, el secretario general noruego, que era fiel a los principios de la antigua alianza occidental. Renunció cuando los rusos lo boicotearon y consiguieron que la izquierda aguijonease contra él a su propio secretariado. En este punto, las democracias occidentales hubieran debido desechar a las Naciones Unidas para concentrarse en cambio en la ampliación de la OTAN, convertida en un sistema mundial de seguridad de las naciones libres.

En cambio, después de muchos roces, las potencias designaron a un veterano diplomático sueco llamado Dag Hammarskjöld. Sería imposible imaginar peor decisión. Provenía de una familia muy destacada de servidores públicos en una nación que tenía la inquieta conciencia de que había prosperado inmensamente manteniéndose al margen de dos guerras mundiales. Era el sentimiento de culpa personificado y estaba decidido a que Occidente lo expiase. Severo, culto, desprovisto de humor, soltero (aunque no homosexual: “en la vida de Hammarskjöld”, escribió su biógrafo oficial, “el sexo representó un escaso papel o quizá ninguno”),¹⁰² su persona exudaba cierta religiosidad secular. Era característico de su persona y del gusto del final de los años cincuenta, una tendencia que él reflejaba fielmente, que transformase el antiguo salón de meditación de las Naciones Unidas, una habitación sencilla y sin pretensiones, en una caverna oscura y dramática, con una perspectiva y una iluminación sorprendentes y en el centro un gran bloque rectangular de mineral de hierro iluminado por un solo haz de luz. ¿Qué simbolizaba? Quizá la moral relativa. La intención manifiesta de Hammarskjöld fue cortar el cordón umbilical que unía a las Naciones Unidas con la antigua alianza occidental de la época de la guerra y alinear a la organización con lo que él creía que era la nueva fuerza en ascenso de la virtud en el mundo: las naciones “no comprometidas”. En resumen, también él era miembro de la generación de Bandung, a pesar de su rostro pálido o más bien por su causa. Cuando Eisenhower se volvió contra Eden en Suez y lo quebró y traspasó todo el problema a las Naciones Unidas, ofreció a Hammarskjöld exactamente la oportunidad que él había estado esperando.

El secretario general comenzó a trabajar para expulsar a las fuerzas anglofrancesas y a los israelíes, y reemplazarlos con un contingente multinacional “de paz” de las Naciones Unidas. Entendió que estaba representando el papel de estadista mundial, movido por el motor de la no alineación. Por lo tanto, y aunque fingiendo imparcialidad, volcó su peso totalmente a favor del campo afroasiático. Eso significó tratar a Israel no como a una nación pequeña y vulnerable, sino

102 Brian Urquhart, *Hammarskjöld*, Londres, 1973, p. 26.

como un puesto avanzado del imperialismo. Había un registro de una resolución de las Naciones Unidas en 1951, la que fue aprobada antes de Hammarskjöld, donde reclamaba a Egipto que permitiese el paso de navíos israelíes por el canal. Hammarskjöld nunca hizo nada para conseguir que se aplicase la resolución. Tampoco aceptó que la negativa de los árabes a permitir la libertad de navegación de los barcos israelíes por el golfo de Aqaba fuese una amenaza a la paz, aunque en realidad esta denegación, respaldada por el pacto militar de las tres potencias árabes el 25 de octubre de 1956, fue la causa inmediata del ataque israelí. En repetidas ocasiones rehusó condenar la ocupación del canal por Nasser, así como otros actos arbitrarios. Por lo que a él concernía, el ataque israelí y la intervención anglofrancesa fueron actos de agresión no provocados en absoluto. Dijo que se sentía “chocado y ultrajado” por esa conducta. El 31 de octubre adoptó la actitud sin precedentes de reprender públicamente a los gobiernos británico y francés. La invasión soviética a Hungría, realizada al amparo de la crisis de Suez, fue tratada por Hammarskjöld como una fatigosa distracción. Su cordialidad constante frente a los egipcios y su fría hostilidad en relación con Gran Bretaña, Francia e Israel mostraban claramente dónde estaban sus simpatías emocionales. Ansiaba humillar públicamente a las tres naciones y lo consiguió. Cuando desplegó la fuerza de emergencia de las Naciones Unidas para llenar el vacío creado por el retiro de las tres naciones, insistió en que la presencia de esas tropas se hacía por dispensa de Egipto; como él mismo dijo, “la base y el punto de partida ha sido el reconocimiento por la Asamblea General de los derechos soberanos plenos e ilimitados de Egipto”.¹⁰³ Por consiguiente, esa fuerza tendría que retirarse ante un simple pedido de Egipto, derecho ejercido por ese país en 1967, tan pronto se consideró bastante fuerte para destruir a Israel. Así, Hammarskjöld legó a sus sucesores otra guerra en Medio Oriente. Lo que es todavía más importante fue su demostración del modo en que podían usarse las Naciones Unidas para organizar y expresar el odio a Occidente. En 1956 fue el turno de Gran Bretaña y Francia. Pronto llegaría el de Estados Unidos.

Este país también sufrió las consecuencias de la gravitación que el episodio de Suez ejerció sobre Francia. Si Suez sencillamente llevó a Gran Bretaña a descender un poco más por la pendiente que había elegido, en Francia contribuyó a llevar a su culminación la crisis nacional provocada por la agonía de Argelia francesa. Argelia fue la más grande, y en muchos sentidos el arquetipo, de todas las guerras anticoloniales. En el siglo XIX los europeos ganaron las guerras coloniales porque los pueblos indígenas habían perdido la voluntad de resistir. En el siglo XX se invirtieron los papeles y fue Europa la que perdió la voluntad de aferrarse a las ventajas obtenidas. Pero detrás de esta relatividad de las respectivas voluntades hay factores demográficos. Se pierde una colonia tan pronto el nivel de los asentamientos se ve superado por la tasa de crecimiento de los pueblos indígenas. El colonialismo del siglo XIX reflejó el enorme aumento del número de europeos. La descolonización del siglo XX reflejó la estabilidad democrática europea y la expansión violenta de las poblaciones nativas.

Argelia fue un caso clásico de este cambio. No era tanto una colonia francesa como un asentamiento en el área del Mediterráneo. Durante la década de 1830 había ahí sólo un millón y medio de árabes y su número estaba descendiendo. Los habitantes de la región del Mediterráneo se trasladaron de las costas septentrionales a las meridionales y ocuparon lo que parecía ser un vacío; a sus ojos, el gran mar interior era una unidad y tenían tanto derecho a sus costas como cualquier otro pueblo, si justificaban su existencia mediante la creación de riqueza. Eso es lo que hicieron. Expandieron las 2.000 millas cuadradas de tierras cultivadas en 1830 a 27.000 en 1954.¹⁰⁴ Estos *pièds noirs* estaban formados por sólo un 20 por ciento de franceses, incluyendo corsos y alsacianos. Eran principalmente españoles en el oeste, italianos (y malteses) en el este. Pero el aumento de la prosperidad atrajo a otros: kabilas, chaouias, mzabites, mauritanos, turcos y árabes puros, provenientes de las montañas, el oeste, el sur y el este. Los servicios médicos franceses eliminaron la malaria, el tifus y la fiebre tifoidea y promovieron un cambio prodigioso en las tasas de mortalidad infantil de la población no europea. En 1906 la población musulmana se elevaba a

¹⁰³ *Ibid.*, pp. 170, 174, 185-189.

¹⁰⁴ Horne, *op. cit.*, Londres, 1977, p. 60.

4,5 millones de individuos; en 1954, a 9 millones. Hacia mediados de la década de los setenta otra vez se había duplicado holgadamente. Si la población francesa hubiese aumentado en la misma proporción, habría llegado al nivel de los 300 millones hacia 1950. Por consiguiente, la política francesa de “asimilación” era absurda, pues hacia el año 2000 los musulmanes argelinos habrían sido más de la mitad de la población francesa, y Argelia habría “asimilado” a Francia más que a la inversa.¹⁰⁵

En la década de los cincuenta no había un número de *pieds noirs* suficiente para garantizar la supervivencia a largo plazo como clase dominante, o al menos como enclave. Sólo un tercio de los 900.000 habitantes de Argel estaba formado por europeos. Únicamente en Orán eran la mayoría. Incluso en una región muy densamente colonizada, la Mitidja, las haciendas estaban a cargo de la fuerza de trabajo musulmana. En 1914, 200.000 europeos vivían de la tierra; en 1954, sólo 93.000. Hacia la década de los cincuenta la mayoría de los *pieds noirs* ocupaba empleos comunes y mal pagados en las ciudades, en tareas que los árabes podían desempeñar con la misma eficacia. La estructura social era un conjunto de capas de prejuicios raciales: “El francés desprecia al español, que desprecia al italiano; éste a su vez desprecia al maltés, que desprecia al judío; a su vez todos desprecian al árabe”.¹⁰⁶ No se ofrecía nada parecido a la igualdad de oportunidades; en 1945, 1.400 escuelas primarias recibían a 300.000 niños europeos, y había 699 para 1.250.000 musulmanes. Los libros de texto comenzaban así: “Nuestros antepasados, los galos...”.

Era aún más grave el carácter fraudulento del sistema electoral. Las reformas aprobadas por el parlamento francés no se aplicaban en absoluto o bien las votaciones eran amañadas por las propias autoridades locales. Éste fue el factor que debilitó la posición de la gran cantidad de moderados musulmanes cultos que deseaban con sinceridad una fusión de la cultura francesa y la musulmana. Uno de los más nobles de estos hombres, Ahmed Boumendjel, manifestó: “La República francesa ha hecho trampa. Nos ha obligado a hacer el papel de tontos”. Dijo a la Asamblea: “¿Por qué tenemos que sentirnos obligados por los principios y por los valores morales franceses [...] cuando la propia Francia rehúsa someterse a ellos?”.¹⁰⁷ Las elecciones de 1948 fueron falseadas y lo mismo cabe decir de las celebradas en 1951. En tales circunstancias, los moderados no podían representar un papel eficaz. Los partidarios de la violencia ocuparon el centro de la escena.

Hubo un anticipo de lo que sucedería en mayo de 1945, cuando los árabes asesinaron a 103 europeos. Las represalias francesas alcanzaron una escala bestial. Los bombardeos en picada destruyeron cuarenta aldeas; un crucero bombardeó otras. El periódico *Liberté*, del Partido Comunista argelino, reclamó que los rebeldes fuesen castigados rápida e implacablemente y que los instigadores fuesen llevados al pelotón de fusilamiento. De acuerdo con el informe oficial francés, fueron asesinados 1.020 a 1.300 árabes; éstos afirmaron que las víctimas ascendieron a 45.000. Muchos soldados árabes desmovilizados regresaban para encontrar a sus familias muertas y sus casas demolidas. Estos ex suboficiales formaron el liderato del futuro Frente de Liberación Nacional. El más conspicuo de ellos, Ahmed Ben Bella, manifestó: “Los horrores de la región de Constantine en mayo de 1945 me convencieron de que el único camino era Argelia para los argelinos”. El comandante francés, el general Duval, dijo a los *pieds noirs*: “Les he asegurado la paz durante diez años”.

La predicción fue absolutamente exacta. El primero de noviembre de 1954 los amargados suboficiales estaban listos; Ben Bella, quien ahora era un terrorista urbano experimentado, unió fuerzas con Belkacem Krim para desencadenar un alzamiento nacional. Es importante advertir que, del principio al final, el propósito no fue derrotar al ejército francés. Eso habría sido imposible; el objetivo era destruir el concepto de asimilación y multirracismo, eliminando a los moderados de ambas partes. El primer francés asesinado fue un liberal, un maestro de escuela arabófilo llamado Guy Monnerot. La primera baja árabe fue un gobernador local profrancés llamado Hadj Sakok. La mayoría de las operaciones del Frente Nacional de Liberación estaba dirigida contra los musulmanes leales. Se asesinaba a los empleados del Estado, les cortaban la lengua, les arrancaban

105 Véase Robert Aron *et al.*, *Les Origines de la guerre d'Algérie*, París, 1962.

106 Albert-Paul Lentin, *L'Algérie des colonels*, París, 1958.

107 Horne, *op. cit.*, p. 72.

los ojos y luego dejaban una nota con las letras “FLN” sobre los cadáveres mutilados.¹⁰⁸ Ésta era la estrategia promovida por el mufti en Palestina. Más aún, muchos de los líderes rebeldes habían servido a sus órdenes. El más capaz de todos, Mohamedi Said, comandante de la Wilaya 3, en las montañas Kabile, se había incorporado a la “legión SS musulmana” del mufti, había descendido en Túnez como agente de la *Abwehr* y había declarado: “Creía que Hitler destruiría la tiranía francesa y liberaría al mundo”. Aún usaba de tanto en tanto su viejo casco SS. Entre sus discípulos estaban algunos de los peores asesinos del siglo XX; por ejemplo Ait Hamouda, llamado Amirouche, y a Ramdane Abane, que había cortado pechos y testículos en las masacres de 1945, leía a Marx y *Mein Kampf* en la cárcel y decía: “Un cadáver vestido de civil siempre vale más que veinte de uniforme”. Estos hombres que habían asimilado los aspectos más perversos del siglo XX imponían su voluntad sobre las aldeas apelando al terror; nunca usaron otros métodos. Krim dijo a un periódico yugoslavo que el método de iniciación de un recluta consistía en obligarlo a liquidar a alguien considerado traidor, un *mouchard* (espía o informante policial), un gendarme francés o un colonialista: “Un asesinato indica el fin del aprendizaje de cada candidato”. Un reportero norteamericano favorable al FLN oyó lo siguiente: “Cuando fusilamos a la víctima musulmana se le corta la cabeza y se le aplica un marbete en la oreja, para mostrar que era un traidor. Después, dejamos la cabeza en el camino principal”. Las órdenes escritas de Ben Bella decían: “Liquiden a todas las personalidades que desean representar el papel de *interlocuteur valable*.” “Maten a las personas que intenten debilitar a los militantes e inculcarles un espíritu *bourguibien*”. “Maten a los *caïds* [...] quítenle los hijos y mátenlos. Maten a todos los que paguen impuestos y a quienes los recaudan. Quemén las casas de los suboficiales musulmanes que están prestando servicio activo en el extranjero.” El FLN tenía también sus propios *règlements des comptes* internos. Así el hombre que impartió la orden mencionada en último término, Bachir Chihani, fue acusado (como Roehm) de pederastia y asesinatos sexuales sádicos, y fue cortado en pedazos con ocho de sus amantes. Pero los hombres del FLN en realidad odiaban a las figuras musulmanas pacíficas. Durante los dos años y medio iniciales de la guerra, asesinaron a sólo 1.035 europeos y a 6.352 árabes; éstos fueron los casos autenticados, la cifra real se acercó a los 20.000.¹⁰⁹ A esta altura de las cosas, los moderados podían sobrevivir únicamente empuñando a su vez las armas o bien exiliándose.

De hecho, la estrategia del FLN consistió en poner a la masa de los musulmanes en medio del terror. Por una parte, los asesinos del FLN sustituyeron a los moderados. Por la otra, las atrocidades del FLN estaban concebidas para que provocasen a los franceses y los indujeran a aplicar represalias bestiales, lo que debía impulsar a la población musulmana hacia el campo de los extremistas. La doctrina del FLN fue formulada con fría precisión por el terrorista brasileño Carlos Marighela:

Es necesario convertir la crisis política en conflicto armado, ejecutando actos violentos que obligarán a los que ejercen el poder a transformar la situación del país en una situación militar. Eso distanciará a las masas, que en adelante se rebelarán contra el ejército y la policía [...] El gobierno no tiene más remedio que acentuar su represión y, por lo tanto, agrava cada vez más la situación de sus ciudadanos [...] el terror policial se convertirá en un hecho cotidiano [...] La población rehusará colaborar con las autoridades de modo que éstas comprobarán que la única solución para sus problemas está en la liquidación física de sus enemigos. La situación política del país se convertirá entonces en una situación militar.¹¹⁰

Por supuesto, esta odiosa variedad del leninismo, cuando es aplicada con firmeza suficiente, posee una fuerza casi irresistible. En 1954 el gobierno francés estaba formado en general por hombres liberales y civilizados, dirigidos por el radical socialista Pierre Mendès-France. Compartían la ilusión (o la visión) de que Argelia podía convertirse en una auténtica sociedad

¹⁰⁸ Ibid., pp. 91-92 y 101; Pierre Leulliette, *St. Michael and the Dragon*, trad. Londres, 1964.

¹⁰⁹ Horne, op. cit., pp. 132-135.

¹¹⁰ C. Marighela, *For the Liberation of Brazil*, Penguin, 1971.

multirracial, basada en los principios de libertad, fraternidad e igualdad. Mendés-France, que sin vacilar había liberado a Indochina y Túnez, dijo a la asamblea: “Los *départements* argelinos son parte de la República Francesa [...] son irrevocablemente franceses [...] no puede concebirse la separación”. Respecto de Argelia, expresó su ministro del Interior, François Mitterrand: “La única negociación posible es la guerra”.¹¹¹ Los dos hombres creían que podía resolverse el problema si los principios mismos de Francia se convertían ahora, cabal y generosamente, en una realidad argelina. Enviaron como gobernador general a Jacques Soustelle, un brillante etnólogo y ex luchador de la Resistencia, con la misión de crear esta realidad. Lo que no advirtieron fue que el propósito del FLN era precisamente transformar en salvajismo la generosidad francesa.

Soustelle consideraba fascistas a los miembros del FLN. Creía que podía derrotarlos si daba auténtica democracia y justicia social a los árabes. Creó 400 destacamentos de *Kepis Bleus* (SAS) en áreas remotas con el fin de proteger a los leales. Llevó a liberales convencidos como Germaine Tillion y Vincent Monteil y les encomendó la organización de redes de *centres sociaux*, así como mantener contacto con los líderes de opinión musulmana.¹¹² Hizo esfuerzos desesperados con el fin de incorporar a los musulmanes a todos los niveles del gobierno. Sus instrucciones a la policía y al ejército prohibieron todas las formas de terror y brutalidad, y sobre todo las represalias colectivas.¹¹³ De todos modos, es improbable que la política de auténtica integración de Soustelle hubiera podido alcanzar éxito, tan pronto los propios franceses comprendieron de qué se trataba, ya que Francia no deseaba convertirse en una nación semiárabe musulmana, del mismo modo que la mayoría de los árabes no deseaban convertirse en franceses. En todo caso, el FLN asesinó sistemáticamente a los instrumentos de la política liberal de Soustelle, tanto franceses como árabes. Se esforzaron, sobre todo, por liquidar a las administraciones francesas que amaban a los árabes y generalmente lo lograron. Una de estas víctimas fue Maurice Dupuy, descrito por Soustelle como un “santo secular”. Durante su funeral, Soustelle lloró mientras aplicaba la insignia de la *Legion d'honneur* al mayor de los ocho hijos huérfanos de Dupuy; entonces usó por primera vez la palabra “venganza”.¹¹⁴

Durante el verano de 1955, el FLN avanzó un paso y adoptó una política de genocidio, con el fin de liquidar a todos los franceses sin distinción de edad o sexo. El 20 de agosto comenzaron las primeras masacres. Siempre incluyeron a muchos árabes, entre ellos Allouah Abbas, sobrino del líder nacionalista moderado Ferhat Abbas, que había criticado las atrocidades del FLN. Pero el propósito principal era provocar las represalias militares francesas. Por ejemplo, en Ain-Abid, cerca de Constantine, treinta y siete europeos, entre ellos diez menores de quince años, fueron literalmente despedazados. A los hombres les cortaron los brazos y las piernas, a los niños les destrozaron la cabeza, las mujeres fueron destripadas, a una madre *pied noir* le abrieron el vientre, mataron a cuchilladas al hijo de cinco días y después lo volvieron a poner en el vientre de la madre. Esta “masacre de Philippeville” alcanzó su objetivo: los paracaidistas franceses instalados en la región recibieron orden de masacrar a todos los árabes y, de acuerdo con la versión de Soustelle, mataron a 1.273 “insurgentes”, cifra que de acuerdo con la propaganda del FLN era en realidad de 12.000. Era otra vez la masacre de 1945. Como afirmó Soustelle, “en verdad se ha abierto un abismo a través del que fluyó un río de sangre”. Los liberales franceses y musulmanes; por ejemplo Albert Camus y Ferhat Abbas, que aparecían conjuntamente en las tribunas para llamar a la razón, eran acallados por las dos partes.¹¹⁵

A partir de este momento, el experimento de Soustelle se derrumbó. La guerra se convirtió en una competencia de terror. El centro se desplazó hacia la Casbah de Argel, donde cada kilómetro cuadrado albergaba a 100.000 argelinos. Comenzó con la ejecución de un asesino inválido, Ferradj, que había asesinado a una niña de siete años y a siete civiles más. Ramdane Abane, comandante del FLN, ordenó la muerte de 100 civiles franceses por cada ejecución de un miembro del FLN. Entre

¹¹¹ Horne, op. cit., pp. 98-99.

¹¹² Germaine Tillion, *L'Algérie en 1957*, París, 1957; Vincent Monteil, *Soldat de fortune*, París, 1966.

¹¹³ Jacques Soustelle, *Aimée et Souffrante Algérie*, París, 1956.

¹¹⁴ Horne, op. cit., pp. 117-118.

¹¹⁵ Albert Camus, *Chroniques Algériennes 1939-1958*, París, 1958.

el 21 y el 24 de junio de 1956, su principal colaborador, Saadi Yacef, que controlaba una red de fábricas de bombas y 1.400 “operadores”, cometió cuarenta y nueve asesinatos. La violencia se acentuó constantemente en la segunda mitad de 1956, en forma paralela con el desarrollo de la aventura de Suez. El alcalde francés de Argel fue asesinado y una bomba explotó mientras se realizaba la ceremonia fúnebre; en secreto, Yacef ordenó a todos sus operadores que salieran previamente del sector, para tener la certeza de que en las ulteriores y salvajes represalias sólo se asesinase a musulmanes inocentes.¹¹⁶

El desastre de Suez fue importante, porque convenció definitivamente al ejército de que los gobiernos civiles no podían ganar la guerra. Robert Lacoste, sucesor socialista de Soustelle, admitió esto. El 7 de enero de 1957 concedió al general Jacques Massu y a sus 4.600 hombres libertad absoluta de acción para eliminar de Argel al FLN. Por primera vez se anularon todas las restricciones que pesaban sobre el ejército, incluso la prohibición de torturar. La tortura había sido abolida en Francia el 8 de octubre de 1789. El artículo 303 del Código Penal imponía la pena de muerte a quien la practicase. En marzo de 1955, un informe secreto escrito por un funcionario superior recomendó el uso de la tortura supervisada como la única alternativa para impedir la tortura no autorizada, mucho más brutal. Soustelle había rechazado de plano la sugerencia. Ahora Massu autorizó esta práctica, como él mismo reconoció más tarde: “En respuesta a la pregunta: ‘¿Realmente se torturaba?’, “sólo puedo contestar afirmativamente, aunque esa práctica nunca se institucionalizó o codificó”.¹¹⁷ El argumento era que el interrogatorio eficaz salvaba vidas, principalmente de árabes; que los árabes que revelaban información serían torturados hasta la muerte sin ningún género de restricciones por el FLN, y que para los franceses era fundamental que se les temiese más. La creencia árabe de que Massu operaba sin restricciones, tanto como la tortura misma, era el factor que inducía a los prisioneros a hablar; pero también se torturaba a los no musulmanes. Uno de ellos, un judío comunista llamado Henri Alleg, escribió un libro muy difundido que provocó un estallido de indignación moral en Francia durante el año 1958.¹¹⁸ Massu afirmó que los interrogatorios realizados por sus hombres no provocaban daños permanentes. Al ver a Alleg, que parecía sano y en buen estado, en la escalinata del *Palais de Justice*, en 1970, exclamó:

¿Acaso los tormentos que él sufrió importan mucho comparados con actos como cortar la nariz o los labios, o incluso el pene, una forma que se había convertido en el regalo ritual de los *fallaghas* a sus “hermanos recalcitrantes”? ¡Todos saben que esos apéndices corporales no vuelven a crecer! ¹¹⁹

Sin embargo, es absurdo el concepto de que era posible supervisar eficazmente la tortura limitada durante una guerra por la supervivencia. Más aún, el liberal Paul Teitgen, secretario general de la Prefectura de Argel, atestiguó que alrededor de 3.000 prisioneros “desaparecieron” durante la batalla de Argel. En todo caso, Massu la ganó. Fue la única vez que los franceses combatieron al FLN con sus propias armas. Se limpió de terrorismo a Argel y los árabes moderados se atrevieron a levantar nuevamente la voz. Pero la victoria fue frustrada por una nueva política de *regroupement* de más de un millón de fellahs pobres, un ejemplo de tosca ingeniería social destinada a hacer el juego del FLN. Además, el experimento de Massu impuso tensiones intolerables al sistema francés. Por una parte, al liberar del control político a unidades militares y destacar la personalidad de los comandantes, alentó la formación de ejércitos privados; los coroneles tendieron a verse cada vez más en el papel de propietarios de sus regimientos, como ocurrió durante la monarquía, y comenzaron a manipular la desobediencia de sus generales. En la confusión moral, los oficiales comenzaron a creer que su obligación primaria era la que tenían hacia sus propios hombres más que hacia el Estado.¹²⁰

¹¹⁶ Horne, op. cit., p. 187.

¹¹⁷ Jacques Massu, *La Vrai Bataille d'Alger*, París, 1971.

¹¹⁸ Henri Alleg, *La Question*, París, 1958.

¹¹⁹ Horne, op. cit., p. 201.

¹²⁰ Pueden encontrarse ejemplos en J. R. Tournoux, *Secret d'Etat*, París, 1960; J. J. Servan-Schreiber, *Lieutenant en*

Al mismo tiempo, las noticias que se filtraron acerca de lo que el ejército había hecho en Argelia comenzaron a volcar contra la guerra a la opinión liberal y centrista de Francia. A partir de 1957 muchos franceses llegaron a la conclusión de que la independencia argelina, por desagradable que fuese, era preferible a la corrupción total de la conciencia pública francesa. Así, la exigencia del restablecimiento del control político de la guerra —e incluso la celebración de negociaciones con el FLN— se intensificó en el momento mismo en que el ejército francés estaba venciendo, según él mismo lo creía, gracias a la afirmación de su propia independencia. Este conflicto irreconciliable provocó la explosión de mayo de 1958, que devolvió el poder al general de Gaulle y creó la Quinta República.

De Gaulle no era un colonialista. Creía que la época de las colonias había concluido. Su cuerpo parecía pertenecer al pasado, pero su mente estaba en el futuro. Afirmó que en Brazzaville, durante el año 1944, cuando agrupó al África negra tras la Resistencia, había intentado “transformar las antiguas relaciones dependientes en vínculos preferenciales de cooperación política, económica y cultural”.¹²¹ Creía que la prolongación sin firmeza del colonialismo francés era el resultado directo de la debilidad de la constitución de la Cuarta República, a la que despreciaba, y del “régimen de los partidos”, incapaz de “adoptar las decisiones inequívocas que la descolonización reclamaba”. “¿Cómo era posible”, preguntó, “superar y, si era necesario, doblegar toda la oposición basada en el sentimiento, la costumbre o el interés egoísta que dicha empresa debía provocar?”. El resultado era la vacilación y la inconsecuencia, primero en Indochina, después en Túnez y Marruecos y, finalmente, sobre todo en Argelia. Naturalmente, decía de Gaulle, el ejército “experimentaba un resentimiento cada vez más acentuado ante un sistema político que era la expresión misma de la indecisión”.¹²²

El golpe fue detonado, es probable que intencionadamente, por la decisión del FLN, adoptada el 9 de mayo de 1958, de “ejecutar” a tres soldados franceses por “tortura, violación y asesinato”. Cuatro días después, los estudiantes blancos asaltaron la sede del gobierno en Argel. Massu preguntó a Lacoste, que había huido a Francia, si lo autorizaba a disparar sobre la turba blanca. No recibió la autorización solicitada. Esa noche, durante la representación de una obra de Brecht en donde se atacaba a los generales, un público izquierdista aplaudió con entusiasmo.¹²³ Pero en realidad nadie estaba dispuesto a combatir por la Cuarta República. En Argel, los generales se hicieron cargo de la situación y reclamaron el retorno de de Gaulle. Alrededor de 30.000 musulmanes se acercaron al estrado oficial para manifestar su aprobación. Entonaron la Marsellesa y la canción militar “*Chant des africains*”, y eso fue una demostración espontánea a favor de la civilización francesa y contra la barbarie del FLN. Massu expresó: “Que sepan que Francia nunca los abandonará”.¹²⁴ Cuando los generales reclamaron la presencia de de Gaulle estaban mintiendo, pues veían en él nada más que un instrumento para destruir a la República y asumir ellos mismos el poder. De Gaulle creía que Argelia representaba una posición insostenible y que destruiría al ejército francés. Más aún, temía que sucedieran cosas peores. El 24 de mayo, un destacamento proveniente de Argelia desembarcó en Córcega. Las autoridades locales fraternizaron. La policía enviada desde Marsella se dejó desarmar. De Gaulle asumió el poder con el propósito de impedir la invasión del territorio metropolitano, un intento que probablemente habría tenido éxito o, en todo caso, hubiera originado una guerra civil. Entreveía analogías ominosas con el comienzo de la catástrofe española en 1936. A su juicio, en definitiva destruiría a Francia como gran potencia civilizadora. Si París valía una misa, Francia misma valía unas pocas mentiras.

De manera que, después de asumir el poder, viajó a Argelia para engañar. El 4 de junio dijo a la turba de vociferantes colonos argelinos: “*Je vous al compris*”. “Les arrojé esas palabras”, escribió, “en apariencia espontáneas pero en realidad cuidadosamente calculadas, con la esperanza de

Algérie, París, 1957.

¹²¹ Charles de Gaulle, *Memoirs of Hope*, trad. Londres, 1970-1971, I, p. 12.

¹²² *Ibid.*, p. 15.

¹²³ Simone de Beauvoir, *La Force des choses*, París, 1963.

¹²⁴ Horne, *op. cit.*, p. 291.

encender el entusiasmo general, sin comprometerme más allá de lo que yo mismo deseaba”.¹²⁵ El año anterior había dicho en una conversación privada: “Por supuesto, la independencia llegará, pero allí son demasiado estúpidos para saberlo”. “¡Viva Argelia francesa!”, exclamó públicamente en junio de 1958, y en privado expresó: “*¡L’Afrique est foutou et l’Algérie avec!*”. Dijo de Argelia francesa que era “una ruinosa utopía”. En público continuó tranquilizando a los colonos y al ejército. “¿La independencia? Dentro de veinticinco años” (octubre de 1958). “El ejército francés nunca saldrá del país y yo jamás trataré con esa gente de El Cairo y Túnez” (marzo de 1959). “No habrá Dien Bien Phu en Argelia. La insurrección no nos expulsará de este país.” “¿Cómo pueden escuchar ustedes a los mentirosos y los conspiradores que les dicen que al otorgar a los argelinos la posibilidad de elegir libremente, Francia y de Gaulle quieren abandonarlos, salir de Argelia y entregarla a la rebelión?” (enero de 1960). “La independencia [...] una locura, una monstruosidad” (marzo de 1960).¹²⁶

Mientras tanto, afirmaba su control sobre el Estado. El 28 de septiembre de 1958 los franceses adoptaron la constitución de la Quinta República, que concentraba el poder en el presidente. El 21 de diciembre, de Gaulle fue elegido presidente. El mismo referéndum que adoptó la nueva constitución concedió a todos los territorios franceses ultramarinos el derecho de asociarse o separarse. Por consiguiente, la idea del consentimiento cobró carácter universal. De Gaulle eliminó uno por uno a los hombres que lo habían llevado al poder. En febrero de 1960 reclamó y obtuvo “poderes especiales”. Cuatro meses después inició conversaciones secretas con los jefes del FLN. En enero de 1961 celebró un referéndum que ofrecía a Argelia la libertad de decidir si se asociaba con Francia y la votación arrojó una mayoría abrumadora a favor del “sí”. Fue el fin de la *Algérie française* y determinó que los extremistas que la defendían salieran al descubierto, con bombas en la mano.

Si los jefes militares hubieran insistido en tomar el poder en mayo de 1958, podrían haberlo hecho, con de Gaulle o sin él. En abril de 1961, cuando al fin percibieron el engaño de de Gaulle y trataron de derrocarlo, habían perdido la oportunidad. La opinión francesa había cambiado. Los reclutas tenían radios de transistores y podían escuchar las noticias de París; se negaron a obedecer a sus oficiales. La revuelta se derrumbó; sus jefes se rindieron o fueron perseguidos y encarcelados. Se dio la posibilidad de realizar un cambio completo. Los jefes del FLN que habían sido capturados abandonaron las prisiones para unirse a las conversaciones, al mismo tiempo que los generales franceses rebeldes comenzaban a cumplir sus condenas.

El terrorismo blanco, la OAS (*Organization de l’Armée Secrète*) finalmente fue dominado, pero la tarea llevó su tiempo. Actuó desenfrenadamente durante más de un año, utilizando bombas, ametralladoras y bazukas; asesinó a más de 12.000 civiles, en su mayoría musulmanes, y a unos 500 policías y miembros de los servicios de seguridad. Este episodio ilustra el terrible poder de corrupción de la violencia política. Sin duda, en muchos aspectos fue una imagen refleja del FLN. El 23 de febrero, su jefe, el general Salan, que había realizado una carrera distinguida como un soldado honorable, impartió órdenes con vistas a

una ofensiva generalizada [...] se abrirá fuego sistemáticamente contra los CRS y las unidades de gendarmería. Se arrojarán “cócteles Molotov” contra sus vehículos blindados [...] noche y día [...] [El objetivo es] destruir a los mejores elementos musulmanes de las profesiones liberales para obligar a la población musulmana a solicitar nuestro auxilio [...], paralizar los poderes existentes e impedirles que ejerzan su autoridad. Se apelará a actos brutales y generales en todo el territorio [...] se procederá a atacar las obras de arte y todo lo que representa el ejercicio de la autoridad de manera tal que provoque la máxima inseguridad y la parálisis total del país.¹²⁷

¹²⁵ De Gaulle, op. cit., p. 47.

¹²⁶ Horne, op. cit., pp. 376-378.

¹²⁷ Ibid., pp. 515-516.

La corrupción no se limitó a la OAS, ya que para derrotarla y proteger al mismo de Gaulle (quien estuvo dos veces a punto de ser asesinado), el Estado creó sus propias unidades terroristas oficiales, que asesinaban y torturaban impunemente a los detenidos, y lo hacían en amplia escala.¹²⁸ En este caso, ni la Francia liberal ni la comunidad internacional emitieron siquiera un murmullo de protesta. El terrorismo de la OAS destruyó definitivamente el concepto de un asentamiento blanco. A fines de 1961, Bernard Tricot, uno de los más íntimos asesores de de Gaulle, informó desde Argel: “Los europeos [...] manifiestan una oposición tan cerrada a todo lo que está preparándose y sus relaciones con la mayoría de los musulmanes son tan malas, que [...] ahora lo esencial es organizar su retorno”.¹²⁹

El fin llegó en marzo de 1962, en una orgía de muerte e intolerancia. La turba musulmana, que ya presentía la victoria, saqueó la Gran Sinagoga, en el centro de la Casbah; destruyó el interior, desgarró los rollos de la Torah, mató a los funcionarios judíos y escribió sobre las paredes: “Muerte a los judíos” y otros lemas nazis. El 15 de marzo, la OAS atacó el centro social de Germaine Tillion, donde se rehabilitaba a niños disminuidos, sacó a seis hombres y los asesinó a tiros, comenzando con disparos a las piernas. Uno de ellos era Mouloud Feraoun, amigo de Camus, que había dicho de él que era “el último de los moderados”. Había escrito: “En mí hay francés, en mí hay kabyle. Pero me horrorizan los que matan [...] ¡*Vive la France*, como siempre la amé! ¡*Vive l'Algérie*, tal como espero que llegue a ser! ¡Vergüenza a los criminales!”.¹³⁰ El cese del fuego concertado con el FLN, el 19 de marzo de 1962, provocó otra oleada de asesinatos de la OAS: esta vez, dieciocho gendarmes y siete soldados. El general Ailleret, comandante francés, replicó destruyendo el último reducto de *Algérie française*, el distrito de trabajadores *pieds noirs* de Bab-el-Oued, con sus 60.000 habitantes. Lo atacó con cohetes, bombarderos en picada, tanques que disparaban a boca de jarro y 20.000 soldados de infantería. Volvió a repetirse la represión de la Comuna de París, pero este episodio no aparece en los textos marxistas.¹³¹ Fue de hecho el fin de Argelia como comunidad multirracial. Comenzó el éxodo a Francia. Muchos hospitales, escuelas, laboratorios, terminales petroleras y otras expresiones de la cultura y la iniciativa francesas — incluso la biblioteca de la Universidad de Argel— fueron destruidas intencionadamente. Salieron del país alrededor de 1.380.000 personas, incluyendo algunos musulmanes. En 1963, de una comunidad mediterránea numerosa e histórica, sólo quedaban unas 30.000 personas.¹³²

Los acuerdos de Evian, por los que Francia convino en retirarse, contenían muchas cláusulas destinadas a salvar la cara de la potencia colonial. Carecían de significado. Fue una rendición lisa y llana. No se otorgó siquiera cierta protección formal a los 250.000 funcionarios musulmanes, muchos muy humildes, que habían continuado sirviendo fielmente hasta el fin a Francia. De Gaulle estaba muy atareado desprendiendo a Francia del horroroso pantano y no podía prestarles atención. Cuando un diputado musulmán, que ya había visto morir a diez miembros de su familia a causa de la acción del FLN, dijo a de Gaulle que con la autodeterminación “nosotros sufriremos”, de Gaulle replicó fríamente: “*Eh, bien... vous souffrirez*”. Así fue. Sólo 15.000 dispusieron de los medios y el dinero necesarios para irse. El resto fue fusilado sin proceso, utilizado en la detección de minas a lo largo de la frontera con Túnez, torturado, obligado a cavar sus propias tumbas y a tragar sus condecoraciones militares antes de ser asesinados; algunos fueron quemados vivos, castrados, arrastrados por camiones, arrojados como alimento a los perros; en ciertos casos, los miembros de familias enteras, incluidos los niños pequeños, fueron asesinados en un mismo acto. Las unidades militares francesas que aún quedaban, sus ex camaradas de armas, presenciaban horrorizadas e impotentes lo que estaba sucediendo, pues en virtud de los acuerdos no tenían derecho de interferir. En realidad, se utilizó a los soldados franceses para desarmar a los harkis musulmanes y se dijo a éstos que se les entregarían armas más modernas, aunque en realidad se preparaba la masacre

¹²⁸ Ibid., p. 495.

¹²⁹ Ibid., p. 506.

¹³⁰ Mouloud Feraoun, *Journal 1955-1962*, París, 1962.

¹³¹ Horne, op. cit., p. 524.

¹³² Ibid., pp. 540-543.

general. Fue un crimen signado por la traición, comparable con el episodio en que los británicos entregaron a los prisioneros de guerra rusos a la ira de Stalin. En realidad, esto fue peor. Los cálculos acerca del número de muertos varían entre 30.000 y 150.000.¹³³

Nadie lo sabe. Una gran sombra se proyectó sobre muchos aspectos de la nueva Argelia. Las mentiras continuaron hasta el final. “Francia y Argelia”, dijo de Gaulle el 18 de marzo de 1962, “deberían marchar juntas como hermanas por el camino que lleva a la civilización”.¹³⁴ La verdad es que la nueva nación debió su existencia al ejercicio de una crueldad irrestricta en la más amplia escala posible. Su régimen, compuesto principalmente por pistoleros eficaces, muy pronto expulsó a aquellos miembros que se habían educado en la tradición occidental. A mediados de los años sesenta todos estaban muertos o exiliados.

Exactamente veinte años después de concertado el acuerdo de la independencia, uno de los principales signatarios y el primer presidente de Argelia, el propio Ben Bella, resumió las dos primeras décadas de existencia independiente del país. Según dijo, el resultado neto había sido “totalmente negativo”. El país era “una ruina”. Su agricultura había sido “masacrada”. “No tenemos nada. No hay industrias [...] solamente chatarra.” En Argelia todo estaba “corrompido de la cima a la base”.¹³⁵ Sin duda, la amargura de Ben Bella se acentuaba por el hecho de que había pasado la mayor parte de esos años encarcelado por sus camaradas revolucionarios. Pero la sustancia de su juicio se aproximaba bastante a la verdad. Además, lamentablemente, la nueva Argelia no había limitado los crímenes a su propio territorio. Se convirtió, y durante muchos años continuó siéndolo, en la principal base de los terroristas internacionales de toda clase. Una gran corrupción moral se había instalado en África. Inauguró un esquema de delito y desorden público que sería imitado en todo el vasto y trágico continente, ahora dueño de su propio destino.

¹³³ *Ibid.*, pp. 537-538.

¹³⁴ De Gaulle, *op. cit.*, I, p. 126.

¹³⁵ Ben Bella, entrevista de Radio Monte Carlo; *Daily Telegraph*, 19 de marzo de 1982.

15 LOS REINOS DE CALIBÁN

En marzo de 1959, Evelyn Waugh, que estaba de visita en África Oriental, escribió a su esposa: “Pasé un día con los masai [...] Se divertieron mucho durante el levantamiento mau mau. Se los alistó y recibieron la orden de recoger todas las armas de los kikuyus. De modo que retornaron orgullosamente con canastos llenos de miembros amputados”.¹ Waugh había ofrecido un anticipo horriblemente imaginativo de África independiente en sus novelas de la preguerra *Black Mischief* y *Primicias*. Ahora el anarquista que había en él olió gozosamente la novelística que subyacía en la realidad: la confusión de propósitos y lenguas, la desintegración de un orden efímero, el retorno al caos.

Ya hemos visto que es imposible formular una generalización veraz en relación con el colonialismo. Lo mismo cabe afirmar del proceso de descolonización. A lo sumo puede afirmarse con certeza que sucedió. Todo el resto es propaganda, una racionalización *ex post facto*. Se ha dicho que el colonialismo fue una conspiración de Estados capitalistas y se ha presentado a la descolonización como una conspiración que sobrevino cuando, desde el punto de vista económico, pareció más prudente pasar al “neocolonialismo”. Pero si hubo una conspiración, ¿por qué los conspiradores nunca se reunieron o intercambiaron planes e ideas? La verdad es que el colonialismo nació en un marco de intensa rivalidad y desapareció del mismo modo. Las potencias coloniales no conspiraron contra los nativos. Conspiraron unas contra otras. Cada potencia colonial detestaba a las otras, despreciaba sus métodos, se alegraba de sus infortunios y los agravaba complacida cuando le convenía.

No cooperaban, ni siquiera cuando un interés propio imperativo lo exigía. En agosto de 1941, en vísperas del ataque japonés, se comprobó que, si bien Gran Bretaña y los Países Bajos habían sido aliados en la guerra durante catorce meses, no se había hecho absolutamente nada para coordinar los planes de defensa de sus imperios de Asia Suroriental.² Durante el proceso entero de descolonización, entre 1945 y 1975, las potencias coloniales nunca se reunieron una sola vez para decidir cómo afrontarían la situación y tampoco parece que hayan existido siquiera esfuerzos informales de coordinación. El historiador que busca pruebas de la existencia de tales contactos sólo encuentra un vacío.

Una razón por la que no se unificó la política de descolonización fue que ninguna de las dos principales potencias coloniales, Gran Bretaña y Francia, en realidad la tenían. Ambas formulaban razonamientos lógicos. Sin duda alguna, todo fue un conjunto de expedientes prácticos. En 1940, cuando de Gaulle desplegó el estandarte de los franceses libres, los territorios árabes e indochinos de Francia adhirieron a Vichy; sólo África negra se unió a él. En consecuencia, durante la Conferencia de Brazzaville, celebrada en enero de 1944, de Gaulle les abrió el camino de la libertad. Sin embargo, los funcionarios coloniales que asistieron a la reunión interpretaron la cosa de distinto modo: “No es posible contemplar la formación de gobiernos independientes en las colonias, por lejos que estén en el tiempo”, informaron. “Concebimos el imperio en el sentido romano y no en el anglosajón del término.”³ El gobierno de de Gaulle en la posguerra abolió el trabajo forzado y el odiado código penal aplicado a los nativos; pero un alzamiento en Madagascar, durante el año 1947, fue aplastado con sorprendente ferocidad y allí murieron 80.000 nativos.⁴ Todavía en 1957, François Mitterrand declaró: “Sin África, Francia no tendrá historia en el siglo XX”. Hasta el desastre de Argelia, la política francesa era un laberinto de contradicciones: un paternalismo de viejo cuño en la jungla y el desierto, y fanáticos partidarios de los colonos y

1 Mark Amory, ed., *Letters of Evelyn Waugh*, Londres, 1980, p. 517.

2 James, op. cit., p. 193.

3 Citado en Dorothy Pickles, *French Politics: the First Years of the Fourth Republic*, Londres, 1953, p. 151.

4 Stewart Easton, *The Twilight of European Colonialism*, Londres, 1961.

nacionalistas negros muy cultos sentados unos junto a otros en la Asamblea de París. A veces, un diputado “africano” pasaba de un distrito “blanco” a otro “negro”, como hizo el subsecretario de Colonias, el doctor Anjoulat en 1951; en este proceso modificó su actitud política y desarrolló su campaña con el lema: “Su cara puede ser blanca, pero su corazón es tan negro como el de un negro”.⁵

Cuando de Gaulle retornó al poder en mayo de 1958 y pasó revista a la descalabrada Cuarta República y al conflicto de Argelia, decidió bruscamente dejar en libertad a los africanos negros franceses. En el referéndum del 28 de septiembre se les ofreció la oportunidad de votar por sí (interdependencia) o por no (separación). Salvo Guinea y Madagascar, todos votaron por sí; pero era la independencia con otro nombre. De Gaulle deseaba mantener cierta forma de unión. El 12 de diciembre de 1959, durante una reunión de jefes de Estado afrofranceses en Saint Louis, les dijo: “Como los peregrinos de Emaús dijeron al viajero: ‘Mora con nosotros, pues cae la noche, y el día casi ha pasado’”.⁶ Pero esos hombres eligieron la “asociación”, es decir, la ayuda y el respaldo militar, más que la “comunidad”. Algunos de estos jefes africanos, como Houphouët-Boigny (Costa de Marfil), Philibert Tsiranana (Malagasia), Léopold Senghor (Senegal), Hamani Diori (Níger), Ahmadou Ahidjo (Camerún), Leon Mba (Gabón), Francis Tombalbaye (Chad), y Mokhtar Ould Daddah (Mauritania), establecieron una relación personal con el carismático general. Como él mismo expresó, se convirtieron en “mis íntimos”.⁷ Pero esto era transitorio; todos siguieron su propio camino. Salvo la Costa de Marfil, todos estos territorios eran muy pobres. Algunos reunían mejores condiciones que otros para alcanzar la independencia; algunos eran completamente ineptos. Pero resulta imposible discernir determinados principios en el proceso que los llevó a la independencia, como no sea la decisión de Francia de separarse de ellos.

En teoría, el Imperio Británico y más tarde la Comunidad siempre habían funcionado a partir de un supuesto muy distinto: que todos los territorios debían prepararse para la independencia y tenían que alcanzarla cuando estuviesen listos. El Libro Blanco británico de junio de 1948 afirmó: “El propósito fundamental de la política colonial británica [...] es guiar a los territorios coloniales hacia el autogobierno responsable dentro de la Comunidad, en condiciones que garanticen a todas las personas interesadas tanto un adecuado nivel de vida como la libertad frente a la opresión, cualquiera que sea su signo”.⁸ Pero ambas condiciones eran invariablemente abandonadas cuando la necesidad era imperiosa. Hasta mediados de los años cincuenta el ritmo fue demasiado lento. A partir de 1960 fue demasiado veloz. En ninguno de los casos reflejó la preparación real y las necesidades de los territorios en cuestión, sino más bien las presiones que se ejercían sobre el gobierno británico y su voluntad o falta de ella para resistirlas. Las fuerzas desencadenadas por el movimiento de Bandung fueron el factor decisivo. Si Francia decidió cortar vínculos y retirarse en 1958, Gran Bretaña imitó el ejemplo un año más tarde, cuando Harold Macmillan se creyó en condiciones de imitar la postura de de Gaulle. Como manifestó sir Michael Blundell, el más inteligente de los líderes de los colonos de Kenia: “[...] un cambio dramático sobrevendría en la política del gobierno británico después de la elección general celebrada en octubre de 1959 [...] se adoptó la decisión de salir de África con tanta prontitud como la decencia lo permitiese”.⁹ Pero este cambio, aunque racionalizado en el discurso “Los vientos del cambio” de Macmillan, pronunciado en Ciudad del Cabo el 3 de febrero de 1960, fue más una serie de sacudones violentos que un suave giro. El representante de Macmillan, el secretario de Colonias Iain Macleod, reconoció más tarde que no hubo una “decisión trascendente”, sino más bien “varias decisiones intencionadas distintas”.¹⁰

Cuando Macleod utilizó el término “intencionadas” quiso decir que se preservaron las formalidades de las negociaciones y que eso culminó en una grandiosa orgía de elaboración de

5 *Le Monde*, 21 de junio de 1951.

6 De Gaulle, op. cit. p. 166.

7 *Ibid.*, p. 68.

8 Citado en Easton, op. cit.

9 Michael Blundell, *So Rough a Wind*, Londres, 1964.

10 *Weekend Telegraph*, 12 de marzo de 1965.

constituciones, generalmente en Lancaster House, en Londres. Un ingrediente que no faltó en la descolonización fue el de las constituciones escritas. Es un hecho irónico que Gran Bretaña, que nunca tuvo un documento de esta clase, produjo (de acuerdo con mis cálculos) más de 500 para sus territorios coloniales durante los años 1920 a 1975; la mayoría sobrevivió apenas unos años, algunas unos pocos meses, y otras nunca fueron aplicadas; ninguna persistió hasta los ochenta. Los imperios europeos comenzaron con una actitud paternalista y de denegación del espíritu de la política. Concluyeron en el extremo opuesto, en la democratización excesiva y la elephantiasis política. La edad de plata del imperio estuvo dominada totalmente por interminables conferencias y procesos de redacción de constituciones. Así, las dos Rhodesias y Niasalandia estuvieron treinta años debatiendo la posibilidad de formar una federación. Actuaron la Comisión Hilton-Young de 1927-1929, la Comisión Bledisloe de 1948-1949, que elaboró la Constitución de los Colonos de 1936 (nunca se la aplicó); hubo dos conferencias distintas en 1951 (boicoteadas por los africanos) y una tercera en 1953. Así se llegó a la constitución “definitiva”, tan compleja que la mayoría de los votantes no la comprendían y que estaba envejecida a la hora de llevarla a la práctica.

Como la inscripción en los padrones dependía de una extraña mezcla de propiedad, ingreso, residencia y calificaciones educativas, y los distritos y las candidaturas electorales estaban “equilibrados” hasta el extremo de ser incomprensibles, los hombres y las mujeres no siempre sabían si podían votar o dónde o cómo depositar el voto. A menudo existían varios niveles de gobierno y una multiplicidad de partidos en cada uno de ellos. De esta manera, el destino de un país podía depender de un puñado de personas o de una completa confusión. En las elecciones de 1962, que desembocaron en la prolongada crisis de Rhodesia y en varios miles de muertos, sólo votaron 12.000 africanos de un total posible de 65.500; 500 votos africanos más habrían dado el triunfo a los moderados y toda la historia del país durante los veinte años siguientes habría sido distinta.¹¹ La mayoría de los africanos y muchos blancos no sabían lo que hacían.

Proliferaban los complejos aspectos de carácter constitucional, incluso cuando no había problemas raciales de carácter fundamental. Así, la “reforma” de Tanzania de 1955 originó una de las constituciones más complicadas que se hayan concebido jamás en un territorio colonial, hecha con el propósito principal de excluir a los nacionalistas más belicosos. Otros cambios, en 1957-1958, sumaron más sutilezas, incluso una cláusula electoral tripartita: cada votante del padrón tenía que depositar su voto en una persona de cada raza (africana, europea, asiática), de lo contrario el voto sería invalidado. Surgió un nuevo tipo de burocracia, experta en las constituciones multirraciales “equilibradas”; después invadió al Secretariado de las Naciones Unidas y, por lo tanto, se autointernacionalizó. A partir de 1956, debido a la presión de las Naciones Unidas, los belgas redactaron en Ruanda-Urundi una de las constituciones más rebuscadas nunca antes concebidas por el hombre, con elecciones de padrones múltiples para los consejos de subjefes, los consejos de jefes, los consejos territoriales, el consejo africano y, en la cúspide, un consejo general destinado a asesorar al vicegobernador general; es decir, un sistema de cinco niveles. En uno de los países más primitivos del mundo había nacido una estructura política más compleja que la de los Estados Unidos.¹²

Anteriormente las colonias estaban escasamente gobernadas. Ahora soportaban el exceso de gobierno. La razón de este cambio fue que la “independencia” implicó la soberanía total, con todas las consecuencias de dicha condición. Gambia, con una población de 300.000 personas, que en realidad era una ciudad, Bathurst, y sus alrededores, y que estaba rodeada por tres lados por Senegal, se convirtió en un estado integral que debió soportar la estructura completa de gobierno, la que en definitiva provocó la quiebra del país en 1981. La alternativa era imponer la federación a estos fragmentos pequeños y aislados del colonialismo. Pero dichas federaciones rara vez duraron, o bien fracasaron desde el principio mismo. Implicaban también niveles suplementarios de gobierno, a menudo con dos cámaras legislativas cada uno, y complicadas garantías para calmar los odios mutuos y los temores de los territorios que se encontraban en distintas etapas de desarrollo y que

11 Miles Hudson, *Triumph or Tragedy: Rhodesia to Zimbabwe*, Londres, 1981, pp. 38-39.

12 Jean Labrique, *Congo Politique*, Leopoldville, 1957, pp 199-219.

albergaban mezclas raciales diferentes.

De esta forma, las Indias Occidentales británicas estaban excesivamente administradas, por razones históricas, incluso cuando aún eran colonias de la corona. La independencia agregó otro nivel y la federación un tercero, de modo que mientras duraban —en general, no mucho tiempo— estas islas, la mayoría pobres y atrasadas, probablemente tenían más legisladores por cabeza que cualquier otra comunidad de la historia. De esta manera, las ex colonias se convirtieron en la presa por definición del gran azote humano del siglo XX: el político profesional. Sin duda, si la descolonización se atuvo a un principio ético, éste fue que las formas políticas representaban la norma definitiva de valor, el único criterio auténtico de la condición de Estado. El principio había nacido en la India. El Informe Montagu de 1918, que inauguró este proceso, observaba condescendiente: “Si hablamos de ‘opinión india’, debe entenderse que en general nos referimos a la mayoría de los que han formulado o son capaces de formular una opinión acerca del tema que estamos tratando”.¹³ Pero todos los adultos, incluso si son analfabetos y viven en una aldea remota, pueden formular una opinión acerca del futuro de la sociedad a la que pertenecen. Lo que el informe decía en realidad, y ésta fue la opinión convencional hasta el final trágico y salvaje del proceso de descolonización, era que, al tratar la independencia, el único modo válido de discurso era el de los que se ganaban la vida como políticos profesionales; a menos que una opinión pudiera explicarse con el vocabulario y los términos de referencia y los supuestos de ese modo de discurso, en realidad no era en absoluto una opinión, por lo tanto podía desecharse o, si era necesario, pisotearla.

Por lo tanto, los supuestos sobre los que se apoyó la descolonización y el pantano constitucional que la acompañó tendieron a ampliar la distancia entre la nación “real” y la “política”, y a definir a la segunda en un sentido más estrecho y sectario. Los beneficiarios de la descolonización fueron, por consiguiente, los manipuladores de los votos. Allí estaba la simiente de un gran engaño. Los políticos profesionales perciben la *res publica* de acuerdo con los votos, y la gente común y corriente, de acuerdo con la justicia. Para la nación “real”, la democracia importa menos que el gobierno de la ley; la primera es la forma, la segunda es la sustancia. Cuando los pueblos ex coloniales recibieron la independencia, creyeron que se les hacía justicia; todo lo que obtuvieron fue el derecho de elegir a los políticos. Por supuesto, el colonialismo no podía aportar la igualdad política; lo que podía dar, y en sus mejores expresiones dio, fue la igualdad ante la ley. Sin embargo, el proceso de transferencia, al convertir el voto en el patrón de medida del progreso, dejó que la ley cuidase de sí misma, de manera que a la larga la gran mayoría de los africanos terminó sin nada en las manos.

Esta situación ayuda a explicar por qué los territorios en donde el proceso de transferencia fue más prolongado y complejo en general no tuvieron mejor suerte que aquellos en los que se apresuró ese movimiento. El ejemplo destacado y quizás el más patético fue el de la Costa de Oro. Durante el período que siguió a 1945, era el estado negro más rico de África. En general, se lo consideraba el más promisorio. No afrontaba problemas raciales. Fue el primero que obtuvo la independencia. El camino hacia la libertad fue largo. Había existido un consejo legislativo desde 1850 y un miembro negro (designado) desde 1888; en 1916 había seis. Las elecciones plenas para el gobierno local comenzaron en 1925. En 1946 el Consejo Legislativo tuvo una mayoría africana; en 1948, una comisión institucional investigadora; en 1949, un comité con mayoría africana para elaborar una nueva constitución; en 1951, elecciones de acuerdo con la nueva constitución; en 1952 Kwame Nkrumah fue designado primer ministro; en 1954 se sancionó la definitiva “constitución de la independencia”; en 1956 hubo nuevas elecciones; en 1957, la independencia total. Era el proceso lento y seguro, formal, hacia el gobierno propio; se consideraba a Nkrumah el estadista africano modelo y a su nuevo país, Ghana, el prototipo del autogobierno africano. Joven, apuesto, sumamente organizado, representó un papel notable en Bandung.

Sin embargo, hubo presagios incluso antes de la independencia. El movimiento de Ghana hacia la independencia había sido obra del abogado J. B. Danquah, que había empleado a Nkrumah como el organizador partidario de dedicación plena. De manera que Nkrumah fue desde el principio un

13 Comnd 9109, 1918, 3, citado en Barnett, op. cit., p. 147.

político profesional y nada más. Se adueñó de la organización del partido, lo convirtió en movimiento de masas centrado en su propia personalidad y convenció a los británicos de que era el mejor hombre, el más sencillo, la figura adecuada para respaldar el proceso de la independencia. Los británicos le facilitaron las cosas. Las ordenanzas del gobierno local de 1951 y 1953 crearon consejos políticos; éstos cayeron inmediatamente en manos del Partido Popular de la Convención de Nkrumah y quebraron el poder de los jefes, que eran las autoridades tradicionales. Por lo tanto, Ghana fue un estado unipartidario embrionario incluso antes del traspaso. Una vez que asumió el poder, Nkrumah utilizó los recursos británicos; por ejemplo las “investigaciones judiciales”, y empleó asesores legales y políticos británicos izquierdistas para destruir a todos los restantes centros de influencia y para eliminar las restricciones constitucionales que se oponían a su dominio personal, así como para empujar a la oposición a la ilegalidad. Después de concentrar el poder en su partido y en sí mismo, destruyó el imperio del derecho. El momento decisivo llegó en diciembre de 1963. El día 9, tres jefes opositores (ex colegas de Nkrumah) fueron absueltos del cargo de traición por tres jueces miembros de un tribunal especial. El presidente de este tribunal, sir Arku Korsah, leyó un cuidadoso dictamen de cinco horas, modelo del razonamiento judicial inglés. Korsah había sido abogado del foro londinense durante cuarenta y cuatro años, y era juez desde 1945 y presidente del tribunal desde 1956. Era el símbolo del principio de gobierno más fundamental, que en una comunidad civilizada, todos los individuos y todas las instituciones, incluso y sobre todo el Estado, son iguales ante la ley y están sometidos a la ley. Era, en un sentido real, el resultado final de un milenio de desarrollo constitucional británico. El 11 de diciembre, Nkrumah lo exoneró. Los tres hombres fueron juzgados nuevamente y condenados. Dos años más tarde, el anciano Danquah murió en la cárcel, donde se lo tenía recluido sin proceso.¹⁴

La destrucción del imperio del derecho tuvo su análogo en la destrucción moral de Nkrumah y en la destrucción económica del país. Los tres aspectos estuvieron estrechamente relacionados. En la candente atmósfera de Bandung en 1955, Nkrumah asimiló dos falacias fatales. La primera es que todos los problemas económicos pueden resolverse utilizando medios políticos. Las colonias y las ex colonias eran pobres y atrasadas, no por razones físicas y humanas intrínsecas, sino a causa del hecho político de la colonización. Comenzaba a perfilarse la teoría, que recibió enorme ímpetu en Bandung, de que el colonialismo no sólo impedía el progreso económico sino que en realidad sometía a la colonia a un proceso intencionado de “subdesarrollo”.¹⁵ Lo que la política había hecho podía ser deshecho por la política. El “subdesarrollo” podía modificarse aplicando programas de inversión en gran escala, motivados políticamente. El proceso político podía promover la prosperidad continental. Nkrumah predicó esta teoría en los congresos panafricanos que él mismo inauguró en Accra en 1958. Resumió la posición en Addis Abeba en mayo de 1963: “La unidad africana es sobre todo un reino político que puede ser conquistado únicamente con medios políticos. El desarrollo social y económico de África llegará sólo en el ámbito del reino político, no a la inversa”. Por consiguiente, reclamó un “gobierno unido de estados africanos”, un mercado común, una moneda panafricana, una zona monetaria africana, un banco central, un sistema continental de comunicaciones y una política exterior común: “De ese modo iniciaremos la marcha triunfal del reino de la personalidad africana”.¹⁶ Nkrumah no sólo predicó estas fantasías, también trató de practicarlas en Ghana. El territorio había sido uno de los éxitos del colonialismo. Mediante una labor diligente, podría haberse consolidado e incluso elevado a un nivel modesto de prosperidad. Al politizarla economía, Nkrumah eliminó rápidamente el excedente de la balanza de pagos de Ghana; hacia mediados de los años sesenta, el país había acumulado una montaña de deudas extranjeras y gozaba de escaso crédito internacional.

La segunda falacia o enfermedad que Nkrumah (y otros) contrajo en Bandung, que cumplió la función de una sociedad de admiración mutua, fue la idea de que el ascenso de las nuevas naciones, para superar el maligno proceso del “subdesarrollo”, exigía el liderazgo de personalidades

¹⁴ Kirkman, op. cit., pp. 15 y ss.

¹⁵ Acerca de la elaboración de esta teoría, véase P. A. Baran, *The Political Economy of Growth*, Nueva York, 1957; C. Leys, *Underdevelopment in Kenya: the Political Economy of Neo-Colonialism 1964-1971*, Londres, 1975.

¹⁶ Citado en Mahgoub, op. cit., pp. 250 y ss.

carismáticas. Esta idea estaba implícita en el leninismo, que asignó a las elites de vanguardia, así como a su espíritu orientador, una visión casi sacra del proceso histórico. También estaba implícito en el gandhismo, que atribuía un papel político determinante al “santo” autodesignado y que ejerció una influencia fundamental sobre la generación de Bandung. Nehru, Sukarno, U Nu, y después Nasser, Nkrumah y muchos otros no fueron sólo líderes políticos: también fueron líderes espirituales, en el sentido de que la nación encarnaba los anhelos espirituales de un pueblo y los “liberadores” encarnaban a la nación.

No mucho después de su retorno de Bandung, Nkrumah comenzó a permitir a sus partidarios que lo llamasen *Osagyefo*, el “redentor”. La corrupción se difundió velozmente y apareció en forma de stalinismo bastardeado. En 1960 una biografía autorizada decía: “Es nuestro padre y maestro, nuestro hermano, nuestro amigo, incluso nuestra vida, pues sin él sin duda habríamos existido pero no habríamos vivido [...] Lo que le debemos es más grande incluso que el aire que respiramos, pues nos creó tan seguramente como creó a Ghana”.¹⁷ El “redentor” comenzó a creer él mismo esta tontería. “Todos los africanos saben”, dijo en 1961, “que represento a África y que hablo en su nombre. Por lo tanto, un africano no puede tener una opinión que discrepe de la mía”.¹⁸ Sobre este trasfondo, Nkrumah aplastó a la oposición y destruyó el imperio del derecho. El carisma perduró un tiempo, especialmente en las conferencias internacionales. Pero incluso en ese ámbito, a medida que avanzaban los años sesenta, surgieron figuras nuevas, más actualizadas y de moda, que se convirtieron en la cumbre del movimiento; entonces Nkrumah perdió su brillo. En su país, el hecho mismo de arrogarse cualidades casi divinas determinó que fuese vulnerable cuando el descenso, primero gradual y después rápido del nivel de vida, demostró que la magia no era eficaz. Pero a mediados de los años sesenta no había medios constitucionales para eliminar al “redentor”. Fue derrocado por un golpe militar en febrero de 1966 y murió en el exilio en 1972.

El colapso del primer Estado negro de África, además un Estado modelo, y la imposición allí de un gobierno militar significaban un golpe inquietante, sobre todo porque Nigeria, su enorme vecino, a su vez había pasado el mes anterior del constitucionalismo al militarismo. La población de Nigeria la convertía de lejos en el más importante de los estados africanos negros; durante los años sesenta la explotación del petróleo determinó que, desde el punto de vista económico, fuese el más seguro. También Nigeria había sido el resultado de un prolongado proceso de preparación para el gobierno propio, un movimiento que comenzó con los primeros africanos electos en 1922-1923. Fue la pieza clave del sistema de “mandato doble” de lord Lugard, el ejercicio más concienzudo y elevado de administración colonial jamás concebido. La tensión interna entre las tribus dominantes, los hausa y los fulani del norte, los iblo del este y los yoruba del oeste, era muy anterior a la soberanía británica. A pesar de los complicados esfuerzos orientados a la creación de un sistema federal absolutamente seguro, esa tensión perduró. En efecto, la historia de Nigeria ilustra el influjo esencialmente superficial y efímero del colonialismo. En todo caso, fue mucho más intensa la influencia que se originó en la llegada del nacionalismo, en su forma afroasiática, que destaca los “derechos” de cada comunidad étnica. Si se los hubiera concedido todos, Nigeria habría debido ser una federación de aproximadamente 200 estados.¹⁹ La afirmación de “derechos” hasta el extremo de la fractura determinó que Nigeria fuese viable por referencia a los procesos normales del debate democrático y el compromiso. El derrumbe comenzó a amenazar en 1964, apenas cuatro años después de la independencia, y finalmente sobrevino en 1966; el gobierno militar a su vez llevó a la secesión del este, que adoptó el nombre de Biafra el 30 de mayo de 1967, con su secuela de dos años de guerra civil e inmensa pérdida de vidas.

Este trágico conflicto dividió al África. Sólo Tanzania, Zambia, Gabón y la Costa de Marfil apoyaron a Biafra. Los restantes estados africanos apoyaron al régimen militar nigeriano, la mayoría de ellos porque tenían procesos análogos de secesión, que según preveían serían ventajosos para los “imperialistas”. Pero si la balcanización era un objetivo imperial, ¿por qué las potencias coloniales se habían esforzado tanto por crear estados unitarios o, a falta de éstos, federaciones

17 Tawia Adamafio, *A Portrait of Osagyefo, Dr. Kwame Nkrumah*, Accra, 1960, p. 95.

18 Mahgoub, op. cit. p. 284.

19 John Rogge, “The Balkanization of Nigeria's Federal System”, en *Journal of Geography*, abril-mayo de 1977.

viabiles; por qué la totalidad de las grandes potencias (según se vio) apoyó a Nigeria contra los secesionistas, la razón principal de la destrucción de Biafra? No había respuestas para estos interrogantes. La filosofía política del nacionalismo africano se basaba en una teoría del colonialismo que no sólo era falsa sino que implicaba un factor fundamental y sistemático de engaño. Debía conducir a la desilusión, la frustración y la guerra. Lamentablemente, durante los años decisivos de 1959 y 1960, cuando las potencias coloniales comenzaron a retirarse de África a un ritmo cada vez más acelerado, esta falsa teoría se convirtió en el saber predominante en las Naciones Unidas, bajo la influencia de la generación de Bandung y sobre todo de Dag Hammarskjöld. El momento crítico llegó cuando se convenció a Bélgica, contra su mejor criterio, de la necesidad de retirarse del Congo, el 30 de junio de 1960. Bélgica había administrado esta región vasta y valiosa, aunque primitiva, con excesivo paternalismo político, pero a partir de 1920 con éxito económico cada vez más considerable. Los resultados de la importante inversión industrial comenzaron a observarse durante los años cincuenta. El índice de la producción industrial se elevó, entre 1948 y 1958, de 118 a 350, y la productividad aumentó dos veces y media durante estos años. En contraposición directa a las teorías de tipo leninista acerca del imperialismo, la producción industrial estaba creciendo de acuerdo con una tasa anual del 14,3 por ciento durante los años cincuenta y decayó sólo ante la perspectiva de la independencia.²⁰ Como resultado de esta situación, por la época de la independencia el Congo tenía, por ejemplo, un coeficiente más elevado de camas de hospital, 560 por cien mil habitantes, que cualquier otro país africano (más elevado que la propia Bélgica) y el más alto índice de alfabetización, 42 por ciento (los índices en las colonias británicas oscilaban entre el 30 por ciento en Uganda y el 15 por ciento en Tanganica y Nigeria; en las colonias francesas, se alcanzaba un promedio del 10 por ciento).²¹ El esfuerzo educativo de Bélgica se concentraba abrumadoramente en el sector primario: no había médicos, ingenieros ni jefes administrativos congoleños y, sobre todo, no existía un solo oficial africano en la *force publique* de 25.000 hombres.

En todo caso, durante los últimos y agitados años, cuando estaba frente a la abdicación inminente, el sistema había producido rápidamente un grupo de políticos profesionales, que en su totalidad disimulaban las profundas afiliaciones tribales bajo una capa de ideología de estilo europeo. Los tres más importantes, el presidente Joseph Kasavubu, el primer ministro Patrice Lumumba y Moïse Tshombe, *premier* de Katanga, la más rica de las provincias, eran enconados rivales tribales y populistas.²² Los tres eran personalidades volátiles, pero Lumumba resultaba con mucho el más inestable. Se trataba de un ex empleado de correos y obrero de una cervecería convertido en agitador político de dedicación completa, que ahora era ministro de Defensa además de jefe de gobierno. El legado belga era bastante frágil, pero puede concebirse que habría durado unos pocos años. En cambio, Lumumba eligió las ceremonias de la independencia para formular un ataque encendido contra el dominio blanco; cinco días más tarde, el 5 de julio, la guarnición de Leopoldville, que era la capital, se amotinó y expulsó a sus oficiales blancos antes de comenzar a saquear, violar y matar a europeos y africanos. Los belgas esperaron cinco días, mientras el terror se difundía y acentuaba; entretanto Hammarskjöld, en la central de las Naciones Unidas de Nueva York, no hacía nada, aunque su propio personal de las Naciones Unidas en el Congo fue expulsado de los cuartos en el hotel a punta de pistola por los exultantes amotinados. Los belgas esperaron al 10 de julio para enviar sus propias tropas, destinadas a restablecer el orden. Hammarskjöld vio entonces su oportunidad, reaccionó irritado y decisivamente contra los belgas, y el 13 de julio, frente al Consejo de Seguridad, afirmó que esas tropas constituían una amenaza para la paz y el orden.²³ El secretario general había estado buscando la oportunidad de ampliar el papel de las Naciones Unidas y de acercarse al gobierno mundial impulsado por la marea de los sentimientos del tercer mundo. Como dijo de él Paul-Henri Spaak, el gran estadista belga: “*Il a véçu*

20 J. L. Lacroix, *Industrialization au Congo*, París, 1966, pp. 21 y ss.

21 Easton, op. cit., p. 445; véase también R. Anstey, *King Leopold's Legacy: the Congo Under Belgian Rule 1908-1960*, Oxford, 1966.

22 Véase G. Heinz y H. Donnay, *Lumumba: the Last Fifty Days*, Nueva York, 1969.

23 Urquhart, op. cit., pp. 392-393, 397.

l'anticolonialisme exacerbé et triomphant. Il y participait par devoir mais aussi, j'en suis sûre, par conviction".²⁴ Creía que las Naciones Unidas debían ser el catalítico de la nueva África. André Malraux expresó que las relaciones de Francia con África eran como un buen martini: "Francia podía ser el gin, pero las Naciones Unidas sin duda eran la angostura". (Esto sugería que estaba tan confundido acerca de los martinis como a propósito de África.) Afirmó que en los asuntos de África y Asia, "sólo las Naciones Unidas, de las que ellos mismos son miembros, rompen el encantamiento colonial y sitúan la cuestión fuera de la órbita de la guerra fría".²⁵ Si Hammarskjöld no hubiese hecho nada y hubiese permitido que Bélgica restableciese el orden, es posible que la crisis se hubiese resuelto prontamente, con mínimo derramamiento de sangre. Con el propósito de salvar del caos a la industria minera de Katanga, Tshombe había declarado la independencia de la provincia el 11 de julio. También este problema podría haberse resuelto mediante la negociación. En cambio, el secretario general se dedicó inmediatamente a crear y desplegar un ejército de las Naciones Unidas, formado no con tropas de las potencias del Consejo de Seguridad (como lo indicaba claramente la Carta de las Naciones Unidas), sino con aportes de los estados "no alineados", que constituían el respaldo del mismo Hammarskjöld. Más aún, trató de utilizar esta fuerza expedicionaria no simplemente para restablecer el orden, una tarea en la que los belgas eran mucho más capaces, sino para reunificar mediante la violencia a Katanga con el Congo. Se vio a sí mismo en el papel de entronizador de reyes y a Lumumba como el monarca. Tampoco es difícil comprender por qué respaldó a Lumumba, que al parecer tenía escasos adeptos, por lo demás adeptos puramente tribales dentro del propio pueblo congoleño, pero cuya retórica atraía intensamente a los intelectuales panafricanos y a los líderes afroasiáticos, cuyo apoyo era buscado por el secretario general.

En esta tarea solitaria, Hammarskjöld prestó poca atención a las vidas, negras o blancas, a las que con su acción amenazaba. Frío, distante, consumido por una ambición abrumadora que disimulaba con la máscara de un ideal, pensaba en términos de una abstracción política y no en los seres humanos. Formuló lo que llegó a convertirse en una doble norma característica de las Naciones Unidas: que mientras el asesinato de africanos por blancos (como en Sharpeville, África del Sur, el 21 de marzo de 1960) era un tema de interés internacional y una amenaza a la paz, el asesinato de africanos por africanos (o de blancos por africanos, o de asiáticos por africanos, o de las tres razas por africanos) era un asunto puramente interno, que escapaba al dominio de las Naciones Unidas. Así, este organismo llegó a identificarse con una forma de racismo a la inversa, que habría de costar un número incalculable de vidas africanas durante las dos décadas siguientes. Incluso en tiempos de Hammarskjöld el número de víctimas fue elevado. El ejército de las Naciones Unidas se convirtió en otra fuente de inestabilidad, más que a la inversa. Su protegido Lumumba trató de organizar su propio Estado secesionista, cayó en manos del ejército congoleño, controlado ahora por un ex suboficial, el "general" Mobutu, fue entregado a los catangueses y asesinado, el 17-18 de enero de 1961. El eclipse de este canalla indigno, responsable de la muerte de miles de personas, fue descrito por Hammarskjöld como "un crimen repugnante que contraviene los principios que son la base de esta organización".²⁶ En realidad, fue un incidente sin importancia en la prolongada lucha por el poder. El secretario general perdió su objetividad emocional y se obsesionó con la necesidad de vengar la muerte del rey al que no había conseguido entronizar, de modo que utilizó las tropas de las Naciones Unidas para expulsar de Katanga a los blancos y modificar su régimen.²⁷ Fue el primer ejemplo de lo que podría denominarse imperialismo mediante la burocracia internacional. Pero en ese proceso cometió el error de abandonar el mundo abstracto y fantasioso de sus oficinas de las Naciones Unidas para descender al mundo real de la cuenca del Congo. Esa actitud le costó la vida, cuando su avión chocó contra un árbol cerca de Ndola, en septiembre de 1961.

A semejanza de muchos otros extranjeros, Hammarskjöld supuso que uno podía discernir principios políticos y situaciones de tipo occidental, y reaccionar frente a ellos en lo que en realidad

²⁴ Paul-Henri Spaak, *Combats Inachevés*, París, 1969, pp. 244-245.

²⁵ Urquhart, op. cit., p. 385.

²⁶ Ibid., p. 507.

²⁷ Urquhart, op. cit., p. 587; Conor Cruise O'Brien, *To Katanga and Back*, Londres, 1962, p. 286.

no era más que un hirviente caldero de formas políticas de carácter tribal y personal. Todos los políticos congoleños modificaban sus posiciones según lo imponía la conveniencia y la autopreservación. Era absurdo que la política de las Naciones Unidas se subordinase a cualquiera de esas formas. Los argelinos y otros entrometidos afroasiáticos cometieron el mismo error. Ben Bella (que pronto sería encarcelado) desechó a Tshombe por entender que era nada más que “un museo ambulante del imperialismo”.²⁸ En realidad, Tshombe demostró que era un primer ministro popular cuando Kasavubu modificó toda su posición anterior y lo designó. Pero no duró mucho. La turba congoleña era tan volátil como la turba romana de Shakespeare o una turba cairina adiestrada por Nasser. En cierto momento el clamor era: “¡Viva Tshombe, que los árabes vuelvan a su casa!”. Luego era: “¡Abajo Tshombe, que los árabes lo envíen a su casa!”. (Mientras tanto se lo había condenado a muerte por traición.)²⁹ El momento decisivo llegó en diciembre de 1965 cuando, como probablemente era inevitable, Mobutu cerró la etapa política con un golpe militar. Después, durante las celebraciones del siguiente Día de la Independencia, pasó a saludar al hombre de cuyo asesinato era responsable: “Gloria y honor a un ciudadano ilustre del Congo, a un gran africano y el primer mártir de nuestra independencia, Patrice Emery Lumumba, que fue la víctima de la conspiración colonialista”. En adelante, Mobutu, ahora presidente, gobernó con el apoyo de los intereses occidentales y promovió el enriquecimiento de muchos centenares de amigos, partidarios y parientes, y especialmente de su propia persona; a principios de los años ochenta se admitía que su fortuna alcanzaba los 2.000 millones de dólares. Quizás era el hombre más acaudalado del mundo, y más rico que el rey Leopoldo de Bélgica, que en otras épocas había sido el propietario del país.³⁰

Los años culminantes de 1959 y 1960, que derivaron en la prolongada crisis congoleña, a la que las Naciones Unidas realizaron un aporte tan desastroso, probablemente destruyeron la perspectiva, por remota que fuese, de que el constitucionalismo se convirtiese en la norma de los nuevos estados africanos. Se había depositado un caudal excesivo de esperanzas en la nueva clase de políticos profesionales, pero éstos no podían cumplir la tarea. Se quebraron o los quebraron bajo la tensión. Los militares se hicieron cargo del poder. Lo mismo había sucedido en el primer continente “liberado”, es decir América Latina, durante las primeras décadas del siglo XIX: a la generación de Bolívar, el “libertador”, siguió la primera generación de “caudillos”. El fenómeno se repitió en el mundo árabe, donde los militares, encabezados por el coronel Nasser y sus colegas, comenzaron a imponerse a partir de 1952. En el África negra, el primer golpe militar exitoso tuvo lugar en Togo en el mes de enero de 1963, cuando asesinaron a Sylvanus Olympio. Seis meses más tarde, Fulbert Youlou fue derrocado en Brazzaville. Dos meses después, Hubert Maga fue separado del poder en Cotonou. Hubo motines en Kenia, Uganda y Tanzania en enero de 1964; el mes siguiente ocurrió el derrocamiento de Leon Mba en Gabón (los paracaidistas de de Gaulle restablecieron la situación). En noviembre de 1965 siguió el golpe de Mobutu en Zaire y luego se sucedieron rápidamente dos movimientos en Dahomey; hubo golpes en la República Central Africana, en el Alto Volta durante el mes siguiente de enero y en Ghana el mes de febrero. El primer golpe en Togo concitó una publicidad inmensa, de carácter mundial; cuando se repitió exactamente cinco años después, fuera del país nadie prestó atención. A esta altura de las cosas (enero de 1968), el África negra había asistido a sesenta y cuatro golpes militares, intentos de golpe y amotinamientos.³¹ A fines de los años sesenta, la década de la independencia, Dahomey ya había presenciado seis golpes. Nigeria y Sierra Leona tres cada uno, y hubo dos movimientos en cada una de las siguientes áreas: Ghana, Congo-Brazzaville, Togo, Alto Volta y Zaire; en muchos otros lugares hubo por lo menos una asonada. En efecto, durante los años setenta el *putsch* militar se convirtió en el medio principal de modificar la orientación política por parte del personal de las elites en el África negra y hacia 1975, veinte de los cuarenta y un estados ya estaban gobernados por juntas militares o civico-militares.³²

²⁸ *Sunday Times*, 11 de octubre de 1964.

²⁹ Ali Mazrui, “Moise Tschombe and the Arabs, 1960-1968”, en *Violence and Thought: Essays on Social Tension in Africa*, Londres, 1969.

³⁰ *Wall Street Journal*, 25-26 de junio de 1980; Patrick Marnham, *Fantastic Invasion*, Londres, 1980, p. 203, nota 10.

³¹ K. W. Grundy, *Conflicting Images of the Military in Africa*, Nairobi, 1968.

³² Samuel Decalo, *Coups and Army Rule in Africa*, Yale, 1976, pp. 5-6 y tablas 1.1 y 1.2.

Aun cuando el poder militar no se convirtió en el árbitro normal de la política, la democracia parlamentaria en el sentido occidental, incluido el derecho esencial de reemplazar a un gobierno mediante el proceso electoral, desapareció a los pocos años de la independencia, sustituida por los sistemas leninistas unipartidarios. En muy pocos casos, y de ellos Kenia fue el ejemplo más destacado, el dominio virtual de un partido apareció acompañado por la supervivencia de la economía del mercado libre y el imperio del derecho, en todo caso hasta cierto punto. Allí, el partido gobernante se convirtió sencillamente en una organización no idealista encaminada a promover la carrera de las elites de la tribu dominante.³³ Aun en esos estados casi constitucionales, se ha institucionalizado la corrupción, y los *signes extérieures de la richesse* son interpretados como prueba de la capacidad para gobernar. El presidente Jomo Kenyatta, de Kenia, uno de los pocos jefes terroristas que realizó con éxito la transición al gobierno responsable, criticó duramente a uno de sus antagonistas, el izquierdista Bildad Kaggia, durante una asamblea pública, porque no había conseguido enriquecerse:

Estuvimos en la cárcel con Paul Ngei. Si uno va a la casa de Ngei [descubre] que plantó mucho café y otros cultivos. ¿Qué hiciste por ti mismo? Si vas a la casa de Kubai, compruebas que tiene una amplia residencia y un hermoso *shamba*. Kaggia, ¿qué hiciste tú por ti mismo? Estuvimos en la cárcel con Kungu Karumba. Ahora, él administra sus propios ómnibus. ¿Qué hiciste por ti mismo?³⁴

En realidad, un grado modesto de corrupción, si se manifestaba en el marco de las convenciones africanas bien conocidas, que debían ser respetadas para evitar la acción de la justicia, fue el menor de los males del período que siguió a la independencia. Donde se permitió la acción del sistema de mercado y se limitó el papel del Estado, en concordancia con lo anterior, fue posible imponer formas convencionales a la corrupción (como, por ejemplo, en la Inglaterra del siglo XVIII), de manera que ésta tenía un carácter limitado. Se convirtió en un cáncer orgánico sólo cuando el Estado asumió funciones utópicas, como tendió cada vez más a ser en el caso en África durante la década del sesenta y aún más durante los años setenta. En este sentido, los supuestos del leninismo fueron parcialmente responsables del fenómeno; todavía más cabe echarle la culpa a la interpretación que hizo Bandung del leninismo, porque exaltó la omnicompetencia del proceso político si se trataba de obtener resultados beneficiosos, según la predicación de acólitos entusiastas como Nkrumah.

Pero no sólo las teorías colectivistas indujeron al frágil Estado africano a extenderse y corromperse. También tuvieron parte de culpa algunos aspectos del colonialismo. Es cierto que en la mayoría de los aspectos casi la totalidad de las colonias fue gobernada sobre la base de los inofensivos principios del *laissez-faire*. Tal fue, ciertamente, la teoría que prevaleció, por ejemplo, en el imperio colonial británico. El gobierno protegía de la agresión externa a la colonia, tenía el poder de policía y administraba su circulante. El mercado se encargaba del resto. Por desgracia, hubo innumerables excepciones a estos principios y, en algunos casos, vinieron a formar un sistema alternativo.

La gran tentación del colonialismo, el gusano que anidaba en la manzana del mercado libre, era el deseo de realizar actividades de ingeniería social. Para el administrador colonial era fácil convencerse de que podía mejorar el desempeño de las leyes de la oferta y la demanda tratando a su territorio como si fuera un hormiguero y a sus habitantes como las hormigas obreras que podían beneficiarse mediante cierta dosis de benévola organización. El Congo Belga, donde no se otorgaron derechos políticos a los colonos blancos, previniendo la opresión a los nativos, era un monumento al despotismo bien intencionado. La ley recomendaba a las empresas que se comportasen como “un buen jefe de familia”. Como en Rusia soviética, se imponían restricciones al movimiento de los nativos, sobre todo en las grandes ciudades, y en Elizabethville los nativos

33 Un punto de vista expresado en Shiva Naipaul, *North of South: an African Journey*, Londres, 1978.

34 *African Standard*, Nairobi, 12 de abril de 1965, citado en Mazrui, op. cit., pp. 210-211.

tenían que respetar el toque de queda. La idea era que podía manipularse al africano para beneficiarlo. Por supuesto, la práctica era mucho menos benévola que la teoría. Hasta 1945 los franceses utilizaron la ingeniería social en enorme escala, bajo la forma del trabajo forzado y los códigos penales nativos. Era un sistema infinitamente menos salvaje y amplio que el archipiélago Gulag, pero se apoyaba en algunos conceptos semejantes.

Los ingenieros sociales más consagrados a su tarea fueron los portugueses, que gobernaron el primero y el último de los imperios. En Angola y Mozambique adoptaron la esclavitud ya practicada por los africanos, la institucionalizaron y la integraron a su sistema administrativo. El tráfico de esclavos, especialmente orientado hacia Brasil, fue el pilar de bóveda económico de estos dos territorios durante trescientos años. Los tratados que los portugueses firmaron con los jefes africanos se referían a la fuerza de trabajo, no a los productos (aunque en Mozambique los árabes actuaban como intermediarios). Los portugueses fueron los únicos productores primarios de esclavos en el conjunto de las potencias europeas. Defendieron desesperadamente este tráfico y se opusieron a su eliminación; de esta manera lo abolieron sólo cuando se vieron forzados por los británicos y lo reemplazaron por un sistema comercializado de trabajo forzado. Mantuvieron esta estructura hasta los años setenta, siempre con la cooperación de los jefes africanos, los mismos que en tiempos de esclavitud dirigían las cuadrillas de trabajo o *shabalos*.

Cecil Rhodes deseaba incorporar a Angola y Mozambique al sistema británico libre y creía que el colonialismo portugués era un anacronismo; en su ingenuidad no advertía que constituía un presagio del totalitarismo del siglo XX. En el período que siguió a 1945, los portugueses suministraban anualmente 300.000 trabajadores contratados de Mozambique y 100.000 de Angola, destinados principalmente a África del Sur. Todos los africanos que no habían sido asimilados y no habían recibido la ciudadanía (los portugueses no practicaban la división racial) tenían que poseer una *caderneta* o pasaporte junto con sus antecedentes laborales. Los trabajadores ineficientes eran enviados al jefe de *posto* local que los castigaba en la mano con una *palmatoria* o un bate perforado de ping pong. El disuasor final era el trabajo forzado en “las islas” (Santo Tomé y Príncipe). A semejanza de los belgas, los portugueses practicaban el toque de queda y en general los africanos no podían salir de sus casas después de las nueve de la noche.³⁵

Las autoridades portuguesas defendían enérgicamente sus métodos con argumentos morales. Decían que, a cambio de la exportación de fuerza de trabajo, las dos colonias conseguían puertos, ferrocarriles y otras inversiones que no eran realizables apelando a diferentes medios. Afirmaban que tomaban muy en serio su misión civilizadora: los africanos no eran niños sino adultos y debían aceptar las responsabilidades sociales. Esto implicaba que los hombres debían evitar la ociosidad para consagrarse al trabajo y que las mujeres tenían que abandonar su servidumbre en los campos para cumplir un papel apropiado en el hogar.³⁶ Sin embargo, a semejanza de la mayoría de las formas de interferencia moralizadora, este sistema originó efectos colaterales imprevistos. En 1954, el obispo de Beira se quejó de que la exportación de fuerza de trabajo representaba un papel totalmente destructivo para la vida de la familia, pues el 80 por ciento de los hombres de su diócesis habitualmente estaba lejos del hogar, pues se encontraba en Rhodesia y África del Sur o bien trabajando en diferentes proyectos en el territorio mismo.³⁷

Incluso los territorios influidos por los británicos aplicaron la ingeniería social en gran escala en la forma de la distribución de tierras para consolidar las divisiones raciales. En Kenia, la expulsión de los kikuyu de las “mesetas blancas” entre las dos guerras originó algunas de las mismas objeciones morales provocadas por la colectivización de los campos que Stalin promovió. Fue la causa directa del feroz estallido mau-mau durante los años cincuenta. La legislación referida a la distribución de tierras en Rhodesia Meridional —es decir, una política análoga— fue una de las causas básicas de la guerra de guerrillas que constituyó el episodio principal de la historia rhodesiana durante los años setenta y que concluyó sólo con el paso al dominio negro en 1979. Pero el ejemplo más destacado fue África del Sur, cuya ingeniería social se desarrolló a partir del

35 Marvin Harris, *Portugal's African "Wards"*, Nueva York, 1958; James Duffy, *Portuguese Africa*, Harvard, 1959.

36 Marcello Caetano, *Colonizing Traditions: Principles and Methods of the Portuguese*, Lisboa, 1951.

37 Easton, op. cit., p. 506.

principio fundamental (es más, la filosofía) del gobierno bajo la forma del *apartheid*.

En África del Sur los pasaportes (y las libretas) como formas de control social se remontaban al siglo XVIII y supuestamente fueron abolidos en 1828, pero volvieron a instaurarse hasta que, durante los años setenta, los arrestos determinados por las leyes que restringen los desplazamientos llegaron a promediar más de 600.000 casos anuales.³⁸ Sus orígenes corresponden a las normas isabelinas destinadas a controlar a los “mendigos recalcitrantes”, un fenómeno a su vez provocado por el rápido aumento de la población. Es una ironía que las primeras medidas concretas de ingeniería social de África del Sur fueron obra de Jan Christian Smuts, uno de los principales arquitectos tanto de la Liga de las Naciones como de las Naciones Unidas, y un hombre que en San Francisco, en 1945, redactó personalmente la Declaración de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas.³⁹

Smuts fue uno de los bóers moderados que, en la organización liberal de la paz que siguió a la guerra de los bóers, estuvieron asociados con los británicos en la reconstrucción del país. Estos hombres echaron los cimientos legislativos de un Estado semitotalitario basado en el principio de la división racial. En 1911 se declaró la ilegalidad de las huelgas de los trabajadores por contrato (es decir, los negros) y, por su parte, la ley de Minas y Obras reservó a los blancos ciertas categorías de empleos. En 1913, la ley Agraria para los Nativos incorporó el principio de la segregación territorial de acuerdo con el color de la piel. Esta ley fue la clave de todo lo que siguió, entre otras cosas porque determinó la naturaleza de la reacción africana y la creación de sus propias y numerosas variedades de sectas sionistas.⁴⁰ En 1920, la ley de Asuntos Nativos incorporó las instituciones políticas segregadas para los africanos y organizó la conferencia nativa de jefes africanos designados por el gobierno y orientados por la Comisión de Asuntos Nativos, cuyos miembros eran todos “expertos” blancos. En 1922, una ley limitó el aprendizaje de especialidades a los que poseían calificaciones educativas mínimas (es decir, a los que no eran africanos). En 1923, la ley de los nativos (de áreas urbanas) creó zonas residenciales segregadas para los africanos en las ciudades y sus alrededores. En 1925, la ley de Conciliación Industrial negó a los africanos el derecho a la negociación colectiva. La ley salarial de 1925 y la ley de segregación racial de 1926 estuvieron destinadas específicamente a poner distancia entre los blancos pobres y las masas africanas.⁴¹

Smuts fue también el hombre que impulsó a África del Sur en una dirección absolutamente contraria a la que siguió el gobierno de la India después de Amritsar. En 1921 masacró a una secta africana “israelita” que protagonizó un episodio de resistencia pasiva en tierras prohibidas de Bulhoek; al año siguiente sofocó una rebelión de trabajadores negros en el Rand, con un total de 700 bajas. Esta política implacable se vio reforzada por nuevas leyes. La ley de Administración Nativa de 1927 convirtió al gobernador general (es decir, al gobierno) en el jefe supremo de todos los africanos, con atribuciones autoritarias que le permitían designar a los jefes locales, definir los límites de la tribu, desplazar a las tribus y a los individuos, y controlar los tribunales africanos y la propiedad de la tierra. En la sección 29, castigaba “a todas las personas que pronuncian palabras o ejecutan cualquier otro acto con el propósito de promover sentimientos de hostilidad entre los nativos y los europeos”. Las atribuciones policiales del gobierno fueron ampliadas por la ley de Minas y Obras y la ley de Reuniones Turbulentas de 1930.⁴² Esta dura acumulación de poder totalitario fue creada exactamente en la misma época en que Stalin estaba organizando su tiranía sobre el eje leninista, otorgaba al gobierno atribuciones parecidas y estaba destinada a producir los mismos resultados.

Durante la segunda guerra mundial, Smuts, que antes ya había destruido las esperanzas de igualdad política con los votantes blancos que podían alentar las razas de color y mixtas, extendió a éstas su ingeniería social. En 1943 organizó un Departamento de Asuntos de los Habitantes de

38 T. R. H. Davenport, *South Africa: a Modern History*, Londres, 1977, p. 346.

39 W. K. Hancock, *Smuts*, Londres, 1968, II.

40 Acerca de estas sectas véase Bengt G. M. Sundkler, *Bantu Prophets in South Africa*, 2ª ed., Oxford, 1961, y *Zulu Zion and some Swazi Zionists*, Oxford, 1976.

41 Davenport, op. cit., pp. 176 y ss.

42 *Ibid.*, p. 207; acerca de la legislación para los nativos véase M. Ballinger, *From Union to Apartheid*, Londres, 1969.

Color, para “administrar” el modo de vida de los habitantes de color de El Cabo; ese mismo año introdujo la ley de Asentamientos a fin de impedir que los indios se trasladasen a las áreas ocupadas por los blancos. Lejos de impulsar una causa común entre los blancos, los asiáticos y los habitantes de color contra la abrumadora mayoría de los negros, el Partido Unido de Smuts arrojó a estos dos últimos grupos a los brazos de los nacionalistas negros (que los odiaban más que los blancos) y el ingrediente indio fue fundamental para volcar la opinión asiática y de las Naciones Unidas contra África del Sur.⁴³ Por lo tanto, todos los aspectos estructurales básicos de la supremacía blanca y la segregación física ya existían antes de que el Partido Unido perdiese el poder a favor de los nacionalistas bóers en mayo de 1948.

Lo que los nacionalistas hicieron fue transformar la segregación en una doctrina filosófica casi religiosa, el *apartheid*. En muchos aspectos resultaba una formación análoga al mismo nacionalismo africano. Su lema más antiguo, *Afrika voor de afrikaners*, era idéntico al lema negro: “África para los africanos”, durante los años sesenta y setenta. El sectarismo religioso de los nacionalistas floreció al mismo tiempo que el sionismo africano y con el mismo propósito: agrupar, en un acto de defensa colectiva, a los oprimidos, a los indeseados y los perjudicados por la discriminación. Fue sumamente parecido al sionismo judío, tanto por los orígenes como por las consecuencias. Los bóers crearon su propia Sión, la que después fue el foco del odio de los africanos y su factor unificador, como lo fue Israel para los árabes. Las primeras instituciones nacionalistas bóers, en 1915-1918, fueron creadas con el fin de suministrar ayuda a los blancos pobres mediante la organización de agencias de empleo, bancos de crédito y sindicatos. Eran áspidamente antisemitas, además de antinegras y antibritánicas. El movimiento comenzó con la defensa del oprimido y luego se amplió para promover los intereses políticos, económicos y culturales del conjunto de los afrikaners: más tarde, en 1948, de pronto se impuso al resto, y con creces.⁴⁴

El *apartheid* apareció por primera vez como programa político en 1948, para afirmar que las Reservas eran el lugar que correspondía a los africanos, donde tenían raíces sus derechos y su ciudadanía, pero los orígenes del concepto se remontan a la fundación, en 1935, del *Suid-Afrikaanse Bond vir Rassestudie*. Por lo tanto, sufrió la influencia directa de las ideas raciales de Hitler y de sus planes de asentamiento segregado en Europa Oriental, si bien incorporó un fundamento bíblico que faltaba en el programa ateo de Hitler. Bajo la superficie, el *apartheid* era un confuso embrollo, pues combinaba elementos incompatibles. A semejanza del racismo pseudocientífico, derivaba, lo mismo que el hitlerismo y el leninismo, del darwinismo social; en su carácter de racismo religioso, derivaba de los conceptos fundamentalistas que negaban todas las formas de darwinismo. Pero en apariencia poseía cierta claridad y sencillez; el sistema político creado por Smuts y reforzado por la ley de Representación Separada de los Votantes (1951), que excluyó del padrón electoral a los individuos de color, concedió a los nacionalistas el goce seguro de un poder que ha recorrido varias décadas. Por consiguiente, contaron con los medios para iniciar un proceso de ingeniería social que, por su consecuencia y duración, puede equipararse únicamente con el de la misma Rusia soviética.

El propósito del *apartheid* fue invertir la tendencia a la integración y crear comunidades completamente separadas. La ley de Prohibición de los Matrimonios Mixtos (1949) amplió la prohibición que impedía las uniones entre blancos y africanos a todas las uniones que implicasen franquear la frontera del color. La ley de Inmoralidad determinó que el sexo extraconyugal era ilegal en todas las circunstancias, pero se lo castigaba más severamente si los participantes pertenecían a razas distintas. La ley de Registro de la Población (1950) asignaba un grupo racial a cada individuo, precisamente como las leyes de Nuremberg. Ese mismo año, la ley de Áreas Grupales asignó al gobierno el derecho de indicar áreas residenciales y comerciales a determinados grupos raciales. Inició el proceso de desplazar a los seres humanos como si fueran cargas de tierra y concreto, y de destruir sus hogares y tiendas con topadoras. La primera fase del *apartheid* se vio consolidada por las cláusulas de seguridad de la ley de Represión del Comunismo (1950), que

43 B. Patchai, *The International Aspects of the South African Indian Question 1860-1971*, Londres, 1971.

44 N. M. Stultz, *Afrikaner Politics in South Africa 1934-1948*, Londres, 1974.

definió a éste no sólo como el marxismo-leninismo sino como “cualquier forma afín a esa doctrina” y como todas las actividades que intentaran promover “cambios políticos, industriales, sociales o económicos en el seno de la Unión, mediante perturbaciones o desórdenes”. Esta ley determinó que, por primera vez, los elementos autoritarios del Estado actuasen contra un sector importante de la población blanca.

La segunda fase siguió con la designación del ideólogo H. F. Verwoerd en el cargo de ministro de Asuntos Nativos, en el año 1950. Era un intelectual, profesor de psicología social en el Stellenbosch y un personaje que, significativamente, no tenía las características de un bóer introspectivo, de antiguo cuño, y en cambio había nacido en Holanda y se había educado en Alemania. Verwoerd unificó mejor el sistema, sobre todo después de convertirse en primer ministro, en 1958.⁴⁵ Su ley de Educación de los Bantúes, de 1954, impuso el control del gobierno sobre todas las escuelas africanas, asumió el control de las misiones, introdujo textos diferenciales y un sistema educacional destinado específicamente a preparar a la población de habla bantú para que ocupase su lugar en la sociedad. Al mismo tiempo, comenzó la creación sistemática de diferentes áreas de residencia, los “bantustanes”. La segregación comenzó a penetrar en todos los aspectos de la vida, incluso el deporte, la cultura y, por supuesto, los servicios religiosos; hacia 1959, el gobierno había segregado eficazmente la educación superior.

Durante los años 1959 y 1960, cuando se asistió al nacimiento del continente africano negro, muchos observadores creían que el *apartheid* estaba condenado a derrumbarse en un futuro cercano. Ésta era la opinión de Harold Macmillan cuando pronunció su discurso acerca de los “vientos de cambio” en Pretoria, el 3 de febrero de 1960, seguido casi inmediatamente por la matanza de Sharpeville, donde fueron asesinados sesenta y nueve africanos.⁴⁶ Se creyó que ahora al fin había comenzado a manifestarse el síndrome de Amritsar, que la corriente del progreso africano era irresistible y que los bóers perderían su voluntad y su fibra. Se produjo una fuga de capital. África del Sur se retiró de la Comunidad. También se manifestó la creencia de que el *apartheid*, incluso con arreglo a sus propios términos de referencia, era poco viable. Chocaba con muchas exigencias de la economía de mercado, de la que dependía África del Sur para sobrevivir. Contradecía también la lógica inexorable de la demografía. El plan básico del *apartheid* progresivo fue el llamado “Informe Tomlinson” de 1956, probablemente la descripción más detallada y la más amplia justificación de la ingeniería social en gran escala que haya sido formulada jamás. Afirmaba que “el hecho fundamental de la situación sudafricana” era que no existía “la más mínima base para creer que la población europea, ahora o en el futuro, estaría dispuesta a sacrificar su carácter como entidad nacional y como grupo racial europeo”. De ahí pasaba a plasmar el país en la forma que consideraba más adecuada.⁴⁷ El informe fue criticado entonces por su absurdo y excesivo optimismo, tanto respecto de la facilidad con que la industria podía instalarse en las cercanías de las áreas pobladas por los bantúes, como en relación con el crecimiento de la población negra. La prueba acumulada durante los años sesenta pareció confirmar estos *caveats*. En 1911, cuando comenzó la política racial, los europeos eran casi un tercio de la población negra (1.276.242 blancos contra 4 millones de negros, 500.000 mestizos y 150.000 asiáticos). En 1951, cuando el *apartheid* comenzó a aplicarse, había 2.641.689 blancos, 8.560.083 negros, 1.103.016 mestizos y 366.664 asiáticos. En 1970 los blancos habían aumentado su número sólo hasta la cifra de 3.752.528; los negros habían saltado a 15.057.952, los mestizos a 2.018.453 y los asiáticos a 620.436. Se calculaba que, hacia el año 2000, los africanos y los mestizos superarían a los blancos en la proporción de diez a uno.⁴⁸ Por eso mismo, las áreas relativas asignadas a los blancos y a los negros parecían poco realistas, sobre todo porque la creación de empleos industriales en la proximidad de las áreas bantúes estaba aumentando en sólo 8.000 anuales, pese a que la proyección de Tomlinson fijaba esa cifra en 50.000. Las desigualdades morales del sistema eran groseramente visibles. En 1973, sólo 1.513 familias blancas habían sido obligadas a salir de las áreas raciales “equivocadas”, y 44.885

45 G. D. Choltz, *Dr. H. Verwoerd*, Londres, 1974.

46 Ambrose Reeves, *Shooting at Sharpeville*, Londres, 1961.

47 Davenport, op. cit., pp. 270-271.

48 *Ibid.*, pp. 296-297, incluye un diagrama del crecimiento poblacional.

familias mestizas y 27.694 familias indias habían salido de sus hogares, algunos ocupados desde los tiempos de la Compañía de Indias Orientales Holandesas.⁴⁹ Existía un proceso permanente de ocupación africana de áreas prohibidas, con el acompañamiento igualmente constante de las topadoras, bajo la custodia de la policía y el ejército fuertemente armados; en conjunto, era un cuadro que recordaba horriblemente la situación rusa de 1929-1932. Este ejercicio de utopismo pervertido estaba a cargo de intelectuales bóers, entrenados en las ciencias sociales. En vista de sus contradicciones internas e imposibilidades, y por el hecho de que los africanos y cada vez más la opinión mundial se movilizaban contra esta situación, el experimento parecía destinado al fracaso.

Sin embargo, la lección de la colectivización soviética ha sido que estos planes, por indefendibles que sean desde el punto de vista moral y económico, pueden persistir si se los aplica con una dosis suficiente de implacabilidad y de fuerza física bruta. Más aún, ciertos factores actuaban a favor del régimen. A semejanza de Rusia, África del Sur posee una inmensa riqueza en minerales: oro, carbón, diamantes, manganeso y cobre (por orden de importancia), más antimonio, asbesto, cromo, espato-flúor, mineral de hierro, manganeso, mica, platino, fosfatos, estaño, titanio, vanadio, cinc y muchos otros.⁵⁰ Lejos de decaer, como se había pronosticado en 1960, la economía sudafricana floreció intensamente a partir de 1962, durante el auge de los años sesenta y a principios de los años setenta. Cuando el auge concluyó, en 1973-1974, la inflación mundial provocó una revolución en los precios del oro y el principal beneficiario fue África del Sur, el productor mundial más importante (el oro forma más de la mitad del total de su riqueza mineral). Mientras los ingresos de prácticamente todo el resto de África, incluso los de sus enemigos más firmes y activos, se vieron reducidos, los de África del Sur aumentaron. Por ejemplo, entre 1972 y 1980, un lingote estándar de oro de sesenta libras aumentó su valor de reventa de 250.000 dólares a 2,5 millones de dólares, es decir, decuplicó su valor.⁵¹ La revolución de los precios benefició los ingresos oficiales en más de 1.000 millones de dólares anuales y también aportó fondos para una enorme alza de las inversiones de capital.

El aumento constante del ingreso de África del Sur durante las dos décadas que siguieron a los “vientos de cambio”, permitió que el régimen construyese refugios contra dicho cambio en la forma de una industria armamentista autónoma, que determinó que frica del Sur fuese prácticamente independiente de los renuentes proveedores extranjeros y acometiese un programa militar de armas nucleares. A principios de los años ochenta, África del Sur gastaba 2.500 millones de dólares anuales en la defensa, pero esto representaba sólo el 6 por ciento del PBN, una carga tolerable (en ese momento, muchos países africanos, tanto negros como árabes, estaban gastando entre el 25 y el 50 por ciento del PBN en sus fuerzas armadas).⁵² Las fuerzas sudafricanas se vieron comprometidas periódicamente en el mantenimiento de la seguridad en África Suroccidental, una ex colonia alemana de la que Smuts no había conseguido apoderarse en Versalles en 1919; África del Sur la recibió en fideicomiso, una fórmula que (otra ironía) el propio Smuts había inventado. Pero en general, África del Sur sobrevivió con perjuicios notablemente reducidos, tanto al poder militar o moral de la clase dominante blanca, como a la descolonización por la fuerza de Angola, Mozambique y Rhodesia Meridional (Zimbabwe) durante los años setenta.

En su oposición a Smuts, los nacionalistas bóers siempre habían criticado su plan no realizado de crear un “gran dominio blanco” que incluiría a Rhodesia y Mozambique, y que se extendería desde El Cabo hasta Kenia. Durante los años veinte argumentaban que este esquema no lograría otro resultado que “sumergir” a los blancos en una futura frica negra. Durante los años setenta esta cautela resultó justificada, porque la relación entre blancos y negros, incluso en África del Sur, descendió a la proporción de uno a cinco. El régimen sudafricano rehusó comprometer su propio destino en la preservación de los ruinosos bastiones del colonialismo de los países situados más al norte. Cuando a su debido tiempo estos bastiones cayeron, el *laager* blanco se redujo. Así, el nacionalismo negro, triunfal, militante y armado, llegó a las mismas fronteras de África del Sur,

49 Ibid., pp. 304-305.

50 Ibid., en la p. 376 incluye un mapa mineralógico.

51 *Wall Street Journal*, 10 de julio de 1980.

52 Ibid., 4 de agosto de 1980.

respaldado por una abrumadora mayoría en las Naciones Unidas, en la Organización de la Unidad Africana y, en una medida cada vez más elevada, por el apoyo físico del bloque soviético, sobre todo en la forma de tropas y asesores cubanos.

Sin embargo, la “confrontación” entre el *apartheid* sudafricano y el nacionalismo negro era verbal y política más que militar, y aún menos económica. Cuanto más cerca los estados africanos estaban de África del Sur, más sentían la atracción de su inmensa y próspera economía y menos tendían a llevar a la práctica su decisión de destruir el *apartheid*. Los africanos comunes y corrientes votaban con los pies, sin duda no en favor del *apartheid*, sino de los empleos que la economía sudafricana ofrecía. Por la época del boicot organizado por la AUO en 1972, la Cámara Sudafricana de Mineros empleaba a 381.000 negros; un tercio de ese total provenía de regiones situadas al norte de los 22 grados de latitud sur, y un tercio de Mozambique. El número de negros que llegó a Sudáfrica aumentó constantemente durante los años setenta, entre otras cosas porque los salarios reales de los negros en el Rand aumentaron rápidamente en momentos en que estaban disminuyendo en la mayor parte de África negra. Los estados vecinos se autodenominaban “estados de la línea del frente” y mantenían la retórica contraria al *apartheid*, pero en la práctica los gobiernos de Zambia, Malawi, Zimbabwe y sobre todo Mozambique se convirtieron en colaboradores sistemáticos del sistema del *apartheid*, pues aumentaron intencionadamente sus exportaciones de fuerza de trabajo al Rand. Malawi, Botswana y Zambia abandonaron el boicot de la AUO; otros estados simplemente se abstuvieron de aplicarlo, como antes habían desechado el boicot a Rhodesia del Sur. África del Sur construyó la nueva capital de Malawi, Lilongwe, y el dique de Cabora Bassa en Mozambique; cuando Seretse Khama, un presidente de la línea del frente, se enfermó gravemente, el mandatario de Botswana lo despachó sin demora en avión a un hospital “sólo para blancos” de Johannesburgo.⁵³

Es significativo que a principios de los años ochenta uno de los enemigos más activos de África del Sur fuese la remota Nigeria, el único productor negro importante de petróleo. Sus regalías, que superaron los 23.000 millones de dólares en 1980, la preservaron (como hizo el oro con Sudáfrica) de la crisis de los años setenta y le permitieron darse el lujo de mantener una política económica y exterior independiente. Pero los estados que se extienden al sur del Congo y los Grandes Lagos no pudieron resistir la atracción ejercida por el imán del Rand y en la práctica adaptaron sus actitudes ideológicas.

En todo caso, las diferencias entre la política de Pretoria y la que aplicaba la mayoría de los estados africanos negros era más teórica que real. Todos los estados africanos aplicaban medidas racistas. Durante los años cincuenta y sesenta, Egipto, Libia, Argelia, Marruecos y Túnez expulsaron a más de un cuarto de millón de judíos y recluyeron en guetos a los pocos miles que permanecieron en los respectivos países. Durante los años sesenta, la República Unida de Tanzania expulsó a sus árabes o los privó de la igualdad de derechos. Durante los años setenta, los asiáticos fueron expulsados de la mayoría de los estados del Cuerno y África Centrorientales, y sufrieron medidas discriminatorias en todas partes; incluso en Kenia se los amenazó con la expulsión en 1982. En la mayoría de los casos, la discriminación racial fue un acto consciente de la política oficial más que una respuesta al reclamo popular. Cuando el gobierno de Uganda expulsó a los asiáticos en 1972, lo hizo con el propósito de suministrar a sus miembros y partidarios casas gratuitas y tiendas, no para complacer a los ugandeses negros comunes y corrientes, cuyas relaciones con los asiáticos habían sido cordiales.⁵⁴ El racismo antiasiático generalmente era difundido por los periódicos oficiales o semioficiales controlados por los gobiernos. Durante los años setenta, estos órganos publicaron regularmente materiales racistas: que las mujeres asiáticas tenían sentimientos de superioridad y que ésta era la causa de su negativa a dormir con los negros; que los asiáticos contrabandeaban divisas fuera del país, ocultándolas en maletas; que los hombres de negocios asiáticos eran monopolistas y explotadores. Un titular típico decía: “Los médicos asiáticos matan a sus pacientes”.⁵⁵

53 Naipaul, op. cit., p. 231.

54 Richard West, *The White Tribes Revisited*, Londres, 1978, pp. 16 y ss.

55 Naipaul, op. cit., pp. 232-233.

A partir de la independencia, la mayoría de los estados africanos negros practicaron la discriminación antiblanca como un aspecto de la política oficial. Durante la segunda mitad de los años setenta, Kenia y la Costa de Marfil fueron prácticamente las únicas excepciones. Houphouët-Boigny, presidente de la Costa de Marfil, llamó la atención sobre el racismo antiblanco en la OAU y dijo a los restantes jefes de gobierno:

Es cierto, estimados colegas, que hay 40.000 franceses en mi país y que ésta es una cifra más elevada que la que existía antes de la independencia, Pero en el lapso de diez años, así lo espero, la situación será distinta. Confío en que entonces habrá aquí 100.000 franceses. Desearía que en ese momento volviésemos a reunirnos y comparásemos la solidez económica de sus países con la del mío. Pero me temo, estimados colegas, que pocos de ustedes estarán en condiciones de asistir.⁵⁶

Sin embargo, la forma más usual e incluso universal de racismo en el África negra fue la intertribal; precisamente esta forma de racismo, a la que se aplica una denominación eufemística, la de control social, determinó que un número cada vez más elevado de estados africanos, durante los años sesenta y aún más durante los setenta, aplicasen formas de ingeniería social no muy distintas del *apartheid*. Uno de los méritos del dominio colonial en África (excepto en los lugares en los que las medidas determinadas por la supremacía blanca imponían otra cosa) era que se adaptaba a los movimientos nómades de las tribus, tanto a los cíclicos como a los de carácter permanente. Permitía un alto grado de libertad de movimientos. A medida que aumentó la población y que se acentuó la presión sobre los recursos alimenticios, resultó más difícil mantener esa política de *laissez-faire*. Pero fue una tragedia que, cuando llegó la independencia, a principios de los años sesenta, los estados que entonces nacieron a la vida decidiesen imitar no el liberalismo de estilo colonial sino el control típico de los métodos de la supremacía blanca. La doctrina Bandung-leninista del Estado grande y omnipotente se unió en impío matrimonio con el segregacionismo. Pero, por supuesto, el Estado soviético siempre había controlado todos los movimientos y asentamientos internos, y también los de sus propias tribus asiáticas. La práctica leninista y la sudafricana armonizaron cómodamente. A través del África negra, la documentación del control social —permisos de trabajo, pasaportes internos y externos, requerimientos de visa, permisos de residencia, órdenes de expulsión— proliferaron rápidamente con la independencia. Como lo demostró la experiencia sudafricana, tan pronto aparecen los documentos, la topadora nunca está muy lejos. A principios de los años setenta apareció en muchos lugares de África Occidental, con la intención de desplazar a los pobladores intrusos de las localidades costeras y llevarlos nuevamente al interior.⁵⁷

La grave sequía que afectó a una docena de países de África Central cerca del límite entre el desierto y el matorral durante los años setenta acentuó el movimiento nómada y, por lo tanto, la práctica del control social violento. Existían antiguos sentimientos de enemistad social a lo largo de la línea del desierto, pues las tribus nómades, sobre todo los tuaregs, habían impuesto la esclavitud a los sureños. Uno de los primeros actos de Malí independiente, cuyo territorio se extendía a ambos lados de la línea, fue asesinar a sus tuaregs norteros. Cuando pudieron disponer de fondos destinados a aliviar la sequía, Malí y otros estados los utilizaron para financiar los sistemas de control. Como expresó el secretario del Comité Internacional de Auxilio a los países afectados por la sequía: “Tenemos que disciplinar a esta gente, controlar el pastoreo de sus animales y los movimientos que las propias tribus realizan. Su libertad es demasiado costosa para nosotros. Este desastre es nuestra oportunidad”.⁵⁸ El control de los movimientos, en Malí y en otros lugares, estuvo acompañado por otras formas de ingeniería social. En esos estados se trazaron, intencionadamente, planes de desarrollo a fines de los años sesenta y durante los setenta para obligar a todos, incluso a los nómades, a incorporarse a la economía monetaria a través del sistema impositivo. Dichos planes no diferían esencialmente del antiguo sistema de trabajo forzado

56 Citado en Marnham, op. cit., p. 196.

57 West, op. cit., p. 147.

58 Marnham, op. cit., p. 112.

concebido por los colonizadores franceses, españoles, portugueses y belgas.⁵⁹

El caso más sugestivo de un nuevo Estado africano que avanzó hacia el totalitarismo fue Tanzania. Su líder, Julius Nyerere, era un político profesional de la generación de Nkrumah. Durante los años sesenta, cuando los soldados desbordaron a los políticos, Nyerere consiguió sobrevivir gracias a la militarización de su retórica y su régimen. En 1960, como reacción frente a la crisis del Congo, dijo: “No existe la más mínima posibilidad de que las fuerzas de la ley y el orden en Tanganica se amotinen”.⁶⁰ En enero de 1964 se amotinaron y Nyerere sobrevivió apenas con la ayuda de tropas británicas blancas que desarmaron al ejército negro. Entonces Nyerere disolvió el ejército y lo reorganizó a partir de cero bajo la forma de un ejército partidario: “Pido a todos los miembros de la Liga Juvenil tanu, dondequiera que estén, que acudan a la oficina local tanu y se enrolen; a partir de este grupo trataremos de construir el núcleo de un nuevo ejército”.⁶¹ Cuatro días más tarde, Nyerere anunció la designación de un comisario político para las Fuerzas Populares de Defensa de Tanzania.

Esta imitación consciente del leninismo estuvo acompañada por la organización de un estado unipartidario. En 1961, Nyerere había dicho que recibiría bien la creación de un partido que se opusiera al tanu: “Yo sería el primero en defender sus derechos”.⁶² Pero en enero de 1964, mientras se reorganizaba a la juventud partidaria para crear un encuadramiento militar, Nyerere designó una comisión cuya tarea era promover “un estado unipartidario democrático” y dijo que su misión no era “considerar si Tanzania debía ser un estado unipartidario. Ya se ha adoptado esa decisión. La tarea de la comisión es aclarar qué tipo de estado unipartidario debemos tener”.⁶³ En las elecciones que siguieron fue posible optar entre varios candidatos, pero todos reunidos bajo el mismo rótulo partidario, lo que significaba que era necesaria la aprobación de Nyerere para participar en la justa electoral y, por otra parte, estos candidatos no tenían derecho a presentar propuestas.⁶⁴

El modo en que Nyerere, un ex pacifista, utilizó la terminología militarista para promover su estado autoritario fue ingenioso y contribuye a explicar la notable atracción que ejerció sobre la intelectualidad occidental, un fenómeno que indujo a un sociólogo negro a acuñar el término de “Tanzafilia”.⁶⁵ Al defender la eliminación de los derechos humanos; por ejemplo la libertad de palabra, de prensa y de reunión, Nyerere observó: “Hasta que hayamos triunfado en nuestra guerra contra la pobreza, la ignorancia y la enfermedad, no debemos permitir que nuestra unidad sea destruida por las normas o las reglas de otros”. Pero por supuesto, por definición, una “guerra” de ese carácter nunca podía ser “ganada”. Más aún, dicha “guerra” podía extenderse fácilmente de los antagonistas internos a los externos. Nyerere aplicó el consejo de Sukarno acerca de la búsqueda de un enemigo. A partir del período que siguió al motín, fue uno de los líderes africanos que reclamó con particular energía una campaña politicomilitar unificada contra Rhodesia, los territorios portugueses y África del Sur. La filosofía de su nuevo estado autoritario fue resumida en la declaración de Arusha de febrero de 1967, que decía directamente “estamos en guerra” y que abundaba en imágenes y lemas de carácter militar.⁶⁶

Por supuesto, Tanzania no estaba en guerra con nadie. Pero se utilizó la ficción para justificar restricciones de épocas de guerra y la suspensión de los derechos. La declaración de Arusha fue una versión actualizada y africanizada de Bandung, e incluyó también ingredientes de su pomposo charlatanismo. Se prohibía todo lo que “no armonizara con la existencia de una sociedad sin clases”. “No se permitirá a nadie que viva del trabajo realizado por otros.” A partir de esta fórmula, podía procederse al arresto general de los “capitalistas” y, sobre todo, de los asiáticos. El gobierno

59 *Ibíd.*, pp. 125 y ss.

60 *Inside East Africa*, agosto-septiembre de 1960.

61 *Sunday News*, Dar-es-Salaam, 26 de enero de 1964.

62 “One Party Government”, en *Transition*, diciembre de 1961.

63 *Report of the Presidential Commission on the Establishment of a Democratic One Party State*, Dar-es-Salaam, 1965, p.2.

64 Lionel Cliffe, ed., *One-Party Democracy in Tanzania*, Nairobi, 1967.

65 Mazrui, op. cit., pp. 255 y ss.

66 *The Arusha Declaration and Tanu's Policy on Socialism and Self-Reliance*, Dar-es-Salaam, 1967; Mazrui, op. cit., p. 48.

“debe ser elegido y dirigido por campesinos y obreros”; así, Nyerere podía excluir de la actividad política a sus antagonistas. Se procedió a condenar “la pereza, la embriaguez y la ociosidad”, un pretexto para inaugurar el trabajo forzado. “Es necesario que estemos en guardia contra los infiltrados que podrían ser utilizados por los enemigos externos cuyo propósito es destruirnos”; en otras palabras, fue el pretexto para una permanente caza de brujas política. El “vagabundeo” fue condenado específicamente, es decir, fue la justificación para realizar las operaciones masivas de allanamiento de moradas que tanto complacen a todos los gobiernos africanos negros y que fueron copiadas servilmente de los manuales policiales sudafricanos. El mecanismo del control estaba contenido en la estructura partidaria: “la célula de diez casas” era la unidad básica y constituía el punto de partida que después, con otras unidades, formaba el paraje, el distrito, la región y finalmente la nación. La filosofía que estaba en la base de Arusha fue designada por Nyerere con el nombre de *ujamaa*, “estado de familia”, con base en un pasado mítico: “En nuestra sociedad africana tradicional, éramos individuos en el seno de una comunidad. Cuidábamos de la comunidad y ésta cuidaba de nosotros. No necesitábamos ni deseábamos explotar a nuestros semejantes”.⁶⁷ La *ujamaa* estaba destinada a recuperar ese espíritu, pero en la práctica se oponía a la familia tanto como cualquier otra doctrina totalitaria. Se obligaba a los infractores a comparecer ante los tribunales de las “células de diez casas”. Los “funcionarios de educación política” distribuían volantes que, por ejemplo, decían:

El jefe de la célula debe vigilar atentamente, con el fin de descubrir la aparición de caras nuevas en sus diez casas. Cuando ve a un forastero, debe realizar investigaciones y comprobar quién es, de dónde vino, adónde va, cuánto tiempo permanecerá en el sector y cosas por el estilo. Generalmente, el dueño de casa informa al jefe de la célula acerca de sus visitantes y aporta toda la información necesaria. Si el jefe duda de las afirmaciones de estos forasteros, debe informar del asunto a los funcionarios del sector o a la policía.⁶⁸

Los jefes de las células ejercían el derecho de detener a todos los individuos a quienes se denominaba “fugados” (por lo general fugados de las cuadrillas de trabajo forzado) y de organizar “redadas de marginales”. Una frase favorita era *e serika li yeze kuyesula* (“el gobierno conoce el modo de descubrir”). Más aún, después de los motines de 1964 parece que Nyerere no sólo se despojó del atuendo democrático británico, sino que descendió al pasado prusiano de la colonia. Su milicia partidaria aprendió el paso de ganso. Sancionó leyes acerca de los gastos suntuarios y la uniformidad del vestido. En 1968 llegó a la conclusión de que no podía permitirse que los masai entraran en Arusha vistiendo “breves pedazos de piel o una manta suelta”, o incluso ningún tipo de prenda que correspondiera a la categoría del vestido “impropio” o “trenzas sucias”.⁶⁹ Pero después de prohibir el atuendo africano tradicional, ocho meses más tarde centró el ataque en los “restos de la cultura extranjera” y autorizó a la Liga Juvenil tanu a maltratar y desvestir a las jóvenes africanas que utilizaran minifaldas, pelucas y pantalones ajustados.⁷⁰ De modo que se prohibió el uso de pantalones a las jóvenes y, en cambio, los hombres tuvieron que usarlos más o menos según la antigua norma de los misioneros blancos. Cuando los masai se quejaron, se les dijo que Dios había obligado a Adán y Eva a vestirse antes de expulsarlos del paraíso.⁷¹ Pero los misioneros no solían enviar espías políticos a todas las casas.

El *ujamaa* de Nyerere fue la más complicada y santurrón de las nuevas filosofías autoritarias concebidas por los carismáticos tiranuelos de África negra. En el nivel de la aldea se trató, simplemente, de un eufemismo para encubrir la colectivización forzosa. En Zambia, se denominó al mismo proceso “el reagrupamiento de aldeas”. Su dictador unipartidario, Kenneth Kaunda,

67 Naipaul, op. cit., pp. 144 y ss.

68 Citado en *ibid.*, pp. 200-201.

69 *Daily Nation*, Nairobi, 6 de febrero de 1968.

70 Ah Mazrui, “Mini-skirts and Political Puritanism”, en *Africa Repon*, octubre de 1968.

71 *Reporter*, Nairobi, 23 de febrero de 1968.

denominó “humanismo” a la filosofía nacional. Según dijo, ella derivaba de la verdad de que todas las personas son “humanas bajo la piel”. Pero sucedió que algunas eran más humanas que otras. “El humanismo de Zambia”, declaró, “trata de erradicar todas las tendencias perversas del hombre [...] de lograr la realización de la perfección humana”, liberando a la sociedad de las “inclinaciones humanas negativas; por ejemplo el egoísmo, la codicia, la hipocresía, el individualismo, la pereza, el racismo, el tribalismo, el provincialismo, el nacionalismo, el colonialismo, el neocolonialismo, el fascismo, la pobreza, las enfermedades, la ignorancia y la explotación del hombre por el hombre”.⁷² Esta lista ofrecía al Estado infinitas posibilidades de acción autoritaria. En otros países aparecieron diferentes “ismos”. Ghana produjo el “conciencismo”, Senegal la “negritud”. En el Congo, el presidente Mobutu no supo qué hacer, hasta que al fin descubrió la ideología ideal: el “mobutismo”.

Apenas las tiranías comenzaron a aparecer a principios de los años sesenta, pasaron rápidamente de los despotismos relativamente cultos (e incruentos) de la Tanzania de Nyerere a los horrores resurgidos del pasado más sombrío de África. La horrible comedia que Evelyn Waugh había creado en *Black Mischief* se convirtió en realidad. El “día de Kenyatta”, en octubre de 1965, el presidente de Kenia, denominado en otros tiempos por el gobernador británico “el jefe de las sombras y la muerte” y ahora llamado por los aliviados colonos blancos “el viejo”, celebró una “última cena” para conmemorar la comida que tomó antes de que lo arrestasen como terrorista mau-mau.⁷³ En Malawi, el doctor Hastings Banda, llamado el “conquistador” y el “salvador”, apeló a la brujería para sacralizar su gobierno. En Zaire, Joseph Mobutu prohibió los nombres cristianos y se autodenominó Mobutu Sese Seko Kuku Ngbendu Wa Za Banga, que en una traducción libre significa “el gallo que no deja en paz a ninguna gallina”.⁷⁴ El presidente Bongo, de Gabón, prohibió la palabra pigmeo (media menos de un metro cincuenta), pero mantuvo un grupo de guardaespaldas formado por gigantescos alemanes ex miembros de la Legión Extranjera, que se complacían en cantar el *Horst Wessel Lied* en el hotel principal.⁷⁵ A medida que avanzó la década de los sesenta, la violencia afectó con frecuencia cada vez mayor a las nuevas elites africanas. Dos primeros ministros de Burundi fueron asesinados uno tras otro. El golpe nigeriano de 1966 costó la vida al primer ministro federal y a dos de los tres primeros ministros regionales. También perecieron los presuntos caudillos: en la República Popular del Congo mostraron en la televisión a un alto jefe militar ejecutado que tenía la boca repleta de dólares. Los gobernantes mostraron cierta tendencia a aplicar personalmente el castigo. El presidente de Benin (antes Dahomey) asesinó a su ministro de Relaciones Exteriores cuando lo encontró en la cama con su esposa. Otro ministro de Relaciones Exteriores, esta vez en Guinea Ecuatorial, fue asesinado a garrotazos por su propio jefe de gobierno.

Este último incidente fue uno de los innumerables crímenes cometidos por el presidente Francisco Macías Nguema. En los estados africanos más pobres, de los que hay casi treinta, los gobernantes crearon estados unipartidarios y, en teoría, ejercieron autoridad absoluta. Pero en la práctica tendían a ejercer escaso poder si se trataba de gravitar sobre las situaciones irreductibles, o incluso de arbitrar en las disputas tribales. Todo lo que podían hacer era tiranizar, por lo general mediante la violencia personal. Macías fue un caso típico. Nació en la colonia española en 1924, se desempeñó en la administración, se convirtió en presidente cuando llegó la independencia, en 1968, y alcanzó la condición de presidente vitalicio en 1972. Durante los siete años siguientes convirtió al país en un virtual campo de prisioneros y muchos de sus habitantes sencillamente huyeron para salvar la vida. Un golpe organizado por los españoles lo derrocó el 3 de agosto de 1979 y entonces se lo juzgó por “genocidio, traición, fraude y violación sistemática de los derechos humanos”. Su ejecución fue realizada por un pelotón marroquí, enviado en avión, pues los soldados locales se quejaron de que el espíritu de Macías era demasiado potente para las balas y que volvería como un tigre.⁷⁶

⁷² Naipaul, op. cit., pp. 237-238.

⁷³ *The Times*, 7 de octubre de 1965.

⁷⁴ Marnham, op. cit., p. 199.

⁷⁵ West, op. cit., p. 146.

⁷⁶ *Annual Register*, Londres, 1980.

El caso del presidente (después emperador) Bokassa de la República Central Africana fue análogo. Cuando los franceses otorgaron la independencia a la colonia, instalaron como presidente a David Dako, un político profesional elegido por ellos mismos. Dako intentó, sin éxito, un juego de equilibrio entre Izamo, jefe de la policía, y Bokassa, quedirigía el ejército; este último demostró que era el más ágil del terceto.⁷⁷ A partir de 1965, Bokassa se autodesignó presidente vitalicio y, desde 1977, emperador; en diciembre celebró una complicada ceremonia de coronación, con la asistencia de 3.500 invitados extranjeros. Se utilizó entonces un trono que tenía la forma de un águila y se empleó una corona con 2.000 diamantes, así como adornos copiados de la coronación de Napoleón. Todo esto costó 30 millones de dólares, un quinto de las magras rentas del país. Su amistad con el expansivo presidente Giscard d'Estaing, de Francia, a quien regaló diamantes, fue uno de los factores de no poca importancia que apuntalaron su régimen. Celebró su primer aniversario despidiendo y exiliando a su hijo mayor, el príncipe George, acusado de formular observaciones contra su padre. Dos meses más tarde, en enero de 1979, asesinó a cuarenta escolares que se rebelaron cuando se los obligó a comprar uniformes confeccionados en la fábrica de Bokassa. En abril, de treinta a cuarenta niños fueron asesinados en la prisión de Ngaragba, al parecer en presencia de Bokassa y en parte por mano del mismo emperador; el hecho fue demostrado por una comisión de abogados encabezados por Youssoupha Ndiaya, de Senegal. Cuando Giscard, alarmado por la publicidad, envió a René Journiac, su asesor en asuntos africanos, para pedir la abdicación del emperador, el delegado tuvo que soportar golpes en la cabeza aplicados con el cetro imperial. Como represalia, Giscard desembarcó tropas en Bangui el 21 de septiembre de 1979; con esta fuerza viajó Dako, destinado a representar el papel de presidente sustituto. Por pedido de Giscard, Bokassa recibió asilo en la Costa de Marfil y más tarde fue condenado a muerte *in absentia* por asesinato, canibalismo, “inteligencia con Libia” y fraude con oro y diamantes.

El régimen de Sékou Touré, en la República de Guinea, resultó un poco mejor; el del coronel Gaddafi, en Libia, considerablemente peor; ambos cometieron el delito adicional de exportar sus horrores a los países vecinos. El caso más instructivo fue el del “general” Amín, en Uganda, porque ilustró muchas debilidades del sistema mundial durante los años setenta. Fue también el más trágico, pues de hecho destruyó a Uganda, anteriormente el país más encantador de África. Churchill, que lo visitó en su carácter de subsecretario de Colonias en 1908, afirmó que era “el paraíso en la tierra”, “ese jardín tropical”. “Uganda es un cuento de hadas”, escribió. “Uno sube al ferrocarril, en lugar de seguir un sendero, y en la cima descubre un mundo nuevo y maravilloso.”⁷⁸ En octubre de 1963 se procedió a acelerar la independencia de Uganda, en armonía con la política de los “vientos de cambio” de Macmillan. La tribu gobernante de los baganda estaba formada por individuos bien educados y siempre impresionó a los europeos a causa de su encanto. Pero el país era, en muchos aspectos, una región primitiva, desgarrada por complejas rivalidades tribales, por la enemistad racial entre el norte musulmán y el sur cristiano, y por antiguas formas de sectarismo en el seno de las comunidades cristianas. La magia violenta tenía carácter ubicuo. Los kakwa y los nubi del norte musulmán bebían la sangre de sus víctimas, les comían el hígado y creían en el “*yakan* de agua de Alá” mandista, un líquido que bebido convierte a los soldados en seres invulnerables. Pero los cultos reyes baganda también mutilaban los cadáveres con el fin de provocar sentimientos de terror políticoreligioso.⁷⁹ La situación era aún más grave porque Milton Obote, el político profesional instalado en el cargo de primer ministro al declararse la independencia, era un sectario antibaganda de mente estrecha y excepcional incompetencia administrativa. En 1966 destruyó la constitución; en ese proceso utilizó a Amín para asaltar el palacio de Kabaka y expulsarlo por la fuerza. Cuando Obote a su vez fue derrocado por Amín, en enero de 1971, muchas personas saludaron con aprobación el dominio militar, por entender que era el menor de los males.

Es importante advertir que incluso en esta etapa se sabía que Idi Amín era un individuo excepcionalmente astuto y perverso. Era un hombre de elevada estatura, hijo de una bruja lugbara; se había convertido en musulmán a los dieciséis años y derivaba su poder de los kakwa y nubi

77 Pierre Kalck, *Central African Republic: a Failure of Decolonization*, Nueva York, 1971.

78 Winston Churchill, *My African Journey*, Londres, 1908.

79 George Ivan Smith, *Ghosts of Kampala*, Londres, 1980, p. 34.

norteños. Se alistó en los Rifleros Africanos del Rey cuando era adolescente y su ascenso a oficial, pese a que prácticamente carecía de educación, reflejó la desesperada necesidad de evitar un motín del tipo observado en el Congo en momentos en que se aproximaba la independencia. Pronto se labró una mala reputación en Kenia, durante el período en que combatió a los ladrones de ganado. Se descubrió que había asesinado a tribeños pokot y dejado los cadáveres como alimento para las hienas; que había arrancado información a los tribeños karamajor amenazando cortarles el pene con una *Manga*, y que, en efecto, había cortado los genitales de ocho de ellos para obtener confesiones. Se sabía también que había asesinado a doce aldeanos de Turkana. Las autoridades británicas se resistían a acusar a uno de los pocos oficiales negros que servían en vísperas de la independencia y remitieron el caso a Obote, que ya era el primer ministro designado. Obote se contentó con una “reprimenda severa”, un castigo extraño para el asesinato masivo.⁸⁰ Más aún, ascendió a coronel a Amín, lo utilizó para aplastar a los baganda y le permitió formar una base tribal de carácter militar en el norte, participar en el contrabando en gran escala de oro y marfil, reclutar musulmanes sin subordinación al gobierno, asesinar al único oficial negro de cierta jerarquía, el brigadier Okoya, y a su esposa en enero de 1970, y más tarde tratar al ejército como si fuese de su propiedad privada. Cuando el auditor general informó a Obote que faltaban 2 millones y medio de libras esterlinas de los fondos militares, el primer ministro partió para asistir a una conferencia en Singapur y le dijo a Amín que le exigiría una “explicación completa” a su regreso. Esa actitud equivalía a proponer un golpe y, en efecto, Amín ya había percibido consejos en ese sentido de parte del coronel Gaddafi y el líder palestino Yasser Arafat, que deseaban expulsar a los asesores israelíes de Obote.

Amín instauró un régimen racista, actuó desde el principio en beneficio de los árabes y musulmanes, y comenzó a promover masacres de las tribus langi y acholi pocas semanas después de asumir el poder. En julio de 1971 pidió a los israelíes que lo ayudasen a invadir Tanzania por medio de la toma del puerto de Tanga; los israelíes respondieron retirándose. Los británicos suspendieron su apoyo al mismo tiempo y en adelante Amín se convirtió en cliente de Gaddafi. Los musulmanes constituyen sólo el cinco por ciento de la población y únicamente el apoyo libio permitió que la prolongada tiranía fuese posible, aunque los terroristas palestinos suministraron a Amín una guardia personal y los más eficaces de sus verdugos y torturadores. Gaddafi convenció a Amín de que expulsara a los asiáticos y precisamente en ese momento, agosto de 1972, comenzó el auténtico saqueo del país. Pero debe señalarse que Gran Bretaña continuó enviando carros blindados a Amín todavía hasta diciembre de 1972.⁸¹ Más aún, el despacho a Uganda de artículos de lujo escasos desde el aeropuerto de Stansted, un tráfico importante que permitió que Amín mantuviese alta la moral de sus soldados, continuó con la aprobación del gobierno británico casi hasta el fin del terror.

Las actas conservadas del gabinete aportan una visión muy particular del ascenso de una tiranía tribal primitiva revestida con las formas externas del constitucionalismo burocrático británico. Así, el acta del gabinete 131, fechada el 14 de marzo de 1972, dice: “Si un ministro cree que su vida está en peligro a causa de la acción de una multitud díscola o de personas insatisfechas, tiene libertad para tirar a matar”.⁸² En realidad, los ministros no temían a las personas insatisfechas sino al mismo presidente. Su ministro de Educación, Edward Rugumayo, que fugó en 1973, envió un memorándum a todos los jefes de Estado africanos y en él afirmó que Amín no tenía “principios, normas morales ni escrúpulos”, y que estaba dispuesto a “matar u ordenar la muerte de cualquiera sin vacilar”.⁸³ Su fiscal general, Godfrey Lule, comentó: “Mata de manera racional y fría”. Henry Kyemba, ministro de Salud, afirmó que el asesinato de Michael Kagwar, presidente del Tribunal Industrial, en septiembre de 1971, “reveló a todo el país que las masacres no se limitaban al ejército o a los acholi y los langi”.⁸⁴ La lista de víctimas pronto incluyó a todas las figuras públicas que, de un modo o de otro, criticaban o estorbaban a Amín: el gobernador del Banco de Uganda; el

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 51 y ss.

⁸¹ West, *op. cit.*, pp. 24-25.

⁸² Citado en Smith, *op. cit.*, p. 96.

⁸³ *Ibid.*, en relación al texto del memorándum véase p. 101.

⁸⁴ Henry Kyemba, *State of Blood*, Londres, 1977.

vicecanciller de la Universidad Makerere; el ministro de Relaciones Exteriores; el presidente de la Suprema Corte, arrastrado fuera del tribunal a plena luz del día; el arzobispo Janan Luwun, muerto a golpes, al mismo tiempo que dos ministros del gabinete, por el propio Amín. Éste a menudo participaba en atrocidades, a veces de carácter privado. Teresa, esposa de Kyemba y jefa de enfermeras del hospital Mulago, presenció el episodio en que trajeron el cuerpo fragmentado de Kay, esposa de Amín: parece que no sólo la asesinó sino que la descuartizó, pues conservaba colecciones de láminas de los manuales anatómicos. Se dice también que mató a su hijo y le comió el corazón, siguiendo el consejo de un brujo traído en avión de Stanleyville.⁸⁵ No cabe duda de que era un canibal ritual y que conservaba ciertos órganos en su refrigerador.

La imagen del canibalismo refrigerado resumía el régimen, que era una grotesca caricatura del terror de tipo soviético. La policía tradicional sencillamente desapareció, pues sus oficiales superiores fueron asesinados porque investigaron los crímenes de Amín. A semejanza de Stalin, Amín tenía servicios de seguridad que competían unos con otros. Éstos incluían su creación personal, la Unidad de Seguridad Pública, la policía militar, y su equivalente de la KGB, una organización denominada Centro Estatal de Investigaciones, que se había desarrollado a partir de la antigua Sección de Investigación del Gabinete y que todavía conservaba los volúmenes encuadernados del *Economist*. El Centro Estatal de Investigaciones funcionaba ateniéndose al consejo de algunos palestinos y libios, que a su vez, en ciertos casos, habían sido entrenados en Rusia. Generalmente estos hombres mataban con mazas, pero no debe creerse que la organización era totalmente primitiva. Se comunicaba mediante un túnel con la villa de Amín, de modo que las víctimas que acudían a verlo (le agradaba invitarlos a beber cócteles) podían ser retiradas sin que nadie volviese a verlas. Los castigos corporales aplicados por este grupo eran actividades regulares, ejecutadas todos los días a ciertas horas. En contraste con el carácter impulsivo de Amín, había un ingrediente de rutina totalitaria y orden burocrático en el terror. Como en el bloque soviético, por lo menos dos agentes del Centro desempeñaban la función de agregados en las misiones extranjeras ugandesas. Igual que la KGB, el Centro financiaba sus actividades mediante actividades comerciales, incluyendo el tráfico de drogas, y a menudo mataba a cambio de pagos en efectivo.⁸⁶ Amín no era sólo un caso de reversión al primitivismo africano. En ciertos aspectos, su régimen resultaba un reflejo característico de los años setenta. Su terror era un fenómeno árabe-musulmán; su régimen era en muchos sentidos una forma extranjera, dirigida por nubios, palestinos y libios.

Podría argumentarse que la política de poder desarrollada por las Naciones Unidas durante los años setenta y las ingratas consecuencias de la moral relativista difundida en la organización por Hammarskjöld y su escuela fueron responsables de la prolongación del régimen de Amín durante seis años terribles. De acuerdo con una autoridad, la ausencia de una acción internacional en 1972, cuando el carácter del régimen ya era por demás evidente, costó la vida de 200.000 ugandeses. Gran Bretaña tuvo una pesada cuota de responsabilidad. Los archivos del Centro revelaron lo importante que era para el régimen el “transporte de whisky originado en Stansted”. La tranquilidad británica culminó en junio de 1975, cuando Amín amenazó con ejecutar a Denis Hills, un conferenciante británico, que lo había llamado “tirano de aldea”. James Callaghan, un primer ministro débil incluso juzgado según las normas de los años setenta, envió al general sir Chandos Blair con una carta de la reina que pedía clemencia y más tarde voló personalmente a Kampala, pero permitió que el tráfico de Stansted continuara hasta el 4 de marzo de 1979, de hecho las vísperas del derrocamiento de Amín. El único gobierno que tuvo una actitud meritoria fue el israelí, que actuó enérgicamente para salvar vidas cuando Amín y los palestinos asaltaron un avión en Entebbe, en junio de 1976.

La mayoría de los estados africanos apoyó a Amín, en armonía con el antiguo principio latinoamericano de “la unión de los caudillos”. Pese a las revelaciones de sus atrocidades genocidas por algunos ex ministros, la OAU lo eligió presidente, y todos, excepto tres de sus miembros, asistieron a la cumbre de la OAU celebrada en Kampala. Nyerere se opuso, no tanto por razones morales como porque era aliado de Obote y temía con razón una invasión de Amín. “Al reunirse en

85 Smith, op. cit., pp. 111-112.

86 Ibid., pp. 124-131.

Kampala”, protestó, “los jefes de Estado de la OAU estaban confiriendo respetabilidad a uno de los gobiernos más criminales de África”. Irritada, la OAU contempló incluso la posibilidad de una moción que debía condenar a Tanzania. Los jefes de Estado prodigaron las felicitaciones a Amín durante la cumbre, pues después de haber consumido partes de su esposa anterior, contrajo matrimonio con otra mujer, una bailarina de su Unidad Suicida Mecanizada. Aplaudieron cuando Amín fue transportado sobre una litera, a hombros de cuatro empresarios blancos, mientras un sueco sostenía una sombrilla sobre su cabeza, y cuando la fuerza aérea ugandesa realizó una demostración y bombardeó el lago Victoria, apuntando a un blanco que ostentaba el rótulo “Ciudad de El Cabo” (todas las bombas erraron el blanco y el comandante de la fuerza aérea fue asesinado apenas se marcharon los delegados). Los jefes de Estado de la OAU de nuevo ofrecieron a Amín una cálida recepción en 1977 y la entidad no formuló críticas contra éste hasta 1978, y aun entonces las críticas fueron discretas.⁸⁷

La mayoría de los miembros de las Naciones Unidas, donde los bloques africano, asiático, árabe y soviético eran la mayoría, se comportaron con el mismo cinismo. En su condición de presidente de la OAU, Amín habló ante la Asamblea General el 1 de octubre de 1975; su violento discurso denunció la “conspiración sionista norteamericana” y reclamó no sólo la expulsión de Israel sino su “extinción” (es decir, el genocidio). La Asamblea lo recibió con una tremenda ovación cuando llegó, lo aplaudió mientras pronunció su discurso y nuevamente se puso de pie cuando partió. Al día siguiente, el secretario general de las Naciones Unidas y el presidente de la Asamblea General ofrecieron una cena pública en honor de Amín.⁸⁸ Los intentos de denunciar en las Naciones Unidas (en 1976 y 1977) la violación de los derechos humanos en Uganda se vieron bloqueados por los votos africanos, que prestaron a Amín el mismo servicio en la Conferencia de la Comunidad Británica de Naciones en 1977. Incluso cuando invadió Tanzania, el 30 de octubre de 1978, la iniciativa que provocó su caída cinco meses después, la OAU se negó a condenarlo y dijo a Nyerere que aceptaba la mediación. Por una vez el dictador socialista tanzanio abandonó la prudencia verbal:

Desde que Amín usurpó el poder ha asesinado a más personas que Smith en Rhodesia, a más personas que Vorster en África del Sur. Pero en África se observa la tendencia a restar importancia a los casos en que un africano mata a otros africanos [...] Ser negro está convirtiéndose ahora en un certificado que permite matar a los semejantes africanos.⁸⁹

Ésa fue la consecuencia del principio del relativismo moral incorporado por Hammarskjöld, que determinaba que el asesinato entre africanos no fuese asunto de la competencia de las Naciones Unidas; por lo tanto, podía perdonarse a Amín si creía que este organismo le habían otorgado licencia para practicar el asesinato en masa, incluso el genocidio. El régimen de Amín se vio posibilitado por la filosofía de la generación de Bandung, así como por la barbarie renacida de África. Sin embargo, un año después de su caída comenzó a reescribirse la historia. Se afirmó que el aplauso que lo saludó en las Naciones Unidas era “irónico”. Se estableció una relación entre el terror y el “imperialismo”.⁹⁰ No puede afirmarse que los sufrimientos de Uganda concluyeron cuando llegó el “ejército de liberación” de Tanzania, trayendo en el equipaje a Obote. Cuando los tanzanios llegaron a Kampala, ante todo la saquearon. Aunque el propio Amín pudo refugiarse en el mundo musulmán (en Libia y más tarde en Arabia Saudita), sus fuerzas tribales continuaron ocupando y aterrorizando parte del país. Con el respaldo armado de Nyerere, Obote “ganó” las elecciones de los años ochenta. El partido UPC de Obote y la “comisión militar” controlada por Nyerere amañaron los límites de los distritos electorales; declararon ilegalmente que 17 bancas no disputadas eran victorias del UPC; mataron a un candidato de la oposición (Partido Demócrata) y

⁸⁷ Ibid., pp. 166-167.

⁸⁸ Daniel Patrick Moynihan, *A Dangerous Place*, Londres, 1978, pp. 154-155.

⁸⁹ Citado en Smith, op. cit., p.181

⁹⁰ J. J. Jordensen, *Uganda: a Modern History*, Londres, 1981; Wadada Nabundere, *Imperialism and Revolution in Uganda*, Tanzania, 1981.

golpearon a otros; exoneraron ilegalmente a catorce oficiales que habían regresado y que no se sometían al UPC; expulsaron al presidente de la Suprema Corte y a otros funcionarios para intimidar al Poder Judicial y, finalmente, después que se comprobó, la noche de la elección, que el Partido Demócrata de todos modos triunfaba, anunciaron por la radio oficial que todos los resultados serían “corregidos” por los militares. En ese momento el secretario de la comisión electoral huyó para salvar la vida. Luego el ejército destruyó las pruebas de las victorias del Partido Demócrata y se declaró vencedor a Obote.⁹¹ El resultado fue la guerra civil regional y tribal; el terrorismo masivo, promovido por tres “ejércitos” indisciplinados y en su mayoría impagos, prolongó de manera indefinida la agonía del “país mágico” de Churchill.⁹²

El caso de Uganda ilustró la tendencia de África poscolonial, desde mediados de los años sesenta en adelante, a comprometerse en guerras internas y externas, y de la OAU y las Naciones Unidas a exacerbar la apelación a la violencia en lugar de arbitrar las disputas. Ese estado de cosas no era fortuito. La militarización de la OAU comenzó en Addis Abeba en 1963, cuando se renunció a la resistencia pasiva, se adoptó la fuerza como medio de terminar con los restantes regímenes coloniales y se formó un “comité de liberación”, presidido por Tanzania. Al año siguiente, en El Cairo, el ex pacifista Nyerere fue precisamente quien reclamó la expulsión de Portugal mediante la fuerza, y en 1965, Rashidi Kawawa, subordinado de Nyerere, dijo al Comité de las Naciones Unidas Acerca del Colonialismo, en Dar Es Salaam, que su función era idéntica a la del comité de la OAU, “dos comités de liberación de importancia histórica en la lucha contra el colonialismo”. M. Coulibaly, de Malí, director del comité de las Naciones Unidas, al principio protestó, señalando que no era posible identificar a las Naciones Unidas con un organismo militar de carácter regional. Después capituló y su comité dictaminó que resultaba legítimo que un estado usara la fuerza para expulsar a los portugueses. Era la primera vez que las Naciones Unidas se comprometían con la solución militar, contrapuesta a la solución pacífica de los problemas políticos. Cuatro meses después, en noviembre de 1965, Nyerere convenció a la OAU de que ampliase el principio de manera que incluyera a Rhodesia.⁹³

Como las Naciones Unidas y la OAU no se limitaban a convalidar la violencia sino que incitaban a ella e incluso la imponían, los estados africanos individuales la utilizaron cada vez más ampliamente para resolver sus guerras civiles intertribales y las disputas de fronteras, que estaban congeladas durante el período colonialista. Al parecer, África es el continente que posee más amplia diversidad lingüística y étnica. De los cuarenta y un estados independientes, sólo Egipto, Túnez, Marruecos, Lesotho y Somalia eran básicamente homogéneos, aunque estos países tenían fronteras discutibles. Como implican conflictos tribales que van más allá de las fronteras, la mayoría de las guerras civiles africanas tienden a convertirse también en guerras entre países. Una de las primeras, la revuelta racial de los hutu en Ruanda, en el año 1958, contra sus señores tutsi, comprometió a Burundi, y este esquema se repitió tres veces durante los quince años siguientes. La revuelta de los polisarios contra Marruecos y Mauritania, la lucha entre los musulmanes del norte y los cristianos del sur en Chad, las guerras civiles en Angola, Sudán y Nigeria, cinco de los conflictos más prolongados y graves, implicaron todos la intervención exterior. No puede sorprender que las Naciones Unidas y la OAU se mostraran completamente incapaces de arbitrar estos conflictos. Un ejemplo típico fue la partición, en diciembre de 1975, del antiguo Sahara Español entre Marruecos y Mauritania, un episodio que recordó las particiones de Polonia durante el siglo XVIII (o en 1939). Argelia fue excluida y en adelante respaldó a los insurgentes polisarios. Las Naciones Unidas aprobaron dos resoluciones que se excluían mutuamente, una para apoyar a Marruecos y la otra para apoyar a Argelia. La OAU nunca intentó seriamente aplicar su máxima fundamental de que los estados no deben interferir en los asuntos internos de otros países, excepto (hecho bastante interesante) en el caso de la Uganda de Amín. No censuró a Gaddafi, de Libia, a causa de sus intentos de derrocar a Sadat en Egipto, a Niheimi en Sudán, a Bourguiba en Túnez, a Francis Tombalbaye y Felix Malloum en Chad, así como su evidente intervención en media docena de

91 Victoria Brittain, “After Amin”, en *London Review of Books*, 17 de septiembre de 1981.

92 Por ejemplo, el *Daily Telegraph*, 5 de septiembre de 1981.

93 Mazrui, *Violence and Thought*, pp. 37-39.

estados. La OAU tampoco pudo impedir las incursiones de potencias no africanas, pues nadie deseaba repetir el desastroso compromiso del Congo con las Naciones Unidas y, en definitiva, los mismos estados individuales solicitaron la ayuda de tropas extranjeras, como hicieron Kenia, Uganda y Tanzania con Gran Bretaña, y la Costa de Marfil, Gabón y Senegal con Francia.⁹⁴

Las complejidades a través de las fronteras se acentuaron de manera considerable después de 1973-1974, cuando Rusia soviética, con su satélite Cuba, por primera vez envió gran número de soldados al teatro africano. Un ejemplo de esto es el de Etiopía, donde el anciano emperador Haile Selassie había dirigido un régimen semifeudal y semiliberal mediante un equilibrio cuidadoso de la ayuda exterior. Los indios entrenaban a su ejército; los británicos y los noruegos, a la marina; los suecos, a la fuerza aérea; los franceses administraban el ferrocarril; los australianos, los hoteles; los yugoslavos, el puerto; los rusos, la refinería de petróleo; los búlgaros, la flota pesquera; los italianos, las cervecerías; los checos, las fábricas de zapatos; y los japoneses, las fábricas textiles.⁹⁵ Los rusos aprovecharon la oportunidad de derrocar al anciano en 1974 —lo asfixiaron con una almohada—, conquistaron el monopolio de la influencia y en el proceso abandonaron a sus protegidos somalíes. Lo peor que podría decirse de la censura del emperador era que había suprimido la muerte del rey en *Macbeth*; después de su caída, Shakespeare ya no fue representado. El régimen adquirió un carácter totalitario, asesinó a decenas de miles de opositores y se enredó en guerras fronterizas en gran escala que continuaron bien entrados los años ochenta. Después que Rusia extendió al África la guerra fría, el continente se convirtió en el teatro clásico de la Realpolitik, con la formación y la variación brusca de las alianzas y del principio de acuerdo por el que “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”. Un ejemplo característico fue la invasión katanguesa de Zaire a través de la frontera angoleña en 1977-1978; en este caso los comunistas reemplazaron a los “secesionistas imperialistas” de 1960 y ayudaron a los katangueses con soldados cubanos y rusos, mientras Marruecos y Francia respaldaban a Zaire.

El total de aproximadamente treinta guerras civiles e internacionales que los nuevos estados africanos libraron durante las dos primeras décadas originaron una masa cada vez más considerable de refugiados. En 1970 había un millón, registrados estadísticamente por las Naciones Unidas. La figura se elevó a 4,5 millones en 1978, más de 2 millones incluidos en el rubro de los “desarraigados” después de regresar a su patria. En 1980 había 2.740.300 refugiados registrados por las Naciones Unidas en diecisiete países africanos, más 2 millones de “personas desplazadas”, la gran mayoría resultado de las actividades militares de Rusia soviética, Cuba y Libia.⁹⁶ Era remota la posibilidad de que una proporción importante de estas personas fuese reasentada. Hacia principios de los años ochenta, la totalidad de los nuevos estados independientes, con excepción de la Costa de Marfil, Kenia y los tres territorios productores de petróleo —Argelia, Libia y Nigeria—, eran más pobres que durante el sistema colonial. Algunos habían abandonado del todo la economía de mercado.

En tales circunstancias, se invirtió el proceso de rápido progreso material que había sido un rasgo de la última fase del colonialismo, es decir de los años 1945 a 1960. Aunque la independencia originó muchos pactos regionales; por ejemplo el grupo de Casablanca, de seis países, el grupo de Monrovia, de quince países, y los doce de Brazzaville, en general fueron acuerdos verbales con fines políticos y aportaron resultados efímeros. Mientras tanto, se deterioraron o desaparecieron los arreglos específicos y prácticos interestatales referidos a las monedas, los transportes y las comunicaciones. Las guerras, las “situaciones urgentes” y el cierre de las fronteras desorganizaron las comunicaciones viales y ferroviarias. No se renovó el material rodante. Los caminos se deterioraron. Las formas de viajar tendieron a retornar a las prácticas de la década de 1890 y se establecieron vínculos principalmente entre las ciudades costeras (por aire más que por mar), pero con escaso movimiento de larga distancia hacia el interior de cada región. La movilidad se convirtió en un fenómeno fragmentario y poco fidedigno. A fines de la década de los setenta, los más graves atascamientos de tránsito se manifestaron no en el avanzado Occidente sino en Lagos. Se dijo

94 Colín Legum *et. al.*, *Africa in the 1980s*, Nueva York, 1979.

95 West, *op. cit.*, pp. 6-7.

96 Con respecto a cifras detalladas véase el *New York Times*, 11 de mayo de 1980.

entonces que el jefe de Estado, el general Mohammed, murió porque no pudo resolver este tipo de embotellamientos ni siquiera para beneficio propio, de modo que su automóvil se encontraba paralizado siempre a la misma hora, las ocho de la mañana, una circunstancia que facilitó el planeamiento de su asesinato. En 1976, después que el gobierno nigeriano ordenó la compra de 18 millones de toneladas de cemento, las vías de acceso al puerto de Lagos estaban bloqueadas por una flota de casi quinientas naves, de modo que cuando la mayoría de ellas pudo desembarcar su carga, ésta ya no era aprovechable.⁹⁷

Sin embargo, en muchas regiones interiores, incluso en Nigeria, el tránsito terrestre declinó. Como señaló una reseña: “Una parte cada vez más importante de la vida observable de África se desarrolla dentro de un radio de poco más de treinta kilómetros de sus tres docenas de aeropuertos internacionales”.⁹⁸ En vista de la declinación de las normas de control del tránsito aéreo y las frecuentes clausuras del espacio aéreo interno, a menudo era más fácil y barato viajar entre las capitales africanas vía Europa que directamente. Lo mismo podía afirmarse de las comunicaciones telefónicas; por ejemplo, era imposible telefonar a Abidján desde Monrovia, a unos seiscientos cincuenta kilómetros de distancia, salvo a través de Europa o América del Norte. Se sugirió que esta declinación beneficiaba de hecho a los gobiernos autoritarios, porque inmovilizaba a los críticos, ya que la mayoría de los gobiernos africanos destinaba a su uso exclusivo las redes de transporte militar y comunicaciones, de acuerdo con el modelo del Telón de Acero. Pero el Estado también sufría las consecuencias de esta situación. En 1982, el embajador del Chad en Bruselas se quejó de que no había tenido noticias de su gobierno durante más de un año.⁹⁹

El deterioro del nivel de la atención médica fue igualmente acentuado. Los progresos realizados en el intento de eliminar la malaria, que habían sido espectaculares a fines de los años cuarenta y durante la década de los cincuenta, dejaron sitio a la situación contraria. El programa de veinte años promovido por la Organización Mundial de la Salud en 1958 fue un fracaso. Hacia fines de los años setenta había 200 millones de casos en el mundo y 1.000 millones de personas vivían en áreas que implicaban riesgo de malaria. Esta inversión de la situación de ningún modo se limitó a África; la situación en América Central y Asia fue en cierto modo más decepcionante.¹⁰⁰ Pero al final de la década de los setenta se presenció un inquietante aumento de los casos de malaria observados en las capitales africanas, donde la enfermedad había sido erradicada durante los años cincuenta.¹⁰¹ La reaparición de los azotes tradicionales reflejó el aumento de la desnutrición y el hambre, el derrumbe de la salud pública y los servicios hospitalarios y la escasez de médicos calificados. En 1976, la Organización Mundial de la Salud modificó su política y anunció que en adelante los “curadores de aldea” serían utilizados en los servicios sanitarios rurales, aunque continuó formulándose una distinción entre las parteras, los “hueseros” y los herbarios de tipo africano, por una parte, y por otra los “brujos” que utilizaban “encantamientos y supersticiones”. En 1977 esta distinción fue anulada y los “médicos brujos”, favorecidos por el 90 por ciento de la población rural, fueron incluidos en la misma categoría que los profesionales educados científicamente.¹⁰² En Lagos, en la penumbra del más complicado embotellamiento mundial de tránsito, se inauguró un hospital escuela conjunto para los médicos que practican la medicina y la “curación”.

El esquema variado pero en definitiva sombrío del continente africano, una generación después de la independencia, se reflejó en el siguiente resumen de los hechos, elaborado el último año de la década de 1970 y el primero de la década de 1980. Para 1979: Sudán: intento de golpe. Marruecos: guerra en el Sahara Occidental contra las guerrillas del Polisario, con un costo de 750.000 libras esterlinas diarias. Etiopía: 20.000 cubanos y tropas etíopes libraban guerras en tres frentes contra Eritrea y Somalia, donde los refugiados superaban la marca de un millón. Djibuti: alzamiento en la

97 Marnham, op. cit., pp. 165, 205.

98 Ibid., p. 168.

99 David Lomax, 'The civil war in Chad', en *Listener*, 4 de febrero de 1982.

100 Genganne Chapin y Robert Wasserstrom, "Agricultura! Production and malarial resurgence in Central America and India", en *Nature*, 17 de septiembre de 1981.

101 *New York Times*, 11 de mayo de 1980.

102 Marnham, op. cit., p. 240.

región de Adar. Kenia: exitosas elecciones multipartidarias. Tanzania: 40.000 soldados invadieron Uganda, donde Amín, sostenido por 2.500 hombres de Libia, fue derrocado. Ghana: golpe encabezado por el teniente aviador Jerry Rawlings, tres ex jefes de Estado y muchos otros políticos ejecutados por pelotones de fusilamiento; flagelaciones y bastonazos públicos para castigar a los ciudadanos corruptos; huelga de la policía; declaración oficial de quiebra del país. Nigeria: retorno al gobierno civil. Liberia: disturbios a causa de los alimentos; setenta muertos. Senegal: creación de un cuarto partido legal. Mauritania: golpe; Ould Salack, que había derrocado a Ould Daddah en 1978, es derrocado por Ould Hardallah. Se firma la paz con las guerrillas del Polisario. Malí: elecciones unipartidarias. Guinea: liberación de detenidos políticos, incluso el arzobispo de Conakry. Benin: elecciones unipartidarias. Togo: elecciones unipartidarias; procesos políticos amañados de los llamados “elitistas brasileños”. Camerún: intento de golpe seguido por una pequeña masacre. Chad: guerra civil. República Popular del Congo: golpe. Guinea Ecuatorial: derrocamiento del dictador Macías. República Central Africana: derrocamiento de Bokassa. Zaire: se destaca que la mayoría de los caminos importantes son intransitables y dos tercios de los vehículos permanecen inutilizables por falta de repuestos; clausura del ferrocarril de Benguela; el 38 por ciento de las divisas extranjeras se destina al servicio de la deuda; el 42 por ciento de los menores de cinco años padece desnutrición. Burundi: cincuenta y dos misioneros son expulsados por “subversión”. Guinea-Bissau: los ingresos cubrían sólo el 65 por ciento de las erogaciones. Cabo Verde: más del 90 por ciento de los alimentos consumidos debía ser importado. Mozambique: la pena de muerte se aplica también al sabotaje, al terrorismo y a las actividades de los mercenarios; hubo muchas ejecuciones políticas; el presidente Machel atacó a los hombres de cabellos largos y a las mujeres de prendas ajustadas. Clausura de las iglesias católicas y anglicanas. Angola: guerra civil. Zambia: muchos arrestos políticos. Malawi: controles sobre la importación. Zimbabwe: fin del dominio blanco después de una década de guerra civil; 20.000 muertos. Namibia: guerra de guerrillas. Lesotho: guerra de guerrillas. Swazilandia: economía presionada por los refugiados. Botswana: lo mismo. África del Sur: guerra de guerrillas.

En 1980: Sudán: elecciones unipartidarias. Túnez: intento de golpe. Marruecos: guerra contra el Polisario. Argelia: la concentración de estilo soviético en la industria pesada es abandonada y tomada como un fracaso. Etiopía: helicópteros soviéticos artillados contra los somalíes, los oromo, los gallas y otras razas no amáricas. Somalia: los refugiados sobrepasan la marca de un millón y medio. Tanzania: Nyerere, candidato único, es elegido presidente; hambre. Zanzibar: intento de golpe. Uganda: el costo del mantenimiento de 20.000 hombres del ejército de ocupación de Tanzania, más 6.000 hombres del ejército de Uganda, representó el 37 por ciento de la renta; cincuenta asesinatos políticos por semana en Kampala; hambre. Ghana: inflación del 114 por ciento; clausura de las universidades. Nigeria: intento de golpe; 1.000 muertos. Gambia: prohibición de los partidos opositores; muchos arrestos. Liberia: golpe; muchas ejecuciones por pelotones de fusilamiento. Senegal: retiro voluntario de Senghor después de un gobierno de veinte años. Mauritania: golpe; Ould Hardallah es derrocado por Ould Louly. Malí: huelga de escuelas; se afirma que la economía es una “catástrofe”. Golpe financiado por Guinea en Bissau, después de una disputa acerca de los derechos sobre los yacimientos petrolíferos. Costa de Marfil: elecciones unipartidarias. Alto Volta: golpe. Níger: invasión por nómades financiados por Libia. Benín: el presidente Kerekou es “convertido” al Islam durante la visita a Gaddafi. Camerún: la economía presionada por los refugiados provenientes de Chad. Chad: guerra civil e invasión por Libia. Zaire: Mobutu declaró el 4 de febrero: “Mientras viva jamás toleraré la creación de otro partido”. Guinea-Bissau: golpe. Santo Tomé: amenaza de invasión de los exiliados; participaron 1.000 angoleños y 100 cubanos. Angola: guerra civil. Zambia: intento de golpe. Zimbabwe: elecciones libres supervisadas por los británicos. Namibia: guerra de guerrillas. Lesotho: invasión por el Ejército de Liberación de Lesotho. Sudáfrica: guerra de guerrillas.103

El resumen disimula muchos matices, pero confirma una tendencia descendente en el ciclo recurrente del interés por África. El primer ciclo, al que podemos denominar el período de Rhodes,

103 Compilado del *Annual Register*, Londres, 1980 y 1981, y del *New York Times*.

se extiende desde la década de 1880 hasta la primera guerra mundial, período en el que muchos creyeron que los recursos de África serían el pilar de la futura prosperidad europea. Esta actitud se mantuvo brevemente a principios de los años veinte y después desapareció. Otro ciclo de interés comenzó a fines de los años cuarenta y culminó a principios de los años sesenta, durante la transferencia del dominio colonial a la independencia. Comenzó a derrumbarse con la militarización de fines de los años sesenta. Hacia principios de los años ochenta ya no existía, es decir el interés del mundo por África se limitó sobre todo a ciertos productores primarios importantes, especialmente Nigeria y Sudáfrica. A esa altura de las cosas era evidente que la parte principal del continente había llegado a ser, y continuaría siendo, políticamente inestable y que era incapaz de un crecimiento económico autosostenido, incluso de ocupar un lugar en la economía internacional. África se había convertido sencillamente en la región de las guerras por interposición país, como el caso de España durante los años treinta. En África, la casta política profesional y el Estado omnicompetente se habían convertido en fracasos costosos y sanguinarios. Ahora debemos examinar en qué medida el mismo esquema se había repetido en Asia, sobre todo en los dos gigantes enfermos que albergaban a casi la mitad de la población mundial, China e India.

16 EXPERIMENTOS CON LA MITAD DE LA HUMANIDAD

Durante el verano de 1966 la prensa oficial de Pekín informó que el 16 de julio Mao Tse-tung, presidente del Partido Comunista chino, en ese momento un hombre de setenta años, había organizado y encabezado un ejercicio colectivo de natación en el Yangtze. Se publicaron algunas fotografías borrosas de lo que parecía ser la cabeza grande y redonda de Mao moviéndose en el agua. Los informes dijeron que había nadado casi dieciséis kilómetros en poco más de sesenta minutos, y se dijo que Mao “irradiaba vigor y buen ánimo”.¹ Éste fue sólo uno de los prodigios que aparentemente fueron observados en China durante el cuarto de siglo que medió entre el ascenso de Mao al poder y su muerte, en 1976. En general se creía que China tendía a superar los problemas económicos que eran propios de los países extensos, atrasados y densamente poblados, y que lo hacía en el marco de un consenso nacional entusiasta.

Los visitantes regresaban convertidos en fervientes admiradores del tipo maoísta de comunismo. Uno de ellos escribió que China era “una especie de monarquía benigna gobernada por un sacerdote emperador que había conquistado la devoción completa de sus súbditos”. Otro pronosticó que su pueblo sería “la encarnación de la nueva civilización del mundo”. Simone de Beauvoir atestiguó: “La vida en la China actual es excepcionalmente grata”. Otro testigo sostuvo que el país se había convertido en un lugar “que cuidaba de las vidas humanas con tan esforzada atención como Nueva Zelanda”. David Rockefeller elogió “el sentido de armonía nacional” y afirmó que la revolución de Mao había logrado “no sólo producir un gobierno más eficiente y consagrado a su tarea, sino también promover una moral elevada y una comunidad de propósitos”. Otro visitante norteamericano consideró que los cambios eran “milagrosos [...] En general, la revolución maoísta es el hecho más positivo que el pueblo chino ha vivido en el curso de siglos”. Lo que concitó mayor admiración fue el mejoramiento del tono moral. “De las muchas comunas que visité”, dijo Felix Greene, “todas, excepto una, negaron tener conocimiento de la existencia de niños nacidos fuera del matrimonio”. “La ley y el orden”, observó otro visitante norteamericano, “[...] rigen más a causa del elevado código moral predominante que por la amenaza de la acción policial”. Otro insistió en que los recaudadores oficiales de impuestos se habían convertido en personas “incorruptibles” y en que los intelectuales ansiaban demostrar que no “despreciaban a los campesinos” y que con ese fin “cargaban recipientes de abono en el tiempo libre”.²

Estos testimonios recordaban los elogios nada críticos prodigados por los visitantes a Stalin y su régimen durante los horrores de la colectivización y las grandes purgas. Cuando se los interrogaba acerca de este punto, los admirados visitantes contestaban que las lecciones de los errores soviéticos habían sido aprendidas, sobre todo gracias al genio extraordinario de Mao. Jan Myrdal escribió que era “el tercero, después de Marx y Lenin”, y que había resuelto el problema del modo de “evitar la degeneración de la revolución”. “Combinaba”, escribió un científico político norteamericano, “cualidades que rara vez coexisten con tanta intensidad en un mismo ser”. Han Suyin expresó que, a diferencia de Stalin, Mao “es sumamente paciente y cree en el debate y la reeducación”, y agregó que manifestaba “una preocupación permanente por la aplicación práctica de la democracia”. Cuando se suscitaba un problema, observó un sinólogo norteamericano, Mao “invariablemente” respondía “de un modo originalmente creador y profundamente ético”. Felix Greene creía que el hambre de poder había sido eliminada y que “no existían pruebas de esa manipulación por el poder o de la rivalidad personal que con tanta frecuencia hemos visto en el Kremlin”. Mao no era sólo un soldado, un jefe, un poeta, un filósofo, un maestro, un pensador y un ser carismático: era también

1 Jack Chen, *Inside the Cultural Revolution*, Londres, 1976, pp. 219-220.

2 Hollander, op. cit., cap. 7, “The Pilgrimage to China”, pp. 278 y ss.

una especie de santo. Lo que más impresionó de Mao a Hewlett Johnson era “algo que ninguna fotografía ha reflejado jamás, una expresión indefinida de bondad y simpatía, una evidente preocupación por las necesidades de otros [...] todo esto formaba el contenido profundo de sus sentimientos.”³

No es necesario decir que el relato de estos viajeros, como en la Rusia de Stalin, guardaban escasa o nula relación con la verdad, que era más interesante e infinitamente más deprimente. También la imagen pública de Mao estaba tan alejada de la realidad como la de Stalin. Mao no era un santo. No tenía en su persona ninguno de los rasgos del erudito o el mandarín. Era un campesino corpulento, tosco, brutal, terrenal e implacable; era en efecto un kulak, una versión educada de su padre. No sin justicia, Jruschov lo comparó con “un oso que se balancea al avanzar, serena y lentamente”.⁴ En un discurso ante el Politburó, en 1956, Mao advirtió: “No debemos seguir ciegamente a la Unión Soviética [...] Todos los pedos tienen su propio olor y no podemos afirmar que todos los pedos soviéticos huelan bien.”⁵ Tres años más tarde, al reconocer el fracaso del “gran salto”, dijo al mismo grupo: “Camaradas, todos deben analizar su propia responsabilidad. ¡Si tienen que cagar, caguen! ¡Si tienen que pedorrear, pedorreen! Después se sentirán mucho mejor”.⁶ Nuevamente en 1974, al reseñar los defectos de la Revolución Cultural, enunció esta idea: “La necesidad de defecar después de comer no significa que comer implique una pérdida de tiempo”.⁷ Un comunista belga lo describió, durante la gran convocatoria de los guardias rojos en la plaza de la Paz Celestial, el 18 de agosto de 1966, retirándose de tanto en tanto para quitarse la chaqueta y enjugarse el pecho y las axilas, al mismo tiempo que decía: “No es saludable permitir que el sudor se seque sobre el cuerpo”.⁸

Sin embargo, bajo este tosco exterior, latía un corazón fuerte —incluso salvaje— y romántico. Probablemente es cierto, como Stalin insistió en 1949, que Mao en realidad no era marxista: “No entiende las verdades marxistas más elementales”.⁹ Aunque utilizó las formulaciones marxistas, y él mismo creyó que era un gran pensador marxista, muy superior a los despreciables sucesores de Stalin, en la práctica nunca intentó aplicar el análisis marxista objetivo. No creía en absoluto en las “situaciones objetivas”. Todo estaba en la mente; podía decirse de él que era un Emile Coué geopolítico, que creía en el poder de “la mente sobre la materia”. Sostuvo que sobre la base de “la tremenda energía de las masas es posible realizar todas las tareas”.¹⁰ “Hay sólo un pensamiento improductivo”, dijo, “no existen las regiones improductivas. Hay sólo malos métodos de cultivo de la tierra, no la tierra estéril”.¹¹ Este desprecio por la realidad objetiva explica su disposición a aceptar la perspectiva de la guerra nuclear y su convicción de que China la ganaría. “El viento del Este prevalece sobre el viento del Oeste”, dijo en 1957. “Si el imperialismo insiste en librar una guerra, no tendremos más alternativa que adaptar nuestro pensamiento y combatir hasta el fin antes de continuar con nuestra construcción.”¹² Ese año, en Moscú, conmovió a sus colegas comunistas con el mismo argumento: “Es posible que perdamos más de 300 millones de personas, ¿y qué? La guerra es la guerra. Pasarán los años y nos pondremos a trabajar y produciremos más niños que nunca” (de acuerdo con Jruschov, “usó una expresión indecente”).¹³ Más tarde adoptó un punto de vista análogo por referencia a la guerra con Rusia: “Incluso si se prolonga indefinidamente, el cielo no se desplomará, los árboles crecerán, las mujeres darán a luz y los peces nadarán”.¹⁴ Al parecer, a

3 Ibid., pp. 326-330.

4 Talbot, ed., op. cit., p. 249.

5 John Gittings, *The World and China, 1922-1975*, Londres, 1974, p. 236.

6 Bill Brugger, *China: Liberation and Transformation 1942-1962*, Nueva Jersey, 1981, p. 212.

7 Ross Terrill, *Mao: a Biography*, Nueva York, 1980, p. 383.

8 Citado en Han Suyin, *Wind in the Tower: Mao Tse-Tung and the Chinese Revolution 1949-1975*, Londres, 1976, p. 291.

9 Talbot, ed., op. cit., p. 249.

10 Schram, op. cit., pp. 253-254.

11 Ibid., p. 295.

12 Ibid., p. 291.

13 Talbot, ed., op. cit., p. 255.

14 Terrill, op. cit., p. 53.

lo largo de toda su vida creyó que la auténtica dinámica de la historia no estaba tanto en la maduración de las clases (ésta podía ser la expresión exterior) sino en la determinación heroica. Se veía a sí mismo en el papel del superhombre nietzscheano convertido en realidad.

Por sus anhelos artísticos, su romanticismo y su creencia en que la voluntad es la clave no sólo del poder sino de la realización, Mao era un Hitler oriental. Aunque el culto de Mao exhibía una semejanza superficial con el stalinismo, en realidad esa práctica representaba un papel mucho más creador y fundamental en el Estado maoísta. A semejanza de Hitler, Mao amaba la política y la consideraba como un teatro. El decorado de su régimen era mucho más impresionante y original que las mediocres imitaciones stalinianas de la pompa nazi. Utilizó y transformó la majestad de la época imperial. Se entrenó a las multitudes de manera que lo saludasen con el canto ritual: “Vida eterna al presidente Mao”. A semejanza de los emperadores, trazó un surco anual simbólico, residió en la Ciudad Imperial e impartió instrucciones caligráficas destinadas a los monumentos.¹⁵ Pero a esto agregó una cultura solar propia, reflejada en su himno: “El Este es rojo”, impuesto a China como un segundo himno nacional:

Por el Este rojo nace el sol,
y surge en China un Mao Tse-tung.

Su cara redonda, semejante a un sol, aparecía en enormes carteles; a semejanza del sol, se presentaba al alba para inspeccionar a un millón de guardias rojos durante el verano de 1966.

Estas ocasiones, de las que hubo ocho en pocas semanas y que permitían que el sol brillase sobre más de 11 millones de personas, recordaban notoriamente a las asambleas de Nuremberg. Los guardias rojos entonaban rítmicamente los lemas maoístas, mientras Lin Piao (en una actitud semejante a la de Goebbels) dirigía las letanías: “¡Derrotemos a los capitalistas que detentan el poder! ¡Derrotemos a las autoridades burguesas reaccionarias! ¡Expulsemos a los demonios perversos y a los malos espíritus! Eliminemos las cuatro cosas antiguas: el pensamiento antiguo, la cultura antigua, las antiguas costumbres y los antiguos hábitos. ¡El pensamiento de Mao Tse-tung debe gobernar y transformar al espíritu, hasta que el poder del espíritu transforme la materia!” (18 de agosto de 1966).¹⁶ El pensamiento de Mao era “el sol de nuestro corazón, la raíz de nuestra vida, la fuente de nuestra fuerza”, “su pensamiento es una brújula y un alimento espiritual”, “como una cuña maciza esgrimida por un mono dorado”, “un haz brillante de luz”, que revelaba a “los monstruos y los duendes”, una serie de “espejos mágicos para descubrir a los demonios”, y él mismo era “la fuente de toda la sabiduría”. La Revolución y sus realizaciones eran (por así decirlo) una forma del pensamiento gigantesco de Mao, pues “todas nuestras victorias son victorias del pensamiento de Mao Tse-tung”.¹⁷

El *Librito Rojo* representó un papel análogo al del *Mein Kampf* y, como Hitler, Mao utilizó la ejercitación militar, los agrupamientos de bandas y el *son et lumière* para suscitar la ilusión y provocar la histeria. A fines de 1966, varias bandas de 1.000 ejecutantes tocaron “El Este es rojo”, y un filme del Noveno Congreso Nacional del Partido Comunista chino en 1969 mostró a los delegados sosteniendo en alto el *Librito Rojo* y saltando frenéticos, con las lágrimas descendiendo por las mejillas, aullando y ladrando como animales, en el Gran Salón del Pueblo.¹⁸ El lenguaje virulento e insultante que Mao y sus secuaces usaron para evocar un activismo violento e intolerante recordaba mucho al antisemitismo de Hitler.

El aspecto más importante en que Mao recordaba a Hitler era en su escatología inminente. Ante todo, Mao era un hombre caracterizado por la impaciencia violenta. Carecía del estoicismo sin prisa con el que Stalin persiguió implacablemente sus objetivos y sus odios. Como Hitler, Mao deseaba acelerar la historia. Pensaba que sus sucesores serían individuos acomodaticios y débiles, y que a menos que las cosas se hicieran mientras él vivía, quedarían sin realizar. Siempre se sentía

15 Roger Garside, *Coming Alive: China After Mao*, Londres, 1981, p. 45.

16 *Ibid.*, pp. 46-47.

17 Robert Jay Lifton, *Revolutionary Immortality*, Londres, 1969, pp. 72-73.

18 Garside, *op. cit.*, p. 50.

perseguido por el carro alado del tiempo y su impetuosidad se manifestaba en su amor complementario e insaciable al drama. En cierto sentido, Mao nunca realizó la transición de la revolución al gobierno. Carecía del apetito burocrático de Stalin. A sus ojos, la historia era una representación cósmica, una sucesión de episodios espectaculares, en los que él era el actor, el empresario y el espectador. Tan pronto el telón había descendido sobre una escena —por ejemplo, “la Larga Marcha” o “La caída del Kuomintang”— exigía que se elevase nuevamente y que se reanudara la acción, con más velocidad y furia que antes.

Por lo tanto, el reinado de Mao fue un terrible melodrama que a veces degeneró en farsa, pero que, en el sentido más profundo, constituyó siempre una tragedia, pues lo que él puso en escena no fue una representación teatral, sino una gigantesca serie de experimentos realizados con centenares de millones de personas reales, vivientes y sufrientes. El primer drama, después de la derrota del Kuomintang, parece haber sobrevenido hacia fines de 1950. Al principio, la reforma agraria aplicada en el sur, de acuerdo con la ley de 1949, no tuvo un carácter radical. Un discurso de Lin Piao, el 14 de junio de 1950, aplicó el freno. La expresión benévola “el campesino medio próspero” sustituyó al “campesino rico” y se acuñaron nuevas categorías, “los señores rurales esclarecidos” y “los pequeños terratenientes”, para preservar la actividad de los agricultores eficientes.¹⁹ Luego, la guerra de Corea dio a Mao el pretexto para provocar su primer cataclismo de la posguerra. En 1951 y todavía en 1952 y 1953, se aceleró constantemente la reforma agraria y se la aplicó con salvajismo. Se desarrolló la “campaña de los tres anti”, seguida prontamente por “la campaña de los cinco anti”. El 21 de febrero de 1951, las nuevas “Normas acerca del castigo de los contrarrevolucionarios” establecían la aplicación de sentencias de muerte y cadena perpetua para una amplia gama de “delitos”. En todas las ciudades importantes se celebraron asambleas masivas y en ellas se denunció y sentenció públicamente a los “enemigos” sociales. En el curso de unos pocos meses se celebraron casi 30.000 reuniones de este tipo solamente en Pekín, y éstas contaron con la asistencia de 3 millones de personas. Los diarios publicaban todos los días largas listas de nombres correspondientes a los contrarrevolucionarios ejecutados. En octubre de 1951 se afirmó que durante los primeros seis meses del año se habían ventilado 800.000 casos (Chu En-lai dijo después que el 16,8 por ciento había recibido sentencias de muerte, lo que implicaba un total de 135.000 ejecuciones, o 22.500 mensuales, un índice elevado incluso si se lo compara con los peores momentos de Stalin). El número total de muertos durante este primer drama de la posguerra organizado por Mao puede haberse elevado a 15 millones de individuos, aunque la cifra de 1 a 3 millones resulta más probable.²⁰

Este gigantesco fragmento de ingeniería social también estuvo acompañado por el primer intento que hizo Mao en el campo de la ingeniería mental, o lavado de cerebro, lo que él denominó “reforma del pensamiento”. Su propósito fue reemplazar la tradicional piedad familiar por la piedad filial respecto del Estado, en tanto que valor moral básico de la nación, y elevar a Mao a la jerarquía de una figura paterna sustituta.²¹ Mao definió la “reforma del pensamiento” (23 de octubre de 1951) como una condición previa vital de la “transformación democrática permanente y la industrialización progresiva de nuestro país”. Promovió un proceso nacional, el “movimiento para el estudio de los pensamientos de Mao Tse-tung”; los que rechazaban esos pensamientos eran tachados de “occidentales” y se los “reformaba” en la prisión, a menudo cargándolos durante períodos variables con grillos pesados y dolorosos.²² Pero el drama incluyó no sólo a las víctimas de la “reforma agraria” y a los que criticaban el modo de ejecutarla. Del total de ocho “anti”, la mayoría estaban dirigidos contra los comerciantes, los administradores industriales y los burócratas; de hecho, la campaña abarcó prácticamente a la nación entera.

Como todos los dramas sucesivos de Mao, decayó cuando él se desinteresó o perdió confianza en sus resultados, o a medida que las desastrosas consecuencias fueron evidentes en la disminución de

19 Brugger, op. cit., pp. 44-55.

20 Schram, op. cit., p. 267, n. al pie; véase Jacques Guillermez, *La Chine Populaire*, 3ª ed., París, 1964.

21 Robsart Jay Lifton, *Thought Reform and the Psychology of Totalitarianism: a Study of Brainwashing in China*, Nueva York, 1961, cap. 19.

22 Schram, op. cit., p. 271 n. al pie.

la productividad agrícola y el hambre. Pero en 1955 se acentuó de nuevo la impaciencia de Mao. En un discurso pronunciado el 31 de julio de 1955 anunció, de pronto, la aceleración del ritmo de la colectivización de las zonas agrícolas y la brusca nacionalización de todo el comercio y la industria que aún se encontraban en manos privadas. Dijo que 1955 era “el año decisivo en la lucha entre el socialismo y el capitalismo”.²³ También esta campaña estaba orientada a modificar las mentes: los “campesinos pobres” conquistarían el “control” y después “consolidarían la unidad” con los “campesinos medios”, incluso con los “campesinos de la alta clase media”, contra la “infiltración” de los “contrarrevolucionarios”, los “canallas” y los “demonios”. Decepcionado ante la reacción, Mao presentó, también de manera repentina, su política de “que florezcan cien flores” (1956), para convencer a diferentes voces de la necesidad de manifestarse. Como él mismo expresó: “Las ideas acertadas, si se las cuida en invernaderos, sin exponerlas a los elementos o a la inmunización que las defiende de la enfermedad, no podrán imponerse a las ideas falsas”. Jruschov llegó a la conclusión de que todo el episodio de las “cien flores” no era más que una “provocación”. Mao solamente “deseaba abrir de par en par las compuertas de la democracia” para “inducir a la gente a expresar sus pensamientos más íntimos”, con el fin de “destruir a los individuos cuyo pensamiento le parecía perjudicial”.²⁴ En todo caso, la campaña fue modificada brutalmente sin previo aviso. Los “elementos derechistas” fueron enviados a los campos de trabajo; los profesores que habían “florecido” brevemente de pronto se encontraron limpiando retretes, y en 1957 se anularon las formas provisionales de protección de la “legalidad socialista”.²⁵

Estos hechos confusos —o minidramas abortados— tienen que ser interpretados sobre el trasfondo de la creciente insatisfacción de Mao con la política de los sucesores de Stalin en Moscú. Sentía antipatía por

Stalin, con quien discrepaba. Su reacción frente a la muerte de éste fue instigar el suicidio o el asesinato de Kao Kang, el agente stalinista y jefe del Comité Estatal de Planeamiento, en febrero de 1954; pero se opuso enérgicamente a la “desestalinización”, porque entendió que era un intento de imputar errores colectivos al carácter de un solo hombre. Juzgó que el “discurso de la sesión secreta”, pronunciado por Jruschov en 1956 para repudiar el stalinismo, era una hipocresía. Los restantes, Jruschov incluido, habían estado metidos hasta el cuello en los crímenes de Stalin. Mao preguntó: ¿Cómo veía Jruschov su propio papel “cuando se golpea el pecho, descarga puñetazos sobre la mesa y profiere insultos a gritos”? ¿Era un “asesino” y un “bandido” también él? ¿O sólo un “tonto” y un “idiota”.²⁶ Sin duda, Mao temía que la campaña de Moscú contra “el culto de la personalidad” pudiera ser usada contra él. Sin embargo, aún más esencial era el hecho de que percibía que la pobreza intelectual de la nueva dirección moscovita fortalecía su pretensión, ahora que Stalin había muerto, a la supremacía pontifical en el bloque. Decidió asombrar a los camaradas del Este y del Oeste con la audacia misma de su próximo paso y en septiembre-octubre de 1957 anunció el nuevo drama del “gran salto adelante”, inaugurado con enorme publicidad en la primavera siguiente.

El gran salto fue, quizá, la expresión más pura de la impaciencia crónica de Mao, de su creencia en el dominio de la mente sobre la materia, de su confianza en que, si existía la voluntad necesaria, aún no había concluido la era de los milagros. Deseaba pasar de un salto al comunismo, e incluso a la etapa en que el Estado “decaería”. Proyectó sobre los campesinos sus deseos de concentrar la historia: eran “pobres y carecían de pensamiento” y ésta era “una cosa buena; la gente pobre desea el cambio, quiere hacer cosas, ansía la revolución. Una hoja blanca de papel no tiene manchas y así pueden escribirse sobre ellas las palabras más modernas y más bellas”.²⁷ En su carácter de expresión de la ingeniería social, el salto fue un acto temerario e impulsivo, incluso juzgado de acuerdo con las normas de Mao. Lo justificó con el argumento de que Stalin había caminado

23 *Ibid.*, p. 277.

24 Talbot, ed., op. cit., p. 272.

25 Jerome A. Cohen, “The criminal process in the People's Republic of China: an introduction”, en *Harvard Law Review*, enero de 1966.

26 Editoriales de *Peking Review* del 6, 13 y 20 de septiembre de 1963.

27 Citado en Schram, op. cit., p. 253.

“apoyado en una sola pierna”, es decir, había creado áreas industriales y agrarias, cada una separada de las restantes y consagrada a una sola actividad. China comenzaría “caminando sobre dos piernas” y pasaría directamente a las comunas autárquicas (modeladas históricamente de acuerdo con la Comuna de París de 1870), cada una con sus propios sectores industriales, agrarios y de servicio, y su propia milicia defensiva; una “unidad de trabajo y armamento”.²⁸

La escala y el ritmo de este teatro experimental fueron casi increíbles. En enero-febrero de 1958, y más tarde, tras una breve pausa con el fin de disipar la confusión, entre agosto y diciembre, alrededor de 700 millones de personas (el 90 por ciento de la población) vio totalmente transformada su vida económica, política y administrativa. Por ejemplo, en la provincia de Henán, 5.376 colectividades agrarias fueron reunidas en 208 grandes “comunas populares”, con un promedio de 8.000 hogares en cada una. Se pretendía que estas unidades fuesen prácticamente autónomas y, sobre todo, que produjesen su propio acero. Según dijo Jruschov, Mao “actuó como un lunático instalado en un trono y puso del revés a su país”. Agregó que Chu En-lai había ido a Moscú y había reconocido que la industria siderúrgica china era un terrible embrollo como consecuencia de esta política. A. F. Zasyadki, subdirector de la Comisión Estatal de Planeamiento, fue a investigar. Informó a Jruschov que los ingenieros entrenados por la Unión Soviética ahora se veían obligados a trabajar en la agricultura y que la industria siderúrgica era “un desastre”. La planta siderúrgica visitada por Zasyadki estaba “a cargo de un anciano”. Estaban despilfarrando los equipos, el dinero y los esfuerzos aportados por Rusia.²⁹ Al parecer, Jruschov llegó a la conclusión de que Mao era otro Stalin y, algo peor, un loco dispuesto a descalabrar a su país y a volar en pedazos el mundo si disponía de los medios necesarios. De modo que el gran salto condujo directamente a la terminación del programa de asistencia técnica de Rusia (incluidas las armas nucleares) en 1959 y al reconocimiento franco de la ruptura entre chinos y rusos durante el año siguiente, en el Congreso del Partido rumano, en donde Jruschov denunció a la dirección china y afirmó que estaba formada por “locos”, “nacionalistas puros” que ansiaban desencadenar una guerra nuclear.

En la misma China el movimiento del gran salto se detuvo bruscamente el 23 de julio de 1959 y Mao bajó el telón con una frase áspera: “El caos provocado revistió grandes proporciones y yo asumo la responsabilidad”.³⁰ Pero las consecuencias del drama manifestaron su propio e irresistible impulso. El año 1959 se caracterizó por los desastres naturales que, al combinarse con el desastre antinatural del gran salto, provocó un hambre imputable a los actos del hombre, en la misma escala de la catástrofe provocada por Stalin a principios de los años treinta; estas consecuencias se prolongaron hasta 1962.³¹ Todavía hoy los extranjeros no saben exactamente qué sucedió con la agricultura china durante estos años terribles. La industria siderúrgica quedó destrozada y fue necesario reconstruirla prácticamente desde los cimientos. Se procedió a una nueva reorganización de la agricultura mediante el retorno a las cooperativas, y a la reducción de la magnitud de las unidades comunales a 2.000 hogares. Pero las cosechas y el ganado en pie perdidos no fueron recuperados. La gente pasó hambre. Cuántos millones perecieron a consecuencia del Salto es tema de conjeturas; no se dispone de cifras.

El desastre del gran salto parece haber agotado una parte considerable del capital político que Mao había acumulado con sus colegas durante la exitosa guerra revolucionaria. Nunca ejerció el poder supremo y solitario de un Hitler y un Stalin, a causa del carácter intratable de los problemas chinos, de su falta de centralización y comunicaciones modernas, y también porque nunca poseyó una estructura de terror en la misma escala de la KGB o la Gestapo y la SS. El partido respondía a la división regional más que en Rusia; sobre todo, existía una profunda polaridad entre el conservadurismo de Pekín y el radicalismo de Shanghai. Después que el telón descendió sobre el drama de 1959, Mao evitó un tiempo el histrionismo; al parecer se dedicó a “descansar”. De este

28 Brugger, op. cit., pp. 174 y ss.

29 Talbot, ed., op. cit., pp. 272-278.

30 Brugger, op. cit., p. 212.

31 K. Walker, *Planning in Chinese Agriculture: Socialization and the Private Sector 1956-1962*, Londres, 1965, pp. 444-445.

momento data el comienzo de la “lucha de las dos líneas”, que de manera provisoria presencié el dominio de los “revisionistas”. Éstos nunca volvieron a permitir que Mao interviniese directamente en el proceso de la producción, tanto en la agricultura como en la industria pesada. En cambio, se dedicó a la cultura y a la educación. Siempre había mirado con antipatía el mandarinismo y la estructura cultural. En cierto sentido, odiaba la “civilización” tanto como Hitler. En China, el régimen cultural representaba no la conspiración judía internacional sino la mano muerta, el peso insufrible e insoportable de un pasado de 4.000 años. En este aspecto, parece que la revolución de Mao no modificó nada y él llegó a la conclusión de que precisamente a causa de este fracaso cultural el gran salto había fracasado.

Hacia el 13 de febrero de 1964 Mao estaba emitiendo palabras ominosas: “El actual método educativo arruina el talento y arruina a la juventud. No apruebo la lectura de tantos libros. El método de examen se parece a un método para lidiar con el enemigo. Es sumamente perjudicial y hay que suspenderlo”.³² Nueve meses después mostró signos inequívocos de impaciencia y de deseos de un nuevo drama: “No podemos seguir los antiguos caminos del desarrollo técnico de todos los países del mundo y arrastrarnos paso a paso detrás del resto. Debemos aplastar las convenciones [...] cuando hablamos de un gran salto adelante, nos referimos precisamente a esto”.³³ Por lo tanto, el salto pasó de una iniciativa física a otra mental: a principios de 1965 el interés de Mao en el lavado de cerebro se había reavivado y sería el rasgo dominante del siguiente drama, aún más grave.

En ese momento China estaba gobernada, de hecho, por un triunvirato: el mismo Mao, el jefe de Estado Liu Shao-chi, a cargo del Partido y sobre todo de la estructura organizativa de Pekín, y el jefe del ejército, Lin Piao. Mao decidió abordar indirectamente la nueva obra y empujó hacia el centro de la escena a su esposa, la actriz cinematográfica Chiang Ching. Ella reunía condiciones apropiadas para el papel de estrella dentro de lo que pronto recibió el nombre de “revolución cultural”. Era característico del romanticismo de Mao que siempre tuviese debilidad por las actrices. Por ejemplo, había tenido un *affair* con la famosa Lily Wu. La que era su esposa en ese momento, Ho Tzu-chen, se enteró del asunto, promovió una acción y consiguió el divorcio ante un tribunal especial del Comité Central, que después exilió a las dos mujeres.³⁴ En 1939 Mao contrajo matrimonio con Chiang Ching, que había actuado en Shanghai durante los años treinta utilizando el nombre profesional de Lan Ping. De acuerdo con la versión que ella misma dio, se incorporó a la profesión a la edad de trece años, se afilió al partido a los diecinueve y tenía veintitrés cuando Mao la encontró en Yenan y le ofreció una entrada gratuita para una conferencia que él pronunciaba en el Instituto Marxista-leninista.³⁵ Pero otras versiones le atribuyen más edad y afirman que se casó tres o incluso cuatro veces en el Shanghai de los años treinta, que tuvo muchos *affairs* en el mundo cinematográfico y fue blanco de muchos odios y enemistades.

Chiang Ching se mantuvo o fue mantenida en un plano muy secundario durante los primeros veinte años de su matrimonio. En China la gente muestra mucha suspicacia frente a la esposa que practica la intriga política; podría denominarse a esa actitud el “síndrome de la emperatriz viuda”. A principios de los años sesenta se veía como un hecho notable que Wang Kwang-mei, esposa del jefe de Estado Liu, vistiese a la moda, usara perlas e incluso bailase (había nacido en Estados Unidos) mientras acompañaba a su marido en los viajes por países extranjeros, y es posible que esta conducta provocase los celos de Chiang. Se convirtió en el centro de un grupo de pseudointelectuales descontentos, escritores fracasados, actores de segundo orden y directores cinematográficos, la mayoría de Shanghai, es decir, un grupo que deseaba ejercer el dominio de las artes y radicalizarlas. Esta “línea” contaba con cierto mandato partidario. En 1950, después de las purgas culturales de Zhdanov en Rusia soviética, se creó en China un “buró de reforma de la ópera”, inspirado en un grupo teatral fundado en la Academia del Ejército Rojo en 1931 y en el llamado “regimiento de las blusas azules chinas”, que utilizó la improvisación teatral para proyectar ideología utilizando una

32 Bill Brugger, *China: Radicalism and Revisionism 1962-1972*, Nueva Jersey, 1981, p. 36.

33 *Ibid.*, p. 47.

34 Roxane Witke, *Comrade Chiang Ching*, Londres, 1977, p. 162.

35 *Ibid.*, p. 154; Chiang Ching confiaba en gran medida en Witke.

serie de escenarios móviles. En 1952 fue organizado el Teatro de Arte Popular de Pekín con el fin de producir drama didáctico “moderno”.³⁶ Pero no se obtuvieron muchos resultados. Bien entrados los años sesenta, los clásicos chinos continuaron prevaleciendo y florecieron muchos teatros independientes, que representaron a Ibsen, O’Neill, Shaw, Chejov, y utilizaron el método de Stanislavsky.³⁷ El grupo de Chiang, la Liga de Dramaturgos Izquierdistas, tuvo dificultades para conseguir que se representasen sus obras; incluso se los acusó de trotskismo.³⁸ Al parecer, ella incorporó a la escena china, que ya estaba envenenada por un severo faccionalismo sectario, propio de la política marxista-leninista, el espíritu de la *vendetta* teatral.

Chiang Ching tuvo su oportunidad en junio-julio de 1964, cuando el frustrado Mao le permitió organizar el “festival de la Ópera de Pekín acerca de temas contemporáneos” en el Gran Salón del Pueblo. Eran treinta y siete óperas nuevas (treinta y tres acerca de la revolución, cuatro sobre rebeliones anteriores), representadas por veintiocho compañías proletarias provenientes de diecinueve provincias. Lo que es todavía más sorprendente, Mao le permitió pronunciar un discurso, el primero a cargo de una mujer desde que él había tomado el poder. Chiang Ching afirmó que en China había 3.000 compañías teatrales de carácter profesional, incluso noventa que presuntamente representaban dramas “modernos”. Sin embargo, la escena china estaba dominada por los antiguos temas, por los héroes y las heroínas, “por los emperadores, los príncipes, los generales, los ministros, los eruditos, las bellezas y, sobre todos ellos, espectros y monstruos”. Había “bastante más de 600 millones de obreros, campesinos y soldados en nuestro país”, comparados con “sólo un puñado de terratenientes, campesinos ricos, contrarrevolucionarios, elementos negativos, derechistas y burgueses”. ¿Por qué el teatro debía servir a esa minoría y no a los 600 millones? Recomendó la representación universal de ciertas “óperas modelos”, por ejemplo *Incurción sobre el regimiento del tigre blanco* y *Captura de la montaña del tigre mediante la estrategia*.³⁹ Nada de todo esto cayó bien en Pekín, repositorio y guardián de la cultura china. Su alcalde y jefe partidario, el ultramandarín Peng Chen, afirmó que las óperas de Chiang Ching “todavía están en la etapa de vestir pantalones abiertos al costado y chuparse el pulgar”. A todos les desagradaba la inveterada costumbre de Chiang Ching de telefonear a sus antagonistas y sus críticos para “luchar con ellos”. Cuando pidió a Peng que le suministrara una compañía de ópera “para reformarla de acuerdo con mis ideas” y le mostró una nueva ópera revolucionaria con la que ella proyectaba reformar el género, Peng se negó de plano, le arrancó de las manos la partitura y la desafió a que adoptase “una posición fuerte si eso la complacía”.⁴⁰

La posición fuerte de Chiang Ching consistió en convencer a Mao de que abandonase Pekín y pasara la mayor parte de 1965 en Shanghai. Allí, una serie de temas ocupó su mente: el odio a Rusia soviética y su liderazgo, y a la nueva clase de burócratas burgueses que habían frustrado el gran salto, el deseo que sentía un héroe anciano de apelar nuevamente a los jóvenes, el desprecio que él manifestaba por la educación formal, su hostilidad a las personas que florecían a causa del mandarínismo y sus celos de Liu. El libro de Liu, titulado *Cómo ser un buen comunista*, vendió quince millones de ejemplares entre 1962 y 1966, tanto como las obras de Mao en ese momento. Los editoriales oficiales exhortaban a los camaradas a estudiar a Liu al mismo tiempo que a Mao. Los dos hombres habían disputado violentamente acerca de las razones del fracaso del salto.⁴¹ Así, a las ambiciones reprimidas de una actriz fracasada se sumaron los agravios de un autor ofendido. Mao abandonó la lectura del *Diario del Pueblo* de Pekín y se interesó, en cambio, en el de las fuerzas armadas, el *Diario del Ejército de Liberación*. Estaba encaminándose hacia otra dramática explosión. Observó sombríamente a André Malraux: “Estoy solo con las masas [...] esperando”. Al sicofanta embajador francés, que le dijo que la juventud lo acompañaba, Mao le contestó: “Las cosas que usted vio representan sólo un aspecto de la situación [...] usted no vio la otra cara de la

36 Colin Mackerras, *The Chinese Theatre in Modern Times*, Amherst, Massachusetts, 1975.

37 Witke, op. cit., p. 383.

38 Ibid., pp. 158-159.

39 Ibid., pp. 309-310.

40 Ibid., pp. 312-314.

41 Terrill, op. cit., p. 305 n. al pie.

moneda”. Dijo a un grupo de albaneses que la nueva elite privilegiada de Rusia se había originado en los círculos literarios y artísticos, y que lo mismo estaba sucediendo en China: “¿Por qué hay tantas asociaciones literarias y artísticas en Pekín? No tienen nada que hacer [...] Las representaciones de las compañías del ejército son las mejores, las *troupes* locales ocupan el segundo lugar y las de Pekín son las peores”. Manifestó a un núcleo de planeadores que los grupos culturales oficiales no eran “más que trasplantes de la Unión Soviética [...] todos están dirigidos por extranjeros y por individuos que ya han muerto”. La Academia de Ciencias de Pekín era “un país encantado”, atestado de “anticuarios” que “leían periódicos ilegibles”.⁴² Él confiaba en el ejército, terrenal y campesino. Destituyó al jefe de Estado Mayor Luo Rui-qing por supuestas actividades prosoviéticas. Enfrentó a Lin Piao, jefe del ejército, con Liu y su “camarilla” de Pekín. Pudo entreverse lo que se preparaba cuando autorizó a Chiang Ching a convocar en Shanghai un “foro acerca del trabajo de la literatura y el arte en las fuerzas armadas”. Antes de que se celebrase la asamblea, un nervioso Lin habló ante un grupo de oficiales superiores:

Ella es muy sagaz en los problemas de la literatura y el arte [...] Formula muchas opiniones valiosas. Ustedes deben prestarle atención y ocuparse de que se apliquen tanto desde el punto de vista ideológico como organizativo. En adelante, todos los documentos del ejército acerca de la literatura y el arte deben llegar a ella.⁴³

Después de consolidar el apoyo del ejército, Mao pasó al ataque. El detonador real de lo que pronto sería denominado la “revolución cultural” fue la animosidad personal, la reacción de Mao frente a una pieza titulada *Hai fui exonerado del cargo*, escrita en 1951 por Wu Han, vicealcalde de Pekín y otro mandarín oficial.⁴⁴ Hacía referencia a un honesto funcionario de la dinastía Ming que discrepaba con la política agraria del emperador y a quien se había castigado injustamente a causa de su franqueza. Cuando al fin Mao pudo ver la obra, fue inevitable que la considerase un ataque evidente contra su propia persona, sin duda inspirado por Liu y más irritante aún porque los desastres de la agricultura, que de este modo se le imputaban públicamente, sin duda eran reales. Inició su ataque con una crítica de la obra en el periódico de Shanghai *Corrientes literarias*, el 10 de noviembre de 1965. De regreso en Pekín, cerca de fin de año vio al premier soviético, Aleksei Kosygin y burlonamente le preguntó si Rusia soviética acudiría en ayuda de China en el caso de que Estados Unidos la atacase a causa de la guerra de Vietnam; Kosygin no supo qué contestar, pero Mao le dijo francamente que estaba distanciado de sus colegas. En realidad, apenas se esforzó por disimular la explosión inminente. De regreso en Shanghai, a principios del año siguiente, censuró agriamente a Teng Hsiao-ping y a otros colegas veteranos (que habían llegado de Pekín) en presencia de una sorprendida delegación de comunistas japoneses y les dijo que eran “esos flojos individuos de Pekín” que se mostraban “blandos con Rusia”. Los japoneses “retrocedieron asombrados”.⁴⁵

A partir de este momento, la revolución cultural cobró impulso. Como él mismo lo expresó después, Mao “impartió la señal”. En febrero de 1966, Lin, ahora el aliado firme aunque inquieto de Chiang Ching, la designó “asesora cultural” de todas las fuerzas militares. El irritante mandarín y alcalde de Pekín fue despedido y, al igual que Liu, se hundió en las sombras, aunque los dos hombres, así como Teng y otros, fueron arrestados al año siguiente. El 20 de marzo, Mao, el viejo brujo, decidió conjurar la fuerza brutal de la juventud iletrada. “Necesitamos personas decididas que sean jóvenes, posean escasa educación, adopten una actitud firme y cuenten con la experiencia política necesaria para afrontar la tarea”, dijo entonces. “Cuando comenzamos a hacer la revolución, no éramos más que muchachos de veintitrés años, y entonces los gobernantes [...] eran ancianos y

42 Ibid., pp. 304-309.

43 Witke, op. cit., p. 318.

44 Acerca de los orígenes remotos de la revolución cultural, véase Roderick MacFarquhar, *The Origins of the Cultural Revolution, I. Contradictions Among the People 1956-1957*, Londres, 1974.

45 *China Quarterly*, p. 45.

tenían experiencia. Ellos poseían más saber [...] pero nosotros teníamos más verdad.”⁴⁶ El 16 de mayo, Chiang Ching, ahora el espíritu rector de un grupo de activistas, principalmente de Shanghai, y designada oficialmente por Mao para encabezar la revolución cultural, publicó su primera circular. Atacó a los “tiranos-eruditos” que usaban un lenguaje “incomprensible” para silenciar la lucha de clases y mantener la política fuera de la academia, y que usaban la falacia de que “todos son iguales ante la verdad”. El sexto punto era una invitación franca al vandalismo: “El presidente Mao dice a menudo que no hay construcción sin destrucción. La destrucción significa crítica y repudio significa revolución”. El *Diario del Pueblo* y otros órganos de Pekín se negaron a imprimir ese material. Dos días después, Lin Piao pronunció un notable discurso acerca del poder en presencia del Politburó y analizó la historia de los golpes de Estado. Haciéndose eco de Goebbels, sostuvo que la fuerza y la propaganda eran irresistibles cuando aparecían unidas: “La asunción del poder político depende de los cañones, de los fusiles y de los tinteros”. ¿Para qué era el poder? “El poder político es un instrumento mediante el cual una clase oprime a otra. Sucede exactamente lo mismo con la revolución y la contrarrevolución. Según yo veo el asunto, el poder político es en realidad el poder de oprimir a otros.”⁴⁷ Era una afirmación bastante franca y, como venía del hombre que presuntamente estaba a cargo de la estabilidad de la nación, era probable que provocase cierta inquietud en los hombres reunidos alrededor de la mesa. Pero fue peor todavía la noticia de que el hombre que estaba a cargo de la policía secreta, es decir Kang Sheng, había volcado su apoyo a favor de los revolucionarios culturales. Eso significaba que no había barreras que contuviesen a los nuevos “cañones de los fusiles y tinteros”, y durante la segunda mitad de mayo se apresuraron a aparecer, bajo la forma de los guardias rojos y los carteles callejeros.

La violencia universitaria y el cambio político tenían una antigua tradición en China. La rebelión estudiantil en Pekín había detonado el movimiento del 4 de mayo en 1919, y el del 9 de diciembre en 1935. Se había observado una ofensiva análoga durante las “cien flores”, un período que a su tiempo fue interrumpido (por Teng y Liu, entre otros, que se apresuraron a actuar cuando recibieron la “señal” de Mao) con la exoneración de 100.000 docentes entre 1957 y 1958.⁴⁸ Pero esto tenía una escala completamente distinta. Con una población de 800 millones, China tenía ahora 90 millones de niños en las escuelas primarias, 10 millones en los colegios del ciclo medio y 600.000 en la universidad.⁴⁹ Los primeros guardias rojos aparecieron el 29 de mayo. Pertenecían a la enseñanza secundaria, tenían de doce a catorce años, exhibían brazaletes de algodón rojo y sobre éstos los caracteres: “hung wei ping” (guardias rojos) con trazos amarillos. El primer acto fue atacar la Universidad Tsinghua.⁵⁰ Pronto se les unieron niños de menor y mayor edad, estudiantes y, lo que es más importante, los miembros de las Ligas Juveniles del Partido Comunista, que con el apoyo de Mao se rebelaron contra sus jefes oficiales y salieron a la calle formando pandillas. Durante las primeras semanas de ese verano, todo el sistema educacional chino quedó paralizado, pues los decanos y los profesores huyeron aterrorizados (cuando tuvieron la suerte de evitar que los capturaran y “reeducasen”) y prevaleció la ley de Lynch aplicada por los adolescentes.

Más tarde se manifestó en Occidente cierta incomprensión frente a la revolución cultural. Se la representó como una revuelta de intelectuales. En realidad, fue todo lo contrario. Resultó una revolución de analfabetos y semianalfabetos contra los intelectuales, los “que usan anteojos”, como se los denominaba. Tenía rasgos xenófobos, dirigidos a los que “creen que la luna es más redonda en el extranjero”. Los guardias rojos tenían mucho en común con los camisas pardas de Roehm, y el movimiento entero con la campaña de Hitler contra la “civilización cosmopolita”. Fue la más grande caza de brujas de la historia, al extremo de que las purgas organizadas por Zhdanov en la Rusia de posguerra parecen casi triviales. De todos modos, resulta significativo que esta gran oleada de vandalismo atrajese a cierto tipo de académico radical, que habría de convertirse en una figura

46 Terrill, *Mao*, p. 315.

47 Witke, op. cit., pp. 320 y 356 y ss.

48 Naranarayan Das, *China's Hundred Weeds, a Study of the Anti-Rightist Campaigns in China 1957-1958*, Calcuta, 1979; Garside, op. cit., p. 69.

49 Chen, op. cit., p. 388.

50 *Ibid.*, p. 226.

lamentablemente conocida en Europa y América del Norte durante los años siguientes. En Pekín, el primer “cartel de caracteres grandes”, dirigido a las autoridades universitarias y atacándolas, fue desplegado por Nieh Yuan-tzu, una profesora de filosofía que habría de convertirse en la madame Defarge de los horrores del claustro. Decía: “¿Por qué temen tanto a los carteles de caracteres grandes? ¡Ésta es una lucha de vida o muerte contra la pandilla negra!”. En el lapso de una semana, 10.000 estudiantes habían fijado 100.000 carteles, “grandes como puertas”, a menudo con caracteres de más de un metro de altura.⁵¹ Las frases se repetían: “En esto no se saldrán con la suya [...] nuestra paciencia está agotada”. Los primeros actos de violencia comenzaron simultáneamente. Las pandillas que recorrían las calles se apoderaban de las muchachas de cabellos largos y trenzados y se los cortaban; a los varones que vestían pantalones de estilo extranjero se los destruían. Se indicó a los peluqueros que no realizaran los cortes del tipo “cola de pato”, a los restaurantes que simplificaran el menú, a las tiendas que cesasen de vender cosméticos, faldas con tajos, lentes oscuros, abrigos de piel y otros lujos. Los anuncios de neón fueron destruidos. Se organizaron enormes fogatas callejeras con los artículos prohibidos, que incluían, como lo demostró una exposición de las “confiscaciones”, piezas de seda y brocado, barras de oro y plata, juegos de ajedrez, antiguos baúles y arcones, naipes, juegos de mah-jong, túnicas, levitas, sombreros de copa, discos de jazz y una amplia gama de obras de arte. Los guardias rojos clausuraron casas de té, cafeterías, teatros privados independientes, todos los restaurantes privados, e impidieron el trabajo de los músicos, los acróbatas y los actores ambulantes, además de prohibir las bodas y los funerales, la costumbre de tomarse de las manos y remontar cometas. En Pekín fueron derribados los antiguos muros y se procedió a clausurar el parque Bei Hai y la Galería Nacional de Bellas Artes. Las bibliotecas fueron saqueadas y clausuradas, y se procedió a quemar libros. Incluso cuando las bibliotecas permanecían abiertas, pocos se atrevían a visitarlas. Diez años más tarde, Teng dijo que de los ochocientos técnicos del Instituto de Investigación de los Metales No Ferrosos, por ejemplo, sólo cuatro tuvieron el valor de utilizar la biblioteca durante la revolución cultural; dijo que aquel de los 150.000 cuadros técnicos de la Academia de Ciencias que visitaba los laboratorios de la institución durante este período sombrío, era denunciado en su condición de “especialista blanco”.⁵²

Ninguna autoridad impedía estas actividades. Cuando los comerciantes u otras personas perjudicadas solicitaban la protección de la policía, se les recordaba “la decisión del Comité Central del Partido Comunista chino acerca de la gran revolución cultural proletaria” (1 de agosto de 1966), que decía: “El único método es que las masas se liberen ellas mismas [...] es necesario confiar en las masas, apoyarse en ellas y respetar su iniciativa [...] No temamos las perturbaciones[...] Permitamos que las masas se eduquen a sí mismas[...] no deben adoptarse medidas contra los alumnos de las universidades y los colegios, de las escuelas medias y primarias”.⁵³ Los líderes partidarios que intentaban contener a los guardias rojos eran obligados a desfilar por las calles usando gorros que los ridiculizaban y cargando carteles. Al parecer, se despidió a todos los superintendentes de escuelas.

A medida que el movimiento avanzó, la violencia llegó a ser común y después cobró carácter universal. Al parecer, los jefes de los guardias rojos provenían de los estratos sociales más bajos.⁵⁴ Algunos no eran más que ladrones y matones de las calles, y usaban gruesos cinturones de cuero con hebillas de bronce. Los carteles que ellos usaban proponían: “Hiérvalo en aceite”, “Aplasten su cabeza de perro”, y cosas por el estilo. A los hombres y las mujeres clasificados en la categoría de los “espectros y monstruos”, “elementos negativos” y “contrarrevolucionarios” se les afeitó la cabeza. Más tarde fue posible conocer fragmentos de los “debates políticos”: “Por supuesto, es un capitalista. Tiene un sofá y dos sillones haciendo juego”.⁵⁵ Miles de hogares privados fueron

51 *Ibid.*, p. 211.

52 Garside, *op. cit.*, pp. 70, 91, Witke, *op. cit.*, p. 379; Terrill, *op. cit.*, p. 315; Chen, *op. cit.*, pp. 226 y ss.

53 Chen, *op. cit.*, pp. 221-224.

54 Anita Chan *et al.*, “Students and class warfare: the social roots of the Red Guard conflict in Guangzhon (Canton)”, en *China Quarterly*, p. 83, septiembre de 1980.

55 Chen, *op. cit.*, pp. 228-231.

allanados y saqueados por tales razones. Pero los guardias rojos incursionaron también en las oficinas del gobierno y obligaron a los funcionarios a entregarles sus archivos, bajo la amenaza de ser denunciados como “instrumentos de los revisionistas”. El ministro de Relaciones Exteriores fue apresado por una pandilla dirigida por Yao Teng-shan, un ex funcionario de rango inferior. Convocó a todos los embajadores, excepto uno, los despojó de su jerarquía y les asignó tareas menores. Sus notas dirigidas a las potencias extranjeras, escritas en el estilo de los carteles de los guardias rojos, fueron devueltas cortésmente, con la solicitud de que las comunicaciones futuras estuviesen firmadas por el premier Chu. Pero el propio Chu, normalmente el centro fijo de la vida china en todos los dramas de Mao, al parecer corrió peligro en determinado momento. Si bien es cierto que, en el nivel más alto, no se permitió que los guardias rojos matasen a nadie, muchos murieron en la cárcel. Al mismo Liu se lo dejó morir (1973) en sus propios excrementos, desnudo sobre el piso helado de la celda de concreto.⁵⁶ Pero en un nivel más bajo, la pérdida de vidas fue catastrófica. La agencia France Presse estimó, en el cálculo generalmente más aceptado (3 de febrero de 1979) que los guardias rojos habían asesinado alrededor de 400.000 personas.

Entre tanto, Chiang Ching se había dedicado a gobernar el mundo de la cultura y a hablar en mítines de masa en los que denunciaba al capitalismo (que según decía destruía el arte), el jazz, el rock and roll, el striptease, el impresionismo, el simbolismo, el arte abstracto, el fauvismo, el modernismo, “en una palabra, la decadencia y la obscenidad, que envenenan y corrompen la mente de los individuos”. Su oratoria pública imitaba la de Kang Sheng, jefe de la policía secreta, en cuya compañía aparecía a menudo. “¿Quieren estudiar el comunicado y la directiva de dieciséis puntos?” “Sí.” “¿Quieren estudiarlos una vez y otra vez?” “Sí.” “¿Quieren aprenderlos del principio al fin?” “Sí.” “¿Desean comprenderlos?” “Sí.” “¿Quieren aplicarlos?” “Sí.” “¿Desean usarlos para realizar la revolución cultural en su escuela?” “¡Sí, Sí, Sí!”⁵⁷ Durante la segunda mitad de 1966, prácticamente todas las organizaciones culturales importantes de China se vieron sometidas a la organización militar de Chiang Ching. Entonces ella sacó a relucir todas sus viejas cuentas con el mundo del teatro y del cine; algunas se remontaban a los años treinta. Se acusó a los principales directores, dramaturgos, poetas, actores y compositores de “adular a los extranjeros”, de elogiar a los “demonios extranjeros secundarios”, de “ridiculizar a los boxers” (ahora vistos como héroes culturales) y de representar a los chinos comunes como una serie de “prostitutas, opiómanos, malabaristas y mujeres de pies vendados”; todo esto originaba un “complejo de inferioridad nacional”. Fue ella quien ordenó a los guardias rojos que “pusieran al descubierto las raíces de la línea negra”, “arrancasen las máscaras”, destruyeran los filmes, las canciones y las piezas teatrales de la “línea de defensa nacional” y “descubriesen” a los miembros de la “pandilla negra”.

El 12 de diciembre de 1966, muchos “enemigos públicos”, el ex alcalde de Pekín y los principales mandarines culturales —incluso, según parece, todos los directores cinematográficos y teatrales que habían llegado a cruzarse en el camino de Chiang Ching— fueron llevados al Estadio de los Trabajadores, en presencia de 10.000 personas, con pesados carteles de madera colgados del cuello.⁵⁸ Uno de los peores aspectos de la revolución cultural fue el trato dispensado a las esposas, a menudo humilladas más brutalmente que los maridos. Por ejemplo, el 10 de abril de 1967, la esposa de Liu fue obligada a comparecer ante 300.000 personas en el claustro de la Universidad Tsinghua, vestida con una túnica ajustada, zapatos de taco muy alto y fino, un sombrero de paja inglés y un collar de pelotas de ping-pong adornado con cráneos, mientras la turba aullaba: “¡Abajo los demonios bovinos y los dioses de las víboras!”⁵⁹

Las pandillas de Chiang Ching se apoderaron de la radio y los canales de televisión, de los diarios y las revistas, de cámaras y filmes; saquearon los estudios en busca de pruebas, confiscaron todos los filmes existentes y los presentaron corregidos; confiscaron libretos, copias y partituras musicales. Los pintores ya no se atrevieron a firmar sus obras con su propio nombre y, en cambio,

56 Véase Simon Leys en *The Times Literary Supplement*, 6 de marzo de 1981, pp. 259-260.

57 Witke, op. cit., pp. 324-325.

58 Witke, op. cit., p. 328.

59 William Hinton, *Hundred Days War: the Cultural Revolution at Tsinghua University*, Nueva York, 1972, pp. 101-104.

utilizaron el lema “diez mil años al presidente Mao”.⁶⁰ “Con el martillo en la mano”, dijo Chiang Ching, “me propongo atacar la totalidad de las viejas convenciones”. Asistía a los ensayos de la Orquesta Filarmónica Central, los interrumpía y zarandeaba al director Li Te-lun con un alarido furioso: “¡Usted está atacándome con un gran martillo!”. Obligaba a los compositores a crear obras que después eran puestas a prueba ejecutándolas para “las masas” y modificadas para tener en cuenta la reacción de la gente. Chiang Ching afirmó que ella tenía que “golpearlos con un martillo” para obligarlos a obedecer y eliminar las “influencias extranjeras”.⁶¹ Algunos de sus partidarios interpretaron al pie de la letra la imagen, y un concertista de piano educado en Occidente sufrió fracturas en las manos. Los martillos, los puños, los golpes y la destrucción fueron los emblemas del arte revolucionario. En el ballet, Chiang Ching prohibió “los dedos de orquídeas” y las palmas vueltas hacia arriba; en cambio, favoreció los puños cerrados y los movimientos violentos para demostrar el “odio a la clase terrateniente” y “la decisión de cobrar venganza”.⁶²

Después que en 1966 prohibiera prácticamente todas las formas de expresión artística, Chiang Ching se esforzó con desesperación por llenar el vacío. Pero no fue posible producir gran cosa: dos obras orquestales, el concierto para piano *Río Amarillo* y la sinfonía *Shachiaping*, cuatro óperas y dos ballets, ocho obras clasificadas en la categoría de *Yang-pan hsi* o “repertorio modelo”, siguiendo aquí la analogía de las granjas agrícolas modelos. Hubo una serie de esculturas denominada “El patio de los recaudadores de impuestos” y unos pocos cuadros, de los que el más conocido fue un retrato de Mao vestido con una túnica azul, investigando las condiciones de la minería a principios de los años veinte, “compuesto” por un grupo de estudiantes de Pekín y en realidad pintado por el hijo de un “campesino pobre”. Se produjeron pocos filmes, porque (dijo más tarde la misma Chiang Ching), hubo “sabotaje”: se asignaban “malos dormitorios” a los actores, las actrices y los directores que ella promovía, no se les servían comidas calientes y se interrumpía la energía eléctrica en los escenarios y los estudios en donde ellos trabajaban.⁶³

Después de los agitados días de 1966, cuando Mao protagonizó el ejercicio natatorio y el culto a su personalidad alcanzó su apogeo, China comenzó a caer en la guerra civil. El 5 de febrero de 1967, los protegidos de Mao en Shanghai organizaron una “comuna”, indicio de que él continuaba demorándose en la política del gran salto. Su base estaba en los estibadores, especialmente los 2.500 militantes del quinto distrito de carga y descarga, que en un solo día (el 5 de julio de 1966) habían escrito y desplegado 10.000 carteles de grandes caracteres. En ese distrito, 532 obreros se opusieron. Se procedió a escribir carteles contra ellos, se los obligó a usar sombreros altos y a cargar carteles oprobiosos, con lemas misteriosos como “la aldea de las cuatro familias” y “la camarilla antipartido”; además saquearon sus viviendas y se los sentenció a penas “simbólicas” de muerte, las que fácilmente podían cobrar carácter real.⁶⁴ Se creía que la comuna de Shanghai desencadenaría un movimiento en otras a lo largo del país, pero los trabajadores no se levantaron. Más aún, a menudo se opusieron a la invasión de sus fábricas por parte de los guardias rojos. Incluso en Shanghai, las autoridades municipales lucharon con la ayuda de sus propios guardias escarlatas. Cada bando tenía enormes cantidades de altavoces, cuyos lemas sonaban ensordecedores desde el alba hasta el anochecer: “la ocupación del poder en febrero es ilegal”, “la ocupación del poder en febrero es admirable”. Hubo secuestros, torturas y guerras de pandillas, con empleo de cadenas de bicicletas y garrotes, y las “tropas” eran desplazadas de un sector a otro de la ciudad.

En las universidades se formaron ejércitos privados. El “regimiento Chingkanshang”, de la Universidad de Tsinghua, un “grupo de elite” de la extrema izquierda, libró enconadas batallas contra “los espectros y los monstruos”, utilizando lanzas de bambú, carros blindados y cañones de fabricación casera. Otras unidades eran la cinco-uno-seis, la comuna de Nueva Peita, la comuna “el Este es rojo”, del Instituto Geológico, y la facción “Cielo”, del Instituto Aeronáutico. Se las imitaba

60 Terrill, op. cit., p. 319.

61 Witke, op. cit., pp. 388-390.

62 Ibid., p. 435.

63 Ibid., pp. 391-392, 402.

64 Parris Chang, “Shanghai and Chinese politics before and after the Cultural Revolution in 1967”, en Christopher Howe, ed., *Shanghai*, Cambridge, 1981.

en las fábricas y las ciudades no universitarias, y comenzó a manifestarse una especie de anarquía feudal a medida que China cayó en la guerra de pandillas organizadas y el sistema de los señores de la guerra. En julio de 1967 estalló un “motín”, como se lo denominaba, en Wuhan; en realidad, fue una batalla en gran escala entre una fuerza de obreros de la guardia roja y un grupo conservador llamado los “héroes del millón”. El comandante militar local apoyó a este grupo. Enviaron a Chu En-lai con el propósito de restablecer la paz. Tuvo suerte de salvar la vida, mientras que dos de sus compañeros fueron arrestados y torturados. En consecuencia, Chiang Ching concibió el lema: “ofende con la razón y defiende con la fuerza” y se procedió a despachar gran cantidad de armas a los grupos de la guardia roja.⁶⁵

Parece que la violencia culminó hacia fines del verano de 1967. En ese momento Mao, como de costumbre, se alarmó ante lo que él mismo había hecho y simultáneamente se cansó del incesante forcejeo. Se afirma que ordenó a Chiang Ching que suspendiese toda actividad. En septiembre ella anunció que la violencia debía ser únicamente verbal; se utilizarían las ametralladoras cuando fuesen “absolutamente necesarias”. Los que desobedecieron fueron acusados de “aplicar el sistema de los baluartes montañoses”. Los ataques a la embajada británica y a su personal fueron obra de “ultraizquierdistas instigados por la camarilla del dieciséis de mayo”.⁶⁶ Mao también intervino. “La situación se desarrolló tan rápidamente que me sorprendió”, dijo al Comité Central. “No puedo censurarlos si ustedes formulan quejas contra mi persona.” Lo irritó que Chen Yi, ministro de Relaciones Exteriores, hubiese perdido alrededor de trece kilos durante un interrogatorio de los guardias rojos; agregó: “No puedo mostrarlo así a los visitantes extranjeros”. Ordenó a los “jóvenes fanáticos” y a los “pequeños demonios” que regresaran a la escuela. Destruyó la comuna de Shanghai. Se quejó: “China es ahora como un país dividido en ochocientos estados principescos”.⁶⁷

Durante el otoño de 1967, Mao retiró el apoyo oficial a la revolución cultural, en la forma activa que le conferían los guardias rojos, y utilizó el Ejército Popular de Liberación para restablecer el orden e imponerse a los grupos a quienes ahora denunció por “incompetentes” y “políticamente inmaduros”. Justificó el empleo de la fuerza con la siguiente observación: “Los soldados no son más que obreros y campesinos vestidos con uniforme”. La lucha continuó en algunos lugares durante el año 1968, pero el volumen tendió a disminuir. En el verano, en su hogar de los lagos Sur y Central, mantuvo un extraño “diálogo del alba” con jefes de los guardias rojos: “Antes nunca grabé mis palabras, pero lo hago hoy. De lo contrario ustedes interpretarán lo que digo hoy del modo que les plazca cuando vuelvan a sus casas [...] Un número excesivo de personas fue arrestado porque yo hice un gesto de asentimiento con la cabeza”. El ministro de la policía respondió: “Yo soy el culpable de los arrestos excesivos”. Mao dijo: “No intente salvarme de mis errores o encubrirme”. Chen Boda, teórico izquierdista, recomendó: “Aténgase fielmente a las enseñanzas del presidente”. Mao contestó con acritud: “No me hablen de enseñanzas”. Más tarde dijo que si los guardias rojos luchaban contra el ejército, mataban gente, “destruían medios de transporte” o “provocaban incendios”, serían “aniquilados”. Pero se resistió a desechar del todo su anarquismo: “Que los estudiantes luchen diez años más. La tierra girará como de costumbre. El cielo no se desplomará”. Al mismo tiempo, los cinco jefes principales de los guardias rojos pronto se encontraron trabajando en criaderos de cerdos, en lo más profundo de la región rural.⁶⁸ El drama había concluido.

Los años que siguieron al derrumbe de la revolución cultural, cuando la economía y los chinos en general estaban pagando la cuenta, fueron sombríos. Alguien tenía que asumir la culpa. El 12 de septiembre de 1971, un avión Trident cayó a tierra, unos 400 kilómetros fuera de la frontera china, en la República Popular de Mongolia. Fueron hallados los cuerpos del comandante del Ejército Popular de Liberación, Lin Piao, y de su segunda esposa, Yeh Chun. A bordo, todos estaban

65 Philip Bridgham, “Mao’s Cultural Revolution in 1967” en Richard Baum y Louis Bennett, eds., *China in Ferment*, Yale, 1971, pp. 134-135; Thomas Robinson, “Chou En-lai and the Cultural Revolution in China”, en Baum y Bennett, eds., *The Cultural Revolution in China*, Berkeley, 1971, pp. 239-250.

66 Witke, op. cit., p. 349; Edward Rice, *Mao’s Way*, Berkeley, 1972, pp. 376-378.

67 *Far Eastern Economic Review*, 2 de octubre de 1969; Terrill, op. cit., pp. 321-328.

68 Terrill, op. cit., pp. 328-330.

mueritos; algunos cadáveres estaban acibillados. De acuerdo con Pekín, Lin había fugado después que se descubrió su conspiración para asesinar a Mao. Se mostraron “documentos capturados”, en los que se aludía a Mao con el código “B-52” y que probaban que Lin había tratado de matar a Mao en un accidente de tránsito, de envenenar sus alimentos y de usar la fuerza aérea para bombardear su casa y volar su tren. Había escrito: “B-52 es un paranoico y un sádico [...] el peor dictador y tirano de la historia de China [...] Los que son hoy sus más grandes amigos serán mañana sus prisioneros [...] Incluso ha llevado a la locura a su propio hijo”. Se dice que la hija que Lin tuvo en un matrimonio anterior había revelado la conspiración a Chu En-lai; ella era Lentejuela y odiaba a su madrastra.⁶⁹ Una versión más plausible afirma que Lin había sido asesinado tiempo antes por sus colegas, durante una reunión en el Gran Salón del Pueblo; esta vez, se estaba desarrollando un drama revolucionario auténtico y real. Al año siguiente se “descubrió” en el ejército una importante conspiración y varios altos jefes intentaron escapar a Hong Kong. Fueron recogidos muchos libros y documentos en los cuales Lin había intervenido, así como sus “epitafios” y retratos. Desaparecieron once fotografías famosas de Mao en las que también estaba Lin. El episodio, que nunca ha sido aclarado, terminó con una nota en la prensa china, el 20 de febrero de 1974, que revelaba que Lentejuela había sido muerta a tiros cerca de Cantón y que sobre su cuerpo había aparecido una tira de lienzo rojo con la leyenda “Traición y horrible crimen”.⁷⁰

A esta altura de la situación, la era de Mao estaba tocando a su fin. Chu ya estaba enfermo de cáncer y Mao padecía la enfermedad de Parkinson. La última fase estuvo caracterizada por la acritud, la conciencia del fracaso y la confusión. Se peleó con Chiang Ching y hacia 1973 ya no vivían juntos. Ella tenía que presentarle por escrito un pedido para verlo y explicar las razones. Una nota que él le envió, fechada el 21 de marzo de 1974, decía: “Es mejor que no nos veamos. No aplicaste lo que estuve diciéndote durante muchos años. ¿De qué sirve que volvamos a vernos? Tienes libros de Marx y Lenin y tienes mis libros. Te negaste obstinadamente a estudiarlos”. Le dijo también que los “reclamos” que ella formulaba habían perjudicado su salud. “Ya tengo ochenta años. Incluso así, me molestas diciendo diferentes cosas. ¿Por qué no tienes simpatía? Envidia a Chu Enlai y su esposa”. Lo que sin duda atemorizó mucho a Chiang Ching fue la reaparición de su enemigo Teng, que regresó del mundo de los muertos y después fue conocido con el nombre de Lázaro; Teng explicó a los periodistas que había estado en la “escuela reformatorio” de la provincia de Jiangsi. En 1975 Mao concibió su último lema: “Tres más y un menos”: “Chu debe descansar más, Teng tiene que trabajar más, Wang necesita estudiar más y Chiang Ching tendría que hablar menos”. Agregó una máxima: “Las orejas están hechas para permanecer abiertas, pero la boca puede estar cerrada”.⁷¹

Durante su último período Mao adoptaba una actitud atrevida: “La gente dice que China ama la paz. Eso es falso. En realidad, los chinos aman la lucha. Por mi parte, soy uno de los que la prefieren”. Continuaba odiando la educación formal: “Cuanto más elevado es el número de libros que uno lee, más estúpido llega a ser”. Pero poco antes de su muerte recibió un informe acerca del sistema educativo del presidente de la Universidad Qinghua, que había sido purgado por Chiang Ching y después rehabilitado. Mao le dijo que hablara sólo tres minutos. Recibió esta sombría respuesta: “Treinta segundos bastarán. Los alumnos universitarios estudian los textos de los colegios secundarios, y su nivel académico es el de las escuelas primarias”. Mao contestó con tristeza: “Si esta situación persiste, no sólo fracasará el partido, sino que la nación misma perecerá”.⁷² Su mente vacilaba entre las creencias religiosas y las seculares. “Tengo el cuerpo carcomido por las enfermedades. Tengo una cita con Dios.” En otra ocasión preguntó a algunos colegas: “¿Algunos de ustedes no creen que debería ir cuanto antes a ver a Marx?”. “Ninguno lo piensa.” “No lo creo.”⁷³ Su última observación fue enigmática: “La gente no soporta la modificación de los veredictos”.

69 Chen, op. cit., pp. 344 y ss.; Terrill, op. cit., pp. 345 y ss.

70 Terrill, op. cit., p. 369; Witke, op. cit., p. 365.

71 Terrill, op. cit., pp. 387-390; Witke, op. cit., pp. 475-476.

72 Terrill, op. cit., p. 402 n. al pie.

73 *Ibid.*, pp. 381, 420.

El año decisivo de 1976 inició una era de opaca confusión. Chu falleció a principios de abril. El discreto mandarín, muy respetado en el exterior, que consiguió mantenerse extrañamente distanciado de los fracasos y la criminal sordidez del régimen, al parecer fue el único miembro del sistema que despertó auténticos sentimientos populares en China. El 5 de abril, las autoridades retiraron las coronas depositadas en memoria de Chu en la plaza principal de Pekín y comenzaron los disturbios protagonizados por unas 100.000 personas. Inmediatamente se culpó a Teng por este desorden y cayó en desgracia por segunda vez. Mao falleció el 9 de septiembre. Durante los últimos meses de su vida, alrededor de su lecho se libró una intensa lucha de facciones. Apenas Mao murió, Chiang Ching afirmó que habían tenido una reconciliación. Presentó una hoja de papel que, según ella afirmaba, era un poema que Mao le había escrito *in extremis*. “Han sido injustos contigo”, decía, “intenté alcanzar la cima de la revolución, pero no lo conseguí. Pero tú podrías llegar a la cumbre”.⁷⁴

Pero Hua Kuo-Feng, que había sucedido a Chu en el cargo de premier, presentó otro papel. Hua tenía entonces cincuenta y cinco años, era hasta cierto punto un recién llegado, había pertenecido al Comité Central sólo desde 1969 y desempeñaba la función de ministro de Salud Pública desde el año anterior. Era casi un “helicóptero”, término aplicado más frecuentemente a Wang Hung-wen, el protegido de Chiang Ching que había ascendido velozmente y era ahora el jefe del partido en Shanghai. Mao simpatizaba con Hua, en parte porque se trataba de un campesino proveniente de Hunan, su provincia favorecida, y sobre todo porque sabía adular con astucia. El 30 de abril, el anciano tirano había garabateado unos caracteres para Hua: “Si usted está a cargo, no necesito preocuparme”. El papel presentado por Hua sin duda era auténtico. En todo caso, disponía de credenciales más impresionantes: el control de la principal unidad de seguridad de Pekín, la número 8.341, que protegía al propio Mao y que Hua había heredado de Kang Sheng, el antiguo jefe de seguridad, muerto en diciembre de 1975.

La decisión llegó el 6 de octubre, un mes después de la muerte de Mao, durante una reunión del Politburó celebrada en el domicilio de su antiguo camarada Yeh Chien-ying, ministro de Defensa y en realidad el segundo hombre del régimen. Estuvo presente Chiang Ching, con Wang y otros dos importantes compinches de Shanghai. Ella esgrimió el papel y reclamó la presidencia; su “cerebro”, el periodista de Shanghai Chang Chun-chiao, debía ser el premier y Wang sería el presidente del Congreso Nacional del Pueblo. Pero la “banda de los cuatro”, como en adelante se la denominó, perdió la “discusión” y sus miembros pasaron directamente de la reunión a la cárcel. En Shanghai, el baluarte de este grupo, sus partidarios proyectaban armar a 30.000 miembros de la milicia izquierdista, pero la dirección local del partido y el comandante de la guarnición fueron apartados antes de que fuese posible hacer nada decisivo. Hua contaba con los servicios de seguridad y Chiang Ching era muy odiada en el ejército.⁷⁵ Tal vez tenía partidarios en Shanghai, pero en Pekín la gente la detestaba y la llamaba “la emperatriz”, un término insultante desde los tiempos de los boxers; el disturbio del 5 de abril había estado dirigido contra ella y sus amigos. También fue infortunado para esta mujer que en 1976 hubiese una serie de abrumadores desastres naturales, un fenómeno que los chinos relacionan con un cambio de dinastía. En abril cayó en la provincia de Kirin el meteoro más grande observado hasta entonces. En julio y agosto, tres terremotos conmovieron el norte de China, destruyeron partes de Pekín y la totalidad del cercano centro industrial de Tangshan; murieron 665.000 personas y hubo 775.000 heridos. Por su gravedad, fue el segundo desastre sísmico en la historia de China.

Fue sencillo imputar tales cosas a la influencia maligna de la “emperatriz” y su banda, ya que muchas catástrofes en efecto respondían a la acción del hombre: el fracaso económico, el colapso del sistema educativo, la destrucción de los tesoros artísticos y la vida cultural china. Pronto comenzaron a aparecer carteles que decían: “cortemos a Chiang Ching en diez mil pedazos”, “hay que freír en aceite a la banda de los cuatro”. Durante el juicio que se le siguió entre 1980 y 1981, la acusación llenó cuarenta y ocho páginas. Los cuatro fueron acusados de una sorprendente variedad

74 Citado en Ross Terrill, *The Future of China after Mao*, Londres, 1978, p. 121.

75 *Ibid.*, pp. 115-117.

de delitos y, cada uno por separado, de actos específicos de malignidad, vanidad y extravagancia; finalmente se subrayó que era hipócrita el reinado puritano del terror que ellos habían impuesto. Chang inclusive había sido “una espía a sueldo de Chiang Kai-shek”. Se acusó de donjuanismo a Wang, de importar costosos equipos estereofónicos y, apenas cuatro días antes de su arresto, de tener por lo menos 114 fotografías de su propia persona. Yao Wen-yuan, el cuarto miembro de la banda, había gastado 500 dólares en un suntuoso banquete para celebrar la muerte de Chu. Chiang Ching había bebido agua de azafrán, había cenado una carpa dorada, había conservado una enorme cantidad de filmes pornográficos, incluso el notorio *Son de la música*, que veía todas las noches; también había montado un caballo y después había pasado a una limusina, y había retirado de la biblioteca libros acerca de las emperatrices. Afirmó que “incluso en el comunismo puede existir una emperatriz”, clausuró un astillero de Cantón porque el ruido la molestaba, prohibió el aterrizaje de los aviones porque le impedían dormir, afirmó que la “emperatriz viuda” había sido una “legalista”, desvió el flujo del tránsito, ordenó sacudir el polvo de las hojas de los árboles de Cantón antes de su propia llegada, dijo que era “mejor tener trenes socialistas que llegaban con retraso que trenes revisionistas que cumplen el horario”, apresuró la muerte de Mao al trasladarlo de un lecho a otro, jugó al póquer mientras él agonizaba y declaró: “El hombre debe abdicar y permitir el reinado de la mujer”. Ella y sus amigos eran “huevos podridos” que “veneraban las cosas extranjeras, adulaban a los extranjeros y mantenían relaciones ilícitas con extranjeros”, y además habían incurrido “en flagrante delito de capitulación y traición nacional”. Eran “los perversos dueños de la literatura y el teatro”.⁷⁶ Chiang Ching mantuvo una actitud desafiante durante el juicio de siete semanas, que concluyó a principios de 1981, y en cierto momento creó otra situación dramática, pues de pronto se desnudó. ⁷⁷ Se la encontró culpable de todas las acusaciones y fue condenada a muerte, sentencia que fue suspendida provisoriamente por dos años.

A esta altura de las cosas, el mismo Hua había entrado en un cono de sombra, desplazado por Teng, también él un antiguo Lázaro que había reaparecido en la vida pública en 1977 y que desde fines de 1978 estaba, evidentemente, a cargo del gobierno. Era un hombre áspero y duro de Szechuan, con algo de la tosca brutalidad de Mao, pero sin un atisbo de romanticismo ni el más mínimo interés en la política como forma artística. Teng había sido el más consecuente opositor de los dramas políticos de Mao, aunque a veces se había visto obligado a representar papeles menores en ellos. Había hablado ásperamente y a menudo contra los excesos de la revolución cultural. Ahora que ese episodio provocaba la desautorización y el castigo, el ascenso de Teng a la cumbre quizás era lógico e inevitable. Despreciaba a las personas para las que la política era lo único que importaba, especialmente a la izquierda sectaria: “Se sientan en el retrete y ni siquiera consiguen defecar”. “Uno no debería hablar el día entero de la lucha de clases. En la vida real no todo es lucha de clases.” Despreciaba por completo el arte proletario. “Es un grupo de gente corriendo de un extremo al otro de la escena. Ni pizca de arte [...] Los extranjeros aplauden sólo por cortesía.” Después de oír a la Orquesta Filarmónica de Viena dijo: “Esto es verdaderamente lo que yo llamo alimento para el espíritu”. Agregó que “actualmente” las óperas chinas no eran más que “tañidos de gong y redobles de tambor”. “Uno concurre al teatro y se encuentra en un campo de batalla.” Teng no alimentaba animosidades especiales: “Enterremos el pasado. Los que fueron exonerados tienen que retornar a sus cargos”. Afirmó que deseaba terminar con “los gritos y los alaridos”. El país debía volver al trabajo. “La mayoría de los estudiantes universitarios ahora están armados sólo con un pincel para pintar carteles. No saben otra cosa.” “Los científicos no tienen tiempo para investigar. ¿Cómo pueden crear o inventar cosas?” El ejército también estaba desmoralizado, como en tiempos de Chiang Kai-shek, y bien podía revertir el sistema de los señores de la guerra. Se había convertido en un ente “insensible, desunido, arrogante, perezoso y blando”.⁷⁸

En resumen, Teng era un anticuado y reaccionario partidario de la disciplina, un hombre próximo a los setenta años que creía en la ley, el orden y el trabajo esforzado. Se apresuró a enviar el ejército a Vietnam, en parte para castigar el liderazgo vietnamita prosoviético que perseguía a la

⁷⁶ Witke, op. cit., pp. 472 y ss.; Terrill, *China after Mao*, pp. 121-123.

⁷⁷ *Daily Telegraph*, 9 de enero de 1981, citando la revista *Zheng Ming*.

⁷⁸ Garside, op. cit., pp. 67 y ss.

minoría china, pero principalmente para enseñarle que la vida es un asunto serio; las unidades indisciplinadas fueron puestas en la vanguardia y sufrieron graves pérdidas. Luego se dedicó a arreglar parte de las dificultades provocadas en la economía por el prolongado reinado de Mao. Ahora se reconocía públicamente que la era de Mao se había caracterizado no por la austeridad puritana de la que se había vanagloriado, sino por una corrupción impresionante en las altas esferas.⁷⁹ El *Diario del Pueblo* de Pekín se disculpó ante los lectores por “todas las mentiras y las deformaciones” que había publicado y, lo que es más notable, los previno contra “los informes falsos, exagerados e inciertos” que continuaba imprimiendo.⁸⁰

En 1978-1979 se decidió modificar la actitud stalinista-maoísta, que se centraba en la industria pesada, para perseguir una estructura económica más adaptada a un país semidesarrollado. El porcentaje del PBN invertido debía descender del insostenible 38 por ciento de 1978 a alrededor del 25 por ciento hacia mediados de los años ochenta. Se incorporaron la motivación de la ganancia y las bonificaciones, y se reformaría la ley para destacar la importancia de los derechos civiles; era necesario idear formas democráticas destinadas a facilitar el control de los abusos burocráticos; sobre todo, se permitiría que las fuerzas del mercado ejercieran su influencia benéfica.⁸¹ El partido ya no sería la fuerza omnipotente en la vida nacional. Su afiliación, que se elevaba a 39 millones en 1982, al parecer se había duplicado durante la revolución cultural; Teng advirtió que muchas de estas personas no estaban bien “educadas” y exhibían un nivel inferior al “estándar”. En un informe publicado en la primavera de 1981, Teng afirmó que muchos miembros del partido “amaban la lisonja”, eran individuos “complacientes y de mente confusa”, ya “no se preocupan de las privaciones de las masas”, “están cubiertos por el polvo de la burocracia” y eran “arrogantes, conservadores y perezosos, están interesados únicamente en el placer e imbuidos en una ideología de privilegio”.⁸² El “nuevo realismo” coincidió con una nueva serie de desastres naturales, incluyendo una sequía que afectó la agricultura en 1980 y 1981, y obligó a un régimen orgulloso a pedir ayuda a Occidente. De modo que al comienzo de los años ochenta, China dejó de ser la nueva y milagrosa superpotencia y finalmente bajó el telón sobre el fantasioso mundo del romanticismo maoísta, que había terminado en un horroroso melodrama. En cambio, ingresó en el mundo real del progreso, lento, doloroso y pragmático.

El régimen de Mao en China fue una tragedia. Pero no siempre pareció tal, por lo menos desde la perspectiva del mundo exterior. Durante los años cincuenta y sesenta estaba de moda comparar su centralismo autoritario, que había aportado unidad y estabilidad a China y que, según se afirmaba, elevaba constantemente su nivel de vida, con la ineficacia de la democracia parlamentaria de la India. Como hemos visto, la era de Nehru en los asuntos mundiales, cuando apareció como el principal estadista internacional, se basaba en una serie de ilusiones; la más importante era su creencia de que India y China, las dos naciones más populosas, podían actuar armónicamente, lo que él mismo denominó *Hindi-Chini-bhai-bhai* (India y China hermanas). Esta política se vio debilitada por el primer conflicto entre India y China, en 1959, y se derrumbó a causa de un episodio más grave, la invasión china de 1962. Para Nehru, que ahora tenía setenta y tres años, fue un desastre personal sin atenuantes y jamás pudo reaccionar. Cuando murió, mientras dormía, en 1964, era un hombre triste y desconcertado.

En el caso de los países extensos, superpoblados, pobres y con una industria atrasada como China e India, el principal problema del Estado tiene un carácter elemental: ¿Cómo preservar la integridad del Estado? ¿Cómo mantener un sistema de gobierno que sea respetado y reconocido masivamente por la población? Asimismo, la principal tentación del gobierno es aprovechar los infortunios del vecino para promover su propia popularidad. Mao sucumbió a esto en 1959 y 1962, y aprovechó la debilidad y la división de la India. De ese modo agravó las dificultades de ese país, aunque a largo plazo nada hizo para aliviar las propias.

Desde el momento de la partición, en 1947-1948, la India y Pakistán se vieron como enemigos.

79 *Ibid.*, pp. 73 y ss.

80 Leys, *op. cit.*

81 Michael Oksenberg, “China Policy for the 1980s”, en *Foreign Affairs*, n° 59, invierno de 1980-1981, pp. 304-322.

82 *Guardian*, 5 de febrero de 1982.

Durante un cuarto de siglo los economistas continuaron discutiendo si el dominio británico aceleró o dificultó el progreso económico de la India.⁸³ Nehru había creído firmemente que “la mayoría de nuestros problemas actuales responden [...] a la detención del crecimiento y a la actitud de la autoridad británica, que impidió las formas normales de adaptación”.⁸⁴ Pero esta opinión equivalía a ignorar el principal aporte británico, que fue imponer la unidad al subcontinente e impedir la “adaptación normal” de la desintegración. El dominio británico había sido un proceso progresivo de integración económica. La partición fue la primera etapa de su inversión. Los conflictos internos en Pakistán, sobre todo entre las regiones del este y el oeste, las tensiones análogas entre el gobierno central indio y las provincias, sugerían que era inminente un destino parecido al de China durante la década de los veinte. Pakistán exhibió una tendencia intrínseca al sistema de los señores de la guerra en la forma de dictaduras militares efímeras. La India manifestó una preferencia contraria, a favor del gobierno parlamentario débil.

A la muerte de Nehru, un grupo formado por miembros del Partido del Congreso y jefes provinciales, llamado “el sindicato”, unió fuerzas para impedir el ascenso de Morarji Desai, el adepto más formidable del desaparecido Nehru. Eligieron a Lal Badahur Shastri, un hombre que parecía simbolizar la impotencia. Se lo llamaba el “gorrioncito” y era tan menudo que apenas llegaba al borde inferior del vientre del general de Gaulle. En el otoño de 1965, la India y Pakistán fueron a la guerra a causa de Cachemira. Desde el punto de vista militar, los resultados no fueron concluyentes; en el aspecto económico fue inmensamente destructiva para las dos partes. Se resolvió mediante un encuentro entre el mariscal Ayub Khan, dictador de Pakistán, y Shastri, en Tashkent, en enero de 1966; el esfuerzo agotó tanto al “gorrioncito” que falleció en el transcurso de la siguiente noche.

Desconcertados, los jefes del Congreso se volvieron hacia la señora Gandhi, la hija de Nehru, que había sido ministro de Informaciones de Shastri. Muchos hindúes creían que ella era el padre reencarnado y gritaban “*Jawaharlal ki jai*” (¡Viva Nehru!) .⁸⁵ Tenía cinco sabuesos irlandeses, cada uno más grande que su predecesor, y en ella no había nada que fuese pequeño o débil. A causa de la hostilidad de China, consideró que el futuro de la India dependía de la alianza con la Unión Soviética; por eso mismo orientó a la nación hacia la izquierda. En 1969 disputó con su ministro de Finanzas, Desai, lo despidió, nacionalizó los bancos, aplastó al viejo Partido del Congreso y creó una nueva organización alrededor de la facción personal. Destruyó el poder financiero de la clase de los príncipes y, cuando la Suprema Corte declaró que sus actos eran inconstitucionales, disolvió el Parlamento en marzo de 1971 y obtuvo una mayoría abrumadora, 350 bancas sobre un total de 525.

Sin embargo la señora Gandhi, calculadora e inescrupulosa detrás de sus ojos como los de un halcón, no conocía más que su padre las realidades económicas y, como él, buscó alivio en los problemas internacionales. Halló una solución en la inquietud cada vez más acentuada de Pakistán. Las dos regiones del país nunca habían tenido en común nada más que la religión musulmana y el temor a la India hindú. El país era gobernado desde el oeste y este hecho se reflejaba en la disparidad cada vez más acentuada del ingreso *per cápita*: en el oeste aumentó, entre 1959 y 1967, de 366 a 463 rupias, y en el este solamente de 278 a 313. Aunque la parte principal de la población vivía en el este (70 de un total de 125 millones a fines de los años sesenta) y producía la mayor parte de las exportaciones del país, el oeste recibía las importaciones. Su producción de energía representaba cinco o seis veces la del este, y tenía 26.000 camas de hospital contra 6.900 en el este.⁸⁶ Una de las muchas quejas del sector este era que el gobierno paquistaní no había adoptado medidas eficaces de contención de las inundaciones en la bahía de Bengala. La noche del 12 de noviembre de 1970, un ciclón afectó la región y originó uno de los más graves desastres naturales

83 M. D. Morris *et al.*, eds., *Indian Economy in the Nineteenth Century*, Delhi, 1969; W. J. Macpherson, “Economic Development in India under the British Crown 1858-1947”, en A. J. Youngson, ed., *Economic Development in the Long Run*, Londres, 1972, pp. 126-191; Peter Robb, “British rule and Indian ‘Improvement’”, en *Economic History Review*, XXXIV, 1981, pp. 507-523.

84 J. Nehru, *The Discovery of India*, Londres, 1946.

85 Dom Moraes, *Mrs. Gandhi*, Londres, 1980, p. 127.

86 Dom Moraes, *The Tempest Within*, Delhi, 1971.

del siglo. Una ola de ochenta kilómetros de ancho se abatió sobre la costa, que se convirtió en un océano de lodo y sumergió a centenares de personas; en total más de 300.000 personas perdieron la vida.

El resultado fue que sheik Mujib Rahman, el líder de Pakistán Oriental, reclamó un sistema federal y ganó las elecciones sobre la base de este programa. El gobierno de Pakistán envió al general Tikka Khan, llamado “el carnicero de Beluchistán” a causa de sus actividades de la región occidental, con el fin de que implantase la ley marcial; Yahya Khan, en ese momento el dictador, le ordenó que “eliminase a esos individuos”. El 25 de marzo de 1971 atacó con sus tropas la Universidad de Dacca y al día siguiente Mujib proclamó la República de Bangladesh independiente. Era poco probable que la India hubiera podido mantenerse al margen de la guerra civil, pues hacia mediados de 1971 había 10 millones de refugiados en su territorio. Pero Pakistán resolvió el dilema de la señora Gandhi, porque desencadenó un ataque preventivo sobre las bases aéreas indias. El 4 de diciembre, Gandhi declaró la guerra, India reconoció a Bangladesh e invadió la región oriental. Para el ejército indio fue una campaña fácil, que concluyó con la rendición de Pakistán. El comandante en jefe indio y el jefe paquistaní del ala oriental habían sido condiscípulos en la academia militar de Sandhurst. El primero envió un mensaje al segundo, por intermedio de su ayudante de campo: “Mi estimado Abdullah, estoy aquí. El juego ha terminado. Sugiero que te rindas y yo cuidaré de tu persona”.

La victoria sobre Pakistán fue el momento culminante de la carrera de la señora Gandhi. Después, los acontecimientos cobraron un sesgo negativo para ella. La amistad con Bangladesh no duró mucho. En su carácter de nación independiente, pronto se convirtió en aliado natural de Pakistán. Sus propios problemas regionales se multiplicaron, exacerbados por los desastres naturales que afectaron a Pakistán. En 1972, el monzón falló, hubo sequía y después hambre. En 1973 se amotinaron las fuerzas de seguridad de Uttar Pradesh. La señora Gandhi tuvo que apelar al ejército y ocupar el Estado. Al año siguiente se vio obligada a sofocar una revuelta en Gujarat y a apoderarse también de ese estado. Ese mismo año, en Bihar, empleó a la Fuerza de Seguridad de Fronteras y a la Policía Central de Reserva contra los disidentes encabezados por Jayaprakash Narayan, viejo colega del padre de Gandhi, que aplicó las tácticas gandhianas del *gherao* o bloqueo pacífico del Parlamento estatal, y un *bundh*, o clausura impuesta de las tiendas y las oficinas. Todas las fuerzas rebeldes y las oposiciones regionales comenzaron a agruparse en un nuevo Frente Janata, y en 1975 Narayan dirigió manifestaciones a través de toda la India, mientras amenazaba instaurar los *janata sarkars* (gobiernos populares) en todo el territorio septentrional. Al mismo tiempo, la señora Gandhi tuvo dificultades con la Suprema Corte a causa de ciertas infracciones electorales y este cuerpo declaró nula la elección de 1971. Era precisamente la combinación que destruyó a la India británica: la agitación planeada que impedía un gobierno normal y la dificultad de afrontar la situación en el marco determinado por el imperio del derecho.

Por su implacabilidad, la señora Gandhi aventajaba de lejos a cualquiera de los virreyes. Solamente en Bihar envió 60.000 policías y paramilitares para quebrar el *gherao* de Narayan. Enfrentó una huelga ferroviaria ordenando arrestos sin autorización judicial. Desde la guerra con Pakistán contaba con los beneficios de un estado de emergencia exterior, pero este instrumento no le permitía ignorar o torcer los fallos de los tribunales. El 25 de junio de 1975 clausuró los diarios y detuvo a Narayan, Desai y la mayoría de los restantes opositores. Al día siguiente declaró el estado de emergencia interior, en la práctica un *putsch* del gobierno contra la oposición. Invitó a su casa a los atemorizados líderes de su partido con el propósito de infundirles un poco de coraje. Dijo entonces: “¿Conocen el famoso proverbio: ‘Cuando el águila real vuela bajo las estrellas, los pajaritos se ocultan?’”. Luego se volvió hacia un miembro del Parlamento y le exigió enérgicamente: “¿Cómo era ese proverbio? ¡Repítalo! “. Petrificado, el hombre contestó: “Señora, cuando el gran mal se fríe bajo las estrellas, los pajaritos se esconden”.⁸⁷

Desde la independencia, la India se había aferrado tenazmente a la democracia y se había comparado, condescendiente, con la militarista Pakistán. Una de las razones por las que la señora

87 Moraes, *Mrs. Gandhi*, p. 224.

Gandhi apeló al autoritarismo fue su creencia de que debía competir con la demagogia populista de Zulfikar Ali Bhutto. Éste era un político profesional, elevado al poder como alternativa a la incompetencia militar después del desastre de Bangladesh. Gobernó con bastante lucimiento a Pakistán, sobre todo manipulando a su favor todos los reglamentos y las normas, exonerando a jueces, clausurando diarios y amañando las designaciones de altos jefes militares.⁸⁸ Pero precisamente porque Bhutto era un civil, la señora Gandhi creía que ella no podía abandonar del todo el parlamentarismo. En consecuencia, el período de emergencia fue una sucesión de arreglos *ad hoc*, sin que existiera una auténtica cadena de mandos ni responsabilidades deslindadas con claridad y subordinadas a los tribunales; es decir, era la fórmula perfecta para dar paso a la crueldad y la corrupción. Muchos miles de activistas políticos languidecían en las cárceles, a menudo en condiciones terribles. Entre ellos había personas prominentes, con las reinas viudas de Gwalior y Jaipur, y Snehlati Reddy, la hija socialista de un famoso productor cinematográfico, que falleció a causa de estas experiencias. George Fernandez, que había organizado la huelga ferroviaria, pasó a la clandestinidad, pero su hermano fue arrestado y torturado.

Incluso antes de la emergencia la señora Gandhi había afrontado muchas acusaciones de corrupción, sobre todo a causa de las actividades de su hijo Sanjay; en el marco de esta confusión sin ley, la decadencia de la vida pública india se acentuó velozmente. En estas circunstancias, Gandhi designó a Sanjay jefe del Congreso de la Juventud y lo puso a cargo de los aspectos más radicales de los planes de control de la natalidad, los que, desde 1970, eran a su juicio los programas domésticos más importantes de la India. Sanjay y sus amigos aprovecharon la oportunidad para practicar un poco de ingeniería social de acuerdo con el modelo maoísta. Sanjay desplazó brutalmente a los habitantes de los barrios pobres de Delhi de los espacios abiertos a los suburbios exteriores y, lo que es más importante, organizó enormes campos de esterilización donde, mediante una combinación de incentivos y presiones, centenares de miles de varones indios fueron sometidos a vasectomías, practicadas en las condiciones más primitivas. Como la prensa y la radio estaban amordazadas, los indios tuvieron que depender de la BBC para descubrir lo que sucedía en su propio país. Como según ella misma lo reconocía, la señora Gandhi no escuchaba la BBC (“la BBC siempre se mostró hostil conmigo”) y a menudo también estaba mal informada.⁸⁹ Cuando Bhutto anunció la celebración de elecciones en marzo de 1977, ella creyó que debía competir y organizar también una elección, pues suponía, sobre la base de los informes de funcionarios regionales serviles, que lograría triunfar y legitimar su emergencia. A decir verdad, los resultados fueron desastrosos para ambos. Bhutto se impuso holgadamente, pero el escándalo provocado por la forma de obtener este resultado determinó, a su vez, la ley marcial y otro golpe militar. Se lo acusó de conspiración para asesinar y, después de dos prolongados y controvertidos procesos, fue ahorcado en abril de 1979.⁹⁰ La señora Gandhi perdió las elecciones y su banca a causa del perjuicio que le acarrearón la ingeniería social de Sanjay y una multitud de otras cuestiones que influyeron negativamente.

Sin embargo, el victorioso Partido Janata no era tanto una alternativa del gandhismo como la coalición de descontentos. Desai era su figura más importante, tenía muchos de los vicios de Gandhi y ninguna de sus virtudes. No bebía ni fumaba y afirmaba con voz estridente que los británicos habían introducido el licor y el tabaco para corromper a los nativos. Hacía gran alarde de su rueda de hilar. Se negaba a usar la medicina moderna. Para mantenerse en buenas condiciones físicas, todas las mañanas bebía un vaso de su propia orina. Raj Narain, ministro de Salud, también creía en el tratamiento de la orina y lo recomendaba oficialmente. Interrogado acerca del control de la natalidad, afirmó que las mujeres debían ingerir hierbas para impedir el embarazo. Estas excentricidades no estaban acompañadas por una sólida capacidad administrativa o por la virtud de la probidad. En realidad, el gobierno de Janata fue incluso más corrupto que el régimen del Partido del Congreso de la señora Gandhi. Los intentos de investigar los actos impropios de la señora Gandhi mediante la labor de una comisión de indagación o de someterla a proceso (pasó una

88 Shahid Javed Burki, *Pakistan under Bhutto 1971-1977*, Londres, 1979.

89 Moraes, *Mrs. Gandhi*, p. 250.

90 Victoria Schofield, *Bhutto: Trial and Execution*, Londres, 1980.

semana en la cárcel) simplemente removieron un inmenso mar de lodo que voló en todas direcciones. Retornó al Parlamento gracias a una elección complementaria; más tarde fue expulsada, pero pudo invertir los papeles y presentarse como una víctima de la persecución; tuvo la inspiración de utilizar el éxito de la cantante Gracie Fields, de Lancashire, en 1939: “Mientras te despides de mí deséame suerte”, un extraño ejemplo de la supervivencia de los “valores” coloniales.⁹¹ En las elecciones del 3 de enero de 1980, los indios tuvieron que elegir entre males conocidos; su instinto los llevó a votar por lo que, según ellos sabían, se asemejaba más a una dinastía real. La señora Gandhi ganó por abrumadora mayoría y su partido conquistó 351 bancas del total de 524. El resultado de 1977 fue un veredicto contra la tiranía, incluso a riesgo de soportar el caos; el de 1980 un voto contra el caos, incluso a riesgo de soportar nuevamente la tiranía.

La historia de la India, después de la independencia, tendió a destacar el carácter intratable del problema que Gran Bretaña había afrontado: ¿Cómo mantener la paz en un conjunto amplio y enormemente variado de pueblos al mismo tiempo que se preservaban las garantías constitucionales y legales? La idea de Nehru de que el problema se suavizaría después de la independencia demostró su total falta de validez. En realidad, la situación llegó a ser cada vez más difícil; uno de los factores no menos importantes fue la duplicación de la población durante la generación siguiente. De acuerdo con los cálculos del gobierno, había 683.810.051 habitantes en enero de 1981.⁹² Debido a la presión de estas masas palpitantes, la estructura de las libertades civiles creadas durante el dominio británico comenzó a debilitarse, aunque nunca se derrumbó del todo. Sin embargo, el estado de emergencia de la señora Gandhi fue una etapa importante de esta declinación. No se restableció el control civil eficaz sobre la policía y las fuerzas de seguridad. Hubo cierto orden, pero más gracias al terror que a la justicia. En noviembre de 1980 la prensa reveló que en el estado de Bihar la policía usaba sistemáticamente ácido y rayos de bicicletas para cegar a los sospechosos. Se pudieron comprobar unos treinta casos. El mes de enero siguiente se informó acerca de casos en la ciudad santa de Benarés; se dijo que allí la policía fracturaba las piernas de los detenidos que estaban en custodia.⁹³ Se acusó también a la policía de asesinar y torturar. Como manifestó un juez del Tribunal Supremo de Allahabad: “La policía india es la fuerza del país mejor organizada para el delito”.⁹⁴

Lo que confería un carácter especialmente detestable a este salvajismo era que parecía reflejar el prejuicio de casta. El dominio británico se enorgullecía porque, si bien era incapaz de eliminar las castas, las peores consecuencias de este sistema se veían atenuadas por el principio británico de la igualdad ante la ley. El principal temor de Churchill, su principal razón para oponerse a la independencia rápida, había sido que las castas inferiores se convertirían en las principales víctimas, del mismo modo que las castas superiores (especialmente los brahmines, como los Nehru) serían los beneficiarios indudables. El aspecto más criticable de las atrocidades policiales era que los mismos policías, y todavía más los políticos que los protegían, provenían de las castas superiores y, en cambio, en casi todos los casos las víctimas pertenecían a las castas inferiores. La independencia no hizo nada por los “intocables”, que hacia comienzos de la década de los ochenta sumaban más de 100 millones. La representación simbólica que tenían en el Parlamento y en el gobierno era, en sí misma, un aspecto de su explotación. Su modo de vida, su misma capacidad de supervivencia, continuaban siendo un misterio, el rincón menos explorado de la sociedad india.⁹⁵ Había muchos indicios en el sentido de que el terror policial, frente al que la autoridad parecía cada vez más indiferente, era una forma de control social que tenía sus raíces en las infinitas escalas del privilegio.

Más de la mitad de la raza humana vive en las grandes naciones continentales de Asia. En la década de los ochenta, la población china había superado la cifra de 1.000 millones. Después de obtener la independencia o sacudir la tutela extranjera, todas realizaron experimentos “sociales”.

91 Moraes, *Mrs. Gandhi*, p. 319.

92 Informe al Parlamento del Ministro de Asuntos Internos, 15 de marzo de 1981.

93 *The Times*, 3 de febrero de 1981.

94 *Daily Telegraph*, 2 de febrero de 1981.

95 Véase, por ejemplo, James Freeman, *Untouchable: and Indian Life History*, Londres, 1980.

China optó por el comunismo, incluidas la agricultura colectivizada y la nacionalización total de la industria. Birmania prefirió el socialismo unipartidario, consolidado a partir de 1962 por una capa suplementaria de control militar, ejercido por el general (después presidente) Ne Win. Con la dirección de Bhutto, Pakistán aplicó un amplio programa de nacionalización. Tanto Pakistán como la India excluyeron a las fuerzas del mercado mediante las elevadas tarifas aduaneras. La economía principalmente socialista de la India fue planeada asignando especial importancia (de acuerdo con el criterio stalinista convencional) a la industria pesada; incluso su importante y vigoroso sector privado se vio sometido a una intensa reglamentación, que llegó a ser soportable sólo gracias a la difundida corrupción. Después de una generación, en ambos casos los resultados fueron igualmente magros y deprimentes. Estas potencias se miraban unas a otras con distintos grados de hostilidad, si bien China y Pakistán mantenían una alianza inestable, impuesta por el odio común a la India. China produjo sus primeras armas nucleares en 1964, la India en 1974, Pakistán en 1978. Todas estas naciones (incluso Bangladesh, la más pobre) gastaban en la defensa una proporción del PBN mucho más elevada que durante el período colonial. Por ejemplo, en Birmania, sobre todo a causa del respaldo chino a los grupos rebeldes comunistas, hacia 1980 el gasto militar absorbía un tercio del presupuesto y casi la totalidad de los ingresos en divisas extranjeras.⁹⁶ En todos los casos, las elevadas esperanzas suscitadas por la generación de Bandung acerca de la posibilidad de una súbita y espectacular conquista de los niveles de vida de estilo occidental, en el marco de la paz y la no alineación, habían sido abandonadas hacia la terminación de los años setenta.

A fines de la década de los cuarenta se había explicado a la mitad asiática de la raza humana que sus dificultades tenían una solución directa, inmediata y esencialmente política. La experiencia demostró que este concepto era una falacia. Más aún, existían argumentos válidos para suponer que la política, sobre todo la de carácter ideológico, era una de las causas principales del sufrimiento humano. No podría hallarse mejor ilustración que la sombría realidad descrita en un informe del distrito metropolitano de Calcuta, que en su propio territorio y sus alrededores reunía a 150 millones de los seres más pobres de la tierra. Incluso en los tiempos coloniales inspiraba cierto horror administrativo. Con su acostumbrada clarividencia, Kipling la llamó la “ciudad de la noche terrible”. “Tenía”, escribió, un atributo peculiar, “el gran hedor de Calcuta”.⁹⁷ A principios de los años cuarenta y al margen de la política, era cada vez más difícil para las autoridades municipales mantener apenas un buen sistema de cloacas. La partición asestó a la ciudad un golpe del que nunca se recuperó. Destrozó la economía de extensas regiones de Bengala y empujó a cuatro millones de refugiados, en la práctica eternos desocupados, hacia la mitad occidental, mientras que un millón fue a parar a la misma Calcuta. Entre los censos de 1921 y 1961, la población se había triplicado, y se había abandonado el esfuerzo por una prestación de servicios modernos estándar.

Hacia fines de los años sesenta, un observador escribió que la mayor parte del distrito “carece de sistemas cloacales organizados por la municipalidad, de aguas corrientes, desagües o cloacas, e incluso de medios privados de eliminación cloacal en las aguas servidas, por ejemplo cámaras sépticas”. Había alrededor de 200.000 retretes comunales primitivos, “cobertizos bajos, estrechos y abiertos, de ladrillo, con plataformas sobre vasijas de loza o pisos de tierra”.⁹⁸ Como ya señalamos, la crisis de Bangladesh envió a otros 10 millones de personas sin hogar a Bengala india y gran parte de esta masa terminó en las calles de Calcuta, de modo que a fines de los años setenta un millón de almas dormía al sereno solamente en el centro de la ciudad. La política ferozmente partidista y doctrinaria de Bengala Occidental, dirigida por marxistas durante los años sesenta y setenta, cuando no se suspendía la constitución y se apelaba al “gobierno presidencial” directo, originó una proporción ilimitada de imprevisión y corrupción.

La difícil situación de Calcuta atrajo a muchos colaboradores voluntarios, que se unieron en los esfuerzos de la madre Teresa y sus Misiones de la Caridad, establecidos en Calcuta en 1948. Pero con frecuencia el gobierno marxista pareció más interesado en desprenderse de los organismos médicos voluntarios, que concitaban la atención sobre sus fallas, que en resolver el problema

⁹⁶ *New York Times*, 20 de julio de 1980.

⁹⁷ R. Kipling, *From Sea to Sea*, Londres, 1899.

⁹⁸ Ved Mehta, *Portrait of India*, Londres, 1970, Parte VII, p. 362.

fundamental.⁹⁹ Calcuta se convirtió en la antiutopía cristalizada de los tiempos modernos, la ciudad de las ilusiones destruidas, la oscuridad y no la luz de Asia. Era una advertencia impresionante en el sentido de que los intentos de realizar experimentos con la mitad de la raza humana tenían más probabilidad de producir un monstruoso Frankenstein que milagros sociales.

⁹⁹ Véase, por ejemplo, el *Daily Telegraph*, 8 de febrero de 1982.

17 EL LÁZARO EUROPEO

Si la historia de la posguerra llevó a las nuevas naciones de Asia y África a una serie de callejones sin salida que a menudo terminaron en el horror y el salvajismo, la experiencia de Europa resultó más reconfortante. Fue un resultado imprevisto. El estado de ánimo que prevalecía en 1945 estaba signado por la desesperación y la impotencia. La era europea de la historia había concluido. En cierto sentido, Hitler había sido el último líder auténticamente europeo, una personalidad que podía promover hechos mundiales a partir de una visión etnocéntrica. Perdió esa capacidad hacia fines de 1941. El vacío dejado por su colosal caída no pudo ser llenado por los rivales europeos. Al término de la guerra, las dos superpotencias no europeas estaban, por así decirlo, al borde de un volcán apagado, espiando despectivamente sus honduras todavía humeantes, distanciadas de su derrumbe, pero satisfechas porque ese volcán ya no poseía la energía demoníaca necesaria para aterrorizar a la humanidad.

El 26 de octubre de 1945, cuando se estrenó el nuevo ballet en el Théâtre des Champs Elysées, la caída del telón realizado por Picasso mereció una silbatina del numeroso público formado por individuos de la alta sociedad.¹ Éste era el viejo París. Tres días después, en el Club Maintenant, Jean-Paul Sartre pronunciaba una conferencia: “El existencialismo es un humanismo”. Éste era el nuevo París. También en esta ocasión la sala estaba atestada. Los asistentes se desmayaban, forcejeaban para conseguir asiento, destrozaron treinta sillas, gritaban y alborotaban. La conferencia coincidió con la aparición de *Les Temps Modernes*, la nueva revista de Sartre, donde sostenía que la cultura literaria, más la *haute couture* de las tiendas de moda, eran ahora las únicas cosas que Francia había dejado —a decir verdad, un símbolo de Europa— y que él creaba el existencialismo para ofrecer a la gente un poco de dignidad y preservar su individualidad en medio de la degradación y el absurdo. La reacción fue abrumadora. Como dijo su compañera, Simone de Beauvoir: “Nos asombró el furor que provocamos”.² El existencialismo era notablemente antigalo; de ahí, quizá, la atracción que ejercía. Sartre era medio alsaciano (Albert Schweitzer era su primo) y se había criado en la casa de su abuelo, Karl Schweitzer. Su cultura era alemana tanto como francesa. Resultaba esencialmente un producto de la escuela berlinesa de filosofía, y sobre todo de Heidegger, de quien derivaba la mayoría de sus ideas. Sartre había pasado bien la guerra. Pese a las animosidades superficiales, había cierta confluencia del espíritu francés y el alemán. París no era un lugar desagradable para un intelectual en ciernes, si podía desentenderse de cosas ingratas como las redadas de judíos, una actitud que la mayoría conseguía adoptar sin dificultad.³ Como más tarde lo destacaría el intelectual judío Bernard-Henri Levy, las formas radicales y protofascistas del racismo rara vez repugnaron a los franceses, y menos aún a los intelectuales franceses; Levy incluso denominaba a esta actitud “la ideología francesa”.⁴

El teatro parisense floreció durante la dominación nazi. Después, André Malraux protestó: “Yo enfrentaba a la Gestapo mientras Sartre, en París, presentaba sus obras con la autorización de los censores alemanes”.⁵ Albert Büssche, crítico teatral de *Pariser Zeitung*, el órgano de las fuerzas armadas nazis, dijo de la pieza *Huis Clos*, de Sartre, que era “un acontecimiento teatral de primer orden”. No fue el único beneficiario de la aprobación alemana. Cuando *Le Malentendu*, una nueva obra del escritor *pieds-noir* Albert Camus, fue presentada en el Théâtre des Mathurins, el 24 de

1 Jacques Dumaine, *Quai d'Orsay 1945-1951*, trad. Londres, 1958, p. 13.

2 Simone de Beauvoir, *Force of Circumstance*, trad. Londres, 1965, pp. 38 y ss.

3 David Pryce-Jones, *Paris in the Third Reich: A history of de German Occupation 1940-1944*, Londres, 1981.

4 Bernard-Henri Levy, *L'Ideologie française*, París, 1981.

5 Citado en Herbert R. Lottman, *Camus*, Londres, ed. 1981, p. 705.

junio de 1944, mereció la silbatina de la elite intelectual francesa (entonces casi toda fascista) porque era sabido que Camus militaba en la Resistencia. Büssche opinó que la obra abundaba “en pensamientos profundos [...] es un trabajo de avanzada”.⁶ Camus no adoptó frente a la guerra la actitud distante de Sartre; en realidad, perteneció al núcleo de sólo 4.345 franceses, hombres y mujeres, que recibieron la Roseta especial de la Resistencia. Pero su pensamiento reflejaba la continuidad cada vez más estrecha de la filosofía francesa y la alemana, un fenómeno promovido por la ocupación y una tendencia importante del esquema de la posguerra. La influencia más determinante en su vida fue la de Nietzsche, y así, en sus novelas *El extranjero* y *La peste*, afrancesó a Nietzsche para beneficio de una generación entera de jóvenes franceses.

Sartre y Camus aparecieron juntos en 1943-1944, protagonistas —y con el tiempo antagonistas— de un culto centrado en Saint Germain-des-Prés, que trató de relacionar a la filosofía y la literatura con la acción pública. Su centro era el Café Flore, en sí mismo símbolo de las ambigüedades de la vida intelectual francesa. Saint Germain había sido el paradero de Diderot, Voltaire y Rousseau, que solían reunirse en el antiguo Café Procope. El Flore se remontaba al Segundo Imperio, cuando recibía la visita de Gautier, Musset, Sand, Balzac, Zola y Huysmans, luego de Apollinaire y más tarde aún del círculo de *Action Française* dirigido por el propio Maurras. Sartre ocupaba el sillón aún tibio que había sido de Maurras.⁷ Su formulación de la posguerra derivaba de la fórmula de Kant: “Actúa como si la máxima de tu acción fuera a convertirse, por medio de tu voluntad, en una ley natural de carácter general”. Nuestros actos positivos, enseña Sartre, crean “no sólo el hombre que deseáramos ser nosotros mismos”, sino también “una imagen del hombre tal como creemos que debería ser”. El hombre podía plasmar su propia esencia mediante actos políticos positivos. Por lo tanto, Sartre proponía un gesto humano racionalizado de desafío frente a la desesperación, lo que Karl Popper denominó “una nueva teología sin Dios”. Contenía un elemento de la histeria alemana, característico tanto de Heidegger como de Nietzsche, en cuanto atribuía exagerada importancia a la soledad fundamental del hombre en un mundo sin dios y a la consiguiente tensión entre el yo y el mundo.⁸ Pero para los jóvenes, esta concepción ejercía una atracción mágica. Era una forma de romanticismo utópico y tenía más o menos la misma atracción que el movimiento romántico había tenido ciento cincuenta años atrás. Y ciertamente era más sugestivo, porque proponía también el activismo político. De acuerdo con la queja de Popper, resultaba una forma respetable de fascismo que, no es necesario aclararlo, podía aliarse fácilmente con algunas formas de marxismo. Camus insistió en que él nunca había sido existencialista; en 1951 disputó mortalmente con Sartre acerca de la defensa que el segundo hizo de algunas formas de la violencia totalitaria. En todo caso, la recreación de Camus, en términos modernos, del héroe byroniano solitario, que se resiste al destino y a un mundo extraño con sus actos desafiantes, fue lo que confirió una vida tan intensa al culto y le aportó sentido a los ojos de la juventud de ambos lados del Rin.

Por lo tanto, el existencialismo constituyó una importación cultural francesa, reexportada por París a Alemania, su país de origen, bajo una forma más refinada y mucho más atractiva. Vale la pena destacar esto, pues era la primera vez, desde los tiempos de Goethe, Byron y de Staél, que los jóvenes de Francia y Alemania sentían una afinidad cultural espontánea, una *weltanschauung* compartida. Por lo tanto, sirvió como preparación para promover una armonía económica y política más sólida, un proceso que también contaba con circunstancias propicias. Tal vez no se hubiera llegado a esto de no ser por otras dos circunstancias. La primera fue la definitiva (y posiblemente terminal) maduración del activismo cristiano en política, un fenómeno que durante una generación vital se convirtió en la forma dominante en Europa. La segunda fue el ascenso de un grupo de titanes europeos —no byronianos ni jóvenes ni románticos, ni siquiera heroicos en un sentido evidente, y mucho menos existencialista— que habrían de infundir nueva vida al cadáver de una Europa que se había automasacrado. Tanto el organismo, la cristiandad, como los agentes —

⁶ *Ibíd.*, p. 322.

⁷ Guillaume Hanoteau, *L'Age d'or de St-Germain-des-Prés*, París, 1965; Herbert Lottman “Splendours and miseries of the literary café” en *Saturday Review*, 13 de marzo de 1963, y en *New York Times Book Review*, 4 de junio de 1967.

⁸ Popper, *Conjectures and Refutations*, p. 363.

Adenauer, de Gasperi, de Gaulle—, por definición parecían aborrecibles a los fundadores del activismo existencialista. Pero por lo demás la historia se complace en estas ironías.

Adenauer, de Gasperi, de Gaulle fueron grandes sobrevivientes, hombres que no habían tenido su oportunidad, que quizá jamás la habrían tenido, y que al fin la tuvieron por la vía de la catástrofe, y con sobrada abundancia. Hacia el fin de la guerra, en 1945, Alcide de Gasperi tenía sesenta y cinco años; Adenauer, sesenta y nueve. Ambos eran hombres de las regiones de fronteras, católicos devotos, antinacionalistas, que reverenciaban a la familia como unidad social, odiaban al Estado (salvo como una necesidad mínima y lamentable) y creían que la característica más importante de la sociedad organizada debía ser el imperio del derecho, que a su vez debía reflejar el derecho natural, es decir, el predominio de los valores absolutos. En resumen, se opusieron a muchos de los rasgos destacados del siglo XX. Eran individuos obstinados y tenían caras extrañas. Un terrible accidente sufrido en 1917 había dado a Adenauer la impasibilidad de caoba de un figurón indio de tienda.⁹ De Gasperi, como Adenauer excesivamente alto y delgado en la juventud, afrontaba la vida con la expresión hostil de un perro guardián. Ambos era confederalistas. Adenauer representaba a la Alemania policentrista del Sacro Imperio Romano y de Gasperi, a la Italia septentrional de los Habsburgo.

Más aún, de Gasperi nació bajo el dominio austríaco. Como su padre era el jefe de los gendarmes locales, experimentaba un sentimiento de lealtad secular a una casa real más que a un estado-nación. Pero su fidelidad principal era espiritual. Asistía diariamente a misa siempre que podía. En la notable carta en que propuso matrimonio a su futura esposa, Francesca Romani, en 1921, escribió: “La personalidad de Cristo vivo me atrae, me subyuga y me conforta como si yo fuera un niño. Ven, deseo que me acompañes, que sientas la misma atracción, como si te asomaras a un abismo de luz”.¹⁰ Asistió a la Universidad de Viena y admiró a Karl Lueger, el famoso alcalde de la ciudad, aunque por razones muy distintas de las de Hitler. Creía que Lueger había indicado las formas en que las “encíclicas sociales” de los papas más progresistas podían aplicarse. Por consiguiente, su formación era la del populismo católico alemán y sus primeros escritos fueron publicados en el *Reichspost*, el periódico católico austríaco. Sin duda, de Gasperi se mostró casi inmune a las grandes enfermedades de los tiempos modernos: el nacionalismo étnico y la creencia de que los estados basados sobre él podían convertirse en utopías. En su primer discurso, pronunciado en Trento en 1902, exhortó a sus oyentes: “¡Sed primero católicos, después italianos!”. Decía que “deploraba” el “endiosamiento” de la nación y *la religione della patria*. Su lema era: “¡Católico, italiano, demócrata!”, en ese orden.¹¹

Por lo tanto, de Gasperi era la antípoda natural de Mussolini. En 1909 los dos hombres debatieron acerca del “socialismo en la historia” en una cervecería de Merano. Mussolini subrayaba la necesidad de la violencia; de Gasperi, la necesidad de fundar la acción política en el principio absoluto. De Gasperi tuvo que salir temprano para alcanzar un tren, seguido hasta la puerta por las ágiles burlas de Mussolini, que dijo de de Gasperi: “Un hombre de prosa descuidada y antigramatical, un hombre superficial que invoca un horario austríaco para esquivar un debate embarazoso”.¹² Por su parte, de Gasperi siempre pensó que Mussolini era un extremista destructivo: “El bolchevismo de negro”, según dijo cierta vez. Su Partido Popular Triestino fue bien recibido por don Luigi Sturzo en el Partido Popular Católico, que quizás hubiera gobernado a Italia entre las dos guerras, de no haber sido por el *putsch* de Mussolini. A de Gasperi le desagradaba la política parlamentaria italiana (“un circo ecuestre”) con sus escenas teatrales y sus trucos de oratoria, que merecieron siempre su desprecio. Pero detestaba todavía más al gran Estado totalitario. Como expresó en el último Congreso Nacional del Partido Popular, el 28 de junio de 1925: “Los principios teóricos y prácticos del fascismo son la antítesis del concepto cristiano del Estado, que establece que los derechos naturales de la personalidad, la familia y la sociedad son anteriores al Estado”. El fascismo era nada más que “el antiguo Estado policial disfrazado, que

9 Terence Prittie, *Konrad Adenauer 1876-1967*, Londres, 1972, pp. 35-36.

10 María Romana Carri, *De Gasperi uomo solo*, Milán, 1964, pp. 8182.

11 Elisa Carrillo, *Alcide de Gasperi: the Long Apprenticeship*, Notre Dame, 1965, p. 9.

12 *Ibid.*, p. 23.

pende sobre las instituciones cristianas como la espada de Damocles”. Obligado a comparecer ante un tribunal fascista en noviembre de 1926, insistió: “Lo que no puedo aceptar es el concepto mismo del Estado fascista, pues existen derechos naturales que el Estado no puede pisotear”.¹³ De Gasperi tuvo suerte. Mussolini lo envió en 1927 a la cárcel de Regina Coeli. Es posible que, como Gramsci, no hubiera sobrevivido al régimen. Pero la firma del tratado de Letrán, en 1929, permitió que Pío XI rescatase de la custodia a de Gasperi y lo enviase a la biblioteca del Vaticano, donde estuvo refugiado durante los catorce años siguientes.

De modo que cuando el fascismo se derrumbó, de Gasperi era la única figura importante que no estaba manchada y que podía ofrecer al pueblo italiano una alternativa que no fuese otra forma de estatismo. En diciembre de 1945 formó el primer gobierno de coalición de la posguerra y en las elecciones para la Asamblea Constituyente impuso a su nuevo Partido Demócrata Cristiano con el 35,2 por ciento de los votos (contra el 20,7 de los socialistas y el 18,9 de los comunistas). Su verdadera oportunidad llegó en enero de 1947, cuando los socialdemócratas, dirigidos por Saragat, se escindieron de los socialistas marxistas encabezados por Pietro Nenni. Entonces, de Gasperi pudo formar un gobierno demócrata cristiano homogéneo, que en 1948 ganó las primeras elecciones importantes celebradas bajo la nueva constitución, con el 48,5 por ciento de los votos y una mayoría absoluta de bancas (304 de un total de 574). Esta fue una de las más importantes elecciones europeas de la posguerra, pues determinó en Italia un esquema de estabilidad relativa durante una generación. Durante la “era de Gasperi”, es decir de 1945 a 1953, Italia alcanzó respetabilidad política como miembro centrista de la sociedad europea, aceptó el Plan Marshall, ingresó en la OTAN, se incorporó al Consejo de Europa y a la Comunidad Europea del carbón y el acero, y promovió su propio *miracolo* económico, simbolizado por la Vespa, los colores de Emilio Pucci, las estructuras de automóviles Pininfarina, las máquinas de coser Necchi y de escribir Olivetti, y el saludo matutino en la usina de la recuperación industrial, es decir Milán: ¡“*Buon lavoro!*”.

Es indudable que el éxito de de Gasperi contribuyó a allanar el camino de Konrad Adenauer en Alemania. Los dos hombres eran alternativas posibles para los regímenes totalitarios que prevalecieron en sus respectivos países entre las dos guerras. Como hemos visto, Adenauer hubiera podido llegar a ser canciller en 1926, pero él mismo no creía que hubiese tenido éxito. Weimar y la cancillería no gozaban de alta estima y, a juicio de Adenauer, los problemas que la situación planteaba eran insolubles. Además, él no simpatizaba con la opinión que prevalecía en Alemania. No era un separatista renano sino más bien un federalista, pero no depositaba la más mínima confianza en ninguno de los “genios alemanes”. Insistía en que “los alemanes son belgas con megalomanía”. Los prusianos eran los peores: “Un prusiano es un eslavo que ha olvidado quién era su abuelo”. Solía afirmar: “Cuando el tren nocturno de Colonia a Berlín cruzaba el Elba, yo ya no podía dormir”.¹⁴ En el régimen de Weimar, el alcalde de Colonia era el jefe oficioso de la comunidad católica alemana y eso era suficiente para Adenauer. No tenía ni rastros del sentimiento racial alemán y tampoco nada de respeto por el Estado bismarckiano. ¿Qué le había dado a los católicos alemanes? Los sufrimientos de la *Kulturkampf* Hitler lo despidió el 13 de marzo de 1933 y tuvo la suerte de no perecer con Schleicher durante la cobertura de la purga que liquidó a Roehm. Opinaba que Hitler estaba loco si declaraba la guerra y que probablemente la perdería. De acuerdo con la versión de su hija menor, Libeth Werhahn, la familia oraba pidiendo la derrota.¹⁵ No creía en una resistencia alemana y no se opuso a la política de rendición incondicional de los aliados, porque la creía necesaria.

La carrera de Adenauer durante la posguerra ilustra la importancia de la suerte en la política. Cuando los norteamericanos ocuparon Colonia, la ciudad prácticamente no existía. La población había descendido de 750.000 a 32.000 personas; al visitar las ruinas, André Gide se sintió tan horrorizado que inmediatamente pidió salir de allí. La política de los aliados consistió en reponer en sus cargos, si estaban disponibles, a los que habían sido exonerados por los nazis. De modo que los

13 Catti, op. cit., pp. 104-111; Carrillo, op. cit., pp. 83-84.

14 Prittie, op. cit., pp. 224, 312.

15 Ibid., p. 97.

norteamericanos pusieron nuevamente a Adenauer a cargo de la ciudad. Pocos meses después, Colonia se incorporó a la zona británica y Adenauer fue exonerado y expulsado en octubre de 1945 por razones que nunca fueron explicadas de manera satisfactoria.¹⁶ Sin duda Gran Bretaña, que ahora tenía un gobierno laborista, apoyaba a los socialdemócratas siempre que podía. Los administradores británicos concebían a Alemania como un país unificado y desarmado, moderadamente socialista, cuya industria no estaría sometida a hombres del tipo de los Krupp, sino nacionalizada. Las áreas de educación y política del gobierno militar británico tenían un plantel de oficiales de tendencias socialistas, que se preocuparon de que los socialdemócratas administrasen la radio, la agencia noticiosa y los órganos semioficiales del tipo de *Die Welt*.

El apoyo a los socialdemócratas fue el primero de muchos errores graves cometidos por la política exterior británica en su relación con Europa. Implicaba apostar a Kurt Schumacher, líder del PSD. Trágica víctima del pasado, tenía un solo brazo y pronto se le amputaría una pierna; el sufrimiento constante lo convertía en un hombre amargado, irritable, impaciente y a menudo irrazonable. Era en muchos aspectos todo lo contrario de Adenauer: prusiano y protestante, creía en un Estado grande y en una “gran Alemania”.¹⁷ Se negó a aceptar que su visión de Alemania dependía esencialmente del acuerdo soviético por referencia a la reunificación, ya que no era aplicable a las truncadas zonas occidentales. Y lo que es tan importante como lo anterior, se negó a aceptar (y los británicos lo imitaron) que la verdadera alternativa para la Alemania hitleriana, algo que eliminaría el veneno del sistema, no era una reconstrucción de la Alemania bismarckiana con perfiles socialdemócratas, con un Estado paternalista todopoderoso, una dirección leninista y centralizada de la industria nacionalizada, una enorme burocracia de estilo prusiano, y la tendencia a destacar la igualdad, la uniformidad y la colectividad. Ésa fue la fórmula elegida por los rusos para aplicarla a Alemania Oriental y lo único que consiguieron fue una versión radicalizada del Estado nazi, el tipo de versión que habría merecido la aprobación de Goebbels y también de Hitler en su última etapa. La auténtica antítesis del nacionalsocialismo era el individualismo, una sociedad en la que las decisiones privadas se impusieran a las de carácter público, en donde la familia fuese la unidad social más favorecida y prevaleciese el principio supremo de la actividad voluntaria.

Éstos eran precisamente los ideales que merecieron el apoyo permanente de Adenauer. En su condición de miembro, y después de patriarca de una vasta, apretada y ramificada familia, había llegado a la conclusión de que ésta (lo mismo que estaban descubriendo muchos detrás del Telón de Acero) constituía el único refugio digno de confianza frente a la invasión totalitaria. Por supuesto, era posible destruirla del todo —en efecto, Hitler había aniquilado a familias judías enteras— pero no era posible corromperla y pervertirla. Incluso cuando perdía a muchos de sus miembros, cerraba filas y se reconstituía con notable fortaleza, como lo demostró la experiencia judía. Una sociedad en la que la familia, contrapuesta al partido político y al programa ideológico, era el punto de partida de la reconstrucción, representaba la respuesta a la perversidad totalitaria. La afirmación de Schumacher de que las ideas de Adenauer conducirían a la “reconstitución” de los peores aspectos de Alemania, fue uno de los más graves errores de juicio de la historia. Sería difícil concebir un hombre más opuesto al saber convencional alemán desde 1860 en adelante.

Si los británicos hubiesen permitido que Adenauer continuara a cargo de Colonia, es posible que nunca hubiese sido un protagonista de la nueva política nacional. Ellos lo impulsaron a actuar. Las autoridades soviéticas aportaron su contribución al excluir a Andreas Hermes, su rival más peligroso. Durante el verano y el otoño de 1945 aparecieron grupos democratacristianos en diferentes regiones de Alemania. Existe la posibilidad de que la exoneración de Adenauer de su cargo en Colonia se realizara eligiendo intencionalmente el momento, de manera que él pudiera asumir el control de la Nueva Unión Demócrata Cristiana, para convertirla en un partido federal de Alemania Occidental con base en la región de Colonia. De ese modo, Adenauer creó un organismo partidario exactamente adaptado a los rasgos más destacados del nuevo Estado alemán que comenzaba a delinearse.¹⁸ En su primer discurso público, pronunciado en marzo de 1946, describió

16 *Ibid.*, pp. 106-110.

17 Lewis J. Edinger, *Kurt Schumacher*, Stanford, 1965, pp. 135-136.

18 Arnold J. Heidenheimer, *Adenauer and the CDU*, La Haya, 1960.

sus objetivos. El nuevo Estado no debía dominar al individuo. Debía permitirse que cada uno desarrollase su propia iniciativa en todos los aspectos de su vida. La ética cristiana debía ser la base de la comunidad alemana. El Estado debía ser federal, y era necesario concebirlo con vistas a la eventual creación de los Estados Unidos de Europa.¹⁹

Este discurso, uno de los más importantes en el mundo de la posguerra, que señaló el comienzo real de la política alemana e incluso de Europa Occidental durante la posguerra, fue pronunciado en la Universidad de Colonia. Adenauer había pronunciado allí otro notable discurso veintisiete años antes, en junio de 1918: “Sea cual fuere la forma definitiva del tratado de paz”, advirtió entonces, “aquí, a orillas del Rin, en las antiguas encrucijadas internacionales, la civilización alemana y la civilización de las democracias occidentales se encontrarán durante las próximas décadas. Si no se consigue entre ellas una auténtica reconciliación [...] se perderá definitivamente el liderazgo europeo”.²⁰ Se perdió esa oportunidad y el liderazgo europeo había desaparecido, probablemente para siempre. Pero la prosperidad y la estabilidad europeas aún eran objetivos realizables. En 1919, Adenauer había concedido la idea de un Estado del Rin y el Ruhr en el marco de una federación alemana. En julio de 1946, los británicos crearon el *Land* de Renania septentrional-Westfalia, uniendo la Renania industrial con la Westfalia agrícola, definiendo límites casi idénticos a la concepción de Adenauer en 1919. Por lo tanto, le suministraron el instrumento perfecto para ejecutar su plan.

Durante los tres años siguientes, Adenauer jugó las cartas que Gran Bretaña le había aportado involuntariamente, y lo hizo con refinamiento consumado. Era un veterano duro y mañoso; había aprendido a ser paciente. Mantenía su dignidad y controlaba su temperamento. Se mostraba flexible y discreto, nunca golpeaba la mesa ni adulaba, pero seducía y a veces halagaba con discreción. Había tomado en serio la observación de Churchill: “Los alemanes siempre tratan de estrangularnos o se arrojan a nuestros pies”. Él no hizo ninguna de las dos cosas. Como dijo un ministro británico, era “capaz de mantenerse al margen de los alemanes”; conocía “los defectos que los habían traicionado”.²¹ Los acontecimientos lo favorecieron. Cuanto mayor era la firmeza con que los rusos mantenían cerrado el Telón de Acero, más se inclinaban los aliados a crear el Estado alemán occidental que Adenauer deseaba. Desechó la posibilidad de instalar la capital en Berlín: “Quien elija como capital a Berlín estará creando una nueva Prusia espiritual”. La capital debía estar en un sitio en que “las ventanas de Alemania se mantengan abiertas al Oeste”.²² La primera crisis de Berlín reforzó este criterio. Adenauer bloqueó los planes socialdemócratas de una nacionalización general de la industria alemana, que inicialmente contaron con el apoyo británico. Cuando rechazaron el Plan Marshall para Alemania Oriental, los rusos hicieron un doble favor a Adenauer: debilitaron la posición de Jakob Kaiser, el jefe sindical demócratacristiano y su principal rival para la jefatura del partido, y posibilitaron el desarrollo económico separado de Alemania Occidental, el requisito previo para cumplir los objetivos de largo plazo de Adenauer. Pues incluso en este período tan temprano, Adenauer comprendió que Francia nunca aceptaría unos Estados Unidos en Europa que implicaran el predominio de Alemania, con su base industrial indivisa y la totalidad de sus 80 millones de habitantes. Los rusos fueron los auténticos creadores de la Alemania de Adenauer con su política de mantener dividida a Alemania; sus sucesivas iniciativas, destinadas a intensificar la guerra fría en 1947-1948, aceleraron la formación del Estado alemán occidental. Adenauer rindió homenaje formal a la reunificación, entonces y después, como por convención tenían que hacer todos los alemanes, pero en realidad deseaba mantener la división y los rusos lo ayudaron.

Uno de los factores que más beneficiaron a Adenauer fue que, en su condición de presidente del Consejo Parlamentario, pudo crear su propia constitución. Le llevó mucho tiempo y trabajo, y en definitiva elaboró una de las mejores constituciones que se hayan redactado para un estado moderno, un instrumento que equilibra hábilmente la autoridad adecuada del canciller con las

19 Con relación al discurso, véase Leo Schwering, *Frühgeschichte der Christlich-Demokratische Union*, Recklinghausen, 1963, pp. 190-193.

20 Citado en Prittie, op. cit., p. 171.

21 Frank Pakenham, *Born to Believe*, Londres, 1953, pp. 198-199.

22 *Die Welt*, 30 de noviembre de 1946.

atribuciones consolidadas de los miembros de la federación. Comparada con la constitución de Weimar, era una obra maestra. Frente a las primeras elecciones, que debían celebrarse el 14 de agosto de 1949, formó una alianza con el profesor Ludwig Erhard, presidente del Consejo Económico Bizonal, cuya concepción económica partidaria del mercado libre, basada en las tarifas aduaneras bajas, el comercio libre, las importaciones baratas y el elevado volumen de las exportaciones, se adaptaba exactamente a la concepción política del mismo Adenauer y, en efecto, ya estaba aportando resultados hacia el verano de 1949. Los británicos, siempre errados, supusieron que los socialdemócratas vencerían fácilmente. En realidad, la CDU obtuvo 7.360.000 votos, contra menos de 7 millones de los socialdemócratas; al rechazar la idea de un gobierno de coalición no partidista, Adenauer pudo argumentar que un total de 13 millones de alemanes había votado por la libre empresa —es decir, por las ideas de Erhard— y sólo 8 millones por la nacionalización. Lo que se vio después de la elección fue que Adenauer ejercía el control total de su partido (y de Erhard). Cuando consiguió que lo designaran canciller y formó su gobierno, se comportó de un modo autoritario, por no decir prepotente. Afirmó que, por consejo del médico, podría permanecer en el cargo solamente dos años.²³ Estuvo catorce años. Por consiguiente, la elección de agosto fue uno de los hechos fundamentales del mundo de la posguerra. Puede suponerse que un gobierno del PSD, con la teoría económica y el programa que entonces proponía, jamás habría realizado el *Wirtschaftswunder*. La combinación Adenauer-Erhard fue una pieza esencial en él. Cuando al fin el PSD llegó al poder en 1969, ya había renunciado a la propiedad colectiva marxista y en la práctica había abrazado la filosofía de mercado de Erhard.

Adenauer gozó de otra ventaja fundamental, también gracias a los británicos. Hitler había destruido por completo al movimiento sindical alemán. Los británicos creían que su reconstrucción era esencial para el restablecimiento de la democracia alemana y fomentaron la organización de los sindicatos en 1945, mucho antes de que se permitiese la actuación de los partidos. Con este propósito respaldaron a Hans Boeckler, líder de los metalúrgicos renanos. Boeckler pensaba en un gran sindicato, un extraño concepto sindicalista que se remontaba a los tiempos anteriores a 1914. Los británicos enviaron a Will Lawther, presidente de los mineros, y a Jack Tanner, de los mecánicos, con el fin de que persuadieran a Boeckler de que aceptara los sindicatos por industrias. Lo que de hecho se aplicó, a través de un *diktat* que habría sido imposible en un proceso normal de desarrollo histórico, fue una versión perfeccionada del modelo sindical británico, depurado de todos sus defectos, anomalías, contradicciones e ineficiencias. Mediante un acto de generosidad suicida, único en la historia, fue suministrada gratuitamente a su principal competidor comercial una estructura sindical concebida exactamente para las necesidades de la industria moderna, algo que Gran Bretaña había intentado sin éxito a lo largo de más de medio siglo por medio de la consulta democrática.

Se procedió a la creación de aproximadamente dieciséis sindicatos por industria, unidos en una sola federación (*Deutscher Gewerkschaftsbund*). A propuesta de los británicos, se otorgó a la DGB no sólo el derecho constitucional de expulsión sino el apoyo financiero de un porcentaje fijo de todas las cotizaciones sindicales, lo que le permitió acumular grandes reservas financieras, a las que los sindicatos podían (y en caso de huelga debían) apelar. Para declarar la huelga se requería el 75 por ciento de los votos, emitidos en votación secreta, y de hecho la DGB ejercía, además, el poder de veto.²⁴ Se excluían las huelgas con fines políticos así como la existencia de una relación orgánica entre los sindicatos y los movimientos políticos. De este modo, Alemania Occidental incorporó la estructura sindical más eficaz de todas las naciones industriales importantes, sin federaciones rivales (como en Estados Unidos) ni divisiones religiosas o marxistas (como en Italia y Francia) ni sindicatos políticos (como en Gran Bretaña) y sobre todo sin sindicatos por oficios, esa desastrosa reliquia de una fase industrial anterior, que era el obstáculo principal que se oponía al aumento de la productividad.

Adenauer aprovechó diestramente este regalo de Gran Bretaña. Boeckler, elegido primer

23 Konrad Adenauer, *Memoirs*, 4 vols., trad. Londres, 1966, I, pp. 180-182.

24 Aidan Crawley, *The Rise of West Germany 1945-1972*, Londres, 1973, cap. 12.

presidente de la DGN en octubre de 1949 y luego su virtual dictador, se había desempeñado con Adenauer en el Consejo Municipal de Colonia. El nuevo canciller le asignó, junto a Erhard, el papel de coarquitecto de su política económica y social. Persuadió a Boeckler de que renunciara a la propiedad pública a favor de la *Mitbestimmung* (coparticipación del trabajo y el capital) y de una política de altos salarios basada en acuerdos referidos a la productividad.²⁵ En 1951, Adenauer consiguió que el Bundestag aprobase la ley de coparticipación, con la ayuda de los votos del PSD, si bien el episodio representó un riesgo para su coalición; pero la nueva norma aportó excelentes dividendos económicos y políticos. Al año siguiente, Alemania poseía riqueza suficiente para permitir a Adenauer la reorganización de la seguridad social alemana de un modo que garantizó la mayoría de las metas de la política del PSD.²⁶ A mediados de los años cincuenta, el movimiento obrero había aceptado lo que era esencialmente una actitud apolítica basada en las ganancias elevadas, los salarios altos y las bonificaciones, el aumento de la productividad, una excelente seguridad social y espacios en las juntas que determinaban la política aplicada. En este proceso desapareció la guerra de clases en Alemania Occidental; una consecuencia de su extinción fue, en 1959, el rechazo por parte de los socialdemócratas de su filosofía marxista original.

Adenauer fue uno de los estadistas más talentosos de los tiempos modernos, en todo caso el que alcanzó más éxito en la historia alemana reciente. Durante su gestión como canciller, los ingresos reales de Alemania se triplicaron. En 1953 conquistó la mayoría de las bancas en el Bundestag y en 1957, cuando la moneda alemana era la más sólida de Europa, la mayoría absoluta de los votos emitidos. Dio una base casi inatacable a la democracia alemana y no sólo la reintegró al concierto de las potencias civilizadas, sino que la convirtió en un pilar del sistema legítimo. No hubiera podido alcanzar estos resultados sin una fuerte veta de sólido idealismo y amplias reservas de astucia cínica. Erhard opinaba que Adenauer poseía *Menschenverachtung*, cierto desprecio por la humanidad. Se trataba más bien de una vívida conciencia de la debilidad humana, sobre todo de los vicios alemanes. En el nuevo Bundestag, cuyo decorado él mismo supervisó y al que confirió cierta espectacularidad (“como un escenario de Max Reinhardt para una producción de *Julio César*”), los tintos y las tapas de los pupitres estaban atornillados para impedir el saqueo. Incluso así, las escenas que el recinto presencié fueron terribles y vinieron a destacar, por vía de contraste, la imperturbabilidad, la dignidad y la madurez de Adenauer; si bien compartía con Calvin Coolidge una extraña inclinación a las bromas pesadas; por ejemplo, esconder el bloque de madera sobre el que se elevaba el robusto doctor Eugen Gerstenmaier, presidente del Bundestag, cuando se dirigía a la Asamblea. Adenauer no creía que los alemanes fuesen un pueblo digno de confianza, individual o colectivamente. Solía seguir a sus ministros y sorprendió a uno en un burdel de París, por lo que se negó a designarlo en la cartera de Relaciones Exteriores.²⁷ Sentía afecto por pocas personas fuera del pequeño círculo de su familia; su colaborador más íntimo era Hans Globke, coautor de las leyes de Nuremberg, que dirigía la cancillería y el servicio privado de espionaje de Adenauer. “Quién sabe”, decía Adenauer, “lo que Herr Globke puede guardar en su caja fuerte”.²⁸ Creía que los estadistas democráticos debían ser más astutos y estar mejor informados que sus rivales totalitarios. Pensaba que, colectivamente, los alemanes merecían confianza sólo en el marco de hierro del imperio absoluto del derecho, que debía prevalecer incluso sobre el Estado; la creación de este marco quizá resulte, a la larga, su principal contribución a la cultura política alemana.

Como, al igual que Hitler, los jefes soviéticos detestaban y ridiculizaban la ley, Adenauer se opuso implacablemente a todos los acuerdos con ellos que no pudieran ser garantizados y supervisados hasta el más mínimo detalle. Solía decir que los soviets se habían apropiado durante la guerra y con posterioridad de 1.300.000 kilómetros cuadrados de territorio, todos en Europa; constituían la única potencia expansionista que aún existía. A lo largo de cuarenta años habían desconocido o denunciado cuarenta y cinco de los cincuenta y ocho tratados que ellos firmaron.²⁹

25 Walter Henkels, *Gar nicht so Pingelig*, Dusseldorf, 1965, p. 161.

26 Hans-Joachim Netzer, ed., *Adenauer und die Folgen*, Munich, 1965, p. 159.

27 Prittie, op. cit., p. 173, n. 7.

28 Henkels, op. cit.

29 Prittie, op. cit., p. 236.

Al insistir en la verificación de las intenciones soviéticas, denunció por fraudulentas las propuestas de “reunificación” de 1952, 1955 y 1959. No podía olvidar que 1.150.000 prisioneros de guerra alemanes habían desaparecido en Rusia soviética y que de ese total se había dado cuenta de sólo 9.628, clasificados como “criminales de guerra”.³⁰ Por eso mismo utilizó todos los medios para convencer a los alemanes de que se refugiasen en Occidente, donde él podía ofrecerles el imperio de la ley, la libertad y el trabajo. Después del levantamiento de los obreros de Alemania Oriental, en junio de 1953, aplastado con gran ferocidad por el Ejército Rojo, los líderes soviéticos convirtieron en un satélite total el régimen comunista de Walter Ulbricht. No prosperó y la política de Adenauer, consistente en fomentar la fuga de refugiados, estaba debilitándolo mortalmente, al ritmo de mil personas diarias hacia julio de 1961. El 13 de agosto, Ulbricht, con autorización de los soviets, comenzó a levantar el Muro de Berlín. Era ilegal, y Truman y Eisenhower ciertamente lo habrían derribado. Pero con un presidente débil como Jack Kennedy, se aceptó el hecho consumado. Adenauer nada podía hacer al respecto, pues no ejercía jurisdicción sobre Berlín, que continuaba a cargo de las cuatro potencias. Durante los últimos años de su vida contempló, entristecido, la interrupción de la corriente de refugiados y cómo el muro salvaba la economía de Alemania Oriental, que cesó de ser un pasivo aplastante y se convirtió en un activo soviético cada vez más valioso, el único taller industrial digno de confianza en el bloque.

Sin embargo, a esa altura de la situación, Adenauer había coronado su obra, pues había atado a los alemanes occidentales, tanto económica como militar y políticamente, a la cultura y la legitimidad occidentales, y lo había hecho de un modo tan duradero como podía lograrlo el ingenio humano. Ahí estaba el verdadero idealismo que equilibraba su Realpolitik. Fue el primer estadista alemán que antepuso los intereses europeos a los alemanes. Es posible que, como dijo uno de sus críticos, fuese “un buen europeo pero un mal alemán”.³¹ En ese sentido deseaba ser un “mal” alemán; odiaba el retrato que hizo de su persona el profesor Kallmann, porque según decía le confería la apariencia “de un huno”. Creía que la reunificación alemana no era posible al precio que Alemania y Occidente estaban dispuestos a pagar. Su acierto fue demostrado ampliamente por el fracaso de sus sucesores, a lo largo de veinte años, para obtener otros resultados. En cambio, la integración con Occidente era un objetivo posible y él lo alcanzó. Pero también en esto tuvo suerte. Adenauer percibió, intelectual más que emotivamente, que el futuro de Alemania estaba en la relación con Francia. Este país no despertaba en él sentimientos especiales; no tenía gustos franceses; sabía muy poco de ese país y hasta la edad de setenta años lo había visitado una sola vez, para celebrar una conferencia de dos días. Pero, como siempre, veía con realismo los hechos políticos: “No hay política europea sin Francia o contra Francia, del mismo modo que no puede haber política Europea sin Alemania o contra Alemania”.³²

Robert Schuman, el hombre con quien Adenauer esperaba cooperar en Francia, tenía mucho en común con de Gasperi y con el mismo Adenauer. Provenía de Lorena y el alemán era su lengua nativa. Hasta 1919, cuando ya había alcanzado la edad madura, ni siquiera era ciudadano francés. Adenauer lo veía como a un ciudadano del reino de Lotario, el nieto de Carlomagno, el llamado “reino medio” al que habían pertenecido tanto Lorena como Colonia. El 9 de mayo de 1950, Adenauer convenció a Schuman de la conveniencia de concertar un acuerdo europeo del carbón y el acero, que se convirtió en el germen de la Comunidad Económica Europea; gracias a Schuman, el problema del Sarre, marginal pero básico desde el punto de vista emocional, se resolvió finalmente en octubre de 1955. Sin embargo, Schuman carecía de representatividad suficiente para comprometer a Francia en el proyecto más grandioso que Adenauer tenía en mente. Schuman había sido sargento en el ejército alemán entre 1914 y 1918. Los franceses alegaban que el hecho de que un lorenés fuese un soldado alemán, o incluso un oficial, era disculpable como un accidente de nacimiento, pero elevarse al rango de suboficial implicaba entusiasmo. En todo caso, la Cuarta República no podía comprometer a Francia: era demasiado débil para asumir compromisos permanentes. Para que Francia se uniese con Alemania era necesario que confiase en sí misma, a

30 Adenauer, *Memoirs*, II, pp. 509 y ss.

31 Rudolf Augstein, *Konrad Adenauer*, trad. Londres, 1964, p. 94.

32 Emisión radiofónica, 2 de julio de 1954; Prittie, op. cit., p. 173.

partir del restablecimiento de su fuerza; también se necesitaban un hombre y un régimen que expresaran esa confianza. Adenauer tuvo la suerte de sobrevivir bastante tiempo como para aprovechar el retorno triunfal de de Gaulle al poder y el nacimiento de la Quinta República.

La recuperación de Francia durante los años sesenta y setenta constituye uno de los fenómenos más sorprendentes de los tiempos modernos. Como hemos visto, durante los años treinta habría parecido inconcebible. El camino que llevó a este resultado es complejo y paradójico. Durante su última fase, la Tercera República había sido la expresión concreta de la idea de que “lo pequeño es hermoso”: disminución de la población, producción, productividad, inversión, salarios y consumo; el culto —casi la exaltación— del “hombre común”, la pequeña fábrica, la pequeña hacienda, el pueblito. Ese régimen estaba muerto incluso antes de que los alemanes lo derrotaran y se derrumbó en una nube de polvo durante el verano de 1940. Es importante advertir que Vichy fue el principio de la recuperación, porque fue creado no sólo por los fascistas y los colaboracionistas franceses, sino también por todos los que lamentaban la podredumbre y la ineficacia de su predecesor. Es posible que el propio Pétain haya tendido al arcaísmo, como lo dio a entender cuando dijo: “Francia no volverá a ser grande hasta que los lobos aúllen a las puertas de sus aldeas”.³³ Pero muchos de los que ocuparon cargos decisivos en el régimen eran modernizadores radicales. Con la guía de Jean Coutrot, fundador en 1930 del Centro de Estudios Económicos del Politécnico, durante el período de Vichy una nueva generación de tecnócratas pasó a primer plano. Entre ellos estaban Bichelonne, ministro de Producción industrial; Henri Culman, principal teórico de la economía de Vichy; Jacques Rueff, asesor de Laval en 1934 y más tarde de de Gaulle; Roland Boris, que también habría de ejercer influencia con de Gaulle (y Pierre Mendés-France) y Pierre Massé, después comisionado de Planeamiento de la Quinta República.³⁴

Sin duda, en medio de sus extraordinarias confusiones, de sus contradicciones y su traición, por el simple hecho de haber derrocado el orden existente, Vichy fue un período de experimento y riesgo. Uno de sus beneficiarios fue el campesino francés más joven y dinámico, el prototipo de los nuevos agricultores que después prosperarían gracias a la Comunidad Económica Europea. Por primera vez los campesinos se interesaron en la modernización, la maquinaria y la productividad.³⁵ Se creó un sistema de planeamiento casi voluntario (el “planeamiento indicativo”), el embrión del *Comissariat général du Plan*. Vichy fue el primer gobierno que aplicó la idea de las asignaciones de familia con base impositiva, concebida en 1932 por el demógrafo Adolphe Landry para elevar el índice de natalidad; durante el período de Vichy, por primera vez en más de un siglo comenzó a elevarse nuevamente el índice de natalidad francés. El efecto psicológico fue profundo. Vichy consagró grandes esfuerzos a la juventud, una manía que tomó de los alemanes. Gastó en educación mucho más que la Tercera República. Vichy promovió eficazmente el deporte popular en Francia, sobre todo el fútbol: había sólo treinta futbolistas profesionales en Francia durante el año 1939 y diez veces más hacia 1943.³⁶ Uno de los rasgos más notables de Vichy estuvo representado por los “talleres juveniles”, o “*chantiers de la Jeunesse*” (literalmente “astilleros”), que asignaban a la educación técnica una importancia que hasta ese momento se le había negado. El propósito era rejuvenecer a Francia. Como dijo Paul Marion, ministro de Información de Pétain: “Gracias a nosotros, la Francia de las excursiones campestres, los deportes, los bailes, los viajes y los paseos colectivos eliminará a la Francia de los aperitivos, las tabaquerías, los congresos partidarios y las digestiones prolongadas”.³⁷ Esta profecía se cumplió en medida considerable.

Gran parte de los resultados obtenidos por Vichy se vieron destruidos en su propio desastre y en la inminente división de la nación. Alrededor de 170.000 franceses lucharon en la resistencia; un número más elevado —190.000— fue acusado de colaboracionismo y unos 100.000 fueron enviados a la cárcel. Hasta hoy nadie sabe cuántos fueron ejecutados en 1944: hubo unos 4.500

33 Citado en J. Galiter-Boissière, *Mon Journal pendant l'occupation*, París, 1945.

34 Phillipe Bauchard, *Les Technocrates et le pouvoir*, París, 1966; Zeldin, op. cit. pp. 1068-1069.

35 G. Wright, *Rural Revolution in France*, Stanford, 1964, cap. 5. 36. Zeldin, op. cit., p. 687.

36 Zeldin, op. cit., p. 687.

37 W. D. Halls, *The Youth of Vichy France*, Oxford, 1981; Zeldin, op. cit. p. 1141.

casos autenticados.³⁸ Los comunistas, que se habían opuesto a la guerra en 1939 y 1940, fueron los grandes beneficiarios de 1944, porque pudieron eliminar a la mayoría de sus enemigos. Reclamaron el título de *parti des fusilés* y afirmaron que 75.000 “patriotas comunistas” habían sido fusilados por los nazis y Vichy. Pero durante los procesos de Nuremberg, la cifra francesa oficial del total de muertos durante la ocupación fue de sólo 29.660 y los comunistas nunca publicaron los nombres de más de 176 “héroes” del Partido Comunista.³⁹ De hecho, algunos comunistas importantes propusieron declarar contra los líderes socialistas en el proceso de Riom, y el diario del partido, *L'Humanité*, protestó cuando Vichy liberó de la cárcel a algunos antinazis.⁴⁰ A diferencia de otros partidos, nunca eliminó de sus filas a los colaboracionistas, entre los que hubiera estado su jefe Maurice Thorez; las únicas personas a las cuales expulsó entre 1944 y 1945 fueron las que en 1939 y 1940 desobedecieron la línea de Stalin y combatieron a los nazis. Sin embargo, gracias a su tardío entusiasmo por la resistencia, al final de la guerra el PC era, con mucho, el más rico, mejor organizado y, en muchos aspectos, el más importante de los partidos franceses. Su caudal de votos pasó de 1,5 millón en 1936 a más de 5 millones en 1945, y a 5,5 millones en 1946; el total continuó creciendo hasta 1949, y a fines de los años cuarenta, el PC tenía alrededor de 900.000 simpatizantes. El PC francés era por completo stalinista y continuó siéndolo después de la muerte de Stalin. Tanto intelectual como moralmente, soportó un proceso de corrupción sistemática, obra de Thorez, un arquetipo del político profesional del siglo XX, que llegó a ser funcionario rentado de dedicación completa en el partido a los veintitrés años y jamás hizo otra cosa; de hecho, fue un funcionario civil de Moscú durante toda su vida.⁴¹ Transformó en guetos a los núcleos electorales del partido, levantando pequeños telones de acero alrededor de sus enclaves, de manera que el PC se convirtió en una sociedad dentro de Francia, con sus propios periódicos, sus obras teatrales, sus novelas, sus poemas, las revistas femeninas, las historietas para los niños, los libros de cocina y los almanaques para los campesinos.⁴²

La existencia de este partido enorme e intransigente, que era fiel ante todo a una potencia extranjera, determinaba que el gobierno de Francia afrontase problemas casi insuperables. De Gaulle que, como él mismo dijo, había “arrancado del arroyo a la República”, comprobó que en la práctica no podía confiar los “tres grandes ministerios” a los miembros comunistas de su coalición. Según dijo por radio, no podía concederles “ninguno de los tres cargos que determinan la política exterior: la diplomacia, que la formula; el ejército, que la sostiene; la policía, que la protege”.⁴³ La imposibilidad de aplicar un enfoque nacional y no ideológico y partidario de la defensa lo indujo a renunciar en enero de 1946. Por lo tanto, no representó un papel directo en la redacción de la nueva constitución, que fue esencialmente obra de los socialistas y los comunistas. Las consecuencias fueron trágicas. A partir del fin de su monarquía de derecho divino, Francia no había podido elaborar una constitución que reconciliara las exigencias de la autoridad central y los derechos de la representación, de modo que oscilaba entre la dictadura y el caos, según que la constitución inclinase la balanza en un sentido o en otro. Las doce primeras constituciones fueron otros tantos fracasos. La constitución de la Tercera República, en 1875, fue aprobada por un voto en una asamblea que en realidad tenía mayoría de monárquicos, pero que no podía coincidir en la persona de determinado rey. Perduró insegura durante sesenta y cinco años, pero terminó en el fracaso total y la mitad de la nación nunca la aceptó sinceramente; ésa fue una de las razones por las que Vichy fue recibida con tanto gozo. Se había confiado a Pétain la tarea de idear una nueva constitución, pero, al igual que Hitler, nunca acometió la tarea. De Gaulle tenía sus propias ideas, basadas en la necesidad de una presidencia fuerte, y las esbozó en un discurso pronunciado en Bayeux (“la

38 Robert Aron, *Historie de l'Épuration*, 3 vols., París, 1967; Peter Novick, *The Resistance in Vichy*, Nueva York, 1968.

39 Herbert Lüthy, *The State of France*, trad. Londres, 1955, p. 107.

40 André Rossi, *Physiologie du parti communiste français*, París, 1948, pp. 83, 431-432.

41 Annie Kriegel, *The French Communists: Profile of a People*, Chicago, 1972.

42 Véase Herbert “Why Five Million Frenchmen Vote Communist” en *Socialist Commentary*, diciembre de 1951, p. 289.

43 Citado en Lüthy, *State of France*, p. 117.

constitución de Bayeux”) en junio de 1946, pero nunca se las sometió a votación.

El primer proyecto de constitución para la nueva Cuarta República, elaborado por los comunistas y los socialistas, fue rechazado en un referéndum. Finalmente, los franceses aprobaron una versión modificada, que obtuvo el apoyo renuente del Partido del Centro Católico (MRP), pero solamente 9 millones la aprobaron, menos que los que votaron a favor de la versión anterior. Más de ocho millones votaron negativamente, y 8,5 millones se abstuvieron, disgustados.⁴⁴ Redactada deprisa, trabajando contra reloj, entre forcejeos agrios, fue una de las peores constituciones que se hayan impuesto nunca a una nación grande e inteligente. Incluso su gramática era atroz. Muchas cláusulas eran contradictorias y otras eran tan complicadas que llegaban a ser incomprensibles. Algunos detalles sencillamente fueron omitidos. Varios procedimientos; por ejemplo los que se referían a la formación del gobierno, el voto de no confianza y la disolución del Parlamento, como se vio después, eran inaplicables. Incluían tantos y tan confusos compromisos que, incluso los que la recomendaban, no la veían con buenos ojos.⁴⁵ Conservaba la mayoría de los vicios caóticos de la Tercera República y agregaba algunos nuevos.

La redacción de una constitución constituye una tarea ingrata. El análisis constitucional es un aspecto tedioso de la historia, pero las constituciones son importantes. Weimar fracasó porque su constitución era torpe. La República Federal tuvo éxito porque Adenauer le aportó un fundamento cuidadosamente equilibrado. La constitución convirtió a la Cuarta República en un simple escenario para lo que de Gaulle denominó despectivamente “el ballet de los partidos”. Gracias a su sistema de representación proporcional, ningún partido podía formar un gobierno homogéneo. El presidente era un símbolo, el primer ministro en general carecía de poder y a menudo era un cero a la izquierda. El sistema de coaliciones variables impedía la continuidad y la estabilidad del gobierno y, lo que es más importante, dificultaba mucho la adopción de las grandes decisiones, sobre todo las medidas impopulares, resistidas por las poderosas coaliciones interpartidarias, y en primer lugar, las que se referían a las colonias. No fue casual que el régimen se enredase en una guerra como la de Indochina, donde no podía triunfar, y que culminó con la rendición de Dien Bien Phu (1954), o que finalmente se encontrase en el aprieto de la *Algérie française*, cuatro años más tarde.

De todos modos, los doce años de la Cuarta República no fueron un tiempo totalmente perdido. Continuó la revolución tecnocrática iniciada con el régimen de Vichy. Más aún, se aceleró, gracias sobre todo a los esfuerzos de Jean Monnet, un hombre entusiasta e industrial. Su familia había explotado una pequeña empresa en Cognac, de un tipo muy anticuado y específicamente francés, pero exportaba al resto del mundo y por lo tanto visualizaba horizontes internacionales. Hizo negocios en los países extranjeros desde los dieciséis años, generalmente en la banca mercantil y los préstamos oficiales, pero pasó una parte considerable de la Gran Guerra en el despacho de Etienne Clementel, el ministro de Comercio y el primer francés que llegó a la conclusión de que el gobierno debía ayudar a planificar a la empresa capitalista y de que los “pueblos democráticos” (se refería a Europa Occidental y Estados Unidos) debían formar una “unión económica”.⁴⁶ Durante la segunda guerra mundial, Monnet prestó servicios destacados en la coordinación de la producción de armas para los aliados, y fue naturalmente el hombre a quien de Gaulle prefirió para dirigir la reconstrucción de la maltrecha economía francesa. Monnet organizó el *Commissariat général du Plan* y sobre esta base estructuró los primeros organismos de la futura Comunidad Económica Europea. Era un ser sumamente extraño, un hombre de ideas y apasionada convicción que no creía en la ideología. Creía que el único tipo de planeamiento industrial eficaz era el que se obtenía mediante la persuasión y el consentimiento. A su juicio, el mecanismo del planeamiento no era más que un marco. Los reglamentos debían conducir a la competencia perfecta, no a las utopías. La función del planeamiento no era impartir órdenes, sino reunir las mentes. El planeamiento constituía en esencia una forma de la diplomacia de la economía. La virtud del enfoque de Monnet fue que posibilitó la reconciliación entre el planeamiento y el sistema de mercado. Redujo al mínimo la burocracia del planeamiento y la tiranía que ella engendra; en su *Commissariat* tenía, a lo sumo, un

44 Philip Williams, *Politics in Post-War France*, Londres, ed. 1954, pp. 17-19.

45 Lüthy, *State of France*, p. 123.

46 Zeldin, op. cit., pp. 1045 y ss.

personal de treinta funcionarios superiores.⁴⁷ Monnet era un hombre menudo, ágil, discreto, incoloro, enemigo de la retórica, por la apariencia y el estilo exactamente lo contrario de de Gaulle. Lo que los dos compartían era una tenacidad y una voluntad enormes y, lo que es igualmente importante, la capacidad de inspirar y dirigir a los jóvenes. De Gaulle originó a los gaullistas; Monnet, a los eurócratas.

El sistema de “planeamiento indicativo” de Monnet fue la principal realización de la Cuarta República, pero para producir todos los resultados posibles exigía un marco de estabilidad política que permitiera la creación de una moneda fuerte y la adopción de algunas decisiones gravosas y básicas que afectaban a categorías enteras de personas. La Cuarta República no podía satisfacer estos requerimientos. Además, Monnet puso en movimiento la Comunidad Económica Europea, si bien no la inventó. En su carácter de unión aduanera (su característica esencial) tenía una larga historia. La común tarifa aduanera prusiana de 1818 se amplió para convertirse en la *Zollverein* (unión aduanera) de 1934 y fue la base de la unidad alemana alcanzada finalmente en 1871. La experiencia demostraba, aparentemente, que las tarifas aduaneras comunes eran el camino más seguro para llegar a la unidad política. Luxemburgo, inicialmente miembro de la *Zollverein*, había firmado una convención con Bélgica en 1921, de modo que los dos países tenían tarifas aduaneras y una balanza de pagos comunes. Después de la segunda guerra mundial, el sistema se extendió a los Países Bajos y el 1 de enero de 1948 los tres estados adoptaron una tarifa aduanera externa común y promovieron un “proceso de armonización” de las tarifas internas a partir del 15 de octubre de 1949. La idea de Monnet fue ampliar el concepto de Benelux con el fin de incluir a las tres potencias principales de Europa Occidental (deseaba que también se incorporase Gran Bretaña), a partir del carbón y el acero. Algunos amigos alemanes persuadieron a Adenauer, que no pretendió entender los detalles económicos, pero reconoció la importancia política del principio. El Tratado de París, firmado en abril de 1951 por el Benelux, Francia, Alemania e Italia, creó un mercado común de los productos del carbón y el acero. Seis años más tarde, el 25 de marzo de 1957, los seis países aceptaron firmar el Tratado de Roma, que creó un mercado común general, con propuestas referidas a las tarifas externas e internas, la eliminación de todas las restricciones aplicadas a los movimientos de personas, servicios y capitales, la instauración de procedimientos de “armonización” con el fin de alcanzar una competencia perfecta y, el aspecto más difícil, un sistema común de sostén de los precios de los productos agrícolas.

La Cuarta República fue capaz de incorporar a Francia a la Comunidad Económica Europea, pero careció de la decisión necesaria para conseguir que el sistema fuese eficaz, pues el funcionamiento del sistema dependía esencialmente de la realización de sacrificios mutuos, sobre todo de Francia y Alemania. Para sobrevivir en un mercado común, Francia necesitaba no sólo industrializarse deprisa; tenía que eliminar tres cuartas partes de su tradicional e ineficiente sistema agrícola de estilo campesino. A principios de los años cincuenta, Francia aún tenía sólo un trabajador industrial por cada trabajador agrícola (en Gran Bretaña la proporción era de nueve a uno). De un total de trabajadores de 20,5 millones, 9,1 millones vivían en minúsculas comunas rurales y, de ese total, 6,5 millones trabajaban, en efecto, en la agricultura; otro millón y cuarto vivía en comunas semirurales.⁴⁸ Fue necesario persuadir a la mayoría de estas personas de la conveniencia de trasladarse a las fábricas y el proceso implicó una conmoción social que desbordaba la capacidad de la Cuarta República. Con el fin de posibilitar la revolución voluntaria en la agricultura, de lograr que fuese grata y en definitiva provechosa, era necesario aplicar a la inversión agrícola enormes sumas de dinero. El cálculo francés era que ese aporte debía provenir de Alemania Occidental, en la forma de pagos de transferencia o impuestos en el mercado interno, al amparo de un sistema denominado la “política agraria común”. A su vez, la industria manufacturera muy eficaz de Alemania tendría acceso a los mercados de consumo franceses. Por lo tanto, el Tratado de Roma implicaba un acuerdo de mutuos sacrificios, pero sacrificios delicadamente equilibrados. La revolución agraria francesa debía realizarse con rapidez suficiente para justificar la

47 Jean Monnet, *Memoirs*, trad. Londres, 1978.

48 *Bulletin mensuel de statistique*, París, octubre de 1952, p. 44.

política agraria común. Asimismo, la industria francesa debía modernizarse y expandirse con convicción suficiente para impedir que Alemania se beneficiara en forma desmedida con el acuerdo y convirtiese a Francia en una colonia económica. Ambos procesos exigían un gobierno fuerte y confiado en sí mismo, algo que la Cuarta República no podía suministrar.

Se necesitaba todavía algo más: una reafirmación de la nacionalidad francesa. En la Francia de los años cincuenta, los “europeos” eran esencialmente una minoría elitista. El tono de la política francesa era a menudo xenófobo, incluso racista, y los comunistas marchaban a la cabeza de esta tendencia. Aludían a “Schuman *le boche*”. Un dirigente sindical del PC gritó a Léon Blum: “Blum... ¡En iddish eso significa flor!”. Un órgano provincial del PC escribió: “Blum, Schuman, Moch, Mayer no huelen a buen suelo francés”. *L’Humanité* publicó una caricatura de “los hombres del partido norteamericano”, Schuman, Moch y Mayer, individuos de narices ganchudas que comentan inquietos mientras los comunistas cantan la Marsellesa: “¿Conocemos esa melodía? No, seguramente es una de esas canciones francesas”.⁴⁹ Incluso desde el centro y la derecha, el plan del carbón y el acero mereció ataques por entender que implicaba “una Europa sometida a la hegemonía alemana”; la izquierda dijo que era “la Europa del Vaticano”. Un radical centrista como el anciano Daladier insistió: “Cuando hablan de Europa se refieren a Alemania, y cuando dicen Alemania aluden a la Gran Alemania”. Por la derecha, Pierre-Etienne Flandin, el antiguo promotor de Munich, argumentó que la “federación europea” significaba el “suicidio de Francia”. Léon Gingembre, de la Asociación de Pequeñas y Medianas Empresas (*Petites et moyennes entreprises*) —tal vez la institución más característica de la vieja Francia— simbolizó el proyecto de Comunidad Económica Europea como “la Europa de los trusts, las empresas internacionales y las altas finanzas”. Según afirmó un historiador, era un intento reaccionario de revivir “la idea del Santo Imperio Romano”. “El pasado no ha muerto”, dijo, “y sobrevive en el mundo cultural alemán de Adenauer, Schuman y de Gasperi”.⁵⁰

Esta combinación de enemigos habría impedido la cristalización de la Comunidad Económica Europea, sobre todo porque tenía poderosos antagonistas xenófobos también en Alemania Occidental: Schumacher afirmó que el Tratado de París era “europeísmo mezquino, quiero decir una concepción panfrancesa [...] quien firme este tratado ya no es alemán”, pues era obra de Adenauer, “el canciller de los aliados”.⁵¹ Si la Cuarta República hubiese sobrevivido, la decisión necesaria para demostrar que un acuerdo francoalemán podía ser justo para ambas partes habría faltado.

De ahí que el retorno de de Gaulle al poder, en mayo de 1958, fue un momento definitorio, no sólo para los franceses sino para la historia europea de la posguerra. A primera vista, no parecía el hombre apropiado para impulsar la unidad económica europea, del mismo modo que nadie habría dicho que era el hombre destinado a liquidar la *Algérie française*. En realidad, de Gaulle no era nunca exactamente lo que parecía. Fue una de las inteligencias superiores de los tiempos modernos, infinitamente sutil, paradójico, insondable en sus ironías sardónicas. Era una figura de la preguerra con una mente de la posguerra y, de hecho, una mente futurista. Era un monárquico que creía en la inocencia de Dreyfus. Nació para amar al Imperio Francés y a la Francia provinciana, *la France des villages*; en la práctica, puso fin a los dos.

El aspecto más importante en todo esto es que lo esencial de de Gaulle no tenía que ver con el soldado o incluso con el estadista, sino con el intelectual. Era un intelectual de un tipo especial, que consagró la vida entera a meditar acerca del tema de la mente, el poder y la acción. Además, poseía la capacidad del historiador para percibir los hechos corrientes *sub specie aeternitatis*. Su padre le había enseñado: “Recuerda lo que dijo Napoleón: si Pierre Corneille viviese hoy, yo lo haría príncipe”.⁵² Siempre se mostró ansioso por cortejar a los intelectuales, y no sólo porque en Francia fueran tantos los que estaban incluidos oficialmente en esa categoría: más de 1.100.000 en el censo

49 Lüthy, *State of France*, p. 432.

50 Joseph Hours en *Année politique et économique*, primavera de 1953.

51 Citado en Lüthy, op. cit., p. 385.

52 Jean-Raoumond Tournoux, *Pétain and de Gaulle*, trad. Londres, 1966, p. 7.

de 1954.⁵³ En 1943 recibió en Argel a una delegación de intelectuales, encabezados por Gide, y dijo a éste: “El arte tiene su honor, del mismo modo que Francia tiene el suyo”. Entonces los visitantes comprendieron que de Gaulle era un intelectual como ellos mismos.⁵⁴ Cuando volvió a asumir el poder en 1958, asignó un lugar destacado a André Malraux, que se sentaba a la derecha de de Gaulle en las reuniones de gabinete y gravitaba sobre los sentimientos íntimos del general más que cualquiera de sus primeros ministros. Con respecto a Malraux, como dijo Gaston Palewski, “ingresó en la épica de de Gaulle, como todos nosotros, del mismo modo que un hombre ingresa en una orden religiosa”.⁵⁵

Era característico del intelectualismo de de Gaulle que su enfoque de los problemas militares, cuando teorizaba, tuviese su eje en las ideas filosóficas y políticas. “La verdadera escuela de mando”, escribió en *L'Armée du métier*, “reside en la cultura general”; agregó: “Detrás de las victorias de Alejandro, uno siempre descubre a Aristóteles”. El mismo enfoque se manifiesta en su actividad de estadista. Su cita favorita (con la cual inaugura sus *Memorias de guerra*) era el famoso “himno al poder”, del *Fausto*, de Goethe, donde Fausto rechaza la idea de que “en el principio fue el Verbo” a favor de “en el principio fue el Hecho”.⁵⁶ Utilizó este recurso para destacar que los franceses poseían claridad de pensamiento, pero carecían de voluntad para la acción. Por lo tanto, la necesidad prioritaria de Francia era un Estado fuerte: “No es posible hacer nada eficaz y sólido sin la renovación del Estado [...] pues necesitamos comenzar por ahí”.⁵⁷ “El papel y la razón de ser del Estado es servir al interés general”. Sólo él podía personificar a toda la comunidad, un Leviatán cuya fuerza resultaba mayor que la de los átomos que lo formaban. Era la fuerza centrípeta, que equilibraba a la fuerza centrífuga que, especialmente en Francia, amenazaba provocar la quiebra general. A juicio de de Gaulle, el Estado no era totalitario. Por el contrario, simbolizaba los valores morales y culturales, y en Francia, sobre todo el idealismo, “el rasgo principal del carácter de este país y el elemento esencial de su influencia”. Lo identificaba con la libertad y la civilización clásica, y entendía que la civilización francesa era la civilización democrática por excelencia, que combinaba una prolongada historia de progreso cultural con la libertad. En su forma más elevada, la democracia reunía a la gente en una conciencia de comunidad moral, lo que él denominaba *rassemblement*. Los ritos democráticos constituían un símbolo concreto de la unidad. El consenso precedía a las formas democráticas. “Hay un pacto que se remonta a veinte siglos entre la grandeza de Francia y la libertad del mundo. Por lo tanto, la democracia está inextricablemente entrelazada con los mejores intereses, los intereses bien entendidos de Francia”.⁵⁸

Por consiguiente, la concepción de de Gaulle acerca del Estado era esencialmente pretotalitaria. Identificaba al Estado con la legitimidad, y ésta se expresaba del modo más eficaz en la persona de un gobernante sacro. El monarca era el único individuo cuyos intereses personales estaban unidos de manera inextricable, incluso orgánicamente, con los intereses de la comunidad entera, y no sólo con los de uno o más sectores, como los de un jefe de partido. De ahí el consejo que dio a la reina Isabel II de Inglaterra cuando ella le preguntó acerca de su propio papel en una sociedad moderna: “En el lugar en que Dios la ha puesto, señora, ¡sea quien es!; es decir, la persona en relación con la que, en virtud del principio de legitimidad, se ordena todo lo que existe en su reino, en quien el pueblo percibe su propia nacionalidad y gracias a cuya presencia y a su dignidad se mantiene la unidad nacional”.⁵⁹ En último caso, y a falta de algo mejor, el mismo de Gaulle había tenido que asumir ese papel en 1940; “de Gaulle, solo y casi desconocido, tuvo que soportar la carga de Francia”, según sus propias palabras. En 1958, cuando la terrible crisis de Argelia amenazó a

53 Zeldin, op. cit., p. 1121.

54 Gaston Palewski, “A Surprising Friendship: Malraux and de Gaulle” en Martine de Curcel, ed., *Malraux: Life and Work*, Londres, 1976, p. 70.

55 *Ibíd.*, p. 69.

56 Goethe's *Faust*, Penguin Classics, Parte I, p. 71.

57 De Gaulle, discurso del 17 de abril de 1948.

58 De Gaulle, discursos del 13 de abril de 1963, 22 de noviembre de 1944, 1 de marzo de 1941, 25 de noviembre de 1943, véase Philip Cerny, *The Politics of Grandeur: Ideological Aspects of de Gaulle's Foreign Policy*, Cambridge, 1980.

59 De Gaulle, op. cit., p. 235.

Francia con una guerra civil como la española, nuevamente tuvo que asumir el papel: “De Gaulle, ahora muy conocido pero sin más arma que su legitimidad, debe tomar en sus manos el destino”.⁶⁰ Había “desaparecido” en 1946 precisamente con este propósito, para mantener una “imagen pura”, pues, como él mismo dijo “si Juana de Arco se hubiera casado, ya no habría sido Juana de Arco”.⁶¹ Ciertamente, desarrolló la capacidad de separar su persona de la personalidad pública (“de Gaulle me interesa únicamente como personalidad histórica”), de modo que pudo decir: “Me habría agradado hacer muchas cosas, pero no podía porque no habrían armonizado con el general de Gaulle”.⁶²

La consecuencia lógica de esta concepción del Estado fue que de Gaulle creó su propia monarquía, como sin duda lo habría hecho un siglo antes. Pero en 1958 rechazó la monarquía a favor de una democracia plebiscitada, utilizando los referéndums y, a partir de 1962, la elección universal directa de un presidente provisto de importantes atribuciones reales, así como de un papel simbólico trascendente. Su constitución de 1958, adoptada por 17,5 millones de votos contra 4,5 (con un 15 por ciento de abstenciones) y basada en las propuestas de Bayeux, fue de lejos la más clara, la más consecuente y equilibrada que Francia había tenido jamás.⁶³ Originó, como era la intención que la presidió, una polarización del sistema de partidos en dos grandes bloques de izquierda y derecha (aunque con una estructura de cuatro partidos), y obligó a los votantes, en la segunda vuelta, a adoptar decisiones inequívocas. Reforzó el ejecutivo y le permitió adoptar decisiones con autoridad y aplicar medidas consecuentes. Sobre todo, el sistema de la elección de presidente de 1962, aprobado por 13,15 millones contra 7,97 millones, otorgó al jefe de Estado, más allá de los partidos, un mandato directo que emanaba del electorado. De este modo, Francia gozó del más prolongado período de estabilidad política de toda su historia moderna. A partir de 1958 pasaron veinte años hasta el momento en que sobrevino un cambio real en la concepción del gobierno. Incluso después de la victoria de los socialistas en la elección de presidente de mayo de 1981, la constitución continuó aplicándose sin tropiezos, lo que indicó que poseía un valor permanente. A semejanza de Alemania, Francia había conseguido al fin una estructura pública de primera clase.

Esta nueva estabilidad posibilitó lo que sólo había sido sugerido durante el régimen de Vichy y la Cuarta República, es decir, la “renovación” de Francia. No sólo se invirtió el proceso de decadencia de más de un siglo, sino que el cambio de dirección asumió un perfil espectacular. En los asuntos económicos, de Gaulle exhibió su paradójica mezcla de tradicionalismo y modernismo. El tecnócrata a quien designó presidente de la Comisión Económica y el verdadero arquitecto de su éxito económico, fue Jacques Rueff, un hombre que confiaba en el oro como la medida más eficaz del valor y que por primera vez aplicó las medidas neoconservadoras que durante los años setenta estuvieron internacionalmente de moda con el engañoso nombre de “monetarismo”. El plan presentado por Rueff el 8 de diciembre de 1958 adoptó la deflación, practicó reducciones severas en los gastos oficiales, promovió la devaluación, la convertibilidad y un “nuevo franco” que representaba 100 veces el valor anterior; se relacionó el plan con la reducción general o la eliminación, a partir del 1 de enero de 1959, de las tarifas externas y las cuotas. En resumen, Francia quedó a cargo de la libre empresa y el mercado. “La coherencia y el fervor del plan”, comentó después de Gaulle, “así como su audacia y ambición, fueron las cualidades que me convencieron”. Su propósito, dijo a la nación en un discurso televisado, era “afirmar a la nación sobre una base de verdad y severidad”.⁶⁴

Francia es esencialmente un país rico y su pueblo es muy inteligente y laborioso. Lo único que se requiere para alcanzar el funcionamiento eficaz del país es un franco estable y un liderazgo enérgico. Los resultados llegaron rápidamente. El PBN creció un 3 por ciento en la segunda mitad de 1959, un 7,9 por ciento en 1960, un 4,6 por ciento en 1961, el 6,8 por ciento en 1962; el nivel de

60 *Ibid.*, p. 18.

61 Citado en Jacques Fauvet, *La Quatrième République*, París, 1959, p. 64, n.

62 David Schoenbrun, *Three Lives of Charles de Gaulle*, Londres, 1965, pp. 94-95.

63 J. R. Frears, *Political Parties and Elections in the French Fifth Republic*, Londres, 1977, pp. 18 y ss.

64 De Gaulle, op. cit., pp. 144-146.

vida comenzó a mejorar según el índice del 4 por ciento anual. Por primera vez desde la revolución industrial, Francia se convirtió en un país que determinaba los ritmos económicos. Lo que hizo en la práctica el gaullismo fue acelerar el modesto progreso económico realizado durante la Cuarta República y luego afirmarlo en un nivel elevado, dentro de un marco de estabilidad de la moneda y (de acuerdo con las normas francesas) una inflación muy reducida. Se duplicaron las exportaciones en el período 1957-1962 y, durante el período de veinte años que comenzó en 1952, la producción industrial se triplicó. El franco se convirtió en una moneda dura y, a principios de 1968, las reservas francesas llegaban al total extraordinario de 35.000 millones de francos (nuevos).⁶⁵ Estos resultados acompañaron y reforzaron a otras tendencias de largo plazo. La población, que sumaba 41 millones en 1946, llegó a 52 millones hacia 1974. Estos nuevos millones de individuos estaban mejor educados y alojados que en ningún otro período de la historia del país. El número de unidades de vivienda, estancado entre 1914 y 1939, creció decuplicando el índice entre las dos guerras durante la década del sesenta, de manera que en 1968 se había alcanzado un total de 18,25 millones, el doble del número de 1939. También corresponden a los años sesenta el uso general de drogas modernas en Francia y la creación de un eficaz servicio de salud.⁶⁶ El número de profesores de los colegios secundarios oficiales pasó de 17.400 en 1945 a 67.000 en 1965, y el sector privado (gracias a la famosa *Loi Debré*, llamada así por el primer ministro de de Gaulle) también se desarrolló rápidamente. La educación masiva de elevada calidad en Francia data de fines de los años cincuenta. El número de estudiantes universitarios, que era sólo de 78.691 en 1939, se había elevado a 563.000 en 1968.⁶⁷

En resumen, durante el régimen de de Gaulle Francia se convirtió por primera vez en un país industrializado y moderno, en la vanguardia del progreso técnico y la asimilación de nuevas ideas. Era precisamente la antítesis de la Francia de los años treinta. Este cambio drástico de las tendencias históricas profundas es algo muy desusado en la historia, sobre todo en el caso de una nación antigua. Confiere a de Gaulle el derecho de reclamar que se lo considere el estadista destacado de los tiempos modernos. Por supuesto, la transformación no fue indolora, no se realizó sin episodios ingratos, choques y protestas. Pero la conciencia misma del pueblo francés, en el sentido de que su país era nuevamente una fuerza dinámica, como ocurrió con el joven Luis XIV o con Napoleón I, lo reconcilió con la destrucción de la Francia rural y tradicional y, lo que tuvo la misma importancia, lo llevó a aceptar la asociación con la Alemania de Adenauer en una comunidad europea.

De Gaulle no compartía la pasión de Monnet por la integración y la supranacionalidad. En público siempre hablaba de Europa como "*l'Europe des patries*". Pero, como siempre, la conducta ostensible de de Gaulle a menudo encubría fines diferentes y más sutiles. Conservó su actitud pragmática. No se oponía a las entidades de proporciones más amplias con propósitos específicos, si en ese marco podían defenderse mejor los intereses franceses. En la primavera de 1950 había reflexionado acerca de la batalla de los campos catalánicos, "cuando los francos, los galorromanos y los teutones unidos expulsaron a las hordas de Atila [...] Es hora de que el Rin sea un lugar de encuentro y no una barrera [...] Si uno se impone mirar fríamente las cosas, se siente casi deslumbrado ante la perspectiva de lo que las cualidades alemanas y los valores franceses, al aplicarse a África, podrían obtener mediante la cooperación. Es un área de desarrollo común que podría transformar a Europa incluso más allá del Telón de Acero".⁶⁸

En cierto sentido, de Gaulle era más que un nacionalista francés: era un carolingio. Compartía la opinión de los historiadores franceses de la nueva escuela de los *Annales*; por ejemplo Fernand Braudel, en el sentido de que la historia está determinada esencialmente por la geografía. Sin duda no era una idea nueva; se remontaba por lo menos a Albert Sorel, que había afirmado en su gran libro *L'Europe et la Révolution française* (1885) que "la política del Estado francés estaba determinada por la geografía. Se basaba en un hecho, el imperio de Carlomagno. El punto de

65 John Ardagh, *The New France: a Society in Transition 1945-1977*, Londres, 3ª ed., 1977, pp. 31-32.

66 Zeldin, op. cit., pp. 625, 635-636.

67 Ibid, pp. 300-330.

68 Citado en Lüthy, *State of France*, p. 382.

partida del gran proceso legal que forma la historia de Francia es la disputa sin solución acerca de la herencia del emperador”.⁶⁹ Desde los tiempos de Felipe el Hermoso, bajo los Valois, Enrique IV y Sully, Richelieu y Mazarino, Luis XIV y hasta la época de Danton y Napoleón, Francia había intentado recrear ese imperio mediante la fuerza y bajo una protección francesa solitaria. ¿No era posible ahora, con una Alemania mutilada, privada de sus agregados no carolingios, recrearlo de manera pacífica, fraternal y con un sentido no propietario? Era precisamente el tipo de idea pragmática que podía atraer a de Gaulle. A diferencia de la mayoría de los intelectuales franceses modernos, detestaba a Nietzsche; abordaba a Alemania a través del libro *De l'Allemagne* (1810) de madame de Staél que inició en Francia el culto de los “buenos” alemanes, los occidentalistas. Compartía la admiración apasionada de esta autora por Goethe. Percibía en Adenauer a un hombre que correspondía a este aspecto de Alemania, otro *homme providentiel* como el mismo de Gaulle, y cuyo afortunado ejercicio del poder ofrecía a Francia una oportunidad que quizá nunca se repitiera. Adenauer, escribió de Gaulle, era un renano,

[...] imbuido del sentido de la naturaleza complementaria de los galos y los teutones, que antaño fertilizó la presencia del Imperio Romano a orillas del Rin, aportó éxito a los francos y gloria a Carlomagno, fue la justificación racional de Austria, convalidó las relaciones entre el rey de Francia y los electores, incendió a Alemania con el fuego de la revolución, inspiró a Goethe, a Heine, a madame de Staél y a Victor Hugo, y pese a las fieras luchas en que se trabaron los dos pueblos, continuó buscando a tientas su camino en la oscuridad.

Con este espíritu, de Gaulle convocó a Adenauer a su castillo de Colombey-les-deux Eglises el 14 de septiembre de 1958, para celebrar lo que denominó “el encuentro histórico entre este viejo francés y este alemán muy viejo”.⁷⁰

El encuentro fue un éxito total. De Gaulle miró con simpatía a *der Alte* cuando éste le dijo que recuperaría su juventud en el desempeño del cargo, “como me sucedió a mí”.⁷¹ Adenauer aprobó el carácter del francés, “tan visiblemente honesto, correcto, moral”. Fue el primero de cuarenta encuentros entre los dos hombres; la atmósfera fue cada vez más amistosa hasta 1962, año en que Adenauer se retiró. Los dos hombres echaron los cimientos del eje francoalemán, que perduró hasta principios de los años ochenta. Se basó en la atenuación de los aspectos supranacionales de la Comunidad Económica Europea, al mismo tiempo que se obtenía la eficacia superlativa de los aspectos económicos mediante el mutuo entrelazamiento de las economías francesa y alemana. Así, el acuerdo equilibrado, del que dependía el éxito de la Comunidad Económica Europea, se convirtió en realidad concreta gracias a la labor de estos dos católicos conservadores de viejo cuño, cuya política databa de antes de la era de la democracia cristiana y cuya visión del mundo había cristalizado antes de 1914, pero que habían mantenido una actitud notablemente alerta frente a los cambios y las oportunidades determinados por los trágicos hechos que ambos habían presenciado. Fue una amistad sincera y un ejemplo del modo en que las personalidades, y aún más las relaciones personales, influyen radicalmente sobre el curso de los asuntos internacionales.

Como muchas amistades, tenía el sello de una antipatía común: Gran Bretaña. De Gaulle no creía que Gran Bretaña fuese una auténtica potencia continental. Estaba orientada hacia el Atlántico; como él mismo decía, era “anglosajona”, el miembro menor de esa asociación de habla inglesa que los había excluido, a él y a Francia, del lugar que les correspondía en los organismos de decisión de la alianza en épocas de guerra. El objetivo de de Gaulle era usar el concepto carolingio de la Comunidad Económica Europea para crear en Europa un centro de poder distinto de Estados Unidos y Rusia soviética. No deseaba la intromisión inglesa, que inevitablemente cuestionaría el derecho de Francia a ocupar el trono de Carlomagno. Durante la primera década que siguió a la guerra, la política exterior británica fue confusa, poco realista y tenía sentido sólo si se aceptaba la

69 Albert Sorel, *Europe and the French Revolution*, tard. Londres, 1968, I, pp. 277 y ss.

70 De Gaulle, op. cit., pp. 173-174.

71 Adenauer, op. cit., III, p. 434.

premisa de que Francia continuaría siendo un país débil y Alemania Occidental mantendría su dependencia total respecto de Estados Unidos. En esas condiciones, el liderazgo de una federación europea estaba a disposición de Gran Bretaña. Sin embargo, con una política tradicional de alimentos baratos, basada en las importaciones provenientes de la Comunidad Británica y afirmada en la confianza de una “relación especial” con Estados Unidos, Gran Bretaña no aspiraba a representar ese papel. En 1946 el mismo Churchill reclamó en Zurich “algo que los asombrará [...] una especie de Estados Unidos de Europa”, basado en “una asociación de Francia y Alemania”. Dijo entonces que estos dos países deben avanzar conjuntamente. Gran Bretaña, [...] Estados Unidos, y confío en que también la Unión Soviética [...] deben ser los amigos y los patrocinadores de la nueva Europa”.⁷²

Esta actitud condescendiente se basaba en el supuesto de que Gran Bretaña aún podía ser una gran potencia independiente, que ocupaba la posición geopolítica especial que su imperio mundial le había asignado en otros tiempos; como dijo Churchill en 1950, Gran Bretaña estaba en la intersección de tres círculos parcialmente superpuestos: el mundo de habla inglesa, la Comunidad Británica y Europa. Esta evaluación era apenas plausible en 1950. Careció de sentido después de Suez, que demostró que ni la Comunidad Británica ni la “relación especial” tenían el más mínimo valor cuando se trataba de ayudar a Gran Bretaña a proteger lo que ella consideraba un interés vital. De modo que la situación apuntaba claramente a una política europea. Harold Macmillan, que sucedió a Eden en el cargo de primer ministro en enero de 1957, tuvo la oportunidad de iniciar un camino totalmente nuevo y de hacer lo posible para participar en las negociaciones del Tratado de Roma, todavía inconcluso. La desaprovechó. También él aún alimentaba manías de grandeza. En febrero de 1959 fue a Moscú, en el carácter de vocero autodesignado de la alianza, y *The Times* (sin duda adecuadamente instruido) comentó que, como el presidente Eisenhower era “una fuerza que está decayendo, el canciller alemán es un hombre anciano y disconforme, y el presidente francés está absorto en otros problemas, recae sobre el primer ministro británico la responsabilidad suprema de guiar a la alianza con un espíritu razonable [...] pero con firmeza”.⁷³

La visita a Moscú no aportó nada (tampoco la cumbre de las grandes potencias, celebrada en París en 1960), pero fue un error costoso, pues convenció a Adenauer de que Gran Bretaña en general y Macmillan en particular eran socios poco fidedignos, que podían concertar acuerdos con Rusia a espaldas de Alemania y a su costa.⁷⁴ En suma, reavivó su anglofobia. Percibió a Gran Bretaña como una especie de estafador internacional, que aspiraba a una jerarquía que no se justificaba por sus recursos ni por sus esfuerzos. “Inglaterra”, escribió, “es como un rico que ha perdido toda su propiedad, pero no lo comprende”.⁷⁵ Afirmó que sus tres antipatías principales eran “los rusos, los prusianos y los británicos”. Macmillan intentaba aprovecharse “de nosotros, los pobres y tontos continentales”. La política británica era sencillamente *ein einziges Feilchen*, una gran farsa.⁷⁶ Durante sus frecuentes y largas charlas, de Gaulle manipuló hábilmente la antipatía y las sospechas de Adenauer. Finalmente, en julio de 1961, Macmillan solicitó el ingreso de Gran Bretaña en la Comunidad Económica Europea; en ese momento ya era una comunidad funcional, que comenzaba a estabilizar sus modalidades. El ingreso de Gran Bretaña implicaba cambios estructurales que amenazaban el delicado equilibrio de las ventajas francogermanas.

Cuando se manifestó con claridad esta cuestión, de Gaulle vetó el ingreso de Gran Bretaña en el curso de una espectacular conferencia de prensa el 14 de enero de 1963. Afirmó que si Gran Bretaña ingresaba, sería en la condición de un caballo de Troya, y “en definitiva esto se asemejaría a una colosal Comunidad del Atlántico, bajo la dependencia y el liderazgo norteamericanos, los que pronto se tragarán completamente a la Comunidad Económica Europea”. Ese estado de cosas amenazaría “la amistad de Alemania y Francia, la unión de Europa como los dos países la desean y su

72 Texto en Uwe Kitzinger, *The European Common Market and Community*, Londres, 1967, pp. 33-37.

73 Citado en Anthony Sampson, *Macmillan*, Londres, 1967, p. 146.

74 Prittie, op. cit., pp. 268-269.

75 Adenauer, op. cit. III, p. 434.

76 Prittie, op. cit. p. 268.

acción común en el mundo”, que se apoyaba en “una incomparable base popular”.⁷⁷ Con gran pesar de Gran Bretaña, Adenauer manifestó su aprobación silenciosa al *non* francés.

De todos modos, la visión del mundo que tenían estos dos viejos no fue la única razón que los llevó a rechazar la incorporación de Gran Bretaña. A medida que pasaban los años, Gran Bretaña se empobrecía cada vez más en comparación con los miembros de la Comunidad Económica Europea. Esta situación originaba un conjunto diferente de problemas. Pues si la estructura de la Comunidad (especialmente la política agrícola común) se basaba en un acuerdo entre Francia y Alemania, el acuerdo se aplicaría todavía con más fuerza a Gran Bretaña, que tendría que pagar los alimentos caros de la Comunidad a cambio del acceso de sus artículos manufacturados a los mercados. ¿Estos artículos serían suficientemente competitivos para que el acuerdo funcionase? En noviembre de 1967, de Gaulle vetó nuevamente el ingreso británico y esta vez destacó los defectos crónicos de la economía británica y la dificultad para corregirlos, como justificación de su actitud.⁷⁸

La debilidad estructural de la economía británica frente a sus competidores industriales había sido evidente durante el período 1870-1914 y nuevamente durante los años veinte. Pero se había observado una recuperación en la segunda mitad de los años treinta, sobre todo en las áreas de elevada tecnología; la economía había funcionado bien durante la segunda guerra mundial y continuó así hasta 1950, año en que las exportaciones alcanzaron el nivel de 144 sobre un índice de 100 en 1938.⁷⁹ En 1950, el PNB británico se elevaba a 47.000 millones de dólares, comparados con sólo 75.000 millones del conjunto de los seis países de la futura Comunidad. Las exportaciones británicas, con 6.300 millones de dólares, equivalían a más de dos tercios las exportaciones de los seis (9.400 millones) y el PNB *per cápita* era casi el doble (940 y 477 dólares). Veinte años después, en 1977, el PNB británico *per cápita* se había duplicado con relativo exceso, y se elevaba a 2.170 dólares. En el caso de los Seis era más del quíntuplo, es decir, 2.557 dólares. Mientras las exportaciones británicas se habían triplicado, las de los Seis casi se habían decuplicado. Las reservas de los Seis, más reducidas que las británicas en 1950 (2.900 millones comparados con 3.400 millones) también se habían decuplicado y, en cambio, las británicas habían disminuido.⁸⁰ Cualquiera que fuese el criterio continental aplicado, la economía británica se había desempeñado mal. La distancia se amplió durante los años setenta, pese al hecho de que Gran Bretaña se incorporó a la Comunidad el 1 de enero de 1973.

¿Cuál era la causa de esta debilidad crónica? Gran Bretaña fue el primer país que se industrializó, un proceso iniciado en gran escala durante la década de 1760. Durante los cien años siguientes fue la única potencia industrial importante que no soportó los estragos de la revolución, la conquista extranjera o la guerra civil, esas rupturas fundamentales con el pasado que, como lo demostraba la historia de Francia y Alemania, promueven el dinamismo social y económico. Gran Bretaña no tenía un cuerpo constitucional de derechos ni garantías escritas destinadas a proteger las premisas de una sociedad liberal. Poseía, en cambio, la tradición del Derecho Común, arbitrado por los jueces, que salvaguardaba eficazmente los derechos de la libertad y la propiedad, y que fue de hecho el marco legal en que los británicos crearon la primera sociedad industrial moderna. Este sistema continuó funcionando a la largo del siglo XIX con el carácter de un ámbito legal concreto de la empresa industrial. Pero en 1900, los sindicatos, que ya reflejaban los anacronismos y las anomalías de la industrialización temprana, sobre todo en la multiplicidad de los antiguos sindicatos por oficio, crearon el Partido Laborista, con el fin de promover “la legislación en el interés directo del trabajo” y oponerse a “las medidas que expresen una tendencia contraria”.⁸¹ La característica destacada del Partido Laborista, en comparación con otros movimientos socialistas de Occidente, era que no se trataba de una organización esencialmente marxista, ni siquiera socialista, sino de una

77 Transcripción de una conferencia de prensa en Harold Wilson, *The Labour Government 1964-1970*, Londres, 1971, pp. 392-394.

78 Acerca de los vetos de de Gaulle, véase Uwe Kitzinger, *Diplomacy and Persuasion: how Britain joined the Common Market*, Londres, 1973, pp. 37-38.

79 Rostow, *World Economy*, pp. 234-235 y tabla 111-47.

80 Kitzinger, *Diplomacy and Persuasion*, tabla en p. 29.

81 Citado en B. Simpson, *Labour: the Unions and the Party*, Londres, 1973, p. 39.

forma de sindicalismo parlamentario. Los sindicatos eran los dueños del partido. Patrocinaban directamente a un núcleo duro de miembros laboristas del Parlamento (por ejemplo, 128 en 1975) y, lo que es más importante, pagaban aproximadamente tres cuartas partes de los fondos nacionales del partido y el 95 por ciento de sus gastos electorales.⁸² Los estatutos del partido, gracias a un sistema de afiliaciones sindicales expresadas en votaciones por bloques, determinaban que los sindicatos fuesen el factor que prevalecía de manera abrumadora en la elaboración de la política partidaria.

El poder parlamentario se reflejó rápidamente en las medidas legales que destruyeron el equilibrio del derecho común de la constitución británica no escrita e inclinaron de manera decisiva la balanza a favor del movimiento obrero organizado. En 1906, el primer año en que el laborismo estuvo sólidamente representado en el Parlamento, se aprobó la ley de Conflictos Laborales, que otorgó a los sindicatos la inmunidad total frente a las acciones civiles por daños, “supuestamente cometidos por o en beneficio de los sindicatos”. Esta inmunidad no existía en cualquier otro de los países de Occidente, pues en la práctica determinaba que los sindicatos quedaran a salvo de los juicios por incumplimiento de contrato, si bien las restantes partes del contrato, es decir los empleadores, podían ser demandadas por los sindicatos. Incluso los Webb consideraron que la norma representaba una “inmunidad extraordinaria e ilimitada”. A. V. Dicey, especialista en derecho constitucional, protestó: “Esta ley convierte a un sindicato en un organismo privilegiado que está exento de la ley común del país. El Parlamento inglés nunca creó intencionadamente un organismo privilegiado de este carácter”.⁸³ Esta ley fundamental, que otorgó a los sindicatos una situación especial en el área legal, se convirtió en la base sobre la que más tarde se levantó una compleja y pesada superestructura de privilegios sindicales de carácter legal. La ley sindical de 1913 legalizó el gasto de fondos sindicales en objetivos políticos —es decir, en el Partido Laborista— y estableció que los afiliados sindicales que tenían otras afiliaciones sindicales debían “formalizar” sus compromisos políticos (un procedimiento difícil e impopular) si no deseaban contribuir a los fondos laboristas. Este procedimiento se convirtió en la “formalización de la obligación” por la ley de Conflictos Laborales sancionada por los conservadores en 1927, que también declaró ilegales las huelgas políticas. Pero apenas el laborismo obtuvo la mayoría absoluta en el Parlamento (en 1945), revocó la ley de 1927 y luego concedió a los sindicatos una jerarquía especial en las industrias nacionalizadas que habían sido creadas y, de hecho, en todas las manifestaciones de su política social y económica. De tanto en tanto los jueces continuaron convalidando la protección del derecho común a los individuos frente a los sindicatos; pero siempre que descubrían un agujero en la ley de los privilegios sindicales, los sindicatos podían apelar directamente al Parlamento, dominado por el laborismo, para cubrirlo. Así, en *Rookes contra Barnard* (1964), la Cámara de los Lores sostuvo que una huelga no oficial con incumplimiento de contrato justificaba la acción judicial. Al año siguiente, un nuevo gobierno laborista legalizó ese acto en la ley de Disputas Laborales de 1965.

Durante los años sesenta y setenta el creciente poder sindical se manifestó de distintos modos. En 1969, los sindicatos vetaron la legislación denominada “en lugar de la lucha”, proyectada por el primer ministro laborista Harold Wilson con el fin de reducir el número de huelgas. En 1972, los sindicatos introdujeron nuevas formas de acción directa, entre ellas los “piquetes de masas”, los “piquetes volantes” y los “piquetes secundarios”, y la policía no pudo o no quiso reprimirlos. En 1974 utilizaron estos recursos para destruir a un gobierno conservador responsable de la ley de Relaciones Industriales de 1971, que intentó, aunque sin resultado, la aplicación de un código que reglamentara la conducta sindical. El gobierno laborista siguiente no sólo revocó la ley de 1971, sino que impulsó por medio del Parlamento una nutrida legislación destinada a ampliar los privilegios sindicales; en este conjunto de instrumentos legales, las leyes de Sindicatos y Relaciones Laborales de 1974 y 1976, y las leyes de Protección del Empleo de 1975 y 1979 fueron sólo las más

82 A. Flanders, *Trade Unions*, Londres, 1968; John Burton, *The Trojan Horse: Union Power in British Politics*, Leesburg, 1979, pp. 48-50.

83 Sydney and Beatrice Webb, *The History of Trade Unionism*, Londres, 1920; Dicey's *Law and Public Opinion in England*, Londres, ed. 1963.

importantes. Estas leyes extendieron la inmunidad frente a los juicios por daños a los casos en que los sindicatos inducían a otras partes a ignorar los contratos, obligaban a los empleadores a reconocer a los sindicatos y mantenían “talleres cerrados” (hasta el extremo de que un empleado podía ser despedido sin amparo legal si rehusaba incorporarse a un sindicato) y suministraba facilidades para la organización sindical. El efecto de este conjunto de leyes fue elevar el número de industrias en que regía el “taller cerrado” y por primera vez superar la barrera del 50 por ciento en el área de la sindicalización de la fuerza de trabajo, comparado con el 25 por ciento o menos en Estados Unidos, Francia y Alemania Occidental. Sin embargo, más importante es el hecho de que eliminó prácticamente todas las inhibiciones que limitaban el poder de negociación sindical. Como observó lord Denning, juez superior de la Cámara de los Lores: “Han sido anuladas todas las restricciones legales, de manera que ahora pueden hacer lo que les plazca”.⁸⁴ Durante los primeros meses de 1979, con una dirección caótica, los sindicatos liberados de inhibiciones destruyeron a su beneficiario, el gobierno laborista. Luego su sucesor conservador impuso limitaciones secundarias de los privilegios sindicales en las leyes de empleo de 1980 y 1982.

El privilegio legal y el poder político excesivos de los sindicatos contribuyeron en tres formas principales al lento crecimiento de Gran Bretaña. En primer lugar, promovieron las prácticas restrictivas, inhibieron el aumento de la productividad y, por lo tanto, desalentaron la inversión. Durante el cuarto de siglo que va de 1950 a 1975, el prontuario de inversiones y productividad de Gran Bretaña fue el peor de todas las grandes potencias industriales. En segundo lugar, acentuaron mucho la presión de la inflación salarial, sobre todo desde fines de los años sesenta en adelante.⁸⁵ En tercer lugar, los reclamos sociales y legislativos de los sindicatos exhibieron cierta tendencia acumulativa a promover el crecimiento del sector público y la participación del gobierno en el PBN. Gran Bretaña había sido tradicionalmente un estado con un mínimo de gobierno: eso fue parte del marco benévolo que posibilitó la revolución industrial. El censo de 1951 registró menos de 75.000 empleados públicos civiles, la mayoría pertenecientes a la aduana, el servicio de impuestos y el correo; había sólo 1.628 en los departamentos centrales del gobierno civil, en un momento (1846) en que la cifra correspondiente en Francia era de 932.000 personas. Durante el siglo siguiente, la proporción de la población trabajadora empleada en el sector público pasó del 2,4 por ciento al 24,3 por ciento en 1950. Dicho de otro modo, durante los ciento veinte años que median entre 1790 y 1910, la proporción del PBN representada por la erogación pública nunca fue superior al 23 por ciento y arrojó un promedio del 13 por ciento. Después de 1946 nunca fue inferior al 36 por ciento.⁸⁶

Pero el incremento realmente perjudicial sobrevino después de 1964, durante un período en el que el laborismo ejerció el poder once años de un total de quince. Durante los años cincuenta y principios de los sesenta, la proporción mencionada más arriba había sido apenas superior al 40 por ciento. En 1965 superó el 45 por ciento, y en 1967 el 50 por ciento. El nivel del 55 por ciento fue sobrepasado inmediatamente después que el laborismo retornó al poder en 1974, y al año siguiente llegó al 59,06 por ciento. En 1975-1976 los préstamos tomados por el sector público habían representado el 11,5 por ciento del producto total, y el conjunto de los nuevos préstamos tomados por el sector público durante los cinco años anteriores superó los 31.000 millones de libras esterlinas.⁸⁷ A esta altura de las cosas, la combinación del excesivo gasto público y la inflación salarial amenazaba llevar el índice de inflación de Gran Bretaña a la banda del 40 por ciento. Durante el otoño de 1976, Gran Bretaña se vio obligada a llamar a los representantes del Fondo Monetario Internacional y a someterse a *diktat*. Más tarde hubo cierta retracción y, después de la

84 *BBC v. Hearn and Others* (1977); véase J. H. Bescoby y C. G. Hanson, “Continuity and Change in Recent Labour Law” en *National Westminster Bank Quarterly Review*, febrero de 1976; *Trade Union Immunities*, Londres, HMSO, 1981, pp. 34-101.

85 F. W. Paish, “Inflation, Personal Incomes and Taxation” en *Lloyds Bank Review*, abril de 1975.

86 Geoffrey Fry, *The Growth of Government*, Londres, 1979, pp. 2-3; A. T. Peacock y J. Wiseman, *The Growth of Public Expenditure in the UK*, Londres, 2ª ed., 1967; M. Abramovitz y V. F. Eliasberg, *The Growth of Public Employment in Great Britain*, Londres, 1957.

87 J. M. Buchanan, John Burton y R. E. Wagner, *The Consequences of Mr. Keynes*, Londres, Institute of Economic Affairs, 1978, p. 67 y tabla II, p. 34.

victoria electoral de los conservadores en 1979, se produjo un esfuerzo sistemático por reducir el préstamo público, limitar el sector público y someter la economía a la disciplina deflacionaria de las fuerzas del mercado. Esta actitud, combinada con la influencia de los yacimientos petrolíferos del Mar del Norte, que aseguraron el abastecimiento petrolero de Gran Bretaña en 1980 y la convirtieron en un importante exportador en 1981, estabilizó la economía y elevó la productividad hasta alcanzar niveles competitivos, si bien en el nivel más bajo de la actividad económica desde fines de los años sesenta. En 1983 Gran Bretaña estaba recuperándose, pero muy lentamente; y era improbable que ejerciera ningún tipo de liderazgo, en la Comunidad Económica Europea o fuera de ella durante el período más o menos inmediato.

Sin embargo, el fracaso relativo de Gran Bretaña fue la excepción. En todo el territorio europeo, al oeste del Telón de Acero, durante las cuatro décadas que siguieron a la posguerra se presenció un espectacular progreso social y económico. Lo que es más, éste fue alcanzado en un marco de legalidad constitucional y paz política. El contraste con el período que medió entre las dos guerras fue asombroso, incluso en las áreas más favorecidas. Los países escandinavos soportaron uno de los peores índices de desocupación durante los años veinte y treinta. En el invierno de 1932-1933, el porcentaje de la fuerza de trabajo sin empleo se elevó al 31,5 en Suecia, al 42,4 en Noruega y al 42,8 en Dinamarca.⁸⁸ Fue un período de intensa lucha de clases. Hubo que crear fuerzas paramilitares para mantener el orden y, gracias a la severidad de la lucha social, Vidkin Quisling organizó su movimiento de estilo nazi, con sus *birdmenn* uniformados que se ajustaban al modelo de los SA.⁸⁹

El cambio llegó en la segunda mitad de los años treinta. En Noruega en 1935, Suecia y Dinamarca en 1936 y Finlandia en 1937, se formaron gobiernos socialdemócratas que aplicaron programas amplios de seguridad social. La rápida recuperación económica permitió financiarlos. El PBN de Noruega en 1938 era un 75 por ciento superior a la cifra de 1914 y en Suecia aumentó el 50 por ciento durante los años 1932-1939, si bien la socialdemocracia no fue más eficaz que cualquier otro gobierno de la preguerra (exceptuado el hitlerismo) en la tarea de resolver la desocupación masiva.⁹⁰ Hacia fines de los años treinta, algunos observadores británicos y norteamericanos; por ejemplo Marquis Childs y lord Simon de Wythenshawe, ya estaban llamando la atención hacia lo que este último denominó “el hecho más alentador del mundo moderno”⁹¹ Los socialdemócratas continuaron dominando la política escandinava hasta fines de los años setenta, en un proceso de prodigiosa continuidad democrática. En Suecia, Tage Erlander desempeñó la función de primer ministro durante un lapso inigualado, es decir veintitrés años. Einar Gerhardsen alcanzó una marca parecida en Noruega, hasta su retiro en 1965. Los socialdemócratas conservaron el poder de 1936 a 1976 en Suecia, y en Noruega de 1935 a 1981, excepto durante el período de 1965 a 1971; durante ese lapso predominaron en Dinamarca y Finlandia. Gracias a esa estabilidad social y política, Escandinavia pudo realizar una notable contribución, en cuanto a su número, a la economía mundial. A mediados de los años setenta, 22 millones de escandinavos producían casi 20 millones de toneladas de granos, 5,6 millones de toneladas de pescado (el doble de Estados Unidos) y el quíntuplo de la producción británica), 25,2 millones de toneladas de mineral de hierro (más que Gran Bretaña, Francia y Alemania juntas) y 49 millones de toneladas de madera y papel (un cuarto de la producción norteamericana). Escandinavia producía más energía eléctrica que Francia y construía más barcos que Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania juntas.⁹² Sin embargo, durante los años setenta, el creciente costo de los servicios de bienestar social, las exigencias de los poderosos movimientos sindicales, como en Gran Bretaña, y la influencia de los elevados impuestos

88 Rostow, *World Economy*, tabla 111-42, p. 220; *League of Nations Statistical Yearbook 1933-1934*, Ginebra, 1934, tabla 10.

89 Derry, *Norway*, p. 325; P. M. Hayes, *Quisling*, Newton Abbot, 1971. 90 T. K. Derry, *A History of Scandinavia*, Londres, 1979, pp. 322-324; Rostow, *World Economy*, p. 220.

90 T. K. Derry, *A History of Scandinavia*, Londres, 1979, pp. 322-324; Rostow, *World Economy*, p. 220.

91 E. D. Simon, *The Smaller Democracies*, Londres, 1939; Marquis Childs, *Sweden: the Middle Way*, Nueva York, 1936.

92 Derry, *Scandinavia*, pp. 336-337.

se combinaron con la crisis energética para destruir el dinamismo de las economías escandinavas, especialmente en Suecia, y liquidaron el monopolio socialdemócrata del poder. Las corrientes no socialistas se adueñaron del poder durante los años 1976 a 1982 en Suecia, en Dinamarca, y en 1981 incluso en Noruega, que había recogido los beneficios del petróleo del Mar del Norte. La experiencia escandinava indicó que, incluso en las circunstancias más favorables, lo que una democracia de bienestar social podía ofrecer se ajustaba a severos límites prácticos.

Sin duda fue notable que durante los años setenta Suiza aventajara a Suecia y se convirtiese en el país de más elevado nivel de vida socialmente equilibrado, un resultado obtenido mediante lo que podría denominarse conservadurismo plebiscitado. La industrialización comenzó en Suiza a partir de 1800, y en 1920 más del 40 por ciento de la población empleada trabajaba en la industria (además había un importante sector de servicios en los hoteles y los bancos), comparado con sólo el 25 por ciento en la agricultura. Ya en 1848 se instauró el sufragio masculino universal, así como un sistema de referéndum constitucional, ampliado mediante otras opciones sometidas al referéndum en 1874 y 1891, de modo que la votación directa del electorado se convirtió en el proceso normal del cambio legislativo. Se incorporó un sistema denominado “la democracia de la concordancia”, que implica la representación de todos los partidos importantes en el ejecutivo del gobierno, el Consejo Federal y el reconocimiento público de los grupos de presión.⁹³ Este sistema tuvo dos consecuencias políticas muy importantes. En primer lugar, los referéndums forzaron a los conservadores a organizar partidos de masas, los que siempre fueron populares más que elitistas. El *Bürgerblock* antisocialista de radicales, conservadores católicos y campesinos que prevaleció en la política suiza desde 1919, fue un partido totalmente policlasista e incluyó a algunos de los elementos más pobres del país, los católicos de habla italiana, que se consideraban víctimas de la discriminación de los liberales protestantes y progresistas de lengua francesa y alemana. El conservadurismo se convirtió en una poderosa fuerza negativa y pudo bloquear el cambio promovido a través de los plebiscitos.⁹⁴ En segundo lugar, al impedir la radicalización de los trabajadores, el populismo conservador empujó hacia el centro a los socialistas. En 1935, el Partido Socialdemócrata suizo fue el primero en renunciar al principio de la lucha de clases y dos años después negoció un “*acuerdo de paz*” en la industria metalúrgica. De este modo, un socialista tuvo la posibilidad de incorporarse al gobierno federal en 1943 y, al mismo tiempo, pudo crearse un Estado socialdemócrata burgués integrado, basado en el negativismo conservador.

El enfoque negativo promovió, de manera paradójica, el dinamismo de la economía suiza, sobre todo en su principal industria dinámica, la banca. Durante los años sesenta y setenta, la negativa de los elementos conservadores a aceptar el reclamo socialdemócrata de “democratizar” y “abrir” la banca suiza fue el hecho que permitió que continuara el crecimiento de la economía y que los bancos sobrevivieran al “*asunto Chiasso*” de 1977, que afectó a una rama del Crédit Suisse e implicó a contrabandistas italianos de divisas. Una ley aprobada en 1934 para impedir que el gobierno nazi siguiese el rastro de los ahorros de los judíos alemanes prohibió a los bancos suizos divulgar información acerca de las cuentas. Se suministra información por intermedio de Interpol en los casos de secuestro y robo y, desde 1980, al gobierno norteamericano en ciertos casos relacionados con el delito organizado. Pero Suiza se negó resueltamente a divulgar datos financieros con fines políticos, a pesar de que sufrió intensas presiones cuando, en 1979, el sha de Irán fue derrocado. Hay muchos miles de cuentas “políticas” numeradas en Suiza, incluso muchas originadas detrás del Telón de Acero, pero representan sólo una minúscula fracción del negocio bancario suizo, que hacia fines de 1978 tenía depósitos extrajeros por valor de 115.060 millones de dólares, más 123.700 millones en valores.⁹⁵ Hacia principios de los años ochenta, las posesiones bancarias suizas estaban en el orden del trillón de dólares; los conservadores sostenían que “democratizar” el sistema destruiría la eficiencia de una estructura en la que el secreto está relacionado con el informalismo, la rapidez y el odio a la burocracia. Como la banca era la fuente

93 Christopher Hugues, *Switzerland*, Londres, 1975, pp. 167-172.

94 Urs Altermatt, “Conservatism in Switzerland: a study in anti-Modernism” en *Journal of Contemporary History*, n° 14, 1979, pp. 581-610.

95 *Wall Street Journal*, 23 de junio de 1980.

del crecimiento industrial suizo (en 1980 los tres bancos principales de Suiza ocupaban 2.200 lugares en 1.700 corporaciones suizas), una fuga de capitales podía provocar la crisis de toda la economía. La defensa del secreto bancario constituye quizá la causa más impopular que uno puede defender en estos momentos, pero gracias a la democracia plebiscitaria, que ha facilitado la creación de coaliciones negativas, se mantuvo el mismo criterio durante los años setenta; se defendió la prosperidad de la economía suiza, el franco suizo es una de las monedas más fuertes del mundo y el ingreso suizo per cápita superó los niveles de Escandinavia y América del Norte.

El elevado desempeño y la estabilidad democrática de Suiza y los países escandinavos, en general considerados “protestantes”, armonizaron bien con las teorías, formuladas inicialmente en Francia durante la década de 1830, que culminaron en la tesis de la “ética protestante” de Max Weber en el sentido de que la creencia religiosa tendía a determinar las pautas económicas. Este concepto fue demolido sobre una base histórica durante los años cuarenta y cincuenta, pero todavía más interesante fue su refutación práctica en el período de la posguerra, gracias al desarrollo de las economías “no protestantes” de Europa meridional. La Suiza italiana alcanzó a los cantones franceses y alemanes. Italia tuvo su “milagro” industrial durante los años cincuenta, Francia en la década de los sesenta. Más impresionante todavía, en vista del desempeño anterior, fue el progreso político y social de la península Ibérica y de Grecia.

Antonio Salazar y Franco en España fueron no sólo los dictadores más duraderos, sino los de mayor éxito de la preguerra, y es probable que la historia formule acerca de ellos un juicio mucho más favorable que el que estaba de moda incluso a principios de los años ochenta. Salazar asumió la dirección de las finanzas en 1928, se desempeñó como primer ministro a partir de 1932 y sobrevivió hasta 1970; fue el único tirano derrocado por ese peligroso instrumento, la mecedora. Fue el único que dirigió una dictadura de intelectuales (aunque Lenin estuvo cerca de hacer lo mismo). Entre 1932 y 1961 los profesores universitarios nunca representaron menos del 21 por ciento del gabinete de Salazar. Ocuparon la mitad de los puestos del gabinete entre 1936 y 1944; alrededor de la cuarta parte de los colegas del doctor provenían de un mismo sector, la Facultad de Leyes de la Universidad de Coimbra. Esta catedraticocracia, o gobierno de los profesores, alcanzó mucho éxito en su esfuerzo por promover un crecimiento económico lento pero constante. Mantuvo una moneda estable, dominó la inflación y, sobre todo, otorgó a Portugal lo que este país nunca había tenido en los tiempos modernos: estabilidad política. Esto último fue en parte el resultado de una policía secreta pequeña pero muy eficaz, la Policía Internacional para la Defensa del Estado (PIDE) cuya creación databa de 1926. Salazar defendió los intereses de las clases poseedoras, pero a menudo se opuso a sus deseos, sobre todo cuando se aferró, con un costo elevado, a las posesiones africanas, mucho después que el mundo empresario deseaba ceder. Veía todos los días al jefe de la PIDE y supervisaba hasta sus actividades menos importantes. Encarceló durante largos períodos a sus enemigos: a mediados de los años setenta, los veintidós miembros del Comité Central comunista afirmaron que habían cumplido un total de 308 años en la cárcel, es decir, un promedio de catorce por persona.⁹⁶ Pero Salazar no quería imponer la pena de muerte, aunque permitía que de tanto en tanto la PIDE cometiese asesinatos discretos; por ejemplo, la muerte del general Delgado, líder de la oposición, en febrero de 1965.⁹⁷ Como la PIDE practicaba con discreción la brutalidad, era muy difícil denunciarla y hasta gozaba de cierta estima. Su comandante Agostinho Lourenço, fue jefe de Interpol en París hacia fines de los años cuarenta; cuando el Papa visitó Fátima en 1967, condecoró a varios altos oficiales de la PIDE.

Cuando, como consecuencia de su accidente con la mecedora, Salazar perdió sus facultades mentales en 1969, los profesores regresaron a sus universidades y la PIDE fue “abolida” o rebautizada. Como la mayoría de las reformas burocráticas, ésta determinó un aumento considerable del número y un descenso catastrófico de la eficiencia, aunque no de la crueldad y la ilegalidad. La policía secreta se vio sorprendida por el levantamiento que derrocó al régimen el 25

96 Kenneth Maxwell “Portugal under Pressure”, en *New York Review of Books*, 29 de mayo de 1975, pp. 20-30.

97 Tom Gallagher, “Controlled Repression in Salazar's Portugal”, en *Journal of Contemporary History*, n2 14, 1979, pp. 385-402; acerca de la PIDE, véase “Para a Historia do Fascismo Português: a Pide”, en *Portugal Informação*, junio julio de 1977.

de abril de 1974.⁹⁸ Portugal se democratizó, desapareció el imperio, la economía se debilitó y creció la inflación. Después de tres años de confusión, Portugal desapareció de los titulares y retornó a los esquemas económicos básicos del salazarismo. El aspecto asombroso y alentador fue que Portugal pudo realizar la transición de un Estado policial duradero a una democracia viable no sólo sin un baño de sangre, sino conservando mientras tanto la mayoría de las relaciones del antiguo régimen.

España protagonizó durante los años setenta una experiencia semejante y, en vista de las circunstancias, todavía más notable. Cuando en el verano de 1974 Franco traspasó su autoridad a Juan Carlos (coronado rey en noviembre de 1975, inmediatamente después de la muerte de Franco), había ejercido el poder real durante treinta y ocho años, una hazaña que habría merecido el respeto incluso de Felipe II. Probablemente acertaba al creer que una victoria republicana habría originado otra guerra civil y que su régimen era el que “nos divide menos”, pues existían dos facciones monárquicas ásperamente divididas, una fascista y otra monárquica conservadora, así como la enemistad mortal entre el Partido Comunista y otros partidos republicanos. En octubre de 1944, después de la liberación de Francia, 2.000 republicanos “invadieron” el país a través de los Pirineos, con la esperanza de provocar una insurrección general pero no lo consiguieron. El 26 de agosto de 1945 se constituyó un gobierno republicano, pero el gesto no tuvo eco. Los aliados no estaban dispuestos a proceder contra Franco, porque no deseaban que estallase una guerra civil en España. Para complacerlos, Franco renunció al saludo fascista, que nunca le había agradado, pero no prohibió a la Falange, por mucho que deplorase sus actitudes, porque era una válvula de seguridad para la derecha y porque podía controlarla.

En esencia, Franco era una figura apolítica, que gobernaba con hombres aceptables para la Iglesia, las clases terratenientes y los empresarios. Eso era lo que el ejército deseaba, y éste tenía un poder de veto sobre la política que era muy anterior a Franco. Al igual que el ejército, Franco resultaba una figura negativa. Mantenía paralizado al Estado y evitaba que corriese riesgos; impedía que los políticos profesionales actuasen. En una exposición ante un grupo de altos oficiales, describió ásperamente su propia persona diciendo que era “el centinela a quien nunca se releva, el hombre que recibe los telegramas desagradables y dicta las respuestas, el hombre que vigila mientras otros duermen”.⁹⁹ Si hubiera sido más joven, podría haber ideado un marco plebiscitario. En las condiciones dadas, el 6 de julio de 1947 presentó una “ley de sucesión” que reflejaba el principio monárquico. De un electorado de casi 17.200.000, 15.200.000 depositaron el voto, y 14.145.163 votaron afirmativamente, en condiciones que, según la opinión de algunos observadores, fueron justas.¹⁰⁰

Una vez resuelto este problema, Franco educó y preparó como sucesor a Juan Carlos. Mientras tanto, en el marco del gobierno negativo que no se distinguía del que practicaba Salazar o para el caso, del de la Confederación Suiza, la economía se modernizó con la ayuda de las fuerzas del mercado. Durante los veinte años que van de 1950 a 1970, España se transformó. Los que residían en localidades de más de 20.000 habitantes pasaron del 30 por ciento a casi el 50 por ciento de la población. El analfabetismo descendió del 19 al 9 por ciento en el lapso de treinta años y en sólo quince años la población estudiantil se duplicó. En ciertos aspectos, España modernizó su región meridional atrasada con más éxito que Italia. El paisaje de Andalucía se transformó física y visualmente en el cuarto de siglo que va de 1950 a 1975 y es probable que la población rural, que disminuyó rápidamente, se haya beneficiado más, de acuerdo con los salarios reales, que los trabajadores industriales de las ciudades que estaban creciendo. El cambio importante fue el que se manifestó en las expectativas: las encuestas demostraron que los trabajadores podían aspirar a mejores sueldos y empleos, a gozar de más prestigio que sus padres y que un hombre tenía expectativas más elevadas a los cuarenta que a los veinte años. La antigua desesperanza de España, la fuente de su hosco sufrimiento y a veces de su frenética violencia, había desaparecido.¹⁰¹ En

⁹⁸ Neil Bruce, *Portugal: the Last Empire*, Newton Abbot, 1975, p. 108.

⁹⁹ Discurso de Franco en el Museo del Ejército de Madrid, el 9 de marzo de 1946, citado en Trythall, op. cit.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 206.

¹⁰¹ *Estudios sociológicos sobre la situación social de España 1975*, Madrid, 1976.

efecto, durante los años cincuenta y sesenta, España se convirtió en parte del universo general de la moderna economía europea, de manera que compartió sus fracasos y su prosperidad general; los Pirineos dejaron de ser una barrera económica y cultural.

La prosperidad relativa posibilitada por la estabilidad y el negativismo político franquista ayuda a explicar el éxito de la transición. Es característico de la actitud de Franco que el último primer ministro de su régimen y el primero del rey Juan Carlos, es decir Carlos Arias, no fuera político ni tecnócrata ni miembro de la Falange, sino el protegido de un importante general del ejército.¹⁰² También fue característico de la renuente aprobación que España dispensó a las virtudes de Franco que Adolfo Suárez, el primer ministro que inauguró el régimen democrático, aunque nacido apenas en 1932, ya había creado su partido de centroderecha, la Unión del Pueblo Español (UPDE), a partir del principio del continuismo. Suárez aprovechó la experiencia del gaullismo, es decir, su éxito intrínseco y su capacidad para sobrevivir a la muerte de su creador. Consiguió que las últimas Cortes de Franco aprobaran su reforma política y, por lo tanto, no necesitó disolverlas; alcanzó el 94,2 por ciento de votos positivos el 15 de diciembre de 1976 y durante los once meses que precedieron a las elecciones abolió la estructura unipartidaria de Franco, inauguró un sistema multipartidario (con inclusión del Partido Comunista), legalizó los sindicatos, restableció la libertad de prensa y expresión, además de organizar la primera elección, la primera votación libre desde febrero de 1936. El sistema tendió a favorecer a las regiones rurales: las quince provincias más pequeñas, con una población de 3,4 millones, tenían cincuenta y tres bancas en las Cortes, y en cambio Barcelona, con 4,5 millones, tenía sólo treinta y tres. Pero este esquema permitió la aparición, en la elección de junio de 1977, de una estructura cuatripartita, como en Francia; allí el partido de Suárez, rebautizado como Unión del Centro Democrático, fue la corriente más fuerte, con el 34 por ciento, seguido por los socialistas (29 por ciento), y los comunistas y los conservadores con fuerza pareja en los extremos.¹⁰³

La concentración de poder en el centro era importante, pues las nuevas Cortes tuvieron la autoridad necesaria para redactar la constitución. El documento, finalmente aprobado por un referéndum en diciembre de 1978, definió a España como un “Estado social y democrático regido por la ley”, cuya forma de gobierno era la “monarquía parlamentaria”; pero también garantizaba la autonomía de las “nacionalidades”, una modificación importante del centralismo no sólo de Franco sino de España misma desde que aceptó el dominio castellano, a fines del siglo XV. El rey se convirtió en jefe del ejército y del Estado, un aspecto que sería fundamental durante el intento de *putsch* de 1981; España continúa siendo un país en el que se asigna un papel especial al ejército, pese a que, por extraño que parezca, no es una fuerza considerable (220.000 hombres, más 46.600 en la marina y 35.700 en la aviación). La constitución abolió la pena de muerte, reconoció, pero no concedió, estado oficial a la Iglesia Católica, creó la posibilidad de instaurar el divorcio y otorgó jerarquía legal a los sindicatos y los partidos. Originó una serie de problemas, porque fijó procedimientos muy complicados para alcanzar la autonomía regional, el tema que dominaría la escena política durante los años ochenta. Sin duda, como fue un texto parlamentario y no un *diktat*, culminó en un documento extenso (169 artículos), además de complejo, absurdamente detallado y muy mal escrito. Pero su gran mérito fue que representó un consenso: fue la primera constitución española que no representó una sola ideología o el monopolio del poder por parte de un partido.¹⁰⁴ Hacia principios de los años ochenta, el nuevo régimen español, dirigido por un monarca sereno y astuto (que demostró cuánto confiaba en sí mismo al designar duque a Suárez, en 1982, en Europa y después de la guerra el primero que no era miembro de la realeza), aisló tanto al terrorismo radical por una parte como por otra a la conspiración militar y consiguió separar a las dos tendencias de la corriente principal de la vida pública, de manera que en 1982 el primer gobierno socialista después de 1936 pudo asumir pacíficamente el poder. Por lo tanto, también en un sentido político, España se incorporó a la cultura europea.

Todavía más sorprendente, algo que habría reconfortado a la sombra de Lloyd George, fue que la

102 Raymond Carr y Juan Pablo Fusi, *Spain: Dictatorship to Democracy*, Londres, 1979, pp. 195 y ss.

103 Stanley Meisler, “Spain's New Democracy” en *Foreign Affairs*, octubre de 1977.

104 Carr y Fusi, op. cit., p. 246.

pobre y maltrecha Grecia al fin se fusionó también con esa cultura. La Grecia democrática de Eleftherios Venizelos, destinada a ser uno de los principales beneficiarios de Versalles, en realidad había ganado poco, aunque en su caso la Gran Guerra se prolongó diez años, de 1912 a 1922. El general John Metaxas, jefe de Estado Mayor durante la guerra, intentó un *putsch* ya en 1923 y al fin consiguió imponer una dictadura en 1936. Prometió “disciplinar” al pueblo griego, sustituir el individualismo griego por el *ernst*, “el espíritu alemán serio”; fue “el primer campesino”, “el primer trabajador”, el “padre de la nación”. De todos modos, Metaxas fue quien derrotó a los italianos en 1940 (falleció a principios de 1941), y el ejército, más que cualquier otra de las instituciones, emergió con mayor honor de la prolongada guerra y el sufrimiento de la posguerra. Es posible que el famoso telegrama de Churchill al general Scobie haya salvado a Grecia para Occidente, pero la resistencia comunista persistió en el Norte. Sólo en el verano de 1949, el mariscal de campo Papagos, ex jefe de Estado Mayor de Metaxas, afirmó la autoridad del gobierno sobre la totalidad del país. También la segunda guerra mundial duró una década entera en Grecia. La guerra civil determinó la muerte de 80.000 griegos, el encarcelamiento de 20.000, con 5.000 ejecuciones o sentencias de cadena perpetua, convirtió a 700.000 personas en refugiados y forzó al 10 por ciento de la población a cambiar de residencia.¹⁰⁵

Hubo dieciséis gobiernos transitorios entre 1946 y 1952, pero en las elecciones de 1952, Papagos, que había creado un partido “nacional” de acuerdo con los criterios generales del RFP de de Gaulle, obtuvo una victoria abrumadora y comenzó un período de once años de dominio derechista. Cuando murió Papagos en 1955, Constantine Karamanlis asumió la jefatura del partido y ganó las elecciones de 1958 y 1961. Éste era el único tipo de “normalidad” democrática que el ejército estaba dispuesto a aceptar. Cuando George Papandreou, que había reconstruido la antigua coalición de centroizquierda de Venizelos, derrocó a Karamanlis en 1963 y lo obligó a exiliarse, comenzó un período de confusión, que culminó en un *putsch* militar dirigido por un grupo de oficiales de mediana graduación encabezados por el coronel George Papadopoulos.

Como en España, el ejército creía ser una institución más nacional que cualquiera de los partidos. Éstos respondían a la dirección de castas hereditarias de las clases medias y altas, que aplicaban un sistema de distribución del botín. En cambio, el ejército afirmaba que su organización se fundaba en el mérito, pues se reclutaba en el campesinado a la mayoría de sus oficiales. Asimismo, el ejército se hallaba más cerca de la Iglesia; su odio a los políticos profesionales estaba muy difundido. El régimen de Papadopoulos fue un eco del que había impuesto Metaxas, con su acento en la “disciplina” y la “civilización helenocristiana”. Produjo una nueva constitución autoritaria de 1968, y en 1973 eliminó a la monarquía griega, siempre insatisfactoria. Provocó escasa oposición en los obreros y los campesinos, aunque tampoco los entusiasmó mucho. El régimen encarcelaba y a veces torturaba a sus enemigos de la clase media. Podría haber perdurado indefinidamente, pero Papadopoulos perdió la confianza de sus colegas, fue depuesto y luego la junta manipuló torpemente la política de Chipre, lo que provocó la invasión turca de 1974. El régimen derrotado dio paso al caos. Convocaron a Karamanlis, que estaba exiliado en París. Conquistó una abrumadora victoria electoral (219 bancas de un total de 300) y así pudo impulsar, en 1975, una constitución con un ejecutivo fuerte, de acuerdo con el sistema gaullista (otro ejemplo de la influencia extraordinaria que de Gaulle ejerció sobre Europa durante los años sesenta y setenta). Este sólido marco originó cierto grado de confianza en que la siguiente victoria electoral del clan Papandreou, en realidad obtenida en 1981 sobre la base de una plataforma socialista, no inauguraría otro ciclo de inestabilidad constitucional.

Lo que importaba a la mayoría de los griegos no era el ballet político, ni el ejercicio mismo de la política profesional, sino el hecho de que en 1952 Papagos había iniciado una prolongada era de progreso económico y social. Este proceso se prolongó, más o menos con el mismo ritmo, con Karamanlis, con los militares y después nuevamente con Karamanlis. Ilustró una de las elecciones que se desprenden de un estudio de los tiempos modernos. Las actividades políticas rara vez promovieron el bienestar económico, aunque si son intensas y bastante prolongadas, pueden

105 Richard Clogg, *A Short History of Modern Greece*, Cambridge, 1979, pp. 164-165.

anularlo. La función más útil del gobierno era cuidar el escenario sobre el que los individuos podían promover sus propios intereses, y beneficiar a la comunidad en este proceso. El mejoramiento de la suerte de los griegos comunes durante las tres décadas, de 1950 a 1980, fue de lejos el más importante de la historia del país.¹⁰⁶ Esta situación se reflejó en el índice más fidedigno de la aprobación popular: el movimiento. Hombres y mujeres son muy sinceros cuando votan, no con la papeleta electoral, sino con los pies. Los griegos habían emigrado desde el siglo VIII a. C. Durante los años setenta, de 18 millones de griegos, 4 vivían en el exterior, 3 de ellos con carácter permanente. La emigración alcanzó la cifra máxima de 117.167 en 1965, pero parece que entonces se invirtió el proceso. Durante los años siguientes del régimen militar, el índice de emigración descendió rápidamente, excepto la que tuvo como destino Estados Unidos, y aumentó en forma paulatina el número de griegos que volvieron a su patria. En 1974, por primera vez desde que en 1850 comenzaron a compilarse estadísticas, el número de griegos que se incorporaron a la economía nacional fue más elevado que el de los que salieron a buscar trabajo en el exterior. En 1979, cuando la emigración era inferior a 20.000 personas, las remesas provenientes del exterior (1.200 millones de dólares) fueron inferiores a los ingresos del turismo (1.700 millones) y la navegación (1.500 millones) como fuente principal de ingresos de Grecia. Indudablemente, durante los años setenta los índices de crecimiento de la economía griega, con un promedio del 5-6 por ciento, y sólo el 2 por ciento de desocupación, eran muy superiores a los de Europa Occidental.¹⁰⁷ Hacia principios de los años ochenta, Grecia se acercaba rápidamente al nivel de vida de Europa Occidental y ésta era una razón más para suponer que su nueva estabilidad política y social podía ser duradera.

El proceso gracias al cual, a lo largo de treinta y cinco años, 300 millones de personas de la Europa que se extiende al sur y al oeste del Telón de Acero alcanzaron una prosperidad relativa en un marco democrático y bajo el dominio de la ley, fue uno de los más sorprendentes en el curso de la historia. También cabía considerarlo un hecho imprevisto, pues siguió de cerca a dos intentos de suicidio continental, que estuvieron cerca de alcanzar el éxito. Sin embargo, había cierta paradoja en esa nueva etapa de estabilidad y prosperidad. A principios de los años ochenta, tres décadas y media después de terminada la guerra, Europa democrática, a pesar del aumento de su riqueza, dependía para garantizar su propia seguridad no sólo del respaldo de los Estados Unidos transatlánticos, sino de la permanente presencia física de fuerzas norteamericanas. Era una situación anómala. La historia de Estados Unidos durante los años sesenta y setenta sugiere que también era peligrosa.

¹⁰⁶ William McNeil, *Metamorphosis of Greece since World War II*, Chicago, 1978.

¹⁰⁷ *New York Times*, 6 de julio de 1980.

18 EL INTENTO DE SUICIDIO DE ESTADOS UNIDOS

Los años de Eisenhower fueron la culminación del predominio norteamericano. Se levantó un muro de seguridad colectiva alrededor del perímetro del bloque comunista. Detrás de sus baluartes, primero Estados Unidos, y después Europa Occidental, gozaron de una prosperidad sin precedentes. Por lo tanto, puede afirmarse que se habían asimilado las lecciones diplomáticas y económicas del período que medió entre las dos guerras. Al menos, eso fue lo que se creyó. Volvió a vivirse la prosperidad de los años veinte, pero con un ritmo menos frenético y con un sentimiento de más seguridad; una prosperidad que abarcó capas sociales más amplias se manifestó a ambos lados del Atlántico. Los años cincuenta fueron la década de la afluencia, una palabra popularizada por el economista de moda, J. K. Galbraith, en su bestseller de 1958 titulado *La sociedad de consumo*. El libro atacó a la antigua “sabiduría convencional”. Al hacerlo, creó una nueva. Galbraith y su escuela sostuvieron que habían terminado los tiempos de escasez. El mundo tenía abundancia de recursos. Las economías avanzadas habían superado la dificultad implícita en la producción de artículos. El problema económico estaba resuelto. Lo que restaba era una cuestión política: su distribución equitativa. El Estado debía representar un papel creador, al utilizar la “afluencia privada” para poner fin a la “sordidez pública” y corregir los desequilibrios peligrosos de la riqueza, no sólo en cada país sino en la relación entre las distintas naciones. Eisenhower no compartía este optimismo. Creía que la economía norteamericana podía descalabrarse fácilmente si se gastaba demasiado en armas o en los programas de bienestar social, y con más facilidad si se incurría en excesos en ambas áreas. Sin duda fue notable que, a diferencia de los años veinte, no fuese la derecha sino la izquierda la que ahora creía que la prosperidad continuaría indefinidamente y la que convirtió a los años sesenta en la década de la ilusión.

En 1960 Eisenhower era el hombre más anciano que hubiese ocupado nunca la Casa Blanca. Parecía comatoso. Se reclamaba activismo, “movilizar nuevamente a Estados Unidos”. Se decía que Estados Unidos estaba rezagándose no sólo en el campo del bienestar social, sino también en todo lo que se refería a la fuerza militar. Se habló, incluso, de un “vacío de misiles”.¹ El candidato republicano en la elección de 1960, el vicepresidente Richard Nixon, era joven (tenía cuarenta y siete años), pero se lo relacionaba con la inmovilidad del gobierno y, en su condición de californiano de la línea dura, era detestado por los liberales de los medios de difusión que prevalecían en la Costa Este. El candidato demócrata, John Kennedy, era todavía más joven (tenía cuarenta y tres años), y era rico y apuesto. Su fuerza estaba en las relaciones públicas y en una maquinaria política implacable, dirigida por su hermano Robert. Estos factores le permitieron ganar las elecciones, es decir, suponiendo que las haya ganado legalmente. De casi 69 millones de votos depositados, Kennedy obtuvo un margen de sólo 120.000, y este resultado se vio enturbiado por las diferentes interpretaciones de la votación en Alabama. Kennedy consiguió una mayoría de 84 votos en el colegio electoral, que era lo que importaba. También en este aspecto, las irregularidades en Texas, y aún más en Illinois, por la acción de la notoria máquina de Daley, proyectaron dudas sobre la validez de la victoria de Kennedy. Nixon no cuestionó el resultado porque consideró que perjudicaría a la presidencia y, por lo tanto, a Estados Unidos.² Esta moderación no acrecentó su prestigio. El desprecio de Kennedy por Nixon se manifestó en un comentario de 1960, después de las elecciones: “Salió del modo que entró [...] no tiene clase”.³

1 Edgard M. Bottome, *The Missile Gap*, Rutherford, Nueva Jersey, 1971.

2 Schlesinger, *Robert Kennedy*, p. 220 n.; William Safire, *Before and Fall: an inside view of the pre-Watergate White House*, Nueva York, 1975, pp. 152-153.

3 Pierre Salinger, *With Kennedy*, Nueva York, 1966, p. 51.

Kennedy tenía “clase”. Después de Roosevelt, fue el primer presidente que nunca había necesitado ganarse la vida. A semejanza de Roosevelt, convirtió a Washington en una ciudad de esperanza, es decir, un lugar adonde acudían en busca de empleo los intelectuales de la clase media. Su esposa Jackie era una belleza de sociedad, que tenía preferencia por la cultura superior. Con una pareja tan atractiva en la Casa Blanca, algunos denominaban “la nueva Camelot” al Washington de Kennedy. Otros se mostraron menos impresionados. La invasión de Kennedy, observó un estadista visitante, era “como ver a los hermanos Borgia apoderarse de una respetable ciudad de Italia septentrional”. El primer beneficiario del nuevo régimen fue el “complejo militar-industrial”, como lo había denominado el desconfiado Eisenhower. El gasto, tanto en las fuerzas convencionales como en las nucleares, aumentó rápidamente. En cierto sentido, Kennedy y su secretario de Estado, Dean Rusk, fueron, en definitiva los “guerreros fríos” más entusiastas, aunque no los más hábiles. Kennedy confirió un aspecto universalista completamente nuevo a las obligaciones de Estados Unidos con los países de ultramar. La actitud norteamericana clásica había sido definida por el secretario de Estado John Quincy Adams en 1821. “Dondequiera que el estandarte de la libertad y la independencia ha sido o sea desplegado”, prometió, “estará el corazón de Estados Unidos, sus bendiciones y plegarias”. Pero, agregó entonces, “nuestro país no marcha al extranjero en busca de monstruos a los que destruir. Desea el bien de la libertad y la independencia de todos. Pero es el campeón y el vindicador sólo de las suyas propias”.⁴ Durante los gobiernos de Truman y Eisenhower se había modificado la doctrina, pues esta misma podía ampliarse de modo que incluyese a los aliados cuya supervivencia resultaba fundamental para el interés de Estados Unidos.

Kennedy fue más lejos. Tenía conciencia de que la guerra fría de viejo estilo, la que Stalin había librado adelantando sus fronteras a partir de una base central, ya no era la única. Los sucesores de Stalin habían inaugurado una guerra de movimientos, que les permitía desbordar las barreras defensivas de Estados Unidos. Nikita Jruschov definió la nueva política, en realidad tan antigua como Lenin y que ahora podía ser impulsada vigorosamente gracias a los recursos de Rusia, en un discurso del 6 de enero de 1961, poco antes de que Kennedy asumiese el poder. Jruschov expresó que la victoria comunista no llegaría mediante la guerra nuclear, que destruiría a la humanidad, ni a través de la guerra convencional, que muy pronto podía convertirse en nuclear, sino gracias a las “guerras de liberación nacional” en África, Asia y América Latina, los “centros de la lucha revolucionaria contra el imperialismo”. Como “los comunistas son revolucionarios”, estaban dispuestos a “aprovechar” estas “nuevas oportunidades”. Kennedy interpretó esta afirmación como una especie de declaración de guerra y utilizó su alocución inaugural para recoger el desafío. Declaró que el momento era “una hora de máximo peligro” para la libertad. Se había asignado a su generación la tarea de defenderla. “No rehúyo esta responsabilidad”, dijo, “la acojo de buen grado”. Estados Unidos estaba dispuesto a “pagar el precio que fuese, soportar todas las cargas, afrontar todas las privaciones, este optimismo. Creía que la economía norteamericana podía descalabrarse fácilmente si se gastaba demasiado en armas o en los programas de bienestar social, y con más facilidad si se incurría en excesos en ambas áreas. Sin duda fue notable que, a diferencia de los años veinte, no fuese la derecha sino la izquierda la que ahora creía que la prosperidad continuaría indefinidamente y la que convirtió a los años sesenta en la década de la ilusión.

En 1960 Eisenhower era el hombre ocupado nunca la Casa Blanca. Parecía apoyar a los amigos, oponerse a los enemigos, para garantizar la supervivencia y el éxito de la libertad”.⁵ Era una garantía extraordinaria, un cheque en blanco puesto a los pies del mundo.

Kennedy realizó ese gesto expansivo porque él y sus asesores creían que Estados Unidos podía competir eficazmente con Rusia Soviética por la fidelidad de los pueblos más pobres, promoviendo el ascenso de regímenes liberales y democráticos que les prestasen un verdadero servicio. Una diversidad de recursos promovió esta nueva “diplomacia de la acción”: El cuerpo de paz de jóvenes voluntarios norteamericanos que servían en países extranjeros, los boinas verdes para desarrollar actividades más enérgicas (la denominada “contrainsurgencia”), las campañas destinadas a

4 Citado por William F. Buckley Jr., “Human Rights and Foreign Policy”, en *Foreign Affairs*, primavera de 1980.

5 J. F. Kennedy, *Public Papers etc.*, 3 vols., Washington D. C., 1963-1964, I, pp. 1 y ss.

conquistar “el corazón y la mente”, la “alianza para el progreso” aplicada a América Latina, el aumento de la ayuda económica y militar casi en todas partes.⁶ Pero esta actitud equivalía a ignorar la lección fundamental del Imperio Británico de que lo mejor que una potencia poseedora podía esperar para afianzarse era la estabilidad, por imperfecta que fuese. Promover el dinamismo es provocar el caos. En definitiva, una potencia poseedora siempre tenía que defender su sistema mediante la fuerza o asistir a su desintegración, como lo había hecho Gran Bretaña. Estados Unidos había creado ahora un nuevo sistema poscolonial, como lo reconocía la alocución inaugural de Kennedy; pero continuaba siendo un poder poseedor, cuyo bienestar dependía de la estabilidad. Los recursos de Estados Unidos eran mucho mayores de lo que habían sido los de Gran Bretaña, pero aún así eran limitados. Por lo tanto, el arte consistía en seleccionar las posiciones que era posible defender y que sólo podían ser defendidas mediante la fuerza, e idear alternativas viables en los restantes casos. Ahí estaba la debilidad del universalismo de Kennedy.

El problema se manifestó de inmediato y con agudeza en América Latina. Al amparo de la doctrina Monroe de 1823, Estados Unidos había representado un papel de policía en el hemisferio, teóricamente para preservar la independencia de sus naciones de la codicia europea, y en realidad para proteger los propios intereses de Estados Unidos. Esta concepción determinó a menudo la intervención militar, especialmente en América Central y el Caribe. La doctrina Monroe se basaba en el razonamiento de que el Caribe era un “mar interior” de Estados Unidos y parte de la estructura económica norteamericana. En Cuba, liberada de España por Estados Unidos, el derecho norteamericano de intervención incluso había sido incorporado a la constitución cubana, por medio de la llamada “enmienda Platt”. En el período que medió entre las dos guerras y por influencia de las doctrinas wilsonianas de la autodeterminación, el sistema se derrumbó. En el memorándum Clark de 1928, el mismo Departamento de Estado argumentó que la doctrina Monroe no justificaba la intervención norteamericana, pues “contrapone a Estados Unidos con Europa, no a Estados Unidos con América Latina”.⁷ Roosevelt aceptó esta lógica; en 1934 desechó la enmienda Platt e introdujo, en cambio, la política del “buen vecino”, que en teoría trataba como iguales a los estados latinoamericanos. Con el tiempo, esta concepción podía haber sido muy eficaz y las naciones más importantes tal vez hubieran concertado el mismo tipo de relación con su gigantesco protector que mantenía Canadá.

El candidato más probable para esta función era la Argentina, cuya economía estaba desarrollándose en el período entre las dos guerras con los mismos perfiles que se observaban en Canadá y Australia. A semejanza de Canadá, había florecido de 1900 a 1914, protagonizando un crecimiento más lento durante los años veinte, para retroceder bruscamente de 1929 a 1933; pero después sobrevino un prolongado período de crecimiento, con un promedio del 2 al 3 por ciento anual, y avances constantes en la manufactura, la minería, el petróleo, los servicios públicos y los sectores de la electricidad: en resumen, la Argentina había asistido a su propio despegue económico y fue el primer país latinoamericano que llegó a esa situación.⁸ Tenía una economía de mercado, la interferencia oficial era mínima, había una clase media cada vez más numerosa y gozaba de los beneficios de una prensa libre y del imperio del derecho. Durante la segunda guerra mundial disfrutó de una prosperidad desconocida en el hemisferio sur, salvo Australia, y los salarios alcanzaron los niveles de Europa Occidental. Acumuló reservas, que entonces merecían el calificativo de principescas, de 1.500 millones de dólares, y saldos en libras esterlinas, es decir, más de lo que Gran Bretaña, el principal asociado económico de la Argentina, había podido invertir en este país durante más de setenta años.⁹ Si se hubiera utilizado el dinero para crear industrias en la siderurgia, el petróleo y otros sectores de sustitución de importaciones, es probable que la Argentina hubiera alcanzado un crecimiento económico dinámico y autónomo durante los años cincuenta y la historia de América Latina hubiera sido distinta.

6 R. J. Walton, *Cold War and Counter-revolution: the Foreign Policy of John E Kennedy*, Nueva York, 1972.

7 Poole, op. cit., p. 28.

8 Rostow, *World Economy*, pp. 222 y ss.; Carlos Díaz Alejandro, *Essays on the Economic History of the Argentine Republic*, Yale, 1970.

9 H. S. Ferns, *Argentina*, Londres, 1969, pp. 184 y ss.

En cambio, la Argentina fue víctima de los dos males que envenenan a América Latina: el militarismo y la política. Durante el siglo XIX el golpe militar se había convertido en un modo estándar de modificar el gobierno. Esta práctica desastrosa continuó después de la llegada del sufragio universal. Por ejemplo, durante los años 1920 a 1966, hubo ochenta golpes militares de éxito en dieciocho países latinoamericanos; Ecuador y Bolivia fueron los casos principales, con nueve golpes cada uno, y seguían Paraguay y la Argentina con siete cada uno.¹⁰ El principal golpe en la Argentina fue en 1943. La junta designó ministro de Trabajo al coronel Juan Perón, hijo de un agricultor pobre, que había hecho carrera en el ejército; era un apuesto campeón de esquí y esgrima, ágil de mente y cuerpo, estudioso de la sociología, un pseudointelectual del tipo que había de ser muy común durante la posguerra. Hasta ese momento los militares se habían mostrado hostiles a los sindicatos. Perón descubrió que, si protegía al movimiento obrero, podía formar su propia base de masas. En su condición de ministro de Trabajo, se hizo cargo de los sindicatos. Hasta ese momento, los líderes sindicales habían sido objeto de sobornos personales. Perón sobornó a todo el movimiento obrero.¹¹

La carrera de Perón ilustró la identidad social de la voluntad marxista y fascista de poder, pues según las ocasiones tomaba prestado fragmentos de Lenin, Mussolini, Hitler, Franco y Stalin. Poseía gran encanto personal, una soberbia voz de orador, el don de la verborrea ideológica. Decía de sus partidarios obreros que eran “los descamisados” (en realidad, estaban bien pagados). Denominó “*justicialismo*” a su filosofía, y fue el primero de los falsos “ismos” en lo que habría de convertirse el tercer mundo. Perón podía afirmar que era el prototipo no sólo de una nueva clase de dictador latinoamericano, sino de todos los individuos poscoloniales carismáticos de África y Asia. Era el nexo entre el dictador desordenado de viejo estilo y el nuevo modelo de Bandung. Demostró cómo podía manipularse la democracia del número. Carecía de sustancia. Cuando disputó con sus colegas militares en 1945, el único recurso que pudo concebir fue arrodillarse y rogar con pasión. Su amante, Eva Duarte, feminista militante, fue la que movilizó a los trabajadores y consiguió la libertad de Perón. Al casarse con ella, Perón conformó a la Iglesia. Luego obtuvo una notable victoria (24 de febrero de 1945) en una de las pocas elecciones libres conocidas en la historia de la Argentina.¹²

Durante su presidencia, Perón ofreció una demostración clásica, en nombre del socialismo y del nacionalismo, del modo de destruir una economía. Nacionalizó el Banco Central, los ferrocarriles, las telecomunicaciones, el gas, la electricidad, la pesca, el transporte aéreo, la siderurgia y los seguros. Creó un organismo oficial de comercialización de las exportaciones. Organizó el gran gobierno y un estado de bienestar en un solo movimiento; el gasto en los servicios públicos, como porcentaje del PBN, se elevó del 19,5 al 29,5 por ciento en cinco años.¹³ No tenía un sistema de prioridades. Dijo al pueblo que lo tendría todo de una sola vez. En teoría, así fue. Se otorgó a los trabajadores trece meses de sueldo por un año de trabajo, vacaciones pagas, beneficios sociales en el mismo nivel que los países escandinavos. Vio cómo una firma muy eficaz gastaba generosamente en sus trabajadores y obligó a todas las empresas a copiar esas prácticas, al margen de los recursos que ellas tuviesen. Al mismo tiempo desencadenó un ataque frontal sobre el sector agrario, la principal fuente argentina de capital interno. En 1951 había agotado las reservas y descapitalizado el país, había descalabrado la balanza de pagos e incorporado la inflación salarial al sistema. Al año siguiente, la sequía afectó al país y la crisis llegó a su culminación. Al comprobar que desaparecía su punto de apoyo, Perón pasó de la demagogia económica a la tiranía política. Destruyó la Suprema Corte. Se apoderó de la radio y de *La Prensa*, el principal diario de América Latina. Rebajó el nivel de las universidades y manipuló la constitución. Sobre todo, creó “enemigos”

10 Claudio Veliz (ed.), *The Politics of Conformity in Latin America* (Oxford 1967), Appendix, 'Successful Military Coups 1920-1966', 278.

11 Ferns, *Argentina*, p. 173.

12 Walter Little, “The Popular Origins of Peronism”, en David Rock, ed., *Argentina in the Twentieth Century*, Londres, 1975.

13 Ferns, *Argentina*, p. 190. David Rock, “The Survival and Restoration of Peronism”, en *Argentina in the Twentieth Century*, Londres, 1975.

públicos: Gran Bretaña, Estados Unidos, todos los extranjeros, el Jockey Club, quemado por sus pandillas en 1953, con la destrucción de su biblioteca y su colección de arte. Al año siguiente se volvió contra el catolicismo y en 1955 sus turbas obreras destruyeron las dos iglesias argentinas más hermosas, San Francisco y Santo Domingo, así como muchas otras.

Ésta fue la gota de agua que colmó el vaso. El ejército lo derrocó. Perón huyó en una cañonera paraguaya. Pero sus sucesores nunca pudieron restablecer el mínimo de intervención oficial que había promovido la riqueza argentina. Se habían formado muchos intereses creados: un Estado enorme y parasitario, sindicatos todopoderosos, un amplio ejército de empleados públicos. Una de las lecciones lamentables del siglo XX es que, apenas se permite la expansión de un Estado, es casi imposible reducirlo. El legado de Perón demostró ser más duradero que su verborrea, aunque su figura exhibió bastante perdurabilidad. En 1968, el jefe de los militares, el general Alejandro Lanusse, juró: “Si ese hombre [...] vuelve a poner el pie en este país, uno de nosotros, él o yo, saldrá muerto, porque no permitiré que mis hijos sufran lo que yo sufrí”. Cinco años más tarde, en su condición de presidente, organizó las elecciones que dieron una abrumadora mayoría y el poder a Perón, entonces un hombre de setenta y nueve años, un caso, como dijo el doctor Johnson acerca del segundo matrimonio, de “triunfo de la esperanza sobre la experiencia”.¹⁴ A esta altura de las cosas, había cambiado el curso entero de la historia de la Argentina. El país había desaprovechado su oportunidad de convertirse en una economía avanzada y se había visto degradado en forma permanente a la condición de una república latinoamericana de segunda clase, condenada al atraso industrial, a la inestabilidad política y a la tiranía militar. A fines de los años setenta y principios de los ochenta, la vida pública de la Argentina cobró perfiles cada vez más salvajes; en 1982 hubo incluso una temeraria aventura militar contra las Islas Falkland de Gran Bretaña, un episodio que terminó en una derrota humillante.

La revolución peronista fue un desastre más amplio para la totalidad de América Latina y también para Estados Unidos. La analogía con Canadá perdió valor. A causa de la frustración y la desesperación, floreció la demagogia; y los demagogos, como había hecho Perón, optaron por la solución fácil e imputaron la culpa a Estados Unidos. Más aún, Perón mismo continuó siendo un ejemplo vigoroso. Se había “enfrentado con los yanquis” y había logrado que su país fuese por primera vez realmente independiente. Fue olvidado el fracaso de su gestión económica; se recordó e imitó su éxito político.

La sombra de Perón se proyectó sobre Cuba. Como la Argentina antes de Perón, Cuba era uno de los países latinoamericanos más ricos, pero su estructura económica era muy distinta. En realidad, era parte de la economía norteamericana. Cuando en 1898 conquistó la independencia, lógicamente hubiera tenido que convertirse en un estado norteamericano, como Texas o Nueva México, o en una colonia, como Puerto Rico, para alcanzar después una jerarquía más elevada. En 1924, la inversión norteamericana en Cuba ya se elevaba a 1.200 millones de dólares. Cuba obtenía de Estados Unidos el 66 por ciento de sus importaciones y le enviaba el 83 por ciento de las exportaciones, principalmente azúcar. En 1934, un acuerdo comercial recíproco prohibía que Cuba impusiera tarifas aduaneras o cuotas a una amplia gama de importaciones norteamericanas; el *quid pro quo*, la ley Jones-Costigan, garantizaba que Estados Unidos recibiría al azúcar cubana y la pagaría a precios generosos. El arreglo fue considerado por Earl Babst, jefe de la Compañía Norteamericana Refinadora de Azúcar, “un paso hacia una buena política colonial”.¹⁵ Después de 1945, el dominio de Estados Unidos en la economía cubana decayó lentamente. Pero incluso durante la década de los cincuenta, el embajador norteamericano en La Habana, como lo atestiguó uno de ellos, era “el segundo personaje de Cuba por orden de importancia, a veces incluso más importante que el presidente”.¹⁶ En realidad, Cuba era una especie de satélite norteamericano. Pero la liquidación de la enmienda Platt la convirtió, en teoría, en un país por completo independiente. En esta cuestión estuvo la fuente de muchos sentimientos de irritación.

Como la gran mayoría de los dictadores latinoamericanos, los de Cuba siempre habían

14 Martin Shermin y Peter Winn, “The US and Cuba”, en *Wilson Review*, invierno de 1979.

15 Earl Smith en testimonio ante el Congreso, Senate Judiciary Committee, 30 agosto de 1960.

16 Hugh Thomas, *Cuba, or the Pursuit of Freedom*, Londres, 1971, p. 639.

comenzado como liberales y terminaron como tiranos; en general, en este proceso solían reconciliarse con el predominio norteamericano. El último dictador de viejo estilo, por supuesto un ex liberal, había sido Gerardo Machado, derrocado en 1933 por un golpe de suboficiales dirigido por Fulgencio Batista. Este sargento taquígrafo era un auténtico hombre de pueblo, medio indio, y su padre había sido trabajador del azúcar. El mismo Batista había trabajado en las plantaciones. Era un extremista. El embajador norteamericano, Sumner Welles, creía que su régimen era “francamente comunista” y quería que se enviaran acorazados a Cuba.¹⁷ El líder comunista Blas Roca afirmó que Batista era el padre del Frente Popular, “esta grandiosa reserva de la democracia cubana”, “el ídolo popular, el gran hombre de nuestra política nacional”.¹⁸ Batista manejó la presidencia personalmente entre 1940 y 1944, pero generalmente utilizó testaferros. Estaba coaligado con los estudiantes extremistas y su sustituto favorito como presidente era el líder de los jóvenes, Ramón Grau San Martín, que fundó el Movimiento Revolucionario Auténtico (los “auténticos”, en oposición a los “ortodoxos”, los revolucionarios opositores). Pero según se vio, Grau era un sinvergüenza, un hombre débil manejado por una amante codiciosa. “Hable con Paulina” era su sistema de gobierno. Cuando Batista reasumió el poder en 1952, el daño estaba hecho y él mismo se había sumido en el pantano del peculado. Lo mismo podría decirse prácticamente de todas las figuras de la vida pública.

Durante los años cuarenta y cincuenta, Cuba se convirtió en una sociedad de pistoleros extremistas. En los viejos tiempos, Estados Unidos habría intervenido e impuesto el dominio de una persona honesta. Ahora eso estaba excluido. Pero Estados Unidos, inevitablemente, tenía que ver con los principales episodios de la vida cubana. En la época del peronismo, se le echaba la culpa de todo lo que sucedía. Cuba ilustró la distancia entre las palabras y la realidad que habría de convertirse en la característica más notable del tercer mundo. En la esfera de la política, todos hablaban de la revolución y practicaban el peculado. Por supuesto, la corrupción estaba vinculada con la violencia. La presidencia de la unión de estudiantes de la Universidad de La Habana, una institución casi tan importante como el ejército, se definía mediante las armas. La policía no podía ingresar en el claustro. La policía del claustro caía víctima de los asesinatos o vivía aterrorizada. Muchos estudiantes portaban pistolas 45 y los tiros interrumpían las clases. Los comunistas estaban tan corrompidos como todos. Grau solía decir, cuando lo recibían con el saludo del puño cerrado: “No se preocupen: ¡mañana abrirán el puño!”.¹⁹ Los únicos que se oponían a la corrupción eran unos pocos ricos; por ejemplo el excéntrico Eduardo Chibás, líder de los ortodoxos, e incluso él participó de la violencia al intervenir en duelos. Las diferentes fuerzas policiales se enredaban en riñas de pandillas que enfrentaban a unas contra otras; la mayoría de los pistoleros políticos, organizados en “grupos de acción” y caracterizados por los lemas marxistas, fascistas o peronistas, recordaban la Alemania de principios de los años veinte. Los estudiantes suministraron los peores asesinos y las víctimas más patéticas.

Uno de los estudiantes pistoleros era Fidel Castro. Su padre provenía de Galicia, pertenecía a una familia de carlistas derechistas y, como la mayoría de los inmigrantes españoles, odiaba a los norteamericanos. Trabajó para la United Fruit, llegó a ser propietario de una hacienda, prosperó y terminó con 10.000 acres y una fuerza de trabajo de quinientas personas. Su hijo Fidel se convirtió en un político estudiantil profesional— al parecer, nunca deseó una profesión diferente de la política— y como era rico, apoyó a los ortodoxos de Chibás. Según él mismo lo reconoció, cuando era estudiante portaba un arma.²⁰ En 1947, a los veinte años, intervino en la invasión de la República Dominicana con un “grupo de acción”, armado con una metralleta. Al año siguiente participó en un terrible brote de violencia en Bogotá, durante la Conferencia Panamericana. Se dice que ayudó a organizar los disturbios, donde murieron 3.000 personas.²¹ Ese mismo año participó en una batalla a tiros con la policía cubana y diez días después fue acusado de asesinar al ministro de

17 Blas Roca, *En Defensa del Pueblo*, 1945, pp. 41-43, citado en Thomas, *Cuba*, p. 736.

18 E. Suárez Rivas, *Un Pueblo Crucificado*, Miami, 1964, p. 18, citado en Thomas, *Cuba*.

19 *America Libre*, Bogotá, 22 de mayo de 1961; Thomas, *Cuba*, p. 811.

20 Thomas, *Cuba*, pp. 814-816.

21 Citado en *ibíd.*, p. 819.

Deportes. Batista supo que era un pistolero político excepcionalmente dotado y trató de atraerlo. Castro declinó la oferta, a causa de lo que según él denominó eran “razones generacionales”. De acuerdo con un discípulo de la Facultad de Derecho, era “una persona hambrienta de poder, desprovista por completo de principios, dispuesta a unirse a cualquier grupo si creía que eso podía facilitar su carrera política”.²² Más tarde afirmó que su “vocación” era “ser revolucionario”. En resumen, experimentaba los sentimientos de ansiedad de un Lenin tanto como los de un Hitler y las dos vertientes confluyeron en su personalidad violenta. Sin embargo, a semejanza de Perón, modeló el estilo de su prosa política con sujeción al protofascista español Primo de Rivera, hasta que adoptó los clisés marxistas.²³

La oportunidad de Castro llegó en 1951-1952, cuando Chibás enloqueció, se suicidó y dejó vacante el papel de “idealista”, y Batista, en un intento de acabar con el pistolismo, abolió los partidos y se autoproclamó dictador. Su “golpe por la libertad” fue popular entre los trabajadores y probablemente con el tiempo habría restablecido el régimen constitucional, como lo había hecho antes. Pero Castro no le dio tiempo. Parece que dio la bienvenida al golpe como una oportunidad de iniciar un período de lucha en serio: “La hora es de lucha”, como dijo en su primera declaración política. Fue a la Sierra con 150 pistoleros. Su guerra de guerrillas nunca fue muy seria, aunque el terrorismo urbano costó muchas vidas. La economía cubana continuó floreciendo hasta 1957. En todos los aspectos esenciales, la batalla por Cuba fue una campaña de relaciones públicas, desarrollada en Nueva York y Washington. El principal defensor de Castro fue Herbert Matthews, del *New York Times*, que ofreció de su persona una imagen semejante al de un T. E. Lawrence del Caribe.²⁴ Así como la prensa de Hearst contribuyó a promover la revolución cubana de 1898, el *Times* patrocinó a Castro. En este proceso, el Departamento de Estado cambió totalmente su posición. William Wieland, a cargo de la sección caribeña, hasta ese momento había adoptado una posición que se resume en la siguiente frase: “Sé que a los ojos de muchos Batista es un hijo de perra [...] pero los intereses norteamericanos están primero [...] por lo menos es nuestro hijo de perra”.²⁵ Wieland cambió de bando. Le dijo a Earl Smith, designado embajador en La Habana en 1957: “Usted va a Cuba para dirigir la caída de Batista. Se ha adoptado la decisión de eliminarlo”. Wieland le dijo que recibiese instrucciones de Matthews, quien le explicó: “Correspondería a los mejores intereses de Cuba y [...] del mundo [...] si se eliminase a Batista”. Roy Rubottom, subsecretario de Estado, también era favorable a Castro, y lo mismo podía decirse de la CIA en La Habana.²⁶

Pero cuando llegó a Cuba, Smith advirtió que la victoria de Castro sería un desastre para Estados Unidos e intentó impedirla. Insistió en volar a Washington y pagó de su bolsillo el pasaje, ya que Rubottom se negó a autorizar el uso de fondos oficiales, para celebrar una conferencia de prensa que era una advertencia; en ella dijo que el gobierno norteamericano nunca podría “tener tratos con Fidel Castro”, porque él “no respetaría las obligaciones internacionales”.²⁷ A partir de ahí, el Departamento de Estado trabajó a espaldas de Smith. El esquema de embrollos, duplicidad e iniciativas contradictorias recordó los peores aspectos de la diplomacia de Roosevelt y los intentos de algunos funcionarios del Departamento de Estado para debilitar la posición del sha de Irán en 1979. El 13 de marzo de 1958, Smith se entrevistó con Batista en el despacho de éste, adornado con bustos de Lincoln, y se convino en que habría elecciones libres y que Batista abandonaría el poder el 24 de febrero de 1959. Al día siguiente, sin que Smith lo supiera, Washington adoptó la decisión de suspender todas las ventas oficiales de armas a Cuba. Un despacho de rifles Garand fue detenido en el puerto de Nueva York. Mientras los partidarios norteamericanos de Castro continuaban

22 Sobre Castro, véase Luis Conte Agüero, *Fidel Castro, Psiquiatría y Política*, Ciudad de México, ed. 1968, de tono crítico, y Herbert Matthews, *Castro: a Political Biography*, Londres, 1969, más favorable a aquél.

23 Thomas, *Cuba*, p. 946.

24 Citado en *Ibíd.*, p. 977.

25 Acerca de la política de Estados Unidos hacia Batista y Castro, véase Earl Smith, *The Fourth Floor*, Nueva York, 1962, y *Communist Threat to the USA through the Caribbean: Hearings of the Internal Security Subcommittee, US Senate*, Washington D. C., 1959-1962.

26 Smith, *Fourth Floor*, p. 60.

27 Thomas, *Cuba*, pp. 1038-1044.

organizando suscripciones para comprarle armas, desde principios de 1958 Estados Unidos se dedicaba a armar a uno de los bandos, el de los rebeldes. El embargo norteamericano de armas fue el momento decisivo en el ascenso de Castro al poder. Anteriormente nunca había contado con más de trescientos hombres. Luego los cubanos llegaron a la conclusión de que los norteamericanos habían modificado su política y, por consiguiente, cambiaron de bando. El apoyo dispensado a Castro aumentó bruscamente; la economía decayó. Incluso así, Castro nunca tuvo más de 3.000 partidarios. Sus “combates” fueron ejercicios de relaciones públicas. En la llamada “batalla de Santa Clara” perdió seis hombres y sólo cuarenta en la derrota de la ofensiva estival de 1958 desencadenada por Batista; éste fue el encuentro más importante de la “guerra”. Las pérdidas totales de Batista fueron de sólo 300 hombres. Los verdaderos combatientes fueron los elementos contrarios a Batista que había en las ciudades, y de éstos, entre 1.500 y 2.000 fueron asesinados. La “guerra de guerrillas” fue mayormente propaganda.²⁸ Como lo reconoció el Che Guevara después que todo terminó: “La presencia de un periodista extranjero, de preferencia norteamericano, para nosotros era más importante que una victoria militar”.²⁹ Además del cambio de actitud de Estados Unidos, la moral del régimen de Batista se vio destruida por las bandas urbanas, que no eran castristas. A último momento, en noviembre de 1958, el gobierno norteamericano trató de organizar la sucesión mediante un gobierno no castrista; es característico que procediera así sin informar a su embajador.³⁰ Pero en este punto era demasiado tarde. Batista abandonó el poder en enero de 1959 y Cuba quedó a merced de Castro.

No está bien aclarado cuándo Castro se convirtió en leninista. Es evidente que había estudiado atentamente los métodos que utilizaban Lenin y Hitler para convertirse en amos absolutos. Cuando asumió el poder en enero de 1959, logró que lo designaran comandante en jefe y, utilizando como excusa la necesidad de impedir la reaparición del pistolero, monopolizó la fuerza. Todas las fuerzas policiales fueron puestas bajo el mando de Castro, pero no del Ministerio del Interior; los puestos fundamentales, tanto en la policía como en el ejército, pasaron rápidamente a manos de sus colegas de la guerrilla. Llegó el momento crítico cuando consiguió que las fuerzas rivales contrarias a Batista, especialmente el directorio revolucionario democrático, depusieran las armas.³¹ En adelante, podía actuar como se le antojara y así lo hizo. Se logró que el presidente provisional, el juez Manuel Urrutia, acordara con el reclamo de Castro de postergar las elecciones durante dieciocho meses y en que mientras tanto gobernase por decreto. Era la técnica de Lenin. Uno de los primeros decretos abolió todos los partidos políticos; en *Revolución*, el diario de Castro, se explicó: “Los hombres meritorios que pertenecen a partidos políticos definidos ya ocupan cargos en el gobierno provisional... El resto... más vale guardar silencio” (7 de enero de 1959). Era el toque hitleriano. Otro tanto puede afirmarse del decreto del 7 de febrero, descrito como “una ley fundamental de la república”, que confería al gabinete el poder legislativo; era el equivalente de la ley de Atribuciones de Hitler. Inmediatamente después, Castro ocupó el cargo de primer ministro y excluyó al presidente de las reuniones de gabinete.³² De esta forma, en el lapso de pocas semanas después de la asunción del poder, los liberales y los demócratas habían sido excluidos efectivamente del poder. El gabinete era el Politburó y, en su marco, gracias a sus relaciones y amistades, Castro era el dictador, exactamente como Batista. Pero Batista tenía la compensación de que buscaba el dinero tanto como el poder. Castro deseaba únicamente el poder.

Castro ya había estado organizando cortes marciales de castigo para matar a sus enemigos. El primer acto inequívoco de tiranía fue el 3 de marzo de 1959, después que cuarenta y cuatro hombres de la fuerza aérea de Batista, acusados de “crímenes de guerra”, fueron absueltos en un tribunal de Santiago por falta de pruebas. Castro anunció inmediatamente por televisión que el juicio era un error. Habría otros. Encontraron muerto al presidente del tribunal. En su lugar designaron a gente de los Castro. Los hombres fueron juzgados nuevamente y sentenciados a penas de veinte a treinta

28 E. Guevara, *Oeuvres Révolutionnaires 1959-1967*, París, 1968, p. 25.

29 Smith, *Fourth Floor*, p. 170.

30 Thomas, *Cuba*, pp. 1071 y ss.

31 *Ibid.*, p. 1197.

32 *Ibid.*, pp. 1202-1203.

años de cárcel. Castro anunció: “La justicia revolucionaria se basa no en los preceptos penales, sino en la convicción moral”. Fue el fin del imperio del derecho en Cuba.³³ Grau preguntó cuándo se celebrarían elecciones y Castro contestó que se realizarían cuando se completase la reforma agraria, todos los niños asistiesen gratuitamente a la escuela y supieran leer y escribir, y todos tuvieran libre acceso a la medicina y a los médicos. En resumen, nunca. Se desembarazó de Urrutia a propósito de la ley de Reforma Agraria durante el verano de 1959. El presidente se refugió en la embajada de Venezuela y después salió del país.

El movimiento de aproximación a Rusia soviética comenzó simultáneamente. A decir verdad, Cuba tenía y tiene una economía dependiente. Si Estados Unidos era inaceptable como protector, otra gran potencia tenía que representar el papel. Estados Unidos era inaceptable, ya que Castro, a semejanza de otros dictadores del tercer mundo, necesitaba un enemigo. Después de la salida de Batista, tenía que ser Estados Unidos. Y si Estados Unidos era su enemigo, Castro necesitaba un aliado; éste tenía que ser Rusia soviética. Con Rusia como aliado y desde mediados de 1959 a cargo de los gastos, la ideología de Castro tenía que ser el marxismo, que armonizaba bien con su veta izquierdofascista de autocracia doméstica. Castro nunca fue un gobernador marxistaleninista ortodoxo, pues gobernó no sólo mediante los comités secretos, sino utilizando la oratoria pública, en armonía con la tradición de Mussolini, Hitler y Perón. Durante la segunda mitad de 1959 firmó su tratado con Mefistófeles, pues obtuvo armas soviéticas, asesores y la ayuda de la KGB para organizar sus servicios de seguridad. Quedó atrapado. En adelante, el hecho de que un cubano se limitase a expresar opiniones anticomunistas fue suficiente para que mereciese el arresto. Al mismo tiempo, comenzó la primera liquidación de opositores de Castro por obra de las pandillas, con la misteriosa muerte de Camilo Cienfuegos, el comandante en jefe del ejército. Los juicios de depuración de los antiguos asociados de Castro; por ejemplo Hubert Matos, que no estaba dispuesto a aceptar su sistema totalitario, comenzaron en diciembre de 1959. Hacia fines del año, Cuba era una dictadura comunista.³⁴

Que una isla que está a sólo setenta kilómetros de Estados Unidos pase bruscamente de la condición de aliado dependiente a la de satélite soviético era, en sí mismo, un cambio trascendente en el equilibrio mundial del poder, sobre todo desde que Castro mismo, en un manifiesto de cuatro mil palabras publicado en 1957, había proclamado francamente que, una vez en el poder, desarrollaría una actividad política exterior contra “otros dictadores caribeños”.³⁵ Estados Unidos tenía el derecho de frustrar este proceso apelando a todos los medios, incluso la fuerza. Quizá la mejor analogía era la que podía hacerse con Finlandia neutral, cuya política exterior y defensiva, en vista de la proximidad con Rusia, se desarrollaba con sujeción al veto soviético. Pero a fines de 1959, Dulles había muerto y Eisenhower era un presidente que se aproximaba al fin de su período y que no proponía su propia reelección. No se hizo nada definido, aunque se contemplaron muchos planes. Cuando Kennedy asumió el poder a principios de 1961, encontró una propuesta, apoyada por la CIA y el jefe del Estado Mayor Conjunto, para que 12.000 exiliados cubanos armados, el llamado “cuerpo cubano de liberación”, desembarcara en la Bahía de Cochinos de Cuba y desencadenara un alzamiento popular contra Castro. Es difícil creer que el astuto y experimentado Eisenhower hubiese concedido su aprobación definitiva al plan. Tenía todas las desventajas de implicar a Estados Unidos moral y políticamente (los dos primeros hombres que debían desembarcar eran operadores de la CIA) ³⁶ y no contaba con ninguna de las ventajas reales de la participación aérea y naval norteamericana.

En una actitud ingenua y débil, Kennedy permitió que el plan siguiera adelante el 17 de abril. Fue un fiasco. La invasión hubiera debido contar con todo el respaldo norteamericano, ya que de lo contrario era mejor abandonarla. Eso era lo que mandaba el instinto de Kennedy. Como dijo a su hermano Robert, prefería que “lo llamasen agresor y no estúpido”.³⁷ Pero en esas circunstancias

³³ *Ibíd.*, pp. 1233-1257.

³⁴ *Ibíd.*, pp. 1233-1257.

³⁵ *Ibíd.*, pp. 969-970.

³⁶ Schlesinger, *Robert Kennedy*, p. 452.

³⁷ *Ibíd.*, p. 445.

careció de decisión; en sus errores de cálculo político y militar, Bahía de Cochinos evocó inquietos ecos de la desventura de Eden en Suez.³⁸ Para Cuba fue un desastre, pues dio a Castro la oportunidad de desencadenar una campaña de terror contra la oposición. La mayoría de los que ya estaban detenidos fue fusilada. Quizá se llegó a la cifra de 100.000 arrestos. Este número incluía al movimiento clandestino real, a la mayoría de los 2.500 agentes de la CIA y a 20.000 simpatizantes contrarrevolucionarios.³⁹ El 1 de mayo Castro anunció que Cuba era ahora un Estado socialista. No habría más elecciones; según dijo, en Cuba había elecciones todos los días, pues el régimen revolucionario expresaba la voluntad del pueblo.⁴⁰

La opinión norteamericana se sintió ofendida por el fracaso de Bahía de Cochinos y habría apoyado la intervención directa. Chester Bowles, uno de los principales autores de la política de los Estados Unidos, consideró que la decisión de Kennedy de “enviar tropas o bombardear o lo que fuese [...] habría contado con los votos afirmativos de por lo menos el 90 por ciento del pueblo”. Consultado Richard Nixon, dijo al presidente: “Yo habría encontrado una cobertura legal apropiada y hubiera intervenido”.⁴¹ Pero el gobierno dio largas al asunto. El secretario de Defensa, Robert McNamara, reconoció: “Estabamos histéricos a propósito de Castro por la época de Bahía de Cochinos y después”.⁴² En diferentes ocasiones hubo planes para utilizar a pistoleros con el fin de atacar a los funcionarios cubanos, difundir el rumor de que Castro era el anticristo y que el Segundo Advenimiento resultaba inminente, enviar un submarino para bombardear la costa, atacar a los trabajadores del azúcar con productos químicos no letales, utilizar sales de talio para provocar la caída de la barba de Castro, mezclar sus cigarros con productos químicos destinados a confundirle la mente o impregnarlos con el letal bacilo botulínico, suministrar a su amante, Marie Lorenz, cápsulas de veneno, utilizar pistoleros cubanonorteamericanos para asesinarlo por contrato, regalarle un equipo de natación submarina impregnado con un bacilo de la tuberculosis y un hongo que atacaba la piel, e instalar una extraña concha marina, cargada con un artefacto explosivo, en el sector en que practicaba natación. Richard Helms, a quien Kennedy había designado jefe de la CIA, atestiguó después:

En ese momento, la política era desembarazarse de Castro, y si matarlo era una de las cosas que había que hacer [...] entendíamos que estábamos comportándonos de acuerdo con las pautas fijadas [...] Nadie desea molestar a un presidente [...] discutiendo en su presencia el asesinato de jefes extranjeros.⁴³

Ninguno de estos planes absurdos fructificó. En definitiva, Jruschov suministró a Kennedy otra oportunidad de resolver el problema cubano. Jruschov también tenía su “vacío de misiles”, real e imaginario. Si estacionaba en Cuba misiles de alcance medio podía modificar drásticamente la ecuación nuclear estratégica a favor de Rusia, virtualmente sin costo suplementario. Una vez instalados y bien defendidos, no era posible atacarlos sin desencadenar la guerra nuclear, y esto garantizaba la inviolabilidad del régimen de Castro; según parece, Jruschov temía “perder” a favor de Estados Unidos, con la consiguiente crítica de sus colegas.⁴⁴ De acuerdo con la versión de Castro, ofrecida a dos periodistas franceses, la “idea original nació de los rusos y sólo de ellos [...] no la concibieron con el propósito de garantizar nuestra propia defensa, sino principalmente para fortalecer el socialismo en el plano internacional”. Castro expresó que, en definitiva, aceptó porque era “imposible para nosotros negarnos a compartir los riesgos que la Unión Soviética asumía con el propósito de salvarnos [...] En última instancia, era una cuestión de honor”.⁴⁵

38 Acerca del manejo del episodio de Bahía Cochinos por J. F. Kennedy, véase Haynes Johnson, *The Bay of Pigs*, Nueva York, 1964, y Arthur Schlesinger, *A Thousand Days*, Boston, 1965, cap. 10-11.

39 Thomas, Cuba, p. 1365.

40 *Ibíd.*, p. 1371.

41 Schlesinger, *Robert Kennedy*, p. 472; *Readers, Digest*, noviembre de 1964.

42 *Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders*, Washington D. C., 1975, p. 14.

43 *Ibíd.*, informes provisionales y final; Schlesinger, *Robert Kennedy*, cap. 21.

44 H. S. Dinerstein, *The Making of a Missile Crisis*, Baltimore, 1976, p. 156; véase también Talbot, ed., op. cit.

45 Jean Daniel en *L'Express*, 14 de diciembre de 1963 y *New Republic*, 21 de diciembre de 1963; Claude Julien, *Le*

En realidad, el honor nada tenía que ver en el asunto. El costo para Rusia del mantenimiento de la economía cubana y la financiación del ambicioso plan de Castro estaba aumentando rápidamente; Castro no tenía más alternativa que ofrecer en compensación su isla como una base de misiles. Castro también creía que su régimen, aunque no el pueblo cubano, podía considerarse más seguro con los misiles que sin ellos. El plan resultaba tan absurdo como la aventura de Bahía de Cochinos e infinitamente más peligroso. Castro sostuvo que Jruschov se vanagloriaba de que su actitud era algo que Stalin jamás se habría atrevido a hacer. Su colega, Anastas Mikoyan, dijo en una comunicación secreta a los diplomáticos soviéticos en Washington que estaba destinado a lograr “un cambio decisivo en la relación de poder entre los mundos socialista y capitalista”.⁴⁶ Lo que confirmó un carácter todavía más temerario a la iniciativa fue que Jruschov mintió conscientemente a Kennedy. Reconoció que Rusia estaba armando a Castro, pero aportó garantías secretas en el sentido de que solamente se instalarían misiles tierra-aire de corto alcance. En ningún caso se enviarían misiles estratégicos de gran alcance. De hecho, envió cuarenta y dos misiles nucleares con un alcance de 1.800 kilómetros y veinticuatro misiles con un alcance de 3.500 kilómetros (éstos nunca llegaron), así como veinticuatro grupos de misiles antiaéreos SAM y 22.000 soldados y técnicos soviéticos.

No era posible disimular esta actividad y su verdadera naturaleza, ni evitar la observación aérea norteamericana. Los emplazamientos fueron fotografiados por un avión U-2 el 15 de octubre. Era evidente, que hasta diciembre por lo menos, se habrían instalado cincuenta misiles estratégicos, armados con cabezas nucleares y fuertemente protegidos, a pocos kilómetros del territorio norteamericano. A partir del 16 de octubre el gobierno norteamericano discutió la línea de conducta que adoptaría. Sus miembros se dividieron en “halcones” y “palomas”, como se los denominó. Los “halcones”, encabezados por Dean Acheson, que fue incorporado al debate secreto, preconizaron, como él mismo dijo, “eliminar decisivamente las bases de misiles en un ataque aéreo”, sin advertencia ulterior. Los “palomas”, dirigidos por Robert Kennedy y Robert McNamara, lamentaron la idea de un “Pearl Harbor al revés”, que seguramente mataría a “varios miles” de rusos además de civiles cubanos; los jefes de Estado Mayor calcularon que se necesitarían 800 salidas. McNamara sostuvo que Moscú se sentiría obligado a responder con “una reacción muy importante”. En una situación así, Estados Unidos perdería el control de las cosas y éstas se agravarían hasta desembocar en la guerra general. En cambio, propusieron un bloqueo o, para utilizar el término más astuto que Roosevelt había aplicado a Japón, una “cuarentena”, que ofrecería a Rusia la oportunidad de retirarse del borde del abismo sin una excesiva pérdida de prestigio.⁴⁷

El presidente Kennedy vaciló entre las dos propuestas. Ordenó que continuasen los preparativos para un ataque aéreo, pero finalmente se inclinó a favor de la cuarentena y la anunció públicamente el 22 de octubre, fijando el plazo dos días después. Se fijó el plazo porque, hacia el 23 de octubre, cuatro de los seis misiles de mediano alcance ya tenían carácter operativo y era esencial impedir que los rusos continuasen trabajando en los emplazamientos bajo la protección de los retrasos diplomáticos. El 24 de octubre, los buques de carga soviéticos que transportaban misiles se aproximaron a la línea de cuarentena y se detuvieron; pero faltaba retirar los misiles existentes. De modo que al día siguiente, el presidente Kennedy cablegrafió a Jruschov reclamando “un restablecimiento de la situación anterior”, es decir, el retiro de los misiles. Jruschov envió dos respuestas. La primera, el 26 de octubre, señalaba que consentía en retirar los misiles a cambio de la promesa norteamericana de abstenerse de la invasión a Cuba. El segundo, al día siguiente, reclamaba otra concesión norteamericana: el retiro de sus propios misiles Júpiter de mediano alcance instalados en Turquía. Kennedy no hizo caso de la segunda misiva y aceptó el acuerdo de no invasión propuesto en la primera. Sobre esta base, Jruschov aceptó retirar los misiles el 28 de octubre.⁴⁸

El modo en que el presidente Kennedy afrontó la crisis de los misiles fue muy elogiada entonces y durante algunos años. Jruschov mereció la censura de sus propios colegas. Cuando el Presidium

Monde, 22 de marzo de 1963.

⁴⁶ Schlesinger, *Robert Kennedy*, pp. 504-505.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 507-511.

⁴⁸ Para una visión interna de la crisis de los misiles, véase Robert Kennedy, *Thirteen Days: a memory of Cuban Missile Crisis*, Nueva York, ed. 1971.

del Soviet lo removió en octubre de 1964, aludió a su “planeamiento endeble, las conclusiones apresuradas, las decisiones temerarias y los actos basados en deseos y no en realidades”.⁴⁹ No cabe duda de que el mundo estuvo cerca de una guerra nuclear en gran escala. El 22 de octubre, todas las dotaciones de misiles norteamericanos fueron puestas en estado de “alerta máximo”. Unos 800 B47, 550 B52 y 70 B58 fueron preparados y tenían cerradas las compuertas de las bombas para despegar de inmediato desde sus posiciones de dispersión. Sobre el Atlántico había noventa B52 con bombas de varios megatones. Las cabezas nucleares fueron activadas en cien Atlas, cincuenta Titán y doce misiles Minuteman, y en los portaaviones, los submarinos y las bases norteamericanas de ultramar. Todos los comandos se encontraban en estado de Defcon-2, el más elevado estado de preparación antes de la guerra misma.⁵⁰ Robert Kennedy habló de la posibilidad de que muriesen “60 millones de norteamericanos y el mismo número o más de rusos”. Jruschov afirmó que al discutir con sus propios jefes militares advirtió acerca de “la muerte de 500 millones de seres humanos”.⁵¹ Asumió un riesgo gigantesco, pero se retiró del borde del abismo cuando su *bluff* quedó al descubierto. Castro, a quien no se consultó acerca del retiro, estaba furioso cuando recibió la noticia. De acuerdo con el Che Guevara, que se encontraba allí, maldijo, descargó puntapiés sobre la pared y rompió un espejo.⁵² Pero más de una década después manifestó a George McGovern: “Yo habría adoptado una posición más dura que Jruschov. Me enfurecí cuando retrocedió. Pero Jruschov tenía más años y era más sensato. Retrospectivamente, comprendo que llegó al acuerdo apropiado con Kennedy. Si mi posición hubiese prevalecido, podría haber estallado una guerra terrible”.⁵³

En realidad, tanto Castro como Rusia salieron muy bien librados de la situación peligrosa creada por Jruschov. Antes de que Rusia comenzara a armar en gran escala a Cuba, en septiembre de 1962, Castro era un blanco fácil de la intervención norteamericana. Ningún presidente norteamericano estaba limitado por normas contractuales en una situación de peligro. A decir verdad, la instalación de misiles estratégicos por parte de Jruschov equivalió a un grave acto agresivo. Cuando Kennedy puso al descubierto el *bluff* de Jruschov, Rusia quedó en desventaja. Como lo percibió claramente de Gaulle, en realidad Rusia no tenía más alternativa que retroceder por completo. El propio Jruschov así lo reconoció: “Cuba estaba a 11.000 kilómetros de la Unión Soviética. Nuestras comunicaciones marítimas y aéreas eran tan precarias que un ataque contra Estados Unidos resultaba inconcebible”.⁵⁴ La crisis de los misiles sobrevino en momentos en que la ecuación nuclear estratégica aún favorecía intensamente a Estados Unidos, en un teatro en que este país gozaba de abrumadoras ventajas en el área del poder convencional. Por lo tanto, Kennedy se encontraba en condiciones de exigir el restablecimiento absoluto del *status quo ante*. Podía haber llegado más lejos; podía haber insistido en el castigo y en la aceptación soviética de una Cuba neutral y desarmada: la analogía finlandesa. Como observó con razón Dean Acheson: “Mientras teníamos a Jruschov bajo el torniquete, hubiéramos debido aplicar una vuelta más todos los días”.⁵⁵

En cambio, Kennedy, si bien obtuvo una victoria en el área de las relaciones públicas, recompensó el acto soviético agresivo con dos concesiones fundamentales. La menos importante fue el retiro de los misiles Júpiter, presuntamente con el argumento de que eran obsoletos.⁵⁶ Pero fue mucho más importante la aceptación por parte de Kennedy de la continuación del régimen comunista en Cuba, en franca alianza militar con Rusia soviética.⁵⁷ En el tema práctico de Cuba y la seguridad del Caribe, Kennedy fue derrotado en la crisis de los misiles. Fue una derrota norteamericana, la peor que había sufrido hasta ese momento en la guerra fría.

De esa manera, en un área que, cualquiera que fuese el criterio adoptado, resultaba fundamental para los intereses de Estados Unidos, Castro sobrevivió para convertirse, durante un cuarto de siglo,

49 Citado en Michel Tatu, *Power in the Kremlin: from Khrushchev to Kosygin*, Nueva York, 1969, p. 422.

50 *Newsweek*, 28 de octubre de 1963.

51 Edwin Guthman, *We Band of Brothers*, Nueva York, 1971, p. 26; *Saturday Review*, 15 de octubre de 1977.

52 Thomas, *Cuba*, p. 1414.

53 Citado en Schlesinger, *Robert Kennedy*, p. 531.

54 Talbot ed., op. cit., p. 511.

55 Citado en Schlesinger, *Robert Kennedy*, pp. 530-531.

56 *Ibid.*, p. 523 y n.

57 Thomas, *Cuba*, p. 1418.

en el enemigo más tenaz y de éxito de los norteamericanos; para exportar la revolución a América del Sur durante los años sesenta y con mucho más éxito a América Central durante los años setenta y principios de los ochenta; para vilipendiar sistemáticamente al “imperialismo” norteamericano en las asambleas del tercer mundo, al mismo tiempo que adoptaba la postura de potencia “no alineada”, y, durante los años setenta, para enviar por lo menos tres fuerzas expedicionarias a África en el papel de ejecutoras de la política soviética. Con notable audacia, Castro adoptó la postura de defensor de los oprimidos de Estados Unidos y se vio recompensado por la adulación de un sector de la opinión progresista norteamericana. A juicio de Saul Landau, Castro estaba “imbuido de democracia”; para Leo Huberman y Paul Sweezy era “un humanitarista apasionado” y otros visitantes atestiguaron su “conocimiento enciclopédico”. Los inducía a pensar en “la relación entre el socialismo y el cristianismo”. Era un hombre de “hablar suave, tímido y sensible”, pero al mismo tiempo vigoroso, apuesto, informal, antidogmático, franco, humano, soberbiamente accesible y cálido. Norman Mailer consideró que era “el primero y el más grande de los héroes desde la segunda guerra mundial”. Cuando Castro enderezaba el cuerpo, escribió Abbie Hoffman, “es como un pene poderoso que cobra vida y, cuando se lo ve alto y erguido, la multitud se transforma inmediatamente”.⁵⁸ Muchas de las fantasías liberales de Occidente, entretejidas en otra época alrededor de Stalin, eran transferidas a Castro. Cuando más tarde Mao cayó en desgracia, Castro vino a ser la última figura carismática del mundo totalitario.

En cambio, los cubanos comunes y corrientes votaban con los pies y con los motores fuera de borda: solo en 1960, más de un millón huyeron de Castro. En 1980, año en que 150.000 refugiados políticos se sumaron al total, aproximadamente un quinto de la población vivía en el exilio, la mayoría en Estados Unidos. En 1981 se calculó que, desde el ascenso de Castro al poder, Cuba había tenido un índice anual de crecimiento per cápita de menos del 1,2 por ciento; después de ser uno de los países más ricos de América Latina, se había convertido en uno de los más pobres, con un ingreso nacional de sólo 810 dólares por cabeza, inferior a la vecina Jamaica, la República Dominicana, Colombia y México; y finalmente, con fuerzas armadas de 200.000 hombres (la cuarta parte prestando servicio activo en el exterior), era la principal potencia militar de América Latina, exceptuado Brasil. Probablemente tenía más hombres per cápita bajo las armas que cualquier otro país del mundo.⁵⁹ Ésa fue la obra de Castro, y el legado de Kennedy. El modo en que el presidente Kennedy trató a Cuba sugería una comprensión imperfecta de los intereses vitales de Estados Unidos y cierta incapacidad para distinguir entre la imagen y la realidad. Estos defectos, que eran característicos del enfoque de las relaciones públicas que hacía Kennedy de la política, se manifestaron en otros campos y, sobre todo, en el programa espacial y en Vietnam. Con la ayuda de científicos alemanes capturados, Rusia soviética había asignado la más alta prioridad, después del programa de armas nucleares, a los cohetes pesados de largo alcance. La recompensa de este esfuerzo comenzó a manifestarse a fines de los años cincuenta. El 4 de octubre de 1957, los norteamericanos se asombraron cuando Rusia puso en órbita al Sputnik 1, un satélite de 83 kilos. Al mes siguiente siguió otro mucho mayor, de 500 kilos, que llevaba en su interior a la perra Laika. El primer satélite norteamericano, el Explorer 1, entró en órbita el 31 de enero de 1958 y pesaba sólo treinta libras. Un general norteamericano expresó: “Capturamos a los generales equivocados”. En realidad, Estados Unidos también estaba fabricando grandes cohetes, entre ellos el enorme Saturno del ejército, desarrollado por Werner Von Braun en Huntsville, Alabama. La misma importancia tuvo el progreso norteamericano en el campo de la miniaturización, un aspecto que explica la mayor disposición de Estados Unidos a aceptar cargas inferiores.⁶⁰ Todo era cuestión de objetivos, prioridades y finanzas. Si con razón Eisenhower estaba obsesionado por el vigor de la economía norteamericana, en realidad no se mostraba dispuesto a invertir ampliamente en el espacio más allá de las necesidades pragmáticas del programa de la defensa. Se oponía claramente a las aventuras espaciales superfluas emprendidas con fines de “prestigio”, una palabra que él destestaba. No prestó atención al pánico que siguió al Sputnik.

58 Citado en Hollander, op. cit., cap. 6: “Revolutionary Cuba and the discovery of the New World”, esp. pp. 234 y ss.

59 Hugh Thomas en *The Times Literary Supplement*, 10 de abril de 1981, p. 403.

60 Véase Werner von Braun y F. I. Ordway, *History of Rocketry and Space Travel*, Nueva York, ed. revisada 1969.

Cuando Kennedy asumió el cargo, las prioridades variaron por completo. Su vicepresidente, el tejano Lyndon Johnson, que fue puesto a cargo del tema espacial, era un individuo manirroto con muchas conexiones en el mundo de los negocios aeroespaciales. Eligió a James Webb, un operador comercial muy atento a la publicidad, para el cargo de director de la Administración Nacional de Aeronáutica y del Espacio. El 12 de abril de 1961, menos de tres meses después del ascenso de Kennedy, Rusia puso en órbita al primer hombre, Yuri Gagarin, aventajando a los norteamericanos en casi cuatro semanas. Tenemos un vívido registro de la reunión frenética que Kennedy celebró dos días después en la Casa Blanca, donde preguntó a gritos:

¿Podemos alcanzarlos en algún punto? ¿Qué podemos hacer? ¿Podemos dar la vuelta a la luna antes que ellos? ¿Podemos poner a un hombre en la luna antes que ellos? [...] ¿Podemos avanzar a saltos? [...] ¡Qué alguien me diga cómo alcanzarlos! Encontremos a alguien, a quien sea. No me importa que sea ese portero que está allí, si sabe cómo hacerlo.⁶¹

Tres días después llegó el desastre de Bahía de Cochinos y el 19 de abril un sombrío Kennedy convocó a Johnson para celebrar una sesión de cuarenta y cinco minutos, seguida por una excitada directiva del 20 de abril de 1961 que le ordenaba responder a estas preguntas: “¿Tenemos la posibilidad de derrotar a los soviets colocando un laboratorio en el espacio, o mediante un movimiento alrededor de la luna, o con un cohete que aterrice en la luna, o con un cohete que vaya a la luna y regrese con un hombre? ¿Hay algún otro programa espacial que prometa resultados dramáticos y que nos permita triunfar?”.⁶² Los términos eran característicos: “derrotar”, “resultados dramáticos”, “triunfar”.

En cierto sentido, Kennedy era un deportista profesional, un propagandista y un promotor político más que un estadista. En mayo comprometió públicamente a Estados Unidos con el programa Apolo, cuyo propósito era depositar un navío espacial tripulado sobre la luna “antes de que termine esta década”. Fue un proyecto típico de la ilusión de los años sesenta, en vista de su desprecio por los aspectos financieros y su premisa de que los recursos eran ilimitados. El programa comenzó a aplicarse en 1963; durante los diez años siguientes, Estados Unidos gastó hasta 5.000 millones de dólares anuales en el espacio. Por supuesto, se alcanzó el objetivo. El 20 de julio de 1969, la Apolo 11 depositó a Neil Armstrong y Edwin Aldrin sobre la luna. Hubo cuatro alunizajes más en 1972, cuando concluyó el programa. A esa altura de las cosas, Estados Unidos y Rusia habían lanzado más de 1.200 satélites y sondas espaciales, con un costo conjunto de aproximadamente 100.000 millones de dólares. En las condiciones más austeras de mediados de los años setenta, el esfuerzo espacial se desplazó de la propaganda al pragmatismo, a los laboratorios y los transbordadores espaciales. En 1981, la NASA produjo la primera nave espacial auténtica, el transbordador; y por su parte los rusos construyeron un carguero de 90 metros, capaz de soportar 1.000 kilos en una órbita terrestre baja. La etapa exhibicionista de los viajes espaciales había concluido.

Mientras el presidente Kennedy promovía la participación de Estados Unidos en la carrera por llegar a la luna, con el fin de reafirmar su prestigio y su liderazgo en la esfera de la tecnología, buscaba también un sector en el que su política exterior pudiese aportarle un éxito resonante, sobre todo después de la humillación de Bahía de Cochinos. Un miembro del Consejo Nacional de Seguridad le aconsejó: “Es muy importante que el gobierno se acredite una victoria anticomunista significativa... aquí [en Vietnam] la situación continúa favoreciéndonos”. El 1 de mayo de 1961, dos semanas después de Bahía de Cochinos, el Departamento de Defensa presentó un informe delineando el modo en que podía “salvarse” a Vietnam; once días después, Kennedy aprobó el plan en el NSC Memorandum 52, que autorizaba distintos actos destinados a realizar objetivos formulados claramente, “para impedir el dominio comunista de Vietnam del Sur”. El mes siguiente,

61 Citado por Hugh Sidey, quien se encontraba presente, en *John E Kennedy: Portrait of a President*, Londres, 1964.

62 H. Young et al., *Journey to Tranquillity: the History of Man's Assault on the Moon*, Londres, 1969, pp. 109-110.

después de la Cumbre de Viena con Jruschov, Kennedy dijo a un periodista: “Ahora tenemos el problema de lograr que nuestro poder merezca credibilidad, y parece que Vietnam es el lugar apropiado”.⁶³

Sin embargo, la culpa imputada a Kennedy por el compromiso de Estados Unidos en Vietnam es merecida sólo en parte. Heredó una crisis. Inmediatamente después de la inauguración de su mandato, recibió un informe redactado por Edward Lansdale (el agente de la CIA retratado por Graham Greene en su novela de 1956 *El americano quieto*) donde le señalaba que la situación en Saigón estaba deteriorándose rápidamente. Comentó: “Es el peor informe que hemos recibido, ¿verdad?”.⁶⁴ La guerra de Indochina, que comenzó poco después del derrumbe de la ocupación japonesa y continuó hasta los años ochenta, se ha visto rodeada por más mitología que cualquier otro hecho de la posguerra. Fue tan complicada que desconcertó a todos los estadistas occidentales y, en su momento, también a los chinos. Todos los presidentes norteamericanos aportaron su cuota de error. Roosevelt, que no sabía una palabra del tema, ofreció el país a China. Inmediatamente después de su muerte, los fervientes anticolonialistas de su Oficina de Servicios Estratégicos (la precursora de la CIA) trabajaron fuertemente para crear un régimen nacionalista de izquierda. Tres semanas después de la rendición japonesa, el líder comunista Ho Chi Minh, patrocinado por la Oficina de Servicios Estratégicos, organizó un *putsch*, la llamada “revolución de agosto”, que expulsó al emperador de Vietnam, quien ya había abdicado. El hombre que coronó a Ho como nuevo gobernante fue Arquímedes Patti, un agente de la Oficina de Servicios Estratégicos.⁶⁵

Es importante advertir que Estados Unidos nunca tuvo ambiciones territoriales en Indochina, ya fuese como base o en cualquier otro carácter; pero su política por lo general fue confusa e invariablemente indecisa. Durante la primera parte se orientó por completo hacia Europa. Cuando asumió el cargo, se señaló a Truman que Indochina era un lugar secundario y que lo principal era la necesidad absoluta de apuntalar a Francia como potencia estabilizadora en Europa y ayudarla “moral y físicamente a recuperar su fuerza e influencia”.⁶⁶ Para recobrar la confianza, Francia necesitaba retornar a su imperio de Indochina (o eso se argumentó), y en diciembre de 1946, los franceses expulsaron a Ho hacia la jungla y llevaron de regreso al emperador Bao Dai, que estaba en Hong Kong. De mala gana, los norteamericanos aceptaron la creación francesa de tres naciones títeres— Laos, Camboya y Vietnam— y las reconocieron como estados independientes en el marco de la Unión Francesa el 7 de febrero de 1950. Al mismo tiempo, Rusia y China reconocieron al régimen de Ho. En este punto, la lucha cobró carácter internacional. Rusia y China tomaron las armas. En mayo, Estados Unidos hizo lo mismo, y cuando al mes siguiente estalló la guerra de Corea, el programa norteamericano de ayuda se aceleró rápidamente. En 1951 representaba 21,8 millones de dólares de ayuda económica y 425,7 millones de ayuda militar. Hacia el año siguiente, la ayuda militar había superado los 500 millones de dólares: el 40 por ciento de los costos solventados por Francia. Los funcionarios del Departamento de Estado previnieron a Dean Acheson que Estados Unidos estaba “avanzando hacia una posición en Indochina” en la que “nuestras responsabilidades tienden a reemplazar más que a complementar las de los franceses”. Pero Acheson decidió que “después de poner la mano sobre el arado, no miraremos hacia atrás”. Alegó que la situación en Europa era demasiado peligrosa, de modo que Estados Unidos no podía abandonar a los franceses en Oriente.⁶⁷ En 1953-1954, Estados Unidos estaba pagando el 80 por ciento del esfuerzo de guerra francés.

El 8 de mayo de 1954 se rindió la fortaleza francesa de Dien Bien Phu. La derrota fue posible a causa de la inesperada ayuda en armas suministrada por Rusia y China a las fuerzas de Ho. Los franceses reclamaron la participación directa del poder aéreo norteamericano y cuando se rechazó el

63 Citado en Leslie H. Gelb y Richard K. Betts, *The Irony of Vietnam: the System Worked*, Washington D. C., 1979, pp. 70-71.

64 W. W. Rostow, *The Diffusion of Power: an essay in recent history*, Nueva York, 1972, p. 265.

65 Véase Arquímedes L. A. Patti, *Why Viet Nam? Prelude to America's Albatros*, Universidad de California, 1981, así como Dennis Duncanson, *The Times Literary Supplement*, 12 de agosto de 1981, p. 965.

66 Truman, op. cit., I, pp. 14-15.

67 Acheson, op. cit., pp. 675-676.

pedido formaron un nuevo gobierno, encabezado por Pierre Mendés-France, para negociar el retiro francés y un arreglo político. El acuerdo de cesación del fuego firmado en Ginebra durante el mes de julio estableció la división del país a lo largo del paralelo 17 y los comunistas retuvieron el norte y Occidente el resto; la unidad se restablecería mediante elecciones en el plazo de dos años, bajo la supervisión de una comisión internacional de control.

En este punto, el usual buen sentido de Eisenhower le falló; es más, puede decirse que su responsabilidad por el conflicto en que vino a parar el tema de Vietnam es mayor que la de cualquier otro norteamericano. Hubiera debido firmar los acuerdos, para después obligar al premier del Sur, Ngo Dinh Diem, a que los respetara. Es posible que Ho hubiese vencido en elecciones libres y que se hubiera convertido en gobernante de un país comunista unificado. ¿Eso habría sido un desastre para Estados Unidos? Incluso Acheson, en su famoso discurso del “perímetro”, pronunciado en enero de 1950, no había creído que un gobierno no comunista en Indochina era esencial para la seguridad norteamericana.⁶⁸ En un memorándum fechado el 21 de agosto de 1950, George Kennan sostuvo que era “preferible permitir que las turbulentas corrientes políticas de ese país hallen su propio nivel [...] incluso si hay que pagar el costo probable de un arreglo eventual entre Vietnam y Vietminh, y la extensión al país entero de la autoridad de Vietminh”.⁶⁹ Era lo que pensaba el mismo Eisenhower. Afirmó que no podía “concebir una tragedia peor para Estados Unidos que un compromiso profundo”. “No habrá compromisos”, repitió. Si Estados Unidos en efecto intervenía, lo haría sólo a partir de un acuerdo con sus principales aliados y con la aprobación constitucional explícita del Congreso. Influyó sobre los jefes del Estado Mayor y en mayo de 1954 obtuvo de ellos la seguridad de que “Indochina carece de objetivos militares decisivos y la asignación de fuerzas armadas norteamericanas más que simbólicas a esa región implicaría una seria dispersión de las limitadas posibilidades norteamericanas”.⁷⁰

Sin embargo, Eisenhower tenía ideas contradictorias. Popularizó la teoría de que, si se “perdía” Vietnam, Indochina entera caería en manos de los comunistas; y que si ellos absorbían a Indochina, otros países del sudeste asiático seguirían el mismo camino. Se refirió al “corcho de una botella”, una “reacción en cadena” y “las sucesivas piezas del dominó”.⁷¹ No sólo se negó a firmar los acuerdos de Ginebra, sino que aprobó la negativa de Diem a someterse a la prueba de las elecciones libres. Esto implicaba una modificación fundamental de la política global norteamericana en la guerra fría, porque siempre había descansado en el concepto de que el conflicto entre el Este y el Oeste debía decidirse, no mediante la fuerza de las armas, sino mediante la prueba de una votación honesta. Se permitió a Diem que esquivase este principio fundamental y se lo recompensó con la ayuda militar y económica norteamericana, por primera vez directa y no a través de un intermediario francés. Por consiguiente, Eisenhower fue quien cometió el pecado original de Estados Unidos en Vietnam. Ante la falta de elecciones destinadas a promover la unidad, el Vietcong apareció en 1957 y una nueva guerra estalló en el Sur. Eisenhower convirtió a Estados Unidos en parte interesada en esa guerra; en su última declaración importante acerca del tema (4 de abril de 1959) afirmó: “La pérdida de Vietnam del Sur desencadenaría un proceso de derrumbe que, si se profundiza, puede tener graves consecuencias para nosotros y para la libertad”.⁷²

Cuando Kennedy llegó a la Casa Blanca, Vietnam ya era uno de los compromisos más considerables y costosos que Estados Unidos había contraído en el mundo. Resulta difícil comprender por qué no intentó retornar a los acuerdos de Ginebra y celebrar elecciones libres unificadas. En París, el 31 de mayo de 1961, de Gaulle incitó con firmeza a Kennedy a separarse de la situación: “Pronóstico que usted se hundirá paso a paso en un tembladeral militar y político sin fondo”.⁷³ De todos modos, en noviembre de ese año Kennedy autorizó el envío a Vietnam de los primeros 7.000 soldados norteamericanos, para garantizar la “seguridad de las bases”. El general

68 Acheson, discurso ante el National Press Club, *Department of State Bulletin*, 23 de enero de 1950, pp. 115 y ss.

69 Kennan, *Memoirs 1950-1963*, p. 59.

70 D. Eisenhower, *Public Papers*, 1954, pp. 253, 306; Gelb y Betts, op. cit. p. 60.

71 Eisenhower, conferencia de prensa del 26 de abril de 1954, p. 7; Gelb y Betts, op. cit., p. 59.

72 Eisenhower, *Public Papers*, 1959, p. 71.

73 De Gaulle, op. cit., p. 256.

Maxwell Taylor, que recomendó la medida, le advirtió que si las cosas empeoraban “será difícil resistir la presión que nos inducirá a enviar refuerzos” y que “nuestro posible compromiso no tiene límites”.⁷⁴ El mismo Kennedy compartía esta inquietud. Dijo a su colega Arthur Schlesinger: “Las tropas entrarán allí, tocarán las bandas, las multitudes vivarán y cuatro días más tarde todos se habrán olvidado. Entonces se nos dirá que enviemos más tropas. Es como beber una copa. El efecto se agota y uno tiene que tomar otra”.⁷⁵ Fue una predicción exacta. El instinto de Kennedy era permanecer al margen del asunto o provocar una crisis mediante un ataque norteamericano directo a Hanoi. Una invasión norteamericana del Norte, que habría tenido éxito en esta etapa, hubiera poseído, por lo menos, el mérito de volver el reloj a 1954 y a los acuerdos de Ginebra. No podía haber una objeción moral básica frente a un curso semejante, pues en 1961 el Norte había invadido de hecho al Sur. Cuando se analiza la prolongada tragedia de Indochina, siempre debe tenerse en cuenta que la decisión de Ho, sus colegas y sucesores, de dominar el país entero, incluidos Laos y Camboya, fue desde 1945 en adelante la dinámica principal de la lucha y la causa final de todo el derramamiento de sangre. Los errores de Estados Unidos fueron, simplemente, un factor coadyuvante. De todos modos, resultaron graves. Renuente a dejar el país librado a su destino y a llevar la guerra terrestre hasta el Norte, Kennedy se atuvo a un compromiso sin esperanza, que determinó que se suministrara ayuda militar en cantidades cada vez mayores pero nunca decisivas a un gobierno cliente al que no podía controlar. Diem era, de lejos, el más capaz de los jefes vietnamitas y poseía el gran mérito de ser civil. Lyndon Johnson, entonces vicepresidente, lo llamó con cierta exageración “el Churchill de Asia Suroriental” y dijo a un periodista: “Mierda, hombre, es el único muchacho que tenemos allí”.⁷⁶ Pero Kennedy, desesperado por su propia incapacidad para alcanzar un éxito resonante en Vietnam, le echó la culpa al representante más que a la política. Durante el otoño de 1963 autorizó en secreto que los norteamericanos apoyasen un golpe contrario a Diem. Como estaba previsto, tuvo lugar el 1 de noviembre, y Diem cayó asesinado; la CIA suministró 42.000 dólares a los oficiales que organizaron una junta militar. Éste fue el segundo gran pecado de Estados Unidos, “el peor error que cometimos”, como dijo Lyndon Johnson.⁷⁷ Tres semanas más tarde, el mismo Kennedy fue asesinado y Johnson ocupó la presidencia.

Johnson no se mostró más decidido que Kennedy; con indecisión continuó la política de compromiso de su antecesor hasta agosto de 1964, el momento en que Vietnam del Norte atacó a los destructores norteamericanos en el golfo de Tonkín. No hay pruebas de que, como se afirmó más tarde, el incidente fuera inventado para complicar más intensamente a Estados Unidos en la guerra.⁷⁸ De hecho, Johnson se resistía firmemente a profundizar la escalada, pues estaba iniciando una campaña presidencial sobre la base de una plataforma de paz contra el republicano Barry Goldwater, que deseaba utilizar armas nucleares, si era necesario, para ganar la guerra. Pero, por abrumadora mayoría (de 535 miembros de ambas cámaras, sólo se opusieron los senadores Wayne Morse y Ernest Gruening), el Congreso autorizó al presidente a adoptar medidas enérgicas para proteger a las fuerzas norteamericanas. El senador William Fulbright, entonces partidario de la guerra, que impulsó la moción en el Senado, dijo que en la práctica otorgaba a Johnson el derecho a declarar la guerra sin más autorización. Johnson no utilizó la nueva atribución durante casi seis meses. Más tarde, cuando ya había obtenido una abrumadora victoria electoral sobre la base de una plataforma opuesta a la escalada, se comportó como Wilson y Roosevelt anteriormente y procedió a hacer todo lo contrario. En febrero de 1965, después de que Estados Unidos sufrió elevadas bajas en un ataque del Vietcong a los cuarteles, ordenó el bombardeo del Norte.⁷⁹

Fue el tercer error fundamental de Estados Unidos. Después de implicarse, Estados Unidos

74 J. F. Kennedy, *Public Papers*, II, p. 90.

75 Schlesinger, *A Thousand Days*, p. 547.

76 David Halberstam, *The Best and the Brightest*, Nueva York, 1972, p. 135.

77 Citado en Henry Graff, *The Tuesday Cabinet: Deliberation and Decision in Peace and War under Lyndon B. Johnson*, Nueva York, 1970, p. 53.

78 Gelb y Betts, op. cit., p. 104, n. 31; véase también Joseph C. Goulden, *Truth in the First Casualty: the Gulf of Tonkin Affair*, Nueva York, 1969, p. 160.

79 Gelb y Betts, op. cit., pp. 117-118.

hubiera debido atenerse a la lógica de su posición, respondiendo a la agresión mediante la ocupación del Norte. El bombardeo era un compromiso débil, absolutamente característico de la indecisión que fue el defecto de la política norteamericana durante toda la tragedia. Cuando los aviones de Da Nang comenzaron a bombardear el Norte, fue necesario organizar la seguridad de la base; así, el 8 de marzo, 3.500 infantes de marina desembarcaron en Da Nang. El número de soldados se elevó a 82.000 en abril. En junio llegó el pedido de cuarenta y cuatro batallones más. El 28 de julio Johnson anunció: “Hoy ordené el envío a Vietnam de la División Aerotransportada y de otras fuerzas, de modo que nuestra capacidad de combate se elevará [...] a 125.000 hombres inmediatamente. Más tarde será necesario despachar fuerzas adicionales, y se las enviará a medida que sean solicitadas”.⁸⁰ Los militares no intentaron engañar a los políticos (como había sospechado Kennedy). El Estado Mayor Conjunto informó el 14 de julio: “Al parecer, nada impide que triunfemos si así lo deseamos y si esa voluntad se manifiesta verdaderamente en las operaciones estratégicas y tácticas”.⁸¹ Cuando Johnson preguntó al general Wheeler, del Estado Mayor Conjunto: “Bus, ¿qué necesitamos para completar la tarea?”, la respuesta fue que se requería de 700.000 a un millón de hombres y siete años.⁸² Johnson entró en la guerra con los ojos abiertos. Silbaba para mantener el valor: “Después del Álamo”, dijo, “nadie pensó que Sam Houston resolvería tan rápidamente el problema”.⁸³

Pero Johnson no era Sam Houston. Incluso en la tarea de bombardear se mostró indeciso. La fuerza aérea le dijo que podía prometer resultados si la ofensiva era intensa, rápida y se repetía constantemente y sin limitaciones. Ésa era la lección completa de la segunda guerra mundial. No prometían nada si se aminoraba el ritmo y se limitaban las operaciones.⁸⁴ Sin embargo, esto fue precisamente lo que hizo Johnson.

Del principio al fin el bombardeo se vio limitado por restricciones de carácter totalmente político. Todos los martes Johnson asistía a un almuerzo donde se decidían los blancos y el tonelaje de las bombas. Eran nuevamente Eden y Suez. Johnson era el hombre implacable al que gustaba personificar; estaba paralizado por limitaciones morales. Como observó sagazmente su biógrafa Doris Kearns, a su juicio “el bombardeo limitado era la seducción, no la violación; y la seducción era controlable, incluso reversible”.⁸⁵ De modo que el bombardeo se intensificó muy lentamente y el Vietminh dispuso de tiempo para construir refugios y adaptarse. Cuando Rusia soviética envió misiles defensivos, no se permitió el ataque de los bombarderos norteamericanos mientras estaban construyéndose las plataformas de lanzamiento. Además, hubo dieciséis “pausas de bombardeo” y ninguna suscitó la más mínima respuesta; también hubo setenta y dos “iniciativas de paz” norteamericanas que cayeron en oídos sordos.⁸⁶ A diferencia de los norteamericanos, los jefes norvietnamitas nunca vacilaron en la persecución de su propósito político— el dominio total de todo el país— al costo que fuese. No parece que los influyeran en lo más mínimo las bajas que sus súbditos sufrieron o infligieron. Por lo tanto, había una amarga ironía en las acusaciones de genocidio formuladas contra los norteamericanos. Un examen del material secreto de los archivos del Pentágono reveló que todas las acusaciones formuladas contra las fuerzas norteamericanas ante el Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra de Estocolmo, en 1967, eran infundadas. La evacuación de civiles de las zonas de guerra para crear campos “de fuego irrestricto” no sólo ahorró vidas de civiles, sino que, en realidad, era una imposición de la Convención de Ginebra de 1949. La elevada cifra de combates en áreas civiles fue el resultado directo de la táctica del Vietcong, que convertía a las aldeas en baluartes fortificados, un acto que en sí mismo era violatorio del acuerdo de Ginebra. Las limitaciones impuestas al bombardeo norteamericano para proteger la vida y la propiedad de los civiles fue el factor que lo convirtió en una actividad sumamente ineficaz. La

⁸⁰ *Ibid.*, pp. 120-123.

⁸¹ Lyndon Johnson, *Public Papers*, IV, p. 291.

⁸² Citado en Halberstam, *op. cit.*, p. 596.

⁸³ Graff, *op. cit.*, p. 81.

⁸⁴ Gelb y Betts, *op. cit.*, pp. 135 y ss.

⁸⁵ Doris Kearns, *Lyndon Johnson and the American Dream*, Nueva York, 1976, p. 264.

⁸⁶ Gelb y Betts, *op. cit.*, pp. 139-143.

proporción de civiles muertos, alrededor del 45 por ciento de todos los caídos, también era más o menos el promedio en las guerras del siglo XX. En realidad, la población aumentó constantemente durante la guerra, entre otras cosas a causa de los programas médicos norteamericanos. En el Sur, el nivel de vida se elevó con bastante rapidez.⁸⁷

Pero la experiencia del siglo XX indica que las restricciones que una potencia civilizada se impone a sí misma son peores que inútiles. Amigos y enemigos por igual las interpretan como prueba no de humanidad sino de culpa y falta de convicción. Pese a ellas, e incluso a causa de ellas, Johnson perdió la batalla de la propaganda, no sólo en Occidente sino especialmente en Estados Unidos, donde el problema tenía más importancia. Inicialmente la guerra de Vietnam contó con el apoyo del consenso liberal y moderado. “Estados Unidos tiene un interés fundamental en la defensa de Vietnam”, escribió el *Washington Post* el 7 de abril de 1961. “El prestigio norteamericano está muy comprometido en el esfuerzo para proteger de la absorción comunista al pueblo vietnamita.” El *New York Times* reconoció el 12 de marzo de 1963 que: “El costo [de salvar a Vietnam] es elevado, pero el costo de que Asia Suroriental caiga bajo el dominio de Rusia y China comunista sería todavía más elevado”. El 21 de mayo de 1964, el *Times* declaró: “Si demostramos que haremos todos los esfuerzos militares y políticos [para negar la victoria al comunismo], los comunistas más tarde o más temprano reconocerán la realidad”. El 1 de junio de 1964, el *Post* insistió en que Estados Unidos continuara demostrando en Vietnam que “la persistencia en la agresión es inútil, y quizá mortal”. Pero el *Times* abandonó a Johnson a principios de 1966 y el *Post* hizo lo mismo durante el verano de 1967.⁸⁸ Por esa misma época, las redes de televisión adoptaron una postura neutral y luego cada vez más hostil.

Lo que el gobierno norteamericano llegó a temer no fue a la censura editorial, sino a la presentación tendenciosa de las noticias. En ciertos casos, los medios de difusión norteamericanos adoptaron una actitud muy partidista. Con mucha frecuencia se los engañaba hábil e intencionadamente o bien se autoengañaban. Una fotografía muy difundida de un prisionero arrojado desde un helicóptero norteamericano en realidad estaba trucada. Las versiones acerca de las “jaulas de tigres” norteamericanas en la isla Con Son eran inexactas y se las presentaba con ribetes sensacionalistas. Otra foto muy usada de una joven quemada por el napalm originó la impresión, en realidad completamente falsa, de que muchos miles de niños habían sido incinerados por los norteamericanos.⁸⁹

Aún más grave fue el concepto, expresado cada vez con más fuerza por los medios de difusión, de que la victoria del Vietcong era inevitable. Esta situación culminó decisivamente en la presentación de la “ofensiva de Tet” del Vietcong, el 30 de enero de 1968. Fue la primera ofensiva importante y franca que intentaron los comunistas. Estaba destinada a obtener un éxito táctico total y a desencadenar un alzamiento de masas. En realidad, fracasó en ambos aspectos. Por primera vez el Vietcong sufrió grandes bajas en combates de carácter convencional y después de este episodio su ejército se debilitó mucho.⁹⁰ Pero los medios de difusión, especialmente la televisión, presentó el asunto como una victoria del Vietcong, un Dien Bien Phu norteamericano. Un detallado estudio de la cobertura, publicado en 1977, demostró exactamente cómo tuvo lugar esta inversión de la verdad, que en su conjunto no fue intencional.⁹¹ La imagen, no la realidad del Tet, probablemente fue decisiva, sobre todo en el caso de los liberales influyentes de la Costa Este. En general, la opinión pública norteamericana apoyó firmemente la guerra, que fue siempre más popular que la guerra de Corea. De acuerdo con los encuestadores, la única categoría hostil era lo que ellos denominaron “el subgrupo judío”.⁹² La popularidad de Johnson aumentaba siempre que demostraba más energía a

⁸⁷ Guenther Lewy, “Vietnam: New Light on the Question of American Guilt” en *Commentary*, febrero de 1978.

⁸⁸ Gelb y Betts, op. cit., pp. 214-215.

⁸⁹ Lewy, op. cit.

⁹⁰ Gelb y Betts, op. cit., p. 171.

⁹¹ Peter Braestrup, *Big Story: How the American Press and TV Reported and Interpreted the Crisis of Tet 1968 in Vietnam and Washington*, 2 vols., Boulder, 1977.

⁹² John Mueller, *War, Presidents and Public Opinion*, Nueva York, 1973.

causa de la presión del momento: aumentó un 14 por ciento cuando comenzó el bombardeo.⁹³ A lo largo de la guerra fue mucho más elevado el número de norteamericanos que criticaron a Johnson porque hacía demasiado poco que los que lo criticaron porque hacía demasiado. El concepto de que hubo un gran cambio por el que la opinión pública llegó a repudiar la guerra y especialmente el axioma de que los jóvenes se oponían fueron una invención. De hecho, el apoyo al retiro nunca superó el 20 por ciento hasta después de la elección de noviembre de 1968, cuando ya se había adoptado la decisión de retirarse. El apoyo a la intensificación de la guerra fue siempre mayor en los individuos menores de treinta y cinco años que en las personas de más edad; los varones jóvenes de raza blanca fueron el grupo que con más consecuencia apoyó la escalada.⁹⁴

El pueblo norteamericano no perdió la capacidad de resistencia para el tipo de sacrificios propuesto por Kennedy en su alocución inaugural. En cambio, el liderazgo norteamericano demostró poca fibra. Durante los últimos meses de 1967, sobre todo después del Tet, el régimen norteamericano se derrumbó. El secretario de Defensa, Clark Clifford, se opuso a la guerra; lo mismo hizo el viejo Dean Acheson. Los senadores de la línea dura comenzaron a oponerse al envío de nuevos refuerzos.⁹⁵ Por último, el mismo Johnson, que tímidamente desarrollaba su campaña a favor de la reelección, perdió el ánimo el 12 de marzo de 1968, cuando los votos a su favor disminuyeron en las primarias de New Hampshire. Abandonó la lucha electoral y anunció que consagraría el resto de su período a concertar la paz. No fue el fin de la guerra, pero fue el fin de la voluntad de Estados Unidos y de los esfuerzos que este país realizaba para ganarla. El problema de la clase gobernante norteamericana era que creía lo que leía en los diarios; así sus miembros consideraron que New Hampshire era una victoria a favor de la paz. A decir verdad, entre los votantes contrarios a Johnson, los “halcones” superaban a los “palomas” por tres a dos.⁹⁶ Johnson perdió la elección primaria y con ella la guerra, porque no tenía dureza suficiente.

Sin embargo, hubo un factor adicional y más siniestro, que dejó sin aliento al presidente, cuyo lema era: “Hasta el final con LBJ”. En marzo de 1968, cuando el mando de Vietnam pidió el envío de 206.000 hombres más, el secretario del Tesoro, Henry Fowler, protestó. Advirtió que acceder al pedido obligaba a recortar no sólo otros programas de defensa, sino también los principales programas domésticos, y que incluso así el dólar pagaría los costos.⁹⁷ Esta actitud recordaba la fría intervención de Macmillan en los debates de gabinete durante la crisis de Suez en Gran Bretaña. Fue un importante momento de cambio en la historia norteamericana, la primera vez que la Gran República, la nación más rica de la tierra, tocaba los límites de sus recursos financieros.

Para el mismo Johnson, la advertencia fue un golpe muy duro. Incluso más que Kennedy, quizá más que nadie, se había complacido en las ilusiones de los años sesenta. Nadie había creído más apasionadamente en la fuerza de Occidente y, sobre todo, en la capacidad ilimitada de la economía norteamericana para afrontar lo que fuese necesario. Johnson fue no sólo el último sino el más grande de los dispendiosos. Aludió a su programa de gastos internos y lo denominó “esa hermosa mujer”. Dijo a su biógrafa: “Yo estaba decidido a ser un líder de la guerra y un líder de la paz. Deseaba las dos cosas, creía en ambas y creía que Estados Unidos poseía los recursos necesarios para satisfacer las dos necesidades”.⁹⁸ Durante los gobiernos de Truman y Eisenhower, la defensa fue el rubro más importante del gasto federal. La inversión en vivienda, educación, bienestar y otros “recursos humanos”, como se los denominó, era sólo de alrededor de una cuarta parte del presupuesto y menos del 5 por ciento del PBN. Se trataba de equilibrar el presupuesto, salvo en algún año de crisis grave. Hasta el retiro de Eisenhower, las finanzas públicas norteamericanas fueron administradas en todos los aspectos esenciales de acuerdo con los criterios convencionales.

⁹³ Gelb y Betts, op. cit., p. 130.

⁹⁴ William Lunch y Peter Sperlich, “American Public Opinion and the War in Vietnam”, en *Western Political Quarterly*, Utah, marzo de 1979.

⁹⁵ Don Oberdofer, *Tet!*, Nueva York, 1971, pp. 289-290.

⁹⁶ Sidney Verba et al., *Vietnam and the Silent Majority*, Nueva York, 1970; Stephen Hess, “Foreign Policy and Presidential Campaigns”, en *Foreign Policy*, otoño de 1972.

⁹⁷ Herbert Y. Shandler, *The Unmaking of a President: Lyndon Johnson and Vietnam*, Princeton, 1977, pp. 266-269.

⁹⁸ Kearns, op. cit., pp. 286, 282-283.

En principio, el gran cambio sobrevino durante el gobierno de Kennedy. En el otoño de 1962 el gobierno se comprometió con un principio nuevo y radical, la creación de déficits presupuestarios; incluso cuando no existían apremios económicos, el presupuesto ya era deficitario y la economía estaba desarrollándose. Después de conquistar esta libertad de movimientos en la esfera financiera, Kennedy incorporó el nuevo concepto del “gran gobierno”: el “eliminador de problemas”. Todas las áreas del sufrimiento humano podían pasar a la categoría de “problemas”; después, se suministraban al gobierno federal los elementos necesarios para “eliminar” esos problemas. “El problema de la pobreza” había sido un tema de moda a principios de los años sesenta, gracias a *The Other America* (1962), el bestseller de Michael Harrington; por su parte, Kennedy consideró que el libro era impresionante y sugestivo. En 1963 presentó su “programa contra la pobreza”, así como una serie de otras leyes que implicaban elevados gastos. Kennedy tropezó con dificultades para reubicar al Congreso en sus nuevas ideas expansionistas y sus proyectos comenzaron a acumularse. Pero la resistencia comenzaba a ceder incluso antes de la muerte de Kennedy, 99 y Lyndon Johnson pudo utilizar la reacción emocional provocada por el asesinato, además de sus propias y maravillosas cualidades como manipulador del Congreso, para obtener la aprobación del programa legislativo más amplio y costoso de la historia norteamericana.

En su primera alocución, el 8 de enero de 1964, Johnson anunció: “Hoy, aquí y ahora, este gobierno declara la guerra sin cuartel a la pobreza”. Cuando firmó su primera ley contra la pobreza, la ley de Igualdad de Oportunidades, el 20 de agosto de 1964, se vanaglorió: “Hoy, por primera vez en la historia de la raza humana, una gran nación puede y quiere afirmar el compromiso de erradicar la pobreza de su pueblo”.¹⁰⁰ Ese verano, mientras se preparaba para la campaña electoral, confirió realidad a su “hermosa mujer”, la “gran sociedad”. Dijo que Estados Unidos debía adquirir la “sabiduría que le permitiría utilizar la riqueza para enriquecer y elevar la vida nacional”, y pasar no sólo a “la sociedad rica y la sociedad poderosa, sino llegar aún más alto, a la gran sociedad”, que descansaba en “la abundancia y la libertad para todos”, de manera que “todos los niños” pudieran “recibir el conocimiento que les fecunda la mente y desarrolla el talento”, y que todos pudieran satisfacer “el deseo de belleza y el hambre de comunidad”.¹⁰¹

Las elecciones de 1964, ganadas por Johnson con mayorías abrumadoras contra un antagonista excepcionalmente débil, ratificaron en apariencia la creación de la gran sociedad. Fueron aprobadas muchas leyes: la ley de Educación Elemental y Secundaria, la ley de Cuidados Médicos, la ley de Complemento de la Renta y varias leyes referidas a la pobreza. Johnson afirmó que los días del 20 al 27 de julio de 1965 fueron “la semana legislativa más fecunda e histórica de Washington durante este siglo”. “Afirman que Jack Kennedy tenía estilo”, expresó, “pero yo soy quien consigue la aprobación de los proyectos”. Un periodista liberal, Tom Wicker, afirmó exultante en el *New York Times*: “En estos días el Congreso produce leyes del mismo modo que Detroit produce autos aerodinámicos y perfectos en la línea de montaje”. El primer período de sesiones del 89 Congreso fue el más productivo en leyes fundamentales desde los primeros tiempos de Woodrow Wilson. Johnson alcanzó un índice de éxito del 68 por ciento, el más elevado de la historia, por sus proyectos, de los que 207 fueron aprobados; eran “las piedras angulares de unos Estados Unidos mejores”, como él mismo dijo.¹⁰² Estableció un paralelo consciente con la guerra de Vietnam, también ésta— según él la veía— una forma de idealismo, y lo hizo utilizando ostensiblemente la metáfora militar. Organizó diez “fuerzas de tareas” contra la pobreza. Manifestó a los burócratas de los organismos especializados en la vivienda: “Conseguiré que ustedes cesen de ser generales de escritorio para convertirse en comandantes de la línea de fuego”. Hubo un cuerpo de la juventud para los “vecindarios”, un cuerpo de empleo para los “excluidos”, la organización denominada *Head Start* para los niños de edad preescolar, otra denominada *Outward Bound* para los universitarios, además de muchos otros planes. El costo aumentó: 30.000 millones anuales para el

99 Schlesinger, *Robert Kennedy*, p. 1002.

100 Lyndon Baines Johnson, *The VantagePoint: perspectives of the Presidency 1963-1969*, Nueva York, 1971, p. 81.

101 Johnson, discurso en la Universidad de Michigan, mayo de 1964, citado en Lawrence J. Wittner, *Cold War America: from Hiroshima to Watergate*, Nueva York, 1974, pp. 239-240.

102 Johnson, *VantagePoint*, pp. 322-324; *New York Times*, 10 de agosto de 1965; Wittner, op. cit., pp. 247-248.

primer programa contra la pobreza; más tarde, hacia el final del período, 30.000 millones más.¹⁰³ Estas sumas pronto pasaron a formar parte de la estructura del desembolso federal y, en definitiva, fue imposible reducirlas. Más aún, aumentaron. Gracias a los esfuerzos de Johnson, hacia 1971 por primera vez el gobierno gastó más en bienestar social que en defensa. Entre 1949 y 1979 los costos de ésta aumentaron diez veces (de 11.500 millones de dólares a 114.500 millones de dólares), pero continuaron siendo más o menos el 4 al 5 por ciento del PBN. En cambio, los gastos del bienestar social aumentaron veinticinco veces, de 10.600 millones a 259.000 millones de dólares, y su participación en el presupuesto aumentó más de la mitad; la proporción del PBN que esos gastos absorbieron se triplicó y llegó a ser casi del 12 por ciento.¹⁰⁴

Este cambio trascendente en el propósito fundamental y el costo del gobierno central norteamericano originó presiones cada vez más intensas, incluso antes de que Johnson abandonase la presidencia. Durante ese período, la parte de los gastos oficiales en el PBN había pasado del 28,7 por ciento con Eisenhower al 33,4 por ciento. El control del Tesoro se desintegró. Durante el gobierno de Eisenhower, un organismo muy eficiente, la Oficina de Presupuesto (como se la denominaba hasta 1970) funcionaba según Harding la había concebido, como un ente objetivo, más bien como un tribunal, que supervisaba todos los gastos. Es característico que durante el período de Kennedy se politizara la Oficina y que con Johnson cobrase perfiles activistas: el director de presupuesto tenía que compartir los valores orientados hacia el gasto en gran escala.¹⁰⁵ Más aún, aunque el Congreso aprobaba los programas, se mostraba mucho menos dispuesto a suministrar los impuestos que debían solventar a aquéllos. Johnson disputó ásperamente con el jefe del área financiera en la Cámara, Wilbur Mills, y con el líder republicano Gerald Ford. Como no pudo obtener la aprobación de los impuestos, imprimió dinero. Su temor a la inflación y su incapacidad para afrontarla fueron factores ocultos que influyeron en su decisión de dejar la vida pública en 1968. “Dije [a Mills] que al margen de que él lo comprendiese o no, la economía del país estaba al borde del derrumbe”.¹⁰⁶

A esa altura de las cosas, algunas de las ilusiones del mismo Johnson acerca de las virtudes del gasto en gran escala se habían disipado. Ya no le parecía tan evidente que los resultados justificaran el influjo negativo sobre la economía. El más importante, y sin duda el más permanente, no fue intencional: la participación del gobierno en el ejército de trabajadores se duplicó y en 1976 uno de cada seis (más de 13 millones) estaba incluido de manera directa en la nómina de sueldos de Washington. Los beneficiarios de este cambio representaban abrumadoramente a la clase media. Johnson afirmó que, durante su período de gobierno, de los 35 millones de “atrapados en la pobreza” en 1964, él sacó de ella a 12,4 millones, es decir casi el 36 por ciento.¹⁰⁷ Pero esto no era más que un modo de interpretar la estadística. A medida que se elevó el nivel de vida, cambió la definición de la pobreza y los pobres “se sintieron” tan pobres como antes, pese a que sus ingresos reales habían aumentado. El peligro representado por el tipo de estado de bienestar que Johnson estaba creando era que apartaba permanentemente a la gente de la economía productiva y la convertía en dependiente del Estado. La pobreza aumentó cuando las familias se dividieron, sea porque los ancianos vivían separados de los restantes miembros de la familia o como resultado del divorcio, con las consiguientes divisiones del ingreso.¹⁰⁸ La legislación a menudo promovía estos procesos. Se comprobó que quizá la causa individual más importante de pobreza en Estados Unidos era la inestabilidad de los matrimonios negros. Daniel P. Moynihan, subsecretario de Trabajo de Johnson, sostuvo en el Informe Moynihan (marzo de 1965) que la mitad de la población negra padecía una “patología social” cuya fuente era la familia negra, en la que los maridos abandonaban a las esposas y a los hijos en número lamentablemente elevado. El propósito de los programas debía

103 Johnson, *VantagePoint*, pp. 330, 172-173.

104 *Office of Management and Budget: Federal Government Finances*, Washington D. C., 1979; para un cálculo ligeramente distinto, véase Rostow, *World Economy*, p. 272, tabla 111-65.

105 Larry Berman, *The Office of Management and Budget and the Presidency 1921-1979*, Princeton, 1979.

106 Johnson, *Vantage point*, pp. 435, 442 y ss, 450-451.

107 Ibid., p. 87.

108 Stanley Lebergott, *Wealth and Want*, Princeton, 1975, pp. 11-12.

ser “la creación de una estructura de familia estable”.¹⁰⁹ Sin embargo, la guerra a la pobreza no alcanzó este objetivo. Consiguió lo contrario, pues amenudo la estructura de las cláusulas de los sistemas de bienestar la llevaba a pagar los gastos de la división de la familia pobre. Cuando Johnson se preparaba para dejar el gobierno, Moynihan ya estaba argumentando que todo el programa contra la pobreza había sido mal concebido y orientado.¹¹⁰

Incluso más trágica y dolorosa fue la pérdida de las ilusiones acerca de la educación. Sin duda, esta última fue el espejismo fundamental de la década de la ilusión. Era una antigua creencia liberal, popularizada por Macaulay, que afirmaba que solamente la educación universal podría lograr que la democracia fuese tolerable. Ese consumado fabricante de clisés progresistas que fue H. G. Wells había definido la historia moderna como “una carrera entre la educación y la catástrofe”. Esta creencia sobrevivió al hecho melancólico de que la nación que abrazó las ideas de Hitler y libró su terrible guerra con apasionada laboriosidad era, de lejos, la mejor educada de la tierra. Durante la década de los cincuenta, el mito de que la educación era la cura milagrosa para la sociedad se perfiló con más fuerza que nunca. Nadie creía en eso más devotamente que Johnson. Como presidente dijo: “La respuesta a todos nuestros problemas nacionales se resume en una sola palabra. Esta palabra es educación”.¹¹¹

Johnson reflejaba el saber convencional de su tiempo. A fines de los años cincuenta, C. P. Snow había sostenido que existía un nexo causal directo entre la suma de dinero invertida en la educación superior y el PBN de un país.¹¹² E. F. Denison demostró que, durante las tres décadas que van de 1930 a 1960, la mitad del crecimiento norteamericano respondía a la expansión de la educación, sobre todo en las universidades. Ese mismo año, 1962, Fritz Machlup calculó que la “industria del saber” representaba el 29 por ciento del PBN norteamericano y estaba creciendo con doble ritmo que el conjunto de la economía.¹¹³ En las conferencias Godkin pronunciadas en Harvard durante el año 1963, el presidente de Berkeley, Clark Kerr, principal figura académica de Estados Unidos, sostuvo que el conocimiento era ahora el “sector de avanzada” en el crecimiento de la economía. “Lo que los ferrocarriles hicieron por la segunda mitad del siglo pasado y el automóvil por la primera mitad de este siglo”, expresó, “puede ser realizado en la segunda mitad de este siglo por la industria del saber, es decir, servir como punto focal del crecimiento nacional”.¹¹⁴

Sobre este trasfondo, los años sesenta se convirtieron en la década más explosiva en toda la historia de la expansión educativa. En Estados Unidos el proceso había comenzado con la ley de Veteranos de 1944, que asignaba fondos públicos a la educación universitaria de los veteranos que habían retornado del frente, y continuó con la ley de Veteranos de la guerra de Corea, en 1952. La ley de Educación Nacional de Defensa de 1958 duplicó el presupuesto de la educación federal y por primera vez convirtió al gobierno central en el factor financiero dinámico de la educación. El número de docentes estatales pasó de un millón en 1950 a 2,3 millones en 1970, y el gasto por persona creció más del 100 por ciento. El desarrollo de la educación superior fue más acentuado porque ahora se afirmaba que era un beneficio universal. “La pregunta importante”, afirmó un informe oficial, “no tiene que ser ‘¿Quién merece ser aceptado?’, sino ‘¿A quién la sociedad, de acuerdo con su conciencia o su interés propio, puede excluir?’”, pues “en justicia” a nadie podía negársele la educación universitaria, salvo que “sus deficiencias sean tan severas” que incluso la “institución más flexible y consagrada” no pueda ayudarlo.¹¹⁵ El fenómeno tuvo perfiles internacionales en Occidente. En Gran Bretaña, el Informe Robbins de 1963 originó la duplicación de los asientos universitarios en el lapso de una década y se calculaba que en 1981 había un cuerpo estudiantil de dos millones. Se adoptaron planes análogos de expansión en Francia, Canadá,

109 Daniel P. Moynihan, *The Negro Family*, Nueva York, 1965.

110 Daniel P. Moynihan, *Maximum Feasible Misunderstanding*, Nueva York, 1968.

111 Citado por Diane Divoky, “A Loss of Nerve”, en *Wilson Review*, otoño de 1979.

112 C. P. Snow, *The Two Cultures and the Scientific Revolution*, Cambridge, 1959.

113 Edward F. Denison, *Sources of Economic Growth*, Nueva York, 1962; Fritz Machlup, *The Production and Distribution of Knowledge in the United States*, Princeton, 1962.

114 Clark Kerr, *The Uses of the University*, Nueva York, 1966.

115 Citado por Lewis B. Mayhew, *Higher Education in the Revolutionary Decades*, Berkeley, 1967, pp. 101 y ss.

Australia, Alemania Occidental y otros países. La experiencia norteamericana fue más sorprendente a causa de las magnitudes implícitas. Entre 1960 y 1975, el número de colegios y universidades norteamericanos pasó de 2.040 a 3.055. Durante los “años de oro” de la expansión, estaban inaugurándose nuevas instituciones al ritmo de una por semana. Los estudiantes pasaron de 3,6 millones en 1960 a 9,4 millones en 1975, y la principal parte del incremento (4 millones) fue observada en el sector público. Incluyendo a los estudiantes no graduados, el total sobrepasó el nivel de los 11 millones en 1975, con un costo anual de 45.000 millones de dólares.¹¹⁶

Se suponía confiadamente que esta gran inversión en recursos humanos no sólo estimularía aún más el crecimiento, sino que permitiría alcanzar determinados propósitos morales y sociales, al promover el aburguesamiento de la clase trabajadora. Forjaría “una democracia de la clase media [...] con todas sus libertades”, como señaló Clark Kerr, “la ola del futuro”; por lo tanto garantizaría el contentamiento general y la estabilidad política y, sobre todo, sería el puntal de un sistema capitalista esclarecido que posibilitaría la totalidad de este proceso. En realidad, sucedió lo contrario. En el nivel preuniversitario, mientras la elevación se duplicaba y luego se triplicaba, el rendimiento educativo descendió. Se había previsto que sobrevendría cierta declinación cuando el sistema absorbiera a nutridos grupos minoritarios, pero nada parecido a esta caída precipitada. El mejor indicio, el resultado del test de aptitud escolar, demostró que durante los años 1963 a 1977 se había manifestado una disminución de cuarenta y nueve puntos en las cualidades verbales, y de treinta y dos puntos en la matemática (sobre una escala de 800).¹¹⁷ A mediados de los años setenta, una serie de sombríos informes sugirió que el aporte de una educación mayor y más costosa no resolvía ningún problema social.¹¹⁸ El índice de delitos en los niños que recibían educación de tiempo completo aumentó inexorablemente. Durante la segunda mitad de los años setenta la opinión se volvió contra el proceso educativo; las ciudades y los estados redujeron su plantel de docentes. El fin de “auge de los hijos” en la posguerra fue sólo uno de los factores. La principal razón fue la pérdida de confianza en las ventajas económicas de una educación más elevada. Durante los años 1970 a 1978 fueron clausurados alrededor de 2.800 colegios y escuelas del sector público; fue la primera vez que sucedió una cosa semejante en la historia norteamericana. Se calculaba que hacia mediados de los años ochenta la matrícula del sector público disminuiría unos 4 millones.¹¹⁹ En 1978 los trabajadores norteamericanos tenían un promedio de 12,5 años de educación, y el 17 por ciento poseía título universitario. Pero los graduados, especialmente las mujeres, se veían en dificultades cada vez más graves para conseguir empleo profesional o administrativo. La relación entre la duración de la educación y el salario descendió bruscamente. Se comprobó que la equiparación de las oportunidades educativas no promovía la igualdad entre los adultos.¹²⁰ De manera que el atractivo de la universidad se debilitó. La proporción de jóvenes que ingresaban en la universidad, que se elevó rápidamente al 44 por ciento durante los años sesenta, descendió al 34 por ciento en 1974. También se observó el mismo fenómeno en el sector femenino.

Tampoco pudo afirmarse que la educación promovía la estabilidad; sucedía todo lo contrario. En realidad, este resultado había sido previsto por Joseph Schumpeter, nacido el mismo año que Keynes y que tenía cierto derecho a rivalizar con él como el economista más grande de los tiempos modernos. La opinión de Schumpeter, expresada por primera vez en un artículo que escribió en 1920, y desarrollada en *Capitalismo, socialismo y democracia* (1942), era que el capitalismo tendía a promover su propia destrucción y lo hacía de diferentes modos. Entre ellos estaba su propensión a crear y después a dar rienda suelta, en virtud de su compromiso con la libertad, a una clase cada vez más amplia de intelectuales que, de manera inevitable, representaban un papel socialmente destructivo.¹²¹ Este aspecto fue ignorado en los planes de expansión de las universidades de los

116 Charles E. Finn, *Scholars, Dollars and Bureaucrats*, Washington D. C., 1978, p. 22.

117 *On Fur ther Examination: Report of the Advisory Panel on the Scholastic Aptitude Test score decline*, College Entrance Examination Board, Nueva York, 1977.

118 Por ejemplo, *National Institute of Education Compensatory Education Study*, Nueva York, 1978.

119 Divoky, op. cit.

120 Christopher Jenks, *Who Gets Ahead? The Determinants of Economic Success in America*, Nueva York, 1979.

121 Véase Arnold Heertje, ed., *Schumpeter's Vision: Capitalism, Socialism and Democracy after Forty Years*,

años cincuenta y sesenta, aunque en realidad había sido vindicado, hasta cierto punto, durante los años treinta. De todas formas, Schumpeter indudablemente demostró que tenía razón durante la época de Lyndon Johnson. Los primeros signos del interés de los estudiantes radicales por los problemas sociales y políticos aparecieron en 1958. En la primavera de 1960, Estados Unidos asistió a las primeras protestas “sentadas”, a las manifestaciones de San Francisco contra el Comité de Actividades Antinorteamericanas de la Cámara, y a las “vigilias” de la Costa Occidental contra la ejecución de Caryl Chessman, el asesino de moda. Las protestas contra los cuerpos de entrenamiento de las universidades, los compromisos de lealtad, la discriminación determinada por las fraternidades y otros clubes de estudiantes, así como los distintos temas relacionados con la disciplina universitaria— o simplemente las cuestiones vinculadas con los derechos civiles— se profundizaron y ampliaron hasta convertirse en campañas políticas directas.

Al principio se dio la bienvenida al activismo estudiantil, por entender que eran signos de “madurez” y “conciencia”. El primer signo de violencia en gran escala sobrevino durante el “verano de la libertad” en 1964, en Berkeley, precisamente la universidad de Clark Kerr. Lo que teóricamente era el “sector de avanzada” en el crecimiento del PBN se convirtió en el sector de avanzada de algo muy distinto: la “rebelión de los estudiantes”. En diciembre, el gobernador de California había llamado a la policía antidisturbios y Berkeley se había convertido en el principal claustro “político” del mundo.¹²² El programa de la gran sociedad de Johnson simplemente derramó nafta sobre esta conflagración cada vez más grave. Al año siguiente, 25.000 estudiantes invadieron Washington para protestar contra la guerra de Vietnam. En 1966-1967 aumentó cada vez más el número de claustros “radicalizados”. El “disturbio” en el claustro se convirtió en parte de la cultura universitaria, pues los presidentes de las universidades concertaron compromisos, se rindieron o renunciaron. El 23 de abril de 1968 hubo un desorden devastador en Columbia, una de las principales universidades norteamericanas. El profesor Archibald Cox, de la Facultad de Derecho de Harvard, fue llamado a informar; lo hizo con el pretencioso optimismo del momento: “La generación actual de jóvenes de las universidades está constituida por los individuos mejor informados, más inteligentes y más idealistas que este país ha conocido nunca”. Como comentó amargamente Lionel Trilling, Cox “celebraba como saber e inteligencia” aquello que, de hecho, era “nada más que una serie de actitudes políticas ‘avanzadas’”. Insistía en que Cox deducía sus valores, no del saber y la experiencia, sino de los jóvenes: la “certificación” que ellos aportaron era suficiente para demostrar su validez.¹²³

Al margen de que los estudiantes fuesen o no los más inteligentes de la historia, en todo caso fueron los más destructivos. La complacencia del tipo de la de Cox no sobrevivió al verano de 1968, especialmente después de los graves disturbios de los estudiantes parisienses en mayo, un proceso que inició un ciclo nuevo y mucho más salvaje de violencia estudiantil en el mundo entero, pero sobre todo en Estados Unidos. La Asociación Nacional de Estudiantes afirmó que, durante 1968, hubo 221 manifestaciones importantes en universidades norteamericanas.¹²⁴ Los estudiantes radicales fueron los que protagonizaron la campaña de Eugene McCarthy y los que eliminaron a Johnson de la disputa por la presidencia de New Hampshire. Pero el poder estudiantil era esencialmente negativo. Durante la convención demócrata de Chicago, en agosto de 1968, los estudiantes sostuvieron una enconada batalla con 11.900 policías del alcalde Daley, 7.500 miembros de la Guardia Nacional de Illinois, y 1.000 agentes del FBI y del Servicio Secreto. Ganaron la disputa en los medios de difusión, pues consiguieron calificar de “disturbio policial” a la defensa de la ley por Daley, pero no pudieron ratificar la candidatura de McCarthy e impedir que Richard Nixon, el hombre a quien más odiaban, se convirtiese en presidente. Cuando finalmente en 1972 lograron que los demócratas designasen candidato al hombre de su preferencia, es decir, George McGovern, el único resultado fue garantizar el triunfo abrumador de Nixon.

El resultado principal de la violencia estudiantil fue el deterioro de la educación superior

Eastbourne, 1981.

122 Wittner, op. cit., pp. 246-247.

123 Trilling, *Last Decade*, p. 174.

124 Wittner, op. cit., p. 292.

norteamericana y la desmoralización de sus docentes. Al reflexionar sobre el asunto, en el año 1971, en su alocución presidencial ante la Asociación de Lenguas Modernas, el profesor Louis Kampf dijo que desde 1968 “los jóvenes ingresan temerosos en la profesión, los viejos ansían jubilarse y los que alcanzaron la edad madura desean que llegue cuanto antes el año sabático”.¹²⁵ El gran erudito alemán Fritz Stern observó “el lenguaje excremental” de los activistas estudiantiles y opinó que era la única novedad; el resto reproducía el esquema de la conducta extremista de los estudiantes que condujeron a Alemania a poner a Hitler en el poder.¹²⁶

La promoción de la violencia estudiantil a causa de la expansión bienintencionada de la educación superior fue un ejemplo excelente de la “ley de efecto involuntario”. Otro ejemplo fue el intento de sucesivos presidentes de obtener justicia para los negros norteamericanos. También aquí las buenas intenciones aportaron muerte y destrucción. Se entendió que el problema era triple. En primer lugar, había que terminar con la segregación, sobre todo en el campo de la educación. En segundo lugar, se debía permitir que los negros ejercieran el derecho de voto. También había que armonizar los ingresos de los negros con los de los blancos. Se creía que si se resolvían los dos primeros problemas, el tercero, en definitiva, se resolvería por sí mismo. En 1954, la Corte Suprema había dictaminado que era necesario integrar la educación en el sector público. El problema era conseguir la aplicación práctica de la ley. En 1957, cuando el gobernador Orval Faubus, de Arkansas, desafió a la Suprema Corte, Eisenhower despachó tropas de Little Rock para garantizar el acatamiento. En 1962 también Kennedy utilizó tropas para conseguir que un estudiante negro, James Meredith, asistiera a la universidad estatal de Mississippi, hasta ese momento de extracción totalmente blanca. La política de Kennedy fue proceder mediante la acción ejecutiva, es decir, utilizar el poder federal para garantizar la vigencia de la ley. La dificultad con este procedimiento era que llevaba de una confrontación pública a otra, y en ese proceso se originó la formación de un enorme y cada vez más amplio movimiento militante de derechos civiles, del que se eliminó paulatinamente a los liberales blancos. Los negros consideraron que la acción física era la respuesta al problema y, como en el caso de la agitación provocada por Gandhi en la India, la protesta tendió a degenerar en violencia. La verdadera solución era conseguir que los negros se apresuraran a votar, porque una vez que los políticos necesitaran sus votos, habría concesiones, incluso en el profundo Sur. En 1957 y 1960 Eisenhower había enviado al Congreso dos débiles proyectos referentes a los derechos civiles. También Kennedy presentó un proyecto mucho más enérgico, pero el Congreso lo bloqueó. Johnson tuvo mucho más éxito. Impulsó en 1964 una monumental ley de derechos civiles e inmediatamente después de su triunfo en las elecciones de noviembre comenzó a trabajar en un proyecto que se convirtió en la decisiva ley de Derechos Electorales de 1965. En el Estado de Mississippi, que tenía una proporción más elevada de negros (36 por ciento) que cualquier otro, sólo el 6 por ciento estaba registrado en los padrones, a causa de las complicadas pruebas y otros obstáculos. La nueva ley determinaba que el derecho de votar fuese decidido por examinadores federales; así, en el lapso de treinta días después de su sanción, la inscripción de negros en Mississippi aumentó un 120 por ciento. A fines de 1970, el porcentaje de votantes negros inscriptos en el Estado era comparable con el de inscritos blancos (71 a 82 por ciento), y en 1971 cincuenta negros fueron elegidos para ocupar cargos públicos.¹²⁷ A principios de los años setenta el voto negro se había convertido en un factor importante en muchos estados del viejo Sur y, por lo tanto, había promovido una transformación paulatina de la política sureña.¹²⁸

Sin embargo, la votación no podía equiparar los ingresos de los negros y los blancos. Tampoco podía alcanzarse este objetivo con las enormes y cada vez más elevadas sumas de dinero de los fondos federales que Johnson aplicó al “problema” negro. Cuanto mayores resultaban los progresos, cuanto más elevado era el monto de los fondos disponibles, más se acentuaba la cólera de los

125 Citado por Trilling, *Last Decade*, p. 111.

126 Fritz Stern, “Reflections on the International Student Movement”, en *The American Scholar* n° 40, invierno 1970-1971, pp. 123-137.

127 Paul Joubert y Ben Crouch, “Mississippi blacks and the Voting Rights Act of 1965”, en *Journal of Negro Education*, primavera de 1977.

128 Jack Bass y Walter de Vries, *The Transformation of Southern Politics*, Nueva York, 1976.

negros. Durante los años cincuenta y principios de los sesenta se había utilizado el poder federal para proteger a los negros de la violencia blanca. En el curso de la serie de batallas libradas durante el gobierno de Kennedy para imponer la aplicación de las leyes, la iniciativa de la violencia derivó hacia los negros. El momento decisivo fue la noche del 10 de mayo de 1962, en Birmingham, Alabama. Hubo un disturbio protagonizado por negros, la policía se vio obligada a pasar a la defensiva y las tiendas de los blancos fueron derribadas. “Que toda esta ciudad de mierda arda”, gritó un líder de la turba, “¡de este modo los canallas blancos aprenderán!”. Era un grito nuevo y una actitud nueva en la política racial norteamericana, y ahora el problema no podía ser confinado al Sur.¹²⁹

Para consternación de Johnson, la escala y la intensidad de la violencia negra, sobre todo en las grandes ciudades fuera del Sur, avanzó paso a paso con sus vigorosos y eficaces esfuerzos para garantizar los derechos de los negros. Los primeros disturbios importantes y desagradables de los negros estallaron en Harlem y Brooklyn el 18 de julio de 1964, apenas dos semanas después de la aprobación de la trascendente ley de Derechos Civiles. La violencia se extendió a Rochester, en el Estado de Nueva York, a la ciudad de Jersey, a Patterson y Elizabeth en Nueva Jersey, a Dixmoor en Chicago, y a Filadelfia. En agosto de 1965, los disturbios de Watts, en Los Angeles, duraron seis días, comprometieron a 15.000 guardias nacionales, determinaron la muerte de treinta y cuatro personas, 856 fueron heridas, y se destruyeron propiedades por un valor de 200 millones de dólares. Luego los disturbios en gran escala de los negros en las ciudades norteamericanas se convirtieron en un rasgo recurrente de los años sesenta, en siniestro contrapunto y a veces en intencionada coincidencia con la violencia estudiantil de los claustros. Los disturbios de Detroit los días 24 al 28 de julio de 1967 estuvieron entre los más graves de la historia norteamericana, provocaron la muerte de cuarenta y tres personas y obligaron a un agobiado presidente Johnson a enviar el 18º Cuerpo Aerotransportado de Paracaidistas, cuyo comandante dijo que había ingresado en una ciudad “saturada de miedo”.¹³⁰ En 1968, cuando la guerra de Vietnam llegaba a su angustiosa culminación, los estudiantes provocaban disturbios en más de 200 claustros y los negros incendiaban algunas de las ciudades más importantes, Johnson parecía un auténtico fracaso. Su decisión de evitar la reelección fue el reconocimiento de la derrota. Fue la primera contingencia importante en las ilusiones de los años sesenta, pero no la última. Los problemas de Estados Unidos apenas comenzaban.

Johnson fue víctima no sólo de las ilusiones frustradas. También fue víctima de los medios de difusión, sobre todo los de los liberales de la Costa Este, que controlaban los diarios más influyentes y las tres grandes cadenas de televisión. Los dos aspectos estaban relacionados, pues una de las ilusiones más firmes de los años sesenta fue que muchas formas de la autoridad tradicional podían debilitarse, como la autoridad de Estados Unidos en el mundo y la del presidente en Estados Unidos. Lyndon Johnson, un presidente enérgico y en muchos casos eficaz, defendía el principio de autoridad. Para muchos, ésa fue razón suficiente para castrarlo. Otra razón fue que no compartía los supuestos liberales de la Costa Este de la misma forma en que los habían compartido Roosevelt y Kennedy. Por esta razón había dudado de la conveniencia de presentarse como candidato a presidente en 1964: “No creí [...] que la nación se uniría claramente tras un sureño. Una razón [...] era que la prensa metropolitana nunca lo permitiría”.¹³¹ El pronóstico acertó, aunque su realización se demoró. En agosto de 1967, James Keakin, corresponsal en Washington del *St Louis Postdispatch*, informó: “La relación entre el presidente y la prensa de Washington se ha mantenido en un esquema de incredulidad crónica”.¹³² La falsa representación que los medios de difusión ofrecieron de la ofensiva del Tet fue la causa inmediata de la salida de Johnson. Pero aún más fundamental fue el hecho de que generalmente presentaran todos los actos decisivos y enérgicos de la Casa Blanca como una expresión inexorable de malevolencia.

129 Citado en Schlesinger, *Robert Kennedy*, p. 330; véase D. W. Matthews y J. R. Prothero, *Negroes and the New Southern Politics*, Nueva York, 1966, pp. 240 y ss.

130 *Report of the National Advisory Commission on Civil Disorders*, Washington D. C., 1968, p. 56.

131 Johnson, *Vantage Point*, p. 95.

132 Citado en Wittner, op. cit. p. 283.

Este fue un proceso completamente nuevo. Como era natural, la oposición a una presidencia fuerte se había originado hasta ese momento en la legislatura, especialmente en el Senado. Como había dicho Roosevelt, “el único modo de hacer algo en el gobierno norteamericano era pasar por encima del Senado”.¹³³ Su antagonista republicano, Wendell Wilkie, había hablado de consagrar su vida a “salvar a Estados Unidos del Senado”.¹³⁴ Durante los gobiernos de Roosevelt y Truman, el periodismo y los constitucionalistas académicos habían apoyado firmemente el liderazgo presidencial, sobre todo en el área de la política exterior, y la habían comparado con el oscurantismo del Congreso.¹³⁵ Durante las investigaciones de McCarthy, Eisenhower había sido severamente criticado por la prensa porque no había defendido los derechos del ejecutivo contra los avances del Congreso. El *New Republic* comentó (1953): “La gravitación actual del poder, que ha derivado hacia el Congreso a costa del ejecutivo, constituye un fenómeno tan vacío que sería increíble si los hechos no fuesen tan evidentes”.¹³⁶ Cuando Eisenhower invocó el “privilegio ejecutivo” para negar información acerca de los actos del gobierno al Comité de Actividades Antinorteamericanas, fue cálidamente aplaudido por los medios de difusión liberales. El Comité, dijo el *New York Times*, no tenía derecho “de conocer los detalles de lo que sucedía en esos consejos interiores del gobierno”. Eisenhower, escribió el *Washington Post*, tenía “sobrada razón” para proteger “la naturaleza confidencial de las conversaciones del ejecutivo”.¹³⁷ Hasta mediados de los años sesenta, los medios de difusión continuaron apoyando el decidido liderazgo presidencial en el campo de los derechos civiles, en las cuestiones sociales y económicas, y especialmente en el área de la política exterior, y respaldaron la afirmación de Kennedy (1960): “El presidente es el único que debe adoptar las decisiones fundamentales de nuestra política exterior”.¹³⁸

El cambio tuvo lugar después de la resolución del golfo de Tonkín. Cuando Johnson traspasó la Casa Blanca a Richard Nixon en 1969, los medios de difusión de la Costa Este, así como muchos otros elementos vociferantes de la nación, habían pasado a la oposición permanente. Como dijo un comentarista: “Los hombres y el movimiento que quebraron la autoridad de Lyndon Johnson en 1968 están decididos a quebrar a Richard Nixon en 1969 [...] destruir a un presidente es, como la mayoría de las cosas, más fácil la segunda vez”.¹³⁹ Nixon era especialmente vulnerable. Se trataba de un californiano a quien la prensa del Este había odiado desde fines de los años cuarenta. Nixon creía que los medios de difusión habían contribuido a privarlo de la presidencia en 1960 y que habían desarrollado un esfuerzo coordinado para destruir definitivamente su carrera política en 1963, de modo que retribuía con creces la antipatía de dichos medios. “Recuerden”, dijo a sus colaboradores, “que la prensa es el enemigo. Cuando se trata de una noticia, ningún periodista es un amigo. Son todos enemigos”.¹⁴⁰ En 1968 triunfó a pesar de los medios de difusión, pero lo hizo por escaso margen. Obtuvo el 43,4 por ciento de los votos contra el 42,7 de Hubert Humphrey. Fue la proporción más reducida del voto popular obtenida por un presidente desde 1912 y, como la concurrencia al comicio fue reducida (61 por ciento), ese índice significó sólo el 27 por ciento de los votantes. No triunfó en ninguna ciudad importante.¹⁴¹ En ciertos medios de difusión se manifestó la inclinación a negar su legitimidad como presidente y a tratar de modificar el veredicto apelando a medios no constitucionales.

A pesar de esos impedimentos, Nixon alcanzó considerable éxito en sus esfuerzos por eliminar la herencia anárquica de los años de Johnson y Kennedy, y sobre todo en la habilidad con que se desprendió de Vietnam. Proclamó el mismo objetivo que todos sus predecesores: “Buscamos la oportunidad de que el pueblo survietnamita determine su propio futuro político sin interferencia

133 Bohlen, op. cit., p. 210.

134 Citado en Arthur Schlesinger, *The Imperial Presidency*, Boston, 1973, p. 123.

135 Thomas Cronin, “The Textbook Presidency and Political Science”, en *Congressional Record*, 5 de octubre de 1970.

136 Wilfred Binkley, *New Republic*, 18 de mayo de 1953.

137 *New York Times*, 18 de mayo de 1954; *Washington Post*, 20 de mayo de 1954.

138 Schlesinger, *Imperial Presidency*, p. 169.

139 David Broder citado en Safire, op. cit., p. 171.

140 Ibid, pp. 70, 75.

141 Wittner, op. cit., pp. 300-301.

externa".¹⁴² Mientras fue el responsable absoluto de la política norteamericana, mantuvo el objetivo, pero con un costo mucho más reducido. En cuatro años redujo las fuerzas norteamericanas en Vietnam de 550.000 a 24.000. El gasto descendió de 25.000 millones de dólares anuales con Johnson, a menos de 3.000 millones.¹⁴³ Este resultado fue posible gracias a un uso más inteligente y flexible de la fuerza norteamericana en Camboya en 1970, en Laos en 1971, en el bombardeo de Vietnam del Norte en 1972; fue una actitud que mantuvo perplejos y aprensivos a los hombres decididos de Hanoi en relación con las intenciones de Estados Unidos. Al mismo tiempo, Nixon desarrolló activamente negociaciones de paz con los norvietnamitas. Lo que es más importante, hizo algo que ni Kennedy ni Johnson se habían atrevido a realizar: aprovechó la lógica de la disputa chino-soviética y llegó a un acuerdo con China.

La orientación californiana de Nixon lo inclinó hacia Pekín; a sus ojos, el Pacífico era la escena mundial del futuro. Comenzó su nueva política hacia China el 31 de enero de 1969, sólo once días después de haber iniciado su labor en la Casa Blanca. Esa política se expresó en el Memorándum de Estudio de la Seguridad Nacional 14 (4 de febrero de 1969) y fue reforzada por una conversación que Nixon mantuvo con André Malraux, que le dijo que era una "tragedia" que "el pueblo más rico y productivo del mundo" se enfrentara con "el pueblo más pobre y populoso del mundo".¹⁴⁴ A causa de los temores chinos, las iniciativas orientadas hacia un acercamiento con China se desarrollaron en privado y Nixon se esforzó mucho en obtener promesas de secreto de los líderes del Congreso a quienes consultó. Dijo a su plantel: "Una cuarta parte de la población mundial vive en China comunista. Hoy no es un poder importante, pero de aquí a veinticinco años será decisivo. Que Estados Unidos no haga todo lo posible en este momento, cuando puede hacerlo, llevaría a una situación de grave peligro. Podemos alcanzar una *détente* total con la Unión Soviética, pero eso no significará nada si los chinos están fuera de la comunidad internacional".¹⁴⁵

La nueva política hacia China y el cambio en la estrategia militar norteamericana hicieron posible la paz con Hanoi. El 27 de enero de 1973, en París, William Rogers, secretario de Estado de Nixon, y Nguyen Duy Trinh, de Vietnam del Norte, firmaron un "acuerdo de terminación de la guerra y restablecimiento de la paz en Vietnam". El mérito de este entendimiento, que posibilitó a Estados Unidos salir de Vietnam, fue que reservó el derecho de Nixon de mantener portaaviones en aguas indochinas y utilizar aviones destacados en Taiwán y Tailandia en el caso de que Hanoi faltara a los acuerdos.¹⁴⁶ Mientras Nixon ejerciera el poder, esa sanción tenía carácter de real. Dada la situación que él había heredado y los errores de sus predecesores, Nixon había ejecutado una notable hazaña de desprendimiento.

Sin embargo, tanto Estados Unidos como, con perfiles más trágicos, los pueblos de Indochina, no pudieron saborear los frutos de este éxito, porque en 1973 Nixon y la nación ya estaban atrapados en el remolino de histeria que fue Watergate. Estados Unidos parece especialmente propenso a estos espasmos de virtuosa emoción política en los que se pierde el sentido de la perspectiva y el interés nacional. El estallido de xenofobia de 1918-1920 fue obra de los demócratas de derecha. La alarma anticomunista de fines de los años cuarenta y principios de los cincuenta estuvo dirigida, sobre todo, por republicanos conservadores. En cambio, la caza de brujas de Watergate estuvo a cargo de los liberales de los medios de difusión. A los ojos de éstos, el verdadero delito de Nixon era la popularidad. Aunque ganó por estrecho margen en 1968, apeló con éxito, cuando fue presidente, pasando por encima de los creadores de la opinión y un Congreso demócrata, a los "norteamericanos medios", los que amaban a la familia y concurrían a la iglesia, los que eran patriotas, laboriosos y antiliberales. El 3 de noviembre de 1969 pronunció un discurso muy celebrado en el que pidió apoyo para su política exterior a aquellos a quienes denominó "ustedes, la gran mayoría silenciosa de mis conciudadanos norteamericanos". Este discurso frustró momentáneamente la campaña de los medios de difusión orientada hacia la "destrucción de

¹⁴² Richard Nixon, *Public Papers*, 1969, Washinton D. C., 1971, p. 371.

¹⁴³ Gelb y Betts, op. cit., p. 350.

¹⁴⁴ Safire, op. cit., p. 369.

¹⁴⁵ Ibid., pp. 375-379.

¹⁴⁶ Test of Agreement en *State Department Bulletin*, 12 de febrero de 1973; Gelb y Betts, op. cit., p. 350.

Nixon”.¹⁴⁷ En la campaña de 1972, Nixon se sintió muy complacido cuando los demócratas designaron candidato al ultraliberal George McGovern. “Tenemos aquí una situación”, dijo a sus colaboradores, “en la que los medios de difusión del régimen del Este finalmente tienen un candidato que comparte casi en la totalidad sus opiniones”. La “tendencia ideológica real del *New York Times*, el *Washington Post*, el *Time*, y *Newsweek*, así como la de las tres redes de televisión” se orientaba “hacia la amnistía, la droga, el aborto, la confiscación de la riqueza (a menos que fuera la que les pertenecía), los incrementos masivos del bienestar social, el desarme unilateral, la reducción de nuestras defensas y la rendición en Vietnam”. Nixon llegó a la conclusión de que al fin “el país descubrirá si lo que los medios de difusión estuvieron defendiendo durante estos últimos cinco años representa realmente el pensamiento de la mayoría”.¹⁴⁸ Al margen de que ésa fuese o no la cuestión, Nixon ganó por gran mayoría, se impuso en el colegio electoral por 521 a 17 y obtuvo el 60,7 por ciento del voto popular, apenas menos que la marca de Johnson en 1964.¹⁴⁹

En los medios de difusión hubo muchos que, a causa del triunfo de Nixon, se sintieron no sólo humillados sino sinceramente atemorizados. Como dijo un poderoso editor: “Tiene que haber sangre. Tenemos que lograr que nadie piense siquiera en hacer nuevamente nada, ni aun algo parecido”.¹⁵⁰ El propósito fue utilizar la publicidad para modificar el veredicto electoral de 1972, al que en cierto sentido metafísico se consideraba ilegítimo, más o menos como los alemanes conservadores habían considerado que Weimar era ilegítimo. La Casa Blanca de Nixon facilitó la realización de este deseo cuando usó medios extralegales para proteger al presidente y su política. La tradición de trampas y engaños presidenciales había comenzado con Franklin Roosevelt. El había creado su propia “unidad de inteligencia”, responsable sólo ante el mismo Roosevelt, con un personal de once individuos y financiación mediante los fondos para “emergencias especiales” del Departamento de Estado.¹⁵¹ Utilizó el FBI de Hoover y el Departamento de Justicia para jaquear a sus enemigos, especialmente en la prensa, y para intervenir los teléfonos (John L. Lewis, líder de los mineros, fue una de las víctimas).¹⁵² Realizó un esfuerzo desesperado por “atrapar” al *Chicago Tribune*, al que odiaba, y llevarlo ante la justicia. Incluso utilizó el servicio de inteligencia para instalar micrófonos en el cuarto de hotel de su esposa.¹⁵³ Aunque Truman y Eisenhower no intervinieron en las actividades clandestinas de su personal y la CIA, las conocían y consideraban que, en relación con Rusia soviética y otros regímenes que ejercían el terror totalitario, aquéllas eran inevitables. Kennedy y su hermano Robert se regodearon positivamente con este juego, y el principal pesar de Kennedy era que no había designado a Robert jefe de la CIA, para que ésta se encontrase sometida al estrecho control de la familia. En el Departamento de Justicia, en 1962, Robert Kennedy ordenó a los agentes del FBI que realizaran allanamientos de madrugada en los domicilios de algunos ejecutivos de la US Steel que se habían opuesto a la política de su hermano.¹⁵⁴ En su campaña por los derechos civiles, los hermanos Kennedy aprovecharon el sistema federal de contratos y utilizaron órdenes ejecutivas (más que leyes) en el área de las finanzas para la vivienda, con el fin de salirse con la suya.¹⁵⁵ Conspiraron contra la radio derechista y los canales de televisión.¹⁵⁶ Durante los gobiernos de Kennedy y Johnson, la intervención de los teléfonos aumentó considerablemente.¹⁵⁷ Se realizó una amplia instalación de micrófonos; los devaneos amorosos en gran escala de Martin Luther King, líder de los derechos civiles, fueron

147 Safire, op. cit., pp. 117-118.

148 Ibid., p. 360.

149 Wittner, op. cit., pp. 370-371.

150 Citado en Safire, op. cit., p. 264.

151 Richard W. Steele, “Franklin D. Roosevelt and his Foreign Policy Critics”, en *Political Science Quarterly*, primavera de 1979, p. 22. n. 27.

152 Ibid., p. 18; Saul Alinsky, *John L. Lewis*, Nueva York, 1979, p. 238; Safire, op. cit., p. 166.

153 Trohan, op. cit., p. 179, *Daily Telegraph*, 4 de marzo de 1982.

154 Schlesinger, *Robert Kennedy*, pp. 403 y ss., Roger Blough, *The Washington Embrace of Business*, Nueva York, 1975.

155 Schlesinger, *Robert Kennedy*, pp. 311-312.

156 Fred Friendly, *The Good Guys, the Bad Guys and the First Amendment*, Nueva York, 1976, cap. 3.

157 Safire, op. cit., p. 166.

grabados y después presentados a los directores de los periódicos.¹⁵⁸ Johnson utilizó archivos oficiales secretos, los materiales del Servicio de Impuestos Internos y otros recursos ejecutivos para protegerse de las denuncias en el escándalo de Bobby Baker en 1963, potencialmente el más grave después de Teapot Dome.

Hasta la presidencia de Nixon, los medios de difusión se mostraron sumamente selectivos en su publicidad de las formas de corrupción de la presidencia. Los periodistas profesionales protegieron a Roosevelt de las denuncias acerca de sus relaciones amorosas.¹⁵⁹ Hicieron lo mismo en favor de Kennedy y ocultaron el hecho de que, mientras era presidente, mantuvo en Washington un apartamento para sus amantes; compartía una de ellas con un gángster.¹⁶⁰ En la lucha de Johnson por distanciarse del escándalo de Bobby Baker, el *Washington Post* lo ayudó a denigrar a su principal acusador, el senador John Williams.¹⁶¹ Como vicepresidente, Johnson aceptó sobornos, lo mismo que hizo Spiro Agnew, el vicepresidente de Nixon; Agnew fue denunciado y condenado; Johnson continuó su marcha hacia la Casa Blanca.¹⁶²

Nixon no gozó de esa tolerancia por parte de los medios de difusión, sino todo lo contrario. Por otro lado, es probable que en ciertos aspectos haya llegado más lejos que cualquiera de sus predecesores. Esto era en alguna medida un problema relacionado con la magnitud, ya que la Casa Blanca estaba cobrando proporciones desmesuradas. Lincoln tenía que pagar de su propio bolsillo el sueldo de un secretario. Hoover tuvo que esforzarse mucho para conseguir tres. Roosevelt designó a los primeros seis “ayudantes administrativos” en 1939. Kennedy tuvo veintitrés. La totalidad del personal de la Casa Blanca se elevaba a 1.664 personas durante el último año de Kennedy. Durante el gobierno de Johnson, su magnitud equivalía a cuarenta veces el personal de Hoover. Con Nixon aumentó a 5.395 personas en 1971 y el costo saltó de 31 millones a 71 millones de dólares.¹⁶³ Gran parte de esta expansión fue obra de Henry Kissinger, ayudante de Seguridad de Nixon y después secretario de Estado, así como el hombre que controló las negociaciones con Vietnam. Kissinger fue quien esencialmente amplió las operaciones de intervención de los teléfonos, en teoría para colaborar con su propia ofensiva de paz.¹⁶⁴ Vietnam, donde estaban en juego la paz mundial y la vida de norteamericanos, fue la justificación ostensible y para Nixon la auténtica de muchas actividades dudosas. Nixon creía que el secreto era fundamental para alcanzar el éxito. En 1971, una enorme serie de documentos secretos del gobierno (los “papeles del Pentágono”) fue robada y entregada al *New York Times*, que publicó el material. En Gran Bretaña y la mayoría de las restantes democracias occidentales, los responsables habrían sido encarcelados de acuerdo con las leyes que protegen el secreto oficial. Eso no era posible en Estados Unidos, donde la prensa goza de privilegios constitucionales al amparo de la Cuarta Enmienda. A juicio de Nixon, como dijo uno de sus colegas, esta publicación era “un desafío formulado por la prensa de una elite no elevada a la supremacía del poder del gobierno elegido democráticamente. Estaba en juego una cuestión moral”.¹⁶⁵ Se autorizó a una “unidad especial de investigaciones” del ejecutivo a utilizar medios ilegales (incluso allanamientos no autorizados) para descubrir al infidente. Esta unidad de “plomeros” se convirtió en el prototipo de otras fuerzas de tareas, una de las cuales irrumpió en el cuartel general del Partido Demócrata, alojado en el edificio Watergate, a fines de mayo de 1972 y nuevamente el 17 de junio. La segunda vez, un episodio del que los demócratas ya estaban enterados, los “plomeros” fueron atrapados.¹⁶⁶

El espionaje político, y hasta el robo, nunca antes habían sido tomados en serio en Estados

158 Schlesinger, *Robert Kennedy*, pp. 362 y ss.; Senate Select Committee (on) Intelligence Activities (Church Committee), *Final Report*, Washington, 1976, II, p. 154 y III, pp. 158-160.

159 Trohan, op. cit., pp. 136-137.

160 Ibid., p. 326; Judith Exner, *My Story*, Nueva York, 1977.

161 Alfred Steinberg, *Sam Johnson's Boy*, Nueva York, 1968, p. 671.

162 Acerca de las fechorías de Johnson, véase Robert A. Caro, *The Years of Lyndon Johnson*, Nueva York, 1982.

163 Charles Roberts, *LBJ's Inner Circle*, Nueva York, 1965, p. 34; Schlesinger, *Imperial Presidency*, p. 221; véase “The Development of the White House Staff”, en *Congressional Record*, 20 de junio de 1972.

164 Safire, op. cit., pp. 166 y ss.

165 Ibid., p. 357.

166 Fred Thompson, *At That Point in Time*, Nueva York, 1980.

Unidos. Johnson había puesto micrófonos para espiar a Goldwater en 1964. La red de televisión de la NBC había hecho lo mismo en el cuartel general del Partido Republicano en 1968. Tanto el *Washington Post* como el *New York Times* publicaron material hurtado de carácter sumamente valioso (las memorias de Haldeman y Kissinger) durante este período. Pero en una serie de artículos que comenzaron a publicarse el 10 de octubre de 1972, el *Washington Post* decidió convertir la irrupción de Watergate en un problema moral básico; el resto de los medios de difusión de la Costa Este imitaron el ejemplo. En sí mismo, quizás el caso no habría sido grave. No consiguió impedir la gran mayoría conquistada por Nixon. Pero atrajo la atención de John Sirica, un juez federal hambriento de publicidad, a quien llamaban “máximo John” por la severidad de sus sentencias; un hombre que en cualquier otra circunstancia no hubiera gozado de la aprobación de la prensa liberal. Cuando los ladrones comparecieron ante él, les aplicó sentencias provisionales de cadena perpetua para obligarlos a aportar pruebas contra miembros del gobierno. Que hablaba en serio lo demostró el hecho de que sentenció al único hombre que se negó a colaborar, Gordon Liddy, a veinte años de cárcel, más una multa de 40.000 dólares, por un primer delito de ingreso ilegal con fractura, un episodio en que no se robó nada y no se ofreció resistencia a la policía.¹⁶⁷ Este acto de terrorismo judicial, que habría sido imposible en otro país durante el imperio de la ley, sería lamentablemente típico de la caza judicial de brujas; ésta permitió que los miembros del gobierno de Nixon fuesen perseguidos, condenados (en ciertos casos se declararon culpables para evitar el desastre financiero de una defensa cara) y sentenciados.¹⁶⁸ Pero tuvo el efecto deseado y “desencadenó” el escándalo de Watergate; es decir, permitió que el mecanismo de la investigación del Congreso, donde por supuesto los demócratas tenían la mayoría, realizase un ataque frontal a la “presidencia imperial”. En este proceso, el concepto de privilegio del ejecutivo, anteriormente defendido calurosamente por los medios de difusión liberales, fue anulado. Ciertamente, en el deseo abrumador de destruir a Nixon, se desecharon todas las consideraciones relacionadas con la seguridad nacional.

Los perseguidores vieron facilitada su tarea por el reconocimiento, el viernes 13 de julio de 1973, de labios de un miembro del personal de la Casa Blanca de que todas las conversaciones de Nixon eran grabadas automáticamente. Tampoco en esto había nada nuevo. Roosevelt había apostado taquígrafos en un cubículo especialmente construido debajo de su oficina para escuchar de manera subrepticia a los visitantes. En 1982 se reveló que en 1940 también había utilizado grabaciones secretas, con la ayuda de la Radio Corporation of America, propietaria de una de las grandes redes de televisión. Al mismo tiempo, se reveló que Truman había ordenado grabaciones, que Eisenhower utilizaba una combinación de grabadores y cintas para dictar, que Kennedy en secreto grababa las palabras de los visitantes (y de su esposa) durante los últimos dieciséis meses de su presidencia y que Johnson tenía una propensión permanente a las grabaciones.¹⁶⁹ En realidad, uno de los primeros actos de Nixon en febrero de 1969 fue ordenar que se eliminase el sistema de grabación de Johnson, pues consideró que el método no era correcto. Pero en febrero de 1971, preocupado por la posibilidad de que los historiadores liberales del futuro describiesen erróneamente su política en Vietnam, ordenó la instalación de un nuevo sistema. Su jefe de personal, Bob Haldeman, eligió un sistema indiscriminado, que se activaba mediante la voz, “el principal perjuicio individual que un ayudante de la presidencia infligió jamás a su jefe”.¹⁷⁰ Estas cintas transcritas, las mismas que Nixon debió entregar por insistencia de los tribunales y los investigadores del Congreso— cabe presumir que bajo la mirada irónica de un fantasmal senador Joe McCarthy— fueron utilizadas para organizar un juicio político al presidente. Nunca pudo aclararse si en realidad Nixon fue culpable del intento de interferir en el curso de la justicia, tal como se afirmó, y si tal intento, en caso de haber sido real, estaba justificado por una interpretación

167 Will: *the Autobiography of G. Gordon Liddy*, Londres, 1981, p. 300.

168 Véase, por ejemplo, Maurice Stans, *The Terrors of Justice: the untold side of Watergate*, Nueva York, 1979, y James Nuechterlein, “Watergate: towards a Revisionist View”, en *Commentary*, agosto de 1979. Sirica da su propia versión: John J. Sirica, *To Set the Record Straight*, Nueva York, 1979.

169 *Daily Telegraph*, 15 de enero y 5-6 de febrero de 1982.

170 Anthony Lukas, *Nightmare: the Underside of the Nixon Years*, Nueva York, 1976, pp. 375 y ss.; Safire, op. cit., p. 292.

legítima de la razón de Estado. Nixon nunca explicó su versión del asunto, pues en lugar de arriesgarse a provocar la prolongada convulsión nacional que un juicio político acarrearía, en un proceso que podía haber llevado años, renunció en agosto de 1974. Por consiguiente, el veredicto electoral de 1972 fue anulado por lo que podría denominarse un *putsch* de los medios de difusión. La “presidencia imperial” fue sustituida por la “prensa imperial”.¹⁷¹

La caída de Nixon fue la ocasión para promover un cambio radical en el equilibrio del poder, y en beneficio de la legislatura. Cierta modificación en esta dirección quizá ya estaba algo retrasada. De todos modos, avanzó excesivamente en la dirección contraria. En 1973, la resolución de los Poderes de Guerra, aprobada por encima del veto de Nixon, impuso restricciones sin precedentes al poder del presidente de comprometer fuerzas norteamericanas en el exterior y lo obligó en todo caso a recabar la autorización del Congreso en el lapso de sesenta días. Las enmiendas Jackson-Vanik y Stevenson de 1973-1974 impusieron otras limitaciones a la política exterior presidencial. En julio-agosto de 1974, el Congreso paralizó la actividad del presidente en la crisis de Chipre; durante el otoño impuso restricciones al empleo de la CIA. En 1975 estorbó eficazmente la política del presidente en Angola. Más avanzado el mismo año, aprobó la ley de Control de las Exportaciones de Armas, que negaba la libertad de movimientos del presidente en el suministro de armas. El Congreso utilizó los controles financieros para limitar severamente el sistema de los “acuerdos presidenciales” con las potencias extranjeras; más de 6.300 de esos acuerdos presidenciales fueron concertados entre 1946 y 1974 (en cambio hubo sólo 411 tratados que exigían la sanción del Congreso). El Congreso reforzó sus agresivas restricciones del poder presidencial cuando permitió que por lo menos diecisiete comités del Senado y dieciséis de la Cámara supervisaran aspectos de la política exterior y cuando amplió su grupo de expertos hasta incluir a más de 3.000 personas (el personal del Comité de Relaciones Internacionales de la Cámara de Representantes se triplicó durante el período 1971-1977), con el propósito de supervisar las actividades de la Casa Blanca.¹⁷² Hacia fines de los años setenta, se calculaba que había por lo menos setenta enmiendas que limitaban la conducción presidencial de la política exterior. Incluso se argumentó que una prueba de la ley de Poderes de Guerra revelaría que el presidente ya no era el comandante en jefe y que la decisión acerca del mantenimiento o el retiro de tropas norteamericanas destacadas en los países extranjeros podía dejarse en manos de la Suprema Corte.¹⁷³

La influencia inmediata, y en referencia a la vida humana la más grave, de la historia de Watergate fue la destrucción de las instituciones libres en todo el territorio de Indochina. La política de retirada de Nixon tenía sentido sólo si se conseguía que los norvietnamitas dudaran de la probable actitud norteamericana en el caso de que Estados Unidos necesitara respaldar por la fuerza a sus aliados del Sur. La ley de Poderes de Guerra, la prohibición del Congreso en 1974 referida al compromiso militar norteamericano y las posteriores reducciones que impuso el Congreso a toda la ayuda al Sur, todos resultados directos del derrumbe de Watergate, anularon las necesarias ambigüedades acerca de la política norteamericana. Nixon y su sucesor Gerald Ford fueron impotentes para impedir que los norvietnamitas faltasen a los acuerdos y se apoderasen de todo. Algunos expertos franceses habían sostenido siempre que la verdadera causa de la guerra en Indochina y su factor más dinámico eran el expansionismo agresivo de los norvietnamitas y su deseo secular, facilitado ahora por la organización y la actitud implacable de los comunistas, de dominar a todos los pueblos de Indochina. Esa tesis se vio robustecida por los acontecimientos. A medida que se debilitó la ayuda norteamericana, el equilibrio militar cambió decisivamente a favor del Norte a lo largo de 1973. Hacia fines de ese año, el Norte había alcanzado una superioridad de dos a uno y desencadenó una invasión general. En enero de 1975 fue necesario evacuar la totalidad de Vietnam Central y un millón de refugiados huyó en dirección a Saigón. En una última y desesperada apelación al Congreso, el presidente Ford rogó: “La renuncia norteamericana a

171 Tom Bethell y Charles Peters, “The Imperial Press”, en *Washington Monthly*, noviembre de 1976.

172 Lee H. Hamilton y Michael H. Van Dusen, “Making the Separation of Powers Work”, en *Foreign Affairs*, otoño de 1978.

173 Georgetown University Conference on Leadership, Williamsburg, Virginia, reseñada en *Wall Street Journal*, 15 de mayo de 1980.

suministrar ayuda adecuada a los aliados que luchan por su propia vida podría afectar gravemente nuestra credibilidad como aliado en el mundo entero”.¹⁷⁴ Pero el Congreso no hizo nada. Durante su conferencia de prensa del 26 de marzo, Ford lanzó un nuevo llamado y previno acerca de “un cambio fundamental en la política exterior de muchos países y una amenaza decisiva [...] a la seguridad de Estados Unidos”.¹⁷⁵ El Congreso continuó dando vuelta la cara. Menos de cuatro semanas después, el 21 de abril, el gobierno vietnamita renunció. Los helicópteros de la marina rescataron a los funcionarios norteamericanos y a unos pocos amigos vietnamitas del techo de la embajada norteamericana en Saigón. Nueve días más tarde, los tanques comunistas entraron en la ciudad. Fue la derrota más grave y humillante de la historia norteamericana. Para los pueblos de la región resultó una catástrofe.

Las elites comunistas que tomaron el poder por la fuerza en Indochina entera, en abril de 1975, inmediatamente iniciaron programas nacionales de ingeniería social que recordaron la colectivización de los campesinos realizada por Stalin, aunque en ciertos aspectos fueron incluso más inhumanas. El proceso mejor documentado es la “ruralización” ejecutada en Camboya por el Khmer Rouge comunista, que entró en la capital, Phnom Penh, a mediados de abril; la embajada norteamericana había sido evacuada el día 12. Las atrocidades comenzaron el 17 de abril. Estuvieron a cargo sobre todo de soldados campesinos analfabetos, pero todo fue planeado dos años antes por un grupo de ideólogos de clase media que se autodenominaban *Angka Loeu* (“la organización superior”). Los detalles del plan habían sido obtenidos por Kenneth Quinn, un experto del Departamento de Estado, que lo difundió en un informe fechado el 20 de febrero de 1974.¹⁷⁶ El esquema era un intento de condensar, en un golpe terrorífico, los cambios sociales promovidos a lo largo de veinticinco años en la China de Mao. Debía procederse a una “revolución social de carácter total”. Todo lo que pertenecía al pasado era “anatema y tiene que ser destruido”. Era necesario “reconstruir psicológicamente a los miembros individuales de la sociedad”. Esto implicaba “desintegrar, mediante el terror y apelando a otros medios, las bases, las estructuras y las fuerzas tradicionales que han plasmado y orientado la vida del individuo” y después “reconstruirlas de acuerdo con las doctrinas del partido, sustituyéndolas por una serie de valores nuevos”.¹⁷⁷ La *Angka Loeu* estaba formada por unos veinte intelectuales que eran políticos profesionales y sobre todo docentes y burócratas. De los ocho líderes, todos de alrededor de cuarenta años (uno era una mujer), cinco eran docentes, uno era profesor universitario, uno economista y uno burócrata. Todos habían estudiado en Francia durante los años cincuenta y allí habían absorbido la doctrina de la “violencia necesaria” predicada por la izquierda radical. Eran los hijos de Sartre. Es notable que, mientras este grupo de ideólogos predicaba las virtudes de la vida rural, ninguno hubiese realizado trabajos manuales o tuviese la más mínima experiencia en la creación de riqueza. A semejanza de Lenin, eran intelectuales puros. Simbolizaban la gran fuerza destructiva del siglo XX: el fanático religioso reencarnado en la figura del político profesional. Lo que hicieron ilustró el implacable carácter final de las ideas. En otra edad o en cualquier otro lugar, los planes de esos pedantes salvajes hubiesen permanecido circunscriptos a sus imaginaciones febriles. En Camboya, durante el año 1975, era posible llevarlos a la práctica.

El 17 de abril, más de 3 millones de personas vivían en Phnom Penh. Se los empujó hacia la campiña circundante. La violencia comenzó a las 7 de la mañana con ataques dirigidos contra las tiendas chinas y después hubo un saqueo general. Las primeras muertes sucedieron a las 8.45 de la mañana. Quince minutos más tarde, los soldados comenzaron a evacuar el hospital militar y enviaron a la calle a los médicos, las enfermeras, los enfermos y los moribundos. Una hora más tarde abrieron fuego sobre todos los que estaban en las calles, con el fin de desencadenar el pánico y provocar la evacuación. A mediodía se procedió a dismantelar el hospital Preah Ket Melea: centenares de hombres, mujeres y niños, expulsados a punta de pistola, salieron a las elevadísimas

174 Gerald Ford, *Public Papers 1975*, Washington D. C., 1977, p. 119.

175 *State Department Bulletin*, 14 de abril de 1975.

176 *Political Change in Wartime: the Khmer Krahom Revolution in Southern Cambodia 1970-1974*, documento presentado en la Convención de la American Political Science Association, San Francisco, 4 de septiembre de 1975.

177 *Ibid.*

temperaturas de mediodía. De los 20.000 heridos que estaban en la ciudad, hacia la caída de la tarde todos estaban en la jungla. Un hombre avanzaba cargando a su hijo, a quien acababan de amputar ambas piernas; otros empujaban las camas de los enfermos muy graves y sostenían botellas de plasma y suero. Se vaciaron todos los hospitales de la ciudad. Fueron destruidos todos los documentos y archivos. Los libros fueron arrojados al río Mekong o quemados en las orillas. Se procedió a incinerar el papel moneda de la Banque Khmer de Commerce. Los automóviles, las motocicletas y las bicicletas fueron secuestrados. Los soldados dispararon cohetes y bazukas sobre las casas en las que se advertía movimiento. Hubo muchas ejecuciones sumarias. Se dijo al resto: “Salgan inmediatamente de aquí o los mataremos a todos”. Hacia la noche se cortó el suministro de agua. Lo que confería al episodio su horror peculiarmente kafkiano era la ausencia de autoridad visible. Los soldados campesinos se limitaban a matar y aterrorizar; obedecían órdenes e invocaban los mandatos de la *Angka Loeu*. No se dieron explicaciones. Los intelectuales que habían planeado el asunto jamás aparecieron.¹⁷⁸

El 23 de abril, las tropas comenzaron a vaciar las restantes ciudades, con poblaciones que oscilaban entre 15.000 a 200.000 personas. Hubo muchas atrocidades. En Siem Reap, más de cien pacientes del hospital Monte Peth fueron asesinados en sus lechos con garrotes y cuchillos; cuarenta más fueron asesinados en el hospital militar. De acuerdo con la pauta de Stalin en Polonia, hubo masacres de oficiales; por ejemplo, en Mogkol Borei se obligó a un grupo de doscientos a entrar en un campo minado que fue preparado especialmente con ese fin. En la Pagoda Svay, cerca de Sisophon, ochenta y ocho pilotos fueron muertos a garrotazos. Otros grupos asesinados en masa fueron los mendigos callejeros, las prostitutas, los heridos graves y los enfermos incurables descubiertos en los hospitales, los servidores civiles, los docentes y los estudiantes. Como en la gran masacre de Indonesia, las familias de los “culpables” fueron liquidadas para impedir la “venganza”: jóvenes soldados del sexo femenino del Khmer Rouge arrojaban a las mujeres y los niños pequeños a los pozos de la muerte. Pero no hubo muchos esfuerzos con el fin de ocultar las muertes: los cuerpos se descomponían o flotaban río abajo.¹⁷⁹

En junio, 3.500.000 personas de las ciudades y 500.000 de las aldeas “malas” habían sido dispersadas en el campo y habían sido puestas a trabajar para construir nuevas aldeas, a menudo con las manos desnudas. Se advirtió a los haraganes que serían “molidos por la rueda de la historia”, una sorprendente imagen del leninismo llevada a la práctica.

Se prohibió la relación sexual; el adulterio o la fornicación eran castigados con la muerte y se aplicaba implacablemente la sentencia. Se prohibía a los miembros de las parejas casadas que mantuviesen conversaciones prolongadas, pues se afirmaba que eso era “discutir” y se castigaba con la muerte si se hacía esto por segunda vez. Cuando el hambre y la epidemia se difundieron, los viejos y enfermos y los muy jóvenes, sobre todo si eran huérfanos, fueron abandonados. Se ejecutaba en público y se obligaba a mirar a los parientes mientras el hermano, la madre o el hijo eran sometidos al garrote vil o decapitados, apuñalados, muertos a golpes o liquidados a hachazos. A veces se ejecutaba simultáneamente a los miembros de familias enteras. Los ex oficiales eran a menudo torturados hasta la muerte o mutilados antes de la ejecución. En Do Nauy, cortaron la nariz y las orejas del coronel Saray Savath y después lo crucificaron sobre un árbol; murió al tercer día. En el mismo lugar, un docente llamado Tan Samay, que desobedeció la orden de enseñar a sus alumnos únicamente el trabajo de la tierra, fue ahorcado; sus propios alumnos, de ocho a diez años, tuvieron que realizar la ejecución mientras gritaban “¡Maestro incapaz!”.¹⁸⁰ La terrible lista de crueldades es interminable.

En abril de 1976 asumió la jefatura de Estado el líder de la *Angka Loeu*, Khieu Samphan, y más tarde lo sucedió otro intelectual fanático de la clase media llamado Pol Pot. Como jefe de Estado,

178 Evidencia recogida entre más de 300 refugiados en campos de Tailandia, Malasia, Francia y los Estados Unidos, octubre de 1975. A octubre de 1976, publicada en John Barron y Anthony Paul, *Peace with Horror*, Londres, 1977, pp. 10-31.

179 *Ibid.*, pp. 66-85; *New York Times*, 9 de mayo de 1974, 31 de octubre de 1977, 13 de mayo de 1978; *Washington Post*, 21 de julio de 1977, 2, 3 y 4 de mayo y 1 de junio de 1978.

180 Barron y Paul, op. cit., pp. 136-149.

Khieu asistió a la conferencia de las naciones presuntamente no alineadas en Colombo, en agosto de 1976, y en una confusa entrevista con una revista italiana pareció reconocer que un millón de “criminales de guerra”, como los denominó, habían perecido desde que el Khmer Rouge asumiera el poder. Por esa época, los asesinatos en gran escala continuaban. De acuerdo con una serie de cálculos, basados en entrevistas a más de 300 testigos y en la obra del erudito francés, François Ponchaud, que interrogó a muchos más, alrededor de 100.000 camboyanos fueron ejecutados, 20.000 murieron mientras intentaban huir, 400.000 perecieron en el éxodo forzado de las ciudades, otros 430.000 murieron en los campos y las “aldeas” antes de fines de 1975, y 250.000 más en 1976. Por lo tanto, entre abril de 1975 y comienzos de 1977, los ideólogos marxistas-leninistas terminaron con la vida de 1.200.000 personas, es decir, un quinto de la población.¹⁸¹

Aunque las atrocidades de Camboya concitaron especial atención en Occidente, hubo procesos semejantes de ingeniería social en Laos y Vietnam del Sur. En Laos, la clase media había sido destruida o expulsada a Tailandia hacia fines de 1975, cuando se estableció una República Democrática Popular, en realidad, la pantalla de la colonización de los norvietnamitas. Las minorías fueron aplastadas o expulsadas, y en el norte la colonización masiva, a cargo de los campesinos norvietnamitas, se realizó durante los años 1977 y 1978. En julio de 1976, Vietnam del Sur fue “unificada” con el Norte, bajo el control norteño. Como en Camboya, un número elevado pero desconocido de habitantes urbanos fue obligado a trasladarse al campo. El secretario general del Partido Comunista vietnamita, Le Duan, anunció que el nivel de vida descendería. “El pueblo del Sur”, dijo, había “alcanzado niveles de vida muy elevados para la economía del país”. Esta “sociedad de consumo” era “todo lo contrario de una vida realmente feliz y civilizada”. Eso fue todo. El periódico partidario se refirió al “sometimiento de todo nuestro pueblo a la voluntad de la clase avanzada que representa la sociedad”. En enero de 1977 había 200.000 prisioneros políticos, además de realizarse varios miles de ejecuciones. En diciembre de 1978, la elite de Vietnam del Norte finalmente rompió con el régimen de Pot en Camboya, invadió el país y ocupó Phnom Penh el 7 de enero de 1979. Desde el punto de vista práctico, la totalidad de Indochina estaba “unida” bajo una dictadura militar norvietnamita, con 200.000 soldados viet en Kampuchea (como se denominó Camboya) y 20.000 en Laos. En 1980 Vietnam tenía bastante más de un millón de soldados en sus fuerzas armadas, que, junto con Cuba, era una de las más considerables *per cápita* del mundo.¹⁸² Era una horrible combinación de la “lucha por la liberación”, que ahora ingresaba en una nueva fase, con movimientos de guerrillas, apoyados por China, y dirigidos contra Hanoi, mientras Rusia soviética suministraba a los imperialistas norvietnamitas los helicópteros artillados que le permitirían mantener su supremacía. Pero el siglo XX abunda en tales ironías.

Estos acontecimientos fueron vistos con apatía en Estados Unidos y más aún en todo el Occidente. Eran simplemente un aspecto marginal del proceso de desilusión tan característico de los años setenta, que se centró cada vez más en el declinante desempeño de la economía mundial. La guerra de Vietnam y su amarga secuela, la gran sociedad y su derrumbe, la presidencia imperial y su destrucción, todos estos factores combinados fueron un intento de suicidio de la superpotencia de Occidente. Hubo factores poderosos que pusieron término a la gran expansión económica de la posguerra y promovieron el retorno de la sociedad internacional al temor y la inquietud de los años treinta. Lo que tiene la misma importancia, estos factores debilitaron la capacidad de liderazgo norteamericano para responder a la nueva inestabilidad.

¹⁸¹ *Ibid.*, pp. 202 y ss.

¹⁸² *Annual Register 1981*, Londres, 1982.

19 LOS AÑOS SETENTA, UNA DÉCADA COLECTIVISTA

El desorden económico precede al desorden militar de la guerra. El derrumbe económico de principios de los años treinta posibilitó, sin duda, la segunda guerra mundial. Concluida la contienda, los estadistas occidentales buscaron sinceramente una orientación que les permitiera evitar la repetición de esta pauta. El resultado fue el período keynesiano. Keynes había definido la esencia de su filosofía en su famosa carta al *New York Times*, en 1933: “Asigno abrumadora importancia al aumento del poder adquisitivo nacional que es consecuencia de la erogación oficial, financiada con préstamos”.¹ Durante los años cincuenta y sesenta, este eje conceptual keynesiano se convirtió en el principio rector de la política económica de las principales economías de Occidente. Más aún, se adoptó el keynesianismo en el ámbito internacional. En julio de 1944, en Bretton Woods (New Hampshire), Keynes y Harry Dexter White, funcionario del Tesoro norteamericano, crearon el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. El altivo representante del rey juzgó a White insoportablemente grosero; no tenía “la más mínima idea” de lo que es “una conducta civilizada”. White llamaba “su alteza real” a Keynes; pero en la práctica, estos dos hombres, que guardaban uno y otro secretos culpables, cooperaron eficazmente. Keynes sostuvo que el papel representado por Londres antes de 1914 (es decir, la dirección del sistema monetario internacional) estaba vacante a causa de la debilidad británica entre las dos guerras y que ésa era la causa del desastre. El nuevo sistema debía llenar el vacío. Extendía “los principios de la banca local al campo internacional [...] cuando un individuo quiere dejar ociosos sus recursos, éstos no son retirados de la circulación, sino que pueden ser utilizados por otro que está dispuesto a usarlos, y sin que el primero pierda su liquidez”.²

El nuevo sistema nació en mayo de 1946. Funcionó muy bien, sobre todo a causa del auge de la economía norteamericana y debido a que los dirigentes de su política estaban dispuestos a aplicar al mundo los criterios keynesianos. Existía una insaciable demanda mundial de dólares y Washington estaba dispuesto a suministrarlos por medio del Plan Marshall, otros programas de ayuda al exterior o préstamos baratos. El resultado fue la expansión económica más rápida y prolongada de la historia del mundo. El comercio mundial, que en realidad había disminuido un 3 por ciento a principios de los años treinta y que había recuperado el terreno perdido sólo hacia el fin de la década, creció en el cuarto de siglo que se extiende de 1948 a 1971 según el notable promedio anual del 7,27 por ciento.³ Nunca se había visto nada semejante. Incluso durante el breve frenesí de 1926-1929, el índice había sido de sólo 6,74 por ciento. La expansión industrial exhibió el mismo aumento desusado. Durante los 266 años acerca de los que se dispone de cifras razonables, es decir el período que va de 1705 a 1971, la masa de la producción industrial del mundo aumentó 1.730 veces. Durante el cuarto de siglo que comienza en 1948, el crecimiento de la producción industrial representó bastante más de la mitad de este aumento. El incremento de la producción industrial en el mundo entero alcanzó un promedio del 5,6 por ciento y mantuvo ese nivel año tras año.⁴

El marco de estabilidad que posibilitó este enorme progreso material de la condición humana fue aportado por el dólar, que adquirió el carácter de una moneda internacional administrada generosamente. Pero la confiabilidad del dólar dependía de la solidez de la economía norteamericana y, durante los años sesenta, sucesivos presidentes norteamericanos presionaron cada vez más sobre esa economía. Más aún, Estados Unidos era esencialmente una economía de empresarios. Su éxito dependía especialmente de la existencia de una atmósfera favorable, en la que

1 *New York Times*, 31 de diciembre de 1933.

2 Carta a Montagu Norman, *Collected Writings of J. M. Keynes*, XXV, pp. 98-99.

3 Rostow, *World Economy*, p. 68, tabla 11-7.

4 *Ibid.*, p. 49.

los hombres de negocios se sentían seguros y apreciados. Esa atmósfera había existido durante los años veinte. Desapareció en los años treinta. Reapareció durante la guerra, cuando se necesitó de las empresas para destruir a Hitler, y perduró hasta el final del gobierno de Eisenhower. Durante la década de los sesenta tuvo lugar un gran cambio. La atmósfera nacional se mostró hostil a los negocios. La primera señal de que se avecinaban dificultades fue el retorno a una aplicación vigorosa de la legislación antitrust. El Departamento de Justicia desencadenó un ataque frontal sobre la industria de artículos eléctricos. A principios de 1961, varios altos funcionarios de General Electric y Westinghouse, y también las mismas empresas, fueron acusados del delito de acordar la fijación de precios. La lectura de la sentencia insumió dos días. Siete importantes empresarios fueron encarcelados; las multas sumaron casi 2 millones de dólares.⁵

Esto fue sólo un anticipo. Los hermanos Kennedy fueron educados por su padre (que había sido especulador) en el odio a los hombres de negocios.⁶ El resultado fue el ataque en 1962 a la industria siderúrgica, dirigido por el fiscal general Robert Kennedy, que había aprendido las técnicas de la persecución y la manipulación judicial cuando era miembro del elenco de Joe McCarthy. El *Christian Science Monitor* preguntó: “Después de esta exhibición de poder descarnado [...] ¿hasta dónde podrá hablarse de la libertad de la economía norteamericana?”. El *Wall Street Journal* se quejaba de que el gobierno estaba coaccionando a la industria siderúrgica “mediante la presión del miedo, con el poder descarnado, las amenazas, mediante los agentes de la policía de seguridad del Estado”.⁷ El resultado fue la primera caída del mercado de valores de Nueva York en la posguerra. Se recuperó, pero las acciones de algunas industrias nunca volvieron a superar el nivel de la inflación. En 1966, cuando la inflación superó por primera vez la barrera del 3 por ciento y las tasas de interés llegaron al nivel entonces inquietante del 5,5 por ciento, el gran mercado alcista perdió impulso. En 1968, el año en que culminaron las dificultades de Johnson, el crecimiento de las acciones cesó por completo y el índice industrial Dow-Jones no llegó a la marca mágica de 1.000. Doce años después, con las correspondientes rectificaciones por la inflación, había descendido a alrededor de 300.⁸ Solamente durante la década de los setenta el valor de las acciones ordinarias de la Bolsa de Valores de Nueva York cayó alrededor del 42 por ciento.⁹ La pérdida de confianza en las acciones, es decir, en la economía empresarial norteamericana, fue acumulativamente tan grave como durante el derrumbe de Hoover, aunque abarcó un período mucho más prolongado.

La caída del mercado de valores fue sólo el comienzo de las dificultades de las empresas norteamericanas. En 1961, Rachel Carson publicó *The Sea Around Us* y al año siguiente *The Silent Spring*, obras con las que llamó la atención sobre la alarmante contaminación de los recursos naturales de las economías modernas en auge, sobre todo por los productos químicos de desecho y el empleo de insecticidas con el fin de aumentar la producción agrícola. En 1965, Ralph Nader publicó *Unsafe at Any Speed*; en esta obra afirmó que el producto característico de la industria norteamericana del automotor, el corazón mismo de la economía industrial, era una trampa mortal. Estas obras constituían correctivos necesarios de los dañinos efectos colaterales del crecimiento rápido; pero inauguraron una era en la que la protección del medio y del consumidor se convirtió en una cruzada casi religiosa, desarrollada con un celo cada vez más fanático. Ejerció una atracción especial sobre los centenares de miles de graduados, que ahora egresaban de los claustros como consecuencia de la expansión de la educación superior y que ansiaban hallar el modo de manifestar el radicalismo que habían absorbido en las universidades. Nada podía ser más eficaz para crear una atmósfera hostil a las empresas que el fortalecimiento del *lobby* de la salud y la seguridad. Se convirtió en un rasgo destacado de la vida norteamericana desde mediados de los años sesenta en adelante y pronto se reflejó en una gran cantidad de leyes y reglamentaciones. Aprovechando su extraordinaria capacidad para conseguir que el Congreso aprobase proyectos, Lyndon Johnson inició el proceso: en 1964, la ley de Usos Múltiples y la ley de la Tierra y el Agua; en 1965, la ley

5 Richard Austin Smith, “The Incredible Electrical Conspiracy”, en *Fortune*, abril-mayo de 1961.

6 Schlesinger, *Robert Kennedy*, p. 405.

7 *Christian Science Monitor*, 16 de abril de 1962; *Wall Street Journal*, 19 de abril de 1962.

8 Robert Sobell, *The Last Bull Market: Wall Street in the 1960s*, Nueva York, 1980.

9 James Lorie, “The Second Great Crash”, en *Wall Street Journal*, 2 de junio de 1980.

de Contaminación del Agua y la ley del Aire Puro; en 1966, la ley de Recuperación del Agua Pura. Cuando Johnson flaqueó, el Congreso Conservacionista de 1968 tomó la iniciativa y la mantuvo hasta los años setenta, cuando una serie de gigantescas leyes impuso lo que se denominó “ecotopia” a las empresas norteamericanas: la ley de Protección del Ambiente, la ley de Control de Sustancias Tóxicas, la ley de Salud y Seguridad Profesional, la ley de Enmiendas a las Normas acerca del Aire Puro y una serie completa de leyes acerca de alimentos y drogas. En 1976 se calculaba que el cumplimiento de las nuevas reglamentaciones estaba costando a las empresas 63.000 millones de dólares anuales, más 3.000 millones de fondos que los contribuyentes pagaron para mantener a los organismos oficiales de aplicación. Los costos totales sobrepasaban los 100.000 millones en 1979.¹⁰

El efecto sobre la productividad fue igualmente grave. Un ejemplo fue la industria del carbón, en donde la producción era de 19,9 toneladas diarias por trabajador en 1969. En 1976, cuando ya se habían sentido los efectos plenos de la ley de Salud y Seguridad en las Minas de Carbón (en cierto sentido una norma muy positiva), la producción había descendido a 13,6 toneladas, es decir, una reducción del 32 por ciento.¹¹ En 1975, la productividad de toda la industria norteamericana era un 1,4 por ciento inferior a la que se hubiera obtenido en otras condiciones, como resultado del cumplimiento de las normas oficiales acerca de la contaminación y seguridad laboral.¹² Por lo tanto, a fines de los años sesenta y durante la década de los setenta, el exceso de reglamentaciones oficiales estaba provocando en la economía norteamericana el mismo tipo de fricción destructiva que los privilegios legales de los sindicatos originaban en Gran Bretaña. En consecuencia, durante la década que va de 1967 a 1977, la productividad de la industria manufacturera norteamericana creció sólo el 27 por ciento, más o menos lo mismo que en Gran Bretaña, mientras que la cifra correspondiente de Alemania Occidental fue el 70 por ciento, la de Francia el 72 por ciento y la de Japón el 107 por ciento. Desde mediados de los años setenta en adelante, la productividad norteamericana en realidad descendió. Los análisis más detallados del estancamiento y la declinación del dinamismo económico norteamericano sugerían que las causas fueron, sobre todo, políticas: la incapacidad para controlar la oferta de dinero, las cargas impositivas excesivas y, en especial, la intervención y la reglamentación del gobierno.¹³

Sin embargo, la atmósfera contraria a las empresas no fue sólo creación de la política. Fue también obra de los tribunales, que durante los años sesenta ingresaron en un periodo de expansión agresiva —parte del movimiento orientado hacia una sociedad litigiosa— encabezado por la Suprema Corte. Waite, presidente de la Suprema Corte, había formulado un principio acertado en 1877: “Para protegerse de los abusos de las legislaturas, el pueblo debe acudir a las urnas, no a los tribunales”. Pero durante los años cincuenta y principios de los sesenta, los Estados Unidos liberales habían apelado a los tribunales para corregir la negativa del Congreso a aprobar leyes eficaces de derechos civiles. Los tribunales respondieron a los reclamos y, después de saborear el gusto del poder, insistieron en su actitud mucho después de que se había ganado la batalla esencial por los derechos civiles. Erosionaron la esfera legítima no sólo del Congreso sino de la presidencia, y no sólo en la esfera de los derechos sino en la dirección de la economía. Por consiguiente, durante los años setenta se presenció el nacimiento tanto de la “prensa imperial” como del “poder judicial imperial”.

La intención de los tribunales se orientó en especial contra los empresarios, sobre todo cuando el poder judicial, mediante una extensión del concepto de los derechos civiles, adoptó el principio de la “acción afirmativa” (es decir, la discriminación a favor de los “grupos menos privilegiados”) y comenzó el proceso de imposición de las “cuotas raciales”. Éste fue solamente un aspecto de los

10 Robert DeFina, *Public and Private Expenditures for Federal Regulation of Business*, Washington University, San Luis, 1977; Murray L. Weidenbaum, *Government Power and Business Performance*, Stanford, 1980.

11 Weidenbaum, op. cit.

12 Edward F. Denison en *Survey of Current Business* (US Department of Commerce), Washington D. C., enero de 1978.

13 Denison, *Survey of Current Business*, agosto de 1979, parte II, y también *Accounting for Slower Economic Growth: the United States in the 1970s*, Washington D. C., 1980.

“derechos”; los correspondientes a las mujeres, los homosexuales, los impedidos y muchas otras entidades colectivas fueron interpretados por los tribunales como formas que podían ser defendidas contra instituciones poderosas, por ejemplo las empresas o el gobierno. De hecho, la Suprema Corte reinterpretó la constitución para afirmar las preferencias políticas y legislativas específicas de los jueces, que eran liberales. De modo que los principios constitucionales y la práctica legal derivada de ellos variaron con temible rapidez.¹⁴ Una proporción cada vez más elevada de los recursos de las empresas y el tiempo de los ejecutivos debió consagrarse a atender los litigios; durante los años setenta, Estados Unidos tenía cuádruple número de abogados per cápita que Alemania Occidental y veinte veces el número de abogados existente en Japón.¹⁵

Los tribunales también contribuyeron a dificultar que el gobierno, a nivel local, estatal o federal, redujese la magnitud y el costo del sector público. Cuando Nixon cortó los fondos, para el período 1974, de la Oficina de Oportunidad Económica, lo que implicaba clausurar sus novecientos organismos de acción comunitaria (una extravagancia burocrática sin mucho valor práctico), un juez federal falló que ese acto era ilegal.¹⁶ Los tribunales dictaminaron, asimismo, que una autoridad oficial que no suministraba servicios sociales o de bienestar, de modo que infringía los derechos civiles de los ciudadanos, podía ser demandada por daños; que una autoridad que reducía el personal de una cárcel por razones de economía perjudicaba los derechos civiles de los detenidos; que el acto del Congreso cuando negaba fondos para cierta área de los derechos civiles (por ejemplo, el derecho al aborto) era inconstitucional y que todos los departamentos de gobierno y todas las empresas privadas que tenían fondos o contratos oficiales debían emplear a las distintas razas de acuerdo con un sistema de cuotas.¹⁷ El efecto acumulativo de estas y muchas otras decisiones análogas fue dificultar seriamente la contención de los gastos oficiales y la renovación de la confianza y la eficiencia de las empresas.

El año culminante de la posguerra en la economía norteamericana, comparada con la del resto del mundo, fue 1968, cuando la producción industrial norteamericana sobrepasó el tercio (34 por ciento) del total del mundo. Constituyó también el momento culminante de la supremacía global norteamericana, el año de la agonía de Lyndon Johnson, el punto en que la carga combinada del gasto externo e interno llegó a ser insoportable. Después, todo fue decadencia. Con la declinación económica relativa de Estados Unidos tuvo lugar un debilitamiento progresivo del dólar como moneda de reserva. Resultaba inevitable que este proceso pusiera en tela de juicio los acuerdos de Bretton Woods. Desde fines de los años sesenta Washington cesó de controlar el sistema monetario mundial. Hasta cierto punto cesó de controlar su propio circulante, pues la cantidad de dólares no repatriados —lo que de Gaulle estigmatizó con la afirmación de que “Estados Unidos exporta su propia inflación”— alcanzó proporciones catastróficas. La era del dólar concluyó. Surgió la era del eurodólar.

Ya en 1949 los comunistas chinos, temerosos de que Estados Unidos bloquease los dólares que ellos ganaban, decidieron depositar sus dólares fuera de ese país, en un banco soviético de París. La dirección cablegráfica era Eurobank, de ahí el término de eurodólar. Estados Unidos comenzó a tener déficit en 1958 y después el flujo de dólares hacia Europa aumentó constantemente. El financista británico sir George Bolton, del Banco de Londres y América del Sur, concibió la idea de que por primera vez había una moneda que se desarrollaba al margen de la supervisión nacional, un circulante expatriado que podía suministrar montos colosales de crédito. Convirtió a Londres en el centro del nuevo sistema de eurodólares.¹⁸ El mercado del eurodólar se triplicó solamente en 1959; volvió a duplicarse en 1960. Los intentos de Kennedy de destruirlo mediante los controles

14 R. A. Maidment, “The US Supreme Court and Affirmative Action: the Cases of Bakka, Weber and Fullilove”, en *Journal of American Studies*, diciembre de 1981.

15 Laurence H. Silberman, “Will Lawyers Strangle Democratic Capitalism?”, en *Regulation*, Washington D. C., marzo-abril de 1978.

16 John Osborne, *White House Watch: the Ford Years*, Washington D. C., 1977, p. 68.

17 *Washington Star*, 16 de abril de 1980; *Washington Post*, 18 de abril de 1980; *Wall Street Journal*, 24 de abril de 1980; Carl Cohen, “Justice Debased: the Weber Decision”, en *Commentary*, septiembre de 1979.

18 Richard Fry, ed., *A Banker's World*, Londres, 1979, p. 7.

acentuaron, a lo sumo, la atracción que ejercía. Las medidas análogas adoptadas por algunos gobiernos europeos fueron igualmente contraproducentes. Resultó un buen ejemplo del modo en que el mercado desafía el puritarismo represivo y a los gobiernos y los organismos mundiales. Como dijo Walter Wriston, del Citibank de Nueva York, el mercado de la euromoneda fue “engendrado por los controles”. De hecho, era una especie de sistema financiero mundial del mercado negro. Liberado de la interferencia oficial, pudo aprovechar exhaustivamente las nuevas comunicaciones electrónicas que aparecieron durante las décadas de los sesenta y los setenta. Citando nuevamente a Wriston, “la humanidad tiene ahora un mercado internacional completamente integrado de carácter financiero e informativo, que puede trasladar dinero e ideas a cualquier lugar de este planeta en cuestión de minutos”.¹⁹

Por supuesto, el mercado del eurodólar, producto de la inflación norteamericana, era a su vez un fenómeno altamente inflacionario. Reproducía algunas de las peores características del mercado de dinero de Nueva York durante la década de los veinte, especialmente en el área de los préstamos internacionales. Acentuó la naturaleza volátil del dinero, acumuló el crédito en múltiples niveles de préstamos y de ese modo creó “dólares” que no existían.²⁰ Se inventaron los eurobonos y los eurocréditos. La totalidad de los grandes bancos mundiales ingresó en el mercado y estas instituciones formaron sindicatos para conceder préstamos a los gobiernos en una escala nunca antes imaginada. El primer préstamo de eurodólares otorgado por un sindicato fue a manos del sha de Irán en 1969. Era por 80 millones de dólares. Italia obtuvo un préstamo de 200 millones más avanzado el mismo año. Poco después, cerca de doscientos bancos se unieron en sindicatos, y la magnitud y el número de los préstamos, así como la velocidad de su tramitación aumentaron de manera dramática. El préstamo de mil millones de dólares se convirtió en rutina. Los bancos comerciales reemplazaron a los acaudalados gobiernos occidentales y a la ayuda para el desarrollo como principal fuente de financiación del tercer mundo. En 1967, los bancos comerciales representaban sólo el 12 por ciento de la deuda pública externa del mundo. Hacia fines de 1975 sobrepasaron, con paso rápido, la marca del 50 por ciento.²¹

Cuando los bancos se hicieron cargo del sistema monetario internacional, se vio anulado el papel de supervisor de Washington. En 1971, el gobierno de Nixon perdió o abandonó el control de lo que estaba sucediendo.²² Dos años después, en marzo de 1973, Nixon cortó el nexo entre el oro y los dólares, y entonces la mayoría de las principales divisas flotó, en forma individual o en grupos. Esta flotación reveló la debilidad del dólar, que perdió el 40 por ciento de su valor por referencia al *deutschmark*, entre febrero y marzo de 1973. También aumentó la velocidad y acentuó la histeria de los movimientos monetarios que, gracias a los equipos electrónicos, cruzaron y volvieron a cruzar las fronteras en masas gigantescas (a fines de los años setenta, las transacciones monetarias solamente en Nueva York alcanzaron un promedio de 23.000 millones diarios).²³ En resumen, en el otoño de 1973, las bases financieras de la economía mundial estaban desintegrándose. Lo único que se necesitaba para desencadenar un desastre era un choque súbito. Lo que sucedió no fue sólo un choque, fue un terremoto.

No resultó casual que el terremoto se originase en Medio Oriente. El gran auge de la posguerra había sido impulsado por la energía barata. Entre 1951 y 1972 el precio del combustible descendió constantemente comparado con el precio de los artículos manufacturados. Disminuyó con brusquedad en términos relativos y, durante los años 1963 a 1969, descendió también en términos absolutos.²⁴ Esta caída del precio fue posible gracias al rápido aumento de las exportaciones de petróleo barato de Medio Oriente. Es significativo que los tres sectores principales del auge de la

19 Discurso en la International Monetary Conference, Londres, 11 de junio de 1979, citado en Anthony Sampson, *The Money Lenders: Bankers in a Dangerous World*, Londres, 1981, cap. 7, pp. 106 y ss.; describe el origen del sistema del Eurodólar.

20 Geoffrey Bell, *The Euro-dollar Market and the International Financial System*, Nueva York, 1973.

21 Irving Friedman, *The Emerging Role of Private Banks in the Developing World*, Nueva York, 1977.

22 Charles Coombs, *The Arena of International Finance*, Nueva York, 1976, p. 219.

23 Geoffrey Bell, “Developments in the International Monetary System Since Floating”, en *Schroders International*, noviembre de 1980.

24 Rostow, *World Economy*, pp. 248-249.

economía occidental: los motores, los productos químicos y la electricidad, tuviesen un elevado componente de energía y, en definitiva, de petróleo.²⁵ Al pensar que la energía mantendría un bajo costo, todas las naciones industriales exhibieron una actitud miope. La política energética norteamericana fue un caso particularmente lamentable de imprevisión, pues la intervención oficial mantuvo los precios internos en un nivel muy inferior al de los promedios mundiales. De la condición de exportador mundial de energía, Estados Unidos pasó a la de importador neto —el 7 por ciento del total en 1960— mientras su consumo de energía aumentaba velozmente año tras año (el 5 por ciento anual durante la segunda mitad de los años sesenta). Sus importaciones de derivados del petróleo eran sumamente inquietantes: en 1960 importó el 10 por ciento; en 1968 el 28 por ciento; en 1973 el 36 por ciento.²⁶ La producción norteamericana de petróleo llegó a su punto culminante en 1970 y luego descendió.

Los gobernantes de los estados petroleros de Medio Oriente advirtieron que Occidente y Japón dependían cada vez más de las exportaciones de petróleo de aquéllos y que no atinaban a crear fuentes suplementarias o alternativas de energía. Algunos, sobre todo el sha de Irán, se sintieron impresionados por los argumentos de los ecólogos de que las naciones industriales avanzadas, particularmente Estados Unidos, estaban agotando con excesiva rapidez los recursos naturales porque les fijaban un precio demasiado bajo. En 1972-1973 ya había signos de que las materias primas y otros productos; por ejemplo los agrícolas, comenzaban a aumentar de precio, y el petróleo siguió también ese curso. El sha trató de persuadir a sus colegas, los gobernantes de la región, de que los países exportadores de petróleo de Medio Oriente debían aumentar más lentamente la producción y elevar los precios; de ese modo se elevaría el valor del petróleo de subsuelo. Pero para aplicar este consejo, esos gobernantes necesitaban tanto una razón como un sentimiento: el odio a Israel y a Estados Unidos, aliado de Israel.

En rigor, desde el fiasco de Suez, en 1956-1957, no había existido una potencia dominante en Medio Oriente. Aunque Gran Bretaña mantenía un perfil mucho más bajo, se mostró bastante activa y reveló una sorprendente eficacia en la región. La intervención militar británica en Jordania durante el año 1958, en Omán en 1959 y en Kuwait en 1961 consiguió mantener una razonable estabilidad en la región. La progresiva retirada británica de Adén y el Golfo, a fines de los años sesenta, modificó realmente la situación.²⁷ En adelante, no hubo un solo policía internacional en el área. La fuerza de las Naciones Unidas durante el período de Dag Hammarskjöld en realidad trabajaba a favor de la inestabilidad, pues de acuerdo con la doctrina de la soberanía aplicada por las Naciones Unidas, el presidente Nasser podía pedir su retiro tan pronto se sintiera bastante fuerte como para derrotar a Israel. Es precisamente lo que hizo el 16 de mayo de 1967. Las Naciones Unidas aparecieron tres días después y esa misma noche radio El Cairo anunció: “Árabes, ésta es nuestra oportunidad de asestar a Israel un golpe mortal y aniquilador”. El 27 de mayo Nasser expresó: “Nuestro objetivo fundamental será la destrucción de Israel”. El presidente Aref, de Irak, dijo el 31 de mayo: “Nuestra meta es clara: borrar del mapa a Israel”. Ahmed Shukairy, presidente de la Organización de Liberación de Palestina, manifestó el 1 de junio: “Los judíos de Palestina tendrán que irse [...] Los miembros de la antigua población judía de Palestina que sobrevivan pueden permanecer, pero mi impresión es que ninguno sobrevivirá”.

En vista del retiro de las Naciones Unidas, de estas amenazas y de la concentración en sus fronteras de ejércitos que triplicaban las fuerzas israelíes, fuertemente armados con moderno material soviético, Israel desencadenó un ataque preventivo el 4 de junio; comenzó asestando golpes al poder aéreo egipcio. La guerra duró seis días y los israelíes alcanzaron un éxito total. Las fuerzas egipcias, jordanas y sirias fueron derrotadas y, en el caso de Egipto, humilladas. El Sinaí y la margen occidental fueron ocupados. Las Alturas del Golán, en territorio sirio, que posibilitaban el bombardeo de los asentamientos israelíes en la Alta Galilea, fueron tomadas por asalto. Sobre todo, el sector antiguo de Jerusalén, incluso el Muro de los Lamentos y los Lugares Santos, la presa principal que se le había escapado a Israel en 1948, fueron anexados al nuevo Estado. Así la guerra

25 *Ibid.*, pp. 260-261 y tabla 111-59.

26 *Ibid.*, pp. 254-255.

27 J. B. Kelly, *Arabia, the Gulf and the West*, Londres, 1980.

corrigió una dolorosa anomalía. Durante su historia de 4.000 años, Jerusalén había sido asediada, ocupada, destruida y reconstruida varias veces, en tiempos de los cananeos, los jebuseos, los judíos, los babilonios, los asirios, los persas, los romanos, los bizantinos, los árabes, los cruzados, los mamelucos, los otomanos y los británicos. Pero se la dividió únicamente durante el período 1948-1967. La reunificación de los israelíes posibilitó la administración conjunta de los Lugares Santos por los musulmanes, los judíos y los cristianos, en el marco de una capital nacional.²⁸

En otros aspectos, la victoria israelí no aportó beneficios permanentes. Nasser sobrevivió gracias a la hábil manipulación de las multitudes.²⁹ Sus fuerzas fueron rearmadas por Rusia soviética y su poderío duplicó el nivel de 1967. Su propaganda exhibió un aspecto cada vez más antinorteamericano, una actitud que se resumió en el lema repetido sin descanso: “Israel es Estados Unidos y Estados Unidos es Israel”. Uno de los argumentos de Nasser fue que golpear a Estados Unidos significaba herir a Israel y que la creciente dependencia de Estados Unidos respecto del petróleo de Medio Oriente representaba un medio de alcanzar ese objetivo. Pero Egipto no era una potencia petrolera. Nasser falleció de un ataque cardíaco el 28 de septiembre de 1970; fue un propagandista genial y un fracaso total como líder militar y político. No había quien lo reemplazara como la imagen de las esperanzas árabes, por ilusorias que éstas fuesen. Pero el papel destructivo de Nasser como defensor y practicante de la violencia pronto recayó en el coronel Mohammed Gaddafi, de Libia. Un año antes, él y otros jóvenes oficiales habían derrocado a la monarquía prooccidental del país, más o menos como Nasser había expulsado a Faruk. En muchos sentidos, Gaddafi siguió los pasos de Nasser y repitió palabra por palabra su retórica panárabe y antiisraelí. Libia era uno de los estados árabes más pequeños, con sólo dos millones de habitantes. Sin embargo era, de lejos, el principal productor árabe de petróleo al oeste de Suez y la importancia de su localización geográfica se manifestó después de la guerra de 1967, cuando se clausuró el canal y se desorganizaron los suministros de petróleo de Medio Oriente a Occidente. Desde los primeros tiempos de su dictadura, Gaddafi subrayó la importancia del petróleo como arma para golpear a los “imperialistas occidentales” a causa de su apoyo a Israel.

Gaddafi negoció muy hábilmente con las compañías petroleras y las naciones consumidoras, y demostró que era posible dividir las y chantajearlas por separado. Cuando asumió el poder, el petróleo libio era virtualmente el más barato del mundo. En una serie de negociaciones, en 1970, 1971 y en 1973, consiguió los más elevados aumentos de precio nunca antes otorgados a una potencia árabe, con aumentos adicionales para compensar la pérdida de valor del dólar. La importancia de su éxito resultó tal que el ejemplo fue imitado rápidamente por la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), dominada por los árabes. Se había constituido la OPEP como un organismo defensivo, para proteger el precio del petróleo cuando éste descendiera. Hasta ese momento no había ejecutado actos colectivos, salvo convenir una fórmula para las regalías en 1965. En 1971, después de la iniciativa de Gaddafi, los estados del Golfo enrolados en la OPEP negociaron colectivamente, por primera vez, con las compañías petroleras.³⁰ En Teherán, el 14 de febrero de 1971, obtuvieron un aumento de precios de 40 centavos de dólar por barril. Fue el comienzo de la revolución de los precios de la energía. El nuevo acuerdo era válido por cinco años, “una solemne promesa”, como dijo Henry Kissinger, “que seguramente tiene la marca mundial por la magnitud y la rapidez con las que fue violada”.³¹

La probabilidad de que el arma del petróleo fuera utilizada con más habilidad se acentuó mucho en julio de 1972, cuando el general Anwar Sadat, sucesor de Nasser, desechó la alianza con Rusia soviética, expulsó a los consejeros técnicos soviéticos y alineó a Egipto con Arabia Saudita y los restantes estados petroleros del Golfo. A diferencia de Nasser, Sadat no tendía a los desbordes verbales. Desde el punto de vista espiritual no pertenecía a la generación de Bandung. Era un realista. Reconoció que el antagonismo entre Egipto e Israel contrariaba la tradición histórica de Egipto y perjudicaba sus intereses concretos, sobre todo los de carácter económico. Necesitaba

28 Teddy Kollek, “Jerusalem”, en *Foreign Affairs*, julio de 1977.

29 P. J. Vatikiotis, *Nasser and his Generation*, Londres, 1978.

30 Ruth First, *Libya: the Elusive Revolution*, Harmondsworth, 1974, pp. 201-204.

31 Henry Kissinger, *Years of Upheaval*, Londres, 1982.

cerrar ese período, pero si quería concertar la paz necesitaba primero el prestigio de la victoria militar. El sábado 6 de octubre de 1973, durante el festival de Yom Kippur o Día del Perdón, el día más sagrado del calendario judío, lanzó un ataque coordinado egipcio-sirio sobre Israel. El éxito inicial fue considerable. La “línea Bar-Lev” de los israelíes en el Sinaí fue atravesada. Gran parte de la fuerza aérea israelí fue destruida por los misiles tierra-aire soviéticos. Presa del pánico, la primer ministro israelí Golda Meir apeló a Washington. Se enviaron a Israel las armas más modernas del arsenal norteamericano, por un valor de alrededor de 2.200 millones de dólares. A partir del 8 de octubre, los israelíes comenzaron a contraatacar. Antes de que se firmara el cese del fuego, el 24 de octubre, Israel había recuperado el terreno perdido; avanzó hasta ponerse a tiro de Damasco, estableció una cabeza de puente sobre la orilla occidental del canal de Suez y rodeó a gran parte del ejército egipcio.³² Egipto había demostrado una imprevista capacidad militar y eso era suficiente para Sadat; Israel había demostrado que podía sobrevivir al desastre inicial.

La guerra demostró que, en última instancia, Israel dependía militarmente de la voluntad de Estados Unidos. También atrajo la atención sobre el perjuicio infligido al liderazgo norteamericano en Occidente por la persecución del tema de Watergate, protagonizada por los medios de difusión norteamericanos y la mayoría demócrata del Congreso. Cuando Israel contraatacó con éxito, Sadat pidió el apoyo soviético; Brezhnev envió un mensaje a Nixon el 24 de octubre, advirtiéndole que era posible que se enviaran tropas rusas, sin más advertencias, para combatir a los israelíes. Aunque Nixon antes había ordenado que se facilitase total apoyo logístico a los israelíes y ahora aceptó poner en estado de alerta a las fuerzas norteamericanas de todo el mundo, estaba tan enfrascado en el lío de Watergate que se sintió obligado a traspasar el control de la crisis a Kissinger, que ocupaba el cargo de secretario de Estado. Kissinger (y no el presidente) presidió la reunión de la Casa Blanca que respondió al mensaje de Brezhnev y fue él quien impartió la orden de alerta. A la acusación de algunos de los cazadores de brujas de Watergate de que se había manipulado la crisis para distraer la atención de las dificultades de Nixon, Kissinger replicó desdeñosamente en su conferencia de prensa del 25 de octubre:

Estamos tratando de dirigir la política exterior de Estados Unidos con la consideración que le debemos no sólo al electorado sino a las generaciones futuras. Es un síntoma de lo que está sucediendo en nuestro país que pueda sugerirse siquiera que Estados Unidos pondrá en estado de alerta a sus fuerzas por razones de política interior.³³

Como el presidente norteamericano estaba paralizado por sus enemigos internos, no había quien dirigiese a Occidente en representación de los consumidores mundiales de petróleo cuando los estados árabes de la OPEP respondieron a la supervivencia de Israel utilizando, con brutal violencia, el arma del petróleo. Ya el 16 de octubre politizaron las exportaciones de petróleo, redujeron la producción y, de acuerdo con los productores no árabes, aumentaron el precio un 70 por ciento. El 23 de diciembre elevaron nuevamente el precio, esta vez un 128 por ciento. Por lo tanto, los precios del petróleo crudo se cuadruplicaron en menos de un año. Como dijo Kissinger, la decisión fue “uno de los acontecimientos decisivos en la historia de este siglo”³⁴ Transformó un alza general pero gradual de los precios en una revolución de los precios de una magnitud que el mundo nunca había presenciado en un período tan breve. Los países especialmente afectados fueron los más pobres, que en su mayoría soportaban gravosas deudas e importaban toda su energía. En los países con ingresos per cápita de aproximadamente 100 dólares anuales, donde vivían 1.000 millones de personas y cuyos ingresos habían aumentado lentamente (alrededor del 2 por ciento anual) durante la década de los sesenta, ya se observaba la disminución del ritmo de crecimiento antes de que la revolución del precio del petróleo los afectase. En el caso de estas naciones fue una

³² Martin Gilbert, *The Arab-Israel Conflict*, Londres, 1974, p. 97.

³³ Citado en Poole, op. cit., p. 247; Scott Sagan, “The Yom Kippur Alert”, en *Foreign Policy*, otoño de 1979.

³⁴ Kissinger, op. cit.

catástrofe.³⁵ Hacia fines de los años setenta estaban peor que al principio de la década; era la primera vez que se manifestaba esa inversión en los tiempos modernos. En niveles tan inferiores, una reducción directa de los ingresos abría paso a la desnutrición y a las consiguientes epidemias. El número de árabes y africanos que perecieron como consecuencia de la política petrolera árabe durante la década que siguió a 1973 se eleva, seguramente, a decenas de millones.

El mundo en su globalidad vio disminuir su riqueza, pues la pérdida sufrida por la producción representó un valor que era el doble de los fondos suplementarios transferidos a los países productores de petróleo. En el caso de los países industrializados, el resultado fue un tipo de enfermedad económica que el keynesianismo no había contemplado: la “estanflación”. De un índice de crecimiento del 5,2 por ciento, con incrementos medios de precios del 4,1 por ciento, el mundo pasó en 1974-1975 a un crecimiento nulo o negativo, con aumentos medios de precios del 10 al 12 por ciento anual. Era una inflación alta y en muchos países se aceleró hasta convertirse en hiperinflación. La revolución de los precios, dinamizada por el petróleo, abarcó los años 1972 a 1976. Fue, de lejos, el acontecimiento económico más destructivo desde 1945. Representó un drástico freno para los sectores de avanzada, que utilizaban energía intensamente y que eran los responsables de la prolongada expansión de las economías norteamericana, europeo occidental y japonesa; provocó bruscos descensos de la producción y desocupación en una escala desconocida desde los años treinta.³⁶ A principios de los años ochenta, el número de desocupados en Estados Unidos y Europa se elevaba a 25 millones.

El desastre podría haber sido todavía más grave si el sistema bancario no hubiese mostrado tanta solidez. En noviembre de 1973, inmediatamente después de la crisis de Medio Oriente, comenzó a tambalear un gran banco marginal de Londres, London and Country. El Banco de Inglaterra se apresuró a organizar el salvataje y consiguió que los principales bancos aportaran un sostén de 3.000 millones de dólares para un grupo de veintiséis bancos marginales. Hubo un momento difícil en el mes de junio siguiente, cuando se derrumbó una entidad alemana, el Herstatt Bank, que debía enormes sumas a bancos británicos y norteamericanos, y que trajo ecos inquietantes de la caída del Credit Anstalt en 1931. Pero nuevamente funcionó el sistema de apoyo. A fines de 1974, el Supervisor del Circulante de Washington observaba con especial atención a unos 150 bancos norteamericanos, entre ellos dos de los principales, porque se sabía que afrontaban situaciones tensas. En Londres concluyó el auge de los bienes raíces y en la caída quebraron estrepitosamente algunas compañías. El índice del *Financial Times*, que se elevaba a 543 en marzo de 1972, descendió a 146 a principios de 1975, y las acciones valían menos, en términos reales, que en el peor momento de la guerra, en 1940. En Estados Unidos, las finanzas de la ciudad de Nueva York, bajo sospecha desde hacía mucho tiempo, finalmente sucumbieron cuando los bancos rehusaron conceder nuevos préstamos. La ciudad más rica del mundo apeló a la Casa Blanca, pero Gerald Ford se negó a intervenir, una actitud celebrada en un famoso titular del *New York Daily News*: “Ford dice a la ciudad: Cáete muerta”.³⁷ Pero a esa altura de los acontecimientos había pasado lo peor de la crisis monetaria y todos los bancos y las instituciones que realmente importaban aún se mantenían en pie.

Más aún, los bancos comerciales, cuyo frenesí por el eurodólar había contribuido a la inestabilidad, ahora usaron métodos semejantes para imponer cierto orden al caos. El problema era así. La revolución de los precios del petróleo significaba que los países de la OPEP extraían de la economía mundial unos 80.000 millones de dólares anuales suplementarios. Esta cifra representaba el 10 por ciento de las exportaciones mundiales. Solamente Arabia Saudita y Kuwait, con poblaciones minúsculas, recibían 37.000 millones de dólares suplementarios anuales, en el lapso de veinticinco años una suma suficiente para comprar todas las compañías importantes en todas las bolsas de valores del mundo. La posibilidad de que los árabes utilizaran la nueva “arma monetaria” como habían usado el arma del petróleo inspiraba verdadero terror. En todo caso, era esencial

35 Rostow, *World Economy*, p. 295.

36 *Ibid.*, pp- 290-295.

37 Charles R. Morris, *The Cost of Good Intentions: New York City and the Liberal Experiment*, Nueva York, 1980, p. 234.

reintegrar rápidamente el dinero a la economía productiva del mundo. Washington, paralizada todavía por Watergate, no podía proveer el liderazgo. Felizmente, el sistema extraoficial del eurodólar, utilizado para responder exclusivamente a las necesidades del mercado sin la ayuda o el estorbo de la burocracia, estaba esperando que se utilizara. Los eurodólares fueron rebautizados y se los denominó petrodólares. Se utilizó una palabra nueva, “reciclado”. Los petrodólares se transformaron rápidamente en enormes préstamos otorgados a los países industriales avanzados que se encontraban en situación muy difícil y a los países en proceso de desarrollo que estaban todavía peor, por ejemplo Indonesia, Zaire, Brasil, Turquía, e incluso a nuevos competidores de los productores árabes de petróleo, por ejemplo México.

Los árabes no deseaban ayudar al tercer mundo, salvo mediante préstamos oficiales que traían aparejados condicionamientos. Pero apenas depositaron su dinero en el sistema bancario mundial, lo perdieron de vista. Y no disponían de otro lugar para depositarlo. Como Crespo, se desconcertaron. No les agradaba lo que estaba sucediendo. Pero como aún no poseían su propio sistema bancario, por razones relacionadas con los dogmas del Corán, no pudieron hacer nada. Como dijo un testigo que declaró en el Congreso: “Lo único que tienen es un pagaré en una cuenta bancaria, que puede ser congelada en cualquier momento en Estados Unidos, en Alemania o en el lugar en que esté”.³⁸ Si una nación dispone de más dinero que el que puede usar, tiene que compartir su uso, de buena o mala gana. Estados Unidos lo hizo de buena gana durante los años que siguieron a 1945, en la forma del Plan Marshall, el Programa del Punto Cuatro y la contención militar de la expansión soviética. Los árabes no demostraron el mismo altruismo, pero no podían impedir que los bancos prestasen su dinero. Walter Wriston, del Citibank, explicó claramente la situación:

Si Exxon paga 50 millones de dólares a Arabia Saudita, sucede únicamente que debitamos a Exxon y acreditamos a Arabia Saudita. El balance de Citibank continúa siendo el mismo. Si ellos dicen que no les agradan los bancos norteamericanos y depositan el dinero en el Crédit Suisse, lo único que hacemos es debitar a Arabia Saudita y acreditar al Crédit Suisse; nuestro balance continúa como antes. De modo que cuando la gente anda por ahí esperando que se desplome el techo, no hay forma de que el dinero abandone el sistema. Es un circuito cerrado.³⁹

Por supuesto, la situación habría sido distinta si los árabes hubiesen contado con una perfeccionada red bancaria, como ellos mismos lo comprendieron tardíamente. Cuando comenzaron a organizar sus propios bancos internacionales, a principios de los años ochenta, las naciones industriales habían aprovechado otras fuentes de energía, entre ellas el petróleo no árabe; había excedentes de suministros mundiales de petróleo y era improbable que se repitiese el problema de los petrodólares, al menos en una forma tan intensa. El momento del poder árabe máximo había pasado. Ese momento fue durante los años 1974 a 1977, cuando los árabes disponían de la mitad de la liquidez mundial. Gracias al sistema bancario mundial, al mercado negro financiero del mundo, el dinero desapareció en el pozo sin fondo de las necesidades de los países en proceso de desarrollo. En 1977, esas naciones debían 75.000 millones a los bancos comerciales y más de la mitad correspondía a bancos norteamericanos. La casi totalidad de este capital era dinero árabe. En términos globales, este sistema fue menos eficiente que el esquema anterior a 1973, que permitió la expansión constante del Occidente industrial. Indonesia recibió más de 6.000 millones y la mayor parte fue despilfarrada antes de la suspensión de los pagos. Un funcionario depositó 80 millones en su cuenta particular.⁴⁰ Zaire, que en 1979 había recibido 3.000 millones, fue otro ejemplo de locura y corrupción.⁴¹ Los principales prestatarios, es decir, Brasil y México, en general aprovecharon productivamente lo que recibieron. Gran parte del dinero terminó en el lugar de origen, esto es en

38 *House Banking Committee: International Banking Operations, hearings*, Washington D. C., 1977, p. 719.

39 Citado en Sampson, *The Money Lenders*, pp. 126-127.

40 Seth Lipsky, *The Billion Dollar Bubble*, Hong Kong, 1978.

41 *Wall Street Journal*, 25-26 de junio de 1980.

las economías industriales. Pero el enorme monto del endeudamiento originó el temor recurrente de una crisis de la banca mundial. Por lo tanto, los años setenta fueron un período de desaliento cada vez más hondo de Occidente. La manifestación de los hechos reconfortantes del reciclado se demoró un tiempo. Mientras tanto, la crisis ejerció una influencia tanto política como económica. Como ya señalamos, la gran crisis de los años treinta desmoralizó a las democracias y determinó que se debilitara la voluntad de afrontar la agresión o que faltase la energía necesaria para concebir un sistema de seguridad colectiva, opuesto al desarrollo del poder ilegítimo y la práctica de la violencia. Esta vez, felizmente, ya existían la OTAN y otros pactos regionales. Continuaron funcionando al menos en forma relativa, pero se carecía de un liderazgo que diese respuestas a las nuevas amenazas y variaciones frente a las ya conocidas. La declinación relativa del poder y la voluntad norteamericanos se aceleró mucho por la revolución de los precios y la crisis. El dólar perdió la mitad de su valor durante la segunda mitad de los años setenta. Al parecer, el “siglo norteamericano” terminó apenas veinticinco años después de haber comenzado. De la autarquía virtual, Estados Unidos había pasado a depender del mundo entero. Importaba la mitad de su petróleo de Canadá, Venezuela, México, Nigeria e Indonesia, así como de los estados árabes, y la mayor parte del cromo, la bauxita, el manganeso, el níquel, el estaño y el cinc, de todo el hemisferio occidental y de Malasia, Zambia, Australia, Zaire y Sudáfrica.⁴² Aunque dependía más que antes de las rutas marítimas, había disminuido su capacidad para mantenerlas abiertas. En un informe relacionado con el presupuesto de 1977, el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, observó que la “actual flota [norteamericana] puede controlar las rutas marítimas del Atlántico Norte que llevan a Europa”, pero sólo después de “graves pérdidas” para la navegación. La “capacidad para operar en el Mediterráneo Oriental sería incierta en el mejor de los casos”. La flota del Pacífico podría “mantener abiertas las rutas marinas que llevan a Hawai y Alaska”, pero “se vería en dificultades para proteger nuestras líneas de comunicaciones en el Pacífico Occidental”. Advirtió también que, en una guerra global, Estados Unidos tendría que vencer muchas dificultades para proteger a aliados como Japón e Israel, o reforzar a la OTAN.⁴³ Era un cambio radical de la situación, en comparación con la que prevalecía desde los años cincuenta, o incluso a principios de los años sesenta. El debilitamiento del poder físico estaba agravado por el derrumbe del liderazgo. Los años setenta fueron la culminación de la presidencia norteamericana. Después de la primavera de 1973, la caza de brujas de Watergate paralizó por completo a la presidencia de Nixon. Su sucesor, Gerald Ford, estuvo sólo dos años en el cargo y no tuvo el mandato conferido por una elección. Consagró el primer año al intento desesperado de desprender al gobierno del problema de Watergate; el segundo, al esfuerzo encaminado hacia la formación de una coalición que lo eligiera. Detrás de la pulcra fachada de la Casa Blanca de Ford se libraban batallas sin resultados definidos entre los subordinados rivales y Ford carecía de la autoridad y la crueldad implacable que eran necesarias para frenarlas. Como dijo un colega: “El bueno de Gerry era demasiado bueno para su propio bien”.⁴⁴ Las opiniones de Ford, las pocas veces que llegaron a destacarse, generalmente eran razonables. Pero él carecía de *gravitas*. El público manifestó una lamentable tendencia a desconcertarse.⁴⁵

Su sucesor fue mucho peor. Pese a Watergate y a sus propios impedimentos, Ford casi consiguió ser elegido en 1976 y sin duda habría triunfado si se le hubiese permitido elegir como compañero de fórmula a su vicepresidente Nelson Rockefeller. A esa altura de los acontecimientos y como consecuencia de la persecución de los medios de difusión, se consideraba a la presidencia una designación casi imposible. Había poca competencia y los demócratas eligieron como candidato a Jimmy Carter, un georgiano mediocre que fue vendido como un paquete televisivo por Gerald Rafshoon, un sagaz ejecutivo de publicidad de Atlanta.⁴⁶ Ganó la presidencia por un minúsculo margen contra el titular del cargo más débil de la historia y llegó a ser un presidente todavía más

42 Bruce Palmer, ed., *Grand Strategy for the 1980s*, Washington D. C., 1979, p. 5.

43 *Annual Defence Department Report, Financial Year 1977*, Washington D. C., 1977, sec. V.

44 Osborne, op. cit., XXXIII.

45 *Ibid.*, p. 32.

46 Paula Smith, “The Man Who Sold Jimmy Carter”, en *Dun's Review*, Nueva York, agosto de 1976.

débil. Carter continuó la misma política de Nixon y Kissinger de *détente* con Rusia, mucho después de que los acontecimientos habían convertido en obsoleta la validez que tuvo alguna vez y cuando sus propios autores ya habían perdido confianza en dicha estrategia.⁴⁷ Hacia mediados de los años setenta, el primer acuerdo de Limitación de Armas Estratégicas (conocido como SALT I), firmado en mayo de 1972, estaba ejerciendo una influencia imprevista sobre la política defensiva norteamericana. Determinó la formación de un *lobby* de control de las armas en el seno de la burocracia de Washington, especialmente en el Departamento de Estado, que tuvo el derecho de examinar los programas de armas nuevas en la etapa de investigación y desarrollo, y que trató de vetarlos si originaban problemas especiales de control que podían amenazar los acuerdos SALT I.⁴⁸ Las medidas adoptadas por Carter promovieron este inquietante proceso.

Aún más perjudicial fue la irreflexiva política de derechos humanos de Carter, basada en un acuerdo firmado en Helsinki, que obligaba a los signatarios a realizar esfuerzos para terminar con las violaciones de los derechos humanos en el mundo. La idea era obligar a Rusia a liberalizar su política interna. El efecto obtenido fue muy diferente. Detrás del Telón de Acero, los acuerdos de Helsinki fueron ignorados y se procedió a arrestar a los grupos de voluntarios que pretendían supervisar su cumplimiento. En Occidente, Estados Unidos descubrió que estaba desarrollando una campaña contra algunos de sus aliados más antiguos. Asimismo, en el gobierno se formó un *lobby* por los derechos humanos, incluido un sector entero del Departamento de Estado, que trabajó activamente contra los intereses norteamericanos. En septiembre de 1977, Brasil reaccionó ante las críticas del Departamento de Estado con la anulación de los cuatro acuerdos de defensa con Estados Unidos que aún quedaban; dos de ellos se remontaban a 1942. También hubo un distanciamiento de la Argentina. El Departamento de Estado representó un papel importante en el derrocamiento del régimen de Somoza en Nicaragua. El secretario ayudante Viron Vaky anunció, en nombre del gobierno norteamericano: “Ya no es posible la negociación, la mediación o el compromiso con el gobierno de Somoza. El comienzo de una solución está solamente en la ruptura clara con el pasado”.⁴⁹ En 1979 la “ruptura clara” adoptó la forma de la sustitución de Somoza, un aliado fiel aunque desagradable de Occidente, por un régimen marxista cuya actitud frente a los derechos humanos fue igualmente despectiva y que de inmediato comenzó a trabajar contra los aliados de Estados Unidos en Guatemala, El Salvador y otros países de América Central. Asimismo, en 1978, la oficina de Derechos Humanos del Departamento de Estado se dedicó activamente a debilitar el régimen del sha en Irán y en 1979 representó un papel significativo en su destrucción y en el reemplazo por un régimen terrorista violentamente antioccidental.⁵⁰ Por meritoria que fuese teóricamente, la política norteamericana de derechos humanos era ingenua en la práctica.

Sin embargo, la política seguida por Carter resultaba tan confusa que carecía de características destacadas más allá de la tendencia a perjudicar a los aliados y los amigos. Las rencillas internas observadas durante el gobierno de Ford fueron nada comparadas con las disputas triangulares, en el régimen de Carter, entre su secretario de Estado Cyrus Vance, el asesor de Seguridad, Zbigniew Brzezinski, y su ayudante Hamilton Jordan, gran parte de ellas ventiladas en público, al margen de las actividades independientes de Billy, el hermano alcohólico de Carter, que era un *lobbyista* remunerado a favor del gobierno antinorteamericano de Libia. El único punto en que los hombres de Carter parecían coincidir era en la incapacidad de Estados Unidos para controlar los acontecimientos. Cyrus Vance creía que “oponerse al compromiso soviético o cubano en África sería inútil”. “En realidad”, agregó, “no podemos impedir el cambio, del mismo modo que Canuto no podía contener el avance de las aguas”. Brzezinski insistía en que “el mundo está cambiando

47 Robert W. Tucker, “America in Decline: the Foreign Policy of ‘Maturity’”, en *Foreign Affairs* n° 58, otoño de 1979, pp. 450-484.

48 Documentos presentados por Judith Reppy y Robert Lyle Butterworth en el Symposium on American Security Policy and Policy-Making, en *Policy Studies Journal*, otoño de 1979.

49 Citado por Jeane Kirkpatrick, “Dictatorships and Double Standards: a Critique of US Policy”, en *Commentary*, noviembre de 1979.

50 Michael A. Ledeen y William H. Lewis, “Carter and the Fall of Shah: the Inside Story”, en *Washington Quarterly*, Verano de 1980, pp. 15 y ss.

bajo la influencia de fuerzas que ningún gobierno puede controlar”. El mismo Carter señaló que el poder de Estados Unidos para influir sobre los acontecimientos era “muy limitado”. Como se sentía impotente, el gobierno se refugió en las metáforas nebulosas, un recurso para el que Brzezinski tenía talento. Vietnam había sido “el Waterloo de la elite WASP” (blanca, anglosajona y protestante) y Estados Unidos nunca más debía promover ese tipo de intervención. “En el mundo hay muchos ejes diferentes de conflicto”, observó, “y cuanto más se intersectan, más peligrosos son”. Asia Occidental era “el arco de la crisis”, pero “necesitamos no acrobacia sino arquitectura”.⁵¹ De todos modos, no se propuso una arquitectura de la política exterior. Cuando el gobierno terrorista iraní se apoderó de la embajada norteamericana y convirtió en rehenes a los miembros de su personal, finalmente se apeló a la acrobacia y, en mayo de 1980, ésta concluyó en un montón calcinado de helicópteros norteamericanos en el desierto; este momento señaló quizás el punto más bajo del destino de Estados Unidos en el curso del siglo.

Su declinación durante los años setenta parecía todavía más acentuada al compararla con la aparente solidez y la confianza en sí mismo del régimen soviético. En 1971 Rusia soviética superó a Estados Unidos en el número de misiles nucleares estratégicos con bases terrestres y disparados desde submarinos. Ese mismo año, Andrei Gromyko se vanaglorió de que en el mundo entero “ahora no es posible decidir ninguna cuestión importante [...] sin la Unión Soviética, o bien contrariándola”.⁵² El mismo Gromyko era un símbolo tanto de la estabilidad interna como de la consecuencia exterior de la política soviética, pues había sido viceministro de Relaciones Exteriores a partir de 1946, y desde 1957 ministro de Relaciones Exteriores, un cargo que retendría hasta bien entrados los años ochenta.

Esto no significa que la historia interna de Rusia después de Stalin careciera de hechos interesantes. Beria, el último jefe de la policía secreta de Stalin, no sobrevivió mucho tiempo a su amo: sabía demasiado acerca de todos los miembros de la cúpula. Sus colegas formularon una acusación cuya lectura, de acuerdo con la versión de Svetlana, la hija de Stalin, insumió tres horas; la mitad estaba dedicada a las proezas sexuales de Beria, un aspecto resumido por el poeta Yevtushenko en sus memorias: “Vi la cara de buitre de Beria, medio oculta por una bufanda, pegada a la ventanilla de su limusina mientras acercaba lentamente el vehículo al cordón, buscando una mujer para pasar la noche”.⁵³ Beria fue arrestado el 26 de junio de 1953 y fue oficialmente fusilado en diciembre, después de ser juzgado. Pero el secretario del partido, Jruschov, manifestó a un comunista italiano en 1956 que en realidad lo habían asesinado en ocasión del arresto, cuando intentó desenfundar un revólver. Se arrojaron sobre él Malenkov, Mikoyan, el mariscal Konev y el mariscal Moshkalenko, y lo estrangularon; otra versión de Jruschov dice que fue baleado.⁵⁴ En 1955, Jruschov desplazó a Malenkov como jefe de la oligarquía que sucedió a Stalin. Dos años después ratificó su poder exonerando de los cargos a los miembros del “grupo antipartido”, formado por antiguos stalinistas como Molotov y Kaganovich, que habían hecho causa común con Malenkov y con Bulganin, su sucesor en el cargo de primer ministro. De acuerdo con la versión del propio Jruschov, ese grupo tenía mayoría en el Presidium; pero con la ayuda del mariscal Zhukov, Jruschov llevó en avión a Moscú a sus aliados del Comité Central y consiguió modificar la decisión. Cuatro meses más tarde se volvió contra Zhukov, a quien acusó de tener “aspiraciones bonapartistas” y de “infringir las normas leninistas”. Finalmente, en 1958, despidió a Bulganin y ocupó el cargo. Mantuvo la supremacía durante seis años.

Pero no hubo “desestalinización”. Este término nunca fue utilizado dentro de la misma Rusia soviética. A lo sumo, los cambios que tuvieron lugar después de Stalin y el discurso de Jruschov durante la “sesión secreta” determinaron el fin del terrorismo masivo contra los miembros del

51 Citado en Thomas L. Hughes, “Carter and the Management of Contradictions”, en *Foreign Policy* n2 31, verano de 1978, pp. 34-35. Simon Serfaty, “Brzezinski: Play it Again, Zbig”, en *Foreign Policy* 32, otoño de 1978, pp. 3-21; Elizabeth Drew, “Brzezinski”, en *New Yorker*, 1º de mayo de 1978, y Kirpatrick, op. cit.

52 Véase Robert Legvold, “The Nature of Soviet Power”, en *Foreign Affairs* n2 56, otoño de 1977, pp. 49-71.

53 Citado en Ronald Hingley, *The Russian Secret Police*, Londres, 1970, p. 222.

54 Robert Payne, *The Rise and Fall of Stalin*, Londres, 1968, pp. 718-719.

partido, es decir, contra los que pertenecían al sistema gobernante.⁵⁵ La estructura totalitaria del Estado leninista, que otorga el monopolio absoluto del poder al partido, que en la práctica era la minúscula elite que lo controlaba, se mantuvo íntegra, sostenida como antes por la policía secreta y el ejército, a su vez controlados por una estructura interna de funcionarios del partido. La columna autocrática perduró y, en determinado momento, un hombre cruel podía construir con ese sostén una superestructura de terror masivo. En muchos aspectos, Jruschov se comportaba como un autócrata y, a causa de esa condición fue necesario apartarlo. A sus colegas les desagradaba el aventurerismo que él demostraba. Acabaron por considerarlo una influencia perturbadora. Intentó ampliar el margen de democracia en el seno del partido, un concepto no leninista. Su concepto del “Estado de todo el pueblo”, que implicaba el fin del monopolio partidario del poder, era completamente antileninista. En cierto sentido, Jruschov, a diferencia de Lenin, era marxista, es decir, creía que el comunismo era realizable. En el Vigésimosegundo Congreso del Partido, en 1961, reveló su programa: superar el nivel de vida norteamericano durante los años sesenta, el comienzo del comunismo (vivienda gratis, transporte público gratis, etcétera) durante los años setenta y el perfeccionamiento del proceso durante los años ochenta. Podría afirmarse que fue otro optimista que sucumbió a las ilusiones de los años sesenta. Sus críticos del Presidium creían que esas promesas, que no eran realizables, simplemente provocarían decepción y cólera, como había sucedido con la aventura de los misiles en Cuba durante el año 1962 y con el plan de las “tierras vírgenes” de 1954, que contemplaba el cultivo de 50 millones de hectáreas que antes no habían sido explotadas en Asia Central soviética y Siberia, un proyecto que en junio de 1960 originó las peores tormentas de polvo de la historia. En octubre de 1964, mientras Jruschov estaba de vacaciones en Crimea, el Presidium votó su exoneración del cargo y al día siguiente consiguió que la decisión fuese confirmada por el Comité Central. La conspiración fue preparada por Michael Suslov, ultraleninista y principal teórico del partido, y la ejecución estuvo a cargo de Alexander Shelepin, jefe de la KGB, que esperó en el aeropuerto a Jruschov cuando éste fue devuelto a Moscú en avión, con una nutrida guardia policial.⁵⁶ El propósito y el modo del golpe confirmaron la conexión orgánica entre las “normas leninistas” y el sistema de la policía secreta.

Suslov, que prefería mantenerse en segundo plano, colaboró con el ascenso del primer secretario Leonid Brezhnev. Éste fue nombrado secretario general en 1966, jefe de Estado y director del Presidium en 1977, y director del consejo de Defensa, además de ser designado mariscal de la Unión Soviética en 1976 y de recibir el Premio Lenin de la Paz en 1972 y de Literatura en 1979. Esta deslumbrante concentración de cargos y honores fue la recompensa otorgada por los ancianos pares de Brezhnev en la dirección del partido, en vista de que había aportado a la orientación de los asuntos soviéticos un sentido nuevo de estabilidad, confiabilidad y previsión basándose en la decisión absoluta de concentrar el poder en la elite comunista.⁵⁷ Brezhnev resumió esta teoría de gobierno en la frase “confiar en los cuadros”, esto es, la consolidación y la perpetuación de una clase gobernante privilegiada, la división del país en gobernantes y gobernados. No podía haber discusiones acerca de la línea divisoria ni la intención de ceder un átomo de poder a un sector más amplio que la dirección del partido. Jamás se renunciaba a las posiciones de poder adquiridas y el principio era aplicado tanto externa como internamente. Como él mismo dijo en 1968 al comunista checo liberal Dubcek: “No me hable de ‘socialismo’. Lo que tenemos, lo conservamos”.⁵⁸

La Rusia de Brezhnev era más una sociedad realizada que una sociedad expectante. En lugar de un cambio cualitativo, ofrecía más de lo mismo. En el Vigésimosexto Congreso del Partido, celebrado en febrero de 1981, Brezhnev reconoció que las metas de 1961 eran anticuadas y que ya no habría más metas “comunistas” específicas. Restableció la prioridad stalinista asignada a los armamentos, que continuó siendo el rubro más favorecido y, de lejos, el sector más floreciente de la

55 Kolakowski, op. cit., III, “Destalinization”.

56 Acerca del *coup*, véase Michel Tatu, *Power in the Kremlin*, trad. Londres, 1969; Hingley, *Russian Secret Police*, pp. 43-45.

57 Hélène Carrère d'Encausse, *Le Pouvoir Confisqué: Gouvernants et Gouvernés en URSS*, París, 1981.

58 Citado en Robert C. Tucker, “Swollen State, Spent Society: Stalin's Legacy to Brezhnev's Russia”, en *Foreign Affairs* n2 60, invierno de 1981-1982, pp. 414-425.

economía; durante los años sesenta y setenta los gastos militares crecieron en términos reales alrededor del 3 por ciento anual, de manera que entre la caída de Jruschov y mediados de los años setenta, Rusia gastó en armas, en cuanto a recursos, una proporción que era aproximadamente el doble de la que correspondía a Estados Unidos.⁵⁹ El conjunto de la economía soviética creció más lentamente. De acuerdo con un cálculo, en 1978 el PBN alcanzaba a 1 billón 253.000, comparado con 2 billones 107.000 de Estados Unidos, lo que arrojaba un ingreso de 4.800 dólares per cápita para Rusia, y 9.650 para Estados Unidos.⁶⁰ La dificultad implícita en estas cifras es que el ingreso per cápita tiene escaso significado en una sociedad abrumadoramente dominada por el sector público; en todo caso se basa en estadísticas compiladas por el gobierno, que no han sido comprobadas mediante controles independientes. Jruschov formuló un comentario característico acerca de los funcionarios que dirigen la Oficina de Estadísticas de los soviets: “Son la clase de individuos que pueden fundir la mierda para convertirla en balas”.⁶¹ Durante los años sesenta y setenta, Brezhnev suministró a los consumidores comunes cantidades considerables de mercancías de baja calidad. Se calculaba que a fines de los años setenta el nivel de vida del trabajador soviético era aproximadamente el mismo que el del trabajador norteamericano a principios de los años veinte.⁶² Pero esta comparación debía contemplar tres salvedades importantes. En Rusia soviética la vivienda urbana no seguía el ritmo del movimiento hacia las ciudades, que en 1926 tenía sólo el 19 por ciento de la población y alrededor del 62 por ciento cincuenta años después. Como resultado de esta situación, los rusos poseían las peores facilidades de vivienda de todas las naciones industrializadas, con un espacio per cápita que era sólo de unos 65 metros cuadrados (1.100 en Estados Unidos). En segundo lugar, solamente un ruso de cada cuarenta y seis poseía automóvil, aunque el número de víctimas fatales provocadas por los accidentes de tránsito era más elevado que en Estados Unidos. En tercer término, la situación en el área de los alimentos se deterioró durante el régimen de Brezhnev, sobre todo a fines de los años setenta y principios de los ochenta.⁶³

Sin embargo, Rusia era bastante próspera para los fines que interesaban a Brezhnev. No deseaba una “revolución de expectativas cada vez más elevadas”. El régimen aspiraba únicamente a autoperpetuarse. Como dijo Alexander Herzen del régimen zarista: “Ejerce el poder para ejercer el poder”. Pero no es justa la comparación con los zares, que a menudo estaban motivados por el sincero deseo de elevar a su pueblo. En su exilio de Estados Unidos, Alexander Solzhenitsyn repudió de manera repetida y encolerizada la idea de que el régimen soviético era, en cualquier sentido, la continuación de la autocracia zarista.⁶⁴ Tanto política como moralmente, el régimen soviético era una sociedad totalitaria de tipo completamente distinto: resultaba más una conspiración autoperpetuada que una forma legítima de gobierno. Aunque el gansterismo al estilo de Chicago de Stalin había sido sustituido por la mafia de tono menor de Brezhnev y sus colaboradores, persistía la criminalidad esencial. El régimen descansaba no en la ley sino en la fuerza. Desde el punto de vista económico, la mejor definición fue quizá la que propuso quien se ocultaba bajo el seudónimo de Fedor Zniakov en su *samizdat* (memorándum), difundido en mayo de 1966, como “el capitalismo del supermonopolio”, con toda la propiedad importante concentrada en un solo centro.⁶⁵ El problema político de Brezhnev era garantizar la distribución de los beneficios de este supermonopolio entre los miembros de la clase gobernante. Podía entenderse que ésta se encontraba formada por tres jerarquías. De los 260 millones de habitantes en Rusia, unos 15 millones pertenecían al partido en 1976. No eran la clase gobernante propiamente dicha, sino posibles miembros de ella. El esfuerzo y el sometimiento determinaban que una fracción de este

59 Véase CIA, *A Dollar Comparison of Soviet and US Defence Activities 1967/1977*, Washington D. C., enero de 1978; Les Aspin, “Puttin Soviet Power in Perspective”, en *AEI Defense Review*, Washington D. C., junio de 1978.

60 National Foreign Assessment Center, *Handbook of Economic Statistics 1979*, Washington D. C..

61 Talbot, ed., op. cit., p. 131.

62 Arcadius Kahan y Blair Rible, eds., *Industrial Labour in the USSR*, Washington D. C., 1979.

63 Véase Joint Economic Committee, Congress of the USA, *Soviet Economy in a Time of Change*, Washington D. C., 1979.

64 Véase Solzhenitsyn's Misconceptions about Russia are a Threat to America”, en *Foreign Affairs* n2 58, primavera de 1980, pp. 797-834.

65 *Arkhiv samizdata*, Documento n° 374, citado en Tucker, op. cit.

grupo se incorporase como miembros reales de la clase. Otros eran eliminados, en la proporción de unos 300.000, cuando las autoridades rehusaban renovar la afiliación partidaria. La auténtica clase gobernante estaba formada por 500.000 personas rentadas del partido y altos funcionarios del gobierno, más sus familias. Se los recompensaba con el poder administrativo, posibilitado por la enorme magnitud de la máquina estatal y la existencia de un vasto imperio soviético, con empleos jerarquizados en todo el mundo —”pasto suficiente para todas las ovejas”, como comentó sir Hugh Walpole— y con privilegios económicos basados en el acceso a un sistema cerrado de distribución, incluyendo tiendas de alimentos y de otros artículos de consumo, vivienda, viajes al extranjero, atención de la salud, lugares de descanso y educación superior. Así, el régimen soviético se convirtió en una auténtica clase gobernante, en el antiguo sentido feudal (y marxista), en cuanto se distinguía del resto de la sociedad no sólo por la riqueza comparada sino también por el ejercicio de derechos legales y administrativos superiores, claramente diferenciados. Con Lenin y Stalin, y todavía más con Brezhnev, la sociedad soviética se estratificó por completo. Por ejemplo, en el asiento científico de Norosibirsk, durante los años setenta las viviendas se asignaban del siguiente modo: un miembro pleno de la academia ocupaba una villa entera; un miembro correspondiente, media villa; un jefe de investigaciones, un apartamento con paredes de tres metros de altura; un ayudante de investigaciones, un apartamento con paredes de 2,25 metros de altura y sólo un baño común.⁶⁶ Sin embargo, la verdadera división era la que existía entre el medio millón superior y el resto: formaban la verdadera elite, los “ellos” contrapuestos a los “nosotros” de las masas rusas. Del total de miembros de esta clase gobernante, 426 ejercían el poder político real como miembros del Comité Central. Unos 200 tenían jerarquía ministerial. Lo que reclamaron a Brezhnev, y lo que él les otorgó, fue la concesión de amplios privilegios, la seguridad de la vida y la propiedad y la estabilidad en el empleo. Por ejemplo, en 1976, el 83,4 por ciento de los miembros del Comité Central fue reelecto y esa proporción resulta típica. A fines de los años setenta, la mayoría de los 200 dirigentes más altos tenía más de sesenta y cinco años y muchos estaban cerca de los setenta y cinco. La nueva clase gobernante, como se hallaba aislada del resto de la sociedad, tenía acceso especial a la educación superior de nivel más elevado, tendía al matrimonio entre miembros del mismo grupo y ya estaba adquiriendo perfiles hereditarios. La familia del mismo Brezhnev constituía un ejemplo apropiado.

Con Stalin, como en Alemania con Hitler, la oposición asumía formas conspirativas o no existía. Un régimen totalitario en general no es vulnerable internamente hasta que intenta adoptar formas liberales. Durante el gobierno de Jruschov, hubo algunos intentos en este sentido. Se procedió a dismantelar parte de la estructura del Gulag, aunque su núcleo perduró. El 25 de diciembre de 1958 se sancionaron los “principios fundamentales de derecho y procedimiento penal”, que otorgaban derechos teóricos al acusado, y que suscitaron el primer debate acerca de cuestiones jurídicas sostenido en la prensa soviética. Pero esta reforma desde arriba debía tender a provocar inestabilidad y, por lo tanto, en definitiva sería revocada, pues Rusia soviética no era una sociedad regida por la ley. El marxismo nunca había producido una filosofía del derecho. Evgeny Pashukanis, el único filósofo del derecho auténtico en Rusia, sostenía que en la sociedad socialista el derecho sería reemplazado por el plan.⁶⁷ Era una actitud lógica, pues el concepto de un proceso legal independiente era incompatible con el concepto de un proceso histórico inevitable, interpretado por una elite marxista gobernante. El caso del mismo Pashukanis lo demostró: la ley cedió el lugar al plan —el de Stalin— y Pashukanis fue asesinado durante los años treinta. La norma legal de 1958 no pudo aplicarse en forma práctica porque habría otorgado a los tribunales el inicio de un status independiente y, por lo tanto, les habría permitido debilitar el monopolio del poder en manos del partido. Incluso durante el régimen de Jruschov, ningún tribunal soviético emitió nunca un fallo de “no culpable” en un caso político; tampoco un tribunal de apelaciones soviético revocó un veredicto de culpabilidad en un caso político, con lo que mantuvo un historial

66 Mark Popovsky, *Manipulated Science: the Crisis of Science and Scientists in the Soviet Union Today*, trad. Nueva York, 1979, p. 179.

67 Véase Evgeny Pashukanis, *Selected Writings on Marxism and Law*, trad. Londres, 1980; Eugene Kamenka, “Demythologizing the Law”, en *The Times Literary Supplement*, 1 de mayo de 1981, pp. 475-476.

perfecto de sometimiento total al partido gobernante desde el primer año de gobierno de Lenin en adelante.⁶⁸

Fue más importante el hecho de que Jruschov suavizara la censura. El Presidium se negó a modificar el sistema y, por lo tanto, el mismo Jruschov autorizó algunas publicaciones bajo su propia responsabilidad.⁶⁹ Se publicó material heterodoxo en la prensa y en forma de libros. En 1962, Alexander Solzhenitsyn pudo publicar *Un día en la vida de Iván Denisovich*, quizás el libro más influyente que circuló libremente en Rusia desde la Revolución. Pero ese mismo año hubo protestas masivas en Novocherkassk contra el aumento de precios de los alimentos. El 2 de junio los soldados dispararon sobre la multitud y mataron a muchos. Los disturbios eran y son un rasgo recurrente de la sociedad soviética y, como en los tiempos feudales, representan el mismo papel que las huelgas y la política, es decir, llaman la atención sobre las quejas. El disturbio de junio tuvo una magnitud desusada y tal vez representó un papel en la caída de Jruschov dos años después. Pero incluso antes de su derrocamiento, Jruschov se negó a permitir la publicación de otros libros acerca de los campos. De acuerdo con la versión de Roy Medvedev, nuestro informante más valioso, el movimiento inconformista databa de 1965, el año que siguió a la caída de Jruschov, y hubo algo parecido a una protesta de masas en 1966-1967, cuando llegaron a su punto culminante las publicaciones clandestinas del tipo del *samizdat*.⁷⁰ La represión comenzó por esa misma época, con el juicio a dos de los principales disidentes, Sinyavsky y Daniel, en febrero de 1966. Aquí terminó la pretensión de realizar una reforma judicial o, en general, de liberalizar el régimen. Poco después, dos altos oficiales de la policía secreta fueron designados jueces de la Suprema Corte soviética. La peor fase de la represión tuvo lugar durante los años 1968 a 1970, con el “proceso de los cuatro” (Galanskov, Ginzburg, Dobrovolsky y Lashkova) en enero de 1968. Este juicio, uno de los mejor documentados del historial soviético, fue desde el principio una farsa política que demostró que el sistema soviético continuaba siendo, en esencia, una tiranía totalitaria, tan incapaz de autorreformarse como de hallar la cuadratura del círculo.⁷¹

Después de 1970 se atenuó relativamente la nueva oleada de terror. En Occidente, aquellos que como parte de la política de distensión pedían que se aceptara el reclamo soviético referido a la Conferencia de Helsinki acerca de la Seguridad y la Cooperación Europeas (julio de 1973 a julio de 1975), sostenían que podía obligarse a los líderes soviéticos a respetar los derechos humanos como parte del acuerdo. Ésta fue la política oficial de los gobiernos de Ford y Carter. De acuerdo con el principio séptimo de los acuerdos de Helsinki, el gobierno soviético se comprometió a “respetar los derechos humanos y las libertades fundamentales”. Pero esto no era más que otro tratado que podía ser ignorado. De hecho, el proceso de Helsinki condujo directamente a la reanudación de la represión generalizada, no sólo en Rusia soviética, sino en otros lugares detrás del Telón de Acero. En efecto, alentó a los disidentes a manifestarse francamente. Formaron grupos de supervisión “a fin de promover el cumplimiento de los acuerdos de Helsinki” en Moscú, Ucrania, Armenia y Lituania. Aparecieron movimientos análogos en Checoslovaquia, Alemania Oriental, Polonia y otros satélites. Se transmitió a los periodistas occidentales información acerca de las violaciones de los acuerdos.

Entonces fue cuando se desencadenó una ola de persecuciones violentas, que comenzó en 1975 y culminó en los años que siguieron a 1977. Los jefes de los grupos de supervisión fueron las víctimas principales. En ciertos casos, la KGB aplicó una política nueva, que consistió en otorgar visas de salida a los disidentes y expulsarlos de su propio país. Pero muchos otros recibieron largas sentencias de cárcel con trabajos forzados. Por lo tanto, los acuerdos de Helsinki agravaron radicalmente el volumen y la ferocidad de las violaciones de los derechos humanos en Rusia soviética. La farsa culminó en la reunión siguiente, celebrada en Belgrado en 1977-1978, donde la delegación soviética presentó una documentación detallada acerca de la persecución a los católicos en Ulster y

68 Tufton Beamish y Guy Hadley, *The Kremlin Dilemma: the struggle for Human Rights in Eastern Europe*, Londres, 1979, p. 24.

69 Roy Medvedev, *On Soviet Dissent: interviews with Piero Ostellino*, trad. Londres, 1980, p. 61.

70 *Ibid.*, pp. 53-54.

71 Bavel Litvinov, ed., *The Trial of the Four*, Londres, 1972.

a los negros en Estados Unidos, pero se negó totalmente a discutir la práctica soviética. Después de terminada la reunión dos miembros del grupo ucraniano de supervisión fueron condenados a siete años de trabajos forzados y el fundador del grupo de Moscú, que ya llevaba quince meses bajo custodia y sin proceso, fue sentenciado a siete años en un campo “riguroso”; Andrei Sajarov, el más famoso de los disidentes soviéticos, fue acusado de “matonismo” y se lo sentenció a arresto domiciliario y al exilio interno.⁷² Los procesos del grupo georgiano de supervisión evocaron ecos siniestros del período staliniano, con falsas acusaciones de espionaje a favor de los organismos occidentales de inteligencia y la sugerencia de que se arrancaron confesiones por medio de la fuerza y la tortura.⁷³

En cierto sentido, la política soviética hacia los elementos opositores fue consecuente, desde la primera fase del gobierno de Lenin hasta principios de los años ochenta; siempre se trató el disconformismo como una enfermedad mental y los disconformes corrieron el riesgo de verse sometidos a “tratamiento” en hospitales psiquiátricos especiales. El primer caso conocido fue en 1919, cuando Lenin ordenó que María Spiridonova, líder del Partido Socialista Revolucionario, fuese sentenciada por el Tribunal Revolucionario de Moscú a la internación en un sanatorio.⁷⁴ El empleo sistemático y en gran escala del castigo psiquiátrico comenzó a fines de los años treinta, cuando la NKVD construyó un establecimiento penal especial de 400 camas en los terrenos del hospital para enfermos mentales de Kazán. A fines de los años cuarenta, el Instituto Serbsky, principal centro soviético de enseñanza e investigación de psiquiatría criminal, tenía un departamento especial consagrado al trabajo “político”.⁷⁵ A principios de los años cincuenta, por lo menos tres establecimientos “trataban” casos de detenidos políticos, pues conocemos la historia de un hombre, Ilya Yarkov, que sufrió en todos ellos. Se aplicaba el castigo psiquiátrico sobre todo a los infractores del artículo 58 del código penal (una cláusula de carácter global), que se refería a los “actos antisoviéticos”; los compañeros de internación de Yarkov incluían a cristianos, trotskistas sobrevivientes, antagonistas de Lysenko, escritores, pintores y músicos heterodoxos, lituanos, polacos y otros nacionalistas.⁷⁶ El sistema, lejos de ser abandonado, se amplió considerablemente con Jruschov, que ansiaba convencer al mundo de que Rusia soviética ya no encarcelaba a sus enemigos políticos y solamente encerraba a los desequilibrados; de acuerdo con una cita de *Pravda* (1959), Jruschov manifestó: “El delito implica una desviación respecto de las normas de conducta aprobadas generalmente, y a menudo su causa es el desorden mental [...] Es evidente que el estado mental de las personas que llaman a oponerse al comunismo no es normal.”⁷⁷

Occidente cobró conciencia por primera vez de la psiquiatría penal soviética en 1965, con la publicación de *Sala siete*, de Valery Tarsis; más tarde la profesión psiquiátrica realizó esfuerzos con el fin de documentar casos concretos y presentar el tema en las reuniones de la Asociación Psiquiátrica Mundial.⁷⁸ Estos esfuerzos se frustraron en parte a causa de la ansiedad de algunos psiquiatras (sobre todo norteamericanos) que deseaban preservar a toda costa la participación del Telón de Acero en el organismo y también por la habilidad con que el sistema psiquiátrico soviético cubrió sus huellas y, en 1973, organizó una visita de estilo Potemkin al Instituto Serbsky.⁷⁹ De todos modos, durante el período 1965-1975 se consiguieron detalles de 210 casos totalmente autenticados.⁸⁰ Además de la primera cárcel de castigo psiquiátrico en Kazán, durante los años

72 Beamish y Hadley, op. cit., pp. 216 y ss.

73 Ibid., pp. 221 y ss.

74 I. Z. Steinberg, *Spiridonova: Revolutionary Terrorist*, Londres, 1935, pp. 241-242; de hecho ella fue retenida en la guardia del Kremlin hasta su fuga en abril de 1919.

75 Sidney Bloch y Peter Reddaway, *Russia's Political Hospitals: the Abuse of Psychiatry in the Soviet Union*, Londres, 1977, pp. 51-53.

76 El *samizdat* autobiográfico de Yarkov fue introducido clandestinamente en Occidente en 1970.

77 *Pravda*, 24 de mayo de 1959.

78 Véase el testimonio de cuarenta y cuatro psiquiatras británicos en C. Mee, ed., *The Internment of Soviet Dissenters in Mental Hospitals*, Londres, 1971.

79 Bloch y Reddaway, op. cit., pp. 311 y ss; véase también I. F. Stone, *New York Review of Books*, 10 de febrero de 1972, pp. 7-14.

80 Todo está resumido en Bloch y Reddaway, op. cit., apéndice I, pp. 347-398.

sesenta y setenta se inauguraron por lo menos trece hospitales psiquiátricos especiales. A los occidentales, psiquiatras o no, no se les permitía visitar estos hospitales; pero se comprobó que estaban controlados por el Ministerio del Interior (MVD) y no por el de Salud; la dirección se hallaba a cargo de oficiales militares y el tratamiento administrativo era similar al de las cárceles. Los informes de ex detenidos demostraron que estos hospitales tenían un acentuado parecido con las clínicas-prisiones experimentales dirigidas por médicos SS como parte del programa racial de Himmler, tanto por las crueldades practicadas como por el tipo de médicos responsables. La tortura más común, el “enrollado” con lienzo húmedo, al parecer fue inventada por cierta doctora Elizaveta Lavritskaya, una de las criaturas más duras descritas por Yarkov.⁸¹ Durante las audiencias del Senado norteamericano en 1972 se aportaron detalles acerca de las torturas, los golpes y el empleo punitivo de drogas.⁸² Se identificó a los peores responsables: el profesor Andrei Snezhnevsky, director del Instituto de Psiquiatría de la Academia de Ciencias Médicas, que encabezó la campaña para diagnosticar el disenso como una forma de esquizofrenia; el profesor Ruben Nadzharov, delegado del anterior; el doctor Georgy Morozov, jefe del Instituto Serbsky, y el profesor Daniel Lunts, considerado por los disidentes como el peor de los profesionales del terror psicológico. Como en el caso de la SS, algunos médicos tenían rango militar; se mencionaba a Lunts, según los casos, como coronel de la KGB o como mayor general del MVD. Estos hombres podían viajar al exterior para representar a la psiquiatría soviética, tenían sueldos que triplicaban los de otros psiquiatras y tenían acceso a los lujos y los privilegios de las jerarquías superiores de la clase gobernante soviética.⁸³

El castigo psiquiátrico se difundió mucho durante el gobierno de Brezhnev, aunque después de la campaña de denuncias en Occidente se limitó, sobre todo, a los disconformes que eran humildes obreros y que tenían escasas probabilidades de atraer la atención del mundo exterior. En el caso de las figuras destacadas, había muchos niveles de opresión, cada uno más severo que el anterior, y en ningún caso era indispensable que se celebrara un juicio. Al comentar el exilio de Sajarov en Gorki, Medvedev observó: “De Gorki, Sajarov podía ser enviado a Irkutsk en Siberia, a Tomsk o a Chita. Cada vez una situación peor [...] Lo importante es que la víctima siempre tenga algo que perder y, por lo tanto, algo que temer”.⁸⁴ A fines de marzo de 1977, Brezhnev manifestó con brutal claridad que el retorno a la liberalización era inconcebible:

En nuestro país no está prohibido ‘pensar distinto’ de la mayoría [...] Una cosa muy diferente es que unos pocos individuos que[...] se han manifestado activamente contra el socialismo comiencen a recorrer el camino de la actividad antisoviética, violen las leyes y, como no hallan apoyo en su propio país, lo busquen en el exterior, en los centros subversivos imperialistas[...] Nuestro pueblo exige que tales[...] activistas reciban el trato que se dispensa a los enemigos del socialismo, a las personas que actúan contra su propia patria, a los cómplices, ya que no a los agentes reales del imperialismo[...] Hemos adoptado y continuaremos adoptando contra ellos las medidas previstas por nuestra ley.⁸⁵

La identificación de la crítica política con la traición, y aun con la traición activa, era por supuesto la base del terror de Lenin y Stalin. Brezhnev dio a entender claramente que podía reanudárselo en cualquier momento. Se contemplaba esta posibilidad en la nueva versión de la constitución, ratificada por la Suprema Corte el 7 de octubre de 1977. El artículo 6 afirmaba el monopolio total del poder político y la actividad estatal del Partido Comunista. El artículo 62 decía: “Los ciudadanos de la Unión Soviética tienen la obligación de salvaguardar los intereses de los

81 *Ibíd.*, p. 57.

82 *Abuse of Psychiatry for Political Repression in the Soviet Union*, US Senate Judiciary Committee, Washington D. C., 1972.

83 Bloch y Reddaway, *op. cit.*, pp. 220-230.

84 Medvedev, *On Soviet Dissent*, pp. 142-143.

85 *Reprints from the Soviet Press*, 30 de abril de 1977, pp. 22-23.

estados soviéticos y de fortalecer su poder y prestigio”. El primero de estos artículos contradecía el número 2, que decía que todo el poder pertenecía al pueblo. El segundo contradecía el artículo 49, que otorgaba a los ciudadanos el derecho de criticar a los organismos oficiales. Por consiguiente, los artículos 6 y 62 eran el nervio totalitario de la constitución, pues otorgaban a la clase gobernante toda la autoridad necesaria para someter a los opositores internos al grado de terror que ella creyese necesario. El disconformismo continuó durante la represión de Brezhnev. Por ejemplo, entre 1977 y 1980 aparecieron regularmente veinticuatro publicaciones *samizdat*. El número de materiales *samizdat* individuales que circuló superó la cifra de 100.000 en 1980.⁸⁶ Pero la actividad política organizada o la difusión amplia de opiniones heterodoxas llegaron a ser totalmente imposibles. En resumen, durante los años setenta, mientras se socavaba temerariamente la autoridad legítima del gobierno norteamericano, se reforzaba de manera sistemática el poder autocrático del gobierno soviético. El proceso llegó a su conclusión lógica después de la muerte de Brezhnev, en 1982, cuando Yuri Andropov, que durante quince años había sido jefe de la KGB, cuando se había institucionalizado el castigo psiquiátrico de los disidentes, se convirtió en el jefe de gobierno soviético.

Como funcionó sobre una base de estabilidad política, el poder global soviético creció constantemente durante los años setenta. La señal más sorprendente y visible de esta expansión fue el crecimiento espectacular de la marina soviética. En muchos aspectos resultó un proceso comparable con el programa naval alemán de las décadas de 1890 y 1900, ya que no se justificaba por la necesidad de proteger líneas tradicionales de suministro y comunicaciones, y en cambio apuntó directamente a modificar el equilibrio existente del poder marítimo.⁸⁷ A semejanza de la armada británica en el siglo XIX, el poder aéreo y marítimonorteamericano fue el gran factor estabilizador del mundo de la posguerra. En 1945, Estados Unidos tenía 5.718 barcos en servicio activo, entre ellos noventa y ocho portaaviones, veintitrés acorazados, setenta y dos cruceros y más de 700 destructores y buques de escolta. Todavía en junio de 1968, Estados Unidos tenía en servicio 976 naves.⁸⁸ Pero durante los años setenta la flota norteamericana disminuyó rápidamente y llegó a contar con trece portaaviones y sus escoltas. Mientras tanto, la marina soviética creció. A fines de 1951, el almirante Carney, comandante de las fuerzas de la OTAN en Europa Meridional, aún podía desdeñar el poder naval soviético en el Mediterráneo, pues afirmaba que era posible que hubiese unos pocos submarinos soviéticos “extraviados” en el Mediterráneo y que quizá pudieran agregar algunos más si se preparaba una guerra, pero no lograrían mantenerlos durante mucho tiempo.⁸⁹ El gran cambio sobrevino después de 1962, cuando la crisis de los misiles en Cuba convenció al liderazgo soviético de que, si deseaba extender el comunismo más allá de la masa terrestre euroasiática, tendría que construir una gran flota de superficie.

La nueva estrategia fue obra del almirante Gorshkov, cuyos escritos formaron un cuerpo de doctrina semejante al del almirante Mahan y cuya propuesta de una enorme flota de submarinos más una fuerza de superficie global se convirtió en política estable a principios de los años sesenta.⁹⁰ Durante el período de catorce años que siguió a la crisis de los misiles, Rusia soviética construyó un total de 1.323 barcos de todo tipo (comparados con 302 norteamericanos), entre ellos 120 grandes barcos de superficie, 83 anfibios y 53 auxiliares. Hacia la misma fecha (1976), Gorshkov había acumulado una flota de 188 submarinos nucleares, cuarenta y seis de ellos armados con misiles estratégicos.⁹¹ A fines de los años setenta aparecieron los primeros portaaviones soviéticos auténticos. La gravitación de la nueva marina soviética sobre la geopolítica llegó a ser

86 *Index on Censorship*, Londres, n2 4, 1980; Vladimir Bukovsky, “Critical Masses: the Soviet Union's Dissident Many”, en *American Spectator*, agosto de 1980; véase también Joshua Rubenstein, *Soviet Dissidents: their Struggle for Human Rights*, Boston, 1981.

87 Alva M. Bowen, “The Anglo-German and Soviet-American Naval Rivalries: Some Comparison's”, en Paul Murphy, ed., *Naval Power and Soviet Policy*, Nueva York, 1976.

88 James L. George, ed., *Problems of Sea-Power as we approach the 21st Century*, Washington D. C., 1978, p. 18.

89 Sulzberger, op. cit., p. 698.

90 Artículos seleccionados de Gorshkov han sido publicados, traducidos, por el US Naval Institute (Annapolis) como *Red Star Rising at Sea y Sea-Power and the State*.

91 George, op. cit. p. 17.

innegable en la guerra árabe-israelí de 1967, cuando se estableció, sobre una base permanente, una importante presencia naval soviética en el Mediterráneo. En 1973, durante la guerra de Yom Kippur, uno de los comandantes estadounidenses afirmó que la posición de la flota norteamericana en el lugar era “muy incómoda”, y eso sucedía por primera vez desde la destrucción del poder naval japonés.⁹² A esta altura de la situación, la marina soviética, que ya prevalecía en el Atlántico Noreste y el Pacífico Noroeste, estaba preparada para ingresar en el Atlántico Sur y el océano Índico.

El poder naval constituyó un elemento de la penetración soviética en África negra, un aspecto importante de fines de los años setenta. El otro elemento fue la utilización de Cuba como un satélite mercenario.

Durante los años sesenta, Rusia soviética compró bastante barata la fidelidad cubana: menos de 500 millones de dólares anuales. Obtuvo a cambio el apoyo verbal: Castro defendió enérgicamente la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968. A principios de los años setenta, la economía cubana estaba descomponiéndose velozmente; en 1972 hubo un doloroso reenfoque de las relaciones rusocubanas. La deuda de Cuba con Rusia se elevaba entonces a casi 4.000 millones y Brezhnev no vio más alternativa que diferir hasta 1986 todos los pagos por los intereses y el capital, y mientras tanto sacar del apuro a Cuba.⁹³ El costo para Rusia se elevó primero a 8 millones de dólares, después a 10 millones y, a principios de los años ochenta a 12 millones diarios, es decir, casi 4.500 millones de dólares anuales. A su vez, Brezhnev consiguió un instrumento valioso de penetración en África, al sur del Sahara. Por supuesto, Rusia se había mostrado activa en el África árabe desde el acuerdo con Nasser en 1955; pero las misiones militares y económicas soviéticas habían sido impopulares y, como estaban conformadas por blancos, era fácil acusarlas de “imperialismo”. Como dijo uno de los primeros ministros árabes, Mahgoub, de Sudán, los estados árabes recibieron “maquinaria anticuada” de Rusia soviética a cambio de productos primarios, es decir, “una forma de trueque”; el bloque soviético “a menudo revendía al Occidente capitalista las materias primas que le enviábamos” a precios inferiores a los del mercado, con “efectos desastrosos para nuestros países, productores de materias primas”.⁹⁴ Una de las muchas ventajas de la utilización de sustitutos cubanos era que, por una paradoja inexplicable, Cuba era miembro del “bloque no alineado”, aunque en la práctica se trataba del más estridente y fiel de los estados clientes soviéticos. No es fácil tachar de imperialistas a los soldados cubanos, que no son blancos, sino que en muchos casos son negros. Castro ya había hecho su parte al defender a Rusia soviética de la acusación de imperialismo en la conferencia de no alineados celebrada en Argel en 1973. Castro preguntó dónde estaban las “corporaciones monopolistas” de Rusia. ¿Dónde estaba su “participación en las compañías multinacionales? ¿Qué fábricas, qué minas, qué yacimientos petrolíferos posee en el mundo subdesarrollado? ¿A qué trabajadores explota el capital soviético en cualquier país de Asia, África o América Latina?”⁹⁵ Ahora se le pidió que avanzara un paso más y suministrara fuerzas de invasión no imperialistas. En diciembre de 1975, protegidas por una escolta naval soviética, las primeras tropas cubanas desembarcaron en Angola. En 1976 entraron en Abisinia, que pertenecía al campo soviético, y en África Central y Oriental. Ya en 1963, la antigua colonia del Congo francés proclamó la República Popular del Congo, el primer Estado marxista-leninista de África. No siempre se comportó de acuerdo con esta denominación. Las categorías políticas europeas no siempre resultaban aplicables a las realidades africanas.⁹⁶ Pero hacia fines de los años setenta había diez estados africanos de este tipo, que suministraban a Rusia soviética, en diferente medida, apoyo económico y de propaganda, ventajas económicas y bases militares. En 1979 Cuba tuvo en Nicaragua a su primer satélite centroamericano.

Durante los años setenta la extensión de la guerra fría prácticamente al mundo entero originó en la década esa atmósfera de inseguridad crónica tan característica de los años treinta, el mismo

92 Almirante Elmo Zumwalt, *On Watch*, Nueva York, 1976, pp. 444-445.

93 Richard Fagen, “Cuba and the Soviet Union”, en *Wilson Review*, invierno de 1979.

94 Mahgoub, op. cit., p. 277.

95 Citado en Fagen, op. cit.

96 Jonathan Kwitny, “‘Communist’ Congo, ‘Capitalist’ Zaire”, en *Wall Street Journal*, 2 de julio de 1980.

síndrome de desocupación, decaimiento económico, armamentos y agresión. La política soviética de ningún modo era el único factor. Estados Unidos fue parcialmente responsable de la tendencia a la agresión. Con el fin de compensar la disminución de la compra de armas, que fue la consecuencia del final de la guerra de Vietnam, la industria norteamericana aumentó en una escala sin precedentes la venta internacional de armas. En 1970 Estados Unidos vendió al exterior armas por valor de 952 millones de dólares. La cifra había saltado a más de 10.000 millones en 1977-1978. Pero había otros participantes en la carrera. Durante los años sesenta y setenta, las ventas francesas de armas aumentaron más de treinta veces. Las exportaciones soviéticas de armas aumentaron con mayor rapidez aún que las de Estados Unidos. Entre 1979 y 1981, Estados Unidos cesó de ser el principal exportador de armas y vino a ocupar el tercer lugar, detrás de Rusia soviética y Francia. Gran Bretaña ocupó el cuarto lugar, a bastante distancia. A principios de los años ochenta, las ventas internacionales de armas se aproximaban a un valor anual de unos 70.000 millones de dólares y se negociaban casi todas en el ámbito interestatal. Una sola fábrica soviética de tanques abarcaba 50 metros cuadrados y exportaba a treinta países, la mayoría pobres. Los viejos mercaderes de la muerte de la libre empresa parecían inocentes comparados con los estados modernos, que competían para vender poder de destrucción por megatones.

Es verdad que ninguna de las grandes potencias vendió armas nucleares, pero no pudieron impedir su proliferación. Durante los años cincuenta, los científicos bien intencionados difundieron la idea de que el plutonio destinado a los “reactores pacíficos” normalmente no era apropiado para producir bombas. A partir de esta premisa totalmente falsa, Estados Unidos inició la “operación sinceridad” en diciembre de 1953, con el programa “átomos para la paz”. Fueron publicados más de 11.000 documentos reservados, incluyendo los detalles del método Purex para producir el plutonio puro que es esencial en las grandes explosiones.⁹⁷ Algunos detalles de los programas de ayuda estaban redactados con descuido, de manera que cuando sobrevenía una situación definida —por ejemplo, cuando la India detonó una bomba en 1974— los funcionarios norteamericanos podían afirmar que no era el caso. El Tratado de No Proliferación negociado por Estados Unidos, Rusia y Gran Bretaña en julio de 1968 y rápidamente ratificado por cuarenta países más, en realidad no modificó la situación, pues incluso los países firmantes podían, de acuerdo con las normas del documento, acercarse mucho a la capacidad nuclear y alcanzarla rápidamente después del período de preaviso de tres meses, según el artículo once.

En realidad, las potencias nucleares no se multiplicaron tan velozmente como habían pronosticado los pesimistas. En 1960 se calculaba que doce nuevos países tendrían capacidad nuclear hacia 1966.⁹⁸ Pero las alianzas que implicaban la existencia de paraguas nucleares, por ejemplo la OTAN, la SEATO y el CENTO, tendían a desalentar a los estados de la realización de iniciativas independientes. La proliferación fue el resultado de la existencia de pares de antagonistas. La bomba de China, en 1964, fue creada en función de su disputa con Rusia; la bomba de la India, en 1974, fue el resultado de la que fabricó China; la bomba putativa de Pakistán resultó la secuela de la que detonó la India. Tanto Israel como Sudáfrica se convirtieron en potencias nucleares encubiertas durante los años setenta, sobre todo porque no eran miembros de pactos militares confiables que incluyeran la protección nuclear. La bomba de Israel originó un programa iraquí de armas nucleares, frustrado en 1981 cuando los aviones israelíes destruyeron el reactor “pacífico” iraquí construido por Francia.

También se observó la tendencia de los países avanzados a derivar hacia programas de armas nucleares. Fue lo que sucedió en Francia durante la Cuarta República, mucho antes de que de Gaulle adoptase la decisión de producir bombas. Como dijo un funcionario, “la manufactura de una bomba atómica [...] se imbricó en nuestra vida pública como una especie de subproducto de un esfuerzo oficialmente pacífico”.⁹⁹ Este era el camino más probable que Alemania y Japón, alentados antes a abstenerse del arma nuclear por las garantías norteamericanas, seguirían para

97 Albert Wohlstetter, ed., *Swords from Ploughshares: the Military Potential of Civilian Nuclear Energy*, Chicago, 1979, XIII.

98 *Ibid.*, p. 17.

99 Lawrence Scheinman, *A tomic Policy in France under the Fourth Republic*, Princeton, 1965, pp. 94-95.

llegar a la bomba. Hacia fines de los años setenta Japón había desarrollado una gran industria espacial, de carácter innovador, y estaba en condiciones no sólo de producir cabezas nucleares con mucha rapidez, sino de crear un sistema avanzado de lanzamiento de acuerdo con los lineamientos del Trident norteamericano. Sin embargo, llegar a la condición de potencia nuclear de primera clase implicaba, en esta etapa, desarrollar sistemas de protección, contradetección y segundo ataque, y todo esto era sumamente costoso.¹⁰⁰ Salvo que Estados Unidos se refugiase en el aislamiento, parecía poco probable que Alemania y Japón se incorporaran al club. El peligro estaba más bien en el desarrollo fragmentario de una capacidad nuclear marginal en los inestables estados o potencias árabes, que por una razón o por otra se sentían inseguros o mal protegidos por las alianzas con otros países del tercer mundo, por ejemplo Brasil, Argentina, Corea del Sur, Taiwán e Indonesia. Hacia principios de los años ochenta, veintidós países, además de Israel y Sudáfrica, estaban en condiciones de desarrollar armas nucleares con un costo relativamente bajo y en el lapso de uno a cuatro años.”¹⁰¹

Pero en la práctica, el mundo estaba menos perturbado durante los años setenta por la posibilidad de la guerra nuclear que por la realidad cada vez más definida de otras formas de violencia. Durante esa década se libraron más de treinta guerras convencionales, la mayoría en África. Menos onerosa en vidas humanas, pero política y psicológicamente mucho más inquietante para el mundo, fue la intensificación del terrorismo internacional. Muchas vertientes históricas contribuyeron a este nuevo fenómeno. Una de ellas fue la tradición musulmana de terrorismo político-religioso, que se remonta a la secta persa-sunnita de los asesinos, durante la Edad Media. Renació nuevamente durante la lucha entre árabes e israelíes, en la Palestina del período entre las dos guerras, y cobró su forma definitiva en la Organización de Liberación de Palestina, la que durante los años sesenta y setenta era el grupo terrorista más importante, más rico, mejor armado y más activo, con sus propios campos de entrenamiento, aprovechados por muchos otros movimientos terroristas completamente desvinculados de aquél.

En segundo lugar, estaba la tradición rusa, convertida por Lenin (que repudiaba el terrorismo individual como una forma de “izquierdismo infantil”) en terrorismo de Estado, para uso interno y para la exportación. Durante este período, Rusia soviética aplicó un plan de entrenamiento de terroristas, dirigido por la academia militar de Simteropol, en Crimea; allí las “guerrillas” y los “saboteadores” extranjeros se graduaban para prestar servicios en Medio Oriente, América Latina y Asia. La mayoría de los expertos e instructores de la OLP aprovechó este curso.¹⁰²

En tercer lugar, estaba la tradición europea, principalmente alemana, de intelectualización de la violencia como una necesidad moral. La primera fase moderna de terrorismo político en gran escala tuvo por escenario, como hemos visto, a Alemania durante los años 1919 a 1922, cuando los asesinos derechistas mataron a 354 personas. La incapacidad de la sociedad para castigar a estos individuos preparó el camino al terror oficial de Hitler. Éste adoptó muchas formas, incluso el secuestro, practicado por las hermanas pardas de la SS, que recorrían los campos de concentración en busca de niños de cabellos rubios y ojos azules menores de seis años. La tradición terrorista alemana se expresó filosóficamente en el existencialismo, popularizado por Sartre durante la posguerra. Éste se sintió fascinado por la violencia a lo largo de toda su vida; su alumno Franz Fanon publicó en 1961 el más influyente de todos los manuales terroristas, titulado *Les damnés de la terre*.

En cuarto lugar, existía la tradición apolítica de la piratería en el Mediterráneo, que se remontaba al segundo milenio antes de Cristo. Pompeyo había acabado con la piratería en el siglo primero a. C. y el hecho de que los piratas regresaran para desplegar sus fuerzas a mediados del siglo III de nuestra era constituyó un signo siniestro de debilitamiento del poder de Roma. En el siglo XVIII la marina británica eliminó la piratería de los océanos, pero la amenaza persistió hasta 1830, cuando los franceses ocuparon Argelia. Durante los 130 años siguientes, es decir durante la era colonial, la

100 Acerca de Japón, véase Wohlstetter, op. cit., cap. 5, pp. 111-125; Geoffrey Kemp, *Nuclear Forces for Medium Powers*, Londres, 1974.

101 Wohlstetter, op. cit., pp. 44-45.

102 Véase Claire Sterling, *The Terror Network*, Nueva York, 1981.

piratería y el secuestro en gran escala prácticamente desaparecieron. Retornaron con rapidez cuando la ola imperialista se retiró, sobre todo en los centros tradicionales, esto es Argel y Trípoli, con el fin de la guerra de Argelia y el golpe de Gaddafi en 1969. Ahora tenía un matiz acentuadamente político, pues los líderes argelinos durante los años sesenta y Gaddafi en la década de los setenta suministraron dinero, armas, instalaciones para entrenamiento, refugios y orientación. Estas cuatro vertientes que confluyeron durante los años setenta determinaron que la definición del problema terrorista fuese inmensamente compleja y difícil. No podía interpretárselo como una sencilla conspiración soviética para desestabilizar a los estados legítimos. De hecho, el estado democrático más gravemente perjudicado por el terrorismo en la década de los setenta, es decir Italia, fue víctima más de la violencia comercial y, sobre todo, de los secuestros, que produjeron 100 millones de dólares durante los años 1975 a 1980, que del terror puramente político.¹⁰³

Sin embargo, era indudable que los movimientos terroristas individuales; por ejemplo la banda Baader-Meinhof en Alemania Occidental, el IRA en Ulster, las Brigadas Rojas en Italia, los separatistas vascos en España, la OLP y quizás una veintena de diferentes grupos terroristas árabes, latinoamericanos y africanos negros aprovecharon la existencia de una red extremista internacional; los espíritus que la animaban, por ejemplo el asesino venezolano llamado Carlos, eran todos comunistas.¹⁰⁴ Dos incidentes, elegidos entre varios episodios semejantes, ilustran el carácter internacional y marxista del movimiento. La masacre de veintiséis peregrinos, la mayoría portorriqueños, en el aeropuerto israelí de Lod en 1972, fue realizada por marxistas japoneses, entrenados por la OLP en Líbano, armados con armas japonesas que les entregó el mismo Carlos en el aeropuerto de Roma. Asimismo, los asesinos vascos que liquidaron a un almirante español en 1974 habían sido entrenados en Yemen del Sur y Cuba por alemanes orientales, palestinos y cubanos, y usaron explosivos comprados a pistoleros del IRA que conocieron a los vascos en Argel, con los auspicios de la KGB.¹⁰⁵

Resulta significativo que durante la década de los setenta, mientras declinaba el poder relativo de Estados Unidos y aumentaba el poder soviético, los incidentes terroristas internacionales (explosiones, ataques con bombas, asesinatos, captura de rehenes, secuestros, etcétera) aumentaron constantemente, de 279 en 1971, a 1.709 en 1980. El número de asesinatos, una especialidad permanente de la KGB y sus antecesoras, creció espectacularmente de 17 en 1971, a 1.169 en 1980.¹⁰⁶ Las sociedades totalitarias, con su ubicua policía secreta que permitía practicar arrestos, encarcelar sin juicio, torturar y cometer asesinatos judiciales y no judiciales, tenían poco que temer del terrorismo. Las sociedades democráticas y liberales tenían mucho que temer. La lección de los años setenta fue que el terrorismo contribuía de manera activa, sistemática y necesaria a la difusión del estado totalitario, que distinguía entre los estados legales y los totalitarios a favor de los últimos; que aprovechaba el andamiaje de la libertad en las sociedades liberales y que, por eso mismo, lo amenazaba, y que debilitaba la voluntad de autodefensa de una sociedad civilizada.¹⁰⁷

En un sentido más profundo, el terrorismo político de los años setenta fue un producto del relativismo moral. Las inenarrables crueldades que practicó fueron posibles únicamente por la costumbre marxista de pensar de acuerdo con las clases y no con los individuos. Los jóvenes ideólogos extremistas que mantenían encadenados generalmente a diplomáticos o a empresarios elegidos sólo por la profesión en minúsculas celdas subterráneas de concreto, con los ojos vendados, los oídos sellados con cera, durante semanas o meses, y después los liquidaban sin piedad ni vacilación, no veían a las personas torturadas y asesinadas como seres humanos, sino como piezas de un ajedrez político. En este proceso se deshumanizaban tanto como las personas destruidas y se convertían en almas muertas, como las criaturas degradadas descritas por Dostoievski en su gran novela antiterrorista *Los endemoniados*.

103 Caroline Moorehead, *Fortune's Hostages: Kidnapping in the World Today*, Londres, 1980.

104 Christopher Dobson y Ronald Payne, *The Carlos Complex: a pattern of violence*, Londres, 1977, pp. 30-44.

105 Con relación a estos dos casos, véase Sterling, op. cit.

106 "The Most Sinister Growth Industry", en *The Times*, 27 de octubre de 1981.

107 Este razonamiento está desarrollado en Paul Johnson, "The Seven Deadly Sins of Terrorism", Jerusalem Conference on International Terrorism, publicado por el Jonathan Institute, Jerusalén, 1979.

Por su carácter de amenaza a la estabilidad de todas las sociedades sometidas al imperio del derecho, el terrorismo internacional hubiera debido ser la preocupación principal de las Naciones Unidas. Pero en los años setenta, éste era un organismo corrupto y desmoralizado, y sus intervenciones irreflexivas tendían a promover la violencia más que a prevenirla. El fatal error de Truman, que permitió que la potestad ejecutiva se deslizara hacia la Asamblea General en 1950, agravado por el error de Eisenhower en 1956, cuando permitió que Hammarskjöld arrinconase a Gran Bretaña y Francia como agresores, dieron como resultado una amarga y abundante cosecha. Las Naciones Unidas fueron fundadas por cincuenta y un estados, la gran mayoría democracias. En 1975 había 144 miembros y se planeaba llegar a 165, con excepción de veinticinco, todos estados totalitarios o de un solo partido, principalmente izquierdistas. Los estados soviéticos, árabe-musulmanes y africanos constituían, en su conjunto, la mayoría. Por lo tanto, resultaba imposible adoptar medidas contra el terrorismo. Sucedió todo lo contrario. Como ya señalamos, Idi Amín, él mismo terrorista, protector y beneficiario del terrorismo, recibió una clamorosa ovación en 1975, cuando preconizó el genocidio. Yasser Arafat, jefe de la OLP, la principal organización terrorista del mundo, ocupó un lugar en la Asamblea. El secretariado de las Naciones Unidas hacía mucho tiempo que había dejado de aplicar los principios de la Carta. El secretariado general funcionaba como una simple oficina de correos. Los miembros comunistas del secretariado vivían en sus recintos nacionales y entregaban a los funcionarios de finanzas de su embajada los cheques de sus respectivos sueldos, pagados en monedas fuertes. El miembro de más alto rango de este grupo, el subsecretario general del Consejo de Seguridad, Arkady Shevchenko, tenía un “responsable” de la KGB sólo para él.¹⁰⁸

En términos generales, durante la década de los setenta la mayoría de las Naciones Unidas concentró sus esfuerzos en tres cuestiones: organizar la destrucción de Sudáfrica e Israel, y condenar al “imperialismo” personificado en Estados Unidos. En 1974, las credenciales de Sudáfrica, miembro fundador, fueron rechazadas, en una actitud sustitutiva de la expulsión. En una reunión de los Estados no alineados de las Naciones Unidas, celebrada en La Habana, la capital de un satélite soviético, en marzo de 1975, se trazó el plan de expulsar a Israel, pero se lo abandonó cuando Estados Unidos amenazó abandonar la Asamblea e interrumpir su contribución financiera. En cambio, el Tercer Comité de las Naciones Unidas aprobó una resolución antisemita, condenando a Israel como “racista”, por 70 votos contra 29, con 27 abstenciones. La resolución fue presentada por Cuba, Libia y Somalia, países que entonces eran todos satélites soviéticos. Como dijo el delegado norteamericano Leonard Garment, la resolución fue “ominosa” porque usaba la palabra “racismo”, no para reflejar “un conjunto muy real y concreto de injusticias sino simplemente como un epíteto arrojado al rostro del adversario, quienquiera que sea”. Convertía “una idea que posee un significado vívido y perverso” en “nada más que un instrumento ideológico”.¹⁰⁹ Algunos de los discursos pronunciados a favor de la moción fueron francamente antisemitas y habrían provocado salvvas de aplausos en Nuremberg. De los setenta estados que votaron a favor de la moción, sólo ocho tenían un mínimo derecho a ser considerados democracias y más de dos tercios practicaban distintas variedades de racismo oficial. En Moscú, Andrei Sajarov, que aún no había sido arrestado, comentó que la resolución “sólo puede contribuir a las tendencias antisemitas de muchos países al conferirles la apariencia de legalidad internacional”. Todavía más grave era el temor de que la votación pudiera ser utilizada después como justificación, en el plano de la moral y el derecho internacional, de un intento coordinado de los estados árabes de exterminar al pueblo israelí, que había fundado su estado precisamente como un refugio para defenderse del racismo y del asesinato racial. El embajador norteamericano ante las Naciones Unidas anunció, enfurecido, cuando la Asamblea General ratificó la votación de 67 contra 55: “Estados Unidos se alza para declarar ante la Asamblea General de las Naciones Unidas y ante el mundo que no reconoce, no acatará y nunca aceptará este acto infame”.¹¹⁰ Era cierto que la votación tenía sólo un valor formal, pero el verdadero peligro de las Naciones Unidas consistía en que las mayorías formales tendían a

108 Moynihan, *A Dangerous Place*, p. 86.

109 Citado en *ibid.*, pp. 157-158.

110 *Ibid.*, p. 197.

convertirse en políticas reales: la aritmética corrupta de la Asamblea, en donde durante la década de los setenta podían comprarse los votos con armas o incluso pagando sobornos personales a los delegados, tendía a convertirse imperceptiblemente en el saber convencional de la sociedad internacional.

Esto era aplicable sobre todo a los ataques a Estados Unidos, un país cada vez más aislado y, a medida que se profundizó la crisis económica de los años setenta, acusado de ser la causa de los males del mundo. Una consecuencia sorprendente de la aritmética de las Naciones Unidas fue que los estados petroleros árabes, cuyos aumentos de precios sumaron 70.000 millones de dólares a sus ingresos durante el año 1974-1975, todo a expensas de las naciones industriales y los países subdesarrollados, nunca fueron criticados por una resolución de la Asamblea o un comité de las Naciones Unidas. La mayoría de las Naciones Unidas tampoco intentó nunca obligarlos a devolver este exceso de utilidades bajo la forma de programas obligatorios de ayuda. El enojo de las Naciones Unidas se concentró completamente en Estados Unidos, una de las víctimas principales, y por extensión en la totalidad de Occidente. Resulta esclarecedor rastrear la génesis de este ataque. La tesis marxista original era que el capitalismo se derrumbaría. No sucedió tal cosa. El primer retroceso (de Jruschov) fue la afirmación de que “el bloque socialista” superaría el nivel de vida de Occidente. Tampoco eso había sucedido. El segundo retroceso, utilizado desde principios de los años setenta en adelante, difundido en el tercer mundo y convertido en la ortodoxia de las Naciones Unidas, fue la afirmación de que los elevados niveles de vida de Occidente, lejos de ser la consecuencia de un sistema económico más eficiente, representaban los beneficios inmorales del empobrecimiento intencional y sistemático del resto del mundo. Así, en 1974, las Naciones Unidas adoptaron una “Carta de los derechos y los deberes económicos de los Estados”, que condenaba las formas de funcionamiento de las economías occidentales. La Conferencia Demográfica Mundial de las Naciones Unidas, en 1974, representó un ataque prolongado al egoísmo de Estados Unidos. La Conferencia Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas, en 1974, denunció a Estados Unidos y a otros estados, los únicos que en realidad producían excedentes de alimentos. El ministro indio de la Alimentación consideró “evidente” que los países de Occidente eran “los responsables de la difícil situación actual” de las naciones pobres y tenían el “deber” de ayudarlas. Esa ayuda no era “caridad”, sino “una compensación diferida por lo que anteriormente les habían hecho las naciones desarrolladas”. En el mes de febrero siguiente, los países “no alineados” castigaron “la obstinación de las potencias imperialistas que preservan las estructuras de la explotación colonial y neocolonial con la que alimentan sus lujosas y superfluas sociedades de consumo, mientras mantienen a gran parte de la humanidad en la miseria y el hambre”.

Este ataque fue especialmente irrazonable porque tan sólo durante los catorce años precedentes (1960-1973) la ayuda oficial directa para el desarrollo, aportada por las naciones avanzadas a los países más pobres o a través de organismos, alcanzó a 91.800 millones de dólares, la más elevada transferencia voluntaria de recursos de la historia.¹¹¹ Por supuesto, si el dinero se utilizaba eficazmente era otra cosa. Gran parte de esa suma sirvió para mantener en el poder a regímenes ineficaces y tiránicos que practicaban diferentes formas de “socialismo”; por ejemplo el de Julius Nyerere en Tanzania, y por lo tanto para perpetuar el atraso. El argumento de que Occidente tenía, hasta cierto punto, la culpa de la pobreza mundial era en sí mismo una invención de Occidente. Al igual que la descolonización, era un producto del sentimiento de culpa, el principal disolvente del orden y la justicia. Reflejaba la misma tendencia a clasificar moralmente a las personas no como individuos sino como miembros de clases, es decir, siguiendo la falacia fundamental del marxismo. La estructura de nación era análoga a la estructura de clase. Ya hemos señalado el efecto del concepto de tercer mundo sobre la generación de Bandung. Como muchas ideas inteligentes pero engañosas, se originó en Francia. En 1952, el demógrafo Alfred Sauvy escribió un artículo famoso, titulado “Tres mundos, un planeta”, donde citaba la famosa observación de Sieyès en 1789: “¿Qué es el Tercer Estado? Todo. ¿Qué ha sido hasta ahora en el orden político? Nada. ¿Qué pide? Llegar a ser algo”. La guerra fría, argumentó Sauvy, era esencialmente una lucha entre el mundo capitalista

111 Rostow, *World Economy*, tabla 11-71, p. 285.

y el mundo comunista por el tercer mundo. Ese tercer mundo, ignorado, explotado, despreciado, como el Tercer Estado, también quiere ser algo.¹¹² Poco a poco la expresión “tercer mundo” se convirtió en una de las grandes frases formales del período de la posguerra.¹¹³ Nunca se la definió, por la excelente razón de que apenas uno intentaba aclararla, percibía que el concepto carecía de contenido y se derrumbaba; pero ejerció una inmensa influencia. Satisfacía el anhelo humano de diferenciaciones morales sencillas. Había naciones “buenas” (las pobres) y naciones “malas” (las ricas). Las naciones eran ricas precisamente porque eran malas, y eran pobres porque eran inocentes. Este concepto se convirtió en la dinámica de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Condujo a la creación de la Conferencia de las Naciones Unidas acerca del Comercio y el Desarrollo (UNCTAD), en 1962, que vino a popularizar la falacia. Inspiró el Informe Pearson de 1969, un documento saturado de sentimientos de culpa; allí se examinó la totalidad del programa de ayuda de 1950-1967 y se atribuyó la culpa de sus fallas a la gente que había suministrado el dinero.

A su debido tiempo la expresión “tercer mundo” comenzó a gastarse un tanto a causa del uso excesivo. La fábrica parisiense de modas intelectuales pronto suministró una expresión nueva: “Norte-Sur”. Se la acuñó en 1974, cuando el presidente francés Giscard d’Estaing convocó a una conferencia de “naciones importadoras de petróleo, exportadoras de petróleo y en proceso de desarrollo que no producen petróleo”. La idea era atribuir la culpa al “Norte” y la inocencia al “Sur”. Esta idea implicaba violentar bastante la geografía, así como los hechos económicos. El llamado “Sur” estaba representado por Argelia, Argentina, Brasil, Camerún, Egipto, India, Indonesia, Irak, Irán, Jamaica, México, Nigeria, Pakistán, Perú, Arabia Saudita, Venezuela, Yugoslavia, Zaire y Zambia. El “Norte” estaba formado por Canadá, los países de la Comunidad Económica Europea, Japón, España, Australia, Suecia, Suiza y Estados Unidos. Once estados del “Sur” estaban, en realidad, al norte del ecuador, y uno de ellos, Arabia Saudita, tenía el más elevado ingreso mundial *per cápita*. Australia, el único continente que se encontraba totalmente al sur del ecuador, tenía que ser incluido en el grupo de países del “Norte”, cabe presumir que en vista de que era principalmente blanco y capitalista. Se excluía por completo al bloque soviético, a pesar de que se encontraba en el Norte. En resumen, el concepto carecía de sentido, salvo para fines de agresión política. En este aspecto era muy eficaz. Originó una reunión que fue preparada cuidadosamente y que se celebró en París en mayo-junio de 1977.¹¹⁴ A su debido tiempo inspiró un documento, el Informe Brandt (1980), que a semejanza del Informe Pearson atribuyó la culpa de la situación a Occidente, ahora denominado “el Norte”, y propuso un sistema impositivo internacional, que obligase a éste a subsidiar al Sur, por analogía con los estados de bienestar social.¹¹⁵

Era inevitable que se mostrase a Estados Unidos como el villano principal del melodrama Norte-Sur. Fue también el blanco de otro agravio propio de los años setenta: la multinacional. Este término también se originó en Francia. En 1967, el publicista francés Jean-Jacques Servan-Schreiber presentó un libro sensacional, *Le Défi Américain*, y llamó la atención sobre la expansión de las firmas norteamericanas en el exterior. Pronosticó que en la década de los ochenta la “tercera potencia industrial del mundo” no estaría representada por Europa sino por “las inversiones norteamericanas en Europa”. La multinacional era “el desafío norteamericano” al mundo. La idea fue acogida con entusiasmo por los intelectuales europeos de izquierda y traducida a los términos del tercer mundo; la multinacional se imponía a la soberanía de los estados y era la punta de lanza del “imperialismo norteamericano”. En la Asamblea General de las Naciones Unidas, de abril-mayo de 1974, la multinacional fue el blanco del oprobio global, casi en el mismo plano que Sudáfrica e Israel. Como la mayoría de las modas intelectuales, la idea estaba mal concebida y ya podía considerársela anticuada. Las multinacionales eran, sencillamente, empresas que actuaban en muchos países. Databan de la década de 1900, cuando Gillette, Kodak y otras firmas se instalaron

112 Alfred Sauvy, *L'Observateur*, 14 de agosto de 1952.

113 Carl E. Pletsch, “The Three Worlds, or the Division of Social Scientific Labour, 1950-1975”, en *Comparative Studies in Society and History*, octubre de 1981.

114 Jahangir Amuzegar, “A Requiem for the North-South Conference”, en *Foreign Affairs*, nº 56, octubre de 1977, pp. 136-159.

115 *North-South: a Programme for Survival*, Massachusetts Institute of Technology, marzo de 1980.

en Europa, e incluían a los bancos y las compañías petroleras cuya actividad era esencialmente internacional. Representaban, de lejos, el medio más eficiente de acuerdo con los costos para exportar capital, tecnología y habilidades de los países más ricos a los más pobres. También un aspecto que posee la misma importancia es que durante el período de la posguerra aprendieron con rapidez mucho mayor que los gobiernos el modo de fusionarse con el paisaje local y adaptarse a los prejuicios nacionales. Por ejemplo, los estudios acerca de las multinacionales norteamericanas en Chile y Perú demostraron que su influencia política, considerable hasta 1939, había venido decayendo rápidamente por la época en que el término se puso de moda.¹¹⁶ En Estados Unidos, el poder de las compañías internacionales se vio más que compensado por los grupos de presión obreros y étnicos. La “explosión de las multinacionales” fue en realidad un fenómeno de los años cincuenta y principios de los sesenta, y estaba próximo a culminar cuando Servan-Schreiber escribió su obra. En 1951 Estados Unidos contaba con 111 multinacionales, es decir, el 71 por ciento de las principales firmas del mundo. En 1976, el número había descendido a sesenta y ocho, y el porcentaje a cuarenta y cuatro. El año culminante de las multinacionales norteamericanas fue 1968, del mismo modo que fue el apogeo del predominio general norteamericano; ese año fueron creadas o adquiridas 540 filiales en países extranjeros. Pero en 1974-1975 las 187 multinacionales norteamericanas más importantes estaban originando sólo 200 filiales anuales.¹¹⁷ Es cierto que durante la década que va de 1967 a 1977 la inversión norteamericana en Europa se elevó de 16.000 millones a 55.000 millones de dólares.¹¹⁸ Pero la visión apocalíptica de Servan-Schreiber parecía absurda a mediados de la década de los setenta, cuando las firmas alemanas occidentales y japonesas estaban expandiéndose en el exterior mucho más velozmente que sus competidoras norteamericanas. En 1970, los diez bancos más importantes eran todos norteamericanos. En 1980, formaban parte de ese grupo sólo dos bancos y el resto estaba constituido por cuatro franceses, dos alemanes, uno japonés y uno británico. Los japoneses tenían seis lugares en el grupo de los veinte principales y otro correspondía a Brasil.¹¹⁹ Todas las pruebas disponibles demuestran que durante los años setenta el poder económico internacional estaba distribuyéndose más ampliamente. Sin embargo, el temor a las multinacionales perjudicó inmensamente a Estados Unidos, porque tuvo lugar en el momento mismo en que su influencia relativa declinaba con rapidez. Lejos de esgrimir un poder excesivo, las compañías norteamericanas soportaban una situación cada vez más discriminatoria. “Puedo decirle”, se quejó un funcionario del Chase Manhattan, “que en nuestra condición de banco norteamericano en México, las autoridades mexicanas nos tratan con el mayor desprecio”¹²⁰. Esto sucedía a pesar de que México, lo mismo que Brasil, debía 69.000 millones de dólares a una tasa de interés flotante, gran parte de esa suma precisamente al Chase.¹²¹ La hostilidad hacia las multinacionales norteamericanas, creada artificialmente, incluso se infiltró en Estados Unidos, donde se intentó aprobar la ley de Inversión y Comercio Exterior (1971), que imponía un control a la exportación de capital y tecnología norteamericanos y gravámenes más altos a las ganancias internacionales. La lucha que se originó en este asunto fue muy perjudicial para los intereses económicos norteamericanos.¹²²

Los ataques a Estados Unidos durante los años setenta fueron tan venenosos y, en general, tan irracionales, que merecen que se los considere una caza de brujas internacional. Podría decirse que la forma más ubicua de racismo durante esta década fue el antinorteamericanismo. El adagio “saberlo todo es perdonarlo todo” no se aplica a los asuntos internacionales. Una de las razones por las que Estados Unidos sufrió ataques tan duros fue que se sabía mucho de ese país, principalmente

116 Theodore Moran, *Multinational Corporations and the Politics of Dependence: Cooper in Chile*, Princeton, 1974; Charles Goodsell, *American Corporations and Peruvian Politics*, Harvard, 1974.

117 Lawrence Franco, “Multinationals: the end of US dominance”, en *Harvard Business Review*, noviembre-diciembre de 1978.

118 “Finis for the American Challenge?”, en *Economist*, 10 de septiembre de 1977.

119 *The Banker*, Londres, junio de 1980; Sampson, *The Moneylenders*, pp. 200-202.

120 *Euromoney*, julio de 1980, citado por Sampson en *The Moneylenders*, p. 257.

121 Estimaciones del Banco Mundial, diciembre de 1981.

122 Richard Baricuck, “The Washington Struggle over Multinationals”, en *Business and Society Review*, verano de 1976.

gracias a los medios de difusión y las academias, que volcaban un torrente interminable de material autocrítico.¹²³ Pero una razón más importante fue que Estados Unidos, como gran potencia, y aún más el norteamericanismo como concepto, representaban el principio del individualismo, contrapuesto al colectivismo, el libre albedrío opuesto al determinismo. El espíritu de fines de los años sesenta, y todavía más el de principios y mediados de los años setenta, era acentuadamente colectivista y determinista.

Gran parte de todo esto se originó, asimismo, en las tendencias intelectuales de París, proyectadas enérgicamente a la escena mundial gracias al renovado dinamismo económico de Francia. Durante los años cuarenta y cincuenta, Sartre en todo caso creía en el libre albedrío. En efecto, éste era la esencia de su filosofía, que la hacía esencialmente incompatible con el marxismo, por mucho que él se vinculara con los marxistas en un plano puramente político. Sartre vivió hasta 1980, pero por la época de la revuelta estudiantil de 1968 ya era una antigüedad intelectual. Los mandarines que ocuparon su lugar estaban todos influidos, en distintos grados, por el determinismo marxista, que niega la importancia del individuo, del libre albedrío o de la conciencia moral en la formación del mundo. A diferencia de los marxistas ortodoxos, no creían que las fuerzas económicas, que actuaban a través de las clases, eran el único factor dinámico de la historia humana. Cada uno proponía explicaciones alternativas o complementarias, pero todos aceptaban el punto de partida de Marx de que los hechos estaban determinados no por la voluntad humana, como se había supuesto tradicionalmente, sino por las estructuras ocultas de la sociedad. Como dijo Marx: “La disposición final de los factores económicos relativos según se manifiesta en la superficie [...] es muy diferente y en realidad la inversa de su disposición esencial, interior pero oculta, y de la concepción correspondiente a ella”.¹²⁴ El hombre estaba encerrado en estructuras; el individuo del siglo XX estaba encerrado en las estructuras burguesas. En su obra *Antropología estructural*, difundida ampliamente y traducida en 1963, Claude Lévi-Strauss insistió en que, si bien las estructuras sociales no eran visibles o siquiera comprobables mediante las observaciones empíricas, estaban presentes, del mismo modo que las estructuras moleculares existían aunque fuera posible descubrirlas sólo mediante el microscopio electrónico. Estas estructuras determinaban la forma de la mente, de manera que las manifestaciones que aparecían como actos de la voluntad humana eran simplemente formas que armonizaban con la estructura. A juicio de Lévi-Strauss, como de Marx, la historia no era una sucesión de hechos sino una pauta discernible que funcionaba de acuerdo con leyes que podían ser descubiertas. Una variación del mismo argumento provino de los historiadores franceses de la escuela *Annales*, y sobre todo de Fernand Braudel, cuya obra *El Mediterráneo y el mundo del Mediterráneo en la época de Felipe II* (1940) fue con mucho la obra histórica más influyente publicada después de la segunda guerra mundial. Estos estudiosos desechaban la narración porque la consideraban superficial y a los individuos porque eran elementos secundarios, y proponían una doctrina de determinismo geográfico y económico en el ámbito de la historia, cuyo curso general estaba decidido totalmente por dichas estructuras. En psicología, Jacques Lacan reinterpretó a Freud (hasta ese momento en general ignorado en Francia) y aportó un nuevo determinismo de la conducta humana, sobre la base de signos, señales, códigos y convenciones que, una vez analizados, dejaban poco espacio a la decisión humana. En literatura, Roland Barthes sostuvo que el novelista no creaba mediante un acto de la voluntad dotada de imaginación sino más bien respondiendo a las estructuras sociales, de las que extraía sus impulsos, expresados en los símbolos que usaba y que podían ser codificados por la nueva ciencia de la semiología. En lingüística, el erudito norteamericano Noam Chomsky desechó las características físicas del habla y el lenguaje por entender que eran superficiales y que estaban determinadas por las estructuras profundas de las reglas lingüísticas.

Lo que todos los estructuralistas tenían en común era el supuesto marxista de que las actividades y los atributos humanos estaban regidos por leyes, de un modo análogo al que se observa en las leyes científicas que rigen a la naturaleza inanimada. Por lo tanto, la función de las ciencias sociales

123 Paul Hollander, “Reflections on Anti-Americanism in our time”, en *Worldview*, junio de 1978.

124 Marx, *A Contribution to the Critique of Political Economy*, citado en Maurice Godelier, “Structuralism and Marxism” en Tom Bottomore, ed., *Modern Interpretation of Marx*, Oxford, 1981.

era descubrir dichas leyes, y después la sociedad tenía que aplicar tales descubrimientos. La aparición de esta nueva forma de utopismo intelectual, con su enérgica sugerencia de ingeniería social obligatoria al final del camino, coincidió exactamente con la rápida expansión de la educación superior, sobre todo en las disciplinas relacionadas con las ciencias sociales, a fines de los años cincuenta y durante los sesenta. Entre mediados de los años cincuenta y fines de los sesenta, el incremento anual medio de los gastos en la educación superior fue de casi el 10 por ciento en Gran Bretaña, más del 11 por ciento en Estados Unidos, España y Japón, el 13,3 por ciento en Francia, más del 15 por ciento en Italia, Bélgica, los Países Bajos y Dinamarca, y más del 16 por ciento en Canadá y Alemania Occidental. La matrícula anual aumentó según un promedio anual más del 12 por ciento durante este período.¹²⁵ A causa de un accidente histórico que nada tenía que ver con las estructuras, profundas o no, los estructuralistas ejercieron una influencia fuera de toda proporción con la plausibilidad intrínseca de sus teorías y alcanzaron el punto culminante de su gravitación sobre la sociedad durante los años setenta, cuando millones de nuevos graduados egresaron de las universidades.

La culminación del estructuralismo coincidió con la desmoralización de Estados Unidos y con la constante expansión del poder y la influencia soviéticos. Reforzó ambas tendencias porque el estructuralismo, como el marxismo en que se originaba, era antiempírico y negaba el mundo real a favor del mundo teórico y desechaba los hechos a favor de las “explicaciones”. Los comunistas siempre se habían irritado por la tendencia de los hechos a cruzarse en el camino de las tesis marxistas. Podría decirse que toda la dictadura de Stalin había sido una campaña contra los hechos, o más bien un intento sobrehumano de transformar los intratables hechos de la humanidad en nuevas “estructuras profundas”, bajo dos metros de tierra. Para los estructuralistas, los hechos por definición correspondían a la superficie y, por lo tanto, eran engañosos. El intento de organizarlos en el contexto de la argumentación, sin duda no era más que una descarada defensa del *statu quo*.¹²⁶ El estructuralismo concordaba bien con el mundo de estilo Potemkin de las Naciones Unidas, donde los hechos carecían de importancia; el Norte era el Sur y viceversa, la riqueza creaba pobreza, el sionismo era racismo y el pecado era monopolio del hombre blanco. La multinacional, esa siniestra infraestructura de la injusticia internacional, constituía la quintaesencia del concepto estructuralista. El estructuralismo, como el marxismo, era una forma de gnosticismo, es decir, un sistema arcano de conocimiento, revelado a una elite. Ambas concepciones se difundieron rápidamente durante los años setenta. Sin embargo, no es posible excluir por mucho tiempo a la realidad de la historia. Los hechos se las arreglan para imponer su presencia. El esquema de los años setenta, tan desalentador para las pocas sociedades democráticas que continuaban sometidas al imperio de la ley, comenzó a resquebrajarse antes del fin de la década.

¹²⁵ Rostow, *World Economy*, tabla 111-68, p. 279.

¹²⁶ Ernest Gellner, “What is Structuralism?”, en *The Times Literary Supplement*, 31 de julio de 1981, pp. 881-883.

20 LA RECUPERACIÓN DE LA LIBERTAD

A partir de la tragedia inicial de la primera guerra mundial, el siglo XX había parecido a muchos una interminable sucesión de desastres morales y físicos, y éstos habían tenido lugar a pesar del rápido aumento de la riqueza, sobre todo en los países avanzados, y del permanente progreso de los descubrimientos científicos. Ya en 1945, H. G. Wells, antes el profeta del progreso y la felicidad humana cada vez más considerables, había renunciado dominado por la desesperación y había publicado su sombrío testamento, *Mind at the End of its Tether*.¹ Después pareció que llegaba una nueva declinación, pues la década de los setenta fue un período de ansiedad y desilusión excepcionales, de preocupación por el ambiente y el agotamiento de las materias primas que se sumaba a la extensión de la competencia de la guerra fría a todo el mundo, y a los deterioros provocados por el colectivismo en Europa Oriental, la mayor parte de África y extensas regiones de Asia y América Latina. Por todas partes, incluso en sus principales centros, la democracia y el imperio del derecho que le confiere sentido parecían encontrarse a la defensiva. Hacia fines de los años setenta, el primer ministro británico James Callaghan reconoció que, cuando por la mañana escuchaba las noticias transmitidas por la radio, hablaba a su imagen reflejada en el espejo, mientras se afeitaba: “Quizá deberías emigrar cuando todavía hay tiempo”; pero agregaba: “Sí, pero, ¿adónde? En ninguna parte hay nada mejor”.²

Sin embargo, con la década de los ochenta comenzaron a soplar grandes vientos de cambio en la marcha de la humanidad que cobraron impulso durante esa década y aun después; en el comienzo de los años noventa, barrieron todo lo que se les ponía por delante y promovieron en el paisaje global una transformación fundamental. Los años ochenta fueron una de las divisorias de aguas de la historia moderna. El espíritu de la democracia recobró confianza y se difundió. El imperio del derecho fue restablecido en grandes extensiones del globo y se frenó y castigó la depredación internacional. Las Naciones Unidas y especialmente su Consejo de Seguridad por primera vez comenzaron a funcionar como era la intención de sus fundadores. Las economías capitalistas florecieron notablemente y en casi todos lados se extendió la idea de que el sistema de mercado no sólo era el más seguro sino también el único modo de aumentar la riqueza y elevar el nivel de vida. Como convicción intelectual, el colectivismo se derrumbó y el proceso de su abandono pudo desarrollarse incluso en sus baluartes. El imperio de Stalin, el último de los conglomerados coloniales, se desintegró. El mismo sistema soviético se vio sometido a creciente presión y los múltiples problemas de Rusia debilitaron tanto su condición de superpotencia como la voluntad de sus gobernantes para continuar la guerra fría. Hacia principios de la década de los noventa se redujo la visión de pesadilla de la guerra termonuclear y el mundo pareció más seguro, más estable y, sobre todo, más esperanzado. ¿Cómo tuvo lugar esta dramática contrarrevolución?

Fue esencialmente obra de destacados líderes populares, que reflejaron los pensamientos, los deseos y la fe de hombres y mujeres comunes y corrientes. Sin duda, no fue el fruto de la intelectualidad, de los filósofos, los economistas y los teóricos políticos, o de los académicos en general. Las universidades tuvieron poco o nada que ver con ello, del mismo modo que prácticamente no habían intervenido en la primera revolución industrial de fines del siglo XVIII.³ Más aún, mientras el marxismo se veía abandonado progresivamente por los gobiernos que antes lo habían difundido con ardor, continuaba manteniéndose y se lo enseñaba sólo en ese tradicional foco

1 Publicado en Londres en 1945 y en Nueva York en 1946; véase también *Sunday Express*, 21, 28 de octubre y 4 de noviembre de 1945; David C. Smith: *H. G. Wells: Desperately Mortal*, Yale, 1986, pp. 476 y ss.

2 Presidente Jimmy Carter, Discurso a la Nación, 16 de julio de 1979.

3 Una excepción fue Adam Smith, que había sido profesor de Filosofía Moral en la Universidad de Glasgow entre 1752 y 1764, aunque había abandonado la vida académica en la época en que escribió *The Wealth of Nations*, publicada en 1776.

de las causas perdidas, el claustro universitario.

Es importante considerar con cierto detalle el fracaso del liderazgo intelectual en el siglo XX, o más bien su evidente incapacidad para ofrecer una orientación más clara y más firme a una humanidad perpleja, porque ese fracaso o esa incapacidad está en la raíz de las tragedias contemporáneas. Durante las siete décadas que siguieron a la primera guerra mundial, el conocimiento mismo se extendió con más rapidez que nunca. Sin embargo, en muchos aspectos un hombre educado de los años noventa tenía un caudal menor de certidumbres que un egipcio antiguo del 2500 a. C. Por lo menos, el egipcio del antiguo reino tenía una cosmología clara. En 1915 Einstein había socavado el universo newtoniano y la cosmología que vino a reemplazarlo era meramente especulativa, pues la teoría general de la relatividad era una explicación clásica y no podía usársela para describir una singularidad como las condiciones en el momento de la creación. El modelo matemático del Big Bang en que la materia se expandió a partir de cero hace unos 6.000 a 10.000 millones de años y en que todo lo esencial ocurrió en los primeros veinte minutos no era más demostrable que la hipótesis judeocristiana descrita toscamente por primera vez en el capítulo uno del *Génesis*, al que se asemeja notablemente. Durante los tres cuartos de siglo siguientes, el conocimiento empírico del universo aumentó con impresionante velocidad, sobre todo durante los años setenta y ochenta, cuando los datos obtenidos por la exploración del espacio comenzaron a llegar a la Tierra en cantidades prodigiosas. La medición de la radiación de microondas que colma el universo indicó la casi seguridad de un Big Bang.⁴ Pero como observó lacónicamente un cosmólogo, “nuestro universo es sencillamente uno de los miles que existen de tanto en tanto”.⁵ Una visión clara de los episodios primigenios se mostraba tan esquiva como siempre.

Indudablemente, el historiador del mundo moderno a veces se siente tentado de llegar a la deprimente conclusión de que el progreso destruye la certidumbre. Durante los siglos XVIII y XIX las elites occidentales confiaban en la evolución de la humanidad hacia un gobierno de la razón. Un descubrimiento importante de los tiempos modernos es que la razón representa un escaso papel en nuestros asuntos. No conmueve ni siquiera a los científicos. Como observó pesaroso Max Planck: “Generalmente se presenta una verdad científica nueva de modo que convenza a sus antagonistas. Pero sucede más bien que éstos se extinguen y una nueva generación se familiariza desde el principio con la verdad”.⁶ Tres años después de que la teoría general de la relatividad de Einstein fue comprobada por Eddington, destruyendo la creencia en el espacio y el tiempo fijos, Ludwig Wittgenstein, una de las principales figuras del siglo, publicó su *Tractatus logico-philosophicus* que, en el curso de las décadas, tendió acumulativamente a destruir la confianza en la filosofía como guía de la razón humana. Durante medio siglo la influencia de Wittgenstein sobre la filosofía académica fue inmensa. Hacia principios de la década de los noventa se suscitaban dudas acerca de su cordura: ¿era un genio o sencillamente un loco?⁷ Pero a esta altura de las cosas el daño infligido era grande. Un importante positivista lógico como sir A. J. Ayer, que por la época de su muerte, en 1989, era considerado en general el principal filósofo del mundo, comentaba con cierta complacencia que la filosofía demostraba que el hombre era ignorante más que conocedor: “[ella] tiende a demostrar que en realidad no podemos conocer muchas cosas que creemos conocer”. El conocimiento popular empírico, denominado generalmente “sentido común”, había sido desechado despectivamente por Bertrand Russell como “la metafísica de los salvajes”.⁸ Pero si los filósofos académicos creían que el mundo estaba poblado por tontos, la mayoría de ellos poco o nada hacía para esclarecer los grandes temas contemporáneos e incluso Russell, que escribió acerca de estos temas, estableció una diferencia absoluta entre su período popular y su obra “seria”.⁹ El carácter

4 John Gribbin, *Our Changing Universe: the New Astronomy*, Londres, 1976.

5 Dr. Edward Tryon en *Nature*, n° 246, 1973, p. 393.

6 *Wissenschaftliche Selbstbiographie*, Leipzig, 1948, citado por Thomas Kuhn en A. C. Crombie, ed., *Scientific Change*, Londres, 1963, p. 348.

7 Véase Dr. John Smythies en *Nature*, marzo de 1991; Robert Matthews en *Sunday Telegraph*, 17 de marzo de 1991, y en *Independent*, 21 y 23 de marzo de 1991.

8 Las citas de Ayer y Russell se encuentran en Bryan Magee, *Modern British Philosophers*, Londres, 1971.

9 Véase mi ensayo sobre Russell en *Intellectuals*, Londres, 1988, pp. 197-224.

negativo y destructivo de la filosofía del siglo XX, su obsesión acerca de la ineficacia y las fallas del lenguaje, y sobre todo su incapacidad para abordar los inmensos problemas de la humanidad, eran motivo de vergüenza para los pocos que intentaban plantear esas cuestiones, y entre ellos sobre todo Karl Popper. “No puedo afirmar que me siento orgulloso de que me llamen filósofo”, escribió.¹⁰

Más aún, la incertidumbre cada vez más acentuada formaba el entorno incluso de la única herramienta mental que a juicio de los filósofos académicos merecía confianza: la lógica. Dos siglos antes, Kant había afirmado confiadamente en su *Logik* (1800): “Son pocas las ciencias que alcanzan un estado permanente que no acepta más alteraciones. A este grupo pertenece la lógica [...] No necesitamos nuevos descubrimientos en lógica, puesto que ella abarca simplemente la forma del pensamiento”. Todavía en 1939 un filósofo británico afirmaba: “Es posible que los dictadores sean poderosos hoy, pero no pueden modificar las leyes de la lógica, y ni siquiera Dios puede hacerlo”.¹¹ Trece años más tarde el filósofo norteamericano Willard Quine aceptó tranquilamente que la lógica atravesaba un proceso de cambio fundamental: “¿Cuál es la diferencia, en principio, entre esta transformación y el cambio que determinó que Kepler sucediera a Ptolomeo o Einstein a Newton o Darwin a Aristóteles?”.¹² Durante las décadas siguientes surgieron muchos sistemas rivales de la lógica clásica: la lógica de valores múltiples de Bochvar, los nuevos sistemas de Birkhoff y Destouches-Février y Reichenbach, la lógica mínima, la lógica deóntica, la lógica de los tiempos. Llegó a ser posible hablar de la prueba o la refutación empírica de la lógica.¹³ ¿Cuáles serían las consecuencias para la teoría de la verdad, preguntó un preocupado lógico, “[...] de la adopción de un sistema sin estándares?”.¹⁴ Otro, al contemplar los sistemas de lógica modal, observó: “Uno experimenta un sentimiento de inquietud cuando discierne y estudia más detenidamente los sistemas pertenecientes a esta familia, que es literalmente una familia y que tiene el poder de reproducirse y multiplicarse, originando una proliferación de sistemas nuevos [de lógica] sin límites”.¹⁵

En un mundo en el que incluso las formas de la lógica cambiaron y se desintegraron, no es sorprendente que los tiempos modernos no se desarrollaran según los modos que la generación de 1920 hubiera considerado “lógicos”. Lo que es importante en la historia está no sólo en los hechos que suceden, sino en los hechos que obstinadamente no suceden. El hecho más destacado de los tiempos modernos fue que la creencia religiosa no desapareciera. Para muchos millones de individuos, sobre todo en las naciones avanzadas, la religión dejó de representar un papel importante, y hasta cualquier papel en su vida, y el modo en que se llenó este vacío, a través del fascismo, el nazismo y el comunismo, los intentos de utopismo humanista, la eugenesia o la política sanitaria, las ideologías de la liberación sexual, la política racial y la política ambiental, forman gran parte de la sustancia de la historia de nuestro siglo. Pero para muchos millones más —para la verdadera mayoría de la raza humana— la religión continuó siendo una enorme dimensión de su existencia. Nietzsche, que tan exactamente pronosticó la transmutación de la fe en fanatismo político y en voluntad totalitaria de poder, no atinó a ver que de un modo absolutamente ilógico el espíritu religioso podía coexistir con la secularización y por esa vía resucitar al Dios moribundo. Lo que parecía anticuado e incluso risible en la década de los noventa no fue la creencia religiosa sino la confiada predicción de su derrocamiento formulada anteriormente por Feuerbach y Marx, Durkheim y Fraser, Lenin, Wells, Shaw, Gide, Sartre y muchísimos otros. Hacia el fin de siglo, incluso el término “secularización” estaba en tela de juicio. “El concepto entero parece un instrumento de las ideologías antirreligiosas”, escribió irritado un profesor de sociología, “identifica el elemento ‘real’ de la religión con fines polémicos y después lo relaciona arbitrariamente con el

10 Karl Popper, *Unended Quest: an Intellectual Autobiography*, Londres, 1976.

11 A. C. Ewing, “The linguistic theory of priori proposition”, *Proceedings of the Aristotelian Society*, XI, 1939-1940, p. 217.

12 W. V. O. Quine, *From a Logical Point of View*, Nueva York, 1953.

13 H. Putnam, “Is Logic Empirical?”, en R. S. Cohen, ed., *Boston Studies in the Philosophy of Science*, V, 1969.

14 Susan Haack, *Deviant Logic: some philosophical issues*, Londres, 1974, xi.

15 J. Jay Zeman, *Modal Logic: the Lewis-modal Systems*, Oxford, 1973.

concepto de un proceso unitario e irreversible [...] debería eliminárselo del vocabulario sociológico”.¹⁶ El movimiento secularista, es decir el ateísmo militante, parece haber culminado en Occidente durante la década de 1880, exactamente al mismo tiempo que su gran rival, el inconformismo protestante, de modo que Lenin fue un sobreviviente más que un precursor; su programa de secularización se aplicó mediante la fuerza y no se afirmó en la discusión.¹⁷ Hacia la década de los noventa, los museos del antiDios y las cátedras de ateísmo científico que él había creado eran nada más que curiosidades históricas o habían sido dismanteladas y desechadas. Las alternativas influyentes en otros tiempos de la religión; por ejemplo el positivismo, habían desaparecido casi sin dejar rastros, confirmando la observación de John Henry Newman: “La verdadera religión crece lentamente y, una vez instalada, es difícil desarraigarla; pero su imitación intelectual carece de raíces propias; surge repentinamente y desaparece del mismo modo”.¹⁸ Quizá la evidencia más espectacular de esta verdad se manifestó en Rusia, donde el derrumbe de las creencias en la ideología comunista implantada por Lenin, que tuvo lugar entre 1989 y 1991, venía acompañado por la abrumadora prueba que emergió en el clima cada vez más amplio de libertad, ya que la cristiandad rusa, tanto ortodoxa como católica, había sobrevivido a todos los ataques del régimen y era una entidad sólida y dinámica.¹⁹ En el mundo entero, si bien el desconcierto espiritual claramente clasificado como “agnosticismo” era una forma difundida, es probable que hubiese menos ateos propiamente dichos en 1990 que en 1890.

Sin embargo, la religión organizada exhibía una abundancia de paradojas. Muchas de éstas se personificaron en Karol Wojtyla, que el 16 de octubre de 1978 se convirtió en el 263 pontífice romano, con el título de papa Juan Pablo II. Fue el primer papa no italiano elegido desde 1522 y el más joven desde 1846. Wojtyla había sido cardenal arzobispo de Cracovia. Un obispo del este eslavo nunca había sido papa, pero la elección fue ahora muy apropiada, pues Polonia se había convertido en el centro mundial más intenso del catolicismo. Primero Hitler y después Stalin y sus sucesores habían hecho todo lo posible para destruir a la Iglesia polaca. Hitler había clausurado sus escuelas, las universidades y los seminarios, y había liquidado a una tercera parte de su clero. En 1945, cuando el Ejército Rojo impuso el gobierno de Lublin, se creía confiadamente que la Iglesia desaparecería en el curso de una generación. Pero la Polonia de preguerra, donde la Iglesia gozaba de una situación especial, demostró que era un ambiente menos favorable para el catolicismo que la república popular de la posguerra, donde se la persiguió activamente. Las nuevas fronteras convirtieron a Polonia en uno de los estados más homogéneos de la tierra: ahora más del 95 por ciento de la población estaba formada por polacos y prácticamente todos eran católicos bautizados. El catolicismo se convirtió en el foco de la resistencia al régimen comunista extranjero. Hacia la década de los sesenta el sacerdocio católico había recobrado su fuerza de preguerra, alrededor de 18.000 individuos. El número de religiosos, 22.000 en 1939, se había elevado a 36.500. Había un 50 por ciento de aumento en las fundaciones monásticas, los prioratos y los conventos en relación con la preguerra. Alrededor del 92 al 95 por ciento de los niños recibían la Sagrada Comunión después de la instrucción impartida en 18.000 centros catequísticos. Más del 90 por ciento de los polacos era sepultado de acuerdo con los ritos católicos. El movimiento de campesinos hacia las ciudades reevangelizó a la población urbana. Alrededor de las tres cuartas partes de los habitantes de la ciudad contraían matrimonio en la iglesia. La asistencia a la misa dominical superaba el 50 por ciento de la población, incluso en las ciudades. Estas cifras no son igualadas en ninguna parte del mundo.²⁰ Más aún, el catolicismo era la fuerza dinámica que apoyaba al nuevo sindicato independiente polaco denominado Solidaridad, que comenzó a funcionar en los astilleros de Gdansk en junio de 1980, obtuvo dos años después el renuente reconocimiento legal del régimen y, bajo su ferviente líder católico, Lech Walesa, gradualmente debilitó al régimen durante la década. Otra

16 David Martin, *The Religious and the Secular*, Londres, 1969.

17 Edward Royle, *Victorian Infidels*, Manchester, 1974.

18 John Henry Newman, *The Idea of a University*, Londres, 1953.

19 Michael Bourdeaux, *Gorbachev, Glasnost and the Gospel*, Londres, 1990, pp. 87-108.

20 Vincent C. Chrypinski, “Polish Catholicism and Social Change”, en Bociurkiw *et al.*, eds., op. cit., pp 241-259; Peter Raina, *Political Opposition in Poland 1954-1977*, Londres, 1978, pp. 406 y ss.

prohibición legal por ocho años, impuesta en 1981, finalmente concluyó en abril de 1989, cuando la autoridad comunista comenzó a derrumbarse. Cuatro meses después, el 24 de agosto, Polonia se convirtió en el primer país del bloque soviético que designó a un gobierno no comunista, y un colega de Walesa, Tadeusz Mazowiecki, director de un diario católico, ocupó el cargo de primer ministro. Se completó la destrucción del comunismo entre 1990 y 1991, cuando el mismo Walesa fue elegido presidente, y se eliminó la totalidad de los restantes impedimentos religiosos. Este cambio de régimen, esencialmente pacífico, demostró lo poderosa que podía ser la alianza entre el anhelo humano de libertad individual y la fuerza de la creencia religiosa.

El nuevo Papa personificó el paradójico vigor de este dinámico espíritu religioso polaco originado dentro del marco del Estado ateo. Era una paradoja en sí misma: intelectual, poeta, dramaturgo, filósofo profesional formado en la tradición fenomenológica que intentó cristianizar el existencialismo; pero también era un apasionado devoto que amaba la cultura del catolicismo populista, los santuarios, los milagros, las peregrinaciones, los santos, el rosario y la Virgen. Había sido uno de los miembros más activos del Concilio Vaticano II, convocado por el papa reformador Juan XXIII en 1962 para promover lo que él llamaba el *aggiornamento* de la Iglesia, que por cuatro años modernizó todos los aspectos de sus actividades, incorporando una nueva liturgia vernácula y formas de democracia consultiva. El Concilio reflejó el optimismo y las ilusiones de la década de los sesenta. Ese estado de ánimo no sobrevivió al año 1968, un momento culminante para el catolicismo tanto como para la sociedad secular, en que un nuevo papa Pablo VI rehusó anular la prohibición impuesta por la Iglesia a los anticonceptivos artificiales, condenados nuevamente en su encíclica *Humanae Vitae*. Tanto para gran parte de la Iglesia como para el mundo exterior a ella, la década de los setenta fue un período de desilusión, de declinación de la asistencia, de decaimiento de la autoridad, de ásperas divisiones internas y debilitamiento de la fe, durante el que miles de sacerdotes renunciaron a sus vocaciones. Los jesuitas, la principal y más influyente de las órdenes de la Iglesia, fueron un ejemplo en ese sentido. Cuando comenzó el Concilio había 36.000, de modo que su número se había duplicado desde la década de los veinte. Esa expansión se invirtió en la segunda mitad de la década de los sesenta; en la década de los setenta los jesuitas perdieron un tercio de su caudal: el número de estudiantes y novicios descendió de 16.000 a sólo 3.000.²¹

El papa Juan Pablo II, que reflejó el nuevo espíritu de realismo, el conservadurismo y el retorno a la autoridad, aspectos que caracterizaron la transición de los años setenta a los ochenta, promovió una restauración del catolicismo tradicional. Del mismo modo que en el siglo XIX, la era de los ferrocarriles, del traslado de peregrinos a Roma, Lourdes y otros centros de devoción, había revigorizado al catolicismo bajo un liderazgo papal, también ahora Juan Pablo utilizó el jet y el helicóptero para convertir los viajes globales en una parte rutinaria de su pontificado, así como un vehículo de techo de vidrio construido especialmente y llamado “papamóvil”, para mostrarse a la mayor cantidad de gente posible. Durante los años ochenta e incluso, a pesar de su edad, en los noventa, visitó prácticamente todos los rincones del mundo, a menudo varias veces, y atrajo a algunas de las multitudes más nutridas de la historia. Hacia fines de 1990 más de 200 millones de personas habían asistido a sus prédicas. Juan Pablo sobrevivió a un intento de asesinato en mayo de 1981 y reanudó sus viajes al extranjero apenas se recuperó. En África y América Latina se reunieron concentraciones de un millón o más de personas para asistir a sus actos al aire libre. En Irlanda la mitad de toda la población acudió a escucharlo. En Czestochowa, Polonia, que tiene un notable santuario de la Virgen, hubo una asistencia de tres millones y medio, la multitud humana más considerable de la historia.²²

Estas reuniones sirvieron para revelar tanto la amplitud del cristianismo como el grado en que estaba variando su demografía. Cuando Juan Pablo asumió el cargo en 1978, había 739.162.000 católicos romanos, alrededor del 18 por ciento de la población mundial total de 4.094.110.000. Esta entidad era una poderosa fuerza educacional y cultural, pues administraba 79.207 escuelas primarias y más de 28.000 secundarias, y suministraba casi un millón de vacantes universitarias. A

21 J. C. H. Aveling, *The Jesuits*, Londres, 1981, pp. 355-365.

22 *Annuario Ufficiale*, Ciudad del Vaticano, 1978.

principios de los años sesenta, los católicos de los tradicionales centros europeos (más América del Norte) todavía eran el 51,5 por ciento del total. Pero por la época del ascenso de Juan Pablo II el catolicismo se había convertido esencialmente en una religión del tercer mundo. De los 16 países que tenían poblaciones católicas de más de 10 millones, ocho pertenecían al tercer mundo, en el siguiente orden: Brasil (con más de 100 millones de católicos y de lejos el principal contingente de obispos, 330, en toda la Iglesia), México, Italia, Argentina, Colombia, Perú, Venezuela, Francia, España, Polonia, Alemania Occidental, Checoslovaquia, Estados Unidos, Zaire y Filipinas.²³ Hacia el año 1990 bastante más del 60 por ciento de los católicos vivía en países en desarrollo, principalmente en América Latina y África, y hacia fines de la década de los noventa, la cifra se elevaría al 70 por ciento. El catolicismo no sólo dejaba de ser principalmente europeo: estaba convirtiéndose en un fenómeno urbano, incluso megalopolitano.²⁴ Si bien el centro demográfico de gravedad del catolicismo estaba desplazándose hacia América Latina como resultado de los elevados índices de natalidad, que habían duplicado holgadamente la población desde 1945, gracias a la conversión estaba extendiéndose con más rapidez en África negra. Una encuesta realizada a mediados de los años setenta reveló que el catolicismo, que había duplicado el número de sus misioneros desde 1950, era el principal beneficiario de una expansión general del cristianismo en África, de aproximadamente 25 millones en 1950 a unos 100 millones en 1975.²⁵ Hacia principios de los años noventa el número de católicos en África Meridional, Central y Oriental llegaba a unos 125 millones.

Sin embargo, en los países avanzados, el catolicismo —a pesar de todos los esfuerzos del papa Juan Pablo II— no era inmune al desgaste. En Estados Unidos, las cifras sugieren que la asistencia regular a las iglesias y capillas los domingos, per cápita, culminó durante los años cincuenta, en comparación con los finales de la década de 1880 en Europa. La asistencia de los católicos, comparada con la de otras principales iglesias cristianas, continuó aumentando hasta mediados de la década de los setenta, cuando alcanzaron una especie de meseta; hacia fines de los años ochenta se observaron pruebas de una declinación global, determinada por graves discrepancias en el seno de la Iglesia norteamericana en relación con los anticonceptivos, la anulación de los matrimonios (que llegó a ser cada vez más difícil bajo el papado de Juan Pablo II), el trato dispensado a los homosexuales, el papel de las mujeres en el clero y otros temas polémicos, en todos los que el Papa adoptó posiciones conservadoras. Se informaron tendencias semejantes en Francia, Italia y España, aunque no en Polonia y Alemania. En Gran Bretaña, donde la asistencia regular de cristianos a la iglesia los domingos descendió bajo el nivel del 10 por ciento durante los años ochenta, una autorizada encuesta del Censo Eclesiástico inglés, publicada en marzo de 1991, llegó a la conclusión de que durante los diez años del periodo 1981-1990, las iglesias inglesas en conjunto habían perdido medio millón de feligreses dominicales regulares. Fuera de los bautistas, la asistencia general de las iglesias principales había descendido. La Iglesia de Inglaterra, el tercer grupo principal, había renunciado al 9 por ciento de sus fieles; pero la Iglesia Católica Romana, aunque continuaba siendo la más numerosa, había perdido un alarmante 14 por ciento. Las principales beneficiadas fueron las sectas carismáticas y fundamentalistas que actuaban en la periferia del inconformismo.²⁶

Lo que el mundo presenció hacia fines de los años setenta, durante los ochenta y al comienzo de los noventa fue una retirada general que implicó alejarse de las iglesias y los organismos religiosos establecidos que habían tratado de racionalizar sus creencias y conciliar con sociedades que en general eran no religiosas; simultáneamente, el crecimiento del fundamentalismo, que evitaba el racionalismo, subrayaba la abrumadora importancia de la fe y la revelación milagrosa, y rechazaba la idea de un compromiso con las instituciones basadas en el descreimiento. El símbolo destacado de la religión “racionalizadora” fue el Consejo Mundial de Iglesias, que a lo largo de los años ochenta había subrayado el ecumenismo, las creencias minimalistas y la necesidad de concertar un

23 Peter Nichols, *The Pope's Divisions: The Roman Catholic Church Today*, Londres, 1981, pp. 22-38.

24 *Ibid.*, pp. 35 y ss.

25 Edward Fashole-Like *et al.*, *Christianity in Independent Africa*, Londres, 1979.

26 Para un resumen global del informe, véase *Daily Telegraph*, martes 12 de marzo de 1991.

acuerdo con el marxismo y otros credos antirreligiosos. Esta tendencia se fue debilitando durante la década y estuvo al borde de desacreditarse totalmente en febrero de 1991, durante una asamblea en Canberra. Algunos delegados se conmovieron al hallar en el vestíbulo un texto que proponía que hubiese más clérigos del sexo femenino y que “mostraba dibujos pornográficos, entre ellos una pareja ejecutando un acto antinatural”; un líder religioso muy conocido que asistía al encuentro “pidió a una delegada que ejecutase sobre él un acto sexual” y después “la golpeó en la cabeza hasta que ella accedió a sus reclamos”.²⁷ Otra forma de racionalización del cristianismo fue la llamada “teología de la liberación”, derivada en definitiva de Alemania, que intentaba transformar el activismo católico en una fuerza política radical, la que operaba a partir de “comunidades de base” organizadas según el principio de la célula comunista e incluso preconizaba la violencia con vistas al derrocamiento de los gobiernos opresores derechistas. Durante los años setenta y ochenta esta corriente concitó la atención de los medios de difusión y se afirmó que florecía en Brasil y América Central. En Nicaragua, satélite comunista de Castro, cuatro sacerdotes católicos que abrazaban esta forma radicalizada de cristianismo ocuparon cargos ministeriales en 1979 y dos años más tarde se negaron a obedecer la orden de su obispo de retornar a sus obligaciones pastorales. Un sector del clero latinoamericano, que hasta ese momento generalmente se había atenido a la autoridad establecida, adoptó una postura enérgicamente antinómica durante los años 1965 a 1980.²⁸ Pero esta politización del catolicismo, aunque motivo de fascinación para los medios de difusión, estaba limitada a una pequeña proporción de las elites. Cuando la teología de la liberación se vio sometida a una prueba de popularidad, no consiguió influir mucho. El gobierno sandinista de Nicaragua, encabezado por el marxista Daniel Ortega y que incluía a los partidarios de la teología de la liberación que lo apoyaban y colaboraban con él, fue derrotado decisivamente la primera vez que participó en una elección libre, en 1990.

Indudablemente fueron fundamentalistas los dos fenómenos religiosos destacados en América Latina durante los años setenta y aún más durante los ochenta, que concitaron amplio apoyo popular casi en todas partes. El primero fue el protestantismo evangélico, antes excluido de la conquista de prosélitos en América Latina como resultado de concordatos entre los Estados y la Iglesia católica, o de leyes que otorgaban una situación privilegiada al catolicismo. La anulación de tales prohibiciones originó un esfuerzo misionero en gran escala de los mismos protestantes, dirigidos y financiados principalmente por Estados Unidos, donde el evangelismo, aprovechando plenamente los recursos de la televisión, la radio y las estaciones de televisión por cable, realizó enormes avances durante los años sesenta, setenta y ochenta, formando lo que se denominó popularmente la “mayoría moral”. Sus esfuerzos en América Latina, especialmente en México, América Central, Colombia, Brasil y Venezuela, tuvieron notable éxito y hacia fines de los años ochenta ya estaba trabajando una nueva generación de evangelistas latinoamericanos instruidos. La respuesta católica fue el crecimiento, que en su origen parece haber sido espontáneo, de una forma de observancia religiosa que en su esencia no es distinta del evangelismo protestante y que recibe el nombre de “religiosidad popular”, una forma antipolítica, antiintelectual, espontánea, devocional, fervorosa y con amplia capacidad de atracción frente a los pobres. Mientras el fundamentalismo protestante subrayaba el valor de la Biblia, el fundamentalismo católico se caracterizaba por el culto de los santos, a menudo figuras locales oficiosas, reliquias y santuarios.

Juan Pablo II aplicó al movimiento el sello de su aprobación en enero de 1979, cuando insistió en visitar el santuario de la Virgen de Guadalupe y puso al pueblo de México bajo la protección de esa *madonna* de estilo indio. Pero por supuesto, estos cultos populares a menudo eran heterodoxos, mezcla de paganismo y cristianismo; surgían en las aldeas y luego los campesinos emigrantes lo llevaban a las grandes ciudades para protegerse de la alienación urbana. Estas formas sincréticas de cristianismo siempre tendieron a aparecer en períodos de rápido crecimiento demográfico, de mezcla racial y cultural, de movimiento y cambio. Fueron especialmente acentuados en Brasil,

²⁷ Véanse informes en la prensa en la semana del 24 de febrero al 2 de marzo de 1991, y Christopher Booker en *Sunday Telegraph*, 24 de febrero de 1991.

²⁸ Para conocer dos enfoques sobre este proceso, véase Ivan Vallier, *Catholicism, Social Control and Modernization in Latin America*, Santa Cruz, 1970, y Edward Norman, *Christianity in the Southern Hemisphere*, Oxford, 1981.

donde la numerosa población negra, cuyos antepasados habían sido esclavos, conservó formas de creencia y culto provenientes de África.²⁹ Eran un rasgo aún más importante en África misma, un hirviente torbellino de expansión, revivalismo, sectas extrañas, gnosticismo, evangelismo, sionismo cristiano, ortodoxia ferviente y entusiasmo fanático, más o menos lo que había sido el cristianismo primitivo en Asia Menor y los Balcanes durante el siglo In de nuestra era.³⁰ Mientras los teólogos de las universidades de Tubinga y Utrecht disminuían la suma total de la convicción cristiana, los extraños carismáticos de los barrios bajos de Ciudad de México y San Pablo, de Recife y Río, de Ciudad del Cabo, Johannesburgo, Lagos y Nairobi la incrementaban. El primer grupo representaba a miles; el segundo, a unos cuantos millones.

El espíritu fundamentalista del Islam, que cobró fuerza en el tercer cuarto del siglo XX, se convirtió en un fenómeno poderoso, popular y, a juicio de muchos, temible, durante los años ochenta; influyó en todas las grandes religiones, a menudo como respuesta a irrupciones fundamentalistas de sus rivales tradicionales. Así, el revivalismo del extremismo islámico, que comenzó durante los años cincuenta y hacia principios de los noventa se había extendido a la mayor parte del mundo musulmán, provocó reacciones violentas. Por ejemplo, en la India el Partido Janata, de base hindú, hacia fines de los años ochenta se había visto empujado hacia la forma del extremismo religioso por la presión islámica y, a principios de 1991, se generalizó la violencia en la India Septentrional cuando los hindúes lucharon para impedir la construcción de mezquitas en los santuarios de sus propios dioses. El fundamentalismo islámico también contribuyó al florecimiento de la ultraortodoxia judía, que comenzó en Nueva York bajo la guía del rabino Meir Kahane y luego se trasladó a Israel para promover tanto la expansión de las fronteras “históricas” del reino de David como la transformación de Israel en una teocracia judía. Este proceso provocó batallas legales y luchas callejeras con las autoridades israelíes, y formas más graves de violencia entre los colonos judíos fundamentalistas y los árabes en la margen occidental.³¹

La militancia islámica fue la más importante de las nuevas fuerzas fundamentalistas, a causa del elevado número de afectados y la enorme difusión geográfica a través del Mediterráneo Meridional, los Balcanes, Asia Menor y el Medio Oriente, pasando por el interior de Asia Suroriental y el subcontinente indio, para descender después hacia Malasia y las Filipinas. Su influencia política, militar y sin duda cultural se manifestó en tres continentes. Estaba avanzando en el África negra, a menudo con la ayuda del dinero, las armas y, por cierto, la fuerza árabes. Durante los años sesenta la elite septentrional gobernante en Sudán trató de imponer el Islam al sur cristiano. Durante los años setenta y los ochenta Gaddafi trató de convertir a todo el Chad mediante el fuego y la espada, o más bien mediante el napalm y el helicóptero, del mismo modo que Amin intentó islamizar Uganda mediante la masacre masiva. Pero el Islam también protagonizó un crecimiento natural y un renovado dinamismo alimentado por su propio florecimiento interno. Un motivo de este proceso fue el aumento de la confianza e incluso la estridencia de los musulmanes, como resultado de la nueva riqueza basada en el petróleo. A medida que este proceso influyó sobre las masas, también posibilitó una expansión sin precedentes del número de peregrinos que se dirigían a La Meca, despachados en aviones especiales para besar la *kaaba* y retornar inflamados de entusiasmo por el Islam, que es una fe mucho más política y terrenal que el cristianismo. Los principales beneficiarios del nuevo fanatismo islámico no fueron los musulmanes sunnitas ortodoxos, que eran la mayoría, sobre todo entre los árabes, y que representaban el sistema bienpensante, conservador y estático del Islam, con inclusión de las dos principales familias gobernantes, los hachemitas y los sauditas. El efecto del renacimiento fue revitalizar la dramática bifurcación del Islam durante los siglos VII y VIII, cuando apareció el inconformismo islámico bajo la forma de los shiítas y las numerosas sectas heterodoxas que ellos engendraron, por ejemplo los drusos, los ismailíes y los alauitas. El Islam shiíta, con su fe mesiánica en el “imán oculto” y su consecuente milenarismo, su culto de los

29 Roger Bastide, *The African Religions of Braza*, Baltimore, 1978; J. H. Rodrigues, *Brazil and Africa*, Berkeley, 1965.

30 Bengt G. M. Sundkler, *Zulu Zlon and Some Swasi Zionists*, Oxford, 1976.

31 Con respecto a un debate sobre la batalla entre el fundamentalismo ortodoxo y el secularismo en Israel, véase Emile Marmorstein, *Heaven at Bay: the Jewish Kulturkampf in the Holy Land*, Oxford, 1969; véase también Paul Johnson, *A History of the Jews*, Londres, 1987, pp. 546-556.

mártires y el sufrimiento, el puritanismo y, lo que es no menos importante, su afición a la violencia (los asesinos eran ismailíes shiítas), ha sido siempre causa de desorden en el mundo musulmán y sobre todo en Siria, el Líbano, Irak, donde son numerosos, e Irán, donde forman la mayoría. Afirmaban que siempre que podían los sunnitas los trataban como a ciudadanos de segunda clase. El revivalismo islámico los indujo a reclamar un nuevo trato para ellos mismos y también a manifestar una actitud más firme del Islam frente al mundo infiel. Crearon un área crítica que atravesó los conocidos esquemas de la guerra fría.

La primera consecuencia fue la destrucción del Líbano, un país pequeño pero muy civilizado, la única democracia árabe, cuya supervivencia se veía posibilitada sólo gracias a una serie de acuerdos de caballeros entre las elites de los principales grupos religiosos: los maronitas (cristianos orientales en acuerdo con Roma) , los cristianos ortodoxos, los sunnitas y los musulmanes shiítas, y los drusos. Tales acuerdos eran viables únicamente por la existencia de normas de autocontrol que frenaban el fanatismo de las religiones y las sectas. La disputa árabe-israelí determinó que ese tipo de moderación fuese cada vez más difícil. En 1949 el Líbano se había visto obligado a recibir a 300.000 refugiados palestinos, 100.000 en quince campamentos principales, de los que cinco estaban alrededor de la capital, Beirut, y controlaban todos los caminos de entrada y salida. Cada una de las sucesivas crisis árabe-israelíes asestó brutales golpes a la frágil unidad del Líbano. En 1958, después de la invasión de Suez, se observó el primer atisbo de la guerra civil, que originó una intervención norteamericana a pedido de los maronitas dominantes. La guerra de 1967 duplicó el número de refugiados en Jordania y, cuando en 1970-1971 el rey Hussein expulsó de su reino mediante la fuerza a los palestinos militantes, éstos se trasladaron al Líbano, desafiando a las autoridades legítimas, y formaron enclaves en el Estado, bajo el gobierno de los terroristas de la OLP. En 1975, después de la guerra de Yom Kippur, el presidente Sadat de Egipto, alentado por Estados Unidos, dio el paso histórico de iniciar negociaciones de paz con Israel. El “proceso de Camp David”, denominado así por el retiro presidencial en las montañas de Maryland donde el presidente Carter reunió por primera vez a Sadat y al primer ministro Begin de Israel, concluyó en un Tratado de Paz de inmenso beneficio para ambas partes; se anuló la única amenaza potencialmente mortal para Israel, y Egipto se liberó de la carga de una venganza que nada tenía que ver con ese país y que estaba destruyendo todas sus aspiraciones económicas. El Tratado de Paz israelí-egipcio fue uno de los pocos actos creadores de una década lamentable y determinó que la paz entre Israel y todos sus vecinos fuese no sólo posible sino a la larga inevitable.

La palabra “inevitable” se justifica porque, si bien hasta los años ochenta la confianza árabe en el eventual fracaso de Israel (incluso la destrucción del sionismo, a menudo formulada como meta de la política árabe en las emisiones en lengua árabe) se había visto apoyada por las tendencias demográficas, tanto en Israel como en los “territorios ocupados” y en todo el Medio Oriente, a fines de los años ochenta se invirtió la tendencia. Se reveló que el 3 de enero de 1985 un puente aéreo secreto, organizado con el consentimiento de Sudán, había permitido que 25.000 falashas, judíos negros de una tribu que durante siglos había sobrevivido en Etiopía, fuesen llevados como colonos a Israel. Esto fue sólo un preanuncio de la emigración masiva de judíos rusos, a quienes se permitió abandonar la Unión Soviética como resultado de los cambios políticos en ese país, que alcanzó la cifra de 100.000 personas en 1989, llegó a más de 200.000 en 1990 y continuó elevándose. Las autoridades israelíes siempre habían supuesto que en Rusia vivían a lo sumo un millón y medio de judíos. Hacia fines de 1990 era evidente que el total era mucho más elevado y que podía llegar a cuatro millones, la mayoría deseosa de partir. De acuerdo con una decisión del gobierno soviético, esos emigrantes debían ir directamente a Israel. Esta inmigración masiva, tanto en su aspecto real como en sus posibilidades, determinó que se modificase por completo la perspectiva demográfica y fortaleció la probabilidad de que otros Estados, sobre todo Siria, con el tiempo imitaran el ejemplo de Egipto e hicieran la paz.

Mientras tanto el Tratado de Paz israelí-egipcio, firmado finalmente el 26 de marzo de 1979, llevó directamente a la guerra civil libanesa, desencadenada por la OLP y ampliada por la intervención de Siria, cuya secta gobernante alawita deseaba arrebatarse a Egipto el liderazgo del mundo árabe. El precario equilibrio del poder comunal en el Líbano finalmente fue destruido. Hasta

ese momento se lo había preservado gracias a la actitud conciliadora en una entidad local, el Supremo Consejo Musulmán, que representaba a todas las sectas musulmanas, incluso a los drusos, y estaba dominado por el antiguo régimen sunnita. Este organismo se vio desplazado cuando los shiítas, dirigidos por un fundamentalista persa de origen libanés, el imán Mussa Sadr, reclamaron la formación de un Supremo Consejo Musulmán de carácter chiíta. Los shiítas formaron una alianza destructiva con la izquierda secular de la OLP. Todas las sectas, tanto cristianas como musulmanas, organizaron sus propios ejércitos. Durante los combates que siguieron y que fueron muy intensos en 1975-1976, 1982, 1988-1990 y esporádicamente durante los intervalos, Israel y Siria se vieron forzados a intervenir, los gánsters de las calles florecieron bajo la forma de líderes guerrilleros y políticos respetables, murieron 40.000 personas, Beirut quedó destruida como centro comercial, el Líbano cesó de existir como país independiente, la antigua comunidad cristiana perdió su predominio, aunque continuó aferrándose a sus principales áreas de residencia, y se apagó una luz de razón en el mundo árabe. En 1982 Israel se sintió obligado a realizar una invasión en gran escala. A su vez, ese ataque militar determinó la expulsión y dispersión de la OLP, primero a Túnez y después también a Irak. Poco después se denunció la responsabilidad de Israel en la masacre de refugiados palestinos ejecutada por milicianos cristianos en los campamentos de Sabra y Chatila, de Beirut Occidental, y ya en la primavera de 1983 Israel se vio obligado a retirar sus fuerzas y a mantener a lo sumo una zona de seguridad en el sur de país. Poco a poco, las fuerzas sirias llenaron el vacío de poder en el Líbano, aunque tuvieron las mismas dificultades que los israelíes para organizar allí una presencia segura. Hacia principios de los años noventa, el Líbano, en otros tiempos el Estado árabe más rico y civilizado, estaba fragmentado y casi en la miseria, sin un centro de unidad.³²

Los fundamentalistas islámicos, principal pero no exclusivamente shiítas, debilitaron con sucesivos golpes las fuerzas de la estabilidad en Medio Oriente. Hicieron todo lo posible para derrocar al régimen de Egipto y finalmente consiguieron liquidar a Sadat en 1981. En 1979 se apoderaron por la fuerza del santuario de La Meca, con el fin de destruir a la familia real saudita, y fueron expulsados de su laberinto subterráneo de túneles sólo después de una semana de ásperos combates. Hubo otro grave incidente el 30 de julio de 1987, día en que 155.000 peregrinos shiítas iraníes protagonizaron disturbios y trataron de apoderarse de La Meca, un episodio en el que la policía saudita asesinó a centenares de personas. Pero el éxito más resonante fue el que obtuvieron en 1978-1979, cuando derribaron al sha de Irán, que ocupaba el trono del pavo real. Este cataclismo, motivo de muchos malentendidos, proyecta una luz muy clara sobre las fuerzas que se manifiestan en los tiempos modernos. El régimen hubiera debido ser inmensamente fuerte. Estaba armado hasta los dientes por los norteamericanos y los británicos, que entendían que era la “fuerza estabilizadora” residual en el Golfo después del retiro militar occidental. La monarquía, inmensamente antigua y respetada como institución, era la única fuerza unificadora en un país que representaba esencialmente una reunión de minorías raciales, religiosas, culturales, lingüísticas y geográficas, cuya mayoría estaba formada por grupos que se odiaban unos a otros y que en muchos casos buscaban la protección del trono. En cambio, los fundamentalistas shiítas de Qum y Meshed hablaban sólo por un sector de los musulmanes, y su jefe, el ayatollah Jomeini, era odiado tanto como amado y temido. El sha no fue derrocado porque fuese prooccidental, un capitalista o un hombre corrupto o cruel —la mayoría de los gobernantes del Medio Oriente estaba formada por hombres crueles y, de acuerdo con las normas que ellos aplicaban, el sha era un liberal— y menos aún porque fuese rey. La verdad es que el sha se autodestruyó al sucumbir a la fatal tentación de los tiempos modernos: la seducción de la ingeniería social. Cayó porque intentó ser un Stalin persa.

Lo llevaba en la sangre. Su padre había sido un persa, oficial de cosacos, que se adueñó del poder en 1925 y trató de imitar a Atatürk, el gran secularizador; más tarde llegó a admirar y envidiar la crueldad con que Stalin colectivizó a los campesinos. Dijo con gesto adusto: “He logrado que los iraníes comprendan que cuando se levantan por la mañana deben ir a trabajar, y trabajar

32 Para un informe de los antecedentes, véase John Bulloch, *Death of a Country: Civil War in Lebanon*, Londres, 1977.

fuerte el día entero”.³³ Personalmente defenestró a un ministro ocioso. Su hijo ocupó el trono siendo un niño, en 1944; gobernó desde que cumplió los veintiún años, pero comenzó a concebir sus visiones grandiosas sólo durante los años sesenta, gracias al rápido aumento de los ingresos originados en el petróleo. Comenzó repartiendo las tierras reales entre los campesinos; después cambió de idea y decidió, como Stalin, modernizar al país en el curso de su propia vida. El reclamo popular en ese sentido no era más intenso que en la Rusia soviética; era la revolución desde arriba, lo que él llamó la “revolución blanca”. Sus planes pasaron del simple planeamiento de la inversión a la ingeniería social megalomaniaca en una serie de saltos. El planeamiento comenzó a fines de los años cuarenta: el primer Plan Septenal implicó una modesta inversión de 58 millones de dólares principalmente en la agricultura, los productos primarios, los caminos y el cemento. El segundo Plan Septenal, de 1955 a 1962, saltó a mil millones de dólares, invertidos en caminos, ferrocarriles y diques con fines de producir energía y facilitar la irrigación. Un tercer Plan Quinquenal implicó ya 2.700 millones de dólares, en el período 1963-1968, invertidos en oleoductos, en la industria siderúrgica y petroquímica; al pasar al campo social, implicó por primera vez la movilización de la gente. El Cuarto Plan, de 1968 a 1972, significó un gasto de 10.000 millones de dólares en caminos, puertos, aeropuertos, diques, gas natural, agua, viviendas, metalurgia pesada y agroindustrias. La fase stalinista comenzó con el Quinto Plan, de 1973 a 1978, que se inició con un programa de gastos de 36.000 millones de dólares, que saltaron rápidamente a 70.000 millones, cuando se cuadruplicaron los precios del petróleo.³⁴ En el año financiero 1978-1979, el último del gobierno del sha, se gastaron unos 17.200 millones de dólares sólo en el desarrollo, es decir trescientas veces el costo de todo el plan inicial, más otros 8.500 millones en salud, educación y bienestar, además de 10.000 millones en las fuerzas armadas.³⁵

Los planificadores, educados en el extranjero y denominados los *massachusettsi* (por el famoso Instituto de Tecnología de Massachusetts), tenían la arrogancia de los *apparatchiks* partidarios y una confianza stalinista en la planificación centralizada, las virtudes del crecimiento y la magnitud. Sobre todo, ansiaban el cambio. Era un infierno de expansión de las industrias extractivas: oro, sal, cal, fósforo, yeso, mármol, alabastro, piedras preciosas, carbón, plomo, cinc, cromo, hierro; tenía la sexta industria cuprífera del mundo, organizada desde cero en Irán

Central con 25.000 mineros que vivían en barracas de ladrillo. Se inició la construcción de cuatro reactores nucleares, más una red nacional de fábricas, la producción de automóviles, motores diésel, ascensores, bicicletas, medidores de agua, asbestos, matrices para fundición, glucosa, aluminio, ropas, tractores, máquinas herramientas y armas. El sha se vanagloriaba de que su revolución blanca combinaba “los principios del capitalismo [...] con el socialismo, incluso el comunismo [...] Nunca se promovió un cambio tan importante en 3.000 años. Está trastocándose toda la estructura”.³⁶ Este intento de gastar demasiado con demasiada rapidez fomentó la inflación. Para contenerla, organizó grupos de estudiantes que debían arrestar a los comerciantes y los pequeños industriales “aprovechadores”. Esta iniciativa en todo caso consiguió que los jóvenes saboreasen la violencia y costó al trono la simpatía del *bazar*.

Esta política podría no haber importado, pues los shas antes siempre habían podido apelar al campo conservador para contener el radicalismo urbano. Pero el error más grave del sha fue irritar al campo, cuyos hijos campesinos formaban su ejército. Después de haber entregado a los campesinos las tierras reales y las propiedades confiscadas al clero, descubrió, lo que era previsible, que la producción disminuía. En 1975, habiendo convertido a Irán, que antes exportaba alimentos, en una nación que ahora los importaba, modificó esta política e inició la colectivización. El modelo fue el proyecto de irrigación Dez, de 1972-1975, en Juzestán septentrional, que había recuperado 100.000 hectáreas de tierras fértiles, entregadas a los campesinos apenas cinco años antes, y había volcado todo y a todos en lo que se denominó la “administración agrícola unificada”. Así, los

33 William Forbis, *Fall of the Peacock Throne*, Nueva York, 1980, p. 45.

34 Kayhan Research Associates, *Iran's Fifth Plan*, Teherán, 1974; Jahangir Amuzegar, *Iran: an Economic Profile*, Washington, D. C., 1977.

35 Forbis, op. cit., pp. 237 y ss.

36 Ibid., pp. 73-74.

labradores acomodados se convirtieron en proletarios rurales, que ganaban un dólar diario y vivían en casas de dos habitaciones, construidas con bloques macizos de cenizas, una vivienda al lado de la otra, en los nuevos “pueblos modelos” llamados *shahraks*.³⁷ La ley de junio de 1975 de hecho amplió este modelo a todo el país, obligando a los campesinos independientes a reunirse en varios centenares de “unidades agrocomerciales”, vastas “corporaciones agrarias” o en 2.800 cooperativas. Es verdad que los campesinos al renunciar a sus parcelas recibían acciones de las nuevas compañías; pero en esencia el esquema no era muy distinto del de una colectivización forzosa.³⁸ El plan implicó liquidar 67.000 aldeas pequeñas para formar 30.000 más grandes, cada una con una magnitud suficiente para justificar las clínicas, las escuelas, el agua corriente y los caminos. Se dividieron las grandes familias. Los convoyes amenazadores formados por topadoras y equipos de remoción de la tierra, a menudo de enorme tamaño, descendían sin advertencia o explicación sobre comunidades aldeanas que tenían una antigüedad de 2.000 años y literalmente las desarraigaban. Se modificaron los nombres de minúsculas aldeas, incluso de los huertos. Los planeadores agrícolas y los “justicieros”, como se los llamaba, se comportaron con toda la arrogancia de los activistas del partido que Stalin usaba para ejecutar su programa, aunque no había resistencia ni brutalidad real.³⁹ En general, el programa era un ataque consciente a la diversidad tribal, los patriarcas locales, la cohesión de la familia, los acentos y las lenguas de las provincias, el atuendo regional, las costumbres y los grupos de interés, en realidad todo lo que representase centros alternativos de influencia frente al Estado central todopoderoso. Para la revolución blanca era fundamental que la tenencia definitiva de la tierra y la propiedad correspondiesen a la corona, es decir al Estado. Así, el sha, a pesar de su liberalismo y su actitud pública como pilar de Occidente, estaba siguiendo una política de totalitarismo radical. Argumentaba: “Esto demuestra que quien crea que sólo a través del derramamiento de sangre puede hacerse una revolución, se equivoca”.⁴⁰ Pero quien se equivocaba era él. Los ancianos fueron empujados a los *shahraks*, pero sus hijos adultos fueron a las ciudades para formar la turba del ayatollah y sus hermanos del ejército se resistieron a disparar sobre ellos cuando llegó el momento. También el sha se mostró renuente. La colectivización es imposible sin el terror y él no tenía estómago para eso. Cuando llegó a ese punto, hacia fines de 1978, consideró que había sido traicionado por su aliado, el presidente Carter.⁴¹ Pero también se traicionó a sí mismo. En definitiva, careció de voluntad de poder.

Tanto el sha como el presidente traicionaron a los iraníes. Entregaron una nación, que incluía a muchas minorías indefensas, a un sacerdocio que carecía de tradición o formación para el ejercicio del poder político.⁴² El resultado fue un terror bárbaro ejercido por un pequeño grupo de déspotas fundamentalistas, que actuaron en nombre de una “república islámica” fundada en febrero de 1979. Los dos primeros años de su existencia ejecutó a más de 8.000 personas, condenadas en los tribunales islámicos por su carácter de “enemigos de Alá”.⁴³ El terror de Jomeini se manifestó primero contra el antiguo régimen; se ejecutó a veintitrés generales, 400 oficiales del ejército y la policía, 800 funcionarios civiles; después se manifestó contra los partidarios de los ayatollahs rivales y 700 fueron ejecutados; más tarde, se expresó contra sus antiguos aliados seculares-liberales (500) y la izquierda (100). Desde el principio organizó la ejecución y el asesinato de los líderes de las minorías étnicas y religiosas; así perecieron 1.000 kurdos; 200 turcomanos y muchos judíos, cristianos, shaijís, sabeanos y miembros de sectas shiítas disidentes así como sunnitas ortodoxos.⁴⁴ Su persecución de los bahais fue particularmente feroz.⁴⁵ Se procedió a la destrucción

37 Grace Goodell, “How the Shah De-Stabilized Himself”, en *Policy Review*, Washington, D. C., primavera de 1981.

38 Forbis, op. cit., pp. 259-261.

39 Goodell, op. cit.

40 Forbis, op. cit., p. 74.

41 Michael A. Ledeen and William H. Lewis, “Carter and the Fall of the Shah”, en *Washington Quarterly*, verano de 1980.

42 Shahrough Akhavi, *Religion and Politics in Contemporary Iran: Clergy-State Relations in the Pahlavi Period*, Nueva York, 1980.

43 Cifras aportadas por la antigua Iran Bar Association en una carta al Secretario General de las Naciones Unidas, agosto de 1981.

44 Véase el informe realizado por Amir Taheri en *Sunday Times*, 23 de agosto de 1981.

de iglesias y sinagogas, la profanación de cementerios, el saqueo o la demolición de santuarios. Los asesinatos judiciales incluyeron al poeta kurdo Allameh Vahidi, de ciento dos años, y a una niña de nueve años, condenada por “atacar a los guardias revolucionarios”.

La persecución a la minoría sunnita de Irán (muchos de ellos iraquíes) promovida por Jomeini, y a las minorías shiítas persas en Irak, reanudó las disputas limítrofes entre Irán e Irak, que habían envenenado las relaciones entre los dos países desde la creación de Irak por Gran Bretaña en 1920-1922. En septiembre de 1980, los informes acerca de que casi todos los altos funcionarios iraníes habían sido asesinados o habían huido, o de que sus fuerzas armadas, sobre todo su fuerza aérea en otros tiempos formidable, estaban desorganizadas, tentó a Saddam Hussein, el dictador baazista iraquí, a iniciar una invasión en gran escala de Irán, que comenzó con ataques aéreos sobre Abadán, la refinería más importante del mundo. Hussein abrigaba la esperanza de obtener el control de Shat-el-Arab, la principal salida al mar del Tigris-Éufrates, y posiblemente el dominio de los yacimientos petrolíferos iraníes. En realidad la guerra, en lugar de ser un rápido triunfo iraquí, se prolongó ocho años y costó a ambas partes más de un millón de muertos. Saddam terminó obteniendo muy poco: unos pocos kilómetros de territorio sin importancia, al que renunció rápidamente en 1990, cuando se vio en problemas con Occidente. Pero durante la guerra misma el Occidente, aunque neutral, tendió a ayudar a Irak. Tenía perfecta conciencia de la crueldad y el pistolismo del régimen de Saddam. Pero era aún más hostil al Irán de Jomeini, que había invadido la embajada norteamericana y había retenido en calidad de rehén a su personal (al que liberó sólo a cambio de un rescate), además de financiar y armar a diferentes grupos terroristas antioccidentales.

De modo que las naves de guerra occidentales patrullaron el Golfo; limpiaron de minas iraníes las rutas utilizadas por los buques que exportaban el petróleo árabe, al mismo tiempo que no hacían nada para impedir los ataques aéreos de Irak a los buques iraníes. Sin duda, cuando el 18 de mayo de 1987 los jets iraquíes dispararon por error misiles Exocet sobre la fragata norteamericana *Stark*, y mataron a 28 miembros de su tripulación, la protesta de Washington fue moderada; la disposición norteamericana a atacar los blancos iraníes considerados hostiles se demostró el 3 de octubre de 1988, cuando el crucero norteamericano *Vincennes* derribó por error una aeronave civil iraní, y mató a 290 personas, en la creencia de que era un avión de guerra. Pero sobre todo fue grave la complacencia con que Occidente, al mismo tiempo que negaba armas a Irán, las vendía a Saddam, que también estaba recibiendo enormes masas de suministros y sobre todo tanques modernos, artillería, transportes blindados de tropa y aviones rusos.

La guerra entre Irán e Irak llegó a un fin poco concluyente el 8 de agosto de 1988; pero Saddam, lejos de desarmarse, amplió la magnitud de sus fuerzas armadas, que hacia 1990 ocupaban el cuarto lugar en el mundo. Con el acuerdo occidental, había sido subsidiado militarmente durante la guerra por los estados petroleros del Golfo, dominados por los sunnitas, sin hablar de los enormes recursos petroleros iraquíes (hacia fines de los años ochenta era el segundo productor petrolero, después de Arabia Saudita, en Medio Oriente); de hecho, todas estas enormes sumas, que durante los años ochenta se elevaron a un monto aproximado de 100.000 millones de dólares, contribuyeron a la creación de la maquinaria bélica. Los israelíes no compartían la indiferencia de Occidente frente al creciente poderío militar de Irak, sobre todo después de que sus fuentes de inteligencia revelaron que en las cercanías de Bagdad estaba utilizándose un reactor nuclear construido por los franceses para producir material destinado a las bombas nucleares. El 7 de junio de 1981 los aviones israelíes destruyeron el reactor; pero Saddam continuó recorriendo el mundo en busca de armas de destrucción masiva y de los medios necesarios para fabricarlas. Hacia fines de los años ochenta había incorporado la capacidad necesaria para producir armas químicas y biológicas, y en 1989 liquidó a más de 5.000 kurdos, supuestamente rebeldes, arrojando bombas químicas en sus aldeas.

Los gobiernos occidentales conocían bien a Saddam como un hombre de perversidad excepcional, originado en un clan de bandidos profesionales.⁴⁶ Había conseguido su primera arma de fuego a los diez años (y según se afirma, cometió su primer asesinato dos años después). Como

45 *Sunday Times*, 6 de septiembre de 1981.

46 Acerca de los antecedentes familiares y la infancia de Saddam Hussein, véase John Bulloch, “The Violent Boy from Al-Ouja”, en *Independent on Sunday*, 6 de enero de 1991.

jefe de la policía secreta desde 1968, y como presidente a partir de 1979, su carrera se caracterizó por la liquidación de sus colegas y rivales, a menudo por propia mano, y por las atrocidades en la más grande escala concebible, entre ella los ahorcamientos públicos en masa de judíos. Un folleto publicado por él atestiguó su ambición de ampliar los límites de Irak según el modelo del antiguo Imperio Babilónico. De todos modos, si bien la ayuda militar norteamericana y británica disminuyó durante los años ochenta, Francia continuó suministrando armas modernas, Alemania Occidental aportó conocimientos militares de elevada tecnología (en parte de manera ilegal) y los rusos no sólo proveyeron armas sino que mantuvieron a más de 1.000 expertos militares en Irak para entrenar a las fuerzas armadas de Saddam en el uso de aquéllas, así como en la táctica y la estrategia.

La política soviética, que llegó a ser cada vez más confusa a medida que avanzó la década de los ochenta, estaba determinada por el supuesto de que los regímenes baazistas eran sus aliados más fidedignos en Medio Oriente; por eso, la Unión Soviética armó a la Siria baazista, así como al Irak baazista, pese a que los dos eran enemigos irreconciliables. Occidente creyó que en todo caso debía apoyar a Irak, pues Irán estaba identificado con el terrorismo internacional, especialmente con el secuestro de ciudadanos occidentales por las milicias shiítas en Beirut. Es cierto que durante los años ochenta el terrorismo adoptó diferentes formas, que implicaron a varios gobiernos, así como a grupos especiales, y que operaron a partir de distintos motivos. Uno de los muchos grupos terroristas indios probablemente fue el responsable de la destrucción de un Boeing de Air India en medio del Atlántico y de la muerte de todos los que viajaban en el aparato; los terroristas sijs indudablemente fueron los que asesinaron a la señora Indira Gandhi, primera ministra india, el 31 de octubre de 1984. Un terrorista tamil fue considerado responsable del asesinato de Rajiv Ghandi, perpetrado en mayo de 1991. A principios de los años ochenta la KGB rusa aún continuaba entrenando terroristas de diferentes naciones en campamentos especiales de Crimea y otros lugares, y el mismo gobierno soviético fue culpable de un acto terrorista el 1 de septiembre de 1983, cuando intencionalmente y sin aviso derribó una máquina civil, un Boeing 747 de Korean Airways (de Corea del Sur), que se había desviado de su curso para introducirse en territorio soviético.

Algunos actos criminales continuaron siendo un misterio: la policía sueca no pudo descubrir quién mató a Olaf Palme, primer ministro de Suecia, el 28 de febrero de 1986, y el único sospechoso a quien se detuvo fue absuelto. Por otra parte, no hubo dudas acerca de la responsabilidad del Ejército Republicano Irlandés por un intento de destruir a todo el gabinete británico el 12 de octubre de 1984 en un hotel de Brighton, durante la Conferencia del Partido Conservador, y de otro atentado contra el gabinete, en enero de 1991, cuando se hicieron disparos con proyectiles de mortero de fabricación doméstica contra Downing Street 10. El IRA conseguía sus explosivos Simtex de Checoslovaquia, el país fabricante; cuando Vaclav Havel se convirtió en 1990 en presidente de Checoslovaquia, informó que los archivos de la Simtex demostraban que el régimen comunista había suministrado al IRA explosivos suficientes como para abastecerlo durante 100 años. Pero el IRA recibió también grandes cantidades de armas (algunas interceptadas e identificadas) de la Libia de Gaddafi, de otros estados de Medio Oriente y de la OLP. Los grupos apoyados por Irán fueron responsables de lo que fue quizás el ataque terrorista más exitoso, dos ataques coordinados de carácter suicida en Beirut, el 23 de octubre de 1983, que eliminó a 241 infantes de marina norteamericanos y a 58 paracaidistas franceses que protegían las respectivas embajadas. Los grupos de Medio Oriente, financiados por Irán, Libia o posiblemente ambos, también destruyeron una discoteca de Berlín Occidental frecuentada por soldados norteamericanos el 5 de abril de 1986 y un avión 747 de Pan-American sobre Lockerbie, Escocia, el 21 de diciembre de 1988, matando a sus 258 pasajeros y tripulantes y a 11 personas en tierra.

Todos estos ataques, y muchos otros de carácter secundario, fracasaron sin excepción en sus propósitos políticos. Durante los años ochenta y aún más al ingresar en los noventa, Occidente tendió menos que en los años setenta a mantener algún tipo de trato con los grupos terroristas; más aún, la vigilancia internacional alcanzó un alto nivel de coordinación y fue cada vez más fácil obtener la extradición de los terroristas buscados. El efecto del terrorismo internacional, especialmente del que contaba con el respaldo estatal, fue más bien deformar el criterio de Occidente al tratar con ciertos estados de Medio Oriente. Sobre todo, la obsesión de Estados Unidos

con el Irán hostil, que a su vez se refería a Estados Unidos como “el gran Satán”, lo llevó a subestimar la creciente amenaza de Irak. Rara vez en la diplomacia el antiguo proverbio “el enemigo de mi enemigo es mi amigo” se ha aplicado más intensamente.

De esta forma, Irán se encontró aislado. En general, un líder nacionalista no blanco, que trataba a Washington como su enemigo principal, podía esperar una reacción de simpatía de la intelectualidad occidental. Pero Jomeini tenía un talento especial para enemistarse con sus posibles aliados. En 1988 el autor angloindio Salman Rushdie, que había sido una celebridad literaria de carácter menor después de ganar el Premio Booker por su novela *Midnight's Children* en 1981, publicó otra obra de ficción de carácter polémico, *Los versos satánicos*, título que se refería a ciertos versos excluidos del Corán por el profeta Mahoma porque creía que habían sido inspirados por Satán. A juicio de muchos, era un libro oscuro; de todos modos, ocupó el primer lugar en la lista de bestsellers en Londres y en tres meses se vendieron 40.000 ejemplares. La obra irritó a los musulmanes británicos que la consideraron blasfema. El 14 de enero de 1989 un grupo de musulmanes de Bradford quemó públicamente ejemplares del libro. Este episodio atrajo la atención del propio ayatollah y el 14 de febrero el dignatario anunció públicamente: “Informo al orgulloso pueblo musulmán del mundo que el autor de *Los versos satánicos*, que se opone al Islam, al Profeta y al Corán, y todos los que participaron en su publicación y conocían su contenido, están sentenciados a muerte”.⁴⁷ Se exhortó a los musulmanes a aplicar este *fatwah* o dictamen religioso.

Las autoridades religiosas musulmanas mantuvieron algunas discusiones acerca de la posibilidad de que el libro en efecto fuese blasfemo y de que el ayatollah tuviese autoridad para imponer una sentencia de muerte (fue confirmada por su sucesor cuando el ayatollah finalmente falleció, a los ochenta y seis años, el 4 de junio de 1989). Pero nadie estaba dispuesto a correr riesgos. La novela había sido prohibida mucho tiempo atrás en Pakistán, la India y Arabia Saudita. Ahora, W. H. Smith, la más importante cadena editorial británica, la retiró de la circulación; los editores alemanes, franceses e italianos suspendieron los planes de traducción; Penguin Books postergó y luego anuló los planes de publicación de una edición en rústica y el mismo Rushdie canceló una gira de promoción por Estados Unidos y después se ocultó. La publicidad mundial determinó la venta de cantidades prodigiosas del libro y Rushdie se convirtió en multimillonario, aunque también en prisionero voluntario. La intelectualidad literaria y artística de ambas márgenes del Atlántico, la “bella gente” de Nueva York y las “clases verborágicas” de Londres se unieron para denunciar al ayatollah, a sus sucesores y al régimen. En general, la izquierda se mostró casi tan hostil a Irán como la Casa Blanca, lo que fue una extraña conjunción. Sin embargo, algunos miembros laboristas del Parlamento británico, que tenían importantes minorías pakistanas en sus distritos, se mostraron extrañamente renuentes a defender la libertad de publicación y los intelectuales perdieron gran parte de su entusiasmo por la causa de Rushdie cuando bruscamente, en diciembre de 1990, en lo que puede haber sido una conversión sincera pero, a juicio de muchos, fue un intento desesperado (y sin éxito, como se vio) de obtener la anulación del *fatwah*, Rushdie anunció su reconversión al Islam y se disculpó por el agravio cometido.

Así, el régimen de Jomeini podía inspirar miedo pero no obtener amigos en ningún sector. El único mérito de su aislamiento fue que acabó con la ingeniería social del sha. La confiscación de sus activos en el extranjero, la guerra de ocho años con Irak, la virtual cesación por un tiempo de la producción petrolera y la fuga de la clase media al extranjero al pasar a la clandestinidad determinaron que el sector moderno de la economía iraní se detuviese bruscamente, una situación de la que apenas comenzaba a recuperarse incluso a principios de los años noventa. Llegaron las consecuencias inevitables: desocupación, quiebra de los servicios sanitarios y otros de carácter básico, epidemias masivas, desnutrición e incluso hambre. Las horrorosas experiencias de Irán ilustraron nuevamente la ley del efecto involuntario. El camino oficial del sha, que debía llevar a la utopía, condujo únicamente al Gólgota.

Pero el revivalismo islámico, la caída del sha y el terror fundamentalista contribuyeron directamente al comienzo de la guerra civil en Afganistán en diciembre de 1979. Aquí se estaba

47 *The Times* y *Daily Telegraph*, 15 de febrero de 1989.

frente a otro intento de ingeniería social que condujo a la barbarie, aunque en este caso, como sucedió tan a menudo, el intento utópico provino del campo comunista. El episodio fue importante a causa de su impacto colosal sobre todo el imperio soviético. Los británicos habían librado tres guerras afganas (1838-1842, 1878-1880 y 1919), todas con las mejores intenciones; ninguna permitió crear una situación estable en ese país díscolo o “resolver el problema” afgano. Sin asustarse por esa experiencia, los rusos, impulsados por una mezcla de miedo, codicia y buenas intenciones, se zambulleron en el laberinto afgano y allí se perdieron. Hasta 1979, el gobierno soviético había apuntado a soluciones de largo plazo. Apoyó al príncipe no marxista Mohammed Daud cuando éste creó una monarquía constitucional en 1953 y otra vez veinte años después, cuando desplazó al rey y se autodesignó presidente. Durante los años cincuenta le suministró cierta ayuda financiera; durante los años sesenta construyó caminos a partir del norte, que en definitiva fueron usados por sus tropas, y durante los años setenta concentró los esfuerzos en la creación de un partido marxista unido. Realizó su último propósito, o por lo menos eso creyó, en 1977 cuando reunió en el Partido Democrático Popular a tres facciones revolucionarias encabezadas por Babrak Karmal, Nur Muhammad Taraki y Hafizullah Amin. Hacia 1978 se entendió que había llegado el momento de iniciar la ingeniería social, y en abril un *putsch* aprobado por los soviéticos derrocó a Daud.⁴⁸

Sin embargo, la experiencia del siglo XX muestra enfáticamente que el utopismo nunca está lejos del gangsterismo. Los líderes soviéticos pudieron desencadenar la revolución en Afganistán pero no pudieron controlarla. El terceto que ahora ejercía el poder no era distinto de los sombríos ideólogos que desencadenaron el terror en Camboya. Amin, el más enérgico de los tres, era un profesor de matemática que pasaba entusiastamente de las abstracciones numéricas al derramamiento de sangre en gran cantidad. Su primer acto fue ordenar que treinta miembros de la familia de Daud fuesen fusilados ante sus ojos; luego, miembros del gobierno; por último, el propio Daud.⁴⁹ De acuerdo con Amnistía Internacional, se mantenían prisioneras a 12.000 personas sin juicio y muchas fueron torturadas. La ejecución del “plan” marxista-leninista, como en Camboya, implicó la destrucción de aldeas enteras. De acuerdo con la versión de un testigo ocular:

Mientras los soldados comenzaban a derribar y quemar las casas, trece niños fueron agrupados y permanecieron alineados frente a sus padres. Después, algunos soldados vaciaron los ojos de los niños con varillas de acero. Luego, los niños mutilados fueron estrangulados lentamente. Siguió el turno de los padres [...] Los campos circundantes fueron alisados con aplanadoras, que destruyeron todos los árboles y los arbustos, y el lugar entero quedó reducido a un páramo sembrado de cenizas.⁵⁰

Aunque más tarde Karmal acusó a Amin de ser un “verdugo sanguinario” y de “liquidar colectivamente”, las pruebas demuestran que él fue igualmente culpable de tales atrocidades hasta marzo de 1979, momento en que Amin se convirtió en dictador exclusivo y despachó a Karmal a Praga como “embajador”. Acentuó el terror, principalmente porque el nuevo régimen de Jomeini ahora estaba ayudando a los insurgentes musulmanes de Afganistán. Más aún, parece que acarició la idea de eliminar por completo el Islam. La violencia aumentó a lo largo de 1979. El embajador norteamericano, experto en insurgencia, fue asesinado, probablemente por los rusos. El 12 de agosto, treinta asesores rusos fueron desollados vivos cerca del santuario musulmán de Kandahar. El general Alexei Yepishev, el principal funcionario del partido en el seno del Ejército Rojo, que había atendido los aspectos políticos de la invasión de 1968 a Checoslovaquia, fue a Kabul; a su regreso, Taraki, considerado como el más “confiable” del terceto, recibió la orden de eliminar a

48 Para conocer diferentes versiones de la participación soviética, véase M. E. Yapp en *The Times Literary Supplement*, 3 de julio de 1981, p. 753 y 25 de septiembre de 1981, p. 1101, y Anthony Arnold, *The Soviet Invasion of Afghanistan in Perspective*, Stanford, 1981, pp. 68-71.

49 John Griffiths, *Afghanistan: Key to a Continent*, Londres, 1981.

50 *The Times*, 21 de enero de 1980.

Amin. Pero en el curso de una animada discusión en la embajada soviética, Taraki fue baleado y Moscú se vio obligado a enviar a Amin un telegrama el 17 de septiembre de 1979 donde se lo felicitaba por haber sobrevivido a un “complot contrarrevolucionario”. La semana siguiente, por pedido de Amin, tres batallones soviéticos entraron en el país y el 17 de diciembre llegaron los paracaidistas. Sin que lo supiera Amin, traían en su equipaje a Karmal; en Navidad los rusos iniciaron una invasión en gran escala, con el empleo de dos de sus siete divisiones aerotransportadas. Eran la 41 y la 1051, formadas por “grandes rusos” (es decir, blancos europeos). El cuerpo principal de la fuerza expedicionaria de 80.000 hombres descendió por los nuevos caminos, construidos precisamente con ese fin. Amin fue liquidado dos días después, junto con su esposa, siete hijos, un sobrino y veinte a treinta miembros de su personal.⁵¹ Viktor Papertin, general soviético a cargo del *putsch*, se suicidó. Karmal organizó otro gobierno, pero durante el nuevo año se reveló que no era más que un títere soviético que debía enfrentar un alzamiento general.⁵²

El ejército soviético inicial de ocupación fue de 80.000 hombres, que poco a poco se elevó a 120.000 y a veces alcanzó cifras mucho más altas. La guerra duró una década; los rusos y sus aliados nunca pudieron controlar mucho más que las ciudades principales y los caminos estratégicos. En ese momento y con posterioridad, la aventura soviética en Afganistán fue comparada con la invasión norteamericana a Vietnam, un error de cálculo que se convirtió en un desastre y conmovió la confianza de la nación en sus propias fuerzas. Pero las analogías no deben ser demasiado rigurosas. Por una parte, los generales soviéticos hicieron la guerra con una crueldad que los norteamericanos rara vez demostraron en ninguna región de Indochina. Usaron tanques, naves de artillería, bombardeos, napalm, la guerra química y la destrucción sistemática de lo que denominaban las “aldeas de bandidos”. La guerra infligió terribles daños a Afganistán y provocó intensas dificultades a todos sus vecinos. Centenares de miles de afganos fueron asesinados (un cálculo afirma que las muertes se elevaron a un millón). Durante los combates, el Ejército Rojo perdió 16.000 hombres y 30.000 resultaron heridos. Un elevado número de afganos huyó del país. De una población estimada por las Naciones Unidas en 1983 de 18.136.000 personas, se calculaba que, cuando disminuyeron los combates, después de una década de episodios salvajes, alrededor de 6 millones, es decir casi un tercio, estaba formado por refugiados, que habían huido principalmente a Pakistán pero también a Irán. Un hecho lamentable fue que, durante los años setenta y ochenta, las medidas adoptadas por Rusia y sus satélites cubano, etíope e indochino agregaron alrededor de 12 a 15 millones al número total de personas desplazadas, lo que puede compararse con los horrorosos resultados estadísticos de Stalin o Hitler.

Más aún, como los jefes soviéticos lo comprobaron gradualmente, toda la operación militar que ellos habían promovido era inútil. Los *mudjahidines*, como se denominó a los rebeldes nacionalistas, en definitiva no pudieron ser derrotados y ni siquiera contenidos por las fuerzas no afganas. El hombre a quien los soviets finalmente instalaron en el cargo de dictador-presidente en 1987, el doctor Hadjibullah, se desempeñó mejor sin la ayuda directa soviética que con ella. El costo de la guerra fue insoportable para la economía soviética, que ya estaba presionada y deteriorada, y sin duda representó un papel importante en la determinación de los cambios fundamentales que tuvieron lugar en el pensamiento de Moscú y que comenzaron a mediados de los años ochenta. El 8 de febrero de 1988 el nuevo líder soviético Mijail Gorbachov anunció al mundo, en un principio escéptico, que las tropas soviéticas se retirarían completamente de Afganistán. El retiro efectivo comenzó el 15 de mayo y terminó el 15 de febrero de 1991.

Una de las razones por las que los líderes soviéticos, hacia el final de este episodio, deseaban salir de Afganistán era el temor de que la guerra de guerrillas pudiese extenderse a las regiones musulmanas cercanas de Asia soviética. La teoría oficial soviética no tenía una respuesta más clara que el marxismo al problema del fundamentalismo islámico. Los bolcheviques habían atribuido escasa importancia al conjunto del Islam. “El tejido putrefacto del Islam”, escribió Trotsky, “se

⁵¹ *Daily Telegraph*, 21 de febrero de 1980.

⁵² Nancy Peabody Newell y Richard S. Newell, *The Struggle for Afghanistan*, Cornell, 1981.

desintegrará al primer empujón”. El Islam era la entidad que debía temer el cambio, originado en “la mujer oriental, que será el gran centro de las revoluciones futuras”.⁵³ Stalin y todavía más Jruschov y Brezhnev intentaron imponerse al Islam como a la Iglesia ortodoxa, mediante clérigos oficiales maleables. En la Conferencia Musulmana de Tashkent, celebrada en 1970, el mufti Ahmed Hadjibullah Bozgoviev elogió a los líderes soviéticos que, aunque eran infieles, determinaban sus medidas sociales de acuerdo con “leyes dictadas por Dios y expuestas por su profeta”. Otro delegado dijo: “Admiramos el genio del profeta que predicó los principios sociales del socialismo”.⁵⁴ Durante los años setenta y ochenta el aumento de las peregrinaciones, el culto de los jeques (santos), vivos o muertos, el sufismo y los entusiastas y multitudinarios movimientos atestiguaron el revivalismo musulmán en el territorio soviético; en este proceso los líderes musulmanes trataron, a veces desesperadamente, de lograr que la práctica musulmana, incluso las plegarias públicas, el Ramadán y otros ayunos, armonizaran con las normas soviéticas, para “legitimar el Islam” de acuerdo con la sociedad comunista. Trataban de alentar a los musulmanes, sobre todo a los jóvenes, a incorporarse a las organizaciones sociales soviéticas “como musulmanes”;⁵⁵ pero los clérigos musulmanes que trabajaban para el sha habían hecho exactamente lo mismo.

El revivalismo islámico era parte del problema más general del Imperio Soviético, la gran anomalía no resuelta de fines del siglo XX. En el prefacio a la edición de 1921 de su obra *El imperialismo*, Lenin reconoció que la había escrito “teniendo en cuenta la censura zarista”, que permitió su publicación en la primavera de 1916 con la condición de que, aunque atacase a todos los restantes imperios, dejase en paz al imperialismo zarista. Por lo tanto, dijo Lenin, “me vi obligado a utilizar como ejemplo... ¡al Japón! El lector atento reemplazará fácilmente al Japón por Rusia”.⁵⁶ Por consiguiente, la teoría del imperialismo de Leninno incluía un ataque a su forma rusa, hecho que él y todavía más sus sucesores consideraron muy conveniente cuando asumieron el poder y decidieron mantener el mayor número posible de posesiones zaristas. De modo que el gran imperialismo ruso continuó con las provincias y los territorios zaristas que se transformaron en satélites internos bautizados con el nombre de “repúblicas socialistas”. Durante los años cincuenta Jruschov inició el proceso cosmético de “descolonización”, emitiendo decretos (29 de agosto de 1957, 22 de junio de 1959) que ampliaban las atribuciones de los gabinetes de las repúblicas federales y aumentaban la independencia judicial y administrativa. Sin embargo, algunos de sus colegas no vieron con buenos ojos ni siquiera estas medidas tímidas, que fueron anuladas después de la caída de Jruschov. La Constitución de 1977 mantenía un sistema federal de carácter formal en el artículo 70 e incluía el fantasioso “derecho de secesión” en el artículo 72. Pero en todos los restantes aspectos era un documento monolítico que apuntaba a la centralización, la unidad y el ascenso del “pueblo soviético” como una nueva comunidad histórica, englobaba y en definitiva se imponía a las cincuenta y tres comunidades nacionales principales de la Unión Soviética.⁵⁷

Por lo tanto, en sus aspectos esenciales la política imperial soviética se asemejaba a la de Francia; era una unión en la que las “colonias” adquirirían gradualmente las ventajas culturales y económicas de la igualdad con los grandes rusos a cambio de la renuncia a sus aspiraciones nacionales. Esta política, como la de Francia, se basaba en elecciones fraguadas y el *diktat* administrativo, en realidad mucho más, pues la política imperial estaba determinada por el partido que ejercía el monopolio de todo el poder político y de las manifestaciones habladas y escritas, algo que los imperialistas franceses nunca habían poseído o siquiera buscado. De acuerdo con la Constitución de 1977, los principales instrumentos de integración eran las fuerzas armadas y el partido, en donde los eslavos (principalmente grandes rusos) formaban el 95 por ciento de todo el cuadro de oficiales y el soviét supremo. Los eslavos prevalecían en la totalidad de los principales

53 Citado en Cecil Kaye, *Communism in India*, editado por Subodh Roy, Calcuta, 1971, p. 272.

54 Hélène Carrère d'Encausse, *Decline of an Empire: the Soviet Socialist Republics in Revolt*, trad. Nueva York, 1979, p. 239.

55 *Ibid.*, pp. 237, 240.

56 Lenin, *Imperialism*, prefacio a la edición 1921.

57 Carrère d'Encausse, *op. cit.*, pp 122-123, 42-43 para mapa de nacionalidades.

organismos oficiales y, por intermedio del partido, controlaban la selección de los cuadros políticos, administrativos y técnicos de todos los niveles en las repúblicas no rusas.⁵⁸ Todavía durante los años ochenta se utilizaba el idioma como disolvente de la cohesión nacional; el número de escuelas que enseñaban en ruso aumentaba rápidamente y el conocimiento del ruso era esencial para acceder al progreso social. Incluso cuando existió un sistema nacional completo de educación, el ruso fue obligatorio desde el principio al fin.⁵⁹ Si los sistemas nacionales de educación eran incompletos, el paso al ruso en cierta etapa era obligatorio. La consecuencia fue que los grupos nacionales cuyas lenguas estaban declinando a partir de los años cincuenta incluían a los pueblos bálticos, los bielorrusos, los moldavos, el 1,8 millón de alemanes y los judíos. Incluso en Ucrania se formularon acusaciones acerca de que el ruso estaba desplazando al ucraniano en la educación superior. La enseñanza en las lenguas nacionales estaba descendiendo proporcionalmente en todo el territorio de Rusia soviética.⁶⁰

Pero como hemos visto, el imperialismo francés orientado hacia la asimilación fracasó, entre otras cosas, por razones demográficas. Una de las lecciones del siglo XX fue que las elevadas tasas de natalidad de los pueblos sometidos son un enemigo mortal del colonialismo. Hasta la llegada del bolchevismo, Rusia tenía una de las poblaciones más dinámicas del mundo. El “déficit demográfico” total provocado por la primera guerra mundial, la guerra civil, el hambre de Lenin, el hambre de Stalin, las grandes purgas y la segunda guerra mundial, representó un total de 60 millones en el período entero, compensada en parte por los 20 millones agregados por la adquisición de los Estados Bálticos, Besarabia, Carelia, Polonia soviética, Bukovina y otros territorios.⁶¹ Hubo cierto dinamismo demográfico durante el período 1945-1958, y la tasa anual de crecimiento en el período 1959-1970 fue del 1,34 por ciento, elevada para las normas europeas, aunque estaba descendiendo. Parece que durante los años setenta el promedio fue inferior al uno por ciento. Los demógrafos soviéticos preveían que el censo de 1970 arrojaría una cifra superior a los 250 millones. En realidad, el total de 1970 fue de 10 millones menos, y la cifra de 1979 fue de sólo 262.436.000. Lo que el censo de 1970 reveló por primera vez fue una doble tasa de natalidad: baja en la Rusia eslava y báltica, alta en la Unión Soviética Oriental, Asia Central y el Cáucaso. Solamente durante los años sesenta la población musulmana pasó de 24 a 35 millones, y sumó 14 millones más durante los años setenta, de modo que a principios de los ochenta había un total de 50 millones. A esta altura de las cosas, era evidente que al doblar del siglo Asia Central y Caucasia aportarían unos 100 millones, es decir un tercio del total.⁶² Incluso hacia 1979, los 137 millones de grandes rusos, una población que estaba envejeciendo acentuadamente comparada con los no eslavos, se sentía en una postura demográficamente defensiva; su índice de crecimiento era bastante inferior al uno por ciento, comparado con el 2,5 al 3,5 por ciento de los musulmanes soviéticos. También era significativo que el conocimiento del ruso entre los musulmanes estaba disminuyendo.⁶³

Rusia soviética no era el único país preocupado por las tendencias demográficas. La población total del mundo había sido de 1.262 millones hacia 1900; hacia 1930 había sobrepasado el nivel de los 2.000 millones; era de 2.515 millones hacia 1950, superior a los 3.000 millones hacia 1960 y a 4.000 millones hacia 1975. Hacia 1987 superaba los 5.000 millones y estaba aumentando al ritmo de 80 millones anuales o 150 por minuto. Un cálculo señalaba que la población mundial estimada se quintuplicaría durante el siglo.⁶⁴ ¿Cómo se podía alimentar a estos miles de millones

58 *Ibíd.*, p. 155.

59 Esto era particularmente cierto con respecto a las décadas de los sesenta y de los setenta; véase Brian Silver, “The status of national minority languages in Soviet education: an assessment of recent changes”, en *Soviet Studies*, 1, p. 25, 1974.

60 Y. Bilinsky, “Politics, Purge and Dissent in the Ukraine”, en L. Kamenetsky, ed., *Nationalism and Human Rights: Processes of Modernization in the USSR*, Colorado, 1977; P. Botychnyi, ed., *The Ukraine in the Seventies*, Oakville, Ontario, 1975, p. 246; Carrère d'Encausse, op. cit., pp. 170-171 y 180 (tabla 37).

61 Mksudov, op. cit.; Carrère d'Encausse, op. cit., pp. 50-51.

62 Carrère d'Encausse, op. cit., p. 67 y ss.

63 *Ibíd.*, pp. 173-174.

64 Éste era el punto de vista de John D. Durand, “The Modern Expansion of World Population”, en *Proceedings of the*

suplementarios? La mayoría de las sociedades en desarrollo pasan por un ciclo denominado la “transición demográfica”. En la primera fase, la medicina científica y la salud pública reducen la mortalidad infantil y las enfermedades infecciosas, y de ese modo determinan el descenso del índice de mortalidad; en cambio, el índice de natalidad continúa siendo elevado como factor de sustitución. De esta forma, la población se eleva deprisa. En la segunda fase, el aumento del nivel de vida determina el descenso del índice de natalidad. La tasa de aumento demográfico descende y con el tiempo se establece cierto equilibrio. Pero entre las fases primera y segunda la población aumenta de modo alarmante y puede originar violentas consecuencias políticas. En Europa, la “transición” comenzó con la revolución industrial, entre 1760 y 1870, y quedó completamente concluida hacia los años setenta, período en que el índice de natalidad había descendido por debajo de la marca crítica del 20 por mil, incluso en Rusia (1964), Yugoslavia (1967), Portugal y España (1969). La transición demográfica europea engloba y ayuda a explicar todo el ciclo de la colonización y la descolonización. Japón se ajustó un poco más tarde a un esquema similar al promedio europeo. Durante los años veinte su índice de natalidad aún alcanzaba el 34 por mil, y el promedio de mortalidad estaba descendiendo con rapidez, del 30 por mil a principios de la década al 18 hacia el final. De ahí la desesperación cada vez más acentuada de Japón. Pero incluso en el período de entreguerras estaba comenzando la segunda fase, pues a fines de los años treinta el índice de natalidad descendió por primera vez bajo la marca de 30 por mil. A pesar de un movimiento ascendente inmediatamente después de la guerra, que fue un fenómeno universal, después continuó disminuyendo hasta llegar por debajo de la marca de 20 por mil en la segunda mitad de los años cincuenta.⁶⁵ De modo que el problema demográfico de Japón, en otra época tan amenazador, estaba resuelto hacia los años sesenta.

Las consecuencias que debían extraerse de la teoría de la transición demográfica, por lo tanto, tenían un doble carácter. En primer lugar, no había necesidad de caer en el pánico incluso cuando la primera fase produjera sus efectos máximos en Asia, América Latina y África. En segundo lugar, existía la necesidad real de mejorar los índices de crecimiento industrial en los países en desarrollo, con el fin de alcanzar con la mayor rapidez posible la segunda fase. Los programas y técnicas de control de la natalidad eran útiles pero no decisivos, pues el uso eficaz de los anticonceptivos era un síntoma más que una causa de la desaceleración del índice de natalidad, a su vez consecuencia del mejoramiento económico. El factor principal era elevar los niveles de vida; ésa era la respuesta real a los que se oponían a las medidas de crecimiento con argumentos ambientales.

Es verdad que el aumento del PBN no reduce necesariamente ni en lo inmediato el índice de natalidad y, cuando lo hace, no determina un resultado uniforme. Pero había signos alentadores durante los años setenta en el sentido de que China estaba ingresando en la segunda fase de la transición, pese a que los índices de mortalidad aún necesitaban descender mucho antes de estabilizarse. En 1979 la Oficina del Censo de Estados Unidos calculaba la población de China en la cifra de 1.010 millones de personas y estimaba que el índice de crecimiento había sufrido un brusco descenso; este dato explicaba en general la desaceleración del índice de crecimiento mundial, que pasó de un promedio de 2,1 por ciento anual a fines de los años sesenta y de 1,9 por ciento a principios de los años setenta, al 1,7 por ciento a fines de esta década. Hacia principios de los ochenta la tasa de crecimiento asiática en general era inferior al 1,9 por ciento, no mucho más que el promedio mundial. La tasa latinoamericana había descendido al 2,4 por ciento. La única zona en que la tasa de crecimiento había aumentado realmente, del 2,5 al 2,9 por ciento, según cifras de 1979, era África, es decir exactamente lo que los demógrafos habían previsto.⁶⁶ La noticia más importante durante los años ochenta fue quizá que la población de China parecía haberse estabilizado realmente. Un censo nacional de julio de 1982 arrojó una población total de 1.008.175.288; un cálculo de las Naciones Unidas tres años más tarde dio la cifra de 1.059.521.000, aunque también se publicó una cifra de 1.072.200.000 a fines de los ochenta. Las noticias

American Philosophical Society, III, junio de 1967, pp. 136-159; pero las proyecciones demográficas son notablemente posibles de error.

⁶⁵ Rostow, *World Economy*, tabla 1-13, p. 25.

⁶⁶ *UN Demographic Yearbook 1971*; *Washington Post* y *Wall Street Journal*, 10 de julio de 1980.

publicadas en la India provocaron inquietud un tanto mayor: el censo de 1981 señaló una población de 685.184.692; un cálculo de las Naciones Unidas correspondiente a 1985 reveló un aumento a 750.900.000 aproximadamente, aunque otro cálculo señaló que el total no era muy superior a 748 millones. Estas cifras también indicaban que había desaceleración, aunque de ritmo menor que en el caso de China.⁶⁷ Durante los años ochenta y comienzos de los noventa, las áreas de más elevado aumento demográfico continuaron siendo América Central y especialmente África, aunque en la mayor parte de este continente era cada vez más difícil obtener cifras exactas. Los cálculos realizados a principios de los años sesenta indicaban que el punto en que la elevación del nivel de vida comenzaba a afectar la tasa de natalidad era el momento en que los ingresos per cápita sobrepasaban la barrera de los 400 dólares (a los valores de 1964). Hacia principios de los años noventa, teniendo en cuenta la inflación, pocos países centroamericanos y prácticamente ninguno de los africanos había superado esta barrera. En general, la experiencia de los años setenta y ochenta parecía confirmar la teoría del crecimiento y la desaceleración demográficas; en resumen, la “explosión demográfica” no era en absoluto una explosión, sino una curva cóncava vinculada con el desarrollo económico. Podía contenerse mediante políticas de crecimiento razonables.

¿Cómo podían promoverse esas medidas? El problema no era técnico. Se practicó la agricultura científica en gran escala en los países avanzados durante los años que siguieron a 1945; el conocimiento y el número de expertos utilizables para promoverla y enseñarla aumentó constantemente. Los sistemas agrícolas capitalistas, orientados hacia el mercado, de Estados Unidos, Canadá, Australia, la Argentina y Europa Occidental produjeron excedentes enormes y cada vez más elevados durante los años setenta y aún más durante los ochenta. Estas áreas podían alimentar al mundo entero, si era necesario, y a un precio muy elevado. El problema era más bien político, especialmente en la adopción de sistemas colectivistas de agricultura, en su ausencia de incentivos financieros para los agricultores, su grosera ineficacia y también su descuido de los factores del mercado y la necesidad de un eficiente sistema de distribución. Como Marx, Lenin había sido víctima de la “falacia física”: la creencia de que sólo los que producían artículos o cultivaban alimentos eran trabajadores “honestos”; todos los intermediarios eran parásitos. Lenin los había denunciado como “especuladores”, “ladrones”, “saqueadores”, “bandidos económicos” y otros epítetos por el estilo. Tales actitudes persistieron en el sistema soviético y fueron exportadas a Europa Oriental y a todas las regiones de Asia, África y América Latina en que se adoptó el sistema colectivista de estilo soviético.

En general, el resultado fue calamitoso. En la India, pese a la intensa influencia soviética, se realizaron esfuerzos serios para dar a los agricultores y campesinos el incentivo que los llevara a la modernización, y se otorgaron fondos para la instrucción técnica en gran escala. El resultado fue que la India pudo alimentarse a sí misma durante los años ochenta e incluso obtener un excedente general, aunque modesto, con destino a la exportación. En China, la inversión y la adopción de ciertos aspectos del mercado, combinados con la negativa a hacerse eco del menosprecio de Lenin por el intermediario —los chinos son particularmente talentosos para organizar sistemas de distribución, en su propio país y como expatriados—, permitieron que también China se alimentase a sí misma durante los años ochenta. Pero en la mayoría de las restantes regiones colectivistas el panorama era desalentador.

Un ejemplo notable fue la misma Rusia soviética. Hasta 1914, la modernización agrícola y la creación de granjas extensas y relativamente eficientes (y de cooperativas voluntarias) determinó que Rusia fuese uno de los principales exportadores mundiales de productos agrícolas, que enviaba al exterior el 40 por ciento de su producción. Bajo Lenin se convirtió en importador neto de alimentos y el déficit aumentó con el paso de los años. La política de colectivización de Stalin provocó el asesinato o la muerte por hambre de la mayoría de los mejores agricultores rusos. Señaló con la marca de Caín la frente del régimen; esa marca se acentuó cada vez más en el curso de las décadas. La cosecha de 1963 fue el primero de los grandes desastres agrícolas soviéticos en la posguerra. Jruschov dijo que hubiera sido incluso peor si no hubiese existido la producción de trigo en

67 Véase *Whithaker's Almanac* para 1988, 1989, 1990; *Chronicle of the Year 1989*, Londres, 1990.

tierras vírgenes, el programa que él promovió. Pero su política, como la de Stalin, era confusa y estaba sujeta a bruscos cambios. Su muy pregonado plan de las tierras vírgenes fue un fracaso total y se lo abandonó silenciosamente. Jruschov vaciló entre las explotaciones estatales y las granjas colectivas, entre la centralización y la descentralización. En su retiro, se quejó amargamente de la escasez de alimentos. Afirmó que incluso en un hospital moscovita reservado a los altos funcionarios del partido, la comida era repulsiva. Como siempre, Moscú era, con respecto a los alimentos, el lugar mejor atendido de Rusia soviética. La situación era mucho más grave en las provincias. Jruschov conocía a personas que habitaban en regiones donde tradicionalmente se producían alimentos y que “me dicen en voz muy alta y con amargura que no pueden conseguir huevos ni carne, y tienen que viajar un par de días a Moscú, en tren”, para gozar del privilegio de formar fila frente a los almacenes. ¿Por qué, preguntaba Jruschov, es imposible obtener huevos y carne “después de cincuenta años de poder soviético?” “Ansío ver el día”, escribió, “en que un camello pueda marchar de Moscú a Vladivostok sin ser comido en el camino por los campesinos hambrientos”.⁶⁸ Pero mientras él ejerció el poder nunca se atrevió a sugerir la devolución de la tierra al sector privado. Brezhnev y sus sucesores inmediatos adoptaron políticas más estables — más tarde se caracterizó oficialmente a este período como el de “los años de estancamiento”— y mantuvieron completamente colectivizada la agricultura. De modo que el problema de los alimentos se agravó lenta pero seguramente. Aunque Rusia soviética tenía doble extensión de tierras cultivadas que cualquier otro país, también parte de las mejores tierras en Ucrania y una densidad demográfica relativamente baja, sus necesidades de importación, a veces de 15 millones de toneladas de granos anuales y otras de 30 millones, tendieron a aumentar. Durante los años setenta y ochenta la carne y los huevos escasearon en los almacenes no privilegiados incluso de Moscú.

A fines de los años ochenta la política agrícola del régimen sufrió un cambio marginal; se permitió el desarrollo de un sector privado dentro de límites rigurosos y éste pudo vender a los precios del mercado (es decir elevados). Este experimento sólo sirvió para revelar la ineficacia y la confusión del sector estatal y colectivizado. Los intentos realizados entre 1988 y 1991 de introducir formas contables y comerciales “realistas”, aunque manteniendo la totalidad de los principios fundamentales del colectivismo, sólo agravó la situación, sobre todo porque el sistema de distribución continuó siendo primitivo, corrupto y grotescamente ineficaz. Se calculaba que el 40 por ciento de los alimentos nunca llegaba a los consumidores; se pudría en los depósitos y los desvíos ferroviarios, o lo consumían las ratas. Hacia el invierno de 1990-1991 había una auténtica amenaza de hambre en algunas regiones de Rusia y el orgulloso régimen soviético se vio obligado a mendigar la ayuda occidental en alimentos. Se reintrodujo el racionamiento de alimentos, seguido en marzo de 1991 por enormes aumentos de los precios determinados por vía oficial. Un aspecto característico de las realidades soviéticas fue que durante el referéndum celebrado el 16 de marzo de 1991 para determinar si la Unión Soviética debía continuar siendo una unidad, el régimen, con el propósito de alentar una elevada concurrencia, vendió carne y verduras de sus reservas secretas en los lugares de votación; pero incluso estas partidas se habían agotado a la hora del almuerzo.⁶⁹ En la raíz de todas las dificultades soviéticas estaba una teoría basada en el empleo deshonesto de los datos estadísticos, completado por la simple ignorancia. Al parecer, ningún marxista dio nunca opiniones razonables acerca del programa de la agricultura, porque ni Marx ni Lenin tenían verdadero interés en el asunto. El marxismo fue una religión esencialmente urbana.

Los soviets no eran los únicos que exhibían esta imprevisión doctrinaria. Polonia, gran exportador de alimentos durante los años treinta, también se convirtió en importante importador neto, a pesar de que su campesinado no estaba colectivizado, porque el régimen insistió en un sistema socializado de distribución, aunque la situación comenzó a mejorar lentamente durante los años 1989-1991, cuando el comunismo fue reemplazado por un gobierno elegido libremente. Rumania, otro gran exportador durante los años treinta, continuó realizando algunas exportaciones para conseguir divisas fuertes con destino al feroz régimen de Nicolai Ceausescu, pero pudo hacerlo

⁶⁸ Talbot, ed., op. cit., pp 120 y ss., 139-143.

⁶⁹ *Daily Telegraph* y *The Times*, 17 y 18 de marzo de 1991.

sólo imponiendo el hambre a su propio pueblo. A partir de 1985, cuando comenzó a adoptar el sistema de mercado, Hungría elevó lentamente la productividad; así, hacia 1991 de nuevo era un exportador neto. Bulgaria imitó tardíamente el ejemplo, pero Yugoslavia fue otro importador neto de alimentos durante los años ochenta. De esta forma, el conjunto del COMECON, anteriormente un área de inmensos excedentes, se convirtió en una carga para el mundo y a menudo continuó funcionando gracias a las ventas de bajo costo de las montañas de alimentos de la Comunidad Europea, que a su vez eran la consecuencia criticable de un sistema mal concebido de subsidios. Así, un sistema agrícola insatisfactorio permitió que fuese apenas soportable otro, que era un desastre sin atenuantes.

Los efectos de la influencia marxista-colectivista en la agricultura fueron calamitosos prácticamente en todos los países del tercer mundo sometidos a ella. Irak y Siria, países dominados por dictadores militares radicales y que persiguieron el espejismo utópico del gran gobierno y la administración estatal como solución para todos los problemas, convirtieron los excedentes en déficit. Irán fue otro ejemplo. Indonesia, bajo el socialismo de Sukarno, cesó de exportar arroz y sus sucesores exhibieron una eficacia apenas superior. La Birmania socialista también se convirtió en importador neto de arroz. Algunas de las peores manifestaciones pudieron observarse en el África poscolonial, cuyos líderes se embarcaron entusiastamente en experimentos agrícolas socialistas, sobre todo en Ghana, que rápidamente pasó de la condición del territorio africano negro más rico a uno de los más pobres, y en Tanzania, que también se convirtió en importador neto de alimentos, a pesar de que recibió más ayuda exterior *per cápita* que cualquier otro país del mundo. Los problemas de producción de alimentos en África, de origen esencialmente político, se complicaron por las guerras fronterizas y especialmente por las civiles, provocadas por regímenes opresores y por motivos tribales, raciales o religiosos, cuya consecuencia fueron los alzamientos. Esta situación originó el hambre generalizada durante los años ochenta en Mozambique y Chad, para citar sólo dos ejemplos. Durante esta década y el comienzo de la del noventa tuvieron lugar los más inquietantes y difundidos períodos de hambre en Sudán y Etiopía, como resultado parcial de la sequía, pero principalmente a consecuencia de la guerra civil entre el norte y el sur de Sudán, la inquietud interna endémica en Etiopía provocada por su gobierno marxista, que desplazó a enormes masas de campesinos de sus áreas tradicionales de cultivo y pastoreo y bombardeó las aldeas, y las guerras del régimen con sus vecinos, Eritrea y Somalia.

Hacia fines de los años ochenta, incluso los pocos estados del África negra que en los años setenta aparentemente habían tenido éxito después de conquistar la independencia, por ejemplo la Costa de Marfil, Kenia y Malawi, afrontaban crecientes dificultades económicas así como cierta inquietud social. El aprieto en que se encontraba Liberia, el más antiguo de los estados negros (fue fundado en 1822) era lamentable: en 1990 estaba dividido entre tres sanguinarios ejércitos personales, dirigidos por pretendientes rivales a la presidencia, conflicto que se complicó a causa de una presunta “fuerza de mantenimiento de la paz” suministrada por los estados vecinos, que se unió al saqueo general, mientras la población desarmada pasaba hambre. De hecho, muchos de los estados africanos más pobres prácticamente se habían retirado de la economía internacional a comienzos de los noventa, pero había signos de un proceso de autoeducación de las elites gobernantes. Por ejemplo, Mozambique comenzó a dismantelar su economía colectivista en 1988 y a retornar al sistema de mercado, e invitó a volver a las firmas occidentales a las que antes había expulsado. Ese mismo año Sudáfrica concertó un acuerdo de cese del fuego con Angola, que también estaba repudiando su propia estructura colectivista; este proceso a su vez posibilitó la independencia y la celebración de elecciones libres en el ex territorio bajo mandato de África Suroccidental (Namibia), que también eligió un camino contrario al radicalismo.

Sin embargo, el cambio más importante fue en la misma Sudáfrica, que desde principios de 1989 se apartó decisivamente de su peculiar sistema de socialismo étnico, el *apartheid*. Los hechos de Sudáfrica tuvieron especial importancia, no sólo a causa del inmenso interés que concitaron en el mundo exterior sus problemas raciales, sino porque en muchos aspectos Sudáfrica era un microcosmos de los problemas globales que la humanidad afrontaba a principios de los años noventa. No existe sobre la tierra otro país cuyas características y las dificultades que ellas originan

se parezcan más a las del mundo en general. Vale la pena ampliar con cierto detalle este aspecto. A principios de los años noventa, el mundo estaba formado por una minoría blanca, con índices de natalidad bajos, y una mayoría no blanca que, en general, tenía elevadas tasas de natalidad. Lo mismo sucedía en Sudáfrica: en 1989-1990 había unos 5 millones de blancos y 30 millones de no blancos; la relación entre ambos era la misma que se manifestaba en todo el mundo. Los diferenciales sudafricanos de crecimiento demográfico anual oscilaban desde el 0,77 por ciento para los blancos y el 1,64 para los asiáticos, hasta el 1,89 para la gente de color (raza mixta), para alcanzar el 2,39 en el caso de los negros (cifras de 1988), y eran análogos a los del resto del mundo.⁷⁰ También a semejanza del mundo, Sudáfrica, con 11 idiomas principales, no tenía una sola lengua escrita o hablada por la mayoría de sus habitantes. Como el mundo, era la combinación de una economía del primer mundo y otra del tercer mundo. El poder, incluso el de carácter militar, estaba distribuido entre los blancos y los no blancos de un modo semejante al que podía observarse en el resto del planeta. Los coeficientes de ingresos entre los blancos y los no blancos también eran comparables con los del mundo. La rápida urbanización, que aumentó la proporción de la población de todas las razas que habitaban en los pueblos y las ciudades, del 25 por ciento en 1900 a más del 60 por ciento en 1989, también se ajustaba al esquema mundial general y originaba consecuencias similares: el crecimiento de enormes barrios bajos megalopolitanos y los horrorosos índices del delito urbano. Asimismo, como más de 100 países de todo el mundo, Sudáfrica había intentado resolver los problemas originados en estos fenómenos ampliando su sector estatal y adoptando una actitud del tipo “economía de mando”, y de ese modo simplemente los había complicado.

El decaimiento de la economía sudafricana antes vigorosa, como resultado del “gran gobierno” de estilo *apartheid* fue la razón apremiante que indujo a F. W. de Klerk, que asumió la jefatura del Partido Nacionalista Sudafricano dominante el 2 de febrero de 1989, y de presidente del país el 3 de septiembre de ese año. Esto determinó cambios fundamentales en el sistema social, económico y político. De Klerk inició un diálogo con los nacionalistas negros el 8 de julio de 1989, cuando visitó al líder oficioso del Congreso Nacional Africano, Nelson Mandela, en la cárcel en la que estaba sepultado desde hacía veintiséis años, de acuerdo con los términos de la ley antiterrorista. La liberación de Mandela y de muchos otros prisioneros “políticos”, la anulación del estado de emergencia, la legalización de las actividades del Congreso Nacional Africano y otras medidas similares se sucedieron en 1989-1991. Pero uno de los resultados fue el aumento de la violencia entre los negros (principalmente los xhosas), que apoyaban al Congreso, y los negros (principalmente zulúes) pertenecientes al movimiento Inkatha. De Klerk también actuó en el frente social. Algunos aspectos de la estructura legal del *apartheid*; por ejemplo la prohibición de relaciones sexuales entre las razas, habían sido abolidos durante los años ochenta; otros perdieron vigencia bajo la presión de los movimientos demográficos y el cambio económico. En febrero de 1991 de Klerk anunció cambios jurídicos fundamentales que anularon los impedimentos legales de la población no blanca en el área de los movimientos, la residencia y la propiedad de casas y tierras —es decir el núcleo económico del *apartheid*—, dejando únicamente el sistema electoral como la reliquia operativa de la discriminación racial. De Klerk abrigaba la esperanza de negociar alguna forma de división del poder con los líderes negros, pues la comunidad blanca (y muchos no blancos) temían que la adopción del sistema “un hombre un voto” condujera sencillamente a la guerra civil, como en otros lugares de África. También aquí el dilema se reflejaba en el mundo entero. Un gobierno mundial elegido por el sufragio adulto universal pondría a los blancos en la condición de una pequeña minoría permanente, que se reduciría progresivamente más a causa de las tendencias demográficas; ésa era la perspectiva que el sufragio universal prometía también a los blancos sudafricanos.⁷¹

Una de las razones por las que durante los años ochenta los países del tercer mundo, que sin

70 Véase “Demographic Trends”, en *South Africa 1989-1990, Official Yearbook*, Pretoria, Ciudad del Cabo, 1990, pp. 79-90.

71 Con relación a un debate sobre este y otros aspectos de las dificultades de Sudáfrica y su significación global, véase Martin Schneider, ed., *South Africa: the Watershed Years*, Ciudad del Cabo, 1991, especialmente pp. 29 y ss., 42 y ss., 60 y ss., 70 y ss., 136 y ss.

éxito habían intentado organizar economías colectivistas, comenzaron a orientarse hacia la reforma y el mercado fue el manifiesto y creciente éxito de ciertos países de Asia Oriental. Esos estados, entre los que Japón, Hong Kong (colonia de la corona británica), Singapur (ex colonia de la corona británica, con gobierno propio desde 1959 e independiente desde 1965), Taiwán y Corea del Sur, que eran los más importantes, habían comenzado todos el período de la posguerra con elevadas tasas de nacimientos e ingresos inferiores *per cápita* (100 dólares anuales o menos aún en todos los casos, excepto Japón). Todos rechazaron la solución colectivista en la industria y la agricultura. Todos adoptaron el sistema de mercado. Cada uno de esos países ilustró el modo en que la elevación de los ingresos *per cápita* tendió a originar el descenso de la tasa de natalidad, estimulando de ese modo la ulterior creación de riqueza. En 1960 Hong Kong, Singapur, Taiwán y Corea del Sur tenían índices de natalidad que oscilaban entre 36 (Hong Kong) y 42,9 (Corea del Sur) por mil. En los cuatro territorios, el nivel de vida aumentó más rápidamente durante los años sesenta que en cualquier otro país del mundo. Hacia 1971, la tasa de natalidad de Hong Kong estaba por debajo del 20 por mil, la de Singapur casi en ese nivel, y tanto Taiwán como Corea del Sur estaban bajo el nivel del 30 por mil.⁷² Estas tendencias se aceleraron durante los años ochenta. Hacia fines de esta década, el ingreso *per cápita* de Hong Kong, a pesar del enorme flujo de emigrantes pobres de China, según se creía no estaba muy por debajo de los 10.000 dólares anuales; el de Singapur (1987), en 7.464 dólares; el de Taiwán (1987), en 5.075; y el de Corea del Sur (1988), en 3.450 dólares. En resumen, estos países estaban dejando rápidamente de ser Estados del tercer mundo y se convertían en parte del primer mundo. De hecho, durante los años setenta y ochenta el crecimiento de los Estados empresarios del Pacífico fue quizás el aspecto material más alentador de la sociedad humana.

El proceso comenzó en Japón a fines de los años cuarenta. Como en Alemania Occidental en 1948-1949 y en Francia en 1958, el cimiento fue una constitución excelente. Como hemos visto, la constitución de Japón en la preguerra era un desastre y todo su sistema legal era primitivo e inestable. La ocupación, en cuyo régimen Estados Unidos ejerció el poder exclusivo, de hecho conferido a un autócrata, el general MacArthur, fue una verdadera bendición. Pudo representar el papel de déspota ilustrado para imponer a Japón una revolución desde arriba, semejante a la restauración Meiji de la década de 1860, y de este modo lanzó a los japoneses por el camino de la modernidad. La constitución de 1947, elaborada en el cuartel general de MacArthur, no fue un compromiso interno de los partidos, representativo del mínimo común denominador de acuerdo, sino un concepto homogéneo, que incorporó los mejores aspectos de las constituciones británica y norteamericana y (como la de de Gaulle) impuso una inteligente línea media entre el ejecutivo y la legislatura, y entre el poder central y el local.⁷³ Considerada en conjunto con otras leyes de la ocupación, que crearon los sindicatos libres y la prensa libre, y restituyeron el control de la policía (las fuerzas armadas como tales fueron abolidas), la constitución, y la “era norteamericana” que aquella representó lograron destruir el influjo hipnótico que el Estado había ejercido hasta allí sobre el pueblo japonés. La ocupación norteamericana de Japón fue probablemente la realización constructiva más grande de la política exterior norteamericana en todo el período de la posguerra y en realidad tuvo un solo autor.⁷⁴ Como en el caso de la creación británica de un movimiento sindical modelo en Alemania Occidental, determinó la aparición de un poderoso competidor.

Lo que las reformas constitucionales lograron esencialmente fue convencer a los japoneses de que el Estado existía para sus ciudadanos, y no a la inversa. Echaron los cimientos de un nuevo y saludable individualismo al alentar el ascenso, como centro alternativo de fidelidad frente al Estado, de la familia y de la gran cantidad de instituciones japonesas que reflejaban el concepto de familia. Como en Alemania e Italia durante la posguerra, la familia, tanto en su forma biológica como en las formas más extendidas, fue el antídoto natural de la infección totalitaria. A este proceso contribuyó una reforma agraria muy eficaz, que otorgó el dominio de la tierra a 4,7 millones de arrendatarios y elevó la proporción de tierra entregada en propiedad a más del 90 por ciento. La reforma del

⁷² Rostow, *World Economy*, tabla I-15, p. 30.

⁷³ Texto constitutivo en H. Borton, *Japan's Modern Century*, Nueva York, 1955, pp. 490-507.

⁷⁴ Con respecto a una visión general de la ocupación, véase Kazuo Kawai, *Japan's American Interlude*, Chicago, 1960.

gobierno local completó el proceso de crear comunidades locales fuertes, democráticas y propietarias, como en la Europa Occidental democratacristiana.⁷⁵ La independencia del poder judicial y una Suprema Corte de estilo norteamericano defendieron los derechos individuales de propiedad y las libertades civiles a costa del Estado y el conjunto social.⁷⁶ Sobre estos fundamentos se elevó una estructura parlamentaria excepcionalmente estable, dirigida por una alianza liberalconservadora (más tarde denominada Partido Demócrata Liberal), cuyas fracciones internas, creadas a ejemplo de las familias amplias, aportaron flexibilidad y cambio, pero cuya unidad externa brindó a la economía del país un marco empresario libre y consistente. De esta forma, los demócratas liberales suministraron la misma cohesión que en Alemania e Italia y que los independientes gaullistas en la Quinta República francesa. La analogía se extendió aún más. Las purgas de MacArthur en la posguerra permitieron la aparición de un anciano genio político que, como Adenauer, de Gasperi y de Gaulle, habían revistado en la oposición durante el régimen de la posguerra. Yoshida Shigeru era un ex diplomático y, por lo tanto, poseía antecedentes más próximos a las tradiciones anglosajonas de democracia e imperio del derecho. Tenía sesenta y siete años cuando asumió el cargo de primer ministro en 1946 y mantuvo ese puesto con brillante tenacidad durante casi medio año, como dijo un observador “semejante a un veterano *bonsai* [ciruelo], de cierta antigüedad, de cuyas ramas nudosas brotan flores blancas año tras año”.⁷⁷ Impulsó el desarrollo del nuevo sistema desde la adolescencia a la madurez y, cuando se retiró en 1954, el esquema de estabilidad estaba preparado para afrontar no sólo los años cincuenta sino también el siguiente cuarto de siglo y aún más.

Así Japón completó su reconstrucción de la posguerra hacia 1953, es decir, apenas cuatro años después de Alemania; seguidamente inició un período de crecimiento de veinte años, con un promedio del 9,7 anual. Esta cifra representaba casi el doble del índice de las restantes grandes naciones industriales durante el período de la posguerra. La única comparación válida es la que podría hacerse con el crecimiento espectacular de la economía norteamericana durante cuarenta años hasta 1929.⁷⁸ El “milagro” se basaba en el automóvil; la producción de vehículos de pasajeros aumentó durante el intenso período de 1966-1972 con el asombroso ritmo de casi el 29 por ciento anual y la posesión de automóviles japoneses creció anualmente un tercio.⁷⁹ Entre fines de los años cincuenta y el fin de los setenta, la producción japonesa de automóviles aumentó cien veces, sobrepasando los diez millones en 1979, es decir más o menos el total norteamericano, y superándolo decisivamente a principios de los ochenta. De esta producción cerca de la mitad se exportaba. De los automóviles, los japoneses se extendieron prácticamente a toda la gama de artículos de consumo. En 1979 se convirtieron en el principal productor mundial de relojes, con sesenta millones de unidades (los suizos producían cincuenta millones). Desplazaron a Estados Unidos como principal productor de receptores de radio durante los años sesenta y de televisores durante los setenta, la misma década en que aventajaron a Alemania en la producción de cámaras. También durante esta década la producción industrial per cápita japonesa igualó a la de Estados Unidos y en ciertos aspectos importantes Japón se convirtió en la principal potencia industrial del mundo. En 1978 tenía un excedente comercial e industrial de 76.000 millones de dólares, comparado con un déficit industrial y comercial norteamericano de 5.000 millones. Hacia el fin de la década poseía una capacidad de producción de acero tan grande como la norteamericana y casi tan importante como la totalidad de la Comunidad Económica Europea. Durante los años ochenta, en muchos campos Japón superó a Estados Unidos y a los productores europeos también en la calidad, sobre todo en áreas de elevada tecnología como los aviones de reacción, las máquinas herramientas, los robots, los semiconductores, las calculadoras y copiadoras, las computadoras y las

75 R. P. Dore, *Land Reform in Japan*, Oxford, 1959; Kurt Steiner, *Local Government in Japan*, Stanford, 1965.

76 John M. Maki, *Court and Constitution in Japan*, Seattle, 1964.

77 Richard Storry, *The Times Literary Supplement*, 5 de septiembre de 1980, p. 970; véase J. W. Dower, *Empire and Aftermath: Yoshida Shigeru and the Japanese Experience, 1878-1954*, Harvard, 1980.

78 Andra Boltho, *Japan: an Economic Survey*, Oxford, 1975, p. 8, n.; S. Kuznets, *Economic Growth of Nations*, Harvard, 1971, pp. 30-31, 38-40.

79 Rostow, *World Economy*, p. 275.

telecomunicaciones, los sistemas energéticos avanzados, entre ellos el poder nuclear y la coherencia. Hacia 1980 su inversión duplicaba la norteamericana per cápita y en ciertos años durante la década de los ochenta la superó en términos absolutos.⁸⁰

El ritmo de crecimiento económico de Japón disminuyó un poco durante esa década, pero continuó realizando avances espectaculares en el sector financiero. Afrontó con notable aplomo el derrumbe del Mercado de Valores de 1987 y al año siguiente había desplazado al segundo lugar a Estados Unidos y era la principal nación bancaria del mundo. Como durante la década obtuvo consecuentemente el principal excedente comercial, realizó importantes inversiones en la economía norteamericana, por una parte comprando enormes cantidades de bonos del Tesoro norteamericano, lo que permitió que Estados Unidos afrontase un amplio y creciente déficit presupuestario durante ese período, y por otra invirtiendo en empresas norteamericanas o absorbiéndolas, lo que permitió que Estados Unidos incurriese en un elevado y permanente déficit comercial visible. También invirtió mucho en territorios como Australia, fuente de gran parte de sus materias primas, al extremo de que esta antigua colonia política británica corrió peligro de convertirse en una colonia económica japonesa. También realizó grandes inversiones en Gran Bretaña, como medio de eludir las barreras aduaneras de la Comunidad Europea. Esta táctica asumió diferentes formas. Por ejemplo, el 12 de noviembre de 1981 Honda, uno de los principales fabricantes de automóviles de Japón, firmó un acuerdo con la British Leyland, la última de las principales fábricas británicas independientes de automóviles, para crear un producto conjunto durante los años noventa, que implicaría la producción en masa de partes en ambos países. El 8 de septiembre de 1986, para citar otro ejemplo, el importante fabricante japonés Nissan inauguró una nueva planta de producción de automóviles por valor de 430 millones de libras esterlinas cerca de Sunderland, en el norte de Inglaterra, con una capacidad de producción de 100.000 vehículos anuales. Hacia principios de los años noventa los japoneses poseían no sólo lo que era de lejos la principal cartera mundial de inversiones sino un caudal que, por la magnitud y la influencia relativas, podía compararse con la de Gran Bretaña en el período que terminó en 1914. El éxito de Japón y la incapacidad de los productores occidentales para penetrar profundamente en el mercado de ese país originaron acusaciones acerca de las tácticas comerciales impropias, sobre todo en el Congreso norteamericano y en la Comunidad Europea. En ciertos casos, Japón aceptó voluntariamente la aplicación de cuotas a sus exportaciones de manufacturas, y reveló el nerviosismo que el tema le provocaba cuando en marzo de 1991, en una actitud de autolimitación, prohibió que los contratistas japoneses presentaran propuestas para trabajar en la restauración de Kuwait, donde Estados Unidos y Gran Bretaña, que habían afrontado la parte principal en la liberación del país, preveían apoderarse de la parte del león en las actividades de reconstrucción de la posguerra. A esta altura de las cosas, Japón había sobrepasado fácilmente a Rusia en su condición de segunda economía del mundo y continuaba invirtiendo en alta tecnología, equipos nuevos y, lo que no era menos importante, en la educación y la formación. Hacia fines de los años ochenta, el 93 por ciento de los niños japoneses asistía al colegio secundario hasta la edad de los dieciocho años y bastante más de un tercio ingresaba en las universidades, hasta la edad de veintiuno o veintidós años, en alguna de las más de 1.000 universidades e institutos japoneses, en su gran mayoría de carácter privado.

Este milagro no tenía nada de milagroso. Era un caso directo de economía al estilo de Adam Smith, con apenas un toque de keynesianismo. Las razones del éxito eran bastante claras: un elevado porcentaje destinado a la formación de capital fijo, una parte muy pequeña en la inversión improductiva, impuestos moderados, escasos gastos en la defensa y el gobierno, un nivel muy elevado de ahorro personal, canalizado eficazmente hacia la industria mediante el sistema bancario, hábiles importaciones de tecnología extranjera bajo licencia, un muy rápido ritmo de reemplazo de la maquinaria existente, posibilitado por una notable limitación de los salarios, con una productividad muy superior a la retribución. La fuerza de trabajo abundaba gracias a la contracción del sector agrario y a la educación y especialización excepcionales de los mismos trabajadores, porque Japón (y en general los estados asiáticos de economía de mercado) orientaban la expansión

80 Ezra F. Vogel, "The Challenge from Japan", Harvard Conference on US Competitiveness, 25 de abril de 1980.

educacional, como ya se dijo, en relación estrecha con las necesidades industriales y no con las ideologías de las ciencias sociales. Más aún, los estados de Asia Oriental orientados hacia el mercado fueron los únicos que se beneficiaron en lo económico con la revolución de la educación superior de los años sesenta, la misma que en Europa y América del Norte fue un impedimento tan serio. Es cierto que Japón se benefició mucho con las oportunidades representadas primero por la guerra de Corea y después por la de Vietnam. Pero todos los restantes factores fueron obra de su propia iniciativa. El gobierno japonés suministró cierto grado de protección externa y apoyo a las exportaciones; pero su principal aporte fue crear un marco de intensa competencia interna, según el modelo de Adam Smith y una atmósfera de benevolencia hacia las empresas.⁸¹

Lo que fue específico de Japón, y quizá su contribución más fecunda al mundo moderno, fue el modo en que las empresas aplicaron el principio antropomórfico a la nueva tendencia antiolecionista y favorable a la familia para organizar el proceso social y de ese modo limitar la influencia destructiva de la guerra de clases. Los sindicatos de ningún modo estuvieron inactivos en Japón: de hecho, había 34.000 hacia 1949.⁸² Tampoco carecían de eficacia. La negociación en la fábrica y las mejoras en la productividad, con la presión originada en los compañeros de trabajo más que en la administración determinaron que los índices salariales japoneses aumentaran más en términos reales que los de otros países industriales importantes durante los años setenta y ochenta, con más elevado nivel de seguridad en el empleo y mínima desocupación, un promedio de 2,6 por ciento hacia fines de los ochenta. Lo que tiene la misma importancia, hacia los setenta Japón había alcanzado un nivel de mayor igualdad en la distribución del ingreso que cualquier otra de las economías industriales; con la posible excepción de las economías escandinavas, había avanzado más que otras economías de mercado hacia la eliminación de la pobreza absoluta.⁸³ Pero la mayoría de las empresas japonesas complementaban los esfuerzos de los sindicatos envolviendo al trabajador en una protección familiar que incluía la vivienda, las comidas, la atención médica, la orientación ética, el deporte y las vacaciones. El antropomorfismo se extendía al producto e incluso a las costumbres. Por ejemplo, en las fábricas Kubota, que producían hierro y máquinas, se enseñaba a los trabajadores a ver en sus máquinas madres y padres, que engendraban hijos e hijas —los productos acabados de la empresa—, y éstos después “se casaban” con los clientes y los vendedores eran los casamenteros. Después, los concesionarios de Kubota suministraban los “cuidados posnatales”, a satisfacción tanto de la “esposa” como del “esposo”. En el producto principal de la compañía, un arado mecánico, la envoltura de la máquina era el cuerpo y el motor era el corazón. Los visitantes de la fábrica eran “parientes o amigos de la familia”. Los trabajadores organizaban “comités de perfeccionamiento”, de acentuado espíritu crítico, que promovían la productividad y las ventas; componían y caligrafiaban estandartes exhortativos y recibían gran cantidad de cifras de producción e inversión que aportaban material a la reflexión. También contribuían con entusiastas poemas a la revista de la fábrica.⁸⁴ El tipo de propaganda para la producción colectivizada, que fracasó tan notablemente en Rusia soviética e incluso en China, donde se lo aplicó con habilidad mucho mayor, fue eficaz en el contexto no totalitario de Japón, donde se le confirió una escala humana, un impulso voluntario, una imaginería familiar y, lo que no es menos importante, se percibió que producía beneficios inmediatos y sustanciales en el consumo personal.

La enorme y constante expansión de la economía japonesa representó un papel decisivo en la creación de un ambiente mercantil dinámico en toda el área del Pacífico. Actuó como estímulo directo y por vía de ejemplo. El caso más sorprendente fue Corea del Sur. Un equipo del Banco Mundial informó en 1977: “El constante y elevado índice de expansión de los ingresos a lo largo de quince años ha transformado a Corea de uno de los países en desarrollo más pobres, que dependía gravemente de la agricultura y con una débil balanza de pagos, en una nación semiindustrializada

81 J. A. A. Stockwin, *Japan: Divided Politics in a Growth Economy*, Londres, 1975, pp. I-3.

82 Beasley, op. cit., p. 286.

83 Boltho, op. cit., pp. 167-168.

84 James Kirkup, *Heaven, Hell and Hara-Kiri*, Londres, 1974, pp 248-252.

de ingresos medios, con una posición externa de pagos cada vez más sólida”.⁸⁵ El progreso de Taiwán siguió el mismo curso. En 1949, cuando se impuso el régimen totalmente desacreditado del Kuomintang, la economía era esencialmente preindustrial. La transformación, como en el caso de Japón, comenzó con una reforma agraria de mucho éxito, seguida por el rápido aumento de los ingresos del agricultor, lo que creó un mercado local para las nuevas fábricas. Más del 90 por ciento de la tierra agrícola pasó a manos de los campesinos que la trabajaban. Se dictaron y aplicaron leyes contra las huelgas. Se crearon zonas fabriles libres de impuestos. A veces, durante los años setenta y ochenta, las exportaciones llegaron a constituir el 90 por ciento del PBN, la proporción más elevada del mundo, y los índices de crecimiento en ocasiones llegaron al nivel del 12 por ciento. De esta forma, además de una sólida base agrícola se creó una compleja economía industrial, centrada en los astilleros, los textiles, la petroquímica y el equipo electrónico.⁸⁶ El progreso de Hong Kong fue en ciertos aspectos aún más impresionante, pues tuvo que absorber alrededor de cinco millones de refugiados de China continental, más o menos cinco veces el número de palestinos que todo el mundo árabe no pudo reubicar. También aquí, como en Taiwán y Japón, la estabilidad del gobierno, aportada por el gobernador colonial, con el asesoramiento de un consejo legislativo local, y la consecuencia de la política económica durante más de cuarenta años, creó el ambiente hospitalario ideal para los negocios.

Después de cierta inestabilidad en la década que siguió a 1945, Singapur al fin encontró un marco gubernamental sólido en 1959, con el Partido de Acción Popular de Lee Kuan Yew, que comenzó como un movimiento socialista pero que pronto se convirtió en apasionado y magistral instrumento del mercado. Como dijo Lee después de dos décadas de eficaz creación de riquezas: “La cuestión era cómo ganarse la vida [...] un problema de vida o muerte para dos millones de personas [...] Cómo se lo lograría, si mediante el socialismo o la libre empresa, era secundario. La solución resultó la libre empresa, atemperada por la filosofía socialista de las oportunidades ideales en la educación, los empleos, la salud y la vivienda”.⁸⁷ Durante los años ochenta los medios de difusión occidentales a menudo acusaron a Lee de autoritarismo, de presionar a los tribunales y los periódicos locales, y de intimidar a la oposición, que era minúscula. Por otra parte, durante su gobierno de más de treinta años, pues pasó a un semirretiro en 1991, conquistó cierto derecho a que se lo considerase el de más éxito de todos los estadistas de la posguerra, en vista de los beneficios materiales que obtuvo para su país y su pueblo.

Singapur se destacó por el hecho de que no poseía ningún recurso natural, fuera de su posición geográfica. Japón, Corea y Taiwán (pero no Hong Kong) tenían tierras agrícolas más o menos aptas; por lo demás, ninguno de los estados empresarios comenzó su marcha ascendente con la más mínima ventaja física, salvo la de una fuerza de trabajo potencialmente eficaz. Como señalé en mi informe: “El éxito es imputable casi totalmente a las medidas apropiadas y a la capacidad del pueblo, y casi nada a las circunstancias favorables o a un buen comienzo”.⁸⁸ El modo en que estas economías de mercado florecieron a partir de los años setenta alentó a los vecinos mejor provistos del Pacífico a pasar a las condiciones de mercado libre tanto en la agricultura como en el mundo de las empresas. El crecimiento de Tailandia se aceleró rápidamente después que ese país estableció un gobierno estable favorable al mercado (1958) y realizó el “despegue económico” durante los años sesenta, con tasas de crecimiento en una ocasión del 9 por ciento anual. Fue uno de los pocos países del tercer mundo que consiguió mantener su posición de exportador de productos agrícolas, elevando la productividad un 15 por ciento anual y ampliando la extensión cultivada.⁸⁹ Durante los años ochenta su ingreso per cápita se elevó a 810 dólares (1986), más de cuatro veces el nivel alcanzado por Birmania, en otros tiempos un país más rico, pero ahora y desde hacía mucho tiempo

85 Citado por Frank Gibney, “The Ripple Effect in Korea”, *Foreign Affairs*, octubre de 1977.

86 Véase, para el espectacular progreso de Taiwán en las décadas de 1960 y 1970, la entrega especial de *Wilson Review*, otoño de 1979.

87 Citado por Sampson, *The Moneylenders*, pp. 183-184.

88 I. M. D. Little, “The experience and causes of rapid labour intensive development in Korea, Taiwan, Hong Kong and Singapore, and the possibilities of emulation”, *ILO Working Paper*, Bangkok, 1979.

89 Rostow, *World Economy*, pp. 548-551.

socialista que estaba en los 200 dólares (1986). Entre los años setenta y ochenta Malasia también se desarrolló bien, gracias en parte a los buenos recursos naturales, pero sobre todo debido a la estabilidad política y el realismo económico; consiguió elevarse a la categoría de ingresos medios, con 1.850 dólares per cápita en 1986. Indonesia, una de las naciones más provistas de recursos naturales en el mundo, comenzó a recuperarse de un desastroso comienzo bajo el régimen Sukarno; incluso Filipinas, agobiada por los choques entre musulmanes y católicos, el saqueo del monstruoso régimen de Marcos y por la insurgencia, realizó algunos progresos, alcanzando un ingreso per cápita de 614 dólares hacia 1986.

Por lo tanto, durante el cuarto de siglo de 1965 a 1990 el Pacífico, desafiando la tiranía de las grandes distancias, se convirtió en la principal área mundial de desarrollo comercial, gracias a la economía de mercado. Las ex colonias del Pacífico, como Fidji y Nueva Caledonia, pasaron a tener ingresos de 1.000 dólares anuales per cápita. La minúscula isla de Nauru, abundante en fosfatos, no sólo era la república más pequeña del mundo, con una población de unas 4.000 personas, sino que se convirtió “acre por acre y cuerpo por cuerpo” en una de las naciones más ricas del mundo, con ingresos medios de 9.091 dólares en 1985.90 Hubo un renacimiento del espíritu del mercado libre en el borde oriental del Pacífico. El caso más interesante fue Chile. A mediados de los años sesenta, Chile, un estado democratacristiano bajo la conducción del presidente Eduardo Frei, a juicio de Estados Unidos era la esperanza más promisorio, lo mismo que Venezuela con Rómulo Betancourt, de la Alianza para el Progreso de Kennedy. Pero Chile soportaba una inflación crónica: alrededor del 20 por ciento anual a fines de los años cincuenta, el 26,6 en 1968, el 32,5 por ciento en 1970. La causa exclusiva era prácticamente el exceso de gastos oficiales y la emisión de moneda. En las elecciones de 1970 el socialista reformista Salvador Allende, en su cuarto intento al fin conquistó la presidencia frente a la división del voto antisocialista, que de todos modos combinado obtuvo el 62 por ciento de los votos contra el 36,2 de Allende. El nuevo presidente no tenía absolutamente ningún mandato y, de acuerdo con el principio de Thomas Jefferson que afirma que las grandes innovaciones no deben basarse en pequeñas mayorías, hubiera debido concentrar sus esfuerzos en la buena administración.

Pero Allende era un hombre débil y quienes lo apoyaban estaban divididos; en parte eran revolucionarios que pronto escaparon del control del presidente. Mientras él iniciaba un programa de nacionalización en gran escala, que aisló a Chile de la comunidad comercial mundial, los militantes de su ala izquierda no estaban dispuestos a aceptar las restricciones del constitucionalismo. Promovieron el “poder popular”, formado por los consejos campesinos que se apoderaron de la tierra en el campo y por las asambleas obreras que ocuparon las fábricas.⁹¹ La estrategia fue leninista —“La tarea del momento”, dijo el Partido Socialista, “es destruir el Parlamento”— pero la verdadera analogía es la que puede establecerse con España en 1936, donde las divisiones de la izquierda y la derivación hacia la violencia provocaron la Guerra Civil. Allende quedó atrapado entre los dos brazos de una tenaza, en la que sus revolucionarios eran uno de los brazos, mientras que el otro estaba formado por una clase media cada vez más irritada. El ejército, al principio renuente a intervenir, se politizaba gradualmente en vista del derrumbe del orden.

Cuando Allende asumió el poder, en enero de 1971, la inflación había descendido a alrededor del 23 por ciento. En el lapso de unos meses se convirtió en hiperinflación. En 1972 se elevaba al 163 por ciento. En el verano de 1973 alcanzó el 190 por ciento, de lejos el índice más elevado del mundo.⁹² Esto sucedió antes de que se cuadruplicaran los precios del petróleo: la inflación de Allende fue obra enteramente suya. En noviembre de 1971 Chile declaró una moratoria unilateral

90 Véase David Nevin, *The American Touch in Micronesia*, Nueva York, 1977; *Chronicle of the Year 1989*, Londres, 1990, p. 117.

91 Stefan de Vylder, *Allende's Chile: the political economy of the rise and fall of the Unidad Popular*, Cambridge, Massachussets, 1976; Brian Loveman, *Struggle in the Countryside: politics and rural labour in Chile, 1919-1973*, Indiana, 1976.

92 Ian Roxborough et al., *Chile: the State and Revolution*, Londres, 1977, pp. 146-147. Allende me había dicho, ya en 1960, que él no tenía oportunidad de ganar una elección salvo que la “derecha” se fracturara, probablemente como resultado de una alta inflación y una rebelión de la clase media.

de sus deudas externas, es decir, entró en quiebra. Los bancos cortaron el crédito y el capital huyó; como el caos reinaba en las explotaciones agrícolas, que producían poco, y las fábricas estaban ocupadas y producían aún menos, desaparecieron las exportaciones, aumentaron las importaciones y éstas finalmente también desaparecieron cuando se acabó el dinero. Las tiendas se vaciaron. La clase media comenzó a apelar a la huelga. Los trabajadores, que comprobaron que sus salarios habían descendido en términos reales, también lucharon. La estructura oficial de precios llegó a ser irracional y después careció de sentido porque se impuso el mercado negro. La izquierda comenzó a contrabandear armas en julio de 1971 e inició graves actos de violencia política en mayo del año siguiente. En realidad, tenía más armas (alrededor de 30.000) que el ejército, que contaba sólo con 26.000 hombres, más 25.000 policías armados.⁹³ Allende vaciló entre ordenar a la policía que combatiese a la extrema izquierda o acusar al ejército de urdir un golpe; pero también apoyó un plan destinado a armar a las guerrillas izquierdistas y el 4 de septiembre de 1973 permitió una demostración de 750.000 personas en el aniversario de las elecciones. Una semana después el hombre que él mismo había designado, el general Augusto Pinochet, dirigió un golpe conjunto de las tres fuerzas armadas. El constitucionalismo y la estabilidad, juzgados según las normas latinoamericanas, tenía excepcionales antecedentes positivos en Chile. El golpe de ningún modo fue incruento. Allende fue asesinado o se suicidó, y el recuento oficial de cadáveres en la morgue de Santiago alcanzó la cifra de 2.796.⁹⁴ La mayoría de la resistencia provino de los refugiados políticos que no eran chilenos, de los que había 13.000 en Santiago. Que los trabajadores se abstuviesen de ocupar las fábricas o que los campesinos no se apoderaran de la tierra, e incluso que las “bandas revolucionarias armadas” no luchasen seriamente, sugiere que la extrema izquierda suscitaba escaso entusiasmo.

La oposición a Pinochet, aunque ruidosa, provino principalmente del exterior, por lo menos al comienzo de su dominio. Fue orquestada astutamente desde Moscú, aunque en realidad Rusia soviética se había negado rotundamente a apoyar a Allende con créditos, ya que para ella era más útil muerto que vivo.⁹⁵ Aunque la crítica extranjera concentró la atención en el aspecto represivo del régimen militar de Pinochet, la cuestión más importante fue la decisión de contener el crecimiento del sector público, un proceso que Allende había acelerado, y de abrir la economía a las fuerzas del mercado según las pautas de las restantes economías del Pacífico. Era notable que prácticamente todos los estados empresarios del Pacífico, excepto Japón, fueran acusados en diferentes períodos de imponer regímenes represivos. Pero el grado en que el Estado era representativo y había sido elegido era sólo una cuestión; la misma importancia tenía la extensión de la vida nacional que él controlaba. Por eso, puesto que vivía en un estado minimalista de *laissez-faire*, el doctor Samuel Johnson pudo afirmar con convicción: “No me importa ni media guinea vivir bajo una forma de gobierno más que bajo otra. Eso carece de importancia para la felicidad de un individuo”.⁹⁶

Por definición, la economía de mercado implicaba que el Estado se retiraba de un sector enorme de la decisión, que quedaba a cargo del individuo. La libertad económica y política estaban vinculadas inseparablemente. La libertad de mercado inevitablemente llevaba a la erosión de las restricciones políticas: ésa fue la lección de Tailandia, de Taiwán y de Corea del Sur.

La lección podía aplicarse igualmente a Chile. El desastre de 1973 originó una quiebra política y económica total. La reconstrucción de la economía tuvo que iniciarse sobre el trasfondo de la crisis mundial. El mérito del régimen fue que pudo modificar el curso de una inflación provocada por el gobierno que había persistido muchas décadas y que se había convertido en parte de la estructura de la economía chilena.⁹⁷ Este proceso fue doloroso e impopular, y originó inicialmente disminuciones del PBN y elevada desocupación; pero permitió reflotar la economía sobre la base del mercado, con

⁹³ *Ibid.*, p. 226.

⁹⁴ *Newsweek*, 8 de octubre de 1973.

⁹⁵ Joseph L. Noguee y John W. Sloan, “Allende’s Chile and the Soviet Union”, en *Journal of International Studies and World Affairs*, agosto de 1979.

⁹⁶ James Boswell, *Life of Johnson*, II, Londres 1934, p. 170.

⁹⁷ W. Baer e I. Kerstenetsky, eds., *Inflation and Growth in Latin America*, Homewood, Illinois, 1964.

la ayuda de préstamos del FMI. A fines de los años setenta, con la inflación al fin controlada, se reanudó el crecimiento y a principios de 1980 el Banco Mundial pudo informar: “En circunstancias extraordinariamente desfavorables, las autoridades chilenas han promovido un giro económico sin precedentes en la historia de Chile”.⁹⁸ La mejoría económica explicó por qué el 11 de septiembre de 1980 un referendo demostró que el 69,14 de los chilenos que votaron apoyaron una prolongación de ocho años del gobierno de Pinochet. Sin embargo, a medida que avanzó la década de los ochenta, la libertad económica determinó demandas cada vez más enérgicas en favor de la libertad política. Pinochet no se mostró dispuesto a acceder. En junio de 1983 hubo disturbios nacionales contra el régimen; dos meses más tarde el gobierno reconoció que en las manifestaciones habían sido asesinadas 17 personas. Las víctimas de la Dina, policía política de Pinochet, eran muchísimo más numerosas. Un informe oficial, redactado después de la restauración de la democracia, calculó que durante los 16 años del gobierno de Pinochet, de 1973 a 1989, 1.068 personas habían sido asesinadas por la Dina o por personas que trabajaban para esta policía y que otras 956 habían “desaparecido”.⁹⁹ Pero la Dina no impidió que los chilenos se atuviesen a la lógica de una economía libre y que insistieran en el retorno a los derechos electorales plenos. Pinochet tuvo que celebrar otro referendo acerca de su presidencia y el 14 de diciembre de 1989 Patricio Aylwin, candidato de la oposición democrática, conquistó la elección presidencial con un 52,4 por ciento de los votos, con lo que puso fin a la dictadura, aunque Pinochet continuó siendo comandante del ejército. Aylwin no sólo encargó el informe acerca de las atrocidades del régimen sino que creó una fundación permanente, en marzo de 1991, para investigar caso por caso el destino de las víctimas; pero tuvo cuidado de continuar en general el programa económico controlado del régimen.

El éxito de las economías de libre empresa del Pacífico sin duda contribuyó a reavivar la confianza en el sistema de mercado tanto en América del Norte como en Europa. Como hemos visto, los años setenta fueron una década desorientadora para el capitalismo. Se puso de moda en la intelectualidad, incluso entre muchos economistas, hablar del “crecimiento cero” del “capitalismo tardío” y también del “poscapitalismo”, como si el sistema que había creado, por primera vez en la historia, lo que incluso sus antagonistas denominaban la “sociedad afluyente”, ahora estuviese moribundo. La forma de gobierno que concitaba más aprobación en Occidente era la llamada “sociedad mixta”, en la que el sector oficial absorbía entre el 40 y el 60 por ciento del PBN, administraba los servicios de bienestar en escala cada vez más elevada y reservaba el papel concreto de creación de la riqueza al sector privado que administraba aproximadamente la mitad de la economía. Sin embargo, el carácter insatisfactorio de esta fórmula euroamericana se reflejaba en los bajos índices de crecimiento, en el fenómeno denominado “estanflación”, que caracterizó a la mayoría de esas economías a medida que avanzó la década, y en la evidencia de una amplia insatisfacción popular reflejada en el creciente número de huelgas. Hacia el fin de la década, cuando los artículos de elevada calidad y bajo precio de los japoneses (y los surcoreanos y los taiwaneses) comenzaron a penetrar cada vez más en los mercados occidentales, se manifestó una creciente demanda de cambios que aportaran la eficiencia de estilo japones.

El año decisivo fue 1979 y el campo de batalla fue Gran Bretaña. Después de una serie sin precedentes de huelgas, sobre todo en el sector público, en un período denominado “el invierno del descontento” por los medios de difusión, Margaret Thatcher, la primera mujer que se convirtió en líder de un partido político británico (en 1975), fue también la primera mujer que ocupó el cargo de primer ministro el 4 de mayo de 1979, después de obtener para los conservadores una victoria electoral de 43 bancas. La señora Thatcher, llamada poco después por el régimen de Brezhnev “la dama de hierro”, un título que la satisfacía mucho, afirmó que ella era una política de “convicciones”, en contraposición a una figura política basada en el consenso. De hecho rep. Dio gran parte de la política conservadora de la posguerra y especialmente el acuerdo tácito de los conservadores con el Partido Laborista por el que áreas enteras de la vida pública británica, incluso el estado de bienestar y el sector nacionalizado, eran sacrosantas. Su primera tarea fue limitar el

⁹⁸ Citado en Sampson, *The Moneylenders*, p. 303.

⁹⁹ *Daily Telegraph*, 6 de marzo de 1991.

poder legal de los sindicatos que, como hemos visto, había aumentado constantemente desde 1945. Un intento anterior de reforma realizado por el gobierno conservador en 1971, una norma global y ultracompleja, la ley de Relaciones Obreras, había demostrado que era inviable y pronto fue desechada por el gabinete laborista que asumió en 1974. El gobierno de la señora Thatcher aprendió la lección y abordó el problema por etapas, sancionando un total de cinco leyes diferentes, dictadas en el curso de tres parlamentos; de ese modo puso fin a una serie completa de privilegios legales especiales de los sindicatos, determinó que muchas huelgas y formas de piquetes fuesen ilegales e impuso severos castigos financieros a los sindicatos que infringían la ley. La señora Thatcher también puso en claro que la policía contaría con el respaldo total de su gobierno, al reprimir los piquetes “masivos”, “volantes” y “secundarios”, que prácticamente habían determinado durante los años setenta la imposibilidad de que los patrones se opusieran a las demandas de los huelguistas y, por lo tanto, habían infligido grave daño al sector privado y público.

Pronto se puso a prueba la nueva política. Los sindicatos habían destruido eficazmente a los gobiernos de Harold Wilson en 1968-1970, Edward Heath en 1974 y James Callaghan en 1979. El Sindicato Nacional de Mineros, que aplicaba las tácticas agresivas creadas por Arthur Scargill, líder de los mineros de Yorkshire y que se convirtió en presidente de la Unión en 1981, había representado un papel importante en estas victorias, que amenazaban convertir al sindicalismo, más que a la democracia parlamentaria, en la fuerza gobernante de Gran Bretaña, por lo menos en un sentido negativo. La industria británica del carbón había pasado a propiedad pública en 1946, precisamente para promover la paz social en las minas. Pero la Unión Nacional de Mineros siempre había tratado a la Junta Nacional del Carbón como si ésta hubiera sido una entidad tan codiciosa y antisocial como el peor de los propietarios de minas, y de ese modo había frustrado el propósito fundamental de la nacionalización. El 6 de marzo de 1984 la Junta Nacional del Carbón, que ya había perdido más de 100 millones de libras esterlinas anuales, anunció la clausura de veinte explotaciones antieconómicas. Scargill había fracasado dos veces en su intento de promover una huelga general de mineros, la que, de acuerdo con las normas del sindicato, exigía la mayoría del 55 por ciento en una votación nacional en la boca de la mina. En esta ocasión, Scargill eludió los procedimientos reglamentarios. Como dijo su vicepresidente Mick McGaghey: “No se nos impedirá la huelga por razones reglamentarias. Decidirá un área tras otra y se producirá un efecto dominó”.¹⁰⁰ De modo que la decisión de ir a la huelga no fue adoptada por los miembros del sindicato sino por los delegados más militantes; la huelga comenzó el 10 de marzo; una conferencia especial de delegados el 20 de abril rechazó por 69 contra 54 el reclamo de que se procediese a una elección nacional. El hecho de que se convocara a la huelga con métodos antidemocráticos y antirreglamentarios fue un punto sólido en favor de la actitud de resistencia del gobierno. Harold Macmillan había dicho cierta vez: “En Gran Bretaña hay tres instituciones tan poderosas que ningún gobierno debe agredirlas: la Brigada de Guardias, la Iglesia Católica Romana y la Unión Nacional de Mineros”. Margaret Thatcher se sintió alentada a desafiar esta fórmula por la actitud de los mineros de Nottinghamshire, a quienes molestó la táctica de Scargill; se opusieron a la huelga en una votación en que la proporción fue de cuatro contra uno, mantuvieron abiertas sus minas, a pesar de los considerables actos de intimidación, y más tarde formaron otro sindicato, con lo que dividieron irreparablemente a la Unión; el 7 de agosto de 1985 se beneficiaron con una resolución del Tribunal Supremo y así, cuatro meses después, la nueva Unión de Mineros Democráticos pudo alcanzar la jerarquía legal como sindicato.

La huelga de Scargill en 1984-1985 merece un examen más o menos detallado porque fue un intento de destruir al gobierno elegido democráticamente y su fracaso fue un hecho trascendente en la historia obrera británica. Fue derrotada mediante la combinación de la actividad de los tribunales, que aplicaron las nuevas reformas que regían las actividades sindicales, y la coordinación eficaz de las diferentes fuerzas policiales locales de Gran Bretaña. Hacia mediados de abril de 1984, los hombres de Scargill habían clausurado 131 de las 174 minas y se proponían “piquetear” el resto, utilizando los métodos intimidatorios que habían aplicado tan eficazmente durante los años setenta.

100 *Annual Review 1984*, Londres, 1985, p. 8.

Pero esta vez la policía estaba dispuesta a impedirlo con el apoyo de la ley. El 22 de octubre obtuvo un fallo del tribunal superior que concedía a la policía el derecho de detener a los ómnibus que transportaban militantes mineros a las áreas de perturbación, con el propósito de amenazar la paz. Mediante el control policial y la vigilancia de grandes contingentes a la entrada de las minas, la policía consiguió que los mineros deseosos de trabajar llegaran a sus puestos, aunque algunos fueron perseguidos en sus propios domicilios. Así fracasó el objetivo fundamental de Scargill, que era clausurar todos los pozos. La huelga fue sumamente costosa: sumó 2.750 millones de libras esterlinas a las erogaciones oficiales, 1.850 millones a las pérdidas de la Junta Nacional del Carbón; costó 300 millones a la British Steel, 250 millones a la British Rail y 2.200 millones a la industria productora de electricidad.¹⁰¹ También fue muy violenta y costó cinco vidas; el 16 de mayo de 1985 dos mineros de Gales del Sur fueron declarados culpables de asesinar a un taxista que llevaba rompehuelgas al trabajo, aunque en la apelación se redujo el cargo a homicidio. Por ejemplo, entre marzo y fines de noviembre de 1984, se acusó de diferentes delitos a 7.100 huelguistas y, en definitiva, se ventiló un total de 3.483 casos, con 2.740 condenas; el costo de la actividad policial por sí solo se elevó a 300 millones de libras esterlinas.

Sin embargo, como el gobierno estaba decidido a resistir, poco a poco se manifestó la inutilidad de la huelga. Sin hacer caso de las lecciones de los años veinte, Scargill había desencadenado su ofensiva en primavera, el momento menos oportuno del año. La Junta Nacional del Carbón y sus consumidores habían previsto mucho antes la crisis y habían creado enormes existencias. En consecuencia, no fue necesario reducir el suministro de energía durante el invierno de 1984-1985, y el 8 de enero de 1985, el día de mayor consumo de electricidad jamás observado en Gran Bretaña, pasó sin dificultades. Los fondos de huelga de Scargill se vieron aumentados por enormes subsidios suministrados por el gobierno libio de Gaddafi, un hecho negado por la Unión Nacional de Mineros en ese momento, pero más tarde comprobado sin ninguna duda por el *Daily Mirror* en 1990. A pesar de todo, los mineros comenzaron a retornar al trabajo; hacia fines de febrero de 1985, más de la mitad de los 170.000 trabajadores de la Junta había vuelto a sus puestos. El 5 de marzo una conferencia nacional de delegados de los mineros aprobó lo que en realidad era la rendición incondicional. Las multas aplicadas por los tribunales ya habían costado 1,4 millones de libras esterlinas al sindicato y se procedió a la confiscación de sus fondos. Se despidió a unos 700 huelguistas por “grave inconducta obrera” y se eliminó a 30.000, 10.000 más que la cifra planeada antes de la huelga. Más aún, con la creación del sindicato divisionista, la misma Unión, en otra época el sindicato más importante de Europa, pronto quedó reducida a sólo 80.000 miembros; después de ser uno de los más ricos de Gran Bretaña, pasó a revistar entre los más pobres.

Fue quizá la huelga importante de menos éxito en la historia británica, aunque por imperio de uno de los axiomas fundamentales del sindicalismo británico —la estabilidad en el empleo de los dirigentes Scargill continuó en su cargo, si bien persistieron ciertos ecos de la disputa. En 1990 se lo acusó de utilizar fondos de origen libio para posibilitar la compra de una nueva casa, lujosa según el nivel de los mineros, y se afirmó que “Scargill comenzó con un sindicato grande una casa pequeña, y terminó con una casa grande y un sindicato pequeño”. La señora Thatcher consideró con razón la derrota de la Unión como el contraste más importante del sindicalismo militante desde la huelga general de 1926 y se regocijó el 6 de abril de 1985 porque ella había “eliminado” a lo que denominaba “el enemigo interno”. Dos días después agregó: “A pesar de la cruel intimidación, los mineros insistieron en su derecho a continuar trabajando y comprobaron que tenían un empleador y un gobierno dispuestos a apoyarlos. Espero y creo que la lección no pasará inadvertida para otros”.¹⁰²

No pasó inadvertida. Quizás el grupo de trabajadores más sólidamente atrincherados de la industria británica eran los impresores, formado principalmente por las asociaciones gráficas nacionales (composición) y la Sociedad de Trabajadores Gráficos y Afines, o SOGAT, que incluía a otros trabajadores manuales de la industria. Sobre todo en el área de Londres, tenían un rígido

101 *Annual Review 1985*, Londres 1986, pp. 8-9.

102 Declaración de la Cámara de los Comunes, 8 de abril de 1985.

sistema de taller cerrado (o sindicalizado) basado en duras condiciones de ingreso y financiado por algunos de los salarios más altos del país. El exceso de personal y las prácticas restrictivas, conocidas en el oficio como las “antiguas costumbres españolas”, eran especialmente costosas, incluso según las normas de la industria británica. Más aún, durante los años setenta y a comienzos de los ochenta la paralización del trabajo, que conllevaba la imposibilidad de publicar los periódicos nacionales, estaba siendo cada vez más frecuente; se manifestaba una tendencia todavía más inquietante de los que trabajaban en la composición a censurar el texto, las noticias y los comentarios con los que no coincidían. En 1983 una huelga determinó la suspensión del *Financial Times* del 1 de junio al 8 de agosto y de todos los periódicos nacionales del 25 al 27 de noviembre; dos de ellos no aparecieron hasta el 30 de noviembre.

Al mes siguiente los sindicatos gráficos sufrieron su primera derrota grave al amparo de la nueva legislación sindical, cuando el 9 de diciembre de 1983 se aplicó a la Asociación Gráfica Nacional la enorme suma de 525.000 libras esterlinas por desacato, al rehusarse a obedecer una orden del tribunal, más 150.000 libras esterlinas por desacatos anteriores. Los trabajadores habían tratado de impedir la aparición de un nuevo diario, *Today*, fundado por Eddy Shah, un individuo de origen asiático, y producido por personal y con métodos ajenos a las convenciones tradicionales de la industria. De modo que *Today* continuó apareciendo y el hecho no pasó inadvertido para Rupert Murdoch, el principal y más dinámico propietario de diarios británicos y editor del *Times*, el *Sunday Times*, el *Netos of the World* y el *Sun*, con una circulación en total de unos 11 millones de ejemplares. Después de construir en secreto (1984-1986) una planta impresora de elevada tecnología en Wapping, con las últimas novedades en la composición y diagramación electrónica, Murdoch respondió a un paro de la Asociación Gráfica y el SOGAT en la zona tradicional de Fleet Street, donde se imprimía su periódico, despidiendo a toda la fuerza laboral el 24 de enero de 1984 y trasladando sus diarios a Wapping. Allí ya había concertado arreglos con el Sindicato de la Electricidad, Electrónica, Telecomunicaciones y Plomería, que tenía una actitud independiente, con el fin de que los afiliados a esta organización manejaran la nueva maquinaria. Otra vez los sindicatos trataron de apelar a la fuerza y Wapping fue a menudo escenario de enconados combates. Pero Murdoch había construido la planta teniendo en vista un asedio y no por nada llegó a conocerse por el nombre de “fortaleza Wapping”. Nuevamente la combinación de fallos judiciales, que aplicaron la nueva legislación, y la intervención eficaz de la policía garantizaron la derrota de la fuerza. La victoria de Wapping y el derrumbe siguiente del poder de los sindicatos gráficos liquidó la censura oficiosa de la prensa en Gran Bretaña, revitalizó una industria debilitada, determinó que los periódicos nacionales volvieran a dar ganancias y de esta forma permitió que órganos nuevos, por ejemplo el *Independent* (1986) tuviesen éxito. Pero también, en combinación con la derrota de la huelga de los mineros, liquidó eficazmente la amenaza sindical al sistema constitucional y político británico. Fue el preludio de una nueva era de paz en la industria británica, de modo que durante los años 1987 a 1990 el número de días de trabajo perdidos a causa de las huelgas descendió al nivel más bajo en más de medio siglo y pareció que se había curado la “enfermedad inglesa”.

La declinación de las prácticas sindicales restrictivas y del exceso de personal en muchos sectores determinó en Gran Bretaña un aumento de la productividad que, en varios años de la década, fue la más elevada de Europa; durante gran parte de los años ochenta la economía británica se expandió rápidamente. Por ejemplo, a mediados de 1988 todavía estaba creciendo según el índice del cuatro por ciento después de siete años de expansión constante, un resultado único en un período de la posguerra.¹⁰³ Sin embargo, lo que impresionó especialmente a los extranjeros en el desempeño del gobierno de Thatcher fue el éxito que tuvo en la reducción del sector oficial, mediante el proceso denominado “privatización”. Este proceso tuvo dos aspectos. El primero fue la transferencia de industrias nacionalizadas; por ejemplo Cable & Wireless, British Steel, British Airways, British Telecommunications, British Gas, y el suministro de agua y electricidad y la industria distribuidora a la propiedad y la administración privadas. Muchos de estos organismos

103 Hugo Young, *The Iron Lady: a Biography of Margaret Thatcher*, Londres, 1989, pp. 532-533.

nacionalizados estaban incurriendo en enormes pérdidas y eran una pesada carga para el contribuyente. La privatización transformó rápidamente a las compañías deficitarias en entidades rentables. Por ejemplo, la British Steel había tenido la pérdida más elevada de la historia empresarial, alrededor de 500 millones de libras esterlinas, en el año que precedió a la privatización; hacia fines de los años ochenta exhibía los más altos índices de productividad en la industria europea y era la compañía siderúrgica más rentable del mundo. El vuelco en la British Air fue apenas menos espectacular.

El segundo aspecto fue el modo en que se realizó la privatización, “lanzando” a las compañías por intermedio de la Bolsa de Valores según métodos que alentaron a los pequeños ahorristas a invertir en ellas. Por ejemplo, el lanzamiento de British Telecom fue la más importante oferta pública de acciones en la historia. El efecto neto fue que, durante los años ochenta, el número de accionistas individuales de Gran Bretaña pasó de 2,5 millones a casi 10 millones, confiriendo cierto asidero al concepto, que se puso de moda a medida que avanzó la década de los ochenta, del “capitalismo democrático”. La rápida reducción de pérdidas en el sector público más los ingresos originados en estas ventas permitieron que el gobierno no sólo redujese la imposición directa, de modo que la tasa estándar descendió de 37,5 a 25 por ciento y las tasas más altas de 94 y 87 por ciento al 40 por ciento, sino también que obtuviera elevados excedentes presupuestarios y reembolsara más de un quinto de toda la deuda nacional. La privatización fue uno de los grandes éxitos de los años ochenta y halló muchos imitadores en el exterior, sobre todo en Europa, pero también en América Latina, Australia, África y Asia. Incluso Japón, que estaba enseñando tanto a Occidente, siguió el ejemplo británico y privatizó su red ferroviaria el 1 de abril de 1987.

Por estos medios, la señora Thatcher se convirtió en uno de los políticos contemporáneos de éxito más consecuente. El 19 de junio de 1983 consiguió que su partido fuese reelegido con una enorme mayoría general de 144 bancas respecto de todos los restantes partidos; repitió ese éxito abrumador el 12 de junio de 1987, cuando los conservadores conquistaron 375 bancas contra 229 de la oposición laborista. Ningún primer ministro británico había vencido jamás en tres elecciones generales seguidas desde la gran ley de Reforma de 1832. Cuando al fin la señora Thatcher fue obligada por su propio partido a abandonar el cargo, el 20 de noviembre de 1990, había sido jefa de éste por un período continuo más prolongado, once años y medio, que cualquiera de sus predecesores desde el conde de Liverpool (primer ministro en el período 1812-1827). Fue notable que suscitara una áspera hostilidad tanto como un apoyo entusiasta, y que en las tres elecciones que ella ganó, su partido nunca alcanzara el cincuenta por ciento de los votos emitidos. En muchos aspectos se parecía a de Gaulle; como él, era eficaz para decir que no y decirlo en serio; como él, restableció la autoconfianza y el orgullo de su país; gobernó con mucha autoridad durante un período casi exactamente igual y, como de Gaulle, fue eliminada del cargo cuando intentó una reforma fundamental del gobierno local, en su caso con el propósito de reemplazar el modo anticuado y poco equitativo en que se lo financiaba.

La señora Thatcher y el “thatcherismo” ejercieron una influencia global durante los años ochenta y fueron más lejos en la nueva moda de la privatización y la reducción del sector estatal. Los años ochenta fueron una década de radical conservadurismo; incluso en los estados en que fueron elegidos gobiernos socialistas o laboristas, el distanciamiento respecto del marxismo, el colectivismo y todos los “ismos” tradicionales de la izquierda fue un fenómeno acentuado. Este proceso fue notable sobre todo en Francia. La elección del socialista François Mitterrand en 1981, después de veintitrés años de gaullismo y sus sucesores, inauguró un breve período de igualitarismo socialista y medidas antiempresarias, que determinaron en rápida sucesión tres devaluaciones del franco; después, el Partido Socialista francés se desplazó bruscamente hacia la derecha y la política de mercado libre; a fines de los años ochenta y principios de los noventa la alternancia en el poder de los primeros ministros socialistas y conservadores pareció determinar escasas diferencias en la política económica, la defensa y los asuntos exteriores. Los socialdemócratas alemanes habían renunciado una generación antes al marxismo o a todo lo que se le pareciera. En Portugal, el doctor Mario Soares, elegido primer ministro por primera vez en 1976 y presidente en 1987, bajo la nueva constitución liberal de 1982, gradualmente orientó al socialismo portugués hacia el campo del

mercado libre durante los años ochenta. Hubo un movimiento análogo en España, donde el Partido Socialista, bajo su líder moderado Felipe González, lejos de aprovechar la victoria abrumadora de 1982, reforzó la cultura empresaria que había transformado a la economía española durante los años 1950 a 1975. En Australia, el Partido Laborista de Bob Hawke que retornó al poder en marzo de 1983 y luego fue reelegido tres veces, se orientó consecuentemente hacia la derecha; en marzo de 1991 el mismo Hawke formuló una resonante declaración, advirtiendo al país que ya no podía continuar imponiendo irritantes restricciones a las empresas, por razones socialistas, ambientalistas o de cualquier otro carácter. En Nueva Zelanda, el líder laborista David Lange, que se convirtió en primer ministro en 1984, llevó a su partido y al gobierno en el mismo sentido, aunque sin duda no con la rapidez suficiente a juicio de algunos de sus colegas, que lo obligaron a renunciar en agosto de 1990, como resultado de un *putsch* de una camarilla derechista. En Gran Bretaña, después de la tercera derrota electoral sucesiva del Partido Laborista en 1987, su jefe Neil Kinnock inició el doloroso proceso de eliminación de las tradicionales actitudes laboristas y hacia 1990-1991 había conseguido que el laborismo, por lo menos en teoría, de nuevo fuese elegible.

En los partidos socialistas laboristas o democráticos del mundo, la expresión “mercado social” se puso de moda e implicó la aceptación de las fuerzas de mercado sujetas a ciertas restricciones esenciales para proteger a los pobres y los oprimidos. Pero la frase también fue usada por la derecha. “Me agrada la expresión”, declaró Norman Lamont en marzo de 1991, inmediatamente después de presentar su primer presupuesto como ministro de Hacienda en el gobierno que John Major formó para reemplazar a la señora Thatcher.¹⁰⁴ Otro clisé político que se puso de moda a principios de los años noventa y que reflejó la aceptación del mercado por la izquierda fue el “estado posibilitador”, contrapuesto al gran gobierno; el estado existía, decía el argumento, no para hacer por sí mismo las cosas, sino para permitir que la gente hiciera las cosas en beneficio propio. Los conservadores también usaban satisfechos esta formulación del papel del gobierno. Por lo tanto, hasta cierto punto hubo una confluencia de opiniones en las democracias durante los años ochenta y principios de los noventa, pero era una confluencia en los términos delineados por la derecha. Ciertamente, ahora se invertía el “efecto de la rueda dentada”, frase acuñada por el ideólogo conservador británico sir (más tarde lord) Keith Joseph durante los años setenta, por el que las medidas iniciadas por los gobiernos de izquierda obtenían el respaldo de sus sucesores derechistas, con lo que se reemplazaba el movimiento del péndulo por una suerte de rueda dentada colectivista; los radicales de derecha estaban impulsando permanentemente a las sociedades en el sentido del liberalismo económico.

El mismo proceso se manifestó en América del Norte, aunque aquí se vio afectado también por factores geográficos. México, como Chile, sufrió la influencia de la nueva cultura empresaria del Pacífico, aunque también como Chile, antes había pasado por un grandioso experimento de colectivismo de orientación estatal. La economía creció muy rápidamente durante los años 1940 a 1970 y en los años setenta el presidente Luis Echeverría trató de convertir a México en el líder del tercer mundo, como estado modelo del gran gobierno. Aumentó un 50 por ciento la participación del estado en la economía y el número de empresas de propiedad oficial pasó de 86 a 740. El resultado previsible fue la hiperinflación y la crisis en la balanza de pagos. La economía estaba cayendo en el caos cuando López Portillo asumió el poder, a fines de 1976, y devolvió a México al área del mercado.¹⁰⁵ Dijo al FMI que temía la “suramericanización” de la vida mexicana, es decir, los golpes y las dictaduras de izquierda o de derecha.¹⁰⁶ Contó con la ayuda de los importantes descubrimientos de petróleo de 1977, que sugirieron que con el tiempo México podría ser un productor de la misma categoría que Kuwait o incluso Arabia Saudita. Por otra parte, la estructura de México, esencialmente un estado unipartidario dirigido por una elite a través del Partido Revolucionario Institucional (PRI), determinaba que la reducción del empleo (y el patronazgo)

104 Norman Lamont, MP, en el *Today Programme*, BBC Radio 4, 20 de marzo de 1991.

105 Entrega especial sobre México del *Wilson Quarterly*, verano de 1979; Michael Meyer y William Sherman, *The Course of Mexican History*, Oxford, 1979.

106 Richard R. Fagen, “The Realities of Mexico-American Relations”, en *Foreign Affairs*, julio de 1977.

estatal fuese difícil.¹⁰⁷ Hacia principios de los años ochenta, la deuda externa de México superaba incluso a la de Brasil. Durante el verano de 1982 no pudo afrontar el pago de sus intereses y se procedió a la nacionalización de los bancos, si bien la economía retornó a una orientación liberal durante los años 1985 a 1990.

Sin duda, la economía mexicana estaba fusionándose con la economía del noreste del Pacífico, formada por la región occidental de Estados Unidos, el occidente de Canadá y Alaska. Alrededor del 70 por ciento de las exportaciones mexicanas se dirigían a Estados Unidos durante los años setenta y ochenta; el 60 por ciento de sus importaciones era norteamericano. Había quizás alrededor de 10 millones de inmigrantes mexicanos ilegales en Estados Unidos; una de cada siete familias en California y una de cada tres en Nuevo México eran hispanas. Es verdad que México era también una economía caribeña. Lo mismo podía decirse de Estados Unidos, sobre todo porque la hispanización de la economía de Florida, que se acentuó rápidamente durante el cuarto de siglo correspondiente a 1965-1990, le imprimió una orientación latinoamericana. Sin embargo, durante los años setenta tanto la economía mexicana como la norteamericana sintieron el influjo del Pacífico, y éste era cada vez más el influjo de un mercado libre. El desplazamiento del centro de gravedad a Estados Unidos, tanto en el sentido demográfico como en el económico, del noreste al suroeste, fue uno de los cambios más importantes de los tiempos modernos. Durante los años cuarenta el geógrafo E. L. Ullman situó el “área básica” de la economía norteamericana en el noreste. Aunque abarcaba sólo el 8 por ciento del área terrestre total, tenía el 43 por ciento de la población y el 68 por ciento de los empleos en la manufactura.¹⁰⁸ El esquema permaneció estable durante la mayor parte de los años cincuenta. En 1960, el geógrafo H. S. Perloff afirmó que lo que él denominaba “el cinturón manufacturero” era “todavía el corazón mismo de la economía nacional”.¹⁰⁹ Pero en el momento mismo en que él escribía esto, el esquema estaba cambiando. Entre 1940 y 1960 el norte todavía estaba aumentando su población en alrededor de 2.000.000, pero esta cifra era resultado exclusivo del aporte de los negros sureños, personas de ingresos reducidos y en general desprovistas de especialización. Ya estaba soportando una pérdida neta de blancos; este proceso pronto determinó una pérdida absoluta. El cambio sobrevino durante los años sesenta y se acentuó en los setenta. Durante los años 1970 a 1977, el noreste perdió 2,4 millones a causa de las migraciones; el suroeste aumentó 3,4 millones y la mayoría estaba formada por blancos especializados. Como el desplazamiento fue esencialmente del cinturón frío al cinturón de sol, se vio reforzado por el aumento de los precios de la energía, como lo demostró el censo de 1980. Las variaciones regionales del ingreso, que anteriormente favorecían mucho a la antigua “área básica”, se emparejaron, para cambiar después en favor del suroeste. La inversión siguió a la población. La parte del “área esencial” de empleo en la manufactura descendió del 66 por ciento en 1950 al 50 por ciento en 1977. En el suroeste se elevó del 20 al 30 por ciento.¹¹⁰

El desplazamiento demográfico determinó variaciones en la filosofía y el poder políticos. Durante la elección de Kennedy, en 1960, el cinturón frío tenía 286 votos en el colegio electoral, comparados con 245 del cinturón de sol. Hacia 1980 éste tenía una ventaja de cuatro. Las proyecciones de la Oficina del Censo demostraron que en la elección de 1984 el cinturón de sol contaría con una ventaja de veintiséis.¹¹¹ El cambio marcó el fin de la antigua coalición intervencionista de Roosevelt, que prevaleció durante dos generaciones, y el ascenso de una coalición entre el sur y el este, unida al mercado libre.

La abrumadora victoria de Richard Nixon en noviembre de 1972 fue un preanuncio de las consecuencias políticas de este cambio, pero el resultado se vio ensombrecido por Watergate y sus

107 Richard R. Fagen, *Labyrinths of Power: Political Recruitment in 20th Century Mexico*, Princeton, 1979.

108 E. L. Ullman, “Regional Development and the Geography of Concentration”, en *Papers and Proceedings of the Regional Science Association*, n° 4, 1958, pp. 197-198.

109 H. S. Perloff et al., *Regions, Resources and Economic Growth*, University of Nebraska, 1960, p. 50.

110 Robert Estall, “The Changing Balance of the Northern and Southern Regions of the United States”, en *Journal of American Studies*, Cambridge, diciembre de 1980.

111 Ben J. Wattenburg, “A New Country: America 1984”, en *Public Opinion*, Washington D. C., octubre-noviembre de 1979.

secuelas. Sin embargo, el 4 de noviembre de 1980 la tendencia llegó a ser inequívoca cuando Ronald Reagan, gobernador de California durante dos períodos de éxito y originado en uno de los más poderosos grupos de interés de California, la industria cinematográfica, derrotó a Jimmy Carter, el primer presidente en ejercicio derrotado desde Herbert Hoover en 1932. Reagan ganó por un enorme margen popular, pues recibió 43,9 millones de votos frente a los 34,4 millones de Carter. El 6 de noviembre de 1984 se repitió su éxito con un margen aun más elevado: obtuvo el 59 por ciento de los votos y conquistó la mayoría en todos los bloques principales de votantes excepto los negros, los judíos y los sindicalistas. Derrotó a su oponente demócrata Walter Mondale en la totalidad de los cincuenta estados excepto uno. No fue coincidencia que la década de los ochenta, cuando California, que ya era el estado más rico, se convirtió en el más populoso de Estados Unidos, con mayor número de votos en el colegio electoral, fuese en muchos aspectos la década californiana.

Pero el dominio de Reagan durante esta década de ningún modo respondió principalmente a las variaciones demográficas. Con más eficacia que cualquier otro político, excepto la misma Margaret Thatcher, reflejó el espíritu de la época. Sin duda, se sintió inspirado por la victoria y el ejemplo de la Thatcher —ella era el Juan Bautista de Reagan o, para decirlo de otro modo, él era el alumno más eficaz de la Thatcher y durante ocho años, con una sola excepción, formaron una sociedad de dos personas que se admiraban mutuamente. Pero la mayoría de las escasas ideas de Reagan, sencillas y populares, se había alojado en su mente mucho antes. “Hacia 1960”, escribió, “comprendí que el verdadero enemigo no estaba en las grandes empresas, sino en el gran gobierno”.¹¹² Veinte años después, era un hombre cuyo momento había llegado. Aunque parezca extraño, no tuvo mucho éxito en su intento de reducir la magnitud del gobierno. En este aspecto fue la víctima de una dicotomía cada vez más acentuada en la política norteamericana: la tendencia a elegir presidentes republicanos y representantes demócratas. El partido de Reagan controló durante un tiempo el Senado, pero nunca la Cámara de Representantes. En efecto, en esta última el dominio demócrata se acentuó durante los años ochenta. A medida que aumentaba el costo de la campaña electoral, disminuía la posibilidad de desplazar a un representante en ejercicio; de esta forma, hacia fines de la década el movimiento interno era inferior al 10 por ciento y la ocupación de una banca en el Congreso dependía en medida cada vez mayor de la capacidad para satisfacer a los grupos e intereses a través de la erogación federal. Por lo tanto, excedía el poder de Reagan, incluso el de su sucesor republicano George Bush, disminuir el gasto federal interno. Lo que Reagan podía hacer y en efecto hizo fue disminuir los impuestos. El resultado fue el crecimiento constante del déficit del presupuesto.

Durante los primeros seis años después de aplicarse los recortes impositivos iniciales a fines de 1981, el estímulo consiguiente en la economía aumentó en 375.000 millones de dólares los ingresos en concepto de impuestos. Pero durante el mismo período acrecentó el gasto interno en 450.000 millones de dólares.¹¹³ El déficit presupuestario estuvo acompañado por un desequilibrio comercial cada vez más grave, que hacia fines del período de Reagan alcanzaba la alarmante cifra de 169.790 millones de dólares anuales, según datos de 1986. Hacia fines de ese año la deuda pública bruta de Estados Unidos había llegado al nivel de 2.132.900 millones de dólares.¹¹⁴ La venta de bonos oficiales y empresas privadas para financiar estos dos déficits significó que los tenedores y los inversores extranjeros, con Japón a la cabeza y Gran Bretaña no muy lejos en el campo de la inversión, estaban alcanzando un dominio importante en la economía norteamericana, o por lo menos eso era lo que temían muchos norteamericanos.

Por otra parte, las medidas de Reagan, o *Reaganomics*, como las llamaban tanto los amigos como los enemigos, determinaron un dinamismo que Estados Unidos no había conocido desde los años de Eisenhower. En el curso de seis años, de 1982 a 1987, el PBN (corregido por referencia a la inflación) aumentó un 27 por ciento; la manufactura, un 33 por ciento; los ingresos medios, un 12

¹¹² Ronald Reagan, *An American Life: an Autobiography*, Nueva York, 1990, p. 135.

¹¹³ *Ibid.*, pp. 335-336.

¹¹⁴ *The Statesman's Yearbook 1990-1991*, pp. 1399 y ss., 1413.

por ciento (comparados con una disminución del 10,5 por ciento durante los años setenta).¹¹⁵ Fueron creados aproximadamente veinte millones de empleos nuevos. Más aún, Reagan consiguió difundir a nivel popular la idea de que Estados Unidos era de nuevo una nación dinámica y eficaz, después de las dudas de los años setenta. Los medios de difusión, inicialmente hostiles, le otorgaron de mala gana el espaldarazo de denominarlo “el gran comunicador”. El resultado fue que Estados Unidos como nación comenzó a recuperar la confianza en sí misma, perdida durante el intento de suicidio de los años setenta. También los pronósticos afirmaban que el dinamismo se mantendría.¹¹⁶

La autoestima cada vez más acentuada de Estados Unidos contribuyó mucho a borrar el masoquismo originado en el desastre de Vietnam y permitió que Reagan, que no tenía inhibiciones acerca del empleo legítimo del enorme poder norteamericano, actuase en la escena mundial con creciente aplomo. No era un hombre temerario y sin duda no era belicoso, pero sí creía firmemente en los valores absolutos de la conducta y tenía una visión clara de la diferencia entre el bien y el mal en los asuntos internacionales. Cuando sentía la necesidad de actuar, actuaba; no lo hacía sin atenta reflexión, pero carecía de sentimientos de culpa o de *arrières-pensées*. Pero también aquí la señora Thatcher representó el papel de mentor. El viernes 2 de abril de 1982, sin advertencia ni declaración de guerra, grandes fuerzas anfibias argentinas invadieron y ocuparon la colonia de la corona británica en las islas Falkland. También ocuparon las Georgias del Sur, hacia el este. Estas islas, denominadas Malvinas por los argentinos, habían sido disputadas durante dos siglos; el doctor Johnson había publicado un folleto acerca del tema, refutando las pretensiones de propiedad de los británicos. Sin embargo, todos los habitantes eran de origen británico, descendientes de colonos que habían llegado durante la década de 1820 y, por lo tanto, eran nativos por el derecho de seis generaciones de posesión. El general Leopoldo Galtieri, jefe de la junta militar argentina, era (como se vio) un inmigrante europeo de segunda generación, distinción que compartía, un hecho bastante interesante, con Ian Smith, jefe de los blancos rhodesianos, y con Fidel Castro, el dictador cubano. De modo que las pretensiones argentinas en el sentido de que se trataba de un acto de liberación anticolonial sonaban a hueco y el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas votó por diez contra uno en favor de una retirada argentina inmediata (resolución 502). Pero los británicos se vieron totalmente sorprendidos, sin fuerzas importantes en la zona. Lord Carrington, secretario de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, consideró apropiado renunciar para expiar la incapacidad de su departamento, que no había previsto la agresión. Margaret Thatcher, acompañada por su gabinete, decidió recobrar las islas, mediante la diplomacia si era posible, y en caso de necesidad apelando a la fuerza.

Los primeros buques de guerra británicos partieron para el Atlántico Sur dos días después de la invasión. Una semana más tarde Gran Bretaña declaró zona de exclusión a 200 millas alrededor de las islas, una suerte de variación de la “cuarentena” impuesta por el presidente Kennedy al área cubana durante la crisis de los misiles en 1962. Era una decisión peligrosa enviar una fuerza expedicionaria a casi 13.000 kilómetros de distancia, con escolta naval pero sin cobertura aérea plena. Los dos portaaviones británicos estaban equipados únicamente con dos Harrier, máquinas subsónicas de ascenso vertical y, en cambio, los aviones supersónicos argentinos podían operar desde aeródromos en el continente, así como desde el aeropuerto de Port Stanley en las mismas Islas Falkland. Suscitó la admiración, entre otros, del mismo Ronald Reagan, que a lo largo de toda la operación prestó pleno apoyo diplomático al gobierno británico en las Naciones Unidas y en otros sectores, y además proveyó en secreto colaboración en el área de inteligencia. La audaz operación tuvo éxito. El 25 de abril se recuperaron las Georgias del Sur. Exactamente una semana después, un crucero pesado argentino, el *Belgrano*, fue hundido por el submarino británico Conqueror, con la pérdida de 385 vidas; en adelante, la armada argentina se retiró a puerto y no intervino en el conflicto. La fuerza aérea argentina tuvo un mejor desempeño: utilizó misiles para hundir a un total de cuatro buques de guerra y transportes británicos, aunque la pérdida de vidas fue

115 *An American Life*, pp. 334-335.

116 *Discriminate Deterrence: Report of the Commission on Integrated Long-Term Strategy*, Washington D. C., 1988, pp. 5-7.

mínima. Por lo demás, la operación anfibia se desarrolló de acuerdo con el plan. El 21 de mayo el ejército británico estableció una cabeza de puente en San Carlos; una semana después los paracaidistas se apoderaron de Puerto Darwin y Ganso Verde, y el 14 de junio toda la guarnición argentina se rindió. En la lucha en tierra se perdieron 255 vidas británicas y 652 argentinas. Tres días más tarde, Galtieri fue derrocado. En efecto, la victoria británica condujo directamente al fin del gobierno militar en la Argentina y a la restauración de la democracia. El 10 de diciembre de 1983 Raúl Alfonsín fue elegido primer presidente civil y democrático de la Argentina en ocho años; se inició una investigación inmediata acerca de los miles de disidentes que habían “desaparecido” durante el gobierno de la junta, y Galtieri y muchos de sus colegas fueron sentenciados a largas penas de cárcel.

El efecto de Reagan también fue sorprendente. El episodio de las Falkland sirvió para revitalizar el sentido occidental de la rectitud del comportamiento internacional y recordar a Estados Unidos sus responsabilidades como principal democracia y defensora del imperio del derecho. Las primeras consecuencias se manifestaron en octubre de 1983. El 19 de ese mes Maurice Bishop, primer ministro de la pequeña isla de Granada, que era miembro del Commonwealth británico, fue asesinado durante un *putsch* de izquierda, con la colaboración y posiblemente el planeamiento de los cubanos. Dos días después, los líderes de los vecinos de Granada, es decir Jamaica, Barbados, San Vicente, Santa Lucía, Dominica y Antigua, señalaron un importante reforzamiento de fuerzas cubanas en la isla y, temiendo por la seguridad de sus propios gobiernos democráticos, solicitaron en secreto la intervención militar norteamericana. Reagan, que pasaba el fin de semana jugando golf en Georgia, fue despertado con esta noticia a las 4 de la madrugada de un sábado. Informado por el Estado Mayor Conjunto de que podía organizarse una “operación de rescate” en cuarenta y ocho horas, su respuesta fue: “Háganlo”. Como se temía la aparición de refuerzos cubanos y en Granada había 800 estudiantes de medicina norteamericanos, todos posibles rehenes, se imponía el mayor secreto.¹¹⁷ Este hecho tuvo una consecuencia ingrata; no se informó a la señora Thatcher de lo que Reagan planeaba hacer y, como Granada era un país del Commonwealth, ella y la reina se ofendieron, y la Thatcher manifestó en público sus sentimientos, lo que fue un lamentable error.¹¹⁸ Significó la única discrepancia grave que hubo entre ella y Reagan en ocho años, y más tarde la señora Thatcher reconoció en privado que se había equivocado. Por lo demás, la operación fue bien recibida y alcanzó todos sus objetivos. Las tropas norteamericanas desembarcaron el 25 de octubre, restauraron la autoridad constitucional y comenzaron a retirarse el 2 de noviembre.

Ésa no fue la única acción de fuerza emprendida por el gobierno de Reagan en su carácter de policía mundial oficiosa en defensa de los legítimos intereses norteamericanos. El 8 de julio de 1985 Reagan había afirmado que cinco naciones, Irán, Corea del Norte, Cuba, Nicaragua y Libia, eran “miembros de una confederación de estados terroristas”, que ejecutaban “actos francos de guerra” contra Estados Unidos. Eran “estados al margen de la ley, dirigidos por el más extraño conjunto de desequilibrados, locos y sórdidos criminales desde la formación del Tercer Reich”. Esta declaración, ante la Asociación del Foro norteamericana, fue característica del robusto estilo del presidente y dio mucho placer a los norteamericanos comunes y corrientes; era parte de su populismo. En privado, afirmaba que el coronel Gaddafi de Libia era el más peligroso del “grupo”, porque “es no sólo un bárbaro sino un cobarde”.¹¹⁹ La noche del 4 al 5 de abril de 1986 estalló una bomba en una discoteca de Berlín Occidental frecuentada por militares norteamericanos, mató a uno de ellos y a una mujer turca, e hirió a 200 personas. La información interceptada por Estados Unidos demostró sin la más mínima duda que Libia había tenido que ver en el atentado y el 13 de abril Reagan autorizó a los bombarderos F-111 la realización de un ataque sobre los cuarteles y centros militares de Gaddafi en Trípoli. Se lo llevó a cabo la noche del 14 al 15 de abril. La señora Thatcher autorizó la operación de los aviones norteamericanos desde sus bases en Gran Bretaña, pero Francia e Italia rehusaron permitir el paso sobre su espacio aéreo, lo que determinó que los aparatos tuvieran que realizar un rodeo de 1.000 millas sobre el Atlántico y el Mediterráneo. El

117 *An American Life*, pp. 449-451.

118 Véase mi artículo en el *Observer*, 30 de octubre de 1983.

119 *An American Life*, pp. 517-518.

ataque alcanzó su objetivo principal; en adelante, Gaddafi representó un papel mucho menos destacado y activo en la colaboración con el terrorismo internacional.

Esta disposición cada vez más acentuada de Estados Unidos a confirmar sus legítimos derechos y a usar su poder continuó bajo George Bush, sucesor de Reagan. El 21 de diciembre de 1989 la Casa Blanca, exasperada tanto por el trato que el general Manuel Noriega, dictador de Panamá, dispensaba a sus antagonistas democráticos, como por su participación en una organización de narcotraficantes que contrabandeaba drogas por valor de miles de millones de dólares introduciéndolas en Estados Unidos (se requería a Noriega en Florida, a causa de graves acusaciones criminales), autorizó la intervención militar norteamericana. El pretexto inmediato fue el asesinato de un soldado norteamericano en la zona del canal. Según se cree, unos 200 civiles, 19 soldados norteamericanos y 59 miembros de las fuerzas panameñas murieron en los combates. Noriega fue rápidamente derrocado, se refugió en la nunciatura del Vaticano, se rindió y fue enviado a Florida para ser sometido a juicio. Aquí, como en Granada, se restableció la democracia y las fuerzas norteamericanas se retiraron rápidamente. Estas acciones policiales fueron muy criticadas por algunos miembros de la intelectualidad occidental, pero al parecer fueron populares entre el público y sirvieron para disuadir a algunos de los dictadores del tercer mundo, aunque desgraciadamente no a todos, de las actitudes agresivas y antisociales. Como veremos, también prepararon al liderazgo norteamericano y a la opinión pública para afrontar un desafío mucho más grave al orden mundial.

A principios de los años ochenta el presidente Reagan estaba mucho más interesado en recuperar parte del terreno perdido, tanto en el sentido físico como en el psicológico, frente a Rusia soviética, sus satélites y subrogados, durante los colectivistas años setenta. Cuando Reagan asumió la presidencia, descubrió que Rusia soviética estaba gastando en armas un 50 por ciento más que Estados Unidos y que se le estaba adelantando tanto en el sector convencional como en el nuclear. Era especialmente inquietante el despliegue masivo en Europa Oriental de misiles SS-20, de alcance intermedio y cabezas múltiples. El 17 de junio de 1980 la señora Thatcher había negociado con el presidente Carter un acuerdo en virtud del cual, para contrarrestar a los SS-20, se instalarían en Gran Bretaña misiles norteamericanos Cruise. Sobre la base de esta primera iniciativa, Reagan y la señora Thatcher pudieron persuadir a otros miembros de la OTAN de la conveniencia de suministrar emplazamientos para la red Cruise. En Europa, la extrema izquierda organizó manifestaciones coordinadas contra la instalación de misiles; el 22 de octubre de 1983 unas 250.000 personas, según los cálculos de los organizadores, marcharon en Londres; se formó una “cadena humana” a través de París; en Alemania, la izquierda afirmó que un millón de personas habían protestado; en Greenham Common, Inglaterra, donde tenían su base algunos misiles Cruise, se instaló un “campamento de mujeres por la paz”. Pero esas protestas fueron ineficaces y no hay pruebas de que tuviesen en algún lugar el apoyo de la clase trabajadora. Sobre todo las “mujeres de Greenham” pronto provocaron la antipatía de los habitantes locales.

El despliegue de los misiles Cruise sirvió para notificar al liderazgo de Moscú que en la política de la Casa Blanca había concluido la era de la indecisión.¹²⁰ Al mismo tiempo, desde los primeros días de su presidencia Reagan inició un programa de rearme total. Como él mismo dijo, “pedí [al Estado Mayor Conjunto] que me dijera qué nuevas armas necesitaban para alcanzar la superioridad militar sobre nuestros posibles enemigos”. Si se trataba de elegir entre la seguridad nacional y el déficit, “yo me pondría del lado de la defensa nacional”.¹²¹ Poco después comenzó un programa de gastos adicionales en la defensa que alcanzó un nivel de 140.000 millones de dólares anuales. Incluía la expansión y el entrenamiento de fuerzas de despliegue rápido, la rehabilitación de dos acorazados de la segunda guerra mundial y su equipamiento con misiles Cruise, el desarrollo del bombardero Stealth, que no podía ser detectado por radar, y una gama de misiles de elevada tecnología guiados por láser, incluyendo armas antibalísticas, todo esto conocido en su conjunto como el “programa de la guerra de las galaxias”. El planeamiento estratégico y el entrenamiento

120 Sobre los acontecimientos que llevaron al despliegue de los S-20 y los misiles de crucero, véase Jonathan Haslam, *The Soviet Union and the Politics of Nuclear Weapons in Europe, 1969-1977*, Cornell, UP, 1990.

121 *An American Life*, pp. 234-235.

táctico de todas las fuerzas armadas norteamericanas fueron reelaborados alrededor del empleo, con fines nucleares y convencionales, de estos sistemas de armas avanzadas, un cambio que habría de tener importancia decisiva en 1991.¹²²

El principal impacto del programa de rearme fue, como se había propuesto, político, y tuvo dos sentidos. Reagan deseaba primeramente demostrar a los pueblos de Europa Occidental (y sin duda a las poblaciones de los países satélites detrás del Telón de Acero, que comenzaban a mirar cada vez con más atención hacia Occidente) que el compromiso de Estados Unidos con la seguridad colectiva era tan firme como siempre. Esta actitud originó una reacción positiva en la mayoría de los gobiernos europeos.¹²³ Pero la misma importancia tuvo este impacto calculado en la decisión política de Rusia soviética. Como Reagan lo descubrió rápidamente gracias a los informes de inteligencia, a principios de los años ochenta Rusia afrontaba una turbulencia económica cada vez más intensa. La guerra de Afganistán era impopular y terriblemente costosa; mediante el suministro a los rebeldes de armas antiaéreas y antitanques pequeñas y muy móviles, Estados Unidos pudo elevar el costo humano y financiero de la guerra para Rusia con poco gasto de su parte. La gerontocracia rusa, la falange de ancianos dirigentes y generales del partido que habían controlado el país desde la era de Jruschov, también estaba afrontando graves problemas de dirección. Hasta principios de los años ochenta, la llamada “doctrina Brezhnev” fue la base de la política exterior y defensiva soviética; afirmaba que, una vez creado un “Estado socialista”, por ejemplo Cuba o Vietnam, una amenaza a su gobierno debía interpretarse como una amenaza a los intereses vitales de Rusia. Es discutible que en todos los casos se hubiera aplicado la doctrina, pero nunca se la puso a prueba y parece que el principio mismo se extinguió con el anciano el 10 de noviembre de 1982. Dos días después sucedió a Brezhnev, como secretario general del Partido, y el 16 de junio de 1983 como presidente, Yuri Andropov, quien durante quince años había sido jefe de la KGB. El 8 de marzo de 1983 Reagan aprovechó la oportunidad para advertir al nuevo liderazgo soviético lo que opinaba de la expansión de su sistema y lo que se proponía hacer para resistir nuevas presiones. En una declaración formulada en Orlando, Florida, pronunció el discurso conocido como “El imperio del mal”. Según dijo el mismo Reagan, pronunció ese discurso “y otros semejantes, con cierta malicia” (y contra el consejo de su formidable esposa Nancy) porque “deseábamos recordar a los soviets que sabíamos qué buscaban”.¹²⁴ La actitud mucho más dura de la Casa Blanca, respaldada totalmente por el gobierno de Thatcher en Londres, vino a complicar los dilemas provocados en Moscú por la incertidumbre en su propio liderazgo. Siete meses después de asumir el cargo de presidente, Andropov falleció el 9 de febrero de 1984; su sucesor Konstantin Chernenko fue designado rápidamente como secretario general y presidente, el 13 de febrero y el 11 de abril respectivamente; duró poco más de un año y falleció el 10 de marzo de 1985. Entonces la elite soviética dio el paso trascendente de saltar una generación y elegir a Mijail Gorbachov, de 52 años, *apparatchik* del partido, nacido en el Cáucaso pero de origen ucraniano (por el lado de su madre), que había ascendido bajo la protección de Andropov.¹²⁵

Gorbachov comenzó a consolidar su posición promoviendo miles de cambios entre el personal de todos los niveles del gobierno soviético, central y regional; pero parece que nunca ejerció la autoridad indiscutida que incluso Brezhnev había considerado sobreentendida. Durante los años 1987 a 1991 sus órdenes explícitas fueron cada vez más ignoradas o bien fueron ejecutadas a medias, y se adoptaron medidas sin su aprobación, incluso sin su conocimiento. De acuerdo con las normas del Partido Comunista soviético, era un liberal; pero Gorbachov desechaba la idea misma de un sistema multipartidario en Rusia como un “absurdo total”. Recorrió ampliamente el país, pronunciando muchos discursos con exhortaciones; su lema era “tenemos que cambiarlo todo”, pero

122 Para un debate general del programa de rearme de los Estados Unidos desarrollado en la década de 1980, véase el informe del secretario de Defensa de Reagan, Caspar Weinberger, *Fighting For Peace*, Nueva York, 1990.

123 Véase Paul Johnson, “Europe and the Reagan Years”, y Robert W. Tucker, “Reagan's Foreign Policy” en “America and the World, 1988-1989”, entrega especial de *Foreign Affairs*, nº 68, 1989.

124 *An American Life*, pp. 568-570, donde se encuentran los párrafos clave del discurso de Orlando.

125 No han sido publicadas biografías personales de los líderes soviéticos y es difícil obtener detalles de la vida de Gorbachov; algunos han sido publicados en el suplemento a color del *Sunday Correspondent* del 25 de febrero de 1990.

agregaba: “soy comunista”. Parece haber supuesto que el comunismo podía autorreformarse desde adentro, sin abandonar sus doctrinas básicas y sobre todo sus principios leninistas acerca del modo de organizar el Estado y la economía. Pero como hemos visto, en la raíz de los problemas de Rusia estaba el sistema de Lenin, no su superestructura stalinista. El 7 de noviembre de 1989 volvió a decir a los telespectadores soviéticos: “Tenemos que avanzar cada vez más rápido”, sin explicar claramente hacia dónde estaba avanzando el país. Decía que creía en la incorporación del sistema de mercado, y de ese modo demostraba que había percibido el espíritu de los años ochenta, o que por lo menos tenía conciencia del mismo. Sin embargo, lo que esto significaba en la práctica era una pequeña ampliación de la parcela de tierra sometida al cultivo individual y más responsabilidad en las empresas industriales. La primera iniciativa, que determinó que el 5 por ciento de las tierras cultivadas por pequeños propietarios pronto estuviese produciendo el 50 por ciento de los alimentos que podían obtenerse en los mercados, simplemente atrajo la atención sobre el fracaso de las granjas y los colectivos estatales, que permanecían intactos; la segunda, la reducción de los subsidios centrales a la industria, llevó a una acelerada disminución de la producción. De esta forma, durante la segunda mitad de los años ochenta y aún más a principios de los noventa, los artículos que podían obtenerse en las tiendas soviéticas disminuyeron bruscamente y una proporción cada vez más elevada de toda la economía operaba por vía del trueque, no sólo individualmente sino entre fábricas, y a través del mercado negro. Gorbachov promovió la política de la *glasnost* o “transparencia”, por la que la prensa y hasta cierto punto las emisoras oficiales podían criticar y pedir cuentas al gobierno. Limitó las actividades de la KGB.¹²⁶ Se abrieron algunos archivos. Los historiadores soviéticos de espíritu más independiente se mostraron más audaces. Se abrieron las tumbas colectivas que databan de la época de Stalin, se dio publicidad a estas operaciones y se revisó constantemente, para incrementarlo, el número de víctimas de Stalin. Bujarin y otros nueve dirigentes, ejecutados judicialmente en 1938, fueron rehabilitados. Disminuyó el número de personas enviadas a la cárcel o a los hospitales psiquiátricos por delitos políticos.

El resultado fue eliminar hasta cierto punto la atmósfera de temor en que Rusia se había vivido durante setenta años. A su vez este proceso aflojó la disciplina, basada en el miedo, que era el único factor que había mantenido funcionando al sistema comunista soviético. El ausentismo aumentó. Las huelgas se generalizaron. Hubo un enorme incremento del delito, de la destilación ilícita de vodka y, por lo tanto, del alcoholismo. Gorbachov impuso primero una forma limitada de prohibición; después, ante la caída de los ingresos oficiales provenientes del impuesto al vodka, la abandonó. Hubo una serie de desastres desmoralizadores, tanto naturales como consecuencia de las fallas y el descuido humanos. El 26 de abril de 1986 uno de los reactores nucleares de Chernobyl, cerca de Kiev, Ucrania, explotó y fue la peor calamidad en la historia de la energía nuclear, con muertes, lluvia radiactiva y efectos de largo plazo en una enorme área. Cuatro meses después, el 31 de agosto, el buque soviético de pasajeros *Admiral Najimov* se hundió en el Mar Negro con la pérdida de más de 400 vidas. Cinco semanas después, el 6 de octubre, un submarino nuclear soviético, con 16 cabezas nucleares múltiples, desapareció sin dejar rastros en mitad del Atlántico. En diciembre de 1988, un terremoto en los distritos armenios de la Transcaucasia soviética mató a más de 20.000 personas y devastó una región entera. El 4 de junio de 1989, una explosión de un gasoducto siberiano que tenía pérdidas, una falla que hubiera debido aparecer en el sistema de vigilancia, determinó la voladura de dos trenes de pasajeros que pasaban cerca, y mató a más de 800 personas, entre ellas muchos niños que estaban de vacaciones.

Éstos y muchos otros incidentes demostraron que el sistema exhibía signos de derrumbe general, en ciertos aspectos agravados por el programa reformista de Gorbachov, al que él denominó *perestroika* o “remodelado”. La CIA y otros organismos habían estado informando a la Casa Blanca desde principios de los años ochenta y con convicción cada vez más firme la existencia de pruebas del fracaso económico y tecnológico de Rusia soviética. Estaba afectando todas las áreas de la vida,

¹²⁶ Detalles de los cambios en Rusia, durante la década de los ochenta, se encuentran en Geoffrey Hosking, *The Awakening of the Soviet Union*, Harvard, 1990. Hosking demuestra que algunos de esos cambios comenzaron antes de Gorbachov.

incluso la salud pública. Aun en el campo de la energía, antes una fuente importante de la fuerza soviética, a causa de la abundancia de sus recursos naturales —la Unión Soviética continuaba siendo el principal exportador mundial de petróleo incluso a principios de los años noventa—, las dificultades se agravaban, a causa de la extracción ineficiente y otras fallas tecnológicas.¹²⁷ Hasta cierto punto, el complejo militar-industrial soviético estaba aislado de las peores dificultades económicas de Rusia porque tenía absoluta prioridad en el suministro de materiales y potencial humano experto. Pero parte del propósito del programa de rearme de Reagan era, mediante la intensificación del ritmo de desarrollo de elevada tecnología en la carrera armamentista, aumentar la presión sobre la economía soviética en general y obligar al liderazgo soviético a formularse interrogantes difíciles. ¿Estaba dispuesto a igualar el esfuerzo militar de elevada tecnología de Estados Unidos a expensas de la economía civil, en el momento mismo en que se prometían cambios y mejoras al pueblo ruso? Más aún, ¿podía igualar el esfuerzo norteamericano, aunque lo deseara? Las respuestas a las dos preguntas eran negativas. Surgía entonces un tercer interrogante: ¿el liderazgo soviético estaba dispuesto a responder al programa armamentista norteamericano aceptando acercarse a la mesa de negociaciones para iniciar gestiones realistas en pro del desarme? La respuesta a esto era afirmativa. El 19 de noviembre de 1985 Reagan y Gorbachov se encontraron en Ginebra para celebrar la primera de una serie de reuniones cumbres. Reagan propuso reducciones armamentistas supervisadas y utilizó la frase rusa *doverey no provorey*, “confía pero verifica”; advirtió a Gorbachov que la alternativa era continuar la carrera armamentista “y debo decirle que, si se trata de una carrera armamentista, usted debe saber que no podrá ganarla”.¹²⁸

Los historiadores discutirán durante muchos años si la estrategia Reagan-Thatcher de rearme y despliegue de armas avanzadas en Europa, al mismo tiempo que ofrecían a Rusia una salida a través del desarme verificado, fue eficaz para promover un cambio fundamental en la política exterior y defensiva soviética, con lo que concluyó la guerra fría.¹²⁹ El análisis de las circunstancias parece sugerir que la estrategia ayudó a impulsar a Gorbachov en una dirección que él ya se sentía inclinado a seguir y, sobre todo, le facilitó imponerse a los colegas que dudaban. En 1986-1987 aún existían dudas reales acerca de la sinceridad de Gorbachov y la realidad de los cambios que él estaba promoviendo. De acuerdo con las palabras de Henry Kissinger, “Afganistán será la comprobación”.¹³⁰ Gorbachov dijo a Reagan en Ginebra que se había enterado de la invasión soviética por la radio; con esa afirmación estaba señalando que no era responsable del episodio. Reagan agregó: “y le inspiraba escaso entusiasmo”.¹³¹ De ahí que el anuncio del retiro y el hecho de que se lo completara de acuerdo con el programa fueron una bienvenida ratificación para los líderes occidentales; en adelante ellos, y especialmente Reagan, su sucesor Bush y la señora Thatcher, entendieron que Gorbachov era el hombre que deseaban que continuase a cargo de Rusia soviética. Esta cuestión tenía cierta importancia para él, pues a partir de 1987 su propia popularidad en Rusia, antes considerable, comenzó a disminuir constantemente. Lo que los líderes occidentales no sabían entonces era que se había adoptado en Moscú una decisión incluso más importante que la retirada de Afganistán, la decisión de abstenerse de usar el Ejército Rojo (como se había hecho en 1953, 1956 y 1967) para apuntalar regímenes comunistas que afrontaban dificultades en Europa Oriental.

Una vez adoptada esta decisión, los hechos se sucedieron con rapidez, aunque la dinámica del proceso que destruyó el imperio satélite de Stalin todavía no está completamente clara. La mayoría de los regímenes de Europa Oriental estaba cayendo en el mismo tipo de crisis económica que afrontó Rusia durante los años ochenta y por la misma razón: el fracaso acumulativo del sistema

127 Con respecto a un panorama general de este tema, véase Thane Gustafson, *Crisis and Plenty: the Politics of Soviet Energy under Brezhnev and Gorbachev*, Princeton, 1989.

128 Un informe personal y detallado de Reagan acerca del encuentro de Ginebra se halla en *An American Life*, pp. 633-641.

129 Con relación a diferentes puntos de vista, véase “The American 1980's: Disaster or Triumph: a Symposium”, entrega especial de *Commentary*, septiembre de 1990; véase también Larry Berman, ed., *Looking Back on the Reagan Presidency*, Baltimore, 1990, y W. G. Hyland, *The Cold War is Over*, Nueva York, 1990.

130 En opinión del autor; éste era también el punto de vista de Margaret Thatcher.

131 *An American Life*, p. 639.

colectivista y la así denominada “economía de mando”. Es muy probable que el detonador fuese una disfunción en el mismo mundo capitalista. Durante los años de crecimiento en Occidente, que se distinguieron por el “thatcherismo” y las “*reaganomics*”, y por el rápido desarrollo de los centros financieros mundiales, se originaron injustificados aumentos de las acciones y la inevitable caída. El fenómeno se manifestó inicialmente el 19 de octubre de 1987, cuando el índice Dow Jones de Nueva York descendió 508 puntos, es decir el 23 por ciento en un día. No era, como algunos temían, una repetición del jueves negro de 1929, pero sí el prolegómeno del fin de un prolongado período de expansión económica, que a su debido tiempo determinó una crisis en 1990-1991. En ese momento fue una advertencia dirigida a muchos bancos en el sentido de que sus líneas de créditos se había extendido demasiado y en muchos casos no se justificaban. Los bancos que habían prestado mucho a gobiernos de Europa Oriental y a sus organismos ya estaban preocupados por el valor de los créditos, y después de octubre de 1987 ya no fue posible disponer de efectivo al este de la línea Oder-Neisse; incluso se acentuó más la presión orientada hacia el reembolso del capital y los intereses. A su vez, esta actitud originó medidas internas de los gobiernos de Europa Oriental, cuyo efecto neto fue reducir los artículos ofrecidos al público en las tiendas y elevar sus precios. La irritación pública se acentuó, sobre todo al difundirse la idea de que el “imperio del mal” —una frase que fue muy festejada por la gente— estaba perdiendo la voluntad de gobernar mediante la fuerza.

Así, el año 1989, cuando la izquierda del mundo entero había planeado como una celebración del 200 aniversario de la Revolución Francesa —según se afirmaba, el comienzo de la política radical moderna— se convirtió en algo muy distinto: fue un año de revoluciones, pero de revoluciones contra el orden establecido del marxismo-leninismo. No todas tuvieron éxito. En marzo de 1989 los disturbios en Tíbet contra la ocupación china y su política genocida fueron aplastados con fuerza salvaje. Al mes siguiente, los estudiantes chinos de Pekín aprovecharon la ocasión de la muerte y el funeral (22 de abril) del líder comunista Hu Yao-bang, que había sido popular entre las masas pero fue depuesto en 1987 por los partidarios de la línea dura, para organizar grandes manifestaciones. El 27 de abril este movimiento desembocó en la ocupación por los estudiantes de la gran plaza de Tiennamen, en el centro de Pekín. Hubo otras manifestaciones masivas en diferentes ciudades chinas, incluso Shanghai. El 15 de mayo los estudiantes que se manifestaban, para vergüenza y furia de la dirección china, perturbaron la visita de Gorbachov a Pekín, la que debía ser la primera cumbre chino-soviética en treinta años. El 30 de mayo una réplica de la Estatua de la Libertad de fibra y vidrio con una altura de 10 metros fue levantada en la plaza. Parece que este hecho movió a la acción a las autoridades, que habían estado celebrando discusiones poco concluyentes con los líderes estudiantiles acerca de la posibilidad de “reformas”. Grandes fuerzas del Ejército Rojo chino, formadas en proporción abrumadora por soldados campesinos de regiones lejanas, para quienes los habitantes urbanos eran enemigos naturales y los estudiantes eran “parásitos”, se concentraron alrededor de Pekín. En la noche del 4 de junio el régimen atacó, utilizando un número abrumador de tanques e infantería, despejando la plaza Tiennamen; en este proceso mataron a 2.600 personas e hirieron a más de 10.000. A pesar de los rumores de división dentro del liderazgo y la comandancia militar, las perturbaciones fueron sofocadas en todas partes con mucha seguridad y se encarceló a miles de personas.

En Europa la situación era diferente. La iniciativa correspondió a Hungría, que antes había marchado a la vanguardia al incorporar los factores de mercado a su deteriorada “economía de mando”. János Kádár, un líder muy odiado, fue removido en mayo de 1988 de su cargo de secretario general del partido; luego se lo apartó del cargo de presidente del partido; el 10 de octubre de 1989 el Partido Comunista húngaro se autodisolvió y fue reemplazado por un sistema multipartidario. Pero más importante fue la decisión de Hungría de dismantelar su propio Telón de Acero y este hecho a su vez influyó sobre otros satélites. El 2 de mayo Hungría comenzó a retirar la valla que la separaba de Austria; así abrió la frontera entre el Este y el Oeste y permitió el tránsito libre. Aún más sensacional fue la decisión del 10 de septiembre de abrir su frontera con Alemania Oriental.

La fuerza creciente del fervor revolucionario antimarxista determinó que ésta fuese una iniciativa

de importancia fundamental. El Partido Comunista polaco había sufrido una importante derrota en las urnas el 5 de junio, al día siguiente de la masacre de la plaza Tiennamen, y el 12 de septiembre el primer gobierno no comunista asumió el poder en Varsovia. El pueblo de Alemania Oriental, que había sido reprimido tan brutalmente por los tanques soviéticos en 1953, no estaba dispuesto a ver que sus vecinos eslavos y húngaros se liberaban mientras ellos permanecían encadenados al régimen grotescamente impopular de Erich Honecker. Cuando se abrió la frontera con Hungría, muchos la atravesaron en camino a Alemania Occidental. El Telón de Acero ahora tenía un enorme orificio y el resultado fue la desestabilización del gobierno de Alemania Oriental, considerado durante mucho tiempo como uno de los más stalinistas y seguros. Mientras algunos alemanes orientales huyeron, otros comenzaron a participar en movilizaciones. El mismo día que el Partido Comunista húngaro se autodisolvió, se iniciaron marchas masivas en Alemania Oriental, pero sobre todo en Berlín y Leipzig. Gorbachov realizó el 7 de octubre una visita prevista desde hacía mucho tiempo y el inquieto Honecker le pidió que enviase tropas y tanques. Gorbachov se negó terminantemente. Dijo al anciano stalinista que debía sancionar reformas, y lo más rápido posible, o retirarse mientras pudiese. Gorbachov afirmó públicamente que todos los regímenes de Europa Oriental corrían peligro si no respondían a lo que él denominó “el impulso” de los tiempos. Abandonado por su aliado, Honecker renunció el 18 de octubre, cuando sus colegas se negaron a autorizar que las tropas abriesen fuego sobre los manifestantes. Le sucedió “un breve y embarazado fantasma”, para usar la frase de Disraeli, llamado Egon Krentz, que duró exactamente siete semanas. El 4 de noviembre un millón de personas marchó a través de Berlín Oriental. Cinco días después, en una histórica conferencia de prensa celebrada por el jefe del partido de Berlín Oriental Gunter Schabowski, se anunció que la policía de fronteras ya no intentaría impedir que los alemanes orientales abandonasen el país. Un periodista del *Daily Telegraph* formuló la pregunta clave: “¿Y el Muro de Berlín?”; se le contestó que ya no era un obstáculo para la salida.¹³²

Esa noche el Muro de Berlín, el horrible y despreciado símbolo de la opresión comunista donde habían muerto centenares de demócratas alemanes cuando intentaron escalarlo, fue escena de una salvaje orgía de regocijo y destrucción, cuando los jóvenes alemanes lo atacaron con picos. La televisión difundió estas escenas históricas en el mundo y en otras capitales de Europa Oriental y, para usar irónicamente una frase de Marx, “las masas inflamadas comenzaron a gritar *¡ça ira, ça ira!*”.¹³³ En Checoslovaquia, otro satélite que tenía un gobierno comunista de línea dura, las manifestaciones comenzaron en gran escala ocho días más tarde, el 17 de noviembre, y al día siguiente en Bulgaria. En este país, la caída del gobierno stalinista de Todor Zhivkov fue seguida, el 16 de diciembre, por una declaración del Partido Comunista búlgaro que renunciaba a su monopolio del poder político y abría paso a un sistema multipartidario. Mientras tanto, el 24 de noviembre, después de manifestaciones casi permanentes en Praga, toda la dirección comunista renunció, abriendo paso a la formación de un gobierno no comunista encabezado por el escritor Vaclav Havel, después elegido presidente. En la mayoría de los casos estos cambios trascendentes se realizaron sin grandes expresiones de violencia, o incluso pacíficamente. Felizmente no se aplicó la ley de Lynch, aunque la magnitud y el número de los crímenes cometidos por los líderes comunistas derrocados, que después se conocieron, eran horripilantes. Por ejemplo, en Alemania Oriental la policía secreta había participado no sólo en el terrorismo internacional sino en el contrabando en gran escala de drogas a Occidente, obteniendo así ganancias en moneda dura que se depositaban en cuentas abiertas en bancos suizos, administradas para el beneficio de los jefes partidarios. El mismo Honecker se salvó al ingresar en un hospital militar, en una zona militar controlada por las fuerzas soviéticas, de donde fue enviado a Moscú a principios de 1991. Muchos otros líderes de los países satélites, por ejemplo Zhikov, fueron arrestados y, en algunos casos, sometidos a juicio.

La única excepción al esquema de las revoluciones no violentas fue Rumania. La dictadura de veinticuatro años ejercida por el jefe del Partido Nicolae Ceausescu, como la de su predecesor Gheorghiu-Dej, fue excepcionalmente brutal y corrupta, incluso juzgada por las normas de la

¹³² El cronista del *Telegraph* era el hijo mayor del autor, Daniel Johnson.

¹³³ Extraído de *Marx-Engels Werke*, Berlín Oriental 1956-1958, iii, pp. 569-571.

mayoría de los regímenes marxistas; su dominio estaba reforzado por la organización policial secreta denominada Securitate. Esta entidad reclutaba sus miembros sobre todo en los orfanatos oficiales. Ceausescu soñaba con una nación de 100 millones de rumanos, rehusaba permitir la venta de anticonceptivos, prohibía los abortos y castigaba a los solteros y a los que no tenían hijos. Por eso mismo había elevado el número de niños ilegítimos o indeseados. Los huérfanos del sexo masculino se incorporaban a los batallones de cadetes cuando llegaban a la adolescencia y bajo la supervisión de Ceausescu se los entrenaba para ver al régimen como la personificación de sus progenitores y para servirlo con fanática fidelidad. Cuando eran miembros de la Securitate gozaban de privilegios especiales y, en efecto, estaban entre los pocos rumanos que tenían suficiente para comer. La Securitate en ciertos aspectos estaba organizada como la SS de Hitler, con sus propios tanques y sus aviones, y en el subsuelo de Bucarest había construido una compleja red de túneles y baluartes. Protegido por esta fuerza formidable, Ceausescu inició ejercicios en gran escala de ingeniería social, más o menos como el sha de Irán, que implicaron la destrucción paulatina de más de 8.000 aldeas tradicionales y la concentración de sus habitantes en los “pueblos” agrícolas en gran escala.

Por extraño que parezca, Ceausescu no era impopular en Occidente y se lo elogiaba por su escasa disposición a imitar todas las maniobras y los giros de la política exterior y defensiva soviética, y por su capacidad para atender y reembolsar sus deudas, y pagar en el acto las mercancías occidentales, una política que se hacía posible porque imponía el hambre a la masa popular y la privaba de todo lo que no fuera lo mínimo indispensable, dejando el resto para exportar.¹³⁴ Pero el apoyo occidental se diluyó cuando llegó a conocerse el carácter y la magnitud de la destrucción que él provocó en el campo, como sucedió a partir de 1988. Más aún, esta política determinó que el régimen chocase directamente con su numerosa minoría húngara; las dificultades cobraron un aspecto grave cuando el descontento se convirtió en rebelión activa en la ciudad de Timisoara, poblada principalmente por habitantes de lengua húngara. La Securitate atacó cruelmente y más tarde se afirmó que se había descubierto allí una tumba colectiva ocupada por los 4.630 cadáveres de las víctimas.¹³⁵

Ceausescu creía que estaba a salvo de los movimientos revolucionarios que derrocaban a sus colegas marxistas en otros países. Durante la última gran asamblea partidaria, a principios de diciembre, su discurso de cinco horas fue interrumpido por lo menos por 67 ovaciones generales, y el mismo Ceausescu se sintió suficientemente seguro para realizar una visita oficial a Irán. Sin embargo la noticia de que la inquietud de los húngaros estaba extendiéndose, incluso a la capital, lo obligó a volver rápidamente. El 21 de diciembre habló a la multitud reunida frente al palacio presidencial. En general, los ciudadanos de Bucarest escuchaban en silencio la oratoria de Ceausescu; los vivas y los aplausos provenían de los discos conectados a los altavoces y todo era parte del surrealismo político que caracterizó a su terrible régimen. En esta ocasión la multitud gritó y aulló insultos, y Ceausescu, acompañado por su encolerizada esposa Helena, tan odiada como él, volvió al interior del palacio; fue una escena electrizante, reflejada en video. Al día siguiente tuvo que huir del palacio en helicóptero. Lo que sucedió después es un misterio. Es evidente que sus planes de refugiarse en un reducto de la Securitate fracasaron y es posible que los colegas más cercanos lo abandonaran, porque entendían que la impopularidad personal de Ceausescu era una amenaza a sus propias vidas; su eventual sucesor, Ilie Iliescu, era uno de ellos. De todas formas, el Conducator, como se autodenominaba, fue capturado junto con Helena; ambos fueron juzgados por un tribunal militar en Navidad, acusados de “crímenes contra el pueblo”, genocidio y el asesinato de 60.000 hombres, mujeres y niños; y fueron condenados y ejecutados inmediatamente por un pelotón de fusilamiento. Estos hechos también fueron registrados en video. La caída de los Ceausescu había sido posible por el cambio de actitud del ejército y de sus jefes políticos, aunque ambos habían representado un papel en las matanzas anteriores. Pero la Securitate se mantuvo fiel a su jefe,

134 Acerca del régimen de Ceausescu, véase *Edward Behr, Kiss the Hand You Cannot Bite*, Londres, 1991; *John Sweeney, The Life and Evil Times of Nicolae Ceaucescu*, Londres, 1991.

135 Esta cifra, como muchas otras vinculadas con los recientes sucesos en Rumania, es poco confiable; Sweeney, op. cit., cree que no más de cincuenta personas fueron fusiladas.

incluso después de muerto, y los combates continuaron durante una quincena en los túneles y los búnkers, mientras el ejército afirmaba gradualmente su control. Se señaló que las bajas eran enormes, pero un examen más atento demostró que se elevaban a 1.000 o menos.¹³⁶ Los oídos del mundo entero se sintieron conmovidos al escuchar, en Navidad, las campanas de Bucarest que resonaban por primera vez en 45 años, para celebrar la muerte del “anticristo”, como se lo denominó.

Sin embargo, lo que siguió fue menos satisfactorio para la democracia. En Rumania, lo mismo que en Bulgaria, los cambios fueron más de personas que de regímenes, y en ambos países la antigua *nomenklatura* comunista se apoyó en su poder militar y policial, cambió sus títulos y los nombres partidarios, recuperó el control de las estaciones radiodifusoras y los diarios, y organizó en el curso de 1990 “elecciones” que les permitieron mantener el poder. En ambos países quedaron tareas inconclusas. Más o menos lo mismo podía decirse de Albania, el más stalinista de todos los regímenes de Europa Oriental, donde los desórdenes serios comenzaron a principios de 1991, y en Yugoslavia, donde la impopularidad del régimen comunista federal se había complicado por las divisiones regionales. Como ya hemos observado, el candente odio de las diferentes razas que formaban esta unión de eslavos meridionales había sido lamentado por su arquitecto, el profesor Seton Watson, ya durante la década de los veinte. La muerte del mariscal Tito en 1984 eliminó la única figura que imponía respeto, o por lo menos temor, y hacia fines de los años ochenta y principios de los noventa el país se hundió lentamente en la bancarrota y el caos. El núcleo del comunismo yugoslavo perduró en Serbia, que controlaba el 70 por ciento del ejército federal.

En 1990 Eslovenia y Croacia, los dos estados más avanzados, no sólo llevaron al poder a gobiernos no comunistas sino que, a su debido tiempo, mediante un proceso constitucional, declararon su independencia por abrumadoras mayorías. La respuesta de Serbia fue invadir Croacia utilizando las fuerzas armadas federales; la lucha continuó a través de 1991, incluso después que Alemania, en diciembre, se convirtiera en la primera de las potencias de la Comunidad Europea que reconoció a los dos nuevos estados. Hacia principios de 1992 parecía probable que las hostilidades se extendieran a Bosnia, con la posibilidad de que una nueva y agresiva gran Serbia emergiese de las cenizas de la antigua Yugoslavia.

En Alemania Oriental, Polonia, Checoslovaquia y Hungría los cambios fueron fundamentales y permanentes, y hacia la primavera de 1991 parecía que la democracia era un sistema firme en los cuatro países. Más aún, uno de ellos, Alemania Oriental, ya no existía, pues habían desaparecido los últimos restos de la ocupación aliada en Berlín y, con el consentimiento de Rusia, Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, los alemanes habían acordado la unificación. En octubre de 1990 se celebraron elecciones territoriales, y en diciembre, las federales, las que confirmaron al líder demócratacristiano Helmut Kohl en la función de primer canciller de una República Federal unida de toda Alemania. La fusión afrontó graves problemas económicos, pues estuvo acompañada, oponiéndose al consejo de Karl Otto Pohl, presidente del Bundesbank de Alemania Occidental, por un acuerdo financiero que estableció la paridad del marco occidental con el alemán oriental. Como la industria de Alemania Oriental era grotescamente ineficaz y estaba descapitalizada en relación con la de Alemania Occidental, el resultado previsible fue el derrumbe de muchas empresas alemanas orientales, la desocupación, que se elevó al 25 por ciento de la población, y más demostraciones de masas, sobre todo en Leipzig, esta vez contra los resultados del sistema capitalista.¹³⁷ Por otra parte, Alemania Oriental, que ahora era parte de la República Federal, era también parte de la Comunidad Europea y casi todos estaban seguros de que a mediano plazo los ex alemanes orientales podrían ser asimilados por el sistema de la Comunidad y gozar de prosperidad como el resto.

Si los prusianos y los sajones podían ser parte de la Comunidad Europea por derecho propio, ¿cómo era posible negar la entrada a otras razas europeas históricas como los polacos, los húngaros, los checos y los eslovacos, e incluso los eslovenos y los croatas, si éstos llegaban a liberarse del

¹³⁶ *Ibid.*

¹³⁷ Véase, por ejemplo, “The End of the Honeymoon”, en el *Daily Telegraph*, 25 de marzo de 1991.

dominio de los serbios de Belgrado? Éste era el interrogante que la Comunidad afrontaba a principios de los años noventa. Nadie dudaba de que, ahora que estos pueblos europeos orientales habían decidido repudiar el comunismo y abrazar el mercado, una grave responsabilidad recaía sobre los miembros acaudalados de la Comunidad Europea, que debía ayudar a financiar lo que inevitablemente sería un traslado costoso. Las infraestructuras, los sistemas de transporte, las industrias y la organización educacional de esos estados eran todas entidades inadecuadas y deterioradas; cuanto más profundamente se las examinaba, más elevado parecía el costo que había que pagar para que alcanzaran un nivel competitivo acorde con el de Europa Occidental. El costo llegaría a centenares, quizás a miles de millones de dólares, y sin duda tendría que distribuirse a lo largo de muchos años. También había deudas. Muchos bancos occidentales ya habían adoptado medidas para asignar carácter de irrecuperables a las deudas europeas orientales; en marzo de 1991 el gobierno norteamericano tuvo el gesto de anular todas las deudas de Polonia. Pero, ¿qué podía decirse de la financiación futura, urgentemente necesaria?

El problema estaba vinculado con toda la estrategia general de la Comunidad. Como área de libre comercio, ésta se había desempeñado con excepcional eficacia y, hacia fines de los años ochenta, todos los miembros habían aprobado una legislación para completar el proceso de abolición de los derechos aduaneros a lo largo de 1992, que fue coronado con la creación de lo que se denominó el “mercado único” (con cláusulas especiales que contemplaban la transición en algunos países). Pero quedaban por resolver dos problemas, ambos graves. El primero se refería a las barreras externas. ¿La Comunidad Económica debía continuar siendo un grupo orientado hacia el exterior, con derechos externos bajos, acentuando el proceso iniciado a fines de los años cuarenta por el Acuerdo General de Aranceles y Comercio, cuyo propósito final era un solo mercado mundial? ¿O se trataba más bien de mirar hacia adentro, estableciendo una elevada barrera aduanera hacia el mundo exterior? Esta cuestión a su vez estaba relacionada con el futuro de los subsidios agrícolas, parte de la política agrícola común, que hacia fines de los años ochenta estaba siendo desmantelada lentamente. Los principales exportadores agrícolas del mundo, especialmente Estados Unidos, Canadá y Australia, contemplaban irritados esta cuestión; acusaban a la Comunidad Europea de un egoísmo global por su negativa a aceptar las exportaciones de aquéllos en términos equitativos y afirmaban que su conducta probablemente destruiría toda la estructura del GATT. En 1990 se celebró en Ginebra una conferencia destinada a resolver el tema, pero no sólo fracasó sino que concluyó en una atmósfera de tensión.

El segundo tema se refería al modo en que la misma Comunidad Europea debía desarrollarse. Ahora que comenzaba la creación del mercado único, algunos miembros, sobre todos los franceses, bajo la guía de Jacques Delors, presidente socialista de la Comisión Europea, deseaban pasar rápidamente a la unión financiera, económica y política, lo que implicaba ante todo una moneda común y un banco central de la Comunidad. Los británicos, especialmente mientras Margaret Thatcher estuvo todavía al frente de la nación, argumentaban que una moneda común desplazaría a las monedas nacionales o fracasaría, y que no se había estudiado con suficiente intensidad el modo de funcionamiento de dicho instrumento o cuáles eran las atribuciones que se asignarían al nuevo banco central. Si la moneda desplazaba a las nacionales, y el banco central dirigía el proceso, los parlamentos nacionales sacrificarían una enorme parte de su soberanía y habría que pasar a la unión política, al margen de que la opinión pública estuviese o no preparada para eso. En el caso de Gran Bretaña, no estaba preparada y existía la firme sospecha de que lo mismo podía decirse de Francia o Alemania, al margen de lo que sus líderes podían afirmar en público. En el ámbito de la política británica no todos coincidían con la señora Thatcher; la actitud hostil que ella adoptó frente a la ulterior unidad europea fue una de las razones por las que se la derrotó en noviembre de 1990. Por otra parte, el entusiasmo de Alemania por una moneda común, intenso en 1989 y 1990, disminuyó visiblemente cuando la experiencia de combinar el marco oriental y el occidental reveló lo difícil que era unificar satisfactoriamente las monedas; en 1991 el Bundesbank de Pohl se acercó mucho más a la posición británica. Había también una escuela de pensamiento que argumentaba que, en lugar de concentrar los esfuerzos en el proceso vertical, es decir unificar las economías y los sistemas políticos de los miembros actuales y profundizar la Comunidad, ésta más bien debía

extenderse horizontalmente y consagrar sus recursos y energías a incorporar a los estados recientemente liberados de Europa Oriental.

Además no estaba resuelto el problema de Rusia. ¿Era parte de Europa y, por lo tanto, un futuro candidato a miembro de la Comunidad Europea, o no? Gorbachov señaló en repetidas ocasiones que Rusia era europea. El propio de Gaulle había hablado de “una Europa del Atlántico a los Urales”. También había destacado, a principios de los años sesenta, antes de que Gran Bretaña se convirtiese en miembro, que la Comunidad no era tanto un concepto económico o político como cultural; se refirió a “la Europa de Dante, de Goethe y de Chateaubriand”. Después del ingreso de Gran Bretaña era justo agregar “y de Shakespeare”. Si Europa era una federación cultural, no sólo era errado excluir a los países que habían producido a Liszt, Chopin, Dvorak y Kafka; también era inaceptable negar —a largo plazo— la presencia de la patria de Tolstoi y Turgueniev, Chejov, Tchaicovski y Stravinsky. Sin duda se trataba de un problema que la Comunidad debía resolver, si bien no durante los años noventa, por lo menos en las primeras décadas del siglo XXI.

Mientras tanto, se agravaban los problemas internos de Rusia. Como ya hemos observado, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas era una construcción de papel, en la que todo el poder real estaba en manos de los grandes rusos de Moscú. En resumen, era como Reagan había dicho, un imperio, aunque a fines de los años ochenta llegó a ser marginalmente menos perverso. A medida que disminuyó su perversidad y sus súbditos temieron menos a los amos, la constitución de la Unión Soviética tendió a ser menos una construcción de papel y más una realidad. Mientras el fracaso de Gorbachov en su intento de aplicar la economía de mercado originó problemas económicos cada vez más graves, al atenuarse el factor del miedo se produjeron economías regionales más dinámicas. Por supuesto, los dos factores estaban relacionados. Cuanto más fracasaba el centro en el intento de abastecer las tiendas, más deseaban las regiones hacerse cargo de sus propios asuntos. Las áreas administradas con más facilidad fueron las repúblicas de Asia Central, de hecho dirigidas por la KGB. A partir de 1989 las tres repúblicas bálticas —Estonia, Letonia y Lituania— comenzaron a agitarse no sólo en procura de más autonomía sino de la independencia lisa y llana, como la que habían tenido entre 1918 y los años cuarenta, cuando cayeron víctimas de Stalin de acuerdo con los términos del pacto germanosoviético de 1939 y sus protocolos secretos. En marzo de 1991 los tres países celebraron elecciones y el reclamo de independencia contó con el apoyo de mayorías abrumadoras, incluso en las minorías de habla rusa. También Georgia reclamó la independencia: en Ucrania, la más extensa y rica de las repúblicas, si excluimos a Rusia, hubo un movimiento análogo hacia la autonomía, aunque todavía no hacia la independencia directa. Al sur del Cáucaso, los armenios cristianos y los musulmanes azeríes lucharon unos contra otros y fue necesario despachar elevado número de soldados soviéticos para separar a los combatientes.

Los problemas regionales de Gorbachov se complicaron a causa del comportamiento de la misma Rusia (como entidad diferenciada de la Unión Soviética, a la que denominamos “el centro”), con sus 150 millones de habitantes, sus dilatados territorios, que incluían casi toda Siberia, y sus recursos naturales; los satélites de la Unión Soviética y todas sus repúblicas se quejaban constantemente, afirmando que eran víctimas de la explotación rusa y los mismos rusos afirmaban con apasionada convicción que tanto los satélites como las repúblicas se aprovechaban de ellos. “Nosotros, los pobres rusos, pagamos por todos”, solían decir. Por supuesto, el hecho era que tanto los rusos como las repúblicas y los satélites habían sido víctimas de un sistema incorregiblemente ineficaz. Si alguien estaba explotándolos, era la *nomenklatura*, la casta privilegiada de altos funcionarios comunistas y oficiales militares, que existía en todas partes. Quizás el peor error de Gorbachov fue abstenerse de abolir al principio mismo la casta y sus privilegios, pues en ese caso todos los que ocupaban cargos de autoridad, enfrentados con la realidad de la escasez, habrían aceptado la necesidad de abolir el mismo leninismo. Pero dejó intactos los privilegios y la Unión Soviética continuó englobando a dos naciones: la clase gobernante y el *hoi poloi*, exactamente como una sociedad antigua. La familia de Gorbachov gozaba de esos privilegios; en Nueva York, durante la cumbre Gorbachov-Reagan en Washington, en el mes de diciembre de 1987, la señora Raisa Gorbachov salió de compras con una tarjeta norteamericana Express Golden, cuya posesión

era ilegal para los rusos, y podía ser condenada con una larga pena de cárcel. Pero ella era una mujer privilegiada, estaba por encima de la ley; era una esposa de la *nomenklatura*.

Por consiguiente, no es sorprendente que a medida que descendió la popularidad de Gorbachov, el hombre que lo reemplazó en el afecto de los rusos comunes y corrientes fuera Boris Yeltsin, un alto funcionario que había renunciado voluntariamente, tanto para él como para su familia, a los privilegios de la jerarquía partidaria. Ex jefe del partido de Moscú, había sido exonerado por Gorbachov en 1987 por haberse quejado públicamente de que las reformas no se aplicaban rápidamente o con bastante amplitud. Luego se presentó en las primeras elecciones libres para el Congreso de Diputados del Pueblo, celebradas el 28 de marzo de 1989, y en el distrito de Moscú, con siete millones de personas, fue elegido con el 90 por ciento de los votos. Más tarde, a pesar de las maniobras hostiles de Gorbachov y sus secuaces, Yeltsin fue elegido presidente, es decir jefe del gobierno de la República Rusa, el principal miembro de la Unión Soviética.

Por lo tanto, la escena estaba preparada para una crisis constitucional que, como en Yugoslavia, tenía matices de *putsch* o posiblemente de guerra civil. Algunos criticaron a Yeltsin y otros a Gorbachov. Pero Yeltsin era popular y Gorbachov no, excepto en el extranjero. Más aún, Yeltsin había sido elegido por el pueblo y, en cambio, Gorbachov era presidente de la Unión Soviética sólo por decisión de una junta partidaria. Yeltsin defendía el regionalismo y Gorbachov “el centro”. Cuando éste celebró un referéndum nacional en marzo de 1991 y preguntó a los ciudadanos soviéticos si deseaban continuar en la Unión Soviética, algunas repúblicas, entre ellas todos los estados bálticos, rehusaron participar; otras, incluidas Rusia y Ucrania, formularon interrogantes suplementarios que no habían sido elaborados por “el centro”. A la Rusia de Yeltsin se le preguntó: “¿Desean que los presidentes de las repúblicas sean elegidos por sufragio universal?”. Tanto Gorbachov como Yeltsin obtuvieron las respuestas que deseaban, o dijeron que las habían obtenido. De modo que esta práctica democrática resolvió poco. En junio de 1991, Yeltsin consolidó su posición al convertirse en el primer presidente ruso elegido en forma directa, ganando por casi el 60 por ciento de los votos.

Mientras tanto, se desarrollaban inexorablemente dos procesos que al parecer estaban fuera del control de Gorbachov o de Yeltsin. El primero fue la recuperación de los comunistas de la línea dura, sobre todo en el ejército, la KGB y la burocracia, que en 1990-1991 comenzaron a recuperar parte de la confianza perdida y presionaron al “centro” en la dirección que ellos deseaban. Esquivaban las órdenes que no les agradaban y adoptaban medidas que el Kremlin o el mismo Gorbachov afirmaban no haber aprobado; por ejemplo la ocupación de las estaciones radiodifusoras, las sedes de los diarios y otros emblemas del regionalismo en las repúblicas bálticas, en un caso con pérdida de vidas. En el otoño de 1990 Eduard Shevardnadze, un liberal que era ministro de Relaciones Exteriores de Gorbachov, renunció en actitud de protesta ante la conducta de lo que él denominó “estas fuerzas ocultas”. Hacia la primavera de 1991 Rusia soviética padecía una ausencia de líneas definidas de autoridad. En muchos países esta situación habría sido el desencadenante de un golpe militar. Pero vale la pena señalar que Rusia no tenía una tradición de generales que se incautaban del poder; la única ocasión en que se intentó tal cosa, el famoso movimiento decembrista de 1825, había concluido en un fracaso total. Más aún, el ejército local estaba desmoralizado, engrosado por tropas que de mala gana habían dejado sus cómodos cuarteles en Europa Oriental para retornar a las barracas superpobladas y a las tiendas vacías.

Sobre este trasfondo Gorbachov negoció un nuevo tratado de la Unión con Yeltsin y otros líderes de las repúblicas durante el verano de 1991. Cuatro de las repúblicas, es decir Lituania, Letonia, Estonia y Georgia rehusaron participar en las negociaciones y afirmaron su total independencia. Otras, como la Rusia de Yeltsin, manifestaron reservas acerca del texto, que contemplaba un considerable reintegro de la autoridad, arrebatada al centro, pero conservaba a la Unión Soviética. De todos modos, Gorbachov, que había estado tomando unas breves vacaciones en su villa de Crimea, planeaba regresar a Moscú para firmar formalmente el tratado el martes 20 de agosto. Para los hombres de la línea dura, el tratado era el punto decisivo. Lo consideraban el preludio de la desintegración de la Unión Soviética, y decidieron abortar a toda costa su confirmación. Durante el fin de semana del 17-18 de agosto, las tropas de la KGB rodearon la villa de Gorbachov, cortaron

sus comunicaciones y pusieron bajo arresto domiciliario a Gorbachov y su familia. El lunes 19 de agosto se anunció públicamente el *putsch* en los servicios oficiales de radiodifusión y en una conferencia de prensa celebrada en Moscú se anunció que Gorbachov estaba enfermo y no podía cumplir sus funciones, las que retornaban a su vicepresidente. Se había formado un Comité de Ocho para salvar al país de las múltiples y graves crisis que afrontaba y para restablecer el orden.

Los conspiradores eran una mezcla de hombres que disponían de poder real; por ejemplo el ministro de Defensa, el jefe de la KGB y el ministro del Interior, y otros que eran poco más que figurones, aunque ocuparon altos cargos en la organización del Estado y la estructura de los sindicatos. Prácticamente todos habían sido designados por el mismo Gorbachov y algunos eran viejos colegas de confianza. La iniciativa tuvo el apoyo de los medios oficiales de difusión, en los que se restableció rápidamente la censura, y de muchos destacados funcionarios del Partido Comunista. Fue anunciada con evidente alivio por la radio y la televisión de Pekín y saludada entusiastamente por proscritos internacionales como Saddam Hussein en Irak, el coronel Gaddafi de Libia y Fidel Castro de Cuba. El resto del mundo respondió con una actitud de conmovido silencio o, en el caso de Estados Unidos y Gran Bretaña, con franca hostilidad y pronósticos acerca de que el nuevo régimen no tenía mucho futuro.

Sin embargo, los que recordaban el fiasco decembrista creían que este episodio tendría un trámite mucho más rápido y no se equivocaron. Como lo demostró la conferencia de prensa en su comienzo mismo, el Comité de los Ocho no tenía una voz ideológica común para lo que estaba haciendo. En la autojustificación que ofrecieron faltaba sobre todo el más mínimo elemento de teoría marxista-leninista. El derrumbe de la conducción comunista sin duda se había extendido incluso a los obstinados que se aferraban desesperadamente a su estructura estatal y a la vida privilegiada que ésta permitía a la elite partidaria. La justificación racional de la ocupación del poder fue que simplemente controlaban a las fuerzas armadas y a la policía. Pero, ¿era así? Pronto surgieron dudas. Pareció que el *putsch* carecía de liderazgo. No había un Lenin que aportase la voluntad ni un Trotsky que aportase medidas militares decisivas. Los miembros del Comité discrepaban en cuanto a objetivos y métodos —como había sido el caso de los decembristas— y pronto comenzaron a disputar entre ellos. Se cometieron todos los errores tácticos y estratégicos posibles.

Aunque se retuvo a Gorbachov contra su voluntad, se le preservó la vida, pudo conservar a sus guardaespaldas personales y por su receptor de radio escuchaba el servicio mundial de la BBC, que transmitía la reacción hostil del mundo frente a la conspiración; es indudable que esta información fortaleció su decisión de rechazar todo trato con el Comité. Además, y lo que es más importante, no consiguieron apoderarse de su archienemigo Yeltsin. Cinco horas después de recibir el anuncio del *putsch*, éste pudo acercarse a su baluarte, el Parlamento ruso o “Casa Blanca” en la plaza Manezh, que ni siquiera había sido acordonada por la policía o las tropas. Yeltsin no pudo comunicar su desafío al pueblo ruso utilizando la radio y la televisión, pero sus conexiones telefónicas permanecieron intactas. De ese modo, pudo hablar al presidente Bush y a John Major, y recibir su apoyo y aliento. Más aún, pudo comunicar estas noticias y hacer sus propios llamados a la resistencia en muchos lugares y organizaciones de Rusia apelando a las líneas de fax, que también permanecieron intactas. Los tanques y los transportes blindados de personal estaban en las calles de Moscú, pero carecían de órdenes claras. Algunos contingentes se acercaron a la Casa Blanca y su personal anunció que se ponía del lado de los parlamentarios rusos. En la tarde del lunes, Yeltsin salió de la Casa Blanca, trepó a la torreta de un tanque y proclamó a la multitud que los *putschistas* serían arrestados y sometidos a juicio.

La culminación fue la noche del martes 20 de agosto, cuando después de un día de indecisión un grupo de vehículos blindados abrió fuego sobre civiles insurgentes en el camino de cintura de Moscú y tres jóvenes murieron. A esta altura de las cosas, los comandantes militares de la región de Moscú rehusaron impartir nuevas órdenes de fuego y en ciertos casos los tanques comenzaron a regresar a los cuarteles. En Leningrado, donde los demócratas ejercían el control total, se ordenó a las unidades militares que no entrasen en la ciudad, medida que fue obedecida. El mando de la fuerza aérea ya había rehusado ejecutar las órdenes del Comité y las unidades navales se negaron a

emprender acciones contra las repúblicas bálticas, donde sólo las fuerzas especiales del Ministerio del Interior, las boinas negras, estaban dispuestas a obedecer las instrucciones del Comité. Entre la medianoche del martes y el mediodía del día siguiente el *putsch* vaciló y terminó derrumbándose en la ignominia y el disenso. El ministro del Interior se suicidó. Dos de sus colaboradores en la conspiración huyeron a Crimea, en un desvaído intento de explicarse ante Gorbachov. Pero al cambiar la marea, se encontraron prisioneros en Moscú. Yeltsin se hizo cargo del gobierno y pronto todos los tanques abandonaron las calles. Hacia el jueves, Gorbachov regresaba al Kremlin en la condición de hombre libre y los siete miembros del Comité que aún vivían estaban arrestados. Marx había observado la tendencia de la historia a repetirse, la primera vez como tragedia, la segunda como farsa. En una manifestación superlativa de ironía, el ascenso y la caída del horroroso Estado totalitario que expresaba sus enseñanzas ilustraron esta máxima. El *putsch* de Lenin, en octubre de 1917, que instaló ese Estado, fue una tragedia para Rusia y para el mundo; el *putsch* de agosto de 1991, que determinó su caída, fue una farsa.

Hacia el viernes 23 de agosto era evidente que el fracaso de la conspiración había provocado la némesis que pretendía impedir: la destrucción del Estado comunista y de su marco imperial, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Gorbachov retornó a Moscú con el propósito de reanudar su programa gradualista y reemplazó a los funcionarios arrestados por otros baluartes del partido, en la mayoría de los casos sus suplentes. Pronto se le obligó a comprender que, en su ausencia, había sobrevenido un desplazamiento decisivo del poder, del centro a las repúblicas, y de él mismo a Yeltsin. Esos tres días fundamentales revirtieron la revolución leninista realizada setenta y cuatro años antes. El cambio se caracterizó por gestos simbólicos y evocó escenas observadas en 1989 en los antiguos satélites, sobre todo la destrucción de la gigantesca estatua de Felix Dzherzinski, fundador de la policía secreta de Lenin, que estaba frente a la Lubianka, el cuartel general de la KGB en Moscú. En respuesta a las exigencias de la multitud, que amenazó derribarla con las manos desnudas, fue retirada por grúas del Departamento de Obras Públicas de la ciudad de Moscú y arrojada a la calle que corre frente al parque Gorki, donde se le unieron enormes imágenes de Iacov Sverdlov, Mijail Kalinin y algunas cabezas de Stalin que habían sobrevivido a anteriores accesos de iconoclasia. En muchas repúblicas se procedió a remover las estatuas de Lenin, se adoptó la decisión de clausurar su sepulcro en la Plaza Roja y retirar su cuerpo embalsamado para sepultarlo nuevamente junto a los restos de su madre; la misma Leningrado retornó a su nombre histórico de San Petersburgo, después de un referéndum entre sus ciudadanos.

Sin embargo, lo fundamental tuvo lugar en el Parlamento ruso la tarde del viernes 23 de agosto. Yeltsin había invitado a Gorbachov a presentar su propia versión de la conspiración; la ocasión fue televisada en vivo, no sólo para beneficio de los televidentes rusos, sino del mundo entero. Pero no se permitió que Gorbachov dirigiese la escena a su modo. Durante su alocución, Yeltsin, sentado al lado de Gorbachov en su condición de presidente ruso, le entregó un documento que probaba que todos los integrantes de su gabinete, los principales ministros a quienes él mismo había elegido habían apoyado el golpe. Gorbachov protestó: “Pero yo todavía no he leído esto”. Yeltsin, apuntando con el dedo contestó: “Entonces léalo ahora, en alta voz”. Gorbachov, sorprendido, acató la indicación y ningún episodio como éste, que se grabó en la memoria de todos los que observaban, expresó de modo tan cabal la transferencia de autoridad de un líder a otro. Yeltsin acrecentó su ventaja poco después cuando, con evidente desaliento de Gorbachov, anunció que firmaba un decreto que suspendía al Partido Comunista en toda la República Rusa y que ordenaba la confiscación de sus propiedades y el secuestro y examen de sus documentos por las autoridades. Luego firmó el documento mientras el Parlamento ruso lo vivaba.

Durante la quincena siguiente, se desarrollaron en detalle las consecuencias de esta dramática escena. La suspensión del Partido Comunista se extendió a todo el territorio de la Unión Soviética. Más de 5.000 edificios, generalmente erigidos en los asientos urbanos más destacados, pasaron a poder público, se procedió a confiscar las cuentas bancarias y los depósitos en el extranjero y se secuestraron los archivos. También la KGB tuvo que entregar sus archivos; se procedió a reducir drásticamente su número y sus funciones, y se designó un nuevo jefe que debía liberalizar sus métodos. La totalidad de las instituciones principales de la antigua Unión Soviética; por ejemplo el

Ministerio de Defensa, la KGB, el Ministerio del Interior y el Ministerio de Relaciones Exteriores, perdieron sus colegios, los instrumentos a través de los que se ejercía principalmente el control del partido. Se obligó a Gorbachov a designar a otro grupo de hombres, esta vez todos liberales, en los altos cargos del Estado. Pero a medida que se pasó de agosto a septiembre, Gorbachov se vio en dificultades cada vez mayores para persuadir a hombres influyentes de que aceptaran su invitación a unírsele, pues era evidente que disminuía el papel del centro y que la autoridad de Gorbachov se debilitaba día a día.

La base del poder de Gorbachov había sido el Partido Comunista, ahora disuelto, y el Parlamento soviético. Durante la primera semana de septiembre el Parlamento, que por su composición aún exhibía una mayoría abrumadoramente favorable a la línea dura, se reunió en el Kremlin. Pero privado de su presidente, que ahora estaba arrestado, y con muchos de sus líderes ocultos o en la cárcel, aceptó sumisamente las medidas que dismantelaban el poder del Partido Comunista y del superestado que éste controlaba. Se otorgó la independencia sin más discusión a Estonia, Letonia y Lituania; la libertad de esos países se vio confirmada por el retiro relativamente desordenado de las restantes fuerzas especiales del Ministerio del Interior que aún estaban acantonadas allí. Dinamarca fue el primer Estado occidental que reconoció, o más bien reafirmó, la soberanía de estos países, ya que su ocupación, de acuerdo con el pacto nazisoviético, nunca había sido aceptada como válida, y lo siguieron inmediatamente otros países de la Comunidad Europea y Estados Unidos. Una por una, todas las partes componentes de la Unión Soviética, encabezadas por Ucrania, la región que seguía en extensión e importancia a la misma Rusia, declararon su independencia *de facto*, como base para negociar nuevos vínculos pragmáticos entre ellas. A principios de septiembre Gorbachov y otros líderes republicanos propusieron, y el Parlamento soviético ratificó, la decisión de transformar la antigua Unión Soviética en una confederación flexible de Estados soberanos. Comenzó el proceso de determinar cómo se mantendría el comercio entre esos Estados, quién controlaría la defensa (incluyendo la propiedad, la instalación y la acción de las armas nucleares) y la política exterior, y quién administraría una moneda común, si ésta existía. De esta forma, el antiguo imperio zarista, remodelado por Stalin, la sombría entidad que con razón se llamaba “la cárcel de los pueblos”, al fin abrió sus puertas de par en par y sus prisioneros quedaron en libertad para seguir cada uno su camino o para buscar una cooperación mutua, según les pareciera conveniente.

Estos cambios trascendentales, que pusieron fin a tres cuartos de siglo de totalitarismo comunista soviético y reelaboraron no sólo el mapa ideológico de Europa Oriental sino también su mapa político, se realizaron en el marco de una acelerada declinación del conjunto de la economía soviética. Antes ya habían existido periodos de escasez de alimentos. En realidad, el sector industrial estaba mostrándose más lento que la agricultura, que por lo menos aún producía alimentos, aunque el Estado no pudiera distribuirlos. El 9 de marzo de 1991, en Moscú alguien permitió que se filtrase un informe secreto originado en el Gosplan, el organismo central del planeamiento soviético, con un pronóstico referido a 1991-1992.¹³⁸ Este pronóstico decía que, durante el año, la producción agrícola disminuiría el 5 por ciento, la producción industrial un alarmante 15 por ciento, y el PBN total un 11,5 por ciento. Contemplaba lo que el mismo documento llamaba “un derrumbe inminente” de la inversión de capital y llegaba a la conclusión de que el país estaba afrontando “una catástrofe económica”. Durante el verano fue necesario revisar aún más estas cifras, a medida que se extendió el desorden político, se debilitó el control central y las repúblicas tendieron a separarse; hacia principios del otoño era evidente que la cosecha sería mucho más pequeña que en 1990, que se requerirían importaciones más considerables de alimentos pagaderos en moneda dura, de la que no disponía la Unión Soviética en conjunto ni sus repúblicas consideradas individualmente. Gorbachov había presionado a los líderes occidentales reclamando el derecho de asistir a la cumbre G-7 de las potencias industriales avanzadas, la que se celebró en Londres en julio de 1991. Se rechazó la participación, pero se permitió que Gorbachov hablase ante la reunión de jefes de Estado o gobierno acerca de la necesidad de ayuda cada vez más apremiante en la Unión Soviética. Se trazaron algunos planes para satisfacer sus deseos, por lo menos

138 Informado en el *Money Programme* de la BBC, 10 de marzo de 1991.

suministrando ayuda y asesoramiento técnico, pero fue necesario corregir constantemente estas propuestas, pues la variable política de la Unión Soviética y sus repúblicas amplió las oportunidades de hacer efectiva dicha ayuda.

Hasta el fracaso del *putsch* de agosto de 1991 el posterior derrumbe del Partido Comunista, Occidente había vacilado ante la posibilidad de suministrar ayuda material a su antagonista en otros tiempos poderoso. En Washington y Londres inquietaba con razón el estado de ánimo de las fuerzas armadas soviéticas o el de sus comandantes, y la prueba de que alguno de los acuerdos de desarme, elaborados por los presidentes Reagan y Bush y por el presidente Gorbachov, estaban siendo descuidados por los soviets. Había también un útil adagio diplomático del siglo XIX, probablemente concebido por Talleyrand, que dice: “Rusia nunca es tan fuerte como parece; Rusia nunca es tan débil como parece”. Pero era evidente que, a fines de la década de los ochenta y principios de los noventa, algunos aspectos de las relaciones entre las grandes potencias habían cambiado de manera permanente. Después de una cumbre a bordo de una nave frente a Malta, el 3 de diciembre de 1989, el vocero soviético, Gennady Gerasimov, había tenido la audacia de decir: “La guerra fría terminó hoy a las 12.45”. Era un hecho. Desde el comienzo de la década de los noventa, Estados Unidos, Rusia y otras potencias tuvieron cada vez más posibilidades de discutir los problemas en los términos tradicionales y realistas de la política de poder de viejo estilo, sin matices ideológicos. No era la fórmula que permitiría construir el país de la utopía, pero hasta cierto punto era un progreso. Se disolvió el Pacto de Varsovia e incluso se habló de ampliar la OTAN para convertirla en un organismo mundial de seguridad, que compartiría algunas de las responsabilidades con las repúblicas soviéticas. La idea de una guerra termonuclear entre las dos superpotencias retrocedió hasta el dominio de la imposibilidad práctica. Indudablemente, hacia el otoño de 1991 ya no era posible concebir una entidad contraída y dividida, es decir Rusia soviética, como una auténtica superpotencia; en la práctica, Estados Unidos era la única.¹³⁹

El fin de la guerra fría no sólo atenuó en gran medida la amenaza termonuclear. También, y por primera vez, posibilitó que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas funcionara tal como lo habían concebido sus creadores, es decir como un instrumento capaz de afrontar rápida y eficazmente la agresión. La ocasión se presentó el 2 de agosto de 1990, cuando sin previo aviso fuerzas iraquíes invadieron y ocuparon Kuwait en un solo día. Como ya hemos observado, Irak había organizado inmensas fuerzas armadas, con cierta ayuda de Estados Unidos y Gran Bretaña, pero principalmente a través de Rusia soviética, China, Francia y, en áreas especializadas, Alemania Occidental. El ataque tuvo su prolegómeno. Irak tenía no sólo una disputa de límites con Kuwait, que afectaba parte de uno de los yacimientos petrolíferos, sino la pretensión mucho más amplia de que todo el país era, de acuerdo con las antiguas divisiones administrativas turcas otomanas, una “provincia perdida” de Irak. Esta afirmación carecía de base histórica, pues Kuwait había sido reconocida internacionalmente como una entidad autónoma mucho antes de que Irak se formara, por iniciativa de los británicos, como mandato de la Liga de las Naciones, en 1920-1922. Pero era parte de la visión que tenía Saddam Hussein de una gran Babilonia renacida; con ese fin había creado esas enormes fuerzas armadas. Otra queja contra Kuwait era que había prestado inmensas sumas a Hussein para financiar su guerra de ocho años contra Irán y ahora reclamaba el reembolso del capital, o por lo menos el pago de intereses. Saddam también acusó a todos los estados del Golfo, el 17 de julio de 1990, de “conspirar con Estados Unidos” para rebajar el precio del petróleo crudo y “apuñalar por la espalda a Irak con una daga política”. Cinco días después comenzó a trasladar tropas y blindados hacia la frontera. El 27 de julio, bajo la presión iraquí, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) elevó el precio del petróleo a 21 dólares el barril. Pero el mismo día el Senado norteamericano suspendió los créditos agrarios en favor de Irak y prohibió nuevas transferencias de tecnología militar. Hacia el 31 de julio unos 100.000 soldados iraquíes estaban en la frontera con Kuwait y las conversaciones entre los plenipotenciarios iraquíes y kuwaitíes, celebradas en Jeddah ese mismo día, se interrumpieron después de dos horas. En ese momento se informó ampliamente que el embajador norteamericano en Bagdad, en el curso de una

139 Véase M. E. Porter, *The Competitive Advantage of Nations*, Nueva York, 1990.

conversación con Saddam Hussein, no le había advertido que la ocupación de Kuwait sería considerada por Washington como una amenaza a los intereses vitales norteamericanos; pero se negó la validez de esta afirmación en una declaración ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, en marzo de 1991.¹⁴⁰ De todos modos, es evidente que la inteligencia norteamericana y la británica fracasaron, y que la invasión misma sorprendió e impresionó.

Sin embargo, por obra de la buena suerte, esta agresión coincidió con una reunión internacional en Aspen, Colorado, con la presencia entre otros de Margaret Thatcher. De modo que la Thatcher pudo reunirse inmediatamente con el presidente Bush. Decidieron conjuntamente un enfoque anglonorteamericano que mantuvo su solidez durante los muchos y ansiosos meses de desarrollo diplomático y militar que siguieron y en el curso de las hostilidades mismas. De hecho, no hubo otra ocasión desde la segunda guerra mundial en que la relación especial entre las potencias anglosajonas (como solía denominarlas ásperamente de Gaulle) funcionara con tanta eficacia. La primera prioridad de los aliados fue impedir que Saddam invadiese Arabia Saudita y que avanzara hacia el sur para apoderarse de todos los estados petroleros del Golfo. Se creía que con estos recursos y en unos pocos años Irak podría adquirir no sólo armas nucleares sino los medios de arrojarlas a gran distancia, amenazando de ese modo a Europa (y quizás incluso a Estados Unidos) así como a Israel y a otros países de Medio Oriente. En este punto aportó jugosos dividendos el nuevo sentimiento de confianza en las propias fuerzas creado en las potencias occidentales civilizadas por los hechos de los años noventa, entre ellos el triunfal desarrollo de la campaña de las Falkland, la liberación de Granada, la incursión contra Libia y la intervención en Panamá. George Bush y Margaret Thatcher decidieron desde el principio no sólo proteger a Arabia Saudita mediante la fuerza, sino también liberar a Kuwait, cualquiera que fuese el costo. Acordaron además actuar en cada etapa con el respaldo pleno del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y, sobre la base de sus resoluciones, crear una fuerza internacional de la mayor amplitud posible, que incluyese a los estados árabes.

El compromiso de las Naciones Unidas, que habría sido imposible mientras continuara la guerra fría, fue la mejor prueba posible de que en efecto había terminado. Rusia soviética cooperó constantemente con el esfuerzo diplomático anglonorteamericano, en privado incluso de un modo más total que en público. Por supuesto, estaba influida por el interés propio. Por una parte, su inversión militar en Irak era enorme (incluía más de mil técnicos y asesores) y los rusos deseaban evitar un conflicto armado, si tal cosa era posible; de ahí que destacaron constantemente la conveniencia de una solución no violenta. Por otra parte, la necesidad de ayuda financiera y económica norteamericana era cada día más apremiante y ese hecho indujo a Moscú a atenerse en última instancia a la orientación norteamericana y a tratar de resolver con la mayor rapidez posible el problema del Golfo.

Por lo tanto, no sin algunas discusiones y dificultades, el Consejo de Seguridad se subordinó a la estrategia general anglonorteamericana. El 2 de agosto la resolución 660 del Consejo de Seguridad condenó la invasión y exigió el retiro incondicional de las fuerzas iraquíes. La frase quedó reforzada por una declaración de Bush, quien insistió en que Estados Unidos exigía “el retiro inmediato, completo e incondicional de todas las fuerzas iraquíes de Kuwait”. El 6 de agosto la resolución 661 del Consejo de Seguridad impuso un embargo comercial a Irak. El 9 de agosto la resolución 662 estableció que la anexión de Kuwait por Irak, anunciada en Bagdad, era ilegal, nula y sin efecto. El 18 de agosto, la resolución 664 anulaba la orden de Irak que clausuraba las misiones diplomáticas en Kuwait y exigía el derecho de todos los extranjeros a salir del país. El 25 de agosto el Consejo de Seguridad dio otro paso importante al autorizar el uso de la fuerza para imponer las sanciones. Finalmente, el 29 de noviembre la resolución 678 autorizó el empleo “de todos los medios necesarios” para expulsar de Kuwait a las fuerzas iraquíes si no se habían retirado después de un plazo que se determinó en la medianoche del 15 de enero de 1991. El texto de la resolución 678 también permitía que se adoptasen medidas para garantizar la paz y la estabilidad en la región.

140 Acerca de los sucesos que condujeron a la guerra, véase John Bullock y Harvey Morris, *Saddam's War: the origins of the Kuwait conflict and the international response*, Londres, 1991.

Todas estas resoluciones, de las que la última fue de lejos la más importante, fueron aprobadas con el voto de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad; en algunos casos dos miembros marxistas no permanentes, Cuba y Yemen, votaron en contra, pero por supuesto carecían de poder de veto. Todas las medidas fueron negociadas previamente con Rusia y, en efecto, el 19 de noviembre George Bush y Gorbachov se reunieron en París para analizar detalladamente toda la estrategia. Rusia no colaboró con las fuerzas aliadas concentradas en el Golfo, pero consintió en su empleo y contribuyó activamente al proceso de autorización de las Naciones Unidas. Por su parte, suministró distintas formas de inteligencia militar y datos acerca de las posibilidades, el asiento y las estructuras de mando de los sistemas de armas iraquíes que la misma Rusia había suministrado a las fuerzas de Saddam. Por lo tanto, la operación fue el primer beneficio positivo de la nueva relación entre las ex potencias de la guerra fría.¹⁴¹

La guerra del Golfo pudo demostrar la eventual eficacia del Consejo de Seguridad para resistir a un agresor y obligarlo a retirarse, siempre que —y se trataba de una condición decisiva— los Estados Unidos, en su condición de superpotencia democrática, y sus principales aliados, por ejemplo Gran Bretaña, estuviesen dispuestos a afrontar sus responsabilidades con la Carta de las Naciones Unidas. La crisis fue también la primera que se desarrolló, hasta el nivel mismo del combate, totalmente frente a las cámaras de televisión; muchas redes, por ejemplo la Cable News Network, con base en Estados Unidos, y la Sky, con base en Gran Bretaña, suministraron cobertura durante las veinticuatro horas. Por consiguiente, la opinión pública representó un papel destacado en todo el curso del proceso; el gobierno norteamericano, a la luz de la dolorosa experiencia de Vietnam, tuvo que mostrarse cuidadoso y afrontar opiniones sobre todo lo que hacía. De hecho, las encuestas demostraron que los votantes norteamericanos estaban adoptando cada vez con más firmeza una actitud de respaldo pleno a la expulsión por la fuerza del agresor iraquí; aunque Bush obtuvo sólo una reducida mayoría en el Senado cuando éste lo autorizó a usar la fuerza, sus actos fueron abrumadoramente respaldados después por ambas cámaras del Congreso y por encuestas de la opinión que le dieron una mayoría de hasta el 90 por ciento. La opinión británica siempre apoyó la decisión original de Thatcher, completamente ratificada por su sucesor John Major, con grandes mayorías (entre el 75 y el 80 por ciento). Por lo tanto, la relación especial pudo aportar el núcleo de una enorme fuerza expedicionaria que se reunió en el Golfo entre agosto de 1990 y enero de 1991, con la aprobación de los electorados norteamericano y británico. La opinión francesa también apoyó la intervención mediante la fuerza; el gobierno francés demostró menos entusiasmo e incluso casi hasta último momento el presidente Mitterrand trató de jugar un juego solitario de negociaciones con el dictador iraquí, aunque no obtuvo resultados; en definitiva, los franceses realizaron una importante contribución tanto a la fuerza aliada como a su éxito. La opinión en otros países occidentales varió, aunque la mayoría realizó alguna contribución. Alemania Occidental y Japón afirmaron que las limitaciones constitucionales les impedían enviar fuerzas armadas, pero suministraron fondos para financiar el esfuerzo de guerra de los aliados. Mediante una hábil diplomacia, las potencias anglosajonas también aseguraron una amplia participación militar árabe, no sólo de Arabia Saudita, la misma Kuwait y otros estados del Golfo, sino de Egipto y Siria. Los esfuerzos de Saddam Hussein para pasar por sobre las cabezas de los gobiernos árabes hostiles e inducir a sus pueblos a defender a Irak tuvieron escaso éxito. Tampoco atrajo el más mínimo apoyo la rápida firma de un acuerdo definitivo de paz con Irán, el 15 de agosto, por el que entregó las escasas ventajas territoriales que había adquirido a tanto costo en ocho años de lucha. Por lo tanto, la coalición aliada de 28 países, que en definitiva participó en el rechazo de la agresión iraquí representó una gran sección transversal de la comunidad mundial y esto también significó un precedente importante y un acentuado fortalecimiento de la autoridad de las Naciones Unidas.¹⁴²

Aun así, toda esta iniciativa diplomático-militar podría haber fracasado en medio de dudas y

141 Con relación a pormenores y fechas de los acontecimientos que llevaron a la invasión irakí y la respuesta de los Aliados, véanse los siguientes suplementos de periódicos londinenses: *Times*, 16 de enero de 1991; *Daily Mail*, 1 de marzo de 1991; *Daily Telegraph*, 2 de marzo de 1991; *Sunday Telegraph*, 3 de marzo de 1991.

142 Los mayores efectivos terrestres que compusieron la fuerza aliada fueron: Estados Unidos, 320.000; Reino Unido, 25.000; Arabia Saudita, 40.000; Siria, 12.000; Francia, 10.000; Egipto, 35.000.

recriminaciones si la operación misma, llamada “tormenta del desierto”, hubiese sido un episodio prolongado y costoso. El apoyo público, sobre todo en Estados Unidos, podría haberse desgastado y tal vez la parte árabe de la coalición se hubiese retirado si Saddam lograba obtener éxitos importantes. Según se dieron las cosas, Saddam intentó debilitar el apoyo de los gobiernos árabes a la coalición dirigida por Estados Unidos lanzando numerosos ataques con misiles a las ciudades israelíes e infligiendo algunas bajas a los civiles. Su esperanza era provocar alguna reacción militar israelí y de ese modo mostrar a los gobiernos egipcio, saudita y sirio como aliados *de facto* de Israel. Pero éste tuvo la sensatez de contenerse, ayudado por el pronto suministro de cohetes antimisiles Patriot de los norteamericanos, que demostraron notable eficacia; de modo que la táctica iraquí fracasó. La “tormenta del desierto” fue planeada con mucho cuidado y ejecutada con éxito brillante. El comandante en jefe, general Norman Schwarzkopf, demostró que era no sólo un destacado jefe supremo militar al dirigir una de las más complejas campañas internacionales de la historia con participación de fuerzas marinas, terrestres y aéreas, sino que también reveló que tenía cabal conciencia de la dimensión del asunto en el marco de la televisión y la opinión pública. Sin duda demostró que era un consumado actor frente a las cámaras durante la emisión de sus informes regulares. Su resumen de la estrategia aliada, una vez terminada la campaña, inmediatamente se convirtió en un clásico de la televisión: era como si el televidente hubiese observado al duque de Wellington describiendo la batalla de Waterloo al día siguiente de su consumación.

El ataque aéreo aliado comenzó casi inmediatamente después de cumplido el plazo del 15 de enero y continuó implacablemente hasta la fecha fijada para la ofensiva terrestre, el 24 de febrero, y aun después. El propósito era usar armas de precisión, que incluían la más avanzada tecnología militar (el bombardero Stealth, los Cruises, las llamadas bombas “inteligentes” y los sistemas de guía por láser, así como el equipo infrarrojo de bombardeo nocturno) para alcanzar blancos militares identificados, evitar las áreas civiles y reducir al mínimo las bajas militares. En general, se alcanzó este objetivo; las bajas civiles fueron mínimas y eso ayudó a los aliados a ganar la guerra en los medios de difusión, así como la contienda real. Se definieron sistemáticamente los blancos, desde los sistemas de mando y control, los asientos de radares y misiles, los aeródromos y los centros de armas químicas, biológicas y nucleares, hasta incluir todos los sistemas de comunicación. Después se pasó a atacar y sembrar de bombas las fuerzas terrestres iraquíes desplegadas en Kuwait e Irak meridional. La fuerza aérea iraquí fue destruida o se retiró del combate en etapa temprana; este hecho ayudó mucho a la ofensiva aérea de los aliados, que en definitiva estuvo formada casi por 140.000 vuelos de ataque.

El objetivo era ganar la guerra, en la medida en que eso era posible, mediante el empleo del poder aéreo, minimizando de ese modo las bajas terrestres de los aliados. En definitiva, esa estrategia tuvo más éxito que el que se habían atrevido a esperar Schwarzkopf y sus asesores, el principal de ellos el general Peter de la Billière, comandante de la fuerza británica en Medio Oriente. La ofensiva terrestre, desencadenada el 24 de febrero, incluyó un complicado plan de engaño, que fue eficaz; la resistencia iraquí, gracias a la sostenida ofensiva aérea, fue menor que lo esperado y hacia el 28 de febrero 40 de las 42 divisiones en la zona de guerra habían sido destruidas o anuladas. Las cifras preliminares indicaron que los iraquíes habían tenido 50.000 muertos a 175.000 estaban desaparecidos o capturados. Las bajas aliadas fueron de 166 muertos, 207 heridos y 106 desaparecidos o capturados.¹⁴³ Deseoso de respetar los términos del mandato de las Naciones Unidas y poco dispuesto a entrar en Bagdad y verse arrastrado a la política interna iraquí, Bush ordenó un cese del fuego provisional el 28 de febrero, con la condición de que Irak aceptase todos los términos de los aliados, lo que Saddam aceptó hacer tres días más tarde. Poco después éste se enredó en una desesperada lucha contra sus numerosos enemigos internos para conservar el poder. De esta forma, una agresión no provocada se vio frustrada decisivamente por una dirección firme de las potencias civilizadas, en el marco riguroso de las Naciones Unidas y en plena concordancia con el derecho internacional. Este hecho era un buen augurio para el futuro de la seguridad colectiva, no

143 Las cifras son variadas y deben ser consideradas como estimadas hasta que sean publicados informes de guerra oficiales; las aquí ofrecidas han sido tomadas del suplemento del *Daily Telegraph* del 2 de marzo de 1991.

sólo durante los años noventa sino en el siglo XXI, y sugería que por lo menos algunas de las lecciones del siglo XX al fin estaban siendo asimiladas.

En ciertos aspectos el costo fue elevado. La infraestructura de Irak quedó dañada o destruida y el mismo Saddam saqueó y destruyó gran parte de la infraestructura de Kuwait. Las cuentas se elevaron a muchos centenares de miles de millones de dólares, si bien por una de esas ironías de la vida moderna, la tarea de reconstruir a los dos países sería un estimulante de las economías occidentales y ayudaría a arrancarlos de la crisis. En su cólera y su frustración, Saddam había cometido dos enormes crímenes, no sólo contra Kuwait sino contra toda la humanidad. Arrojó a las aguas del Golfo millones de toneladas de petróleo crudo, las que lentamente derivaron hacia el sur y contaminaron una enorme área del mar, el lecho marino y la costa, e incendió alrededor de 500 pozos petroleros en los vastos yacimientos de Kuwait. Serían necesarios por lo menos dos años para apagar los incendios y mientras tanto continuaría el más grave acto humano de contaminación ambiental en la historia del mundo.

Estos actos de barbarie reforzaron los temores de que la humanidad, en su deseo de alcanzar niveles de vida más elevados mediante la explotación de los recursos naturales de la tierra, estaba infligiendo perjuicios irreparables al planeta. Los temores ecológicos de los años ochenta y principio de los noventa en ciertos aspectos eran análogos a los excesos de pánico de los años setenta, cuando se advirtió al mundo que estaba agotando sus principales materias primas; ambos casos se caracterizaron por la emotividad disfrazada de ciencia, la exageración grosera y el uso temerario, hasta deshonesto, de la estadística. De todos modos, algunas de las inquietudes muy publicitadas tenían fundamento. Por ejemplo, existía justificada inquietud ante la rápida destrucción de las llamadas forestas tropicales húmedas, especialmente en Brasil, con fines comerciales. Se calculaba el área de dichas forestas en aproximadamente 1.600 millones de hectáreas antes de que comenzara seriamente la deforestación. Durante los años ochenta vivían en las forestas húmedas unas 30 millones de especies de insectos; se las estaba destruyendo al ritmo de seis por hora, con la posibilidad de extinguir entre el 10 y el 30 por ciento de las especies terrestres a corto plazo.¹⁴⁴

La deforestación del trópico estaba vinculada con un problema que, hacia fines de los años ochenta, comenzó a ser considerado cada vez más grave no sólo por los grupos de presión ecologistas sino por la ciencia y el gobierno: el llamado “efecto invernadero”. La capa mundial de ozono, que detiene la perjudicial radiación ultravioleta proveniente del sol, estaba debilitándose progresivamente, según se argumentaba, a causa de una serie de factores, principalmente el uso de combustibles fósiles, que producía dióxido de carbono y se comportaba como el vidrio de un invernadero, que recoge el calor del sol; otro factor era el uso cada vez más extendido de clorofluorocarbonos, utilizados por ejemplo como propulsores de los aerosoles, en la refrigeración y en el aire acondicionado. Suecia había aprobado una ley que prohibía los aerosoles ya en enero de 1978; pero por otra parte Suecia aprobaba muchas leyes que prohibían actividades humanas supuestamente perjudiciales. La primera advertencia grave y documentada acerca de la capa de ozono llegó en marzo de 1984, originada en un equipo de la Universidad de Anglia del Este. Se calculaba que el “efecto invernadero” produciría veranos más cálidos, inviernos más benignos y también tormentas violentas, inundaciones y sequías. Especialmente el pueblo británico comenzó a creer en esta posibilidad durante los años ochenta, cuando tuvieron lugar algunos de los veranos más cálidos que se hubiesen conocido y, el 16 de octubre de 1987, el huracán más violento desde principios del siglo que destruyó millones de árboles, incluso algunos especímenes valiosos de Kew Gardens. El mes anterior, el 16 de septiembre, 70 naciones reunidas en Montreal habían acordado un programa de medidas destinadas a fijar en los niveles existentes las emisiones de clorofluorocarbono y a reducirlas un 50 por ciento hacia 1999. A principios de 1990 el mundo estaba despertando lentamente a sus responsabilidades como preservador del planeta y no sólo como su explotador.¹⁴⁵

El uso industrial de tecnología avanzada, por ejemplo de la inmensa maquinaria que estaba

144 Para estas y otras cifras véase *Chronicle of the Twentieth Century*, pp. 1294-1295.

145 Varios ejemplos pueden encontrarse en David Israelson, *Silent Earth: the Politics of Survival*, Ontario, 1990, esp. pp. 227-250.

arrasando las forestas lluviosas brasileñas, podía dañar la tierra; los progresos tecnológicos, entre ellos los perfeccionados sistemas de supervisión, podían ayudar a preservarla, explicándonos qué estaba sucediendo exactamente y qué hacíamos mal. En todo caso, no había modo de detener la marcha de la ciencia y su aplicación, que avanzaron con ritmo cada vez más acelerado durante el siglo XX, contribuyendo a la barbarie del hombre y atenuando sus peores consecuencias. El triunfo en la guerra del Golfo mediante armas de elevada tecnología, que redujeron las bajas, por lo menos las de los aliados, a un mínimo, fue un ejemplo y un indicador del futuro. En términos puramente físicos, las ciencias exactas cumplieron todas sus promesas en el siglo XX. En sus fases iniciales los tiempos modernos estuvieron dominados por la física, sobre todo la nuclear y la astrofísica. El físico llevó al hombre hasta el borde del abismo, pero después lo detuvo y lo indujo a mirar hacia abajo. Es posible que, después de la aparente inevitabilidad de dos guerras nucleares, la creación de las armas nucleares fuese un regalo admonitorio que evitó un tercer choque entre las grandes naciones e inició lo que a principios de los años noventa se había convertido en el más prolongado período de paz general jamás conocido. Asimismo, el fin de la guerra fría y la reconciliación parcial de las dos principales potencias termonucleares sugirieron que éstas estaban dispuestas a adoptar medidas conjuntas para impedir la difusión de tales armas entre los estados que fuesen suficientemente tontos como para usarlas. En este sentido, parece que la física cumplió un importante papel político en la segunda mitad del siglo.

Sin embargo, parece que la física llegó al fin de su predominio durante los años sesenta. En todo caso, no pudo explicar a la gente lo que cada vez más reclamaba saber. ¿Qué se había descarriado en la humanidad? ¿Por qué se había frustrado la promesa del siglo XIX? ¿Por qué gran parte del siglo XX se convirtió en una era de horror o, como dirían algunos, de maldad? Las ciencias sociales, que afirmaban que esos interrogantes pertenecían a su propio ámbito, no podían suministrar la respuesta, lo que no era sorprendente: eran parte, y una parte muy importante, del problema. La economía, la sociología, la psicología y otras ciencias inexactas —apenas ciencias, a la luz de la experiencia moderna— habían construido el monstruo de la ingeniería social que, a su paso, había aplastado tantas vidas y destruido tanta riqueza. La tragedia fue que las ciencias sociales comenzaron a desacreditarse sólo durante los años setenta, después de haberse beneficiado del gran impulso de la educación superior. Por lo tanto, el efecto de la falacia de las ciencias sociales se seguirá sintiendo todavía hasta el siglo XXI.

Más aún, a principios de los años noventa, los científicos sociales en las universidades occidentales, incluso algunos de elevada reputación aunque en descenso, aún intentaban practicar la ingeniería social. Por ejemplo en Oxford y en menor medida en Cambridge, algunos institutos aplicaban una política discriminatoria en sus procedimientos de ingreso, en perjuicio de los jóvenes con un alto rendimiento que venían de los colegios pagos, en favor de los aspirantes de menor rendimiento provenientes de las escuelas estatales.¹⁴⁶ El propósito era puramente social y no académico: la rectificación de los supuestos “desequilibrios sociales y financieros” en la población general. Pero las consecuencias fueron sencillamente el descenso de los niveles, que se vieron atacados. Un veterano académico de la Universidad de Pensilvania, que se opuso a la idea global de la jerarquía del mérito en la literatura y las artes, y que escribió que distinguir entre las obras de Virginia Woolf y Pearl Buck no era diferente “que elegir entre una hamburguesa y una pizza”, declaró públicamente que él había consagrado su carrera “al día en que hayamos logrado que desaparezcan esas normas”. El hecho de que se lo eligiera para ocupar en 1992 el cargo de presidente de la Asociación Norteamericana de Lenguas Modernas demostró el poder de los desconstruccionistas, como se los denominó, en el mundo académico.¹⁴⁷ Si, como sostenían los desconstruccionistas, los sistemas “jerárquicos” de evaluación, que distinguían entre las obras de Shakespeare y las tiras cómicas, eran una fuente de males sociales, ¿qué sentido tenían las universidades, cuyo propósito tradicional era la persecución de la excelencia?

Sin embargo, algunas universidades negaban esta tradición; sostenían que la función del claustro

146 Sarah Johnson en el *Sunday Telegraph*, 4 de febrero de 1991.

147 Conor Cruise O'Brien: “Devaluing the University”, en el *Times*, Londres, 5 de marzo de 1991; David Lehman, *Signs of the Times: Deconstruction and the Fall of Paul de Man*, Nueva York, 1991.

era corregir los abusos sociales. En Harvard, Yale, Stanford y otras universidades, esas formas de ingeniería social se desenvolvían de diferentes modos. Aunque era difícil expulsar a los estudiantes por organizar demostraciones violentas en defensa de causas aprobadas o incluso por abstenerse de realizar el más mínimo trabajo académico, era relativamente fácil eliminarlos de modo sumario por agredir el código de censura liberal al usar palabras condenadas por los grupos organizados de presión. En Smith, en otros tiempos uno de los mejores colegios para mujeres del mundo, las actividades prohibidas incluían no sólo el racismo, el sexismo, el “culto de la edad”, el “heterosexismo” y otros males antisociales rigurosamente definidos, sino también el “culto de la apariencia” que, según se afirmaba, “oprimía” a la gente fea al “suponer la existencia de una norma de belleza y atracción”. Un profesor que visitó la Escuela de Leyes de Harvard, en otro momento la mejor facultad de derecho del mundo, cometió el delito especialmente repudiable de “sexismo” al citar el famoso verso de Byron: *“And whispering I will ne’er consent-consented”* (y murmurando, nunca consentiré, consentido). En 1991 se informó que Stanford estaba trabajando en un “código de lenguaje”, que prohibía por “sexistas” palabras como “muchachas” y “damas”; en lugar de “muchacha” se debía usar el término “premujer”, aunque en ese punto había cierta discrepancia, pues algunos grupos femeninos de presión insistían en ciertos modos de escribir la palabra mujer y otros preferían formas diferentes.¹⁴⁸ Un hecho significativo fue que, así como en los estados marxistas la ingeniería social iba de la mano con la corrupción financiera del tipo más estridente, la misma conjunción se manifestaba en las universidades norteamericanas “progresistas”. A principios de 1991 el Comité de Energía y Comercio de la Cámara de Representantes, bajo la dirección del representante John Dingell, inició una enérgica investigación acerca del empleo de 9.200 millones de dólares anuales suministrados a las universidades norteamericanas por el gobierno federal bajo la forma de contratos de investigación. Sus miembros descubrieron que en Stanford, que había recibido 1.800 millones de dólares durante los diez años precedentes, alrededor de 200 millones habían sido gastados en erogaciones injustificadas, destinadas principalmente a suministrar un nivel más elevado de vida al personal académico, del presidente de la universidad hacia abajo.¹⁴⁹ Estos escándalos contribuyeron al proceso que, hacia principios de los años noventa, habían comenzado a deteriorar el prestigio de las universidades en general y de las ciencias sociales en particular a los ojos del público.

Si bien parecía que la física había ingresado, comparada con sus triunfos durante la primera mitad del siglo, en un período de relativa quietud, y si las ciencias sociales estaban desacreditadas, la biología inauguró una nueva era desde los años cincuenta en adelante. Hasta aquí, las ciencias exactas habían podido decirnos muy poco acerca de la vida, en tanto que algo contrapuesto a la materia. Hacia los años cincuenta, en general se conocía el modo en que funcionaba el mundo inorgánico; lo que comenzó a madurar durante los treinta años siguientes fue el conocimiento de las leyes de la vida. Se comprobó que esos sistemas de leyes eran unitarios y totalistas. Así como la reformulación por Einstein de las leyes de la física fue aplicable tanto al ordenamiento de las gigantesas congregaciones estelares como a las minúsculas estructuras de las partículas subatómicas, también las reglas biológicas de desarrollo eran aplicables a todo el espectro de la materia viva, de la más pequeña a la más grande.

A mediados del siglo XIX, la teoría de la evolución de Charles Darwin por primera vez suministró un principio organizador científico para explicar por qué las plantas y los animales desarrollaban sus características. No era un sistema deductivo, que permitiese la predicción de los procesos futuros o incluso la reconstrucción del pasado; en este sentido, era diferente de las leyes de Newton o las modificaciones introducidas por Einstein. El mismo Darwin siempre subrayó los límites de sus descubrimientos. Desalentó a los que intentaban construir proyecciones ambiciosas sobre esta base. Por eso no autorizó las teorías de los “darwinistas sociales”, que culminaron en el holocausto de Hitler, y por eso también rechazó los intentos de Marx de apropiarse del darwinismo para sus propias teorías de determinismo social, que con el tiempo fueron la causa de los asesinatos

148 Véase Dinesh D'Sousa, *Rliberal Education: The Politics of Race and Sex on Campus*, Nueva York, 1991.

149 Martin Fletcher en el *Times*, 16 de marzo de 1991.

en masa de Stalin, lilao Tse-tung y Pol Pot. En la segunda mitad del siglo XX al fin aparecieron los signos de una teoría unificada que se originaba en el laboratorio y alcanzaba los dos extremos del espectro.

En el extremo microcósmico, la biología molecular, la neurofisiología, la endocrinología y otras nuevas disciplinas comenzaron a explicar procesos como el mecanismo de la herencia y la programación genéticas. El más importante de los descubrimientos a nivel microscópico se realizó en la Universidad de Cambridge en 1953, cuando James Watson y Frances Crick consiguieron descifrar la configuración de doble hélice de la molécula de ácido desoxirribonucleico (ADN).¹⁵⁰ Comprobaron que las moléculas de ácido desoxirribonucleico, que determinan la estructura y la función de todos los animales o plantas vivientes, tenían la forma de un doble resorte, como una escala en espiral, constituida por azúcares y fosfatos y distribuida en peldaños que contenían diferentes ácidos. La estructura, semejante a una computadora viviente grandiosamente compleja, es el código específico que dice a las células qué proteínas debe producir, es decir, es el corazón de la actividad creadora.¹⁵¹ Aun más sorprendente fue la velocidad con que se le asignó a este descubrimiento una enorme cantidad de aplicaciones prácticas. La distancia entre la base teórica de la física nuclear y el poder nuclear real fue de medio siglo. En la nueva biología, la distancia abarcó menos de veinte años. En 1972 los científicos de California descubrieron las “enzimas restrictivas”, que permitían que el ácido desoxirribonucleico se dividiese de modos muy específicos y después se recombinara o separase para fines particulares. El ácido desoxirribonucleico recombinado se reintegraba a su célula o bacteria y, operando de acuerdo con principios biológicos normales, se dividía y reproducía él mismo para formar nuevo material protéico. Después, el microorganismo de producción humana fue alimentado por nutrientes y fermentado con los procedimientos de la industria farmacéutica durante medio siglo para producir antibióticos.¹⁵²

Una vez explorado el ácido desoxirribonucleico, los formidables recursos de la química comercial moderna no tuvieron dificultades para idear una gama de productos de uso inmediato. El proceso de producción y comercialización masiva comenzó en junio de 1980, cuando la Suprema Corte norteamericana, en un fallo histórico, otorgó la protección de la ley de patentes a los organismos de producción humana. Rápidamente se disiparon los temores anteriores referidos a los “virus del tipo del monstruo Frankenstein”, desarrollados secretamente y que después “escapaban” de los laboratorios. En Estados Unidos, donde se concentró el trabajo de la división de genes, la estructura reguladora restrictiva aplicada a la investigación de este ácido fue reemplazada en septiembre de 1981 por un código voluntario.¹⁵³ A fines de los años setenta, menos de una veintena de laboratorios y firmas se especializaba en el proceso de la división. A principios de los años noventa había ya muchos miles. Con sus aplicaciones inmediatas y cada vez más numerosas a la producción de alimentos animales y vegetales, a la energía y, sobre todo, a la ciencia médica y los productos farmacéuticos, la nueva biología industrial prometía ser un factor dinámico fundamental en esta época.

La rapidez con que el descubrimiento del ácido desoxirribonucleico se desarrolló y aplicó a los problemas prácticos originó interrogantes acerca del extremo macroscópico del espectro biológico, es decir, el proceso de explicar la evolución de la conducta social de acuerdo con el crecimiento y la estructura de edad de poblaciones animales enteras, incluida la humanidad, y de acuerdo con su constitución genética. Admitida la naturaleza unitaria de las leyes biológicas, si una revolución científica podía darse en un extremo de la gama, ¿no cabía preverla (o temerla) en el otro? En esta área las ciencias sociales habían fracasado del modo más conspicuo, no sólo porque uno de los factores de ese fracaso había sido la influencia de la superstición marxista. El imperialismo académico de algunos científicos sociales impedía que se trabajase seriamente según los criterios

150 James Watson, *The Double Helix: being a personal account of the discovery of the structure of the DNA*, Nueva York, 1977.

151 Franklin Portugal and Jack Cohen, *A Century of DNA: a history of the discovery of the structure and function of the genetic substance*, Massachusetts Institute of Technology, 1977.

152 Nicholas Wade, *The Ultimate Experiment: mand-made evolution*, Nueva York, 1977.

153 *Nature*, 17 de septiembre de 1981, p. 176.

sugeridos por los descubrimientos de Darwin: a saber, que las mentes y las actitudes mentales se desarrollaban como organismos, y que podía estudiarse el comportamiento como se estudian otras propiedades orgánicas, mediante las genealogías comparadas y el análisis evolutivo. Esos enfoques fueron desacreditados irracionalmente por la horripilante eugenesia racial en la que creían que practicaban los fascistas entre las dos guerras (y durante los años veinte también los comunistas).

Pero durante los años treinta, el científico de Chicago Warder Alee publicó *Animal Aggregations* (1931) y *The Social Life of Animals* (1938), que aportaron ejemplos esclarecedores del efecto de la evolución en el comportamiento social. La verdadera novedad llegó más o menos al mismo tiempo que el descubrimiento de Watson-Crick, cuando el ecólogo británico V. C. Wynne-Edwards publicó *Animal Dispersion in Relation to Social Behaviour* (1962). Demostró que prácticamente todo el comportamiento social; por ejemplo las jerarquías y la ley del más fuerte, la defensa del territorio, las bandadas de aves, la formación de rebaños y las danzas, eran medios para regular el número e impedir que la especie superase los suministros disponibles de alimento. Se impedía que los miembros socialmente subordinados procreasen; cada animal trataba de maximizar su propia reproducción y los más aptos tenían éxito. En 1964 otro genetista británico, W. D. Hamilton, demostró en *The Genetic Evolution of Social Behaviour* la importancia de la devoción a los genes propios en el ordenamiento de la conducta social: la “protección” de los progenitores implicaba la preocupación por otros en proporción a la medida en que éstos compartían los genes de los progenitores. Por lo tanto, la generosidad o el altruismo hallado en la selección natural no tenía origen moral ni implicaba una conciencia o motivación personal: había gallinas e incluso virus altruistas. La teoría de parentesco genético afirmó que la aparición del comportamiento altruista aumentaba en proporción con el número de genes compartidos por los ancestros comunes. Tenía un elemento de beneficio de acuerdo con los costos y había más probabilidades de que se manifestase cuando el costo para el oferente era pequeño y era grande el beneficio del aceptante.

La teoría del parentesco fue perfeccionada por Robert Trivers, biólogo de Harvard que elaboró los conceptos de “altruismo recíproco” (una forma de interés propio esclarecido) y de “inversión de los progenitores”, que aumentaba las posibilidades de supervivencia de la progenie a costa de la capacidad de los padres para invertir en crías posteriores. Las hembras invertían más que los machos, pues los huevos “cuestan” más que el esperma. La selección de las hembras era el principal factor responsable de la evolución de los sistemas de apareamiento y se ajustaba a la maximización de la aptitud evolutiva. Con el desarrollo de esta nueva metodología fue posible demostrar que las pautas sociales de casi todas las especies se originaban en la selección natural evolutiva.

En 1975 Edward Wilson, científico de Harvard, unió dos décadas de investigación especializada en su libro *Sociobiology: the New Synthesis*.¹⁵⁴ Su obra se aplicó a los insectos, pero utilizó una vasta gama de detallados estudios empíricos para demostrar su afirmación de que los tiempos estaban maduros para una teoría general análoga a las leyes de Newton o Einstein. Este y otros estudios atrajeron la atención sobre el proceso biológico del perfeccionamiento individual, que es una presencia permanente y un elemento fundamental del progreso humano. Sugerían que debía estar a cargo de la ciencia empírica, no de la metafísica, y que correspondía aplicar la metodología caracterizada con tanto brillo por Karl Popper, en la que la teoría tiene un carácter estrecho y específico, y puede ser modificada por los datos empíricos, en contraposición a las explicaciones para todo propósito, incontroladas y automodificadas de Marx, Freud, Lévi-Strauss, Lacan, Barthes y otros profetas.

Lo que estaba claro en la última década del siglo XX era que se había demostrado, más allá de toda discusión, que Alexander Pope tenía razón al afirmar que “el estudio propio de la humanidad es el hombre”.¹⁵⁵ El hombre, en tanto que ser social, sin duda necesitaba mejorar. Ciertamente, podía originar “milagros” científicos y técnicos en escala cada vez más amplia. La capacidad de crear nuevas sustancias aceleró todavía más las comunicaciones y la revolución electrónica que habían comenzado durante los años setenta y que había cobrado impulso durante los ochenta y a

154 Citas extraídas de Edward Wilson, *Sociobiology*, Harvard, 1975, y *On Human Nature*, Harvard, 1979.

155 Alexander Pope, *An Essay on Man*, Londres, pp. 1733-1734, EP., I, línea 2.

principios de los noventa. A medida que se multiplicó el número de circuitos que podían imprimirse en un área dada, aumentó la capacidad y disminuyó el precio de las calculadoras y las computadoras. La primera auténtica calculadora de bolsillo, en la que la humanidad había estado trabajando desde los tiempos de Pascal, a mediados del siglo XVII, fue obra de Clive Sinclair en 1972 y costó 100 libras esterlinas. Hacia 1982 un modelo mucho más poderoso costaba 7 libras. La aparición del chip de siliconas condujo directamente al desarrollo de las microprocesadoras. Mientras los complejos controles electrónicos antes debían fabricarse específicamente para cada tarea, el microprocesador se convirtió en un elemento que podía fabricarse a muy bajo precio y en gran cantidad. Su aparición fue seguida, en diciembre de 1986, por los superconductores de elevada temperatura, materiales que pierden toda su resistencia a la corriente eléctrica a temperaturas muy bajas. Estos y otros materiales y procesos no sólo ampliaron las fronteras de la alta tecnología y posibilitaron el tipo de sondas espaciales de larga distancia comunes durante los años ochenta y principios de los noventa, e impulsaron la cirugía del rayo láser y la devastadora tecnología militar empleada en la guerra del Golfo, sino que incorporaron elementos de bajo costo manufacturados en masa, que influyeron sobre la vida y el trabajo de centenares de millones de personas comunes. Las máquinas de video y los compact-discs transformaron el entretenimiento popular. La telefonía celular confirió al trabajo una dimensión nueva. Los cables telefónicos convencionales se vieron reemplazados por las fibras ópticas, cuyas señales, codificadas como impulsos luminosos, permitieron que miles de conversaciones telefónicas y varios canales de televisión recorrieran simultáneamente un solo circuito. Mientras la capacidad de las computadoras especializadas permitía que los gobiernos y las empresas ejecutaran prodigios de computación en menos de un segundo, los procesadores de palabras transformaron la labor de oficina en todas las naciones avanzadas y su uso se hizo cotidiano.

Sin embargo, a principios de los años noventa moría de hambre tanta gente como en cualquier período anterior de la historia del mundo. Más aún, muchas innovaciones destinadas a acrecentar la felicidad humana terminaban por disminuirla. En Occidente, la difusión de los anticonceptivos en sus diferentes formas y la creciente disponibilidad del aborto voluntario permitieron que las firmas de productos farmacéuticos y las clínicas amasaran fortunas, pero en una sociedad hedonista y desaprensiva no disminuyó apreciablemente el número de niños indeseados. Un fenómeno sorprendente e ingrato de los años setenta y todavía más de los ochenta fue lo que eufemísticamente se denominó “familias de un solo progenitor”. En la mayoría de los casos las madres, que generalmente dependían de la ayuda del bienestar social, cuidaban de los hijos sin padre. Estos niños carenciados eran producto de la promiscuidad y el divorcio por consenso mutuo. El número de niños ilegítimos, en las sociedades que se autodenominaban avanzadas, creció con ritmo sorprendente durante los años ochenta. Hacia la primavera de 1991, uno de cada cuatro nacimientos en Gran Bretaña era ilegítimo; en algunos sectores de Washington, capital de la región más rica de la tierra, la proporción llegaba al 90 por ciento. Las familias de un solo progenitor y la ilegitimidad no eran otra cosa que graves males sociales, destructivos para los individuos afectados y dañinos para la sociedad, que conducían, como inevitablemente sucedió en muchos casos, a la pobreza extrema y el delito. Los índices de criminalidad aumentaron en todas partes, alimentados por el creciente abuso del alcohol y las drogas. La difusión del consumo ilegal de drogas podía ser promovido tanto por la prosperidad como por la pobreza. Hacia fines de los años ochenta se calculaba que el uso ilegal de drogas en Estados Unidos había permitido ganar 110.000 millones de dólares en un año a sus promotores. El 6 de septiembre de 1989 el presidente Bush anunció planes destinados a reducir a la mitad el abuso de drogas en Estados Unidos hacia el año 2000, pero poca gente creyó en ese proyecto.

Otra herida que la sociedad se autoinfligió fue la difusión del síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA). Los orígenes de esta enfermedad fatal, que destruye los sistemas defensivos del cuerpo frente a la infección, eran oscuros a principios de los años noventa, a pesar de las numerosas investigaciones. Al parecer, se había difundido con gran rapidez en el África, donde los heterosexuales cumplían la función de transmisores. En Occidente se había limitado sobre todo a los homosexuales de sexo masculino y, en medida mucho menor, a los drogadictos. Era resultado

del abuso de las drogas y de la promiscuidad homosexual que, a menudo en forma extrema, había sido la secuela de la despenalización de la homosexualidad durante los años sesenta y setenta. Se comprobó que algunos varones homosexuales habían tenido 300 o más compañeros sexuales en un solo año, y en este marco la enfermedad se difundió rápidamente. Los primeros informes acerca de su gravedad llegaron el 31 de diciembre de 1981, cuando se informó la presencia de 152 casos, principalmente en San Francisco, Los Angeles y Nueva York. Uno era un drogadicto por vía endovenosa; el resto estaba formado por homosexuales de sexo masculino. Hacia el 13 de octubre de 1985, la Organización Mundial de la Salud declaró que la enfermedad había alcanzado proporciones epidémicas. Hacia febrero de 1989 se difundió la noticia de que se negaba el seguro de vida a los que padecían la enfermedad, mientras que otros estaban perdiendo sus empleos. Se utilizaban drogas como la AZT para demorar el avance de la enfermedad, pero a menudo con terribles efectos colaterales. El 9 de febrero de 1989 se anunció que se había creado en San Francisco un nuevo anticuerpo llamado CD4; prometía retardar las consecuencias del SIDA quizá durante años, con mínimos efectos colaterales. Sin embargo, no se percibía una cura real, a pesar de las grandes erogaciones y los enormes esfuerzos. Los elementos inciertos en relación con la enfermedad originaron ásperas discusiones políticas. Los gobiernos deseaban especialmente impedir su difusión al conjunto de la comunidad y gastaron muchos millones en campañas publicitarias destinadas a disminuir la promiscuidad heterosexual y alentar el uso de preservativos. También en esto se benefició la industria farmacéutica, pero nadie pudo determinar si los gastos oficiales habían producido otros efectos. Hacia principios de los años noventa se aceptaba generalmente que la probabilidad de una epidemia en los heterosexuales, antes pronosticada confiadamente por el grupo de presión homosexual, era despreciable.

Las campañas oficiales, de enorme costo y probablemente ineficaces contra el abuso de las drogas y el SIDA, mostraron al estado moderno en una característica postura del siglo XX: intentando hacer colectivamente lo que la persona razonable y moral hacía individualmente. La desilusión provocada por el socialismo y otras formas de colectivismo, que se convirtió en la actitud dominante durante los años ochenta, era sólo un aspecto de una pérdida de fe mucho más amplia en el Estado como organismo benévolo. Hasta esta década el Estado era el gran beneficiario del siglo XX y fue también el fracaso fundamental. Hasta 1914 era desusado que el sector público abarcara más del 10 por ciento de la economía; hacia fines de los años setenta, incluso después, el Estado absorbía el 45 por ciento o más del PBN de los países liberales, sin hablar de los totalitarios. Mientras que por la época del Tratado de Versalles (1919) la mayoría de las personas inteligentes creía que un Estado más poderoso podía aumentar la felicidad de los hombres, hacia los años noventa esa opinión no merecía el apoyo de nadie, salvo el de un grupo reducido, decreciente y desanimado de fanáticos, la mayoría de ellos académicos. El experimento se había realizado de innumerables modos y había fracasado en casi todos. El Estado había demostrado que era un manirroto insaciable y sin rival. También había demostrado que era el principal asesino de todos los tiempos. Hacia los noventa la acción oficial había sido la causa de la muerte violenta o antinatural de unos 125 millones de personas a lo largo del siglo, quizá más que lo que había logrado destruir a lo largo de toda la historia humana hasta 1900. Su malevolencia inhumana había marchado de la mano con su magnitud cada vez mayor y la ampliación de sus medios.

Hacia principios de los años noventa, la animadversión provocada por el Estado también comenzó a desacreditar a sus representantes, los políticos activistas, que, por el enorme aumento de su número y autoridad, eran uno de los más importantes y malignos desarrollos de los tiempos modernos. Jean-Jacques Rousseau fue uno de los primeros que afirmó que podía mejorarse a los seres humanos mediante el proceso político y que el organismo del cambio, el creador de lo que él denominó el “hombre nuevo”, sería el Estado y los benefactores autodesignados que lo controlaban para beneficio de todos. Durante el siglo XX su teoría finalmente fue puesta a prueba en escala colosal, hasta la misma destrucción. Como hemos observado, hacia el año 1900, la política ya estaba reemplazando a la religión como principal forma de fanatismo. Para los arquetipos de la nueva clase, por ejemplo Lenin, Hitler y Mao Tse-tung, la política —palabra con la que designaban a la ingeniería social con propósitos elevados— era la única fuerza legítima de la actividad moral, el

único medio seguro de mejorar a la humanidad. Este concepto, que a una era anterior le habría parecido fantástico, casi absurdo, se convirtió hasta cierto punto en la ortodoxia general, diluida en Occidente, virulenta en los países comunistas y gran parte del tercer mundo. En el extremo democrático del espectro, el fanático político ofrecía el nuevo trato, la gran sociedad, y el estado de bienestar; en el extremo totalitario, la revolución cultural; y siempre, por todas partes, los planes. Estos fanáticos recorrieron las décadas y los hemisferios; eran charlatanes, carismáticos, exaltados, santos seculares, asesinos en masa, todos unidos en la creencia de que la política era la cura de todos los males humanos: Sun Yat-sen y Atatürk, Stalin y Mussolini, Jruschov, Ho Chi Minh, Pol Pot, Castro, Nehru, U Nu y Sukarno, Perón y Allende y Daniel Ortega, Nkrumah y Nyerere, Nasser, el sha Pahlevi, Gaddafi y Saddam Hussein, Honecker y Ceausescu. Hacia los años noventa esta nueva clase gobernante había perdido la confianza en ella misma y rápidamente perdía terreno y poder en muchas regiones del mundo. En su mayoría, tanto muertos o vivos, ahora se veían execrados en sus propias patrias y sus grotescas estatuas eran derribadas o desfiguradas, como la cabeza burlona de Ozymandias de Shelley. ¿Era posible abrigar la esperanza de que “la era de la política” como la “era de la religión” antes, ahora estuviese tocando a su fin?

No cabe duda de que hacia finales del siglo se habían aprendido algunas lecciones. El estado totalitario aún no se había extinguido; permanecía en China, con la utilización de la mano de obra esclava que proporcionaban los veinte millones de prisioneros políticos. Según un cálculo, ya había sido responsable de sesenta millones de víctimas, con lo que el número de muertos a causa del comunismo ascendía a aproximadamente a cien millones. Pero muchos creyeron que la desaparición de los regímenes que quedaban, como los de Cuba —reducida a la condición de segundo país más pobre después de Haití—, América Latina y Corea del Norte —que padecía el hambre e incluso estaba retornando al canibalismo— sólo era una cuestión de tiempo. También parecía poco probable que, después de las terribles lecciones del siglo XX, ni siquiera los intelectuales y académicos crédulos —que proporcionaron la ideología que hizo posibles los crímenes de la ingeniería social— volvieran a aceptar a pie juntillas la reivindicación del estado omnipotente. Es verdad que en los cuarteles generales de la Unión Europea en Bruselas los entusiastas buscaban crear un penetrante estado federal supranacional que, en nombre de la “eficiencia”, la “equidad”, la “seguridad” y la “convergencia”, estaba estableciendo por ley qué clase de manzanas cultivar, qué se debía enseñar en las clases de historia de las escuelas, cuántas horas se permitía trabajar a hombres y mujeres y qué moneda utilizar. La urgencia por impartir órdenes a la gente en cuestiones grandes y pequeñas seguía presente. Pero el estado totalitario en sí mismo estaba intelectualmente muerto.

Así, el siglo XXI prometió producir principalmente sociedades libres que practicaran algún tipo de democracia, con economías determinadas por las fuerzas de mercado. Esta perspectiva significaba que, dadas las limitaciones, disciplinas y castigos del ciclo comercial —que castigó a los “tigres” del Lejano Oriente en 1998, con consecuencias catastróficas en Rusia y efectos amplios en América Latina—, las mejoras globales en los niveles de vida a pesar de la desigualdad en la distribución continuarían dándose espasmódicamente y llegarían a ser enormes. Parecía posible que los niveles de vida promedio se cuadruplicarían en el siglo XXI, lo que significa que en muchas sociedades se multiplicarían varias veces.

Sin embargo, a finales de la década de los noventa surgieron señales de que las continuas mejoras materiales generarían sus propios peligros mientras que la sociedad de consumo en expansión proporcionaba nuevas satisfacciones a las siempre crecientes demandas humanas. En las economías avanzadas, incluso antes de concluida la década de los noventa, los hombres y las mujeres ya no se conformaban con vacaciones más largas, mejores casas, mejores alimentos y dispositivos que ahorraran más trabajo. Querían cosas más difíciles y peligrosas, sobre todo cuerpos mejores. Esto dio lugar al nuevo fenómeno ideológico que surgió a finales de siglo, el fundamentalismo darwiniano y su derivación práctica, la ingeniería genética. La muerte de Marx y del marxismo a finales de la década de los ochenta dejó un vacío que coincidió con un cambio en el enfoque científico. La creencia en el marxismo había estado asociada al aparente triunfo de la física. Durante la mayor parte del siglo XX la física y sus derivados, como la astrofísica, había sido la

disciplina científica de moda, la que daba los resultados más espectaculares y parecía abrir las posibilidades más excitantes. Dividió el átomo y creó la energía nuclear, reinterpretó el universo según la teoría einsteiniana, voló a la Luna y estudió las estrellas, y realizó enormes cambios en la superficie del planeta. La supremacía de la física se adaptó a la era de la maquinaria social, cuando el Estado intentó remodelar la sociedad mediante la compulsión física, transformando a los hombres en masa.

Pero, *pari passu* con la demolición de los altares marxistas, la física también cayó en desgracia. No había dado nada de lo prometido y, sometidas a análisis, sus maravillas habían demostrado ser menos sensacionales y estar cargadas de peligros. Esto despertó las fuerzas compensadoras del ambientalismo y, durante la década de los noventa, pareció quedarse sin ideas a nivel académico. En cambio, como ya hemos visto, la biología ocupó el lugar preponderante de la atención popular. Así como la Teoría General de la Relatividad de Einstein introdujo los tiempos modernos del siglo XX, el descubrimiento de Watson-Crick de la doble hélice del ADN en 1953 presagió el siglo XXI, poniendo nuevo énfasis a las formas de vida. Así como Marx fue el dios de la maquinaria social, el espíritu resucitado de Darwin —desenterrado de su última morada en la Abadía de Westminster, revivificado más bien como el monstruo de Frankenstein y colocado en un millar de altares de los campus— prometía ser el dios de la ingeniería genética. En una de sus *obiter dicta*, Marx había dicho: “Los filósofos sólo han interpretado el mundo de diversas maneras. De lo que se trata es de cambiarlo”. El lema fue relanzado ahora como parte de un programa de acción para el triunfalismo biológico, que comenzó a generar un intenso entusiasmo en los campus: “Los biólogos sólo han explicado la especie humana. De lo que se trata ahora es de cambiarla”. La ingeniería genética ofreció perspectivas que hicieron que la ingeniería social pareciera tosca e ingenua. Éste buscaba simplemente regimentar al hombre en la masa, o convertirlo en un Hombre Nuevo, como había propuesto Jean-Jacques Rousseau, mediante la reeducación rebautizada en el siglo XX como “lavado de cerebro”. En contraste, la nueva ciencia de la genética predicaba cambios mucho más fundamentales ofreciendo la posibilidad de transformar a cada hombre y a cada mujer, su cuerpo y su cerebro, desde el comienzo. El hombre no debía renacer, como en las religiones tradicionales, sino estar genéticamente determinado antes de su nacimiento, y de ese modo totalmente engendrado como una nueva criatura o superhombre.

La transformación de Charles Darwin de grandioso, consciente y humilde científico en mesías secular fue obra de muchos escritores. Entre ellos se destacan el profesor Richard Dawkins —primer ocupante del recién creado Sillón de la Comprensión Científica de la Universidad de Oxford y autor de *El gen egoísta*, que predicaba una poderosa doctrina antirreligiosa de determinismo genético— y el profesor Stephen Pinker del Instituto Tecnológico de Massachusetts, autor de un bestseller titulado *How the Mind Works*, que aplicaba los principios darwinianos a la cerebración. Estos dos dotados académicos y otros podrían ser llamados los evangelistas del fundamentalismo darwiniano, el credo intelectual secular desarrollado a finales del siglo XX. Uno de sus templos fue la London School of Economics, en otros tiempos encendido centro del marxismo y ahora punto de reunión de lo que fue denominado “temporada Darwin”. Una característica del fundamentalismo darwiniano fue su atractivo para el mundo artístico y literario, que lo convirtió en un acontecimiento cultural además de científico. Así, en la apertura de la Temporada Darwin de 1998 en la London School of Economics, la presidencia fue ocupada por el novelista de moda Ian McEwan, ganador ese año del Booker Prize de ficción y autor de un artículo publicado en el *Times* de Londres en el que argumentaba que Darwin había reemplazado a Jesucristo en la mente de hombres y mujeres. En esta ocasión proclamó en tono sincero y al mismo tiempo humorístico: “En los viejos tiempos, aún sabiendo que era verdad, los obispos solían negar que Dios fuera un anciano de blanca barba que se encontraba en el cielo. Ahora *sabemos* que es verdad, y se llama Charles Darwin”. Sus palabras fueron escuchadas por un público numeroso de académicos serios y silenciosos.

La cuestión con respecto al nuevo culto de Darwin no era que sus adeptos apoyaran la ingeniería genética —muchos de ellos no lo hacían—, sino que deificar a Darwin daba respetabilidad al aventurerismo genético mediante una confusión de ideas, de la misma manera —como notamos en

el capítulo uno— que la Teoría General de la Relatividad de Einstein parecía dar apoyo al relativismo moral. A finales de la década de los noventa, el trabajo verdaderamente peligroso no se desarrollaba en las salas de conferencias de los campus sino en los laboratorios. La forma más radical del proceso fue conocida como ingeniería humana en el campo de la reproducción, la alteración del esperma humano o del cigoto para efectuar cambios que pudieran ser transmitidos de una generación a otra. Éste era un procedimiento mucho más avanzado que la terapia genética, una forma comparativamente primitiva de operación realizada en el adulto vivo. Ésta se desarrolló principalmente —al menos en teoría— para curar alteraciones genéticas como el cáncer, algunas formas de anemia y el reumatismo. Los primeros experimentos no dieron buenos resultados: estaba el problema no resuelto de introducir suficientes genes en suficientes células del cuerpo humano y mantenerlas allí el tiempo necesario para que resultara efectivo. En contraste, la ingeniería en el campo de la reproducción era más importante porque para tener éxito era imprescindible tratar una sola célula, un huevo humano fertilizado. Una vez que la ingeniería genética había cambiado con éxito el genoma de un huevo fertilizado en el laboratorio, las células se dividían una y otra vez formando todos los tejidos del organismo en el implante humano. Así, cada célula tenía la misma composición genética que el huevo tratado, y una vez que el organismo humano quedaba formado según esas pautas, por supuesto podía reproducirse solo, alterando permanentemente a la raza humana en su particular descendencia. Se daba así el caso de un Hombre Nuevo que no era creado por las “reformas” educativas de Rousseau ni por el lavado de cerebro de los comunistas chinos, sino por la ciencia objetiva.

Veintitrés países europeos firmaron una convención del Consejo de Europa que prohibía la ingeniería en el campo de la reproducción. En Estados Unidos, la Administración de Alimentos y Drogas —en calidad de control oficial de la experimentación científica— dictaminó una prohibición similar. Pero a finales de siglo no estaba claro en qué medida dichas prohibiciones resultarían aplicables, sobre todo teniendo en cuenta que muchos países importantes —como China comunista y Rusia— se negaron a introducir prohibiciones similares. Estaba la posibilidad de que, en los países democráticos, la opinión pública se pronunciara en contra de mantener esas prohibiciones una vez que tomara verdadera conciencia de la promesa que representaba la ingeniería genética. A finales de la década de los noventa, los ciudadanos de Europa y de Estados Unidos gastaban más en salud que en cualquier otro aspecto de la existencia. Esto parecía ser una característica de las sociedades opulentas, obsesionadas por la salud física y mental y ansiosas por utilizar su nueva riqueza para mejorarla.

Ya a finales de siglo la fertilización *in vitro* hizo posible que mujeres hasta entonces estériles tuvieran hijos propios, y drogas tales como el Viagra permitieron a hombres impotentes disfrutar de una vida sexual normal y concebir hijos naturalmente. Éstas fueron sólo dos maneras en que la ciencia médica pareció eliminar enfermedades biológicas que habían afectado a la humanidad desde sus inicios. Esos éxitos mejoraron la reputación de la ciencia biológica en la mente popular, y así ayudaron a sancionar experimentos aún más aventurados. Durante los años noventa, jugando con el cuerpo humano tanto física como químicamente, en formas hasta entonces impensables o consideradas poco éticas, pareció producir excelentes resultados prácticos, y al público eso le gustó. Por ello, aunque la noción de “bebés de diseño” podía ser una aberración en sí misma, la idea de asegurar que los niños no sólo nacían sanos y normales sino biológicamente inmunes a diversas enfermedades —como el cáncer, la artritis, el asma, el eccema y el SIDA—resultaba muy atractiva, y probablemente resultaría irresistible cuando se convirtiera en realidad. Aquí notamos un importante contraste. La ingeniería social nunca fue popular entre las masas, sino todo lo contrario. Era la pasión de las elites intelectuales. Las preocupaciones científicas del siglo XX —como la física nuclear, los viajes espaciales, la astrofísica, etcétera— siempre fueron algo remoto para la gente corriente. Estaban financiadas mediante impuestos generalizados, por gobiernos a menudo reacios a los mismos, por lo general debido a que tenían una aplicación militar. Pero desarrollar un bebé “mejorado” no era algo remoto; era algo más cercano a la gente, en realidad algo íntimo. En esencia parecía un concepto abrumadoramente popular, un concepto que la gente corriente podía estar dispuesta a financiar con su propio dinero, y cuyo impedimento mediante prohibiciones

legislativas ya no sería tolerado en las sociedades democráticas.

Por estas razones, los científicos que trabajaban en ese campo fueron convencidos de que la sociedad de consumo aseguraría que la ingeniería en el campo de la reproducción y otros procesos avanzados serían puestos en práctica, tarde o temprano, a pesar de todos los riesgos que implicaban. No obstante, estos riesgos podían ser más serios que los admitidos por los cálculos de laboratorio. La ingeniería genética fue un salto hacia la oscuridad científica; y también un salto hacia la oscuridad social. En 1995 el sociólogo norteamericano Charles Murray publicó un libro muy polémico titulado *The Bell Curve*, en el que resume e interpreta una serie de detalles empíricos sobre la reproducción y la inteligencia humanas. Entre otras cosas, llamaba la atención sobre las evidentes diferencias raciales en la inteligencia, y esto fue lo que más interesó de su libro. Pero la cuestión principal era muy diferente y su importancia no podría exagerarse porque tenía relación directa con el tipo de sociedad que probablemente surgiría en el siglo XXI. Murray argumentaba que la inteligencia adquirida por herencia y el conocimiento adquirido mediante la educación estaban más estrechamente conectados que nunca, y unidos eran más determinantes de los ingresos en todas las sociedades avanzadas. El mundo pertenecería más que nunca a las personas inteligentes y a las capacitadas, y serían ellas —afirmaba— quienes heredarían todo en el siglo XXI y en el tercer milenio. Mostraba que —por una serie de razones entre las que la proximidad en el lugar de trabajo no es la menos importante— los inteligentes y los más capacitados tenderían a casarse entre sí y producir hijos aún más inteligentes que recibirían una educación aún mejor que la de sus padres y así llegarían a estar mejor capacitados. Entretanto, en el otro extremo del espectro social, educacional y de la inteligencia, el mismo proceso operaría a la inversa. Así, se abriría una brecha que se agrandaría poco a poco, entre una elite muy bien remunerada, muy inteligente muy instruida, probablemente una mayoría, cuyos privilegios y situación llegarían a ser en cierto sentido hereditarios— y una subclase de *untermenschen*, similarmente hereditarios, condenados a su modesta y difícil situación por un proceso autogenerador de reproducción.

Existiría claramente un serio riesgo de que la aplicación de la ingeniería genética complicara y exacerbara el problema y, en efecto, lo perpetuara hasta un grado no previsto pero moralmente inaceptable. Un peligro de los “bebés de diseño” sería que el concepto estaría dirigido por el mercado, y se accedería a ellos mediante la compra y la venta en el mercado libre. Las mismas parejas inteligentes y bien remuneradas que fueran más exigentes con respecto a la educación de sus hijos y estuvieran dispuestas y en condiciones de pagar por la mejor educación, serían las que aprovecharían en primer lugar las posibilidades de diseñar un bebé. Aquellos genéticamente privilegiados en el momento del nacimiento serían también los privilegiados intelectualmente por la herencia y los privilegiados en el aspecto educativo por las posibilidades de sus padres. Así, el abismo social e intelectual presagiado por Charles Murray en *The Bell Curve* sería inconmensurablemente profundizado. Estaríamos en camino no sólo de un sistema de clases jamás visto en la sociedad occidental desde la era feudal, sino de un inimaginable sistema de castas típico de la India, con casamientos entre los miembros de las clases genéticamente ideadas por un lado, y las subclases incultas y proclives a las enfermedades por el otro. Eso sería en todo sentido un retroceso, seguido por toda clase de males sociales incluida, tal vez, la guerra civil.

Así, aunque hemos aprendido algunas lecciones importantes en los últimos años del siglo XX, las pruebas sugieren que en los comienzos del nuevo milenio tendremos que enfrentarnos a peligros totalmente nuevos y aún más graves. El nuevo siglo prometía ser bueno en muchos sentidos. El mundo ha vivido sin una guerra mundial durante cincuenta y cinco años, el período de paz más largo de toda la historia. La existencia de una única superpotencia bajo la forma de la república democrática de los Estados Unidos, una sociedad que vive bajo el gobierno de la ley, como ha demostrado su voluntad de enjuiciar a su presidente en 1999—, representaba una poderosa razón para creer que este período sin precedentes de paz general continuaría. Pero los males humanos señalados que hicieron posibles los catastróficos fracasos y tragedias del siglo XX —el surgimiento del relativismo moral, el declive de la responsabilidad personal, el rechazo de los valores judeocristianos y la no menos importante creencia arrogante de que los hombres y las mujeres podrían resolver todos los problemas y misterios del universo gracias a su propio intelecto— aún

están profundamente arraigados en la sociedad mundial. ¿Podrán ser erradicados, o al menos desgastados? De eso dependerían las posibilidades de que el nuevo siglo llegara a ser una era de esperanza para la humanidad.

ÍNDICE ONOMÁSTICO*

Abane, Ramdane, 610, 613
 Abbas, Allouah, 613
 Abbas, Ferhat, 192, 612
 Abbot, Charles, 312
 Abdullah, rey de Jordania, 596-598
 Abisinia (Etiopía), 187, 196, 398, 601, 661, 664, 838, 868, 890
 Acheson, Dean, 322, 542, 552, 555, 583, 767, 769, 774, 780
 Adams, Henry, 259
 Adams, James Truslow, 278
 Adams, John Quincy, 753
 Adams, Samuel Hopkins, 274
 Adams, Sherman, 569
 Addis, Charles, 295
 Adenauer, Conrad, 349, 361, 708-719, 725, 731, 734
 Adler, Alfred, 15
 Afganistán, 64, 465, 879-881, 922, 926
 África del Sur, véase Sudáfrica
 Agar, Herbert, 427
 Ahidjo, Ahmadou, 623
 Aizawa, Saburo, 391
 Ajmatova, Anna, 558
 Albania, 400, 445, 553
 Aldington, Richard, 207
 Aldrich, Winthrop, 570
 Aldrin, Edwin, 772
 Alee, Warder, 956
 Alejandro I y II, 109
 Alejandro Magno, 727
 Aleksandrov, G. F., 559
 Alemania, 25, 27-30, 33, 38-45, 47, 5155, 57, 71, 79, 99, 103, 119, 125, 129, 138-146, 147-154, 156, 161-165, 168-175, 177-180, 182, 184, 187, 193, 195, 203, 215, 218, 232, 235, 253, 262, 268, 285, 338, 342, 346-351, 360, 365, 367-370, 376, 380, 388, 397, 398, 412, 420, 423-428, 431, 435, 438-452, 455, 458, 463, 469-471, 479, 482-486, 494, 498-501, 505-507, 509, 514-515, 517-519, 523, 527-530, 535, 539, 541, 544-545, 557-559, 573, 592, 642, 707-713, 716, 718, 726, 729, 735, 736, 760, 789, 840
 Alemania Occidental, 712, 716, 723, 725, 731-733, 738, 741, 786, 811, 842, 852, 865
 Alemania Oriental, 712, 718, 741, 833, 928, 932
 Alfonsín, Raúl, 919
 Alí, Mohammed, 586
 Alighieri, Dante, 275
 Alleg, Henri, 614
 Allen, Clifford, 432
 Allen, Frederick Lewis, 274
 Allende, Salvador, 902-903, 962
 Allon, Yigal, 596

* La paginación corresponde al libro original [Nota del escaneador]

Alto Volta, 635, 665
Amery, Leo, 63, 206
Amin, Hafizullah, 880
Amín, Idi, 653-660, 664, 844
Amín, Kay, 656
Amir, Hakim, 596
Ana, reina de Inglaterra, 218
Anderson, Benjamín, 271
Anderson, Sherwood, 315
Andrew, A. P., 173
Andropov, Yuri, 836
Angola, 637, 644, 660, 664, 800, 838
Antonov Ovseenko, Vladimir, 416
Apollinaire, Guillaume, 707
Arabia Saudita, 590, 594, 659, 817, 821, 847
Arafat, Yasser, 655, 844
Araki, Sadao, 238
Aref, Abdul Rahman, 816
Argelia, 190, 192, 196, 505, 608, 615, 622, 646, 660, 665, 728, 842, 847
Argentina, 197, 755-758, 825, 841, 847, 863, 917-918
Arias, Carlos, 746
Arias, Gino, 397
Aristóteles, 727, 858
Armenia, 936
Armstrong, Neil, 722
Arnold, Thomas, 213
Aron, Robert, 183
Asquith, H. H., 214
Asquith, Raymond, 62, 206
Astaire, Adele, 284
Astaire, Fred, 284
Astor, lady, 345
Ataturk, Kemal, 64, 126, 177, 248, 870, 962
Atherton, Gertrude, 259
Atila, 175
Attadell, García, 407
Attlee, Clement, 432, 574
Anden, W. H., 417-418
Australia, 200-201, 220-221, 238, 464, 485, 488, 573, 755, 786, 823, 847, 896, 912
Austria, 25, 55, 125, 139, 167, 259, 268, 308, 347, 376, 380, 397, 436, 440, 531, 574, 732
Austria-Hungría, 37, 40, 55
Avksientiev, N. D., 97
Axelrod, Paul, 165
Ayer, A. J., 857
Aylwin, Patricio, 904

B

Babel, Isaac, 381
Babst, Earl, 758
Bach, Lydia, 108
Bagehot, Walter, 300-301
Bainville, Jacques, 186-187
Baker, Bobby, 797
Baker, Josefina, 155
Baker, Newton, 258
Balabanov, Angelica, 397
Balbo, Italo, 129, 135
Baldwin, Stanley, 208, 221, 223, 387, 433, 454, 577
Balfour, Arthur James, 33, 41, 43, 295, 590, 596
Balzac, Honoré de, 707
Ballod, Karl, 124
Banda, Hastings, 651
Bangladesh, 696, 702
Bao Dai, 773
Baring, Maurice, 207
Barnes, Maynard, 539
Barnowsky, Victor, 147
Barrés, Maurice, 189
Barrymore, Ethel, 269
Barthes, Roland, 851, 958
Bartok, Bela, 148
Baruch, Bernard, 53, 117
Batista, Fulgencio, 759-763
Bauer, Otto, 166, 195, 401
Baum, Vicki, 152
Baviera, 166, 173
Beamish; Henry Hamilton, 432
Beard, Charles, 286, 312
Beauvoir, Simone de, 667, 706
Beaverbrook, lord, 457, 477
Becher, Robert, 380
Becker, Ludwig, 438
Begin, Menachem, 592, 868
Beirut, 868-869, 877
Bekker, Paul, 380
Bélgica, 39, 199, 203, 237, 239, 296, 472, 631, 634, 724, 852
Below, Georg von, 162
Bell, Clive, 46, 211
Ben Bella, Ahmed, 609, 619, 634
Benda, Julien, 183, 419
Benes, Edouard, 295, 543
Ben-Gurion, David, 594-596
Benin (antes Dahomey), 652, 664
Benjamin, Walter, 354
Bennett, Gordon, 489
Bentham, Jeremy, 193
Bentley, Elizabeth, 565

Beraud, Henri, 183
Berg, Alban, 22, 148, 152
Bergner, Elizabeth, 151
Beria, Lavrenti, 375, 504, 561, 826
Bérillon, Edgar, 185
Berle, Adolf, 44, 312
Berlin, Irving, 284
Bernal, J. D., 345, 431
Bernanos, Georges, 408
Berzin, Jan Antonovich, 415
Besant, Annie, 62
Betancourt, Rómulo, 901
Bethmann Hollweg, Theobald von, 25-26, 30, 141-142
Bevan, Aneurin, 575
Bevin, Ernest, 539, 574, 593
Bhutto, Zulfikar Ali, 698, 701
Biafra, 630
Billière, Peter de la, 949
Birkenhead, F. E. Smith, 430
Birmaniam, 196, 201, 206, 488, 522, 586, 701, 890
Bishop, Maurice, 919
Bismarck, Otto von, 29, 42, 48, 139-142, 146, 150-151, 158, 162, 170, 172, 179, 196, 228, 348, 441, 444
Blackett, P. S. M., 496, 574
Blair, Chandos, 657
Blech, Leo, 147
Bleichröder, Gerson von, 151
Bliven, Bruce, 273, 325
Bloch, Ernst, 151
Bloch, Marc, 450-451
Blomberg, Werner von, 353, 371, 436
Blum, Léon, 192, 429, 451, 726
Blundell, Michael, 623
Blunden, Edmund, 207
Blunt, Anthony, 217, 431
Blyumkin, Yakov, 334
Boeckler, Hans, 715-716
Bohr, Nils, 502
Bokassa, Jean Bedell, 652, 664
Bolívar, Simón, 634
Bolivia, 756
Bolton, George, 813
Bondi, Georg, 152
Bongo, presidente de Gabón, 652
Borah, William, 323
Boris, Roland, 720
Bormann, Martin, 362, 363
Born, Max, 17
Borodin, Michael, 243, 246
Bose, Chandra, 576
Bose, Rash Behari, 233
Botswana, 645, 664

Bótticelli, Sandro, 337
Bouhler, Philip, 509
Boumendjel, Ahmed, 609
Bourguiba, Habib, 660
Bourne, Randolph, 28, 260
Bowles, Chester, 765
Bradley, Omar, 538
Brandeis, Louis, 257
Brandt, Karl, 508
Brandt, Willy, 416
Brasil, 13, 376, 637, 770, 821, 822, 841, 847-849, 863, 865
Brauchitsch, Heinrich von, 437-438
Braudel, Fernand, 731, 851
Braun, Werner Von, 771
Brecht, Bertold, 147, 380-381
Brezhnev, Leonid, 375, 818, 828-831, 835-838, 888
Brittain, Vera, 434
Britton, Nan, 273
Broch, Hermann, 152
Brockdorff-Rantzau, von, 43
Bronn, Arnold, 147
Brooke, Alan, 535
Brooke, Rupert, 34, 206
Brooks, Van Wyck, 259, 316
Bruce, David, 571
Brucker, Ferdinand, 147
Brüning, Heinrich, 351-352, 366
Bryan, William Jennings, 261-262
Brzezinski, Zbigniew, 825
Buch, Walter, 365
Buck, Pearl, 953
Bujarin, Nikolai, 122, 328, 332, 341, 374, 377, 381
Bulganin, Nikolai, 827
Bulgaria, 463, 535, 539, 553, 890, 929, 931
Bullitt, William, 44
Burckhardt, Carl, 448
Burgess, Guy, 217, 431
Burnham, James, 380
Burundi, 652, 660, 664
Bury, J. B., 27
Busch, Fritz, 146
Bush, George, 920, 945, 946, 950
Bütsche, Albert, 706
Butler, R. A., 604
Butler, Smedley, 264
Byas, Hugh, 233, 396
Byrnes, James, 539
Byron, George Gordon, 707
Bywater, Hector, 486

C

Caballero, Francino Largo, 401, 404, 413
Cabo Verde, 664
Cachin, Marcel, 418
Caillaux, Joseph, 31
Caldwell, Erskine, 315
Calvino, Juan, 73, 76
Calvo, Sotelo, 408
Callaghan, James, 657, 855, 906
Camboya, 481, 586, 773, 776, 794, 801, 804
Camerún, 623, 664, 706
Campbell, W. W., 15
Camus, Albert, 183, 613, 618, 706
Canadá, 56, 200, 219-237, 238, 285, 410, 540, 755, 758, 786, 823, 847, 852
Capone, Al, 264, 332
Carlomagno, 732-733
“Carlos” (guerrillero), 842
Carlos II, 221
Carlyle, Thomas, 508
Carrillo, Santiago, 404
Carson, Edward, 66
Carson, Rachel, 809
Carter, Billy, 825
Carter, Jimmy, 824, 832, 868, 873, 915
Casals, Pablo, 148
Castlereagh, lord, 32
Castro, Fidel, 760-770, 838, 864, 939, 962
Ceausescu, Helena, 931-932
Ceausescu, Nicolae, 930-932, 962
Cecil, Robert, 48, 60, 217, 386, 434
Ceilán, *véase* Sri Lanka
Céline, Luis-Ferdinand, 380
Ch'en Tu-hsiu, 244
Chad, 867, 890
Chadwick, James, 501
Chagall, Marc, 149
Chamberlain, Austen, 45, 178, 188
Chamberlain, B. Hall, 229
Chamberlain, Houston Stewart, 155
Chamberlain, Joe, 193
Chamberlain, Neville, 169, 399, 438, 442, 454, 456, 534
Chamberlain, W. H., 96
Chambers, Whittaker, 565
Chamson, André, 419
Chang Chun-chiao, 691
Chang Kuo Tao, 393
Chang Tso-lin, 246, 254
Chang Tsung-chang, 246
Channon, “Chips”, 455, 533
Chaplin, Carlos, 235
Chardin, Jean-Baptiste, 337

Chartier, Emile, 183
Chase, Stuart, 311, 316, 325
Chatfield, lord, 399
Chatham, lord, 64
Checoslovaquia, 58, 188, 376, 385, 410, 420, 436-440, 467, 543, 553, 557, 833, 838, 869
Cheeryble, hermanos, 233
Chejov, Anton, 316, 678
Chen Boda, 688
Chen Yi, 687
Chernavin, Tatiana, 336
Chernenko, Konstantin, 923
Cherwell, lord, 500
Chessman, Caryl, 788
Chiang Ching, 677-681, 684-685, 689-692
Chiang Ching-kuo, 549
Chiang Kai-shek, 244-253, 393-395, 547-551, 691, 693
Chibás, Eduardo, 759- 760
Chihani, Bachir, 610
Childs, Marquis, 740
Chile, 294, 849, 901-904
China, 194, 196, 217-218, 224-225, 236-241, 243-254, 392-395, 434, 480-481, 484, 530, 546-553, 555-557, 564, 568, 570, 584, 666, 669, 670, 674-682, 686-694, 701, 733, 779, 794, 802, 805, 840
Chipre, 60, 586, 748, 800
Chomsky, Noam, 851
Chu En-lai, 245, 393, 585, 672, 675, 684, 687, 688-689
Chu Yu-pu, 246
Churchill, Winston, 27-28, 43, 66, 71, 99-101, 208, 220-221, 290, 339, 429-433, 440, 454-463, 476, 478, 489, 491, 496-500, 507, 516, 518, 523, 529, 534-541, 547, 554, 570, 573, 578, 582, 591, 598-602, 653, 659, 700, 713, 733, 748
Ciano, Galeazzo, 421, 506
Cienfuegos, Camilo, 764
Clark-Kerr, Archibald, 536
Claudel, Paul, 406
Clay, Lucius, 544
Clemenceau, Georges, 31, 40, 43, 49, 184, 191, 193
Clement, Rudolf, 416
Clermontel, Etienne, 182, 723
Clifford, Clark, 780
Cockburn, Claud, 428
Cockcroft, John D., 501
Cocteau, Jean, 380
Codovilla, Vittorio, 404
Colby, Bainbridge, 51
Cole, G. D. H., 431
Colombia, 770, 865
Collins, L. John, 498
Conant, James, 528
Confucio, 548
Congo, 202, 634, 651, 664, 838
Congo Belga (*véase* también Zaire), 63, 192, 201, 648, 651, 654, 661
Connelly, Marc, 285

Connolly, Cyril, 214
Conrad, Joseph, 26, 114
Coolidge, Calvin, 53, 268, 273-278, 280, 284-286, 292, 299, 302-304, 307, 322-325, 717
Coolidge, Grace, 287
Copland, Aaron, 285
Corea, 235, 253, 555-557, 566, 570, 574, 584, 605, 773, 780, 786, 900
Corea del Norte, 552, 555, 962
Corea del Sur, 552, 841, 893, 899
Corneille, Pierre, 727
Cortada, Roldán, 414, 416
Cortot, Alfred, 148
Costa de Marfil, 623, 630, 646, 653, 661, 665
Costa de Oro (*véase* Ghana)
Costella, Dolores, 281
Cottingham, E. T., 14
Coué, Emile, 669
Coulibaly, M., 659
Coutrot, Jean, 720
Cowley, Malcolm, 316
Cox, Archibald, 788-789
Craigie, Robert, 482
Cramer, Charles, 272
Crevecoeur, Héctor, 255
Crick, Francis, 955
Cripps, Stafford, 498
Croce, Benedetto, 130, 380
Croly, Herbert, 31
Crowe, Eyre, 48, 60, 188
Cuba, 66I, 754, 758-770, 805, 827, 837839, 843, 844
Culbertson, Ely, 310
Culman, Henri, 720
Cunard, lady, 533
Curzon, lady, 177
Curzon, lord, 6I, 177-199, 211, 219, 239, 243, 275

D

D'Abernon, lord, 178
D'Annunzio, Gabriele, 126, 130
Daddah, Mokhtar Ould, 623, 664
Dahomey, 635
Dako, David, 652
Daladier, Edouard, 438, 451, 726
Dalton, Hugh, 543, 574
Dandieu, André, 183
Danquah, J. B., 627
Danton, George, 732
Darwin, Charles, 155, 858, 954-955, 956, 964
Daud, Mohammed, 879

Daudet, Léon, 186
Daugherty, Harry, 272-273
David, Eduard, 142
Davidson, J. C. C., 577
Davies, Joseph E., 345, 381, 428, 534
Davis, John W., 268
Dawes, Charles, 271
Dawson, Geoffrey, 442
Day-Lewis, Cecil, 417
Dayan, Moshe, 596, 604
De Gasperi, Alcide, 708-709, 719, 726
de Gaulle, Charles, 43, 241, 410, 452, 615, 622, 635, 695, 708, 719, 722, 727, 735, 748, 775, 813, 840, 935
Dean, Patrick, 530
Déat, Marcel, 187
Debs, Eugene, 32, 52, 267, 271
DeGolyer, Everett, 590
Dekanozov, Vladimir, 506
Delors, Jacques, 934
Denikin, Anton I., 101-103, 476
Denison, E. F., 785
Denning, lord, 738
Denny, Harold, 382
Desai, Morarji, 696, 697
Descartes, Renato, 183
Deutsch, Julius, 401
Deutscher, Isaac, 329, 339
Dewey, John, 31, 261, 286
Diaghilev, Sergei, 21
Diagne, Blaise, 191
Díaz, José, 413
Dicey, A. V., 737
Dickens, Charles, 282, 305
Dickinson, Goldsworthy Lowes, 215
Diderot, Denis, 185, 707
Diederichs, Eugen, 155
Dietz, Howard, 284
Dimitrov, Georgi, 376, 402, 553
Dinamarca, 740, 852
Dingell, John, 954
Dinter, Arthur, 156
Diori, Hamani, 623
Disraeli, Benjamin, 60
Dix, Otto, 148
Djibuti, 664
Djilas, Milovan, 108, 553
Djugashvili, Josef, 103
Döblin, Alfred, 152
Doi, Akio, 394
Dollfuss, Engelbert, 401
Donovan, William, 539
Donskoy, Dimitri, 474

Dornberger, Walter, 499
Dos Passos, John, 284, 316, 418
Dostoievski, Fyodor, 79, 115, 843
Douglas, Jack, 313
Douglas, Paul, 316
Douhet, Giulio, 433
Dreiser, Theodore, 284, 315
Dreyfus, Alfred, 183-186, 727
Drieu la Rochelle, Pierre, 34
Drumont, Edouard, 185
Duarte de Perón, Eva, 756
Dubcek, Alexander, 828
Dubnow, Simon, 165
DuBois, Josiah, 520
Dühring, Eugen, 155
Dulles, John Foster, 44, 54, 569-571, 764
Dupuy, Maurice, 612
Duranty, Walter, 382
Durero, Alberto, 166
Durkheim, Emile, 859
Dvorák, Max, 148
Dyadkin, Iosif, 340
Dyer, Reginald, 65-67
Dyson, Frank, 14
Dzerzhinski, Felix, 93-96, 941

E

Eban, Abba, 597
Ebert, Friedrich, 144, 159, 161
Eckart, Dietrich, 354
Eckhardt, Dieter, 154
Ecuador, 756
Echeverría, Luis, 913
Eddington, Arthur, 14, 18, 857
Eddy, Nelson, 391
Eddy, Sherwood, 32
Eden, Anthony, 370, 429, 435, 476, 519, 531, 547, 601-605, 734, 765, 778
Edison, Thomas, 271, 276, 325
Egipto, 60, 65, 196, 224, 227, 463, 542, 584, 598-599, 603, 607, 646, 815-818, 847, 868, 869, 870, 948
Ehrenburg, Ilya, 90, 519
Eichmann, Adolf, 358, 511-512
Einstein, Albert, 13-18, 23, 25, 134, 380, 501, 505, 559, 857, 964-965
Einstein, Carl, 148
Eisenhower, Dwight D., 265, 313, 535, 538, 556, 567-572, 602, 604, 778, 734, 751-753, 764, 771, 774, 781, 790, 793, 796, 799, 808, 844
Eisenstein, Sergei, 334, 559
Eisner, Kurt, 125, 127, 141, 158
El Glawi, pashá, 191
El Salvador, 825
Eliot Morrison, Samuel, 44
Eliot, T. S., 23, 380

Ellis, Havelock, 19
Engels, Friedrich, 78, 267, 338
Enrique IV, 732
Erasmus de Rotterdam, 76
Erhard, Ludwig, 714, 715
Erlander, Tage, 740
España, 60, 205, 268, 380, 385, 400409, 411-421, 453, 509, 518, 581, 666, 743-747, 754, 842, 847, 852, 885, 912
Estados Unidos, 25, 29, 31, 34, 38, 45, 49-56, 83, 134, 139, 181, 188, 218, 235-239, 243, 254-270, 272, 274, 278281, 282-285, 290-299, 302-305, 308315, 318-321, 325, 337, 351, 367, 376, 382, 387, 399, 410, 426-429, 441, 455, 458, 464, 477, 479, 483, 488, 492, 495, 503, 506, 524, 534, 540, 545, 552, 555, 563, 567, 570, 573, 590, 600, 605, 607, 625, 713, 716, 723, 733, 738, 744, 749, 757, 779, 783, 792, 798, 801, 805, 808, 811, 829, 833, 837, 839, 843
Estonia, 138, 376, 447, 936, 938, 942
Etiopía (*véase* Abisinia)
Evans, Hiram Wesley, 256
Evatt, H. V., 573

F

Fadaev, Aleksandr, 558
Fadiman, Clifton, 316
Falkenhausen, von, 393
Fall, Albert, 51, 270-272
Fanon, Franz, 842
Farben, I. G., 366
Faruk, rey de Egipto, 598, 817
Faubus, Orval, 790
Faulkner, William, 284
Federico el Grande, 508
Feel, Adolf (h)., 528
Feisal, emir, 37
Felipe el Hermoso, 732
Felipe II, 508, 744
Feng Yu-hsiang, 246
Feraoun, Mouloud, 618
Fermi, Enrico, 501, 523
Fernandez, George, 698
Ferry, Jules, 194, 196, 203
Feuchtwanger, León, 152, 380
Feuerbach, Ludwig, 859
Fidji, 901
Field, Frederick, 386
Fields, Gracie, 699
Filipinas, 480, 484, 487-489
Finlandia, 101, 104, 138, 178, 376, 447, 449-463, 467, 470, 474, 740, 764
Firestone, Harvey, 276
Fischer, Fritz, 140
Fischer, S., 152
Fisher, H. A. L., 100
Fitzgerald, Francis, 270, 278, 283
Flandin, Pierre-Etienne, 726

Flex, Walter, 34
Flick, Friedrich, 520
Foch, mariscal, 42, 49, 101
Foot, Michael, 433
Forbes, Charles, 272
Ford, Gerald, 784, 801, 820, 823-825, 832
Ford, Henry, 276
Formosa (véase Taiwán)
Forrestal, James, 539, 544
Forster, E. M., 212, 215, 217
Fortas, Abe, 322
Foster, William Z., 316, 325
Fouquier-Tinville, 92
Fowler, Henry, 322, 781
Frasen, Van, 858
France, Anatole, 187
Francia, 24, 30, 37, 39, 42, 45, 49, 5255, 58, 62, 83-84, 89, 92, 99, 126, 144, 179-189, 196, 201, 204, 235, 238, 253, 268, 284, 305, 338, 349, 376, 419-420, 424, 428-429, 432, 436, 440, 447-454, 462, 467, 471, 480-482, 493, 501, 518, 539, 542, 578, 607-608, 611-620, 622-623, 653, 661, 705-716, 718-722, 743, 773-774, 786, 802, 811, 839, 840, 844, 850, 853, 863, 875, 883, 912, 948
Francis, Toker, 582
Franco, Francisco, 402, 408, 410-412, 415-416, 419-421, 453, 509, 743-747, 756
Frank, Bruno, 152, 380
Frank, Hans, 354, 360, 399
Frank, Waldo, 260, 325
Frankfurter, Felix, 322, 325
Frazer, James, 20
Freeman, Joseph, 325
Frei, Eduardo, 901
Freisler, Roland, 361, 507
Freud, Sigmund, 15, 18-26, 68, 127, 149, 437, 851, 958
Frick, Wilhelm, 353, 361, 371
Friml, Rudolph, 285
Frisch, Otto, 502
Fritsch, Theodor, 154
Fritsch, Werner von, 436
Frunze, M. V., 112
Fry, Roger, 213
Fuchs, Klaus, 565
Fulbright, William, 322, 777
Fulham, East, 431, 434
Fuller, J. F. C., 433
Fuller, R. Buckminster, 16
Funk, Walter, 354, 363
Furtwängler, Wilhelm, 148

G

Gabón, 623, 630, 635, 652, 661
Gaddafi, Mohammed, 653, 655, 665, 817, 842, 867, 908, 920, 939, 962
Gagarin, Yuri, 771

Galbraith, J. K., 301, 751
Galilei, Galileo, 13, 17
Galtieri, Leopoldo, 918
Gambetta, Léon, 184
Gambia, 625, 665
Gamelin, Maurice, 439, 449, 451
Gandhi, Indira, 695-700
Gandhi, Mahatma, 62, 64-65, 190, 577-582, 790
Gandhi, Rajiv, 876
Gandhi, Sanjay, 699
García Lorca, Federico, 408
Garibaldi, Giuseppe, 127
Garment, Leonard, 844
Garnet, David, 46
Garvin, J. L., 206
Gauguin, Paul, 380
Gautier, Theophile, 707
Gemlin, Otto, 153
Genghis Khan, 249, 520
Gentile, Giovanni, 380
Georgia, 936, 938
Gerasimov, Gennady, 944
Gerhardsen, Einar, 740
Gerlach, Helmut von, 380
Geró, Ernő, 414
Gershwin, George, 284
Gerstenmaier, Eugen, 717
Ghana, 627-629, 635, 651, 664-665, 890
Ghori, Emile, 591
Gibson, Wilfred, 207
Gide, André, 21, 419, 711, 727, 859
Gigli, Beniamino, 148
Gilbert, William Schwenck, 284
Gingembre, Léon, 726
Giolitti, Giovanni, 33, 81, 130-131
Giscard d'Estaing, Valéry, 653, 847
Gisevius, Hans, 359, 371
Gish, Lillian, 269
Globke, Hans, 361, 717
Goebbels, Joseph, 347, 354, 362-365, 379, 397, 423, 442, 470, 499, 508, 670, 681, 712
Goering, Hermann, 352-363, 370, 399, 429, 443, 457, 468, 495, 499, 510, 520
Goethe, Johann Wolfgang, 707, 727, 732
Gold, Harry, 565
Goldstein, Moritz, 157
Goldwater, Barry, 777, 798
Golos, Jacob, 565
Gollancz, Victor, 417, 51
Gömbös, Julius, 126
González, Felipe, 912
Gorbachov, Mijail, 882, 923, 926, 928, 935, 944
Gorbachov, Raisa, 936
Goya, Francisco José de, 420

Gorki, Máximo, 73, 117, 303, 381
Graham, Sybil, 131
Gramsci, Antonio, 128, 267, 710
Gran Bretaña, 25-31, 33, 36-66, 79, 83, 89, 92, 99, 102, 126, 141, 156, 177, 188-190, 197, 201, 205, 221, 232, 236, 238, 244, 268, 285, 290, 295-298, 306, 308, 344, 351, 367, 386, 397-399, 409, 426, 427-432, 433-438, 440-445, 448, 456-459, 464, 476-478, 480, 483-486, 492-495, 497, 503, 506, 518-521, 524, 530, 534, 538-543, 545, 551, 573-578, 582, 590, 593-596, 598-607, 622, 655, 661, 700, 711, 713-716, 725, 733-736, 738-741, 754, 757, 781, 786, 797, 811, 815, 839, 844, 852, 863, 897, 905-909, 912, 919-921
Granada, 919
Grant, Duncan, 46-47
Grant, Madesan, 256, 259
Grau San Martín, Ramón, 759, 763
Graves, Robert, 207
Grayson, Gary, 50
Grecia, 14, 225, 380, 463, 511, 536, 541, 574, 594, 743, 747, 750
Greene, Felix, 668
Greene, Graham, 773
Greenglass, David, 565
Grenfell, Julian, 34, 206
Grew, Joseph, 391, 480, 486
Grey, Herbert, 434
Griffith, D. W., 203
Groener, Wilhelm, 142
Gromyko, Andrei, 826
Gropius, Walter, 148
Grosz, George, 149
Groves, Leslie, 504, 524
Gruber, Ruth, 592
Gruening, Ernest, 777
Guatemala, 571, 825
Guderian, Heinz, 469
Guertner, Franz, 360-361
Guevara, Che, 762, 768
Guillermo I, 162
Guillermo II, 35, 223, 342, 424, 441
Guinea, 622, 653, 664
Guinea-Bissau, 665
Guinea Ecuatorial, 664
Guizot, François, 177

H

Haber, Fritz, 366
Habsburgo, 33, 35
Haggerty, Jim, 568-569
Haile Selassie, 661
Haldane, J. B. S., 431
Haldeman, Bob, 798
Halder, Franz, 465, 470
Halifax, lord, 515
Hals, Franz, 337
Halsey, William F., 492

Hamaguchi, Yuko, 235
Hamilton, W. D., 957
Hammarskjöld, Dag, 606-607, 631-633, 657-658, 815
Hammerstein, Oscar, 284
Hamouda, Ait, 610
Hanfstaengel, Ernst, 175
Hankey, Maurice, 48, 60
Hara, Takashi, 231, 234
Harburg, E. Y, 284
Hardallah, Ould, 664-665
Harden, Maximilian, 151, 162
Harding, Flossie, 269
Harding, Warren, 52, 256, 268-278, 280, 292-293, 304, 322-325, 783
Hardinge, lord, 178, 233
Hardy, Oliver, 209
Harrer, Karl, 160
Harriman, Averell, 477, 536-539
Harriman, Henry, 312
Harrington, Michael, 782
Harrod, Roy, 214
Hart, Lorenz, 284
Hart, Robert, 242
Harvey, Oliver, 477
Hasenclever, Walter, 147
Hashimoto, Gun, 394
Hauptmann, Gerhart, 147
Havel, Vaclav, 876, 929
Hawke, Bob, 912
Hawthorne, Nathaniel, 283
Hawtrey, Ralph, 295, 298
Hayek, F. A., 297
Hays, Will, 256
Heath, Edward, 906
Heidegger, Martin, 183, 380, 706
Heine, Henrich, 149, 732
Held, Heinrich, 358
Helms, Richard, 765
Hemingway, Ernest, 283, 407, 418
Henderson, Arthur, 386
Hermes, Andreas, 712
Hernández, Jesús, 414
Herriot, Edouard, 178, 182
Herter, Christian, 44
Herzen, Alexander, 829
Hess, Rudolf, 358, 362, 368, 511-512
Hewart, Gordon, 206
Heydrich, Reinhard, 358, 361, 363, 370, 467, 511
Hilferding, Rudolf, 195
Hiller, Kurt, 22
Hills, Denis, 657
Himmler, Heinrich, 357-363, 369-371, 378, 399, 437, 510-511, 513-516, 520, 591, 835
Hindemith, Paul, 148

Hindenburg, Paul von, 144-145, 351354, 362, 371
Hintze, Paul von, 99
Hirohito, emperador de Japón, 223, 234, 236, 480, 483, 496, 525
Hiss, Alger, 322, 565
Hitler, Adolf, 59, 114, 137, 145, 154, 158, 160, 165-175, 185, 204, 247, 269, 339-342, 346-358, 360-372, 374-376, 379-380, 383, 388-389, 397-400, 410, 412, 420, 424-26, 428, 431-457, 462-479, 481, 488494, 497-512, 515-517, 521, 533534, 537, 539, 551, 558, 561, 578, 581, 585, 591-593, 602, 610, 641, 670, 676, 682, 705, 709, 712, 715, 717, 722, 756, 760-64, 785, 789, 808, 831, 842, 860, 961
Ho Chi Minh, 190, 585, 773-774, 962
Ho Tzu-chen, 677
Ho Ying-chin, 394
Hobbes, Thomas, 242, 363
Hobson, J. A., 194-196, 212
Hoffman, Abbie, 770
Hohenzollern, 35, 137, 142
Holanda, 14, 237, 376, 472, 480, 553, 622, 642, 724
Holmes, Oliver Wendell, 257
Honecker, Erich, 928-929, 962
Hong-Kong, 243, 387, 488, 773, 893, 900
Hook, Sidney, 316
Hoover, Herbert, 31, 124, 268-272, 287, 292-295, 299, 302-323, 387, 797, 809
Hopkins, Harry, 322, 484, 534
Hopkins, John, 415
Houphouët-Boigny, Félix, 192, 623, 646
House, Edward, 38-40, 44, 139
Houston, Sam, 538
Howard, Leslie, 491
Hua Kuo-Feng, 690-692
Huberman, Leo, 769
Hugenberg, Alfred, 151, 350-353, 356
Hughes, Charles Evans, 270
Hughes, W. M., 218-220
Hugo, Víctor, 732
Hull, Cordell, 428, 458, 485, 488
Humphrey, Hubert, 322, 793
Hungría, 55-57, 125, 139, 380, 410, 440, 463, 470, 535, 539, 584, 607, 890, 928, 932
Hunter, lord, 66
Hurgronje, C. Snouck, 587
Hussein, emir, 37
Hussein, Saddam, 868, 874, 875, 939, 945, 948, 950, 962
Husseini, Mohammed Amin al, 586, 591
Hussong, Friedrich, 150
Hutten, Ulrich von, 380
Huxley, Aldous, 21, 434
Huxley, Julian, 344
Huysmans, Joris Karl, 707

I

Ibarruri, Dolores, 404
Ibn Saud, 594
Ibsen, Henrik, 678

Ickes, Harold, 484, 496
Ikki, Kita, 232
Iliescu, Ilie, 931
India, 49, 60-65, 190, 197-199, 205-221, 296, 430, 464, 480, 485, 488, 577-583, 585, 587, 593, 626, 639, 666, 694, 703, 790, 840, 847, 866, 887
Indochina, 190, 196, 484, 547, 552, 576, 615, 723, 773-775, 800-801
Indonesia, 197, 201, 587, 803, 821, 822, 841, 847, 890, 901
Inglaterra (*véase* Gran Bretaña)
Inukai, Ki Tsuyoshi, 234
Irak, 63-64, 463, 601, 816, 847, 874, 877, 890, 944, 950
Irán, 376, 540, 571, 600, 742, 761, 814, 825, 847, 870, 874, 877, 890, 948
Irlanda, 61, 64, 862
Isabel II, 728
Isherwood, Christopher, 352
Ishihara, Kanji, 253
Israel, 520, 560, 590, 595-600, 603, 640, 815-819, 823, 841, 844, 848, 866, 868, 875, 948
Itagaki, Seishiro, 253, 576
Italia, 33, 81, 126-135, 163, 181, 187, 199, 203, 206, 232, 237, 259, 263, 266, 270, 285, 296, 376, 380, 387-388, 397-399, 412, 426, 450, 501, 506-507, 527, 539, 709, 716, 725, 814, 842, 852, 863, 883-884
Ito, príncipe, 230, 234
Izamo, oficial, 652

J

Jamaica, 770, 847
James, David, 234, 527
James, Henry, 283, 301, 318
Jameson, Storm, 434
Japón, 29, 49, 64, 181, 192, 218-242, 253, 380, 386-399, 426, 436, 464, 478-482, 484-492, 521, 524, 526, 538, 545, 549, 551, 555, 563, 571, 573, 767, 811, 815, 823, 840, 847, 852, 885, 893-900, 911, 917
Jarahilla, Delfin, 528
Jefferson, Tomás, 255, 547
Jessner, Leopold, 147
Jinnah, Mahomed Alí, 62
Jodl, Alfred, 470, 490, 494
Johnson, Al, 269
Johnson, Hewlett, 345, 668
Johnson, Hugh, 31, 320
Johnson, Lyndon, 31, 322, 567, 771, 776-785, 788-794, 797-799, 809-812
Johnson, Samuel, 903
Joliot-Curie, Frédéric e Irène, 501
Jomeini, ayatollah, 870, 874, 877
Jones, Ernest, 18
Jones, Thomas, 56
Jones, Tom, 220
Jordan, Hamilton, 825
Jordania, 63, 601, 603, 815, 868
Jorge VI, 578
Joseph, Keith, 913
Journiac, René, 653
Jowett, Benjamín, 210

Joyce, James, 22, 152
Joyce, William, 432
Jruschov, Nikita, 338, 373, 375, 504, 544, 554, 560, 588, 601, 669, 753, 766, 769, 772, 826, 831, 834, 846, 883, 888, 962
Juan XXIII, 861
Juan Carlos, rey de España, 744-745
Juan Pablo II (Karol Wojtyła), 860-865
Juana de Arco, 729
Jung, Carl, 18, 260
Jünger, Ernst, 34
Kádar, János, 928
Kafka, Franz, 152
Kaganovich, I. M., 375, 827
Kaggia, Bildad, 635
Kagwar, Michael, 656
Kahane, Meir, 866
Kahn, Otto, 295
Kahr, Gustav von, 371
Kaiser, Georg, 147
Kaiser, Henry, 496
Kaiser, Jakob, 714
Kalinin, Mijail I., 123, 561, 941
Kamejana, Kazuki, 491
Kamenev, Lev B., 72, 82, 87, 108, 329333, 335, 374
Kampf, Louis, 789
Kandinsky, Vasilii Vasilievich, 148
Kang Sheng, 681, 684, 690
Kant, Immanuel, 707, 858
Kao Kang, 674
Kapp, Wolfgang, 160-161
Karamanlis, Constantine, 748, 749
Kardelj, Edward, 553
Karmal, Babrak, 879
Karumba, Kungu, 636
Kasavubu, Joseph, 631, 634
Katanga, 631-632
Kato, Tornosaburo, 234
Katz, Otto, 408, 417
Kaunda, Kenneth, 651
Kautsky, Karl, 74, 141
Kawawa, Rashidi, 659
Kaya, 485
Keakin, James, 792
Keitel, Wilhelm, 437-438
Kellen, Horace, 259
Kenia, 202, 205, 623, 635, 638, 644-646, 651, 654, 661, 664, 891
Kennan, George, 427, 441, 476, 539, 545, 561, 564, 567, 570, 774
Kennedy, Jacqueline, 752
Kennedy, John E, 569, 718, 752-754, 764-773, 775-777, 780-783, 790-797, 799-809, 813
Kennedy, Joseph, 428, 458
Kennedy, Robert, 566, 752, 767, 796, 809
Kenyatta, Jomo, 635

Kepler, Juan, 858
Kerekou, Mathieu, 665
Kerenski, Alexander, 37, 85-90, 122, 125, 249
Kern, Jerome, 284
Kerr, Alfred, 380
Kerr, Clark, 785-786
Keynes, John Maynard, 44-47, 51, 139, 141, 172, 178, 194, 210, 212-214, 291-295, 298, 301, 303, 306, 319, 321, 432, 442, 564, 574, 787, 807
Khama, Seretse, 645
Khan, Ayub, 695
Khan, Tikka, 696
Khan, Yahya, 696
Khatchaturian, Aram, 559
Khieu, Samphan, 804
Kim Il Sung, 555
King, Cecil, 456
King, Mackenzie, 219
King, Martin Luther, 796
Kingoro, Hashimoto, 238
Kinnock, Neil, 913
Kipling, Rudyard, 20, 214
Kirov, Sergei, 112, 372-373
Kirponos, general, 462
Kissinger, Henry, 797, 817-819, 824
Klausener, Ernst, 371
Klee, Paul, 148
Kleiber, Erich, 148
Kleist-Schwenzin, Ewald von, 437
Klemperer, Otto, 147
Klerk, F. W. de, 892
Knickerbocker, H. R., 169
Koestler, Arthur, 377, 408
Kohl, Helmut, 932
Kokoschka, Oscar, 148
Kolakowski, Leszek, 339-340
Koltzov, Michael, 416
Konovalek, Evhem, 416
Konoye, Fumimaro, 528
Korsah, Arku, 628
Kortner, Fritz, 151
Kosygin, Aleksei, 375, 680
Kotelawala, John, 584
Koussevitski, Sergio, 285
Kovarev, S. V., 377
Krauch, Karl, 520
Krentz, Egon, 929
Krim, Belkacem, 610
Krivitsky, Walter, 416
Krzhizhanovskaya, madame, 75
Kuibyshev, V. V., 112
Kun, Béla, 125, 157, 303, 376
Kurchatov, Igor, 504

Kutozov, Mijail, 474
Kuwait, 815, 821, 897, 944-950
Kuznetsov, A. A., 561
Kuznetsov, N. G., 462
Kyemba, Henry, 655
Kyemba, Teresa, 656

L

la Chambre, Guy, 451
Lacalle, García, 418
Lacan, Jacques, 851, 958
Lacoste, Robert, 613, 615
Lagarde, Paul de, 155
Laidler, Harry, 325
Lakoba, Nestor, 377
Lammers, Hans, 362-363
Lamont, Norman, 913
Landau, Kurt, 415
Landau, Saul, 769
Landry, Adolphe, 720
Lang, Cosmo Gordon, 434
Lang, Fritz, 147, 169
Langbehn, Julius, 155
Lange, David, 912
Lansbury, George, 431
Lansdale, Edward, 773
Lansing, Robert, 42-43, 51, 571
Lansky, Meyer, 266
Lanusse, Alejandro, 757
Lanz von Liebenfels, Jörg, 167
Laos, 773, 776, 804
Lasker-Schüller, Else, 148
Laski, Harold, 275, 344, 431
Latsis, M. Y., 93, 96, 158
Laval, Pierre, 452, 720
Lavritskaya, Elizaveta, 835
Lawrence, D. H., 175, 217, 260, 432
Lawrence, T. E., 37, 761
Lawther, Will, 715
Layton, 536
Le Duan, 805
Leahy, William D., 537, 540
Lee Kuan Yew, 900
Leeb, Ritter von, 448
Leese, Arnold Spencer, 432
Leger, Fernand, 149
Leguía, Juan, 294
Lenin, Alexander, 72
Lenin, Anna, 72
Lenin, Krupskaya, 72-73, 116
Lenin, María, 72
Lenin, Vladimir Ilich Ulyanov, 22, 30, 38, 62, 71, 89, 91, 128, 130, 134, 153, 157, 159, 165-167, 170, 172, 174, 193, 195, 212, 217, 228, 241, 245, 247, 249, 266-269, 327-332, 336, 338,

341, 346-347, 352, 356, 360, 365, 368, 378, 397, 403, 407, 426, 446, 458, 471, 473, 509, 516, 559, 562, 578, 594, 668, 689, 743, 753, 756, 760, 802, 828, 830-836, 841, 860, 882, 887, 940, 961

Leonov, Leonid, 560

Leopoldo II, 201, 634

Lepeshinskaya, O. B., 559

Leroy-Beaulieu, Paul, 194

Lesotho, 660, 665

Lessing, Theodor, 151

Letonia, 376, 447

Lever Brothers, 197

Lévi-Strauss, Claude, 851, 958

Levy, Bernard-Henri, 706

Lewis, John L., 796

Lewis, Sinclair, 280, 284

Lewis, Wyndham, 215

Li Ta-chao, 244

Li Te-lun, 685

Li Tsung-jen, 250

Líbano, 189, 843, 867-868

Liberia, 665

Libia, 199, 457, 463, 646, 653, 659, 661, 664, 817, 825, 844

Liddy, Gordon, 798

Lie, Trygve, 605

Lieberman, S., 108

Liebknecht, Karl, 125, 376

Ligget, Walter, 265

Lily Wu, 677

Lin Piao, 670, 672, 667, 679-680, 688, 689

Lincoln, Abraham, 262, 268, 314, 547, 761

Lindley, Francis, 388

Lippmann, Walter, 44, 258, 286, 315, 321, 323, 583

Lissauer, Ernst, 156

Lituania, 58, 376, 442, 447, 833, 936, 938, 942

Litvinov, Maxim, 428, 445

Liu Shao-chi, 676, 680-681, 684

Lodge, Henry Cabot, 49, 52, 256, 399

Lombroso, Cesare, 26

Long, Leo, 217, 431

Longfellow, Henry Wadsworth, 282

Longworth, Alice Roosevelt, 273-274

Löns, Herman, 154

Lopokova, Lydia, 215

Lord, Robert H., 44

Lorenz, Marie, 765

Lorre, Peter, 151

Lothian, lord, 433

Louly, Ould, 665

Lourenço, Agostinho, 744

Lubbe, Martinus van der, 355

Lubitsch, Ernst, 147

Luce, Henry, 540

Ludendorff, Erich von, 30, 40, 71, 120, 138, 141, 171, 180, 214, 228, 424, 495
Ludwig, Emil, 345
Lueger, Karl, 170, 709
Lugard, lord, 194, 198, 203, 630 Luis XIV, 75, 179, 731-732
Lule, Godfrey, 655
Lumumba, Patrice, 631-632
Lunts, Daniel, 835
Luo Rui-qing, 679
Luther, Hans, 366
Lutyens, Edwin, 204
Luwun, Janan, 656
Luxemburgo, 472, 553, 724
Luxemburgo, Rosa, 79, 92, 109, 125, 165, 348
Lysenko, T. D., 359, 834
Lytton, lord, 836
Lloyd George, David, 31, 40, 43-46, 61, 62, 67, 100-101, 139, 207, 214, 219, 318, 380, 455, 747
Lloyd, Selwyn, 604

MacArthur, Douglas, 313, 385, 552, 556, 571, 894
Macaulay, Rose, 66, 198, 434, 785
MacCarthy, Desmond, 213, 215
MacDonald, Jeanctte, 391
MacDonald, Ramsay, 306, 386
Macías Nguema, Francisco, 652, 664
Macleod, Iain, 624
Macmillan, Harold, 623-624, 642, 653, 734, 781, 907
Mach, Ernst, 134, 559
Machado, Gerardo, 759
Machlup, Fritz, 785
Madagascar, 623
Madariaga, Salvador de, 400
Maga, Hubert, 635
Maginot, André, 410
Mahgoub, Mohammed, 838
Mailer, Norman, 770
Maistre, Joseph de, 185
Major, John, 913, 948
Makarios, arzobispo, 586
Malasia, 197, 201, 484, 487, 489, 376, 588, 823, 901
Malatesta, Enrico, 129
Malawi, 645, 651, 664, 891
Malenkov, Georgi, 375, 561, 826
Malí, 648, 664-665
Malraux, André, 183, 381, 418, 632, 679, 706, 727, 794
Malta, 60
Malvy, Louis, 31
Malloum, Felix, 660
Mandel, Georges, 193, 451
Mandela, Nelson, 892
Mandelstam, Osip, 381
Mann, Heinrich, 380

Mann, Klaus, 380
Mann, Thomas, 21, 26, 146, 166, 354, 380
Manning, cardinal, 213
Mantoux, Etienne, 47
Mao Tse-tung, 241, 245-250, 252, 393, 394, 437, 547, 551-556, 578, 585, 667-694, 802, 961
Maquiavelo, Nicolás, 127-128, 604
Maran, René, 191
Marcks, Erich, 162
Marcks, general, 467
Marcuse, Jacques, 381
Marighela, Carlos, 611
Marinetti, Filippo, 127
Marion, Paul, 720
Marr, N. Y., 559
Marruecos, 191, 196, 204, 410, 453, 505, 603, 615, 646, 660, 661-665
Marshall, Alfred, 484, 538, 542-544
Marshall, George, 50
Marshall, Thomas, 395
Marsui, Iwane, 395
Martin, Kingsley, 417-418
Martov, Julius, 165
Martov, Y. O., 106-107
Marty, André, 413
Marx, Groucho, 275
Marx, Karl, 15, 19, 24, 68, 73, 77, 80, 91, 118, 125, 133, 152, 155, 165, 173, 183, 267, 361, 368, 559, 610, 668, 689, 850, 859, 889, 955, 958, 963-964
Masaryk, Ian, 543
Massé, Pierre, 720
Massey, William, 63
Massingham, H. J., 207-208
Massu, Jacques, 613-614
Masterman, C. F. G., 207
Matisse, Henri, 22
Matos, Hubert, 764
Matsuoka Yosuke, 478-479, 482-483
Matteotti, Giacomo, 132
Matthews, Herbert, 761
Mauriac, François, 183
Mauritania, 623, 660, 664-665
Maurras, Charles, 186-187, 380, 707
Max de Baden, príncipe, 40
Mazarino, Jules, 732
Mazowiecki, Tadeusz, 861
Mazzini, Giuseppe, 126
Mba, Leon, 623, 635
McCarthy, Eugene, 789, 792
McCarthy, Joe, 565-568, 809
McCloy, John J., 520
McCone, John, 496
McGaghey, Mick, 906
McGovern, George, 768, 789, 795
McGowan, Harry, 290

McKinley, William, 269
McNamara, Robert, 765, 767
McTaggart, J. E., 216
Means, Gardiner, 312
Means, Gaston, 273
Medawar, Peter, 19
Medvedev, Roy, 376-379, 832, 835
Meiji, emperador de Japón, 223
Meir, Golda, 560, 596, 818
Mejliz, L. Z., 474
Melchett, lord, 295
Mellon, Andrew, 270, 273, 293, 306, 325, 337
Mencken, H. L., 258, 264, 275, 322
Mendel, Gregor Joahann, 19
Mendés-France, Pierre, 611, 720, 774
Menon, K. P. S., 562
Menzhinsky, Viacheslav, 75, 333
Mercier, Ernest, 182
Meredith, James, 790
Metaxas, John, 747-748
México, 256, 332, 462, 770, 821, 822, 847, 849, 865, 913-914
Meyer, Hannes, 148
Mezes, S. E., 38
Michaels, Roberto, 80
Mijoels, Solomon, 560
Mikoyan, Anastas, 336, 562, 766, 826
Milner, lord, 62, 64
Milton, John, 257
Mill, John Stuart, 193
Millay, Edna St. Vincent, 316
Miller, Adolph, 297
Milis, Ogden, 297
Milis, Wilbur, 784
Minim, Kuzma, 474
Minobe, Tatsukichi, 389
Minton, Bruce, 314
Mises, L. von, 297
Mitchell, Charles, 301
Mitterrand, François, 611, 622, 912
Mobutu, Joseph Désiré, 633-634, 651, 665
Moeller van den Bruck, Arthur, 34, 163
Mola, Emilio, 401, 407, 411-416
Moley, Raymond, 319
Molnar, Ferenc, 147
Molotov, Polina, 561
Molotov, Viacheslav, 112, 332, 336, 373, 376, 445, 461, 463, 465, 539, 561, 574, 827
Mongolia, 241, 246, 394, 529, 552, 688
Monnerot, Guy, 610
Monnet, Jean, 182, 305, 723, 724, 731
Montagu, Edwin, 60, 63-66, 430, 626
Monteil, Vincent, 612
Montgomery, general, 538

Montherlant, Henri de, 34
Moore, G. E., 212, 216
Moreau, Ernile, 295, 297
Morell, Theodor, 508
Morgan, J. H., 178
Morgan, J. P., 296, 325
Morgenthau, Henry, 484
Mori, Hirozo, 239
Morozov, Georgy, 835
Morrell, Ottoline, 213
Morris, Leland, 479
Morrison, Henry, 496
Morrison, Samuel Eliot, 44
Morse, Wayne, 777
Mortimer, Raymond, 213, 215
Moshkalenko, mariscal, 826
Mountbatten, lord, 576, 581
Mussa Sadr, imán, 869
Moynihan, Daniel P., 784
Mozambique, 63, 637, 644-645, 664, 890
Mueller, general, 520
Muenzenberg, Willi, 417
Muggeridge, Malcolm, 205, 345, 382
Muhsam, Erich, 360
Mujib Rahman, sheik, 696
Muradelli, Vano, 558
Murdoch, Rupert, 909-910
Murger, Henri, 166
Murphy, Denny, 265
Murry, J. Middleton, 434
Musil, Robert, 357
Mussa Sadr, imán, 869
Mussadeq, Mohammed, 602
Musset, Alfred de, 707
Mussolini, Benito, 80-82, 126, 134-135, 166, 169, 172, 185, 187, 229, 231, 240, 248, 266, 269, 305, 346, 388, 397, 399, 402, 412, 421, 434, 440, 445, 448, 451, 453, 457, 463, 465, 477, 481, 506, 553, 602, 709, 756, 764, 962
Myrdal, Jan, 668

N

Nader, Ralph, 810
Nadzharov, Ruben, 835
Nagano, Osami, 481, 484, 485, 496
Nagata, Tetsuzan, 391
Namibia, 664
Napoleón I, 179, 452, 473, 653, 727, 731-732
Narain, Raj, 699
Narayan, Jayaprakash, 697
Nariman, princesa, 599
Nasser, Gamal Abdul, 203, 590, 596, 599-605, 607, 629, 634, 816-817, 838
Nauru, 901
Nawiasky, Hans, 164

Ndiaya, Youssoupha, 653
Needham, Joseph, 431
Negrín, Juan, 415, 417
Neguib, Mohammed, 596, 599
Nehru, Jawaharlal, 67, 203, 578, 580, 582-587, 629, 695, 700, 962
Neibuhr, Reinhold, 316
Nenni, Pietro, 710
Neruda, Pablo, 345
Neumann, Alfred, 152
Neurath, von, barón, 437
Nevsky, Alexander, 474
Newman, John Henry, 860
Newton, Isaac, 14-16, 858
Ngei, Paul, 636
Ngo Dinh Diem, 774-776
Nguyen Duy Trinh, 794
Nicaragua, 825, 839, 864
Nicolson, Harold, 39, 43, 60, 433
Nichols, Robert, 34, 207
Nieh Yuan-tzu, 682
Nietzsche, Elizabeth, 169
Nietzsche, Friedrich, 68, 80, 155, 166, 183, 209, 706, 732, 859
Níger, 623, 665
Nigeria, 189, 635, 645, 660, 665, 823, 847
Nightingale, Florence, 213
Niheimi, presidente de Sudán, 660
Nikolaiev, Leonid, 373
Niles, David, 595
Nin, Andrés, 415
Nishina, Yoshio, 505, 525
Nissho, Inoue, 232
Nitobe, Inazo, 229
Nixon, Richard, 566, 752, 765, 789, 793-801, 812, 814, 818, 915
Nkrumah, Kwame, 203, 586, 627-629, 636, 648, 962
Noel, Conrad, 209
Noguchi, Isamu, 16
Nordau, Max, 26
Noriega, Manuel, 920
Norman, Montagu, 295-298
Norton, Harry, 46
Noruega, 264, 423, 450, 494, 502, 740
Noske, Gustav, 125, 159-160
Nosovich, coronel, 328
Nueva Caledonia, 901
Nueva Guinea, 528, 587
Nueva Zelanda, 63, 200, 221, 573, 668, 912
Nyasalandia (*véase* Malawi), 199
Nyerere, 648-651, 657-660, 665, 846, 962

O

O'Duffy, general, 409
O'Neill, Eugene, 284, 310, 678

Obote, Milton, 654-655, 657-659
Ohlendorf, Otto, 473
Okada, Keisuke, 391
Okoya, brigadier, 655
Okuma, Shigenobu, 234
Olivetti, Angelo, 80
Olympio, Sylvanus, 635
Omán, 815
Ophulus, Max, 147
Oppenheimer, Robert, 502, 523
Ordzhonikidze, G. K., 374
Orlov, Alexander, 413-415
Ortega, Daniel, 865, 962
Orwell, George, 206, 415, 417, 419, 580
Oshima, Hiroshi, 490 Owen, Wilfred, 207

P

Pablo VI, 861
Page, Kirby, 325
Pahlevi, Reza, 64, 742, 815, 825, 870, 873, 962
Países Bajos (*véase* Holanda)
Pakistán, 200, 583, 586, 600, 695-697, 701, 840, 847
Pal, Radhabino, 528
Palestina, 37, 63-65, 518-519, 590-594, 596, 599, 841
Palewski, Gaston, 727
Palme, Olaf, 876
Palmer, Mitchell, 257-259, 262, 266-267
Panamá, 920
Panunzio, Vito, 133
Papadopoulos, George, 748
Papandreou, George, 748
Papen, Franz von, 352-353, 371, 437
Papertin, Viktor, 880
Paraguay, 756
Park, Mungo, 200
Pasha, Azzam, 597, 600
Pashukanis, Evgeny, 831
Pasternak, Boris, 90
Pater, Walter, 23
Patterson, Robert, 539
Patti, Arquímedes, 773
Patton, George, 313
Pauker, K. V., 374
Pavlov, D. G., 474
Pedro el Grande, 90, 109, 120, 377
Péguy, Charles, 34
Peierls, Rudolf, 502
Peng Chen, 678
Percival, A. E., 489
Perlo, Victor, 565
Perloff, H. S., 914
Perón, Juan Domingo, 756-758, 760, 764, 962

Persia (*véase* también Irán), 64, 196, 198, 463
Perú, 294, 847
Perugino, Pedro Vannucci, 337
Pestkovski, 104
Pétain, Henri Philippe, 451, 455, 465, 720-722
Peters, J. ("Alexander Stevens"), 565
Phillimore, Walter, 47-48
Picasso, Pablo, 23, 380, 416, 705 Pigou, A. C., 295
Pinochet, Augusto, 903-904
Pío X, 186
Pío XI, 186, 710
Pirandello, Luigi, 380
Piscator, Erwin, 380
Planck, Max, 857
Plejanov, G. V., 75
Plivier, Theodor, 380
Pohl, Karl Otto, 932
Poincaré, Raymond, 177-181, 188-189, 429
Pol Pot, 804, 962
Polenz, Wilhelm von, 154
Polonia, 37, 42, 58, 101, 104, 139, 156, 179, 188, 285, 296, 349, 380, 420, 440, 446, 448, 463, 467, 498, 502, 533, 536-538, 557, 803, 833, 860-861, 889, 932
Pompeyo, 842
Ponchaud, François, 804
Popper, Karl, 15, 19, 55, 707, 850, 858
Portal, mariscal, 499
Porter, Cole, 284 Portillo, José López, 914
Portugal, 203, 237-238, 380, 518, 743, 744, 885, 912
Pound, Ezra, 380
Powell, Adam Clayton, 586
Pozharsky, Dimitri, 474
Pratt, Ruth, 297
Prieto, Indalecio, 404
Proust, Marcel, 22-23, 152, 186
Ptolomeo, 858
Pu Yi, 241
Pucci, Emilio, 710
Puerto Rico, 758
Pyatakov, G. L., 381

Q

Qawukji, Fawzi al-, 596
Quine, Willard, 858
Quinn, Kenneth, 802
Quintanilla, Pepe, 418
Quisling, Vidkin, 740

R

Radcliffe, Cyril, 582
Radek, Karl, 71-110, 121
Radie, Stepan, 59
Raeder, Erich, 443, 464

Rafshoon, Gerald, 824
Rajagopalachari, rajá, 583
Rappaport, Charles, 75
Rascher, Sigmund, 515
Rathenau, Walther, 126, 164
Rauschning, Hermann, 365, 438, 505
Rawlings, Jerry, 664
Rawlinson, Henry, 102
Ray, Maud, 502
Read, Herbert, 207
Reading, lord, 206
Reagan, Ronald, 915-926
Reddy, Snehalata, 698
Reed, James, 52
Reinhardt, Max, 147, 169, 717
Reinhardt, Walther, 160
Reino Unido (*véase* Inglaterra)
Reiss, Erich, 152
Rembrandt, Harmenszoon van Rijn, 337
República Central Africana, 635, 652, 664
República Dominicana, 760, 770
Reynaud, Paul, 451
Rhodes, Cecil, 193, 203, 637, 665
Rhodesia, 199, 202, 624, 638, 644, 658
Ribbentrop, Joachim von, 362, 445, 447, 479
Ricardo, David, 193
Richelieu, Armand Jean, 732
Richthofen, Wolfgang von, 416
Riehl, Wilhelm Heinrich, 153
Riezler, Kurt, 25, 30, 140
Rist, Charles, 297
Rivera, Primo de, 401, 760
Robespierre, Maximilien, 75, 91
Robles, Gil, 403, 405
Robles, José, 415, 418
Roca, Blas, 759
Rocca, Enrico, 397
Rockefeller, David, 668
Rockefeller, Nelson, 824
Rodgers, Richard, 284
Roehm, Ernst, 171, 348, 351, 358, 369, 372, 379, 397, 611, 682, 711
Rogers, Will, 275, 326
Rogers, William, 794
Rohe, Mies van der, 148
Romani, Francesca, 708
Romberg, Sigmund, 285
Rommel, Erwin, 463, 492, 507
Roosevelt, Franklin D., 302-305, 315324, 366, 387, 395, 427-428, 437, 444, 458, 465, 476-477, 479, 482, 484-485, 492, 496, 498, 500-501, 505-506, 518, 522-523, 533-537, 546, 564-565, 573, 578, 595, 752, 761, 767, 773, 777, 792-793, 796798
Roosevelt, Theodore, 31, 262, 268, 312, 315, 321-322, 324, 529
Rosenberg, Alfred, 354, 363, 471, 510

Rosenberg, Isaac, 207
Rosenberg, Julius y Ethel, 565
Rosenberg, Marcel, 413
Ross, Mary, 281
Rostovtzeff, Michael, 279
Rothermere, lord, 380
Rothschild, Louis, 295
Rousseau, Jean Jacques, 50, 185, 707, 961, 964-965
Royden, Maude, 434
Ruanda, 660
Rubens, Pedro Pablo, 337
Rubottom, Roy, 761
Rueff, Jacques, 720, 729
Rugumayo, Edward, 655
Rumania, 37, 138, 188, 376, 380, 385, 447, 451, 463, 470, 535, 890, 930-931
Rumsfeld, Donald, 823
Rushdie, Salman, 877-878
Rusia, 19, 25, 29, 32, 37, 53, 56, 58, 61, 71, 77, 83, 85, 89, 91, 98, 106, 111, 117, 121, 123, 130, 134-135, 138-141, 143, 151, 156, 160, 165, 170, 174, 178, 197, 217, 226, 232, 235, 240, 245, 258, 266, 285, 303, 325, 334, 337, 339-346, 356, 376378, 380, 387-390, 394, 398, 403, 415, 419, 425, 427, 439, 442-444, 447, 461-474, 476-479, 481, 484, 495, 497, 506, 511, 524-525, 529530, 533-538, 552-558, 563-565, 567-568, 570, 573-576, 580, 584, 595, 637, 641, 643, 656, 661, 669, 675-682, 695, 718, 733, 753, 763774, 778, 796, 806, 816, 824-834, 836-841, 860, 869, 876, 879-882, 885, 921, 935-944, 947, 963
Rusk, Dean, 753
Russell, Bertrand, 26, 106, 213, 216217, 331, 433, 581, 858
Rutherford, lord, 501
Rykov, Alexei, 333, 374

S

Sacco, Nicola, 258
Sack, Erna, 151
Sadat, Anwar, 660, 817-818, 868, 870
Said, Mohamedi, 610
Saito, Makoto, 234, 391
Sajarov, Andrei, 833, 835, 845
Sakok, Hadj, 610
Salack, Ould, 664
Salan, Raoul, 617
Salazar, Antonio, 743-745
Salisbury, lord, 48, 240
Salten, Felix, 151
Salter, Arthur, 295
Samay, Tan, 804
San Agustín, 210
San Juan Apóstol, 338
Sand, George, 707
Sandys, Duncan, 500
Sansom, George, 396
Santo Tomé y Príncipe, 637, 665
Sanzio, Rafael, 337 Saragat, Giuseppe, 710
Sarraud, Albert, 189, 192-193, 203

Sartre, Jean-Paul, 183, 705-707, 802, 842, 850, 859
Sassoon, Siegfried, 207, 434
Sauckel, Fritz, 362, 514
Saundby, Robert, 498
Sauvy, Alfred, 847
Scargill, Arthur, 906-908
Schacht, Hjalmar, 174, 296, 363, 366, 437
Schäfer, Dietrich, 162
Schall, Thomas, 323
Scheidemann, Philipp, 159
Schirach, Baldur von, 354, 399
Schleicher, Kurt von, 351, 352, 371, 711
Schlemmer, Oskar, 148
Schlesinger, Arthur, 776
Schmidt, Paul, 453
Schmitt, Carl, 163, 348
Schmoller, Gustav, 194
Schnitzler, Arthur, 147, 151
Schabowski, Gunter, 929
Schoenberg, Arnold, 22, 148, 152
Schoenfeld, Arthur, 539
Schoepperle, Victor, 294
Scholtz, Ernst, 349
Schönerer, Georg von, 170
Schreyer, Lothar, 148
Schultz, Bob, 571
Schumacher, Kurt, 711, 726
Schuman, Robert, 719, 726
Schumpeter, Joseph, 195, 787
Schurman, Jacob Gould, 243
Schuschnigg, Kurt von, 437
Schwarzkopf, Norman, 949
Schwietzer, Albert, 706
Schwesitzer, Karl, 706
Schwitters, Kurt, 149
Scobie, R. N., 536, 748
Scopes, John T., 261
Scott, J. Robertson, 208
Seekt, Hans von, 160-161
Segura, Pedro, 405
Seldte, Franz, 362
Senegal, 192, 623, 625, 651, 661, 664
Senghor, Léopold, 192, 623, 665
Serdiuk, Z. T., 376
Serrano Suñer, Ramón, 411
Servan-Schreiber, Jean Jacques, 848-849
Seton-Watson, R. W., 37, 59
Severing, Carl, 159
Shackleton, David, 101
Shah, Eddy, 909
Shakespeare, William, 282, 634, 661
Shamshugonkov, Leon, 560

Shastri, Lal Badahur, 695
Shaw, George Bernard, 210, 344, 381, 432, 859
Shchadenko, E. A., 474
Shelburne, lord, 193
Shelepin, Alexander, 828
Sheppard, “Dick”, 434
Sherriff, R. C., 207
Shevardnadze, Eduard, 938
Shevchenko, Arkady, 844
Shigeru, Yoshida, 895
Shinwell, Emanuel, 542
Shmidt, Dmitri, 375
Shostakovich, Dmitry, 328, 558
Shove, Gerald, 46
Shukairy, Ahmed, 816
Shumilin, S. G., 335
Siegel, Benjamín, 266
Siegfried, André, 283, 285
Sierra Leona, 635
Sihanuk, Norodom, 586
Silvermaster, Nathan Gregory, 565
Silvestre, Marie, 211
Simmons, William, 256
Simon, John, 370-429
Sinclair, Clive, 958
Sinclair, Upton, 284
Singapur, 220-221, 387, 478, 489, 576, 655, 893, 900
Singer, Kurt, 239
Siria, 189, 869, 890, 948
Sirica, John, 798
Sitwell, Osbert, 217
Skelton, O. D., 219
Slomp, C. Bascom, 276
Smedley, Agnes, 393
Smilie, “Bob”, 415
Smith, Adam, 193, 301
Smith, Al, 268, 314
Smith, Earl, 761
Smith, F. E., 277
Smith, Ian, 918
Smith, Jess, 272
Smith, W. H., 878
Smuts, Jan Cristian, 63-64, 219, 639, 644
Snezhnevsky, Andrei, 835
Snow, C. P., 785
Snyder, Howard, 571
Soares, Mario, 912
Sobell, Morton, 565
Solzhenitsyn, Alexander, 96, 344, 378, 532, 829, 832
Somalía, 199, 398, 660, 664, 844
Somoza, Anastasio, 825
Soong, T. V., 244, 251

Soper, Donald, 434
Sorel, Albert, 731
Sorel, Georges, 78-80
Sorge, Richard, 392, 461, 479
Soule, George, 311
Soustelle, Jacques, 612
Spaak, Paul-Henri, 632
Speer, Albert, 450, 498-499
Spencer, Howland, 323
Spender, Stephen, 418
Spengler, Oswald, 26, 162, 348, 380
Spiridonova, María, 833
Staél, madame de, 707, 732
Stalin, José, 51, 72, 82, 88, 103-104, 111-112, 115, 185, 246, 249, 327-347, 351, 362, 365, 369, 372-383, 388, 392-393, 400, 412-417, 419, 425, 431, 437, 439, 441, 444-447, 451, 458, 461-462, 465-466, 470, 474-479, 481, 491, 498, 504-507, 516, 518, 524, 529-544, 551-566, 581, 601, 619, 638, 656, 668-675, 721, 753, 756, 766, 770, 801, 826, 830-831, 836, 852, 941
Stalin, Nadezhda, 341, 560
Stalin, Svetlana, 340, 826
Stalin, Vasily, 341
Stalin, Yakov, 341
Stamboliski, Aleksandr, 133
Stanislavsky, Constantin, 678
Stanley, Oliver, 439
Stapel, Wilhelm, 166
Stark, Harold, 484
Stashevsky, Arthur, 414
Stavinsky, Alexandre Sacha, 186
Steffens, Lincoln, 117, 134, 286, 316, 381
Steinbeck, John, 310
Steinhardt, Laurence, 534, 543
Stephen, Adrian, 46
Stern, Abraham, 592
Stern, Fritz, 56, 789
Sternberg, Joseph von, 147
Sternheim, Carl, 147, 151
Stettinius, Edward, 565
Stevenson, Adlai, 322
Stimson, Henry, 313
Stolypin, P. A., 84
Stone, Ellery, 539
Stone, Harlah, 287
Strachey, James, 46
Strachey, John, 326-327
Strachey, Lytton, 46-47, 211, 217, 259, 431, 434
Strasser, Gregor, 347, 353, 371
Strasser, Otto, 353
Straus, Oscar, 304
Strauss, Richard, 146, 148
Stravinsky, Igor, 22-23, 148
Stresemann, August Gustav, 173, 349

Strong, Anna Louise, 344-345
Strong, Benjamin, 296, 299, 350
Stuart, John, 314
Sturzo, Don Luigi, 709
Suárez, Adolfo, 746
Sudáfrica, 219, 638-645, 649, 658, 664, 666, 823, 840, 844, 848, 891
Sudán, 196, 586, 600, 660, 663, 838, 867, 890
Suecia, 160, 178, 425, 447, 463, 740741, 847
Sugiyama, Hajime, 480, 488
Suiza, 81, 447, 741-743, 745, 847
Sukarno, Achmad, 203, 586, 589, 962
Sultan-Galiyev, Mirzo, 330
Sullivan, Arthur Seymour, 284
Sully, Maximilien, 732
Sun Chuang-fang, 245
Sun Yat-sen, 240-244, 247, 253, 551
Sung Chin-yuen, 394
Suslov, Michael, 828
Suvorov, Alexander, 474
Suyin, Han, 668
Suzuki, Kantaro, 391, 525
Sverdlov, Jacob M., 98, 941
Swazilandia, 664
Sweezy, Paul, 769
Sweig, Arnold, 380
Swinnerton, Frank, 215
Swope, Gerard, 31, 312
Szell, George, 148
Szilard, Leo, 502

T

Tácito, 155, 303
Taft, Howard, 323
Taft, Robert, 568, 571-572
Tailandia, 795, 804, 901
Taiwán, 235, 551, 795, 841, 893, 899-900
Takahashi, Korckiyō, 234
Tanaka, Giichi, 231
Tanner, Jack, 715
Taraki, Mur Muhammad, 879-880
Tarsis, Valery, 834
Tata, J. N., 199
Tauber, Richard, 151
Taylor, Maxwell, 775
Teitgen, Paul, 614
Teller, Edward, 502
Temple, William, 209-210
Teng Hsiao-ping, 680-683, 689, 692693
Tennyson, Alfred, 282
Teresa, madre, 702
Thälmann, Ernst, 351
Thatcher, Margaret, 905, 907, 912, 916-921, 934, 945-946

Thiers, Adolfo, 177
Thomas, Norman, 267, 316
Thompson, "Big Bill", 263
Thorez, Maurice, 447, 721
Thornburg, Max, 595
Thurber, James, 310
Tíbet, 556, 584, 927
Tillion, Germaine, 612, 618
Tirpitz, Alfred von, 142
Tito, mariscal, 376, 544, 553-554
Tizard, Henry, 503, 574
Tiziano, Vecellio, 337
Todd, W. E., 552
Todt, Fritz, 366, 494
Togo, 635
Tojo, Eiki, 482, 528
Toller, Ernst, 147, 380
Tombalbaye, Francis, 623, 660
Tomsky, M. P., 121, 333
Torrens, Robert, 193
Torrio, John, 263
Toscanini, Arturo, 148
Touré, Sékou, 653
Toyama, Mitsuru, 232
Treitschke, Heinrich von, 162
Tricot, Bernard, 618
Trilling, Lionel, 23, 217, 284, 382, 788
Trivers, Robert, 957
Trotsky, Leon, 74, 78, 83, 87-88, 91-93, 111, 115, 121, 157, 165, 246, 257, 329, 333, 335, 338, 346, 415, 432, 462, 554, 882
Truman, Harry S., 523, 538-542, 545, 555-557, 564-567, 574, 595, 718, 753, 773, 781, 792, 796, 799, 844
Tshombe, Moise, 631-634
Tsiranana, Philibert, 623
Tsuji, Masanobu, 486
Tucholsky, Kurt, 149, 151, 380
Tugwell, Rexford, 322
Tujachevski, mariscal, 107, 375, 467
Tujachevski, Svetlana, 378
Tuker, Francis, 582
Tumulty, Joseph, 51
Túnez, 400, 646, 665
Turquía, 37, 126, 138, 178, 196, 227, 380, 385, 540-542, 574, 591, 594, 600, 768, 821
Tzara, Tristan, 22
Tzu Hsi, emperatriz, 241

U

U Nu, 586, 629
Ucrania, 102, 104, 138, 469, 471, 833, 884, 936-937, 942
Uganda, 631, 635, 646, 653-661, 664
Ulbricht, Walter, 718
Ulyanov, Alexander, 72

Ullmann, E. L., 914
Unger, Fritz von, 34
Unión Soviética (*véase* Rusia)
Urrutia, Manuel, 762-763
URSS (*véase* Rusia)

V

Uttar Pradesh, 697
Vahidi, Allameh, 874
Vaky, Viron, 825
Valentinov, N., 76
Vallee, Rudy, 318
Van Dyck, Antonio, 337
Van Eyck, Huberto, 337
Van Gogh, Vincent, 380
Van Hise, Charles, 31
Vance, Cyrus, 825
Vandenberg, Arthur, 542
Vanzetti, Bartolomeo, 258
Varenne, Alexandre, 190
Varga, Jenő, 559
Vaticano, 130, 133, 186
Veblen, Thorstein, 303
Veidt, Conrad, 151
Velázquez, Diego, 337
Venezuela, 763, 823, 847
Venizelos, Eleftherios, 747
Ventosa, Juan, 412
Verlag, Malik, 152
Veronese, Pablo, 337
Verwoerd, H. F., 642
Vettard, Camille, 23
Véctor Manuel, rey de Italia, 131
Victoria, reina de Inglaterra, 60
Vietnam, 570, 680, 693, 770-781, 783, 788, 791, 794, 797-799, 801, 804-805, 825, 839
Vigón, Juan, 416
Viollette, Maurice, 192
Vishinsky, 507
Volpi, Giuseppe, 135
Voltaire, François, 184, 707
Voroshilov, Klementi, 112, 332, 373, 382, 562
Voznesenski, N. A., 561

W

Wagner, general, 469
Wagner, Richard, 148, 167, 168, 175, 354
Waite, Morrison Remick, 811
Wakefield, Edward Gibbon, 193
Walden, Herwath, 148
Walesa, Lech, 861
Walpole, Hugh, 830

Walsh, Edmund, 565
Walter, Bruno, 147
Walters, W. W., 313
Walton, E. T. S., 501
Wallace, Henry, 268, 541
Wang Hung-wen, 690
Wang Kwang-mei, 677, 689
Washington, George, 547
Wassermann, Jakob, 156
Watson, James, 955
Waugh, Evelyn, 205, 448, 621, 651
Wavell, lord, 489, 582
Webb, James, 771
Webb, Sidney y Beatriz, 344, 581, 584, 737
Webb, William, 526
Weber, Max, 144, 159, 164, 743
Wedd, Nathaniel, 217
Weill, Kurt, 147
Weiss, Ernst, 152
Weiss, Ferdl, 169
Weizmann, Chaim, 519, 591-594, 598
Welensky, Roy, 206
Welles, Sumner, 428, 759
Wells, Hubert George, 27, 189, 313, 345, 785, 855
Wellington, duque de, 32
Wendel, François de, 182
Werfel, Franz, 152
Werhahn, Libeth, 711
Wheeler, J. A., 502, 777
White, Harry Dexter, 564, 807
White, Pearl, 269
White, William Allen, 273-274
White, William, 538
Whitehead, A. N., 15
Whiteman, Paul, 284
Whitman, Ann, 569
Wicker, Tom, 782
Wieland, William, 761
Wilde, Oscar, 213, 528
Wilder, Billy, 147
Wilder, Thornton, 284
Wilkie, Wendell, 792
Wilson, Edith, 51
Wilson, Edmund, 270, 278, 311, 316
Wilson, Edward, 270, 957
Wilson, Harold, 738, 906
Wilson, Henry, 64
Wilson, Woodrow, 28, 38-46, 63, 100, 117, 139, 218, 257, 292, 303, 320, 323, 507, 563, 567, 571, 777, 788
Williams, V. R., 559
Williams-Ellis, Amabel, 344
Williamson, Henry, 208

Windsor, duque de, 380
Wittgenstein, Ludwig, 213
Wohlthat, Helmuth, 443
Wojtyla, Karol, 860
Wolf, Friedrich, 147, 380
Wolfe, Thomas, 284, 311, 324
Wolff, Erwin, 415
Wolff, Kurt, 152
Wolff, Theodor, 151
Woltmann, Ludwig, 156
Woodin, William, 319
Woolcott, Alexander, 316
Woolf, Leonard, 211-213, 432, 581
Woolf, Virginia, 216
Worringer, W. R., 148
Wrangel, general, 476
Wright, Richard, 586
Wriston, Walter, 813, 821
Wu Han, 680
Wu Pei-fu, 245
Wurche, Ernst, 34
Wurm, obispo, 510
Wynne-Edwards, V. C., 957
Wythenshawe, Simon de, lord, 740

X

Xavier, Francisco, 224

Y

Yacef, Saadi, 613
Yagoda, G. G., 333, 373, 562
Yamamoto, Gombei, 231
Yamamoto, Isoroki, 481, 486, 490-492
Yamashita, Tomuyuki, 489
Yan Chang-chi, 248 Yani, Abdul, 589
Yoshihito, emperador de Japón, 223
Youlou, Fulbert, 635
Youmans, Vincent, 284
Young, Owen, 323
Yuan Shih-kai, 241
Yugoslavia, 57, 59, 188, 410, 463, 535, 537, 544, 553-554, 890, 932
Yukio, Ozaki, 231, 234

Z

Zaire, 197, 202, 613, 635, 636, 651, 661, 664, 821-822, 847, 863
Zambia, 630, 645, 651, 664, 823, 847
Zamora, Alcalá, 404
Zangwill, Israel, 255
Zanzíbar, 665
Zasulich, Vera, 75
Zasyadki, A. F., 675
Zederblum, Issachar, 157

Zhdanov, Andrei A., 373, 554, 558, 562
Zhdanov, Tito, 561
Zhivkov, Todor, 929
Zhukov, G. K., 395, 461, 561, 827
Zimbabwe, 644, 664
Zimmerman, Arthur, 492
Zinoviev, G. Y., 120, 123, 329, 333, 335, 372
Zniakov, Fedor, 830
Zola, Emile, 707
Zorin, V. A., 543
Zoshchenko, Mijail, 558
Zuckmayer, Carl, 147
Zweig, Arnold, 152

